ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

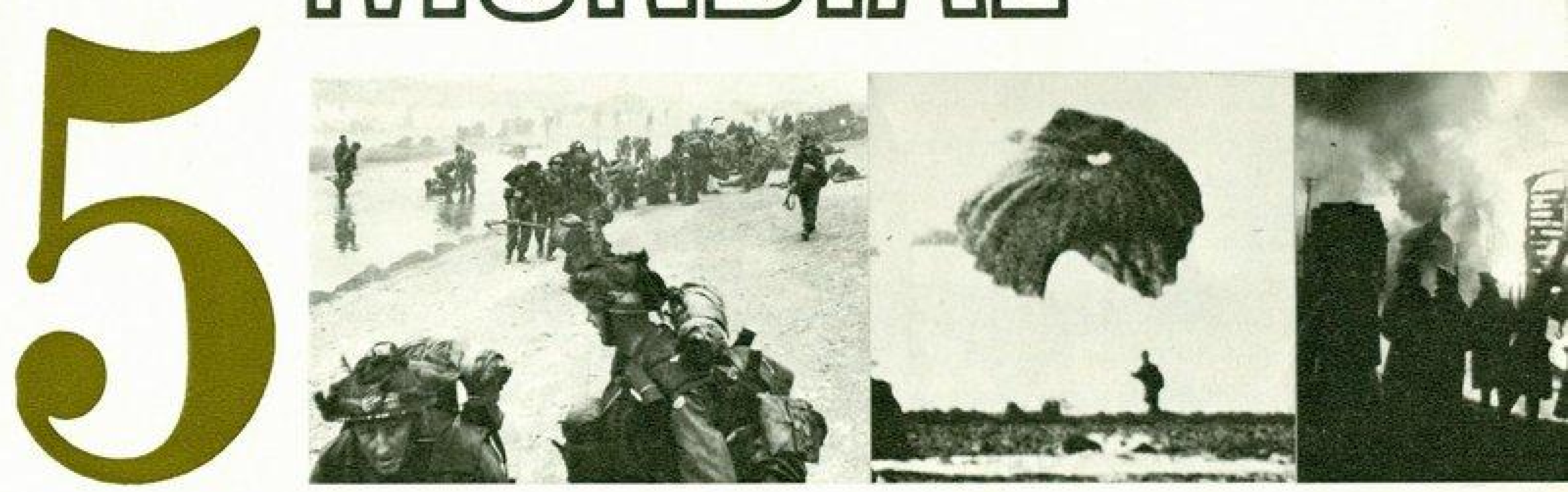
ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
es una edición de Editorial Anesa - Noguer - Rizzoli
Título original de la obra: HISTORY OF THE SECOND WORLD WAR

Impresión: Rizzoli Editore, Via Civitavecchia, 102, Milán.
Printed in Italy.
AMÉRICA NORILDIS EDITORES SOCIEDAD ANÓNIMA (ANESA), Cangallo 564, 1º,
Buenos Aires, Argentina.
Hecho el registro de la Propiedad Intelectual y el depósito que marca la ley 11723.

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

5



Del "D-Day" a la batalla de Leyte (junio-diciembre 1944)

ANESA - NOGUER - RIZZOLI

EDICION ORIGINAL INGLESA

dirigida por **sir Basil Liddell Hart**, *capitán, historiador y crítico militar, redactor de la Enciclopedia Británica;*

y por **Barrie Pitt**, *colaborador de la Enciclopedia Británica y asesor militar del "Sunday Times Magazine",*

con la colaboración del Imperial War Museum

Colaboradores del volumen quinto

R. H. Barry
general de división, jefe del servicio de información del Cuerpo Expedicionario británico en Dunkerque

R. W. Thompson
escritor y corresponsal de guerra inglés; especialista en cuestiones militares

Kenneth J. Macksey
comandante inglés, especialista en estrategia de medios acorazados

Jean-Léon Charles
profesor de Historia Militar y Contemporánea en la Real Escuela Militar de Bruselas

Paul Carell
escritor británico

John Keegan
escritor británico; especialista en estrategia e historia militar

John Swettenham
especialista inglés; miembro del Departamento Histórico del Ejército canadiense

Martin Blumenson
historiador americano

Peter Elstob
periodista inglés

Trevor N. Dupuy
coronel americano; comandante de unidad de artillería en Birmania; profesor de ciencia y estrategia militar en Harvard; desde 1958 presidente y director de la "Historical Evaluation and Research Organisation"

Donald Macintyre
especialista inglés en cuestiones navales, comandante de formaciones de escolta en la batalla del Atlántico

Carl W. Hoffman
general de brigada americano; oficial de "marines" en Guadalcanal, Tarawa, Saipan y Tinian; ex secretario militar del comandante del Cuerpo de "marines"; colaborador de la historia oficial del Cuerpo de "marines"

Robert O'Neill
capitán del Ejército australiano; especialista en relaciones internacionales y en problemas de defensa

Roger Manvell
especialista inglés en historia del nazismo

Heinrich Fraenkel
periodista alemán

Walter Warlimont
general; miembro del OKW (Mando supremo del Ejército alemán) hasta julio de 1944

Otto John
escritor alemán; miembro de la conjura contra Hitler de julio de 1944; ex jefe del contraespionaje de la República Federal alemana; raptado por el servicio secreto soviético en 1954; huyó a Occidente en 1956

Melita Maschmann
escritora y periodista alemana; antigua activista de la "Bund Deutscher Mädel" (Liga de las jóvenes alemanas)

Patrick Leigh Fermor
periodista británico

Aleksandr Nikolaevic Scimanskij
escritor soviético de historia militar

John Vader
escritor australiano; piloto de la RAAF en el Pacífico sudoccidental

Georg Buchwald
soldado alemán en el frente oriental hasta 1943

Geoffrey Jukes
experto británico en cuestiones soviéticas y en problemas de desarme

J. J. Baritz
ex comandante del Ejército ruso; profesor de ciencia militar soviética en los Estados Unidos; colaborador de "Radio Liberty" en Munich para los programas de la "Voz de América"

Mijail Ivanovic Traktuev
coronel de la reserva del Ejército ruso; especialista en Historia militar; autor de libros y monografías sobre la segunda Guerra Mundial

Elizabeth Wiskemann
publicista británica; segunda agregada de prensa de la embajada británica en Berna de 1941 a 1945; corresponsal en Roma del "Economist" en 1946-47; profesora de relaciones internacionales y de Historia Moderna en la Universidad de Sussex

EDICION ESPAÑOLA

Asesores

- D. Manuel Aznar Zubigaray, *historiador militar, embajador de España y periodista*
- D. Ramiro Lago García, *general de División*
- D. José Ramón Lago Vázquez, *capitán diplomado de Estado Mayor*

Robert Cooper
escritor y periodista británico; corresponsal de guerra del "Times" en Francia, la India, y más tarde en seguimiento de las tropas aliadas desembarcadas en Normandía

Iwaichi Fujiwara
oficial nipón en Malasia y en Birmania; jefe del Departamento japonés de Asuntos Exteriores

Arthur Swinson
periodista y escritor inglés

Basil Peacock
oficial de artillería británico; capturado en Singapur en 1942; prisionero de guerra en Birmania

M. R. D. Foot
especialista británico de Historia moderna; oficial próximo al EM de Mountbatten; combatiente del SAS en Bretaña

Jacques Mordal
escritor francés, miembro del Instituto de Estudios Estratégicos; oficial de EM del almirante Auphan

Charles B. MacDonald
historiador del Ministerio de Defensa americano; ex comandante de compañía en Europa durante numerosas batallas, entre ellas la de las Ardenas; autor de tres volúmenes de la historia oficial del Ejército de los Estados Unidos y de otras obras sobre la segunda Guerra Mundial

Christopher Hibbert
historiador militar británico

Iranek-Osmecki
coronel; miembro del EM polaco en 1939; refugiado en Londres en 1940; lanzado en paracaídas sobre Polonia en 1943; partisano en Varsovia y jefe de la delegación para el acuerdo de rendición en 1944; autor de la historia oficial del Ejército Nacional polaco editada en Inglaterra

Rudolf Vrba
escritor checoslovaco de origen judío; deportado a Auschwitz en 1942; huyó en 1944; combatiente en las brigadas partisanas

Rudolf Böhmler
oficial paracaidista alemán en Holanda, Creta, Sicilia y Montecassino en la primavera de 1944

Douglas Orgill
escritor británico y periodista del "Newcastle Journal", "Daily Mail" y "Daily Express"; ex comandante de unidad acorazada en Italia; autor de una obra sobre la campaña de Italia en el otoño de 1944

Dino Salsilli
oficial de artillería; especialista militar de la Enciclopedia Rizzoli-Larousse

R. L. V. ffrench Blake
comandante de escuadrón del 17/21º de Lanceros británico en Túnez y de regimiento en Italia

Charles Foley
escritor y periodista británico; ex cronista de política exterior del "Daily Express"

Richard Storry
estudioso británico; especialista de historia japonesa; combatiente en el Ejército 14 en Birmania

Robert Coakley
historiador militar americano

Stanley L. Falk
historiador americano; combatiente en el Japón; especialista en cuestiones orientales

Paul Kennedy
historiador inglés

Christopher Hollis
escritor inglés

Rita Cavalouski
publicista australiana de origen lituano

A. F. Upton
escritor inglés, especialista en Historia finlandesa

Earl Ziemke
historiador americano; autor de numerosas obras sobre la segunda Guerra Mundial; enrolado en el Cuerpo de "marines" americano en el Pacífico





INDICE



LA GENESIS DE LOS PLANES

R. H. Barry, general de división

Al llegar el verano de 1944, los Aliados se prepararon para llevar a cabo la máxima prueba: la Operación "Overlord", o sea, la invasión de la Europa continental ocupada por los alemanes. Los anteriores ataques contra costas guarnecidas por la Wehrmacht *les habían proporcionado duras enseñanzas. Para el buen resultado de la "Overlord" los Aliados debían reunir grandes flotas aeronavales que pudieran desembarcar los ejércitos y abastecerlos con una cadena ininterrumpida de viajes. En este capítulo el general de división R. H. Barry explica cómo se iniciaron los preparativos.*



El Estado Mayor nombrado en noviembre de 1943, en el curso de la conferencia de El Cairo, para preparar la Operación «Overlord», o sea el desembarco aliado en Normandia. En primer término: el general Eisenhower (en el centro), comandante supremo de las fuerzas aliadas, con Tedder (a la izquierda), su comandante adjunto, y Montgomery (a la derecha), comandante de las fuerzas de tierra. En segundo término, de izquierda a derecha: el general Omar Bradley, comandante del Ejército 1 norteamericano; el almirante Ramsay, comandante de las fuerzas navales; el teniente general del Aire Leigh-Mallory, comandante de las fuerzas aéreas, y Walter Bedell Smith, jefe de Estado Mayor. *(Imperial War Museum).*

Una operación anfibia no es tan sólo una de las operaciones bélicas más arriesgadas, sino también, e inevitablemente, una de las más difíciles. Por otra parte, cuanto más complejos y variados sean los recursos y las fuerzas disponibles, más detallados, más minuciosamente preparados y más complicados habrán de ser los planes necesarios para garantizar que dichas fuerzas lleguen al punto exacto y en el momento preciso. Antes de fines de mayo de 1944 ya se había programado con todo detalle la operación anfibia más compleja de la historia militar, y las fuerzas destinadas a efectuarla estaban preparadas para atacar la «Fortaleza Europa» hitleriana. El sur de Inglaterra se había transformado en un inmenso campamento, con más de 3.500.000 hombres pertenecientes a once países distintos; todos los puertos y embarcaderos estaban llenos de buques y de embarcaciones de desembarco; todos los aeropuertos y pistas de despegue trabajaban a pleno ritmo. El plan definitivo de esta gran operación era el resultado de largas conversaciones y de un trabajo minucioso. En los capítulos que presentamos se describen las diversas etapas por las que pasó el planteamiento de la operación, desde el momento de su concepción hasta el de su puesta en práctica, y también se hace un estudio de las fuerzas que cada uno de los bandos estuvo en condiciones de aportar para la que puede considerarse como la acción decisiva de la segunda Guerra Mundial.

Churchill siempre había sido el primero en exponer la necesidad de un retorno aliado al continente europeo. Incluso poco después de Dunkerque, cuando las desventuras de Gran Bretaña parecían haber llegado a su punto máximo, Churchill ya había dado instrucciones para que se comenzasen a preparar planes encaminados a conseguir este objetivo final.

Desde fines de 1941, la Unión Soviética presionaba continuamente para que se abriera un segundo frente, y a medida que los americanos iban acumulando fuerzas en el teatro de operaciones europeo era natural que acabasen por considerar que el ataque directo contra la «Fortaleza Europa» era la más fundamental y decisiva acción de la guerra. No obstante, a causa de las vicisitudes bélicas y de las exigencias de otros frentes, en especial el del Extremo Oriente, no se dio ningún paso importante y concreto para iniciar la planificación de la que posteriormente se conocería con el nombre de Operación «Overlord» hasta la conferencia de Casablanca, en 1943. En el curso de la misma se decidió crear un Estado Mayor aliado cuyo cometido fuera elaborar los planes para la citada operación bajo el mando de un jefe de Estado Mayor que dependiera del comandante supremo aliado (designado) –COSSAC (Chief-of-Staff, Supreme Allied Commander)–. Para dicho cometido se designó a un oficial británico, el teniente general F. E. Morgan, en marzo de aquel mismo año. En la conferencia de Washington, en mayo de 1943, se decidió dar a la Operación «Overlord» una prioridad absoluta, y se fijó para su puesta en práctica la fecha tope del mes de mayo de 1944.

Problema: ¿dónde asestar el golpe?

Antes de que se reuniese la conferencia de Quebec, en agosto de 1943, el COSSAC había delineado ya un plan general. Su primer problema, naturalmente, fue el de elegir la zona adecuada para el ataque. La elección se centró pronto en dos puntos: el Paso de Calais y la costa de Normandía, al este de la península de Cherburgo. Las preferencias por el Paso de Calais eran evidentes: ofrecía la ventaja de una travesía más corta y era también el camino más directo hacia Alemania, objetivo último de la operación, lo que, por lo tanto, permitiría a las fuerzas aéreas aliadas hacer sentir todo el peso de su apoyo. Desgraciadamente, estas ventajas tampoco habían pasado inadvertidas a los alemanes, y, en consecuencia, era precisamente en este punto donde habían concentrado mayor número de fuerzas y creado la más eficaz defensa costera.

Había además otro importantísimo factor en contra: la falta de puertos adecuados para la realización de la operación, que se tendría que lanzar desde las zonas relativamente restringidas de Dover y de Newhaven, con Portsmouth y Southampton como puertos auxiliares bastante alejados. Un ataque lanzado más al Oeste permitiría que el grueso de la operación se pusiera en marcha desde el conjunto de puertos de Portsmouth, Southampton, Poole y Portland. Por lo tanto, la elección recayó al fin en las costas de Normandía, donde la península de Cherburgo protegería las playas destinadas a los desembarcos de las tempestades del Atlántico y donde además las defensas alemanas tenían una profundidad bastante menor; no obstante, habría que pagar un precio para ello: una travesía por mar más larga y una mayor distancia a cubrir por las fuerzas aéreas.

El siguiente problema consistía en decidir la envergadura que se debía dar al ataque. En este caso los jefes del Estado Mayor conjunto habían presentado al COSSAC límites bien definidos. Estos límites estaban determinados principalmente por la disponibilidad de medios de desembarco, los cuales, a medida que avanzaba la guerra, y considerando las necesidades del teatro de operaciones del Pacífico, se estaban convirtiendo en uno de los principales factores limitativos de la estrategia aliada. El general Morgan estableció que la zona del ataque debería limitarse a las playas situadas al este del río Vire, que desemboca en el canal de la Mancha, en la base oriental de la península de Cotentin. Propuso un ataque por parte de tres divisiones transportadas por mar y de otras dos divisiones aerotransportadas, seguidas inmediatamente por dos nuevas divisiones y después por otras, hasta un total de 18 divisiones. Para un ataque a escala relativamente tan reducida, se pensaba que el éxito de la operación dependería de la solución satisfactoria de dos problemas: la reducción de las fuerzas combatientes alemanas y la reducción de la entidad de sus reservas en la zona en la que se desencadenara el ataque.

Eisenhower elige a sus hombres

En noviembre de 1943 Roosevelt y Churchill se reunieron de nuevo en El Cairo. Allí se establecieron las líneas generales del plan y, lo que era aún más importante en aquella fase, se llegó a un acuerdo en cuanto a la estructura de los mandos y se asignaron los cargos clave. A Eisenhower se le nombró comandante supremo aliado, con el teniente general del Aire Tedder como comandante adjunto. Eisenhower eligió como jefe de Estado Mayor, responsable de la formación del mando al general Walter Bedell Smith, quien ya había sido su hábil colaborador en el Norte de África. De este mando tenían que depender dos Grupos de Ejércitos: un Grupo de Ejércitos americano, mandado por el general Omar Bradley, y un Grupo de Ejércitos británico, mandado por el general Montgomery; este último tendría además bajo sus órdenes todas las fuerzas de tierra durante la fase del ataque y hasta que la zona conquistada fuera lo suficientemente amplia para permitir el nuevo despliegue de los dos Grupos de Ejércitos. A un oficial británico, el almirante Ramsay, se le asignó el mando supremo de las fuerzas navales; la Flota estadounidense, que dependería de él, estaría al mando del almirante Kirk y la británica del almirante Vian. Otro oficial británico, el teniente general del Aire Leigh-Mallory, ostentaría el mando de las fuerzas aéreas aliadas, cuyo contingente británico y canadiense estaría mandado por el teniente general del Aire Coningham y el americano por el general Brereton.

En conjunto se trataba de un equipo de hombres bien equilibrado, que inspiraba confianza. El general Eisenhower, aunque era relativamente joven y con poca experiencia militar, ya se había creado un nombre en el Norte de África, como jefe excepcional de la empresa aliada; el nombramiento como comandante adjunto del teniente general del Aire Tedder, con su larga y afortunada experiencia en el Mediterráneo, garantizaba un adecuado equilibrio interaliado entre las diversas fuerzas combatientes.

En cuanto al Ejército de Tierra, el nombre del general Montgomery era ya conocido por todos después de sus victorias en África, en Sicilia y en Italia; y no menos confianza inspiraban los generales americanos Bradley y Patton.

El teniente general del Aire Leigh-Mallory había mandado una división de cazas durante la batalla de Inglaterra, así como las fuerzas aéreas utilizadas en la incursión de Dieppe; ahora era comandante en jefe del mando de cazas. Asimismo el teniente general del Aire Coningham fue el afortunadísimo comandante de la *Western Desert Air Force*, que operó en Francia en colaboración con Montgomery. El general Brereton había mandado la 9.ª Fuerza Aérea de la USAAF en el teatro de operaciones del Mediterráneo y fue el que reorganizó dicha unidad en el Reino Unido en otoño de 1943.

Finalmente, el almirante Ramsay era sobradamente conocido por haber organizado la evacuación de Dunkerque; además proyectó el desembarco en el Norte de África y mandó las fuerzas navales británicas durante el ataque a Sicilia. El almirante americano Kirk había sido agregado naval estadounidense en Londres antes de la guerra, intervino en el proyecto del desembarco en el Norte de África y había mandado una *task force* durante la invasión de Sicilia.

La elaboración de los detalles

En el mes de enero de 1944 todos estos comandantes se reunieron en Gran Bretaña, y fue entonces cuando comenzó una intensa planificación detallada.

No tardaron mucho en llegar a la conclusión de que, para que la operación tuviese perspectivas razonables de éxito era necesario ampliar sus proporciones y extender la zona del ataque.

Concretamente, el general Eisenhower insistía en que la zona en la que se desarrollara la acción debía incluir las playas situadas al norte del río Vire, en la base sudoriental de la península de Cotentin, con el fin de facilitar una rápida conquista del puerto de Cherburgo, esencial para la llegada de los futuros abastecimientos. Su primera proposición fue que lanzasen el ataque cinco divisiones transportadas por mar (tres británicas y dos estadounidenses) y tres divisiones aerotransportadas, y que, para la continuación inmediata de la acción, hubieran ya desembarcado cuatro divisiones el día D + 3 y otras once el día D + 4. La fuerza total considerada en esta fase era, pues, de 23 divisiones, incluidas las tres aerotransportadas.

Esta propuesta suscitó inmediatamente dos controversias: la primera era el problema de cómo mantener un adecuado ritmo de flujo de las fuerzas a la otra orilla para asegurarse de que la llegada de las restantes divisiones no se retrasase respecto a la prevista rapidez con que acudirían los refuerzos alemanes. La segunda dificultad era el perpetuo problema de la disponibilidad de medios de desembarco, pues, sobre todo por insistencia americana, en el sector mediterráneo se estaba proyectando un desembarco en el sur de Francia, que debería efectuarse poco después del de Normandía.

La única alternativa era reducir las proporciones de esta operación, pero ni siquiera este recurso resolvía el problema. Al final se hizo necesario aplazar hasta los últimos días de mayo la fecha de la Operación «Overlord», con el fin de que se pudiera disponer de la producción de medios de desembarco de aquel mes.

Al ir progresando los planes, las proporciones generales de la operación (aunque no la extensión de la zona de ataque) se ampliarían aún más.



Eisenhower (a la izquierda) con los generales Leigh-Mallory, Tedder y Montgomery, mientras preparaban los planes para la Operación «Overlord». En el curso de la exposición detallada de tales planes, efectuada en los primeros meses de 1944, se decidió que la zona de ataque en Normandía debía ser ampliada, incluyendo las playas situadas al este y al norte del Vire. *(United Press)*

LA ISLA

Preparativos para el "D-Day"



ESTA PREPARADA PARA COMBATIR

R. W. Thompson

Desde hacía cuatro años, a partir de la evacuación del Cuerpo Expedicionario británico en Dunkerque, el objetivo final de toda la política aliada giraba en torno al proyecto de desembarco al otro lado del canal de la Mancha y acabar con la potencia de Alemania, ocupando su territorio nacional. Para la población de Gran Bretaña, este objetivo acabó por condicionar todos los aspectos de su vida, subordinándolo todo a la necesidad de llevar a cabo la operación militar más compleja y más importante que la historia ha conocido jamás, una operación que no debía fracasar de ningún modo.



Junio de 1944: artilleros norteamericanos desmontando del afuste la boca de fuego de un cañón de largo alcance, a fin de disponer la pieza para su transporte. Este tipo de cañón fue la artillería más potente que participó en las operaciones de desembarco en Normandía. *(Archivo Rizzoli)*

Quien visitaba Gran Bretaña a principios de la primavera de 1944 (y entonces había allí unos 2.000.000 de extranjeros) no podía dejar de observar los componentes de la fuerza de la isla. Las pruebas de su potencia marítima, que a lo largo de los siglos le había permitido fundar un imperio que se extendía sobre un cuarto de la superficie de la tierra, no sólo se hallaban en los mares que la rodeaban y en las múltiples actividades que se desarrollaban a lo largo de la costa, sino también en sus recursos del interior, en sus reservas de carbón, de hierro y de acero, en su industria pesada y ligera y, sobre todo, en el espíritu de su gente.

También muchas de las actividades principales del Ejército estaban relacionadas de algún modo con el mar. Los hombres de la Marina y los del Ejército trabajaban conjuntamente en el puesto de mando del general de división sir Percy Hobart.

Después de varios experimentos se adaptaron los carros de combate *Churchill* y *Sherman* para que pudieran superar los obstáculos a los que tendrían que hacer frente durante el ataque a las playas de Normandía. La División Acorazada 79 aumentó hasta casi 1000 la dotación de vehículos acorazados destinados a desencadenar el ataque.

La necesidad de proporcionar tripulaciones especializadas para los centenares de vehículos requirió gran dedicación por parte de un personal sometido ya a un esfuerzo extremo, pues estas tripulaciones tenían que estar compuestas por hombres dotados de habilidad, valor, recursos y carácter, y parecía que las necesidades combinadas de la masa de vehículos especiales, terrestres y marítimos, además de las de los comandos navales, del Ejército y de los *marines*, quitaban a las armas tradicionales gran parte de su mejor personal. Mientras Hobart adiestraba tripulaciones para sus medios anfibios, la Marina los preparaba para su gran flota de embarcaciones de desembarco.

Es importante subrayar los notables resultados a los que se llegó fundiendo las fuerzas terrestres y navales en una sola y potente arma que sirvió realmente como «abrelatas» para la Operación «Overlord».

A principios de la primavera de 1944 la mayor parte de estas actividades estaban ya en su apogeo. Aquel mes que se concedió de más, de mala gana pero tan desesperadamente necesario, demostró ser indispensable para el buen resultado de la operación. Sin aquel mes de aplazamiento, los grandes puertos artificiales, de los que dependía el éxito de la empresa, no habrían estado preparados, y el ataque, aun suponiendo que hubiera salido bien, habría resultado inútil. Estos grandes puertos artificiales, conocidos con el nombre de *Mulberry* y protegidos por diques llamados *Gooseberry*, eran extraordinariamente complicados: comprendían muelles que podían ser recorridos por vehículos llamados unidades *Whale* (ballena), cajones de acero y cemento llamados unidades *Phoenix* (fénix) o *Beetle* (escarabajo) y toda una serie de elementos accesorios. Se necesitaban un total de 146 cajones *Phoenix*, que iban desde 10 de la medida pequeña, y de 1672 toneladas cada uno, hasta 60 de los mayores, de 6044 toneladas. Se utilizaron en su construcción 600.000 toneladas de hormigón, 31.000 de acero y 1.360.000 metros de mamparos de acero. Unos 20.000 hombres trabajaron durante meses con horarios de trabajo intensivos mientras las bombas luchaban continuamente para impedir la invasión del agua.

Sin embargo, no bastaba construir estos extraños objetos, absolutamente indescifrables para el reconocimiento aéreo alemán. No sólo tenían que flotar, sino que también a veces tenían que hundirse, y hundirse rápidamente hasta profundidades diversas, según su tamaño. Después de muchas pruebas y muchos fracasos, el tiempo de hundimiento de los cajones mayores se redujo de una hora y media a 22 minutos. Cada *Phoenix* era también «una especie de barco», provisto de alojamiento para una tripulación y dotado de dos cañones *Bofors*, con 20 toneladas de municiones. No obstante, los *Phoenix* no podían navegar por su cuenta, y cuando estuvieron terminados se advirtió que los equipos para remolcarlos eran inadecuados. Entonces, grupos de obreros especializados trabajaron día y noche, en los astilleros de Chatham, durante las últimas semanas, para hacerlos aptos para ser remolcados.

El hecho de transportar al otro lado del canal a 146 de estos «monstruos» no era más que uno de los muchos problemas: en efecto, requerían un numeroso grupo de remolcadores que pudieran llevarlos a su destino, en la otra orilla, y colocarlos en sus posiciones exactas, que dependían de la pendiente del fondo marino. Se dispuso además de unos sesenta viejos buques, muchos de ellos antiguas unidades de guerra, a los que se tenía que remolcar y hundir para formar los *Gooseberries*.

En total eran más de 3000 las pequeñas embarcaciones, gabarras y barcazas, cuyas tripulaciones ascendían en su conjunto a 15.000 hombres, las que se debían utilizar para el «proyecto de los puertos artificiales». Los elementos de cabeza servían como elementos de anclaje en las playas, mientras que toda la masa de material que venía tras ellos, con los miles de metros de pistas de los «embarcaderos flotantes», debía elevarse y descender 6 m con la marea, y todo ello en el interior de los 7300 metros de diques constituidos por los buques hundidos.

Con estos medios, el almirante Ramsay, que mandaba las fuerzas navales aliadas, esperaba establecer una comunicación estable con Francia y entregar hasta 12.000 toneladas de abastecimientos al día para las 33 divisiones a las que se tenía que proveer de víveres y de municiones. Mientras tanto, se proyectaba también el «Pluto» (*pipe-line-under-the-ocean*, oleoducto bajo el océano) para transportar combustible líquido hasta Cherburgo y, posteriormente, a otros puntos de las costas belgas y francesas.

Describir estas actividades como una serie de múltiples cometidos relacionados con el lanzamiento de una ofensiva al otro lado del canal de la Mancha, concretamente contra un trecho de la «muralla del Atlántico», puede significar subestimarlas; y eso no es exacto. El contraalmirante W. G. Tennant, que se había distinguido como comandante de playa en Dunkerque, se encargó de la puesta en práctica del proyecto *Mulberry*, con un personal naval de 500 oficiales y 10.000 hombres, sin contar el gran número de mano de obra utilizada. La empresa estaba vinculada a otras muchas organizaciones, con nombres convencionales, que, en aquel período, pasaron temporalmente a formar parte del lenguaje vulgar, por lo que cada servicio creó una especie de *argot* basado en siglas. «Buco» significaba *build-up control organisation* (organización de control de los preparativos), «Turco», *turn-round control* (control de los turnos), «Corep», *control repair* (organización de reparaciones), «Cotug», *control tug organisation* (organización de control de los remolcadores), y de estos nombres derivaron a su vez otras muchas siglas de menor importancia. Pero todos estos proyectos y actividades principales, así como todas las actividades que se desarrollaban en la isla, los más complejos planes, los milagros de la producción, transporte, montaje, adiestramiento y organización, dependían en gran medida, para su buen resultado, de la actividad de un pequeño y escogido grupo de hombres que a su gran audacia unían unas extraordinarias cualidades de paciencia e ingeniosidad. El éxito o el fracaso dependían de la precisión de los informes proporcionados por estos hombres. La fotografía aérea, aunque representaba una ayuda considerable, no bastaba. Era preciso poder conocer, por ejemplo, la composición geológica exacta de las playas y de las rocas, y los accesos de un centenar de kilómetros de costa que se hallaba en poder del enemigo y sometida a su vigilancia constante.

A hombres como estos rindió homenaje el general Omar Bradley en su libro *A Soldier's Story (Historia de un soldado)*.

Era de gran ayuda para los ingenieros, que tenían que preceder a las tropas de asalto, conocer exactamente la naturaleza de los numerosos y mortíferos obstáculos que el enemigo iba ideando y sembrando continuamente, dispuestos en franjas, a lo largo de los accesos por mar. Entre estos obstáculos figuraban macizos «tetraedros», «caballos de Frisia» y «elementos C». Conocerlos quería decir neutralizarlos, y descubrir su existencia representaba explorar los estuarios del Orne, del Vire y de cursos de aguas menores. Neutralizar las minas colocadas por los alemanes en las barreras que debían impedir la entrada de las barcazas y de gabarras aliadas corría a cargo de reducidos grupos de hombres de gran temple físico, que podían resistir temperaturas extremas, permanecer inmóviles casi bajo los pies del enemigo y soportar solitarias noches sin sueño, sin más recursos que su propio espíritu.

Hombres como éstos hubo muchos desde los días de Dunkerque, y los servicios que habían prestado eran inapreciables. Todas las noches sin luna, en invierno y en verano, salían de las costas de la isla, se deslizaban fuera del silencioso estuario del Hamble o del Solent, y retornaban luego con su «botín de guerra».

Y estos hombres, voluntarios de la Marina y del Ejército, entre los que se contaban muchos jóvenes oficiales subalternos de la reserva de la Marina, *marines*, comandos, suboficiales, clases y soldados, eran en realidad el eslabón más pequeño sobre el cual se podía medir la consistencia de la gran cadena del esfuerzo aliado. Completaban sus filas franceses, holandeses, noruegos, checoslovacos, polacos y belgas, hombres dotados del mismo valor y que ya mucho tiempo antes del *D-Day* habían aprendido a vivir haciendo frente a todos los peligros y a la posibilidad de una muerte inesperada.

La vida civil ya no existía

En febrero de 1944 parecía que la isla se iba haciendo cada vez más pequeña, amontonando a sus habitantes y privándolos de los últimos residuos de su libertad personal.

En los últimos meses que precedieron al *D-Day* las medidas de seguridad exigían que todos los ciudadanos soportasen un último esfuerzo. La franja costera de la isla quedó bloqueada, en una profundidad de 16 km, desde el Wash, hacia el Sur y el Oeste, hasta Land's End y desde Dunbar hasta Arbroath, en Escocia. Innumerables zonas prohibidas, entre ellas muchos bosques, como el de Sherwood, se habían convertido en depósitos de municiones y en aeródromos, y los campamentos militares y aparcamientos para los vehículos eran tantos que reducían el espacio de la población civil. Millones de hombres y de mujeres vivían dentro de las alambradas que se levantaban por la parte del mar, y otros muchos se encontraban confinados en las zonas internas de la isla, estando sometidos a las mismas restricciones que las tropas acuarteladas y aisladas. En una palabra, la vida civil había dejado prácticamente de existir; y, no obstante, era esencial que se conservasen muchas de sus funciones.

El 10 de marzo se empezó a someter a una estricta vigilancia todos los movimientos, todas las líneas de comunicación y el correo; pero incluso sin estas medidas, la inmensa masa del tráfico militar en las carreteras y en los ferrocarriles ya hacía casi imposible cualquier desplazamiento de la población civil. Hacía por lo menos tres años que muy pocos ingleses conseguían viajar cómodamente. Además, eran también muy pocos los que intentaban desplazarse. El registro nacional de la población y el racionamiento de los alimentos y de las mercancías esenciales habían reducido, desde hacía tiempo, a todos los habitantes a simples «unidades estadísticas». A excepción de los médicos, de los que trabajaban en actividades de interés bélico y de unos pocos y limitados grupos privilegiados, ningún ciudadano tenía otro



Concentración de aviones de transporte norteamericanos, tipo *Douglas C-47* «Dakota», en una base aérea británica. La fotografía da una idea de la excepcional abundancia de medios puestos a disposición de las fuerzas aliadas ante la inminente invasión de Europa. (US Air Force)

medio de desplazarse por las carreteras que sus propios pies o la bicicleta.

El día 6 de abril se suspendieron todos los permisos para los militares, y se hizo todavía más severa la censura postal y se limitaron las comunicaciones de todo tipo. El Gabinete de guerra, aunque profundamente dolido por ello, pero sin poderse negar a los razonables deseos del comandante supremo, impuso graves restricciones de los privilegios diplomáticos, retuvo incluso valijas diplomáticas y vigiló las embajadas. Era difícil, por no decir imposible, establecer una distinción entre las embajadas extranjeras en lo referente a seguridad, pues aun entre los más leales a los Aliados podía haber algún enemigo. Era más sencillo vigilarlos a todos de la misma manera que intentar vigilar a uno u otro individualmente.

Éstas imposiciones condujeron a graves dificultades, especialmente con los susceptibles representantes de la Francia Libre. Además, siempre quedaba el «talón de Aquiles» de Irlanda, en cuya capital los agentes alemanes circulaban y «escuchaban» libremente.

Se tomaron todas las medidas imaginables para cerrar cualquier posible canal por el que pudiera llegar información a los alemanes, y en realidad no hubo motivo para asustarse más que una vez, cuando se abrió un paquete en la oficina de correos de Chicago y se encontraron en su interior algunos documentos secretos referentes a la Operación «Overlord». Un sargento del mando de «Etousa», en Londres, se los había mandado por error a su hermana; pero su lealtad no se podía poner en duda. A un nivel diferente se produjo otra indiscreción: un oficial americano de alta graduación citó la fecha del *D-Day* en una recepción celebrada en el Hotel Claridge. Ni siquiera su amistad con el comandante supremo le salvó de la ira de su superior y de que lo mandaran de nuevo a su patria y lo degradaran. Incluso el general George Patton, hombre de gran calor humano, profundamente impresionado por la situación penosa del pueblo británico, recibió una severa reprimenda por habérsele escapado una

frase «irresponsable» en una recepción que él creía sinceramente que se desarrollaba en un círculo privado.

No obstante, aun cuando los esfuerzos y privaciones a los que se veía sometido el pueblo británico llegaron al máximo, soportándolos sin apenas protestar, eran pequeños en comparación con lo que sufrían los pueblos de los países ocupados. Los ingleses se daban perfecta cuenta de que estaban soportando unas pruebas y unas restricciones –aunque impuestas por ellos mismos– muy duras, pero que precisamente para acabar con ellas, estaban combatiendo. La llegada de miles de soldados de un enorme país que aún no conocía directamente las consecuencias de la guerra, acentuaba las «distintas experiencias» que agravarían inevitablemente las dificultades de entendimiento recíproco una vez acabada la guerra.

Es más, en la primavera de 1944 en el humor del pueblo británico se estaba produciendo una sutil transformación, compuesta, en proporciones iguales, por una sensación de inquietud y otra de alivio. Se alegraba de los signos positivos y visibles de la ayuda material que recibía y de la que tenía tanta necesidad; pero temía también las consecuencias de aquella enorme «invasión» que estaba cambiando, tal vez para siempre, la naturaleza de la isla. Los ingleses eran en bastantes aspectos mucho más parecidos a los refugiados europeos, y sobre todo a los escandinavos, que combatían a su lado y soportaban los mismos padecimientos para volver a su país, que a los hombres del Nuevo Mundo, con sus costumbres diferentes, con su abundancia de alimentos, vestidos y dinero y con una concepción distinta de la vida. Quizás para Churchill, hijo de una americana, era más fácil reconocerlos como «primos», y aceptar el paso inevitable de la hegemonía británica a unas manos que no consideraba extranjeras.

Aunque tal vez Gran Bretaña había dejado entrar en su recinto a un caballo de Troya, no se podía poner en duda que los soldados que de él bajaban estaban animados por las mejores intenciones, entre ellas el natural deseo de volver lo antes posible a su país. A cada soldado americano se le había informado detenidamente sobre algunas características propias del pueblo británico y se le había dado un librito para que le ayudara a no pisar demasiado fuerte los «callos» de los ingleses.

El 15 de enero de 1944 había en Gran Bretaña 750.000 hombres pertenecientes a las Fuerzas Armadas estadounidenses, y durante los cinco meses que siguieron, con la llegada de nuevos refuerzos, este número ascendió a 1.500.000. Llevaban consigo una inmensa reserva de armas, municiones, equipo, víveres y medios de transporte, con un ritmo de acumulación de 750.000 toneladas de abastecimientos al mes. Y todos estos hombres y este material debían canalizarse, por los puertos correspondientes, hacia las zonas que se les habían asignado. El COSSAC y sus ayudantes americanos habían comprendido muy bien, desde el principio (y más tarde el general Montgomery insistió sobre este punto), que permitir que las vías de abastecimiento y de comunicación de los Ejércitos aliados se entrecruzasen resultaría pernicioso. En efecto, los respectivos métodos de organización y de administración, así como los abastecimientos y el equipo, eran demasiado distintos para fundirse en uno solo.

Pero la presencia de dos grandes Ejércitos (con sus respectivos servicios y almacenes con las bases en la misma isla, pequeña y excesivamente saturada de gente), que se preparaban para zarpar el mismo día para tomar parte en el mismo ataque, y que, sin embargo, debían mantenerse rígidamente separados, daba origen a problemas complicadísimos.

Los almacenes se llenaron rápidamente y los abastecimientos se depositaban y disimulaban a lo largo de todas las carreteras que conducían a las zonas de embarque.

Los americanos ocupaban, aproximadamente, la franja costera occidental y sudoccidental, y sus barracones y tiendas se extendían por Cornualles, Devon y Dorset, mientras que las «colas» de sus abastecimientos y servicios se infiltraban profundamente en los Midlands. Se habían requisado centenares de propiedades privadas, terrenos cultivados y pueblos enteros, haciendo frente a terribles dificultades legales. A pesar de todo, las zonas adecuadas para el adiestramiento en vistas al inminente ataque eran insuficientes. Para las tropas aerotransportadas estadounidenses se habían reservado zonas de concentración al noroeste y al nordeste de Londres; las fuerzas transportadas en planeadores se hallaban situadas en los Midlands occidentales, la División 101 americana entre Newbury y Exeter y la División 82 al Este.

Las fuerzas británicas y canadienses se concentraban en el sector Sur, estableciendo bases, sobre todo, en las costas del Hampshire y del Sussex. El número de hombres y de mujeres que tenían que servir a los Ejércitos crecía de forma alarmante. Según una fuente autorizada, eran necesarios 54.000 hombres, «incluyendo a los encargados temporalmente de las necesidades de la vida cotidiana de toda la División Acorazada 5, sólo para construir y cuidar de las instalaciones de las fuerzas destinadas al ataque anfibio y para efectuar los servicios necesarios para mantenerlas preparadas para el embarque». Trabajaban más de 4500 cocineros para preparar sus comidas, y más de 3800 camiones se encargaban del transporte de sus abastecimientos.

A un nivel diferente, los generales encargados de dirigir el próximo ataque luchaban para limitar el número de vehículos a un máximo de 2500 por cada división, contra los presupuestos que preveían un mínimo de 3000. Parecía imposible detener el desarrollo de este notable caso de «ley de Parkinson», por lo que se necesitaban diez hombres para poder mandar uno a combatir.

Se requería una planificación minuciosa y detallada para asegurarse de que toda esta masa de hombres, vehículos y embarcaciones se encontraría en el momento preciso en los lugares asignados y con todo el equipo necesario. Las últimas cosas en llegar deberían ser las primeras en partir, y las vías de abastecimiento se debían organizar de acuerdo con ello. Al mismo tiempo, era necesario enmascarar, para esconderlas lo más posible de la observación del enemigo, las concentraciones de hombres y de buques y había que dar a las innumerables actividades bélicas un aspecto que produjese una falsa impresión sobre el objetivo que perseguían. Por ejemplo, salía humo de muchos fuegos desde decenas de falsos campamentos, y las fuerzas aéreas y navales se encargaban continuamente de llevar a cabo acciones diversivas en el canal de la Mancha y aún mucho más al Norte. Se hundieron algunas partes de un *Mulberry* frente a Dungeness, para engañar al enemigo. Vastas operaciones de colocación de minas esbozaban un curioso trazado desde el Báltico hasta el Paso de Calais, y ataques aéreos contra los *U-Boot*, frente a las costas noruegas, tenían la finalidad de alimentar los temores del enemigo acerca de un ataque en aquella zona. Así, pues, del «aspecto» de la isla y de sus actividades se podía deducir que se estaba preparando un ataque contra cualquier punto. Rumores que se habían hecho circular de forma intencionada entre elementos pertenecientes a la Resistencia, desde Noruega a Holanda y Francia, confundían aún más al enemigo.

Entre tanto, en espera del día señalado, en tierra, mar y aire se llevaba a cabo un adiestramiento intensivo mientras continuaban las operaciones bélicas. Se desembarcaban brigadas, con equipo de guerra y bajo la protección de la artillería, en las costas del Suffolk, en el Devon del Norte y del Sur. Miles y miles de americanos, canadienses y británicos se ejercitaban para las pruebas que tendrían que pasar, y las tripulaciones de los medios de desembarco aprendían a dejar en tierra sus embarcaciones y luego volverlas al mar. En las zonas más abruptas de Escocia, los comandos, casi todos ellos ya expertos en sus misiones, perfeccionaban su instrucción.

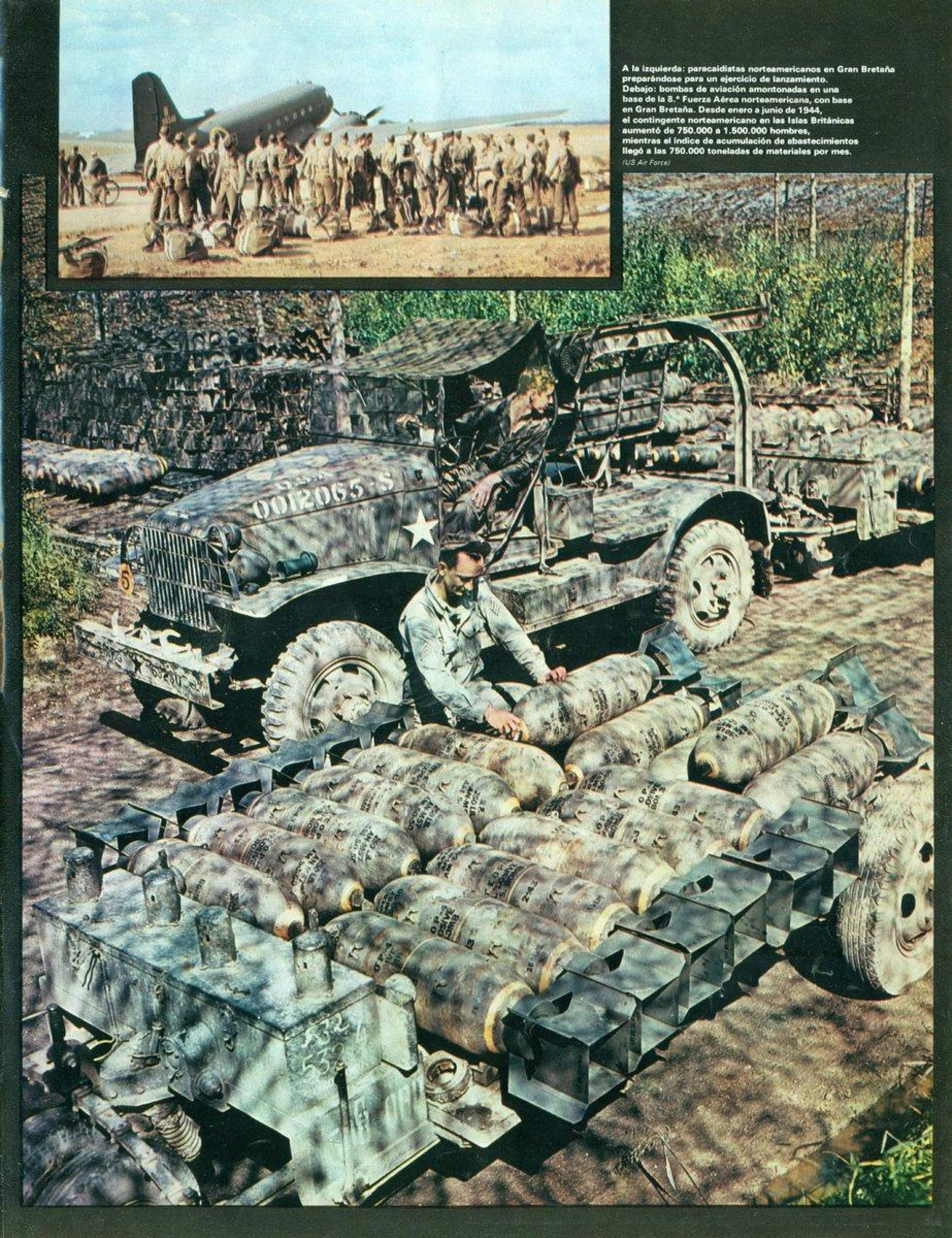
En septiembre de 1943, el teniente coronel estadounidense Paul Thompson había creado un campo de adiestramiento en una zona arenosa de la costa que se extiende entre los promontorios de Morte y Baggy, en el Devon septentrional, y muchos centenares de americanos le deben la vida a su ingenio, a su capacidad de aprender, además de enseñar, y de prever toda posible eventualidad. Desde enero hasta mayo de 1944, Thompson hizo que todos los regimientos de la División 29 estadounidense, así como de la División 4, el Regimiento de infantería 16 de la División 1 y elementos de la División aerotransportada 101 siguieran cursos en los que se reproducían, de forma realista, las condiciones del frente.

Las alambradas serpenteaban fuera de las extensiones arenosas, se hacían estallar minas y bombas que formaban nubes de humo, llamas y arena, y miles de hombres saltaban de sus embarcaciones de asalto, remontando las playas y cruzándolas en medio del estruendo de las explosiones. Se oía el auténtico fragor de la guerra, pero el «primer actor» no estaba presente en estos ensayos. Los hombres no se ahogaban, no morían, no se manchaban con la sangre de sus amigos, ni había miembros ni fragmentos de los cuerpos de los soldados que volasen por el aire. Era todo muy real, muy impresionante; era lo mejor que se podía idear; pero faltaba la tensión indescriptible del momento en que se hacen bajar las rampas... Sólo el gran día mostraría la auténtica faz de la realidad.

En el transcurso de los meses de marzo, abril y mayo la actividad naval y aérea del enemigo fue aumentando en la zona del canal de la Mancha. Lanchas motoras y *E-Boots* se enfrentaban continuamente mientras el enemigo desplazaba sus escasos recursos navales de Brest a El Havre y a Cherburgo. En dos ocasiones se produjo un enfrentamiento entre destructores, con iguales pérdidas para ambos bandos. Todas las noches sin luna aviones enemigos bombardeaban las costas meridionales de Inglaterra, y algunas veces provocaron daños de poca importancia. A mediados de mayo se avistó en el canal el primer *U-Boot* alemán, pero la preocupación principal del almirante Ramsay la constituían las concentraciones de minas enemigas, la amenaza más grave para el éxito de la Operación «Neptune». Se pusieron rápidamente en estado de alarma las flotillas de dragaminas y se elaboraron planes muy minuciosos para realizar la mayor operación de dragado de minas jamás ideada hasta entonces. Antes del *D-Day* debía haberse despejado un amplio canal que llegase hasta Francia, colocando boyas en él para indicar la ruta. No había tiempo para efectuar pruebas, pero para los hombres que tripulaban las flotillas sus cometidos de cada día y de cada noche no eran una prueba, sino una realidad.

El día 26 de abril las fuerzas de invasión quedaron finalmente concentradas en las zonas de embarco. Ya estaba listo el «potente cañón». Dos mil hombres del servicio de seguridad vigilaban y seguían a los americanos hacia el Sudoeste y hacia el Sur; otros vigilaban también los perímetros de las zonas británica y canadiense. Los buques surtos en los puertos, en los estuarios y en los embarcaderos estaban «sellados». Las *Wrens*, auxiliares que servían en los barcos pequeños, las mujeres del servicio de cifra, las secretarias, las conductoras de vehículos, demostraban la misma serenidad que los hombres y sabían o adivinaban las cosas secretas. Pero no había un lugar en toda la isla, en el interior o en el exterior del recinto de alambradas, donde no se sintiese y no comprendiese aquel gran silencio que precedía al ataque.

Dos días después del aislamiento de las tropas en sus respectivas zonas de embarco, se produjo el episodio más grave del período de adiestra-



A la izquierda: paracaidistas norteamericanos en Gran Bretaña preparándose para un ejercicio de lanzamiento. Debajo: bombas de aviación amontonadas en una base de la 8.ª Fuerza Aérea norteamericana, con base en Gran Bretaña. Desde enero a junio de 1944, el contingente norteamericano en las Islas Británicas aumentó de 750.000 a 1.500.000 hombres, mientras el índice de acumulación de abastecimientos llegó a las 750.000 toneladas de materiales por mes.
(US Air Force)

miento y que afectó a las embarcaciones y a los hombres de una parte de la fuerza *U* americana mientras se ejercitaba en las aguas del canal, en uno de los dos ensayos generales del ataque, llamados convencionalmente «Tiger» y «Fabius». Dos flotillas de *E-Boot* alemanas se acercaron inesperadamente y hundieron dos embarcaciones de transporte de carros de combate y averiaron otra. En la acción murieron 749 hombres, en su mayoría ingenieros.

Quizá ningún otro incidente puso de manifiesto, de una manera tan dramática, la escasez de embarcaciones de asalto, pues el comandante supremo comunicó entonces a los jefes del Estado Mayor conjunto que la pérdida de aquellas LST había reducido «a cero» la reserva de los mismos.

El problema del *D-Day* suponía el embarque previo de 185.000 hombres y 20.000 vehículos para el ataque inicial, y después el mantenimiento de un flujo constante de hombres, equipos y víveres hacia las playas. Los transportarían 4200 buques y embarcaciones auxiliares de desembarco, apoyados por 1200 buques mercantes y 1200 buques de guerra, entre los que figuraban 6 acorazados y 23 cruceros. En la estela de esta enorme flota, todas las extrañas formas de cemento y acero de los *Mulberries* flotarían sobre las aguas, remolcadas por una escuadra de 100 remolcadores. Se prepararían en las playas grupos especiales para recibirlas, y equipos adiestrados comenzarían en seguida el complejo cometido de su instalación. Hombres ranas e ingenieros, trabajando en los fondos bajos, despejarían la maraña de obstáculos y limpiarían la zona de minas.

Durante las horas de oscuridad, antes del amanecer, 1087 aviones de transporte y planeadores llevarían, hasta las zonas de lanzamiento situadas detrás de las playas, la vanguardia aerotransportada, constituida por casi 20.000 hombres. Otros 10.000 aviones se unirían a la inmensa potencia del fuego naval que, por su parte, constituiría la masa de fuego principal, detrás de las baterías de cohetes y de *Bofors* de las embarcaciones de apoyo y de los cañones de los carros de combate y de la artillería que dispararían a bordo de sus barcazas de desembarco.

El plan «Neptune», que comprendía todas las fases del ataque, excepto la aérea, constituía un libro impreso de ocho centímetros de espesor. Para los primeros 47 convoyes se habían preparado mapas con los recorridos exactamente establecidos, junto con las posiciones que ocuparía cada hora la flotilla de dragaminas y las rutas de innumerables embarcaciones para el desembarco de carros de combate, todo ello con la finalidad de reducir al mínimo los riesgos de la navegación en sus viajes de ida y vuelta entre las bases de salida y los puntos de llegada. Cada embarcación y su punto de destino se podían reconocer inmediatamente por las letras y las cifras indicativas expuestas bien a la vista.

El 26 de abril, el almirante sir Bertram Ramsay, comandante en jefe de las fuerzas navales, se trasladó a su puesto de mando avanzado en Southwick House, Portsmouth, y las cinco divisiones escogidas para el ataque a las cinco playas principales de Normandía, en la bahía del Sena, se trasladaron a los lugares de embarco con las tropas especializadas de asalto, acorazadas y auxiliares.

Cada fuerza atacante llevaba la letra inicial del nombre convencional dado a la playa en la que tenía que desembarcar.

- La Fuerza occidental U («Utah»), constituida por la División de infantería 4 estadounidense, del Cuerpo de Ejército VII del Ejército 1, con el 8.° RCT (*Regiment Combat Team*, Grupo de Combate regimental) como punta avanzada, concentrada en Torbay, Brixham, Dartmouth y Salcombe, atacaría la península de Cherburgo, al noroeste del río Vire.
- La Fuerza O («Omaha»), estadounidense, formada por la División de infantería 1 del Cuerpo de Ejército V del Ejército 1, con el 16.° RCT como punta avanzada, lanzaría su ataque al este del río Vire, y estaba concentrada en Weymouth, Portland y Poole.
- La Fuerza de penetración B, constituida por la División de infantería 29 estadounidense, con el 116.° RCT como punta avanzada y con dos batallones de *Rangers* de los Estados Unidos a su derecha, atacaría a la derecha de la División 1 y estaba concentrada en Plymouth, Falmouth, el río Helford y Fowey. Detrás de ellos, las divisiones de ocupación se concentraban en los puertos del canal de Bristol.
- La Fuerza oriental G («Gold»), con la División 50 británica, del Cuerpo de Ejército XXX del Ejército 2 como punta avanzada y con el comando n.° 47 reforzando su derecha, atacaría Arromanches-les-Bains, al este de Port-en-Bessin, y estaba concentrada en Southampton.
- La fuerza J («Juno»), concentrada entre Southampton, el río Solent y Spithead, tenía como punta avanzada a la División 3 canadiense del Cuerpo de Ejército I del Ejército 2 británico y atacaría a ambos lados del río Seulles, entre la Rivière y Courseulles-sur-Mer.
- La Fuerza S («Sword»), concentrada en Portsmouth, Newhaven y Shoreham, tenía como punta avanzada a la División de infantería 3 británica del Cuerpo de Ejército I del Ejército 2, con las Brigadas 1 y 4 de los servicios especiales a la derecha y el comando n.° 4 a la izquierda, y atacaría las playas de Douvres y Ouistreham.
- La Fuerza de penetración L, constituida por la División Acorazada 7 del Cuerpo de Ejército XXX, concentrada en Harwich y en el Norte, atacaría detrás de la División 50. Las divisiones de ocupación estaban concentradas en los puertos del Támesis.

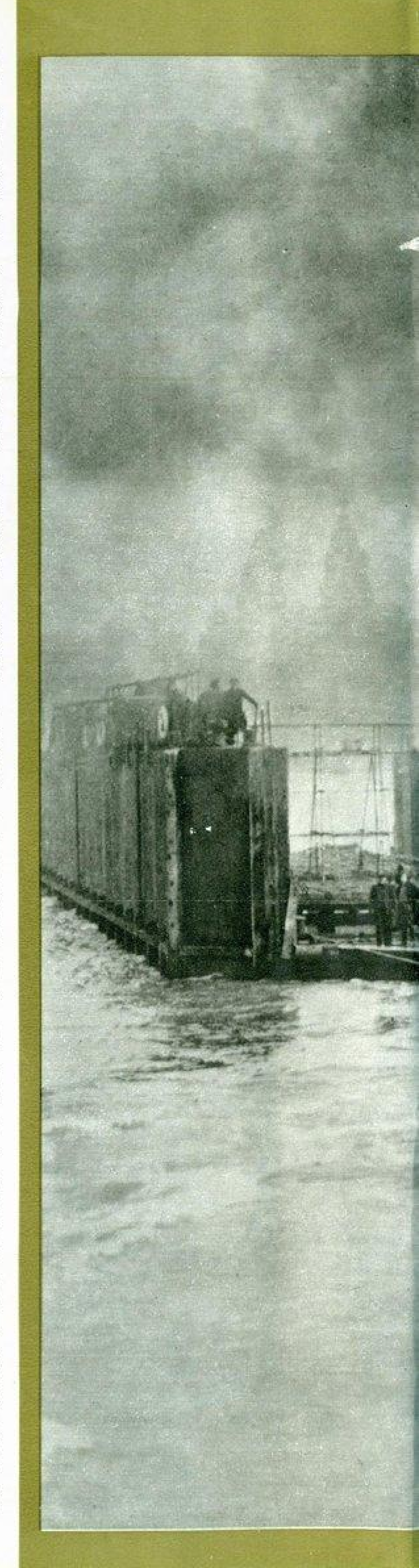
Los carros de combate desminadores y los vehículos acorazados especiales de la División Acorazada 79 de Hobart los emplearían los británicos y los canadienses, pues el general Bradley los rechazó. Apoyarían todo el ataque los carros de combate anfibios DD.

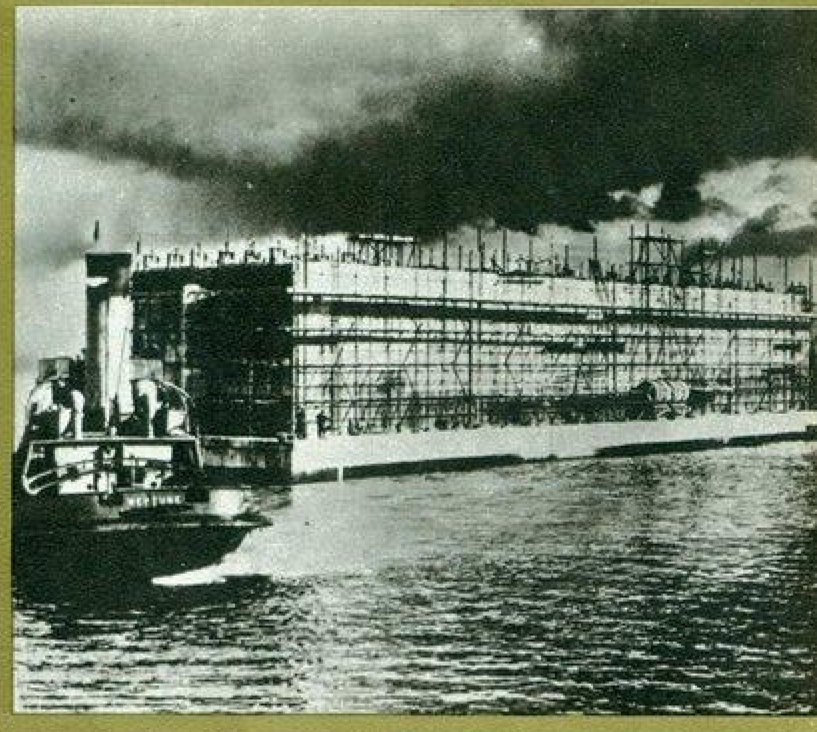
En el ataque, mandaría el Ejército 1 estadounidense el general Omar Bradley hasta la llegada del Ejército 3 americano, mandado por el teniente general Patton; Bradley asumiría entonces el mando del Grupo de Ejércitos XII estadounidense.

El Ejército 2 británico estaba bajo el mando del teniente general Miles Dempsey. Le seguiría el Ejército 1 canadiense, mandado por el teniente general Crerar El grupo de Ejércitos XXI estaba mandado por el general Montgomery, comandante de las fuerzas terrestres para el ataque y para la batalla de Normandía.

Así, pues, el 26 de abril, el primer fragor del gran alud que comenzaba a desencadenarse parecía llegar a todos los rincones de las Islas Británicas. Hasta entonces no se habían fijado ni el *D-Day* ni la hora H. Las últimas discusiones respecto a la hora, sobre el momento de la marea, las fases de la luna e incluso sobre la conveniencia de atacar de noche o de día, no habían conducido aún a una conclusión definitiva. No obstante, nadie dudaba, por poco que estuviese al corriente de los acontecimientos, que la hora se estaba aproximando y que ya no se podía aplazar; es más, parecía que, de forma casi sobrenatural, no dependiese ya de la voluntad de los hombres y que estaba a punto de desencadenarse por sí misma. Los habitantes de la isla estaban como atenazados por un estado de «suspense»; los soldados, los marineros, los aviadores, los millones de trabajadores de los astilleros, de las fundiciones, de las fábricas, de los campos y de los puertos, los ferroviarios, la policía, los bomberos, los funcionarios estatales, todos estaban ya implicados en la guerra.

La distinción entre «soldado» y «civil» había llegado a ser tan vaga que hasta perdió todo significado, excepto para la *élite*, aquel reducido puñado de hombres que dentro de unas horas, serían los primeros en hacer frente al enemigo. Y la hora decisiva se aproximaba.

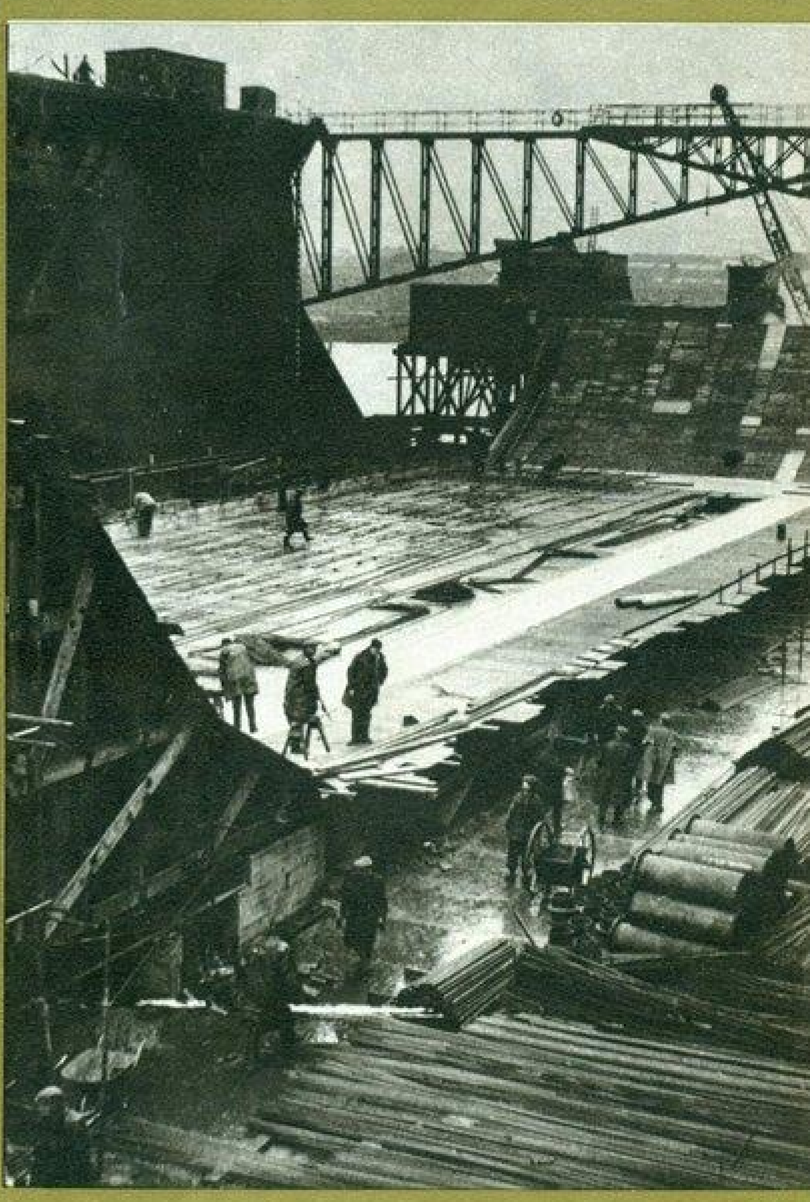




LOS "MULBERRiES": ENORMES MONSTRUOS FLOTANTES DE HORMIGÓN ARMADO Y ACERO

Entre las realizaciones llevadas a cabo por los Aliados en su preparación para el «D-Day», sin duda las más extraordinarias fueron los grandes puertos artificiales «Mulberries», destinados a desempeñar un papel de primer orden en el curso de la Operación «Overlord». La puesta en funcionamiento de estas construcciones, extremadamente complejas y de concepción totalmente nueva, requirió largos estudios y numerosísimas pruebas; pero, una vez ultimados, los «Mulberries» demostraron estar a la altura de lo que se esperaba de ellos. El almirante Ramsay opinaba que, gracias a ellos, sería posible establecer una especie de puente estable entre Gran Bretaña y Francia, haciendo llegar hasta unas 12.000 toneladas diarias de abastecimientos a las 33 divisiones empeñadas en combate contra las fuerzas alemanas en Europa Occidental.

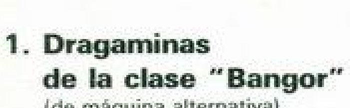
(Imperial War Museum)-(Paul Popper)



LA FLOTA DE LA OPERACIÓN "NEPTUNE"

La Operación «Neptune» –es decir, la travesía de la Mancha, primera fase de la Operación «Overlord»– iba a someter a la Marina aliada a un tremendo esfuerzo, tanto en lo que concernía a la organización como en lo referente al transporte de los abastecimientos. La flota de invasión comprendía unas 7000 unidades de todos los tipos, y esto requería un complejo Estado Mayor y planteaba enormes problemas de personal y logísticos –control de las fases de preparación, de los turnos, de las reparaciones, de los remolques–, además de tener que atender constantemente a la vigilancia antisubmarina. En primer lugar, los dragaminas debían asegurar la travesía al gran número de transportes; luego, una fuerza de 138 buques de guerra bombardearía las defensas alemanas en las playas, mientras destructores, fragatas, corbetas y embarcaciones de pesca armadas escoltarían a los convoyes que saldrían de las costas meridionales de Inglaterra. Se contaba con un conjunto de más de 4000 barcazas de desembarco, de las cuales la mitad, aproximadamente, eran autopropulsadas. Además, sería preciso trasladar al otro lado del canal de la Mancha 146 «Mulberries», y hacerlo con precisión cronométrica. Esta era la misión de más de 3000 embarcaciones, entre remolcadores y otras pequeñas unidades de diversos tipos. En estas páginas representamos algunas unidades integrantes de la flota de invasión "Neptune".

1



1. Dragaminas de la clase "Bangor"
(de máquina alternativa)

La mayor parte de los 287 dragaminas de la Operación "Neptune" pertenecía a esta clase. Estos dragaminas se construían en tres versiones: propulsión *Diesel*, turbina y máquina alternativa.
Desplazamiento: 672 t.
Tripulación: 60 hombres.
Velocidad: 16 nudos.
Armamento: una pieza de 76 mm, una ametralladora de 40 mm y cuatro de 7,7 mm.

2

2. Buque "Liberty"

Proyectados en los astilleros norteamericanos J. Kaiser, estos buques salvaron la situación en la batalla del Atlántico. Tenían 10.000 t de arqueo, eran prefabricados y se montaban en menos de cinco días. Construidos en gran número, tanto en astilleros norteamericanos como británicos, representaron una solución para el problema de las graves pérdidas de buques mercantes por parte de los Aliados.

3. Remolcador armado de salvamento

Estas pequeñas unidades, además de remolcar hasta las costas normandas a los grandes *Mulberries*, también tuvieron que arrastrar más de la mitad de las barcazas de desembarco que no eran autopropulsadas y que no se podían disponer en las cubiertas de los transportes. **Desplazamiento**: 700 t. **Velocidad**: 13 nudos. **Armamento**: un cañón de 76 mm, dos ametralladoras de 20 y tres de 7,7 mm. **Tripulación**: 30 hombres

4. Pesquero armado

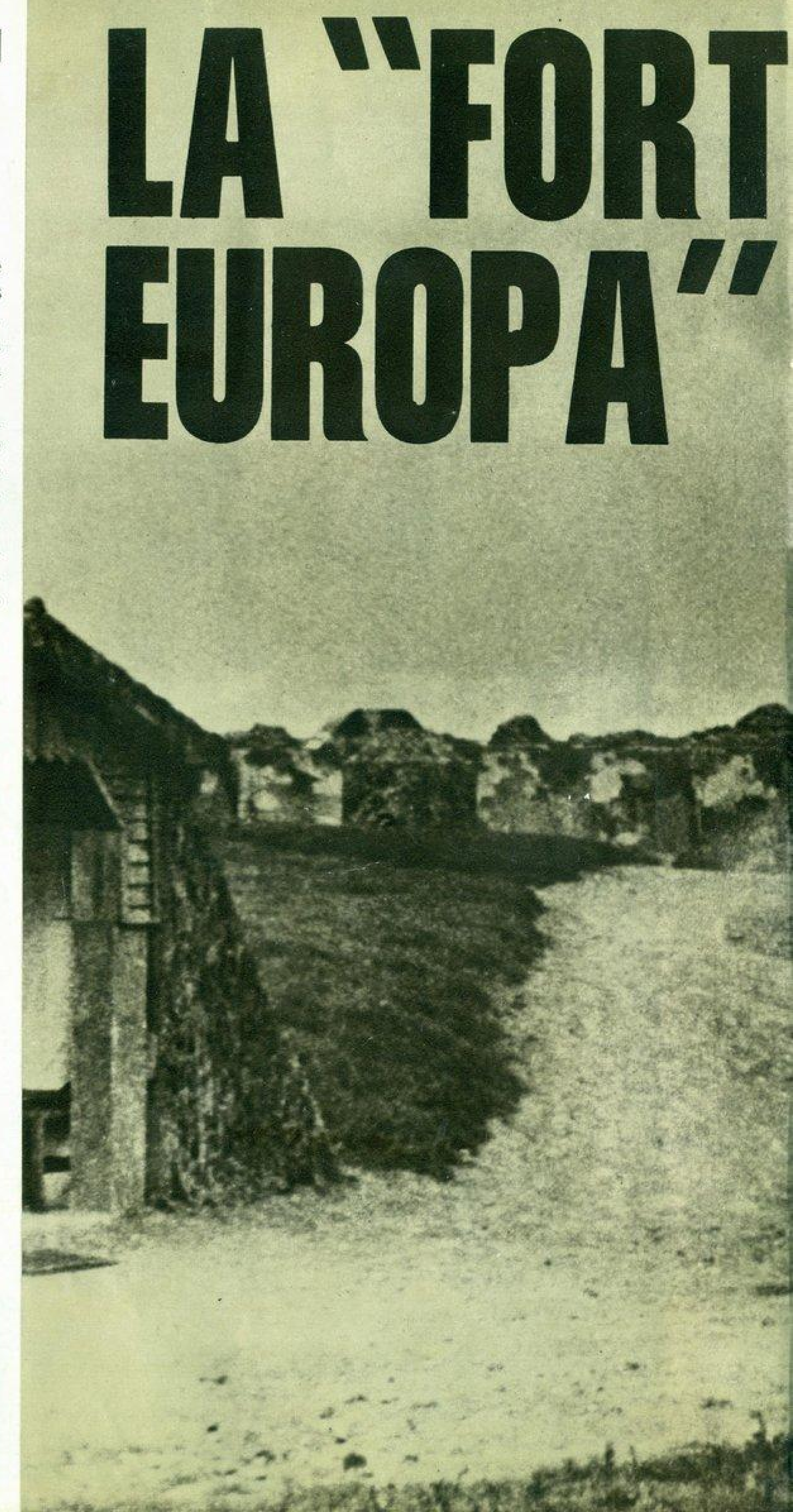
Los pesqueros armados, ampliamente utilizados, sirvieron, junto con los dragaminas y otras unidades menores, para apoyar y proteger a los transportes. **Desplazamiento**: 378 t. **Velocidad**: 11,5 nudos. **Tripulación**: 30 hombres. **Armamento**: un cañón de 102 mm, tres ametralladoras de 20 mm y dos de 7,7 mm; además, unas 20 cargas de profundidad contra submarinos.

5. Lancha motora de la RAF para salvamento de náufragos.

Estas veloces embarcaciones salvaron durante la guerra a unos 13.000 aviadores; constituyeron, por así decirlo, la contrapartida marítima de la cobertura aérea de la Operación "Neptune". **Eslora**: 19 m. **Velocidad**: 38 nudos. **Armamento**: tres ametralladoras antiaéreas *Lewis* de 7,7 mm.



LA "FORTALEZA EUROPA"



"Yo soy el constructor de fortalezas más grande de todos los tiempos", se vanagloriaba Hitler. "Yo he construido la muralla occidental; yo he construido la muralla del Atlántico." Pero la tan alabada "muralla del Atlántico", contra la que se deberían estrellar los ataques de los Aliados, existía únicamente en su imaginación. Nunca había visitado la costa en la que se esperaba la invasión y, a pesar de los constantes esfuerzos de Rommel para crear un fuerte sistema defensivo, sólo en el Paso de Calais la "muralla" existía en las proporciones de que alardeaba la propaganda. Y el Paso de Calais, contrariamente a las previsiones de von Rundstedt, no era el objetivo de los Aliados.

Desde el momento del ataque alemán a Rusia, las fuerzas de Alemania se habían mostrado absolutamente inadecuadas para defender los 5000 km de faja costera occidental que estaban bajo su dominio. El *Feldmariscal* von Rundstedt, trasladado en 1941 de su mando en Occidente al mando del Grupo de Ejércitos Sur en Rusia, confesaba que tener las espaldas tan descubiertas le daba una sensación de frío. Esperaba, efectivamente, que Gran Bretaña invadiría un día u otro el continente. Y esta actitud no sólo revelaba la debilidad de los alemanes en el Oeste, sino también su ignorancia de las verdaderas condiciones del Ejército británico después de Dunkerque, cuando los soldados que sobrevivieron habían quedado prácticamente sin armas. Este modo de pensar contribuyó a salvar a Gran Bretaña de la invasión.

Vuelto al mando del sector occidental en 1942, Rundstedt encontró la situación muy poco mejorada. Durante todo aquel año, Francia sólo se había utilizado como zona de descanso para divisiones que sufrieron muchas bajas en el frente oriental. Las 50 ó 60 divisiones disponibles, en teoría, raramente podrían poner en campaña, en un determinado momento, el equivalente de 25 divisiones de buena calidad y en plena eficacia.

Este cañón alemán montado en casamata podía lanzar sus granadas al otro lado del canal de la Mancha; pero estos puestos defensivos aislados, cuya construcción a menudo quedó incompleta, demostraron ser insuficientes o incapaces para contener el ímpetu de un gran ataque aliado. *(Ullstein)*


ALEZA
R. W. Thompson

La decisión de los nazis de utilizar a algunos prisioneros de guerra como soldados en lugar de mantenerlos en los campos de concentración o dejar que se pudrieran en sus *Belsen*, condujo a una situación bastante compleja; pero, por otra parte, alivió la tensión creciente a la que estaba sometido el potencial humano de Alemania. En 1942 algunos batallones extranjeros se encuadraban en divisiones germanas, y en un determinado regimiento se utilizaban ¡hasta ocho tipos diversos de «cartillas de haberes»!, que incluían por lo menos una veintena de «tribus» orientales.

Un conjunto heterogéneo de razas, al mando de oficiales alemanes, constituía no menos del 10 por ciento y aun del 25 por ciento de la fuerza de muchas divisiones.

No es difícil percatarse ya a primera vista –y, Rundstedt, efectivamente, lo notó en seguida– que 50 ó 60 divisiones, aunque fueran de la mejor calidad, no podían cubrir más que una décima parte de los 5000 km de faja costera. Una división cada 4,5 km de costa no sería excesiva para la defensa; pero una división para cada 80-100 km no tenía ninguna esperanza de éxito. Por ello, uno de los muchos problemas con que se enfrentaban los alemanes era establecer no sólo cuándo, sino también dónde tendría lugar un ataque en fuerza por parte de los Aliados. Cualquiera que fuese la decisión que se tomase, resultaba inevitable que extensas zonas deberían permanecer desguarnecidas, y además el problema de las reservas se hacía insoluble.

La previsión del *Feldmariscal* von Rundstedt, que siempre se mantuvo inalterada, era que los

Gigantesco monstruo de cemento y acero construido por los alemanes en Calais, donde la «muralla del Atlántico», aparecía como una fortaleza inexpugnable. (Bapty & Co Ltd.)



El *Feldmariscal* Rommel inspecciona las fortificaciones de la «muralla del Atlántico». A finales de 1943 se confió a Rommel el mando del Grupo de Ejércitos B y la responsabilidad de la defensa de la faja costera desde la frontera germano-holandesa al Loira. *(Alfredo Zennaro)*

Aliados occidentales lanzarían su ataque en la zona del Paso de Calais, probablemente a ambos lados del Somme, no sólo porque esta era la distancia más corta entre las dos costas, lo que simplificaba el problema del apoyo aeronaval y del abastecimiento desde los puertos de la isla, sino también porque ofrecía el camino más breve para llegar al Rhin y hacia el corazón del Reich. El hecho de que esto representase la elección más obvia no hacía que se le excluyese por parte aliada; por otra parte, la situación era muy distinta considerada desde Francia o considerada desde Gran Bretaña. Mientras los Aliados tenían en cuenta la fuerza de las posiciones enemigas, Rundstedt se daba cuenta a su vez de su debilidad. Si la muralla del Atlántico era algo más que una «estructura propagandística», como la veía Rundstedt, también era mucho menos de lo que Hitler había hecho creer tanto a sí mismo como a sus enemigos. Nunca había dispuesto ni del suficiente material ni de la mano de obra necesaria para realizar sus sueños; pero incluso aunque sus sueños hubieran sido factibles, el destino que le cupo a la potentísima Línea Maginot ya había demostrado que las defensas estáticas no son más fuertes de lo que lo son sus puntos más débiles o sus defensores. La muralla del Atlántico tan sólo existía, en las proporciones de que alardeaba la propaganda, en el Paso de Calais.

Durante todo el año 1943, mientras los Ejércitos alemanes se desangraban en el frente oriental y la ofensiva aérea aliada continuaba en constante aumento, von Rundstedt se esforzó por reorganizar las fuerzas, escasas y de mala calidad, que tenía a su disposición. Se formaron divisiones costeras con misiones estáticas; estas divisiones comprendían un alto porcentaje de tropas de limitada eficacia, pero que tenían la ventaja de adquirir práctica en las zonas que se les habían confiado.

Hitler teme una invasión

Los desembarcos aliados en el Norte de África, a fines del otoño de 1942, pusieron a Hitler «constantemente en estado de alarma», según expresión del general Blumentritt. Esperaba desembarcos por doquier. Entre otros puntos, temía que se efectuaran en Holanda, Portugal, España y en las costas del Adriático. La caída de Túnez le indujo a creer que la amenaza inmediata se centraba en el sur de Francia. Al mismo tiempo, sus temores por la vulnerabilidad de Noruega eran paralelos al deseo reiterado de Churchill de traducir en realidad tales temores. A todo ello, se había creado una situación imposible para sus generales, a quienes se mantenía ignorantes de los acontecimientos de la guerra fuera de los de su inmediata zona de competencia. En abril de 1943, Geyr von Schweppenburg, entonces al mando del cuerpo de Ejército LXXXVI, recibió la orden de preparar la Operación «Gisela», en virtud de la cual cinco divisiones mecanizadas penetrarían en forma de abanico en España, cuatro de ellas se dirigirían a Madrid, mientras la quinta se situaría a la defensiva en Bilbao. No hay que asombrarse de que Geyr definiese semejante proyecto como de «esta locura».[1]

Pero lo cierto es que aunque los generales no compartían, en su extensión territorial, las tormentosas aprensiones de su *Führer*, se veían obligados a actuar de acuerdo con las impresiones del mismo, especialmente cuando se relacionaban con la zona del Somme y de Normandía.

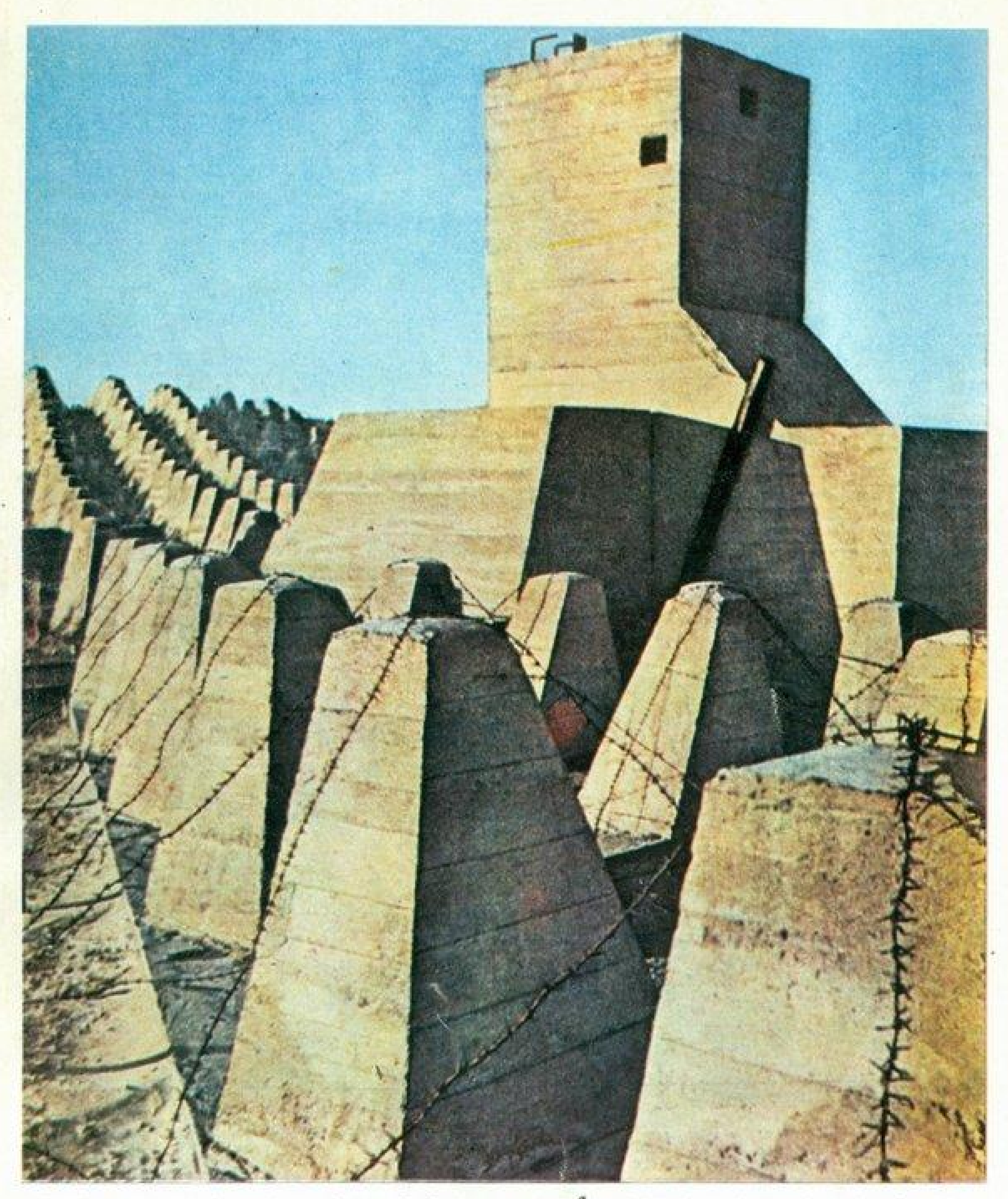
En septiembre de 1943, las complicadas maniobras realizadas en Gran Bretaña, en parte como ensayo general de los masivos y complejos movimientos de tropas y de los problemas de transporte con vistas a la Operación «Overlord», y en parte para inducir a engaño al enemigo, no lograron esta segunda finalidad. El *bluff*, opinaba von Rundstedt, era «demasiado evidente», y parece ser que los alemanes se sintieron más engañados y alarmados por las voces que corrían espontáneamente en los países ocupados que por las historias que a propósito hacían circular los Aliados.

En el otoño de 1943, al sobrevenir los primeros días de mar gruesa y con los primeros atisbos del invierno, se redujeron las posibles zonas para un ataque aliado y ello permitió al enemigo un momento de respiro. Probablemente podría estar tranquilo hasta la primavera de 1944. Lo único que se podía hacer entonces era reforzar la muralla del Atlántico, ampliar los campos minados que defendían los accesos y mejorar la instrucción y armamento, algo heterogéneo, de las tropas disponibles. Trasladar y utilizar la reserva acorazada ya constituía en principio un problema difícil, problema que las sospechas y las dudas de Hitler y la potencia aérea aliada hacían aún más insoluble.

Entre tanto, durante todo el año, la Resistencia francesa había ido mejorando, allanándose las discordias entre los distintos grupos, y todo el movimiento había correspondido muy bien a la ayuda y a la organización británicas. A comienzos del invierno de 1943-1944, esta Resistencia ya constituía un problema serio para los alemanes; en efecto, además de los sabotajes a las líneas férreas y a los transportes, socavaba la moral: siempre existía el temor de que pudiera haber una bomba bajo la cama o en el armario, de que los trenes pudieran descarrilar o saltar misteriosamente por los aires. Y lo cierto es que estas cosas ocurrían cada vez con mayor frecuencia. Forzosamente se tenían que interpretar, en su justa medida, como los signos precursores de la inminente crisis en Occidente. El año sería 1944; el lugar, Europa occidental, y la primavera o el verano marcarían la hora.

Unos informes que llegaron a través de un comunicado del ministerio de Asuntos Exteriores alemán, con fecha del 8 de enero de 1944, y por

[1] Asimismo en España este ocasional proyecto fue considerado totalmente absurdo, y no causó la menor inquietud al gobierno español. (Nota de la versión española).



Obstáculo contracarros formado por «dientes de dragón», en un sector de la «muralla del Atlántico», cerca de Calais. Para convertir en verdaderos laberintos los accesos a las playas, Rommel ideó un complicado sistema de obstáculos contra desembarcos y contracarros que harían muy peligroso el paso de los atacantes. (History of the Second World War)

mediación de Ankara, atribuían el nombre convencional de «Overlord» a los planes aliados y proporcionaban «pruebas concluyentes de que los anglosajones están muy decididos a adelantar el final de la guerra abriendo un "segundo frente" en 1944. De todas formas, este segundo frente no será en los Balcanes».

Un mes después llegaba un análisis de las informaciones recibidas, realizado por el jefe del Servicio de Información militar en Occidente:

«Para 1944 se proyecta una operación exterior al Mediterráneo, que tratará de llevar la situación a un punto decisivo y por ello se realizará con todas las fuerzas disponibles. Parece ser que esta operación se está preparando bajo el nombre convencional de «Overlord». La intención de emplear en ella grandes fuerzas resulta evidente por el hecho de que se espera que conduzca a la resolución final de la guerra en un período de tiempo relativamente breve».

El enemigo ignoraba cuál era la zona designada para el ataque, pero un informe del servicio de Información, con fecha 21 de febrero, volvía a afirmar que:

«La decisión frecuentemente expresada de poner fin a la guerra de 1944 debe considerarse como el motivo dominante de los planes de operaciones enemigos. También se da repetidamente por descontado que se provocará la solución final de la guerra mediante un ataque en gran escala de Europa occidental».

Los alemanes esperaban que el ataque se produciría en el primero o en el tercer trimestre del año. Ya no se sentía ningún temor respecto a los Balcanes. El período destinado al ataque se limitaba a mayo-agosto de 1944; y en cuanto al lugar se suponía que iba a ser el Paso de Calais... o Normandía.

El encargo que se confirió al *Feldmariscal* Rommel, en noviembre de 1943, de inspeccionar y mejorar las defensas de la faja costera occidental desde Dinamarca y la frontera española complicaba una situación de mando que ya era muy difícil. Puede ser que el general Blumentritt exagerase cuando decía que «pronto los Ejércitos no sabrían si estaban al mando de Rundstedt o de Rommel». Pero el hecho de que Rommel estuviera en contacto directo con Hitler le investía, ciertamente, de gran influencia; pero tampoco cabe dudar de que él respetaba a von Rundstedt, comandante en jefe en Occidente, y que observaba la jerarquía. A su vez, von Rundstedt, aunque no consideraba a Rommel como buen estratega, se inclinaba ante su valor y su lealtad. Por otra parte, el nombramiento de uno de los *parvenus* del nazismo habría hecho insostenible la posición del comandante en jefe.

La situación era, desde luego, desagradable; pero se allanó con el paso del tiempo al ser nombrado Rommel comandante del Grupo de Ejércitos B, teniendo bajo su responsabilidad, pero siempre dependiendo de von Rundstedt, los sectores vitales de la costa del canal de la Mancha, desde la frontera germano-holandesa al Loira. Más tarde, el nombramiento del coronel general Blaskowitz para el mando del Grupo de Ejércitos G, desplegado en el golfo de Vizcaya y a lo largo de la costa mediterránea de Francia, aclaró, aunque no de una manera satisfactoria, la situación del «mando de las fuerzas de tierra».

Pero este mando de las fuerzas de tierra incluso en el virtual aislamiento en que se encontraba, permanecía expuesto a poderosas influencias, que tenían su origen no sólo en las divergencias de opinión entre el comandante en jefe de Occidente y el comandante del Grupo de Ejércitos B, sino también en las injerencias del general Guderian, inspector general de las fuerzas acorazadas desde marzo de 1943, y del general Geyr von Schweppenburg, que mandaba el *Panzergruppe* occidental y supervisaba la totalidad de la reserva acorazada.

Rommel, que compartía la opinión de Hitler de que Normandía sería el objetivo principal de los Aliados y opinaba que el enemigo debía ser aniquilado, si ello era posible, en el mar, y con toda seguridad en las playas, deseaba que las divisiones acorazadas se encontrasen al alcance de la mano, preparadas para lanzar un contraataque masivo e inmediato. Ya tuvo una amarga experiencia de la supremacía aérea aliada en el desierto occidental y conocía muy bien el destino que aguarda a las fuerzas acorazadas que tratan de maniobrar durante el día y bajo la amenaza de los bombarderos. Si las fuerzas acorazadas no se encontraban en el lugar donde debían actuar, Rommel dudaba de que pudieran llegar a él, y, de todas formas, estaba seguro de que no llegarían a tiempo. En cualquier caso, sería prácticamente imposible trasladarlas a pleno día por unas carreteras que estarían constantemente expuestas a los bombardeos aéreos.

Nadie dudaba de la realidad de la amenaza aérea aliada, que se experimentaba todos los días y todas las noches; pero, al mismo tiempo, ni Rundstedt ni los generales al mando de las fuerzas acorazadas estaban de acuerdo con la táctica de Rommel y ni siquiera compartían sus opiniones sobre el lugar en que se desarrollarían las operaciones. Ante todo, Rundstedt preveía unos contraataques masivos una vez los Aliados hubieran penetrado en el margen exterior de las defensas marítimas; en segundo lugar, no compartía las opiniones de Rommel por lo que respecta a Normandía; en tercer lugar, no podía estar de acuerdo sobre el empleo inmediato de la reserva acorazada antes de comenzar el ataque. La afirmación de que la actividad aérea haría difícil el traslado de las fuerzas acorazadas significaba que, si se hacía como quería Rommel, se quedarían en una trampa o serían destruidas en el caso de un ataque en Calais o en cualquier otro lugar.

Por su parte, Guderian, en estrecho contacto con Hitler, y seriamente preocupado por la situación, tanto en el Este como en el Oeste, insistía sobre la necesidad de reforzar las defensas orientales y trasladar al Oeste las reservas que allí eran muy necesarias. Esta insistencia desencadenó uno de los típicos arrebatos del *Führer*:

«¡Créame! Yo soy el constructor de fortificaciones más grande de todos los tiempos –afirmaba–. Yo he construido la muralla occidental; yo he construido la muralla del Atlántico...». Después empezó a abrumar a Guderian citando sus «toneladas de cemento» y un diluvio de estadísticas. Pero, en realidad, Hitler jamás había visitado la «muralla del Atlántico», y ésta, como el cuento de los vestidos nuevos del emperador de la China, existía más bien en su imaginación que en la realidad.

Poco después, Guderian se trasladó al Oeste y en seguida se sintió alarmado por las intenciones de Rommel y, sobre todo, por la idea de emplear

a distancia próxima las divisiones acorazadas de la reserva antes del *D-Day*. «Desplegadas así –escribía– no se podrían retirar y emplear en otra parte con la suficiente rapidez».

De vuelta al Mando Supremo, Guderian aprovechó la ocasión para poner de manifiesto «este error» durante una reunión. Pero Hitler no quiso anular las órdenes del «hombre que estaba sobre el terreno», y aconsejó a Guderian que «volviera a Francia a discutir una vez más la cuestión con Rommel».

Así, pues, Guderian y Schweppenburg visitaron a Rommel en su puesto de mando de La Roche Guyon. El *Feldmariscal* explicó ampliamente su punto de vista, mas lo cierto es que no estaba dispuesto a discutir. Aparte su convicción de que el sector de ataque sería Normandía, también estaba convencido de que el enemigo debía ser destruido antes de que pudiera encontrar un punto de apoyo en tierra. Si le dejaban libertad de acción, él podría asestar al enemigo tal golpe, en las aguas poco profundas o en las playas, que le sería imposible repetir el ataque durante aquel año. Y si Rommel tenía razón en este punto, que compartía con Hitler, también la tendría respecto al despliegue cercano de las fuerzas acorazadas. El riesgo, lo admitía, era grande, pero no era posible evitarlo. Evidentemente, Rommel no compartía la opinión de von Rundstedt de que fuera posible ganar una batalla de movimientos.

Mientras tanto, Hitler permanecía aferrado a sus intuiciones, reforzadas por las razonadas deducciones que se desprendían del emplazamiento de las tropas aliadas (especialmente en la Inglaterra sudoccidental), de que el objetivo principal sería Normandía y que el puerto al que era natural que se dirigieran los Aliados era el de Cherburgo. Pero la duda constante de que pudiera haber un segundo ataque –quizá en gran escala– en cualquier otro lugar le llenó de indecisiones, predisponiéndolo, mucho más de lo que lo estaban los comandantes que se encontraban sobre el terreno, a cometer los futuros desastres que derivarían de sus dudas.

Guderian realizó una tercera tentativa para convencer a Hitler de los peligros del emplazamiento de las fuerzas acorazadas sugerido por Rommel, y a primeros de mayo, Schweppenburg, temiendo que von Rundstedt se estuviera aproximando al punto de vista de Rommel, se dirigió a Hitler por cuenta propia. Quería retener el grueso de sus fuerzas acorazadas al norte y al sur de París; y fue entonces cuando, finalmente, Hitler comenzó a vacilar en su decisión. El resultado fue un compromiso desastroso, en virtud del cual cuatro divisiones acorazadas se retuvieron como reserva de ataque y bajo la dependencia del OKW. Esto debilitó el mando de Rundstedt, porque el *Feldmariscal*, frustrados ya sus anteriores intentos de organizar una reserva de infantería en Normandía, retirando fuerzas de las zonas al sur del Loira, se veía ahora privado de los medios necesarios para lanzar un contraataque eficaz contra las playas sin pedir permiso al OKW.

Así, sin querer, Schweppenburg había creado una situación que a la larga habría de resultar desastrosa.[5]

Todas estas complicaciones eran ya bastante graves en sí mismas, pero sólo representaban uno de los muchos síntomas de la debilidad general y de la decadencia en que a la sazón se hallaban las altas esferas alemanas.

Mientras Rommel, con su natural deseo de tener el pleno dominio de la batalla que sus fuerzas se aprestaban a combatir, se encontraba en una posición análoga a la de Montgomery, la posición de Rundstedt no se podía comparar de ningún modo con la de Eisenhower. En efecto, Rundstedt no sólo no tenía ya el completo dominio de las fuerzas de tierra, sino que además estaba obligado a «pedir» el apoyo aéreo y naval cuando tuviera necesidad de ello. No había ningún mecanismo para una planificación combinada entre los servicios. Y, lo que era peor aún, las baterías costeras, que debían llevar a cabo una misión esencial al rechazar el ataque, dependían de la Marina alemana. Por añadidura, el hecho de que la fuerza aérea y naval se hubiera reducido a proporciones modestísimas agrandaba, en lugar de disminuir, la necesidad de colaborar y de coordinar todas las defensas disponibles.

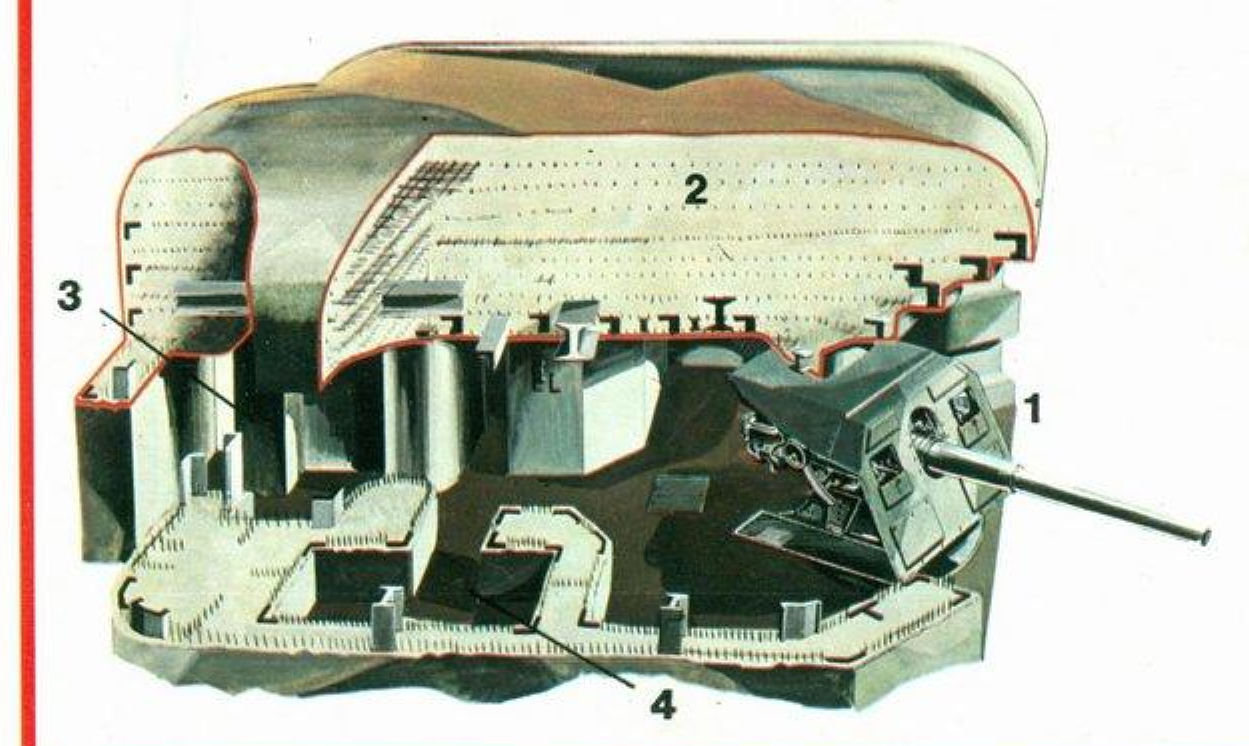
El almirante Theodor Krancke, comandante en jefe del Grupo naval occidental alemán, con su pequeña flota de unos 60 buques de diversos tipos, se veía forzado a permanecer en los puertos bajo los incesantes ataques aéreos aliados. Algunos encuentros en el canal de la Mancha redujeron su flotilla de destructores a sólo dos unidades eficaces. El resto lo constituían dos torpederos, 31 lanchas torpederas y un grupo de buques patrulleros y de dragaminas. Además, 15 de los *U-Boot* más pequeños que se encontraban en los puertos del Atlántico debían ponerse a su disposición, pero no estaban bajo su mando.

En la práctica, ni siquiera esta pequeña «escuadra» pudo hacerse a la mar.

Por lo que respecta a la 3.ª *Luftflotte* alemana, al mando del general Hugo Sperrle, era asimismo inutilizable. Obligada a servirse de pilotos casi novatos, su eficacia, también en parangón con su fuerza numérica decreciente, era escasa, y además era atacada continuamente en tierra en lugar de serlo en el aire. A primeros de junio de 1944, esta 3.ª *Luftflotte* contaba con unos 400 aviones en condiciones de combatir, por lo menos en teoría. Estos aparatos, siempre en teoría, estaban repartidos entre los Grupos de caza 4.º y 5.º, dependientes de la 2.ª División aérea. Los del 4.º Grupo tenían la misión de interceptar a los bombarderos aliados que se dirigían a Alemania, pero se los podía distraer de esta misión en caso de que se produjeran desembarcos enemigos. En la práctica, lo cierto es que ninguna de las unidades de la 2.ª División disponía de aparatos en condiciones de hacer sentir su peso en los acontecimientos del «gran día». La mayoría de los prometidos grupos de caza, salidos de Alemania, no llegó a su destino. Pocos pilotos conocían Francia, y pocos sabían leer los mapas. El jefe de Estado Mayor de la 2.ª División calculó que, a la sazón, no tenían más allá de 50 aviones eficaces a su disposición.

Así los Aliados tenían una superioridad indiscutible en el mar y en el aire, y por lo tanto Rommel se forjaba pocas ilusiones sobre la misión que le esperaba. En cierto sentido, la situación era muy sencilla: los Ejércitos alemanes de Occidente, abrumados incesantemente desde el aire, mal adiestrados, con escasos medios de transporte y de mala calidad, privados por la disgre-

POSICIÓN ALEMANA PARA CAÑÓN DE COSTA DE 155 MM



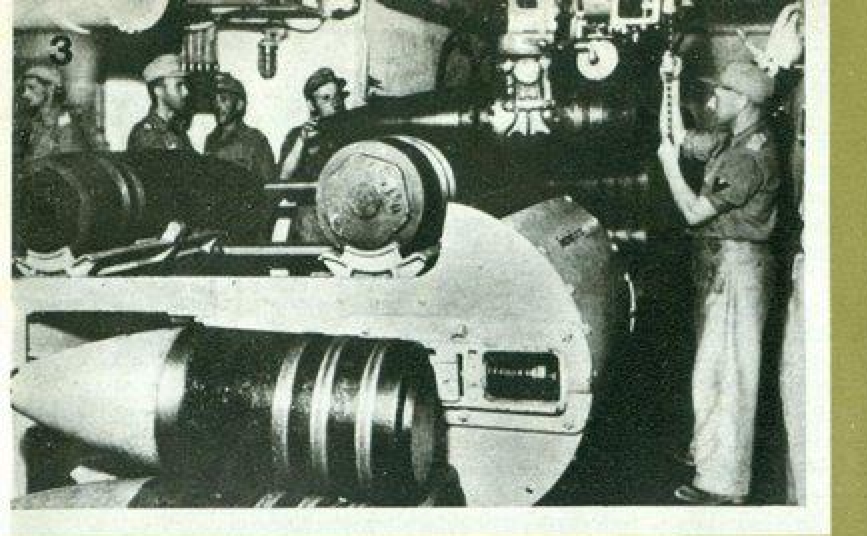
En las costas en las que los alemanes preveían que iba a producirse la invasión, se encontraban estos cañones, en baterías protegidas, de tres a cuatro piezas cada una. Situadas detrás del límite de las escolleras, su principal misión era impedir que cualquier formación naval aliada pudiese llegar indemne a la playa. Pero, a causa de sus dimensiones, estas posiciones se convirtieron en el primer objetivo de los bombardeos aéreos aliados y de los cañones de los buques de guerra.
Escuadra de sirvientes: 12 hombres.
Alcance máximo: 19.200 m.
Dotación de municiones: 200 disparos.

1. Cañón de 155 mm.
2. Cúpula de hormigón reforzado capaz de soportar sin quebrantarse el estallido de una bomba de aviación de 225 kg.
3. Entrada posterior protegida del fuego de revés.
4. Almacén (el local para las granadas estaba situado en el lado opuesto).

LA MURALLA DEL ATLÁNTICO: UNA LÍNEA DE DEFENSA TODAVÍA INCOMPLETA EN VÍSPERAS DEL "D-DAY".

1

2



1 Casamatas alemanas construidas para proteger las costas francesas. Entre enero y febrero de 1944, llegaron al mando alemán informaciones cada vez más precisas, que confirmaban los temores de un ataque aliado contra el territorio de Europa occidental, seguramente el Paso de Calais o las playas de Normandía. *(Ullstein)*

2 El *Feldmariscal* Rommel inspecciona un sistema de defensas pasivas, ideado por él mismo, para impedir el paso a los medios de desembarco aliado. Convencido de que el enemigo se le debía derrotar en el mar, Rommel insistió en reforzar las posiciones defensivas avanzadas en la costa. *(Ullstein)*

3 En una posición de artillería de grueso calibre, en una casamata de la «muralla del Atlántico», algunos sirvientes disponen las granadas en el ascensor que las transportará mecánicamente al lado del cierre para efectuar la carga. *(Südd Verlag)*

4 Tropas de guarnición de las obras de defensa alemanas en las costas del canal de la Mancha. En vísperas del "D-Day", el mando occidental del *Feldmariscal* von Rundstedt disponía de unos efectivos de 58 divisiones. *(Bibliothek für Zeitgeschichte)*

5 Batería de la "Flak" dispuesta a enfrentarse con los ataques aéreos aliados. Con el fin de poder responder, por lo menos parcialmente, a los bombardeos ininterrumpidos llevados a cabo por las fuerzas aéreas aliadas, Rommel solicitó repetidamente poder disponer del III Cuerpo de Ejército "Flak", pero su petición quedó sin respuesta. *(Sado-Opera Mundi)*

gación de sus instalaciones de radar del uso pleno de sus «ojos» y de sus «orejas», estaban solos ante la angustiosa espera.

Durante casi seis meses, el *Feldmariscal* Rommel volcó todas sus energías en la tarea de hacer inatacables las defensas costeras, desde Cherburgo al Somme, dedicando al mismo tiempo todos sus cuidados, en la medida de lo posible, a los problemas de Normandía. Dominado por un profundo pesimismo, pero sin estar influido por la mentalidad militar tradicional típica de von Rundstedt y de los oficiales de la vieja escuela, quizá también dándose cuenta inconscientemente de que no había posibilidad de compromisos para Alemania (mientras Alemania fuera Hitler), sabía que se debía enfrentar con el enemigo en las playas. Quizá sabía también que esta era una solución desesperada: pero lo cierto es que no había otra.

Nada demuestra que a Rommel le disgustara una batalla de movimiento; sabía que esta batalla se produciría demasiado tarde y que se perdería. Por esta razón no podía compartir la idea de von Rundstedt de que los Aliados deberían asentar sus pies en el continente para que, sólo entonces, se combatiese la batalla por Normandía.

Para Rommel este optimismo equivalía a la ruina y hasta Hitler, que ya vislumbraba la sombra del desastre, lo sabía también. Blumentritt observó que en aquel período las comunicaciones del OKW comenzaban invariablemente: «El *Führer* teme...». En efecto, estaba lleno de temores, que se concentraban en Normandía, donde las valquirias cabalgaban por los cielos. Pero mientras Rommel era un realista, que se ocupaba de los hombres y del material, de cemento y de minas, Hitler era un visionario que percibía figuras vagas como en un espejo ennegrecido. El apoyo que daba a Rommel se perdía en demasiadas direcciones y jamás era eficaz. En una ocasión dijo claramente a Warlimont y a otros: «Si no detenemos la invasión y rechazamos al mar al enemigo, se perderá la guerra». Tenía la máxima confianza en Rommel y, sin embargo, salvo ordenar que algunas unidades contracarros o antiaéreas se enviasen para reforzar la zona de Normandía occidental, no hizo casi nada por ayudarle. Las concentraciones de tropas norteamericanas y sus ejercicios de desembarco en Inglaterra indicaban cada vez más claramente que los puntos de ataque serían Normandía y Cherburgo: pero Hitler aún vacilaba. Lo cierto es que ni él ni nadie pudo imaginar jamás la eventual existencia de puertos artificiales que los Aliados proyectaban remolcar tras ellos.

Un factor que alimentaba la indecisión, respecto del emplazamiento de la reserva acorazada, era el constante temor de que a la postre no fuese Normandía el lugar elegido, o por lo menos que no fuera el único. La carencia de movilidad de las tropas alemanas en Occidente atormentaba la mente de sus jefes. Las fuerzas aéreas aliadas no sólo estarían en condiciones de impedir el movimiento de las fuerzas en una batalla, sino que ya habían arrebatado cualquier posibilidad de movimiento a las fuerzas terrestres aun antes de combatir, condenándolas a un papel estático.

Y era imposible poner a mal tiempo buena cara. Pese a sus reiteradas peticiones, Rommel no logró que se le concediese la dirección del mando, que era vital para la ejecución de sus planes, aunque sólo fuera en su mínima base. Sus exigencias de mano de obra y de materiales no podían ser «órdenes», sino solamente «peticiones» que debían seguir el trámite normal. Como se le negó la ayuda de la organización *Todt*, y como le era imposible defenderse de los continuos ataques aéreos aliados que arruinaban sus servicios de transporte, Rommel se vio obligado a emplear las tropas en trabajos de fortificación, en menoscabo de su entrenamiento esencial. Se dio el caso de que algunas unidades se empleaban durante tres días completos por semana en aquel tipo de trabajos, y luego, el tiempo libre, lo tenían que dedicar a misiones de vigilancia especial.

En febrero Rommel cursó una directiva para sus jefes de Ejército, y la repitió nuevamente hacia finales de abril:

«En el breve tiempo que nos queda antes de que comience la gran ofensiva debemos lograr que las defensas estén a un nivel tal que puedan resistir los ataques más decididos. Nunca en la historia se ha visto una defensa tan extensa con un obstáculo como el mar. Al enemigo se le tiene que aniquilar antes de que pueda llegar a nuestro campo de batalla principal. Debemos detenerlo en el mar, no sólo retardando la acción, sino destruyendo todo su equipo mientras se encuentre todavía en el mar».

Repetidamente insistió, ante sus comandantes y su Estado Mayor, en que las primeras 24 horas serían decisivas. Concibió un complicado sistema de obstáculos entre los niveles de marea alta y de marea baja, como cobertura de las playas, que haría extraordinariamente peligroso, por no decir imposible, el paso de embarcaciones, incluso las de fondo plano. Proyectaba colocar 50 millones de minas como primera línea de defensa marítima y constituir campos minados en todas las playas. Pero las minas nunca estaban disponibles y cuando al fin se las entregaron –aunque en cantidad insuficiente– los minadores se hallaban inmovilizados por los ataques aéreos y no pudieron hacerse a la mar. En definitiva, se colocaron no más de 6 millones de minas, poco más de la décima parte del programa mínimo.

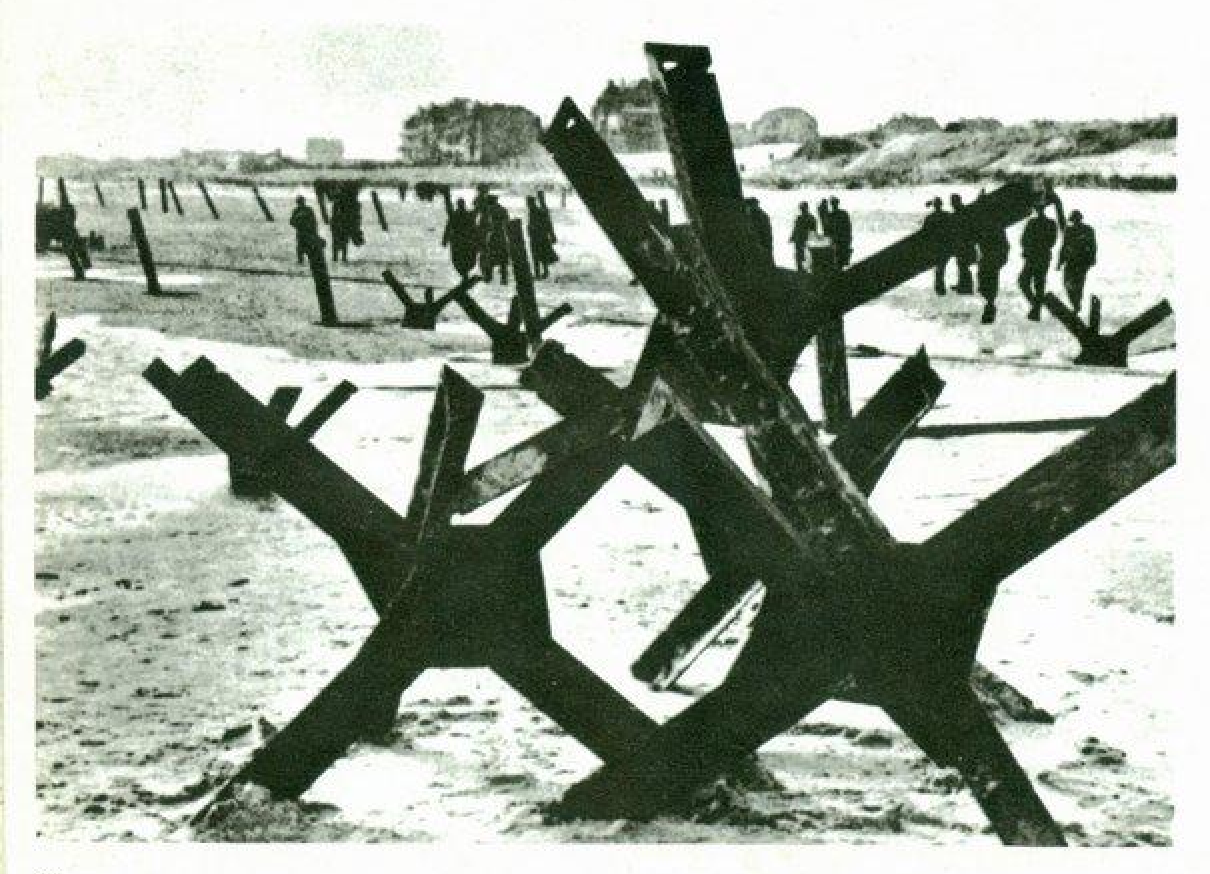
Como consideraba que la *Zweite Stellung*, la segunda línea de defensa de Rundstedt, sería «una pérdida de tiempo», Rommel ordenó que se suspendieran en ella todos los trabajos, y todo el esfuerzo se concentró en reforzar las posiciones avanzadas. Se trasladaron hacia delante innumerables obstáculos contra los desembarcos y contra los carros, a fin de reforzar las firmes estructuras de hierro en ángulo, los tetraedros y los «caballos de Frisia», que, con millares de postes minados inclinados hacia el mar, convertían en laberintos los accesos a las playas. Pero tan grave era la escasez de mano de obra que la División 352, destinada a la defensa de la importante faja costera que se extiende de Grandcamp-les-Bains a Arromanches-les-Bains, tuvo que cortar y arrastrar sus postes desde el bosque de Cerisy, a 18 km en el interior, y plantarlos a mano en el terreno.

Para las zonas interiores de la península de Cotentin, Rommel proyectó una extensa red de postes unidos por hilo de acero y minados, como defensa en profundidad contra desembarcos aerotransportados. A mediados de mayo, cuando el trabajo debería estar terminado, el *Feldmariscal* inspeccionó el lugar y descubrió que tan sólo estaba en su fase inicial. Las 13.000 granadas necesarias para provocar las explosiones no se podían conseguir.

La ya citada escasez de mano de obra, de minas y de material de toda clase, así como de medios de transporte, hicieron imposible poner en obra un plan de defensa sólido. De los 10 millones de minas necesarios para el frente de la División 352, de una longitud de 48 km, sólo llegaron 10.000 y entre ellas no había minas *Teller*. La situación de las Divisiones 716 y 711, desplegadas en la zona del frente que corría más allá de las playas de Normandía, no era mejor. De los cañones costeros situados en el frente del Grupo de Ejércitos, sólo dos tercios estaban en sus casamatas a finales de mayo. Un sistema de reductos, que distaban entre sí de 750 a 1200 m, se veía en su mayor parte privado de protección. De las instalaciones en el sector de la División 352 únicamente 15 eran a prueba de bomba; las otras estaban casi sin protección contra los ataques aéreos. La División 716 consideraba su situación todavía peor.

Las necesidades mínimas diarias del Ejército 7 en Normandía, para poder llevar a cabo sus trabajos de fortificación ascendían a 240 camiones de cemento. Y en un período de tres días, que puede considerarse representativo, los registros atestiguan que se recibieron 47. La clausura forzada de las fábricas de cemento de Cherburgo, a consecuencia de la falta total de carbón, agravó la extrema escasez de cemento. Esta falta de carbón fue a su vez consecuencia de los ataques aliados contra los transportes alemanes que se efectuaban por carretera y por ferrocarril. Esta escasez de materiales hizo aún más agudas y amargas las críticas de Rommel respecto de la *Luftwaffe*. Hizo observar que la *Luftwaffe* empleaba 50.000 hombres para mantener sus comunicaciones propias y utilizaba otros 300.000 en servicios terrestres. Esto significaba que por cada hombre que volaba había 100 en tierra. Y el hecho de que Hugo Sperrle, comandante de la 3.ª *Luftflotte*, compartiese

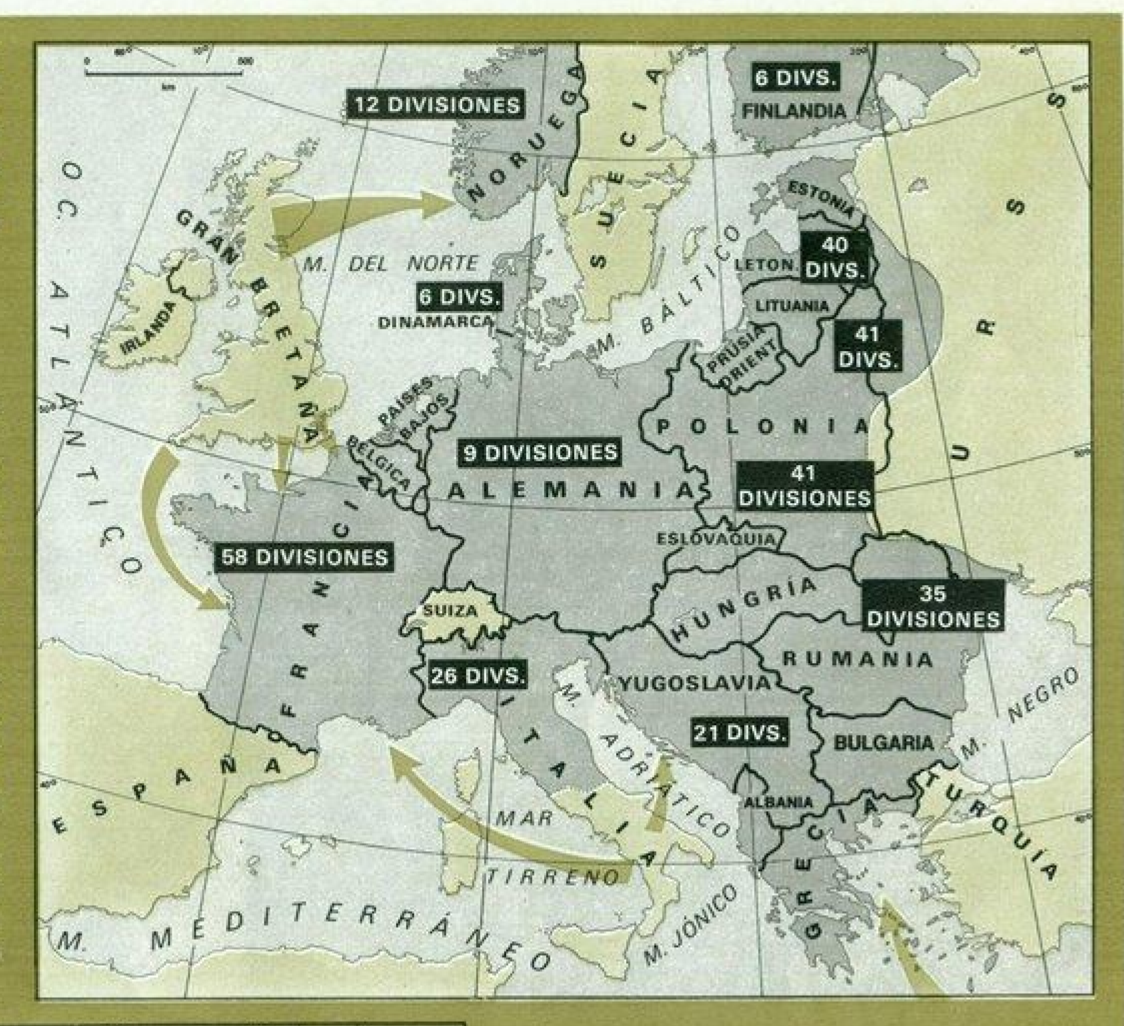
Algunos de los obstáculos colocados por los alemanes para defender las costas de Normandía, en previsión de un desembarco aliado. (History of the Second World War)

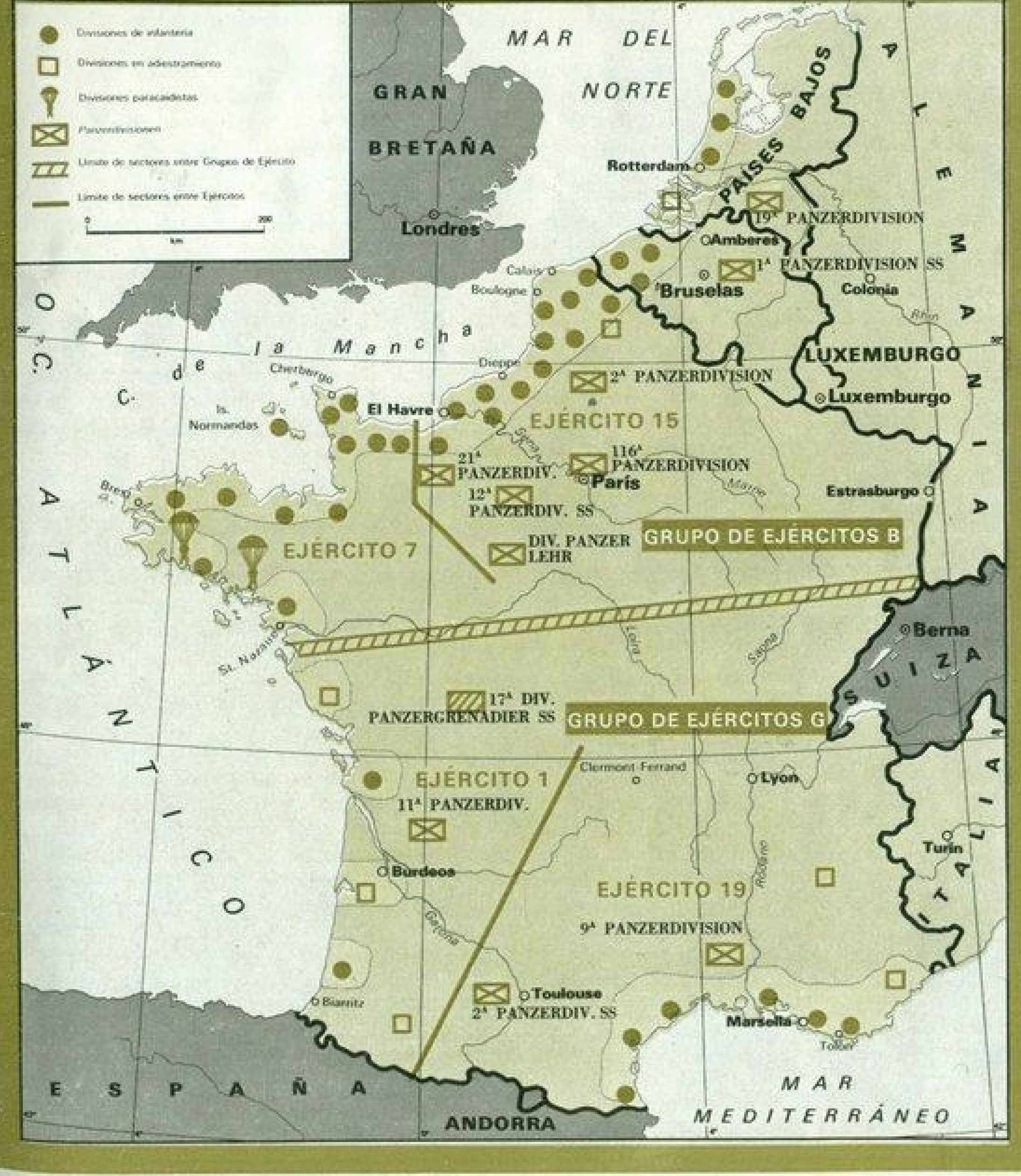


¿DÓNDE SE DESENCADENARÍA EL GOLPE ALIADO? ¿Y CUÁNDO?

Hitler juega a adivinar

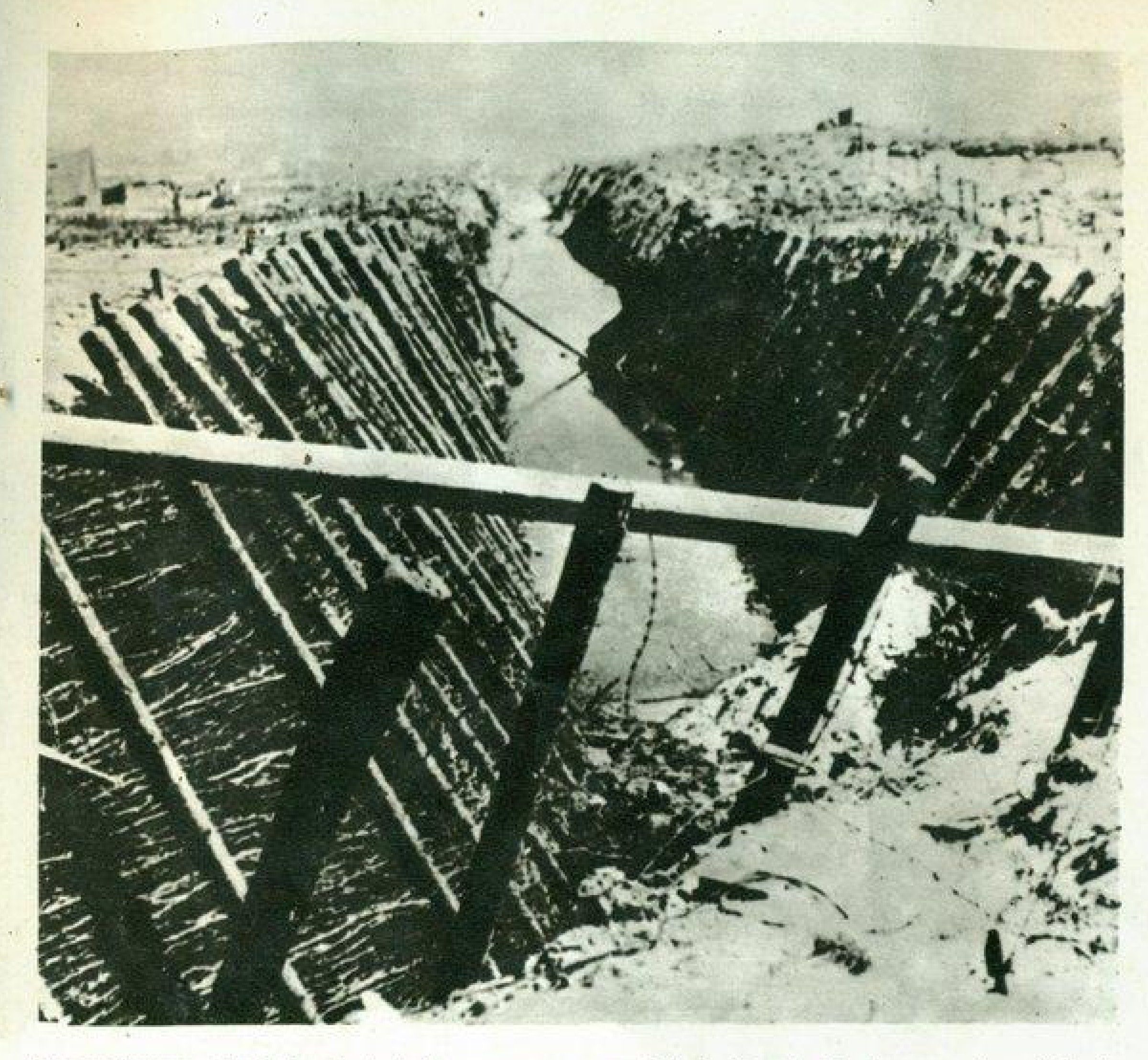
Antes de comenzar el mes de junio de 1944, los alemanes sabían que no tardaría mucho en producirse la apertura de un segundo frente aliado y que el golpe principal consistiría en una invasión al otro lado del Canal de la Mancha. Pero Hitler esperaba una serie de invasiones suplementarias en todo el territorio europeo ocupado, y Rommel, a su vez, acabó creyendo que los Aliados realizarían sus primeros desembarcos simultáneamente con otras operaciones en Francia. Por ello se designaron unas 58 divisiones a Europa occidental; pero estas fuerzas tuvieron que dispersarse desde territorio holandés hasta la frontera italiana y dividirse en dos Grupos de Ejércitos distintos a las órdenes del "Feldmariscal" von Rundstedt.





La guarnición de Hitler en Occidente

Rommel no llegaba a creer que los Aliados descuidaran el Paso de Calais y por esta razón no intentó disminuir las fuerzas alemanas que allí se concentraban; pero también sabía que era preciso destruir las cabezas de desembarco antes de que pudieran ser reforzadas para llegar a construir seguros trampolines de lanzamiento. Desde el momento en que se demostró que la superioridad aérea aliada impediría que los refuerzos en gran escala se aproximaran al frente, las divisiones acorazadas deberían haber sido desplegadas a lo largo de las playas, de modo que pudieran responder eficazmente al ataque aliado. Pero Rommel perdió su batalla: el OKW insistió en retener tierra adentro a las fuerzas acorazadas –como un anillo interno de defensa estratégica–, según el esquema clásico de la reserva móvil. Rommel se lamentaba: "Durante algún tiempo el OKW consideró la guerra de movimiento como algo que había que evitar, pero ahora que ha desaparecido nuestra libertad de movimientos en Occidente no hace más que hablar de ella... Con la acción de las fuerzas aéreas aliadas, no tendremos nada dispuesto en el momento preciso. Los tiempos de los avances fulgurantes y de los ataques a fondo de los carros de combate hace tiempo que han pasado."



Foso contracarro, otro de los obstáculos frecuentemente utilizados para reforzar las defensas alemanas en territorio francés en previsión del desembarco aliado. Los bordes del terreno se sostienen mediante un entramado de postes y cañizo. (Archivo Rizzoli)

casi por completo su punto de vista no tenía al parecer ninguna utilidad.

Los reiterados intentos de Rommel de conseguir los servicios del III Cuerpo de Ejército *Flak* en Normandía también se vieron frustrados y éste continuó dependiendo de la 3.ª *Luftflotte*, sometida a los caprichos de Goering e inútil para la defensa. En cierto modo habría podido contribuir a contrarrestar la supremacía aérea de los Aliados, y quizá hubiera proporcionado algún alivio y la sensación de «poder responder a los golpes», a las tropas que servían de blanco al enemigo permaneciendo en las trincheras. También el II Cuerpo de Ejército de paracaidistas, prácticamente dependiente del Ejército 7, permanecía desde el punto de vista administrativo y de entrenamiento a las órdenes de la *Luftwaffe*. Y Goering no permitió que estas tropas se emplearan en trabajos de defensa.

Así, en junio, los huecos que había en las defensas eran espantosos. Con el abandono de la *Zweite Stellung*, las defensas se vieron privadas de profundidad y reducidas a una línea exterior demasiado frágil para poder resistir el inmenso peso del ataque que habían de sostener. Sin embargo, la culpa no era de Rommel, que había intentado lo imposible y hasta consiguió mucho. El *Feldmariscal* había heredado un mito, y este mito le proporcionó los «dientes» para poder morder peligrosamente, aunque no mortalmente. También consiguió mejorar bastante la disposición general de sus tropas.

En vísperas del *D-Day*, el mando occidental del *Feldmariscal* von Rundstedt contaba con 60 divisiones; pero una de ellas, la 19.ª *Panzerdivision*, se hallaba en período de reconstitución después de las graves pérdidas sufridas en el frente oriental, y otra permanecía destacada en las islas del canal de la Mancha. Por lo tanto, el total efectivo se reducía a 58 divisiones.

De éstas, 31 se empleaban en misiones estáticas y 27 (entre las cuales se contaban 10 acorazadas) contaban con toda la movilidad que les permitían las sospechas y vacilaciones del *Führer* y la disponibilidad de recursos. Se desplegaron también desde Holanda a las costas del Atlántico y del Mediterráneo cinco divisiones en el Cuerpo de Ejército 88.

Unas 43 divisiones dependían del Grupo de Ejércitos B del *Feldmariscal* Rommel, el Cuerpo de Ejército LXXXVIII en Holanda, el poderoso Ejército 15 en el Paso de Calais y el Ejército 7 en Normandía. El Ejército 15, al mando de Salmuth, estaba prácticamente inmovilizado en sus posiciones, sobre todo por la evidente incapacidad de los jefes militares alemanes de liberarse de una idea preconcebida. Y los Aliados occidentales hacían todo lo que podían para alimentar aquel error.

Poco antes del *D-Day*, el *Feldmariscal* Rommel aún consiguió mejorar y reforzar el despliegue del Ejército 7, al mando de Dollmann, el cual, según creía, debería combatir la batalla decisiva en las playas. Las Divisiones de infantería 352 y 716 se encontraban en sus trincheras y en sus «nidos» de resistencia a lo largo de las costas de Calvados, desde el río Vire al Orne. En el flanco izquierdo alemán, la División 91, con el 6.º Regimiento paracaidista a sus órdenes, cubría el flanco izquierdo de la División 352 en la zona de Carentan. La División 709 estaba desplegada a lo largo de la línea costera oriental de la península de Cherburgo. Detrás de las posiciones de su flanco derecho, que los Aliados conocían con el nombre convencional de playa *Utah*, los pantanos y las zonas anegadas que seguían el curso del río Dives y del río Merderet, desde Carentan a Port Brehay, se consideraban como una defensa para la retaguardia del despliegue, que sería suficiente para bloquear la salida de las playas. La División 243 desplegaba en la zona occidental de la península.

En el flanco derecho alemán, la División 711, con un regimiento de la División 346 a sus órdenes, ocupaba la costa, desde el río Orne al estuario del Sena, frente a El Havre.

Las Divisiones de infantería 709, 352 y 716 se enfrentarían así a los ataques de los Aliados en las playas denominadas convencionalmente *Utah*, *Omaha*, *Gold*, *Juno* y *Sword*. Contra la voluntad del general von Rundstedt, Rommel logró trasladar la 21.ª *Panzerdivision* a la zona de Caen, pronta a asestar sus golpes contra el flanco izquierdo aliado. Las tres divisiones acorazadas, la 12 y la 116.ª *Panzerdivision* y la *Panzerlehr* (la reserva del Grupo de Ejércitos B), capaces de desencadenar un golpe contundente, se encontraban en el rectángulo Mantes-Gassincourt, Chartres, Bernay y Gacé, con la 116 en vanguardia. Pero a causa de los temores de von Rundstedt, de Guderian y de Schweppenburg se había puesto esta fuerza bajo el mando directo del OKW, sometida a la voluntad de Hitler. De esta forma, el resultado del día decisivo dependía de las baterías costeras y de las divisiones atrincheradas a lo largo de la costa de Normandía, la División 91 y su Regimiento paracaidista a la izquierda y la 21.ª *Panzerdivision* a la derecha. Si éstas no lograban detener y aniquilar a los invasores en los bancos de arena y en las playas, quedaría marcado el destino de Alemania, y el desarrollo de los acontecimientos en las jornadas que seguirían forjaría el futuro de Europa.

El ataque aliado se esperaba para mediados de mayo, y, a pesar de las advertencias del mando naval, la opinión militar era que se efectuaría con marea alta. Y cuando trascurrió la mitad de mayo sin que se produjera ningún acontecimiento, se manifestó cierto alivio, creyendo quizá que el intento se aplazaría hasta agosto. Las previsiones alemanas seguían basándose en la idea de que los Aliados tenían que contar con el dominio de uno o más puertos, y la Marina abandonó la hipótesis del Paso de Calais como posible punto de desembarco, convenciéndose cada vez más de que los objetivos principales serían El Havre y Cherburgo. Las concentraciones aliadas de tropas y embarcaciones en el sur y en el sudoeste de Inglaterra confirmaban esta opinión, y a ello también contribuía el hecho de que los dos puertos citados habían sido relativamente respetados por los ataques aéreos. También la Marina opinaba que los fondos rocosos que cubrían el sector oriental de la costa de Normandía impedirían los desembarcos y se esperaba que el esfuerzo principal se efectuaría contra la península de Cotentin, junto con desembarcos de tropas aerotransportadas.

A fines de mayo, el almirante Krancke, del Grupo naval occidental, se había dejado dominar por un sorprendente optimismo. Opinaba que sus baterías costeras podrían hacer saltar por los aires a la flota aliada y hacía observar que los ataques aéreos enemigos contra las citadas baterías sólo habían puesto fuera de combate ocho cañones, cinco de ellos entre El Havre y Le Tréport, y tres en Normandía. El almirante empezaba a creer que la concentración de embarcaciones en los puertos británicos, así como aquella enorme actividad y los ejercicios de ataque, de todo lo cual los alemanes tenían noticia por medio de reconocimientos aéreos aislados, formaban parte de un *bluff* gigantesco.

El rápido empeoramiento del tiempo en los primeros días de junio excluía, en opinión de los alemanes, la posibilidad de la invasión. El hecho de que se hubieran enviado por radio mensajes de aviso a la Resistencia y de que estos mensajes fueran interceptados no pesó nada en la balanza de posibilidades frente a los fuertes vientos y al mar agitado del canal de la Mancha. El día 4 de junio, mientras el general Eisenhower se encontraba en Portsmouth, con sus almirantes, generales y expertos meteorológicos, y mientras los accesos al canal estaban llenos ya de embarcaciones para las fuerzas que irían en cabeza, el almirante Krancke, en Normandía, llegada a la conclusión de que el ataque no podía ser inminente. Y el general Blumentritt, jefe de Estado Mayor, se mostraba de acuerdo con él.

Para la Operación "Overlord", los Aliados habían preparado a más de dos millones de hombres. No obstante, por grande que fuera su superioridad, subsistía el peligro de que la operación pudiera acabar en una catástrofe.

EL "EJERCITO" ALIADO

R. H. Barry, general de división



(US Army)

A pesar de la indudable superioridad numérica y técnica de que gozaban los Aliados a comienzos de 1944, era evidente que, si no se conseguía sorprender al enemigo (por lo menos hasta cierto punto), toda la operación podría acabar en una catástrofe. Por lo tanto, se tomaron todas las medidas de seguridad posibles y se elaboró un extenso plan para desorientar a los alemanes.

No existía ninguna posibilidad de ocultar el hecho de que se estaban efectuando preparativos para el lanzamiento de una gran operación: la misma marcha de la guerra era suficiente para demostrar a Alemania que la «invasión» se produciría en verano de 1944. En consecuencia, el objetivo de las medidas de seguridad y del plan destinado a confundir a los alemanes era no permitir que adivinaran cuándo y dónde tendría lugar el desembarco; es más, era inducirles a prever un tiempo y un lugar diferentes de los reales. Este trabajo se vio facilitado por el hecho de que, frente a la superioridad aérea aliada, la *Luftwaffe* era ya prácticamente impotente, y había cesado toda forma de reconocimiento aéreo alemán sobre el sur de Inglaterra.

No obstante, fue preciso adoptar medidas de seguridad extremadamente complejas. En las últimas fases, y con gran irritación por parte de algunos gobiernos aliados, se sometieron a severas restricciones todas las comunicaciones, incluyendo las de radio; las tropas quedaron aisladas en sus campamentos; además, la distribución de mapas y de instrucciones detalladas se aplazó hasta el último momento.

No menos minucioso fue el «plan para desviar al enemigo», con el mérito adicional de haberse concebido en dos fases: primero, inducir a los alemanes a creer que el desembarco estaba previsto en la zona más lógica: o sea, el Paso de Calais; después, incluso cuando se hubiera efectuado ya el desembarco en Normandía, hacerles creer que ésta había sido tan sólo una operación diversiva, que ocultaba el «verdadero» desembarco en el Paso de Calais. Este aspecto se consideraba tan importante que, durante todo el período en que se efectuaron bombardeos aéreos preparatorios, por cada objetivo atacado en la zona del desembarco se bombardearon otros dos situados fuera de dicha zona.

De la eficacia de estas medidas puede ser una prueba el hecho de que, el día 6 de junio, el grueso de las fuerzas alemanas en Francia estaba desplegado en la zona situada al norte del Sena.

Después de esbozar, en términos generales, lo que era el «fondo» del plan, vamos a examinar más detalladamente los preparativos efectuados y las fuerzas que iban a utilizarse. Nos ocuparemos ante todo de las fuerzas aéreas aliadas, puesto que fueron las que desempeñaron el cometido de preparar el terreno para el ataque. Como se recordará, ya en 1943 el general Morgan había llamado la atención sobre dos problemas de los que podían depender el éxito o el fracaso de la operación: la reducción del potencial de las fuerzas aéreas de caza alemanas y la reducción de la capacidad germana para reemplazar las pérdidas. A principios de 1944, en el Reino Unido había unos 13.000 aviones, 11.000 de los cuales estaban disponibles para apoyar la Operación «Overlord», pero esta cifra comprendía unos 3500 bombarderos pesados, del mando de bombarderos británico y de la 8.ª Fuerza Aérea estadounidense, aparatos que se destinaban a la destrucción de la industria alemana, especialmente la petrolífera, y no dependían, por lo tanto, del comandante supremo aliado.

Sería lógico suponer que los 7500 aviones restantes, que constituían los cuerpos de expedición, estaban disponibles para las operaciones aéreas preparatorias. Sin embargo, no era así, pues durante el invierno de 1943-44 se hicieron cada vez más evidentes los preparativos alemanes para iniciar la campaña de las «bombas volantes» o *V-1* contra Londres, y, en consecuencia, se tuvieron que dedicar muchos efectivos a atacar las bases de lanzamiento. No obstante, las fuerzas aéreas disponibles para estas operaciones preliminares seguían siendo colosales.

El éxito de la operación *anti-Luftwaffe* fue casi completo: durante los dos primeros meses, la Aviación alemana perdió un total de 1858 aviones, y así, cuando llegó el «D-Day», la oposición aérea fue prácticamente nula. Por su misma naturaleza, era improbable que el plan referente a la neutralización de las líneas de comunicación alemanas pudiera conseguir un éxito tan completo. No obstante, y gracias también a la actividad de fuerzas de la Resistencia, se consiguió disminuir en gran medida el flujo de los refuerzos alemanes hasta la cabeza de desembarco aliada.

Como es lógico, la organización del ataque propiamente dicho fue quizás el más complejo de los problemas ante los que se encontraron los estrategas aliados:

- en el ala derecha, el Ejército 1 americano (mandado por el general Bradley hasta la constitución del Grupo de Ejércitos XII americano), con dos divisiones transportadas por mar y dos aerotransportadas, debía desembarcar en la base de la península de Cotentin y atacar en dirección Oeste y Noroeste, con el fin de aislar la citada península y ocupar el puerto de Cherburgo;
- en el ala izquierda, el Ejército 2 británico, mandado por el general Dempsey, con tres divisiones transportadas por mar y una aerotransportada, desembarcaría en las playas comprendidas entre Port-en-Bessin y la desembocadura del Orne, avanzando después en dirección Sur y Sudeste para proteger el flanco izquierdo del Ejército 1 americano.

Después, las fuerzas de tierra sobre el continente aumentarían rápidamente, hasta que hubiera disponibles dos Grupos de Ejércitos con sus efectivos completos:

- al Oeste, el Grupo de Ejércitos XII americano, formado por los Ejércitos 1 y 3, mandados respectivamente por los generales Hodges y Patton;
- al Este, el Grupo de Ejércitos XXI británico, formado por el Ejército 1 canadiense y el Ejército 2 inglés (generales Crerar y Dempsey).

Una vez salidos del perímetro, los Ejércitos aliados debían asegurarse el control absoluto de Bretaña, y a continuación las fuerzas norteamericanas avanzarían hacia el Este, y los dos Grupos de Ejércitos marcharían hacia el Sena, a ambos lados de París.

Las primeras unidades aliadas que desembarcarían en Francia serían las tres divisiones aerotransportadas: la 82 y la 101 americanas, en el flanco derecho de las fuerzas estadounidenses, y la 6 inglesa, en el flanco izquierdo de las fuerzas británicas. Sólo esta fase de la operación ya comportaba el complejo cometido de organizar, reunir y hacer que partieran unos 1100 aviones de transporte y 300 planeadores, que tendrían que despegar y establecer su ruta hacia las zonas de lanzamiento en plena oscuridad.

El ataque anfibio quizás era aún más complejo. Participarían en él cinco divisiones, partiendo de Oeste a Este, o sea del flanco derecho al izquierdo.

- División de infantería 4 americana;
- División de infantería 1 americana;
- División 50 británica;
- División 3 canadiense;
- División 3 británica.

Estas cinco divisiones estaban subdivididas en ocho brigadas de asalto, o *Regimental Combat Teams* (RCT, grupos de combate, cada uno de ellos de la entidad de un regimiento de infantería), que comprendían de 5 a 6000 hombres y unos 700 vehículos y estaban organizados específicamente para el cometido que se les había asignado. Aunque entre la organización británica y la americana no existía una completa uniformidad, en general cada grupo de combate mandó al ataque los siguientes efectivos:

- dos batallones de infantería;
- un batallón de carros de combate DD anfibios;
- un grupo de artillería autopropulsada para el apoyo directo;
- núcleos de tropas especializadas, constituidos por personal de la Marina, ingenieros y unos especiales vehículos acorazados, para eliminar los obstáculos que hubiera en las playas.

Una Armada de 4000 buques

Para transportar a estos 40-50.000 hombres, con sus vehículos y su equipo, se necesitaba una fuerza de más de 4000 embarcaciones, medios de desembarco y barcazas de los tipos más diversos; sólo la mitad de estas unidades podía cruzar el canal de la Mancha por sus propios medios, las restantes deberían ser remolcadas o transportadas a bordo de los buques mayores. Si se tiene en cuenta que cada hombre y cada vehículo debía ser asignado a una embarcación de desembarco o a un buque determinados, que antes del embarque había que comprobar la exactitud de los compartimentos estancos de cada vehículo y que hombres y medios debían llegar en el momento exacto al *hard* (punto de embarque improvisado), donde les esperaba su embarcación, se puede imaginar fácilmente todas las complicaciones que suponía el trabajo de planificación y de organización. Sólo cuando este complicado trabajo preliminar estuviera concluido, empezaría el arduo cometido de la *Royal Navy*: reunir, ordenar y conducir a esta heterogénea formación de embarcaciones a través del canal de la Mancha (por los pasillos abiertos en los campos de minas), hacerla llegar a tierra en las playas establecidas y proporcionar el fuego de apoyo necesario.

Aparte los buques auxiliares y las embarcaciones de desembarco que transportaban hombres, vehículos y abastecimientos, las Marinas de Guerra americana y británica reunieron, para escoltar y apoyar la operación, una escuadra de más de 1500 navíos, que iban desde los grandes acorazados a las pequeñas embarcaciones de desembarco armadas. Esta escuadra estaba dividida en dos *task forces*: la *task force* occidental, de la Marina de Guerra americana, destinada a apoyar el desembarco de sus propias fuerzas, y la *task force* oriental, constituida en su mayor parte por unidades de la *Royal Navy* y destinada a apoyar el desembarco anglocanadiense. Cada *task force* se dividía, a su vez, en grupos, uno por cada playa, que tenía el cometido de escoltar a las tropas destinadas al ataque en aquel punto determinado, conducirlas hasta el lugar exacto y proporcionar el fuego de apoyo. La operación concedía gran importancia al bombardeo naval, que se desencadenaría para reducir al silencio a las baterías costeras y destruir los reductos alemanes.

Nos podemos dar plena cuenta de la magnitud del esfuerzo realizado en el campo naval si consideramos que las unidades de guerra utilizadas incluían 7 acorazados, 23 cruceros, 148 destructores y una serie de unidades menores: *sloop*, corbetas, fragatas, buques de patrulla y dragaminas. Además, con el fin de proporcionar el apoyo a corta distancia al ataque propiamente dicho, se reunió una escuadra de 350 embarcaciones de desembarco especiales, destinadas a transportar cañones, cohetes y ametralladoras.

No menos grande fue el esfuerzo aéreo para proporcionar también apoyo directo al ataque. Se utilizaron los tipos de aviones más modernos entonces disponibles, especialmente *Spitfire*, *Moustang*, *Typhoon*, *Lightning* y *Thunderbolt*.

La determinación exacta de los tiempos de las diversas fases del desembarco demostró ser un problema extremadamente complejo y que debía influir profundamente en la fecha establecida para el lanzamiento de la operación.

Aunque desde el punto de vista de las tropas empleadas en el ataque el hecho de que éste se lanzase en plena oscuridad presentaba muchos aspectos positivos, tanto las fuerzas navales como las aéreas deberían operar a pleno día, a fin de poder desplegar la actividad de bombardeo que se



En el centro de entrenamiento de la División 51 «Highland», soldados británicos se ejercitan en el uso de la bayoneta. Para este fin se empleaban grandes muñecos, que se colgaban de una cuerda tendida entre dos árboles. Según lo establecido en los planes, el ataque inicial en Normandía lo debían efectuar cinco divisiones, que sumarían unos 40-50.000 hombres. (Imperial War Museum)

les había asignado. Por otra parte, la oscuridad aumentaría peligrosamente las probabilidades de que las tropas no desembarcasen en el lugar establecido. Para la navegación y para los lanzamientos de tropas aerotransportadas era indispensable la luz lunar. Finalmente, los obstáculos diseminados por los alemanes en los fondos marinos, a lo largo de las playas, hacían necesario que el desembarco empezara tres o cuatro horas antes de la pleamar. Así, pues, los únicos períodos adecuados para la operación eran aquellos en los que, entre el amanecer y la pleamar, hubiera cuatro o cinco horas de luz, y que la luz lunar fuera al mismo tiempo, suficientemente intensa. Y todas estas condiciones tan sólo se daban en un período de tres días para cada mes lunar.

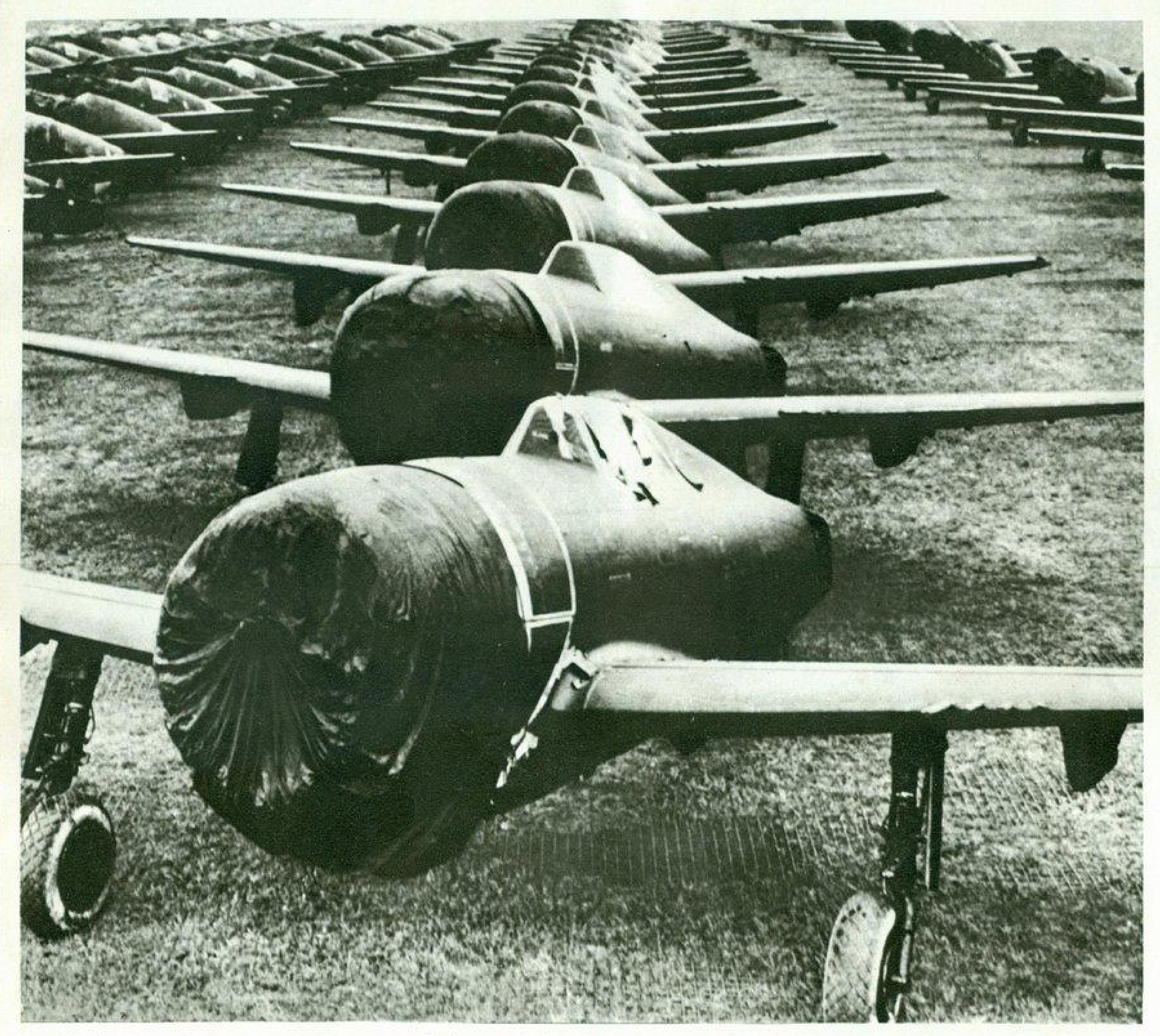
Por muy potente que fuera el ataque y bueno su resultado, era evidente que resultaría completamente inútil si no se conseguía concentrar fuerzas en tierra con mayor rapidez que el enemigo, y luego hacerles llegar los adecuados abastecimientos. Ello presentaba tres problemas: organizar, escoltar y conducir los sucesivos convoyes; asegurarse de que tales convoyes transportaban el personal, los vehículos y el equipo adecuados y de que llegasen en el orden preestablecido; finalmente, hacer que a su llegada las operaciones de desembarco pudieran efectuarse rápidamente.

Con este fin, ya antes del «D-Day» se cargaron quince transportes de tropas, 74 mercantes transoceánicos y más de 200 barcos de pequeño cabotaje: constituirían la primera oleada que seguiría al desembarco; después sería necesario mandar ocho convoyes al día. No obstante, en cuanto las fuerzas de ataque hubieran terminado el desembarco, era muy probable que los movimientos de estos convoyes no plantearan ya ningún problema especial a las Marinas de Guerra aliadas.

Era más difícil de resolver el problema de lo que debería transportarse después de la primera oleada preestablecida; precisamente por esto se constituyó en Southampton una organización especial, denominada *Build-Up Control* (BUCO), cuya misión era asegurar que todo lo que se enviase al otro lado del canal de la Mancha estuviera realmente de acuerdo con las exigencias de la batalla.

Al principio, la dificultad más difícil de vencer parecía ser el de la descarga rápida de los barcos; desde luego, no cabía pensar que la descarga pudiera efectuarse permanentemente en las playas, y, por otra parte, la probabilidad de apoderarse de instalaciones portuarias parecía, por lo menos en las primeras fases, bastante lejana. El problema se resolvió con los que quizá fueron los medios más famosos de toda la operación: los puertos artificiales denominados *Mulberries*. La creación de estos medios se debía en gran parte a la previsión del mismo Churchill, quien, ya en 1942, había cursado disposiciones para que fueran ultimados, insistiendo constantemente con esta frase: «*Deben* flotar, de forma que puedan subir y bajar con la marea... Es inútil discutir... las dificultades hablarán por sí mismas». Tales elementos consistían en un dique externo formado, en parte, por cascos de buques hundidos y en parte por grandes cajones de hormigón de 60 m de longitud, que se debían remolcar a través del canal de la Mancha; en la zona de agua protegida que así se creaba se instalarían, muelles flotantes, adecuados para acoger barcos de poco tonelaje, unidades de desembarco o barcazas; las operaciones de descarga se verían facilitadas por la utilización de gran número de camiones anfibios denominados DUKW. Una muestra de lo eficiente que resultó ser este sistema, es que poco después del ataque ya se desembarcaban semanalmente, por término medio, 6.500 vehículos y casi 40.000 toneladas de material.

Un problema especial era el relacionado con el abastecimiento de carburante para los medios motorizados y para los aviones. En un principio, los buques cisterna fondeaban frente a la costa y el carburante se hacía fluir, mediante un oleoducto flotante, hasta depósitos situados en tierra. Pero al mismo tiempo se estaba preparando un oleoducto submarino que enlazaría directamente Inglaterra con la costa francesa: a este oleoducto se le denominaba «PLUTO» (*Pipe-Line Under-the*



Formación de aviones norteamericanos «Thunderbolt», enviados desde Estados Unidos a Gran Bretaña para acrecentar la potencia ofensiva aliada en la Operación «Overlord». El contingente aéreo de los Aliados para el apoyo directo al ataque contra las fuerzas alemanas en Normandía sumaba 11.000 aparatos. *(Imperial War Museum)*

Ocean) y, en efecto, al final, el carburante ya se mandaba directamente desde Gran Bretaña.

Por lo que se ha dicho hasta ahora, se podría tener la impresión de que esta gigantesca empresa se trataba de una operación exclusivamente anglo-americana-canadiense, mientras que no hay que olvidar la aportación de los otros aliados. Los franceses aportaron dos cruceros, un destructor, una división acorazada y cuatro grupos aéreos; los belgas, una brigada y dos grupos aéreos; los holandeses, dos cañoneras, una brigada y otros dos grupos aéreos; los polacos, un crucero, dos destructores, una división acorazada y nueve grupos aéreos; los noruegos, tres destructores y cuatro grupos aéreos; los checoslovacos, tres grupos aéreos, y los australianos, cinco grupos aéreos. Prácticamente todos los países de la Europa ocupada tomaron parte en aquella operación.

Finalmente, también es preciso recordar que las fuerzas de invasión podían contar con cierta ayuda por parte de un aliado que operaba ya en suelo francés: los partisanos. De la cuestión de la Resistencia nos ocuparemos detalladamente más adelante; pero, de momento, es forzoso decir que los partisanos franceses merecen que se les incluya en la lista de las fuerzas de que disponían los Aliados. El SOE se había esforzado en organizarlos y armarlos, y en 1944 unos 100.000 jóvenes se habían adherido al movimiento de la Resistencia. Naturalmente, la mayor parte de los planes de acción elaborados por las fuerzas partisanas francesas estaban estrechamente vinculados con el gran día en que los Aliados desembarcarían en Francia; en 1943 se prepararon y desarrollaron siete ambiciosos planes destinados a asestar duros golpes contra las líneas ferroviarias, el tráfico en las carreteras, las telecomunicaciones, los depósitos de municiones, los de carburante, los puestos de mando y las plataformas giratorias de los ferrocarriles. Sin embargo, a comienzos de 1944, la Gestapo había descubierto y destruido muchas redes clandestinas, y sólo el plan referente al sabotaje de los ferrocarriles parecía estar aún en condiciones de realizarse. Pero aun así, el número de hombres y de armas disponibles era considerable: en mayo de 1944 ya se habían lanzado sobre Francia con paracaídas 80.000 *Sten*, 30.000 pistolas, 17.000 fusiles y casi 3500 *Bren*; en total, la organización de los *maquis* comprendía probablemente unos 100.000 hombres bastante bien armados, más otros 35-40.000 provistos de algún otro tipo de armas.

Para apoyar a la Resistencia y hacer que sus operaciones estuvieran lo más coordinadas posible con las de los Aliados, el SOE adiestró algunos grupos de tres hombres (un americano, un inglés y un francés) que debían lanzarse en paracaídas, con uniforme, en las zonas en las que se suponía que la actividad de los partisanos sería mayor; estos equipos constituirían el enlace entre los partisanos y las unidades combatientes. Además, al *Special Air Service* inglés y a los diversos grupos operativos americanos se les confió diversas operaciones de sabotaje y de hostigamiento, en las que se esperaba que colaborasen los miembros de la Resistencia.

Finalmente, se debían tomar medidas para organizar las actividades referentes a la adminis-



Gran concentración de obuses de 105 mm, de producción norteamericana, en un campo-depósito en Gran Bretaña. Uno de los problemas más graves del mando aliado, inherente al desembarco en Normandía, fue el de asegurar a las tropas la pronta llegada de abastecimientos adecuados para las exigencias de la batalla. *(Foto GM)*

tración pública en las zonas liberadas de Francia, en espera de que se reconociese un Gobierno francés. También en este campo se esperaba la colaboración de la Resistencia.

Resumen de la Operación «Overlord»

El resumen de esta inmensa operación presenta las siguientes y asombrosas cifras:

- 50.000 hombres, pertenecientes a cinco divisiones, para el ataque inicial;
- más de 2.000.000 de hombres que luego serían transportados a Francia y que constituían un total de 39 divisiones;
- 138 grandes buques de guerra utilizados en el ataque, con otras 221 unidades menores (destructores, corbetas, fragatas, etc.);
- más de 1000 dragaminas y unidades navales auxiliares;
- 4000 buques o embarcaciones de desembarco;
- 805 mercantes;
- 59 buques para formar escolleras;
- 300 pequeñas embarcaciones de varios tipos;
- 11.000 aviones, incluyendo cazas, bombarderos, aviones de transporte y planeadores;
- más de 100.000 partisanos armados, preparados para ofrecer todo el apoyo posible.

Sería lógico pensar que, con tantos hombres y medios, el ataque sería prácticamente irresistible; pero, en realidad, hay que tener en cuenta dos factores. Ante todo, los grandes riesgos y la extremada complejidad que supone una operación anfibia a tan vasta escala, de la que no existían precedentes en la historia. Los preparativos más minuciosos podían desbaratarse y toda la operación naufragar en el caos más completo tan sólo por algún incidente casual o por un imprevisto cambio de las condiciones atmosféricas. En segundo lugar, había que tener en cuenta la gran ventaja de que gozan, en las operaciones anfibias, los defensores respecto a los atacantes, especialmente cuando estos últimos se encuentran ante defensas costeras bien preparadas. Por grande que fuera la superioridad aliada, ni siquiera se podía tener la seguridad de que las fuerzas de desembarco conseguirían poner firmemente pie en las playas.

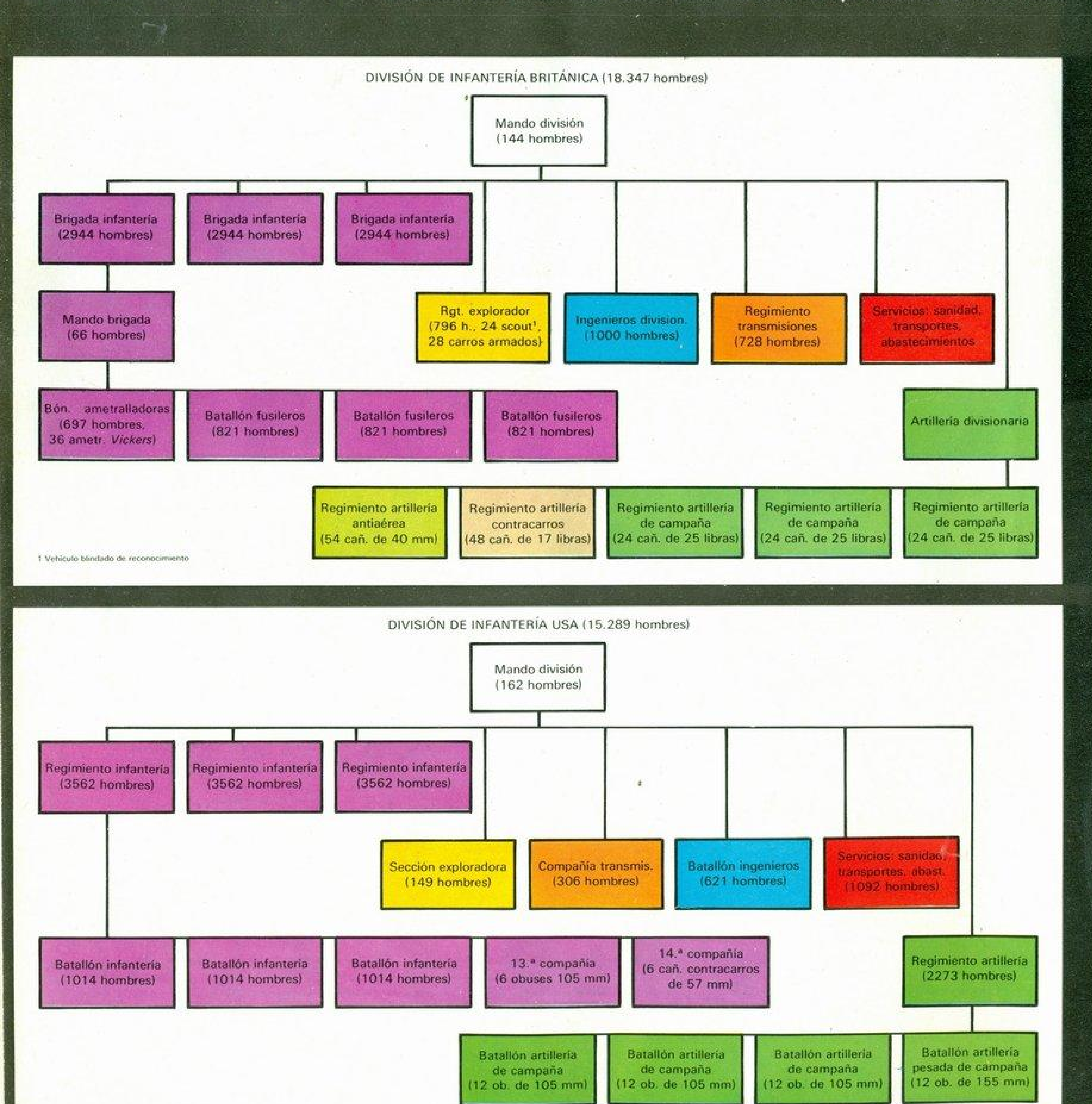
La sorpresa y la incertidumbre del enemigo constituían la esencia misma de la operación, pero no se podía contar con una sorpresa total, pues los alemanes sabían que la invasión era inminente; lo que no sabían era cuándo y dónde se intentaría.

Por último, ambas partes se daban perfecta cuenta de que ésta iba a ser la operación decisiva de la guerra. Si el desembarco tenía éxito, Alemania acabaría inevitablemente aplastada entre las fuerzas de los rusos y las de los Aliados. Pero, si fracasaba, se necesitarían tal vez años para que los Aliados se recuperasen moralmente del golpe sufrido y de las pérdidas en hombres y en material; los pueblos de la Europa ocupada verían desvanecerse toda esperanza y Alemania podría volverse hacia el Este y liquidar cuentas con los rusos.

Las anchas espaldas del general Eisenhower soportaban, pues, una inmensa carga.

LAS GRANDES UNIDADES ALIADAS

Durante la segunda Guerra Mundial los contingentes de infantería de las grandes unidades aliadas se organizaron sobre elementos bastante semejantes en su base. A cada nivel, el núcleo de la fuerza estaba constituido por tres unidades en torno a las cuales se agrupaban las armas de apoyo y los servicios. La diferencia en entidad que existía entre las divisiones estadounidenses y las británicas se explica por la costumbre norteamericana de tener, a nivel de Cuerpo de Ejército o de Ejército, una cantidad mayor de órganos de abastecimientos, reparaciones y unidades de artillería pesada, que se asignarían a las divisiones para las operaciones específicas. La división británica, por el contrario, se caracterizaba por su mayor autonomía. Ambas divisiones, con las asignaciones suplementarias de tropas de apoyo y unidades de Servicios, disponían de unos 42.000 hombres, de los cuales sólo 5000 eran fusileros empleados en el combate.



La articulación de las divisiones acorazadas angloamericanas era notablemente más flexible que la de las de infantería. A pesar de ello, durante las fases iniciales de la campaña de Normandía, el sistema de empleo de las divisiones acorazadas británicas a veces tendía a ser un tanto rígido. En ellas, las unidades combatientes formaban parte, exclusivamente, de las brigadas (los dos elementos principales de la división), mientras el empleo mixto de contingentes acorazados y de infantería no descendía por debajo del nivel de Brigada. Por el contrario, los norteamericanos empleaban un sistema mucho más elástico disponiendo todas las unidades combatientes centralizadas en la división y asignándolas, para cada operación en particular, a uno de los dos mandos de Grupo de combate, el A o el B. De este modo, cada Grupo de combate podía ser adaptado al tipo particular de operaciones en que se emplearía. Los gráficos indican la fuerza aproximada de las principales unidades aliadas que constituían las divisiones tipo.

DIVISIÓN ACORAZADA BRITÁNICA (14.964 hombres)

- Mando división (8 carros arm. medios, 200 hombres)
  - Brigada acorazada
    - Mando brigada (10 carros arm. medios)
      - Regimiento carros (61 medios, 11 ligeros, 666 hombres)
      - Regimiento carros (61 medios, 11 ligeros, 666 hombres)
      - Regimiento carros (61 medios, 11 ligeros, 666 hombres)
      - Batallón infantería motorizada (819 hombres)
  - Regimiento transmisiones (728 hombres)
  - Ingenieros división (1000 hombres)
  - Servicios: sanidad, transportes, abastecimientos
  - Artillería divisionaria
    - Rgt. art. de camp. (24 cañones ruedas de 25 libras)
    - Regimiento art. acor. (24 autopropulsados de 25 libras)
    - Rgt. art. antiaérea (54 cañones *Bofors* de 40 mm)
    - Regimiento artillería contracarros (48 cañ. de 17 libras)
  - Regimiento acorazado explorador (64 medios, 11 ligeros, 666 h.)
  - Brigada infantería motorizada (2944 hombres)
    - Mando brigada (66 hombres)
      - Cía. de ametralladoras (12 ametralladoras *Vickers*)
      - Batallón infantería motorizada (821 hombres)
      - Batallón infantería motorizada (821 hombres)
      - Batallón infantería motorizada (821 hombres)

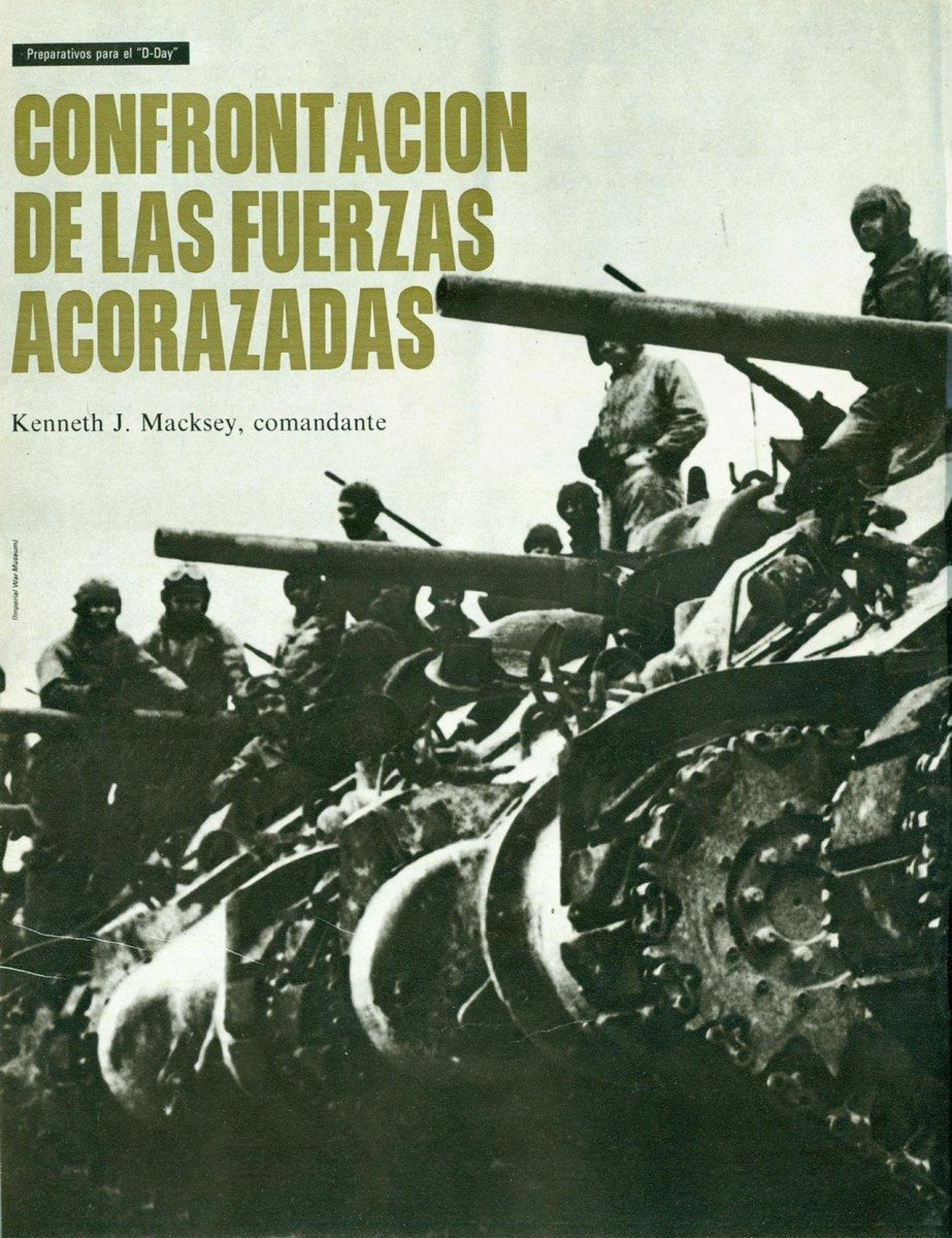
DIVISIÓN ACORAZADA USA (10.668 hombres)

- Mando división (287 hombres)
  - Mando grupo de combate A (184 hombres)
  - Mando grupo de combate B (184 hombres)
  - Batallón ingenieros (698 hombres)
  - Compañía transmisiones (302 hombres)
  - Artillería divisionaria
    - Batallón art. (18 autopropulsados, obuses de 105 mm)
    - Batallón art. (18 autopropulsados, obuses de 105 mm)
    - Batallón art. (18 autopropulsados, obuses de 105 mm)
  - Servicios: sanidad, transportes, abast. (1372 hombres)
  - Regimiento explorador (54 carros arm. M8, 931 hombres)
  - Batallón infantería acorazado (1000 hombres)
  - Batallón infantería acorazado (1000 hombres)
  - Batallón infantería acorazado (1000 hombres)
  - Batallón carros (53 medios, 729 h.)
  - Batallón carros (53 medios, 729 h.)
  - Batallón carros (53 medios, 729 h.)

(History of the Second World War)

CONFRONTACION DE LAS FUERZAS ACORAZADAS

Kenneth J. Macksey, comandante



(Imperial War Museum)



Muchas cosas habían ocurrido en el campo de la guerra con medios acorazados desde mayo de 1940, cuando las fuerzas acorazadas alemanas vencieron y humillaron a sus adversarios. En ambos bandos habían surgido nuevos conceptos operativos, nuevas armas y nuevos jefes, y sólo el ajuste de cuentas en Normandía iba a demostrar quién era el más fuerte. El comandante Macksey explica, en este capítulo, cómo los nuevos vehículos acorazados especiales consiguieron invertir la situación bélica en favor de los Aliados.

En mayo de 1940, cuando la *Wehrmacht* cruzó las fronteras de los Países Bajos, la relación de las fuerzas acorazadas era favorable a los alemanes, y ello tan sólo porque sus procedimientos de combate eran superiores a los de los Aliados. Como se recordará, los franceses y los ingleses disponían en total, respecto a los alemanes, de un número mayor de carros de combate, que, por añadidura, en algunos aspectos eran más eficaces que los del enemigo; sin embargo, los alemanes demostraron ser mucho más agudos para intuir y aprovechar la eficacia potencial de la nueva arma.

Después de aquel calurosísimo verano, el recrudecimiento de la batalla llegó a ejercer efectos cada vez más evidentes en la estrategia bélica, modelando y templando nuevas técnicas en la fragua de la experiencia y de la habilidad inventiva; no obstante, el lector habrá notado que el ritmo de los combates todavía estaba determinado por la velocidad de los medios orugas, y que en el resultado de las batallas siempre acababa pesando un factor fundamental: la protección dada por la coraza en relación a la potencia de fuego, así como la habilidad y el valor de los hombres que combatían en los carros de combate. Cuando todo el potencial de carros, así como todo el sistema industrial francés, cayeron en manos de los alemanes, éstos obtuvieron la superioridad numérica. Y desde aquel momento los Aliados, incluso después de que se les uniera la potencia de Rusia y de los Estados Unidos, tuvieron que ingeniárselas para recuperar el terreno perdido, tanto en número como en calidad.

A partir de 1939, la experiencia en el combate condicionó toda mejora técnica en el campo de las fuerzas acorazadas: los ingleses sacaron enseñanzas valiosísimas de la experiencia adquirida en el desierto y en el sur de Europa; por su parte, los americanos se esforzaron para dar consistencia a sus todavía embrionarias fuerzas acorazadas, estudiando los resultados conseguidos por ambos lados, y los alemanes, finalmente, hicieron todo lo posible para mantener su supremacía inicial. Pero el incentivo vital para el desarrollo de las fuerzas acorazadas resultó ser, a pesar de las pérdidas masivas sufridas en el curso del verano de 1941, la calidad de las resurgidas fuerzas acorazadas rusas.

Ya en los años treinta, los rusos habían constituido un enorme ejército de carros de combate, equipándolo con máquinas sencillas, pero fuertes, que podían ser manejadas por hombres de origen campesino y que, además, se prestaban para operar en el difícil terreno y en el duro clima de la estepa. Fue precisamente la calidad de estas fuerzas acorazadas, aunque no la forma en que las utilizaban, lo que indujo a los alemanes a esforzarse al máximo para perfeccionar las características técnicas de sus carros y a potenciar y organizar la producción de éstos a escala industrial.

Era lógico que los alemanes mantuvieran el grueso de sus fuerzas acorazadas en el frente oriental, pues los rusos lanzaban sus carros de combate al ataque de la misma forma en que utilizaban masas de infantería apoyadas por masas de artillería. Por consiguiente, en el Oeste, especialmente en Francia y en Bélgica (las zonas más adecuadas para la utilización de los carros), los alemanes se veían obligados a tener un mínimo de fuerzas acorazadas, y, por lo tanto, para tener siquiera una pequeña posibilidad de supervivencia, máquinas y tripulaciones debían alcanzar, en el plano cualitativo, un nivel altísimo a fin de compensar la inferioridad númerica. Pero, al final de la campaña de Stalingrado, la entidad de las fuerzas acorazadas alemanas llegó a tocar su nivel más bajo.

Fue así como se volvió a llamar al díscolo Guderian: Hitler lo nombró, como se sabe, inspector general de las fuerzas acorazadas, encargándole, basándose en unas condiciones establecidas por el mismo Guderian, que se ocupara de todo lo referente a la organización y el adiestramiento de las fuerzas acorazadas. El objetivo de Guderian era a la vez sencillo y grandioso: transformar a las tropas acorazadas de forma tan radical que quedasen convertidas en un arma decisiva, capaz de ganar la guerra; y resulta realmente paradójico que esta afirmación la hicieran los alemanes en 1943.

Además de dar un nuevo impulso para mejorar el nivel de adiestramiento, Guderian se esforzó activamente en racionalizar la producción de los medios de combate, elaborando proyectos para construir carros de enormes proporciones (alguien llegó a sugerir una máquina de 1500 t), solicitó la puesta en práctica inmediata de un programa, a corto plazo, que preveía un aumento en la producción de los tipos de vehículos acorazados ya existentes, preparando además corazas más fuertes y cañones más potentes y concentrando sus energías en la mejora de los nuevos e infinitamente más potentes modelos que por entonces estaban entrando en servicio.

Alemania: una nueva estirpe de «Panzers»

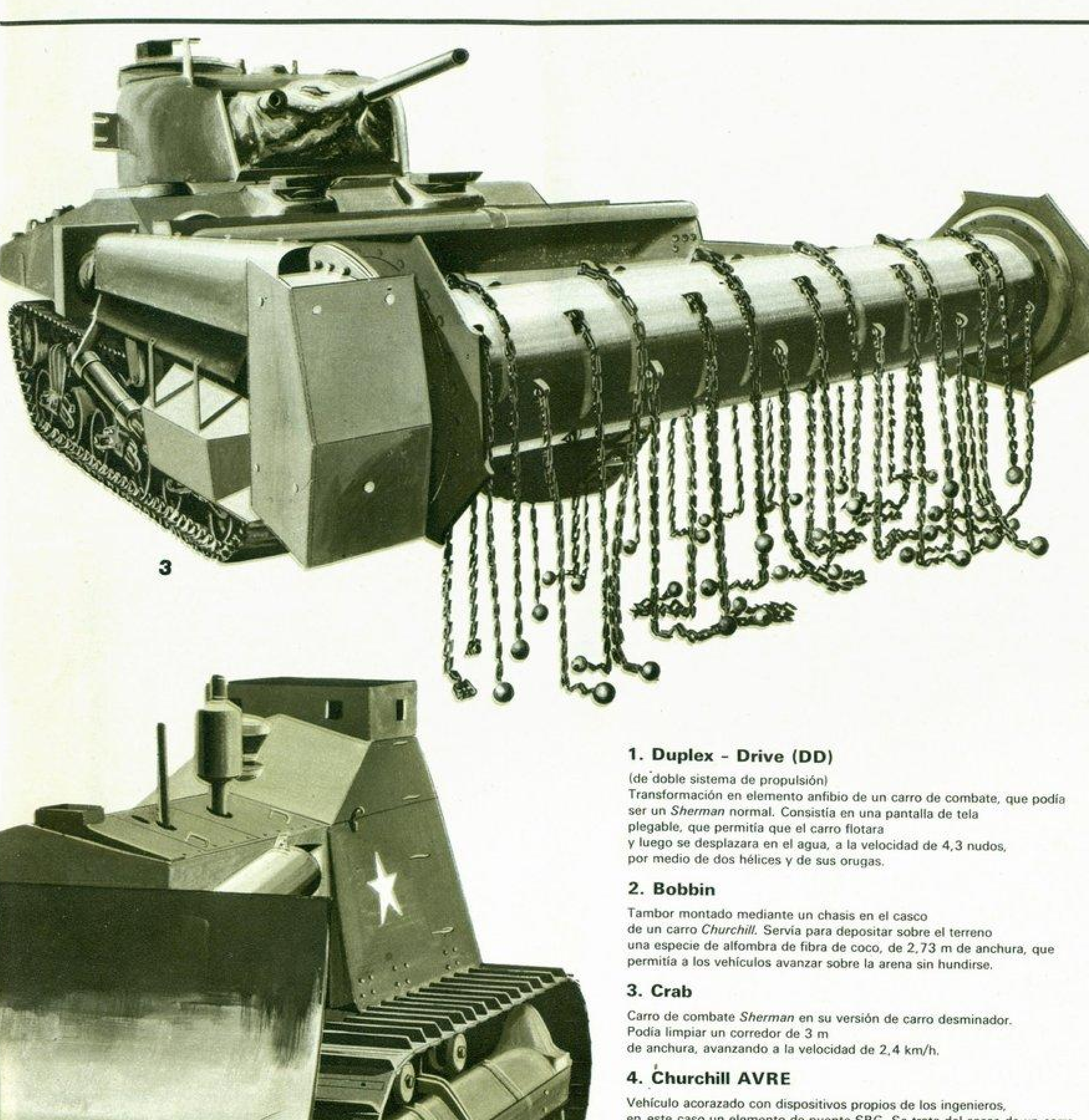
A partir de 1941 se sometió a los *Pzkw-III* y *Pzkw-IV* originales a un proceso de potenciamiento progresivo, con la instalación de cañones más potentes; y una prueba de lo previsor que había sido su proyecto inicial es el hecho de que estos carros ya disponían del espacio necesario para permitir el mayor retroceso que las nuevas piezas exigían. También se montaron piezas de calibre mayor en las versiones de cañones autopropulsados *(Sturmgeschütz)*, montados sobre los cascos del *Mk-III* y del *Mk-IV*. De esta forma se creó una eficiente fuerza acorazada contra carros destinada a actuar como pivote defensivo y en torno a la cual podían maniobrar los carros de combate.

Asimismo se dio absoluta prioridad al envío al frente de los nuevos carros *Tigre* y *Pantera*, puesto que aún los más potentes *Pzkw-IV* se encontraban en graves dificultades frente a los últimos carros de combate soviéticos, por no hablar de los que ingleses y americanos podían mandar al frente. Por una ironía del destino, aquel mismo Alto Mando alemán que había conseguido sus mayores triunfos por medio de las fuerzas acorazadas, no se había preocupado, mientras aquellos triunfos se estaban produciendo aún, de crear una nueva serie de medios de combate. En efecto, tanto el *Tigre* como el *Pantera* fueron proyectados antes de 1940, pero su realización se había llevado a cabo tan lentamente que el pesado *Tigre-I* no entró en fase experimental hasta 1941, y el *Pantera* medio no alcanzó la fase de prototipo hasta marzo de 1942. Después, frente al espectro del *T-34* ruso, las cosas comenzaron a funcionar más de prisa, y el *Tigre I-E*, con su cañón de 88 mm, llegó al frente en septiembre de 1942, mientras que el *Pantera*, con su cañón «largo» de 75 mm, entró en servicio a comienzos de 1943. Sin embargo, aunque ambos eran prácticamente superiores a cualquier otro

LOS "FUNNIES": UN COMPLEJO DE EXTRAÑOS Y UTILÍSIMOS VEHÍCULOS ACORAZADOS

Los oficiales encargados de la planificación, tanto aliados como alemanes, se habían dado cuenta de que el éxito del "D-Day" dependía de la velocidad con que los invasores lograran romper la "dura costra" de las defensas costeras alemanas y penetrar hacia el interior. Después del desastre de Dieppe, los ingleses comprendieron que las tropas de asalto de infantería debían ir precedidas y ser apoyadas por medios acorazados especiales, capaces de neutralizar o eliminar los diversos tipos de obstáculos dispuestos por el enemigo.
En estas páginas se representan los "funnies", aquellos extraños vehiculos acorazados creados por el general de división Hobart.





1. Duplex - Drive (DD)

(de doble sistema de propulsión)
Transformación en elemento anfibio de un carro de combate, que podía ser un *Sherman* normal. Consistía en una pantalla de tela plegable, que permitía que el carro flotara y luego se desplazara en el agua, a la velocidad de 4,3 nudos, por medio de dos hélices y de sus orugas.

2. Bobbin

Tambor montado mediante un chasis en el casco de un carro *Churchill.* Servía para depositar sobre el terreno una especie de alfombra de fibra de coco, de 2,73 m de anchura, que permitía a los vehículos avanzar sobre la arena sin hundirse.

3. Crab

Carro de combate *Sherman* en su versión de carro desminador. Podía limpiar un corredor de 3 m de anchura, avanzando a la velocidad de 2,4 km/h.

4. Churchill AVRE

Vehículo acorazado con dispositivos propios de los ingenieros, en este caso un elemento de puente SBG. Se trata del casco de un carro de combate *Churchill* adaptado para el transporte de un elemento de puente, con un peso de 40 t, que se podía tender en 30 segundos a través de un vado de 9,10 m de amplitud, o bien superar un obstáculo de una altura de hasta 4,55 m.

5. Bulldozer acorazado

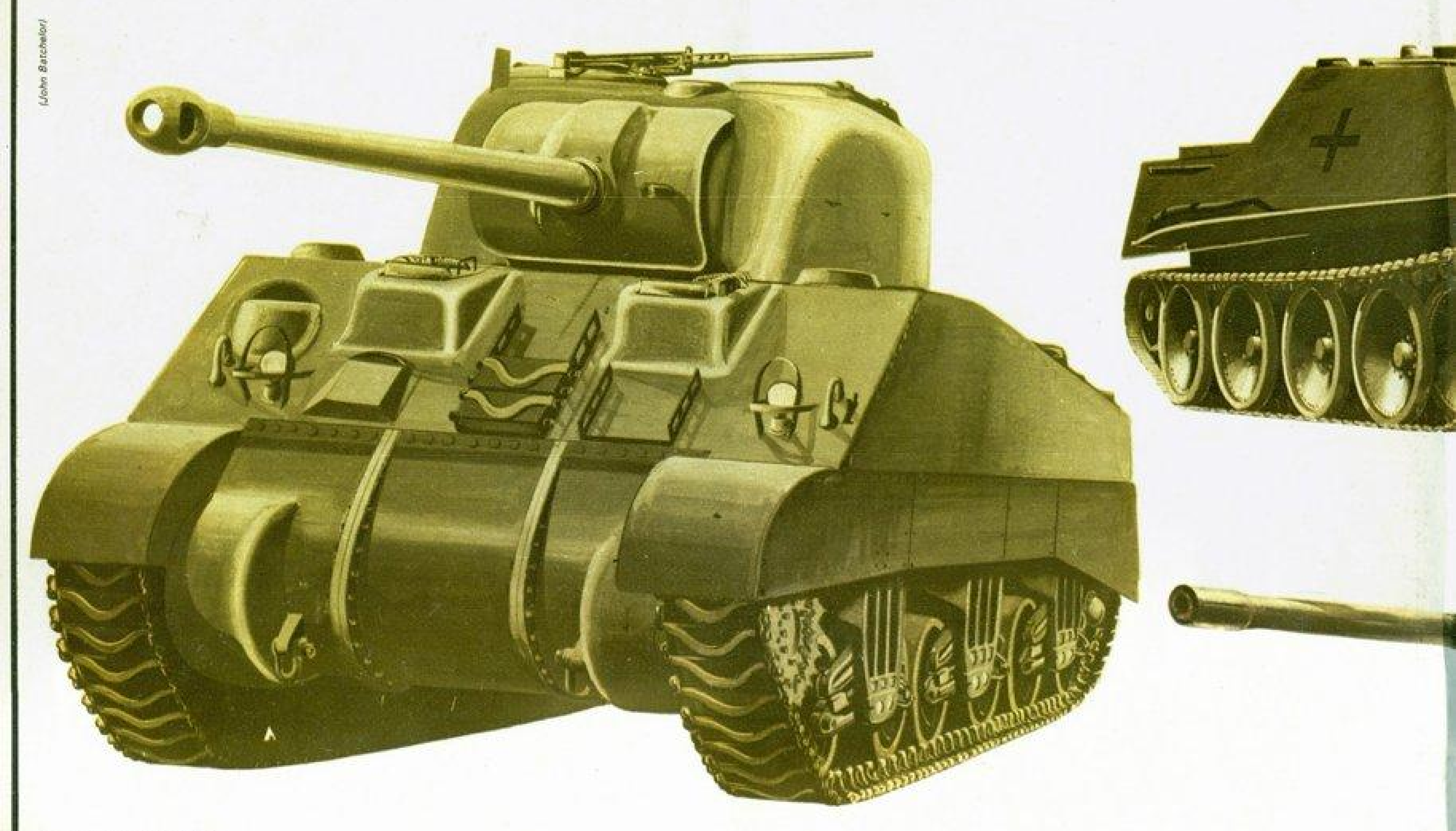
Bulldozer para trabajos pesados, en la versión de vehículo especial, construido por la *Caterpillar Company.*

6. Churchill Crocodile

Conversión en lanzallamas del *MK VII.* El tubo lanzallamas, con un alcance de unos 110 m, se montaba en casamata, en el lugar de la ametralladora. En el remolque se podían transportar 1818 litros de líquido combustible. La presión ejercida mediante nitrógeno comprimido permitía impulsar el líquido del depósito del remolque hasta la lanza.

(John Batchelor)

UN EQUILIBRIO VITAL: VELOCIDAD Y NÚMERO CONTRA CALIDAD Y POTENCIA DE FUEGO



Sherman Firefly

El modelo más logrado en los intentos efectuados por los británicos para montar cañones más pesados en sus carros de combate que eran notablemente inferiores, en cuanto a potencia de fuego, a los alemanes. Montaba el cañón contracarros de 17 libras (76 mm). **Peso:** 32,9 t. **Velocidad:** 38,4 km/h. **Autonomía:** 192 km. **Tripulación:** 4 hombres. **Coraza:** espesor máximo, 81 mm. **Armamento:** un cañón de 17 libras y una ametralladora de 7,62 mm.

JAGDPANTHER

Uno de los más poderosos vehículos acorazados de combate producidos durante la guerra; procedía de la unión del excepcional cañón de 88 mm y el casco del carro de combate *Pantera*. **Peso:** 46 t. **Velocidad:** 56 km/h. **Autonomía:** 200 km. **Tripulación:** 5 hombres. **Coraza:** 80 mm. **Armamento:** un cañón de 88 mm y dos ametralladoras de 7,92 mm.

vehículo acorazado de los que combatían entonces en los campos de batalla, el gran apresuramiento con que tuvieron que ser ultimados hizo que presentaran, como lógica consecuencia, graves defectos de funcionamiento que, con demasiada frecuencia, sobre todo durante las retiradas, fueron causa de que cayeran en manos enemigas carros de combate casi totalmente intactos.

Pero en junio de 1944, las fuerzas acorazadas alemanas desplegadas en el frente occidental habían recobrado gran parte de su potencia, y así, en las proximidades de la zona de la costa donde los Aliados iban a intentar la invasión, podían disponer de 10 *Panzerdivisionen* (de entidad y estructura diferentes), dotadas de carros de combate del tipo *Pzkw-IV* y *Pantera*. En la zona había también una división *Panzergrenadier*, cuyos elementos acorazados eran 45 cañones autopropulsados y bastantes batallones pesados, con carros de combate *Tigre* o cañones contracarros *Pantera (Jagdpanther)*, apoyados por otros cañones autopropulsados de tipos muy diversos y montados sobre viejos cascos de carros checoslovacos y franceses. Además, por aquellos días empezaban a aparecer algunos de los formidables carros de combate *Tigre-II*, provistos de cañones «largos» de 88 mm. Más adelante, el flujo de refuerzos dependería de la medida en que fuera posible sustraer recursos de otros frentes; la presencia inmediata de reservas en el frente la decidiría, en parte, la actividad de Rundstedt y de Rommel y en parte las lunáticas directivas enviadas desde lejos por Hitler.

De todos modos, la vuelta a la actividad de Guderian había tenido efectos milagrosos en el adiestramiento y en la moral de las tripulaciones; quedaba tan sólo por ver hasta qué punto la calidad podría compensar la cantidad.

Gran Bretaña: una situación desesperada después de Dunkerque

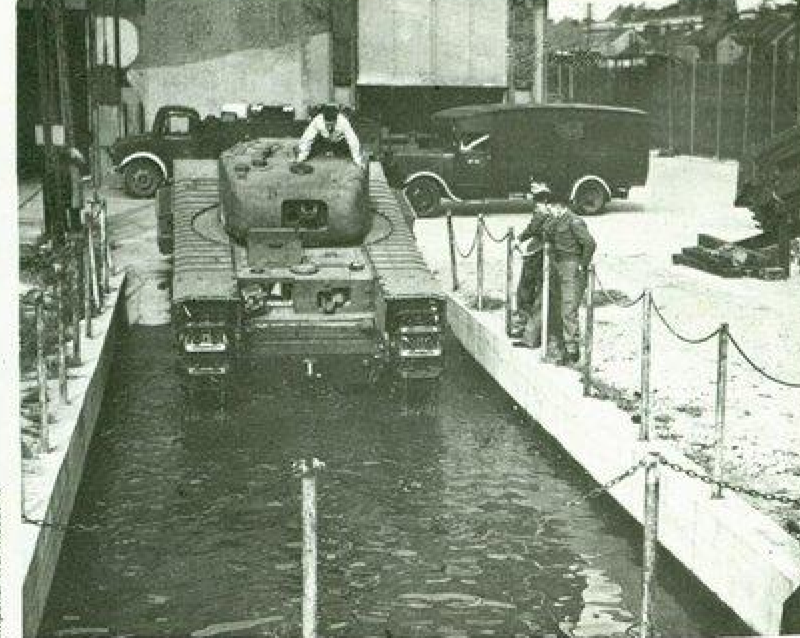
Ingleses y americanos gozaban, por lo menos en el campo de las fuerzas acorazadas, de una notable superioridad numérica; esto ya constituía una victoria industrial considerable, y más aún si se tiene en cuenta que después de Dunkerque Gran Bretaña no dispuso más que de 200 carros de combate en condiciones de eficiencia operativa, y que los americanos, a la sazón, no contaban prácticamente con ningún carro de combate digno de tal nombre.

Todo lo que la industria inglesa estaba en condiciones de proporcionar en 1940 tuvo que producirse en seguida, sin demasiadas preocupaciones por la calidad, a fin de rearmar el Cuerpo de Expedición británico evacuado de Francia: es más, Churchill insistió en que en el futuro tendría que suspenderse toda actividad de investigación o de mejora para concentrar hasta el último esfuerzo en la producción.

Fue así como los carros de combate que se produjeron entonces, o que iban a producirse, *Matilda, Valentine, Cruiser* IV, V y VI, y el nuevo pesado *Churchill*, provistos todos ellos del ya superado cañón de 37 mm, se fabricaron en número cada vez mayor, mientras que la serie siguiente tuvo que esperar cierto tiempo.

Para mayor confusión, la organización británica encargada de proporcionar carros de combate se basaba en unos principios ya vacilantes. Un mes antes de que estallara la guerra, el nuevo Ministro de Abastecimientos había acaparado a los pocos técnicos con que se contaba en el campo de los carros y de los que el Ministerio de la Guerra se sentía orgulloso; de esta forma, este último ministerio se vio privado de la valiosísima actividad de aquellos expertos. Para encauzar bien el asunto de los carros se había creado, basándose en criterios puramente políticos, el *Tank Board*; pero esta nueva organización se veía obs-

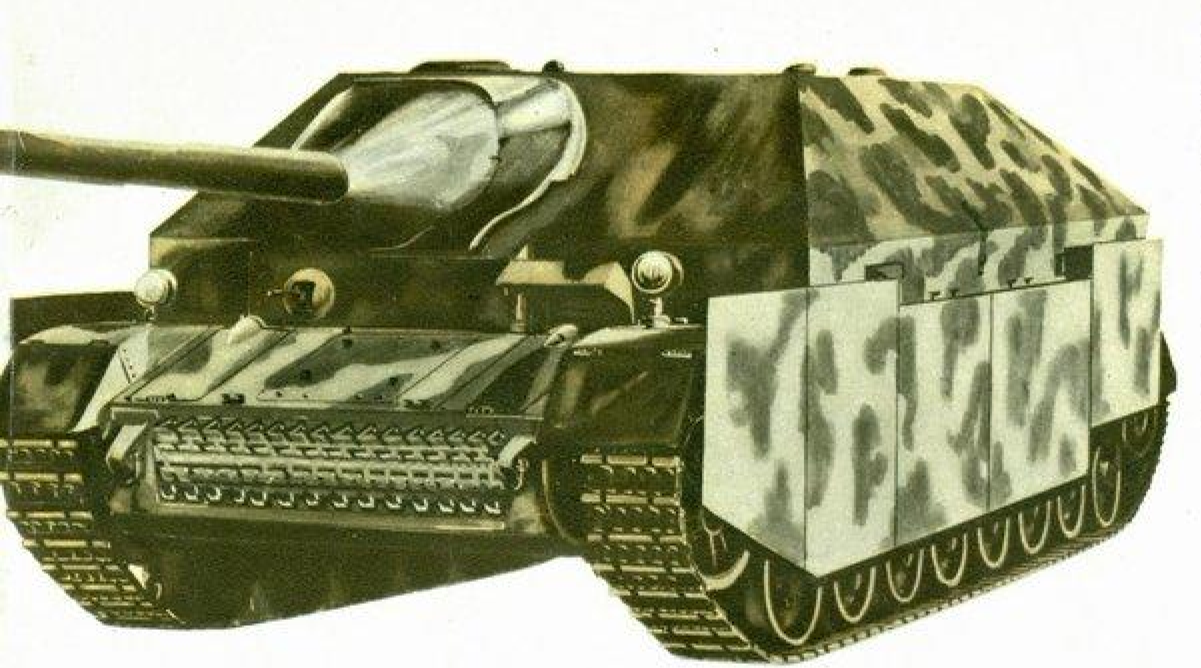




(Imperial War Museum)

CHURCHILL

Representado en esta fotografía durante una prueba efectuada en su fase experimental, con el fin de controlar sus condiciones herméticas. El *Churchill* se produjo en gran número durante los primeros años del conflicto, cuando los mandos británicos todavía se mostraban apegados a la idea de que la columna vertebral de un Ejército era la infantería, a la que las fuerzas acorazadas debían simplemente proporcionar una acción de apoyo.



Sturmpanzer IV

Ideado como consecuencia de la petición de una pieza de artillería móvil para el apoyo a la infantería alemana. Demostró su capacidad en Normandía, donde la naturaleza del terreno impidió a los Aliados aprovechar su movilidad. **Peso:** 25 t. **Velocidad:** 36,8 km/h. **Autonomía:** 96 km. **Tripulación:** 5 hombres. **Coraza:** 80 mm. **Armamento:** un cañón de 75 mm y dos ametralladoras de 7,92 mm.

taculizada por un exceso de responsabilidad, cuya contrapartida era una falta de poder efectivo y, en consecuencia, una serie de dimisiones y de nuevos nombramientos. La organización no supo cumplir adecuadamente la misión que se le había confiado. Al último de los grandes entusiastas británicos de los carros de combate, el general Hobart, lo habían alejado del mando de la División Acorazada 7, en el desierto, los generales Wilson y Wavell, pues el primero «no tenía ninguna confianza» en la forma en que Hobart ejercía el mando. Y en mayo de 1940, precisamente cuando Guderian estaba demostrando con hechos que Hobart tenía razón, este último permanecía totalmente apartado del Ejército, sin embargo, en otoño del mismo año, Hobart ya estaba recuperando su antiguo poder, y había elaborado con el general Pile (otro experto) un plan para un nuevo ejército de fuerzas acorazadas, regulado por un estatuto extraordinariamente parecido al que Guderian escribiría dos años después.

Después de que Churchill insistiera repetidas veces, se solicitaron de nuevo los servicios de Hobart, oficialmente para constituir una nueva división acorazada, pero, en realidad, para adiestrar a todas las unidades de carros. Mas ni el jefe del Estado Mayor General Imperial, el general sir John Dill, ni el comandante del Ejército metropolitano, general Brooke, se atrevieron a aceptar íntegramente el plan de Hobart, por lo que éste tuvo su división acorazada, y el general Martel, otro de los primeros entusiastas, asumió el cometido del adiestramiento. Durante los dos años que siguieron, la historia de las derrotas británicas puede referirse a un único hecho: la incapacidad de aprovechar plenamente las ya escasas reservas de carros de calidad inferior por parte de oficiales y de soldados cuyo valor, desde luego, no podía compensar las demás deficiencias.

Mas la producción de carros de combate se incrementó hasta un nivel suficiente para permitir la constitución de 10 divisiones acorazadas, cada una de ellas con unos 400 carros. Sin embargo, la insistencia del Estado Mayor General, antes de la guerra, sobre la conveniencia de construir un gran número de carros lentos y provistos de corazas pesadas, destinados a apoyar a corta distancia a la infantería, acabó por conducir a una grave deficiencia en la producción de vehículos veloces para las divisiones acorazadas; esta deficiencia no pudo subsanarse hasta algún tiempo después, cuando comenzó en Estados Unidos la producción en gran escala. Mientras tanto, los vacíos en las divisiones acorazadas tuvieron que llenarse con carros de combate adecuados tan sólo para apoyar a la infantería. Por otra parte, la siguiente serie de carros rápidos, representada por el *Mark-VII*, denominado *Centaur*, tuvo que hacer frente a graves fallos técnicos, no se ajustó jamás a las características previstas por el proyecto ni a las fechas de entrega, e incluso antes de que pudieran utilizarlo, fue sustituido por un nuevo modelo modificado: el *Mark-VIII Cromwell*. Pero, cuando apareció por fin, en 1944, el *Cromwell* tuvo que combatir en condiciones de inferioridad en cuanto a potencia de fuego respecto a sus antagonistas alemanes; además, sus características no permitían la instalación de un cañón más potente que los relativamente débiles cañones de 57 mm (6 libras) o 76 mm de los que estaba provisto.

Cañones y velocidad

Este estado semipermanente de inferioridad en cuanto a potencia de los cañones tuvo su origen en la convicción inicial, no comprobada, de que el armamento de los carros de combate era menos importante que su velocidad y la consistencia de su coraza. Dicha convicción se basaba en la hipótesis de que la artillería de campaña proporcionaría el alto exposivo que no poseían



Los generales Eisenhower y Tedder (en primer plano, a la derecha) asisten a un ejercicio de tiro de tropas acorazadas norteamericanas. Gracias a la concentración del esfuerzo productivo, en vísperas del "D-Day" el número de medios acorazados aliados era bastante superior al alemán. (Planet News)

Carro de combate norteamericano *Sherman* en el curso de unos ejercicios. La producción en serie de este tipo, durante los años 1941-1944, permitió a los Aliados compensar, en medida satisfactoria, la superioridad de los carros de combate alemanes en cañones y en coraza. (Central Press)

los carros, hipótesis que en seguida reveló su inconsistencia en el curso de las primeras grandes batallas entre fuerzas acorazadas. Después, el retraso en la producción y en la instalación de los cañones de 57 mm y de 75 mm (y posteriormente del de 76 mm [16 libras]) fue consecuencia, sobre todo, de un sistema ineficaz de conexión entre el Ministerio de la Guerra y el de Abastecimientos y como el primero no formulaba con suficiente claridad sus peticiones, el Ejército acababa recibiendo lo que el segundo consideraba necesario para los soldados.

Lamentable fue, por ejemplo, la fricción que se produjo cuando, en 1942, el Ministerio de Abastecimientos declaró que era imposible montar sobre el *Sherman* el cañón de 17 libras, dejando que fuera el Ministerio de la Guerra el que demostrara, un año después, que en realidad la cosa era factible, e hiciera aprobar por la fuerza, sin respetar los trámites jerárquicos, esta modificación con el tiempo justo para el 6 de junio.

Casi cada año se sometió a las fuerzas acorazadas británicas a una radical reorganización, bajo el impulso de nuevas ideas o de urgentes necesidades de los que combatían en primera línea. En 1941, las enérgicas peticiones que se formularon por doquier para que se sustituyesen divisiones de infantería por más divisiones acorazadas, hicieron que muchos batallones de infantería se transformasen en unidades acorazadas. Esto constituyó un reconocimiento implícito de que la política anterior a la guerra era errónea, pues estaba demasiado vinculada al obstinado intento de mantener vivas todavía las viejas tradiciones del regimiento en rápida evolución. Pero tenía que pasar por lo menos otro año para que se atenuase el grave estado de confusión y de disgregación en que se encontró esta infantería «readaptada», obligada a aceptar un nuevo modo de actuar y de combatir. Fue así como en 1942, precisamente cuando esta «readaptación» empezaba al fin a dar sus frutos, se tomó una nueva y revolucionaria decisión: la de reducir a la mitad las fuerzas acorazadas asignadas a una división acorazada (sustituyéndolas por un número mayor de infantería motorizada) y transfiriendo los medios acorazados que así quedaban disponibles a brigadas autónomas destinadas a apoyar a las unidades de infantería. Pero fue una decisión que no hizo más que aumentar la confusión. Así, pues, las fuerzas acorazadas británicas, en medio de una serie de transformaciones anuales radicales, siempre se desarrollaron dentro de la honda incertidumbre existente en el vértice de una pirámide jerárquica que nunca había sabido dar una forma precisa y duradera a sus conceptos sobre los futuros procedimientos operativos.

Pese a todo, para la invasión, las fuerzas británicas, con el considerable contingente canadiense y la División Acorazada 1 polaca, ascendían a 5 divisiones acorazadas y 8 brigadas acorazadas autónomas: en total, unos 3300 carros, entre *Sherman* (aproximadamente 1 de cada 20, provisto de cañón de 17 libras), *Churchill* (incluyendo 100 del nuevo tipo *Mark-VII*, con coraza más pesada) y *Cromwell*.

América: el impulso productivo del Nuevo Mundo

Las fuerzas acorazadas americanas no habían pasado por las mismas vicisitudes experimentadas por los otros países a partir de 1940, y ello por la simple razón de que, en aquel momento, prácticamente no existían, pues sólo contaban con unos centenares de carros de combate de modelo anticuado y cuyas tripulaciones estaban instruidas según los procedimientos tácticos de la caballería. Su organización moderna para el combate era completamente nueva (aunque basada en un cuidadoso estudio de las ideas que imperaban en los países beligerantes), ya que hasta el citado año 1940 se mantuvieron anquilosadas, primero por su sumisión a la infantería y después a la caballería. El más importante carro de combate americano era el *Sherman*, dotado de un cañón de 75 mm o del de 76, ligeramente superior. En los primeros meses de 1941 comenzó la producción masiva de carros y en 1942 se produjeron 14.000 *Sherman*, seguidos, en 1943, por otros 21.000, ritmo que debía aumentar aún más bajo la presión de la demanda de la producción en serie, tan característico del impulso productivo del Nuevo Mundo. El número y la seguridad de su funcionamiento aseguraba a los *Sherman* (y por lo tanto, a los Aliados) la posibilidad de compensar en gran medida la superioridad de los carros de combate alemanes en cañones y en coraza mientras tanto, la organización encargada del adiestramiento



creaba numerosísimas tripulaciones instruidas en serie, llenas de confianza pero que todavía tenían mucho que aprender. Esta enseñanza se inspiraba en el espíritu de iniciativa del más pintoresco de los generales de fuerzas acorazadas: George S. Patton.

En 1943, los Estados Unidos habrían podido (y debido) disponer de un potente sucesor del *Sherman*: el *T-20*, provisto de un cañón de 76 mm, que debía entrar en acción en 1944. Pero la convicción de que los *Sherman*, si se utilizaban en gran número, estarían en condiciones de empeñar y saturar las defensas alemanas, así como de garantizar un funcionamiento perfecto y una velocidad suficiente durante la persecución, indujo a las autoridades americanas a suspender la producción del *T-20* para no correr el riesgo de interferir la producción de los *Sherman*, que, en aquel momento, salían a torrentes de las fábricas.

La puesta al día de los procedimientos tácticos

Todos los Ejércitos se habían encontrado ante la necesidad de combinar la acción de la infantería y de la artillería con la de los carros de combate, aunque los niveles a los que se verificó esta cooperación y los detalles de los métodos de mando variaron según los casos. Los alemanes adoptaron el sistema de los grupos de combate mixtos, de composición elástica, en el interior de la división; los ingleses tendían a distinguir, de forma bastante rotunda, las unidades acorazadas de las de infantería, formando, cuando era posible, agrupaciones no inferiores a la brigada; los americanos, por último, siguieron casi siempre, el ejemplo alemán; pero se esforzaron en aumentar su elasticidad mejorando el sistema de mando con la creación de especiales *Combat Command* (dos por cada división acorazada), de los que dependían grupos de combate mixtos sacados de una división y cuyos efectivos ascendían a 270 carros de combate. Esta fue la última de las diversas variaciones sobre el tema adoptadas por los americanos, y hacia mediados de 1944 ya la seguían seis divisiones acorazadas americanas y la División Acorazada 2 francesa.

No obstante, a diferencia de los alemanes, que utilizaban su artillería autopropulsada con el único fin de apoyar a la infantería, los americanos se aproximaron más al planteamiento inglés, asignando a cada mando específico algunos batallones de carros de combate que debían operar en estrecha colaboración con las divisiones de infantería. Esto reflejaba la diferencia fundamental que existía entre la doctrina aliada y la alemana, puesto que esta última insistía en la conveniencia de agrupar las divisiones acorazadas exclusivamente en Cuerpos de Ejército acorazados. Cada sistema tenía sus ventajas, que dependían de una manera decisiva de la capacidad de los comandantes para intuir los recursos potenciales de las fuerzas, así como de las restricciones que la naturaleza del terreno y el espacio disponible imponían a la maniobra. En Rusia, por ejemplo, las estepas onduladas favorecían la acción de los Cuerpos de Ejército acorazados alemanes, mientras que en Normandía la densa vegetación amenazaba con constituir una difícil barrera contracarro: era, pues, una situación que favorecía el sistema inglés.

Los mayores cambios producidos después de 1940, en cuanto a la relación entre las diversas fuerzas acorazadas, habían sido los que dependían de los progresos realizados en la naturaleza de las defensas de campaña, del aumento de la potencia de las armas contracarros y de la proliferación de las minas. Mientras en 1940 el cañón contracarro alemán de utilización más corriente era el de 37 mm, en 1944 el tipo en dotación era el *Pak-40*, de 75 mm, complementado por el grande y pesado *Kwk-43*, de 88 mm, que era capaz de perforar, a la distancia de 1000 metros, una coraza inclinada de 168 mm. Una división de infan-



EL HOMBRE QUE ABRIÓ UN PASO EN LA "MURALLA DEL ATLÁNTICO"



En 1934, con el grado de general de brigada, el general P. C. S. Hobart (arriba, en la torreta de un carro de combate medio «Vickers» de 16 t) mandaba la 1.ª Brigada de carros británica cuando ésta recibió su *status* oficial; con esta unidad efectuó algunos experimentos de gran alcance en el campo de la guerra acorazada, que establecieron las bases de lo que precisamente harían después los alemanes en el curso del conflicto. En septiembre de 1938 constituyó y adiestró en Egipto la División móvil, destinada a ser luego la División Acorazada 7 («Ratas del desierto»); mas, poco después, fue relevado del mando por los generales Wavell y Wilson, quienes no compartían sus ideas acerca del tipo de operaciones que había que adoptar en el desierto.

Retirado prematuramente de la actividad militar, más tarde el general Hobart fue llamado de nuevo al servicio ante la insistencia de Churchill, quien pensaba en la posibilidad de confiarle la constitución de un ejército de fuerzas acorazadas, regulado por un estatuto análogo al que más tarde se impuso a la «Wehrmacht» por iniciativa del general Guderian. En realidad, el general Hobart sólo pudo constituir y adiestrar la División Acorazada 11 (en el centro, Churchill pasa revista a la citada división; Hobart es el primero de la derecha), hasta que, en 1942, se le pidió que crease otra, la 79 (abajo, Hobart con Montgomery, su cuñado, visitando la División 79). En marzo de 1943, el general Brooke confió a la División Acorazada 79 el encargo de ultimar los medios especiales acorazados destinados a conducir el ataque contra las playas elegidas para el desembarco en Normandía y de adiestrar las respectivas tripulaciones. Esta dificilísima misión absorbió todas las energías de Hobart, no sólo hasta el «D-Day», sino también hasta el fin de la guerra, ya que, habiéndose mostrado utilísimos, los nuevos medios acorazados especiales encontraron una creciente utilización incluso en las fases bélicas sucesivas.





(Por cortesía de Lady Hobart)



Carro de combate "Tigre I", el más potente de los producidos por Alemania.

El "PZKW-IV", potenciado y mejorado respecto a los modelos originales, en 1944 estaba presente todavía en los combates.

Carro de combate alemán "Pantera", dotado de un cañón de 75 mm. Entró en servicio a comienzos de 1943.

Carro de combate británico "Churchill", resistente, pero con insuficiente potencia de fuego.

Carro de combate británico "Cromwell". Entró en servicio en 1944, pero era inadecuado para enfrentarse con sus antagonistas alemanes.

(History of the Second World War)

tería alemana desplegaba 31 cañones contracarros, apoyados por cañones con afuste de «campaña» de 88 mm puestos a disposición del Ejército: se trataba de un formidable despliegue que constituía una eficaz barrera contracarros, detrás de la cual se ocultaban las reservas móviles de las fuerzas acorazadas. Además, a una distancia de 900 metros, un soldado de infantería podía perforar incluso la más densa de las corazas con su *Panzerfaust* o *Panzerschreck*, su arma sin retroceso que lanzaba cohetes de carga hueca, el equivalente del inglés *PIAT* y del americano *bazooka*.

Casi todo favorecía a la defensa alemana

Naturalmente, las unidades aliadas podían contar, no sólo con sus cañones autopropulsados, sino también con un conjunto casi tan potente de armas contracarros: una división de infantería americana disponía de cañones contracarros de 37 y de 57 mm, así como de 558 *bazookas*; no menos equipada estaba una división británica, que disponía, además, del experimentado cañón de 17 libras. Pero los cañones contracarros de tracción mecánica son armas estrictamente defensivas, y hace falta tiempo para organizar su tiro de forma que se apoyen recíprocamente, para situarlos en batería y para enmascarar las obras de excavación de la plataforma. Por consiguiente, las piezas contracarros fueron mucho más útiles a los alemanes, que casi siempre combatieron a la defensiva en posiciones ya establecidas; por la misma razón, los alemanes pudieron utilizar ampliamente los campos de minas para proteger sus posiciones y retrasar la penetración de las fuerzas acorazadas aliadas; de esta manera proporcionaban más tiempo a sus reservas móviles para organizar contraataques en los puntos de ruptura más críticos.

Todos los aspectos defensivos tendían a favorecer a los alemanes y a hacer que se inclinara de su lado la balanza en lo que se refería a fuerzas acorazadas. No obstante, es casi inevitable que las armas más potentes sean también las más pesadas y difíciles de maniobrar, es decir, las que requieren un mayor número de hombres y de máquinas para desplazarlas de un punto a otro en el campo de batalla, presentando mayores dificultades cuando se trata de encontrar asentamientos adecuados. Además, cuanto más corta es la duración de la trayectoria de un proyectil de alta velocidad, más difícil es ver la situación del impacto (puesto que llega a su destino incluso antes de que se haya disipado el humo y el polvo provocados por el disparo), haciendo muy problemática la corrección del tiro y reduciendo la probabilidad de alcanzar el objetivo. Todos estos elementos constituyen desventajas para la artillería de grueso calibre, cuya posición se ve comprometida una vez el enemigo ha observado el resplandor y el humo del disparo; y no obstante, fueron precisamente estas dificultades las que, en 1944, contribuyeron a restituir a las unidades acorazadas parte de la ventaja que habían perdido.

Las defensas estáticas levantadas por los alemanes a lo largo de la línea costera o dispuestas en franjas en el interior, formando densas mallas alrededor de los puntos vitales (como la estación de radar de Douvres, en Normandía), ponían a los atacantes ante dificultades sin precedentes en la segunda Guerra Mundial: eran el fruto de cuatro años de estudio y de trabajo, galvanizado en los últimos meses por el dinámico entusiasmo de Rommel, por su convicción de que era fundamental convertir las playas en una barrera impenetrable. En realidad, parecía que los norteamericanos hubieran acabado por aceptar apáticamente la existencia de estos obstáculos como un impedimento para el empleo masivo de fuerzas acorazadas que condujeran el asalto; pero para los ingleses, que no habían olvidado la triste experiencia de Dieppe, los obstáculos actuaron como un estímulo para idear la forma de neutralizarlos con sistemas radicalmente nuevos.

La posibilidad de que se produjera una matanza en la playa no cabía en la imaginación de los ingleses, y Churchill estaba obsesionado por la pesadilla de que, como había ocurrido ya en Gallípoli, el enemigo aniquilase a la infantería británica. En Dieppe los canadienses habían pasado por una experiencia parecida, cuando los carros de combate, una vez desembarcados, no consiguieron superar los obstáculos diseminados por la playa y dejaron a la infantería prácticamente sola.

En marzo de 1943, el jefe del Estado Mayor General Imperial decidió crear unas unidades acorazadas especiales que deberían desembarcar en la vanguardia de las fuerzas atacantes, abrir brechas con sus propios medios antes de que desembarcasen las primeras oleadas de infantería y, finalmente, mantener bajo su fuego las defensas enemigas. Se pensó en escuadras de vehículos acorazados especiales, capaces de neutralizar con su tiro las defensas alemanas, hacer saltar los campos minados dispuestos en las playas, abatir las barreras artificiales, demoler o superar la siguiente fila de barreras, bloques de hormigón y fosos, eliminando después otros campos de minas y las restantes casamatas antes de acompañar a la siguiente oleada de infantería y de medios acorazados hacia el interior. La velocidad sería el elemento principal de estas complejas operaciones especialmente en el sector británico, donde la naturaleza del terreno favorecería un contraataque acorazado alemán, pues la necesidad de avanzar profundamente, ganando terreno en el interior, es decir, de combatir una batalla móvil, tendría prioridad absoluta en cuanto los atacantes se hubieran asegurado un punto de apoyo en tierra.

Ya antes de 1943, la mayoría de los principales tipos de dispositivos especiales necesarios habían alcanzado una fase más o menos avanzada de experimentación (a decir verdad, casi todos se inspiraban en la primera Guerra Mundial). Por ejemplo, en África se utilizaron unos primitivos carros desminadores para hacer estallar las minas; después de lo ocurrido en Dieppe, un canadiense llamado Donovan inventó un vehículo acorazado, denominado AVRE *(Armoured Vehicle Royal Engineer)*, montado sobre un carro de combate *Churchill*, que transportaba equipos de hombres especializados en los trabajos de demolición y un amplio arsenal de puentes para pasar muros y fosos. Asimismo, los esfuerzos para conseguir que los carros de combate pudieran avanzar por el agua culminaron con la creación de un dispositivo extremadamente sencillo; un revestimiento de un recio tejido dispuesto alrededor del carro de combate, compensaba el peso de éste, y el motor del vehículo hacía girar dos hélices; se trataba del carro de combate *Duplex Drive* (DD), inventado por Nicholas Strausler. Otro tipo de carro *Churchill* estaba provisto de un dispositivo lanzallamas; el combustible se transportaba, bajo presión, en un remolque acorazado, y el conjunto se llamaba «cocodrilo»; existían también carros de combate provistos de un potente reflector, denominado *Canal Defence Light* (CDL). Después entraron en acción otras muchas invenciones para experimentar, desechar o aprobar, luego mejorar y, finalmente, producir en serie; paralelamente se procedió a adiestrar a las tripulaciones y a idear métodos para organizarlas en equipos.

Hobart prepara su «cuerpo de asedio»

Esto podría considerarse como el equivalente, en el siglo XX, de un cuerpo de asedio medieval, creado para sustituir a los hombres por máquinas y restablecer el predominio de las fuerzas móviles y acorazadas en todas las fases del ataque, incluso donde las instalaciones defensivas fueron más sólidas. Como tan sólo disponía de 14 meses, Brooke se dedicó a buscar el hombre capaz de conseguir este milagro y, finalmente su elección recayó en Hobart quien, a sus 58 años de edad, parecía ser aún el único hombre que unía un profundo conocimiento de las fuerzas acorazadas y un temperamento enérgico y decidido que lo ponía en condiciones de cumplir un cometido tan vasto en tan corto tiempo. Pero la apertura de una brecha en la muralla atlántica no fue más que la última fase del trabajo de Hobart: antes, por persuasión o por la fuerza, tuvo que inducir a los organismos militares e industriales a preparar y construir el equipo necesario según sus descripciones y al ritmo que él deseaba; exigió, sobre todo, que cada medio especial estuviese en condiciones de continuar combatiendo por su cuenta cuando ello fuera necesario. Finalmente, tuvo que inculcar a unos hombres, acostumbrados a combatir en carros de combate normales, un intrépido espíritu de iniciativa y la convicción de que no existían defensas insuperables. Aunque sufrió desilusiones de todo tipo, al final Hobart se salió con la suya, y, a comienzos de 1944, pudo enseñar su amplia gama de «monstruos» acorazados al general Eisenhower y al general Montgomery, cuando llegaron a Inglaterra para asumir el mando de las fuerzas de invasión.

Había una brigada de *Sherman DD* y de *Sherman* desminadores, y otra de *AVRE Churchill*,



NUEVAS ARMAS PARA LA INFANTERÍA

Una de las conquistas más significativas en el terreno del armamento durante el último período de la guerra fue la utilización, por parte del simple soldado de infantería, de una eficaz arma contracarros individual. Los norteamericanos fueron los primeros en producir un lanzacohetes portátil, el "bazooka", y la potencia de la nueva arma resultó tan evidente que todos los Ejércitos adoptaron en seguida armas semejantes, como el "PIAT" británico y el "Panzerfaust" y el "Panzerschreck" alemanes, que podían lanzar un proyectil perforante de alto explosivo con carga hueca, de gran eficacia tanto contra fortificaciones como contra corazas.

1. Panzerschreck

Lanzacohetes alemán sin retroceso de 88 mm. Disparaba un proyectil de 3,170 kg de peso, capaz de perforar una coraza del espesor de 114 mm desde una distancia de 150 m.

2. PIAT

(*Projector Infantry Anti-Tank,* lanzagranadas contracarros para infantería; británico.) Arma que se disparaba apoyándola sobre el hombro y que lanzaba un proyectil de 1,360 kg de peso; podía perforar una coraza de 100 mm de espesor desde una distancia de 45 m.

3. Bazooka

Lanzacohetes norteamericano sin retroceso de 60 mm. Disparaba un proyectil de alto explosivo de carga hueca, de 1,600 kg de peso desde una distancia de más de 360 m.

armados con cargas de demolición lanzables *Petard*; asimismo un regimiento de «cocodrilos» y una brigada de *Grant CDL*, si bien estos últimos no se utilizaron nunca con el cometido previsto al principio, que era iluminar el campo de batalla para permitir que el ataque prosiguiese en la oscuridad. En los meses siguientes aparecieron otros dispositivos con nombres extraños, como *Hobo's Menagerie* (cerco del vagabundo) o *The Funnies* (los clowns); pero los *DD*, los desminadores, y los *AVRE* constituyeron los elementos básicos de los grupos de ataque que el 6 de junio avanzaron por las playas francesas precediendo a la fuerza de infantería.

Montgomery se dio cuenta en seguida del significado y de la importancia de estas fuerzas acorazadas especiales, afirmando la necesidad de que constituyesen la punta avanzada del ataque; y al mismo tiempo insistió para que se asignase a los americanos la mitad de lo que habían construido los ingleses. Sin embargo, y aunque los *DD* le impresionaron favorablemente, de los que pidió el equivalente de una brigada, Eisenhower dejó la elección de los demás medios a Bradley; éste a su vez, transmitió el encargo a su Estado Mayor, que, por diversos motivos decidió no adoptar los artefactos especiales preparados por los ingleses.

Más tarde se pudo comprobar las terribles consecuencias de semejante decisión.

Frente a las minas y a los obstáculos dispuestos por los alemanes en las playas francesas, las fuerzas acorazadas especiales constituían una esperanza a favor de los Aliados. Si conseguían su objetivo, podrían abrir una brecha por la que las unidades convencionales presionarían rápidamente hacia el interior y aprovecharían su superioridad numérica en campo abierto. Como en decisión y heroísmo los soldados aliados no tenían nada que envidiar a los alemanes, quedaba por ver si las pérdidas infligidas por la parte cualitativamente superior a la numéricamente superior acabarían minando el espíritu de esta última. Escondida tras el creciente sentimiento de entusiasmo y de confianza que animaba a británicos y americanos, estaba al acecho esta mortal amenaza. Desde luego, el único *Tigre* que destruyera todo un escuadrón de carros de combate aliados podría a su vez ser destruido, pero los supervivientes de una victoria pírrica como ésta ¿estarían dispuestos a lanzarse sobre el siguiente *Tigre*?

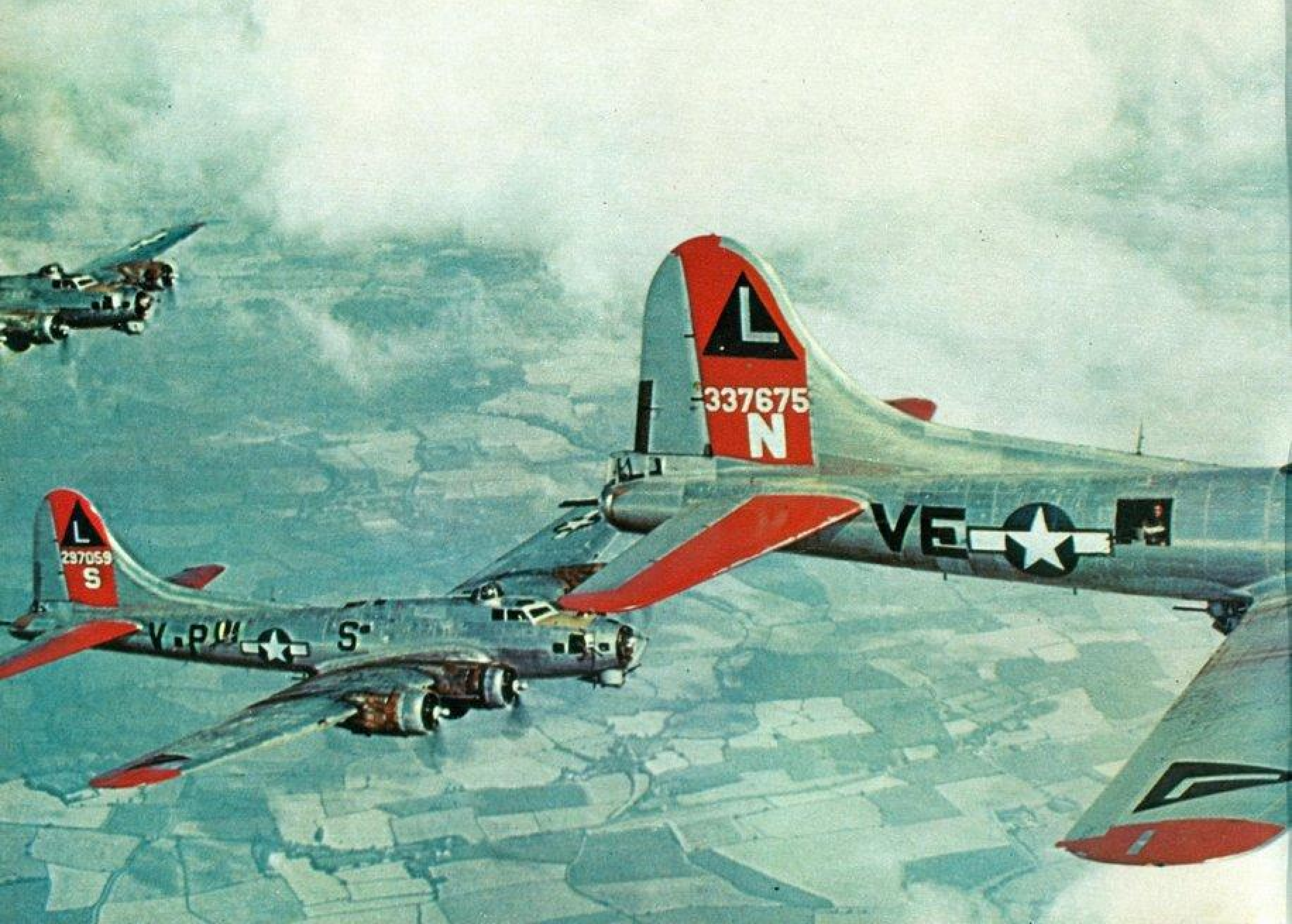
Pero, en realidad, era muy dudoso que los alemanes estuvieran en condiciones de proteger adecuadamente las líneas por las que harían afluir los refuerzos, el carburante y las municiones indispensables para «alimentar» esta guerra de movimiento. Este era el elemento crucial de la batalla, pues en una guerra motorizada unas reservas de carburante insuficientes pueden ser tan paralizadoras como la falta total de reservas. En la capacidad de las fuerzas aéreas aliadas para detener los abastecimientos alemanes había una amenaza indirecta mucho más peligrosa que sus ocasionales afirmaciones acerca de que podían inutilizar a las fuerzas acorazadas enemigas con cohetes y bombas, cuya eficacia no era segura.

En 1940 la confrontación de las fuerzas acorazadas podía reducirse a términos bastante sencillos: los héroes de los carros de combate ocupaban, en calidad de primeros autores, el centro del escenario, y las otras Armas hacían tan sólo de comparsas. Pero en 1944, las fuerzas acorazadas, aunque siguieron teniendo un cometido vital, estaban ya estrechamente ligadas a todas las demás fuerzas combatientes de cada Ejército. No obstante, los dos bandos se enfrentaron, conscientes una vez más, de que la supremacía aérea podía influir en el resultado de la lucha de forma muy sensible, pero no irrevocable; mientras que la destrucción o neutralización de las fuerzas acorazadas enemigas, sería, sin lugar a dudas, un factor tan decisivo que determinaría la victoria.

LA POTENCIA AEREA ALIADA

R. W. Thompson

La potencia aérea aliada –y eso lo sabían todos desde hacía mucho tiempo– sería la clave del éxito de la Operación "Overlord": tan sólo si se neutralizaba a la *Luftwaffe,* los hombres y los medios de desembarco podrían confiar en llegar a las playas de Normandía. Además, se debía debilitar el potencial bélico alemán y destruir sus líneas de abastecimiento con el futuro frente. Se trataba de una misión de excepcional trascendencia, y, por lo tanto, fueron muy importantes todas las conversaciones que se celebraron sobre la mejor forma de llevarla a cabo.



De la importancia de la potencia aérea, sobre todo en relación con el resultado de la Operación «Overlord», nos dimos cuenta plenamente en el verano de 1943. La ofensiva aérea combinada, autorizada en enero en Casablanca y proyectada para destruir los recursos económicos del enemigo y minar la moral del pueblo alemán, no había dado, a primera vista, resultados satisfactorios. En julio, el general Morgan, jefe de Estado Mayor dependiente del comandante supremo aliado (COSSAC, Chief-of-Staff, Supreme Allied Commander) expresaba así su inquietud:

«La característica más notable de las fuerzas aéreas alemanas en Europa occidental es el progresivo aumento del número de sus cazas; se trata de fuerzas tales que, a menos que se logre neutralizarlas y reducirlas, podrán alcanzar proporciones tan formidables que hagan imposible un ataque anfibio. Es, pues, indispensable reducir de forma radical los efectivos de las fuerzas de caza alemanas a partir de este momento hasta el día del desembarco. Esta condición, más que ninguna otra, decidirá el resultado positivo o negativo de un ataque anfibio, sea el que sea el momento en que éste se lance».

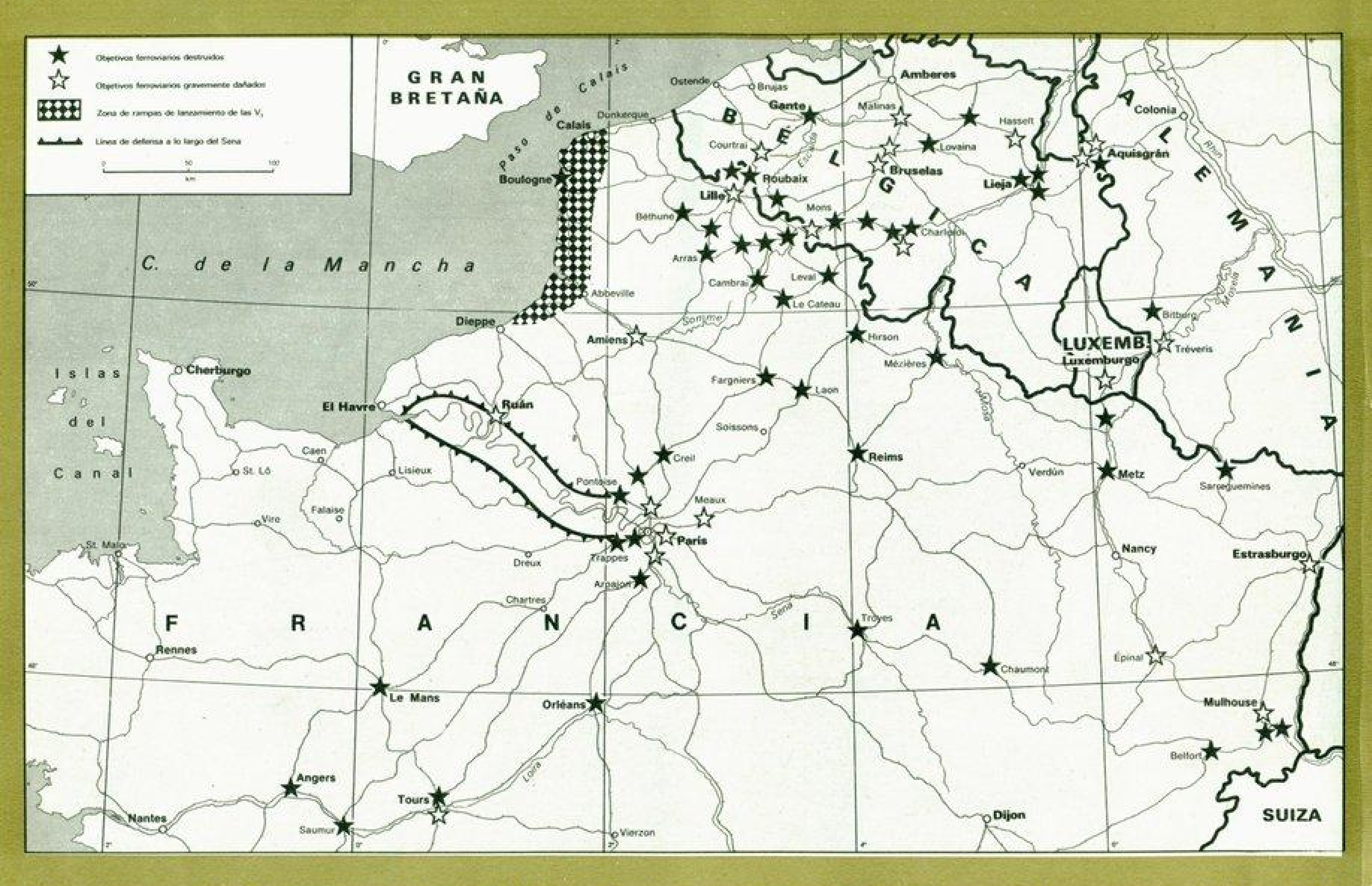
Un mes antes, en las altas esferas se había señalado que, si no se lograba aniquilar las fuerzas de caza del enemigo, se haría «prácticamente imposible llevar a término la proyectada destrucción de la economía alemana». Y fue justamente a la luz de estas consideraciones como se elaboró un nuevo plan –la Operación «Pointblank» (quemarropa)–, el cual, si bien conservaba como objetivo de fondo la ofensiva aérea, daba prioridad absoluta en lo referente a la destrucción de las fuerzas de caza del enemigo.

Estas conclusiones, con su nota de pesimismo, no las compartían los comandantes de las fuerzas de bombardeo y reflejaban un nuevo problema de gran importancia. Las fuerzas aéreas, y especialmente los bombarderos, habían introducido en la estrategia bélica una nueva dimensión. A pesar de los resultados, que en el mejor de los casos no fueron nunca decisivos, y del continuo aumento de las fuerzas de caza enemigas, los jefes de las fuerzas aéreas estratégicas aliadas estaban convencidos de tener en sus manos el instrumento decisivo y de estar en condiciones de conseguir la victoria. El general Spaatz, comandante de la *US Strategic Air Force Europe* (USSAFE), opinaba incluso que ni siquiera era necesaria la Operación «Overlord», y el teniente general de Aviación Harris, su colega del mismo grado inglés, se mostraba completamente de acuerdo con él. A conclusiones análogas había llegado el general Arnold, representante de la Aviación norteamericana junto a los jefes del Estado Mayor conjunto.

A comienzos de 1943, por no haber tenido en cuenta las experiencias británicas, los norteamericanos experimentaron onerosas pérdidas en el curso de las incursiones aéreas diurnas. Pero, a fines de año, todas estas dificultades se habían superado y las fuerzas aéreas estratégicas de ambos países estaban bien integradas en un programa de bombardeos casi ininterrumpidos. Pese a la prioridad concedida a la Operación «Pointblank» el continuo aumento de la caza alemana no cons-



"Fortalezas volantes" *B-17* volando en el curso de una misión de bombardeo. Las fuerzas aéreas tácticas aliadas, al mando del teniente general Leigh-Mallory, sumaban, en los primeros meses de 1944, un total de 5677 aviones, pertenecientes a la 9.ª Fuerza Aérea norteamericana y a la 2.ª Fuerza Aérea de la RAF. *(US Army)*



Los bombardeos efectuados por las fuerzas aéreas aliadas en preparación de la Operación "Overlord" infligieron durísimos golpes a los alemanes, reduciendo notablemente su capacidad de reacción ante el ataque adversario. Ya durante el verano del año 1943 se habían elaborado los planes para la Operación "Pointblank", destinada a lanzar una ofensiva aérea contra la aviación de caza alemana; pero entonces, en el seno de los mandos aliados surgieron graves divergencias respecto de los objetivos de los ataques estratégicos. Finalmente, el 27 de marzo de 1944, el general Tedder logró imponer la prioridad de su "plan de transportes", que debía desarrollar una ofensiva en masa contra las líneas de comunicación alemanas con el fin de impedir la llegada al frente de las reservas enemigas. A partir de entonces los aviones aliados sometieron a bombardeos ininterrumpidos líneas ferroviarias, nudos de comunicaciones, puentes ferroviarios, carreteras y todo material rodante en Europa occidental, y, a pesar de las ásperas críticas surgidas respecto de la oportunidad de tal ofensiva y de los efectos conseguidos, lo cierto era que, en vísperas del "D-Day", las fuerzas alemanas habían quedado prácticamente inmovilizadas.

tituía necesariamente un elemento de peso en el que basarse para valorar la potencia efectiva de la misma, y la confianza de los comandantes de las fuerzas de bombardeo seguía inalterable. Ellos «sabían» –o mejor dicho «sentían»– que estaban venciendo, aunque las cifras todavía no lo demostraran.

Controversia sobre la elección de los objetivos

Aunque las afirmaciones de los comandantes de las fuerzas aéreas no eran del todo verdaderas, los resultados eran bastante evidentes. Alemania estaba siendo destruida a espaldas de sus Ejércitos. Las industrias pesadas, las minas de carbón, refinerías de petróleo, fábricas de carburantes sintéticos o de cojinetes a bolas, carreteras, líneas férreas, ciudades y pueblos, todo se iba reduciendo a montones de escombros. Los comandantes de las fuerzas de bombardeo estaban de acuerdo en cuanto a la importancia decisiva de su misión, pero no en la elección de los objetivos. Según el general Spaatz, el petróleo era el producto esencial del que depende un país moderno en estado de guerra. Algunos afirmaban que lo eran los cojinetes a bolas. Y otros aseguraban que lo fundamental eran las comunicaciones y la moral.

Estos distintos pareceres hacían que los comandantes de las fuerzas estratégicas de bombardeo no prestasen oído a las peticiones tácticas de las fuerzas terrestres. Aquellos declaraban que, estratégicamente, el bombardero estaba ganando la guerra. Querer distraer al bombardero de su misión revelaba una mentalidad anticuada y restringida. Las fuerzas de tierra alemanas, si bien seguían siendo muy potentes, no estaban en condiciones de impedir la total destrucción de su país y de su pueblo, es decir, de las cosas que tenían que defender.

Algunos expertos militares, y entre ellos el capitán B. H. Liddell Hart, entrevieron, con cierta desazón, las características del nuevo y espantoso tipo de guerra que se estaba imponiendo. La advertencia de Liddell Hart: «No te puedes rendir a un bombardero que vuela por el cielo», no fue escuchada. Mientras tanto, precisamente en las esferas más elevadas, circulaban rumores bastante graves. A comienzos de 1943, las fotografías aéreas y el espionaje, proporcionaron pruebas concretas de los progresos que el enmigo estaba realizando en la producción de cohetes y de aviones sin piloto, capaces de transportar cabezas de alto explosivo a distancias superiores a los 250 km. Armas de este género podrían ser extremadamente destructoras, y creaban nuevos problemas de defensa. Además, el terrible secreto de la investigación atómica suscitaba el temor de que también el enemigo pudiese lograr algún resultado en este campo.

Los comandantes de las fuerzas de bombardeo, confiados en su poderío, aceptaron el urgente encargo de añadir a sus misiones la destrucción de las rampas de lanzamiento y de las bases de missiles y de bombas volantes. Y así, el 17 de agosto, el teniente general de Aviación Harris inició la ofensiva, atacando con 571 bombarderos pesados las instalaciones de missiles de Peenemünde. Obligados por los sucesivos bombardeos a abandonar esta base, los expertos alemanes, bajo las órdenes del general Dornberger, se trasladaron a «establecimientos» subterráneos en las montañas del Harz, y continuaron la producción, aunque en escala reducida, mientras las rampas de lanzamiento para sus aviones sin piloto se multiplicaban, imponiendo a los Aliados una continua actividad de vigilancia y reiterados bombardeos.

Atacando a las bombas «V»

El mayor peso de los ataques contra las bases y las rampas de lanzamiento de las bombas volantes alemanas corrió a cargo de las fuerzas aéreas tácticas. A finales de 1943, se habían bombardeado con precisión 93 rampas para dichas bombas (que los alemanes llamaban *V-1*, y el Servicio de Información de la Aviación *FXG-76*), casi todas en la región del Paso de Calais. En los tres meses siguientes se efectuaron nueve mil misiones de vuelo contra estos objetivos, y el enemigo se vio obligado a pensar en otros sistemas de lanzamiento. Mientras tanto, los ataques de los bombarderos pesados aliados dificultaban notablemente a los alemanes que trabajaban en la puesta a punto del *A-4*, actualmente conocida como *V-2*; por lo tanto, el principal temor del

mando de la Operación «Overlord» se limitaba a las *V-1*, que, por lo demás, representaban un peligro menor, más fácilmente localizable y, en consecuencia, más fácil de neutralizar.

Pese a los éxitos logrados, todavía a fines de marzo de 1944 los Aliados tenían la impresión de estar empeñados en una difícil carrera con el tiempo. Se sabía entonces que el enemigo había construido un tipo modificado de rampa de lanzamiento que se podía ocultar con mayor facilidad, y se sospechaba que muchas de estas nuevas rampas se hallaban en las cercanías del Paso de Calais y en la península de Cherburgo. Pero las diversas y acuciantes exigencias a que se veían sometidas las fuerzas aéreas aliadas, ante la proximidad de la Operación «Overlord», hacían bastante difícil someter las regiones «sospechosas» a ataques consistentes.

En ningún momento los comandantes de las Fuerzas Armadas demostraron la menor tendencia a sobreestimar la gravedad de la amenaza, y a comienzos de diciembre, el COSSAC procedió, una vez más, a un nuevo examen general de la situación. La decisión inmediata a que se llegó fue la de «dejar las cosas como estaban»; sin embargo, hasta el 28 de marzo, Eisenhower, saliendo de «un mar de problemas», no afirmó que un eventual ataque enemigo con el «arma secreta» no impediría «desencadenar la ofensiva desde los puertos de la costa meridional, según como está previsto en nuestros planes, y que la probable incidencia de las pérdidas no haría necesario un posible traslado de las fuerzas de ataque al oeste de Southampton».

Los problemas que habría creado un eventual traslado habrían sido más graves que la amenaza de las *V-1* y las *V-2* sobre Londres y los puertos de la costa meridional. Por lo tanto, era preciso correr el riesgo de una interferencia masiva enemiga en las fases preliminares de la operación.

La actitud de los «barones del bombardeo», que, según palabras del general Morgan, «permanecían obstinadamente aparte», manifestando muchas de las características de una «nueva *élite*», produjo una grave crisis en el mando a consecuencia del nombramiento de un comandante supremo para la Operación «Overlord». El general Eisenhower no tardó en puntualizar: «Las fuerzas aéreas estratégicas constituyen casi la única arma de que dispone el comandante supremo para influir en el desarrollo general de la acción, especialmente durante la fase de ataque».

Se trataba de una afirmación obvia, y ningún comandante supremo digno de su posición podría aceptar la actitud de los comandantes de las fuerzas aéreas estratégicas, ya que esto significaría renunciar a su propio derecho a mandar. Si no hubiera tenido en sus manos el control efectivo de las fuerzas aéreas, el comandante supremo se habría visto reducido a una auténtica figura de segundo plano, una persona llamada simplemente para «pulsar el botón» y destinada luego a quedarse aparte, durante varios días o quizá semanas, sin ninguna posibilidad efectiva de influir en la marcha de la batalla. En este contexto, la declaración hecha por Eisenhower a Churchill el día 3 de marzo de que él debería «simplemente volver a casa», y su ulterior *memorandum*, enviado a Washington con fecha 22 de marzo («si no se aclara inmediatamente la cuestión, pediré que se me exonere de este mando»), perdona cualquier asomo de petulancia.

Fusión entre las fuerzas aéreas, navales y terrestres

En escala reducida, el mando para las operaciones combinadas ya había iniciado esta tendencia. Dicho mando unió las fuerzas navales con las terrestres en una única y potente arma y a menudo había empleado, con eficacia, las fuerzas aéreas para el apoyo inmediato de sus operaciones.

Pero la actitud de los comandantes de las fuerzas aéreas estratégicas no se limitaba tan sólo a sus relaciones con el comandante supremo. Aparte el hecho de que estaban convencidos de conocer mejor que nadie el modo más eficaz para emplear el arma aérea, también se mostraban reacios a ceder parte de su autoridad al teniente general de Aviación sir Trafford Leigh-Mallory, comandante en jefe de las fuerzas aéreas del Cuerpo de Expedición aéreo aliado; argumentaban que la experiencia que éste había adquirido al mando de la caza, en el que se había ocupado sobre todo de la defensa de Gran Bretaña, no bastaba para asumir una misión ofensiva en el ámbito de la Aviación estratégica. Pero lo cierto es que lo que más temían era que Leigh-Mallory, como el comandante supremo, emplease tácticamente las fuerzas aéreas estratégicas.

En realidad, las exigencias de la Operación «Overlord» y de la «Pointblank» no eran incompatibles. El comandante supremo había aclarado que, al exigir el mando de las fuerzas aéreas, no tenía la mínima intención de interferir, por ejemplo, en el mando de la Aviación costera. No tenía nada que objetar respecto a los objetivos perseguidos por los comandantes de las fuerzas de bombardeo como tales, pero él y su Estado Mayor afirmaban su derecho a exponer y sostener enérgicamente sus opiniones sobre el empleo de dichas fuerzas en relación directa con la Operación «Overlord», y de controlarlas, por lo menos, en las fases de ataque y con mayor urgencia en los últimos 90 días.

Coincidiendo, pues, con las tesis más bien confusas sostenidas por el Mando, se desarrolló una polémica sobre el mejor modo de apoyar la Operación «Overlord» desde el aire. El segundo comandante, general sir Arthur Tedder, se transformó en el más ardiente partidario de aquello que se definía como el «plan transporte», en contra del parecer del general Spaatz, propugnador y principal portavoz del «plan petróleo». La polémica, a veces áspera, acarreó también graves implicaciones políticas y se desarrolló en una atmósfera de «tensa inquietud».

Todas estas dificultades se resolvieron a mediados de abril, gracias, sobre todo, a los esfuerzos de dos de los más importantes exponentes de la Aviación mundial, dos hombres de carácter firme y de gran habilidad: el teniente general de Aviación sir Charles Portal, miembro del comité de jefes del Estado Mayor conjunto, y el ya citado Tedder.

Resumiendo, el objetivo del «plan transportes» era la desorganización del sistema de comunicaciones del enemigo, y, según el general Eisenhower, esto era «la más grande contribución que pudiera imaginarse» al éxito de la Operación «Overlord». Una idea de los sentimientos suscitados por esta afirmación nos la da un comentario hecho por el general Spaatz al general Arnold: decía que esperaba que el «plan transportes» sería rechazado espontáneamente por Tedder, evitando así una difícil situación.

Pero Tedder no se separó un milímetro de sus convicciones, que eran también las del comandante supremo. A primeros de marzo comenzó a actuar en dos direcciones: sobre todo para hacer aceptar a los comandantes de las fuerzas de bombardeo aquel mínimo de autoridad de que debía gozar el comandante supremo, y al mismo tiempo para apoyar el «plan transportes», no sólo contra Spaatz y Harris, sino también contra las «pruebas» suministradas por el Servicio de Información de la Aviación, las dudas del Grupo de Ejércitos XXI y los malos presentimientos del primer ministro y del Gabinete de guerra británico.

En la resolución final de estos dos importantes asuntos –el problema del mando y los objetivos de las fuerzas aéreas para apoyar la Operación «Overlord»–, sir Charles Portal actuó en funciones de «árbitro», «presidente» e «intérprete» cerca del primer ministro y de los jefes de Estado Mayor, llevando con gran habilidad la dirección de las conversaciones sin renunciar por ello a exponer con energía sus propias ideas personales. El 9 de marzo, Tedder elaboró un esquema de organización del mando aceptable para Eisenhower, y el 27, junto con Portal, inspeccionó el mando de las fuerzas aéreas estratégicas, coordinando un esfuerzo aéreo combinado con las fuerzas aéreas tácticas de Leigh-Mallory. Aquel mismo día, después de haberse asegurado la aprobación de este último respecto al «plan transportes», le eximió de la responsabilidad de llevarlo a cabo. De esta forma, el comandante adjunto se convirtió en el vínculo directo de Eisenhower en lo que concernía al mando aéreo para la Operación «Overlord», mientras los jefes del Estado Mayor conjunto mantenían el derecho de decir la última palabra en las cuestiones estratégicas.

Eisenhower se asegura el control de las fuerzas aéreas

Esta solución, ciertamente, no agradaba a todos, pero era la mejor que se podía encontrar en aquellas difíciles circunstancias. Los jefes del Estado Mayor conjunto norteamericanos pusieron sus reparos a la palabra «control», prefiriendo el término más categórico de «dirección». De todas formas, el punto más importante era que el comandante supremo se había asegurado la posibilidad de emplear la potencia aérea y que podría ejercer sobre ella una influencia sustancial en el período más importante de la operación.

La polémica acerca de los objetivos, en la que se enfrentaban Tedder y Spaatz, era menos confusa. A comienzos de marzo, el general Spaatz había preparado un «plan petróleo», planteado y ultimado con gran minuciosidad, justamente cuando Tedder elaboraba su plan para la destrucción de las líneas de comunicaciones alemanas. Pero aquello no era un ataque contra la estrategia de las ofensivas aéreas combinadas previstas por la Operación «Pointblank». Eisenhower y Tedder estaban de acuerdo en que la destrucción de las fuerzas de bombardeo y de caza de la *Luftwaffe* debía tener prioridad absoluta; no tenían nada que objetar respecto a la Operación «Pointblank» en sí misma, pero también estaban decididos a impedir la llegada de reservas enemigas a la zona de los combates. Suponían que Spaatz podía tener razón cuando sostenía que al privar al enemigo de sus suministros de petróleo, tanto la *Luftwaffe* como la mayor parte de las fuerzas terrestres alemanas quedarían paralizadas. No estaban en contra del «plan petróleo», excepto en considerarlo como alternativa de su propio plan. Era fácil para los comandantes de las fuerzas aéreas estratégicas afirmar que la potencia del enemigo sería destruida en sus cimientos y que en un determinado momento todo el «edificio» se derrumbaría: pero los elementos de prueba adoptados para justificar una tesis tan optimista no eran convincentes.

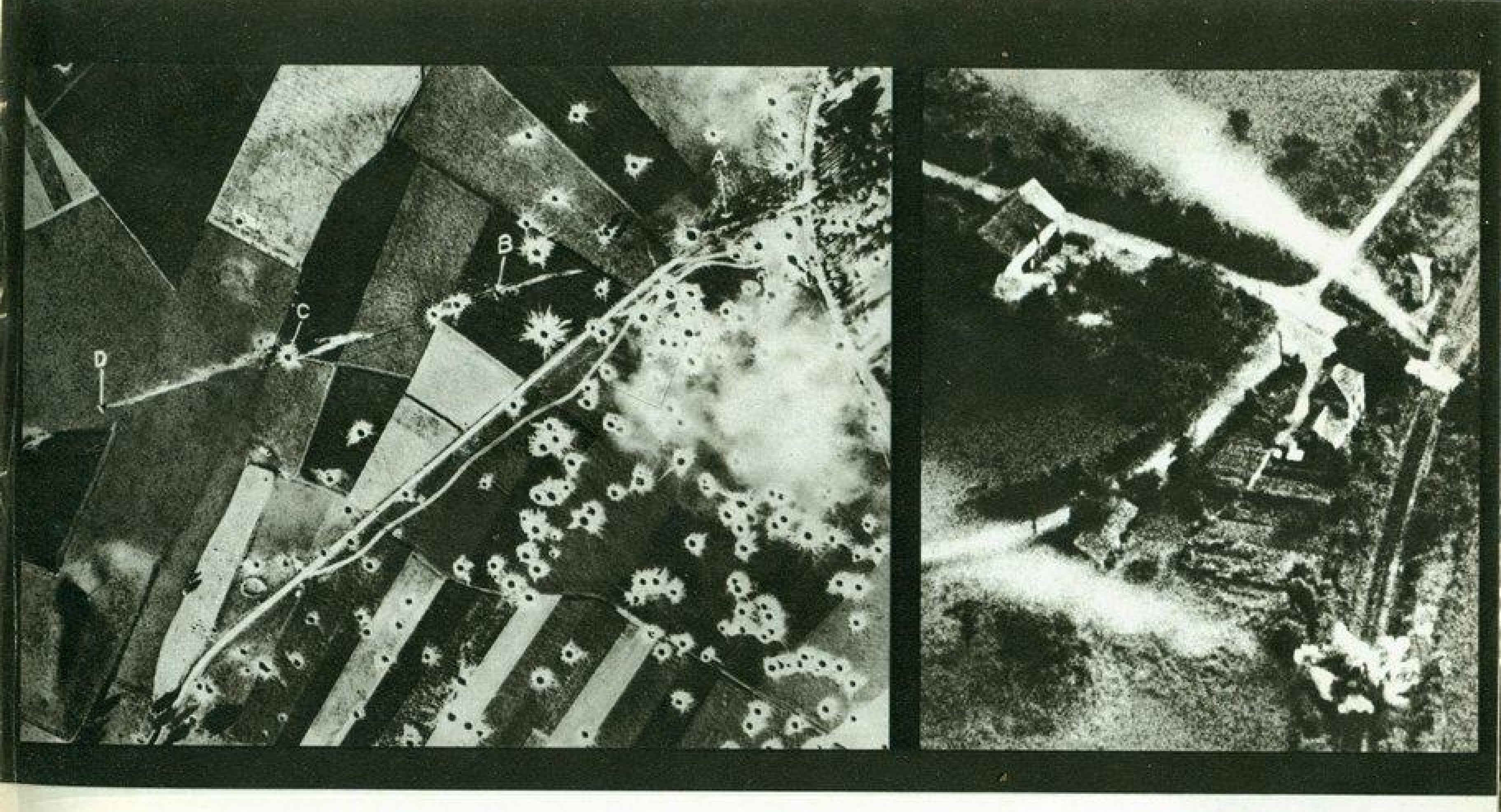
Durante todo el mes de marzo, mientras seguían enfrentándose tesis y contratesis en una atmósfera un tanto tensa, ambos planes estaban ya en fase de realización. La Operación «Pointblank», concebida para apoyar la «Overlord», estaba en pleno desarrollo desde hacía nueve meses. Y el «plan transportes», del general Tedder, empezó a ponerse en práctica, aunque parcialmente, a comienzos del año. Por lo tanto, ninguno de los dos planes era completamente teórico.

El «plan transportes» original, ultimado en enero, se basaba en un estudio del profesor Zuckerman. Este preveía noventa días de ataques ininterrumpidos contra 72 objetivos cuidadosamente elegidos, 39 de ellos en Alemania y 33 en Francia y Bélgica. El plan, constantemente alterado en sus objetivos, continuó realizándose de manera limitada, mientras en las altas esferas crecía la polémica. La tesis estratégica, sostenida por el general Spaatz, el general Harris y otros, era que sería quijotesco y completamente erróneo sustraer fuerzas a la principal ofensiva de bombardeo justamente cuando comenzaba a dar óptimos frutos, y que, en segundo lugar, las líneas ferroviarias



A partir del verano de 1943, los mandos aéreos aliados se lanzaron a una auténtica "carrera contra reloj" en la destrucción de las bases y de las rampas de lanzamiento de los missiles y de las bombas alemanas. En los primeros meses de 1944 se efectuaron, contra las rampas de lanzamiento de la "V-1", 9000 misiones de vuelo, después de las cuales estas armas ya no estuvieron en condiciones de constituir una amenaza para los desembarcos en Normandía. Al lado: la estación ferroviaria de Amiens después de una incursión efectuada por el mando de bombarderos. En medio: "A" indica una rampa de lanzamiento de "V-1" destruida; "B", "C" y "D" son "V-1" caídas después del lanzamiento. En el extremo de la derecha: aviones *Typhoon* de la RAF atacando un nudo de carreteras y ferroviario. Debajo: una formación de grandes cuatrimotores británicos *Lancaster,* en vuelo hacia la Europa ocupada.

(Paul Popper)-(Imperial War Museum)



eran objetivos notoriamente difíciles; lo cual significaba que antes del «D-Day» no sería posible actuar de manera decisiva sobre el sistema de transporte enemigo.

Los jefes del Estado Mayor británico, muy inclinados a aceptar esta tesis, y siempre asaltados por graves temores respecto de las consecuencias que se podrían derivar de los bombardeos masivos sobre Francia y Bélgica, se mostraban reacios a aceptar los objetivos «Zuckerman», cambiaban continuamente de idea y obligaban a la AEAF a operar en condiciones muy difíciles y contra objetivos limitados. Los exámenes de los primeros resultados, efectuados por el Servicio de Información de la Aviación, el *SHAEF G-2* y el mando del Grupo de Ejércitos XXI, pusieron de relieve el casi total fracaso de los esfuerzos llevados a cabo. Todavía el 9 de mayo, el Grupo de Ejércitos XXI, que más que cualquier otra unidad estaba directamente interesado en los resultados finales de la operación, informaba que el «plan transportes» simplemente estaba «asestando alfilerazos a las comunicaciones ferroviarias». El juicio era explícitamente despreciativo.

En pocas ocasiones una valoración ha estado tan lejos de la verdad, pues a la sazón el sistema de comunicaciones alemán estaba ya al borde del derrumbamiento casi total, y limitar la cuenta al número de trenes y de locomotoras destruidos alteraba la verdadera situación.

A pesar de ello, justamente al culminar la polémica sobre el «plan transportes», casi todos los hechos parecían quitar la razón a Tedder. Pero él continuó firme, convencido de la exactitud de su tesis y del hecho que nada más podría ser tan útil a la Operación «Overlord». Hacían falta argumentos más sólidos que los esgrimidos por Harris, Spaatz y sus seguidores del Servicio de Información, para prevalecer sobre el deseo directo y urgente del comandante supremo. Los argumentos de mayor peso estaban relacionados con el temor de que la población belga y francesa sufriesen graves pérdidas, puesto que se suponía que las ciudades no podrían escapar a los efectos de bombardeos masivos efectuados sobre los ferrocarriles. Según algunos, se debía prever que las pérdidas civiles estarían comprendidas entre 80.000 y 160.000 personas. Y esta posibilidad preocupaba mucho, hasta tal punto que Portal se vio obligado a recordar que los ataques sobre países ocupados que pudieran provocar graves daños y pérdidas entre la población civil habían sido prohibidos por una orden del 3 de junio de 1940.

«Es una guerra y es inevitable que muera gente»

Se consultó entonces al Gabinete de guerra, que se mostró extraordinariamente preocupado. Pero Tedder tampoco cedió: puso en tela de juicio el cálculo respecto de las posibles pérdidas civiles, y convino en evitar acciones al sur de París, sobre «el gran cinturón», así como sobre puntos peligrosos, como Le Bourget. De todas formas, el temor a causar pérdidas entre la población civil continuó siendo fuente de muchas inquietudes para todos, excepto, a lo que parece, para el pueblo francés. Consultado por Tedder, el general de división Pierre Koenig, comandante de las fuerzas francesas en Gran Bretaña, se expresó con gran energía: «Es una guerra, y es lógico que muera gente... Estaremos dispuestos a aceptar el doble de las pérdidas previstas con tal de liberarnos de los alemanes».

Mientras tanto, el 25 de marzo, Portal convocó una reunión con la intención de llegar a una decisión definitiva. Ya no había tiempo para más dilaciones. En la reunión tomaron parte representantes del Ministerio del Aire, del Ministerio de la Guerra económica y del comité combinado para informaciones, así como el comandante supremo y el comandante adjunto Tedder, y también Leigh-Mallory, Harris y Spaatz como oficiales de los respectivos Estados Mayores. El debate concluyó con una decisión favorable a la Operación «Overlord», y sobre esta base, el 27 de marzo, el comandante adjunto procedió a la coordinación de las operaciones aéreas en apoyo de la citada operación y asumió directamente la responsabilidad para la ejecución del «plan transportes».

Durante todo el período de las controversias, las fuerzas aéreas aliadas simultanearon con pleno éxito la gran diversidad de misiones que tenían confiadas y prosiguieron la ofensiva con el mismo vigor, efectuando los trabajos de planificación y adiestramiento necesarios para trasladar tres divisiones aerotransportadas a Normandía. Incluso Spaatz pudo continuar bombardeando sus objetivos petrolíferos, por lo que cabe preguntarse qué sentido tuvo todo aquel alboroto.

En marzo aún surgió una pequeña crisis en el vértice como consecuencia de la constitución, por parte de Leigh-Mallory, de un mando avanzado de la AEAF que, presidido por el general sir Arthur Coningham, debería operar en apoyo directo a las fuerzas de tierra. Pero las objeciones de los comandantes de las fuerzas de bombardeo a aquel nombramiento ya sólo fueron el último y pequeño homenaje a sus prejuicios. Así, a pesar de todo, en vísperas del «D-Day» la Operación «Pointblank» había podido desarrollarse a pleno rendimiento durante diez meses. Hasta finales de marzo los objetivos de la ofensiva aérea combinada habían sido:

- reducir la potencia de la *Luftwaffe*;
- y más todavía reducir el potencial bélico alemán;
- debilitar la voluntad de combatir del pueblo germano.

En las últimas fases, las exigencias directas de la Operación «Overlord» y del ataque anfibio «Neptune» asumieron la prioridad, con cinco objetivos de importancia primordial:

- crear y mantener una situación aérea que impidiera a la *Luftwaffe* interferir eficazmente en las operaciones aliadas;
- desarrollar una continua actividad de reconocimiento para localizar el despliegue y los movimientos de las fuerzas enemigas;
- paralizar el sistema de comunicaciones de los alemanes, así como las vías a lo largo de las cuales pudieran hacer llegar refuerzos;
- efectuar incursiones contra las fuerzas navales enemigas;
- proveer al transporte de las fuerzas aerotransportadas.

En la fase de ataque el plan consideraba:

- proteger de eventuales ataques aéreos enemigos el traslado a través del canal de la Mancha de las fuerzas de asalto, y cooperar con las fuerzas navales para proteger el ataque de eventuales intentos de interferencia por parte de las fuerzas navales enemigas;
- preparar el terreno para el ataque, neutralizando las defensas costeras;
- proteger las playas destinadas al desembarco y las concentraciones de medios navales;
- desorganizar, durante el ataque, el sistema de control de las comunicaciones y de los movimientos de las fuerzas enemigas.

LAS FUERZAS ALEMANAS IMPOTENTES BAJO EL MARTILLEO DE LOS AVIONES ALIADOS



Los bombarderos pesados del mando de la 8.ª Fuerza Aérea norteamericana y del mando de bombarderos británico se emplearon para destruir objetivos enemigos de vastas proporciones; en cambio, gran parte de la actividad prevista por el plan contra las vías y medios de comunicación –es decir, la destrucción de los objetivos menores, como trenes y columnas de vehículos– fue realizada por los bombarderos medios y por los aviones de ataque rasante de las fuerzas que estaban al mando del teniente general de Aviación Leigh-Mallory.

NORTH AMERICAN B-25 MITCHELL

El bombardero más usado por los Estados Unidos durante la guerra. Algunos aparatos estaban armados con un cañón de 75 mm. **Envergadura**: 20,60 m. **Longitud**: 16,10 m. **Velocidad máxima**: 456 km/h. a 4600 m de cota. **Autonomía**: 2450 km a 375 km/h. **Armamento**: hasta 14 ametralladoras de 12,7 mm y 1800 kg de bombas. **Tripulación**: 6 hombres.

MARTIN B-26 MARAUDER

Al principio se le designó con el nombre de *Widow maker* (que origina viudas), por el gran número de accidentes de vuelo que se produjeron. **Envergadura**: 21,64 m. **Longitud**: 17,76 m. **Velocidad máxima**: 453 km/h. a 4600 m de cota. **Autonomía**: 1850 km a 345 km/h. **Armamento**: hasta 12 ametralladoras de 12,7 mm y 1800 kg de bombas. **Tripulación**: hasta 7 hombres.

DE HAVILLAND MOSQUITO MK-XVIII

Versión de cazabombardero (arriba) de un avión polifacético empleado por la RAF en casi todas las misiones (a la derecha), desde la de bombardero de gran radio de acción a la de caza nocturno y de avión de transporte rápido. **Envergadura**: 16,50 m. **Longitud**: 10,40 m. **Velocidad máxima**: 612 km/h a 4000 m de cota. **Autonomía**: 2040 km. **Armamento**: 1 cañón *Molins* de 57 mm. 4 ametralladoras de 7,7 mm y 2 bombas de 225 kg u 8 cohetes.

(John Batchelor)

Un mar de bombas sobre el norte de Francia

Como complemento a todas estas misiones, las fuerzas aéreas aliadas debían someter a continuos ataques las rampas de lanzamiento de las *V-1* y las bases de partida de las *V-2*, con el fin de neutralizar la amenaza que se cernía sobre las zonas de reunión, sobre los puntos en que estaban concentrados los medios navales y, en general, sobre todos los complejos preparativos que se estaban efectuando dentro del radio de acción de las nuevas armas.

Para hacer frente a tantas obligaciones, el general Leigh-Mallory disponía de 5677 aviones de la 9.ª Fuerza Aérea norteamericana y de la 2.ª Fuerza Aérea Táctica de la RAF. De ellos, 3011 eran bombarderos y cazas, mientras el resto lo constituían aviones de transporte, planeadores, aparatos de reconocimiento y aviones de observación para la artillería.

Entre el 9 de febrero y el *D-Day* estas fuerzas, actuando conjuntamente con los bombarderos pesados, empleados en la ofensiva de bombardeo combinado, atacaron 80 objetivos ferroviarios y nudos de carreteras; en total, 21.949 aviones lanzaron 76.200 toneladas de bombas. Se destruyeron 51 objetivos y se averiaron gravemente 25, mientras los restantes sufrieron tan sólo daños leves. El 6 de marzo, el mando de bombarderos efectuó la primera incursión pesada sobre Trappes, a unos 30 km al norte de París, vanagloriándose de haber conseguido 190 «dianas». El «D-Day» la red ferroviaria existente en un radio de 250 km del próximo campo de batalla estaba inutilizable, por lo menos en un 75 %, y todo el sistema ferroviario de Europa noroccidental se hallaba desorganizado.

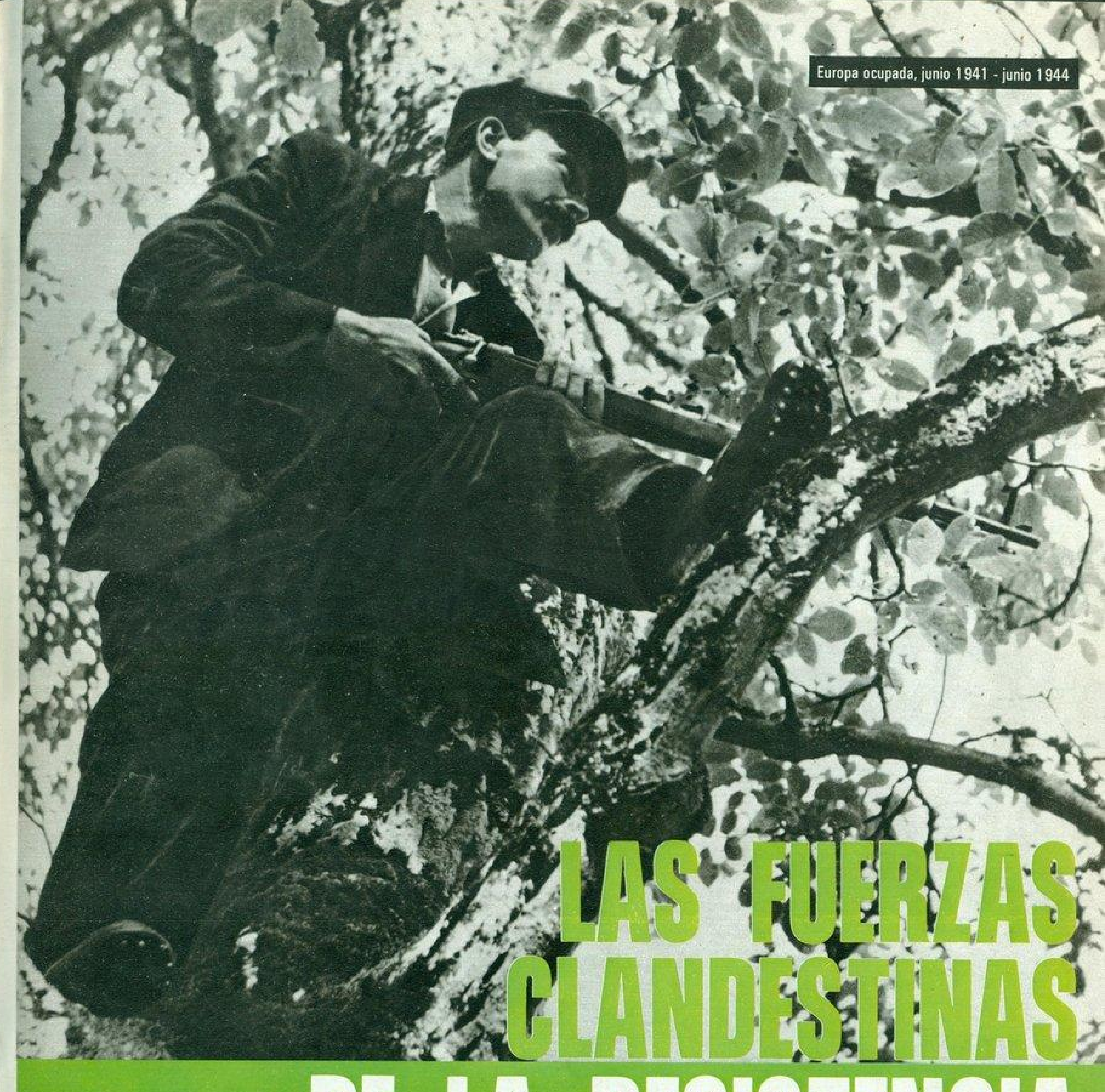
A comienzos de mayo, las fuerzas aéreas tácticas efectuaron un ataque decisivo sobre trenes, puentes ferroviarios y puentes de carreteras en el Sena, al sur de París. También se desencadenaron incursiones abrumadoras sobre Nantes-Gassicourt, Lieja, Gante, Courtrai, Lille, Hasselt, Lovaina, Boulogne, Orleans, Metz, Mulhouse, Reims, Troyes y Charleroi. La distribución de las incursiones realizadas sobre territorio francés era tal que podía sugerir que tales operaciones trataban de aislar el Paso de Calais o Normandía, y no permitían localizar la zona en la que los Aliados intentaban atacar.

Los ataques contra las estaciones de radar, las estaciones radiotelegráficas y las de señales para la navegación paralizaron el sistema de comunicaciones del enemigo, haciendo prácticamente imposible cualquier forma de reconocimiento aéreo y naval. También fueron atacadas 49 baterías costeras que defendían las direcciones de acceso desde el mar; y, mientras tanto, la prolongada ofensiva contra la industria aérea alemana había reducido su producción en un 60 %. Se sabía que habían sido destruidos en combate, entre mediados de noviembre de 1943 y el «D-Day», más de 5000 aviones enemigos. Estos hechos, a los que se añadía la continua actividad de hostigamiento desarrollada contra los aeródromos alemanes, así como las graves pérdidas sufridas por Alemania en pilotos bien entrenados, tuvieron tal peso que, prácticamente, impidieron a la *Luftwaffe* interferir en la operación aliada.

Un importante efecto colateral de la ofensiva contra las líneas férreas fue que 18.000 hombres de la Organización *Todt* tuvieron que ser retirados de las urgentes obras de reforzamiento de la muralla del Atlántico para ser empleados en trabajos de reparación de la red ferroviaria.

En las semanas que precedieron al «D-Day» las tropas alemanas, muchas de las cuales eran escasamente eficaces, debieron sufrir pasivamente día y noche los bombardeos aliados.

Esto es sólo una breve ojeada a la contribución fundamental que las fuerzas aéreas proporcionaron para apoyar, de un modo directo e indirecto, los desembarcos en Normandía.

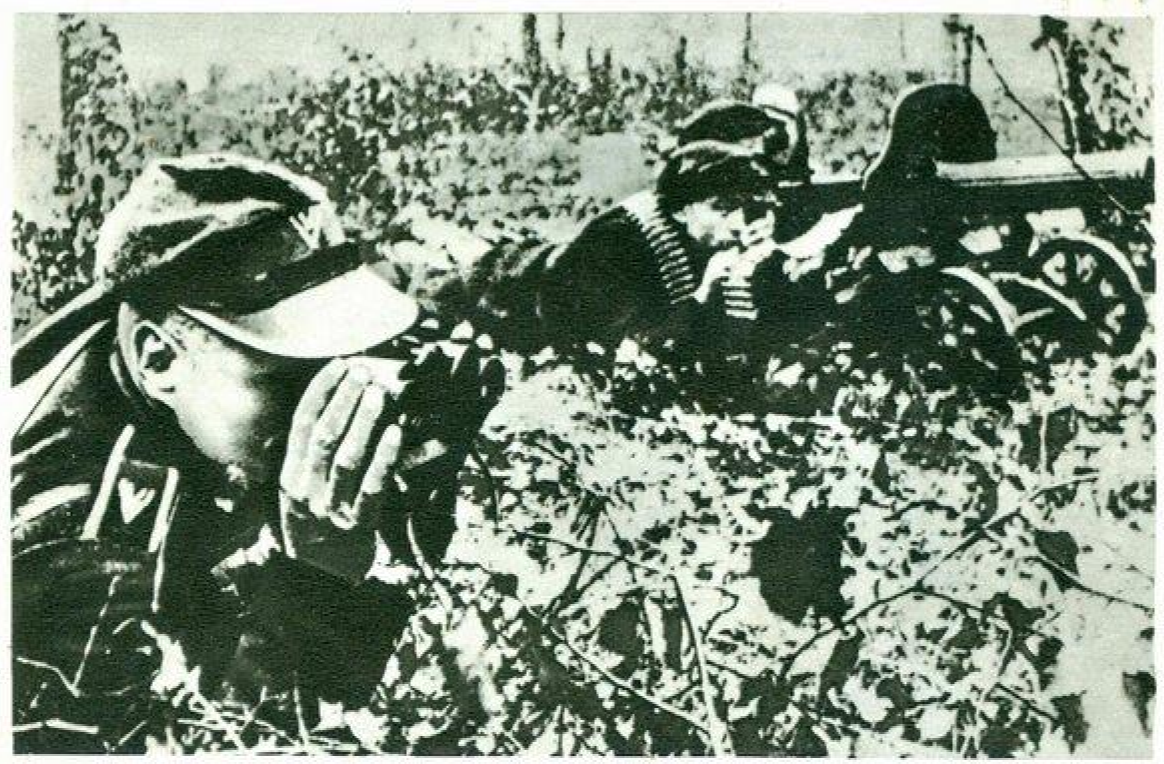


LAS FUERZAS CLANDESTINAS DE LA RESISTENCIA

Jean-Léon Charles

PREPARATIVOS PARA EL "D-DAY"

Al aproximarse el "D-Day", las fuerzas clandestinas de la Resistencia se preparaban para desempeñar su papel como elemento integrante del esfuerzo bélico aliado. Habían tenido que luchar contra sus propios superiores para asegurarse mayores recursos y las disensiones internas habían hecho pasar a segundo plano el objetivo principal: la expulsión del invasor alemán. Sin embargo, en junio de 1944, el Mando Supremo aliado sabía que la Resistencia, en todas sus formas de expresión, era una fuerza considerable que haría sentir su peso.



Soldados polacos pertenecientes al Ejército regular luchan, junto al Ejército ruso, contra las fuerzas de invasión alemanas. En 1942, tras la negativa de Stalin de reconocer las reivindicaciones territoriales polacas, los 60.000 hombres del general Anders abandonaron la Unión Soviética y se trasladaron a Persia. (Alfredo Zennaro)

Hasta primeros de junio de 1941 la Resistencia europea no había hecho grandes cosas, excepto algunos resultados positivos logrados especialmente en el terreno del espionaje. Las primeras formaciones de combatientes partisanos habían sufrido graves bajas en todas partes y resultó difícil llenar los huecos.

En realidad, el gran mérito del movimiento era el de su existencia y el de Gran Bretaña consistía en aceptar tal existencia y sostenerlo, aunque fuera con ayudas bastante limitadas. De los informes que los mandos alemanes en los países ocupados enviaban regularmente al OKW no se desprendía, hasta aquel momento, ninguna señal que pudiera ser motivo de preocupación por la actividad de la Resistencia.

Pero seis meses más tarde, el tono de los informes cambió de una forma sintomática. De repente, la Resistencia empezó a mostrarse más difundida y más eficaz de lo que se podría prever y las autoridades alemanas empezaron a pedir el envío de mayor número de agentes de la policía de seguridad y de mayores contingentes armados para mantener el orden.

Un acontecimiento de gran importancia había dado un fuerte impulso al desarrollo del movimiento clandestino: el ataque alemán contra la Unión Soviética, en junio de 1941. A partir de esta fecha, los comunistas de toda Europa se decidieron a participar en la lucha contra Alemania.

Hasta fines de 1940, o sea, mientras las relaciones germano-soviéticas fueron amistosas, los comunistas de los territorios ocupados habían condenado, constante e indiscriminadamente, a los capitalistas, a los fascistas, a los nazis, a Vichy, a De Gaulle y a Churchill, así como a la misma Resistencia, culpándoles de todas las desventuras del mundo. Pero el imprevisto cambio que imprimió al curso de la guerra el ataque alemán a Rusia, también modificó radicalmente la posición de los comunistas, los cuales, desde aquel momento, sólo tuvieron un enemigo, el agresor de la Unión Soviética, y olvidaron las disensiones ideológicas anteriores. Ahora sólo contaba una cosa, por lo menos temporalmente: movilizar todas las fuerzas activas y unirse a los movimientos clandestinos existentes, incluso aunque fueran «burgueses» y estuvieran apoyados por los países capitalistas.

La resistencia comunista alcanzó en seguida una cohesión y una eficacia notables, porque sus miembros ya estaban acostumbrados a los métodos de la actividad clandestina y porque la rígida estructura piramidal de su jerarquía garantizaba unidad de acción y de intención. Además, los comunistas recibieron muy pronto directivas de Moscú, primero por radio, más tarde mediante correos.

Los alemanes, al acusar invariablemente a los comunistas de todos los actos de sabotaje, acabaron, inconscientemente, haciéndoles el juego y proporcionando un fuerte incentivo a su movimiento; en efecto, numerosos partisanos, aunque no fueran comunistas, se unieron a las organizaciones de extrema izquierda atraídos por su prestigio, «hinchado» por los mismos enemigos. Y esta circunstancia determinó también la escisión en dos corrientes distintas de la Resistencia europea, que en Polonia, Yugoslavia, Grecia y Rumania se encontraron en violenta oposición.

De todas formas, en líneas generales, la lucha contra las fuerzas de ocupación empezó a estar organizada más racionalmente a fines de 1941, y Londres, por su parte, empezó a creer en la eficacia de una acción clandestina y a seguir, aunque con prudencia, los consejos del SOE. Pero también el SOE no tardó en comprender, como lo habían comprendido los gobiernos exiliados, que la Resistencia estaba fraccionada en demasiados grupos, y emprendió entonces una profunda acción para coordinar sus actividades. La labor de la centralización y planificación de las directivas consiguieron buenos progresos, pero nunca fue posible realizarlas del todo.

Checoslovaquia: orientación gradual hacia Moscú

El comité representativo checoslovaco en Londres había establecido contactos con los movimientos de la Resistencia en el interior desde 1940 y los había fusionado en el UVOD, dirección central de la Resistencia en la patria, distinta de la UVOZ, que era la dirección central de la Resistencia en el extranjero. Pero el pacto germano-soviético tuvo como resultado la secesión del Partido comunista, dirigido por Clement Gottwald, lo que representó una fractura en el movimiento clandestino.

La agresión alemana a la Unión Soviética liberó a los comunistas de la embarazosa situación de tener que combatir en una lucha para la liberación nacional que coincidía con una guerra imperialista: el 18 de julio de 1941 Moscú reconoció al Gobierno checoslovaco en el exilio y en septiembre del mismo año se firmó un pacto militar checo-soviético. Por su parte, Benes procuró establecer con la URSS unas relaciones diplomáticas más estrechas y en diciembre de 1943 fue a Moscú para firmar un tratado de ayuda mutua, con el que Stalin se obligaba, entre otras cosas, a no intervenir en la política interna de su aliado.

Con la ocupación alemana, Checoslovaquia había sido dividida en cuatro partes, cada una bajo un régimen distinto. Los Sudetes fueron anexionados al Reich y sometidos a un intenso proceso de germanización; la Eslovaquia meridional se había asignado a Hungría, y el resto se convirtió en un Estado eslovaco supuestamente independiente. En cuanto a Bohemia-Moravia, se declaró «protectorado alemán».



1944: hombres del *Armia Krajowa*, el ejército clandestino constituido en febrero de 1942 por el jefe del Estado Mayor, general Sikorski, para ayudar a los Aliados. (Alfredo Zennaro)

Sin embargo, había un factor que tendía a unir el país desmembrado: el terror y la tiranía del nuevo Gobierno y de sus colaboradores. Se enviaron a Alemania centenares de miles de obreros, se rebajaron los salarios y el racionamiento se redujo más que en cualquier otro país.

Heydrich, que ya se había forjado una tremenda reputación durante las represalias nazis en Noruega, Holanda y Francia, fue enviado a Praga en septiembre de 1941 y allí logró superarse a sí mismo. En pocas semanas arrestó a casi 5000 colaboradores del movimiento de Resistencia checo. La mayor parte de ellos fueron ajusticiados por la Gestapo.

Sin embargo, esta feroz represión no fue suficiente para impedir que se intensificasen los actos de sabotaje. Basándonos en afirmaciones de fuentes alemanas, la producción bélica en las fábricas disminuyó en un 33 % durante el segundo semestre de 1941, y en un informe enviado a Bormann, el mismo Heydrich admitía que no había llevado a cabo de manera satisfactoria la misión que se le había confiado. Su asesinato, ocurrido en mayo de 1942, puso fin a su reinado personal del terror; pero el atentado, realizado –al parecer– contra la voluntad del movimiento de Resistencia interior, desencadenó represalias muy crueles. Las bajas abrieron vacíos que no pudieron llenarse, sobre todo en las filas del UVOD, del que sobrevivieron tan sólo pequeños grupos que, desde entonces, adoptaron una actitud defensiva, obedeciendo las directivas del Gobierno checo exiliado.

En efecto, Benes estaba convencido de que el sabotaje organizado y la guerrilla partisana proporcionaban una contribución prácticamente insignificante al esfuerzo bélico, en comparación con los sacrificios que implicaban, y más aún mientras el frente de operaciones se hallase lejos del país. E incluso cuando el frente oriental se aproximó a Checoslovaquia y algunos grupos empezaron, como era comprensible, a llevar a cabo acciones directas, la Resistencia no comunista continuó considerando como objetivo principal la misión de transmitir informes, comunicando la importancia de las fuerzas del Eje allí presentes y logrando incluso reunir datos muy valiosos relativos a los laboratorios de Peenemunde, en los que los alemanes llevaban a cabo investigaciones para la construcción de las *V-1* y *V-2*.

Por su parte, los comunistas cursaron una serie de directivas que incitaba a la acción, y acusaban de pasividad a los jefes «burgueses». Moscú empezó a exigir a Benes que emprendiera una acción más enérgica, y, a partir de marzo de 1942, en Eslovaquia se formaron las primeras bandas partisanas. En 1943, cuando se inició la retirada de los alemanes de la Unión Soviética, algunas de aquellas unidades se pasaron a los soviéticos, o bien se unieron a los partisanos rusos que combatían tras las líneas enemigas.

El mismo año también se constituyeron formaciones partisanas en Bohemia-Moravia. A comienzos de 1944, agentes instructores, destinados a ser al mismo tiempo jefes del movimiento partisano, fueron lanzados en paracaídas, después de un período de entrenamiento en la URSS, sobre los territorios ocupados por Alemania. Y entonces, el Partido comunista, juzgando que las cosas estaban maduras para un movimiento de masas, creó por todas partes «comités nacionales» que incitaban a la lucha armada y controlaban prácticamente todas las posiciones claves en la organización clandestina.

Oficialmente los planes para una insurrección general los preparó en Londres el «consejo nacional eslovaco», en septiembre de 1943, en colaboración con el Gobierno checo exiliado. Pero, en realidad, los partisanos obraban independientemente de los restantes grupos de la Resistencia, por motivos exclusivamente políticos. Al final, cesó prácticamente toda colaboración entre los movimientos clandestinos democráticos checoslovacos y los comunistas.

Polonia: «la tierra del dolor»

El 22 de junio de 1941, cuando Alemania lanzó su ofensiva contra la Unión Soviética, la situación militar y política de la Resistencia polaca sufrió un cambio radical: en efecto, a partir de entonces, en el suelo patrio sólo quedaba un enemigo, contra el que se debían concentrar todos los esfuerzos.

Desde el punto de vista militar, Polonia se transformó en la principal zona de tránsito para las fuerzas alemanas que se dirigían al frente oriental y, lógicamente, el objetivo principal de la Resistencia fue destruir los transportes militares y desorganizar las líneas de comunicación. Durante el segundo semestre de 1941, los patriotas polacos destruyeron 1935 locomotoras, hicieron descarrilar 90 trenes, saltar por los aires tres puentes e incendiaron 237 camiones. Pero a fines de año los alemanes emprendieron una acción represiva tan violenta que los miembros de la Resistencia se vieron prácticamente forzados a interrumpir todas sus actividades durante diez meses.

Desde el punto de vista político, el Gobierno polaco refugiado en Londres reanudó las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética en julio de 1941. Moscú permitió la constitución de un Ejército polaco en territorio ruso, formado por prisioneros de guerra liberados, así como la organización de un servicio de espionaje y la transmisión de informaciones por radio. Sin embargo, se trató de una colaboración estéril, pues Stalin se negó a reconocer las reivindicaciones territoriales polacas, y por ello, en agosto de 1942, los 60.000 hombres del general Anders abandonaron la Unión Soviética y se trasladaron a Persia, combatiendo más tarde encuadrados en el Ejército británico en el Norte de África y en toda la campaña de Italia.

Surgió entonces en Moscú una «Unión de patriotas polacos», en abierta oposición con el Gobierno exiliado, y al mismo tiempo comunistas polacos fueron lanzados en paracaídas en su patria, con el encargo de organizar el «partido obrero», que comprendía unidades partisanas llamadas «guardias del pueblo».

En Londres, el jefe del Estado Mayor polaco, general Sikorski, reaccionó reorganizando, en febrero de 1942, la vieja unión de los grupos clandestinos ZWZ en un ejército secreto, el *Armia Krajowa*, que puso al mando del general Rowecki. La crisis entre el Gobierno polaco y la URSS llegó a su punto culminante en abril de 1943, cuando los alemanes descubrieron en Katyn, en territorio soviético, los restos de 4500 oficiales polacos, y la responsabilidad de esta matanza se atribuyó a los soviéticos.



Partisanos polacos, núcleo de la Resistencia contra la dominación alemana. Según los cálculos la Resistencia polaca, en todas sus diversas formas, contaba, en la primavera de 1944, con unos 400.000 miembros. *(History of the Second World War)*

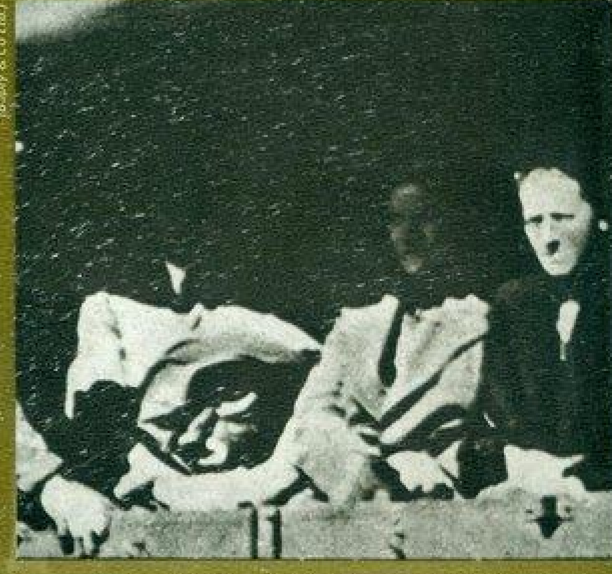
Moscú se opuso a una investigación de la Cruz Roja Internacional, y el 25 de abril de 1943 el Gobierno polaco en Londres rompió las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Las repercusiones que ello produjo en el seno de la Resistencia fueron inevitables y el conflicto duró hasta el fin de la guerra.

Sin embargo, el Gobierno polaco en Londres tuvo mayor libertad de acción que cualquier otro Gobierno en el exilio para dirigir la Resistencia en la patria, pues fue el único que la controló directamente, y además las transmisiones de radio clandestinas polacas eran las mejores de la Europa ocupada.

Pero todas las esperanzas de los polacos de ser liberados por los aliados occidentales se desvanecieron en otoño de 1943, cuando se hizo evidente que los primeros que llegarían a su país serían los soldados soviéticos. A pesar de ello, el general



Agentes pertenecientes a la Gestapo irrumpiendo en una calle de una ciudad de la Europa ocupada por las fuerzas alemanas para efectuar una acción por sorpresa.

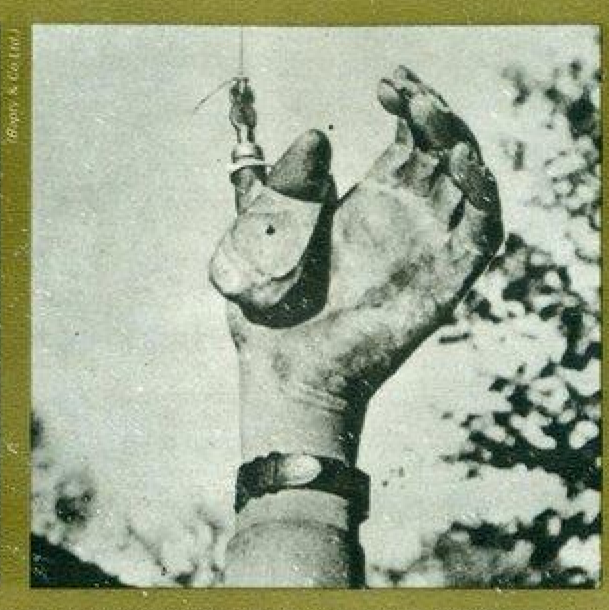
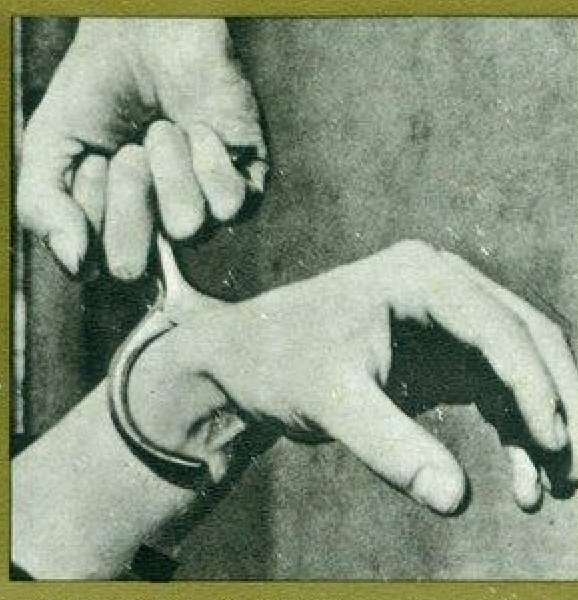


Copenhague: patriotas daneses arrestados son conducidos al puesto de mando de la Gestapo. La Resistencia danesa formó un ejército clandestino de 20.000 hombres.

GESTAPO: EL TERROR DE EUROPA

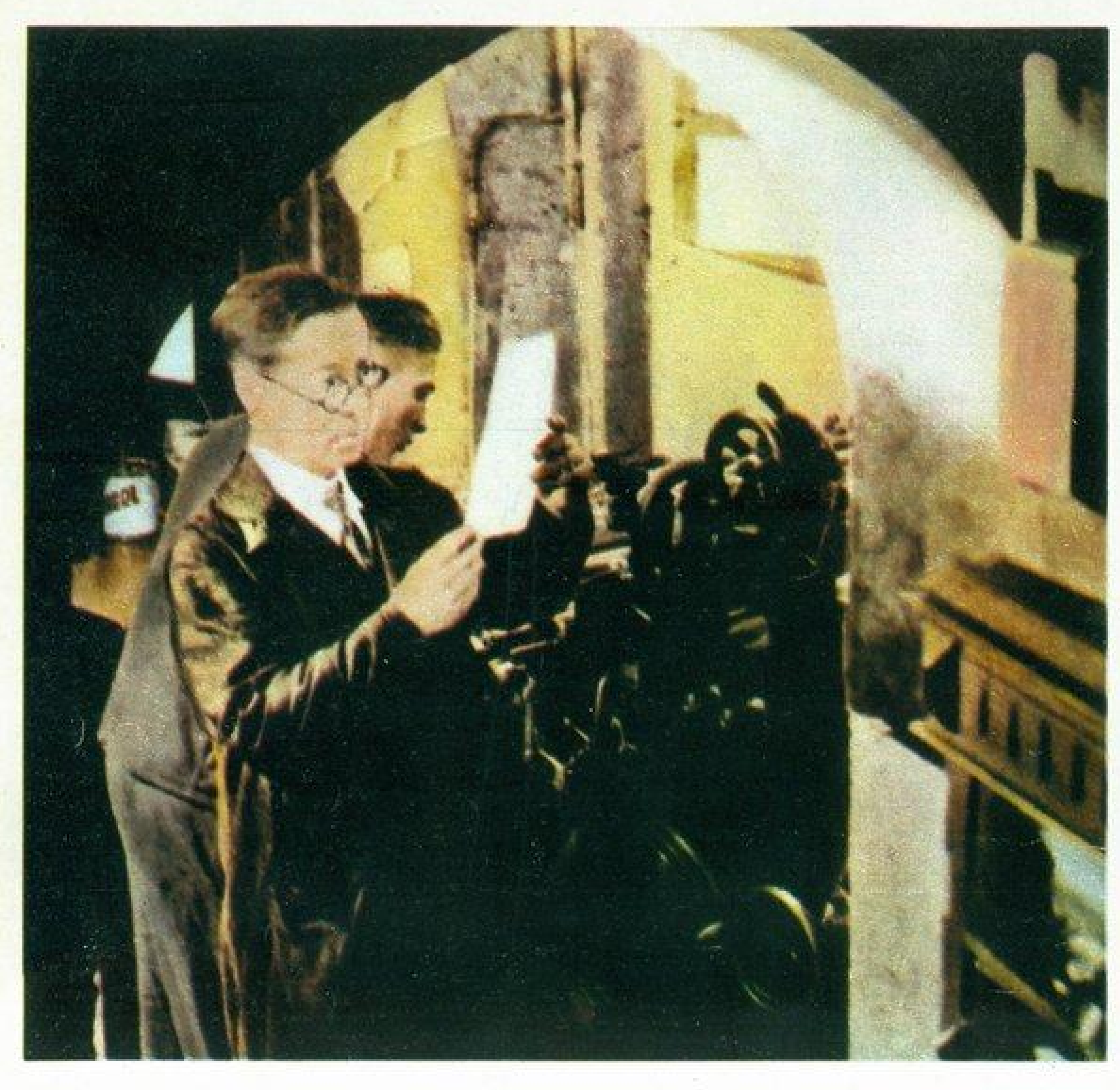
En 1941, Alemania se había asegurado el dominio de un territorio vastísimo –que se extendía desde Francia hasta Rusia y desde Escandinavia a Grecia– en el que impuso, naturalmente a base de la coacción, los dogmas de la filosofía hitleriana. El principal órgano de represión fue, durante toda la guerra, la Gestapo, la policía secreta, cuyas principales misiones eran: aplastar el movimiento de Resistencia arrestando a todos los sospechosos, colaborar con las SS en el exterminio de los judíos y asegurar que en la "Gran Alemania" no faltase nunca personal para efectuar los trabajos forzados. Todas estas misiones las realizó con una rigidez despiadada; se calcula que únicamente en Holanda fueron deportadas, en el curso de la guerra, 126.000 personas, de las que sólo 11.000 volvieron a la patria; en Francia, de 250.000 personas enviadas a los campos de concentración, sólo 35.000 se libraron de la muerte.

El grupo de oficiales pertenecientes a la Gestapo, de servicio en París, retratados en una fotografía oficial.

En todos los países ocupados por las fuerzas alemanas surgió, y se fue consolidando poco a poco, un sentimiento de odio, cada vez más vivo, hacia el invasor; sentimiento que condujo a la formación de movimientos clandestinos destinados a minar en su base todo el sistema nazi. La Gestapo trató por todos los medios –aunque inútilmente– de sofocar esta Resistencia, y la paulatina expansión del movimiento partisano provocó reacciones cada vez más violentas por parte de la policía alemana: sus miembros perseguían a cualquier persona que fuese sospechosa de «terrorismo» y se encarnizaba con los prisioneros, que se transformaban en víctimas de crueles e inhumanos métodos represivos.

(History of the Second World War)



En Francia, como en toda la Europa ocupada, la prensa proporcionó una valiosa contribución a la Resistencia y, por lo tanto, a la causa aliada. En vísperas del «D-Day», todos los franceses esperaban con impaciencia la llegada de los Aliados; por esto, los intentos de la contrapropaganda alemana (debajo) de presentar las promesas de la próxima liberación como palabras falsas, no podían influir ya en el ánimo de los ciudadanos. (Bonty & Co Ltd.)-(Foto GM.



Bor-Komorowski, nuevo comandante del *Armia Krajowa* tras la detención del general Rowecki, ocurrida en junio de 1943, elaboró un plan general de intervención, subdividido en tres fases, que se pondría en práctica de acuerdo con el futuro desarrollo de la guerra.

- *La primera fase* preveía actos esporádicos de sabotaje y recogida de noticias útiles a los Aliados.
- *La segunda fase*, a la que se dio el nombre convencional de «Tempestad», preveía acciones diversivas de guerrilla en apoyo de las grandes ofensivas aliadas.
- *La tercera fase* –cuyo nombre convencional era «Insurrección»– comprendió la insurrección general en el momento en que fuera inminente la derrota de Alemania. Por entonces el SOE, que ya disponía de algunas bases en el Mediterráneo, pudo suministrar mayor ayuda a la Resistencia polaca; no obstante, los abastecimientos nunca fueron suficientes para permitir que se pasase a esta tercera fase. La Operación «Tempestad» se inició en Volinia en febrero de 1944, y poco después también en Vilna, Tarnopol y Bialistok, en apoyo del avance soviético; pero en abril, apenas se realizó el contacto, ¡las unidades del *Armia Krajowa* fueron desarmadas por el Ejército ruso!

A finales de 1943 Polonia se había transformado en «la tierra del dolor» de Europa. Los nazis instalaron allí la mayor parte de sus campos de concentración, comprendidos los de Auschwitz-Birkenau y Treblinka.

En aquella atmósfera apocalíptica, los intelectuales polacos lograron salvaguardar los restos espirituales del país, oponiendo una resistencia única en su género en toda la historia de la guerra; continuando clandestinamente la enseñanza universitaria y publicando y poniendo secretamente en circulación obras científicas. En septiembre de 1941 los nazis habían ordenado la clausura de todas las universidades del país, pero los polacos respondieron organizando cursos clandestinos, de los que salieron más de 2500 titulados.

Según los cálculos, la Resistencia polaca, en todas sus diversas formas, contaba, en la primavera de 1944, con unos 400.000 miembros.

Grecia: la sombra de la guerra civil

Los efectos que la Resistencia griega tuvo sobre las operaciones militares fueron de escasa importancia; pero, en cambio, influyeron profundamente en la vida política y en el porvenir del país. A fines de 1941, los movimientos principales eran dos: el EAM (Frente de Liberación Nacional), comunista, con el ELAS, su organización militar, y el EDES, Ejército democrático nacional griego, al mando del general Napoleone Zervas, que comprendía tanto a los republicanos como a los monárquicos constitucionales. Además de éstas, existían otras muchas agrupaciones menores, de las cuales sólo la del general Sarafis y la del coronel Psaros tenían cierta importancia. El ELAS y el EDES se habían enfrentado ya desde un principio por la diferencia de sus respectivos objetivos políticos, que se consideraban bastante más importantes que la acción militar.

Los ingleses, preocupados por esta situación en vísperas de su ofensiva en el Norte de África, en octubre de 1942 enviaron a Grecia una misión para que intentase establecer un acuerdo entre aquellos grupos y convencerles para que organizaran operaciones en común. Al principio pareció que las cosas presentaban un buen cariz, y la misión logró obtener la transitoria colaboración entre el EDES y el ELAS, que el 25 de noviembre sabotearon un importante puente ferroviario.

Sin embargo, poco después, el ELAS atacó y dispersó a los grupos de Sarafis y Psaros; pero el EDES, más fuerte y sostenido además por los ingleses, anuló todos los intentos de los comunistas para asegurarse la supremacía. Más tarde, en verano de 1943, los comunistas llegaron a un acuerdo con el mando británico de El Cairo, obligándose a respetar la independencia de otros grupos a cambio de ayuda financiera, armas y material de equipo.

Gracias a este acuerdo, fue posible lanzar otros ataques diversivos y tomar las medidas oportunas para cubrir los desembarcos en Sicilia. Los resultados fueron muy importantes, pues los alemanes creyeron que los preparativos en curso eran el preludio de una invasión de Grecia y se apresuraron a enviar allí una división acorazada completa.

En agosto de 1943 sobrevino otra crisis, provocada por el imprevisto refuerzo de ELAS, que logró apoderarse de la mayor parte de las armas y equipos abandonados por los italianos. Los comunistas atacaron nuevamente a los otros grupos de la Resistencia y los derrotaron a todos, a excepción del EDES.

En abril de 1944 se llegó a una nueva reconciliación, sólo temporal, cuando el rey Jorge declaró que no volvería al trono a menos que se le llamase después de unas elecciones libres. En el momento del desembarco en Normandía, en El Cairo se celebraban conversaciones para una ampliación del Gobierno, con la inclusión de parlamentarios comunistas. Pero el problema estaba todavía lejos de su solución.

Albania: sólidamente incorporada a la esfera comunista

La Resistencia albanesa, orientada en su casi totalidad hacia Moscú, fue la única en Europa sobre la que el SOE no logró ejercer una influencia digna de consideración. Dada la naturaleza montañosa del terreno, en 1941 el movimiento clandestino ya estaba organizado en bandas partisanas comunistas y había iniciado una actividad de guerrilla.

En julio de 1942, una primera operación concertada cortó todas las líneas telefónicas del país, y en noviembre del mismo año algunas acciones desencadenadas contra las vías de comunicación del Eje y contra sus guarniciones llegaron a tal



Octavilla impresa en la Francia Libre, orlada con los colores de la bandera francesa, en la que se ven un fascículo y la cabecera de algunos periódicos publicados en 1942 por la organización de la Resistencia antinazi. *(The Psywar Society)*

desarrollo que los italianos se vieron obligados a emplear cinco divisiones para protegerlas.

Al principio, los partisanos operaban en grupos independientes; pero, en julio de 1943, el general Enver Hodja y su Estado Mayor coordinaron la actividad de una veintena de batallones y dirigieron tan brillantemente las operaciones que, en vísperas de la capitulación de los italianos, las fuerzas ocupantes ya no controlaban el país, a excepción del eje principal y de los mayores centros habitados.

Hungría: demasiado cerca de Alemania

Si bien Hungría participaba en la guerra al lado del Eje y sus unidades combatían junto a las alemanas, la Resistencia que se desarrolló en el interior del país no puede silenciarse. A fines de 1942, después de las primeras victorias soviéticas, se formó un movimiento de oposición contra los alemanes, apoyado por el antiguo primer ministro Miklos Kallay. Pero como éstos también seguían una política antisoviética, a comienzos de 1943 la oposición estableció contactos secretos con los ingleses. En septiembre se llegó a un acuerdo secreto, con la esperanza de que las potencias occidentales fueran las primeras en llegar a Hungría, y con esta ilusión se estipuló que las fuerzas magiares capitularían apenas los Aliados llegaran a la frontera.

Desde agosto de 1943 en adelante, tanto el SOE como el OSS *(Office for Strategic Service,* dirección de los servicios estratégicos) se mantuvieron en contacto con los jefes húngaros, así como con los rumanos y búlgaros, hasta que Hitler, informado por el movimiento húngaro nazi, ordenó, el 19 de marzo de 1944, la ocupación del país.

Inmediatamente, los grupos de la Resistencia, y especialmente los comunistas, iniciaron una serie de demostraciones y de ataques contra las comunicaciones y las unidades alemanas.

El principal resultado que se consiguió fue que los alemanes se vieron obligados a mantener cierto número de unidades para guarnecer el país, las cuales, por lo tanto, no se pudieron emplear en los frentes.

Francia: dispuesta para la colaboración inmediata

La Resistencia francesa es la más conocida de todas por las numerosas publicaciones escritas sobre el tema[1]. Ya hemos hablado de sus penosos comienzos y de sus particulares características, derivadas tanto del hecho de que en Francia, hasta el 11 de noviembre de 1942, hubo una zona no ocupada sometida al régimen de Vichy, como de la personalidad siempre controvertida del general De Gaulle.

En el periodo que va de junio de 1941 al mismo mes de 1944 se desarrolló la lenta organización de la Resistencia francesa y el considerable incremento de sus actividades. Las fases principales de la organización están marcadas por tres fechas: el 22 de junio de 1941, que vio la unión de todas las fuerzas comunistas; el 11 de noviembre de 1942, cuando los alemanes ocuparon toda Francia, y, finalmente, la primavera de 1943, cuando en África del Norte francesa se constituyó el gobierno de la Francia Libre.

Muchos comunistas franceses no esperaron el ataque alemán contra la Unión Soviética para ingresar en las líneas de la Resistencia; pero, a partir de aquella fecha, el partido reorganizó rápidamente sus fuerzas combatientes. Durante los dos años que siguieron, los comunistas olvidaron todos sus intereses políticos para colaborar, más que en cualquier otro país, con los movimientos de derecha. Sin embargo, sus métodos fueron siempre más agresivos y más directos.

Numerosos factores impulsaron a los franceses a unirse a la Resistencia. El prestigio del mariscal Pétain ya se había desvanecido antes de que Francia fuese ocupada en su totalidad, provocando el consiguiente debilitamiento de la autoridad central. Además, Gran Bretaña, después de haber adoptado durante cierto tiempo una política de espera respecto de Vichy, decidió al fin llevar a cabo una guerra psicológica, misión que se confió a la BBC, con el doble objeto de infundir esperanzas y dar vigor a la voluntad de combatir de los franceses y desmoralizar a los alemanes y a los colaboracionistas. Haremos constar, de paso, que en este tipo de guerra los alemanes demostraron ser muy inferiores a sus adversarios, a pesar de su desarrollada propaganda.

Muchos franceses estaban irritados por las medidas adoptadas en cuanto al trabajo coercitivo y por el hecho de que no se dejaba libres a los prisioneros de guerra. Por esta razón engrosaron las filas de la Resistencia; además, después del 11 de noviembre de 1942, cuando el Ejército francés, permitido según las cláusulas del armisticio de 1940, fue disuelto, miles de oficiales y de soldados se sintieron libres de cualquier obligación moral y se unieron al movimiento clandestino.

Sin embargo, el impulso principal vino del extranjero, cuando mejoraron las relaciones entre De Gaulle y los ingleses, que pasaron al plano de una colaboración más estrecha. En efecto, hasta octubre de 1941, el SOE había tenido que hacer distinción entre agentes gaullistas y no gaullistas, y esto dio origen a muchas fricciones. Un compromiso al que se llegó el 10 de octubre de 1941 permitió a De Gaulle instituir un *Bureau Central de Renseignement et d'Action* (Departamento central de informaciones y operaciones), que podía actuar con autonomía; no obstante, los planes se elabo-

[1] Una de las obras fundamentales es la de Henry Noguères *Histoire de la Résistence en France*; R. Laffont.

raban en colaboración con el SOE, que porporcionaba las armas y el equipo. Simultáneamente, De Gaulle inició, con la ayuda de agentes enviados a Francia, la reorganización general de todas las fuerzas clandestinas. Cuando los alemanes ocuparon la zona libre, la operación prácticamente ya se había completado; desde aquel momento todos los movimientos de la Resistencia se unieron y fueron sometidos a un *Conseil National de la Résistance* (Consejo Nacional de la Resistencia), que, a su vez, dependía de De Gaulle.

Seis meses más tarde, De Gaulle, victorioso en su rivalidad con el general Giraud en el Norte de África, se transformó en el *líder* indiscutido del *Comité Français de Libération Nationale* (Comité francés de liberación nacional), que dirigía toda la Resistencia francesa.

De ello resultó que, en 1943, la actividad clandestina tuvo un constante desarrollo y pudo manifestarse con mayor eficacia. En las zonas montañosas, grupos de *maquis* bien organizados empezaron a operar en Saboya, el Jura, el Aveyron, Cantal y Corrèze; sin embargo, sufrieron muchas bajas a consecuencia de los contraataques lanzados por los alemanes. Los actos de sabotaje contra las líneas ferroviarias de todo el país se hicieron cada vez más frecuentes y Rundstedt, comandante en jefe del sector occidental, informó a Berlín de que durante el mes de septiembre se habían producido 534 de tales sabotajes, en comparación con la media mensual de 130 registrada en la primera mitad de 1943.

A comienzos del año 1944, las fuerzas clandestinas organizadas para tomar parte en la lucha de liberación sumaban ya 100.000 hombres. También se había extendido la red de espionaje, y en la primavera de 1944 funcionaban más de 60 centros.

Por aquel mismo período se dio otro paso adelante para conseguir la máxima eficacia con la creación de las *Forces Françaises de l'Interieur* (FFI, Fuerzas francesas del interior), que reunían todos los movimientos, al mando del general Koenig, el cual se había puesto bajo el mando supremo de Eisenhower. Desde aquel momento, la Resistencia francesa participó oficialmente con las fuerzas combatientes aliadas.

En mayo de 1944, la organización de espionaje francés transmitió 700 noticias por radio y 3000 informes escritos, todos relativos al despliegue de las fuerzas alemanas. En abril y mayo se destruyeron, mediante actos de sabotaje, más de 1800 locomotoras.

Del examen de los 150 actos de sabotaje más logrados, llevados a cabo en 1943 y 1944 en las fábricas francesas, se deduce un dato muy interesante: en ellos sólo se emplearon 1500 kg de alto explosivo, es decir, el correspondiente a la carga de un sólo avión *Mosquito*.

En resumen se puede afirmar que las FFI, en junio de 1944, estaban dispuestas para una acción general y que habían adquirido una gran experiencia gracias a la colaboración con el SOE.

Bélgica: en primera línea en la actividad de la Resistencia

La Resisfencia belga se distinguió sobre todo en las actividades de espionaje, puesto que el terreno, a excepción de la zona boscosa de las Ardenas, no era favorable a la constitución de una organización *maquis*. A fines de 1941, en el país existían diez redes, las cuales, a fines de 1942, operaban a través de 25 emisoras clandestinas que se encontraban repartidas entre Francia y Bélgica. En junio de 1944 su número había ascendido a 40.

Según testimonios ingleses, en 1942 los belgas proporcionaban el 80 por ciento de las informaciones procedentes de todos los países ocupados, sobre todo las relacionadas con las estaciones de radar enemigas.

El punto débil de tales redes de enlace consistía, quizá, en el hecho de que también las utilizaba la Resistencia armada para sus contactos con Londres. Con el fin de reducir al mínimo los riesgos, el SOE advirtió varias veces la necesidad de separar rigurosamente los servicios que se relacionaban con las operaciones de los otros servicios de información. Y la indiferencia con que se acogió este consejo causó graves pérdidas.

Desde fines de 1941 en Bélgica se habían formado 12 movimientos de Resistencia armada, pero a causa de la escasa extensión territorial del país esta multiplicidad acabó, como era inevitable, por crear complicaciones, a las que se unía otro factor negativo: el Gobierno belga en el exilio desconfiaba del más importante de aquellos movimientos, la *Légion Belge* (Legión belga), compuesta en su casi totalidad por oficiales en servicio activo y de la reserva, porque creía, erróneamente, que su único objetivo era deponer al rey apenas Bélgica fuese liberada. Esta situación provocó algunas fricciones entre el Gobierno y el SOE.

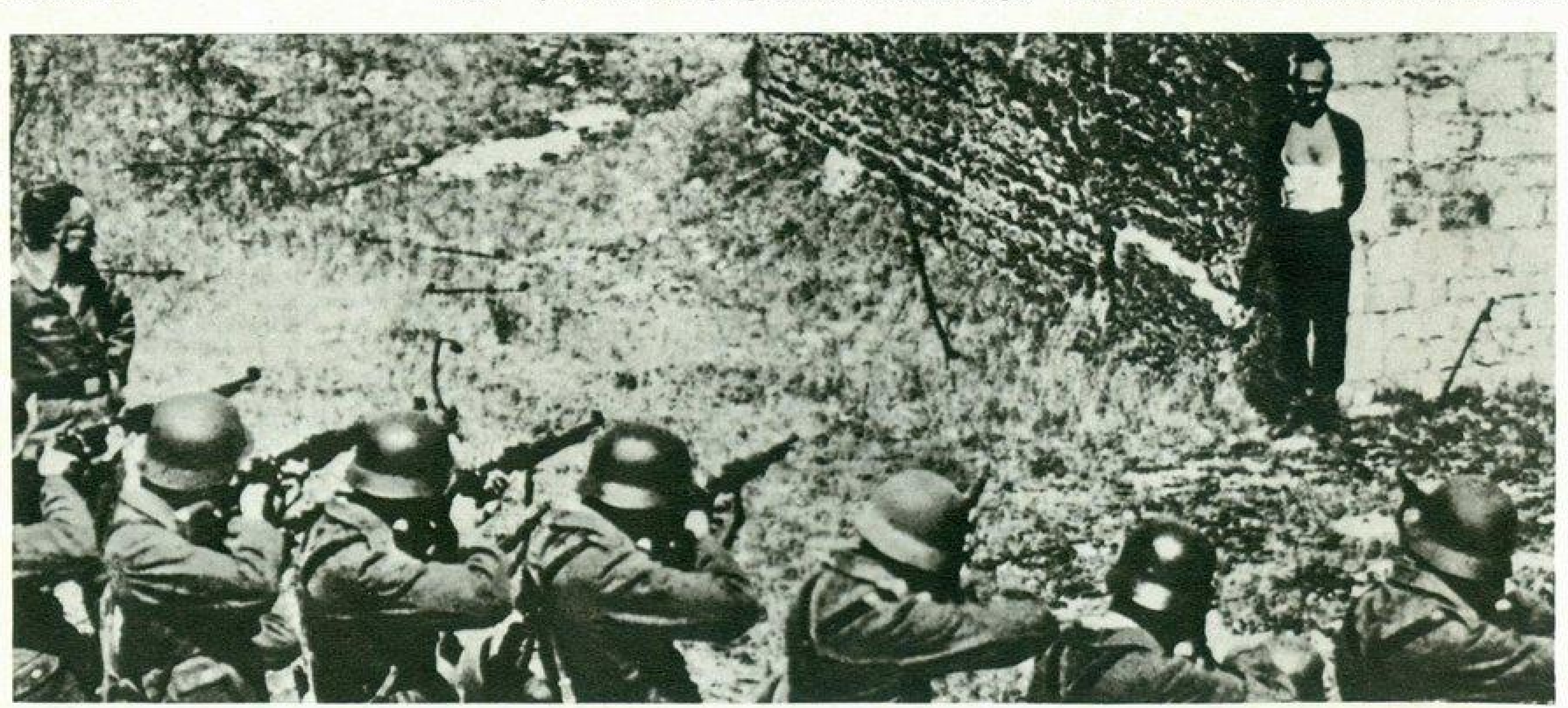
La crisis se superó a finales de 1942, cuando la resistencia armada tuvo su propia constitución. En julio de 1943 comenzó a recibir instrucciones concretas del Gobierno; la *Armée Secrète* (Ejército clandestino), o sea, la ex *Légion Belge*, debía constituir un cuerpo de 50.000 hombres para ponerlo después bajo el mando aliado. El movimiento del *Front de l'Indépendance* (Frente de independencia), el segundo en cuanto a importancia, tenía la misión de coordinar la resistencia civil. Todo esto, sin embargo, era sólo teoría, pues en realidad todos los movimientos ejercían indiscriminadamente el espionaje y el sabotaje y en la fase final participaron en la lucha de guerrilla; además, todos tenían su propia prensa clandestina.

El grupo que más se distinguió en el terreno del sabotaje, antes de la alarma general del 1 de junio de 1944, fue el *Groupe G*, constituido por una *élite* de ingenieros y técnicos, cuyo número nunca rebasó el de 3000 hombres. Sus objetivos principales eran las industrias y las comunicaciones. Y entre sus empresas cabe recordar la del 15 de enero de 1944, cuando inutilizó simultáneamente todas las líneas de alta tensión existentes en Bélgica, causando a los alemanes una pérdida equivalente a unos 10.000.000 de horas de trabajo.

A comienzos de 1944 circulaban en Bélgica más de 300 periódicos clandestinos, entre ellos *La Libre Belgique*, que se remontaba a 1914-1918 y que surgió en 1941. El 9 de noviembre de 1943, la prensa de la Resistencia llevó a cabo su golpe más audaz: publicó 100.000 ejemplares apócrifos de un diario controlado por los ocupantes *–Le Soir–* y los puso a la venta en lugar de los auténticos en los quioscos de todo el país.

Por su posición geográfica, Bélgica se encontraba en el centro de una red de organizaciones que se ocupaban en poner a salvo a los agentes del espionaje, a patriotas fugados, a aviadores aliados derribados por los alemanes y a prisioneros de guerra evadidos de los campos de concentración. La más importante de todas era la denominada *Comète*, que, al igual que las redes de espionaje, trabajaba en estrecho contacto con organizaciones análogas francesas y holandesas.

También es digna de mención la resistencia intelectual, sobre todo la de la universidad de Bruselas, que los alemanes habían clausurado a fines de 1941. Muchos estudiantes se trasladaron a otras universidades, pero no faltaron los que continuaron frecuentando los cursos de una auténtica



Pelotón de ejecución alemán fusilando a un partisano en Francia. Durante el conflicto los ciudadanos franceses, indignados por la pasividad con que el Gobierno de Vichy aceptaba la política de represión nazi, se adhirieron, cada vez en mayor número y más estrechamente, al movimiento de Resistencia. *(Foto GM)*

universidad clandestina, siguiendo las lecciones dadas por bastantes profesores en sus habitaciones privadas o en otros escondites.

Luxemburgo: el menor número de colaboracionistas

Este pequeño país de lengua alemana, que Hitler pensaba poder integrar fácilmente al Reich, fue, por el contrario, el que dio un número más exiguo de colaboracionistas. La abstención en el plebiscito realizado en octubre de 1940 por el *gauleiter* Simon fue general (el 97 %), lo que constituyó una afrenta para Berlín; sin embargo, más de 8000 luxemburgueses se vieron forzados a enrolarse en la *Wehrmacht*. Las deserciones fueron numerosas, tanto entre los soldados como entre los trabajadores, también forzados, y la mayor parte de ellos pasó a engrosar las filas de la Resistencia belga o de la francesa. A mediados de 1944, en Luxemburgo existían tres redes de espionaje que trabajaban a favor de los Aliados.

Holanda: aislada de Londres

Con gran desilusión de la *Propaganda-Abteilung* alemana, la ideología nacionalsocialista no prendió lo más mínimo en los holandeses. El elemento que más negativamente influyó en ellos y dio el primer impulso a la Resistencia fue la persecución de los judíos. Por otra parte, los holandeses, resistentes a las doctrinas totalitarias, se sentían muy ligados a la familia real en el exilio, y estos sentimientos patrióticos crearon una admirable cohesión espiritual.

¿Cómo se explica, entonces, su evidente vacilación para lanzarse a una resistencia activa? La situación de los Países Bajos eran distinta de la de Francia, Polonia y Bélgica, y la diferencia se puede explicar parcialmente por el hecho de que Holanda, que no había participado jamás en una guerra moderna, tuvo dificultades para asimilar las técnicas de la Resistencia.

Pero el motivo principal de la inacción de los holandeses se puede encontrar en el aislamiento del país, que hasta 1944 sólo tuvo con Londres contactos esporádicos. Sus costas estaban rigurosamente vigiladas y por el interior había unidades antiaéreas y de radar alemanas, porque sobre el territorio holandés pasaba la ruta obligada de los bombarderos aliados.

Esto implicaba toda clase de restricciones en el tráfico. Para llegar a la neutral España era necesario atravesar tres fronteras estrechamente vigiladas; y, a pesar de ello, en 1944 se constituyeron dos líneas de enlace, una con Suecia y otra con Suiza, que durante mucho tiempo representaron el único lazo de Holanda con el resto del mundo. Las restantes habían sido eliminadas por la Gestapo, que logró capturar muy hábilmente a un operador de radio, lanzado en paracaídas en marzo de 1942, y se había servido de su código cifrado para enviar falsos mensajes a Gran Bretaña. El resultado de este golpe fue que todos los agentes y todos los abastecimientos lanzados por los aviones caían inmediatamente en manos alemanas. El engaño duró hasta otoño de 1943, y privó a la Resistencia holandesa de la guía y de la ayuda que los movimientos clandestinos de otros países recibieron.

Pese a todo, los holandeses demostraron ser capaces de reaccionar espontáneamente. Ya se habló en otro lugar de la huelga de solidaridad proclamada en febrero de 1941, con motivo de las primeras detenciones de judíos. En mayo de 1943 estalló otra, cuando el Gobierno alemán recluyó nuevamente en los campos de prisioneros a muchos soldados que habían sido liberados en 1940. Pero los ocupantes reaccionaron con violencia ante la huelga general, fusilando a 150 personas.

También mataron, como represalia, a otros 250 rehenes tras el asesinato del general Seyffardt, conocido colaboracionista holandés.



En la campiña francesa, un grupo de partisanos combatientes escucha las instrucciones del comandante de la brigada antes de emprender una acción contra los alemanes. A partir de fines de 1941, todas las fuerzas clandestinas de Francia fueron reorganizadas por los agentes del SOE que operaban a las órdenes del general De Gaulle, quien, en mayo de 1943, llegó a ser el jefe indiscutible del Comité francés de Liberación Nacional. (Gérard Oriol)

Los grupos pertenecientes a la resistencia armada no entraron en actividad hasta marzo de 1944, cuando el SOE reemprendió el envío de ayudas directas; pero los resultados de su acción fueron siempre muy limitados.

Dinamarca: ocupada, pero no en guerra con Alemania

La situación particular de la Resistencia danesa la determinaba el hecho de que el país no se encontraba oficialmente en guerra con el Reich y, en consecuencia, no tenía representantes oficiales en Londres. Por este y otros motivos, la Resistencia danesa, que desde luego llegó a formarse, no pudo ser «legalizada».

Dadas las circunstancias, sus miembros, reclutados en su mayor parte en las filas del Ejército, se negaron a tomar parte en la acción de sabotaje que les pidió el SOE en la primavera de 1942, aceptando, sin embargo, constituir una red de espionaje. No obstante, a principios de 1943 también se iniciaron los actos de sabotaje, pero promovidos exclusivamente por los grupos de la Resistencia civil.

La consecuencia inmediata fue un endurecimiento de la actitud de los ocupantes respecto de Dinamarca. Los sabotajes provocaron contramedidas por parte de las autoridades nazis, a las que los daneses respondieron, a su vez, cón huelgas, a veces incluso generales. La atmósfera llegó a hacerse tan tensa que, en agosto de 1943, los alemanes presentaron al Gobierno danés un ultimátum en el que exigían la proclamación del estado de emergencia y la condena a muerte de los saboteadores. El Gobierno lo rechazó y dimitió, y entonces los alemanes se adueñaron del poder, convirtiendo a Dinamarca en otro país ocupado.

Llegado este momento, la Resistencia se hizo «legal» y conoció un desarrollo cada vez mayor. Los pequeños grupos se fusionaron, en septiembre de 1943, en el «Consejo danés por la libertad», compuesto por siete representantes de la Resistencia y un delegado del SOE, que constituyó un ejército clandestino de 20.000 hombres.

Noruega: desconfianza hacia los consejos de Gran Bretaña

Desde el punto de vista de las operaciones clandestinas, Noruega gozaba de considerables ventajas geográficas: una costa extensa y de fácil acceso, una larga frontera común con la neutral Suecia y, en el interior, un territorio montañoso y cubierto de bosques.

La constitución de un Ejército clandestino *(Milorg)*, al mando del general Ruge, que se llevó a cabo entre 1940 y 1941, no encontró grandes obstáculos, sobre todo porque en el movimiento no existían divisiones políticas, a diferencia de lo que ocurría en otros países, y además porque estaba animado de un alto sentido de patriotismo.

Sin embargo, esto no impidió que el *Milorg* chocara en seguida con el SOE en lo referente a los métodos y a los objetivos. Mientras el SOE, que empleaba sus propios agentes, perseguía una política a breve plazo, basada en actos de sabotaje e incursiones, el *Milorg* no deseaba exponerse prematuramente y disentía de tales sistemas directos.

Esta atmósfera de desconfianza duró hasta finales de 1942, cuando el SOE volvió a examinar su línea de conducta. Y a comienzos de 1943, cuando ambas partes hicieron recíprocas concesiones, se llegó al fin a un acuerdo.

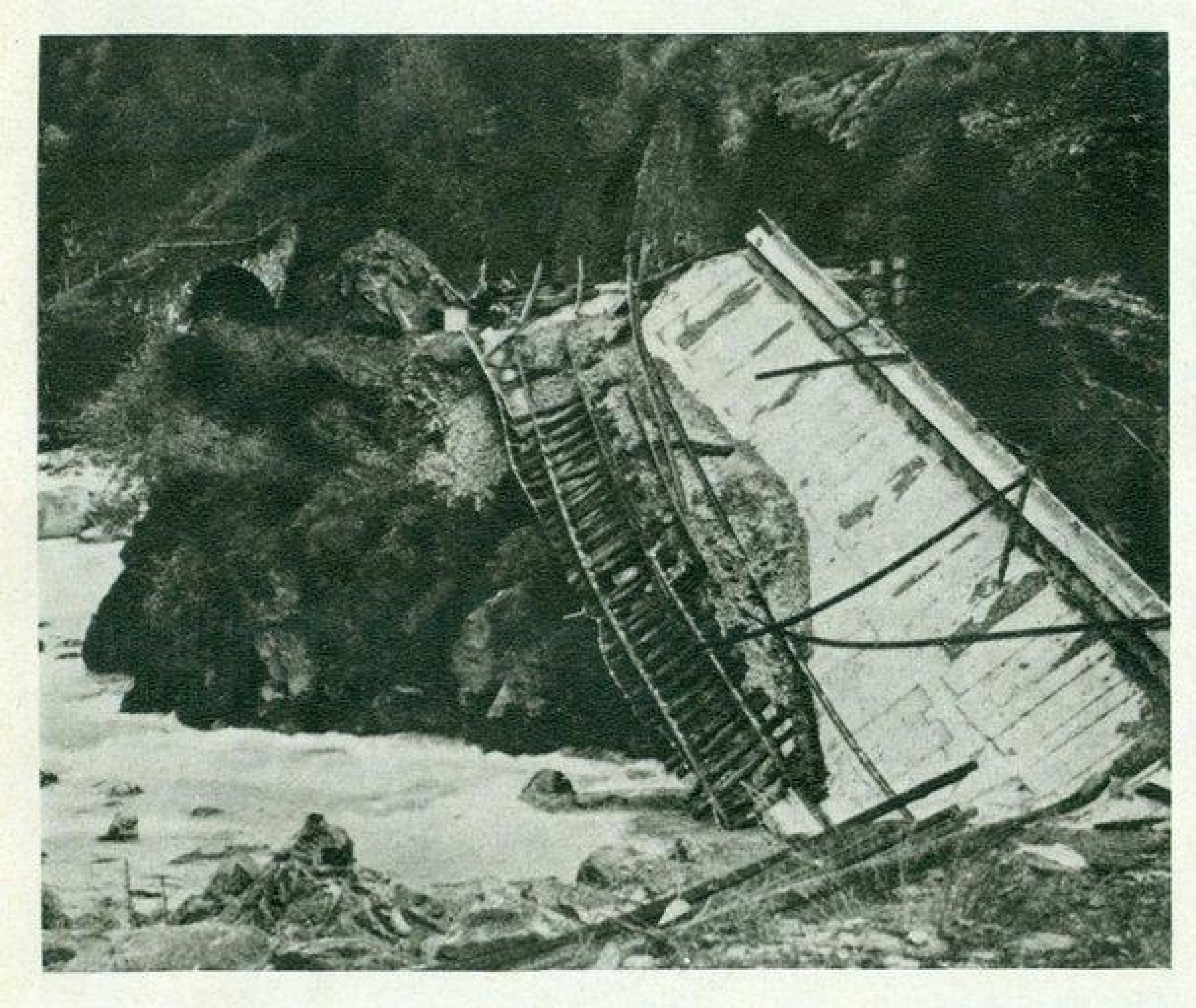
Entonces se iniciaron los sabotajes contra fábricas y líneas de comunicaciones terrestres y marítimas. Ante todo hay que atribuir al SOE la batalla del agua pesada, con la destrucción, en marzo de 1943, del laboratorio de Rjukan y el hundimiento de un buque que transportaba unas 1300 toneladas de agua pesada, en febrero de 1944.

Durante el mismo período, gracias al aumento de los lanzamientos en paracaídas de armas destinadas al *Milorg*, fue posible equipar el Ejército clandestino, compuesto por 32.000 hombres. Este hecho, en combinación con otras operaciones diversivas efectuadas por los Aliados, hizo creer a los alemanes que sus adversarios se estaban preparando para invadir Europa desde Noruega y les indujo a guarnecerla, a mediados de 1944, con un total de 17 divisiones.

Europa ocupada, junio 1941 - junio 1944

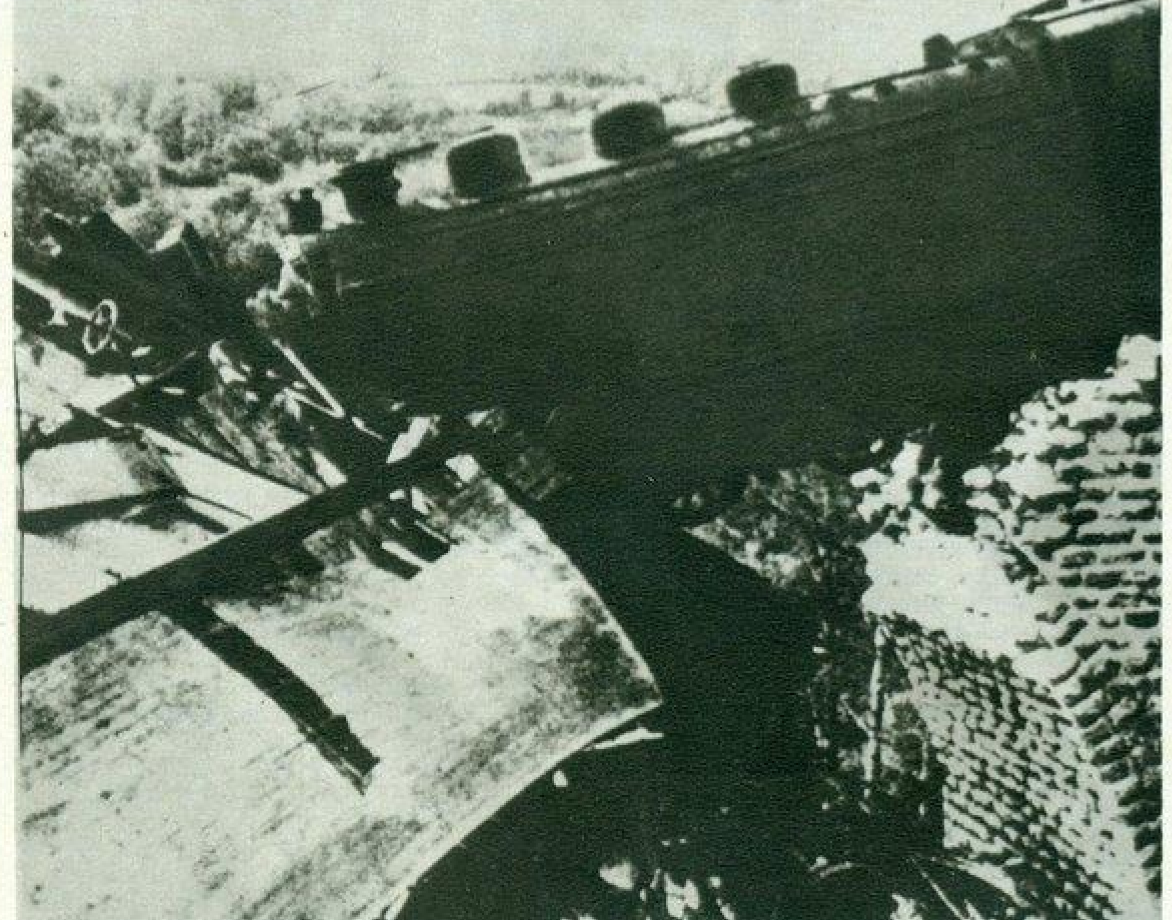
R. H. Barry,
general de división

LA AYUDA A LA









...En mi opinión, los daños causados a las líneas de comunicaciones ferroviarias y terrestres para dificultar los movimientos del enemigo, y las continuas y crecientes dificultades impuestas a la economía de guerra y a los servicios de seguridad internos de Alemania por las fuerzas organizadas de la Resistencia en toda la Europa ocupada, desempeñaron un papel de gran importancia en la victoria final aliada.
Eisenhower, mayo de 1945.

(Bapty & Co Ltd.)-(Gérard Oriol)

RESISTENCIA

La obra del SOE, que coordinaba las operaciones de la Resistencia de modo que coincidiesen con las necesidades estratégicas de los Aliados, fue una gran ayuda para los preparativos del "D-Day". La actividad del SOE resultó admirable: partiendo literalmente de cero y haciendo un tipo de guerra moderna desconocido hasta aquel momento, en 1944 ya había asumido las dimensiones de un auténtico "ministerio", quizá no perfectamente organizado, pero en todo caso muy eficaz y que contribuyó valiosamente al esfuerzo bélico de Gran Bretaña. Una red de radio de amplias ramificaciones comunicaba sus órdenes; miles de ingleses participaban en sus actividades, y las fuerzas clandestinas que operaban al otro lado de la frágil muralla de la "Fortaleza Europa", sumaban ya cientos de miles de combatientes.

A mediados de 1941, el SOE se encontraba todavía en una fase de organización experimental y luchaba para obtener el reconocimiento oficial y para abrirse camino a través de una serie infinita de problemas planteados por una nueva e inusitada forma de guerra: la resistencia civil. Los métodos empleados para proporcionarle un apoyo, siquiera en estado embrionario, comenzaban a dar algún resultado tangible; pero los recursos, de la especie que fuesen, eran atrozmente escasos y los hombres, las armas y el equipo llegaban a la Europa ocupada gota a gota.

El período comprendido entre 1941 y 1944 marcó, para el SOE, la fase de consolidación y de expansión; a medida que se hacía más evidente cada vez la potencia de una resistencia organizada, también se fue considerando al SOE como un engranaje de importancia vital de la máquina bélica. Y para satisfacer las insistentes y cada vez más numerosas demandas de ayuda procedentes de las «zonas operativas», la organización se amplió y adoptó una forma definitiva, alcanzando su cumbre hacia mediados de 1944, cuando tuvo la responsabilidad de apoyar y dirigir indirectamente a centenares de miles de hombres armados.

El SOE había concebido la idea de «ejércitos clandestinos», que operasen en la Europa ocupada, desde el principio de la guerra; pero entonces esto se juzgó como una quimera. No obstante, en 1943 ya era evidente que no se trataba de ninguna fantasía. Gran parte de la actividad del SOE durante el período que hablamos se dedicó al desarrollo de los métodos y a la investigación de los medios idóneos para satisfacer las numerosísimas peticiones que recibía.

La posición del SOE en la escala jerárquica gubernativa no se definió hasta marzo de 1943. En efecto, el 20 de marzo, la organización recibió una directiva, emanada por los jefes de Estado Mayor, que, entre otras cosas, sancionaba: «Ustedes son la autoridad responsable de la coordinación del sabotaje y de otras actividades subversivas, comprendida la organización de grupos de la Resistencia; además, les corresponde a ustedes proporcionar el asesoramiento y establecer los enlaces en todos los terrenos correspondientes a las actividades de los patriotas...». Esto sirvió para abrir muchas puertas en Whitehall que hasta entonces habían permanecido cerradas o, todo lo más, apenas entreabiertas: el SOE tuvo, a partir de este momento, acceso libre a los jefes de Estado Mayor, lo convocó regularmente el Estado Mayor combinado para consultarle sobre su especialidad y el Ministerio de la Guerra reconoció la legitimidad de sus peticiones de armas y equipo. El suministro de aviones siguió constituyendo un perpetuo tema de discusión; no obstante, el número de aparatos a disposición de los *Special Operations Squadrons* (Escuadrones para las operaciones especiales) aumentaba constantemente.

Las líneas fundamentales de la organización del SOE se mantuvieron sin cambio alguno; el SOE tenía su mando en Londres y se articulaba en tres grupos de sector: en Londres el de Europa noroccidental; en El Cairo –y luego en Italia– el de Europa sudoriental y el de Oriente Medio, y en Delhi, y luego en Colombo, el de Extremo Oriente. En el interior, a pesar de los numerosos cambios, la organización acabó asentándose gradualmente. Se basaba en las *Country Sections*, las secciones operativas responsables de la actividad de la Resistencia en determinado país, que también mantenían contactos con el Gobierno en el exilio. Para que las *Country Sections* pudieran hacer frente a todo el trabajo, se instituyeron numerosas unidades especializadas: operaciones aéreas y navales, transmisiones, adiestramiento, asesoramiento científico, finanzas, administración, servicios auxiliares, enlace con el Ministerio de Asuntos Exteriores, etc. En 1944, el SOE casi había alcanzado las dimensiones de un gran ministerio y en él trabajaban unos 4000 ciudadanos británicos, de los que muchos eran oficiales.

Los problemas con que las *Country Sections* tenían que enfrentarse merecen un examen un poco más profundo. Les correspondía la responsabilidad de reclutar los organizadores y los radiotelegrafistas, de asegurarse de que fueran convenientemente adiestrados, de hacerlos llegar a su lugar, de dirigir su actividad una vez llegados y de suministrar los hombres, armas y equipo que pedían. Y además, como si esto fuera poco, no existía casi ningún país que no presentase sus problemas políticos particulares, entre los cuales los más espinosos eran los existentes en Francia, Grecia y Yugoslavia.

Los problemas de la ayuda a Francia

Francia merece una mención aparte por el hecho de que influyó más directamente que los demás países en la organización interna del SOE. El problema, naturalmente, giraba en torno a la posición del general De Gaulle, quien sostenía que representaba a toda Francia y exigía, en consecuencia, que todas las operaciones que en ella se desarrollaban tenían que estar sometidas a su autoridad. Sin embargo, ni el Gobierno británico ni el norteamericano aceptaron al principio sus peticiones, porque no querían determinar previamente la forma de Gobierno que Francia adoptaría tras la liberación, tanto más cuando que había muchos indicios que demostraban que una gran parte de la opinión pública francesa era claramente contraria al general. Y aún había más: surgieron dudas, en parte justificadas, relativas al grado de seguridad garantizado por el mando de la Francia Libre y también otras dudas (éstas en parte injustificadas) relativas a las intenciones de De Gaulle de continuar la guerra o de realizar más bien una jugada política. Todas estas consideraciones hicieron que el SOE constituyese una sección francesa sirviéndose de su propio personal y llevando a cabo, por cuenta propia, las operaciones en territorio francés. Tal decisión provocó inevitables fricciones con la Francia Libre, la cual, sin embargo, tuvo que aceptar necesariamente estas condiciones ya que el SOE era el único organismo que les suministraba aviones, armas y equipo. En 1941 se llegó, por fin, a un acuerdo: en el SOE se constituirían dos secciones «francesas», una que se ocuparía de las operaciones realizadas indepen-

LAS "PRIMAVERAS ROJAS" DEL AIRE

La peligrosa misión de reintegrar a la patria a los agentes del SOE que habían terminado su turno de servicio en Francia o que huían de la persecución de los alemanes, se confió a los aparatos *Lysander*, que a veces también pusieron a salvo prisioneros de guerra de la RAF evadidos de los campos de prisioneros. El *Lysander*, que podía volar con lentitud a baja cota, respondía magníficamente a las necesidades del SOE; en efecto, este avión fue el que depositó en las pistas débilmente iluminadas de la Francia ocupada a muchos famosos agentes secretos, entre ellos a Violette Szabo y Yeo-Thomas ("el conejo blanco"). **Velocidad máxima:** 323 km/h a nivel del mar. **Tripulación:** dos hombres. **Carrera de despegue con obstáculos de 15 m:** 225 m. **Carrera de aterrizaje después de un obstáculo de 15 m:** 280 m. **Armamento:** dos ametralladoras fijas *Browning*, calibre 7,7 mm en la carena de las ruedas del tren de aterrizaje: una ametralladora *Lewis* calibre 7,7 mm en la parte posterior de la cabina. Podía llevar además dos contenedores para abastecimientos.



dientemente por el citado organismo y otra que constituía el canal a través del cual se pondrían a disposición de la Francia Libre toda clase de recursos. Era una situación difícil, que duró hasta 1944, cuando, ante la inminencia del desembarco, el general De Gaulle constituyó las FFI *(Forces Françaises de l'Intérieur)*; luego, una vez realizado el desembarco, todas las operaciones de la Resistencia en suelo francés se pusieron bajo la autoridad del EMFFI (*Etat-Major FFI*, Estado Mayor de las FFI), cuyo jefe era el general Koenig, a su vez responsable ante el general Eisenhower y no ante el SOE.

No se deben olvidar otros dos factores relacionados con la posición y organización del SOE: la intervención norteamericana y la subordinación, cada vez más estrecha, de los grupos regionales del SOE a los comandantes de los principales teatros de operaciones, antes que a los jefes de Estado Mayor. Los norteamericanos entraron en la guerra tan poco preparados para apoyar la Resistencia como lo habían estado los ingleses. Sin embargo, en 1942, el OSS (*Office of Strategic Services*, Departamento de asuntos estratégicos) ya funcionaba bajo la dinámica dirección del coronel William Donovan. En septiembre de 1942, la estructura del grupo londinense del SOE experimentó un cambio y se transformó en una organización integrada, conocida como SOE-SO. En mayo de 1944, el SOE-SO se transformó en el mando de la *Special Force* (Cuerpo especial), responsable, ante el general Eisenhower, de todas las operaciones de la Resistencia que entraban dentro de la esfera de las atribuciones del comandante supremo. A comienzos de 1944, el mando regional del SOE en El Cairo se trasladó a Italia, y allí se puso a las órdenes directas del mando de las fuerzas aliadas. En ambos casos, la posición del SOE resultó análoga a la del Ministerio de la Guerra, que ponía las tropas a las órdenes de los comandantes de los sectores operativos y se reservaba la responsabilidad de la dirección general y del envío de refuerzos, de personal y de abastecimientos.

En sus primeros tiempos resultó más que evidente que el SOE no tenían aún una organización adecuada, ni disponía de los recursos necesarios para abastecer a los partisanos, ni siquiera aunque las condiciones en los territorios ocupados permitieran la formación de grandes grupos armados. Todo el proyecto parecía entonces a sus creadores poco más que el sueño de una mente fatigada. Pero, a fines de 1942, los polacos, los griegos, los yugoslavos y los albaneses demostraron, con hechos, que las acciones de guerrilla tras las líneas enemigas y la existencia de un fuerte ejército clandestino era algo totalmente posible. El problema consistía en establecer si sería realizable la misma cosa en Europa noroccidental.

Holanda quedaba automáticamente fuera del asunto; Bélgica y Dinamarca suscitaban bastante perplejidad, mientras Noruega y algunas partes de Francia parecían ofrecer posibilidades favorables. Francia, considerada en la perspectiva de las ya próximas operaciones, era naturalmente el sector que más interesaba a los planificadores. A fines de 1942, empezaron a llegar noticias de que en las zonas más abruptas y menos pobladas del Este y del Macizo Central se estaba constituyendo la agrupación de los *maquis*, en un primer tiempo sólo como reacción contra el enrolamiento forzoso de mano de obra para Alemania. Las peticiones de armas, apoyadas por los Gobiernos en el exilio, se hacían cada vez más frecuentes y, finalmente, el SOE empezó a elaborar un amplio programa de abastecimientos que, en las fases sucesivas, comprendió también los lanzamientos masivos efectuados a la luz del día por las fuerzas aéreas norteamericanas. Cuando se llevaron a cabo los desembarcos en Normandía, en Francia se habían armado con este método más de 100.000 hombres.

Métodos y recursos

La intensificación de la actividad clandestina significó para el SOE una continua lucha sobre dos frentes: el de los medios aéreos y el de los abastecimientos. Aunque ciertas vías de comunicación marítimas –sobre todo en el Atlántico, el Adriático y el Mediterráneo– y terrestres revelaron siempre su eficacia, las más importantes para los transportes clandestinos eran, sin duda alguna, las vía aéreas. Sin embargo, puesto que cada avión destinado a estas operaciones especiales tenía que ser retirado, prácticamente, de la princi-



pal y más importante actividad, que era la ofensiva aérea, se comprende que el SOE chocase indefectiblemente con la oposición del mando de bombarderos en todas las distintas fases de su labor. Y el hecho de que sus demandas aumentasen, no sólo en lo referente al número de aviones, sino también en cuanto a la autonomía de vuelo y capacidad de transporte de éstos, no contribuía desde luego a simplificar la situación. En agosto de 1941 se formó el primer Grupo aéreo de operaciones especiales –el 138.º–, compuesto no sólo por los aviones destinados a las operaciones de transporte sino también por diez bombarderos: ocho *Whitley* y dos *Halifax*. En febrero de 1942 se formó un segundo Grupo, el 161.º, y el total de bombarderos ascendió así a 22 entre *Whitley, Halifax* y *Wellington*.

En mayo de 1943 el número de bombarderos ascendía ya a 25 y un año después, en mayo de 1944, el 138.º Grupo comprendía 20 *Stirling*, en tanto que todos los aviones de transporte habían sido reunidos y constituían el 161.º Grupo. Si bien el número de aparatos, como parece evidente, se redujo, en realidad la mayor autonomía de vuelo y la mayor capacidad de transporte de los Stirling no significaba, de hecho, una reducción en la escala de las operaciones llevadas a cabo por el SOE; sin contar que, en aquel período, la USAF (Fuerzas aéreas estadounidenses) prestaron ayudas muy considerables para realizar misiones particulares. En el Mediterráneo, a comienzos de 1944, se asignó un total de 56 aviones exclusivamente para las operaciones especiales. Y en el cuarto trimestre de 1943, sólo los vuelos en Francia ascendieron a 105; en el segundo trimestre de 1944 este número había aumentado vertiginosamente, alcanzando un total de 1665 vuelos: estas cifras bastan por sí mismas para demostrar las enormes proporciones asumidas por las operaciones del SOE durante el período de preparación del «D-Day».

Paralelamente al número de vuelos, también progresaron los métodos, las armas, el equipo y la eficacia. El adiestramiento, tanto de las tripulaciones aéreas como de los comités de recepción, alcanzó un notable nivel, y el perfeccionamiento de ciertos dispositivos especiales redujo muchísimo el número de intentos fracasados. El *Rebecca Eureka*, por ejemplo, consistía en un radiofaro que, cuando el grupo que operaba en tierra lo ponía en funcionamiento, permitía al avión localizar con seguridad la zona del lanzamiento; asimismo, el denominado *S-phone* era un pequeño radioteléfono portátil, mediante el cual el comandante del comité de recepción y el piloto del avión podían comunicarse oralmente durante la última fase de aproximación. En 1944 se llegó a un punto en que las operaciones para lanzar abastecimientos a los grupos dispersos de la Resistencia casi se habían transformado en un asunto de trámite ordinario.

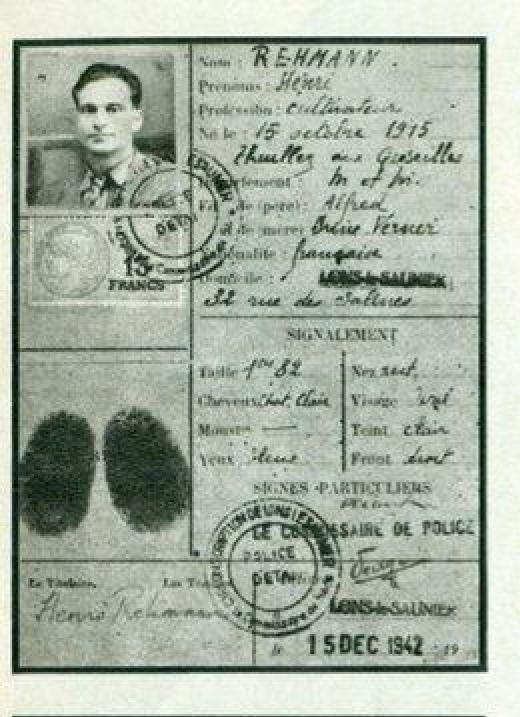
En cuanto a las operaciones efectuadas desde las bases situadas en Gran Bretaña alcanzaron un éxito de un 65 %, cifra más que satisfactoria si se tienen en cuenta todas las dificultades que se tenían que vencer.

Unas operaciones emprendidas en tal escala significaban que las peticiones de armas y de equipo solicitadas por el SOE acabaron por competir con las del mismo Ejército. Y aunque se intentó aprovechar hasta el máximo el material bélico que se había capturado al enemigo, las cantidades pedidas a la producción nacional eran ingentes.

Durante el período comprendido entre febrero-mayo de 1944 (y sólo para Francia) se lanzaron en paracaídas las siguientes cantidades de armas: 76.290 carabinas automáticas *Sten*, 27.961 pistolas, 16.945 fusiles, 3.441 fusiles ametralladores *Bren*, 572 *bazookas*, 304 PIAT (*Projector Infantry Anti-tank*, lanzagranadas contracarros para infantería) y 160 morteros.

Durante los últimos meses que precedieron al desembarco en Normandía, el problema del lanzamiento de abastecimientos asumió, a veces, las porporciones de una crisis, pues en aquel momento el SOE se encontró en directa competencia con las operaciones de almacenamiento de recursos para las divisiones aerotransportadas que se preparaban para la invasión; mientras tanto, crecían también las demandas de radiotransmisores del tipo especial SOE, que a la sazón ya se fabricaban en un formato reducido, fácil de esconder. En el período de la invasión, solamente en Francia, el SOE comunicaba con no menos de 150 de estos aparatos.

EL "DOSSIER" DE TRES AGENTES SECRETOS


Nom: REHMANN
Prénoms: Henri
Profession: cultivateur
Né le: 15 octobre 1915
Chuilley aux Groseilles
Département: M et M.
Fils de (père): Alfred
et de (mère): Irène Verner
Nationalité: française
Domicile: LONS-le-SAUNIER
32 rue des Salines
SIGNALEMENT
Taille 1m82 | Nez rect.
Cheveux chat. clair | Visage ovale
Moustache — | Teint clair
Yeux bleus | Front droit
SIGNES PARTICULIERS
Néant
LE COMMISSAIRE DE POLICE
Le Titulaire, Henri Rehmann
LONS-le-SAUNIER
15 DEC 1942


(History of the Second World War)

CAPITÁN HARRY REE

Conocido entre los miembros de la Resistencia como "Henri", se unió al SOE en 1942 y fue lanzado en paracaídas, sobre el Sur de Francia, en abril de 1943. En seguida se le confió la misión de constituir una nueva red en el Jura. Después de una entrevista personal con Rudolphe Peugeot, obtuvo permiso para destruir la fábrica de la empresa Peugeot, el tercer objetivo aliado en Europa y contra el que habían resultado vanos los ataques de la RAF. Los alemanes le persiguieron durante más de seis meses: en noviembre de 1943 fue gravemente herido en una lucha cuerpo a cuerpo con un agente de la Gestapo y los franceses lo escondieron hasta su restablecimiento. Volvió a Londres en julio de 1944, a través de España.


Carte d'Identité
Nom Leroy
Prénoms Corinne Reine
Profession Secrétaire Commer
Né le 26 Juin 1921
à Bailleul
Département Nord
Nationalité Française
Domicile 64 rue Thiers
Le Havre
SIGNALEMENT
Taille 1m 64 | Nez Dos rect.
Cheveux châtain | Dimensions moy.
Moustache | Forme du visage ovale
Yeux marrons | Teint mat
Signes particuliers néant
Empreinte digitale | Le Titulaire, | Les Témoins,
MAI 1943 .19


(History of the Second World War)

VIOLETTE SZABO

Conocida como "Corinne", se hizo miembro del SOE en 1943. En abril de 1944, la lanzó en paracaídas sobre Francia un avión *Lysander*, con la misión de reconocer la zona próxima a la "Muralla del Atlántico", y otro *Lysander* la devolvió a Inglaterra. En junio de 1944 se lanzó de nuevo en paracaídas en la zona de Limoges, 24 horas después del "D-Day", para coordinar la actividad partisana con la acción aliada en Normandía. Fue capturada por SS pertenecientes a la *Panzerdivision* "Das Reich". Después de ser sometida a interrogatorio en París por la Gestapo, fue enviada al campo de concentración de Ravensbrück donde fue asesinada en enero del año 1945.


CARTE D'IDENTITÉ | Empreintes Digitales
Nom Tirelli
Prénoms François Yves
Profession Courtier
Nationalité Française
Né le 17 Juin 1901
à Alger (départ. d'Alger)
SIGNALEMENT
Taille 1m72 | Cheveux chât. foncé
Bouche moyenne | Yeux bleu
Visage ovale | Teint clair
Signes particuliers néant
Signature du Titulaire,
Établi à Vichy
le 26 février 1942
Enregistré sous le No 983
CHANGEMENTS SUCCESSIFS DE DOMICILE
LE PREFET DE POLICE

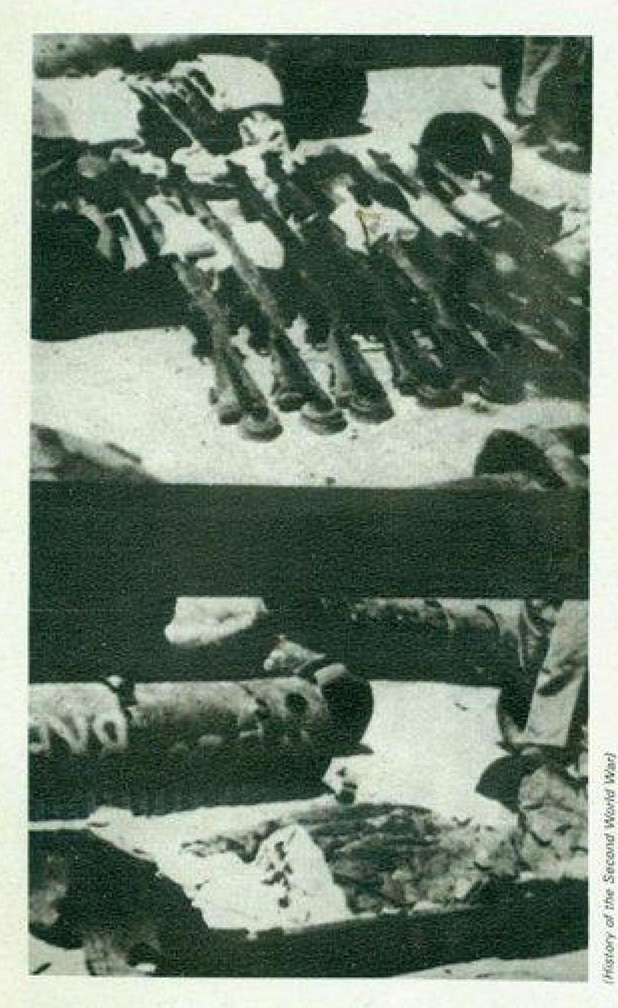
he identity card, also manufactured in London, for François Y irelli, another of the identities assumed by Wing Comman Yeo-Thomas


(History of the Second World War)

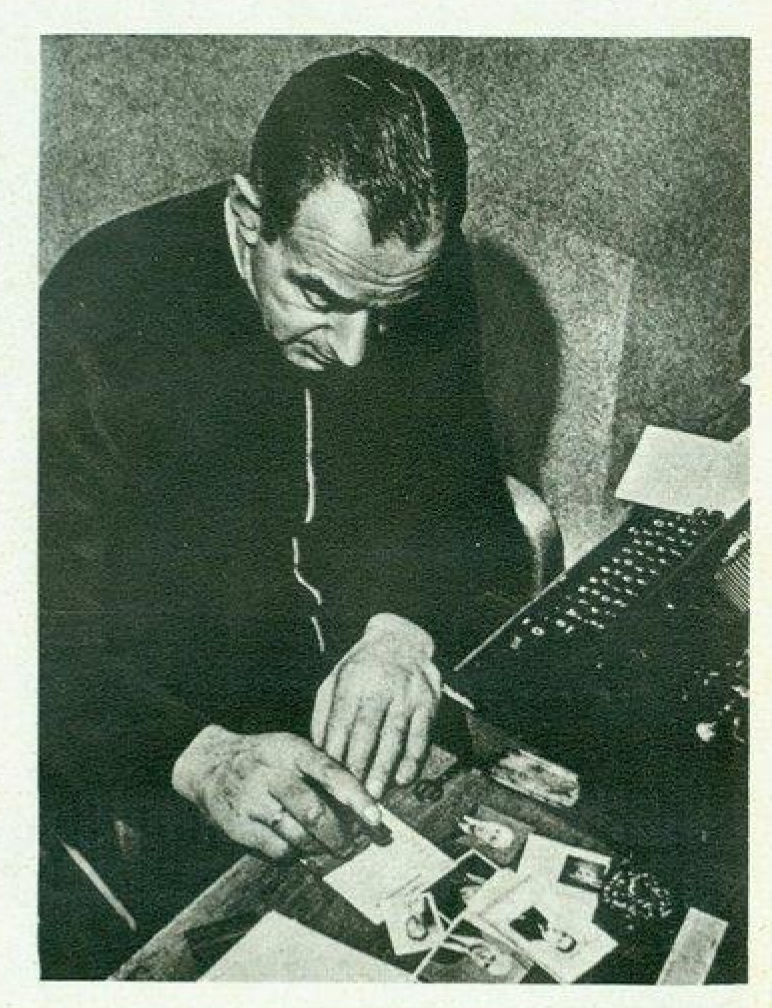
TENIENTE CORONEL PILOTO YEO-THOMAS

Era conocido como "Shelly" o "el conejo blanco". Se hizo miembro del SOE en 1942. En febrero de 1943 descendió en paracaídas en Normandía, desde donde marchó a París con el encargo de coordinar la acción de los grupos partisanos y organizar un "ejército clandestino", que debería operar en toda Francia. Volvió a Inglaterra en abril de 1943. Llevó a cabo una segunda misión en septiembre, cuando un *Lysander* lo lanzó en la zona de Poitiers. Trató de evitar las cada vez más numerosas detenciones efectuadas por los alemanes de miembros de la Resistencia en París, introduciendo nuevos métodos de seguridad, tanto en el interior de las redes como en los enlaces entre éstas. En noviembre del mismo año realizó una inspección en un centro de la Resistencia, donde advirtió la penuria de armas. De regreso en Gran Bretaña, se entrevistó con Churchill, ante quien insistió para que se efectuasen más lanzamientos en la Francia ocupada. En febrero de 1944 pasó de nuevo a Francia para llenar el vacío dejado por dos jefes de la Resistencia. Entonces lo capturó la Gestapo y, después de haber sido torturado, lo enviaron a Buchenwald. Logró huir en noviembre, y sirviéndose del documento de identidad de un prisionero de guerra francés, en la primavera de 1945 consiguió unirse a los Aliados en Francia.

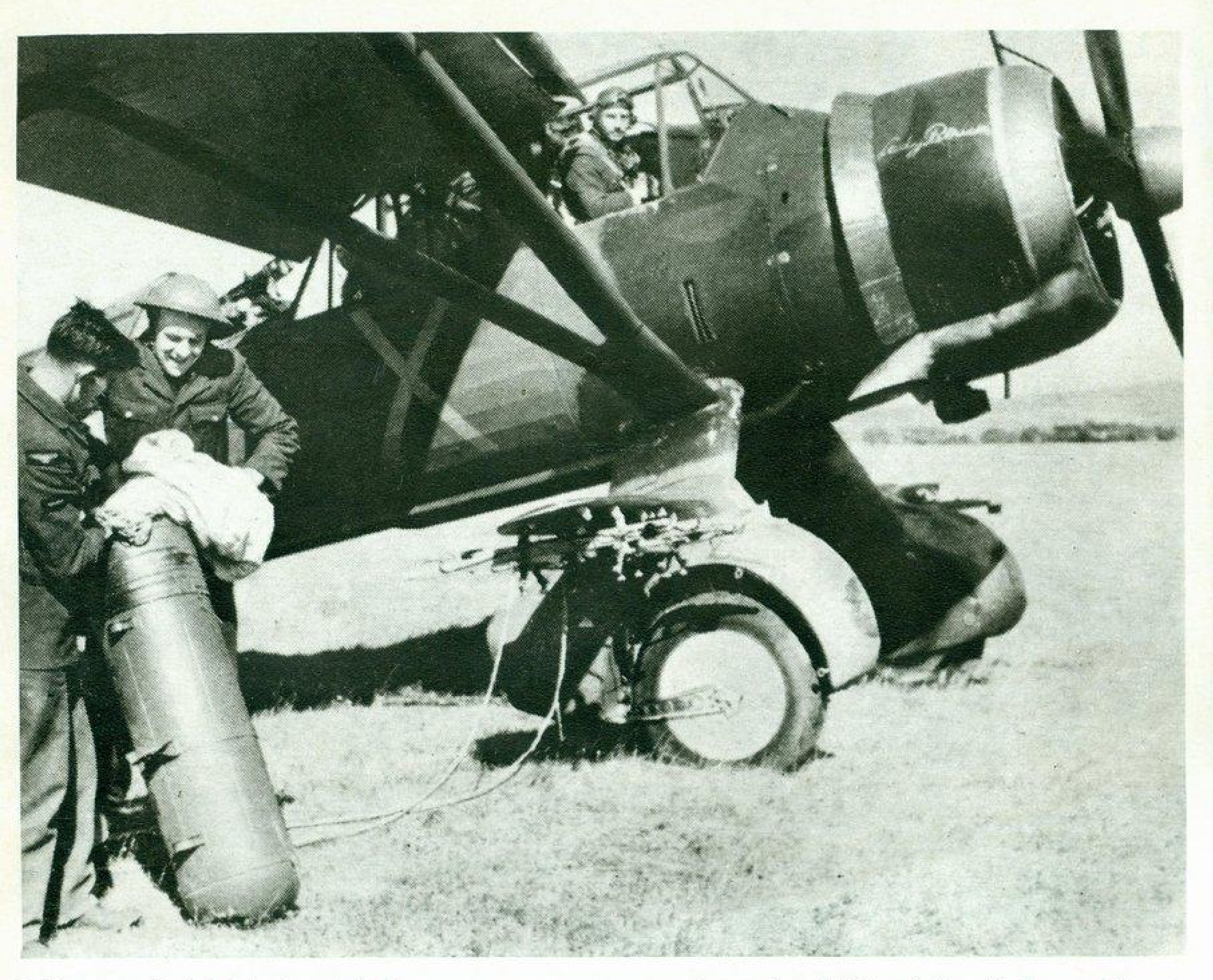
EL "SOE" Y LAS FUERZAS CLANDESTINAS



(History of the Second World War)



A la izquierda: en un aeródromo del SOE se procede a llenar los contenedores para abastecer a las fuerzas clandestinas. A fines de 1942, las peticiones de armas (peticiones apoyadas por los gobiernos exiliados) se hicieron cada vez más apremiantes y el SOE empezó a elaborar un amplio programa de abastecimientos que, en las fases sucesivas, comprendió también los lanzamientos masivos efectuados a plena luz del día por las fuerzas aéreas norteamericanas. Tan sólo durante el período febrero-mayo de 1944, y únicamente en Francia, se lanzaron en paracaídas 79.290 "Sten", 27.961 pistolas, 16.945 fusiles, 3441 fusiles ametralladores "Bren", 572 "Bazookas", 304 PIAT y 160 morteros. A la derecha: un miembro de la Resistencia ocupado en falsificar documentos de identidad. Abajo: partisanos daneses con la carabina automática Sten.



Desde los primeros días de la Resistencia organizada, el SOE –organismo ejecutivo de operaciones especiales aliado, con sede en Gran Bretaña– tuvo que enfrentarse con el problema de asegurar un enlace constante con los partisanos de los distintos países de la Europa ocupada, enviando abastecimientos, armas y agentes para apoyar el movimiento. El avión era el medio más idóneo para llevar a cabo tales misiones, y en 1942 operaban en Gran Bretaña, desde los aeródromos de Tempsford y de Newmarket, dos grupos aéreos de operaciones especiales, el 138.º y el 161.º. El número de vuelos del SOE aumentó constantemente: se calcula que en el segundo trimestre de 1944 se efectuaron 1665 misiones, durante las cuales, además de diverso material bélico, se lanzaron en paracaídas muchos agentes secretos. En vísperas del «D-Day» todo estaba dispuesto en Francia para el desembarco aliado. *(History of the Second World War)*

Las patrullas de enlace «Jedburgh»

Ante la inminencia del «D-Day» se hizo absolutamente indispensable la necesidad de una coordinación directa entre las operaciones de la Resistencia y las de las fuerzas de desembarco. Cien patrullas de enlace, conocidas con el nombre de *Jedburgh*, se prepararon para ser lanzadas en paracaídas y vistiendo uniforme en los territorios ocupados por el enemigo, a fin de hacerse con el control y la dirección de la lucha clandestina. Cada patrulla estaba compuesta por tres hombres –dos oficiales y un sargento radiotelegrafista– y los elegidos eran de diversas nacionalidades: ingleses, norteamericanos y franceses.

De los datos hasta ahora recogidos, resulta evidente que el apoyo porporcionado por el SOE a la Resistencia, con la ayuda que procedía tanto de Gran Bretaña como del Mediterráneo, fue sin duda muy importante. Pero, a pesar de ello, tanto los mismos organizadores como los países a los que se destinaba esta ayuda, la juzgaban del todo insuficiente. Como es obvio, ni los que se encontraban sobre el terreno ni los miembros de los Gobiernos en el exilio estaban en condiciones de conocer y valorar la importancia total de tales ayudas; y mucho menos se podía pretender que cada movimiento tuviese en cuenta las necesidades con que se encontraban los otros sectores y los restantes países.

Quizá, considerando los enormes recursos de que dispusieron los Aliados desde 1944 en adelante, se deba confesar que, en realidad, no fueron muy generosas las ayudas suministradas a la Resistencia. Pero, antes de censurar a los responsables, es necesario tener presente dos hechos: en primer lugar, las exigencias de la Resistencia se interferían inevitablemente con las de las unidades combatientes; en segundo lugar, las peticiones de abastecimientos por parte del movimiento clandestino estaban inevitablemente condicionadas por la incertidumbre, ya que nadie podía garantizar en un cien por cien que aquellas formaciones, cuando llegase el momento, estarían en condiciones de mantener sus promesas.

Pese a todo, el SOE conoció así su mayor desarrollo y la resistencia armada llegó a su máximo grado de eficacia cuando comenzó la invasión. El SOE, que había partido de cero y sin la menor experiencia en aquella forma de guerra hasta entonces desconocida, había asumido las dimensiones de un verdadero ministerio; quizá no organizado perfectamente, pero eficacísimo. Se mantenía en comunicación con centenares de emisoras clandestinas, empleaba millares de hombres, proporcionaba abastecimientos a centenares de miles de combatientes de la Resistencia en los territorios ocupados y dirigía sus operaciones.

Quizá los juicios expresados por los dos comandantes adversarios, que se enfrentaron el «D-Day», resumen de la forma más elocuente el valor de la contribución aportada por la Resistencia. En mayo de 1945 el general Eisenhower dijo:

«...En mi opinión, los daños provocados a las líneas de comunicaciones ferroviarias y de carreteras, para dificultar los movimientos del enemigo, y las continuas y crecientes dificultades impuestas a la economía de guerra y a los servicios de seguridad internos de Alemania por las fuerzas de la Resistencia, desempeñaron un papel de gran importancia en nuestra total y completa victoria final...»

El *Feldmariscal* von Rundstedt, refiriéndose a los acontecimientos que se produjeron a finales de 1943, escribió:

«El abastecimiento organizado de armas a Francia, por parte de Gran Bretaña, aumentaba cada mes... y ya resultaba imposibles enviar a los Ejércitos 1 y 9, situados en Francia meridional, ambulancias, correos o columnas de abastecimientos sin una escolta armada».

R. W. Thompson

LA ELABORACION DE LOS PLANES

"Penetrará usted en el continente europeo y, junto con los demás países aliados, dará comienzo a las operaciones dirigidas contra el corazón de Alemania, teniendo como objetivo la destrucción del Ejército alemán". Con estas esperanzadas palabras, dirigidas al general Eisenhower, se inició la elaboración de los planes detallados para la Operación "Overlord". Sin embargo, tuvieron que pasar muchos meses de controversias, de tensión y de preparativos muy minuciosos antes de que los soldados aliados pudieran pisar el continente europeo ocupado por las divisiones alemanas.





En espera del «D-Day» tropas de invasión realizan un ejercicio con medios de desembarco frente a las costas inglesas. De acuerdo con los comandantes de las fuerzas terrestres, navales y aéreas, el día 8 de mayo el general Eisenhower estableció que el desembarco en Normandía se efectuaría el 5 de junio, cuando la marea alta y la luz de la luna harían que fuera más fácil, para las barcazas de desembarco aliadas, superar la faja minada y los numerosos obstáculos con que se habían sembrado las playas. *(Imperial War Museum)*

Los planes combinados para el «D-Day» se presentaron en su forma definitiva, bajo el control del SHAEF (Mando superior del Cuerpo de expedición aliado), en el curso de una reunión que se celebró en el St. Paul's School el día 15 de mayo de 1944 y que precedió a una conferencia de altísimo nivel, en la que participaron el rey de Inglaterra, el primer ministro, el *Field-Marshal* Smuts («decano de los estadistas» de la Commonwealth británica), el comandante supremo y los comandantes en jefe de las fuerzas de Tierra, Mar y Aire.

Habían elaborado el plan, en su forma definitiva, el general sir Bernard Montgomery, comandante de las fuerzas de tierra; el almirante sir Bertram Ramsay, comandante en jefe del Cuerpo de expedición naval aliado, y el teniente general de Aviación sir Trafford Leigh-Mallory, comandante en jefe del Cuerpo de expedición aéreo aliado.

Durante cinco meses, sus mandos habían trabajado sobre los sólidos cimientos echados por el COSSAC y su Estado Mayor. La redacción definitiva llevaba muchas «firmas», pues su nacimiento se debía a los planes elaborados y corregidos por el mando naval y de las operaciones combinadas y por el de los «comandantes conjuntos».

El 15 de mayo el plan se amplió: las operaciones se extenderían por el Oeste, más allá del estuario del Vire, hasta las costas de la península de Cotentin y, al Este, hasta el Orne. Las tres divisiones destinadas al primer desembarco pasaron a ser cinco, con la adición de 14 regimientos acorazados, comandos y unidades de los servicios especiales. Del transporte por vía aérea de dos tercios de una división aerotransportada, se había pasado a tres divisiones aerotransportadas, que se trasladarían con embarcaciones de superficie. Por consiguiente, habían aumentado en proporción las responsabilidades de la Marina. No obstante, el plan seguía siendo fundamentalmente una obra del COSSAC, que lo había preparado y elaborado lentamente, alentado por el entusiasmo y una gran esperanza.

Inmediatamente después del nombramiento de Eisenhower como comandante supremo y del de su incansable comandante de las fuerzas de tierra, Montgomery, los planes habían adquirido consistencia, haciéndose realidad: los hombres y el material bélico, en cantidades enormes, invadieron rápidamente los campamentos, las zonas de adiestramiento, los grandes depósitos y los puertos. Ya mucho antes del 15 de mayo era difícil encontrar, a lo largo de las costas británicas, un lugar donde amarrar una canoa. Los medios navales para la invasión se amontonaban en el Humber, en el Clyde y en Belfast. En los puertos escoceses estaban fondeados los buques de transporte que formarían los convoyes destinados a Francia después del «D-Day». Toda la flota mercante, de cuya actividad dependía la supervivencia de la isla, se dirigía hacia el Támesis. Y era difícil que el enemigo consiguiera sacar algo en claro, aun suponiendo que pudiera efectuar reconocimientos. En Dover y en el Norte se encontraban fondeados grandes bultos flotantes. Unidades *Phoenix* y *Whale*, *Bombardon* y *Beetle*, así como las numerosísimas partes que constituían los *Mulberries*, se encontraban frente a Selsey y Dungeness; sobresalían de los diques de carena, de las dársenas y de los bancos del Támesis, parecidos, según la expresión del general Bedell Smith, «a edificios comerciales de seis pisos tumbados de lado». Los remolcadores y las embarcaciones de desembarco seguían siendo desesperadamente escasos.

La valoración de la situación «Q», obra de la Intendencia general, era una obra maestra de precisión logística y proporcionaba una respuesta anticipada a todas las peticiones de los comandantes, no sólo para el «D-Day», sino también para el largo período que le seguiría. El éxito de la operación dependía del flujo regular e ininterrumpido de hombres, vehículos y municiones, y asimismo sería muy importante en este sentido el papel de los *Mulberries*.

Como fecha de la decisión final (el «Y-Day») se había fijado el 1 de junio. El «D-Day» se establecería lo antes posible; es decir, unos cuatro días después, el 5 de junio. Las condiciones esenciales para el ataque habían sido determinadas, el 1 de mayo, entre el comandante supremo y el almirante sir Bertram Ramsay. La extensa franja minada y los numerosos obstáculos también minados que había en las playas y que se colocaron mucho más allá del nivel de la marea baja imponían que el desembarco se efectuara durante la marea alta, pero inmediatamente después de la marea baja anterior, y con luz diurna, poco después del amanecer, preferiblemente después de una noche iluminada por la luna. Basándose en todas estas consideraciones, las fechas posibles eran el 5, el 6 y el 7 de junio.

Tanto el 5 como el 6 eran días favorables, y el 7 algo menos. Pasados estos días no se presentaría otra ocasión tan oportuna hasta el 19 de junio, pero entonces la noche sería sin luna.

La posibilidad de un aplazamiento forzado de dos semanas, desastroso por las grandes complicaciones que suponía, se había previsto en los planes con todos sus detalles desoladores. Se trataba de detener un alud de hombres y de abastecimientos, todos ellos ya embarcados y la mitad fuera ya de los puertos; mientras otro millón de hombres, o poco menos, con las unidades acorazadas, la artillería, los transportes y un millón de toneladas de abastecimientos se dirigían ya a los puntos de embarque.

Y entre tanto, otro millón más estaría preparado al otro lado del Atlántico.

La mera idea de un aplazamiento hacía estremecer. «Los problemas causados por un retraso de 12-14 días, hasta el próximo período favorable, nos desconciertan aun como simple hipótesis», escribió el almirante Ramsay. No obstante, por terribles que fueran, estos problemas se examinaron a fondo, con todas sus posibles consecuencias.

El 8 de mayo, el comandante supremo fijó la fecha del «D-Day», como aproximación y de acuerdo con los comandantes de las fuerzas terrestres, navales y aéreas, para el 5 de junio. La Marina y la Aviación se habían encargado durante tres semanas de sembrar minas para proteger a los convoyes; ahora debían acometer la empresa, mucho más dura, de dragar las colocadas por el enemigo. Desde el punto de reunión, conocido corrientemente por la *Royal Navy* con el nombre de «Picadilly Circus» y llamado oficialmente «Zona Z», situado al Sur, a poca distancia de la isla de Wight, hasta la costa de Normandía, se tenían que dragar diez canales. Para poder efectuar el desembarco era preciso empezar el dragado desde el Este, en que la marea subía mucho en las fases iniciales, y seguir el Oeste, donde la marea se encontraría aproximadamente a la mitad de su nivel.

Nunca hasta entonces se había despejado una zona de mar en tales condiciones, agravadas por el hecho de que era difícil sincronizar la operación. Para llevar a cabo este cometido se constituyeron 12 grupos de dragaminas.

Mientras los comandantes cursaban las órdenes y cargaban con el peso de la responsabilidad, decenas de miles de hombres, desde los oficiales inferiores y los sargentos hasta el vértice de la jerarquía, contribuían a completar aquel gran mecanismo, coordinando y adaptando los diversos elementos a través de un laberinto de órdenes para componer el dispositivo final.

La vuelta al continente, nacida años antes, casi en las playas de Dunkerque y cuya realización había acelerado el COSSAC, recibió el impulso final de Montgomery. El general Montgomery, que había llegado a Londres el 2 de enero provis-

to del documento escrito del comandante supremo que le autorizaba a actuar en su nombre, amplió inmediatamente el frente, proyectó un primer ataque lanzado por un mínimo de ocho brigadas y se esforzó en hacer desaparecer la amenaza de la Operación «Anvil» (yunque), es decir, del plan de invasión de sur de Francia, comenzando a hablar efectivamente «por Inglaterra». Se expresó en términos claros e inequívocos:

«El ataque era una operación que exigía un único plan de acción coordinado, dirigido por un solo comandante: por este motivo me nombraron comandante de todas las fuerzas terrestres y responsable ante el comandante supremo en lo referente a la elaboración de los planes y a la realización de la parte militar del ataque, así como de la sucesiva conquista de una posición sólida».

No obstante, le irritaba el carácter provisional de su cargo como comandante de las fuerzas terrestres, pues temía que acabase extendiéndose excesivamente y que los discutidos desembarcos en el sur de Francia hicieran imposible una línea de acción bien delineada para el futuro. Pero, con un poco de suerte y, sobre todo, disponiendo de la autoridad necesaria, pudo eludir el peligro.

Los planes operativos: una empresa titánica

El 1 de febrero Montgomery, Ramsay y Leigh-Mallory presentaron el plan inicial combinado, denominado «Neptune», «un instrumento ejecutivo» que comprendía la ampliación de la Operación «Overlord». Las fuerzas aéreas estaban ya combatiendo las fases preliminares de la batalla. La Marina había comenzado a elaborar los planes logísticos en mayo de 1942, y ahora todo el conjunto de sus enormes cometidos, que iban desde las operaciones de transporte a las acciones defensivas y ofensivas, estaba ya preparado en sus mínimos detalles; y continuó ampliándose y modificándose, adaptándose a las nuevas necesidades, hasta el «D-Day» y aun después del mismo. Los Ejércitos que participarían en la invasión también acometieron la titánica empresa de preparar los planes.

El Ejército 1 americano y el Ejército 21 británico, pertenecientes ambos al mando del Grupo de Ejércitos XXI, presentaron su esquema del plan de ataque el 25 de febrero y el 20 de marzo respectivamente. Comenzó entonces la difícil elaboración de los detalles a todos los niveles, y el peso de este cometido cayó casi por completo sobre las espaldas de los Estados Mayores militares «Q», los correspondientes a la Intendencia militar.

Al final de la primera semana de abril, Montgomery, junto con los comandantes de las fuerzas navales y aéreas, pudo exponer sus planes completos a los generales y comenzó al mismo tiempo a examinar todas las posibilidades, discutiéndolas con los Estados Mayores de las unidades combatientes.

Su intención, como dijo, era la de «lanzar simultáneamente el ataque contra ciertos puntos de la costa normanda, inmediatamente al norte del canal de Carentan y entre éste y el río Orne, con el objeto de asegurarse una posición segura como base para las operaciones siguientes».

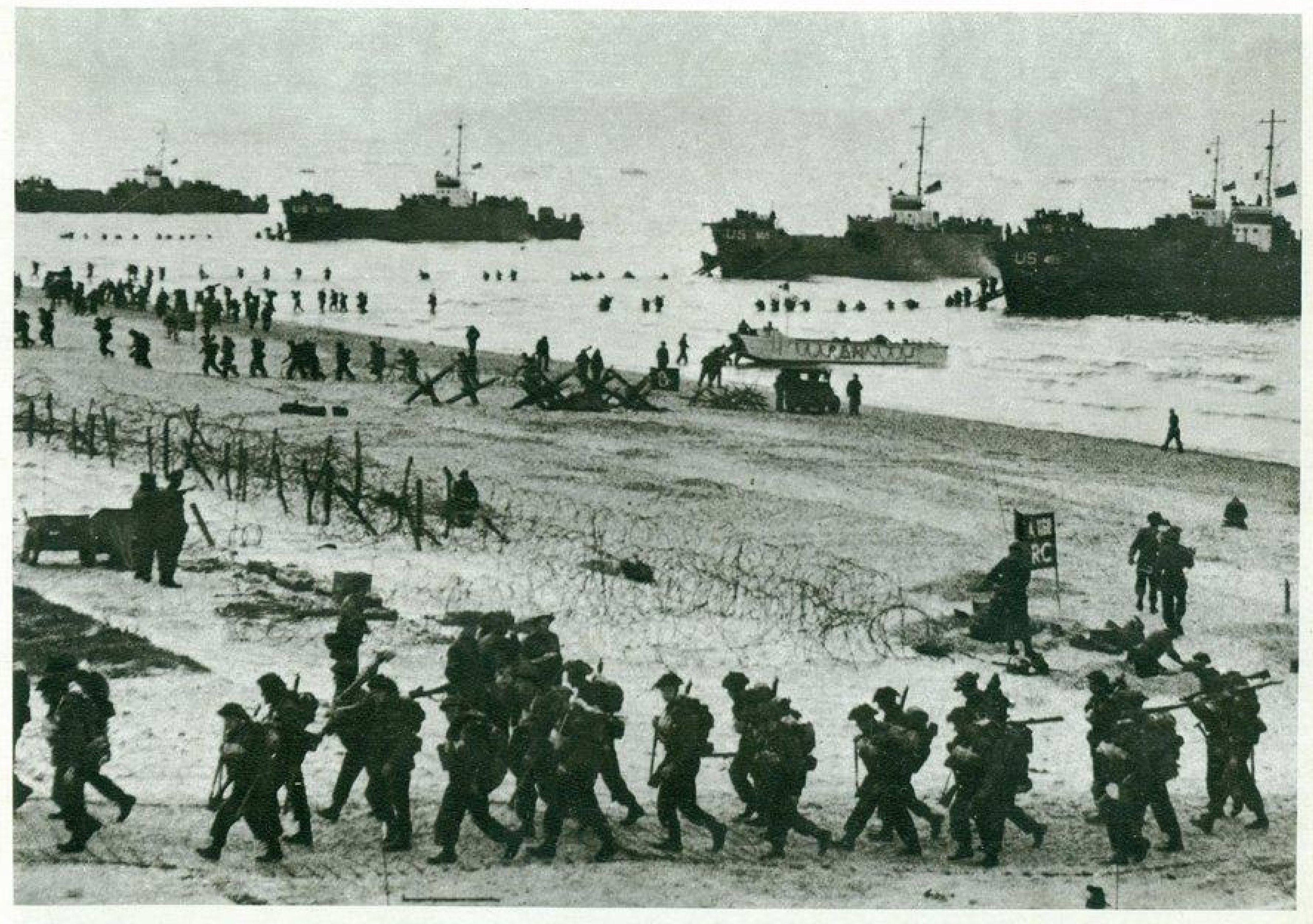
Esta posición debía extenderse lo más rápidamente posible para englobar los aeródromos situados al sudeste del importante nudo de carreteras de Caen, así como también el puerto de Cherburgo. Con su plan, Montgomery quería crear una seria amenaza de penetración en el flanco oriental, a fin de que el peso mayor de las reservas y de las fuerzas enemigas convergiera hacia los ingleses y canadienses.

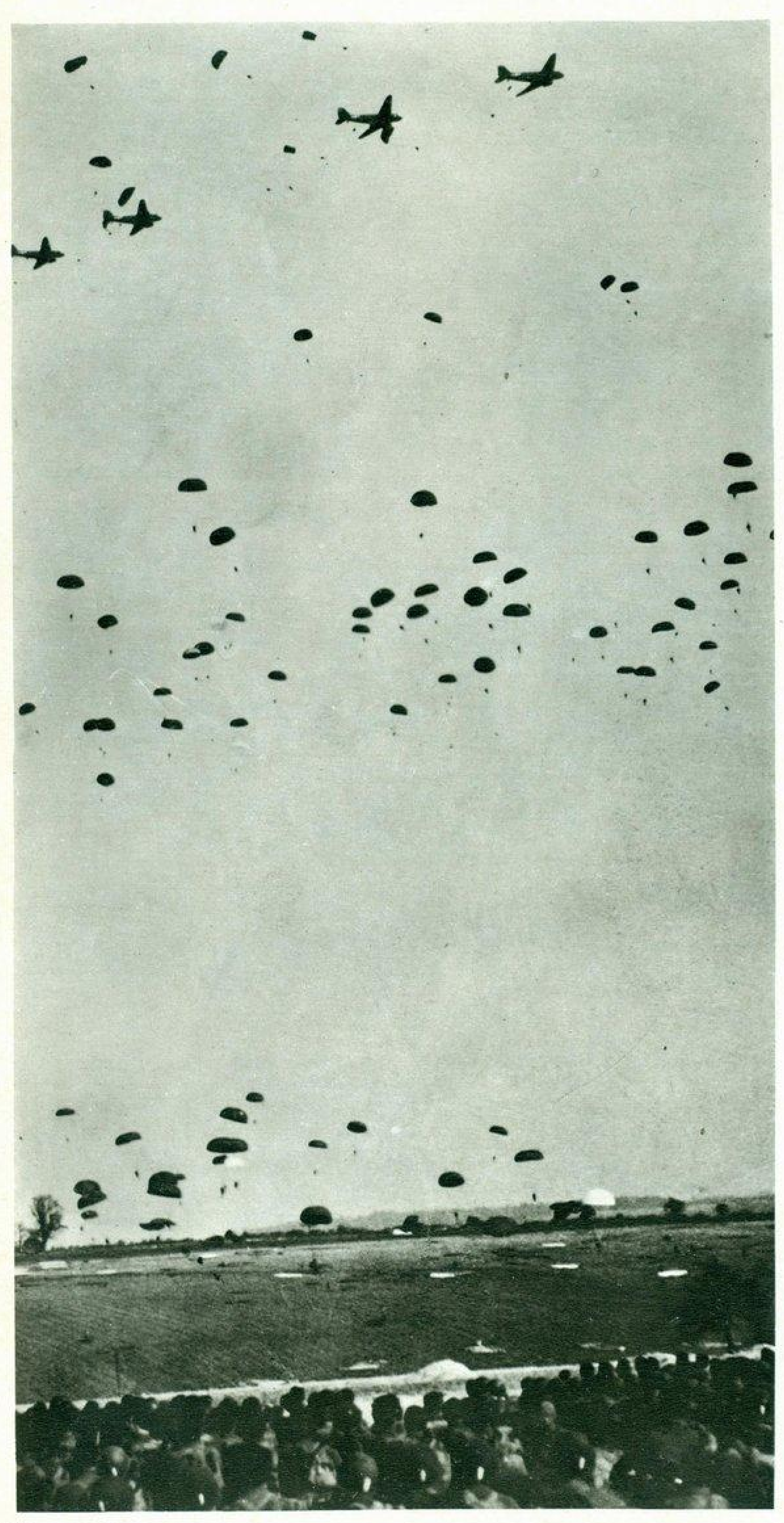
Después de haber establecido un gozne que girase en torno a Caen y de mantener empeñados eficazmente a los alemanes en el Este, haría que irrumpiesen los Ejércitos americanos de Bradley, que tenían que abrir una amplia brecha «para aislar todas las fuerzas enemigas situadas al sur del Sena, cuyos puentes serían destruidos mediante bombardeos aéreos».

El Ejército 1 americano, formado por tres Grupos de combate de entidad regimiento, lanzaría el ataque a caballo del canal de Carentan, para ocupar Cherburgo y proseguir después hacia el Sur, en dirección a Saint-Lô, coordinando su acción con la del Ejército 2 británico. Este último, con cinco brigadas, tenía la misión de atacar entre Asnelles y Ouistreham, con las fuerzas canadienses en el centro, a fin de establecer una cabeza de puente al sur de la línea Saint-Lô–Caen y, una vez conseguida extenderla hacia el sudeste de esta última localidad, apoderarse de los aeródromos y finalmente proteger el flanco oriental del Ejército 1 americano.

Ambos Ejércitos contarían con el apoyo de unidades especializadas de ingenieros, unidades acorazadas, comandos así como de *Rangers* estadounidenses.

Soldados británicos adiestrándose en las operaciones de desembarco en las costas de Gran Bretaña. Los transportes navales aliados destinados a la invasión sumaban unas 5000 unidades, mientras las barcazas de desembarco que permitirían a los hombres poner pie a tierra en las playas de Normandía eran unas 4000. *(Imperial War Museum)*





Las divisiones aerotransportadas americanas 82 y 101 debían aterrizar al sudeste y al oeste de Sainte-Mère-Église, a un lado y a otro del río Merderet, que se había desbordado, para asegurarse la posesión de los puntos de paso y de la línea del río Douve, apoyando de esta manera el desembarco en el trecho de costa designado con el nombre convencional de *Utah* e impidiendo que el enemigo hiciera afluir sus reservas a la península de Cotentin.

La División aerotransportada 6 británica debía tocar tierra en el sector situado al este de Caen, y apoderarse de los puentes sobre el Orne, en Bénouville y Ranville.

Los Aliados esperaban poder desembarcar, en el transcurso del «D-Day», 1500 carros de combate, 5000 vehículos oruga, 3000 cañones y otros 10.500 vehículos de todo tipo, desde los *jeeps* a los *bulldozers*. Éste era, a grandes rasgos, el cometido que correspondía a las fuerzas terrestres y que proporcionó un buen argumento de discursión para los oficiales de grado elevado que estuvieron presentes en la conferencia el segundo día de la misma. El plan dejaba muy poco margen para maniobrar y excluía la posibilidad de «proceder con cautela». Las fuerzas de ataque, apoyadas desde el mar y desde el aire por una colosal potencia de fuego muy bien preparada, deberían afianzarse sólidamente en tierra con una acción inmediata y decisiva e irrumpir luego hacia el interior. No se podría retroceder de ningún modo, era preciso avanzar a toda costa.

Las fuerzas americanas estaban desplegadas a la derecha, es decir, en el flanco occidental, por razones que dependían de las posiblidades de abastecimiento. En cuanto Cherburgo y los puertos de Bretaña quedasen abiertos, podrían recibir refuerzos y abastecimientos directamente desde los Estados Unidos, mientras que los ingleses, a medida que avanzaran las operaciones, se apoyarían más adelante en los puertos del canal de la Mancha y en el de Amberes. Pero, mientras tanto, toda esta parte de la operación dependería de los dos *Mulberries* y de los cinco *Gooseberries*.

Se calculaba que el enemigo tenía unas sesenta divisiones en Europa occidental, al mando del *Feldmariscal* von Rundstedt. El adversario inmediato de Montgomery sería el *Feldmariscal* Rommel, comandante del Grupo de Ejércitos B, compuesto por el Ejército 7, situado en Normandía y en Bretaña, el Ejército 15, que se encontraba en el Paso de Calais y en Flandes y el Cuerpo de Ejército LXXXVIII, en Holanda. El núcleo principal de las fuerzas alemanas se hallaba concentrado detrás de las poderosas fortificaciones erigidas en el sector del Paso de Calais. Durante muchos meses, los Aliados habían hecho lo posible para alimentar (mediante falsas maniobras, rumores hábilmente difundidos y acciones diversivas) el natural temor del enemigo respecto a un posible desembarco en el citado Paso de Calais, temor basado en el simple hecho de que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos.

Sin embargo, el *Feldmariscal* Rommel había dedicado todas sus energías, desde el día en que le confiaron el nuevo cargo, a fortificar las defensas de la bahía del Sena. Los grupos de artillería pesada de Cherburgo y el El Havre, apoyados por unos treinta más, por lo menos, cubrían toda la zona, y con su fuego podían barrer las playas. Asimismo, detrás de la enorme cantidad de obstáculos y de campos minados dispuestos a lo largo de costa, se encontraban las defensas contracarros, reductos de hormigón y terraplenes, tras los cuales se extendía un terreno muy adecuado para la defensa. El sistema de canales naturales y de pantanos que se encontraba más allá del canal de

Soldados aliados lanzados en paracaídas sobre la campiña inglesa en el curso de un ejercicio. En Normandía, tres divisiones aerotransportadas, la 82 y la 101 norteamericana y la 6 británica, debían apoyar los flancos de los ataques aliados desde el mar. *(Associated Press)*

1) ¿NORMANDÍA O CALAIS?



Los oficiales aliados encargados de establecer los planes sabían que los alemanes esperaban una invasión en el punto más estrecho del canal de la Mancha, allí donde los medios aliados salvarían un trayecto menor. Pero esta elección obligaría a su vez a tener que vencer grandes distancias, a lo largo de la costa meridional inglesa, a todos los buques cuya base estuviera en los puertos occidentales. Sin embargo, si el objetivo tenía que ser Normandía, los convoyes deberían concentrarse en una zona de reunión equidistante de todos los grandes puertos.

2) EL PLAN DEL COSSAC



Al preparar los planes preliminares para la invasión del continente europeo, el COSSAC (Estado Mayor que dependía del comandante supremo) había tenido que adaptarse a las limitaciones impuestas por las disponibilidades del momento, por lo que previó el lanzamiento de dos brigadas aerotransportadas para proteger los flancos y el desembarco de tres únicas divisiones de ataque en el sector comprendido entre el Vire y el Orne.

3) LAS MODIFICACIONES PROPUESTAS POR MONTGOMERY



La primera reacción de Montgomery al plan de la Operación "Overlord" fue claramente negativa. Pedía cinco divisiones en lugar de tres, sectores separados para las fuerzas norteamericanas y británicas –con una zona de desembarco distinta para cada Cuerpo de Ejército– y, por lo menos, dos divisiones completas aerotransportadas.

4) EL PLAN DEFINITIVO



El Estado Mayor de Eisenhower aprobó la ampliación del plan de ataque propuesto por Montgomery, y además añadió una tercera división aerotransportada. También se intensificaron las fases preparatorias con el fin de poder disponer de 18 divisiones en territorio francés al cabo de 10 días de la iniciación de los desembarcos.

Carentan había sido inundado, transformando las vías de acceso al interior en estrechos senderos absolutamente intransitables sin la ayuda de las unidades acorazadas. Las inundaciones eran especialmente extensas en el sector de Varreville, indicado con el nombre convencional de *Utah* (el sector americano), y, detrás de las primeras barreras opuestas por el agua, toda una extensa franja de otros terrenos inundados seguía el curso de los ríos Merderet y Douve, al oeste y al sur respectivamente de Carentan.

También los ingleses y los canadienses tenían sus problemas, determinados por la dificultad de penetrar hacia el interior a través de una larga serie de pueblos, enlazados entre sí por un sistema de reductos y situados inmediatamente detrás de la costa; por añadidura, tras ellos estaba el *bocage*, una maraña de pequeños campos, con altos setos divisorios, de empinados terraplenes y diques, cruzada por senderos estrechos y encajonados: un campo lleno de trampas mortales, completamente intransitable para los medios acorazados, que se extendía en una profundidad de 64 km.

Al sudeste de Caen se abría la llanura despejada, pero ¿cuánto tiempo se necesitaría para llegar a ella a partir del «D-Day»?

El teniente general de Aviación sir Trafford Leigh-Mallory expuso cuáles serían los cometidos principales de la 2.ª Fuerza Aérea Táctica británica y de la 9.ª Fuerza Aérea americana, destinadas al apoyo directo de las fuerzas de desembarco. Le preocupaban mucho los resultados del ataque de las tropas aerotransportadas en el flanco derecho, y continuó alimentando y expresando temores hasta la hora decisiva. Todos conocían los ataques efectuados contra las líneas ferroviarias, las carreteras y los puentes y se sabía también, con alguna precisión, que habían conseguido excelentes resultados.

Durante el «D-Day», las fuerzas aéreas estarían presentes en gran número en las zonas de ataque, con diez escuadrones de caza, cinco británicos y cinco americanos; otros seis escuadrones debían estar preparados para reforzar la defensa. Cinco escuadrones más formarían la cobertura de los principales accesos marítimos, y, por último, 33 escuadrones de cazas constituirían la reserva.

Una vez cumplido el cometido de escoltar a las tropas aerotransportadas, el total de los escuadrones aéreos disponibles ascendería a 171: 54 para la cobertura de las playas, 15 para cubrir a las embarcaciones, 36 encargados del apoyo directo, 33 para acciones ofensivas y escolta a los bombarderos y otros 33 que se utilizarían como fuerza de ataque.

Los datos referentes a la *Luftwaffe* revelaban que se mantenía todavía a un nivel discreto, por lo menos sobre el papel; pero, en realidad, en el aire la Aviación alemana no podía hacer nada para oponerse al imponente despliegue de fuerzas aliado, y aún menos para neutralizar eficazmente su actividad.

El almirante sir Bertram Ramsay expuso con la mayor sencillez el cometido de la Marina. El éxito inicial dependería, como era evidente, de las fuerzas navales.

Las instrucciones cursadas por él el día 10 de abril decían: «El objetivo del comandante en jefe de las fuerzas navales es desembarcar oportunamente las fuerzas de ataque en los puntos establecidos, protegerlas durante la operación y proporcionar después el apoyo necesario para que nuestras fuerzas puedan establecer sólidamente una cabeza de desembarco».

Los transportes navales destinados a la invasión ascendían a unos 5000, y las embarcaciones de desembarco a 4000, aproximadamente. Su potencia de fuego, desde el armamento pesado de los acorazados y de los cruceros hasta el de los destructores, de las unidades lanzacohetes y de los carros de combate y de la artillería que dispararían desde las embarcaciones de desembarco durante el transporte, era realmente colosal.

La Operación «Neptune» sería la plataforma de lanzamiento para la Operación «Overlord».

Una ocasión transitoria

La irregular posición del general Montgomery en la jerarquía de mandos, con todas las posibilidades estratégicas y políticas que podía ofrecer, la comprendió claramente el mismo Montgomery, quien se apresuró a aprovechar la ocasión que se le presentaba intentando afianzarse de hecho en el cargo de comandante en jefe de las fuerzas de tierra que constituían los Ejércitos de liberación aliados.

Desde luego era el único de los tres jefes británicos, que estaban al mando de unidades operativas, que podía esperar intervenir e influir en el curso de los acontecimientos futuros.

A mediados de enero, hablando a los hombres de la División 29 americana, se expresó con una claridad que no dejaba lugar a dudas sobre la manera como interpretaba su posición especial en el mando:

«Acabo de llegar de Italia para asumir el mando de las fuerzas de tierra británicas y americanas de las que el general Eisenhower es el comandante supremo. Y éste ha puesto a mis órdenes un Ejército, el Ejército 1 americano, durante toda la duración de la batalla».

Lo delicado de la situación excluía la posibilidad de que el comandante supremo le desmintiese. Al día siguiente, durante una rueda de prensa, el general Eisenhower respondió prudentemente a los periodistas que le habían formulado una pregunta precisa al respecto, aconsejándoles que «no cambiasen de tema». De cualquier modo era innegable que Montgomery sería el comandante de las fuerzas terrestres durante la fase de ataque. Pasada esta fase, tendría que aceptar una posición que lo colocaría, en el campo inglés, en el mismo plano que el americano Bradley. Era necesario que el traspaso de poderes se hiciera muy discretamente.

La gran circunspección con la que todos los interesados reaccionaron frente a la asignación de los mandos fue un signo más que elocuente de su profundo significado. Se trataba de un argumento que era preferible soslayar, en el que no convenía pensar, por lo menos hasta que se transformase en «historia».

Pero no tardó en manifestarse cierto malestar en los comentarios de la prensa británica. Es posible, y quizás incluso probable, que Eisenhower no se hubiera dado cuenta del todo de lo que suponía el papel que él representaba. Su ayudante de campo, capitán H. C. Butcher, anotó en el diario, con fecha del 22 de marzo de 1944: «A menudo me desconcierta la incapacidad de Ike para darse cuenta de su paso de la posición relativamente oscura de oficial de Estado Mayor del Ejército americano a la de comandante supremo. Le resulta difícil tomar conciencia del nuevo lugar que ocupa en el mundo».

Parece ser que a Eisenhower no le afectaba que los periódicos le definiesen simplemente como «presidente de un consejo militar»; pero, en realidad, lo que sucedía era que el hecho de que un norteamericano asumiese el mando supremo en el mismo suelo de Gran Bretaña, tuviese a sus órdenes a todas las fuerzas terrestres y navales británicas, fuese responsable de la defensa del Reino Unido y tuviese que lanzar al ataque las tropas y las embarcaciones inglesas, cerraba un capítulo de historia que había durado casi un milenio.

Su nombramiento como comandante supremo no fue fortuito, y ni siquiera constituía una distribución equitativa de las responsabilidades del mando entre los diversos países aliados: era más bien la adopción de una función directiva que señalaba un gran cambio en la historia de Europa. Gran Bretaña no sólo había dejado de ser la dueña en su propia casa, sino que incluso ya no podía esperar ser la artífice de la nueva Europa que surgiría de las ruinas de la guerra. Sus esperanzas debían limitarse a la posibilidad de ejercer una influencia en el desarrollo de los acontecimientos futuros, pero tenía que renunciar para siempre a determinarlos.

Esta orientación la comprendió claramente el *Field-Marshal* Smuts desde los primeros días del conflicto. Había observado el rápido flujo de las últimas reservas del tesoro británico hacia Estados Unidos y la cesión de las bases en el Caribe, y había considerado asimismo, con profunda inquietud, la petición inmediata de Norteamérica, que impuso «el ataque al otro lado del canal de la Mancha» como el precio establecido para la ayuda incondicional en el escenario bélico del Atlántico.

Dada su posición especial, Smuts pudo expresar sus temores y había encontrado un aliado en el rey Jorge VI. Ambos podían considerar las cosas mucho mejor que cualquier otra persona interesada, objetivamente, «desde fuera», y los dos estaban convencidos de que Gran Bretaña sólo podría conservar su soberanía completa y desempeñar un papel determinante en el futuro panorama europeo y en el equilibrio del continente si seguía su propia estrategia tradicional en el Mediterráneo y en los Balcanes.

En efecto, no se trataba única y exclusivamente de derrotar a Alemania, sino también de cosas mucho más importantes. La declaración del presidente Roosevelt, casual o deliberada, sobre la «rendición sin condiciones», había subrayado los temores de los que veían esbozarse el caos, entre ellos los turcos. Y así, mientras el año 1944 avanzaba hacia la hora decisiva, este último síntoma se convirtió en fuente de preocupaciones crecientes para los servicios secretos del Mando Supremo del Cuerpo de expedición aliado, y acabó preocupando incluso al comandante en jefe. El Servicio de Información consideraba que todos los términos de la rendición se habían elaborado y establecido definitivamente y que su resultado era el de acortar la guerra. Incluso Edward Stettinius intentó comunicar estos temores al presidente de los Estados Unidos, ya enfermo por aquel entonces.

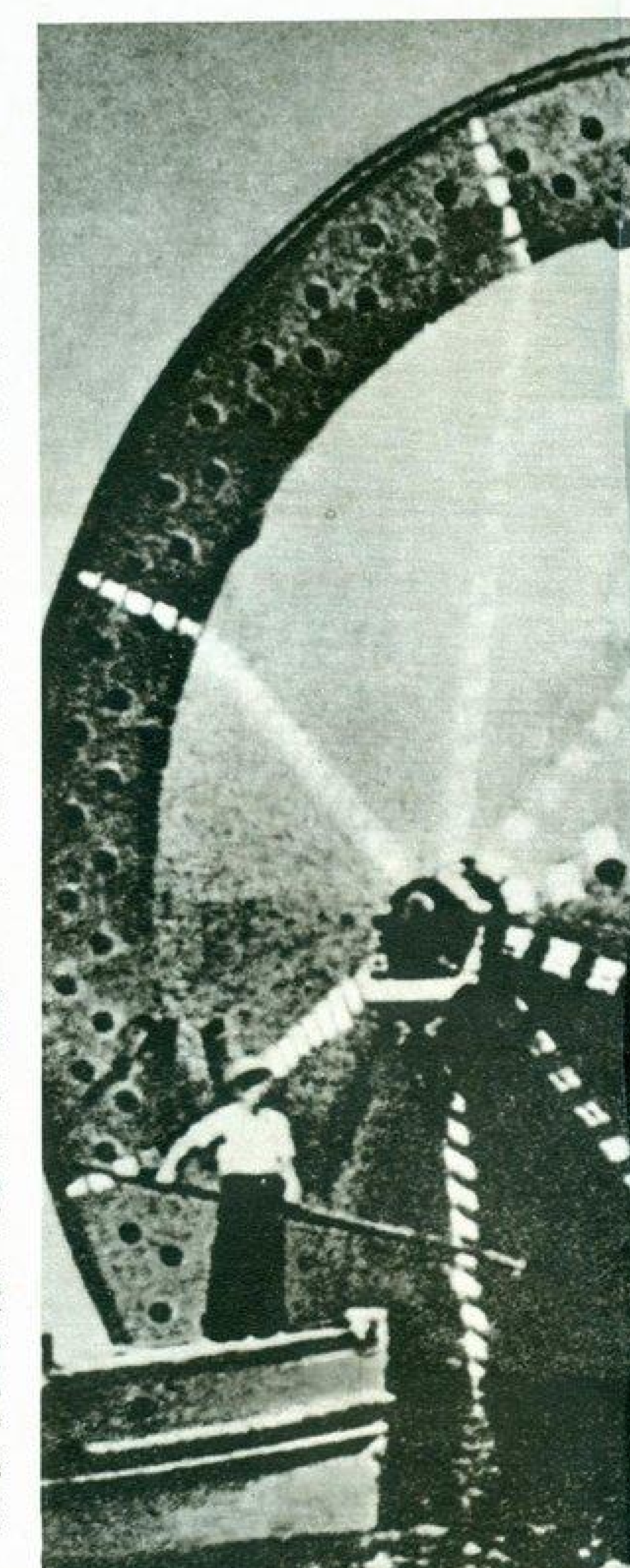
Mientras tanto, los rusos, que habían ejercido una presión incontenible sobre los alemanes durante los meses de febrero, marzo y abril, acababan de cruzar el Dnieper y el Bug, y el 8 de abril, mientras Montgomery estaba inmerso en las discusiones con su Estado Mayor acerca de los planes para el «D-Day», Tolbuchin lanzó la ofensiva contra las defensas de Perekop, comenzando la brillante reconquista de Crimea. Por aquel entonces se informó a los soviéticos de los planes aliados y de la fecha aproximada establecida para el «D-Day» y decidieron coordinar su gran ofensiva de verano con las operaciones de los aliados occidentales.

A mediados de mayo, también la campaña de Italia se aproximaba a su fin.

Ésta era, en líneas generales, la situación en la que se encontraban los acontecimientos cuando el *Field-Marshal* Smuts, inmediatamente después de la conferencia del 15 de mayo, invitó al general Montgomery a almorzar y a un posterior coloquio privado. Los acontecimientos estaban apremiando. La estrategia de los Balcanes, muy temida por los alemanes y por los americanos, porque abría evidentemente a Gran Bretaña el camino para convertirse en una potencia europea, a la que en el momento oportuno debía seguir el «Rankin C» (un plan para la penetración en la Europa noroccidental basado en la desintegración del enemigo) ya no tenía posibilidades de aplicación práctica. Fuera cual fuera la realidad del poder mundial en fase de desarrollo, Smuts veía en Montgomery una última y desesperada posibilidad. El viejo estadista-soldado se había percatado de la popularidad conseguida por el general en toda Gran Bretaña: había seguido sus discursos, dirigidos no sólo a las tropas, sino también a los «ejércitos» del frente interno, los de las fábricas, puertos y ferrocarriles. Smuts le hizo observar a Montgomery la importancia de Inglaterra como piedra angular de la nueva Europa. El país había quedado dos veces solo, desangrado por los enemigos y por los aliados. También Montgomery se daba cuenta del creciente agotamiento del pueblo inglés, cosa que le preocupaba. Sabía perfectamente que la utilización de la mano de obra y la producción habían alcanzado el punto máximo y calculaba, que para salvar a Inglaterra, la guerra debía concluir victoriosamente, de una forma u otra, antes de fin de año.

Sólo Montgomery sabe lo que dijo Smuts durante su coloquio privado, pero el *Field-Marshal* reveló que «no siempre los políticos pueden expresar libremente estas cosas», y cualesquiera que fueran «estas cosas», dejaron a Montgomery «bastante alarmado». De sus notas deducimos que Smuts afirmó con la mayor convicción que debería continuar hablando de ellas aun después de la guerra.

Montgomery, mientras tanto, rebosaba confianza. Había heredado del general Paget un magnífico Ejército, muy adiestrado y reforzado con nuevos contingentes de tropas templadas por una larga experiencia. La moral de los hombres era



alta, todos sabían lo que estaba ocurriendo y por qué. Durante los últimos días participaron con tenaz precisión en las pruebas generales. Depositaban toda su confianza en la extraña serie de vehículos acorazados que los llevarían al lugar de la empresa y tenían una gran fe en sí mismos y en sus comandantes.

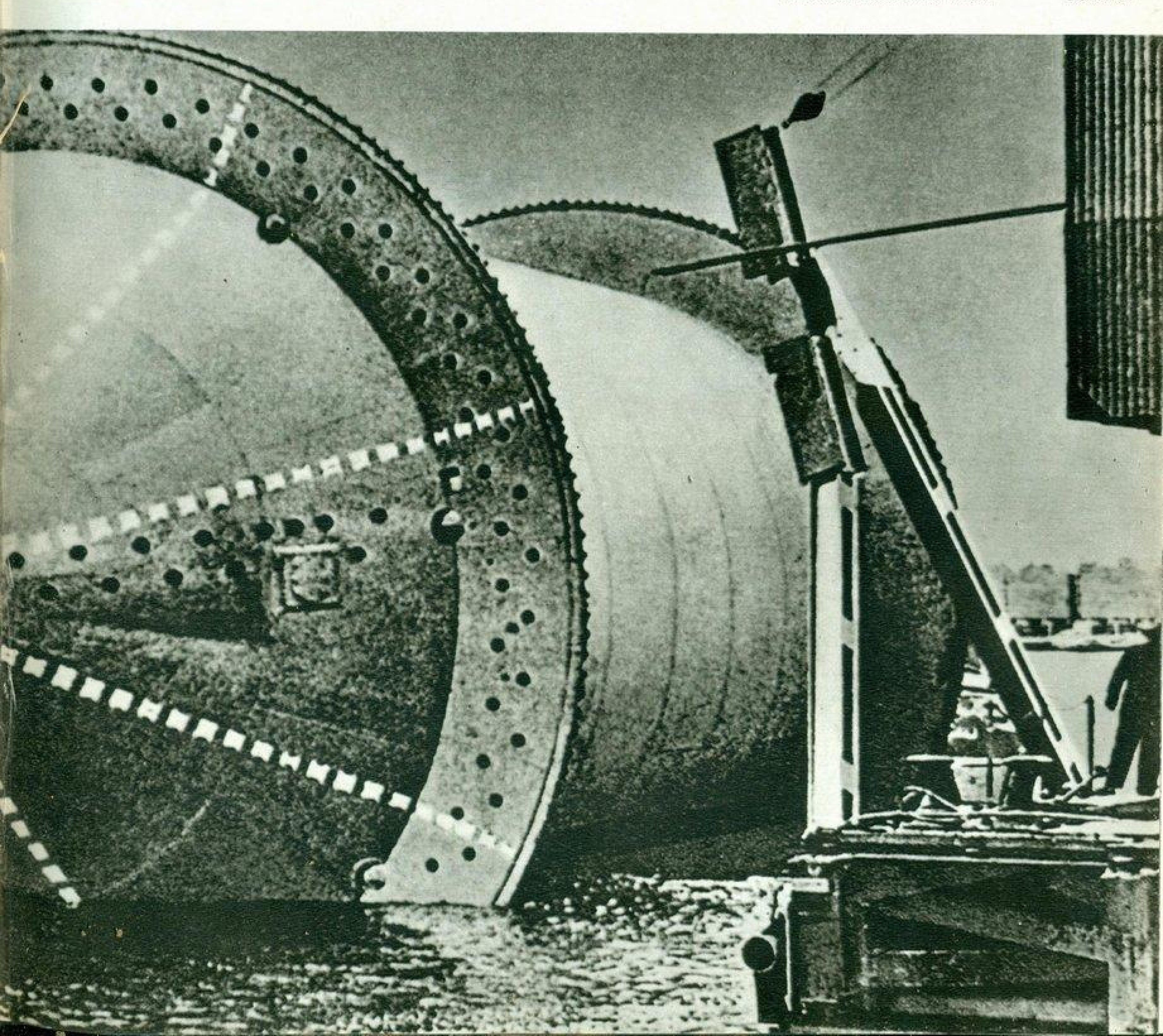
Una eminencia solitaria

Los problemas que el general Eisenhower debía resolver eran infinitamente más amplios que aquellos cuya solución o cuyo examen correspondía a sus dos colaboradores inmediatos. Como representante y portavoz en Gran Bretaña de los jefes americanos del Estado Mayor conjunto, se mantenía en continuo contacto con los jefes de Estado Mayor británicos y con el primer ministro para todas las cuestiones políticas de gran alcance y para las referentes a la estrategia general. Además, debía actuar basándose en las instrucciones de las autoridades gubernativas de Washington y exponer y defender sus opiniones aun cuando estuvieran en contraste con sus puntos de vista personales. Temiendo dejarse influir por la elocuencia del *premier* británico, por un lado, y por los razonamientos estratégicos del jefe del Estado Mayor General Imperial, por el otro, ocurría con frecuencia que su presencia física en Gran Bretaña y el consiguiente contacto con los numerosos problemas locales determinaban sus simpatías y su comprensión en grado mucho mayor que las de los hombres que residían en Washington.

Trataremos de exponer al azar algunos de los problemas más difíciles, sin establecer un orden de precedencia: la actitud de los Aliados frente al general De Gaulle y el futuro de Francia; la organización de la administración civil y militar en los territorios liberados; la guerra psicológica; el desmembramiento de la Alemania nazi, punto en el que los Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña estaban fundamentalmente de acuerdo; las consecuencias de la rendición incondicional y las ventajas y desventajas de la elección de Berlín y del Ruhr como objetivos militares. Al margen de esta esfera de intereses inmediatos había otros problemas, como la incorporación de los Estados bálticos a la Unión Soviética, las fronteras de ésta con Polonia y la inclusión de Besarabia en el territorio soviético.

En general, las decisiones referentes a las restricciones impuestas a los movimientos civiles, a los límites de la censura y otros temas similares se tomaban de acuerdo con los deseos de Eisenhower, quien acabó dándose cuenta de los sacrificios hechos por el pueblos inglés y se abstuvo de pedir más de lo indispensable. Cuando fue necesario encontrar sitio para atracar y descargar 40 buques procedentes de Estados Unidos, cargados de municiones, y resultó que la operación sólo podía efectuarse si se renunciaba a descargar medio millón de toneladas de víveres destinados a la población civil, Eisenhower se dirigió al presidente de los Estados Unidos pidiéndole que interviniera para resolver esta dificultad. Esta vez se trataba literalmente de decidir si había que «preferir los cañones a los víveres».

El comandante supremo había experimentado una desconcertante metamorfosis, pasando casi del anonimato a una posición de incalculable po-



Uno de los enormes tambores alrededor de los cuales se enrollaron las tuberías del oleoducto «Pluto», que se tendió entre Gran Bretaña y Francia para proveer de carburante a las unidades aliadas en Normandía. *(Archivo Rizzoli)*

der y prestigio que lo enfrentaba a problemas que no sólo quedaban fuera de la esfera de sus conocimientos, sino que se oponían también a los principios que le habían inculcado durante su época de West Point. No es de extrañar, por lo tanto, que hacia mediados de mayo, Eisenhower empezara a manifestar síntomas de tensión. Lo salvaron su sencillez natural y su innegable falta de malicia.

Probablemente existían poquísimos hombres en todo el mundo que poseyeran las «dotes» o los «requisitos» necesarios para desempeñar un cometido como el suyo, y cabría preguntar qué otras «dotes» o «requisitos» podían serle más útiles, o tan útiles como los suyos, al comandante supremo o a la alianza.

Desde su llegada a Gran Bretaña, Eisenhower se había dedicado a constituir un grupo que trabajase en estrecha colaboración, insistiendo con energía en que se debía colaborar incondicionalmente y abandonar todo «prejuicio nacional». Lo consiguió de forma admirable, excepto en las altas esferas. En su primer discurso a los oficiales de su Estado Mayor, en Norfolk House, dijo: «Nosotros no somos aliados. Tenemos una serie de aliados en las Naciones Unidas, pero los que vamos a emprender esta gran operación somos una sola fuerza indivisible, mucho más integrada ahora, en todos sus aspectos, de lo que estuvo jamás anteriormente».

El comandante supremo superó con mucho tacto y con no menos decisión los orgullos y prejuicios de dos pueblos muy distintos, así como las divergencias de sus concepciones militares, políticas, sociales y de comportamiento, estrechamente ligadas a su historia, a las características geográficas y a sus orígenes. Desde el principio Eisenhower se negó a tolerar discrepancias originadas, a cualquier nivel, por prejuicios nacionalistas. Siguieron manifestándose a todas horas discusiones y diferencias de opinión, pero se trataba de las discrepancias normales e inevitables en un grupo. Lo que realmente importaba, hasta el día decisivo, era que se salvaguardaran las verdades fundamentales.

En definitiva, Eisenhower tenía un excelente equipo de colaboradores. Su jefe de Estado Mayor, teniente general Walter Bedell Smith, se habría distinguido en cualquier Ejército por sus cualidades intelectuales y también por su pesimismo. En su opinión, los Aliados tenían un cincuenta por ciento de posibilidades de asegurarse en Francia una «posición estable». Era una valoración valiente, efectuada sobre la base de los factores conocidos y de los ignorados como, por ejemplo, el éxito o el fracaso en la utilización de los *Mulberries*. El segundo jefe de Estado Mayor, teniente general británico Morgan, era una persona de indiscutible lealtad y un perfecto conocedor de los complicadísimos planes de la Operación «Overlord». Por su parte, Tedder le quitaba al comandante supremo el peso que representaba la dirección de las fuerzas aéreas. El teniente general sir Humfrey Gale era el principal consejero de Eisenhower en cuanto a problemas logísticos, y el general de división británico Whiteley formaba parte del grupo táctico y operativo.

Pocos hombres podían constituir una ayuda mejor para el comandante supremo, y el mero hecho de que él se aseguraba este apoyo es una prueba de su «genio» especial.

A pesar de las preocupaciones causadas por tantos y complejos problemas, Eisenhower aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para inspeccionar las tropas. Su sencillez y su espontaneidad le ganaban inmediatamente las simpatías de los soldados. Cuando era ya inminente el «D-Day» visitó 26 divisiones, 24 aeródromos cinco buques de guerra y numerosos depósitos, talleres y hospitales, causando en todas partes una impresión francamente positiva. Correspondía muy poco a la idea que el inglés medio se había forjado del americano típico, aunque era realmente un auténtico americano. Ajeno a toda jactancia y fanfarronería, características consideradas típicamente americanas, producía en seguida una sensación de sinceridad.

A los soldados ingleses les gustaba por motivos diametralmente opuestos a los que hacían simpático a Montgomery. Decenas y decenas de cartas de soldados ingleses describían la sencillez del uniforme que llevaba el comandante supremo, desprovisto de cintas, medallas y adornos; así como su comportamiento tranquilo y cordial que inspiraba confianza y su aire de mando. Eisenhower, como «gran jefe», era algo totalmente nuevo para ellos, y, sin embargo, era «el jefe que les caía bien».

Y al mismo tiempo les gustaba Montgomery por su pueril ostentación, por su seguridad que nada podía resquebrajar, por su personalidad dinámica, por su primacía de vencedor de batallas y por su ya formidable colección de medallas.

Estas reacciones de los soldados respecto a sus jefes eran anotadas escrupulosamente por centenares de oficiales encargados de la censura, y de las cuales se podía deducir cada día un interesante resumen del estado de ánimo y de la forma de pensar más difundidos entre los hombres.

De todas las visitas de inspección efectuadas por el comandante supremo y por los más altos comandantes de las fuerzas de tierra, las más importantes eran las reservadas a los campos de adiestramiento de las unidades acorazadas de Hobart. La División Acorazada 79 tenía, en realidad, unos efectivos muy superiores a los de una división normal. Las unidades de asalto, perfectamente adiestradas en la utilización de la extraña e ingeniosa serie de vehículos de combate, se habían constituido para ponerlas a disposición de las unidades británicas y canadienses. Durante las últimas semanas, como había surgido una nueva dificultad para el desembarco, se ideó el sistema de los *Bobbin*, constituido por un rollo de estera de fibra de coco y por un armazón tubular, que permitiría a los carros de combate avanzar por la arena.

Eisenhower, Montgomery y Bradley presenciaron las demostraciones de todo lo que las unidades acorazadas deberían hacer para abrir una brecha en la muralla atlántica, demostraciones efectuadas en condiciones ambientales muy similares a las reales. A Eisenhower le impresionó profundamente esta prueba de eficiencia y dijo que le gustaría utilizar todos los artefactos que había visto en acción. Bradley, aunque se mostró también muy interesado, no manifestó su opinión, mientras que Montgomery dijo estar convencido de que la División Acorazada 79 conseguiría la victoria. Sopesó los detalles y, después de cuidadosos análisis y demostraciones, hizo su elección. Los carros de combate anfibios *DD* conducirían el ataque en todos los puntos elegidos para los desembarcos, seguidos, en el sector de los ingleses y de los canadienses, por los carros de combate *Sherman* como desminadores y por las unidades de la AVRE, los ingenieros de los Cuerpos acorazados, con el apoyo de algunos carros de combate lanzallamas *Churchill Crocodile*. Fue Bradley quien decidió utilizar únicamente los carros de combate *DD*, decisión que revistió una gran importancia.

El «tono» de las inspecciones efectuadas por Bradley difería del que era característico del comandante supremo y del general Montgomery. Su mayor preocupación consistía, evitando dar a sus visitas un carácter oficial, en ver a sus hombres «como eran en realidad»; hasta tal punto que destituyó a un comandante de batallón que había organizado para él una «puesta en escena». Tranquilo y metódico, recorría toda Inglaterra sudoccidental, inspeccionando pequeños grupos e intentando descubrir su humor. Bradley era el tipo de comandante que se sienta en el suelo y, masticando una brizna de hierba, habla a todos de igual a igual.

En mayo había en Inglaterra 11 divisiones norteamericanas, de las que sólo una había recibido su bautismo de fuego, precisamente la 1, que participó en los combates en el sector mediterráneo y que se irritó por la decisión de Bradley de confiarle la misión de conducir el ataque en el sector costero, designado con el nombre convencional de *Omaha*. La División 29 americana, la primera que había llegado a Gran Bretaña, reclamaba para sí el derecho de conducir el ataque; pero manifestaba al mismo tiempo un temor excesivo por las bajas que sufriría. Indudablemente, el general Bradley llevaba sobre su espalda un grave peso, pero lo llevaba bien. Sus hombres, aunque inexpertos, estaban bien adiestrados, mas no poseían, como es lógico, el sentido fundamental de la realidad de la guerra y de lo que sería el ataque inminente, a diferencia de sus aliados ingleses. A los americanos no los habían echado de Francia, no los habían bombardeado y ametrallado en las playas, no se habían encontrado confinados en su propio territorio nacional, con la amenaza de la invasión y bajo los ininterrumpidos bombardeos aéreos; menos aún se habían visto sometidos a un escaso racionamiento durante cuatro largos años. Los americanos en realidad, se encontraban en un país extranjero, alejado de su patria, y se preparaban para atacar otro país extranjero. La empresa iba a ser muy peligrosa, y no tenían la sensación de luchar por su propia liberación o por la de otros. Se trataba de un hecho muy natural. Era un pueblo esencialmente pacífico; el veneno no había penetrado en su sangre. Ahora el problema consistía en hacer que penetrase.

Los sistemas psicológicos adoptados por el Mando americano para sus hombres habrían tenido un efecto deprimente en la moral de los ingleses. Los americanos asistían a conferencias sobre los «milagros de la moderna terapia de guerra» y sobre los métodos más avanzados para la curación de heridas; como incentivo moral contaban con los artículos que aparecían en su periódico militar. Sus comandantes discutían demasiado cándidamente los sistemas para superar el «miedo al *shock* y los sufrimientos de una batalla». Los artículos publicados por sus periódicos insistían en la demencia de la política y de la ideología del enemigo y en la necesidad de combatirlo implacablemente. Y Eisenhower, por su parte, encargaba a sus comandantes «que vencieran la falta de voluntad de combatir de sus hombres explicándoles que la derrota de Alemania era de importancia vital».

En cambio, la instrucción militar dada a las tropas era metódica, cuidadosa, realista y de evidente valor. Mapas en relieve de los sectores costeros respectivos, elaborados con mucha precisión, daban a los hombres una clara visión del cometido que deberían cumplir.

Mientras tanto, durante la última semana de mayo, los preparativos finales, de los que hasta el individuo menos suspicaz podía deducir la inminencia del ataque, se sucedían a pleno ritmo. En aquellos últimos días se sometió a decenas de miles de vehículos a una última y definitiva comprobación de sus condiciones; se procedió a la distribución de moneda extranjera y de píldoras para el mareo, así como a la revisión de las armas. A fines de mayo, hombres y máquinas comenzaron a subir a las embarcaciones y algunos elementos vitales del plan «Neptune» zarparon de los puertos ingleses más alejados y se dirigieron hacia el Sur, al lugar de concentración.

El viernes día 2 de junio, a las 22,15 horas, dos submarinos de bolsillo, el *X-20* y el *X-23*, mandados por el teniente de navío Honour, salieron de las obstrucciones de la entrada oriental de Portsmouth y alcanzaron a los dragaminas de escolta, dirigiéndose hacia Francia. Al amanecer del día siguiente se sumergieron frente a la costa francesa para observar, sin que los avistaran, los movimientos del enemigo. El tiempo había cambiado, empeorando muchísimo. Era el único factor de importancia fundamental que estaba al margen del control de los hombres.

Normandía, 6 de junio, 1944

"D-DAY" EL ATAQUE

US 483
US 284
US 380
RAMP -B
RAMP -A

Llegarían: ya nadie, en las filas de la *Wehrmacht*, tenía la menor duda sobre la inminencia del ataque aliado. No obstante, cuando comenzaron a caer del cielo los paracaidistas, auténticos heraldos de la invasión, los alemanes todavía dudaron: casi no querían creer que, verdaderamente, había empezado la batalla definitiva.

El teniente coronel Hoffmann acababa de echar una mirada a su reloj. Era entonces la una menos veinte. Hacía poco menos de tres cuartos de hora que había comenzado el día 6 de junio de 1944. En las últimas horas transcurridas, sobre el puesto de mando del Batallón III del Regimiento de granaderos 919, situado al este de Montebourg, habían pasado, zumbando, centenares de aviones.

Ahora se avecinaba otra oleada. El zumbido de los motores se hizo más ensordecedor.

Hoffmann salió del *bunker* para echar una mirada a los alrededores y, de repente, se sobresaltó: seis pájaros gigantescos parecían dirigirse justamente hacia su puesto de mando. Se les podía ver claramente, puesto que la luna acababa de asomarse de detrás de las nubes. «Se están lanzando» –se dijo. En efecto, Hoffmann pensó por un momento que el avión había sido averiado y que los hombres de su tripulación estaban descendiendo en paracaídas. Pero luego, de repente, comprendió lo que ocurría: se trataba de un desembarco de tropas paracaidistas. Los blancos hongos descendían balanceándose, precisamente en dirección a su *bunker*.

«¡Alarma! ¡Alarma!» –gritó.

Los fusiles de los centinelas empezaron a crepitar: estaban disparando contra los amplios paracaídas que se balanceaban en el aire. Entonces la luna se escondió y la oscuridad volvió a envolver a los enemigos que llovían del cielo. Hoffmann tomó un fusil. Luego, la primera ráfaga de un fusil ametrallador norteamericano rasgó la oscuridad.

Había comenzado la batalla de Normandía.

A unos ochenta kilómetros al suroeste del puesto de mando del citado Batallón III del Regimiento de granaderos 919, en la orilla meridional del río Orne, se estaba produciendo la misma situación. El centinela alemán que se encontraba en el extremo oriental del puente que pasaba sobre el canal de Caen a Bénouville se alarmó: a menos de 50 m de distancia, delante de su garita de hormigón, la silueta espectral de un avión se estaba precipitando de improviso hacia el suelo sin que se oyera ningún ruido de motores. Un instante después se percibió un choque, seguido del crujir de algo que se estaba rompiendo; luego, se hizo el silencio.

El centinela empuñó el fusil dispuesto a hacer fuego; después retuvo el aliento, escuchando. «Un bombardero derribado», fue su primer pensamiento. Al fin y al cabo ya hacía más de una hora que, desde la costa llegaban, una tras otra, numerosas formaciones de bombarderos enemigos. Hacia Caen se oía el fragor de las numerosas explosiones, mientras desde las cercanías de Troarn llegaba el eco ensordecedor de los cañones de la artillería antiaérea.

«Han tenido su merecido», pensó el soldado Wilhelm Furtner. Pero, casi en seguida, le cegó un resplandor ardiente y no pudo oír la explosión de la granada de fósforo.

En la trinchera, cerca de la embocadura del puente, sus compañeros se levantaron precipitadamente y corrieron hacia la ametralladora. Dispararon una ráfaga sin mirar a donde. En realidad no veían nada. Luego, de improviso, oyeron unas voces que decían: *«Able-Able.»* No sabían que se trataba del santo y seña del destacamento A de un grupo de combate de la División Aerotransportada 6 inglesa, uno de cuyos planeadores se había posado un momento antes frente a ellos. El cabo del cuerpo de guardia ya estaba a punto de descolgar el teléfono para dar la alarma a su comandante de pelotón, en el otro extremo del puente. Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Dos granadas de mano penetraron a través de la tronera de la casamata y todo se acabó.

La ametralladora alemana estaba barriendo el puente. Cayeron los primeros soldados británicos, pero el grueso logró pasar. Tras una breve escaramuza, el cuerpo de guardia germano fue arrollado. Quedaba así en manos británicas el puente que pasaba sobre el canal de Caen a Bénouville. Sólo el soldado de primera Weber logró ponerse a salvo; atravesó corriendo el pueblo y llegó al puesto de mando. «Paracaidistas británicos se han apoderado del puente sobre el canal» –gritó. Pero lo que él no sabía era que el cercano puente de Ranville, sobre el Orne, también había sido conquistado, con un ataque por sorpresa, por algunos hombres de la 5.ª Brigada paracaidista. En Cairon, en el puesto de mando del Batallón II del 192.° Regimiento de *Panzergrenadier*, sonó entonces el teléfono de campaña. «Lancen un contraataque inmediato contra paracaidistas enemigos en la cabeza de puente de Bénouville.»

En el puente sobre el Dives, en la carretera de Varaville a Grangues, otro centinela parecía taladrar con ojos vigilantes la oscuridad de la noche. El puente estaba vigilado por el Batallón II del Regimiento de infantería 744, unidad que, sin embargo, no superaba en efectivos a un simple pelotón. El centinela tenía razón para maldecir aquel puente. Cuatro semanas antes, el Batallón III había organizado un ejercicio nocturno sin preocuparse de avisar a las unidades próximas, y organizó un ataque fingido contra el puente. Ignorando, como es natural, que los disparos que habían empezado a oírse de improviso en el camino de acceso al puente eran de fogueo, el centinela creyó que se trataba de algo serio y, en consecuencia, abrió el fuego con su ametralladora. Hubo dos muertos y bastantes heridos. Y, como es lógico, el incidente provocó una situación muy embarazosa y algunas investigaciones más bien desagradables. El recuerdo de este episodio acudió a la mente del centinela apostado en el puente cuando, poco después de medianoche, vio a tres hombres, con las caras ennegrecidas, que trepaban por el terraplén. «Malditos imbéciles», gritó con rabia volviéndose hacia ellos. Luego se puso en pie. Pero ya era demasiado tarde. No tuvo tiempo de pedir socorro ni de gritar. Sin lanzar siquiera un gemido se derrumbó a tierra, herido por el largo puñal de un paracaidista.

«Se trata de la invasión»

Era exactamente la 01,11 horas cuando sonó el teléfono de campaña sobre la mesa del general Marcks, en el mando del Cuerpo de Ejército LXXXIV, en Saint-Lô. Marcks y sus oficiales de Estado Mayor estaban en aquel momento inmersos en el estudio de los planos, y el general en persona levantó el auricular. Escuchó. Luego levantó la cabeza y, con un gesto, llamó al jefe de Estado Mayor a fin de que también escuchase. La llamada procedía del jefe de la Sección de Operaciones de la División 716. Las palabras se oían excitadas en el auricular: «Paracaidistas enemigos han desembarcado al este del estuario del Orne. Las zonas principales son la de Bréville-Ranville y el límite septentrional del bosque de Bavent. Aparentemente sus principales objetivos son los puentes sobre el Dives y los puntos de cruce del Orne. Estamos tomando contramedidas». Semejante noticia produjo el efecto de un trueno. ¿Se trataba quizá de la invasión? ¿O eran tan sólo grupos de enlace paracaidistas más fuertes que iban a ponerse en contacto con el movimiento partisano francés? Eran preguntas a las que se debía responder inmediatamente. Después de un momento de vacilación, el mayor Hayn sacudió la cabeza y dijo: «Demasiado cerca de nuestra línea del frente. Los partisanos no correrían jamás riesgos de esta clase». Y concluyó: «Se trata de la invasión».

Estaban todavía discutiendo lo que sería más conveniente hacer cuando el coronel Hamann, oficial en funciones de comandante de la División 709, comunicó por teléfono: «Paracaidistas enemigos al sur de Saint-Germain-de-Varreville y en Sainte-Marie-du-Mont. Un segundo grupo al oeste del río Merderet y en la carretera que va hacia Sainte-Mère-Eglise. En el puesto de mando del Batallón III del Regimiento de granaderos 919 se encuentran algunos prisioneros de la División Aerotransportada 101 norteamericana».

En aquel momento era la 01,45. Cinco minutos después, exactamente a la 1,50 horas, los teléfonos sonaban también en París, en un gran edificio del Bois de Boulogne. El jefe de la Sección de Operaciones del Grupo naval occidental, capitán de navío Wegener, convocó a sus oficiales a la sala de operaciones. «Creo que ha llegado el momento de la invasión», dijo con calma.

Pero tanto en París como en Rastenburg la noticia se acogió con escepticismo. «¿Qué? ¿Con este tiempo? No hay duda de que nuestros técnicos se deben haber equivocado». Incluso el comandante en jefe del sector occidental dijo con manifiesta ironía: «¿No se tratará de una bandada de gaviotas?». Desde luego, se resistían a creerlo. Pero los jefes de la Marina no tenían la menor duda. Y, en consecuencia, el mando naval puso en estado de alarma a todas las estaciones costeras y todas las unidades navales fondeadas en los puertos: «¡La flota de invasión está llegando!».

De *Invasion-they're coming!* de Paul Carell (George Harrap & Co Ltd.).

Normandía, 6 de junio, 1944

"D-DAY" EL JUEGO DE AZAR

R. W. Thompson



El día fatídico había llegado: los primeros soldados aliados cayeron del cielo o se arrojaron desde el mar, contra las defensas costeras, dando comienzo así a la batalla por Europa. Para algunos se trataba de un auténtico alivio después de meses y meses de espera, de duro adiestramiento, de preocupaciones y de dudas. Pero para otros sería el caos, la confusión, la muerte. Mientras en una playa los hombres llegaban tranquilamente a tierra sin encontrar resistencia, en la playa vecina se les bloqueaba y exterminaba. Hubo momentos en que una acción decisiva por parte de los alemanes hubiera podido aniquilar las cabezas de desembarco aliadas: momentos en que el desastre pareció casi inevitable. Pero también los alemanes estaban confusos y aturdidos ante el peso de aquel ataque tan masivo. Así, al llegar la noche, las divisiones aliadas se habían asegurado un sólido punto de apoyo: el gran juego de azar había triunfado.

El 4 de junio las condiciones atmosféricas eran tan desfavorables que fue preciso aplazar por un día la invasión. El 5 las previsiones meteorológicas dejaron entrever esperanzas de próxima mejoría. Preocupado por el caos que se originaría a causa de otro aplazamiento, Eisenhower decidió arriesgarse: el 6 de junio sería el "D-Day".

LA ESPERA

La salida del sol, a las 5,58 horas de la mañana del día 5 de junio de 1944 fue más bien una noción teórica y no una realidad tangible que señalase el paso de una noche oscura y borrascosa a un día gris y tempestuoso. Las aguas del canal de la Mancha estaban agitadas y las olas se elevaban muy altas, poniendo a dura prueba la capacidad de resistencia y la robustez de los estómagos de los que se encontraban a bordo de las embarcaciones. Un viento impetuoso, de fuerza 5, que soplaba desde el Oeste, llenaba de espuma la cara de los vigías y de los timoneles, mientras multitud de pequeñas embarcaciones volvían atrás para regresar apresuradamente a los puntos de reunión. Al amanecer, 5000 embarcaciones, de una cincuentena de tipos y dimensiones, empezaron a abandonar sus fondeaderos, y la estela de muchos convoyes surcaban ya las aguas costeras de Gran Bretaña, desde Fowey al río Nore. Habían pasado casi cuatro años desde aquel día en que los restos del Cuerpo Expedicionario británico había vuelto destrozado de Dunkerque, y desde entonces las aguas costeras de Inglaterra no habían asistido jamás a semejante actividad. Como entonces, también en esta lívida mañana de junio, el mando de las fuerzas navales se había confiado a Ramsay.

El 5 de junio no puede ser mencionado entre las fechas fundamentales de la historia que se pueden describir de una manera general. Significaba mucho. Con anterioridad, 287.000 hombres y un despliegue de medios de combate acorazados se habían cargado en los buques, algunos desde principios de mes. Otros habían ido y venido de una parte a otra, sin ver el cielo y el mar, la luz del día o la oscuridad de la noche, mareados, inseguros sobre su destino, cansados, conscientes tan sólo de que vendría el momento en que, como nuevos Jonás, serían desembarcados en playas extranjeras, erizadas de dispositivos mortales y barridas por el fuego enemigo.

Mientras miles de hombres se consumían en esta espera, otros miles estaban ocupados en un duro trabajo: eran los tripulantes de los pequeños buques de transporte y de las grandes unidades de guerra; los artilleros, alerta en las torretas de centenares de cañones; hombres acurrucados sobre asientos giratorios, tras el poderoso dispositivo de las armas que apuntaban hacia el cielo. Otros hombres estaban atentos a los mecanismos y cabos de arrastre, en los remolcadores que arrastraban embarcaciones de silueta aplastada y extraña para sacarlas de los estuarios, siguiendo a la gran flota que se concentraba al sur de la isla de Wight.

La fuerza U2a, que formaba parte de la fuerza U (abreviatura de *Utah*), había sido la más desgraciada. Las 128 embarcaciones de desembarco para carros de combate, sobrecargadas de hombres y de vehículos acorazados, después de haber zarpado y de poner rumbo al Oeste, se equivocaron y navegaron hacia el Este, invirtieron su ruta y se encontraron luego en la zona de mayor viento, que soplaba desde el Oeste, yendo a buscar abrigo en la bahía de Weymouth y en el refugio de Portsmouth; hacia el crepúsculo del 5 de junio viraron nuevamente al Este, a lo largo del canal de la Mancha, para dirigirse a Francia.

También la fuerza O (abreviatura de *Omaha*) luchó mucho tiempo con el viento del Suroeste. en un continuo avanzar y retroceder que se prolongó durante interminables horas, mientras los hombres permanecían amontonados en las bodegas de las embarcaciones.

Durante las horas de oscuridad los grandes convoyes siguieron avanzando, sin ser molestados, por los canales delimitados por boyas que las flotillas de dragaminas habían limpiado previamente: se trataba de un despliegue que se extendía a lo largo de más de 50 millas, acompañado por decenas de pequeñas unidades de guerra que, por los flancos, se extendía mucho más allá, en busca de eventuales unidades enemigas. Pero no había la menor traza del enemigo. La violencia del viento, que agitaba el mar, no lograba paliar el extraño y casi sobrenatural silencio de aquella noche. El constante zumbido de las formaciones de bombardeo que surcaban el cielo y el chirrido de las planchas de acero parecían acentuar más aún la ausencia del enemigo. Parecía imposible que semejante cantidad de buques y de hombres se hubiera podido reunir en el poco tiempo de varios meses y cruzar el canal de una orilla a otra sin que el enemigo se diera cuenta de ello.

La tarde del día 5, antes incluso de que el sol se ocultase, dos flotillas de dragaminas se acercaron a las costas de Normandía; los navíos eran claramente visibles para quien se encontrase en tierra, y tanto se acercaron que los hombres que iban a bordo podían distinguir con toda facilidad y a simple vista las casas que había a lo largo del litoral. Por su parte los submarinos de bolsillo, al mando del teniente Honour, habían alcanzado ya los puntos preestablecidos, junto a la costa, delimitando el flanco oriental y señalando la presencia de bajíos peligrosos. No había ningún indicio de que los alemanes se hubieran dado cuenta de lo que estaba sucediendo. A partir de las 2,00 horas del día 6, las unidades navales que llevaban a bordo a los hombres encargados de dirigir la operación se dirigieron a las zonas asignadas y se dispusieron a lanzar al agua los medios de asalto. Entonces, los únicos peligros eran los inherentes a las dificultades de superar el estado del mar.

Los continuos ataques lanzados desde el aire contra el complicado sistema de prealarma del enemigo habían alcanzado resultados que incluso parecían demasiado brillantes. En toda la zona «Neptune», comprendida entre Cap d'Antifer y Barfleur, fueron puestas fuera de combate setenta y cuatro estaciones de radar, y las dieciocho que todavía estaban en condiciones de funcionar se mantenían en silencio. Pero no era suficiente «cegar» al enemigo, sino que también era necesario engañarlo. Y precisamente con este fin se dejaron deliberadamente en condiciones de funcionar diez estaciones al norte del Sena, y en este tramo de costa la *Royal Navy* intentó crear una tela de araña de perfiles y de ecos destinada a engañar a los alemanes. Puede parecer extraño que se recurriera a esta estratagema; pero lo cierto es que por parte de los Aliados no se manifestaba la menor tendencia a subvalorar los recursos de las divisiones alemanas desplegadas en el frente occidental. Por esta razón, durante toda la jornada del 5 de junio y en el curso de la noche siguiente, 185 aviones de la RAF y 34 pequeñas unidades de la Royal *Navy* –moviéndose en zigzag en el cielo y en el mar, y lanzando al aire un gran número de globos de barrera– se afanaron en crear en los radares enemigos los «ecos» de una gran flota que navegase hacia el Paso de Calais. Al mismo tiempo, entre Cap d'Antifer y Barfleur, llevaban a cabo una intensa actividad de hostigamiento y desarrollaban maniobras diversivas. La aproximación silenciosa de la gran flota, que al final de la travesía se abrió en abanico, a una distancia de 8-12 millas de la costa, para cubrir toda la bahía del Sena, constituyó por sí misma una elocuente y clara demostración del éxito logrado por los Aliados en este aspecto.

Poco después de las 9, la insólita longitud y el contenido de los mensajes transmitidos por la BBC al movimiento de Resistencia francés alarmó a los alemanes, y, en consecuencia, en el Paso de Calais se puso en estado de alarma al Ejército 15; en cambio no se alertó al Ejército 7, desplegado en Normandía. Se diría que nada podía apartar a Rundstedt de sus convicciones preconcebidas, ni siquiera el hecho de que contingentes de tres divisiones aerotransportadas aliadas fueran lanzados en paracaídas justamente en la zona defendida por sus fuerzas. Mucho tiempo antes de que desembarcaran los primeros medios de asalto de las fuerzas transportadas por mar, la batalla ya había estallado en tierra firme.

LANZAMIENTOS DE PARACAIDISTAS AL OESTE: "REINARÁ EL CAOS"

La tarde del 5 de junio, menos de media hora después del crepúsculo, mientras los buques que iban en cabeza de la gran fuerza de desembarco avanzaban a lo largo de los canales libres de minas, los *Pathfinder* de las fuerzas aéreas estadounidenses y británicas se elevaban desde los aeródromos de Gran Bretaña para encender señales luminosas en los campos de Normandía. Poco después de medianoche, estas pequeñas vanguardias de unidades escogidas se movían silenciosamente en medio de los enemigos: los ingleses para señalar las zonas de lanzamiento a la División Aerotransportada 6, al nordeste de Caen, en el flanco oriental, y los norteamericanos sobre el río Merderet y en la carretera Carentan-Montebourg-Cherburgo, en el sector de Sainte-Mère-Eglise. Tras ellos, más de 1200 aviones se disponían a lanzar en paracaídas a unos 20.000 hombres; a éstos les seguirían los planeadores, para los cuales los paracaidistas tenían que preparar el terreno.

La última advertencia que el general que mandaba la 3.ª Brigada paracaidista británica dio a sus hombres puede servir para aclarar cuáles eran los términos en que se hallaba la situación: «No os asustéis si reina el caos; porque en realidad no puede ser de otra forma».

El lanzamiento de la División Aerotransportada 101 norteamericana, según lo que han permitido establecer los elementos conocidos posteriormente, se efectuó en una zona que medía, en el mapa, 40 km de longitud por 25 km de anchura; pero algunos elementos aislados fueron a parar bastante más lejos. Lanzados desconsideradamente, por lo que parece, mientras soplaba un viento violentísimo, acabaron cayendo en la zona inundada y entre la intrincada vegetación de la faja interior que se extendía más allá de la playa *Utah*.

La División Aerotransportada 72 norteamericana, gracias a que uno de sus regimientos aterrizó a una distancia razonable de los objetivos, fue un poco más afortunada; pero del resto de la división, sólo el 4 % tomó tierra en las zonas prefijadas al oeste del río Merderet. Por ello la citada

unidad no pudo llevar a cabo la misión asignada, ni atravesar los ríos Merderet y Douve, pues había quedado reducida a un solo regimiento.

Al amanecer del día 6, cuando ya se iniciaban los desembarcos por mar en la playa *Utah*, la División 101 sólo había conseguido reagrupar 1100 hombres de los 5600 que formaban sus efectivos; por la tarde, dichos efectivos alcanzaron los 2500 hombres. La División 82, que aquel día contaba con 4000 hombres de menos, al cabo de tres días seguía disponiendo únicamente de un tercio de su fuerza real. Ambas divisiones habían perdido gran parte de sus armas y de su equipo, así como muchas piezas de artillería aerotransportada a bordo de los planeadores; casi todo el material acabó en el lecho de los ríos Merderet y Douve. Por ello, ninguna de las dos unidades estuvo en condiciones de preparar el terreno, de manera adecuada, para la llegada de los refuerzos que se enviaron por medio de planeadores, y las pérdidas sufridas fueron graves, casi trágicas.

Sin embargo, lo más notable es que el enemigo permaneció en un estado de confusión tan grande, ante la desordenada llegada de las fuerzas aliadas en medio de sus filas, que prácticamente no estuvo en condiciones de enviar reservas en ayuda de los defensores de las playas. Cuando la División de infantería 4 norteamericana se dispuso a desembarcar, la batalla por la playa *Utah* ya estaba prácticamente ganada.

Nunca ha sido posible –ni lo será jamás– saber con exactitud cómo se desarrollaron los combates en que se vieron empeñados, durante aquella jornada, los restos aislados de las divisiones aerotransportadas. Nunca se logrará establecer el valor de la contribución individual de aquellos hombres que tuvieron que combatir solos o en grupos de dos o tres. Incluso los que cedieron sin combatir contribuyeron a aumentar la confusión del enemigo. Los *Pathfinder* de las divisiones aerotransportadas no estuvieron a la altura de la misión que se les había confiado. Muchos no lograron localizar ni señalar las zonas de lanzamiento; especialmente al oeste del río Merderet, donde pululaban las fuerzas enemigas; en algunos puntos no se colocó ninguna señal luminosa, y en otros se colocaron en lugares equivocados. Algunos pilotos que se enfrentaban por primera vez con el fuego antiaéreo –muchos, por añadidura, «no instruidos adecuadamente»– efectuaron confusas maniobras evasivas, perdieron la ruta en los bancos de nubes y acabaron por encontrarse más allá de la zona de lanzamiento. Otros llegaron a los puntos fijados volando a una velocidad excesiva y a una altura demasiado elevada, y lanzaron al vacío sus «racimos» de hombres, aumentando con ello los peligros que ya de una manera natural acarrea el lanzamiento con paracaídas.

El general de división Maxwell Taylor, comandante de la 101, que se había lanzado con algunos oficiales de su división, se vio obligado a dedicar todo el día a reunir a sus hombres y a poner un poco de orden en medio de aquel caos. Tuvo la impresión de encontrarse «solo en la península de Cotentin». En conclusión, para tener una idea del dramatismo de la situación bastará considerar las dificultades que tuvieron que superar una media docena de coroneles para tratar de reunir a su alrededor –con la ayuda del *clic-clac* producido por un aparato especial que llevaban los hombres– a grupos que oscilaban entre 75 y 200 soldados.

Con un gran golpe de suerte, un pequeño grupo de paracaidistas mató en una emboscada al comandante de la División 91 alemana, sorprendido mientras volvía a su puesto de mando después de una reunión. De este modo la División 91, especialmente preparada para enfrentarse con un eventual ataque aerotransportado y que constituía casi la única unidad de reserva disponible a espalda de los defensores de la costa de Cotentin, se vio privada de su comandante y gravemente perjudicada. Pero, por otra parte, aquel ataque aerotransportado no tenía ni «forma» ni dimensiones localizables con precisión; no existían puntos focales a los que contraatacar; para completar el cuadro, no había tampoco un comandante dotado del valor necesario para emplear las tropas del modo enérgico y decisivo que requería la situación.

Mientras muchos oficiales alemanes estaban seguros de que aquello era el comienzo del principal ataque aliado –previsto y esperado desde hacía tiempo– y de que el campo de batalla sería Normandía, otros (como el teniente general Speidel, jefe de Estado Mayor de Rommel, y el teniente general Blumentritt, jefe de Estado Mayor de Rundstedt) demostraban sus dudas. Fue por esto

Rangers norteamericanos ocupan su puesto en una barcaza de desembarco que los llevará a las playas francesas de Normandía. (Imperial War Museum)



por lo que la disciplinada máquina bélica alemana permaneció indecisa y como paralizada, sin emplear sus ya escasas reservas y con las fuerzas acorazadas en espera: Rommel ausente de la zona y Hitler tranquilamente dormido. Estos factores dieron a las fuerzas aerotransportadas, en el flanco occidental, cierta ventaja inicial y las salvaron del peligro de aniquilamiento.

En todo el curso de aquella jornada y durante la noche siguiente, la División 101 –reducida, en términos de fuerza efectiva, a bastante menos de un regimiento– no sólo permaneció aislada de sus propias unidades, sino también completamente ignorante de lo que le podía haber ocurrido a la División 82. Mas, paradójicamente, en su confusión consiguió quizá resultados tan positivos como los que habría podido esperar actuando de forma única y ordenada: en efecto, el caos creó el caos.

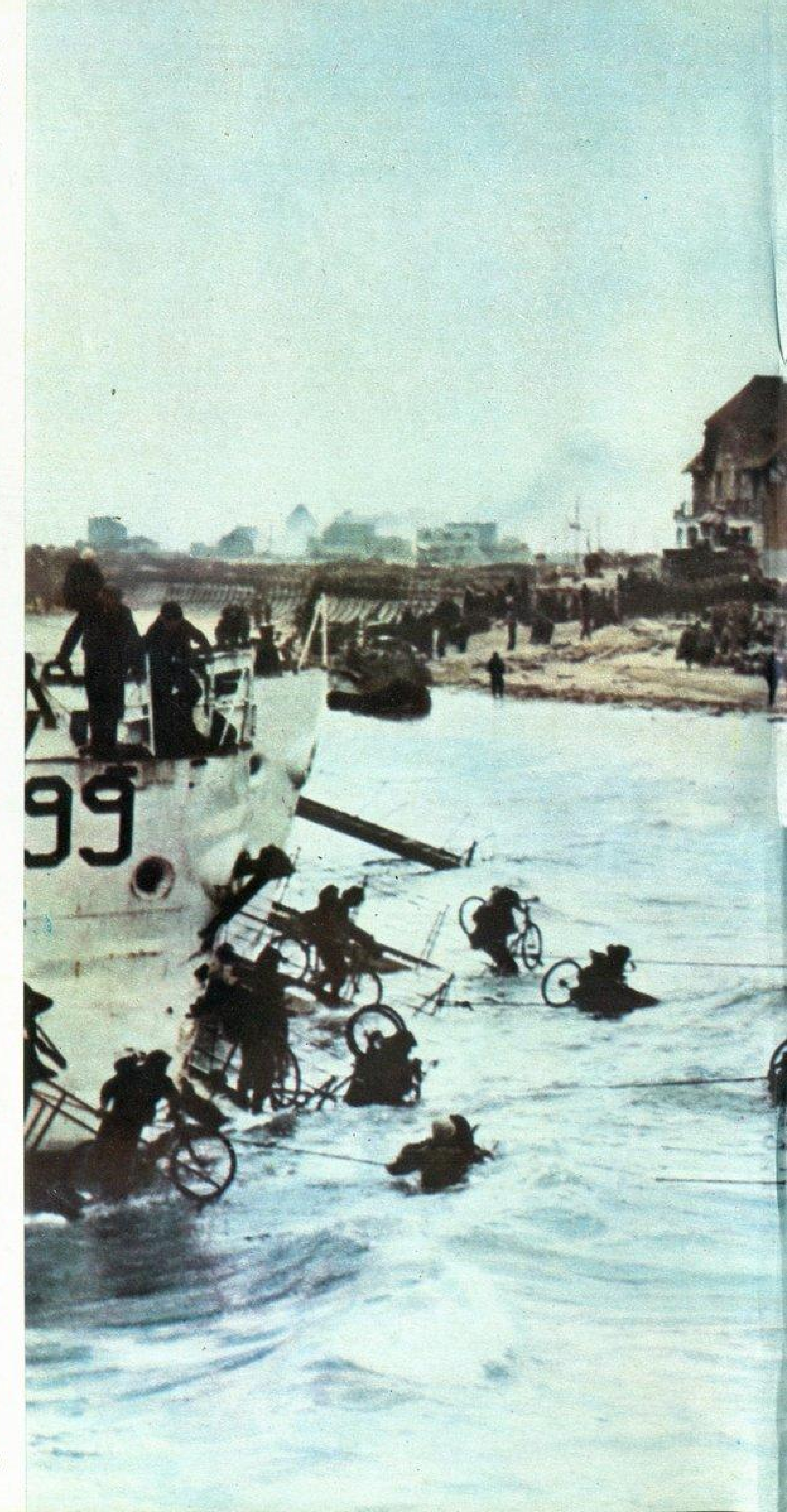
El único desembarco verdaderamente eficaz

La historia de la División Aerotransportada 82 es sencilla. Dos de sus regimientos, a los que se les había confiado el encargo de rastrillar la zona situada al oeste del río Merderet y el recodo del río Douve, no entraron en acción. Le correspondió a un único regimiento salvar la situación y combatir la única batalla auténtica sostenido por las fuerzas aerotransportadas norteamericanas. Mientras centenares de hombres se batían en los pantanos del río Merderet, arrastrándose hacia los pocos metros de tierra seca, junto al firme de la vía férrea, el 3.er Regimiento aterrizó de manera bastante unida al noroeste de Sainte-Mère-Eglise. Este éxito no fue el resultado de circunstancias favorables, sino de la determinación con que los pilotos buscaron sus objetivos. Ya mucho antes del alba, el teniente coronel Krause, encontrándose en la periferia de Sainte-Mère-Eglise con la cuarta parte de su batallón aproximadamente, se lanzó contra la población sin esperar la llegada de otras fuerzas, sorprendió totalmente al enemigo y empezó a constituir una base sólida. Por la tarde la ciudad ya estaba firmemente en poder de los americanos, después de haber sostenido cuatro auténticos combates.

La División 82 había sido lanzada justamente en los límites de la zona de reunión de la División 91, y al principio se encontró en una situación bastante más precaria que la de la 101. Aunque en modo fragmentario todos los paracaidistas se hallaron de pronto en medio de las filas enemigas, obligados a batirse por defender su propia vida a los pocos minutos de haberse librado de los paracaídas. Algunos pequeños grupos de 50-60 hombres lucharon todo el día en los fosos y detrás de los cercados, a veces a menos de 1000 m de distancia de otros, pero con los que, no obstante, no les era posible establecer contacto.

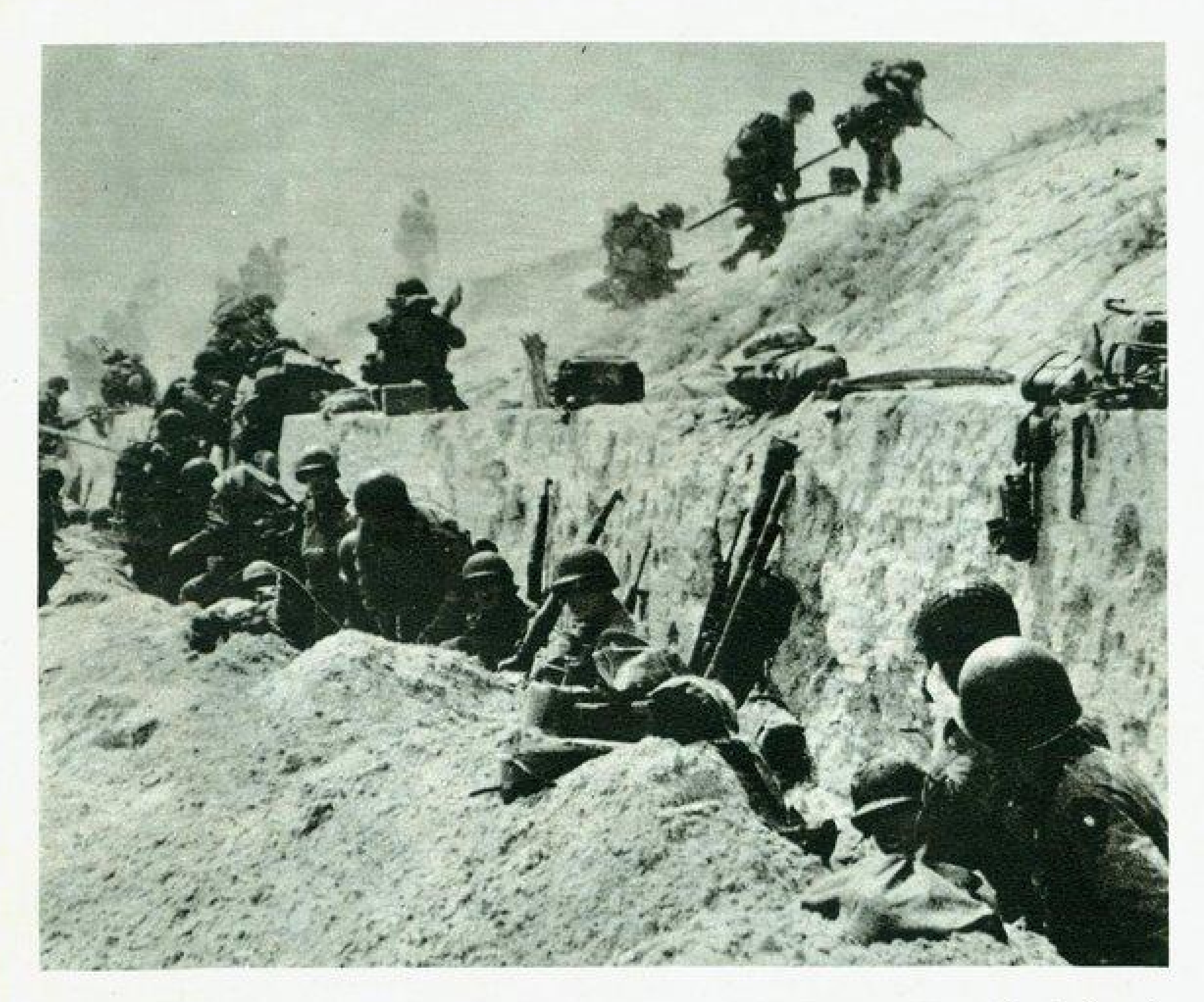
En resumen, las acciones de las Divisiones Aerotransportadas 1-1 y 82 en el curso del «D-Day» sólo se pueden valorar en términos fragmentarios. Al final de la jornada, las dos unidades no habían logrado ponerse en contacto, y cada una de ellas calculaba haber perdido alrededor de los dos tercios de sus hombres. Ninguna tenía la más ligera idea de lo que estaba ocurriendo. Y en tales condiciones la única cosa que se podía hacer era esperar la mañana siguiente.

Por fortuna, como ya se ha dicho, entre las fuerzas alemanas reinaba una confusión bastante próxima al derrumbamiento. Atacadas desde el cielo incesantemente y de forma masiva, desconcertadas por el hecho de que aquel día precisamente



Una unidad ciclista canadiense, que parece anacrónica en una guerra en la que predominaba la lucha entre vehículos acorazados, toma tierra en la playa *Juno*. A pesar de las dificultades con las que se tropezó en la primera fase del desembarco, durante el día los vehículos acorazados especiales de Hobart consiguieron abrir, en la citada playa *Juno*, doce pasos para las tropas canadienses. *(History of the Second World War)*





El sector *Utah*: mientras algunos hombres descansan al abrigo de un muro de cemento, otros elementos del Regimiento 8 de la División de infantería 4 ascienden por la pendiente de una duna para infiltrarse hacia el interior. El desembarco del Cuerpo de Ejército VII norteamericano, al mando del general Collins, fue rápido y no halló apenas resistencia; a media noche, toda la División 4 había desembarcado y otras muchas fuerzas se le unieron poco después: en total, unos 20.000 hombres y 1700 vehículos. *(Keystone)*

sus comandantes de mayor graduación se encontraba en una reunión en Rennes, por la completa confusión en que habían caído sus líneas de comunicaciones y, finalmente, al parecer, por una especie de presentimiento de su inevitable destino, opusieron una resistencia no menos fragmentaria que la acción de las tropas atacantes. El comandante von der Heydte, jefe del 6.º Regimiento paracaidista alemán (quizá la mejor unidad germana en la zona de Carentan), ha expuesto las dificultades que encontró aquel día para recibir órdenes de sus jefes. Desde lo alto del campanario de la iglesia de Saint-Côme-du-Mont podía ver, con sus propios ojos, el flanco occidental de la inmensa fuerza de desembarco aliada. El espectáculo le pareció extrañamente irreal, casi pacífico. A mediodía el sol resplandecía, y la escena le recordó «un día de verano en el Wannsee».

Von der Heydte lanzó sus tres batallones al combate, uno al Norte para atacar Sainte-Mère-Eglise, otro al Nordeste para proteger el flanco vuelto hacia el mar en la zona de Sainte-Marie-du-Mont, y el tercero más atrás, en Carentan. Pero von der Heydte perdió casi inmediatamente el contacto con sus unidades. En el flanco occidental se había derrumbado totalmente cualquier forma de defensa organizada.

PLAYA "UTAH": 12 HOMBRES MUERTOS

A las 02,00 horas del 6 de junio, las unidades navales de cabeza de la fuerza U, dividida en doce convoyes, con un total de 865 barcos y al mando del contraalmirante norteamericano Moon, acudieron a la zona de agrupamiento, a 12 millas frente a la costa oriental de la península de Cotentin y ante las dunas de Varreville: la llamada playa *Utah*. El ataque contra la citada playa, en el extremo del flanco occidental, fue prácticamente una operación aislada. En caso de fracasar el ataque en los restantes sectores, se hubiera podido reforzar dicho flanco de manera adecuada para establecer una cabeza de puente, aislar la península de Cotentin y asegurarse el dominio de Cherburgo. Sin embargo, en el caso de producirse esta situación ya no se trataría de la Operación «Overlord».

La Orden de operaciones n.º 1 decía textualmente: «El Cuerpo de Ejército VII ataca la playa *Utah* el "D-Day" a la hora H y conquista lo antes posible Cherburgo».

En las horas que precedieron al amanecer, las órdenes cursadas al Cuerpo de Ejército VII se fueron detallando para las pocas unidades que desembarcarían en los bajíos de aquel mar hostil. La División de infantería 4 constituiría la cabeza de desembarco; el Regimiento de infantería 8 dirigiría el ataque con el Batallón I a la derecha (*Green Beach*, playa verde), y el Batallón II a la izquierda (*Red Beach*, playa roja); en vanguardia irían dos compañía de cada batallón; 30 hombres en cada barcaza de desembarco; 5 barcazas de desembarco para cada compañía; 20 barcazas de desembarco (para un total de 600 hombres) en vanguardia, con dos compañías del Batallón de carros LXX en la primera oleada. Detrás de ellos llegarían, oleada tras oleada, sus compañeros: respectivamente a las horas H + 5, H + 15, H + 17, H + 30, y así, sucesivamente, durante todo el día, la noche siguiente y aún más.

En el flanco occidental se había fijado la hora H para las 06,30; por el contrario, a lo largo de las playas elegidas para el desembarco, a causa de las variaciones de la marea, fue necesario establecer de izquierda a derecha (es decir, desde la playa *Utah* a la playa *Sword*), cuatro horas H distintas; entre la primera y la última había un intervalo de una hora y veinticinco minutos. En aquella fría mañana, los hombres del sector de la derecha fueron lanzados al asalto: sobre sus cabezas rugían los aviones y a su alrededor resonaban los disparos de las piezas de grueso calibre de los buques de guerra.

A la izquierda, en un sector de costa de casi 80 km, se estaban desarrollando «variaciones sobre el mismo tema»: en las playas *Omaha, Gold, Juno* y *Sword*, sobre la línea oscura donde mueren las olas, se alzaba el polvo en columnas, levantadas por las explosiones de las bombas y de las granadas, formando sobre el escenario de la batalla un telón opaco y siniestro.

Las granadas enemigas que estallaban a tiempo, las intermitentes explosiones de las minas y los gritos de los hombres que se ahogaban (los brazos inútilmente lanzados hacia arriba), arrastrados por el peso del equipo, perturbaban la mente y los sentidos. Los 60 hombres de la 2.ª batería del Batallón de artillería de campaña XXIX quedaron reducidos a un simple dato estadístico para anotar en la columna de las pérdidas; aquellas sombras oscuras que se debatían en el agua, y bajo el agua, no eran ya otra cosa que una parte de las fuerzas atacantes que acababan en el fondo del mar.

Pero el ataque proseguía, sin que lo detuviera ningún desastre; llegaba la segunda oleada, los *bulldozers* y las unidades especiales de ingenieros, todas en su puesto, mientras el armamento pesado del grupo aéreo encendía en aquel amanecer gris claridades rojizas. Eran unos 276 los aviones de la 9.ª Fuerza Aérea norteamericana que se lanzaban, rugiendo, sobre las instalaciones defensivas costeras para lanzar su carga de explosivos –4404 bombas de 125 kg cada una–, repartidos sobre siete objetivos, «según las instrucciones».

Diecisiete de los 33 aviones de la fuerza de apoyo dieron la impresión de que lo destruían todo cuando, en un escalofriante chirrido, lanzaron sus racimos de cohetes contra la playa. Otros aviones ametrallaban, con la esperanza quizá de hacer saltar las minas, o quizá tan sólo para mantener la moral de los hombres que poco a poco desembarcaban.

La playa era casi invisible tras la nube de arena levantada por las granadas y las bombas, una nube que parecía confundirse con el cielo; y sobre ella y bajo ella se hallaba el enemigo, ¡si es que algún enemigo había logrado sobrevivir!

Un desembarco rápido e «indoloro»

Desde las barcazas que constituían la primera oleada se dispararon proyectiles fumígeros que se elevaron y estallaron en el aire: era la señal convenida para que cesara el fuego de la artillería de las unidades navales. Faltaban todavía 270 metros que recorrer; luego se bajarían las rampas y los 300 hombres del Batallón II, con el agua hasta la cintura, iniciarían su marcha hacia la playa. Normandía al fin: los primeros hombres en tierra y sin haber disparado ni un tiro; y las grises siluetas de los carros de combate que surgían del mar y trepaban por la orilla, adentrándose en las líneas alemanas. Estos pocos hombres, y sus compañeros de las unidades de vanguardia que desembarcaron pocos minutos después, a su derecha, no sabían que una corriente del Sudeste los había arrastrado hasta casi dos kilómetros al sur del punto previsto. Pero fue una gran suerte. Dos horas más tarde, los elementos de cabeza se habían lanzado más allá de la playa. El enemigo sólo opuso unas fuerzas que no eran superiores a una compañía, y para rebasar el muro rompeolas ni siquiera fue necesario un verdadero ataque. A las 10, seis batallones de infantería avanzaban más allá de la playa, y únicamente alguna que otra explosión les hostigó.

Poco después del mediodía, tres batallones del Regimiento de infantería 22 avanzaban hacia el Norte para abrirse un camino en aquella dirección: el Batallón III a lo largo de la carretera litoral, a fin de afirmar un flanco en Hamel-de-Cruttes; el I y el II oblicuamente y en condiciones muy duras –a menudo con el agua hasta la cintura y a veces incluso hasta las axilas o la garganta–, a través de terrenos inundados que era necesario rebasar para llegar a Saint-Germain-de-Varreville.

En condiciones aún peores se encontraron los hombres del Regimiento de infantería 12, que avanzaban desde Grande Dune y se vieron obligados, al llegar a las tierras secas, a atravesar, calados hasta los huesos, una faja de terrenos pantanosos.

En el curso de toda la jornada, los Regimientos 8 y 22 de infantería registraron la pérdida de 12 hombres tan sólo. Unas pérdidas veinte veces superiores se habrían considerado un resultado positivo, y sólo pérdidas cien veces superiores un contratiempo infausto. En efecto, un solo soldado, decidido y armado con un fusil, ya habría podido eliminar en la playa a doce hombres en la primera media hora. Los esfuerzos de la División de infantería 4 se tuvieron que concentrar y dirigirse principalmente contra las dificultades naturales. De manera muy distinta marchaban las cosas más al Este.

LA PLAYA "OMAHA": EL BAÑO DE SANGRE

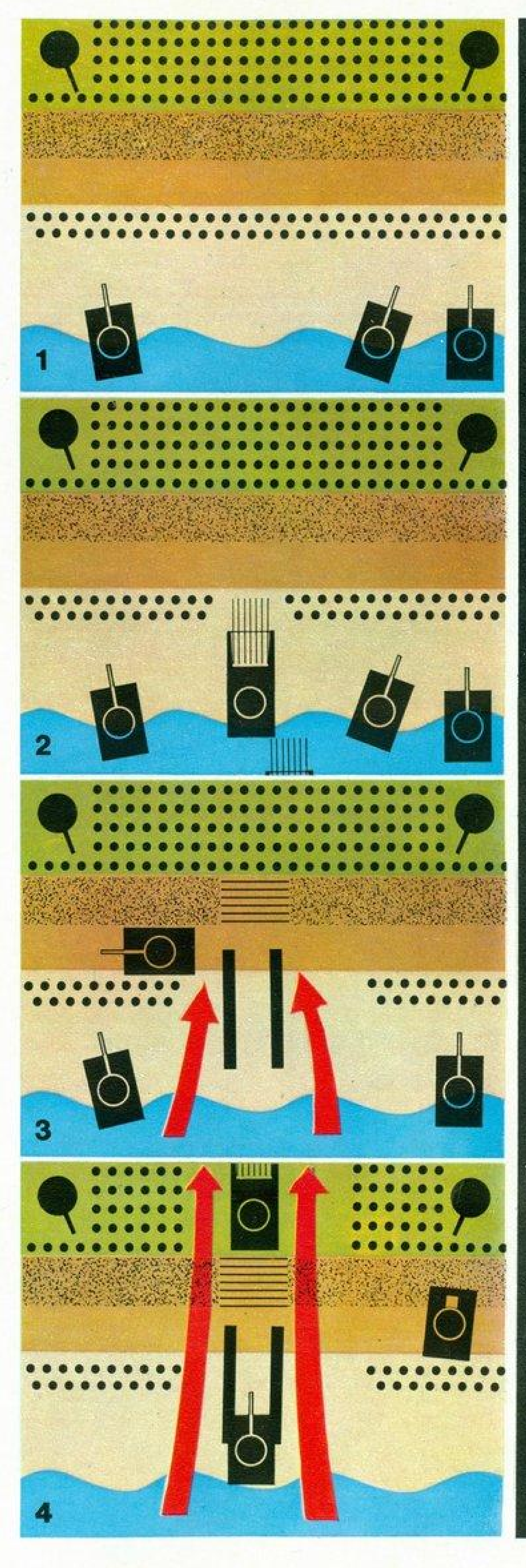
La playa que los Aliados denominaron *Omaha* se encontraba entre las rocas que se extienden desde Pointe de la Percée, al Oeste, a Prot-en-Bessin, al Este: se trata de una estrecha faja arenosa, cerrada hacia el interior por escolleras que ascienden con una pendiente regular, hasta 50 m de altura, en una llanura cubierta por pequeños campos limitados por setos bajos y surcada por senderos profundamente encajados en el terreno. La zona estaba escasamente poblada, y el pueblo mayor –Trévières, situado a unos 5-6 km de la costa, al sur del río Aure– no contaba a la sazón más de 800 habitantes.

Tres pueblos costeros, Vierville-sur-Mer, Saint-Laurent y Colleville-sur-Mer, surgían, muy cerca de la playa, a unos 2,5 km de distancia entre sí y unidos por un camino vecinal que distaba entre 500 y 1000 metros de la costa. Un sector de la orilla corría en el sentido del «frente», ante un pequeño muro rompeolas construido con madera y ladrillos. El acceso a los pueblos desde el mar estaba segurado por pasajes estrechos que, desde el litoral, se adentraban en el interior a través de pequeñas gargantas.

En las horas de marea baja una pendiente arenosa conducía al muro rompeolas sustituido en algunos puntos por un fuerte estrato de piedras de 8 a 10 centímetros de diámetro, una verdadera barrera de 2,5 a 4 m de altura, que se erguía entre la playa y los espesos matorrales de las escolleras. Hacia el mar, las olas y las fuertes corrientes ahondaban pequeños canales en los bancos de arena.

El bastión rocoso de las escolleras, que flanqueaba la playa *Omaha*, constituía una posición ideal para asentar posiciones artilleras fuera del alcance del enemigo, que podrían mantener bajo un fuego de enfilada la playa y el sector de mar inmediatamente frente a ella; detrás de la barrera formada por la capa de piedras y por el muro rompeolas, el enemigo había cavado trincheras bien protegidas, que enlazaban reductos, casamatas y asentamientos de hormigón para cañones que podían establecer un eficaz fuego cruzado. Por lo menos teóricamente, las ametralladoras pesadas y ligeras y las piezas de artillería de 75 y 88 mm podrían barrer toda la playa de un extremo a otro. Más atrás, a espaldas de las posiciones defensivas avanzadas, las escolleras en terrazas proporcionaban una excelente cobertura a una red de trincheras, nidos de ametralladoras y campos minados.

La playa estaba moderadamente minada, en especial en las zonas comprendidas entre las gargantas, mientras en la faja donde morían las olas un complicado sistema de obstáculos, hábilmente situados, trataba de impedir el paso a cualquier embarcación. Pero todo esto había sido previsto y observado minuciosamente, en el curso de los meses anteriores, por pequeñas patrullas desembarcadas de noche y también por el estudio de las fotografías aéreas.



LA GUERRA HA LLEGADO A SER UNA LUCHA DE MÁQUINAS CONTRA MÁQUINAS

Durante varios meses, antes del "D-Day", las tripulaciones de los vehículos acorazados especiales de la División Acorazada 79 británica se habían adiestrado intensamente en los procedimientos técnicos para abrir brecha en las defensas alemanas. Y así, en el momento de la acción, cuando los ingleses y canadienses pusieron pie a tierra, el éxito fue completo.

1. Los "Sherman DD" ("Duplex Drive"), carros de combate anfibios que demostraron su eficacia en el mar, fueron los primeros en llegar a la costa, disponiéndose en el límite de la playa, desde donde podían empeñar y controlar las casamatas del enemigo.

2. Les seguían los "Grab", carros de combate desminadores, que avanzaban por la playa escalonados, y en tal disposición que saturaban el espacio y se cercioraban de que todas las minas que se hallaban a su paso quedaban eliminadas.

3. Una vez los carros de combate desminadores alcanzaran el muro rompeolas, un medio acorazado especial de ingenieros, dotado con un elemento de puente, dispondría este último de forma que los "DD" pudieran superar el citado rompeolas para atacar las casamatas a más corta distancia. Los "DD" serían seguidos por carros de combate de ingenieros, con grandes fajinas que rellenarían los fosos contracarros. En aquel momento, la infantería (flechas rojas) habría superado la playa.

4. Los carros desminadores continuarían limpiando los campos minados para abrir brechas a través de las cuales se ampliase la cabeza de desembarco, mientras los carros de combate "Petard" avanzarían para destruir las últimas casamatas. En el curso de estas operaciones era necesario poder disponer siempre de las reservas adecuadas, a fin de estar seguros de que la pérdida de un simple vehículo especial no comprometiera toda la operación de desembarco.

(Chris Harrison)

Por lo tanto, la playa *Omaha* no tenía misterios ni podía presentar sorpresas. Incluso la llegada a la zona de una nueva y más aguerrida división –la 352– fue descubierta por el Servicio de Información británico, que se apresuró a poner al corriente del hecho al Ejército I norteamericano. Sin embargo, esta valiosa información pareció sospechosa al mando del citado Ejército I, que, en consecuencia, decidió no poner al corriente de ella a las tropas de asalto. Aunque pueda parecer inconcebible, a éstas se les indujo a esperar una resistencia, por parte del enemigo, inferior a lo que, según datos disponibles, era legítimo suponer. Para atacar estas poderosas posiciones defensivas, el general Bradley había decidido no servirse del magnífico despliegue de medios acorazados especiales dispuestos por Hobart, y sólo aceptó de mala gana algunos carros de combate DD.

Una terrible confusión

A las 03,00 horas del día 6 de junio, la fuerza O, que transportaba 34.000 hombres y 3300 vehículos, al mando del contraalmirante Hall, de la Marina norteamericana, empezó a lanzar al agua sus medios de desembarco, a unas 12 millas frente a la costa. A pocas horas de distancia la seguiría otra formación semejante. Se iniciaron entonces cuatro horas de enorme confusión, casi dantesca, cuatro horas durante las cuales los hombres, presa de la desesperación, estuvieron luchando a ciegas contra las fuerzas del mar y sufriendo las penas del infierno. Mientras las unidades mayores, manteniéndose a duras penas en formación en aquel mar agitado, lograron avanzar, las embarcaciones más pequeñas se encontraron completamente expuestas al fuerte viento del Noroeste, obligadas a luchar contra olas que llegaban a los 2 metros de altura; pronto empezaron a embarcar más agua de la que las bombas podían desalojar.

Algunos de los buques mayores habían arriado sus embarcaciones de asalto ya cargadas, mientras que otras, por el contrario, habían hecho descender a los soldados por los costados, lo que era un verdadero suplicio para aquellos hombres ya reducidos a sus últimas fuerzas a causa del mareo. El mar, hostil durante las largas horas de la travesía, se transformó en pocos minutos en una oscura y ondulada jungla, en medio de la cual hombres y embarcaciones luchaban en una especie de espuma en ebullición: era una escena apocalíptica.

Al poco rato se hundieron diez pequeñas embarcaciones, y más de 300 hombres tuvieron que luchar por su vida, en plena oscuridad y en medio de las olas. En casi 200 barcazas, los hombres de la tripulación y las tropas que poco después deberían atacar al enemigo, se veían obligados a achicar el agua apresuradamente, valiéndose de sus cascos y estando completamente mareados, empapados, entumecidos y tiritando. Finalmente, cuando ya casi estaban al borde del derrumbamiento físico y nervioso, las tropas de asalto llegaron a la proximidad de las playas, y las embarcaciones iniciaron las maniobras para la fase crucial de la operación: el desembarco.

Estos hombres de las unidades de vanguardia estaban bastante más inermes que lo que pensaban o temían. A sus espaldas, el mal estado del mar les había privado progresivamente de sus cañones y de los medios acorazados, y, por su parte, las escuadras de ingenieros no habían sufrido menos que ellos. Con una inconsciencia verdaderamente increíble, el comandante de una embarcación especial que transportaba 32 carros de combate DD, arrió al mar, en plena borrasca, sus pesados medios acorazados a unos 6000 metros de distancia de la costa. Incluso con tripulaciones bien adiestradas, aquellos carros habrían tenido pocas esperanzas de salvarse, y, en efecto, en el transcurso de unos pocos minutos, 27 embarcaron agua y hundieron. Sólo dos, cuyas tripulaciones demostraron gran pericia (pero también una buena dosis de suerte), lograron llegar a la playa. Otros tres se salvaron del desastre porque la rampa de la embarcación quedó bloqueada y tuvieron que ser transportados hasta la orilla. Así, de los 96 carros de combate que, según lo previsto, tenían que proporcionar el apoyo inmediato a los 1450 hombres de las ocho compañías y a la primera oleada de ingenieros en el momento de asalto, se había perdido ya casi una tercera parte.

También acabó en un auténtico desastre el intento de transportar a tierra las piezas de artillería de apoyo a bordo de los DUKW. Estas embarcaciones, sobrecargadas y, en consecuencia, difícilmente manejables, en seguida fueron arrolladas por las olas. El Batallón de artillería de campaña CXL perdió todos sus obuses de 105 mm, salvo uno. La misma suerte corrió la Compañía de cañones de infantería 16, y poco mejor marcharon las cosas para el VII de Artillería de campaña. También las escuadras de ingenieros, destinadas a descargar los pesados equipos de las LCT y las LCM, se vieron en graves dificultades y tuvieron muchas bajas. Pero, a pesar de todo ello, al final un considerable número de hombres, cañones y medios acorazados se acercó a la peligrosa zona de los bajíos. Afortunadamente, el mar y el aire estaban bajo el completo dominio de los Aliados. Durante 40 minutos, la poderosa división naval abrió fuego contra las defensas costeras con toda su amplia gama de bocas de fuego, desde los cañones de 406 mm de los acorazados a los de 127 mm de los destructores, inundando de fuego y de humo la línea de las escolleras. Al mismo tiempo, 329 de los 446 *Liberator* encargados de la misión, atacaron trece objetivos situados en las playas o en sus aledaños, lanzando más de 1000 bombas.

Los primeros medios de asalto se encontraban a unos 800 metros de la orilla cuando cesó el fuego a sus espaldas, y el inmenso estruendo anterior dejó paso al runruneo intermitente de los cañones de las unidades de apoyo que avanzaban tras ellos. Las explosiones de las granadas, acompañadas por el seco crepitar de las ráfagas de las ametralladoras contra las rampas, dieron a entender a las tropas de asalto que el enemigo las tenía encuadradas en su mira. Los gritos de los hombres que caían al mar, la imprevista lluvia de fuego y las explosiones que resonaban cuando era alcanzada por las granadas enemigas alguna barcaza las pillaron desprevenidas; y precisamente en aquel momento se bajaron las rampas.

El desastre se produjo con terrible sencillez. No hubo desembarcos en tierra firme. Las barcazas y las grandes LCVP y LCM acabaron encalladas en los bancos de arena, quedaron atravesadas en los pequeños canales que los surcaban y arrojaron al mar decenas de hombres que, de pronto, se encontraron con el agua hasta las rodillas, la cintura e incluso hasta el cuello, y azotados no sólo por el viento sino también por las granadas y las ráfagas de ametralladora. Mientras grupos aislados conseguían llegar con grandes esfuerzos a la orilla, estupefactos y empavorecidos por su aislamiento en aquellos 8 km de desolada landa arenosa, cegados por el humo de los muchos incendios que estallaban en las escolleras y sin saber qué hacer, otros –la gran mayoría– se debatían en medio de las municiones que estallaban o de las cargas de explosivos de las escuadras de ingenieros que, alcanzadas de lleno, saltaban por el aire. Por todas partes, numerosas embarcaciones se transformaban en espantosos hornos de fuego.

Un disparo preciso, que había alcanzado una LCT de cabeza, mató a todos los oficiales de una compañía, excepto uno; pero ocho de los carros de combate DD lograron tomar tierra y en seguida abrieron fuego sobre los reductos de Vierville-sur-Mer a una distancia de 200 m. Mientras tanto, los carros de combate del Batallón DCCXLIII llegaban a la playa situada más al Este; pero para los hombres que no contaban con la cobertura de una coraza había muy pocas oportunidades de salvación. Cuando se bajaron las rampas de las primeras barcazas, fue suficiente que las ametralladoras enemigas, disparasen a ciegas hacia aquellos montones de hombres para que, en pocos segundos, las embarcaciones se llenasen de cuerpos destrozados y empapados en sangre. A decenas los hombres saltaron fuera, por ambas partes, para tratar de huir de aquella espantosa carnicería.

Media hora después de la hora H sólo unos 1000 infantes e ingenieros habían podido llegar, sanos y salvos, a la playa y a los bajíos; pero no estaban combatiendo contra el enemigo: simplemente estaban luchando para sobrevivir, muchos de ellos ya exhaustos o demasiado cansados para

Soldados norteamericanos avanzando sobre la playa *Omaha*. Al terminar el «D-Day», con la pérdida de 1000 hombres, los americanos habían establecido una cabeza de desembarco de unos 1500 m de profundidad; pero sólo habían llegado a tierra 100 toneladas de abastecimientos de las 2400 previstas. (US Army)





Dificultados por la marea que iba en aumento y diezmados por el fuego procedente de las magníficas posiciones defensivas alemanas, los soldados norteamericanos se aproximan penosamente a la playa. Los medios acorazados especiales británicos, que el general Bradley se había negado a dar en dotación a sus tropas, aceptando tan sólo algunos carros de combate «DD», habrían evitado la inútil matanza que se produjo en Omaha. (Imperial War Museum)

arrastrar su equipo a través de la playa, y, desde luego, poquísimos en condiciones de lanzarse con decisión al ataque de las posiciones enemigas.

Algunos volvían al agua o se dejaban arrastrar por la marea, hasta llegar detrás del escaso abrigo del muro rompeolas o del talud de piedras. Muy pocos de los hombres esparcidos a lo largo de toda la playa sabían donde se encontraban en aquel momento, ni sabían tampoco desempeñar la misión para la cual se habían preparado. Las tropas embarcadas, organizadas en unidades de combate, se hallaban dispersas, aisladas, un destacamento aquí, otro a 200, 300 ó 1000 metros de distancia o más lejos aún. El mar se encontraba a sus espaldas, y el humo cegador, que en algunos puntos los salvaba del fuego enemigo, generalmente los atontaba. Los pocos oficiales que quedaban a menudo fueron demasiado lentos para organizar y decidir lo que había que hacer. Pocos, en aquella primera hora, lograron ejercer la acción de guía y de mando que era la única que podía sacarlos de aquella desgraciada playa.

Las escuadras de ingenieros, que seguían de cerca a la infantería, habían sufrido un duro revés en el curso del desembarco, perdiendo gran parte de su equipo. Algunas de sus barcazas, alcanzadas de lleno por el fuego enemigo, saltaron por los aires. De las dieciséis escuadras embarcadas, cada una de ellas preparada para llevar a cabo una misión particular en el sector asignado, tan sólo cinco consiguieron llegar a las cercanías de sus zonas respectivas, y otras tres acabaron por encontrarse completamente aisladas, sin protección por parte de los hombres y de los cañones, inermes frente al enemigo. En unos pocos minutos, de los dieciséis *bulldozers* sólo quedaron tres en condiciones de llevar a cabo su trabajo: eliminar las pesadas barreras de hierro en ángulo y los obstáculos de diversa naturaleza; pero muy pronto también tuvieron que dejar de hacerlo cuando los hombres que los manejaban buscaron refugio tras los vehículos.

Sin embargo, a pesar de estas paralizantes pérdidas, expuestos a la potencia de fuego del enemigo, los ingenieros se multiplicaron para salvar lo salvable y abrir brechas a través de las cuales se podría intentar, por lo menos, que pasaran las oleadas sucesivas. El fuego de los morteros pesados hizo estallar cadenas de fulminantes penosamente colocados a mano, sembrando la muerte entre los destacamentos de ingenieros antes de que pudieran ponerse a salvo. Por otra parte, la marea, que subía rápidamente, estaba llegando a sus pies, y al cabo de pocos minutos les llegó a la cintura, sumergiendo los obstáculos más exteriores y arrastrando a los supervivientes contra el muro rompeolas y el talud de piedras antes de que hubieran podido ultimar su trabajo. El esfuerzo les había costado más del 40 % de sus efectivos, y la mayor parte de las pérdidas se produjeron en las primera media hora.

Pero detrás de los ingenieros pujaba sin descanso no sólo la marea ascendente, sino también el inmenso flujo de hombres y vehículos que, oleada tras oleada, se amontonaban en las playas y en los bajíos y buscaban un punto de salida. Al cabo de tres horas, el litoral presentaba un espantoso espectáculo de restos, de vehículos en llamas, de barcazas diseminadas por todas partes, de hombres dispersos y trastornados. Ni siquiera se había abierto uno de los posibles caminos de salida de la playa, ni tampoco se atacó con fuerza ninguna de las posiciones defensivas. Entonces, desde las playas, se envió a los buques un mensaje urgente: no desembarcar más vehículos, sino tan sólo hombres.

Sin embargo, antes de que los destructores se aproximasen a la costa para hacer fuego contra los reductos enemigos desde menos de 1000 m de distancia, había comenzado a crearse, en medio del caos, un poco de orden, y los hombres, aunque en el límite de su resistencia, recuperaron parte de su sangre fría, alzaron la cabeza y empezaron a combatir por algo más que por su simple supervivencia. Habían pagado un precio terrible a causa de la actitud de Bradley, al no querer utilizar los medios acorazados especiales que le había ofrecido Montgomery, aquellos medios acorazados que, en las playas de Normandía, demostraron ser los verdaderos «abrelatas» de Europa.

Sólo 100 de las 2400 toneladas de abastecimientos indispensables previstos llegaron a tierra durante el «D-Day»; pero, finalmente, una vez reforzados por las sucesivas oleadas, los hombres comenzaron a dejar a sus espaldas la línea del litoral. Aunque la situación no parecía muy prometedora a los ojos de los generales que se encontraban a bordo de los buques de guerra, la dura costra externa del aparato defensivo alemán había sido barrida, y el enemigo no disponía de muchas reservas. Al caer la noche, los alemanes habían perdido ya la batalla de *Omaha*; pero los norteamericanos no sabían todavía que la habían ganado.

LOS PARACAIDISTAS LANZADOS AL ESTE: CASI ARROLLADOS

En el flanco oriental los ingleses combatieron sus propias batallas.

El objetivo de la División Aerotransportada 6 británica era establecer una cabeza de puente a través del río Orne y el canal de Caen, a mitad del camino entre la ciudad de Caen y la costa de Normandía, y proteger además el flanco oriental de los desembarcos. En sus fases iniciales este cometido era sencillo y complicado al mismo tiempo; complicado porque las piezas del mosaico eran numerosas, y sencillo porque no había espacio ni tiempo para sutilezas. Era preciso que tuvieran éxito una serie de golpes de mano, transformándose en un simple *tour de force*.

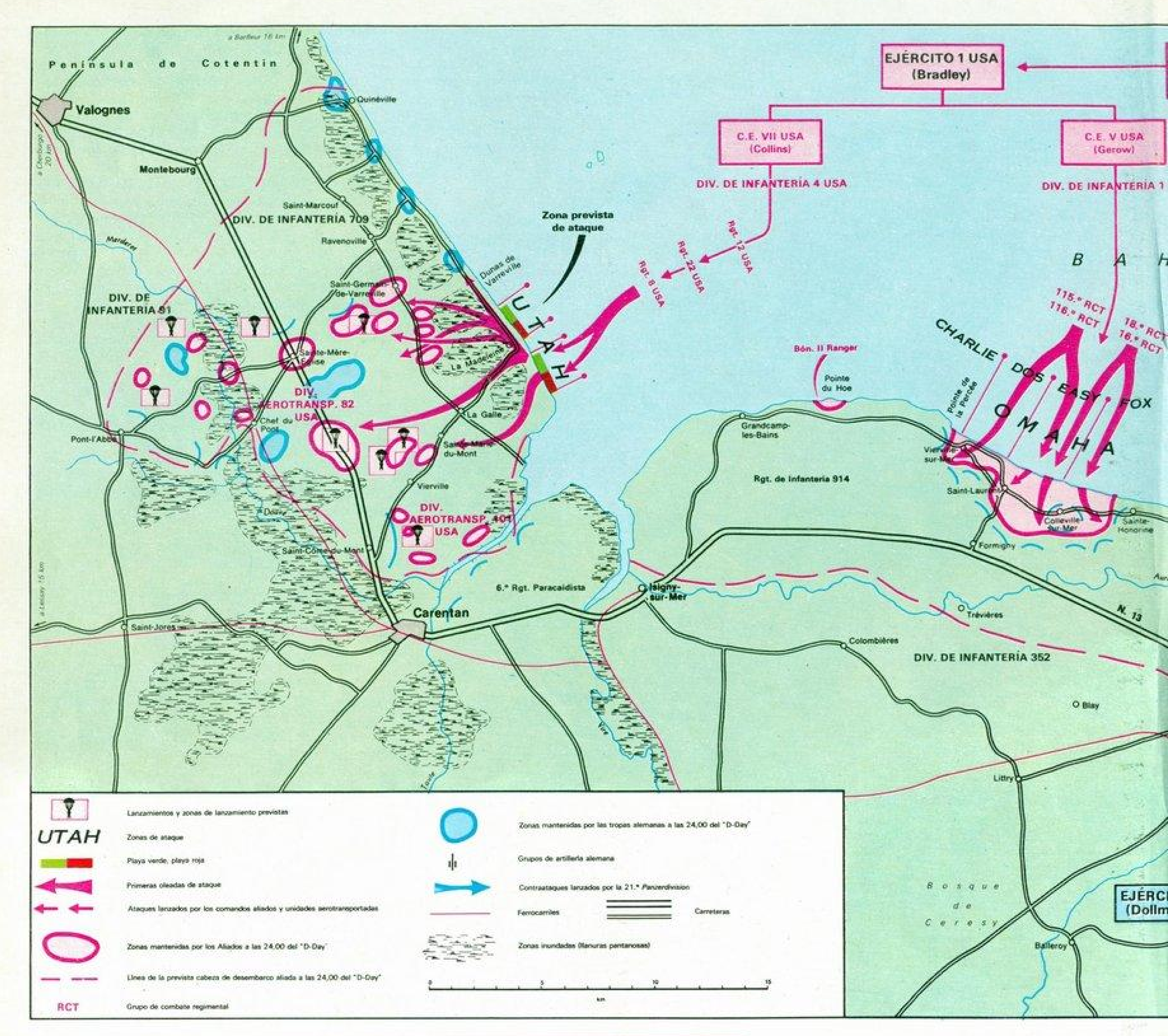
Debían lanzarse en paracaídas dos brigadas paracaidistas en medio de las filas enemigas, entre los Ejército 7 y 15 alemanes, apoderarse de los puntos vitales e impedir a toda costa que el enemigo recibiera refuerzos en las zonas principales del campo de batalla.

Los pueblos, reductos y puentes estaban guarnecidos por fuertes contingentes de las Divisiones alemanas 711 y 716; la 21 *Panzerdivision*, dispuesta para contraatacar, se hallaba desplegada sobre el flanco derecho, y detrás se encontraba todo el peso de las reservas acorazadas alemanas, a una distancia que permitía una rápida intervención. Por lo tanto, si las dos primeras brigadas paracaidistas no conseguían lanzar los ataques con fulminante rapidez y consolidar las posiciones conquistadas, y si tampoco conseguían despejar los puntos de aterrizaje para la brigada transportada en planeadores, asegurándose el apoyo de cañones contracarros, morteros y el grueso de su armamento pesado, su misión sería una misión desesperada. Todo lo que los primeros paracaidistas consiguieran asegurar con sus ataques fulminantes se perdería después inevitablemente, quizás incluso antes de que el sol saliese por completo, pero sin lugar a duda antes de que se pusiese.

La 5.ª Brigada paracaidista debía apoderarse de los puentes sobre el Orne y el canal de Caen, al norte de Ranville, despejar y proteger las zonas de aterrizaje para sus planeadores y establecer una sólida cabeza de puente. Por su parte, la 3.ª Brigada paracaidista debía volar los puentes que cruzaban el río Dives en Troarns, Bures, Robehomme y Varaville, y bloquear y defender todas las direcciones que, desde el Sudeste, conducían al principal sector de la batalla. Después, sus hombres destruirían, junto con la guarnición que las defendía, las potentes baterías de cañones de 155 mm de Merville, antes de que pudieran concentrar su fuego de enfilada contra el flanco izquierdo de las fuerzas desembarcadas por mar. Para este último cometido la 3.ª Brigada disponía, como máximo, de una hora.

Eran las 23,30 horas de la noche del día 5 cuando el primero de los seis *Albemarle* de la fuerza *Pathfinder* despegó de Gran Bretaña, llevando a bordo a los 60 hombres que deberían encender las señales luminosas para indicar la ruta. A la misma hora, seis planeadores transportaron un pequeño contingente del Batallón II (el *Oxford and Bucks Light Infantry*) y de ingenieros encargados de apoderarse de los puntos de cruce del canal de Caen y del Orne. Aquella noche caía una llovizna densa y fría, soplaba un fuerte viento y sólo de vez en cuando un rayo de luna se abría paso entre los desgarrones de las nubes. En la oscuridad se oía el incesante zumbido de miles de aparatos que surcaban el cielo del canal de la Mancha, desde El Havre hasta Cherburgo. Debajo de ellos, las estelas de 5000 buques trazaban en el gris del mar surcos de espuma de un blanco verdoso.

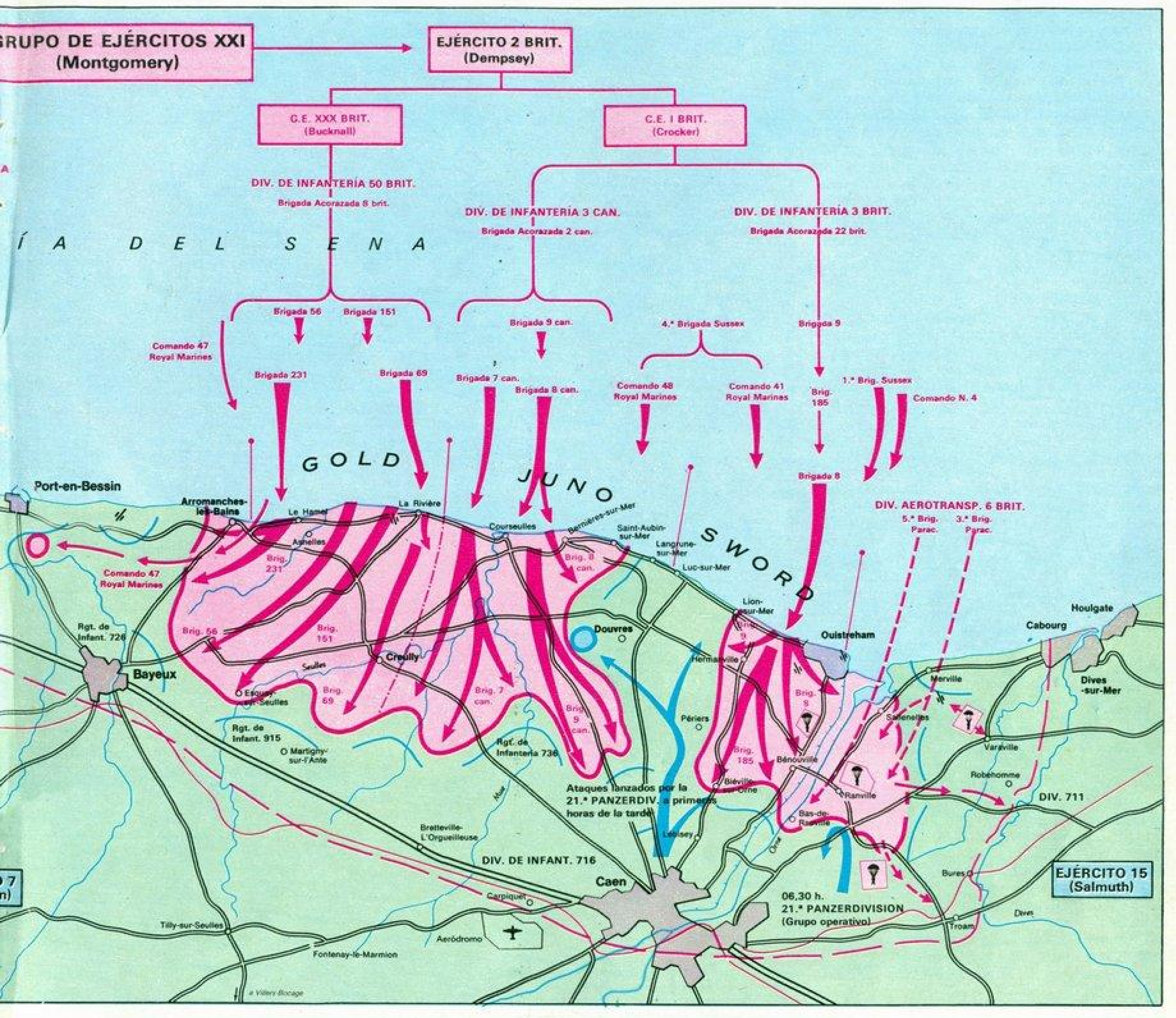
A las 00,30 horas, los primeros *Pathfinder* aterrizaron en suelo francés; dos tercios de ellos arrastrados lejos por el viento, con las señales luminosas perdidas y el equipo dañado; pero, de todas formas, lo suficientemente cerca de los objetivos previstos para poder hacer, en la medida en que



La Operación "Overlord" se inició con los lanzamientos de tropas paracaidistas, efectuados detrás de las líneas de defensa costera alemana, en el curso de la noche del 5 de junio de 1944. Al Oeste, las fuerzas aerotransportadas tenían la misión de aislar la península de Cotentin, asegurándose la posición de la línea Douve-Merderet; en el sector oriental, después de apoderarse de las orillas del Orne, deberían proteger el flanco izquierdo del desembarco. Pero, lanzados en plena oscuridad, a menudo lejos de sus objetivos, los paracaidistas aliados no pudieron desarrollar una acción coordinada; no obstante, consiguieron cumplir su misión; en el Oeste, los alemanes, sorprendidos, se sintieron desorientados ante la presencia de los norteamericanos, esparcidos en una amplia zona dentro de sus propias líneas, y por ello no reaccionaron con eficacia ante los desembarcos en aquel sector; en el Este, los británicos lograron destruir los puentes sobre el Orne, con lo que inmovilizaron a las reservas acorazadas alemanas en la zona de Ranville. Mientras tanto, a lo largo de los 80 km de costa de Normandía, se estaban efectuando, con resultados diversos, los ataques aliados desde el mar. En la Playa *Utah*, las fuerzas norteamericanas del Cuerpo de Ejército VII, a las órdenes del general Collins, tomaron tierra a las 6,30 horas del día 6 de junio, con escasas pérdidas, y a las 12 del mismo día habían rebasado ya la faja costera. En *Omaha*, la falta de vehículos acorazados especiales, estudiados por Hobart para rebasar los obstáculos contra desembarcos dispuestos por los alemanes, permitió a estos últimos detener en la playa a los norteamericanos, cuya cabeza de desembarco, debilísima, corría el riesgo de ser barrida por el menor contraataque enemigo. Por el contrario, en el sector oriental, las fuerzas inglesas y canadienses, superadas las dificultades iniciales, lograron, gracias a la valiosa labor desarrollada por los citados vehículos especiales, arrollar las defensas costeras enemigas en las playas *Gold* y *Juno*; y así, la tarde del 6 de junio, ya estaban avanzando en dirección a Bayeux y Caen. También el asalto a la playa *Sword* se llevó a cabo con una acción rápida, y a las 15 horas las fuerzas británicas habían alcanzado Biéville-sur-Orne, mientras las unidades de comandos establecían contactos con las fuerzas aerotransportadas. Fue este un sector de vital importancia, porque por la tarde del 6 de junio, un grupo operativo de la 21.ª *Panzerdivisión*, mandado por el general Feuchtinger, lanzó un contraataque en gran escala en dirección a la costa, en el corredor entre *Juno* y *Sword*. Fueron aquellos unos momentos dramáticos para las divisiones aliadas; pero los alemanes, impresionados por la gran cantidad de refuerzos que estaba llegando a las divisiones paracaidistas, prefirieron iniciar un repliegue para establecerse inmediatamente al norte de Caen. Por lo general, las reacciones alemanas fueron tardías, y el intento de Rundstedt de trasladar hacia Lisieux la 12.ª *Panzerdivisión* SS resultó vano por completo: no habiendo conseguido trasladar las fuerzas acorazadas al flanco derecho aliado, para lanzarlas contra el sector *Omaha*, los alemanes habían dejado escapar la única posibilidad de reaccionar eficazmente ante el desembarco aliado.

lo permitían las circunstancias, el mínimo indispensable. Pocos minutos después, el planeador de cabeza de la primera de las unidades llegó a tierra, a poco más de 40 m de su objetivo; los hombres sorprendieron al enemigo, lo arrollaron y se apoderaron de los puentes intactos. Mientras tanto, los proyectiles trazadores enemigos dibujaban sus estelas en el cielo, y la artillería antiaérea proyectaba un huracán de fuego en medio de los bancos de nubes, causando estragos entre los planeadores y los aviones de transporte de las formaciones atacantes. Los hombres de los Batallones VII, XII y XIII de la 5.ª Brigada, que salían de los bancos de nubes, encontraron un recibimiento bastante... cálido. Muchos empezaron a combatir apenas tocaron tierra, encontrándose en seguida enfrentados cuerpo a cuerpo con el enemigo; pero otros quedaron colgando de los árboles, como blancos inermes e impotentes, y muy pocos de ellos se salvarían.

Un cohete de iluminación delineó los contornos de la torre medieval de la iglesia de Ranville, permitiendo así a la mitad del Batallón VII orientarse y desplazarse velozmente para reforzar la cabeza de puente. A las 2,30 el citado Batallón se encontró combatiendo desesperadamente en las dos



orillas del Orne contra algunas unidades de la División 716 alemana y contra dos batallones de la 21.ª *Panzerdivision* de Feuchtinger, que había intervenido poco después de la una. Una compañía del Batallón VII, que combatía en Bénouville, resistió tenazmente, luchando contra el tiempo, sabiendo que hasta primeras horas de la tarde nadie podría llegar a relevarla.

En cuanto al Batallón XII, que había ocupado Bas de Ranville, sus pelotones avanzados se encontraban ante fuerzas veinte veces superiores, con baterías de cañones de 88 mm que, a una distancia inferior a los 70 m, podían disparar prácticamente a quemarropa; además carecían de su único cañón de 6 libras, que habría podido poner algún remedio, pero que había quedado destruido durante el aterrizaje. Su única esperanza estaba en la incertidumbre del enemigo, que, afortunadamente, era grande. Mientras Blumentritt trataba de suscitar en el Alto Mando alemán un sentido de urgencia, a tono con la situación, y de obtener permiso para utilizar las reservas acorazadas. Speidel, a su vez, estaba con igual urgencia, informando a Rommel de la situación y recibiendo orden de emplear la 21.ª *Panzerdivision*.

Sin embargo, después de las 6,00 horas, por iniciativa propia, Feuchtinger había empeñado ya un grupo de la 21.ª *Panzerdivision*. Si hubiera llevado a fondo su ataque, este grupo habría aniquilado sin duda a los defensores de Bas de Ranville, reduciendo bastante las cabezas de puente. Pero la confusión existente en el mando alemán y las alarmas que se estaban produciendo a lo largo de toda la costa de Normandía constituyeron, precisamente, el toque de suerte del que los paracaidistas estaban tan necesitados. A media mañana, los carros de combate alemanes volvieron la espalda a Bas de Ranville, dejando así la zona en manos de los agotados defensores.

Los resultados de esta batalla que se desarrolló en las primeras horas del día en el extremo del flanco izquierdo adquirirían un significado vital con relación a la crisis que se produjo en la playa *Omaha*; en efecto, cuando Feuchtinger recibió órdenes de desplazar sus batallones de infantería para lanzar un contraataque contra los americanos, no pudo retirarlos de los combates que se estaban desarrollando con la 5.ª Brigada paracaidista. También su batallón contracarros se encontraba empeñado a fondo en el intento de salvar a la División 716 de los ataques de la infantería y de las unidades acorazadas aliadas. De esta forma, precisamente en el momento crucial, los alemanes se encontraron sin reservas que pudieran converger sobre *Omaha*.

En las horas que precedieron al amanecer, el enemigo no consiguió formarse una idea clara de la entidad de las fuerzas aerotransportadas que se estaban moviendo contra él de un extremo a otro de la península de Cherburgo.

Mientras tanto, un batallón de la 5.ª Brigada paracaidista, el XIII, había tocado tierra en un restringido perímetro, y una potente columna avanzó hacia Ranville, dejando atrás una compañía con el cometido de despejar el terreno de obstáculos y de minas. No obstante, las filas de la brigada se habían reducido mucho, puesto que durante el aterrizaje muchos de sus hombres quedaron colgados de los árboles y otros muchos luchaban aún en durísimos combates locales; sin embargo, fue precisamente gracias a estos hombres que la posición pudo reforzarse.

Cuando el primer comando consiguió abrirse camino para salir de la playa en Ouistreham y alcanzar la cabeza de puente sobre el Orne, con

un retraso de dos minutos y medio tan sólo sobre el tiempo previsto, hacía ya doce horas que las exiguas fuerzas del *Oxford and Bucks Light Infantry*, con la ayuda del Batallón VII, mantenían su posición, rechazando enérgicos contraataques alemanes. Una compañía, cuyos oficiales habían resultado muertos o heridos en su totalidad, defendió sus posiciones durante diecisiete horas y sin ningún refuerzo. Eran las 14 cuando el comando n.º 6 cruzó el puente sobre el Orne para apoyar el Batallón IX de la 3.ª Brigada paracaidista. Después, el comando se abrió camino combatiendo a través de numerosos reductos enemigos, destruyó un grupo de artillería y avanzó casi 15 km.

Gran audacia

Parecía imposible que pudieran producir un resultado unitario y coordinado las complejas misiones de la 3.ª Brigada paracaidista o que pudiesen alcanzarse los siete objetivos más importantes situados en un frente de más de 11 km. Cada uno de ellos requería gran audacia, una minuciosa preparación y la observancia exacta de los tiempos previstos.

Los *Albemarle* que transportaban las unidades de vanguardia, cuya misión era preparar el terreno para una pequeña unidad provista de cañones contracarros y transportada por planeadores, lanzaron las tropas bastante cerca del objetivo; pero el general de la brigada, herido y caído junto con sus oficiales en las aguas del Dives, y algunos contingentes de los Batallones I y IX, no consiguieron reunirse con el grueso de la brigada antes del amanecer. La 3.ª Brigada tuvo un lanzamiento desafortunado. El humo y el polvo levantados por el denso bombardeo oscurecieron muchas zonas de lanzamiento, en las que, además, numerosas señales luminosas ya no emitían luz por haber sido averiadas. La artillería antiaérea y las fuertes ráfagas de viento constituyeron también un gran obstáculo; algunos planeadores se soltaron de los aviones que los remolcaban y muchos resultaron alcanzados; pero lo que tal vez resultó más negativo fue el insuficiente adiestramiento del 46.º Grupo.

A la izquierda, los canadienses del Batallón I consiguieron reunir energías suficientes para lanzar ataques inmediatos contra sus objetivos, en Varaville y Robehomme. Mientras elementos de la población civil ayudaban a los soldados que habían quedado aislados a unirse a su batallón, el núcleo de una compañía atacó Varaville, destruyó el puente y se encontró de pronto inmerso en un combate contra fuerzas enemigas tan ingentes que no consiguió romper el contacto hasta ya avanzada la mañana. Entre tanto, un capitán de ingenieros, al mando de algunos elementos del batallón volaba el puente de Robehomme.

Estas acciones, efectuadas con rapidez satisfactoria a pesar del caos previsto por el general de brigada, pasaron a un segundo plano ante una operación de naturaleza diferente: el ataque contra las baterías de Merville.

Los cañones de 155 mm de estas baterías estaban situados en casamatas de hormigón, de unos 2 m de espesor, reforzadas por 3,5 m de terraplén y protegidas por puertas de acero. El perímetro, reforzado a su vez por una barrera de «concertinas» de hilo de púas de 4,5 m de anchura y 1,5 de altura, encerraba un área de unos 400 m², defendida por una guarnición de 130 hombres. También se habían preparado unas 20 plataformas y posiciones para vigilar todo posible intento de aproximación a través de los campos minados que se extendían alrededor, y en aquel terreno abierto no existían refugios que los atacantes pudieran aprovechar para eludir el fuego de los defensores. Y, sin embargo, era absolutamente indispensable destruir los cañones de Merville. El fuego de los buques de guerra, al que se debería recurrir si fallaban todos los demás intentos, sólo podría neutralizar las piezas alemanas si los proyectiles daban justo en las troneras o en las conducciones de la ventilación, cosa, evidentemente, tan fortuita que era absurdo confiar en ella.


(Imperial War Museum)

Comandos británicos desembarcando en el sector oriental de la zona de ataque aliada. Mientras tanto, los vehículos acorazados especiales estaban llevando a cabo su valiosa labor, limpiando las playas y destruyendo las defensas alemanas, abriendo con ello brechas muy seguras para la penetración del grueso de las tropas atacantes hacia el interior.


(Imperial War Museum)

Arriba: una vez fuera de sus barcazas, los soldados británicos llegan a las playas de Normandía. En segundo término se ve a los hombres de la Cruz Roja, que socorren a los heridos. Debajo: tropas británicas lanzándose al ataque del territorio ocupado por los alemanes. El desembarco aliado encontró un valioso apoyo en los bombardeos precedentes realizados por las fuerzas aéreas y navales, que redujeron en gran parte las posibilidades de defensa del enemigo.


(Imperial War Museum)



Superados los primeros e inevitables momentos de desaliento, y a veces hasta de pánico, los soldados norteamericanos atraviesan corriendo las playas, entablando combate con las fuertes posiciones defensivas adversarias. *(History of the Second World War)*



Sobre la costa machacada por los bombardeos aeronavales, las tropas norteamericanas descansan durante una pausa, mientras empiezan a aparecer los primeros prisioneros alemanes, sacados a la fuerza de sus refugios. (US Army)

Una formación de 100 *Lancaster*, que poco después de medianoche habían lanzado 2000 kg de bombas, no consiguió alcanzar el objetivo. En los últimos cuatro o cinco minutos de vuelo de Inglaterra a Francia, el fuego antiaéreo enemigo obligaba a los pilotos a efectuar maniobras evasivas, hasta tal punto que un comandante de batallón que mandaba una fuerza de asalto fue a parar al jardín de un puesto de mando alemán. El resto de la unidad se encontró disperso en una zona diez veces más grande de lo que se había previsto. No obstante, a las 2,50 horas, el comandante había conseguido reunir 150 hombres, una ametralladora pesada *Vickers*, el mínimo indispensable en cuestión de equipo de señalización y 20 tubos explosivos para abrir brechas en los campos minados. No se sabía donde habían ido a parar los *jeeps*, los cañones de 6 libras, los morteros, los ingenieros y los detectores de minas. Pero, con sus escasas fuerzas, subdivididas en grupos de 30 hombres, el comandante decidió atacar. La señal se dio uno o dos minutos después de las 4,30. Al cabo de media hora, tras un furioso cuerpo a cuerpo, desesperado e intenso, el cohete que significaba «éxito» se alzó hacia lo alto, en el cielo. Se había tratado de una lucha entre sombras espectrales que se recortaban sobre un fondo de humo, de llamas y de violentas explosiones. Se consiguió destruir uno de los cañones de la batería, disparando simultáneamente dos granadas, y los otros tres con bombas. Un teniente, ya moribundo por las heridas sufridas, comprobó que habían sido realmente destruidos.

En la acción murieron 66 soldados ingleses, y 30 resultaron heridos, 20 de ellos graves. Ninguno de aquellos hombres había cumplido aún los 21 años, y muy pocos de ellos habían combatido anteriormente.

Aquella tarde, las dos brigadas de la División Aerotransportada 6 inglesa, que esperaban los refuerzos que debían llegar por mar y en planeadores, habían conseguido sus objetivos, estableciendo cabezas de puente al otro del canal de Caen y del Orne. Gracias también a la llegada de la 1.ª Brigada de comandos, habían bloqueado todas las carreteras procedentes del Este. Su futuro, si es que lo tenían, dependía así del éxito o del fracaso de la División de infantería 3 británica, que se encontraba en posición avanzada en el flanco izquierdo de las fuerzas que estaban atacando en las playas.

Al atardecer se vio claramente que la expansión de la cabeza de desembarco era demasiado lenta. En vez de ejercer una enérgica presión, la infantería se había atrincherado demasiado pronto; y ahora, las unidades acorazadas de Feuchtinger, con casi 90 carros de combate y por fin con órdenes precisas, estaban dirigiéndose hacia el mar en dirección a Lion-sur-Mer. Pero lo cierto era que el empleo de las fuerzas acorazadas alemanas para hacer frente a la amenaza más grave, constituida por el desembarco británico, había salvado a las fuerzas aerotransportadas de un aniquilamiento completo.

PLAYA "SWORD": HITLER SE DESPIERTA

Hacía seis horas que la batalla por la cabeza de puente del Orne estaba en todo su apogeo cuando los medios acorazados de Hobart condujeron a las fuerzas británicas y canadienses al ataque de las estrechas playas situadas frente a Ouistreham y Lion-sur-Mer, Langrune-sur-Mer y Courseulles-sur-Mer, la Rivière y Le Hamel. Lejos, a la derecha, más allá de las rocas que sobresalían en Port-en-Bessin, los americanos habían padecido, durante una hora entera, el mortífero fuego procedente de los reductos enemigos en el largo y desnu-

do trecho de la playa *Omaha*. En el sector oriental, las esperanzas de sorprender a los alemanes se habían desvanecido; sin embargo, parecía que la cosa no tuviera mucha importancia para un enemigo que era atacado de forma tan masiva por el aire y por el mar. Una densa cortina de humo ocultaba todo el flanco izquierdo inglés de la vista de los potentes cañones de las baterías de El Havre que, después de haber resistido un centenar de bombardeos aéreos, aún seguían representando una grave amenaza.

Al denso bombardeo aéreo, siguieron, inmediatamente después del amanecer, intensísimos bombardeos navales que concentraron su enorme potencia de fuego en las estrechas franjas costeras. Los medios de asalto y de desembarco se alzaban violentamente sobre las olas, disparando sus armas desde el mar; también los vehículos acorazados y las piezas de artillería de campaña habían entrado en acción desde las mismas embarcaciones que los transportaban. Minas y granadas hacían saltar por los aires a pequeñas embarcaciones, y violentas explosiones sacudieron también a algunas unidades mayores.

El fuerte viento impulsaba a la creciente marea por encima de las líneas más externas de obstáculos, y los único que se podía hacer era lanzarse al azar, tratando de salvar aquella mortal maraña de hierros en ángulo y postes de madera y acero, para llegar a tierra en medio de la espuma de las olas que azotaban el litoral.

En este sector, la hora H se había fijado para las 7,30 horas, y las unidades acorazadas especiales debían desembarcar a las H-5. La fuerza S *(Sword)* arrió al agua sus carros de combate DD a 3 millas de tierra, y pronto se comprendió que únicamente si los hombres de las tripulaciones resultaban ser verdaderos expertos, estos medios acorazados podrían llegar a tiempo, eso suponiendo que llegaran, pues las torretas de los carros, casi completamente sumergidas en el agua, se veían violentamente azotadas por olas que alcanzaban más de un metro de altura.

Cuando los buques de guerra empezaron a alargar el tiro de sus cañones, los accesos a las playas estaban sembrados de innumerables barcazas de desembarco y de chatarra; casi en aquel mismo momento, los carros de combate desminadores, divididos en ocho escuadras de asalto, empezaron a avanzar, dirigiéndose hacia las salidas de la playa y disparando a quemarropa contra los cañones enemigos; tras ellos llegaba, mientras tanto, toda la extraña serie de los «monstruos acorazados» ideados por el general Hobart: los carros de combate con elementos de puente *(Churchill AVRE)* con rollos de estera *(Bobbin)*, los *Petard* y 33 de los citados carros de combate DD, que salieron del agua a tiempo para apoyar a la infantería en el trecho más peligroso de la playa.

En pocos minutos, la chatarra de los vehículos acorazados dio una dimensión grotesca a aquel infierno. Un carro de combate desminador, incluso después de perder sus cadenas, continuó manteniendo empeñado a un cañón alemán de 88 mm; otro quedó fuera de combate; un carro de combate-puente perdió su puente, y un carro de combate DD se deshizo en una enmarañada masa de acero. Pero, abandonando los destrozados vehículos acorazados, los ingenieros continuaban avanzando, despejando el terreno a mano. De los medios de desembarco incendiados los hombres se tiraban al agua, y trataban de llegar a la playa avanzando con grandes esfuerzos entre los cadáveres de los compañeros caídos y los restos de material de todo tipo.

A la derecha, el Batallón I del Regimiento *South Lancashire*, a la cabeza de la brigada de infantería 8 y avanzando detrás de los vehículos acorazados, despejó rápidamente la playa y comenzó a atacar los reductos enemigos. A la izquierda, los soldados del Batallón II del Regimiento *East Yorkshire* necesitaron más tiempo para abrirse camino y asegurarse un punto de apoyo. En toda la playa, tanto a la derecha como a la izquierda, el fuego de los morteros y de las armas de pequeño calibre alemanas era intensísimo, y su eficacia había aumentado con la acción de los cañones contracarros asentados en las alturas de Périers y con la de la artillería divisionaria que llegaba hasta los globos de barrera.

Del caos a un principio de orden

Del caos y de la confusión que parecían reinar en la playa comenzó a nacer un poco de orden.





Arriba: tumbados en tierra, para no exponerse al fuego enemigo, los hombres pertenecientes al 13/18 de Húsares se amontonan en la playa *Sword*, en espera de poder proseguir el ataque. En este sector, las operaciones que siguieron al desembarco se desarrollaron con gran lentitud a causa de los embotellamientos producidos por la llegada a tierra de una masa cada vez mayor de hombres y de vehículos acorazados. Al lado: algunos supervivientes de una LCT norteamericana, que se ha hundido a causa de la marejada, practican la respiración artificial a un compañero. En el sector *Omaha*, la embarcaciones de desembarco se vieron completamente expuestas al fuerte viento del Noroeste, a punto de hundirse de un momento a otro, mientras los materiales que flotaban golpeaban violentamente a los hombres que se hallaban en el agua *(Imperial War Museum)-(Fox Photos)*

A las 9,30 horas, los vehículos acorazados de Hobart, conducidos por los hombres del 22.º de Dragones, del *Westminster Dragoons* y de los dos escuadrones del 5.º Regimiento de asalto de ingenieros, habían abierto siete de los ocho pasillos que conducían a las salidas de la playa. En la granja La Riva se estaban reuniendo los escuadrones; unos para apoyar a las tropas del comando que se batían para dominar las esclusas de Ouistreham y las direcciones de acceso al pueblo de Lion-sur-Mer, otros preparándose para conducir a la infantería sobre la carretera de Caen.

Los hombres del *South Lancashire* alcanzaron con gran rapidez Hermanville, centro situado a 2,5 km hacia el interior, precisamente frente a las importantísimas alturas de Périers, defendidas por unidades de infantería de la División 716. Pero la Brigada de infantería 8 había perdido ya su ímpetu: los cañones alemanes rechazaron algunos ataques de los vehículos acorazados y la infantería acabó atrincherándose.

Mientras tanto (eran ya las 11) la Brigada 185 estaba reuniendo a sus tres batallones más allá de Hermanville; la situación requería un ataque inmediato contra las elevaciones de Périers, no sólo para abrir el camino de Caen, sino también para ayudar lo antes posible a la cabeza de puente del Orne, pues la infantería, conducida con excesiva cautela, había efectuado sus maniobras con excesiva lentitud.

Uno de los elementos que contribuyeron a hacer tan lentas las operaciones fue el hecho de que una masa cada vez mayor de hombres y de vehículos acorazados trataba de salir de las playas, causando embotellamientos paralizadores sobre las direcciones de salida y en los caminos laterales. Los carros de combate de la *Staffordshire Yeomanry*, a los que se había confiado el cometido de conducir por el camino de Caen a los hombres del *King's Shropshire Light Infantry* no pudieron escapar de este caos. Así, pues, se redujo al silencio a las piezas de artillería de las alturas de Périers con notable retraso, y para asegurarse el control del camino los hombres del *Shropshire* se las arreglaron como pudieron.

La infantería de primera línea hizo todo lo que sus comandantes exigieron de ella, pero no fue suficiente. El *East Yorkshire* había sufrido un potente bombardeo, y para alcanzar sus objetivos tuvo que pagar un alto precio: 65 muertos y más de 140 heridos. Mientras tanto, por la carretera aislada que partía de Hermanville, los hombres del *Shropshire* estaban avanzando con gran audacia, con los dos flancos descubiertos. A las 16, el batallón, al que se habían unido en el ínterin los cañones autopropulsados y los vehículos acorazados de la *Staffordshire Yeomanry*, llegó a Biéville-sur-Orne, a poco más de 55 km de Caen.

Se trataba de una posición extremadamente difícil de conquistar, pues Feuchtinger había recibido al fin órdenes precisas; Rommel, por su parte, se dirigía a toda velocidad hacia su puesto de mando; Hitler acababa de recuperarse de los efectos de sus píldoras de somnífero y las fuerzas acorazadas alemanas se habían puesto en movimiento. En Biéville-sur-Orne, 24 carros de combate que formaban la vanguardia de un potente grupo operativo de la 21.ª *Panzerdivision* y que estaban efectuando acciones de exploración para localizar posibles brechas en el despliegue británico, chocaron frontalmente con los hombres del *Shropshire* y con sus vehículos acorazados. Los cañones autopropulsados ingleses pusieron fuera de combate a cinco carros alemanes, y el enemigo optó por retirarse.

A pesar de la amenaza representada por la presencia de las fuerzas acorazadas alemanas, el *Shropshire* trató de seguir presionando, pero pronto se vio obligado a detenerse ante el intenso fuego procedente de las elevaciones de Lébisey. Las bajas continuaron aumentando, y de un momento a otro los alemanes podrían lanzar un nuevo ataque acorazado. Caen parecía ya un inalcanzable espejismo.

Sin embargo, los medios acorazados de Feuchtinger no se dirigían hacia aquella parte. Los ingleses, que ya controlaban las alturas de Périers, habían empujado aún más hacia el Oeste al grupo operativo alemán, y su vanguardia, después de «rebotar» contra el *Shropshire* y después contra los cañones ingleses, estaba ahora avanzando hacia el Norte, en la amplia brecha existente entre las fuerzas británicas y las canadienses. Se trataba de 90 carros de combate que tenían ante sí una zona perfectamente despejada.

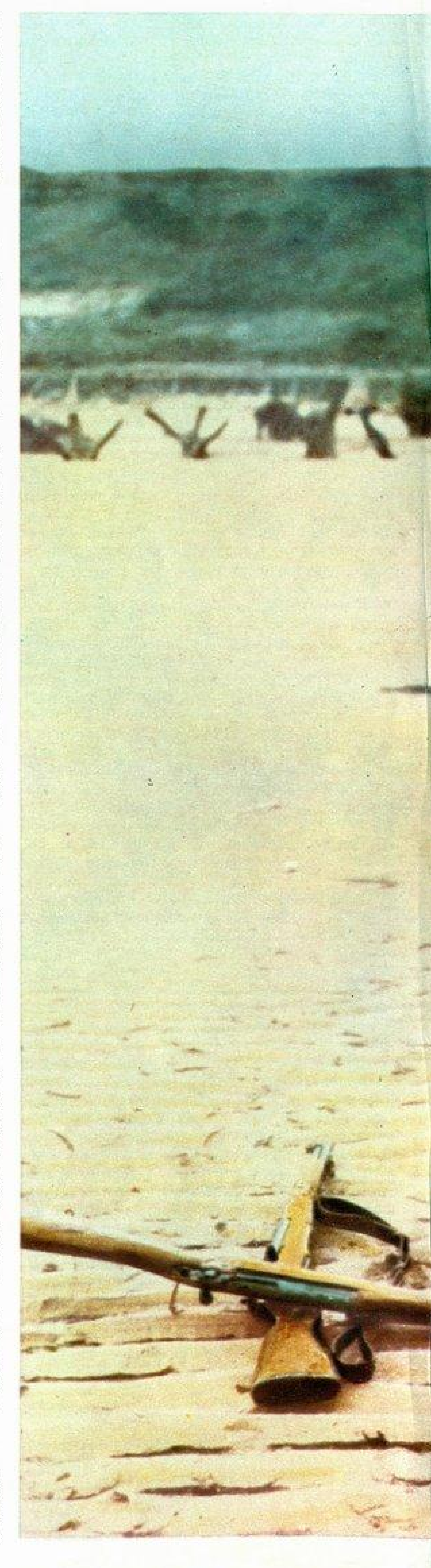
PLAYA "GOLD": LAS VANGUARDIAS DE HOBART EN ACCION

El peso principal del ataque anfibio lanzado por los ingleses recayó sobre el flanco derecho, sobre la playa denominada convencionalmente *Gold*: una estrecha franja arenosa atravesada por engañosos bancos de suave arcilla. Al oeste de la playa se encontraban los potentes reductos constituidos por los pueblos fortificados de Arromanches-les-Bains y Le Hamel, y al este el de La Rivière.

Eran las 7,25 cuando las flotillas de cabeza que transportaban los carros de combate desminadores y los vehículos acorazados de combate del *Westminster Dragoons* y de los Escuadrones de asalto 81 y 82 de ingenieros se aproximaron a las playas de Le Hamel y de La Rivière. En seguida se hizo evidente que el potente bombardeo aéreo y naval no había conseguido reducir al silencio a los cañones enemigos, especialmente los del flanco derecho. Tan sólo uno de los carros de combate desminadores que operaban en el flanco derecho de la Brigada 231 consiguió abrir una brecha para salir de la playa, mientras que, tras él, los otros se hundieron, o perdieron las cadenas a causa de la explosión de alguna mina o por el intenso fuego de las ametralladoras pesadas alemanas. Las embarcaciones, impulsadas por el fuerte viento reinante y por la mar gruesa, chocaban contra los obstáculos y con los vehículos acorazados que las precedían, creando en toda la playa una enorme confusión.

El comandante de las escuadras que se encontraban a la derecha resultó muerto en la torreta de su AVRE (carro de combate especial de ingenieros); pero otros muchos vehículos, temporalmente incapaces de avanzar en aquel terreno, mantuvieron empeñado al enemigo con su propio armamento pesado, proporcionando así un eficaz fuego de cobertura. Más al Este, fuera de la zona batida por el fuego de los reductos de Le Hamel, las tres escuadras de asalto que cooperaban en el flanco izquierdo de la brigada consiguieron avanzar bastante. Mientras algunos carros desminadores recorrían la playa, en medio de continuas explosiones de minas que levantaban columnas de arena y de barro, otros, provistos de rollos de estera, los iban extendiendo sobre las manchas de arcilla gris azulada, y los carros de combate que transportaban fajinas avanzaban por la playa con su pesada carga para llenar los cráteres provocados por las explosiones y hacer superables los obstáculos contracarros: en otras palabras, para abrir camino a la infantería, a los vehículos acorazados y a la gran masa de vehículos de todo tipo que, ejerciendo una presión que parecía incontenible, continuaban afluyendo en oleadas a lo largo de las playas.

Los carros de combate DD, dadas las condiciones del mar, no podían superar con sus propios medios el trecho que los separaba de la playa, tuvieron que permanecer donde estaban, y hasta más tarde no los descargaron para que aportaran su ayuda a la potencia de fuego de las fuerzas acorazadas desembarcadas anteriormente.



Las tropas norteamericanas han logrado al fin asegurarse una cabeza de desembarco en el sector de *Omaha*. Ha cesado el fragor de la batalla, pero los soldados muertos sobre la playa desolada y erizada de obstáculos quedan como testimonio de los durísimos combates sostenidos. (US Coast Guards)





Alrededor de una hora después, las fuerzas acorazadas de Hobart habían emergido del caos que reinaba en la orilla, despejaron cuatro de los seis pasos de las playas de Le Hamel y se situaron a la cabeza de los batallones de vanguardia de la Brigada 231. A lo largo de toda la línea, carros de combate de tipo *Petard* luchaban para eliminar las casamatas fortificadas y los reductos que, infligiendo graves pérdidas, podrían retrasar el avance de las secciones y de las compañías de infantería.

En el frente de la Brigada 69, ante la Rivière, combatiendo al lado de la infantería, los carros desminadores y los AVRE se abrieron camino por las playas, a pesar del intenso fuego enemigo procedente de casamatas muy bien situadas y de casas enlazadas entre sí mediante un sistema de reductos. Se abrieron y desalojaron tres de los seis pasos que unían la playa con la zona pantanosa situada al otro lado de la carretera costera. Mientras los *Petard* que apoyaban a la infantería destruían los reductos costeros con sus gigantescos morteros, semejantes a cañones antiguos, los AVRE rellenaban los cráteres y los fosos contracarros con fajinas, tendían puentes sobre los canales y hacían de *bulldozers*, abriendo pistas para las columnas de vehículos y de hombres que estaban llegando. En una hora las fuerzas acorazadas y la infantería penetraron casi 2 km en el interior, consiguiendo romper la línea externa de las defensas costeras.

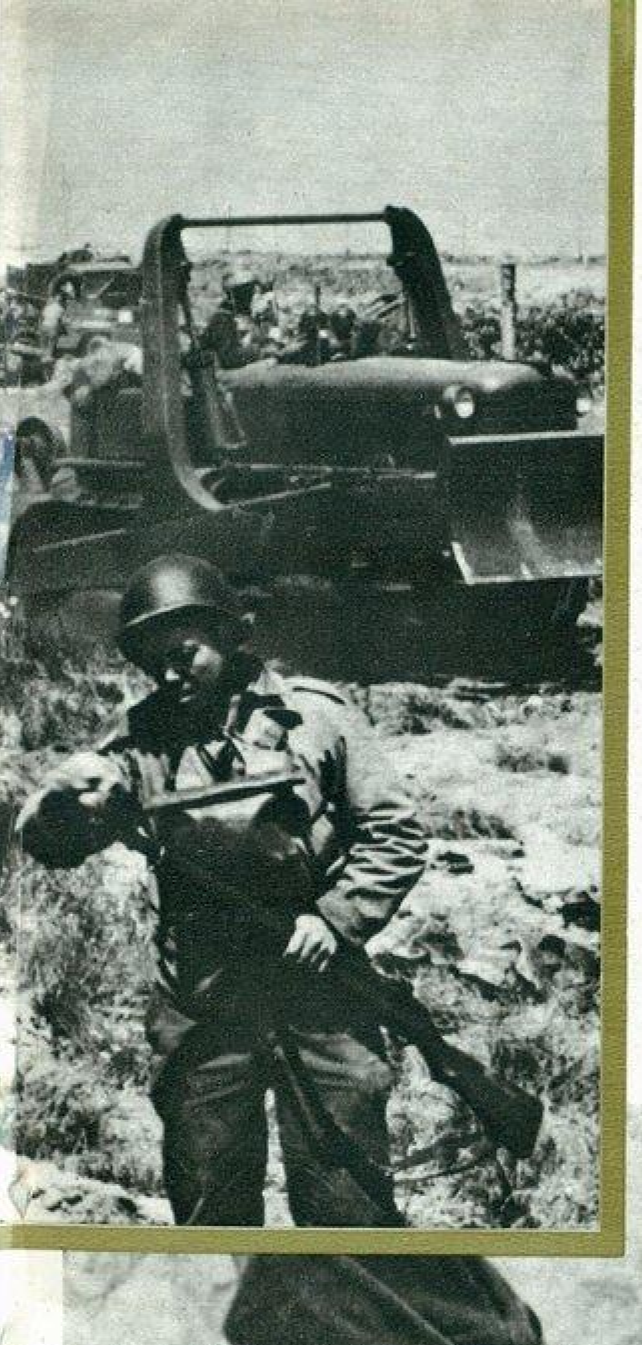
Salvados por los vehículos especiales

En el flanco derecho de Le Hamel se habría podido producir una «pequeña *Omaha*» de no haber intervenido los vehículos acorazados de Hobart. El Batallón I del Regimiento *Hampshire*, que actuaba como unidad avanzada, tuvo una travesía bastante agitada; las píldoras contra el mareo no habían surtido efecto, y, por añadidura, al dejar sus barcazas a unos treinta metros de la costa, los hombres se encontraron en medio de olas que chocaban con violencia contra ellos y removían la arena bajo sus pies, mientras trataban desesperadamente de llegar a tierra. Si ahora experimentaban cierta sensación de alivio, se debía simplemente al hecho de que había cesado el movimiento del mar y, por consiguiente, su estómago se hallaba tranquilo. En la fase de desembarco, los habían apoyado los cañones autopropulsados y piezas de artillería de campaña que disparaban desde los mismos buques que los transportaban; pero sabían que el fuego de los morteros y de las ametralladoras alemanas los acompañaría en los últimos 800 metros. Fue aquél un desembarco más agitado que mortal. Humo y llamas oscurecían las playas, sin embargo, parecía que ni el intenso bombardeo aéreo ni el cañoneo naval hubieran conseguido reducir al silencio al enemigo. En la playa, en los primeros momentos de relativa tranquilidad, antes de entrar en el radio de acción de los cañones de Le Hamel, se percataron de la enorme confusión creada por los vehículos acorazados que habían quedado fuera de combate, y descubrieron que para dos tercios de ellos, por lo menos, no había ningún paso despejado que pudiera ponerlos a salvo. Después, mientras intentaban subir la cuesta, fueron inmovilizados por un fuego mortal, y los cañones de los buques de guerra no pudieron ayudarles en absoluto. Con el comandante del batallón herido dos veces y, por lo tanto, incapaz de ejercer sus funciones, y el segundo jefe muerto casi en los primeros momentos, lo único que se podía hacer era abandonar la idea de un ataque frontal. Desplazándose hacia el Este, las compañías del flanco izquierdo alcanzaron Les Roquettes, un objetivo del 1.º *Dorset*, situado a su izquierda, y después se dirigieron hacia la derecha, ocuparon Asnelles y se prepararon para asaltar el sanatorio de Le Hamel. Por la tarde, las tropas alemanas que guarnecía el edifico, después de rechazar todos los ataques de la infantería, acabaron capitulando ante la acción de los mortales «bidones» de explosivo de un carro *Petard*, uno de los muchos vehículos especiales de Hobart.

Mientras tanto, el 1.º *Dorset*, fuera del radio de acción de los cañones de Le Hamel, había avanzado impetuosamente por la playa, cubierto por el fuego de los cañones de los vehículos especiales, y se dirigió hacia la derecha, para ocupar la pequeña elevación de Arromanches-les-Bains.

En la playa de La Rivière, el Batallón V del Regimiento *East Yorkshire* y el Batallón VI *Green Howards*, las dos unidades que dirigían el ataque de la Brigada 69, no tuvieron ciertamente motivos para dudar de la eficacia de los carros. Desde el primer momento, la infantería y los vehículos acorazados, hábilmente apoyados por el fuego desencadenado a corta distancia por los cañones de las unidades de guerra, arrollaron las defensas enemigas con un ataque muy bien coordinado, y después combatieron duramente, calle por calle, para reducir al silencio los cañones de 88 mm y casamatas, aislar al enemigo y ganar terreno en el interior. Se habían visto en dificultades en el momento del desembarco, pero ello no disminuyó el ímpetu del ataque, y así, una vez pasado el primer obstáculo constituido por la playa, aquellos hombres tenían la victoria asegurada.

A las 11 se habían abierto siete pasos en la playa *Gold*; los carros de combate DD estaban avanzando velozmente hacia el interior y, junto con las Brigadas 56 y 151, aislaban la parte central del despliegue defensivo alemán, decididos a impedir a toda costa que el enemigo se reorganizase. Mucho antes de que cayera el sanatorio de Le Hamel,



la cabeza de desembarco tenía ya una profundidad de 5 km; la Brigada 56 avanzaba a caballo de la carretera La Rivière-Bayeux; a su izquierda, la 151 avanzaba rápidamente hacia las alturas y el valle del río Seulles y, aún más a la izquierda, la 68 marchaba en dirección a Creully. También el flanco derecho, cuya marcha se vio retrasada en Le Hamel, había interceptado la carretera Arromanches-les-Bains-Bayeux, y el 47.º comando de *marines* estaba llevando a cabo una maniobra envolvente para atacar Port-en-Bessin.

El comando ganó a todos en velocidad. Sus hombres, que se habían aproximado a la costa al oeste de Le Hamel, se encontraron bajo un intenso fuego procedente de las escolleras, perdiendo cuatro de sus catorce carros. Luego, obligados a desplazarse hacia el Este, había intentado irrumpir al oeste de la posición de Le Hamel, esperando encontrar el camino ya abierto. Pero no lo estaba, y lo tuvieron que abrir combatiendo a través de los pueblos costeros, cada hombre con 40 kg de equipo a sus espaldas. Y a pesar de todo, a primeras horas de la tarde habían cubierto una distancia de más de 16 km. Cuando al fin los alcanzó la Brigada 231, ya estaban ocupando las alturas situadas al sur de Port-en-Bessin. Nadie, usando tan sólo sus propios pies, habría podido hacer más.

A la izquierda: ingenieros pertenecientes a la 9.ª Fuerza Aérea norteamericana preparando activamente la construcción de una pista de aterrizaje en Normandía. Gracias a la maquinaria y al equipo con que contaban, estos hombres pudieron construir pistas para sus aviones a las seis horas del desembarco aliado. Debajo: soldados norteamericanos, heridos en el curso del asalto a las playas *Omaha*, descansan cerca de la costa, después de haber recibido las primeras curas. En el transcurso del «D-Day» los Aliados tuvieron que lamentar 2500 muertos. *(Imperial War Museum)-(US Army)*

PLAYA "JUNO": UN SÓLIDO APOYO

Cuando los canadienses se lanzaron a tierra, con dos brigadas a caballo del estuario del río Seulles, arrojándose impetuosamente hacia el muro rompeolas, la alta marea ya había reducido la anchura de las playas a menos de un centenar de metros en el punto más estrecho; además, en las playas laterales los combates duraban desde hacía dos horas. Pero los canadienses no tenían la menor intención de quedarse atrás. Su Brigada 7, que tenía como vanguardia a los hombres del Regimiento *Royal Winnipeg* y del *Regina Rifles*, se aproximó a la costa más a la derecha, al oeste del río Seulles, y desembarcó en la playa dos o tres minutos antes que la Brigada 8. Con ellos se encontraban ocho o diez carros de combate DD del 1.º de Húsares canadiense. Los carros de combate se habían echado al agua a unos 700 metros de distancia de la orilla, amenazados por un mar algo agitado, haciendo agua a cada momento y tratando de encontrar un camino entre la espantosa maraña de postes que sobresalían del agua, como cepos de un bosque petrificado.

En el flanco izquierdo, el *Queen's Own Regiment of Canada* y el *North Shore Regiment*, que se encontraban en la vanguardia de la Brigada 8 canadiense, sin el apoyo de ningún carro, se lanzaron hacia el muro rompeolas; en los treinta segundos, aproximadamente, que aquellos hombres tardaron en colocarse tras la protección del citado muro, las ametralladoras pesadas del enemigo abrieron



Un enorme despliegue de buques de transporte aliados se halla frente a la costa; mientras los LST, con la protección de globos, descargan toneladas de abastecimientos y de materiales en la playa *Omaha*, a fin de consolidar y ampliar lo más pronto posible la débil cabeza de desembarco establecida por el Cuerpo de Ejército V norteamericano. *(Foto G M)*

amplias brechas en sus filas. Los medios de desembarco que llevaba a bordo los vehículos acorazados luchaban aún con la mar gruesa y con los obstáculos, y los carros de combate DD llegaron a tierra cuando los elementos avanzados de la infantería ya habían adelantado mucho, obligando al enemigo a retirarse de Courseulles-sur-Mer y de Bernières-sur-Mer. Cuando, quince minutos después, llegó el *Régiment de la Chaudière*, no hubo prácticamente ni un disparo.

También los batallones canadienses tuvieron que luchar contra el mar picado mientras el fuerte viento parecía proyectarlos contra las playas, a excepción de un punto, donde soplaba en dirección contraria. La existencia, en aquel estrecho tramo de costa, de escolleras y rocas bastante peligrosas, obligó a los medios de asalto a esperar la pleamar; una vez eliminado el peligro de las escolleras, las embarcaciones mayores tuvieron que evitar los obstáculos, mientras las más pequeñas avanzaban en zigzag a través de aquel laberinto de hierros en ángulo y de empalizadas. En un determinado momento, 20 de las 24 embarcaciones de asalto saltaron por los aires, y los hombres empezaron a debatirse en el agua para llegar a la playa, mientras a su alrededor llovían los restos de las destrozadas barcazas. Según el relato de un testigo, «grandes fragmentos de las lanchas se elevaron hasta unos treinta metros de altura, y los soldados, ahora agarrados a la protección de un rompeolas, se vieron golpeados por una pesada lluvia de pedazos de madera».

Mientras el viento impulsaba a las embarcaciones y la marea, que crecía rápidamente, levantaba grandes olas, los timoneles no podían hacer otra cosa que permanecer agarrados a las barras de los timones y rezar. Las primeras tres embarcaciones de asalto que se aproximaron por el flanco izquierdo de los canadienses volaron por los aires; pero todos sus hombres, excepto los dos muertos por la explosión, consiguieron llegar a la playa.

Las LCOCU (*Landing Craft Obstacle Clearance Units*, unidades encargadas de la eliminación de los obstáculos colocados por los alemanes) de los equipos de demolición de la Marina de Guerra y las unidades de playa, esforzándose hasta el máximo en su intento de despejar aquel espantoso caos de obstáculos minados, de vehículos y de cadáveres que llenaba la playa, continuaron sometidas al fuego enemigo de la artillería divisionaria y de Cuerpo de Ejército. Los *bulldozers* no despejaban los pasos de chatarra, pero volvían a echar al mar las embarcaciones que antes habían llegado a tierra, dándoles de esta manera el impulso necesario para ayudarles a emprender el viaje de vuelta hacia los buques que esperaban frente a la costa.

Cuando los vehículos acorazados del 22.º *Dragoon* y del 26.º Escuadrón de asalto de ingenieros llegaron a la playa, en el sector de la Brigada 7 canadiense, los carros de combate DD, desembarcados con la infantería, ya habían puesto fuera de combate los reductos más fuertes del enemigo, provistos de cañones de 75 mm, así como los morteros y las ametralladoras pesadas; pero, un poco más atrás, todavía seguían en plena actividad un gran números de morteros y de armas automáticas alemanas. Por ello fue indispensable una rápida intervención de los carros de combate desminadores a fin de abrir brechas hacia las salidas de la playa para despejar la multitud de hombres y de carros que invadían la orilla; detrás de ellos avanzaban, arrastrando toda su mole, los carros de combate *Petard* y los carros-puente, con objeto de que la infantería pudiera seguir ejerciendo una fuerte presión sobre el enemigo.

Al este del río Seulles las cosas marchaban bien: antes de las 9,30 horas, los carros desminadores habían despejado las salidas a ambos lados del río, y los carros-puente y los destinados a la colocación de las fajinas consiguieron que se pudieran superar los cráteres de las explosiones y los canales.

A la izquierda, en Bernières-sur-Mer, carros desminadores y carros de combate *Petard* lograron abrir numerosas brechas en el muro rompeolas, de más de 3,5 m de altura, despejando pasos y senderos transversales a tiempo para poder avanzar después con la infantería en el ataque a las casamatas y a los reductos enemigos. Antes de mediodía, en el flanco derecho, los carros de combate desminadores estaban avanzando por el interior, dirigidos por la Brigada Acorazada 2 canadiense.

Los vehículos acorazados especiales de Hobart abrieron doce pasos en la playa *Juno* a lo largo del día, y luego, las diversas salidas se enlazaron entre sí para comunicar transversalmente los frentes de las brigadas. Los carros de combate DD, desembarcados una hora después que la infantería, dejaron pronto la playa a sus espaldas, añadiendo su potencia de fuego al ímpetu de los hombres que avanzaban hacia el interior, con lo que se impidió al enemigo que se reorganizase y formase una segunda línea defensiva. Ya avanzada la tarde, la Brigada 7 canadiense estaba disputando a la Brigada 69 de la División 50 la posición de cabeza, mientras sus patrullas acorazadas efectuaban penetraciones limitadas en dirección a la importante carretera Bayeux-Caen; a la izquierda, la Brigada 9 canadiense, saliendo rápidamente del caos de la playa, alcanzaba a la Brigada 8 y también procedía rápidamente hacia Caen, a caballo de la carretera procedente de Courselles-sur-Mer.

La cabeza de desembarco central, entre Langrune-sur-Mer y Arromanches-les-Bains ya era sólida; con casi 20 km de longitud, su profundidad aumentaba de hora en hora. La parte estrecha se encontraba más atrás, en la angosta y congestionada playa, en la que se hacían grandes esfuerzos para eliminar los embotellamientos. Además, cada vez se daban cuenta más claramente de la existencia de un peligroso «vacío» que se había creado en el flanco derecho, donde desde el minúsculo y precario apoyo de *Omaha*, los americanos avanzaban con gran dificultad y sus progresos sólo se medían por metros.

Por lo tanto, ocurriera lo que ocurriera, se debía impedir que el enemigo hiciera afluir reservas a *Omaha*; y fue sobre todo esta consideración lo que indujo a Dempsey a detenerse, dispuesto a tender una mano de ayuda a los colegas que estaban en dificultades y manteniendo sus fuerzas acorazadas en posición retrasada.

EL FIN DE LA JORNADA

Fue ya avanzada la tarde cuando el Alto Mando alemán empezó a salir del estado de total confusión en que lo sumiera la operación aliada. La falta de reconocimientos aéreos, los radares inutilizados y la desorganización que reinaba en los enlaces habían obligado a los alemanes a valorar la situación basándose tan sólo en lo que podían percibir directamente. No se podían confirmar con exactitud los partes ni coordinar las informaciones en un cuadro de conjunto. La incertidumbre existente sobre lo que estaba ocurriendo impidió que se lanzaran aquellos violentos contraataques que habrían sido lo único capaz de echar de nuevo al mar a los ingleses y americanos. Por otra parte, ni siquiera se disponía de los medios para lanzarlos. El I *Panzerkorps* estaba como paralizado al oeste del Sena, en espera de las decisiones del *Führer*.

El *Feldmariscal* Rommel tuvo razón cuando afirmó que las primeras 24 horas iban a ser decisivas. Intentó varias veces desplazar a la 12.ª *Panzerdivision SS* y a la División *Panzerlehr* a lo largo de una línea que unía St. Lô y Carentan; y, desde luego, si estas divisiones se hubieran encontrado allí, la cabeza de desembarco de *Omaha* habría sido aniquilada sin lugar a dudas. Si aquel día Rommel se hubiera encontrado personalmente en la zona de las operaciones, consiguiendo tal vez sacar a Hitler de sus sueños matutinos, quizá podría no haber sido demasiado tarde para los alemanes. Pero sí lo fue cuando Hitler celebró su reunión por la tarde y puso a disposición la 12.ª *Panzerdivision*.

Todo lo que había sido posible hacer contra los ataques aliados lanzados desde el aire y desde el mar se hizo con las fuerzas inmediatamente disponibles. Feuchtinger, comandante de la 21.ª *Panzerdivison*, la única unidad que se encontraba lo suficientemente cerca para poder contraatacar, había reaccionado con rapidez contra los desembarcos paracaidistas de los ingleses en el Orne.

Pero después, inesperadamente, quizá a causa de la interrupción de las líneas telefónicas, se produjo un largo período de incertidumbre. Cuando al fin se puso la división bajo la dependencia del Cuerpo de Ejército LXXXIV, cuyo comandante era el general Marcks, éste pensó, con razón, que la amenaza más grave en aquel momento procedía de la División 3 inglesa y que, por lo tanto, era indispensable establecer cuanto antes una fuerte defensa ante Caen. Pero entonces ya se había perdido mucho tiempo, y quizás habría sido mejor que hubiera utilizado su división contra la cabeza de puente de los paracaidistas ingleses. Si Marcks se hubiera decidido por esto último, las ingentes fuerzas aliadas transportadas a la zona en planeadores habrían tenido un recibimiento terrible.

Dada la situación, Feuchtinger no pudo retirar sus batallones de infantería, que trataban de detener los ataques ingleses, ni sustraer a la División 716 alemana sus cañones contracarros. La artillería inglesa le había rechazado de las alturas de Périers, en cambio él, de haber tenido los citados cañones, hubiera podido barrer las unidades acorazadas enemigas.

No obstante, teniendo en cuenta las dificultades en que se encontraron, los hombres de la 21.ª *Panzerdivision* se portaron muy bien. Si no se hubiera dejado impresionar por el espectáculo ofrecido por los 250 aviones que remolcaban sus planeadores llenos de refuerzos para las divisiones aerotransportadas, el grupo operativo alemán, que había recibido rápidamente refuerzos, quizás habría podido atacar con éxito el flanco derecho británico en la playa *Sword*, introduciendo una peligrosa cuña entre ingleses y canadienses hasta el mar. En cambio, prefirió replegarse para establecerse al norte de Caen. Y un momento tan favorable como éste ya no se volvió a presentar.

Por otra parte, tampoco es probable que la 21.ª *Panzerdivision* alcanzara una completa victoria, ni siquiera la primera vez, pues la potencia aérea favorecía en todo a los Aliados, aislando el campo de batalla, defendiendo su perímetro, impidiendo que se desplazaran las reservas alemanas y haciendo del día una terrible pesadilla y de la noche una serie de horas que pasaban con torturante lentitud. El 6 de junio, las fuerzas aéreas aliadas efectuaron más de 11.000 misiones de vuelo, sin perder un sólo avión en lucha con la *Luftwaffe*. Algunos altos oficiales de los Estados Mayores habían calculado que la supérioridad aérea multiplicaba por tres la superioridad en tierra. Y el «D-Day» la superioridad aérea aliada demostró ser aplastante y decisiva.

El desarrollo de la batalla de Normandía empezó a delinearse ya al final del primer día; ingleses

Rebasada la barrera costera enemiga, las tropas británicas del 47 comando de *marines*, desembarcadas en la playa *Gold*, avanzan a través de los pueblos de Normandía. En las primeras horas de la tarde del día 6 de junio de 1944, estos hombres habían cubierto más de 16 km. *(United Press)*



y canadienses reforzaban continuamente una sólida cabeza de desembarco a la izquierda, manteniendo a raya toda la reserva de fuerzas acorazadas enemigas; mientras tanto, los americanos se preparaban para aprovechar el vacío que se abría en el flanco derecho. Si los alemanes hubieran conseguido aniquilar este flanco derecho en la fase inicial, cuando se extendía, vulnerable y casi inerme, sobre la larga playa *Omaha*, se habría podido desarrollar y continuar indefinidamente una extenuante y terrible lucha de desgaste, una batalla en la que la cabeza de desembarco inglesa se hubiera encontrado prácticamente aislada. Pero, primero la División Aerotransportada 6, después la División 3 británica y, finalmente, la División 3 canadiense hicieron imposible estas eventualidades. El general Bradley podía tener razón al temer un contraataque alemán, pero el general Kraiss, comandante de la División 352 germana, sabía que todo contraataque era imposible.

«Un flanco derecho abierto» era esencial para la victoria aliada. Este era el punto básico y el objetivo de la estrategia del general Montgomery, y al final de aquella jornada éste supo que la victoria ya no podía escapársele, que la batalla de Normandía seguiría la marcha por él deseada. Montgomery no se preocupaba demasiado por las líneas alcanzadas en las diversas fases y por las valoraciones de los progresos conseguidos; lo que le importaba era el resultado final.

Mientras tanto, Rundstedt había decidido intentar una maniobra arriesgada: lanzar un fuerte contingente de la 12.ª *Panzerdivision SS* hacia Lisieux; en cuanto llegó la autorización del Alto Mando, este grupo, mandado por Kurt Meyer, recibió la orden de trasladarse a la zona de combate. Antes de medianoche, continuamente hostigado y con una terrible escasez de carburante, llegó a Evrecy, a 15 km al sudoeste de Caen; pero allí descubrió que sus depósitos de carburante estaban reducidos a un montón de ruinas. Cuando estuvo de nuevo en condiciones de ponerse en movimiento, como se encontraba precisamente sobre la dirección de avance de las unidades aliadas procedentes de la playa *Juno*, no tuvo más salida que enfrentarse con las ingentes fuerzas canadienses.

Desde aquel momento, los ingleses y la División 3 canadiense contrarrestaron eficazmente su potencia ofensiva, desgastando al mismo tiempo su capacidad defensiva.

La División *Panzerlehr* no se encontró jamás cerca de la zona de los combates, ni durante el «D-Day» ni al día siguiente.

Para el general Bradley, comandante del Ejército 1 americano, aquella noche debió ser de graves preocupaciones y quizás, aunque no existen pruebas precisas en este sentido, de cierta autocrítica. En cambio, el general Dempsey, comandante del Ejército 2 británico, tenía motivos para estar bastante satisfecho, pero ciertamente no regocijado. Demsey, del que se ha escrito poquísimo, era un hombre de pocas palabras, pero cortés, buen estratega y un táctico sensato. Un hombre que se entregó por completo y con notable dedicación a su trabajo de soldado. El día 6 de junio por la noche, Dempsey sabía que su Ejército había combatido bastante bien; se trataba de un buen Ejército, quizá el último Ejército verdadero que había creado Gran Bretaña. Pero los sueños se habían desvanecido, y además nunca había sido muy probable que pudieran transformarse en realidad. En efecto, el ímpetu que *habría* podido llevar a los canadienses y a los ingleses a la amplia llanura que se extiende al otro lado de Caen no se produjo.

Más allá de la carretera Caen-Bayeux el terreno no era abierto, sino que estaba cuajado de matorrales, con campos llenos de setos y surcados por profundos fosos, senderos estrechos y valles cubiertos de bosques. En realidad, el terreno abierto y libre no había existido nunca en su radio de acción. Aunque quizás eso no fuera muy importante. La marcha del combate habría sido distinta, pero no necesariamente más favorable a los Aliados.

Los puntos realmente críticos, que ponían a dura prueba la fuerza y la resistencia de las tropas avanzadas, eran las playas, los pueblos costeros, las estrechas salidas y los inadecuados caminos transversales, y, detrás de las playas, el mar agresivo y hostil.

Los primeros medios de desembarco, una vez invertido su rumbo, habían llegado por la tarde a los pequeños puertos y a los estuarios diseminados a lo largo de la costa inglesa, habían completado rápidamente su carga de municiones, de víveres y de hombres, y volvieron otra vez hacia el gran caos de embarcaciones de la flota aliada de desembarco. Durante el día y la noche siguiente, muchísimos cajones *Mulberries* se soltaron de las unidades que los arrastraban, y los remolcadores tuvieron que luchar constantemente con cables, cabrestantes y cadenas, tratando de atrapar de nuevo aquellos enormes y poco manejables «artefactos» que remolcaban a través del canal.

Tanto en las playas como en el mar, fueron un día y una noche realmente alucinantes. Se veían hombres abandonados, agarrados a los obstáculos y a los pecios, a las escolleras y a la parte superior de vehículos hundidos, mientras unidades de la Marina y pequeñas embarcaciones DUKW iban de un lado para otro, insensibles a las voces que pedían ayuda y a las terribles maldiciones que lanzaban aquellos hombres frustrados, hambrientos y aterrados. Durante días y días se vieron en Normandía numerosos hombres que vagaban de un lado a otro buscando sus unidades.

No había muchas posibilidades de descansar en la cabeza de desembarco. De las casas devoradas por las llamas se alzaban columnas de humo, y eso sucedía a lo largo de todo aquel frente tan duramente disputado y que se extendía desde Puistreham hasta Arromanches-les-Bains, prolongándose más allá de la desolada playa *Omaha* y la aislada playa *Utah*, hasta las dunas de Varreville. En medio del monstruoso caos de las playas, de la intrincada maraña de restos de cadenas de carros de combate, ruedas y retorcidas masas de hierro y acero, los cuerpos de los caídos yacían esperando sepultura.

En Sallenelles, a la izquierda de la playa *Sword*, en el trecho de costa de 5 km que se extendía entre las playas *Sword* y *Juno*, y en el comprendido entre las playas *Gold* y *Omaha*, no hubo un minuto de tregua. Las fuerzas aerotransportadas y los comandos pasaron muy malos ratos. No obstante, la moral era alta. Casi todos los que no combatían (y los que estaba combatiendo efectivamente eran una minoría) tenían la sensación de encontrarse en un *anti-clímax*. Un hombre lo definió como «un violento *anti-clímax*». En cierto modo, era ya un *anti-clímax* el no haber muerto, después de tanto esperar, adiestrarse y pensar.

Algunos decían que los franceses eran cordiales y amistosos, otros que eran suspicaces y hostiles, otros que eran simplemente indiferentes. A muchos les sorprendía la extremada juventud, o vejez, de los soldados enemigos capturados, y pensaban que el futuro sería tan sencillo como saborear «un trozo de torta», según la definición que circulaba aquellos días. Pero los hombres de primera línea, que atacaron los reductos o habían tenido que refurgiarse en los sótanos para huir de las granadas, se daban cuenta mucho mejor de cómo iban realmente las cosas. Se había destruido la División 716 alemana, pero, aunque dispersos, sus elementos aislados continuaban todavía empeñados en combate.

Los hombres que aquella noche sintieron más fuerte la sensación de hallarse «en un limbo» fueron los de la División Aerotransportada 82 americana, que resistían en Sainte-Mère-Église, con los de la 101, en decenas de pequeñas «bolsas», preguntándose cuándo llegaría el apoyo procedente del mar. No se daban cuenta de que muchos de sus elementos dispersos estaban prácticamente unidos, dando a la cabeza de desembarco de *Utah* una anchura y una profundidad mucho mayores de lo que en realidad parecía.

Lo cierto es que la cabeza de desembarco de *Utah* era sólida. Toda la División 4 había desembarcado mucho antes de medianoche, y después llegaron muchas otras fuerzas, en total unos 20.000 hombres y 1700 vehículos. Los dos regimientos de cabeza sólo habían tenido que lamentar 12 muertos. El general Collins, comandante del Cuerpo de Ejército, estaba mucho más preocupado por lo que podría hacer, o no hacer, el almirante Moon que por la suerte de la cabeza de desembarco. El general habría podido bajar a tierra, pero no se atrevía a dejar el *Bayfield*. El almirante, preocupado por sus pérdidas, quería suspender las operaciones de desembarco durante la noche, y, según palabras de Bradley, el general Collins tuvo que «mantener a raya al almirante Moon».

El general Gerow, comandante del Cuerpo de Ejército V americano, que no tenía por qué preocuparse por lo que ocurría en el mar, pero a quien no le faltaban motivos de preocupación por la situación existente en la playa, había establecido su puesto de mando en las escolleras de aquel desolado trecho de la costa. Por lo que se deduce de la información disponible, aquella noche, en *Omaha*, no existía retaguardia, ni posibilidad de descanso, ni sensación de seguridad. El enemigo seguía disparando aún desde posiciones situadas en el litoral, y el fuego de fusilería se prolongó toda la noche y todo el día siguiente. Sólo 100 toneladas de abastecimientos habían llegado a tierra, y los hombres estaban hambrientos, agotados, con pocas municiones, somnolientos, necesitados de casi todo; no obstante, resistían con la fuerza de la desesperación. En el punto de mayor profundidad, la playa *Omaha* no penetraba en el interior más que 1500 m, y no existía una línea, ni siquiera la prevista «Línea para la posesión de la playa». Era un milagro que hubieran conseguido establecer una cabeza de desembarco.

Quizás nadie sabrá nunca lo que pensó entonces el general Bradley. ¿Por qué había rechazado los carros de combate desminadores, los *Petard* y todos los demás vehículos acorazados especiales de Hobart? Según Chester Wilmont, la razón residía en el desprecio que Bradley sentía por la «insuficiente confianza y excesiva necesidad de seguridad» de los ingleses. El capitán sir Basil Liddell Hart resumió el asunto en estos términos: «De un análisis cuidadoso se desprende que las fuerzas americanas pagaron un alto precio por la decisión de su comandante de no aceptar la anterior oferta de Montgomery de los vehículos acorazados especiales de Hobart».

Y el parte del comandante supremo refiere:

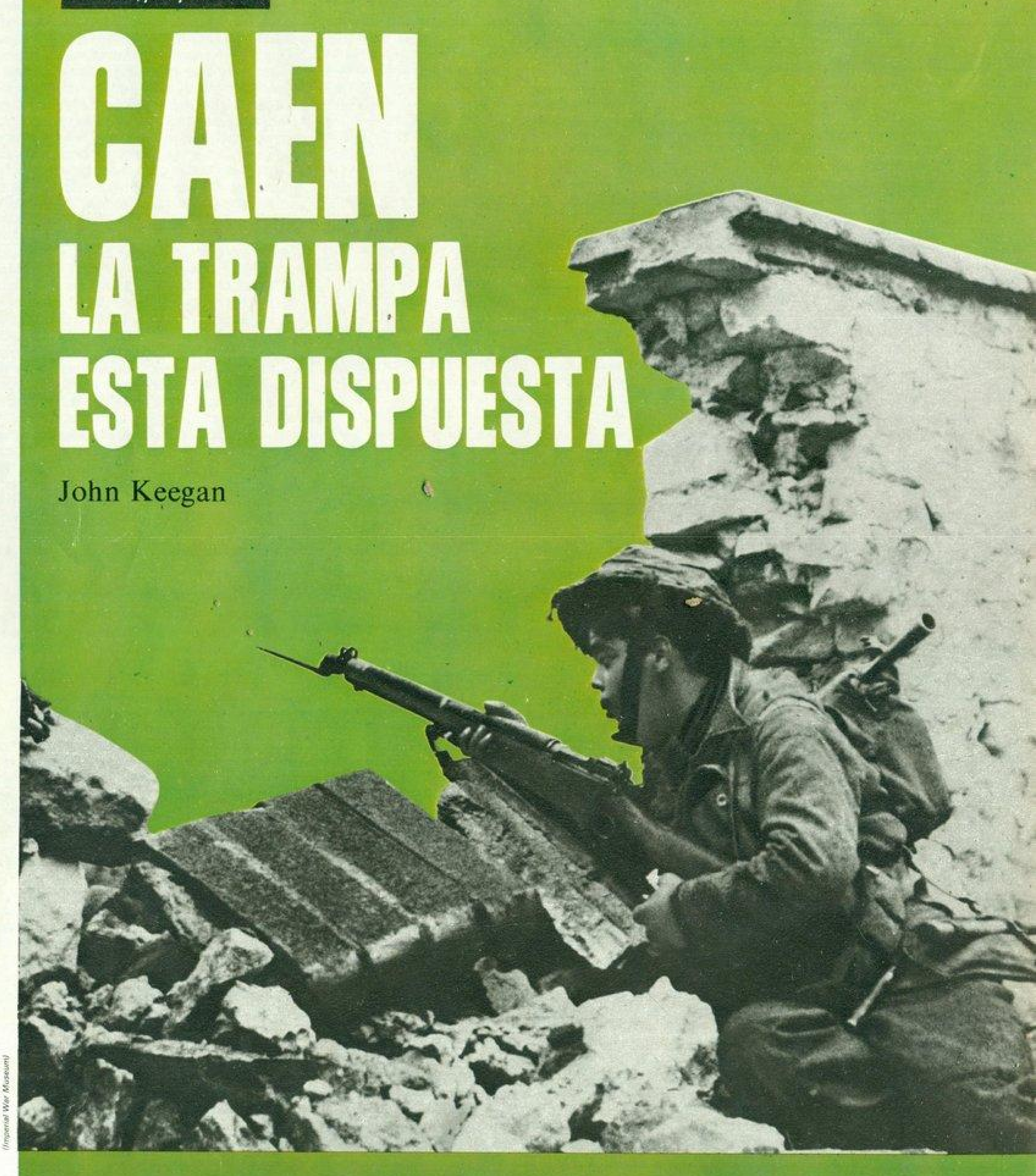
«Dejando aparte la sorpresa táctica, el hecho de que en todas las playas, a excepción de *Omaha*, tuviéramos pérdidas relativamente reducidas debe atribuirse en gran medida al éxito de los nuevos vehículos que utilizamos y al desconcertante efecto moral y material de la masa de vehículos acorazados que desembarcaron en las primeras oleadas del asalto. Es dudoso que las fuerzas atacantes pudieran establecer sólidamente en tierra sin la ayuda de estas armas».

Aquel día murieron 2500 hombres, 1000 de ellos en *Omaha*. En la guerra anterior, en 1916, casi 20.000 soldados británicos murieron el primer día de la batalla del Somme. Ahora la guerra se había convertido en una lucha de máquinas contra máquinas. Decenas de miles de toneladas de explosivos, cobre, tungsteno, bronce, hierro, acero, bombas, ladrillos, morteros, hormigón, cañones, carros de combate, camiones, buques, todo ello hecho pedazos. Puentes, ferrocarriles, depósitos, instalaciones, ciudades enteras, todo arrasado: era una guerra para *bulldozers*. Asimismo, los hombres que pilotaban los bombarderos se daban cuenta de su potencia, privando casi por completo de la posibilidad de lograr cualquier cosa a los hombres... de a pie. Triste día para el mundo será aquél en que los hombres de a pie ya no puedan lograr nada.

Normandía, junio-julio de 1944

CAEN LA TRAMPA ESTA DISPUESTA

John Keegan


(Imperial War Museum)

Las playas de Normandía ya habían sido conquistadas y rechazados los primeros contraataques alemanes; ahora, las fuerzas aliadas, cuyos efectivos aumentaban rápidamente pero que estaban todavía bloqueadas, precisaban abrirse un paso hacia el interior de Francia, a través del sólido cerco formado por el Ejército alemán. En el sector de Caen, la batalla se transformó pronto en un duro y extenuante combate casa por casa. Montgomery se proponía desencadenar el ataque sobre el flanco derecho con el Ejército 1 americano, apoyándose en el Ejército 2 británico en Caen. Mas, para alcanzar este objetivo, británicos y canadienses debían mantener concentrado en torno a la ciudad, al grueso de los medios acorazados alemanes, empeñándoles en constantes acciones.

La noche del 10 de junio, las divisiones del Cuerpo Expedicionario aliado destinadas a llevar a cabo el ataque, habían conseguido, a costa de 15.000 bajas, constituir una línea continua que abarcaba las cinco cabezas de desembarco angloamericanas. En algunos lugares, esta línea se extendía a menos de 8 km de la playa, y en ninguno sobrepasaba los 15; sus flancos, bañados al Este por las aguas del Dives y al Oeste por las del Douve, eran seguros y no estaban amenazados en ningún punto. En el interior, 10 divisiones alemanas se oponían a las 8 divisiones americanas y a las 6 británicas que acababan de desembarcar; en el aire, algún raro avión alemán intentaba contrarrestar la acción del Cuerpo Expedicionario aéreo; en el mar, fondeados cerca de la costa, había algunos centenares de buques de guerra y mercantes, así como varios millares de embarcaciones de desembarco.

La decisión tomada por el Estado Mayor que planeó la Operación «Overlord» de elegir Normandía como zona de desembarco en lugar del Paso de Calais y, en particular, la bahía del Sena antes que la punta de la península de Cotentin, se había revelado, hasta el momento, como plenamente justificada. Mas, como se recalcó en varias ocasiones, la finalidad de la Operación «Overlord» no era simplemente adelantar una reivindicación sobre la frontera de la Europa hitleriana, sino asegurarse una base en el continente desde donde poder llevar a cabo ulteriores operaciones ofensivas, cuyo objetivo primordial era inmovilizar, y después destruir, a las 60 divisiones al mando del *Oberbefehlshaber West* (comandante en jefe del frente occidental) y permitir además a los Aliados atravesar Francia, sobrepasar las fronteras con Alemania y atacarla en pleno corazón. Por consiguiente, esta «base debía ofrecer las posibilidades de desembarco de los efectivos y de los medios necesarios para una fuerza de unas 26-30 divisiones, y poder ser alimentada después con el incremento de nuevas divisiones y unidades de apoyo, al ritmo de 3-5 divisiones al mes»: en total, se calculaba un conjunto de 2.000.000 de hombres, 500.000 medios de transporte y casi 3.000.000 de toneladas de material y de víveres tan sólo para los primeros meses. Según cálculos aliados, únicamente los puertos de Bretaña –Brest, Lorient y St. Nazaire– reunían las condiciones adecuadas para absorber una carga marítima de tales proporciones. Por otra parte, puesto que el rápido avance de fuerzas tan ingentes hacia el interior requeriría una amplia red ferroviaria, los estrategas aliados trazaron los límites de esta base con una gran amplitud.

A los tres meses, Normandía y Bretaña quedarían transformadas en una base autosuficiente y los Ejércitos podrían disponer del espacio y de los recursos necesarios para desencadenar el golpe decisivo: la doble maniobra envolvente en torno al Ruhr. Los ingleses, que avanzaban con el grueso de sus fuerzas al norte de las Ardenas, y los americanos, que se dirigían hacia el sur de dichos montes, arrollarían la resistencia alemana en la línea de los ríos del Norte de Francia y de Bélgica, abrirían una brecha en el valle occidental y, aproximadamente, 330 días después del «D-Day», se reunirían para cruzar el Rhin.

Pero los hombres que estaban aún en las playas no se imaginaban este momento, todavía lejano; para ellos lo más importante era ahora poder avanzar un paso más. En cuanto a sus jefes, tampoco su horizonte era mucho más amplio. A principios de junio su preocupación más inmediata era hacer avanzar a sus hombres y el material al otro lado de la playa, rechazar las divisiones alemanas más allá de sus posiciones e impedir, a toda costa, que otras nuevas pudieran aproximarse.

Primer objetivo: asegurar los abastecimientos

Estos son los clásicos problemas de una guerra anfibia. Cada uno de ellos había sido previsto, pero cada uno se cumplió de distinto modo. Sin embargo, ninguno fue tan cuidadosamente preparado como el de los refuerzos de los servicios logísticos. La incursión contra Dieppe demostró que un puerto no puede conquistarse por sorpresa y que las fuerzas anfibias se verían duramente castigadas en una tentativa semejante. Por estas razones, los oficiales adscritos a la planificación habían elegido una zona de costa abierta y, por consiguiente, menos defendida. El cercano puerto de Cherburgo proveería, naturalmente, la mayor parte de las exigencias iniciales del Ejército.

Pero antes se precisaba conquistar este puerto –misión que requería varias semanas– y después reactivarlo. Hasta aquel momento, las nuevas divisiones, los complementos y todo su armamento y equipo, así como también los víveres, debían desembarcarse en la playa. Pero se aproximaba el mal tiempo, y, por lo tanto, la consiguiente interrupción total de la llegada de abastecimientos era una amarga posibilidad.

La solución hallada fue acelerar la construcción de puertos artificiales. En Saint Laurent, en el sector americano, y en el británico de Arromanches-les-Bains, estaba a punto de completarse dos amplios sistemas de escolleras y muelles, cuyas piezas habían sido remolcadas a lo largo de casi ochenta millas. Se echaron al mar hileras de bloques de cemento, algunos de una longitud de cerca de 60 m por 16,5 de ancho, una altura de 18 y un peso de 6000 toneladas. Entre éstos y la costa se estaban montando alrededor de 16 km de pontones y 36 muelles flotantes.

Más allá de las escolleras, 93 pontones flotantes de acero, cada uno de 2000 toneladas, ofrecían puntos de atraque a buques de mayor tonelaje. En los lugares de desembarco se habían construido caminos elevados a través de las playas y se abrieron pasos en las escolleras. Más allá de éstas, las unidades logísticas preparaban una base principal avanzada para los Ejércitos, con depósitos de materiales, armamento y equipo, parques de ingenieros, centros de transmisiones, hospitales con 60.000 camas, parques de automóviles para 12.000 camiones pesados y 45 pistas de aterrizaje y despegue con instalaciones propias de servicio. Compañías de ingenieros procedían a la construcción de una extensa red de carreteras para los abastecimientos internos, al tiempo que reparaban la parte conquistada de la carretera nacional n.° 13, que constituiría la línea de enroque a lo largo de todo el frente aliado entre Caen y Cherburgo, cuyo sector central ya estaba en manos de los Aliados.

Mas, gran parte de este sector, así como algunas playas, estaba todavía bajo el directo control de los alemanes. Por fortuna era precisamente en la parte central donde los alemanes eran más débiles, pues su mayor fuerza se concentraba sobre los flancos. En la base de la península de Cotentin, dos divisiones americanas aerotransportadas y otras dos de infantería se enfrentaban con tres divisiones germanas. En torno a Caen, tres divisiones británicas de infantería y una aerotransportada, así como una de infantería canadiense y otra división acorazada británica, se hallaban frente a seis divisiones alemanas, entre ellas tres formidables *Panzerdivisionen*. Hasta aquel momento, la infantería, la artillería y la aviación aliadas habían anulado con éxito todo contraataque organizado. Pero las fuerzas alemanas empleadas en estas acciones representaban menos de los dos tercios de las que se hallaban en Normandía y sólo una sexta parte de las que se hallaban bajo el mando del comandante en jefe del sector occidental. Otras ocho divisiones de infantería estaban disponibles en el Ejército 7, que guarnecía la zona destinada a «base del territorio conquistado; 17 divisiones de infantería y 3 *Panzerdivisionen* lo estaban en el Ejército 15, al norte del Sena; 4 divisiones de infantería y 2 *Panzerdivisionen* en el Ejército 1, al sur del Loira, en las costas del golfo de Vizcaya, y 9 divisiones de infantería y 2 *Panzerdivisionen* en el Ejército 19, en la costa francesa del Mediterráneo. No todas eran igualmente poderosas; sin embargo, las diez *Panzerdivisionen*, por sí solas, concentradas rápidamente, hubieran podido llevar a las fuerzas de invasión a un segundo «Dunkerque». Otras dos divisiones, las tan apreciadas 9.ª y 10.ª SS, estaban desplazándose desde Polonia.

Los oficiales encargados de la planificación sabían perfectamente que el éxito dependía de que se pudiera impedir que las reservas alemanas llegasen antes de que hubiese desembarcado una buena parte de las doce divisiones acorazadas aliadas, de modo que se pudiera entablar una batalla entre medios acorazados con fuerzas casi iguales. Sus precisiones eran pesimistas: habían calculado que al décimo día después del «D-Day» (16 de junio), los alemanes habrían alcanzado una superioridad de fuerzas de un 50 %: 27 divisiones (de ellas, tal vez, siete acorazadas) contra 18 (cuatro de las cuales acorazadas). Pero los oficiales eran quizás demasiado rigurosos consigo mismos, pues los alemanes sólo habrían podido alcanzar tal superioridad si hubieran tenido libertad para desplazar estas tropas, y, como se sabe, los Aliados hicieron todo lo posible para que tal cosa no aconteciera. Ya habían logrado que Hitler concentrara el grueso de sus mejores unidades de infantería a lo largo de la parte más estrecha del canal de la Mancha, donde esperaba la invasión. Ahora trataban de conseguir, por todos los medios, mantener al *Führer* en la convicción de que era inminente un segundo desembarco, realizado por el fantasmagórico «Grupo Patton», en aquella zona. Y con este objeto transmitían continuamente falsas comunicaciones radio desde Kent.

Las «Panzerdivisionen» inmovilizadas

Así, pues, sólo quedaban disponibles, en la zona del desembarco, las *Panzerdivisionen* y la infantería, en gran parte no mecanizada, de los Ejércitos 1 y 19. Su avance hacia el escenario de los combates iba a ser lento y fatigoso. Las direcciones de aproximación era muy amplias y el ferrocarril que pensaban utilizar cruzaba, en determinados puntos, las líneas de interdicción señaladas por los oficiales aliados. Además, con los puentes sobre el Loira y el Sena destruidos, los túneles derrumbados y los raíles arrancados de cuajo en Normandía y en las regiones adyacentes, pronto tendrían que utilizar las carreteras. Y entonces, formaciones aisladas de cazabombarderos les obligarían a buscar refugio entre los matorrales y setos del camino. Los jefes de las columnas no conseguirían hacer avanzar a sus hombres ni a los carros de combate, a través de la larga y dificultosa carretera que conducía al frente, hasta que hubiera anochecido. La experiencia de la 9.ª y de la 10.ª *Panzerdivisionen* SS se cita como un ejemplo general: salieron de Polonia el 12 de junio y alcanzaron la frontera francesa el 16 –cuando todavía no había desembarcado más que una sola división acorazada aliada–; pero no pudieron llegar a Caen hasta el 1 de julio, encontrándose entonces con que ya habían desembarcado cinco divisiones acorazadas aliadas.

Mas, ni los impedimentos ni la astucia, por sí solos, podían hacer que Montgomery ganara la gran batalla de Normandía, batalla que debía disputarse sobre el terreno. Y el terreno presentaba problemas específicos. Normandía, y en particular la zona sur de la península de Cotentin, es ideal para la defensa. Gran parte de esta región, conocida como *bocage*, está recubierta de bosques y de huertos y sembrada de millares de pequeñas granjas en torno a la iglesia parroquial. El confuso conjunto de campos, las tortuosas carreteras y los senderos polvorientos, están flanqueados por una enorme masa de setos que crecen en los escarpados terraplenes.

Cada uno de estos núcleos de setos constituía una excelente posición para la infantería. Sólo el terreno situado al sur de Caen, en la llanura de Falaise, se prestaba para operaciones con medios



La ciudad de Caen tal como aparecía en julio de 1944 después de los masivos bombardeos aéreos efectuados por los Aliados a fin de debilitar la resistencia alemana. Desde el primer día de desembarco, Caen, importante nudo ferroviario y de carreteras, constituía, junto con el aeropuerto de Carpiquet, uno de los objetivos más importantes para los Aliados. *(History of the Second World War)*

acorazados. Mas, como el principal esfuerzo alemán se esperaba por el Este, el plan del SHAEF, aprobado por Eisenhower y por Montgomery, era intentar abrirse paso a través del *bocage* occidental y atraer a las fuerzas acorazadas alemanas a Caen. Los mandos logísticos y de la Aviación estaban de acuerdo con este plan, pues todas las carreteras y las vías férreas se centraban en la citada ciudad, y además las llanuras que la rodeaban ofrecían la zona más adecuada para disponer pistas de aterrizaje y de despegue para los aviones. Por lo tanto, la ciudad había sido incluida entre los objetivos a conquistar el «D-Day». Una vez la tuviera en su poder, Montgomery contaba con poder constituir «una sólida ala izquierda desde la cual cortar la dirección de avance de las columnas alemanas procedentes del Este, en tanto sus unidades móviles acorazadas presionarían hacia el Sur.»

Pero la fallida conquista de Caen, el primer día de las operaciones, supuso un retraso en la realización del plan de Montgomery, mas no un cambio de objetivos, ya que presionar a las fuerzas alemanas obligándolas a defender la ciudad, servía a sus planes tan bien como inducirlas a reconquistarla. A causa de la obligada posición desde la cual los ingleses deberían desarrollar la batalla, ésta se inclinaba ligeramente a favor de los alemanes. No obstante, mientras los esfuerzos de Rommel coincidieran con los de Montgomery, los americanos contarían con la posibilidad y con el tiempo suficiente para ocupar la península de Cotentin, apoderarse de Cherburgo y hacer avanzar la cabeza de puente al Sur, hacia Bretaña. Estos eran los puntos esenciales.

Pero si existía algo que pudiera desbaratar todas estas previsiones, este «algo» era un elemento que estaba más allá de toda previsión: la mente de Hitler. Los Aliados habían previsto que los alemanes utilizarían una estrategia racional, basada en la contemporización y en la retirada; dicha estrategia les permitiría (a los Aliados) acumular fuerzas y ampliar gradualmente su «base» para llegar al fin a una batalla decisiva en cualquier punto de Francia, tal vez en el Sena o quizás más allá del río. Por el contrario, Hitler –como ya ocurrió en Stalingrado, en Sebastopol, y también en Mareth y en Minsk– no quiso autorizar retiradas, obligando a los generales a morir en sus puestos o a suicidarse si desobedecían sus órdenes. La batalla decisiva, por lo tanto, se desarrollaría en Normandía, en las cercanías de Caen, St. Lô y Falaise.

Así, pues, Caen sería la primera ciudad francesa en la que, con toda probabilidad, entrarían las tropas del Ejército aliado de liberación, ya que había sido elegida como zona de desembarco. Su mayor importancia se centraba en su posición geográfica: en primer lugar, se hallaba en el centro mismo de las vías de comunicación por carretera y ferroviarias de Normandía; en segundo lugar, ocupaba el extremo septentrional de la única llanura, incluida en la «base», que era lo bastante amplia para poder construir un complejo aeroportuario, y, en tercer lugar, constituía un excelente punto de partida hacia el Sur, hacia Falaise, con vistas a las importantes operaciones de los medios acorazados. Asimismo, al encontrarse en la frontera oriental de la «base», que, a su vez, estaba en el extremo noroccidental del sector que ocupaba el Grupo de Ejércitos B alemán, la ciudad se convertía en el natural e inevitable punto de concentración de los medios acorazados enemigos. Si las *Panzerdivisionen* intentaban envolverla, se exponían a un peligroso ataque por el flanco; si, por el contrario, decidían concentrar su máximo esfuerzo contra la población, se verían obligadas a hacerlo al descubierto, exponiéndose a una carnicería por parte de la Aviación aliada. Así, la conquista de Caen, o, por lo menos, la amenaza de conquistarla, provocaría una batalla que permitiría a los americanos preparar sus fuerzas en la región más próxima a Occidente y con una relativa seguridad antes de desencadenar el ataque contra los puertos de Bretaña, en los que tanto confiaba el Estado Mayor logístico para abastecer y reforzar a sus Ejércitos. Por todas estas razones, Caen fue incluida entre los objetivos del «D-Day».

Sin embargo, cuando la tarde del día 6 de junio, el 2.º *King's Shropshire Light Infantry*, conducido por los carros de combate de la *Staffordshire Yeomanry* se enfrentó con un grupo operativo de la 21.ª *Panzerdivision* en el bosque de Lébisey, casi a 5 km al norte de Caen, se hizo evidente que aquel día la ciudad no caería en manos de los Aliados. Y los acontecimientos de los días que siguieron, cuando tres *Panzerdivisionen* –la 21, la 12 y la *Panzerlehr*– desplegaron en torno a la urbe, pusieron incluso en grave peligro la posibilidad de que el Cuerpo de Ejército I británico lograra conservar sus ya precarias posiciones. No obstante, ninguna de las tres divisiones alemanas consiguió llevar a término su ataque de un modo definitivo: la 21, cortada en dos por el río Orne, no pudo coordinar sus acciones; a la 12 SS se le acabó el combustible, y luego tuvo que enfrentarse en duro combate con los canadienses por la conquista de Carpiquet; en cuanto a la *Panzerlehr*, sometida desde Le Mans a la constante acción de los cazabombarderos, llegó extenuada. Por lo tanto, el día 9 de junio, Rommel decidió que el momento oportuno para eliminar la cabeza de desembarco, había pasado ya, y «que era necesario ponerse de nuevo a la defensiva en el sector entre el Vire y el Orne, debiendo aplazarse el ataque hasta que se ultimaran todos los preparativos».

Mas los acontecimientos no esperarían a que Rommel estuviera preparado; y sobre este punto, él mismo ya había puesto en guardia a Hitler y a Rundstedt. En efecto, Montgomery, desilusionado pero no desanimado ante el fracaso sufrido en Caen, estaba proyectando, por propia iniciativa, un rápido ataque. El día 9 de junio, Montgomery comunicó a su jefe de Estado Mayor que «si los alemanes piensan desencadenar una ofensiva y avanzar hasta nuestra "base" entre Bayeux y Caen, el mejor modo de derrotarles es pasar nosotros mismos a la ofensiva». Ya con anterioridad había anunciado, confirmando con ello los planes para la preinvasión, que «su principal objetico era empujar a los alemanes hacia el Ejército 2 (británico) de forma que el Ejército 1 (americano) pudiese avanzar y extenderse». Con este fin pretendía lanzar a la División Acorazada 7 a través de la línea alemana que corría al oeste de Caen y hacer cruzar, simultáneamente, a la 51.ª División *Highland* más allá del Orne, en la pequeña «cabeza de puente formada por paracaidistas», y al Sur hacia Cagni, en la llanura entre Caen y Falaise. La División Aerotransportada 1 sería entonces lanzada en paracaídas «en algún punto al sur de Caen» para enlazar con ambos ataques.

Más tarde, el lanzamiento de tropas paracaidistas fue anulado por considerársele irrealizable y, por otra parte, el avance de la División 51 se desarrolló con demasiada lentitud para que la maniobra de «envolvimiento» se considerara factible. Sin embargo, gracias a una victoria americana lograda cerca de Caumont, la División Acorazada 7 pudo avanzar el día 10 de junio. Tras dos días de cruentos combates, su avance penetró en el flanco descubierto de la *Panzerlehr*, que a la sazón estaba llegando, y, la mañana del 13 de junio, una de sus vanguardias acorazadas se encontraba en la Cota 213, sobre la carretera Villers-Bocage-Caen. Una vez allí, la división dudó si debía penetrar o no en los campos, aparentemente desiertos, en dirección a las vías de acceso meridional de la ciudad. Mientras la columna se detenía por breve tiempo, un solitario carro alemán *Tigre* surgió de improviso de los boques vecinos, «trituró» sobre el terreno el primer vehículo de la columna y, en cinco minutos, incendió 25 carros de combate británicos antes de alejarse sin ser hostigado. Alarmado, el comandante de división reclamó sus medios acorazados para defender Villers-Bocage y, al día siguiente, cuando la infantería de la División 50 no consiguió abrirse un paso en aquella dirección, abandonó aquel peligroso puesto avanzado y se retiró sobre la línea principal.

También se frustraron las esperanzas de Montgomery de «desencadenar un ataque en profundidad hacia el interior», y, como quiera que los alemanes reforzaban sus fuerzas de día en día, se vio en la precisión de reconsiderar la posibilidad de un ataque más prudente si de veras quería rechazar al enemigo. Descartó, por lo tanto, el doble envolvimiento por juzgarlo ya irrealizable y en luar de esta maniobra ordenó al Cuerpo de Ejército VIII, que acababa de llegar, que la mañana del día 23 de junio atacara frontalmente la ciudad por el Oeste.

Mas el día 19 se desencadenó sobre el canal de la Mancha una borrasca de verano de extraordinaria violencia. Las operaciones de descarga quedaron bloqueadas durante tres días y medio. El *Mulberry*, el gigantesco puerto prefabricado americano, sufrió tales daños que los trabajos que se estaban realizando en él hubieron de ser suspendidos, y también el puerto de Arromanches-les-Bains se vio seriamente afectado. Estos fueron los resultados de la circunstancia imprevista más temida por el SHAEF. Hasta entonces, el Estado Mayor había conseguido conservar cierto margen de ventaja sobre los alemanes, y ahora disponía de 10 divisiones americanas y 10 británicas en el interior del perímetro, contra las 16 alemanas en el exterior. Mas sólo dos de estas unidades eran acorazadas; los alemanes, por el contrario, disponían de cinco divisiones acorazadas, con la posibilidad, dado el mal tiempo reinante que imposibilitaba las incursiones aéreas, de hacer llegar hasta el frente nuevos refuerzos de infantería y utilizar a los carros de combate en un contraataque masivo. Pero, cuando repentinamente, el 22 de junio, mejoró el tiempo, los Aliados habían superado la peor crisis. Entre tanto, la línea alemana también se había reforzado notablemente y el comienzo de la ofensiva de Montgomery contra Caen tuvo que ser aplazado hasta el 26 de junio.

Los objetivos de esta operación, a la que se dio el nombre convencional de «Epsom» se encontraba más allá de la línea del Odon, cuya confluencia con el Orne se hallaba, precisamente, bajo la ciudad de Caen. Una barrera que parecía insignificante, las abruptas y boscosas orillas del río, a lo largo de las cuales se extiende la carretera hasta los puentes de Gavrus y Tourmauville, constituía, sin embargo, un serio obstáculo para los carros de combate. Por ello, el ataque debería efectuarlo la infantería, esto es, los «furiosos escoceses», como más tarde los definiría un prisionero alemán; éstos, junto con los hombres del *Wessex*, de la División 43, y del *Yeomanry*, de la División Acorazada 11, que les seguían para explotar los éxitos conseguidos, fueron situados a unos 8 km más adelante, entre la línea férrea Caen-Carentan y las alturas situadas al otro lado del Odon, desde donde les sería fácil controlar la carretera Caen-Falaise y desde donde los medios acorazados podrían desembocar en la llanura.

La primera fase del ataque se desarrollaría a campo traviesa, con una protección de barrera móvil, con los *Highlander* de la Brigada 46 y los *Lowlander* de la 44 en cabeza; mas la fase siguiente, sobre un terreno más abrupto, debería superarse con un ataque frontal. Afortunadamente, el Cuerpo de Ejército VIII contaba con un amplio apoyo para el avance de sus hombres: el fuego de cuatro buques de guerra y de 700 piezas de artillería, además del apoyo directo de dos brigadas de carros y la constante cobertura aérea de los cazas del 83.º Grupo (con base en Normandía) y de la aviación con base en Gran Bretaña.

Los escoceses sufren graves pérdidas

La experiencia por la que pasó la División 49, que el día anterior atacó y conquistó parcialmente el contrafuerte de Rauray, al Oeste, puesto que marcaba la dirección de avance de la División 15, había demostrado que no podía considerarse superfluo ninguno de estos elementos de apoyo. Los defensores, aunque no numerosos, conocían perfectamente el terreno y se movían ágilmente entre las numerosas posiciones defensivas que les ofrecía. Su resistencia, por lo tanto, probablemente sería dura. El Servicio de Información aliado sospechaba, además, que podrían intervenir nuevas divisiones, la 9.ª y 10.ª SS del frente oriental, la 1.ª SS de Bélgica y la 2.ª SS de Toulouse que, en aquellos momentos, estaba concentrada en torno a St. Lô. Conseguir que se desplazaran del sector americano supondría, si no precisamente una conquista, por lo menos una de las satisfacciones de la inminente ofensiva.

Pese a la previsión de este despliegue de fuerzas alemanas y de las condiciones atmosféricas, que imposibilitaban toda acción de vuelo, el 26 de junio la moral en la división escocesa era bastante alta. La primera fase del avance se desarrolló rápidamente y con escasas pérdidas. Mas, apenas alcanzaron la zona siguiente, menos abierta, los escoceses se enfrentaron con una resistencia mucho más tenaz y empezaron a distanciarse de la barrera móvil. Se hallaban ahora ante la segunda línea alemana, sólidamente dispuesta y apoyada sobre una cadena de pueblecitos. El más importante de estos pueblecitos era Cheux, donde las carreteras se bifurcaban hacia Gravus y Tourmauville, que fue ocupado al mediodía. En algunos pueblos la resistencia fue más larga, pero, al fin, fueron ocupados y nuevamente sometidos a un contraataque. Cheux quedó muy pronto reducido a un montón de escombros a causa del fuego de la artillería, y la Brigada Acorazada 29, a la que se había ordenado dirigirse a los puentes, fue sometida a una dura prueba al intentar cruzarlos, viéndose imposibilitada de establecerse al otro lado. La brigada de reserva escocesa, la 227, también fue detenida en el mismo punto a las 18 horas, y los defensores de Rauray, que combatían contra la División 49, tuvieron tiempo aún de preparar desagradables sorpresas en Cheux, donde la guarnición sufrió aquel día 200 bajas sin obtener ningún resultado positivo.

Mas, si el limitado éxito conseguido en el curso de aquella jornada y las serias pérdidas sufridas desmoralizaron a los escoceses, también es cierto que el enemigo se hallaba muy inquieto. El general Dietrich, del I *Panzerkorps* SS, comunicó a Dollman, del Ejército 7, que «si no envían refuerzos esta misma noche, será imposible impedir el hundimiento total en ambos flancos de Cheux». Rommel, que reservaba sus fuerzas acorazadas para

SE AMPLÍA LA CABEZA DE DESEMBARCO

1944

6 de junio: las fuerzas británicas no consiguen ocupar Caen, principal objetivo del Ejército 2 británico para el "D-Day".

18 de junio: las fuerzas americanas alcanzan la costa occidental de la península de Cotentin, aislando a la guarnición alemana de Cherburgo.

26 de junio: las fuerzas británicas inician la Operación "Epsom", avance al oeste de Caen, que se interrumpe después de graves pérdidas.

18 de julio: fuerzas americanas entran en St. Lô. En el sector oriental, ingleses y canadienses inician la Operación "Goodwood", avance al este de Caen con el fin de atraer a esta zona grandes masas de fuerzas alemanas.

18-22 de julio: las tropas británicas liberan la zona meridional de Caen.

25 de julio: mientras se inicia la Operación "Cobra" para intentar la penetración en el sector occidental, el Cuerpo de Ejército II canadiense ataca las concentraciones alemanas al sur de Caen, según lo previsto en la Operación "Spring". Pese a las grandes pérdidas sufridas, los canadienses prosiguen el ataque el días 26, en tanto la batalla de penetración en el sector occidental continúa con mayor celeridad.

la tantas veces aplazada «carrera hacia el mar», demostraba cierta resistencia a desprenderse de ellas; mas, al fin, consistió en desplazar a la 9.ª y 10.ª Divisiones SS, a la 1.ª SS y al Grupo operativo de la 2.ª SS de St. Lô.

Pero ninguna de estas divisiones consiguió moverse con libertad, ya que el día siguiente, el 83.º Grupo aéreo pudo desarrollar una intensa actividad durante toda la jornada. Las que se lanzaron hacia adelante fueron diezmadas, y sus ataques siguieron una dirección equivocada, por cuanto la vanguardia británica se hallaba ahora al sur de Cheux, sobre la carretera que llevaba a los puentes. Allí se encontró con que la carretera occidental estaba bloqueada, y entre tanto el II *Argyll* pudo avanzar libremente por la carretera oriental, sosteniendo breves y duros combates con las patrullas alemanas y alcanzando, al fin, el puente, que encontró, intacto, en Tourmauville. A las 19 horas, todo el batallón había cruzado el puente y la infantería y los carros de combate de la División 11 avanzaban hacia la Cota 112.

Si lograban apoderarse de ella, esta colina supondría para ellos una valiosa conquista. En efecto, desde lo alto, «mirando hacia el Noroeste, puede verse el amplio aeropuerto de Carpiquet... un poco más allá al Este se encuentra la propia Caen... y sobre Caen pueden distinguirse claramente las grandes chimeneas de la zona industrial de Colombelles... al Sur se divisa más allá del Orne... y, por último, mirando hacia el Oeste, puede tenerse bajo un directo control toda la zona accidentada y boscosa de las cercanías de Villers-Bocage y distinguir la cima del monte Pincon, de más de 365 metros de altitud». En resumen, la Cota 112 constituía una posición de vital importancia, por lo que, naturalmente, los alemanes no estaban dispuestos a perderla.

La noche del 27 al 28 de junio, las carreteras de Falaise y de Villers-Bocage fueron recorridas por los refuerzos alemanes que llegaban para el doble ataque contra el saliente. Hausser, que mandaba el *Panzergruppe* occidental, quería aplazarlo durante cuarenta y ocho horas. Mas Dollman, temeroso de una amonestación por la pérdida de Cherburgo (26 de junio), no admitía dilaciones. Aunque tendría que sucederle al día siguiente (pues Dollman sufrió un ataque cardíaco), Hausser no pudo dirigirse ni a Rundstedt ni a Rommel para consultarles, pues en aquel momento ambos se encontraban en Berchtesgaden para una dramática entrevista con Hitler.

Como la acción alemana, aunque fuerte fue fragmentaria, el proyecto de combatir por el pasillo escocés ya no era seguro. Dempsey, que mandaba el Ejército 2 británico, había aconsejado a O'Connor que no extendiera la cabeza de puente hasta que el pasillo estuviera libre de alemanes y reforzados sus flancos. Por lo tanto, los mayores esfuerzos del Cuerpo de Ejército VIII, en el transcurso del día 28 de junio, se dedicaron a breves y duros combates para apoderarse de los pueblecitos que todavía no habían sido conquistados. El único resultado positivo lo obtuvo, nuevamente, el II *Argyll*. Este batallón, procedente de Tourmauville y avanzando hacia el Oeste, encontró Gravus totalmente indefenso. Así, una vez más, el *Argyll* pudo anotar en su propio informe la conquista de un puente intacto y disponer su defensa.

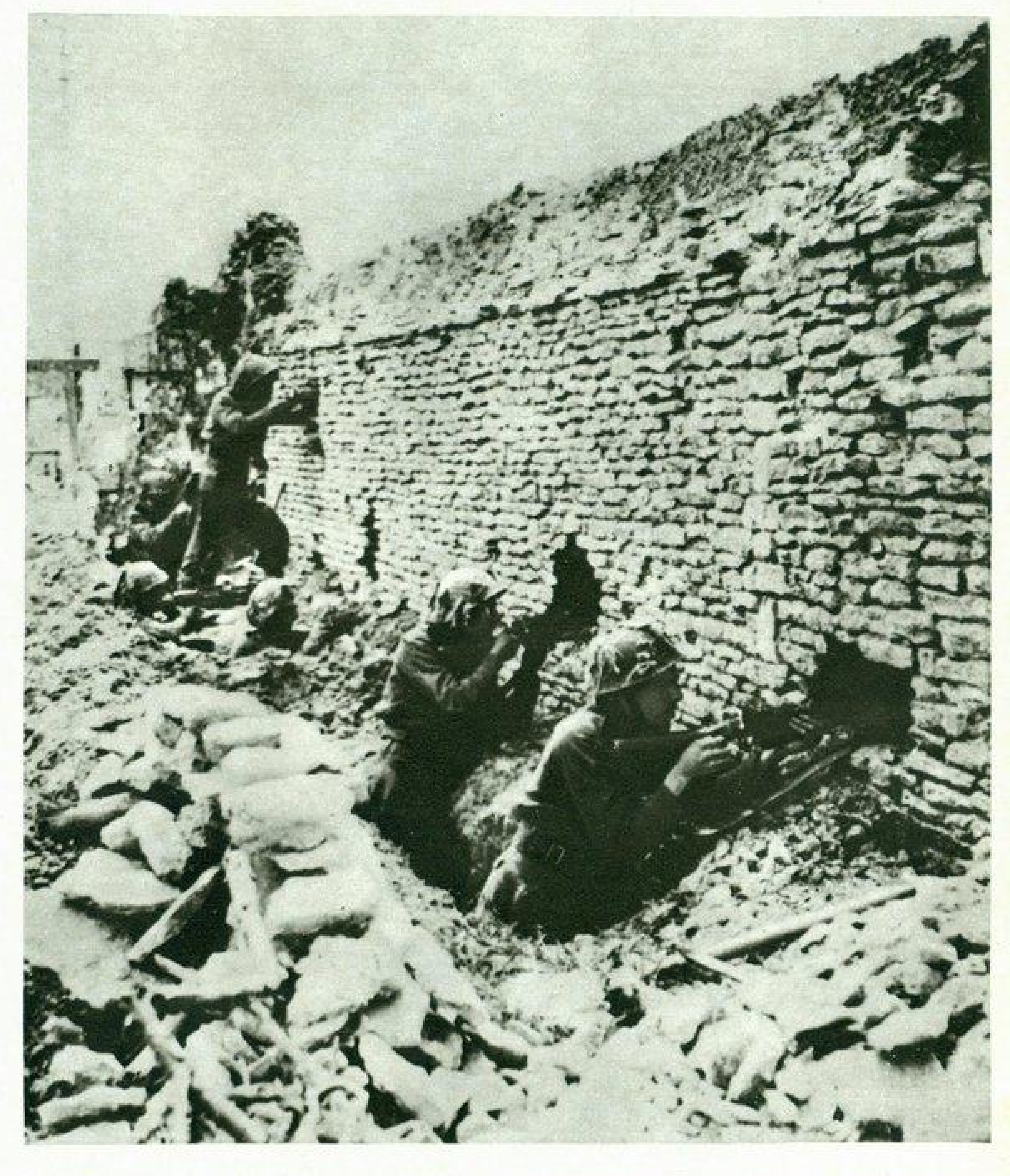
Pero su posición era peligrosamente expuesta. En efecto, los alemanes habían concentrado en las cercanías del pasillo escocés a las ocho *Panzerdivisionen* de base en Normandía. Algunas de ellas sólo pudieron proporcionar un grupo operativo; no obstante, los cañones de sus carros de combate apuntaban directamente a los flancos británicos y su infantería era valiente y arrojada.

El día 29 de junio amaneció sereno. La 2.ª Fuerza Aérea Táctica emprendió el vuelo muy temprano y localizó una infinidad de objetivos en el valle de Odon. Así, aunque el ataque alemán había sido «fijado para las siete», como más tarde relataría Hausser, «los carros de combate apenas acababan de reagruparse cuando fueron atacados por los cazabombarderos. Esto provocó tal desconcierto que el ataque no se reanudó hasta las 14,30. Mas... el fuego mortífero de los buques de guerra que surcaban el canal de la Mancha y la terrible artillería británica, destruyeron el grueso de nuestras fuerzas en la zona».

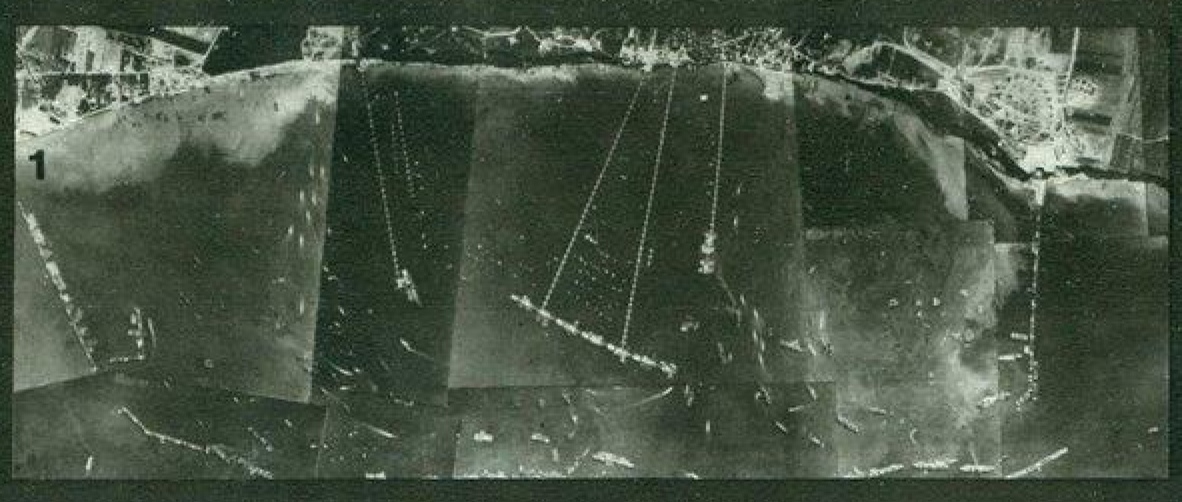
Su versión de los acontecimientos no es la misma que dieron los batallones escoceses del flanco derecho, ni el *Wessex* en el flanco izquierdo, ni, menos todavía, la División Acorazada 11 en la Cota 112 y el II *Argyll* en Gavrus. A las 15,10 horas, estos fueron atacados inesperadamente por los carros de combate y por el fuego de artillería y de los morteros, que se prolongó ininterrumpidamente durante cinco horas. El flanco derecho quedó totalmente envuelto y el izquierdo sólo pudo salvarse gracias a la acción de un valiente soldado, provisto de un lanzagranadas contracarro PIAT, que bloqueó la entrada del pueblo con un tiro muy preciso. En la retaguardia del *Argyll*, carros de combate de la 9.ª SS entraron en Cheux, mientras otros atacaban las defensas de Le Valtru. El batallón motorizado de la División Acorazada 11 fue rechazado de la vertiente meridional de la Cota 112 y sólo gracias a la intervención de la artillería de todo el Cuerpo de Ejército y de la Aviación, se pudo salvar el pasillo.

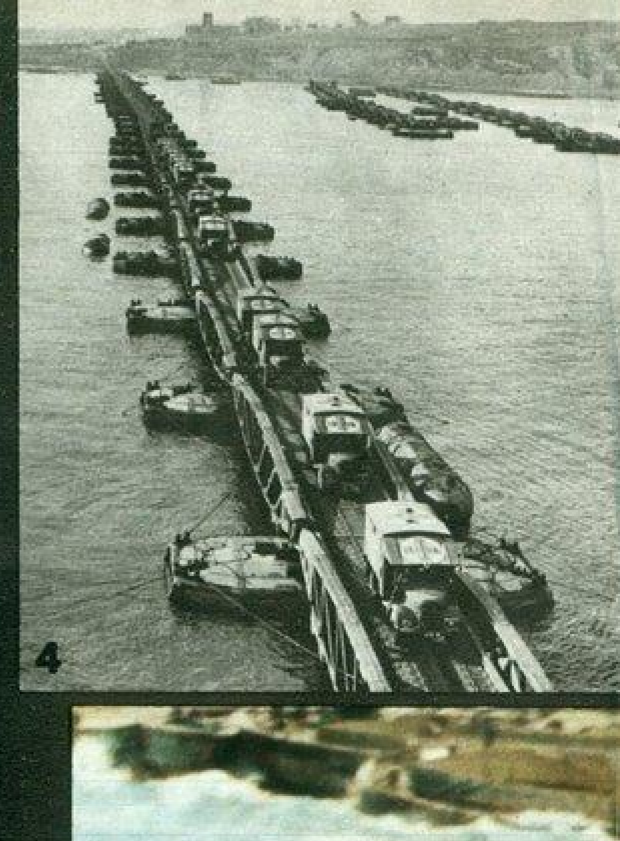
Al día siguiente, ambos flancos se replegaron. Los hombres del *Argyll*, cubiertos de heridas y de gloria, fueron retirados de Gavrus; la Cota 112 fue evacuada y las brigadas acorazadas de infantería de la División 11 se concentraron en torno a Tourmauville. Los ataques esporádicos que durante todo el día siguiente, 1 de julio, desencadenaron los alemanes contra este perímetro más restringido consiguieron escasos resultados. La División 49, que al fin dominaba la altura en las cercanías de Rauray, se lanzó a un contraataque final. Las múltiples tentativas de la 9.ª SS para romper el pasillo entre Le Valtru y Grainville fueron desbaratadas por el fuego aliado. El general O'Connor se sintió entonces lo bastante seguro para dedicar todos los esfuerzos a aniquilar los pequeños grupos de alemanes que todavía se mostraban activos en el pasillo, y en el curso de la mañana del 2 de julio éste quedó completamente en manos de los Aliados.

Toda la zona estaba sembrada de restos de las ocho *Panzerdivisionen* atacadas. En total fueron destruidos más de 100 carros. Pero también las brigadas acorazadas inglesas sufrieron graves daños; mas sus pérdidas pudieron ser fácilmente repuestas. Las alemanas no. En su examen retrospectivo, esta fue la verdadera justificación de

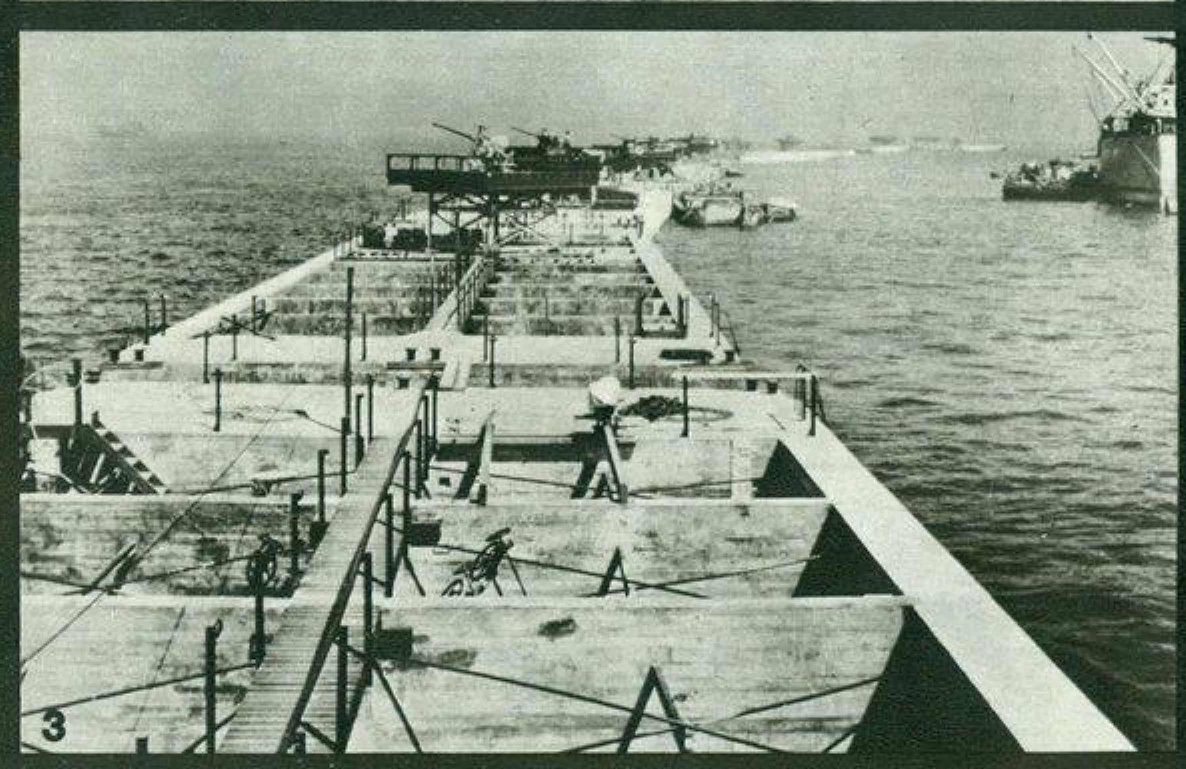


Protegida por un sólido muro, en el que previamente se han abierto unos boquetes, una patrulla británica toma contacto con las posiciones defensivas retrasadas alemanas. El 18 de julio de 1944, el general Montgomery, comandante de las fuerzas terrestres aliadas, lanzó la Operación «Goodwood», con el propósito de reducir a la impotencia a las fuerzas acorazadas alemanas y detener el desplazamiento de divisiones enemigas hacia el sector americano de Saint-Lô. (Keystone)











① Vista aérea del gigantesco puerto prefabricado "Mulberry" de Arromanches-les-Bains. A fin de asegurar a las tropas que combatían en Normandía la rápida llegada de abastecimientos, el Alto Mando aliado había dispuesto la construcción de dos puertos artificiales: uno en Arromanches-les-Bains, en el sector británico, y otro en el americano de Saint-Laurent. ② Acceso oriental del puerto de Arromanches-les-Bains. El muelle exterior, construido con las grandes cajas flotantes "Phoenix" y con barcos de gran arqueo, formaba una barrera de escolleras situadas de tal forma que dejaban en el centro una gran laguna, lo que permitía a las lanchas de desembarco efectuar las operaciones de descarga con gran facilidad. ③ Detalle de los "Phoenix". Estos bloques podían flotar y luego hundirse en el punto elegido para formar el muelle; eran de distintas alturas para poder adaptarse a diferentes profundidades. ④ A través de un largo puente flotante, formado por elementos "Whale" articulados que unían los "Mulberry" con la costa, un convoy de ambulancias transporta a los soldados heridos aliados hasta los buques para proceder a su evacuación a Gran Bretaña. ⑤ Uno de los muelles de Arromanches-les-Bains casi destruido por el violento temporal que se desencadenó en el canal de la Mancha el 19 de junio de 1944 y que paralizó durante tres días y medio las operaciones de descarga; asimismo el temporal destruyó el puerto de Saint-Laurent.

(Imperial War Museum)-(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)-(Paul Popper)

EL "MULBERRY": UN PUERTO PREFABRICADO TAN GRANDE COMO DOVER



la Operación «Epsom». En efecto, para Rommel, la única posibilidad de destruir la cabeza de desembarco consistía en reunir una fuerza acorazada potente y mantenerla en reserva hasta que fuera posible utilizarla en golpe certero; pero la Operación «Epsom» le había obligado a utilizar esta fuerza, y con ello se hundió totalmente el proyecto de un avance hacia Bayeux y hacia la costa. Ya no volvería a presentarse otra oportunidad.

Los cuatro comandantes superiores alemanes en Normandía –Rundstedt (comandante en jefe), Rommel (Grupo de Ejércitos B), Hausser (Ejército 7) y Geyr von Schweppenberg (*Panzergruppe* occidental)– estaban de acuerdo en sostener que una acción rígida de contención de la cabeza de desembarco podría provocar la destrucción de sus fuerzas. Temiendo, de un modo particular, la apertura de un paso desde Caen a París –y esa era exactamente la impresión que quería dar Montgomery–, a fines de junio empezó a discutirse una progresiva retirada de Caen para alejar a sus divisiones del alcance de la artillería naval. Además, solicitaron el traslado de otras divisiones del Ejército 15 más allá del Sena. Pero Hitler, que temía un segundo desembarco en el Paso de Calais, se negó rotundamente. «No podemos permitir que se desarrolle una guerra de movimiento –dijo a Rundstedt y a Rommel en Berchtesgaden, el 29 de junio– desde el momento en que el enemigo nos supera largamente en movilidad. Por ello, todo depende de nuestra capacidad de mantenerle dentro de su cabeza de desembarco, constituyendo un frente para bloquearlo y, después inducirlo a una guerra de desgaste, obligándole a retirarse». Mas el fracaso final del contraataque en el corredor escocés, convenció a Rundstedt de que esta estrategia era equivocada, y la noche del 1 de julio se lo dijo a Keitel. «¿Y qué podemos hacer?» –preguntó Keitel. «Haced la paz, insensatos –replicó Rundstedt– ¿qué otra cosa podéis hacer?» Keitel comunicó esta respuesta a Hitler, y, naturalmente, al día siguiente Rundstedt y Hausser fueron destituidos. «Yo soy el siguiente en la lista», pronosticó Rommel a Geyr von Schweppenberg. Mas, entre tanto, ambos sostenían el inútil esfuerzo de detener a los Aliados en la costa e impedirles la entrada en Caen.

Montgomery, a quien no preocupaba en absoluto la creciente avalancha de críticas del SHAEF por la lentitud de su avance, procedía metódicamente a llevar a cabo su plan. El 4 de julio lanzó la División 3 canadiense a un ataque contra Carpiquet y conquistó el pueblo, aunque dejando en manos de la 12.ª *Panzerdivision* SS la mitad meridional de aeródromo. El 7 de julio desencadenó un ataque sobre Caen, precedido por un bombardeo efectuado por 467 bombarderos pesados y haciendo avanzar, a la mañana siguiente, tres divisiones por encima de las ruinas. La devastación en las carreteras y la obstinada resistencia de la 12.ª SS retardó el avance. No obstante, la noche del 8 de julio toda Caen se hallaba en manos de los británicos.

Sin embargo, la importancia de este resultado se vio disminuida por la continua presencia de los alemanes en las chimeneas de Colombelles y por el cada vez más evidente desplazamiento de divisiones enemigas sobre el frente americano. En dicho frente, el avance de Bradley a través del *bocage* hacia St. Lô parecía haberse estancado en un punto muerto. Por ello Montgomery decidió que había llegado el momento de lanzar una ofensiva de medios acorazados a amplia escala al este de la ciudad, en la llanura de Falaise, para crear la amenaza de un avance sobre París y reducir a las fuerzas acorazadas alemanas «a tales condiciones que perdieran toda importancia» (Operación «Goodwod»).

Sus intenciones debieron ser sobreentendidas así, tanto por el SHAEF como por los alemanes, ya que más tarde se le acusó de no haber sostenido una vez más la promesa de efectuar una penetración en el sector occidental. Pero Montgomery sabía muy bien la clase de batalla que era necesario librar y los objetivos que esperaba alcanzar. Reconocía la fuerza de las posiciones alemanas en las cercanías de la cabeza de puente, constituida por tropas paracaidistas y por la cual esperaba hacer pasar sus fuerzas acorazadas; pero también advertía el hecho de ser poco adecuada como zona de concentración para aprovechar el elemento sorpresa.

La noche del 10 de julio, sus tres divisiones acorazadas estaban desplegadas a poca distancia de los puentes del Orne, y en el curso de la siguiente jornada, la primera de ellas lo cruzó en espera de la hora H.

A las 4,30 de la madrugada del 18 de julio, el regimiento avanzado de la División Acorazada 11 (3.º *Royal Tanks*) avanzó a través de las brechas abiertas en los campos minados para reunirse en las cercanías de la zona prevista para el bombardeo. A las 5,30 se hallaba en posición de espera, habiéndolo seguido inmediatamente el 2.º *Fife* y *Forfar Yeomanry*. A lo lejos se oía el rumor de numerosos aviones que se acercaban y, súbitamente, el zumbido fue ahogado por las continuas explosiones de las bombas de 450 kg que caían sobre Colombelles, Touffreville, Banneville-la-Campagne, Emiéville y Cagny. El bombardeo aéreo fue seguido inmediatamente por el de la artillería de los tres Cuerpos de Ejército atacantes (el VIII británico, el II canadiense y el I británico en el flanco de las tropas paracaidistas), así como por el de la artillería naval. Aparecieron luego bombarderos ligeros y medios, que lanzaron más de 1500 toneladas de bombas en el interior del pasillo. Mientras los aviones se alejaban, los carros de combate empezaron a avanzar entre nubes de polvo, y a las 7,45 se formó frente a ellos la barrera móvil, que debía avanzar 300 metros cada dos minutos.

Los carros de combate se dirigieron rápidamente hacia la primera de las dos líneas ferroviarias que cruzaban la gran llanura abierta, en el punto en que ésta se abre hacia la altura de Bourguébus, unos 10 km más adelante. En la citada línea ferroviaria, el 3.º *Royal Tanks* se detuvo para que pudieran afianzarse el 2.º *Fife* y el *Forfar*. La marcha de estos se había visto obstaculizada por la congestión del tráfico sobre los dos puentes del Orne, y ambos regimientos permanecieron retrasados en relación con la barrera móvil, por lo que fue preciso hacerla retroceder. Mas, aun así, eran escasas las huellas de la presencia alemana, y los pueblos caían fácilmente en manos de la infantería motorizada. A las 9,30 horas los escuadrones en cabeza habían sobrepasado Cagny y se hallaban dispuestos a cruzar la segunda línea del ferrocarril. A la izquierda de su retaguardia, el Regimiento 1 de la División Acorazada *Guardie* efectuaba una conversión hacia el Sudeste para envolver la altura de Bourguébus.

En este punto empezó a reaccionar la resistencia alemana. El comandante del Grupo operativo de la 21.ª *Panzerdivision*, a quien se confiara la defensa de la llanura, se hallaba de permiso. Antes de marcharse se habían reagrupado, bajo su mando, el Regimiento de carros 22, y el 125º *Panzergrenadier* y el CC Batallón de cañones autopropulsados. De todas estas unidades, al regresar a su puesto, sólo encontró un único carro de combate en Cagny. En un huerto, al norte de dicho pueblo, descubrió una batería de cañones de 88 mm de la *Luftwaffe*, cuyas bocas apuntaban al cielo. Y más allá vio perfilarse la compacta masa de 30-40 *Sherman* que avanzaban hacia la vía férrea. Amenazando con su pistola al jefe de la batería, quien protestaba y sostenía que su obligación era disparar contra los aviones, le hizo dirigir el fuego de sus cañones contra los carros *Sherman*: pocos instantes después, doce carros de combate eran presa de las llamas y los «tristes pequeños grupos a pie, ennegrecidos por el humo y por las graves quemaduras», empezaron a retirarse.

Entonces, el resto de las tropas alemanas empezó a reaccionar. En realidad, sólo una de las cinco baterías de cañones autopropulsados había sido destruida por los bombardeos; las otras estaban intactas y empezaron a disparar eficazmente contra los carros de combate, todavía privados del apoyo de la infantería motorizada. En el flanco izquierdo, los *Tigres* del Batallón DIII, reserva del *Panzerkorps*, se habían recuperado del bombardeo, abriéndose camino fatigosamente hacia Manneville, desde donde el grueso de los medios acorazados aliados era fácilmente alcanzable con sus cañones de 88 mm. Pero su fuego estuvo mal dirigido y no causó el efecto esperado; no obstante, contribuyó a reforzar notablemente el cordón que se iba extendiendo a lo largo de los flancos de las fuerzas acorazadas que avanzaban. Para hacer más difícil la situación, los carros de combate de la 1.ª División SS se dirigían velozmente hacia la cresta de las alturas de Bourguébus, sobre la cual había decidido desembocar el Cuerpo de Ejército VIII.

Las tropas que iban en cabeza, pertenecientes al 3.º *Royal Tanks* y el *Fife* y *Forfar*, habían adquirido la suficiente velocidad para alcanzar las pendientes cercanas a la altura de Bourguébus antes de que los alemanes supervivientes en Bras y Hubert-Folie organizaran una base de fuego. Pero mientras el grueso las seguía, entre ambos pueblos, fueron sorprendidos por un nutrido fuego sobre ambos flancos. El resto del *Fife* y *Forfar* perdió el contacto y cuando el jefe de la brigada ordenó al 23.º *Husary* que avanzara en misión de reconocimiento, halló al regimiento entero amontonado y al descubierto en Soliers, bloqueado o con los carros en llamas. En este punto, incluso los *Husary* se hallaron de pronto en una trampa. Los primeros *Panzer* de la 1.ª SS aparecieron sobre la cresta, empezando a disparar contra los *Sherman*.

«No hubo tiempo para reaccionar, no hubo tiempo para nada, excepto para darse cuenta rápidamente de la situación; en un instante, todos los carros de combate de los tres grupos y del escuadrón de mando fueron alcanzados, se incendiaron y estallaron –relató un superviviente del 3.º Escuadrón–. Por todas partes había hombres heridos; otros, con las ropas en llamas, corrían o luchaban penosamente en busca de un refugio, mientras una implacable lluvia de proyectiles acribillaba los *Sherman*, reducidos a la impotencia. Del conjunto de fuerzas acorazadas que aquella mañana había iniciado la batalla, 106 carros de combate acababan de ser inutilizados.»

Pero los alemanes no disponían de suficientes fuerzas para poder aprovechar el derrumbamiento táctico que habían infligido a los ingleses. Durante el resto de la noche y parte del día siguiente, sus carros de combate dispararon desde puntos escondidos sobre las más expuestas columnas acorazadas inglesas.

Mas su infantería, en los flancos, en Caen y en las alturas de Troarn, fue lentamente rechazada de sus posiciones por las superiores fuerzas aliadas. Así, la mañana del 19 de julio, ya no había alemanes en Caen, y a la mañana siguiente, incluso Colombelles y Vauchelles estaban ya en poder de los canadienses.

Aunque considerada como un fracaso de Eisenhower, la Operación «Goodwood» siguió un curso quizás inevitable, bastante similar al de las otras batallas por Caen, cuyas características había previsto siempre Montgomery. Desde el punto de vista estratégico, estaban justificados el esfuerzo y las pérdidas; en efecto, se había conseguido que, en la última y decisiva semana, las fuerzas acorazadas alemanas no intervinieran en forma masiva sobre el frente americano, donde ya estaban en juego los preparativos para la Operación «Cobra», que iba a ser la batalla del hundimiento decisivo.

JOHN KEEGAN



Nació en 1934 y estudió en el King's College de Taunton, en el Wimbledon College y en Balliol College de Oxford, donde fue lector de Historia Moderna, especializándose en Historia Militar. Actualmente es lector titular de la Royal Military Academy de Sandhurst. Ha escrito numerosos artículos sobre estrategia e historia militar e internacional.

Normandía, julio 1944

CAEN LA AGONIA CANADIENSE



(History of the Second World War)

John Swettenham

La conquista de Caen por los británicos, hecho ocurrido a mediados de julio, no señaló el final de las cruentas batallas en aquel sector. Las dificultades con las que tropezaron los americanos para constituir, en Normandía occidental, una segura base de partida para las operaciones de penetración, significaban que el Ejército 2 británico debería mantener la presión en la dirección de Caen lanzando otra ofensiva: la Operación "Spring". Como dos años antes en Dieppe, también ahora correspondió a las tropas canadienses demostrar lo que eran capaces de hacer incluso con fuerzas insuficientes.

El Ejército 1 americano había ocupado la península de Cherburgo en el transcurso del mes de junio y, a finales de este mismo mes, el frente aliado se extendía ya desde Barneville-Carteret, en la costa occidental de la península y a través de Carentan, Saint-Lô, Tilly-sur-Seulles, Cheux y Caen no habían sido conquistadas todavía.

Durante el mes de julio, el plan inicial de Montgomery subrayó la necesidad de «mantener empeñado el mayor número posible de divisiones enemigas sobre nuestro flanco oriental (Caen)... y hacer efectuar al flanco occidental... el flanco del Grupo de Ejércitos, una conversión hacia el Sur y el Este con un amplio movimiento circular, de modo que amenazase la vía de retirada de las divisiones enemigas al sur de París». La presión británica contra Caen, de importancia vital para el feliz desarrollo del plan, terminó con la conquista de la ciudad, el día 8 de julio. Dos días más tarde, el Cuerpo de Ejército II canadiense (general Simonds) se situó en línea en el sector de Caen, encuadrado en el Ejército 2 británico, y encuadrando, a su vez, las Divisiones de infantería 2 y 3 canadienses, la Brigada Acorazada 2 canadiense y la artillería del Cuerpo de Ejército II asimismo canadiense.

La primera misión del Cuerpo de Ejército, fijada para el 16 de julio y que consistía en «alejar a las unidades enemigas del frente del Ejército 1 americano, atacando en dirección Sur...», condujo a la conquista de Faubourg-de-Vaucelles y al cruce del río Orne en la zona de Caen; pero el intento realizado por la División de infantería 2 canadiense de conquistar la altura dominante de Verrières, que amenazaba desde muy cerca la carretera principal hacia Falaise, tuvo que ser abandonado el día 21, cuando la citada división fue rechazada con gravísimas pérdidas. En los cuatro primeros días de combate en Normandía perdió más de 1100 hombres. Sin embargo, las operaciones del Ejército 2 británico *(Atlantic)*, que incluían también los ataques canadienses, habían obligado a los alemanes a concentrar ingentes fuerzas acorazadas al este del Orne; y ahora era necesario entretenerlas en el flanco oriental hasta que los americanos lograron abrirse una brecha en el flanco opuesto.

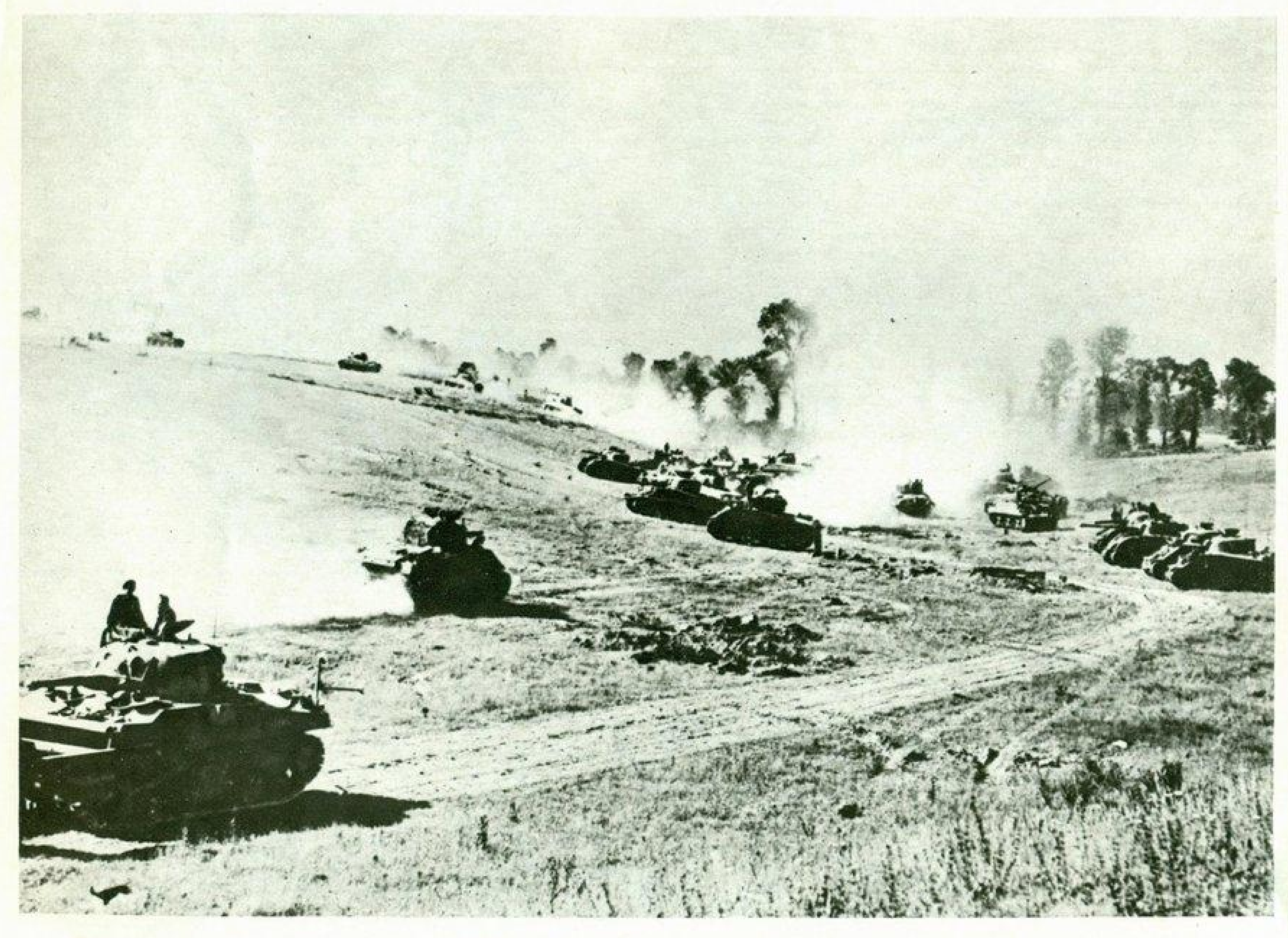
Con este fin, las fuerzas canadienses recibieron la orden de preparar una ofensiva para el día 25 de julio *(Spring)*, que debía coincidir eventualmente con la operación americana de penetración *(Cobra)*.

El teniente general Simonds, quien, como se ha dicho, mandaba el Cuerpo de Ejército II canadiense, proyectaba conquistar las posiciones situadas en torno a la Cota 122 (una zona característica sobre la carretera hacia Falaise, llamada convencionalmente «Cramesnil Spur»), aprovechándola como base para ampliar el paso y liberar el flanco oriental, avanzar desde allí hacia el Sur y conquistar la zona de colinas próxima a Cintheaux. Este plan operativo debía realizarse en tres fases: la primera era la conquista de la línea May-sur-Orne – Verrières – Tilly-la-Campagne; la segunda, apoderarse de la línea Fontenay-le-Marmion-Rocquancourt, y luego de la Cota 122; la tercera fase sería la explotación del terreno conquistado. La operación debía empezar a las 3,30 horas del día 25 de julio.

En la primera fase, la División de infantería 2 canadiense había de conquistar May-sur-Orne y Verrières, a la derecha, mientras, a la izquierda, la División de infantería 3 canadiense se apoderaría de Tilly-la-Campagne. En la segunda fase, intervendrían las fuerzas acorazadas; mientras tanto, la División 2 se lanzaría para conquistar Fontenay-le-Marmion y Rocquancourt y la División Acorazada 7 británica avanzaría a través del sector central para apoderarse de «Cramesnil Spur». Después, la División 2 se dirigiría a Garcelles-Secqueville. La División Acorazada 7 y la División Acorazada *Guardie* estarían dispuestas para la ac-

Tropas canadienses en marcha en el sector al sur de Caen. El 25 de julio, el Cuerpo de Ejército II canadiense, al mando del general Simonds, que entró en línea el día 10, dio comienzo a la Operación «Spring», cuyo objetivo era fijar a las fuerzas alemanas al este del río Orne, permitiendo con ello a las fuerzas americanas penetrar en el sector occidental en dirección Sur y Este. *(Imperial War Museum)*





ción siguiente, y el flanco izquierdo se reforzaría con la Brigada Acorazada 27, que debería seguir a la División 3 canadiense.

Un ataque para apoderarse tan sólo de las posiciones

Pero el general Simonds opinó que no juzgaba posible el logro de estos objetivos. Las fuerzas enemigas eran muy numerosas, y además comprendía que esta acción sería tan sólo un ataque diversivo, destinado a mantener empeñados a los alemanes, en tanto el ataque principal se desarrollaba en el frente americano de Saint-Lô. Mas, como es obvio, no confió sus pensamientos a los comandantes de división.

El apoyo de la artillería se caracterizaría por un amplio e incesante fuego programado por parte de la 2.ª Agrupación de artillería canadiense, y por la 3.ª y la 8.ª británicas, unido a las concentraciones efectuadas por los regimientos de campaña de las dos divisiones canadienses, por el regimiento de artillería de campaña 25 británico y por el 19 canadiense.

La operación debería llevarse a cabo independientemente de las condiciones atmosféricas, y el apoyo aéreo sería una aportación puramente suplementaria. En todo caso, los bombarderos pesados se emplearían en el frente americano, con el fin de preparar el terreno para la Operación «Cobra». Los bombarderos medios, dispuestos para la Operación «Spring», atacarían probablemente las zonas de concentración de las fuerzas alemanas la noche del 24 de julio y, nuevamente, la mañana del día 25, una vez iniciado el ataque; también operarían, desde el amanecer del 25 de julio, en las zonas de combate. Sin embargo, el ataque aéreo de preparación, efectuado la noche del día 24, no fue eficaz, pues a causa del masivo fuego antiaéreo, sólo 15 de los 60 aviones consiguieron bombardear los objetivos asignados.

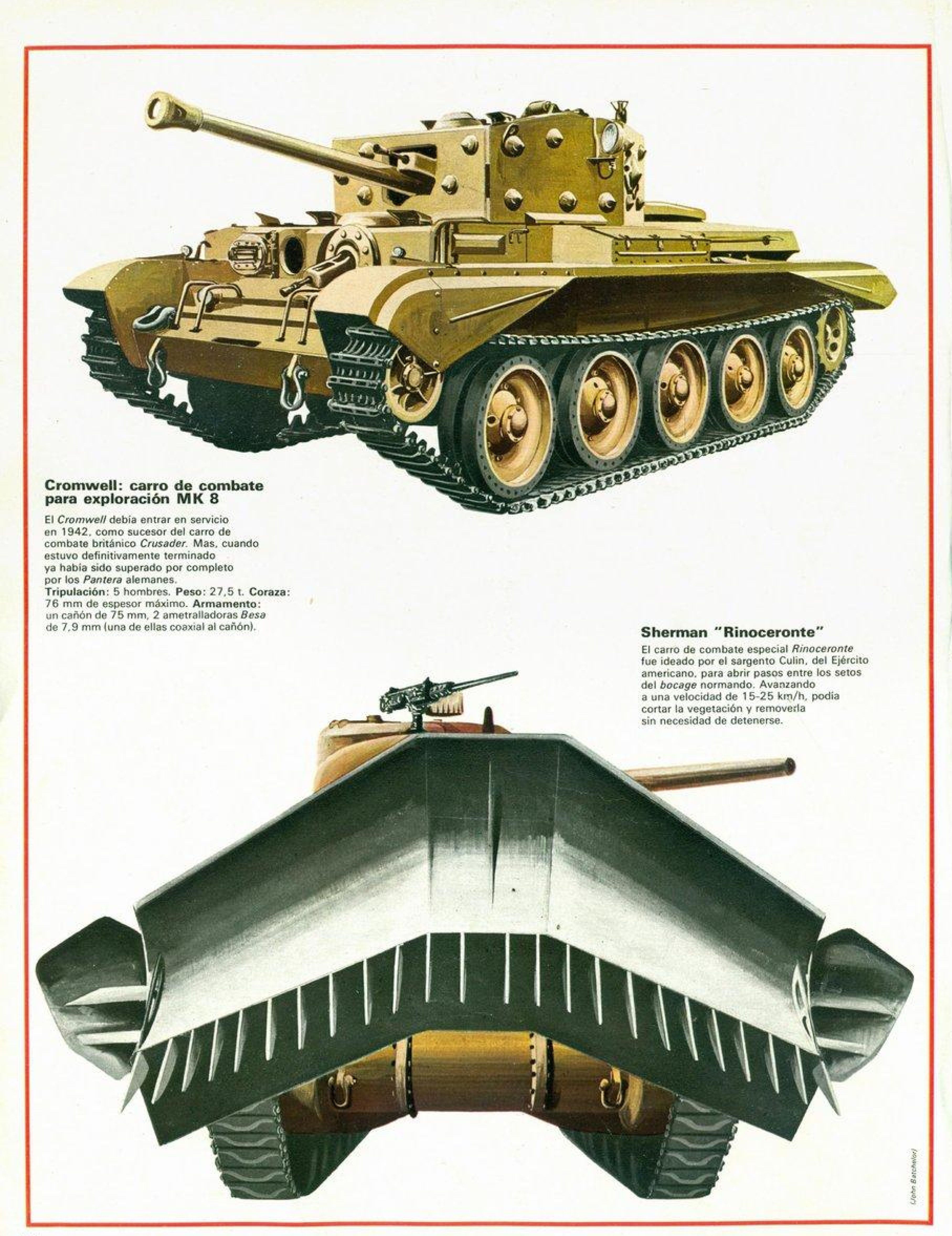
Aunque Simonds tenía la seguridad de que los alemanes disponían de fuerzas numerosas, su entidad real no había sido plenamente valorada. Pero se cumplía el plan de operaciones de Montgomery: en efecto, se había atraído al frente de Caen a lo mejor de las fuerzas alemanas. El sector del Cuerpo de Ejército II canadiense se extendía desde Cagny, al Este, hasta el Orne, en el Oeste. Correspondía aproximadamente al sector ocupado por el I *Panzerkorps* SS, que a su izquierda tenía a la División de infantería 272, reforzada con elementos de la 2.ª *Panzerdivision*, y de la 9.ª y de la 10.ª *Panzerdivision* SS. En el sector contiguo, preparada para apoyar las operaciones y lo bastante cerca para influir en la batalla con su fuego, se hallaba la 9.ª *Panzerdivision* SS, que se apoyaba en el sector ocupado por la 2.ª *Panzerdivision*. A la derecha desplegaba la 1.ª *Panzerdivision* SS (SS *Leibstandarte Adolf Hitler*), mientras la 116.ª *Panzerdivision* se hallaba de reserva del Cuerpo de Ejército. La misión de los canadienses era, desde luego, durísima. Con el equivalente de cuatro *Panzerdivisionen* y media o divisiones *Panzergrenadier* frente a ellos y considerando válido el antiguo axioma de tres a uno para triunfar en el ataque, en teoría sería necesario un equivalente de 13 divisiones (o casi todo el Ejército 2 británico) para alcanzar los objetivos asignados. Y en cambio, para la fase inicial del ataque sólo disponían de dos.

Antes de dar comienzo a un ataque, los carros de combate *Sherman*, pertenecientes al Cuerpo de Ejército II canadiense, se concentran en la base de partida, sobre el típico terreno ondulado de la campiña normanda. En el curso de la Operación «Spring», las fuerzas acorazadas canadienses se enfrentaron con un contingente acorazado alemán equivalente a cuatro *Panzerdivisionen* y media. (Imperial War Museum)

La División de infantería 3 canadiense ya había participado en el ataque del «D-Day» en las playas de Normandía, y desde entonces siempre combatió en la cabeza de desembarco. Por ello, aunque dotada de notable experiencia, estaba algo agotada por haberse encontrado en primera línea desde el mismo día del desembarco. Su primer objetivo, el 25 de julio, era conquistar Tilly-la-Campagne, a la izquierda del límite del sector divisionario, constituido por la carretera de Falaise. Esta era la misión del *North Nova Scotia Highlander*. En la segunda fase, la infantería ligera canadiense *Highlander* conquistaría Garcelles-Secqueville.

Jornada intensa para los artilleros alemanes

Los *North Nova* partieron puntuales para el ataque con tres compañías en cabeza y protegidos por el fuego de barrera de la artillería divisionaria. Pero sólo la compañía de la derecha logró mantenerse al ritmo de la progresión de la barrera móvil de artillería, avanzando con escasas pérdidas hasta el norte de Tilly-la-Campagne. Las otras compañías, que se enfrentaron con las tropas del SS *Leibstandarte Adolf Hitler*, fueron diezmadas por el violento fuego y las granadas de mano.



Cromwell: carro de combate para exploración MK 8

El *Cromwell* debía entrar en servicio en 1942, como sucesor del carro de combate británico *Crusader.* Mas, cuando estuvo definitivamente terminado ya había sido superado por completo por los *Pantera* alemanes.
Tripulación: 5 hombres. **Peso:** 27,5 t. **Coraza:** 76 mm de espesor máximo. **Armamento:** un cañón de 75 mm, 2 ametralladoras *Besa* de 7,9 mm (una de ellas coaxial al cañón).

Sherman "Rinoceronte"

El carro de combate especial *Rinoceronte* fue ideado por el sargento Culin, del Ejército americano, para abrir pasos entre los setos del *bocage* normando. Avanzando a una velocidad de 15-25 km/h, podía cortar la vegetación y removerla sin necesidad de detenerse.

(John Batchelor)

Pese a todo, se lanzaron obstinadamente adelante, con la iluminación artificial que, en realidad, sólo servía para ofrecer mejores blancos a las ametralladoras enemigas. Los hombres caían segados fatalmente. Mas no dejaron por ello de conquistar alguna posición en los huertos cercanos al pueblo y en el pueblo mismo, si bien no lograron limpiarlas por completo. Avanzó entonces la compañía de reserva, pero también ésta fue pronto inmovilizada, y un escuadrón del Regimiento de carros 10, que intentó lanzar a la infantería al interior de Tilly-la-Campagne, perdió inmediatamente 11 de sus carros de combate bajo el fuego contracarro y de los *Pantera*. Los *Nova* se atrincheraron donde se hallaban, permaneciendo inmovilizados. No podían hacer nada más en aquel terreno batido por el fuego enemigo, y al anochecer les llegó la orden de retirarse, lo que en efecto hicieron, si bien fueron pocos los que pudieron hacerlo: 61 habían muerto, 46 estaban heridos y 32 cayeron prisioneros.

El primer mes de lucha de la División de infantería 2 canadiense en suelo francés fue durísimo. Su adiestramiento, aunque muy activo, no había sido tan intenso como el de la División 3; a pesar de ello, en Normandía entró directamente en acción, tan sólo una semana antes de la Operación «Spring», contra un enemigo ya curtido por anteriores experiencias de guerra, y, lógicamente, se resintió de ello. En esta segunda operación, el objetivo de la división era conquistar la altura de Verrières (que en el Boletín del Servicio de Información divisionario se había dado como defendida por una división probablemente reducida a una brigada) y avanzar más allá, con un salto de 2 km por lo menos.

La línea de partida para el ataque era una carretera transversal que unía la carretera Caen-Falaise con el Orne. Dicha carretera, que se extiende entre los pueblos de Saint-André-sur-Orne y Saint Martin-de-Fontenay, el día 24 de julio estaba aún en manos del enemigo. La Brigada de infantería 6 recibió la orden de rastrillarla hacia media noche. Detrás de ella, la Brigada 4, avanzando desde la hacienda de Troteval, conquistaría en dos fases el pueblo de Verrières, situado en la cima, así como Rocquancourt. La Brigada 5, dirigiéndose al sur de Saint-André-sur-Orne y a Saint-Martin-de-Fontenay, se apoderaría de May-sur-Orne y después de Fontenay-le-Marmion.

Aun cuando entonces no se advirtiera, había en aquella zona dos minas de hierro. La primera, en May-sur-Orne, tenía una galería que llevaba hasta un pozo vertical en Rocquancourt, así como otros pozos de aireación en las cercanías de Fontenay-le-Marmion; de este modo las tropas alemanas podían situarse con plena seguridad en estas tres posiciones, siendo probablemente esta la razón por la que fracasó todo ataque desencadenado contra ellos el día 25 de julio. La segunda mina tenía un pozo principal (conocido en el momento del ataque con el nombre convencional de «La Fábrica»), en Saint-Martin-de-Fontenay, con galerías que se extendían algunos centenares de metros hacia el Sudeste y el Noroeste. En la vecindad de la hacienda de Troteval y Verrières no había minas ni galerías.

El *Royal Hamilton Light Infantry* (RHLI), de la Brigada 4, tenía la misión de conquistar Verrières, y poco antes de medianoche la Brigada 6 informó que la hacienda de Troteval (que era la línea de partida) había sido barrida. Los *Hamilton*, al dirigirse allí, descubrieron que tal cosa no era cierta, y se hallaban empeñados en eliminar los carros de combate y la infantería cuando, a las 3,30 horas –a pesar de un mensaje del comandante que les ordenaba retrasar la operación– se encendieron los proyectores, iniciándose la prevista preparación artillera. Por ello, cuando media hora después se inició finalmente el ataque del batallón, éste se halló bajo un intenso fuego de armas portátiles, morteros y artillería, no pudiendo aprovechar la barrera móvil que se había adelantado. El fuego martilleante de las ametralladoras castigó mucho a los *Hamilton*. Las dos compañías de los flancos fueron detenidas, pero la central alcanzó los setos próximos al pueblo, puso fuera de combate a las ametralladoras situadas en aquella zona y, después de una lucha cuerpo a cuerpo, logró penetrar en la población. Al amanecer empezó una dura batalla para limpiar los edificios.

Los carros de combate «Pantera» al contraataque

La luz del día reveló que las supuestas ametralladoras del flanco izquierdo eran, en realidad, carros de combate *Pantera*. El fuego de un pelotón sobre vehículos orugas, empleado para neutralizarlas, resultó ineficaz. Entonces, una batería de piezas de 17 libras, en apoyo del RHLI, recibió la orden de entrar en acción y ocuparse de los cuatro carros de combate, mientras los otros se mantenían alejados. Asimismo, una concentración solicitada sobre las ametralladoras situadas a la izquierda se llevó a cabo con toda precisión, y en consecuencia las dos compañías bloqueadas se lanzaron al avance y alcanzaron el pueblo. Se iniciaron entonces las verdaderas operaciones de limpieza. Artillería contracarro, morteros y vehículos orugas avanzaron a través de un campo sembrado de minas *Teller*, perdiéndose allí algunos de los vehículos. No obstante, unos cuantos cañones contracarros de 6 libras se situaron en posición para cubrir el frente y los flancos de los *Hamilton*, haciéndolo con el tiempo muy justo; en efecto, veinte minutos después, nueve carros de combate *Pantera* pasaron al contraataque, destruyendo cuatro de los seis cañones. Sin embargo, los carros fueron rechazados por las otras dos piezas y por la infantería; dos de los carros alemanes fueron destruidos.

La compañía de reserva, algunos carros de combate y una compañía de ametralladoras del *Toronto Scottish* (MG) iniciaron el avance, con lo

Ha comenzado la Operación «Spring»: soldados canadienses de origen francés avanzan cautelosamente para evitar emboscadas. La acción ofensiva, que se inició a las 3,30 horas del día 25 de julio de 1944 por las Divisiones de infantería 2 y 3 canadienses, no consiguió alcanzar los objetivos previstos, excepto la conquista de Verrières, llevada a cabo por los soldados del *Royal Hamilton Light Infantry*, a las 7,50 de ese mismo día. (History of the Second World War)

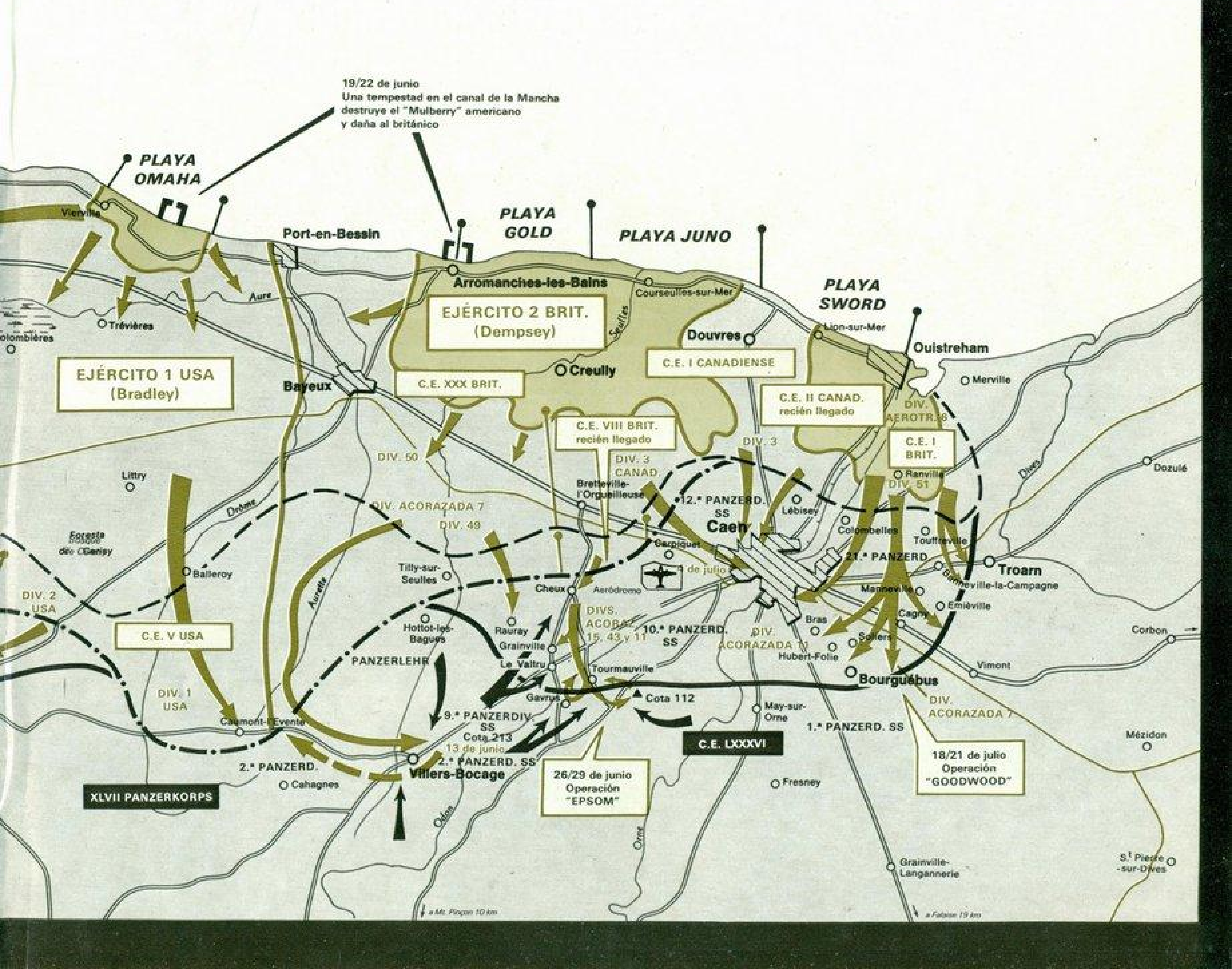




Cap de la Hague
30 de junio
Término de la resistencia alemana en la península de Cotentin
29 de junio
EL CUERPO DE EJÉRCITO VII USA
conquista Cherburgo
Auderville
Beaumont
Cherburgo
Cap Lévy
Punta de Barfleur
St. Pierre-Église
Barfleur
S.te Croix
Fort-du-Roule
Brillevast
Situación el 21 de junio
Quettehou
St. Vaast-la-Hougue
DIV. 4 USA
Brix
Douve
Situación el 19 de junio
DIV. 709 ALEM.
Valognes
Quinéville
Ozeville
Les Pieux
Is. St. Marcouf
DIV. 9 USA
Montebourg
DIV. 4 USA
Crisbecq
Bricquebec
Merderet
DIV. 79 USA
Azeville
24,00h. del "D-Day"
perímetro aproximado de la cabeza de desembarco
DIV. AEROTRANSP. 82 USA
DIV. 90 USA
PLAYA UTAH
DIV. 243 ALEMANA
DIV. 9 USA
Ste Mère-Église
DIV. AEROTRANSP. 82 USA
Barneville-Carteret
Saint-Saveur
Grandcamp-les-Bains
Hâvre de Carteret
C.E. VII USA
DIV. 91 ALEM.
DIV. AEROTRANSP. 101 USA
DIV. 29 USA
DIV. 77 ALEMANA
C.E. VIII USA
recién llegado
Portbail
C.E. VII USA
DIV. ACORAZADA 2 USA
Isigny-sur-Mer
DIV. 79 USA
DIV. 83 USA
8 de junio
DIV. 353 ALEMANA
Carentan
14 de junio
DIV. ACORAZADA 3
La Haye-du-Puits
DIV. 30 USA
C.E. XIX USA
recién llegada
17ª DIV. PANZERGRENADIER SS
y 6.º Rgt. Paracaidista
C.E. LXXXIV ALEM.
St. Jean-de-Daye
Lessay
Toute
Vire
Périers
DIV. 29 US
Cota
EJÉRCITO 7
(Dollmann)
DIV. 352 ALEM.
a Coutances 10 Km
a Avrances 64 Km
Marigny
St. Lô
18 de julio
II C.E. PARACAIDISTA
Condé-sur-Vire
Zonas mantenidas por los Aliados a las 24 h. del "D-Day"
Línea del frente la mañana del 10 de junio
Línea del frente la mañana del 18 de junio
Línea del frente la mañana del 25 de julio
Ataques aliados
Contraataques alemanes
Ferrocarriles
Carreteras
Zonas inundadas (llanuras pantanosas)
Límite de sector entre el Ejército 1 USA y el Ejército 2 brit.
Límite de sector entre C.E.
0
10
20
30
km

NORMANDÍA: LOS ALIADOS CONSOLIDAN SUS POSICIONES

Ya en las fases preparatorias de la Operación "Overlord", el Alto Mando aliado se había sentido especialmente preocupado por el hecho de que las fuerzas desembarcadas en Normandía pudieran efectuar rápidamente el enlace de las diversas cabezas de desembarco, asegurándose así sólidas posiciones en el interior del territorio. El primer objetivo se alcanzó el 10 de junio y entonces el frente se extendía ya en una línea ininterrumpida que iba desde la península de Cotentin al Orne; mas, a partir de ese momento, las fuerzas aliadas ya no lograron atenerse a los tiempos previstos.
Caen, que debía ser conquistada por las fuerzas británicas el mismo "D-Day", resistía todavía y tanto la Operación "Epsom", lanzada el 26 de junio, como las sucesivas acciones llevadas a cabo para sobrepasar la ciudad y avanzar hacia Falaise, fracasaron a causa de la tenaz resistencia alemana. Simultáneamente, los americanos debían aislar la península de Cotentin y ocupar Cherburgo, cuyo puerto revestía una importancia vital para asegurar el flujo de los abastecimientos a las tropas que combatían en el frente. Pero la conquista de Cherburgo no se completó hasta el día 29 de junio y además su puerto quedó completamente destruido. Esto provocó ulteriores retrasos y al mismo tiempo el lento avance de las fuerzas americanas al norte de Saint-Lô creaba cada vez mayores problemas. Montgomery, sin embargo, no se dejó tentar por una acción prematura de penetración. Persistió en su táctica de inmovilizar el mayor número posible de fuerzas acorazadas enemigas en el sector de Caen, mientras los americanos procedían a desplegar a lo largo de la carretera Lessay–Saint-Lô–Caumont–l'Eventé, disponiéndose para un ataque en fuerza. Los acontecimientos que siguieron dieron la razón a Montgomery: con la conquista de Saint-Lô –ocurrida el 18 de julio– y la de Caen –completada por el Cuerpo de Ejército II canadiense el 19– las fuerzas alemanas, que combatían en un amplio frente, empezaron a retirarse, y los Ejércitos aliados pudieron iniciar así los preparativos para la Operación "Cobra", esto es, la batalla decisiva para la ruptura del frente enemigo.



que empezó la operación de consolidación. A las 7,50 horas, en una mañana de calor agobiante, mientras los chasis de los *Pantera* ardían enfrente y en el flanco y los *jeeps* transportaban a retaguardia a los heridos graves, se recibió la comunicación de que Verrières había sido conquistada. Pero la prueba más dura sería conservarla.

Los alemanes sufrieron un duro golpe con la pérdida de Verrières. Durante todo el día bombardearon intensamente el pueblo, y los contraataques de carros de combate y de la infantería se sucedieron casi ininterrumpidamente; por primera vez, los alemanes emplearon, contra los canadienses y contra la posición de Verrières, los carros de combate teledirigidos. Casi todos fueron destruidos por el fuego de los carros de combate y el de los cañones contracarros.

Hacia el anochecer, la llegada de una unidad de carros de combate de la División Acorazada 7 aportó un oportuno refuerzo. Llegaron, además, unidades de artillería de la citada División Acorazada y de la AGRA *(Army Group Royal Artillery)*, y así la ocupación de las posiciones quedó afianzada. En el curso de la noche, después de la llegada de los carros de combate, se rechazó un nuevo contraataque gracias a los esfuerzos combinados de la infantería, los carros y los lanzacohetes *Typhoon*, bajo la dirección del RHLI. Aun cuando los contraataques, apoyados por bombarderos en picado y aviones que ametrallaban la zona, continuaron durante toda la noche, los hombres, ennegrecidos por el humo, resistieron una vez más. La posición quedó en manos de los canadienses, habiendo costado a los *Hamilton* cinco oficiales y cuarenta y tres soldados muertos, y ocho oficiales y ciento cuarenta y cinco soldados heridos.

Este fue el único resultado positivo de la jornada. El *Royal Regiment of Canada*, que avanzaba hacia Rocquancourt en la segunda fase del ataque, pasó a través de Verrières en un frente de dos compañías, y apoyado por los carros de combate de la División Acorazada 7, que iban en cabeza del despliegue de ataque, realizó un constante progreso hasta la altura. Allí consiguió un excelente punto de observación sobre Rocquancourt y sus cercanos accesos a los pozos de las minas; mas apenas descendió la suave vertiente hasta los sembrados, se halló por completo a merced de los alemanes, sólidamente apostados bajo un amplio arco. En la zona situada bajo la altura, los alemanes habían enterrado y enmascarado carros de combate y cañones autopropulsados de 88, que hacían casi imposible el avance de las fuerzas acorazadas.

La División Acorazada 7 informó que había casi treinta carros de combate enemigos a una gran distancia, entre Fontenay-le-Marmion y la zona al noroeste de Rocquancourt, con el resultado de que los tres primeros carros propios fueron alcanzados rápidamente apenas afrontaron la altura. Un soldado, saltando de un carro en llamas, semejante a una antorcha humana, prendió fuego en el sembrado y entonces la infantería, hallándose frente a una barrera de fuego, no pudo avanzar. La 3.ª compañía, que intentó hacerlo, fue casi aniquilada y salió de la batalla con 18 hombres solamente.

Al caer la noche, los *Royal* se habían atrincherado en la altura, entre los *Hamilton* (a la derecha) y la carretera Caen-Falaise, teniendo enfrente, a una distancia de 200 metros, a los alemanes atrincherados en sólidas posiciones. Aun cuando habían proyectado un ataque nocturno en Rocquancourt (apoyado por la artillería de todo el Cuerpo de Ejército), no pudieron efectuarlo a causa del contraataque nocturno a Verrières. Los *Royal* fueron inevitablemente envueltos en este caótico y áspero combate, ayudando a los *Hamilton* a mantener su posición en Verrières. Las pérdidas sufridas por los *Royal* en aquella jornada fueron: 19 muertos, 71 heridos y 7 prisioneros.

En el flanco derecho, el ataque de la Brigada de infantería 5 empezó mal. Los *Calgary Highlander* debían conquistar May-sur-Orne en la primera fase del ataque; pero, como también les ocurrió a los *Hamilton*, su línea de partida no pudo ser liberada de la ocupación enemiga antes de medianoche, contrariamente a lo que les comunicaron. Los alemanes se infiltraban continuamente a través del pozo de «La Fábrica» de Saint Martin-de-Fontenay, y la línea de partida no estaba nunca bajo el absoluto control aliado, lo que provocó una gran desorganización durante toda la jornada.

Sin embargo, los *Calgary* lograron cruzar puntualmente la citada línea de partida sobre un frente de tres compañías. Pero la potencia de fuego de las ametralladoras enemigas, situadas en los huertos del pueblo (que debía hacer sido rastrillado), era tal, que sólo la compañía situada en el flanco izquierdo estuvo en situación de mantenerse en contacto con la barrera móvil. Dicha compañía informó haber entrado en May-sur-Orne poco antes de las seis, pero luego fue rechazada y se atrincheró cerca de «La Fábrica» de Saint Martin-de-Fontenay con la compañía central, que se hallaba inmovilizada. La compañía de la derecha, a causa de la intensidad del fuego, no abandonó la línea de partida hasta el amanecer, y entonces logró avanzar hacia el área de la citada «Fábrica», que limpió, capturando 35 prisioneros. A media mañana dicha compañía alcanzó la periferia septentrional de May-sur-Orne; pero se halló de pronto bajo el fuego de las ametralladoras y retrocedió a fin de permitir a los carros de combate que afrontaran las posiciones alemanas en los flancos.

La compañía intentó regresar a May-sur-Orne; mas los alemanes se habían infiltrado de nuevo en sus anteriores posiciones y los *Calgary* ya no pudieron conservarlas. Así, pues, se atrincheraron para defender la parte septentrional del pueblo y permanecieron allí hasta el mediodía, cuando el comandante reunió su batallón en el extremo meridional de Saint André-sur-Orne. Pero en este lugar no se contaba con una base segura de partida para el ataque del *Black Watch (Royal Highlander Regiment) of Canada*, que debía proceder, en la segunda fase, a la conquista de Fontenay-le-Marmion.

El comandante del *Black Watch* resultó muerto y dos de sus jefes de compañía heridos mientras estaban efectuando un reconocimiento en las primeras horas del 25 de julio; el mando del batallón se confió entonces a otro comandante de compañía, que lo asumió hacia las cinco de la mañana, por lo que el ataque con apoyo de carros de combate no pudo desencadenarse a las primeras luces del alba como estaba previsto. Hasta entonces, ni Saint Martin-de-Fontenay ni May-sur-Orne habían sido rastrillados. Era necesario coordinar, con la artillería y con los carros de combate, un nuevo plan de ataque, que se fijó para las 9,30.

Mientras tanto, se envió a May-sur-Orne una patrulla del *Black Watch*; se sabía que allí se encontraba una compañía del *Calgary* y era de importancia vital localizar su posición. La patrulla entró y cruzó efectivamente May-sur-Orne; luego informó haber visto a un solo alemán y de haber recibido fuego de una sola ametralladora, pero que no encontró el menor rastro de los *Calgary*. Según los acontecimientos posteriores, resultó evidente que los alemanes habían dirigido su fuego hacia un objetivo más importante. No obstante, sintiéndose seguro respecto al flanco derecho y contando con carros de combate para la protección del izquierdo, el comandante en funciones del *Black Watch* envió a un sargento, con seis hombres, para eliminar aquella única ametralladora de May-sur-Orne y él decidió dirigirse, con el resto de su batallón, desde Saint André-sur-Orne a Fontenay-le-Marmion, confiando únicamente en las indicaciones de una brújula.

Los riesgos de esta acción son evidentes. Un avance de este tipo, aun cuando los flancos estuvieran protegidos, llevaría a la unidad a través de campos sembrados, sobre un terreno privado de cobertura y hacia una altura ocupada por los alemanes, cuya fuerza era notable. Pero resultó que los flancos no estaban protegidos, y además en May-sur-Orne se hallaban, por lo menos, dos compañías alemanas. Por otra parte, los carros de combate se retrasaron y el batallón partió sin su apoyo, permaneciendo así expuesto al fuego, tanto en los flancos como en el frente, y con el peligro de quedar aislado.

Era una posición suicida: a las 9,30 en punto el batallón avanzó –dos compañías en vanguardia, dos en segundo escalón–, rebasó los huertos más allá de la línea de partida y salió a campo abierto. Y fue entonces cuando los alemanes demostraron su fuerza.

Un intenso fuego retardó el avance de la unidad, de tal modo que el apoyo de la artillería llegó a ser casi del todo ineficaz. Carros de combate en posición enterrada, cañones de 88 mm, morteros, lanzacohetes, ametralladoras y armas portátiles lanzaron un infierno de fuego desde May-sur-Orne y desde la altura, mientras otra cortina de fuego de morteros y de artillería cortaba la retirada. Caían los hombres, pero el *Black Watch* seguía adelante obstinadamente, incluso algunos soldados alcanzaron la cima, siempre combatiendo. Mas estos cayeron de lleno en la posición alemana, perfectamente enmascarada, desde la cual los *Pantera*, los *Tigre* y los cañones autopropulsados, escondidos entre gavillas, abrieron fuego de improviso y a una distancia terriblemente próxima.

Sólo los carros *Sherman*, que llegaron al fin, pudieron desviar por un momento la atención del adversario de la infantería, y así algunos hombres lograron alcanzar una mina.

La sombra de Dieppe

En un sucesivo reconocimiento de la zona se encontraron, en la cima de la altura, 60 cuerpos; 15 (entre ellos el del comandante) fueron hallados casi a 300 metros de la cima; otros, diseminados a lo largo de toda la dirección del avance.

Aquella noche, la División de infantería 2 canadiense, con un nuevo batallón, hizo un último intento para conquistar May-sur-Orne. El *Régiment de Maisonneuve* atacó directamente sobre la carretera que, desde St. André-sur-Orne, conducía al Sur; pero era evidente que la limpieza efectuada anteriormente no se hizo a fondo. No se había llevado a cabo un reconocimiento detenido del terreno, y una vez más los alemanes se sirvieron de la mina de St. Martin-de-Fontenay; un intenso fuego procedente de sus cercanías detuvo al *Maisonneuve* y el ataque fracasó. Y con esto finalizó la Operación «Spring».

No fue una brillante acción de las armas canadienses, más bien se trató de una derrota táctica. En un combate, excepcionalmente violento, librado en el frente del Cuerpo de Ejército, se registraron 1500 bajas –un tercio de ellas, muertos–, con lo que, exceptuando la incursión contra Dieppe de 1942, pudo considerarse para el Ejército canadiense la jornada más nefasta de toda la segunda Guerra Mundial.

El verdadero resultado de la Operación «Spring» no debe buscarse, sin embargo, en el frente canadiense, sino más bien en Saint-Lô, donde el 26 de julio los americanos irrumpieron a través de las líneas enemigas, dando así comienzo a la maniobra de envolvimiento que debía aniquilar a lo mejor del Ejército alemán. Pero los canadienses, aunque duramente castigados habían aportado su contribución.



JOHN SWETTENHAM

Nació y estudió en Inglaterra. Durante la segunda Guerra Mundial prestó servicios en África del Norte, en la India, Italia, Noruega y Oriente Medio, y al terminar la guerra ostentaba el grado de comandante. Después de la contienda, prestó servicio en Alemania como adjunto al Gobierno Militar Aliado, encargándosele la misión de concentrar unos 25.000 fugitivos, en su mayoría de origen báltico. Esta experiencia le inspiró el libro *The tragedy of the Baltic States*, publicado en Gran Bretaña en 1952. Más tarde se trasladó al Canadá, adquiriendo la ciudadanía canadiense, y en 1958 entró a formar parte del Archivo Histórico del Ejército. Swettenham ha sido uno de los tres redactores de la *Canadian Expeditionary Force 1914-1918*, que es la historia oficial de la campaña del Ejército canadiense en la primera Guerra Mundial.



LA BATALLA DE LOS SETOS

Martin Blumenson

Mientras los ingleses mantenían la zona de Caen en plena actividad, los americanos concentraban todos sus esfuerzos para aislar el puerto de Cherburgo y extender su ocupación por el sector occidental, al sur de Saint-Lô. Sin embargo, el reciente abandono de la ensangrentada playa "Omaha" no había significado el fin de las preocupaciones para ellos: en efecto, aprovechando las interminables hileras de setos y de matorrales, idóneos para enmascarar ametralladoras, morteros y cañones, los alemanes transformaron la batalla que se libraba al otro lado de las playas de desembarco en una verdadera pesadilla para los americanos. En diecisiete días de combates, el Ejército 1 sufrió 40.000 bajas en un avance de sólo 7 km. Pero Cherburgo y Saint-Lô cayeron, al fin, en poder de los Aliados.



En comparación con la abundante y detallada información que los Aliados habían reunido respecto a las regiones costeras de Normandía, prestaron, en cambio, poca atención al terreno situado al otro lado de las playas. Su preocupación por abrirse un paso a través de la coraza defensiva alemana y alcanzar la orilla era tan intensa, que descuidaron en gran parte las dificultades del avance hacia el interior. Y resultaba que, excepto en la llanura de Falaise, el terreno que se encontraba ahora ante los americanos era el *bocage*, muy adecuado para la defensa. Terreno accidentado, con pequeñas alturas y valles encajonados, depresiones pantanosas, lentos arroyos y zanjas de desagüe: la natural conformación del *bocage* obstaculizaba toda guerra ofensiva. Por todas partes había una barrera, que tenía entre 1 y 5 metros de altura, mitad tierra, mitad vegetación; un largo muro formado por zarzas, espinos, cepos y árboles. Cerrando tramos de terreno cultivado, para proteger las cosechas y el ganado de los vientos del océano, estos setos proporcionaban a los alemanes, una protección que parecía hecha a la medida.

El avance por esta zona era forzosamente lento, pues cada seto constituía un objetivo, cada cercado un campo de batalla. La visibilidad se limitaba a unos pocos centenares de metros, las armas no disponían del suficiente campo de tiro y era difícil mantener la coordinación de las tropas y de las operaciones.

En Normandía, cada división americana tuvo que aprender a combatir entre setos y ello a costa de muchas vidas y de grandes sufrimientos. El éxito dependería, sobre todo, de la iniciativa individual de cada soldado, del ímpetu de los jefes de las pequeñas unidades, del ingenio y de la tenacidad de todos.

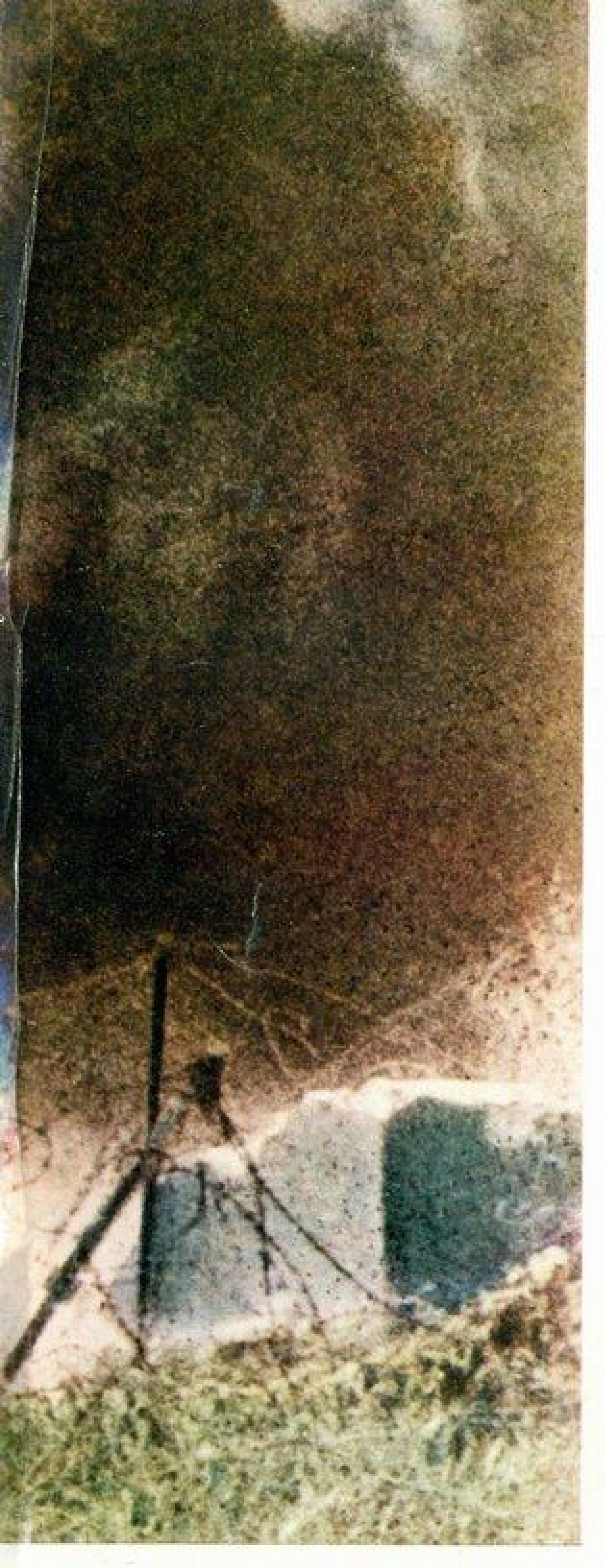
Angustiosa pesadilla

Aunque en la zona de los setos apenas existían fuertes, las fortificaciones de campaña, apresuradamente preparadas, eran igualmente útiles a los alemanes.

Como ya se ha dicho, valiéndose de estos setos para emplazar y ocultar ametralladoras, morteros, cañones del 88 y otras armas, los alemanes transformaron la batalla en una verdadera pesadilla para los americanos.

En un principio, el plan «Overlord» no preveía ataques en la península de Cotentin, con el puerto de Cherburgo en su vértice. Mas el plan «Neptuno», que incluía las operaciones para la invasión de Normandía, sí tenía previstos ulteriores desembarcos en la playa *Utah* para asegurarse, en primer lugar, la conquista de ese importante puerto. Como quiera que las tropas desembarcadas en la citada playa *Utah* quedarían separadas del grueso de las fuerzas invasoras, los Aliados decidieron lanzar en paracaídas dos divisiones americanas aerotransportadas sobre la zona, con objeto de reforzar el flanco de las fuerzas de invasión y apoderarse de los pocos caminos que cruzaban la llanura, facilitando de este modo a la infantería la salida de las playas de desembarco.

Así, las Divisiones aerotransportadas 82 y 101 americanas fueron lanzadas el «D-Day» sobre la península de Cotentin; pese a quedar dispersos sobre una zona muy amplia y con graves bajas, los hombres se apoderaron de las carreteras que cruzaban la zona pantanosa del otro lado de la playa *Utah*, ocupando Sainte-Mère-Église, un pueblecito del interior situado a mitad de la carretera principal entre Carentan y Montebourg. En consecuencia, la División de infantería 4, del Cuerpo de Ejército VII, que llegó a *Utah* por



mar, pudo tomar tierra sin dificultad y avanzar varios kilómetros hacia el interior antes de encontrarse con una resistencia que se hizo cada vez más tenaz.

El Cuerpo de Ejército V americano, al mando del general Leonard T. Gerow, que había desembarcado en la playa *Omaha*, tropezó, como ya se sabe, con dificultades muy superiores en su fase de desembarco; sin embargo, al segundo día, las Divisiones 1 y 29 empezaron a silenciar las posiciones alemanas, ampliando y fortificando la cabeza de desembarco. Mientras ambos Cuerpos de Ejército procedían a ampliar sus propias cabezas de desembarco, recibieron la orden de avanzar el uno hacia el otro para enlazar. Bradley, que mandaba el Ejército 1 americano, fijó Isigny-sur-Mer y Carentan como objetivos inmediatos; y una vez sus fuerzas estuvieron sólidamente unidas y reforzadas con la llegada de nuevas unidades, su Ejército se hallaría en condiciones de hacer frente a los alemanes y rechazar sus contraataques. La petición de establecer un sólido punto de contacto sobre los respectivos flancos internos retrasó el desplazamiento de Collins (que mandaba el Cuerpo de Ejército VII) a Cherburgo. En efecto, mientras en el curso del día 8 de junio la División 29 del Cuerpo de Ejército V conquistaba Isigny-sur-Mer, con ayuda de la artillería naval, la División Aerotransportada 101 tuvo que superar una dura batalla para tomar Carentan. Separada de la ciudad por la depresión que forma el curso de los ríos Douve y Merderet, la División disponía de muy pocas direcciones de avance naturales. La más importante era una carretera mediante una red de canales y de fosos, campos anegados y pantanos. Las tropas paracaidistas necesitaron cinco largos días de duros combates para alcanzar y rastrillar Carentan; luego, un violento contraataque lanzado la mañana del 13 de junio por elementos de la 17.ª *Panzergrenadier* SS y del 6.º Regimiento paracaidista, llegó a casi 500 metros de la ciudad, que estuvo a punto de ser reconquistada por los alemanes. Un grupo de combate de la División Acorazada 2, que avanzó desde el sector del Cuerpo de Ejército V a través de Isigny-sur-Mer, ayudó a los paracaidistas americanos a rechazar el ataque.

Carentan fue conquistada el 14 de junio, y la conjunción de las cabezas de desembarco de los Cuerpos de Ejército V y VII quedó así completada. Al día siguiente, mientras el cuartel general del Cuerpo de Ejército VIII, al mando del general Troy H. Middleton, entraba en acción en Cotentin y asumía el control de la División Aerotransportada 101, Collins comunicó su próxima maniobra para la conquista de Cherburgo. Atacando a fondo a través de los 38 km de anchura de la península de Cotentin, hacia la costa occidental, Collins intentaba aislar Cherburgo e impedir que los alemanes hicieran llegar nuevos refuerzos a la ciudad.

A la izquierda: en el curso de las operaciones finales para la conquista de Cherburgo, los soldados americanos hacen saltar, con cargas explosivas, una casamata próxima a la ciudad. El ataque contra Cherburgo, desencadenado por el Cuerpo de Ejército VII americano, al mando del general Collins, se inició el 21 de junio de 1944. Abajo: Cherburgo, 26 de junio: el general von Schlieben se rinde a las tropas americanas. Los masivos bombardeos de apoyo efectuados, facilitaron en gran parte la conquista de la ciudad francesa. *(Foto GM) - (History of the Second World War)*

El *Feldmariscal* von Rundstedt, por su parte, estaba preparando el contraataque decisivo que todos los comandantes aliados esperaban. Mas la acción proyectada contra los ingleses se frustró el 10 de junio, cuando los cazabombarderos aliados destruyeron la organización y el puesto de mando que había de dirigir la proyectada ofensiva. El contraataque tuvo que ser aplazado.

En cuanto a Rommel, su primera preocupación era la constante amenaza de los Aliados sobre Cherburgo. Ya el 7 de junio, sospechando que los americanos cortarían la península de Cotentin, movimiento preliminar del avance hacia la ciudad, consideró «necesidad ineludible» –por utilizar sus propias palabras– oponerse a esta acción con todas las fuerzas disponibles. Afrontando el riesgo de ulteriores desembarcos aliados, empezó a retirar de Bretaña las tropas que allí tenía desplazadas, enviando a la península a la 17.ª *Panzergrenadier* SS y a la División 77, el II Cuerpo de Ejército paracaidista y, más tarde, a la División 265 y al 6.º Regimiento paracaidista. Sin embargo, su preocupación por la defensa de Cherburgo quedaría pronto superada por la más apremiante necesidad de detener a los ingleses en Caen, que les abría la puerta hacia la llanura de Falaise.

En Cotentin, el general von Schlieben desplegaba elementos de las Divisiones 709, 243 y 91 sobre una fuerte línea defensiva situada al norte de la playa *Utah*. Ocupando la altura que se extendía desde Quinéville, sobre la costa, hasta Le Ham, a través de Montebourg, estas fuerzas impedirían también la posibilidad de un inmediato avance del Cuerpo de Ejército VII americano hacia el puerto.

La altura de Montebourg era uno de los objetivos asignados el «D-Day» al Cuerpo de Ejército VII; pero mientras la División Aerotransportada 101 ocupaba Carentan, cinco regimientos tuvieron que combatir toda una semana para conquistarla. En efecto, el terreno que se eleva hacia el Norte, cuajado de matorrales, proporcionaba a los alemanes excelentes posiciones dominantes, mientras las fortificaciones en los campos y a lo largo de





Infantes americanos rastrillan la zona de los setos a fin de eliminar a los posibles tiradores aislados en la región de Saint-Lô. A causa del fracaso de los ataques aislados de los americanos, en el curso de la conquista de Saint-Lô, Bradley decidió desencadenar el 10 de julio un violento ataque concentrado sobre un frente limitado. (Imperial War Museum)

las playas, donde se hallaban los grandes fuertes de Azeville, Crisbecq y Ozeville, ofrecían también una gran profundidad de defensa.

El 14 de junio, después de duros combates, el Cuerpo de Ejército VII americano conquistó la altura de Montebourg. Con el refuerzo de las Divisiones 90 y 9, el citado Cuerpo de Ejército pudo extender además su frente hacia el Oeste, más allá del río Merderet, y se encontraba ahora a medio camino de la costa occidental de la península de Cotentin.

El mismo día 14, anticipándose a una acción americana a través de Cotentin, Rommel dividió sus fuerzas, destinando una pequeña parte a la defensa de Cherburgo (ciudad que consideraba prácticamente perdida) y constituyendo con las más numerosas una línea de defensa a lo largo de las *prairies merécageuses* al norte de La-Haÿe-du-Puits, con intención de bloquear el avance americano hacia Bretaña. Pero dos días más tarde, cuando la División Aerotransportada 82 y la División 9 hubieron roto las defensas sobre el Douve, Rommel no pudo salvar el grueso de sus fuerzas. Hitler quería una defensa encarnizada de Cherburgo, que debía ser mantenida hasta el último hombre.

Hitler llegó a Francia en avión el 17 de junio; se entrevistó con Rundstedt y Rommel, en Soissons, y ordenó que se desencadenara un ataque masivo en dirección a la costa, a través de Bayeux, en un intento de fraccionar las fuerzas aliadas, facilitando así la posibilidad de derrotar por separado a los dos grupos. Aunque los comandantes insistían en retirar el mayor número posible de fuerzas de Cotentin para emplearlas en la batalla que se combatía en el Sur y que consideraban mucho más importante, Hitler confiaba en poder impedir que los Aliados conquistaran la ciudad, cuya importancia logística no se le escapaba.

Así, cuando los americanos cruzaron el Douve y alcanzaron el 18 de junio la costa occidental de Cotentin, habían destruido prácticamente a las Divisiones 91 y 77, las cuales, al no haberse podido poner en práctica la decisión tomada por Hitler en Soissons, no lograron sustraerse al arrollador avance americano. Ahora los defensores de Cherburgo se encontraban embotellados en el extremo norte de la península y era posible un asalto directo a la ciudad.

El 18 de junio, mientras Collins preparaba su avance final hacia Cherburgo, sir Bernard L. Montgomery lanzaba su primera directiva escrita de la campaña. «Tras el intenso ritmo de los primeros días –escribía– hemos tenido ahora que retardar las operaciones... Todo va bien, y ahora estamos dispuestos a pasar a otras acciones y a recoger su fruto, la toma de Caen y de Cherburgo, las dos ciudades que constituían el primer paso para el desarrollo de nuestros planes». Ordenó a sir Miles C. Dempsey, comandante del Ejército 2 británico, que comenzara por tomar Caen, que él consideraba «la verdadera llave que les abriría las puertas de Cherburgo». Mas, habiendo tenido noticias de los preparativos alemanes contra Bayeux, Montgomery decidió aplazar este ataque. Dempsey no daría comienzo a la fase de preparación hasta el 25 de junio; sus éxitos, aunque mínimos, pondrían en alerta a los alemanes y les inducirían a anular su ofensiva.

Mientras el Cuerpo de Ejército VIII americano de Middleton organizaba las posiciones defensivas situadas al Sur, de Carentan a la costa, y protegía la retaguardia del Cuerpo de Ejército VII, Collins envió al flanco Norte a las Divisiones 4, 9 y 79, esta última recién llegada. Las tres divisiones salieron para una acción de reconocimiento en fuerza el 19 de junio, ejerciendo una fuerte presión contra las defensas alemanas. Aquella misma noche, abandonando Valognes y Montebourg, Schlieben retiró sus tropas dentro del cerco de las fortificaciones que defendían Cherburgo.

Las defensas de esta ciudad consistían en un cinturón semicircular, a unos 6-10 km de la misma, a base de fortificaciones de campaña y de construcciones de hormigón. Sobre un terreno que ofrecía una ventajosa posición, estas defensas dominaban cada uno de los caminos de acceso, utilizaban los torrentes, flanqueados por fosos como obstáculos contracarros y disponían, además, de baterías antiaéreas que también podían emplearse para el fuego terrestre. Cuatro grupos de combate, cada uno de ellos con la fuerza de un regimiento, protegían estas posiciones. Aunque los abastecimientos, efectuados mediante lanzamientos aéreos o por medio de submarinos, se mantenían a buen ritmo, en este sector las tropas tenían poca capacidad combativa.

El 21, tras haber intimado inútilmente por radio a la rendición inmediata, Collins desencadenó el ataque directo contra Cherburgo. Previamente había solicitado que, antes de empezar las operaciones terrestres, se efectuara un bombardeo; y, en efecto, el día 22 aparecieron los aviones. Cuatro grupos de *Typhoon* de la 2.ª Fuerza Aérea Táctica de la RAF atacaron con cohetes; luego, seis grupos de *Mustang*, pertenecientes también a las Fuerzas Aéreas Tácticas británicas, atacaron la ciudad a muy poca altura. Llegaron más tarde doce grupos de cazabombarderos de la 9.ª Fuerza Aérea americana y ametrallaron, en sucesivas oleadas, los reductos alemanes. Mientras las tropas de tierra avanzaban, los once grupos del 9.º Mando bombardero americano atacaron once localidades defendidas.

Hitler ordena: «Luchad hasta el último hombre»

Mientras las tres divisiones convergían sobre Cherburgo, Schlieben recibió una severa advertencia: «Aun en el peor de los casos –le dijo Hitler– su deber es defender hasta el último *bunker* y no dejar un puerto en poder del enemigo, sino un montón de escombros... El pueblo alemán y el mundo entero están esperando su batalla; de ella dependerá el desarrollo y el resultado de todas las operaciones destinadas a aniquilar la cabeza de desembarco aliada; asimismo dependen de ella el honor alemán y el suyo propio».

El 23 de junio los americanos efectuaron importantes penetraciones en las principales defensas alemanas, y al día siguiente Schlieben informó que había utilizado todas sus reservas y ordenado a sus tropas que mantuvieran la defensa hasta el último cartucho. En su opinión, la caída de Cherburgo era ya inevitable. «El último interrogante –transmitió por radio– estriba en saber si podremos o no retrasarla algunos días».

Pese al hundimiento de las defensas de Cherburgo, algunas pequeñas unidades que ocupaban buenas posiciones individuales dificultaron en gran manera las últimas conquistas. Con objeto de fijar a los defensores, Bradley preparó un bombardeo naval contra las baterías del puerto, bombardeo que debía coincidir con el decisivo ataque terrestre del 25 de junio. Así, mientras tres acorazados, cinco cruceros y numerosos destructores bombardeaban los fuertes costeros, las fuerzas terrestres americanas cercaron la ciudad.

«La caída de Cherburgo es inminente –transmitió Schlieben por radio–. Tenemos dos mil heridos y ninguna posibilidad de trasladarlos. Considerando el fracaso de los contraataques, ¿sigue siendo necesario, dentro del cuadro general de la operación, el aniquilamiento de las tropas restantes?... Aparte la superioridad de medios del enemigo en artillería, fuerzas aéreas y carros de combate ha comenzado ahora por mar un duro bombardeo, cuyo tiro es corregido por observadores aéreos. Es mi deber declarar, que nuevos sacrificios no podrán, en modo alguno, modificar la situación».

La respuesta de Rommel fue concisa: «Debe usted seguir combatiendo hasta el último cartucho, como ha ordenado el *Führer*».

Fort-du-Roule, uno de los más formidables bastiones de Cherburgo, era una construcción de dos plantas, edificada sobre un promontorio rocoso, que dominaba la ciudad. En la planta inferior, situada bajo el borde de una escollera, la artillería dominaba todo el puerto; la planta superior albergaba los morteros y las ametralladoras, emplazadas en las casamatas de hormigón y que tenían bajo su fuego todos los caminos de acceso a la ciudad desde tierra firme. Atacado el 25 de junio, el fuerte tuvo que ser conquistado posición por posición; a medianoche se había completado la conquista de las posiciones defensivas más elevadas. Al día siguiente, un grupo de zapadores, otro grupo de infantería y la artillería contracarro conquistaron todo el fuerte.

Antes de ser capturado en un refugio subterráneo, junto con 800 hombres, Schlieben envió su último mensaje: «Quemados documentos, claves totalmente destruidas». En el Ayuntamiento capitularon otros 400 hombres. Un nuevo ataque contra el Arsenal, rodeado de espesos muros, previsto para la mañana del día 27, no fue necesario cuando los mensajes transmitidos por una unidad de guerra psicológica convencieron a los 400 defensores de la inutilidad de seguir resistiendo. El último reducto portuario del área de Cherburgo se rindió el 29 de junio, tras un tiro masivo de proyectiles contracarros y el ataque de los bombarderos en picado. Mientras tanto, el Cuerpo de Ejército VII americano había chocado contra 6000 hombres que resistían aún en el ángulo noroccidental de Cotentin, en Cap de la Hague. Pero se rindieron también el último día de junio.

Sin embargo, el puerto de Cherburgo, verdadero trofeo de la batalla, quedó reducido a un montón de escombros. A partir del día 7 de junio, los alemanes iniciaron un programa sistemático de demolición que, según un oficial de ingenieros americano, fue «una verdadera obra maestra; sin duda alguna la más completa, intensiva y mejor estudiada obra de demolición de toda la historia de la guerra». Todo el puerto estaba sembrado de minas y bloqueado por los barcos hundidos; los muelles destruidos y las escolleras sembradas de cráteres. Por este trabajo, Hitler condecoró con la Cruz de Hierro al comandante naval de Normandía.

Se necesitarían por lo menos tres semanas antes de que los americanos pudieran reactivar y abrir de nuevo el puerto, y varios meses, sin duda, antes de que pudieran empezar las operaciones de descarga a gran escala.

En la conquista de Cherburgo y de Cotentin, el Cuerpo de Ejército VII americano sufrió 22.000 bajas y capturó 39.000 prisioneros alemanes. Ahora, el Cuerpo de Ejército se dirigía velozmente hacia el Sur, para alcanzar a las otras grandes

unidades del Ejército 1 que estaban preparando el nuevo ataque.

Conquistada Isigny-sur-Mer a fin de completar la conjunción con el Cuerpo de Ejército VII, el Cuerpo de Ejército V de Gerow avanzó más allá de la playa *Omaha,* en dirección a la altiplanicie que dominaba el río Aure; luego se dirigió hacia Gaumont-l'Eventé, 26 km hacia el interior, manteniéndose siempre en estrecho contacto con los ingleses. Pero al anochecer del 13 de junio, mientras el Cuerpo de Ejército V avanzaba lentamente hacia Saint-Lô, ante una tenaz resistencia alemana, Bradley suspendió el ataque. Sus razones fueron que no quería agotar los ya muy limitados abastecimientos que habían sido desviados en gran parte a Cotentin para el Cuerpo de Ejército VII; además, puesto que se esperaba un avance inmediato al Sur, desde Carentan, y los ingleses parecían momentáneamente detenidos, un avance ulterior del Cuerpo de Ejército V hubiera podido exponer innecesariamente los flancos.

Punto muerto en perspectiva

El 14 de junio, el Cuerpo de Ejército XIX, al mando del general Charles H. Corlett, entró en línea entre el Cuerpo de Ejército VIII de Middleton y el V de Gerow, asumiendo el mando de la División 29 y de la 30 que acababa de llegar, mientras las Divisiones 1 y 12, también recién llegadas, y la División Acorazada 2, quedaban al mando de Gerow. Una serie de ataques de objetivo limitado, realizados a través del río Vire a fin de mantener a los alemanes desconcertados, finalizaron el 18 de junio, estando ya las tropas americanas a menos de 9 km de Saint-Lô y con la perspectiva de un punto muerto en las operaciones. Durante las dos semanas siguientes los frentes de los Cuerpos de Ejército VII, XIX y V quedaron detenidos.

Mientras el Cuerpo de Ejército VII se dirigía hacia Cherburgo, Bradley intentó extender hacia el Sur las operaciones de Cotentin. Montgomery le había incitado a moverse hacia Coutances, a través de la Haye-du-Puits, y Eisenhower, a su vez, le recomendó acelerar todo lo posible los preparativos para el ataque hacia el Sur. Bradley no necesitaba estímulos; pero el temporal sobre el canal de la Mancha le obligó a suspender un ataque del Cuerpo de Ejército VIII previsto para el 22 de junio, y ulteriores dificultades logísticas le obligaron también a retrasar dicho ataque hasta el 1 de julio.

Montgomery, en tanto, había impartido sus directivas acerca del modo de llevar a cabo la campaña. Quería que Bradley efectuase una conversión sobre el flanco izquierdo del Ejército 1, en dirección a Caumont-l'Eventé, y sobre el flanco derecho hacia una línea que corría de Norte a Sur, hacia Fougères. Una vez la costa occidental de Cotentin quedara rastrillada más allá de Avranches y de las posiciones hacia el Este, el Ejército 1 permitiría al 3 de Patton *Jr.*, situarse en línea para un inmediato movimiento hacia el Oeste, en Bretaña. Entonces el Ejército 1 americano, con las fuerzas británicas y canadienses, podrían avanzar hacia el Este, en dirección al Sena y a París.

Bradley proyectaba cumplir su misión en varias fases sucesivas. En primer lugar desplazaría las fuerzas del flanco derecho hacia Coutances; de este modo, llevaría a las grandes unidades que se encontraban en Cotentin a través de la zona inundada al oeste de Carentan, posición defensiva natural que los franceses ya aprovecharon en 1940. Una vez cruzado el terreno pantanoso en el terreno firme y seco situado a lo largo de la carretera principal Coutances-Caumont-l'Eventé, más adecuado para las operaciones defensivas de un Ejército motorizado. Desde allí, Bradley giraría gradualmente hacia el Este, efectuaría una conversión hacia la línea Norte-Sur y envolvería después a las unidades que se encontraran en el área de Saint-Lô y Caumont-l'Eventé.



Infante americano, armado con un *bazooka*, avanzando en dirección a Saint-Lô. (Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)

Tres pasos cruzaban la llanura de Garentan de Norte a Sur: la carretera La Haye-du-Puits-Coutances, la de Carentan-Périers y la carretera principal Carentan-Saint-Lô. Bradley asignó estas carreteras a tres de sus cuatro Cuerpos de Ejército y les ordenó atacar sucesivamente de Oeste a Este: el Cuerpo de Ejército VIII debía comenzar el ataque el 3 de julio, tomar La-Haye-du-Puits y seguir luego hacia Coutances; el Cuerpo de Ejército VII desencadenaría inmediatamente después su ataque contra Périers, y, por último, el Cuerpo de Ejército XIX atacaría Saint-Lô. Al término de la ofensiva, al menos así lo esperaba Bradley, el Ejército 1 americano se encontraría en la línea Coutances-Caumont-l'Eventé, desde donde empezaría a preparar el ataque contra Avranches, puerta de acceso a Bretaña.

Desde luego, Bradley no subvaloraba las dificultades con que deberían enfrentarse sus tropas. Las tres semanas de combate del mes de junio habían demostrado claramente la eficacia con que las unidades alemanas, incluso las de menor entidad, sabían combatir en la región de los matorrales.

¿Por qué, entonces, los Aliados insistían en desencadenar su ofensiva principal precisamente en esta zona, tan propicia a la defensa?

Según los planes de la pre-invasión, el Ejército de Bradley debía ejercer las funciones de cobertura del Ejército de Dempsey, que se dirigía hacia el Sena. Mas esto presuponía la conquista de Caen y la entrada en la llanura de Falaise... y a principios de julio, Caen, uno de los objetivos del «D-Day» estaba todavía en poder de los alemanes. Estos, con el fin de aprovechar las condiciones favorables que ofrecía el terreno, habían concentrado todas sus fuerzas ante la mencionada ciudad, para impedir un ataque en dirección al Sena. Montgomery, que intentaba cautamente (por lo menos él lo presentaba así) «contener la iniciativa

y evitar retrasos», había autorizado a Dempsey para que efectuara pequeños ataques de ensayo con objeto de desorientar al enemigo. De este modo les impidió desencadenar un ataque contra la cabeza de desembarco; mas no logró hacer penetrar a sus tropas mucho más allá de las playas; y la invasión no podría considerarse un éxito mientras los Aliados no consiguieran penetrar hacia el interior y conquistar una zona profunda a sus espaldas. En realidad, para ampliar la cabeza de desembarco, los Aliados invirtieron los conceptos que precedieron a la invasión. Montgomery intentaría, como él mismo confesó, «arrastrar al enemigo hacia el Ejército 2 británico», a fin de facilitar el avance de Bradley. O como dijo Eisenhower, mientras Montgomery tenía «al enemigo sujeto por el cuello», Bradley llevaría a cabo el principal esfuerzo aliado.

El único obstáculo era, naturalmente, la conformación del terreno con el que se enfrentaban las tropas de Bradley. La victoria sólo sería posible a costa de un gran esfuerzo y de graves pérdidas; a menos que los alemanes estuvieran a punto de sucumbir o dispuestos a cederles el paso.

Durante el mes de junio, Rommel y Rundstedt estuvieron convencidos de que los Aliados habían constituido importantes y sólidas bases en Normandía. La experiencia vivida en Sicilia y en la península italiana, les había demostrado que cuando los Aliados se instalaban en una playa, era prácticamente imposible echarlos de allí.

Desorientados al no haberse desencadenado un contraataque masivo para rechazar al enemigo hasta el mar, los comandantes alemanes empezaron a considerar la posibilidad de que un contraataque, incluso en el supuesto de que se desencadenara, fracasaría totalmente: los buques aliados que se hallaban en la canal de la Mancha impedirían, sin duda, que las unidades alemanas se acercaran a la costa. Además, la superioridad aérea aliada, mataba toda esperanza: en efecto, los aviones estaban destruyendo puentes, ferrocarriles y lanchas, obstaculizaban el tráfico y, por añadidura, los constantes ataques y operaciones de sabotaje de la Resistencia francesa reducían cada vez más el flujo de tropas alemanas, materiales y abastecimientos que se dirigían al frente.

En franco desacuerdo con las órdenes de Hitler, los comandantes alemanes empezaron a considerar la idea de retirarse a una línea situada entre Avranches y Caen, donde las fortificaciones naturales ofrecían la posibilidad de constituir una sólida línea defensiva. Pero tampoco esta solución resultaba satisfactoria. Si se veían obligados a pasar de un concepto de contraofensiva a una posición puramente defensiva, ¿cómo podrían esperar conseguir una victoria eventual? Sólo quedaban dos alternativas: pedir la paz o iniciar una lenta retirada de Normandía, economizando al máximo los recursos y no desaprovechando la ocasión de desencadenar un rápido contraataque que pudiera llevarles todavía a la victoria o, por lo menos, a solicitar un acuerdo para las negociaciones.

La estrategia de Hitler: «Resistencia a ultranza»

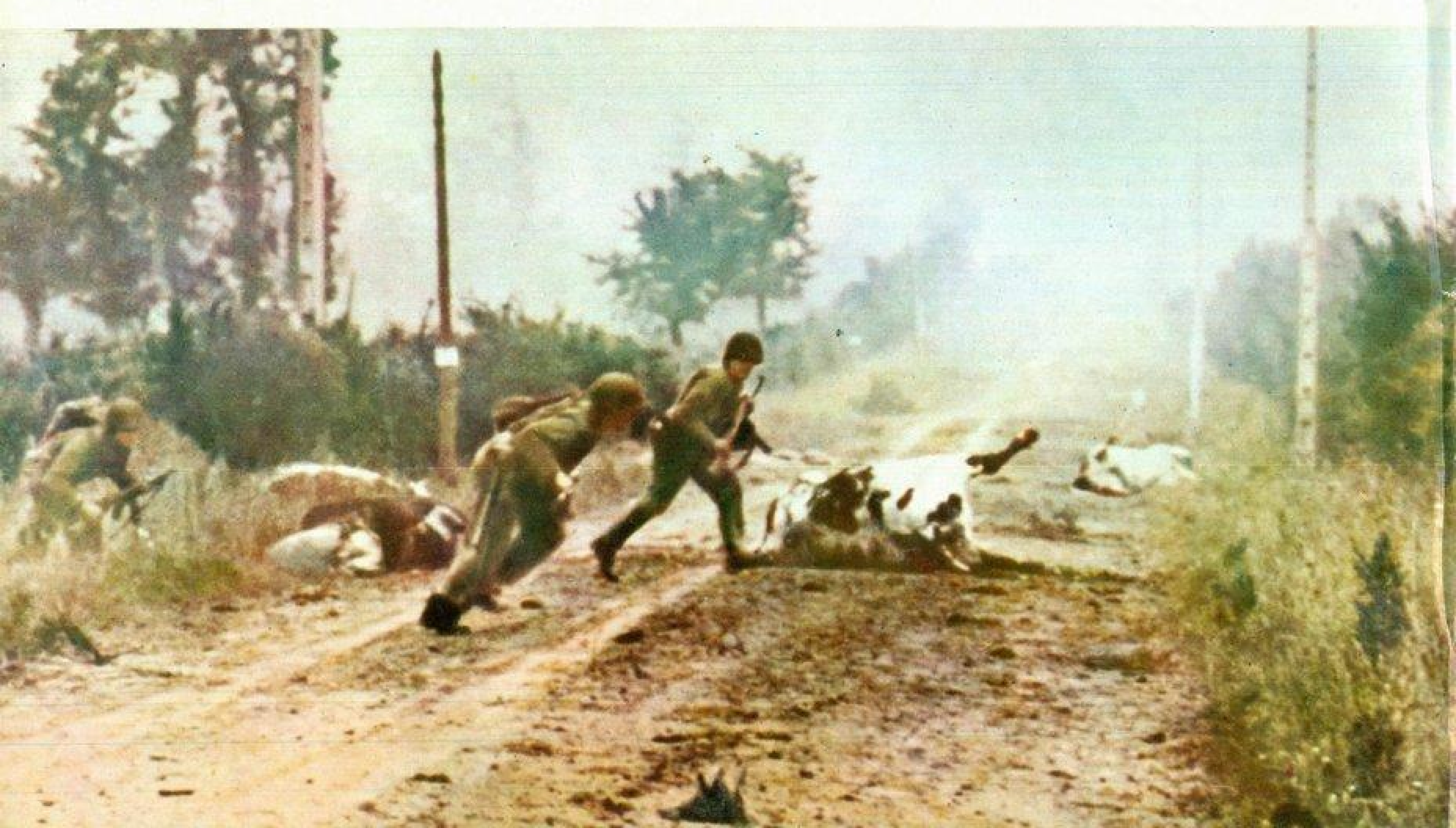
Pero Hitler no podía pedir la paz ni tampoco retirarse, pues, en aquellos momentos, una retirada significaría el inevitable abandono de Francia y, por lo tanto, llevar la guerra a las mismas puertas de Alemania. No se habían construido líneas defensivas en el interior de Francia, por lo cual una operación de repliegue ya no podría detenerse hasta la misma frontera alemana, en las posiciones del valle occidental o en la Línea Sigfrido, la cual, después de la victoriosa campaña de 1940, había sido totalmente desmantelada y así seguía todavía. Lo más prudente, según Hitler, era permanecer en las excelentes posiciones establecidas de Normandía. El frente, que se extendía a lo largo de casi 100 km, entre la costa occidental de Cotentin y la desembocadura del río Orne, era relativamente corto y no precisaría el empleo de demasiadas tropas. Manteniéndose fuertes e imponiendo a los Aliados una guerra que caracterizó el frente occidental en la primera Guerra Mundial, los alemanes confiaban en que, entre tanto, las *V-1* y las *V-2* destruyeran Inglaterra y que los *U-Boot*, dotados de los nuevos *snorkel*, aniquilasen a la Flota aliada.

Mas la resistencia a ultranza también comportaba sus riesgos. Si los Aliados conseguían abrirse un paso a través de las defensas y desarrollaban una guerra de movimiento, sus medios motorizados les permitirían desplazarse con una velocidad muy superior a la de las columnas alemanas. Y abriendo este paso y puesto que podrían avanzar más rápidamente que retirarse los alemanes, les sería posible alcanzar la frontera de Alemania.

Hitler aceptó este riesgo y puso al corriente a sus mariscales. La estrategia en que debían basarse las operaciones, dijo el *Führer*, sería mantenerse firmemente en sus puestos, sin ceder terreno. El día 1 de julio, Hitler ordenó categóricamente: «Hay que conservar a toda costa las actuales posiciones». Y Rundstedt, que se mostró contrario a esta línea de conducta, fue destituido. Su sucesor, Günther von Kluge, repitió las instrucciones de Hitler: «Resistencia a ultranza». Las perspectivas de poner en práctica esta táctica parecían entonces inmejorables. En Cotentin, las llanuras cuajadas de matorrales eran ideales para la defensa y la concentración de fuerzas alemanas, y justificaban la esperanza de impedir que los ingleses penetraran en la llanura de Falaise.

Al mando de Rommel se encontraban la 5.ª *Panzerarmee*, que impedía el paso a los ingleses, con un número considerable de tropas, cañones y carros de combate, subdivididos entre el Cuerpo de Ejército LXXXVI, desplegado entre el Sena y Caen; el I SS y el II *Panzerkorps* SS, en las cercanías de Caen, y el XLVII *Panzerkorps* cerca de Caumont-l'Eventé, y asimismo el Ejército 7, que se enfrentaba a los americanos, con el II Cuerpo paracaidista en Saint-Lô y el Cuerpo de Ejército LXXXIV en Cotentin. Las tropas alemanas confiaban ciegamente en el *Führer* y en su propia habilidad táctica, y estaban decididas a resistir hasta que el contraataque decisivo o el milagro que Hitler les había prometido cambiasen el rumbo de la guerra.

Soldados americanos cruzan a la carrera, bajo un intenso fuego de barrera del enemigo, una de las carreteras próximas a Périers. El Cuerpo de Ejército VII americano de Collins atacó en dirección a Périers el 4 de julio de 1944; mas, tras once días de cruentos combates, se vio obligado a detenerse después de haber sufrido 8000 bajas. (US Army)



El Cuerpo de Ejército VIII americano de Middleton inició el ataque el 3 de julio, con intención de avanzar al Sur, hasta Coutances. Mas, para avanzar apenas 6 km y conquistar La Haye-du-Puits, tres divisiones emplearon cinco días completos y sufrieron 5000 bajas. Si bien los americanos admitían haber «concentrado una fuerza netamente superior en todos los aspectos», lo cierto es que su avance fue lento y penoso. Un soldado comentó: «A los alemanes no les quedaban apenas recursos, pero sabían servirse endiabladamente bien de lo poco que tenían». El cuerpo de Ejército necesitó otros siete días y sufrió otras 5000 bajas para recorrer los cinco kilómetros que le separaban de Lessay. Una vez allí, Bradley, con sus efectivos diezmados, detuvo a su Ejército ya exhausto.

El Cuerpo de Ejército VII americano de Collins, entusiasmado por su reciente victoria en Cherburgo, fue enviado desde Carentan a Périers. Mas su zona de acción, limitada por los pantanos, constituía un pasillo tan estrecho que, al iniciar el avance, sólo pudo ser utilizado por una de las tres divisiones disponibles. A través de un terreno anegado por las lluvias, la División atacó el 4 de julio, conquistando apenas 200 metros. Se capturaron tan sólo seis alemanes y se perdieron casi 1400 hombres. El segundo día se produjo una leve mejora: una conquista de casi 1500 metros al precio de 750 bajas. La entrada en acción de la segunda división produjo escasos resultados: se registraron nuevas bajas y casi ningún progreso. Ambas divisiones combatieron durante once días, perdieron 8000 hombres y, agotadas, detuvieron su ofensiva a breve distancia de Périers.

El 7 de julio, el Cuerpo de Ejército XIX americano de Corlett, envió al ataque una división, que cruzó el canal Vire-Taute y el río Vire, asegurándose con cierta facilidad una cabeza de puente, desde donde localizó un punto débil en la defensa alemana. Con la esperanza de aprovechar este punto débil, Bradley envió a Corlett una división acorazada para lanzarse a un rápido ataque al Sur y envolver Saint-Lô por el Oeste. Sin embargo, en lugar de efectuar un ataque rápido, los carros de combate se hallaron pronto enzarzados en el tortuoso avance que había llegado a ser típico de los ataques en la zona de los matorrales. Las columnas acorazadas desbordaron los estrechos caminos, irrumpiendo en campos donde zapadores y *bulldozer* tuvieron que abrir pasos para que pasaran los carros. Hallaron tan sólo una débil resistencia, pero, obstaculizados por una serie infinita de matorrales, detenidos en la llanura pantanosa bajo una lluvia incesante, atacando sobre un frente estrecho que inutilizaba la acción del grueso de las fuerzas que se hallaban a su espalda, los carros de combate únicamente conquistaron aquel día dos kilómetros, y poco más en los tres días sucesivos.

El 11 de julio, los alemanes habían enviado con gran premura una *Panzerdivision* –la *Panzerlehr*– al sector amenazado y sus carros de combate estaban dispuestos para el contraataque.

Tratando de efectuar una guerra relámpago a través de la zona de los matorrales, la *Panzerlehr* se enfrentó con dos divisiones americanas, perdiendo el primer día un tercio de sus fuerzas. En otra jornada de ataque las pérdidas fueron tan elevadas que los carros de combate alemanes se retiraron a la defensiva. Las operaciones ofensivas en los matorrales, tanto para los alemanes como para los americanos, no podían desarrollarse velozmente; se trataba de una acción metódica y minuciosa. Sin embargo, el comandante de la *Panzerlehr*, congratulándose con sus hombres, les dijo que habían «detenido el avance americano» hacia la zona de las colinas.

En el sector Vire-Taute, los americanos se situaron de nuevo a la defensiva. Otros seis días de combate a corta distancia les causaron 6000 bajas para un avance de 10 km.

Durante algún tiempo Bradley intentó resolver el problema de los combates en la región de los matorrales. Sólo teniendo en cuenta las grandes pérdidas en vidas ya no estaba justificado persistir en ataques frontales a lo largo de pasillos de avance bien definidos, y asimismo lo exiguo de los progresos logrados era serio motivo de preocupación. Bradley se preguntaba si debía concentrar sus fuerzas en un frente estrecho y lanzar un ataque violento para destruir las defensas enemigas, y si ello sería posible con la ayuda de un fuerte potencial aéreo. La idea le atraía, pero existía un mínimo de premisas a considerar. En efecto, Bradley necesitada hacer irrumpir sus tropas, aunque fuera parcialmente, desde la llanura de Cotentin, y para ello necesitaba conquistar Saint-Lô, el más importante nudo de carreteras situado en la zona del Ejército 1 americano. Renunciando a la carretera nacional Coutances-Caumont-l'Eventé, su objetivo inicial, Bradley decidió avanzar a lo largo de una carretera más cercana, la lateral de Lessay-Périers-Saint-Lô, antigua ruta romana que corre directamente a través de Cotentin. La tercera semana de julio, llevando sus tropas sobre un terreno dominante en dicha carretera, estaba casi dispuesto a lanzar su ataque en masa. Necesitaba Saint-Lô, que se presentaba difícil de conquistar, pues estaba sobre un terreno decididamente adecuado para la defensa, y naturalmente, caracterizado por los omnipresentes matorrales.

La «encantadora y serena pequeña ciudad», como la definía uno de sus habitantes, había sido repetidamente atacada por los bombarderos aliados, que trataban de impedir los movimientos de las tropas alemanas hacia las playas de desembarco. Aun reducida a un montón de escombros humeantes, con 800 de sus habitantes muertos entre las ruinas, la pequeña ciudad seguía siendo importante, tanto para los Aliados como para los alemanes, en virtud de las carreteras que en ella convergían. Defendiendo Saint-Lô se hallaba el II Cuerpo de Ejército paracaidista, con la veterana 3.ª División paracaidista y la 352 de infantería. El Cuerpo de Ejército XIX americano de Corlett, empleando las Divisiones 29 y 35, debía lanzar un ataque directo sobre la ciudad. Mas, antes de que sus tropas pudieran entrar en ella, debía ser conquistada y mantenida una zona de terreno dominante, a unos 6 km al Este: la Cota 192. La misión de conquistar esta colina se confió al Cuerpo de Ejército V americano, en particular a la División 2, que atacaría simultáneamente con el Cuerpo de Ejército XIX.

«Tan castigada había sido por la artillería –dijo un oficial, refiriéndose a dicha cota– que en las fotografías aéreas parecía una manta blanca devorada por las polillas». La Cota 192 también estaba cubierta por los inevitables matorrales, dispuestos en profundas líneas defensivas. La División 2 americana ya había sufrido 1200 bajas, en sólo tres días, en su tentativa del mes de junio para conquistar la citadá colina. Al repetir el intento, el 11 de julio, obtuvo mejores resultados. «Teníamos una batalla sobre nuestras espaldas –dijo un comandante de división–, pero la situación se iba aclarando un poco». A mediodía, los americanos se hallaban en la cima de la disputada colina, organizando sus defensas contra un posible contraataque alemán.

El Comandante del II Cuerpo de Ejército paracaidista informó que todo su frente era «presa de las llamas»; el fuego de la artillería americana dijo, quizá con cierta exageración, había reducido la división a un tercio de su fuerza orgánica y un regimiento de la división de infantería, formado por 1000 hombres, quedó reducido a 180. ¿Sería posible obtener refuerzos?

No se envió ningún refuerzo, pues los ataques de Bradley en los otros puntos del frente mantenían empeñado al Ejército 7 en su totalidad.

Las defensas de Saint-Lô se resquebrajan

Corlett esperaba entrar en Saint-Lô por el Este, haciendo descender la División 29 americana a lo largo de la ligera pendiente de una altura protegida por el fuego de la División 2, en la Cota 192. Pero las tropas se hallaron pronto en un laberinto de senderos, flanqueados por matorrales, y teniendo que afrontar las habituales dificultades en los combates ofensivos: pérdida de orientación, falta de coordinación y ausencia de cohesión. Detenido por el Este, Corlett se volvió a la División 35 americana, que había realizado un avance sorprendentemente eficaz a lo largo de la orilla del río Vire: en tres días, la División 352 alemana que se le oponía tuvo 840 heridos y no tuvo tiempo de contar los muertos. Corlett ordenó, pues, a la citada División 35 que ocupara la Cota 122, al norte de Saint-Lô, y cuando un regimiento logró conquistarla, los hombres vieron, con toda claridad, la pequeña ciudad a una distancia de poco más de un kilómetro.

La conquista de la Cota 122 derrumbó las defensas alemanas, de lo que los americanos, no obstante, apenas se dieron cuenta. Pero la pérdida de dicha cota, así como la errónea convicción de que los americanos habían cruzado el río Vire y, por lo tanto, estaban a punto de aislar a la División 352, y también, el continuo desgaste de sus hombres, inclinaron al comandante del II Cuerpo de Ejército paracaidista a pedir autorización para retirarse de Saint-Lô aquella misma tarde. El mando del Ejército 7 transmitió por teléfono su petición al mando del Grupo de Ejército de Rommel, donde se discutió la retirada hacia una línea al norte de Saint-Lô. Pero retirarse significaba desplazar las tropas desde la altura al sur de la ciudad. Sometidos a la orden absoluta de Hitler de resistir a toda costa, ni el Grupo de Ejércitos B ni el mando del teatro de operaciones podía autorizar la retirada. El único mando que tenía tal autoridad era el de Hitler, esto es, el Mando Supremo que dirigía la guerra desde un *bunker* situado en Prusia oriental. Por lo tanto, fue sorprendente que el Grupo de Ejércitos B respondiese al Ejército 7, casi inmediatamente: «Tomad todas las decisiones que creáis necesarias. Si debéis retiraros, hacedlo. Basta que después nos comuniquéis que el enemigo había penetrado en varios puntos de vuestra principal línea defensiva y que apenas habéis conseguido reconstituir una nueva línea retrasada».

Esta conversación tan poco ortodoxa fue consecuencia de la agitación que reinaba en el mando del Grupo de Ejércitos B. Y no era para menos: Rommel se había adelantado para inspeccionar el frente y un avión aliado ametralló su automóvil; el auto se precipitó entonces a un canal; Rommel resultó con una grave fractura en la cabeza y fue llevado sin sentido al hospital. Por lo tanto, el mismo día, Kluge, comandante del teatro de operaciones, tuvo que asumir también la responsabilidad del mando del Grupo de Ejércitos B.

Aquella noche, sin que los americanos lo advirtieran, el grueso de las fuerzas alemanas que defendían Saint-Lô se retiraron, dejando tan sólo algunos puestos avanzados. La tarde del 18 de julio, después que la infantería y la artillería americanas obligaran a estos puestos avanzados alemanes a rendirse, un grupo de asalto entró en la ciudad.

La conquista de Saint-Lô costó al Cuerpo de Ejército XIX americano las graves pérdidas que eran habituales en la guerra de los setos: casi 6000 hombres.

«Demasiados matorrales –informó una unidad, justificando así la lentitud de su avance–. Nos veíamos obligados a progresar lentamente, tomar un seto y rastrillarlo». Este era el inmutable sistema de acción, y a este paso la guerra podía no tener fin. Doce divisiones sufrieron un total de 40.000 bajas en diecisiete días, tan sólo para hacer avanzar el frente del Ejército 1 americano apenas 11 km. Pero la angustia y el esfuerzo lograron lo que Bradley necesitaba para su ataque en masa. Si podía darle curso e iniciarlo, la amarga batalla de los setos habría llegado a su fin.

LIBERADORES AFICIONADOS

Peter Elstob

Mientras los Aliados penetraban cada vez más profundamente en Normandía, se procedía a la liberación de las primeras comunidades francesas. Y cuando un incidente mantuvo bloqueada la tripulación de un carro de combate británico, durante tres días, en una pequeña ciudad, estos hombres pudieron observar directamente las primeras reacciones de la población ante la liberación del yugo alemán. Peter Elstob, uno de los hombres de la tripulación del carro, describe esta improvisada liberación.

Mi carro de combate era el sexto de una columna que cruzaba la plaza de la población, una plaza con pavimento de guijarros de una pequeña ciudad normanda. Eso ocurría a fines de julio de 1944. Los otros cinco vehículos habían evitado todas las minas contracarros que los alemanes esparcieron, con prisa, en su retirada: pero el mío no las evitó.

Al parecer, los alemanes se hallaban en plena retirada; no obstante, pocas horas después, efectuaron con éxito un contraataque local en la carretera, a cosa de un kilómetro y medio de distancia: y así, durante tres días, nosotros fuimos los únicos soldados aliados que hubo en el pueblo. Tuvimos la rara oportunidad de observar las primeras reacciones de los franceses liberados.

La gente del pueblo había huido al campo la noche anterior, temerosa, como es natural, de que pudiese haber ulteriores combates por la conquista de la población. Pero a las nueve de la mañana, aproximadamente, empezaron a regresar. Pronto se nos acercaron para observar nuestro carro de combate. Nos estrechaban la mano, nos dirigían torrentes de preguntas acerca de la guerra, a las que, naturalmente, no estábamos en situación de responder. Les expliqué que yo era sólo un cabo del Ejército y que mis superiores no habían creído necesario consultarme respecto a la campaña militar.

Súbitamente alguien se acordó del alcalde. Y en seguida se formó un grupo de hombres para ir a buscarlo. Entonces, la mujer del farmacéutico me puso al corriente de todo lo ocurrido. Cuando los primeros alemanes ocuparon el pueblo, dijeron al alcalde que continuase como siempre su trabajo. El hombre repuso que estaba dispuesto a hacerlo hasta donde su conciencia se lo permitiera; esta respuesta les pareció a los alemanes una bravata y no lo tomaron muy en serio. Al llegar los alemanes, el citado alcalde tenía sesenta y ocho años y durante dos años más todo marchó bien. Las complicaciones empezaron después: un día los alemanes le pidieron que firmase una disposición que él desaprobaba, por lo que se negó a hacerlo. Los alemanes presionaron para forzarle a ello, pero el alcalde se mostró inflexible. Entonces le detuvieron y lo llevaron a la cárcel, donde había permanecido durante dos años. Ahora había llegado el momento de reintegrarse a su cargo.

Pronto regresó el grupo con él. El hombre tenía muy buen aspecto, cosa que resultaba sorprendente, y, desde luego, no representaba los setenta y dos años que contaba a la sazón. Instaló su oficina de mando en la posada y dos gendarmes le relataron minuciosamente la situación. Aquel día hubo bebida para todos.

Caza a los colaboracionistas

Después, con gran ceremonia, nuestro amigo el gendarme nos presentó al jefe y a cuatro individuos más del movimiento de Resistencia local. El jefe eran un joven de unos veinte años, recio y corpulento, que llevaba una bayoneta alemana y un par de pistolas en el cinturón, así como un brazal tricolor que ostentaba orgullosamente en el brazo. Me contó que había estrangulado a un soldado alemán para quitarle la bayoneta; luego desenfundó una de las pistolas y la volteó repetidamente, diciendo que iba a arrastrar por la plaza del mercado a algunos colaboracionistas. Cuando se separaron de mí, corrieron calle arriba, blandiendo sus armas.

Volvieron unos diez minutos después, empujando ante ellos a tres mujeres aterrorizadas. Una de ellas contaría sesenta y cinco años; otra tendría treinta y siete años, y vestía un elegante traje rojo; la última era una muchacha de dieciséis años, de muy buen aspecto. Eran abuela, madre e hija.

Las tres mujeres estaban ahora en medio de la multitud, y el joven que torcía la nariz subió a una silla y pronunció un discurso. Estas mujeres –dijo– eran de todos conocidas por haber sido amantes de los alemanes. Eran el peor tipo de colaboracionistas: eran traidoras a Francia. Por lo tanto, se había decidido marcarlas de forma que cualquier francés pudiese reconocerlas. Personalmente, él tendría gran placer en cortarles el cabello. Se trajeron inmediatamente unas tijeras; la muchacha joven fue empujada hacia la silla y el hombre empezó a cortar sus largos cabellos a raíz del cráneo.

Los espectadores se dividieron entonces en dos bandos. La multitud que se agrupaba en torno a las mujeres aprobaba frenéticamente, riendo y aplaudiendo cuando los mechones de cabello caían al suelo. El otro grupo, desde la parte opuesta de la plaza, observaba con resignada desaprobación, como un censor en la representación de una comedia a la que juzga peligrosa.

La muchacha estaba pálida, pero se mantuvo con gran dignidad. Mantenía la cabeza alta, dando escasa satisfacción a la multitud. Sólo la abuela no lograba contener las lágrimas.

En busca de la verdad

Suponiendo que yo no comprendía los motivos que daban lugar a lo que estaba sucediendo, algunas personas de los dos grupos se acercaron a mí, una tras otra, para explicarme la situación. Por lo visto la abuela tenía una pequeña pensión en la que vivían los oficiales alemanes, los cuales, pagando los precios del mercado negro, se alimentaban con lo mejor de la producción local que, a causa del racionamiento, era insuficiente para toda la población civil. Además, los oficiales tenían relaciones amorosas con la hija y con la nieta.

Pero lo cierto era que al margen de estas explicaciones iba surgiendo la verdadera razón del odio hacia aquellas mujeres. No era porque hubieran mantenido relaciones íntimas con los alemanes, sino porque habían ganado mucho dinero con esta amistad, lo cual llenó de envidia a las amas de casa del lugar.

Por eso ahora muchos empezaban a criticar aquel modo de actuar, considerándolo como un abuso. Si las mujeres eran culpables de traición, debían ser juzgadas; cualquier otro método no era democrático.

Pero, entre tanto, la madre y la hija habían sido rapadas de manera que sobre la cabeza quedase el pelo en forma de una cruz esvástica, signo que les pintaron también en la frente.

Ahora se empujaba hacia la silla a la abuela, y el improvisado barbero se adelantó hacia ella. Ante semejante situación, yo consideré que, pese a todas las órdenes, yo no podía permitir que hicieran aquello a una mujer de más de sesenta años. Me dirigí pues hacia el centro del círculo y, amablemente, quité las tijeras de las manos del «barbero».

Se produjo entonces un repentino silencio; la multitud estaba a la expectativa. El jefe me miraba con enojo. Mi francés era escolar, pero, llegado a este punto, comprendí que era indispensable dar una explicación.

«Esa es demasiado vieja» –les dije gravemente.

Sí, naturalmente, era vieja, pero la culpa de los pecados de los hijos alcanza a los padres y su deber era castigarles –creo que fue lo que respondieron.

No, yo no estaba de acuerdo en absoluto, y entonces decidí que era inevitable un discurso confiando en la agudeza de los franceses para hacerme entender pese a las imperfecciones de mi lenguaje.

Una especie de discurso

«La guerra –comencé solemnemente– es un mal, pero es para los hombres, no para las mujeres. Los hombres la hacen y es necesario que la sufran. Entonces tú... tú eres un hombre y eres joven y fuerte. Los alemanes... también son jóvenes y fuertes». En este punto la mayoría de mi auditorio empezó a sonreír, creo que más por la forma en que me expresaba que por lo que decía. Me esforcé en continuar: –«Si queréis combatir a los alemanes, bien está. Hay muchos alemanes a unos cinco kilómetros, al sur: id allá.»

Se produjo en este punto un chorro de risas al oír estas palabras mías; risa a la que se unió incluso el jefe de la Resistencia. Después me dio unas palmadas en el hombro y todos juntos volvimos a la posada para beber. La abuela se alejó en silencio.

Aquella misma noche, desde la vecina bolsa de resistencia alemana se bombardeó con morteros el pueblo. La primera granada había matado a cuatro personas, entre ellas al joven jefe de la Resistencia que cortara los cabellos a las mujeres. El bombardeo de los morteros continuó todo el día. Una bomba incendió una casa en la plaza del mercado y la población reaccionó inmediatamente. De no se sabe donde, surgió una vieja bomba de agua que se accionaba a mano y un depósito que se mantenía lleno con el agua de la fuente de la plaza, transportada mediante una cadena de personas provistas de cubos.

En pleno trabajo, llegaron las dos mujeres de las cabelleras rapadas y participaron en la lucha contra el fuego. Llevaban pañuelos en la cabeza a modo de turbante, y hasta estaban elegantes con ellos.

Hubo, naturalmente, un momento de vacilación y de rechazo cuando aparecieron: algunos les dieron desdeñosamente la espalda; pero un gordo tendero les dijo afablemente: *«Bon jour, mesdames»*. La mayoría estaba aún indecisa acerca de la actitud a adoptar. Mas de pronto, un hombre robusto, de unos cincuenta años, con la barba rizada, resolvió la situación. Puso un cubo en las manos de la mujer, rezongando unas palabras benévolas. Ella se dirigió a la fuente y lo llenó, pasándolo después a su vecina. La hija ocupó a su vez un puesto en la fila de enfrente y la cadena se reanudó de nuevo. Las mujeres se habían reintegrado a la vida del pueblo.

PETER ELSTOB

Nació en Londres durante la primera Guerra Mundial y se educó en los Estados Unidos. De regreso a Inglaterra, a los 20 años, se hizo piloto de caza de la RAF y luchó como voluntario en la guerra civil española. Al estallar la segunda Guerra Mundial, se enroló en las unidades de carros y luego prestó servicio como comandante en las unidades destinadas a Extremo y Oriente Medio, en África y en Europa noroccidental, donde se le mencionó repetidas veces en el orden del día. Actualmente se dedica a la literatura; entre sus obras cabe citar una novela sobre la guerra con carros de combate, *Warriors for the Working Day*, y dos acerca de la guerra civil española, *The Arp ed Rehearsal* y *Spanish Prisoner*.


China, 1937-1944

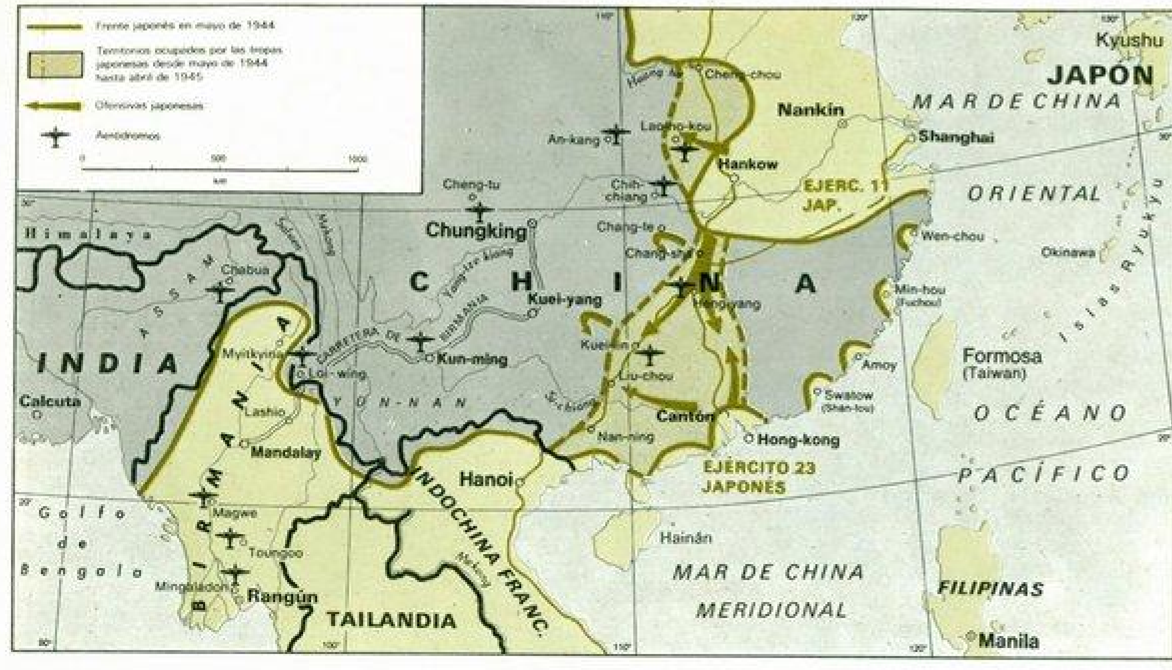
(Keystone)

LOS ESTADOS UNIDOS EN CHINA

Trevor Dupuy,
coronel

Desde 1901, año en que se produjo la revolución de los boxer, los Estados Unidos mantenían en China un contingente militar a fin de proteger sus intereses; más tarde, los incidentes que estallaron al iniciarse la guerra chino-japonesa, cuando los americanos fueron atacados por aviones nipones, contribuyeron en gran medida a predisponer a la opinión pública americana, suscitando un difuso sentimiento de solidaridad hacia China. Pero, al principio, el único y verdadero apoyo militar lo proporcionaron las formaciones de voluntarios, e incluso cuando Estados Unidos se decidió al fin a intervenir, fue con la única finalidad de ayudar a Chiang Kai-shek quien, en aquellos momentos, estaba enfrentándose con poderosas fuerzas japonesas, y no con la esperanza de una victoria decisiva. Sin embargo, algunos jefes, como el general Stilwell, no renunciaron a la esperanza de combatir y de vencer, de un modo absoluto, al Ejército nipón.

Poco después de estallar la guerra chino-japonesa, en julio de 1937, el Gobierno chino propuso a Claire L. Chennault, oficial recién retirado de la Aviación del Ejército americano, que aceptara el cargo de asesor de todas las cuestiones relacionadas con la aeronáutica. Chennault era un hábil piloto de caza, con más de veinte años de experiencia en las Fuerzas Aéreas estadounidenses, que se vio obligado a retirarse del servicio activo a causa de una inicial sordera parcial. Durante algunos años fue instructor de la Escuela Táctica de las Fuerzas Aéreas del Ejército y había publicado numerosos artículos sobre Aviación en revistas militares especializadas.



Las Fuerzas Aéreas chinas, organizadas y adiestradas por Chennault, un oficial piloto de la reserva americana, a quien Chiang Kai-shek nombró coronel, desempeñaron un papel determinante en el transcurso del conflicto chino-japonés, sobre todo después de la entrada de Estados Unidos en la guerra. En los primeros meses de 1944, la 14.ª Fuerza Aérea americana se había asegurado ya el control de China central y oriental, y estaba en condiciones de efectuar acciones de hostigamiento contra importantes posiciones japonesas. Mas, como Stilwell había previsto, los mandos japoneses decidieron eliminar esta amenaza lanzando un ataque masivo terrestre contra China. El 27 de mayo de 1944, el Ejército 11 japonés avanzó en dirección a Chang-sha, en tanto el Ejército 23, partiendo de Cantón, se dirigía hacia el Oeste. Las fuerzas chinas, mal alimentadas y con gran escasez de armas y de equipo, no lograron detener el avance japonés e idéntico fracaso sufrieron las formaciones aéreas de Chennault. El 8 de agosto, los japoneses ocupaban Heng-Yang y, prosiguiendo su marcha hacia el Sur y el Oeste, llegaban hasta Kuei-lin, asegurándose así el dominio de los principales aeródromos chinos.

Chennault aceptó la invitación del Gobierno chino, y pocas semanas después llegaba al país, donde en seguida se le nombró coronel de las fuerzas aéreas. Durante los tres años y medio que siguieron se dedicó a adiestrar a los pilotos chinos y a los mercenarios según sus propias teorías acerca de la guerra aérea; pero la enorme superioridad numérica de la Aviación japonesa no le dio, ciertamente, muchas posibilidades de demostrar lo acertado de sus ideas.

A pesar de todo, aún consiguió, en aquellos años, un objetivo importante: la puesta en marcha de un sistema de prealarma que resultó verdaderamente eficaz. Repartió millares de sencillos aparatos de radio entre los campesinos que vivían en los rincones más dispares del país, incluidas las amplias zonas de territorio que se extendían detrás de las líneas japonesas, y cada vez que los aviones japoneses despegaban de los aeródromos situados en cualquier punto de la China ocupada, estos campesinos se apresuraban a transmitir la información al mando de Chennault. De este modo, una serie ininterrumpida de informes iba dando detalladamente la relación del número, tipo del aparato y ruta que seguían los aviones enemigos. Gracias a este rudimentario pero eficaz sistema, los pilotos de Chennault, en franca desventaja por su gran inferioridad numérica pudieron, ya que otra cosa no podían hacer, salvarse por lo menos de ser aniquilados.

Entre tanto, los japoneses iban extendiendo su dominio a lo largo de toda la costa china, aislando sistemáticamente al Gobierno nacional de sus fuentes de abastecimientos, procedentes del extranjero, que eran vitales para que China pudiera seguir resistiendo. En un determinado momento, China no pudo disponer de otro enlace con el mundo exterior, que la tortuosa carretera de Birmania.

Dicha carretera estaba gravemente expuesta a la acción aérea de los japoneses, y Chennault intuyó muy pronto que éstos no tardarían en atacarla. A principios del año 1941 dio un importante consejo a Chiang Kai-shek, proponiéndole la creación de una unidad especial de pilotos de caza americanos, bien adiestrados, con objeto de proporcionar la oportuna cobertura aérea a la citada carretera.

Chiang aceptó y Chennault regresó a los Estados Unidos para reclutar pilotos que, a cambio de una buena remuneración, estuvieran dispuestos a combatir como voluntarios en China. Mientras el Gobierno chino, de acuerdo con las bases de la ley de «Préstamos y Arriendos», solicitaba al americano el envío de 100 cazas *P-40*, Chennault, aunque no de un modo oficial, obtenía el permiso del Gobierno estadounidense para reclutar voluntarios entre los pilotos militares recién licenciados. Al iniciarse el verano de 1941, ya contaba con unos 90 voluntarios, todos ellos con gran experiencia de vuelo, además de otros 150 hombres, entre mecánicos y otros especialistas, que también aceptaron prestar su colaboración como personal de tierra del grupo de voluntarios americanos *(American Volunteer Group, AVG)*, de reciente creación.

Aparecen los «tigres voladores»

Puesto que el único medio de hacer llegar aviones a China era enviándolos por vía marítima a través del puerto de Rangún, Chennault obtuvo el permiso del Gobierno británico para utilizar la base abandonada de Toungoo, en Birmania centromeridional, para dedicarla al adiestramiento de sus pilotos; y a fines de verano y principios de otoño de 1941, ya había logrado reunir en Toungoo a todos los pilotos, personal de tierra y aviones *P-40* que integraban el AVG. Durante los tres meses siguientes, Chennault se dedicó a enseñar a sus pilotos a combatir en formación según sus propios métodos de combate, y asimismo a instruirles acerca de las características de los aviones japoneses y de las cualidades y puntos débiles de los pilotos nipones. Así, hacia diciembre de 1941, el AVG se había convertido en una excelente unidad de combate.

Fue durante este período de entrenamiento cuando algunos pilotos del AVG decidieron decorar sus propios aparatos, pintando en el morro de los *P-40* dos ojos y una enorme hilera de dientes, lo que les daba la apariencia de tigres feroces. Un periodista que visitó la base tuvo la ocurrencia de llamarles «tigres voladores» y desde entonces el grupo ha pasado a la Historia con este nombre.

A primeras horas del día 8 de diciembre de 1941, Chennault tuvo conocimiento de los ataques japoneses contra Pearl Harbor, Hong-Kong y Malasia, así como de los movimientos de tropas japonesas en Tailandia, procedentes de la Indochina francesa. En seguida se dio cuenta de que Birmania y su carretera iban a ser los primeros objetivos de la ofensiva militar japonesa. Y, basándose en esta hipótesis, decidió enviar dos de sus tres escuadrones aéreos hacia el Norte, a Kunming, con objeto de proteger la parte nororiental de la ruta de posibles ataques aéreos; el tercer escuadrón fue enviado a una base de la RAF, en Mingaladon, próxima a Rangún. Muy pronto los tres escuadrones entrarían en acción.

El 19 de diciembre, la eficiente red de prealarma ideada por Chennault informó que aviones japoneses, procedentes de Indochina, se dirigían hacia Kun-ming. Inmediatamente los «tigres voladores» emprendieron el vuelo para su primera misión de guerra, y pocos minutos más tarde habían derribado nueve de los diez bombarderos japoneses que se acercaban. Pasarían muchos meses antes de que los japoneses intentasen un nuevo ataque contra Kun-ming.

La actividad aérea nipona en Birmania se inició el 23 de diciembre con una incursión contra Rangún, en la que tomaron parte 54 bombarderos y 24 cazas. Sabiendo que los pocos y anticuados aviones de que disponía la RAF en Birmania no estaban en condiciones de poder hacer frente a los suyos, los japoneses estaban seguros de no encontrar demasiada oposición. Por su parte, las unidades aéreas americanas y las de la RAF, con base en Mingaladon, que no disponían allí de ningún sistema de prealarma, no tuvieron noticia del ataque japonés hasta que las bombas empezaron a caer sobre su aeródromo. Americanos e ingleses se vieron obligados a despegar en medio de una lluvia de bombas y de ráfagas de ametralladora; mas, a pesar de todo, los «tigres voladores» derribaron seis aviones enemigos y ellos no perdieron más que dos.

Chennault decidió no dejarse sorprender por segunda vez, y en los días sucesivos los pilotos de los «tigres voladores» mantuvieron sus aparatos constantemente en vuelo, dispuestos a afrontar cualquier eventual incursión aérea japonesa. Y, en efecto, hubo muchísimas, pero los americanos estuvieron esta vez en perfectas condiciones de imponer un duro tributo al enemigo contra la pérdida de muy pocos aparatos propios.

La llegada de Stilwell

Mientras tanto, en mayo de 1942, Joseph W. Stilwell, recientemente ascendido a teniente general, llegó a China al frente de una misión militar americana, cuya finalidad era colaborar en la puesta en marcha de los sistemas de adiestramiento y abastecimiento del Ejército chino, así como desarrollar una labor de asesoramiento en todas las cuestiones tácticas y estratégicas. Al propio tiempo, Stilwell se convertiría en jefe del Estado Mayor del generalísimo Chiang Kai-shek, quien, a su vez, había aceptado la invitación angloamericana de ser nombrado comandante en jefe aliado en la zona de operaciones china.

Cuando, Stilwell llegó a China, procedente de la India, Chiang Kai-shek le nombró inmediatamente comandante del Cuerpo expedicionario chino que estaba a punto de partir para Birmania en ayuda de los ingleses que combatían en aquel sector. En los meses que siguieron, Stilwell y las tropas chinas, apoyadas por los «tigres voladores», combatieron con indiscutible valor; mas, al fin, se vieron obligadas a retirarse ante las superiores fuerzas japonesas.

Fue después de esta desafortunada campaña, y precisamente en julio de 1942, cuando Stilwell recibió otro encargo. Se le puso al mando del teatro de operaciones (recién creado por los americanos con el único objeto de proporcionar apoyo y ayuda a China) que se extendía desde China hasta Birmania y la India. Los jefes de Estado Mayor americano juzgaron lógico que fuese el oficial americano de grado más elevado, y presente en China, quien se responsabilizara también del «suministro» de este apoyo. Las únicas tropas americanas que se hallaban en aquellos momentos en dicho teatro de operaciones eran los pocos aviadores de la 10.ª Fuerza Aérea americana en la India, también recientemente constituida, pues, oficialmente, el AVG de Chennault pertenecía a las Fuerzas Armadas chinas, aunque todos sus hombres fueran americanos.

Stilwell creó entonces dos mandos: el de Nueva Delhi, en la India, que se encargó de la organización logística en apoyo de China, y el situado en Chung King, que sería responsable de la distribución de los limitados abastecimientos americanos que todavía llegaban y de la ayuda a los chinos en su esfuerzo por mejorar su Ejército.

Los pocos abastecimientos que aún podían llegar a China eran transportados a lo largo de la única vía de comunicación que la unía con el mundo exterior: una ruta aérea de casi 800 km que, partiendo de Assam, en la India nororiental, alcanzaba Kun-ming, superando una serie de inmensas y salvajes cadenas montañosas. Poco después de que, en abril de 1942, los japoneses cortaran la carretera de Birmania, la 10.ª Fuerza Aérea americana creó, a toda prisa, un mando base de transportes cerca del aeródromo de Chabua, en el Assam, y desde allí los americanos empezaron a transportar los abastecimientos y equipo más estrictamente indispensables.

Entre tanto, los japoneses habían creado a su vez una base de cazas en Myitkyina, en Birmania septentrional, de modo que los aviones de transporte americanos estaban obligados a seguir primero una ruta hacia el Norte y luego hacia el Este, sorteando el flanco de las puntiagudas cimas del Tibet sudoriental, para superar, por último, las montañas situadas en el extremo septentrional de Birmania y del Yun-nan occidental.

Hacia mediados de 1942, Chennault, ascendido a general de brigada de las Fuerzas Aéreas chinas, había reunido a su grupo de voluntarios americanos en Kun-ming. Sus aviones protegían, desde esta base, el tramo oriental de la citada ruta aérea, apoyaban a las tropas de tierra chinas que combatían contra los japoneses en la guerra de desgaste que se libraba en China oriental y central.

Chennault, sin embargo, empezaba a estar muy preocupado por el ritmo acelerado con que se estaban reduciendo sus reservas de combustible, de municiones y de piezas de repuesto; y a causa de la insuficiencia de los abastecimientos, se vio obligado a limitar el número de misiones de sus cazas para ahorrar combustible. Se daba cuenta con toda claridad de cuáles eran los factores que determinaban esta limitación de los abastecimientos que los americanos podían enviar desde la India, y además estaba convencido de que el AVG habría tenido que recibir un cupo superior al que se asignaba al mando de Stilwell.

Temía que sus operaciones acabaran por paralizarse totalmente si no se le asignaba lo antes posible un porcentaje mayor de abastecimientos. Informaba con insistencia que sus aviones desarrollaban una misión mucho más importante que cualquier otra unidad del Ejército chino y que, por lo tanto, se le debía asignar una prioridad a la hora del reparto.

Por su parte, Stilwell hacía notar que el AVG ya estaba recibiendo un gran porcentaje del total enviado desde la India. Y puesto que su misión (la de Stilwell) era la de reforzar el Ejército chino, mejorando sus posibilidades combativas, juzgaba indispensable que se distinguiera a los chinos con cierta cantidad de armas y de materiales.

A consecuencia de este desacuerdo, las relaciones entre estos dos duros soldados se enfriaron bastante. Al mismo tiempo, se desarrollaba otra polémica. Cuando los miembros del AVG se ofrecieron voluntarios, se les prometió una paga importante, así como un premio de 500 dólares por cada avión japonés derribado. Como en aquella época Norteamérica no había entrado todavía en la guerra, el Gobierno chino no podía pretender, naturalmente, que estos ciudadanos americanos combatieran contra el Japón, arriesgando sus vidas, sin una compensación adecuada. Pero cuando en diciembre Estados Unidos entraron en la conflagración, tanto en el Gobierno americano como en el chino fueron muchos los que se preguntaron cuál era la legítima posición de aquellos pilotos mercenarios. Los hombres de Chennault recibían una paga muy superior a la de los pilotos de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, los cuales, ahora, no sólo corrían los mismos peligros, sino que debían abatir también a los aviones japoneses sin ninguna perspectiva de premio.

Mas, lo cierto era que los pilotos de Chennault habían firmado con el Gobierno chino un contrato que no vencía hasta julio de 1942. Y, por su parte, los jefes militares americanos, evidentemente contrarios a la idea de disolver una de las unidades de caza más eficientes del mundo, decidieron mantener en activo el AVG hasta el vencimiento del contrato. Al mismo tiempo, a cada uno de los pilotos se le ofreció la oportunidad de servir como voluntario en la Aviación americana para continuar combatiendo contra los japoneses en China.

Los «tigres voladores» regresan a su país

Chennault se declaró plenamente de acuerdo sobre el hecho de que ni él ni sus hombres tenían derecho ya ni a un trato especial ni a pagas superiores a las de los otros soldados americanos que llevaban a cabo la misma misión. Personalmente, Chennault aceptó volver inmediatamente a formar parte de las Fuerzas Aéreas del Ejército estadounidense con el grado de general de brigada y con una considerable reducción de su paga. Muchos de sus hombres también estuvieron de acuerdo en que, una vez terminado su contrato, no sería justo que se les reservara un trato especial. Mas, convencidos de que Stilwell no les había proporcionado un apoyo adecuado, la mayor parte de los «tigres voladores» no quisieron combatir bajo sus órdenes, y en cambio demostraron deseos de permanecer bajo el mando de Chennault. Así fue como, en julio de 1942, sólo cinco de los veteranos del AVG, se ofrecieron voluntarios para permanecer en China; el resto, unos sesenta, regresaron a la patria.

A fin de evitar una completa desaparición de las Fuerzas Aéreas aliadas en China, en julio de 1942 la Aviación del Ejército estadounidense se apresuró a reclamar cierto número de pilotos americanos. Estos hombres, así como algunos veteranos del AVG, fueron encuadrados en la que se llamó «Fuerza Aérea de ataque en China», bajo el mando de Chennault; en meses sucesivos, bajo su experta guía demostraron ser capaces de enfrentarse a los japoneses con la misma eficacia que los «tigres voladores».

Mas todo ello no sirvió para suavizar la controversia entre Chennault y Stilwell acerca del reparto de los abastecimientos que iban llegando. Según Chennault, él y sus pilotos se habían mostrado tan evidentemente superiores a las Fuerzas Aéreas japonesas que, si les concedían mayores cantidades de carburante y de municiones, podrían rechazar y aun anular la amenaza aérea japonesa en el cielo de China.

Stilwell defiende su posición

Por su parte, Stilwell no creía que con incursiones aéreas, por sí solas, se pudiera derrotar a los japoneses. Estaba convencido de que sólo podría llegarse a este resultado por la acción combinada de fuerzas terrestres y aéreas y que el Ejército chino debía ser reforzado para poder colaborar con los pilotos americanos. Lo más probable, siempre según Stilwell, era que si las fuerzas de tierra chinas no recibían refuerzos, los japoneses intentarían conquistar las bases aéreas americanas en cuanto las operaciones aéreas de Chennault comenzaron a hostigarles demasiado. Y Stilwell sabía que si no contaba con más refuerzos y con una moral más elevada, el Ejército chino no estaría en situación de contener un movimiento japonés de este tipo. Además, creía que uno de sus objetivos más importantes era la reapertura de una vía de abastecimientos terrestre que llegase a China a través de Birmania.

Basándose en estas consideraciones, Stilwell impartió directrices a fin de que los abastecimientos que afluían a través del puente aéreo se dividieran proporcionalmente entre equipo para las fuerzas terrestres y abastecimientos y carburante para las aéreas. Pero Chiang Kai-shek no estaba de acuerdo; por el contrario, apoyaba la tesis de Chennault, en parte porque creía que en la guerra podrían obtenerse resultados más decisivos reforzando las Fuerzas Aéreas y en parte porque consideraba que su Ejército ya había sufrido bastante y deseaba evitarle nuevos sacrificios. Tampoco compartía las ideas de Stilwell sobre la reorganización del Ejército chino ni sobre su empleo. No obstante, en Washington, el jefe de Estado Mayor del Ejército americano, general George C. Marshall, y el comandante de las Fuerzas Aéreas del Ejército, general Henry H. Arnold, estimaban que Stilwell tenía razón en cuanto a lo de repartir los recursos disponibles.

Chiang Kai-shek con su esposa. Defensor acérrimo de las tesis militares de Chennault, se mostró en franco desacuerdo con Stilwell. El 18 de octubre de 1944 consiguió que Roosevelt destituyera a Stilwell de su cargo. *(Associated Press)*







LOS "TIGRES VOLADORES"

A principios del verano de 1941, Claire Chennault (extremo de la derecha) había logrado enrolar a 90 pilotos voluntarios americanos, los cuales –adecuadamente instruidos en los métodos de combate empleados por los japoneses– formaron, en diciembre de 1941, una espléndida unidad combatiente. Los "tigres voladores" empezaron a actuar con cazas *P-40* desde las bases de Rangún y Mingaladon y, en febrero de 1942, gracias al ingenioso sistema de prealarma ideado por Chennault, habían conseguido derribar 100 aviones japoneses contra 15 americanos solamente. A causa de la dura polémica que se suscitó acerca de la legitimidad de la elevada paga que percibían los aviadores de Chennault, los "tigres voladores" sólo operaron hasta julio de 1942, fecha en que se disolvió el Cuerpo, regresando la mayoría de sus componentes a Estados Unidos. Arriba, a la izquierda: grupo de "coolies" chinos trabajando duramente en la construcción de un aeropuerto para los americanos. A la izquierda, abajo: partida de los *Curtis P-40*, dotados de depósitos suplementarios. A la derecha: un primer plano de los aviones *Curtis*, que figuraban en dotación de las unidades de Chennault, durante las operaciones de carga de las ametralladoras. Arriba, a la derecha: el distintivo de los "tigres voladores".

(Imperial War Museum)-(History of the Second World War)-(United Press)

Chennault y Chian Kai-shek decidieron someter directamente sus puntos de vista a una autoridad superior a las de Marshall, Arnold y Stilwell: naturalmente, esta autoridad era la del presidente Roosevelt. A comienzos de 1943, la presión diplomática china, unida a la acción de los muchos enemigos que tenía Chennault, acabó por convencer a Roosevelt de la oportunidad de dar a aquél la posibilidad de demostrar lo que sería capaz de conseguir si disponía de suficientes recursos. Chennault fue entonces ascendido a general de división y el 10 de marzo de 1943 la *Task Force* fue sustituida por la 14.ª Fuerza Aérea.

Aunque encolerizado por esta decisión tomada en Washington, prácticamente a espaldas suyas, Stilwell obedeció las órdenes recibidas, dando casi carta blanca a Chennault para que dirigiera esta nueva y potencial fuerza aérea. Entre tanto, nuevos aviones de transporte empezaron a llegar desde Estados Unidos y, de este modo, el tonelaje que cruzaba a través del puente aéreo aumentó progresivamente, de casi 3000 toneladas al mes, a fines de verano de 1942, a casi 7000 toneladas mensuales en otoño de 1943. Pudiendo, al fin, disponer de mayor número de cazas, así como de más suministro de carburante, municiones y piezas de repuesto, la 14.ª Fuerza Aérea se aseguró rápidamente el control del espacio aéreo en China central. Chennault empezó entonces a transferir sus reforzadas unidades de caza a los aeródromos situados al Este, más allá de Kueilin.

La 14.ª Fuerza Aérea disfrutaba de una enorme ventaja gracias a la eficiente red de pre-alarma. Los japoneses apenas podían efectuar incursiones aéreas sin ser inmediatamente atacados y aniquilados por los cazas americanos, y muy pronto éstos estuvieron en condiciones de poder extender su superioridad aérea a toda China oriental. Y con los nuevos bombarderos que seguían llegando, Chennault empezó a llevar a cabo acciones de hostigamiento incluso contra los barcos japoneses en el mar de la China y a desencadenar duros golpes contra el territorio ocupado.

Hacen su aparición las «superfortalezas volantes»

En la primavera de 1944 apareció en el teatro de operaciones chino-indio-birmano una nueva gran unidad aérea americana. Se trataba del 20.º mando bombardero, que incluía, entre su dotación, a los nuevos cuatrimotores americanos *B-29* –las famosas «superfortalezas volantes»– que alcanzaban una velocidad superior a los 560 km/h y eran capaces de transportar unos 10.000 kg de bombas a 2500 km de distancia. Al principio, estos gigantescos aviones utilizaban como base algunos de los aeródromos situados cerca de Calcuta y, en abril y mayo, llevaron a cabo varias acciones preliminares contra objetivos japoneses en Tailandia. Mas, a partir del mes de junio, se hallaban ya en condiciones de poder atacar las islas del archipiélago japonés partiendo de bases situadas en China.

No obstante, a causa de la persistente escasez de suministros, se llegó a la conclusión de que los *B-29* no podrían tener sus bases permanentes en China y que, por lo tanto, lo más conveniente sería dejarlos en la India, donde los cuarteles, los talleres de reparación y la maquinaria pesada necesaria para su mantenimiento estaban más al alcance. Así, pues, utilizarían como base intermedia, antes de dar el gran salto hasta el Japón, los aeródromos de Cheng-tu, en China occidental.

Bajo la dirección de técnicos americanos, los *coolies* chinos habían preparado cinco aeródromos en la zona de Cheng-tu, con pistas lo suficientemente largas para permitir el aterrizaje y despegue de las «superfortalezas». A finales de mayo y principios de junio, los *B-29* empezaron a transportar combustible y bombas, desde Calcuta, a los citados aeródromos. A mediados de junio, las reservas acumuladas habían alcanzado un nivel tan elevado, que ya se estuvo en condiciones de poder llevar a cabo la primera e histórica incursión aérea desde China contra el mismo Japón.

En efecto, el 15 de junio de 1944, 68 «superfortalezas» despegaron de los aeródromos de Cheng-tu para efectuar una incursión contra una instalación siderúrgica en la isla más meridional del archipiélago japonés, Kyushu. Este fue el primer ataque americano contra el Japón, después de la limitada y rápida acción llevada a cabo por Doolittle dos años antes.

En los meses que siguieron, los *B-29* continuaron atacando los objetivos situados en las regiones sudoccidentales japonesas, desencadenando simultáneamente otros ataques contra instalaciones militares en Asia sudoriental y contra objetivos industriales y militares en el Manchukuo y en China oriental.

En diciembre de 1944, el general Curtis Le May, jefe del 20.º mando bombardero, planeó, junto con Chennault, una incursión combinada contra la importante base japonesa de Hankow. Le May estaba acostumbrado a explotar la ventaja que suponía el que sus bombarderos pudieran volar a una cota altísima, mucho más alta que la que podían alcanzar los cazas japoneses; pero Chennault no creía que las incursiones aéreas a cota muy alta resultasen demasiado eficaces, y por ello advirtió a Le May que, volando a baja cota, las «superfortalezas» podrían transportar una carga de bombas casi tres veces superior que volando a 9000 metros de altitud[1]. Chennault estaba convencido, además, de que, en igualdad de peso, las bombas incendiarias podrían infligir daños mucho más graves a las instalaciones militares japonesas que las bombas de alto explosivo. Aunque con bastante resistencia, Le May aceptó los consejos de Chennault, y con gran sorpresa por su parte, la incursión resultó altamente eficaz y las pérdidas insignificantes.

Por aquel entonces, en el Pacífico, y más exactamente en las Marianas, recién conquistadas, se habían terminado las nuevas bases creadas para las operaciones de los *B-29* contra el Japón. Y entonces, considerando que la distancia que separa-

[1] Esta afirmación no resulta demasiado convincente, por cuanto, volando a baja cota, los B-29 habrían tenido un consumo mayor y una velocidad inferior.





AVG Insignia.



ba Cheng-tu de las islas japonesas era enorme, a comienzos de 1945, se decidió trasladar al 20.º mando bombardero de Le May a las Marianas. Los *B-29* realizaron su última incursión desde Cheng-tu en enero de 1945.

El Japón reacciona con la fuerza de la desesperación

Otra de las causas que motivaron el traslado de los *B-29* era el hecho de que las bases chinas se necesitaban urgentemente para la 14.ª Fuerza Aérea de Chennault. Como el general Stilwell había previsto, la creciente eficacia de la acción aérea americana en China había impulsado a los japoneses a tomar drásticas medidas. Puesto que no tenían ninguna posibilidad de vencer a los aviones de Chennault en el aire, los jefes militares japoneses decidieron que la mejor manera de poner fin a los constantes ataques que sufrían sería conquistar, por medio de una ofensiva terrestre, los aeródromos americanos. A fines del invierno de 1943 y a principios de la primavera de 1944, realizaron una serie de ofensivas preliminares. Y más tarde, el 27 de mayo, el Ejército 11 japonés, integrado por casi 250.000 hombres, empezó a atacar en dirección Sur, desde Hankow hacia Chang-sha. Al mismo tiempo, el Ejército 23, con una fuerza de unos 50.000 hombres, lanzó una ofensiva hacia el Oeste, partiendo de Cantón.

Se trataba de la primera ofensiva en gran escala que lanzaban los japoneses en China desde 1938. Al principio, los chinos opusieron una tenaz resistencia, apoyada muy eficazmente por los pilotos del general Chennault; pero, a pesar de la insistencia con que éste había afirmado que sus aviones conseguirían, mediante acciones masivas, detener cualquier ofensiva terrestre japonesa, lo cierto fue que los nipones siguieron avanzando. El 19 de julio conquistaron Chang-sha y las fuerzas chinas empezaron a ceder. Durante los meses de junio y julio, los japoneses apenas encontraron resistencia. Y pese a la constante actividad de hostigamiento efectuada por la 14.ª Fuerza Aérea, a mediados de julio habían avanzado otros 160 km.

Después, cerca de Heng-yang, importante nudo ferroviario donde se hallaba una base americana, la defensa china se hizo más encarnizada. Tratando de salvar aquella importante posición, Stilwell hizo afluir apresuradamente a Heng-yang un considerable número de refuerzos, reservas y municiones. Al mismo tiempo, la 14.ª Fuerza Aérea intensificaba su actividad. Mas, pese a la tenacidad de los defensores chinos y a los daños causados por las fuerzas aéreas americanas, los japoneses siguieron avanzando hasta que, el 8 de agosto, conquistaron la ciudad y su aeródromo.

Esta derrota provocó el desmoronamiento casi total de la resistencia china en China oriental. Los soldados no sólo estaban hambrientos y carecían de armas y de municiones, sino que además se encontraban exhaustos y desmoralizados. Aunque, en su retirada, destruían carreteras y ferrocarriles, en realidad, ya evitaban en lo posible enfrentarse con el enemigo y combatir.

Continuando su avance hacia el Sur y el Oeste, los japoneses conquistaron un aeródromo tras otro. Y, mientras tanto, la 14.ª Fuerza Aérea de Chennault, en su inútil intento de retrasar o detener el avance nipón, había agotado casi todas sus reservas de combustible y de municiones.

Durante el verano de 1944, Stilwell, su Estado Mayor de Chungking y los oficiales de enlace americanos, distribuidos en numerosos sectores del Ejército chino, lucharon desesperadamente para reorganizarlo y ponerlo en condiciones de poder resistir de nuevo con eficacia.

Entre tanto, las relaciones entre Stilwell y Chiang Kai-shek se hacían cada vez más tirantes. Chiang rechazó la proposición del oficial americano de incorporar a los comunistas al Ejército nacional. Por su parte, Stilwell estaba furioso por el hecho de que nacionalistas y comunistas pelearan entre sí en lugar de combatir al enemigo común, y asimismo disgustado por la incompetencia y corrupción que reinaban en el Ejército y en el Gobierno chino. A causa de estas divergencias, Chiang Kai-shek ignoró por completo casi todos los consejos del general americano.

La incapacidad demostrada por el Ejército chino para detener la ofensiva japonesa suscitó grandes preocupaciones en Washington. El Gobierno americano empezaba a considerar la probabilidad de que China se viera obligada a rendirse. Finalmente, el presidente Roosevelt se dio cuenta de que el general Stilwell había tenido razón al insistir, tan enérgicamente, en que el incremento de las fuerzas aéreas de Chennault no debía ir en detrimento del refuerzo del Ejército chino. Entonces, el presidente y los jefes del Estado Mayor conjunto americano llegaron a la conclusión de que la persona más idónea para remediar la desastrosa situación creada en China era el propio Stilwell. De acuerdo con esta conclusión, a primeros de octubre el presidente Roosevelt envió un mensaje personal al generalísimo Chiang Kai-shek solicitando que confiara a Stilwell el mando supremo de todas las Fuerzas Armadas chinas.

Pero las divergencias entre Stilwell y Chiang-Kai-shek habían creado una profunda enemistad entre los dos hombres. Chiang supuso que el mensaje personal de Roosevelt era fruto de una maquinación de Stilwell para asegurarse una victoria personal, y el obstinado presidente chino rechazó la proposición de Roosevelt y solicitó, además que Stilwell fuese reclamado a Estados Unidos y sustituido por otro general americano.

El presidente Roosevelt no pudo hacer otra cosa que acceder a la petición de Chiang Kai-shek. Así, pues, Stilwell fue relevado de su cargo el 18 de octubre. El teatro de operaciones chino-indo-birmano se confió al teniente general Dan I. Sultan. El general de división Albert C. Wedemeyer fue ascendido y puesto al mando del frente chino, convirtiéndose en jefe de Estado Mayor de Chiang Kai-shek. Su misión fundamental era ahora detener la ofensiva japonesa y conseguir que la resistencia china continuara.

LA ULTIMA GRAN BATALLA ENTRE PORTAAVIONES

Donald Macintyre, capitán de navío

A pesar de la serie de derrotas que se inició en Midway, la Marina de guerra japonesa disponía aún, en los primeros meses de 1944, de gran número de portaaviones, que podían amenazar y comprometer el avance americano hacia las Marianas. Al producirse el encuentro, los americanos, obstaculizados por la necesidad de proteger a su flota de invasión, no consiguieron hundir tantos portaaviones japoneses como en principio habían esperado. Pese a todo, una vez finalizada la batalla –el último gran encuentro "clásico" entre portaaviones– la fuerza de la Marina de guerra japonesa había quedado prácticamente destruida.

El ataque y ocupación de las islas Gilbert, en noviembre de 1943, y la de los principales atolones de las islas Marshall, en febrero de 1944, fueron los movimientos preliminares de un avance a través del Pacífico central que apuntaba directamente al corazón del sistema defensivo japonés. Una acción secundaria de la operación, que culminó con la conquista de Eniwetok, la más occidental de las islas Marshall, fue la serie de violentos ataques que, durante dos días, llevaron a cabo los portaaviones de la 5.ª Escuadra del almirante Spruance contra la base naval japonesa de Truk, en las Carolinas. Estas incursiones habían demostrado que Truk ya no era defendible y los japoneses se vieron obligados a retirar su flota, primero a las Palau y más tarde, al ser atacada también esta base, a Singapur.

La operación contra las Marianas estaba prevista para junio de 1944: una fuerza de ataque septentrional, al mando del vicealmirante Richmond Turner, se reuniría en las Hawai para transportar los 71.000 hombres que llevarían a cabo el ataque contra Saipan, en tanto una fuerza de ataque meridional, a las órdenes del contraalmirante R. L. Conolly, atacaría Guam con 56.000 hombres, partiendo de Guadalcanal y de Tulagi.

Para hacer frente al ataque americano contra Las Marianas o las Palau, el comandante en jefe japonés, almirante Soemu Toyoda (que el 31 de marzo había ocupado el puesto del almirante Koga) preparó un plan realmente complicado: la Operación «A», cuya finalidad era provocar «una batalla decisiva con el empleo de todas las fuerzas disponibles... en una circunstancia favorable». Uno de los puntos principales de este plan era el intento de «atraer a la formación naval enemiga» hasta una de las zonas de batalla elegidas (las Palau o las Carolinas occidentales). Se eligieron estas zonas porque se hallaban dentro del radio de acción del mayor número posible de bases aéreas insulares, desde las cuales podrían acudir las fuerzas aéreas japonesas y participar en la batalla a fin de compensar la superioridad americana en portaaviones.

Una formación especial de la Escuadra japonesa avanzaría, sin ocultar en absoluto sus movimientos, hacia una de las zonas elegidas, «a fin de atraer al enemigo». Luego, el grueso de las fuerzas navales niponas (o «1.ª Escuadra móvil»), zarpando de Tawitawi, en el archipiélago de las Sulu, al mando del vicealmirante Jisaburo Ozawa (concentrado en aquel sector desde mediados de mayo), se dirigiría inmediatamente a la zona este de las Filipinas sin dejar rastro. «Esperamos conseguir así que el enemigo se apresure a atacarnos, basándose en una valoración errónea acerca de nuestra efectiva potencia aérea».

Resulta difícil creer que, desde sus respectivos puestos de mando en el Japón, Ozawa y Toyoda pudieran confiar en un plan semejante. Por lo tanto, será mejor considerarlo, simplemente, como un intento, por parte de los japoneses, de demostrar que todavía se hallaban en condiciones de poder tomar iniciativas.

Mientras tanto, gran número de aviones (hasta un total de casi 1700) habían sido concentrados en las bases de Singapur, Indias Orientales, Filipinas, Nueva Guinea e islas Bismarck, así como en varias bases insulares de Micronesia; todos estos aviones estaban preparados para acudir a la zona de la batalla en cuanto fuesen reclamados. Asimismo, más de 500 aparatos se hallaban desplazados en las bases de Tinian, Saipan y Guam, en las Marianas. Las fuerzas aéreas de la Marina en la zona del Pacífico central, incluían la 5.ª Fuerza Aérea, desplazada en bases terrestres y al mando del vicealmirante K. Kukuda, que tenía su puesto de mando en Tinian. Aunque Kukuda dependía oficialmente del vicealmirante Nagumo, comandante en jefe del sector del Pacífico central, en realidad actuaba en estrecha colaboración con el almirante Ozawa, quien tenía plena confianza en las fuerzas aéreas de base en tierra para debilitar a los americanos antes de que ambas fuerzas se enfrentasen en un encuentro decisivo.

Dos días enteros de bombardeos sobre Truk

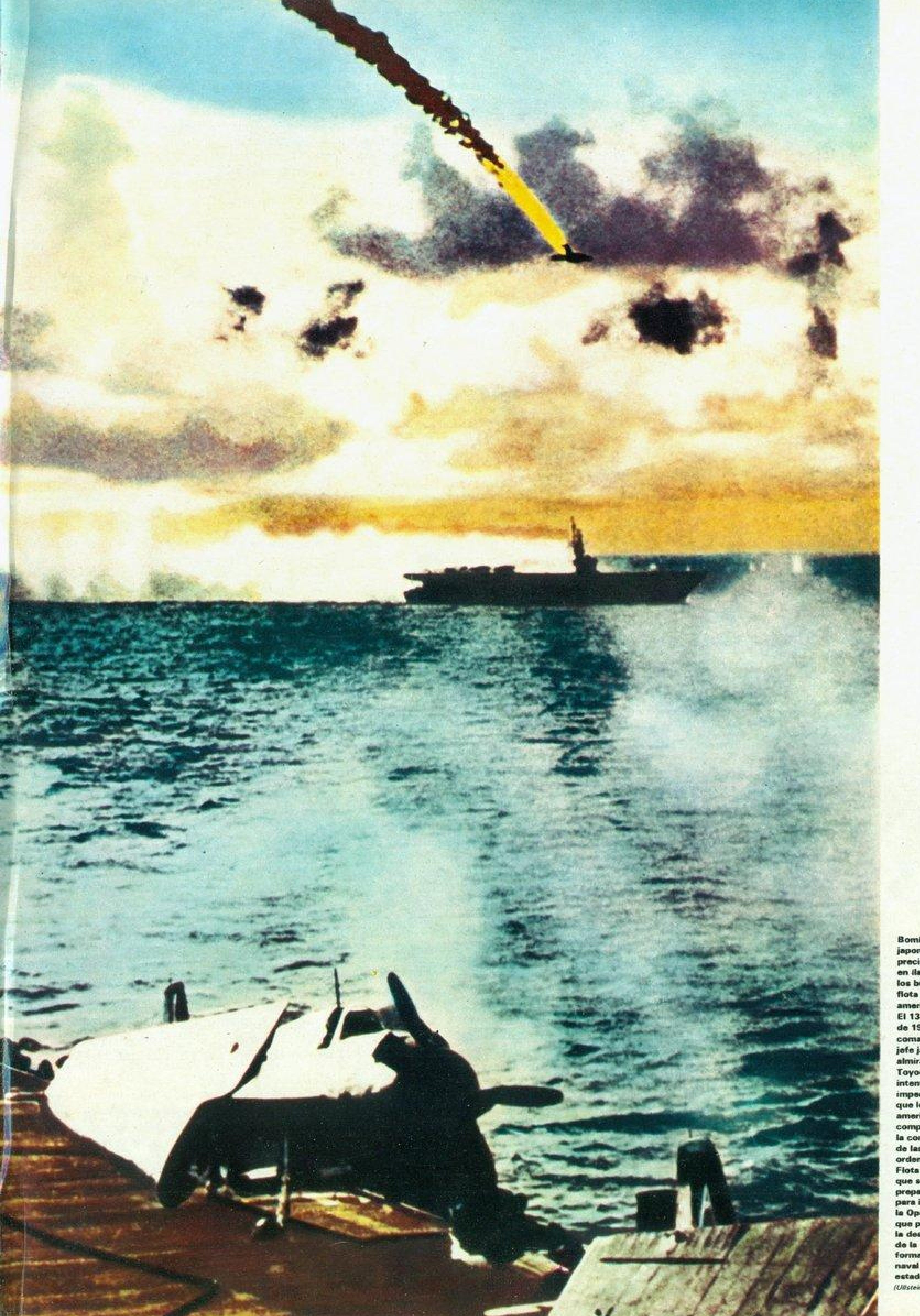
Mientras las dos fuerzas de ataque americanas estaban reuniéndose y adiestrándose, después de las incursiones de fines de marzo destinadas a neutralizar las Palau, Yap y Woleai, la 58.ª *Task Force* (la gran formación de portaaviones que formaba parte de la 5.ª Flota del almirante Spruance) daba su apoyo directo al ataque desencadenado por el general MacArthur contra Hollandia, en Nueva Guinea. Una vez ocupada aquella zona, los portaaviones se dirigieron hacia Truk, para someterla a dos días enteros de intensos bombardeos, destruyendo casi todos los aviones japoneses que se encontraban allí.

Las fuerzas de ataque septentrional y meridional alcanzaron sus respectivas bases avanzadas de Eniwetok y Kwajalein el 8 de junio. La fecha del ataque contra Saipan estaba fijada para el 15 del mismo mes, en tanto que la del ataque a Guam se decidiría más adelante. El 11 de junio, mientras la flota de invasión, con su escolta de 7 acorazados, 12 portaaviones de escolta, 11 cruceros y 91 destructores (incluidos los de la escolta) se dirigía hacia las Marianas, la 58.ª *Task Force*, al mando del vicealmirante Marc Mitscher, cuya insignia ondeaba en el portaaviones *Lexington*, había empezado a «debilitar» las defensas japonesas y a asegurarse la superioridad aérea sobre las islas mediante una incursión efectuada por 208 cazas *Hellcat*.

Los portaaviones de la 58.ª *Task Force* estaban agrupados en cuatro *Task Groupes* (TG) autónomos, cada uno de ellos con su propia escolta de acorazados o cruceros y destructores.

- TG 58-1: *Hornet* (contraalmirante J. J. Clark), *Yorktown, Bellaud, Wood, Bataan* (265 aviones);
- TG 58-2: *Bunker Hill* (contraalmirante A. E. Montgomery), *Wasp, Monterrey, Cabot* (242 aviones);
- TG 58-3: *Enterprise* (contraalmirante J. W. Reeves Jr.), *Lexington, Princeton, San Jacinto* (227 aviones);
- TG 58-4: *Essex* (contraalmirante W. K. Harrill), *Langley, Copens* (162 aviones).

Quedaban ya lejos los días en que los portaaviones (como sucedió en las batallas del mar del Coral y de las islas de Santa Cruz) actuaban aislados e independientemente unos de otros. Ahora, la eficacia operativa, las comunicaciones y, sobre todo, el sistema de utilizar cazas-guía había mejorado hasta tal punto que toda una gigantesca flota podía dirigirse como si se tratara de un solo buque.



Bombardero japonés precipitándose en llamas entre los buques de la flota de invasión americana. El 13 de junio de 1944 el comandante en jefe japonés almirante Toyoda, en su intento de impedir que los americanos completasen la conquista de las Marianas, ordenó a la Flota japonesa que se preparara para iniciar la Operación «A», que preveía la destrucción de la formación naval estadounidense.
(Ullstein)

Al día siguiente, uno de los Grupos TG se dirigió hacia Guam, mientras los otros tres bombardeaban Saipan y Tinian. Más tarde, el 12 de junio, dos TG se alejaron rumbo al Norte, en un recorrido de más de 650 millas, a fin de neutralizar las islas de Chichi Jima e Iwo Jima, situadas a lo largo de la ruta que empleaban los japoneses para enviar refuerzos, y otros dos continuaron en la zona para asegurarse una total supremacía aérea. Ultimada esta fase la noche del día 13, los acorazados que acompañaban al TG 58-7 avanzaron para bombardear las defensas costeras con sus granadas de 406 y 356 mm. Así se eliminaba, en gran parte, uno de los elementos más esenciales del plan de batalla japonés (los 500 aviones de los aeródromos de las Marianas), si bien Kukuka no informó a Ozawa de la cantidad real de las pérdidas sufridas.

Los japoneses no tardaron en comprender que estos ataques, tan prolongados y masivos, eran el preludio de algo muy distinto de las anteriores incursiones de «neutralización» lanzadas contra Truk y otras bases. El día 13, el almirante Toyoda ordenó a la Flota que estuviera preparada para dar comienzo a la Operación «A». Y el 15, cuando la fuerza de ataque septentrional del almirante Turner alcanzaba el largo de Saipan, los comandantes en jefe nipones tomaron la decisión definitiva acerca de la zona en que debería desarrollarse la inminente batalla y ordenaron que se iniciara inmediatamente la operación.

En primer lugar, se procedió a reclamar, con la máxima urgencia, la presencia de la formación naval japonesa al mando del vicealmirante Ugaki, que comprendía los grandes acorazados *Yamato* y *Musashi*, dos cruceros pesados, un crucero ligero y tres destructores.

El plan para «atraer al enemigo a una trampa», incluso suponiendo que se hubiera tomado realmente en serio, fue anulado. El resto de la formación naval de Ozawa, levó anclas y alcanzó el mar de Filipinas a través del estrecho de San Bernardino, dirigiéndose luego a la zona donde, el día 16, debía reunirse con las unidades de Ugaki. A bordo de todos los buques se recibió un mensaje del comandante en jefe que repetía, al pie de la letra, las palabras que el almirante Togo dirigiera a su Escuadra la víspera de la batalla de Tsushima. «El destino del imperio japonés depende de esta batalla. Esperamos que todos nuestros hombres se batan hasta el último aliento».

Pero ninguna de estas maniobras niponas –que debían efectuarse sin «dejar rastro»– escapó a la observación de los submarinos americanos. En el sector Sur, el submarino *Seahorse* avistó y señalizó dos grandes acorazados que, rodeados de unidades más pequeñas, navegaban a toda máquina rumbo al Norte. Fuera del estrecho de San Bernardino, la ruta de Ozawa también fue localizada por el *Flying Fish*.

Ozawa no podría alcanzar una distancia adecuada que le permitiera desencadenar incursiones aéreas antes del día 19. Por lo tanto, Spruance disponía así de cierto margen de tiempo, durante el cual el TG 58-1 y el 58-4 podrían completar la neutralización de Iwo Jima y de Chichi Jima, antes de dirigirse al lugar asignado para la concentración general; esta concentración estaba prevista para el mediodía del 18 de junio y a unas 180 millas al este de Tinian. Ante la inminente batalla, los acorazados de las formaciones de escolta de los portaaviones –dos del TG 58-2 y cinco del TG 58-3– se reunieron en una sola formación (TG 58-7), al mando del vicealmirante W. A. Lee.

Esta clásica formación de buques de línea debía desplegar de modo que sirviera de escudo protector a los portaaviones de Mitscher contra eventuales ataques de las fuerzas pesadas japonesas, lo cual demuestra claramente que aún no se confiaba demasiado, ni siquiera en aquellos momentos, en que los aviones pudieran dominar por entero en una batalla naval. Este despliegue entrañaba también un intrínseco aspecto negativo: a uno de los Grupos de portaaviones (el 58-4) se le asignó la misión de proteger a su vez a los acorazados, y, como los hechos demostrarían después, los acorazados de ambas partes no llegaron nunca a menos de 300 millas de distancia unos de otros.

Faltaban todavía más de ocho horas para que se llevara a efecto la concentración de las dispersas fuerzas de Spruance, y estaban aún los TG 58-1 y 58-4 mucho más al Este que los otros, cuando, a las 03,45 horas del día 18, el submarino *Cavalla* comunicó que la noche anterior había una gran formación japonesa, a unas 780 millas al oeste de Saipan, que se dirigía hacia el Este. Avanzando inmediatamente hacia el Oeste, los TG 58-2 y 58-3 quizás hubieran podido tomar contacto con el enemigo y desencadenar un ataque aéreo aprovechando las últimas horas de luz. Pero Spruance no estaba dispuesto a que el enemigo le arrastrase a dividir sus fuerzas o a dejar en descubierto a las de Turner, y no alteró, por lo tanto, el plan que preveía la concentración al Este de las cuatro formaciones de portaaviones de Mitscher. Ultimada la concentración, alrededor de las 10,30 horas, tres TG (58-1, 58-2 y 58-3) se dispusieron en línea, de Norte a Sur, a una distancia de casi 15 millas unos de otros, mientras el almirante Lee desplegaba sus acorazados entre los TG y el enemigo, situando al Norte la formación de portaaviones (TG 58-4) que le había sido asignada.

Entre tanto, Ozawa, después de haberse reunido el día 16 con las unidades de Ugaki y con sus buques cisterna, dedicó todas las horas de luz del 17 a las operaciones de abastecimiento, reanudando luego la navegación hacia el Este. Su Escuadra estaba dividida en tres grupos:

- Fuerza A, al mando del propio Ozawa, a bordo del *Taiho*, que comprendía los tres grandes portaaviones *Taiho*, *Zuikaku* y *Shokaku*, y que podía contar con 207 de los 430 aparatos de que disponían en total todos los portaaviones.
- Fuerza B, al mando del contraalmirante Joshima, que incluía los portaaviones de Escuadra *Junyo* e *Hiyo* y el portaaviones ligero *Ryuho*, con un total de 135 aparatos. Estas dos formaciones, dispuestas sobre una línea Norte-Sur, a casi 15 millas de distancia una de otra, tenían una pantalla defensiva más bien débil: 3 cruceros y 7 destructores para la Fuerza B. El grueso de las fuerzas de superficie de Ozawa –4 acorazados, 5 cruceros y 8 destructores– tenían la misión de proteger a los tres portaaviones ligeros de la Fuerza C;
- Fuerza C, al mando del vicealmirante Kurita. Este Grupo, que sólo disponía de 88 aviones, fue lanzado en dirección al enemigo precediendo a los otros dos casi en 100 millas: su misión era servir de cebo, haciendo converger sobre él los eventuales ataques enemigos y alejándolos de este modo de los grandes portaaviones.

El «cebo» localizado y perdido

Fue precisamente una de estas formaciones la que avistó el submarino *Cavalla* la noche del día 17. Mas Spruance recibió la señalización del submarino con seis horas de retraso, y la madrugada del 18 ninguno de los dos adversarios disponía de información reciente acerca de la posición del enemigo. Ni los aviones con base en tierra, ni los lanzados desde los portaaviones de Mitscher el día 18, pudieron facilitar a Spruance la información que tan urgentemente necesitaba. Por añadidura la Flota japonesa gozaba de un punto de ventaja: los hidroaviones catapultables, de gran autonomía, con que estaban dotados sus acorazados y sus cruceros. Gracias a ellos, a primera hora de la tarde, tres TG de la 58.ª *Task Force* habían sido localizados.

Inmediatamente fueron alineados 67 aviones en las cubiertas de vuelo de los portaaviones de la Fuerza C; estos portaaviones iban al mando del contraalmirante S. Obayashi, quien había decidido actuar por cuenta propia. Pero antes de que los aviones estuvieran preparados para el despegue se le comunicó a Obayashi la decisión de Ozawa de no atacar hasta el día siguiente, y la operación tuvo que ser suspendida. La distancia que entonces separaba a las dos Escuadras era de 400 millas, distancia superior al radio de acción de los aviones americanos, pero no del de los japoneses. No queriendo renunciar a esta ventaja, Ozawa decidió mantener durante la noche el rumbo sudoeste, para virar de nuevo hacia el Este al amanecer del día 19.

Mientras tanto, Spruance ignoraba todavía la posición del enemigo y, decidido a no dejarse arrastrar demasiado hacia el Oeste, empezó a dirigirse hacia el Este al anochecer. A las 22 horas, un mensaje procedente de Pearl Harbor notificó que las estaciones radiogoniométricas acababan de localizar la posición de Ozawa, que se encontraba a 350 millas al Oeste-Sur-Oeste de la 58.ª *Task Force*. Inmediatamente Mitscher propuso al comandante de la formación que invirtieran el rumbo a fin de situarse en posición de ataque antes del amanecer. Pero Spruance no le atendió, lo que suscitó más tarde severas críticas.

A las 4,45 horas, 16 hidroaviones fueron catapultados desde los buques que integraban la Fuerza C japonesa. Media hora más tarde, otros 14 aviones de reconocimiento despegaron desde los portaaviones de Obayashi. El primer grupo, cuya zona de acción se había elegido cuidadosamente, consiguió localizar a los acorazados de Lee; pero muchos de los aparatos fueron localizados, a su vez, cuando todavía se hallaban a bastante distancia, por los cazas de escolta del TG 58-4, siendo derribados casi la mitad. La zona designada al otro grupo se encontraba demasiado al Norte y los aviones tuvieron que regresar sin haber localizado nada; sin embargo, durante el vuelo de regreso, y exactamente a las 7,30 horas, uno de ellos avistó al TG 58-4 en la línea del horizonte, en dirección Sur, y señaló su posición.

Ozawa disponía ahora de todas las informaciones que necesitaba, y alrededor de las 8,30 lanzó la primera oleada de ataque, integrada por 45 cazabombarderos *Zero*, 8 aviones torpederos y 16 cazas *Zero* de la Fuerza C. Desde la Fuerza A, mandada por el propio Ozawa, 53 cazabombarderos, 27 aviones torpederos y 48 cazas *Zero* de escolta empezaron a despegar pocos minutos antes de las 9. Media hora más tarde, la Fuerza B lanzaba a su vez al ataque 47 aviones.

El día que acababa de empezar había de ser decisivo en la guerra del Pacífico; fue el día en que la Marina de Guerra Imperial nipona recibió una serie de golpes mortales y, aunque logró sobrevivir todavía durante otros cuatro meses, quedó tan maltrecha que ya sólo se la podía considerar como un inofensivo tigre sin dientes.

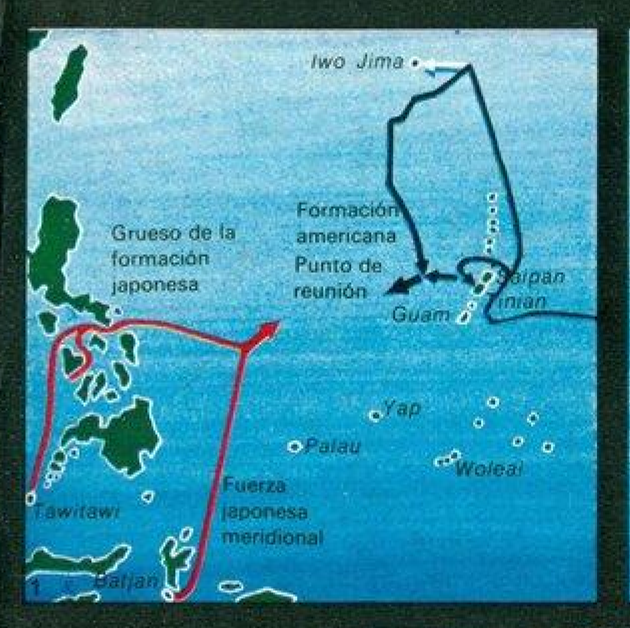
El primero de esos golpes mortales alcanzó el objetivo cuando los aviones de Ozawa estaban aún sobre la pista de vuelo de su buque insignia. El *Taiho* navegaba en aquellos momentos con viento en proa a una velocidad de 27 nudos: constituía, pues, un blanco perfecto para el submarino *Albacore*, que estaba al acecho. Ni siquiera un fallo, surgido en el último instante, al ajustar la puntería automática del submarino, pudo salvar al portaaviones; de una salva de seis torpedos lanzados a ciegas, uno alcanzó de lleno el navío.

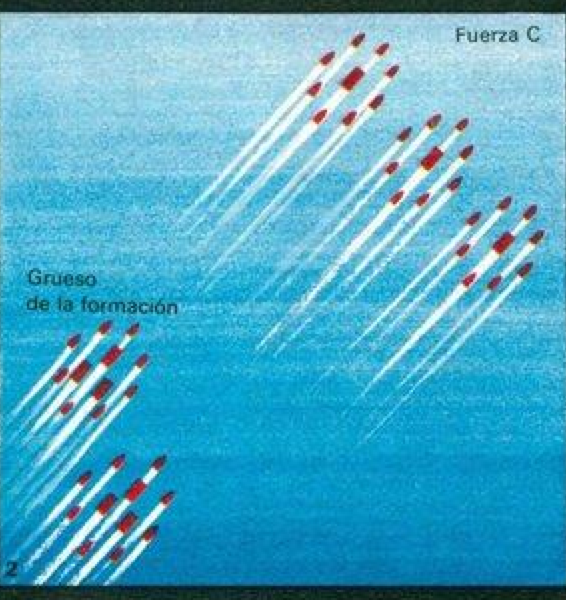
El siguiente golpe alcanzó a su propia formación aérea de ataque. El rumbo seguido por los aviones les había llevado a sobrevolar a la Fuerza C de Kurita, que navegaba en posición avanzada; algunos artilleros de las unidades niponas, excesivamente nerviosos, abrieron fuego, y antes de que pudiera deshacerse el error habían derribado dos aviones y averiado otros ocho, que se vieron obligados a regresar a sus portaaviones.

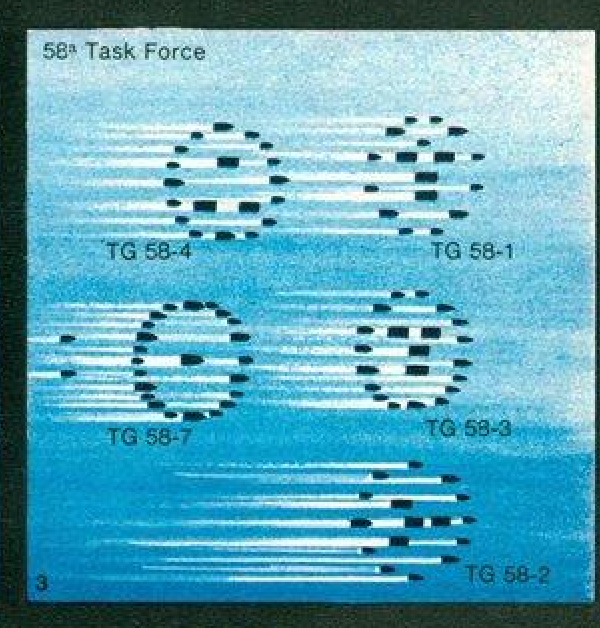
«Los grandes desastres de las Marianas»

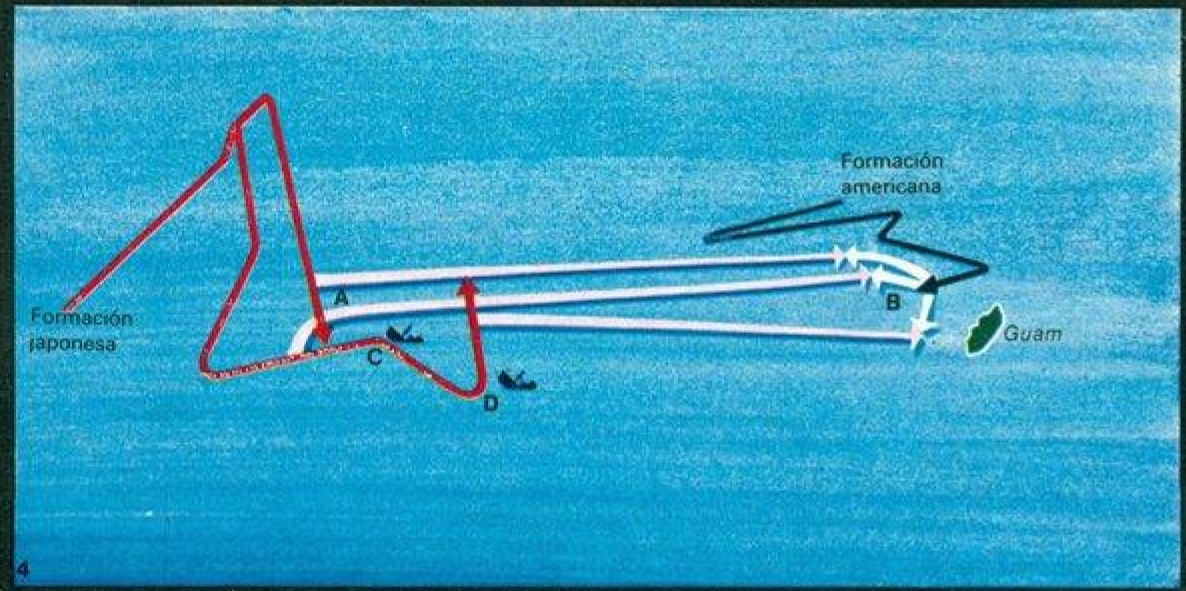
Se inició entonces, en torno a la 58.ª *Task Force*, aquella serie de grandes batallas aéreas destinadas a pasar a la historia con la denominación de «los grandes desastres de las Marianas». Desde el

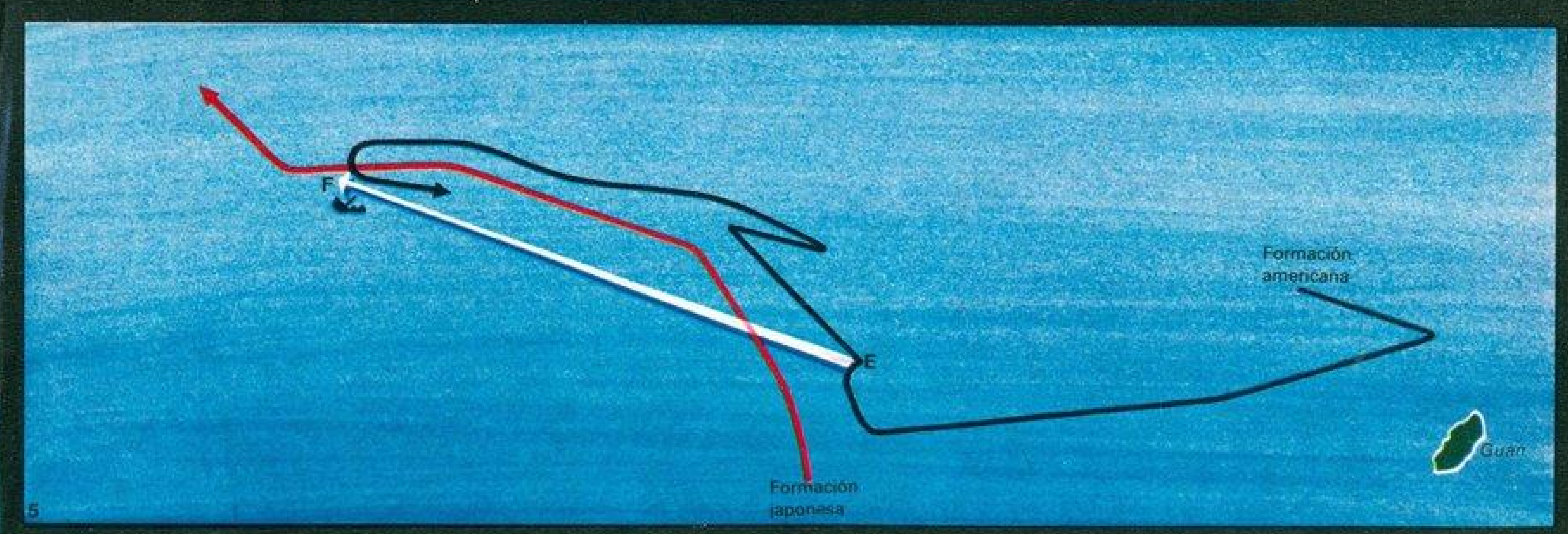
MAR DE FILIPINAS: UNA CLARA VICTORIA AMERICANA











❶ La llegada de la flota de invasión americana al largo de la isla de Saipan obligó a la Marina japonesa a concentrar todas sus fuerzas en previsión de la batalla decisiva. Los submarinos americanos informaron que las unidades navales enemigas estaban dirigiéndose hacia el punto de reunión, al largo de Filipinas; entonces la 58.ª *Task Force* se preparó para salir a su encuentro. El 18 de junio ambas formaciones navales navegaban siguiendo rutas convergentes. ❷ La fuerza C (portaaviones ligeros) navega a 100 millas delante del grueso de la formación. ❸ La 58.ª *Task Force* americana, repartida en cuatro *Task Groups,* situados a una distancia de unas 12-15 millas unos de otros y con un *Task Group* separado de acorazados (TG 58-7). ❹ El 19 de junio fueron los japoneses los primeros en localizar a la formación americana y a las 8,30 (A) iniciaron los ataques aéreos (flechas rojas). Los radares americanos localizaron a los aviones enemigos y los cazas (flechas blancas) los interceptaron a una distancia de 45-60 millas de los portaaviones (B). Entre tanto, los submarinos americanos interceptaban a su vez al grueso de la formación japonesa y a las 9 horas hundieron el portaaviones *Taiho* (C) y a las 12,20 al *Shokaku* (D). ❺ Al día siguiente, la *Task Force* inició la persecución de la formación japonesa: a las 16,24 se lanzó un ataque aéreo (E), que provocó el hundimiento del portaaviones *Hiyo* (F) y de dos petroleros. Sólo entonces se dieron cuenta los japoneses del desastre sufrido y continuaron su retirada hacia Okinawa, entre tanto, los barcos americanos, tras una breve persecución, reemprendieron el rumbo hacia Las Marianas.

(History of the Second World War)

LOS GRANDES DESASTRES DE LAS MARIANAS

1944

8 de junio: las fuerzas de ataque americanas destinadas a desembarcar en Saipán, llegan a Eniwetok y a Kwajalein.

13 de junio: la Flota japonesa en estado de alerta para iniciar la Operación "A".

15 de junio: la fuerza de ataque septentrional americana llega a Saipán. La Flota japonesa recibe la orden de concentrarse.

18 de junio: los *Task Groups* de la 58.ª *Task Force* americana se reúnen al oeste de Saipan.

19 de junio: 04,45 horas: los japoneses catapultan los hidroaviones que avistan a las fuerzas americanas.

08,30 horas: los aviones japoneses de la primera oleada se dirigen hacia sus objetivos.

09,00 horas: el submarino americano *Albacore* torpedea al portaaviones *Taiho* que continúa, no obstante, recibiendo y haciendo despegar a sus aparatos.

10,00 horas: los radares americanos detectan la oleada de ataque japonesa, cuyos aviones son interceptados y casi todos abatidos.

12,00 horas: los aviones japoneses supervivientes se retiran.

12,20 horas: el *Shokaku* es torpedeado y hundido por el submarino americano *Cavalla*. En el *Taiho* explotan las tuberías del combustible y el portaaviones se hunde.

16,00 horas: son rechazados todos los ataques japoneses contra la Escuadra norteamericana.

20 de junio: 16,15 horas: la Flota japonesa inicia la retirada en dirección Noroeste, pero es alcanzada por aviones de la fuerza de ataque norteamericana: un portaaviones es hundido y otros dos gravemente averiados.

amanecer, los *Hellcat* de las patrullas de protección, sobrevolaban a la *Task Force* en el claro y límpido cielo del Pacífico. Hacia las diez, el radar de los acorazados de Lee detectó, a una distancia de 150 millas, a la primera oleada de aviones japoneses lanzados al ataque. Todos los portaaviones se pusieron entonces proa a viento, y un considerable número de aparatos empezó a despegar de las cubiertas de vuelo: primero los bombarderos y los aviones torpederos, que se dirigieron hacia el Este; luego fueron los propios *Hellcat*, en la primera de una serie de oleadas que se prolongó durante todo el día. Fueron casi 300 los aviones que, despegando y aterrizando de nuevo para repostar y proveerse de municiones, participaron en la batalla, interceptando a los aparatos de los portaaviones enemigos o los que se dirigían a Guam.

Casi todas las formaciones atacantes japonesas fueron interceptadas a una distancia 45-60 millas de sus objetivos y los combates alcanzaron una extrema violencia. Las estelas de humo que desprendían los aparatos nipones que caían al mar daban una idea bastante clara de que la proverbial habilidad de los pilotos japoneses estaba debilitándose por momentos. En efecto, los veteranos caídos en las batallas del mar del Coral, de Midway y de las Salomón habían sido sustituidos apresuradamente por pilotos que ni siquiera habían terminado su período de adiestramiento.

De los 69 aviones de la primera oleada de ataque japonesa, 42 fueron derribados y ninguno de los supervivientes logró alcanzar, ni dañar siquiera, a los buques americanos. De los 128 lanzados en la segunda oleada, más de 100 fueron interceptados, y casi una veintena de ellos fue a caer dentro de la densa cortina de fuego lanzada por los acorazados, los cruceros y los destructores. Muy pocos lograron alcanzar los portaaviones, situados al otro lado de la «línea de batalla», infligiendo solamente daños superficiales a los portaaviones *Wasp* y *Bunker Hill*. Alrededor de las 12 todo había terminado; sólo unos 30 aparatos pudieron emprender el camino de regreso.

A las 12,20 horas, antes de que Ozawa pudiera darse plena cuenta del desastre, su formación de portaaviones sufrió la segunda catástrofe. El *Shokaku* fue sacudido por la explosión de tres torpedos, lanzados por el submarino estadounidense *Cavalla*. Tras las explosiones, el *Shokaku* se alejó dificultosamente de la zona del encuentro, envuelto en llamas y en las densas cortinas de humo que se elevaban de sus depósitos de combustible incendiados. El *Cavalla*, por su parte, consiguió salir indemne de los ataques japoneses, a pesar de que contra él se lanzaron no menos de 105 cargas de profundidad. Durante las tres horas que siguieron se luchó denodadamente para sofocar los incendios declarados en el portaaviones; mas todo resultó inútil, por cuanto los vapores del combustible se propagaban y estallaban por todos los rincones del buque. Se acercaba el fin del *Shokaku*, que había conseguido sobrevivir a todas las batallas de la guerra entre portaaviones: una nueva explosión lo destrozó por completo.

Casi simultáneamente la catástrofe se abatió también sobre el buque insignia de Ozawa. Aunque el torpedo lanzado por el submarino *Albacore* sólo había provocado leves daños en el casco del *Taiho*, las tuberías del combustible resultaron destrozadas en varios puntos. Entonces los vapores empezaron a propagarse y, para intentar eliminarlos, se dio orden de poner en movimiento todas las instalaciones de ventilación del buque. Y esto fue un error fatal, pues con ello la mezcla detonante se difundió por todas partes, hasta que, inevitablemente, prendió una chispa y una enorme explosión incendió el navío y destrozó el casco. El destino del *Taiho*, estaba sellado. Apenas Ozawa y los oficiales de su Estado Mayor se hubieron trasladado a bordo del crucero *Haguro*, se dio orden de abandonar el buque. Sólo 500 hombres de los 2150 que componían la tripulación habían conseguido ponerse a salvo, cuando una segunda explosión sacudió violentamente al portaaviones, que al fin zozobró y se hundió.

Mientras los mejores buques de Ozawa iban siendo eliminados, sus aviones estaban sufriendo un desastre todavía mayor. La primera oleada de ataque lanzada por la Fuerza B, hacia las 9,30 horas, se había dirigido demasiado al Norte, de modo que la mitad de los 47 aviones, al no localizar ningún objetivo, hubieron de regresar; los restantes consiguieron localizar al grupo más septentrional de los portaaviones americanos, lanzándose en seguida al ataque. Los *Hellcat* derribaron siete de ellos; otros, los que lograron superar la pantalla protectora de los cazas americanos, no pudieron hacer otra cosa que soltar sus bombas apresuradamente y sin ningún resultado positivo antes de emprender la retirada.

Una última incursión, efectuada por los aparatos del *Zuikaku*, de la Fuerza A, y por los de los tres portaaviones ligeros de la Fuerza B, completó la serie de desastres japoneses en aquel fatídico 19 de junio. También los 87 aviones de esta incursión estuvieron mal dirigidos, demasiado al Sur esta vez. Por añadidura, como Kukuda no había informado con bastante claridad acerca de la verdadera situación que reinaba en los aeródromos de Guam, y especialmente encima de los mismos, los aviones atacantes recibieron la orden de dirigirse hacia esta isla para repostar una vez terminada la incursión. Y sucedió que menos de la mitad consiguieron localizar el grupo meridional de portaaviones y en su mayoría fueron derribados. Los 49 restantes prosiguieron su vuelo hacia Guam, y allí atacados por 27 *Hellcat*, 30 de ellos cayeron al mar envueltos en llamas, en su inútil intento de tomar tierra en los campos de la isla.

El cielo barrido de aviones enemigos

A las 16 horas, el cielo aparecía completamente libre de aviones enemigos sobre la formación naval americana. El almirante nipón Ozawa, a bordo de su improvisado buque insignia, donde no disponía de suficientes medios de comunicación, desconocía aún los detalles del desastre; pero lo cierto era que de los 373 aviones lanzados desde sus portaaviones sólo 130 habían regresado.

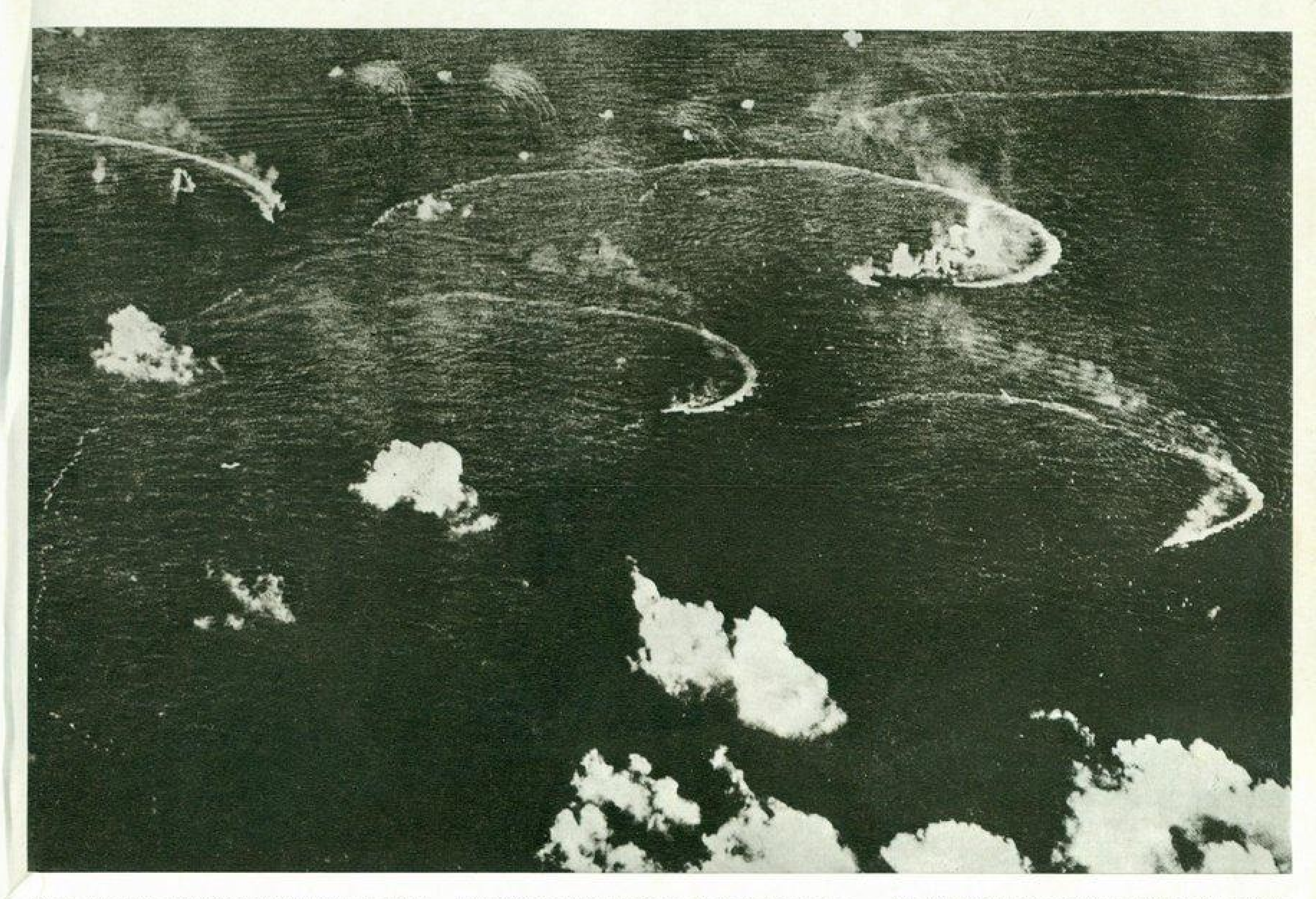
Se trataba de pérdidas irreparables, y la Marina de Guerra nipona ya no podría volver a equipar una formación de portaaviones eficiente con todos los hombres y aparatos necesarios. Las pérdidas americanas, por el contrario, únicamente ascendieron a 23 aviones derribados y otros 6 perdidos en accidentes de vuelo.

La táctica de Spruance, de dejar que fuera el enemigo quien atacara (táctica criticada en algunos ambientes como insuficientemente ofensiva) había demostrado, al fin, toda su decisiva eficacia. No es de extrañar, sin embargo, que en una Marina de Guerra cuyos oficiales habían sido educados basándose en las doctrinas del historiador Mahan, el hecho de que la Flota japonesa lograse, en gran parte, escapar (a la sazón, las acciones del *Albacore* y del *Cavalla* no habían sido apreciadas todavía en toda su importancia) constituyera una profunda desilusión. Los vientos alisios, procedentes del Este, habían obligado a la 58.ª *Task Force*, durante casi toda la jornada, a avanzar hacia el Este y por ello las dos Escuadras estaban separadas aún por casi 400 millas, esto es, todavía fuera del radio de acción de los aviones embarcados en los portaaviones americanos, los cuales, por lo tanto, no pudieron ni atacar ni efectuar vuelos de reconocimiento. Pero apenas el último avión se posó en la cubierta, la 58.ª *Task Force* se dirigió hacia el Oeste, a una velocidad de 24 nudos, en el intento de reducir la citada distancia. Mas Spruance no disponía de ninguna información precisa acerca de la posición de Ozawa. Los aparatos de reconocimiento que tenían su base en tierra, no habían logrado localizar a la Flota nipona, y, en consecuencia, el comandante en jefe americano aún no podía descartar la posibilidad de que los japoneses efectuaran una maniobra envolvente para atacar por la espalda a las vulnerables unidades anfibias al largo de Saipan. Por ello comunicó a Mitscher:

«Pensamos atacar al enemigo mañana, a condición de conocer, con la debida precisión, sus posiciones. Si nuestros aviones en exploración nos dan informaciones útiles esta misma noche, no serán necesarias informaciones ulteriores. En caso negativo, deberemos continuar nuestra búsqueda mañana para asegurar una protección adecuada a las fuerzas empeñadas en Saipan».

Pero ni los aviones con base en tierra, enviados en exploración durante la noche, ni los que alzaron el vuelo desde los portaaviones al amanecer del 20 de junio, lograron establecer contacto con el enemigo. En efecto, Ozawa se encontraba todavía fuera del alcance de estos últimos, pues había virado al Noroeste para encontrarse con los buques cisterna. De haber seguido el consejo de Kurita, su segundo oficial, respecto a volver rápidamente al Japón, hubiese escapado a toda búsqueda. Mas Ozawa no conocía aún toda la importancia de la derrota sufrida el día anterior. No sólo creía que muchos de los pilotos que no habían regresado habían llegado sanos y salvos a Guam, sino que aceptó incluso como verdaderos los relatos de los pilotos que regresaron, quienes hablaban de centenares de aviones americanos abatidos y por lo menos de cuatro portaaviones incendiados. En consecuencia, ordenó que se efectuaran las operaciones para repostar, disponiéndose a reanudar la batalla.

Mas antes de que ésta se iniciara, a las 16,15 horas, Ozawa, trasladado ahora al *Zuikaku*, fue informado de que se había interceptado un mensaje de un avión americano en el cual se notificaba haber localizado a la Escuadra japonesa. El abastecimiento de combustible se detuvo, y la Escuadra se dirigió hacia el Noroeste, en el intento de imposibilitar todo ataque enemigo antes de que la oscuridad obligara a suspender las opera-



ciones de vuelo. Pero incluso después de haber llegado a su conocimiento el hecho de que sólo disponía ya de un centenar de aviones en situación de combatir, el almirante estaba decidido a reanudar la batalla apenas sus unidades hubieran podido reorganizarse. No obstante, las circunstancias no se lo permitieron.

«Una victoria clara y decisiva»

El tiempo perdido por los japoneses en los preparativos para abastecerse de combustible permitió a la 58.ª *Task Force* reducir sensiblemente la distancia que de ellos les separaba, de tal modo que, hacia las 16 horas, cuando un *Avenger* emprendió un vuelo de reconocimiento desde el portaaviones *Enterprise*, transmitió la asombrosa noticia de haber avistado a la Escuadra enemiga, que se hallaba poco más o menos dentro del radio de acción de los aviadores americanos. Un ataque desencadenado inmediatamente podría sorprender al enemigo antes de oscurecer; mas, por otra parte, era muy tarde ya para que los aparatos atacantes pudieran regresar a los respectivos portaaviones todavía con luz del día.

Pero Mitscher, que hasta aquel momento se había visto frenado por el prudente Spruance, decidió arriesgar el todo por el todo a fin de asestar un golpe al enemigo. Y esta vez Spruance le dejó hacer. Así, pues, no había transcurrido media hora desde la señal de avistamiento cuando ya 77 bombarderos en picado y 54 aviones torpederos, escoltados por 85 cazas, despegaban y se dirigían hacia el sol, ahora en su ocaso.

Los primeros buques enemigos avistados por la formación atacante fueron los seis buques cisterna, y una parte de los bombarderos en picado se lanzó a atacarlos. Los otros continuaron el vuelo, unas treinta millas más allá, hasta que lograron descubrir las tres divisiones de la Escuadra japonesa alineadas en un arco que iba de Noroeste a Oeste. La exigua pantalla protectora de cazas *Zero* –todo lo que Ozawa había logrado reunir– fue pronto arrollada por los *Hellcat* de escolta, mientras los aviones torpederos *Avenger* y los bombarderos en picado *Dauntless* se lanzaban sobre los buques de guerra, concentrando principalmente su esfuerzo contra los portaaviones.

Siguieron unos veinte minutos de espantosa batalla, con los aviones lanzándose en picado, inclinándose y girando en medio del caótico cruzarse de proyectiles y explosiones de granadas. Después, todo acabó de pronto. Habían sido abatidos 14 aviones americanos, pero los japoneses perdieron muchísimos más. En cuanto a los buques, el portaaviones *Hiyo*, que fue torpedeado, se estaba hundiendo. El *Zuikaku*, alcanzado varias veces por las bombas, era presa de las llamas. También el portaaviones *Chiyoda* estaba ardiendo, con la cubierta de vuelo reducida a un amasijo de hierros retorcidos. El acorazado *Haruna* y el crucero *Maya* habían sufrido graves daños. Ahora, de los 100 aviones con que contaba Ozawa al iniciar la acción sólo quedaban 35. No se trataba de un verdadero y exacto aniquilamiento; pero Ozawa, que al fin se daba cuenta de la total derrota sufrida, aquella misma noche, mientras se retiraba hacia Okinawa, envió a Toyoda un mensaje presentando su dimisión, que, desde luego, no fue aceptada.

Entre tanto, en la creciente oscuridad, los aparatos norteamericanos recorrían las 300 millas que les separaban de sus portaaviones; muchos pilotos realizaban así su primer servicio nocturno. Al caer la noche, Mitscher, sin preocuparse de los posibles peligros de una eventual intervención de los bombarderos o de los submarinos enemigos, ordenó que se utilizara toda forma posible de iluminación: bengalas, reflectores, luces de situación, las luces de las pistas de vuelo, etc. Pese a todas estas precauciones, unos 80 aparatos, con el carburante casi agotado, se empotraron materialmente en las cubiertas de los portaaviones o cayeron al mar. Sin embargo, pocas tripulaciones se perdieron.

Mar de Filipinas, 20 de junio de 1944: la formación japonesa de Ozawa –localizada mientras se retiraba al Noroeste para repostar– es alcanzada por los aviones de la 58.ª *Task Force*. (US Navy)

Así terminó la última y «clásica» batalla entre portaaviones destinada a pasar a la historia con el nombre de «batalla del mar de Filipinas». Para la *Pacific Fleet* se trataba de una victoria clara y decisiva; no sólo de una victoria aérea sin la adecuada victoria naval, como creyeron algunos almirantes de los portaaviones americanos. Desde luego, aún les quedaban a los japoneses algunos portaaviones, que, tal vez, con una táctica más agresiva y menos prudente hubieran podido ser destruidos; pero lo cierto es que el valor efectivo de un portaaviones reside únicamente en el número y calidad de los aviones y de los pilotos de que dispone. Ahora el tiempo apremiaba, y la progresiva reducción de los recursos disponibles impediría al Japón sustituir a los pilotos perdidos en la batalla con hombres debidamente adiestrados. No les quedaba, pues, a los japoneses, más que un último recurso de potencia derrotada: los *kamikaze*, los pilotos suicidas.

Todavía una vez más, es cierto, los portaaviones nipones supervivientes volverían a intervenir en un momento crítico; pero ya sin fuerzas aéreas eficaces demostraron ser tan sólo «tigres de papel». La Aviación naval nipona, e incluso la propia Marina de Guerra, fueron definitivamente derrotadas entre el 19 y 20 de junio de 1944.

PROTAGONISTAS MENORES DE LA GUERRA EN EL PACÍFICO

Destructor americano de la clase "Fletcher"

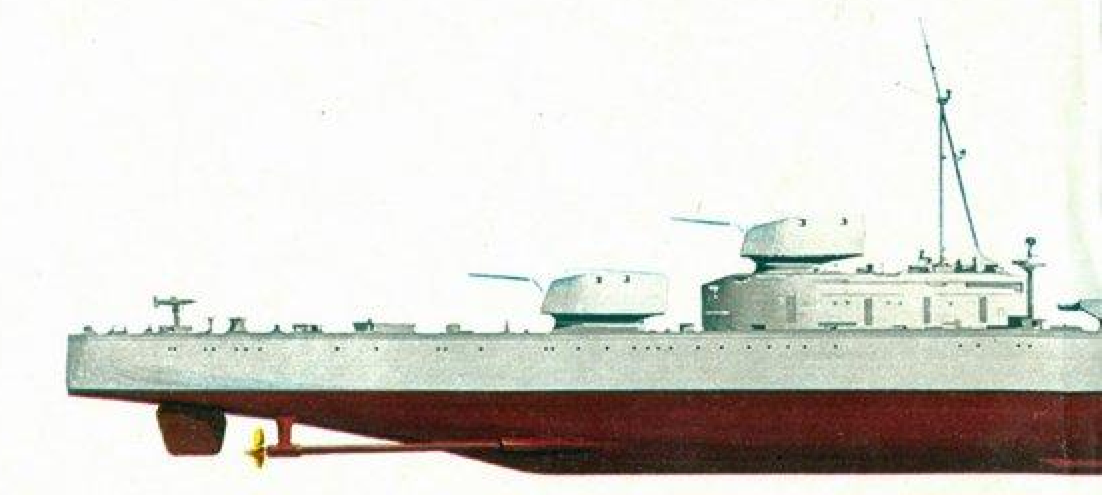
Fue el tipo más numeroso de los utilizados por los americanos durante la guerra (se construyeron más de 170) y constituyó uno de los dos proyectos básicos para la producción en serie al iniciarse el conflicto. **Desplazamiento:** 2050 toneladas. **Dimensiones:** 114 × 12 × 5,4 m. **Velocidad:** 37 nudos. **Armamento:** 5 cañones antiaéreos de 127 mm y 10 cañones de 40 y 20 mm; 10 tubos lanzatorpedos de 533 mm. **Tripulación:** 300 hombres.

Submarino de Escuadra clase "T"

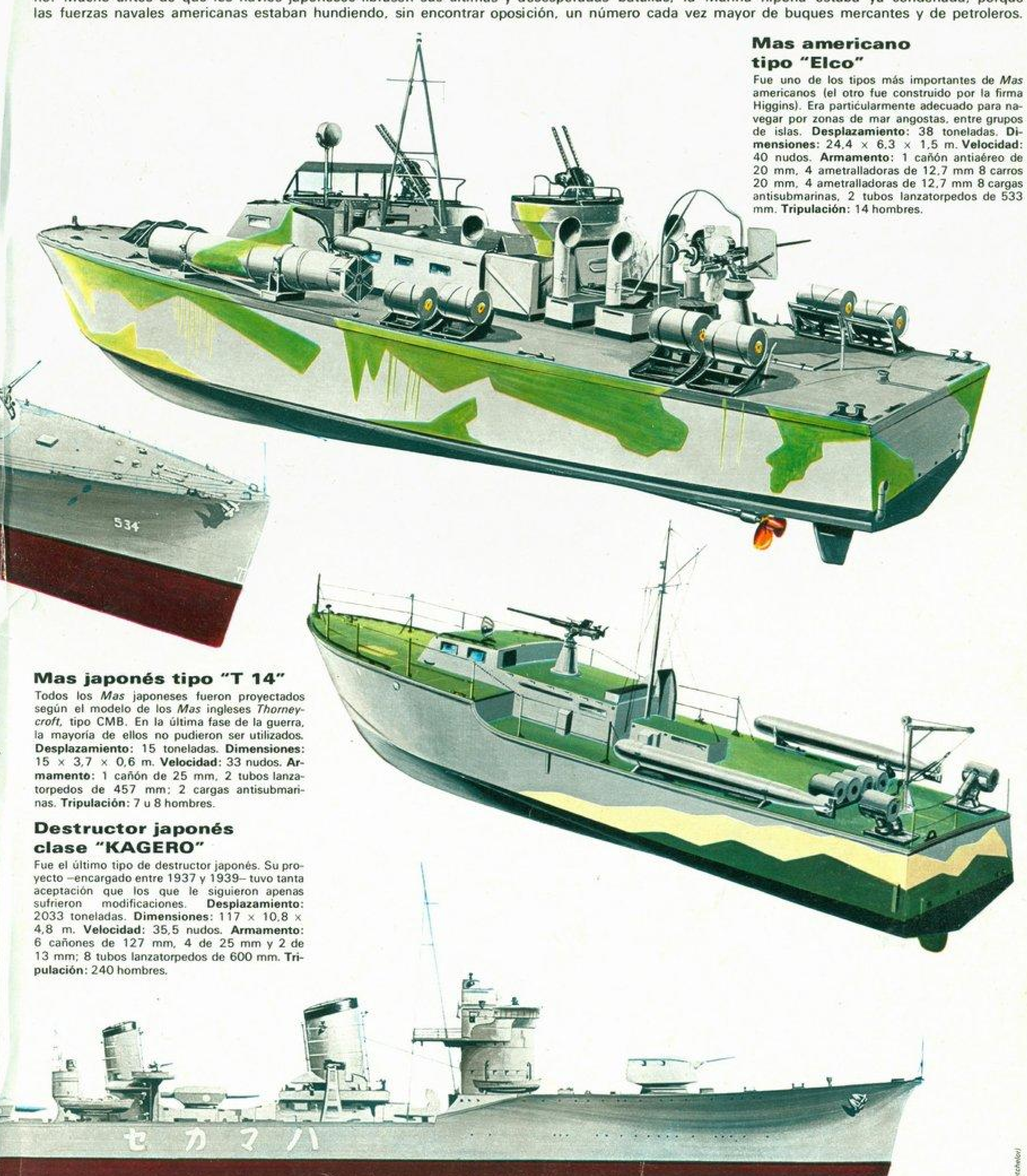
Era el tipo "standard" de los submarinos de Escuadra americanos. **Desplazamiento:** 1475 toneladas en superficie y 2370 toneladas en inmersión. **Dimensiones:** 93,7 × 9,2 × 4,3 m. **Velocidad:** 20,8 nudos en superficie y 8,7 en inmersión. **Armamento:** 10 tubos lanzatorpedos de 533 mm.

Submarino japonés tipo "KD 7"

Esta clase de submarino, cuyo proyecto se remonta al año 1937, podía permanecer en alta mar durante 75 días seguidos. Algunos modelos se modificaron en 1942 para poder transportar una lancha de desembarco de unos 14 metros de longitud. **Desplazamiento:** 1833 toneladas en superficie y 2602 en inmersión. **Dimensiones:** 104 × 8 × 4,5 m. **Velocidad:** 23 nudos en superficie y 8 nudos en inmersión. **Armamento:** un cañón de 120 mm y dos de 25 mm; 6 tubos lanzatorpedos de 533 mm. **Tripulación:** 80 hombres.



Mientras las grandes formaciones de batalla sólo esporádicamente se empeñaron en encuentros decisivos, las unidades menores de las marinas americana y japonesa sostenían constantes y encarnizados encuentros en la lucha por el dominio de las rutas del Pacífico. Para conservar su poderío, el imperio japonés tenía que desarrollar una constante actividad defensiva: pero sus jefes no se dieron cuenta de que la Flota debía estar integrada principalmente por submarinos, buques de escolta y unidades ligeras, capaces de hacer frente al desafío americano. Mucho antes de que los navíos japoneses librasen sus últimas y desesperadas batallas, la Marina nipona estaba ya condenada, porque las fuerzas navales americanas estaban hundiendo, sin encontrar oposición, un número cada vez mayor de buques mercantes y de petroleros.



Mas americano tipo "Elco"

Fue uno de los tipos más importantes de *Mas* americanos (el otro fue construido por la firma Higgins). Era particularmente adecuado para navegar por zonas de mar angostas, entre grupos de islas. **Desplazamiento:** 38 toneladas. **Dimensiones:** 24,4 × 6,3 × 1,5 m. **Velocidad:** 40 nudos. **Armamento:** 1 cañón antiaéreo de 20 mm, 4 ametralladoras de 12,7 mm 8 carros 20 mm, 4 ametralladoras de 12,7 mm 8 cargas antisubmarinas, 2 tubos lanzatorpedos de 533 mm. **Tripulación:** 14 hombres.

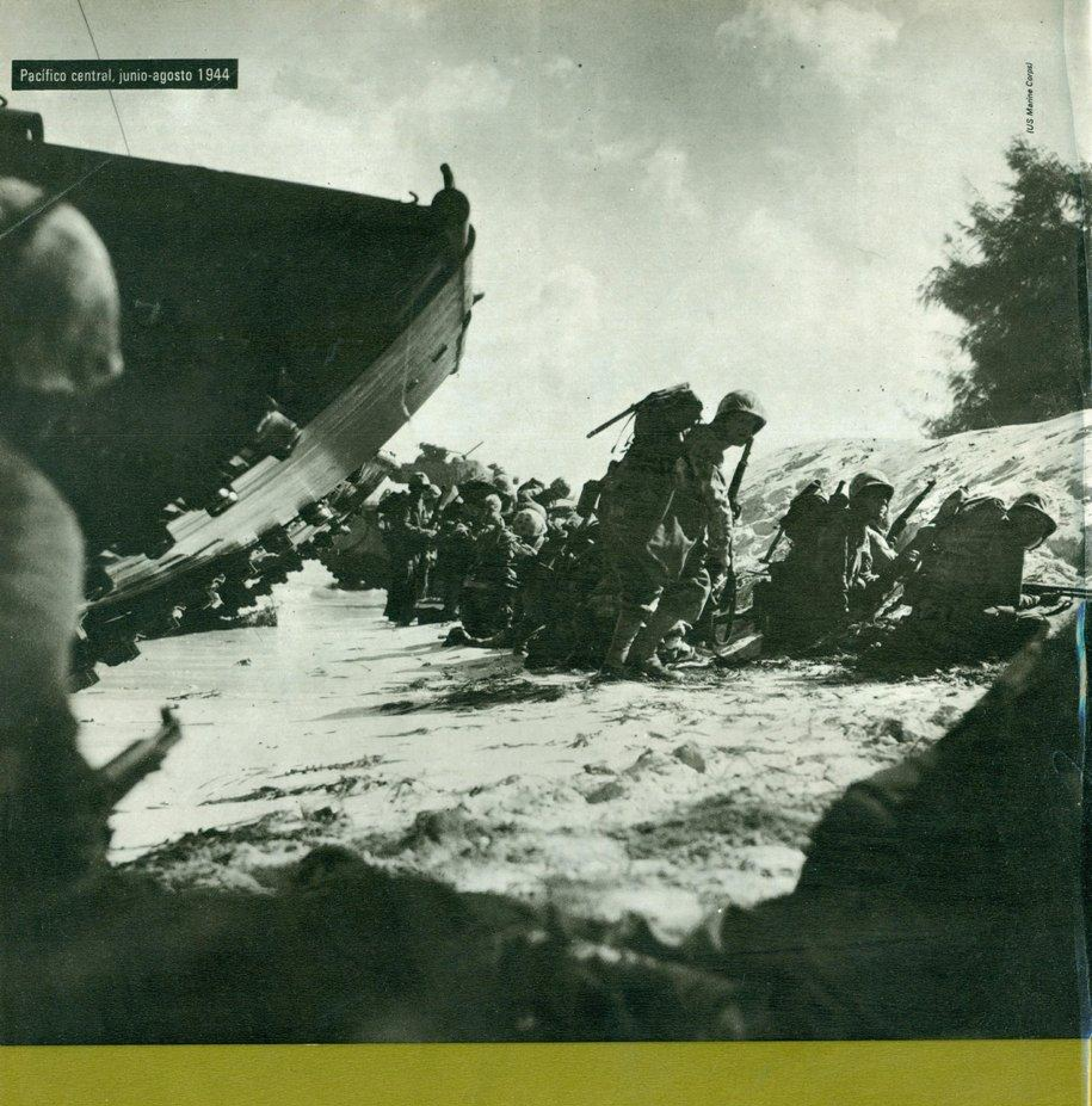
Mas japonés tipo "T 14"

Todos los *Mas* japoneses fueron proyectados según el modelo de los *Mas* ingleses *Thorneycroft*, tipo CMB. En la última fase de la guerra, la mayoría de ellos no pudieron ser utilizados. **Desplazamiento:** 15 toneladas. **Dimensiones:** 15 × 3,7 × 0,6 m. **Velocidad:** 33 nudos. **Armamento:** 1 cañón de 25 mm, 2 tubos lanzatorpedos de 457 mm; 2 cargas antisubmarinas. **Tripulación:** 7 u 8 hombres.

Destructor japonés clase "KAGERO"

Fue el último tipo de destructor japonés. Su proyecto –encargado entre 1937 y 1939– tuvo tanta aceptación que los que le siguieron apenas sufrieron modificaciones. **Desplazamiento:** 2033 toneladas. **Dimensiones:** 117 × 10,8 × 4,8 m. **Velocidad:** 35,5 nudos. **Armamento:** 6 cañones de 127 mm, 4 de 25 mm y 2 de 13 mm; 8 tubos lanzatorpedos de 600 mm. **Tripulación:** 240 hombres.

Pacífico central, junio-agosto 1944



(US Marine Corps)

LA BATALLA POR LAS MARIANAS

Carl W. Hoffman,
general de brigada

Después de eliminar todo potencial elemento de peligro para sus bases en las Marshall, los Estados Unidos se lanzaron a la conquista de otras islas, desde las cuales sus bombarderos pudieran atacar, finalmente, el archipiélago del Japón. A fin de poder desencadenar un ataque contra las Marianas y apoderarse de las bases niponas de Saipan, Tinian y Guam, –a algo más de 1000 millas de las Marshall– las tres fuertemente fortificadas, Los Estados Unidos crearon la flota más potente jamás vista en el Pacífico. El resultado fue una clásica invasión anfibia, descrita en este capítulo por un general del cuerpo de *marines* que participó en ella.

A principios del año 1944, el Japón sentía ya todo el peso de la potencia aliada. Cada día se le hacía más difícil el control y el mantenimiento de su dilatado imperio. Los japoneses habían sido rechazados de Birmania y los mares –espaciosas vías de comunicación que enlazaban entre sí las dispersas guarniciones insulares niponas– eran cada vez menos seguros a medida que los norteamericanos se hacían más fuertes y más audaces.

La conquista, por parte de los americanos, de Majuro, Kwajalein y Eniwetok, en las Marshall, en el curso del mes de febrero de 1944, constituyó un claro anuncio de lo que más tarde iba a suceder. En efecto, estas islas no sólo ofrecían bases protegidas por grandes fuerzas anfibias, sino que además disponían de amplios espacios llanos que se prestaban para la construcción de pistas de despegue y aterrizaje.

Mientras tanto, los americanos desplazaban sus formaciones de portaaviones rápidos a grandes distancias, en busca de nuevos objetivos. A mediados de febrero, tanto las Marianas como el atolón de Truk, en las Carolinas, sufrieron los desastrosos efectos de los ataques de los portaaviones americanos. Estas incursiones contra objetivos situados en las Marianas tenían dos finalidades: ante todo, hostigar a los japoneses y, en segundo lugar, tomar fotografías aéreas. Las pocas de que se disponían de Guam eran anteriores a la ocupación nipona y en cuanto a la documentación fotográfica relativa a las islas Marianas era casi inexistente. No obstante, las incursiones realizadas en febrero sirvieron para demostrar que las fuerzas estadounidenses ya estaban en condiciones de penetrar en el interior del perímetro defensivo japonés. Este hecho era evidente, tanto para los japoneses, que intentaban febrilmente potenciar sus defensas, como para los jefes del Estado Mayor conjunto americano, quienes, confiando en la superioridad de sus propias fuerzas, ordenaron que el día 15 de junio se iniciara la conquista de las islas Marianas meridionales.

Los objetivos de la campaña –que recibió el nombre convencional de «Forager»– eran múltiples: establecer bases desde las cuales se pudieran atacar las rutas marítimas y aéreas japonesas; neutralizar la base de Truk, aislada ya en aquellos momentos; apoyar ulteriores ofensivas contra las Palau, las Filipinas, Formosa y China, y, por último –y este era el objetivo primordial– iniciar los bombardeos del archipiélago japonés con la superfortalezas volantes *B-29*.

La Operación «Forager» incluía el ataque anfibio y la conquista de tres bases japonesas fortificadas –Saipan, Tinian y Guam–, situadas a más de 1000 millas de distancia del fondeadero de Eniwetok y a casi 3300 de Pearl Harbor. La flota de las Marianas, la más potente que jamás se viera en el Pacífico, estaría constituida por 535 buques, entre unidades de guerra y navíos auxiliares, y alrededor de 128.000 hombres. Las innumerables exigencias logísticas de una flota semejante, a tanta distancia de las bases más próximas, eran verdaderamente increíbles.

Saipan: primer objetivo de las Marianas

Saipan iba a ser el primer objetivo aliado en las Marianas. Esta elección obedecía al hecho de que dicha isla constituía la base aérea más próxima al corazón del Imperio japonés, y podría ser aprovechada por los *B-29* en futuras incursiones. Una rápida conquista de Saipan permitiría, además, aislar a las fuerzas aéreas niponas en Guam de las que se hallaban en la metrópoli. Esta decisión, como la mayoría, fue tomada también por el comandante en jefe de los sectores del océano Pacífico, almirante Chester W. Nimitz.

A las órdenes inmediatas de Nimitz, encargado de la dirección de todas las fuerzas empeñadas en la Operación «Forager», se hallaba el almirante Raymond A. Spruance, comandante de la 5.ª Flota americana.

El mando de Spruance comprendía tres fuerzas principales: la 58.ª *Task Force* de portaaviones rápidos, al mando del vicealmirante Marc A. Mitscher, la 57.ª *Task Force* (de aviones con base en tierra), al mando del vicealmirante John H. Hoover, y el Cuerpo Expedicionario combinado, al mando del vicealmirante Richmond K. Turner.

Este Cuerpo constaba de una fuerza de ataque septentrional, destinada a Saipan y a Tinian, y de una fuerza de ataque meridional, destinada a Guam. El almirante Turner asumió también el mando directo de la fuerza de ataque septentrional.

Todas las fuerzas terrestres, denominadas tropas expedicionarias, pasaron a las órdenes del teniente general del Cuerpo de *marines*, Holland M. Smith; quien ostentaba asimismo un segundo cargo: el de comandante general de las tropas septentrionales y de la fuerza de desembarco.

Los oficiales encargados de la planificación habían fijado, en los primeros días de abril, los objetivos, fechas, dependencias del mando y asignación de las tropas. A fines de mayo, el Cuerpo Expedicionario de Turner se hallaba ya navegando rumbo a Saipan, vía Eniwetok.

El 11 de junio (cuatro días antes del ataque) la 58.ª *Task Force* de Mitscher efectuó un intenso bombardeo sobre Saipan, Tinian, Guam, Rota y Pagan. La primera oleada de cazas americanos destruyó 150 aviones japoneses, y durante dos días consecutivos Saipan y las otras islas cercanas se estremecieron bajo las explosiones de centenares de toneladas de alto explosivo. Los japoneses replicaron, con poca seguridad, mediante ataques aéreos cuya eficacia no pasó de simples acciones de hostigamiento.

El primer cañoneo de Saipan y de Tinian se inició el 13 de junio, a cargo de los acorazados, cruceros y destructores de Mitscher. Al día siguiente se unieron a estas unidades algunas de las pertenecientes a la fuerza de ataque septentrional y meridional. El ininterrumpido bombardeo redujo parte de las instalaciones militares en las playas a un montón de hierros retorcidos, arrasando completamente otras, si bien algunas, más pequeñas, pero más importantes, lograron escapar a la destrucción.

Bajo la protección de los aviones americanos y del fuego de los cañones de los buques de guerra, tres patrullas de zapadores submarinos, cada una de ellas formada por unos 16 oficiales y 80 hombres, alcanzaron a nado los arrecifes que bordeaban las playas de Saipan, a fin de inspeccionar y descubrir la posible colocación de obstáculos o minas por parte de los japoneses. Una de las patrullas cayó bajo el fuego enemigo, tuvo siete heridos y sólo pudo escapar de tan difícil situación gracias a la cortina de humo lanzada sobre la zona por el destructor *Wadleigh* y por el acorazado *Tennessee*; las otras patrullas regresaron sin novedad, portadoras de noticias francamente alentadoras: no había en la zona ni obstáculos ni minas. También proporcionaron valiosas informaciones acerca de otros muchos detalles: naturaleza de los arrecifes, profundidad de las aguas, canales, corrientes, resacas y mareas. No obstante, sus noticias acerca de las defensas del enemigo y del armamento instalado en las playas, hicieron perder a los americanos toda esperanza de que el desembarco fuera algo tan sencillo como «un simple paseo».

En tierra, en la profundidad de las grutas donde tenía su puesto de mando, el teniente general Yoshitsugo Saito esperaba el ataque. Un mes antes ya había ordenado a sus unidades de Saipan, Tinian y Pagan que iniciasen «la inmediata construcción de posiciones defensivas que, una vez ultimadas, permitirían aniquilar sobre la playa a la fuerza enemiga de desembarco».

La línea costera de Saipan no ofrecía muchas playas adecuadas para un ataque anfibio en amplia escala. El general Saito dedujo, con gran precisión, cuáles serían los puntos que las fuerzas americanas eligirían para intentar el desembarco, y, de acuerdo con esta previsión, dislocó sus fuerzas. Se trataba de tropas que, para compensar los puntos débiles de las fortificaciones, disponían en grado sumo de uno de los factores más importantes para una defensa eficaz: cada uno de los 31.629 defensores de Saipan (25.469 soldados y 6160 marineros) estaban dispuestos a dar su vida por la defensa de la isla.

El atronador amanecer

Al amanecer del día del ataque (15 de junio) empezó a oírse un rumor, como el de un prolongado trueno, cuando los barcos de guerra americanos empezaron a disparar una salva tras otra sobre Saipan, en especial sobre las playas de la costa occidental, elegidas para el desembarco.

Las cuatro playas septentrionales fueron confiadas a la 2.ª División de *marines* del general de división Thomas E. Watson; las cuatro meridionales a la 4.ª División de *marines*, del general de división Harry Schmidt. En la planificación se había dejado un vacío, entre ambas divisiones, para evitar un canal de aguas profundas que se abría al largo de Charan Kanoa y que los japoneses, probablemente, defenderían con particular encono; después del desembarco, el ala derecha de Watson efectuaría una conversión en dirección a Charan Kanoa para tomar contacto con el ala izquierda de Schmidt.

Mientras las primeras oleadas de tractores anfibios (LVT) avanzaban hasta unos 700 metros de la playa, los aparatos de los portaaviones americanos empezaron a ametrallar la costa.

Entre tanto, siete de los barcos encargados de efectuar el bombardeo y varios buques de transporte, que llevaban a bordo los regimientos de reserva, efectuaban un ataque diversivo al norte de Garapan. Sin embargo, este movimiento, cuidadosamente preparado y que comprendía tam-

9 de julio.- Cesa toda resistencia organizada japonesa

7 de julio.- Contraataque final japonés

DIV. DE INFANT. 27

4.ª DIV. MARINES

Saipan

15 de junio.- Desembarco de la 2.ª DIV. MARINES (Watson)

17 de junio.- Desembarco de la DIV. DE INFANT. 27 de reserva (R. Smith)

15 de junio.- Desembarco de la 4.ª DIV. MARINES (Schmidt)

24 de julio.- Desembarco de la 4.ª DIV. MARINES (Cates)

25 de julio.- Desembarco de la 2.ª DIV. MARINES

Noche del 24/25 de julio.- Fracasa el contraataque de Ogato

2.ª DIV. MARINES

4.ª DIV. MARINES

Tinian

OCÉANO PACÍFICO

24 de julio.- La 2.ª DIV. MARINES de reserva (Watson) lanza un ataque diversivo

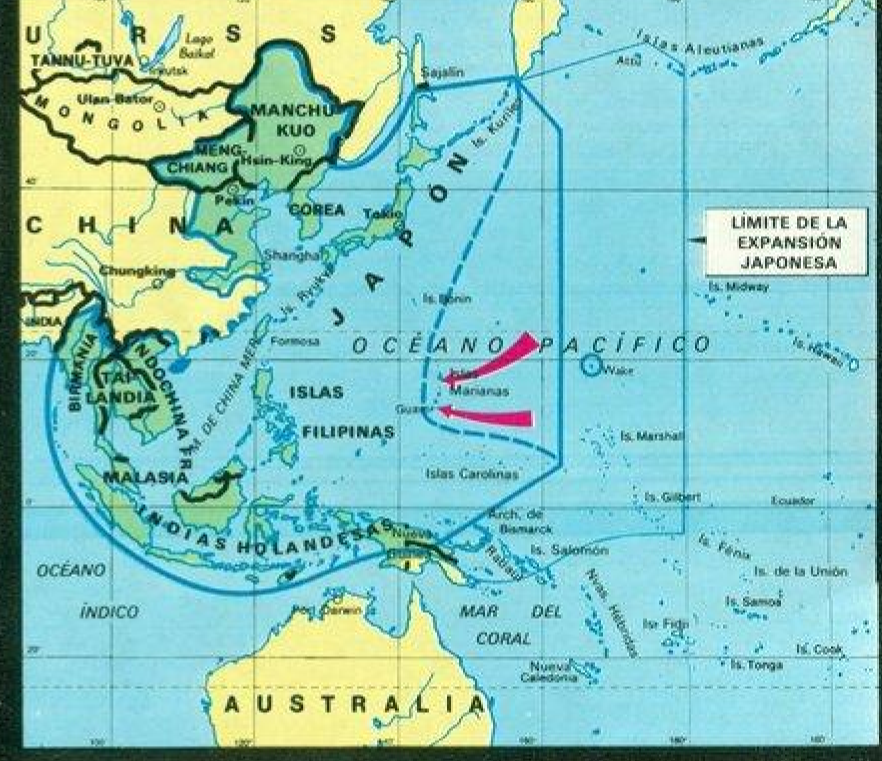
1.º de agosto. Cesa toda resistencia organizada japonesa tras el fracaso del contraataque final

Aeródromos

Principales contraataques japoneses

Ataques lanzados por los marines y la infantería americana

Abajo: después de la conquista de las islas Marshall, las Secciones operativas de las Fuerzas americanas propusieron desencadenar un ataque contra las islas Marianas, cuyo dominio era de vital importancia para las sucesivas operaciones contra el imperio japonés. Acciones ofensivas lanzadas desde bases situadas en dichas islas permitirían a los americanos cortar las líneas de comunicación japonesas con sus posiciones meridionales, desencadenar ataques contra las Palaos y las Filipinas y efectuar bombardeos aéreos masivos contra el mismo archipiélago del Japón. De las tres islas principales de las Marianas –Saipan, Tinian y Guam– la primera en sufrir el ataque americano, el 15 de junio de 1944, fue Saipan (a la izquierda), cuando la 2.ª y la 4.ª División de *marines* desembarcaron al norte y al sur de Punta Afetna. Después de haberse asegurado el dominio de la parte meridional de la isla, las tropas americanas, que el 27 de junio fueron reforzadas con la División 27, avanzaron hacia el Norte. Su avance fue lento, pero incontenible: tras arrollar los últimos núcleos de resistencia en Punta Marpi, el 9 de julio de 1944 los norteamericanos completaron la conquista de Saipan. El 24 de julio se inició el ataque contra Tinian, con elementos de la 4.ª División de *marines*, por la parte noroccidental de la isla; mientras tanto, la 2.ª División de Watson efectuaba un ataque diversivo contra las playas de la capital. Apoyada por el intenso bombardeo naval y por el de los aviones que tenían ya su base en Saipan, la 4.ª División aniquiló pronto las defensas costeras japonesas y luego prosiguió rápidamente hacia el interior. En las alturas situadas al sur de la isla se desarrollaron sangrientos combates, mas el 1 de agosto, después del fracaso de la última carga *banzai*, Tinian quedó en poder de los americanos.



bién la intervención de los medios de desembarco, no engañó a Saito, quien no introdujo ninguna modificación en el despliegue de sus fuerzas.

Los primeros en llegar a tierra fueron los llamados «anfibios acorazados» o «carros de combate anfibios», armados con obuses de 75 mm. Estos monstruos enormes, pero muy vulnerables, sufrieron pérdidas gravísimas; afortunadamente, tras ellos llegaron en seguida los LVT cargados de tropas. Al cabo de veinte minutos, 700 LVT y 8000 soldados estaban ya en tierra.

La anchura del espacio existente entre ambas divisiones casi se había doblado a causa de un imprevisto desplazamiento hacia el Norte del flanco derecho de la 2.ª División, a consecuencia de una fuerte corriente.

Para establecer un sólido contacto entre las dos divisiones, se requirieron varios días de duros esfuerzos, puesto que el área Punta Afetna-Charan Kanoa era un entresijo de trincheras y de reductos que los japoneses defendían palmo a palmo y con la mayor obstinación.

A lo largo de todo el arco de la cabeza de desembarco, *marines* y japoneses combatían cuerpo a cuerpo. Saito había dicho a sus hombres que «aniquilaran a las unidades de desembarco enemigas sobre la playa», mientras Holland Smith ordenaba a sus *marines* rastrillar las playas y lanzarse rápidamente hacia el interior. Una u otra de ambas partes tendría que ceder.

Lenta, pero inexorablemente, la aplastante potencia de fuego de los norteamericanos se mostró decisiva. Si bien los morteros y la artillería japonesa martilleaban sin tregua la cabeza de desembarco, los *marines* fueron aniquilando uno tras otro los núcleos de resistencia enemigos y avanzando de tal modo que, por la noche, las dos divisiones ya constituían dos cabezas de desembarco aisladas, cada una de casi 4500 metros de anchura y casi un kilómetro de profundidad. Era indudable que los japoneses contraatacarían; pero ¿dónde? ¿y cuándo?

Para la 2.ª División de Watson, la respuesta a estas preguntas fueron las vibrantes notas de una corneta japonesa. Sus notas llegaron a la zona de Garapan a las tres en punto y el contraataque se produjo inmediatamente. Al instante, bengalas luminosas lanzadas desde los buques, permitieron arrojar sobre los japoneses un verdadero huracán de mortífero fuego, y pocas horas después, a la luz del nuevo día, pudieron contarse sobre el campo de batalla 700 cadáveres de soldados nipones.

En la zona de la 4.ª División, la situación se desarrolló de modo parecido. En la oscuridad de las últimas horas de la noche, los japoneses desencadenaron un decidido ataque contra la parte meridional de la cabeza de desembarco; pero, a excepción de algunas penetraciones de importancia secundaria, los atacantes fueron rechazados, sufriendo graves pérdidas. La segunda jornada vio la reanudación de los duros combates que caracterizaron el día anterior, mas los *marines* continuaron avanzando metro a metro. Y al anochecer, los jefes americanos se preguntaron nuevamente: «¿Dónde? ¿Cuándo?».

Entonces el general Saito ya había tomado una decisión. A las 3,30 envió un regimiento de carros, un regimiento de infantería y una fuerza naval especial de desembarco contra el saliente nororiental de la cabeza de desembarco de la 2.ª División; pero este ataque japonés resultó un fracaso. Algunos carros de combate fueron desplazándose de una parte a otra sin ningún objetivo preciso, otros se empantanaron, otros se lanzaron adelante con ciega determinación. Sin preocuparse de su despliegue, los vehículos japoneses acabaron por aproximarse demasiado a las defensas contracarros norteamericanas, y así, al amanecer, 31 carros de combate nipones, puestos fuera de combate, se hallaban inmóviles junto a la línea de los *marines*.

La infantería japonesa no obtuvo mejores resultados, dejando varios centenares de hombres muertos en el terreno.

En dos días y dos noches de combates casi ininterrumpidos, las fuerzas americanas sufrieron cerca de 2500 bajas. Para sostener el impulso y hacer frente a las exigencias de la que prometía ser una campaña larga y difícil, Smith decidió desembarcar y empeñar en batalla su reserva, esto es, la División de infantería 27, al mando del general de división Ralph C. Smith.

El Ejército entra en acción

Apenas desembarcadas, las tropas desplegaron sobre el flanco derecho de la 4.ª División y, en unión de los *marines*, avanzaron hacia la costa oriental, apoderándose por el camino del aeródromo de Aslito. Un regimiento del Ejército debía afrontar todavía la difícil zona de Punta Nafutan, en el extremo meridional de Saipan, y Holland Smith decidió asumir personalmente, para las operaciones de limpieza, el mando de dicho regimiento, lo que, evidentemente, no agradó al general Ralph Smith, puesto que ello era contrario a sus órdenes. Esta difícil tarea la facilitaron al fin, una semana más tarde, los propios japoneses al retirarse sobre el promontorio, saliendo así de aquella trampa mortal para desencadenar una serie de audaces, aunque suicidas ataques, contra el aeródromo de Aslito y la retaguardia de la 4.ª División.

Habiéndose asegurado de este modo el dominio de la parte meridional de Saipan, la fuerza de desembarco americana efectuó una conversión hacia el Norte apoyándose en el flanco izquierdo de la 2.ª División, todavía sólidamente afianzada al sur de Garapan. Entre tanto, la retirada de los buques de guerra americanos de las aguas de Saipan, en previsión de una inminente batalla naval, devolvió un poco de optimismo a los japoneses, pues su partida parecía demostrarles que estaban llegando refuerzos. Pero, poco después, la reaparición de los navíos, tras la batalla del mar de Filipinas, reveló claramente a los sitiados defensores que su situación era desesperada y que estaba trazado su destino.

Sin embargo, una semana después del desembarco, las fuerzas de Holland Smith sólo controlaban la mitad meridional de Saipan, pues el avance a través del terreno bajo y relativamente pendiente de la parte central de la isla fue lento. Desplegadas y dispuestas para el decisivo ataque hacia el Norte, las tropas americanas se hallaban ahora frente a una zona mucho más inaccesible, que comprendía las majestuosas cimas del monte Tapotchau y las escarpadas vertientes de la península de Kagman. De pronto se encontraron sobre un terreno calcáreo, sembrado de grandes cavidades naturales y que descendía en rápidos y profundos barrancos: un terreno ideal para los defensores japoneses.

Como el frente, correspondiendo al saliente del Kagman, se extendía más de 3 km, Holland Smith desplegó la División 27 del Ejército de Ralph Smith entre las dos divisiones de *marines*.

Holland Smith entra en escena

Mientras tanto, las unidades de *marines* habían avanzado rápidamente, lo que creó algunas brechas peligrosas en el frente norteamericano. Holland Smith exhortó entonces a Ralph Smith para que hiciera avanzar con la mayor rapidez a su división, a fin de conservar el ritmo de los *marines*, y cuando le pareció que la División 27 no adelantaba con el ritmo requerido, el Smith de los *marines* destituyó del mando al Smith del Ejército, con lo que concluyó una larga controversia. Muchos opinaron que aquella destitución no era justa, pero nadie dudó del derecho que tiene un superior de destituir a un subordinado cuyo comportamiento no le satisface.

Ralph Smith fue sustituido interinamente por el general de división del Ejército Sanderford Jarman, quien asumió las funciones de jefe de la División 27 desde el 24 al 28 de junio, cuando ocupó su puesto el también general de división del Ejército George W. Griner. Bajo la guía de Jarman y de su sucesor, la división mejoró su propio despliegue, recuperando el perdido impulso y mostrándose capaz de mantenerlo.

Entre tanto, las dos divisiones de *marines* avanzaban inexorablemente. La División 4 de Smith efectuó una conversión al Este, hacia la rocosa península de Kagman, encontrando tan sólo una débil oposición; rastrilló rápidamente la zona para eliminar algunos grupos de obstinados japoneses aislados y se preparó para atacar nuevamente hacia el Norte.

El ala derecha de la 2.ª División de Watson, remontó las difíciles vertientes del monte Tapotchau. La conquista del monte Tipo Pale, que dominaba las vías occidentales de acceso al citado Tapotchau, facilitó en cierta medida la maniobra; mas la propia cima parecía inalcanzable y todos los intentos de los *marines* fracasaron una y otra vez. Sin embargo, al final, la constante presión realizada en dirección a las posibles vías de acceso, obligó a los defensores a dividirse, lo que permitió a un pequeño grupo de atacantes remontar el flanco derecho del bastión montañoso hasta la cumbre. Llegados allí, los *marines* resistieron el fuego de la artillería japonesa y un decidido contraataque; por último, después de diez días de lucha, la altura clave de la isla cayó en manos de la fuerza de desembarco.

Dominando ya más de la mitad de la isla, Holland Smith ordenó de nuevo a su fuerza que realizara una conversión, apoyándose en el sector Sur de Garapan. En torno a este eje, los atacantes descendieron de las alturas para apoderarse de las instalaciones clave, situadas a lo largo de la llanura costera occidental y que comprendían Garapan, Punta Mutcho, los docks de Tanapag Harbor y la base para hidroaviones. Los japoneses se opusieron tenazmente al avance americano a través del poblado de Garapan, reducido ya a un montón de ruinas, pero sus esfuerzos sólo sirvieron para retardar un final previsto.

En este punto, la División 2 abandonó su posición avanzada, ocupando su puesto la División 27 de Griner, a la izquierda, y la División 4 de Smith, a la derecha. El fin de la batalla se aproximaba: faltaba únicamente desencadenar un último ataque en el extremo septentrional de la isla.

Al entrar las operaciones en la cuarta semana, Saito comprendió que se acercaba el momento de

LA CONQUISTA DE SAIPAN Y DE TINIAN

11 de junio de 1944: la 58.ª *task force* americana inicia un violento bombardeo sobre Saipan, Tinian, Guam, Rota y Pagan.

15 de junio: las fuerzas americanas desembarcan en Saipan.

16 de junio: son rechazados los contraataques japoneses.

7 de julio: los japoneses desencadenan el último ataque masivo, pero al fin son rechazados.

9 de julio: la 4.ª División de *marines* alcanza Punta Parpi, completando así la conquista de Saipan.

24 de julio: elementos de la 2.ª División de *marines* de reserva llevan a cabo una acción diversiva al largo de las playas de la ciudad de Tinian, mientras la 4.ª División desembarca en las "playas blancas", al Norte.

31 de julio: las fuerzas americanas comienzan a atacar los últimos reductos japoneses en la parte meridional de la isla.

1 de agosto: Tinian queda bajo dominio americano.



Fusilero americano apostado junto al cuerpo de un soldado japonés muerto en el curso de una acción de limpieza en la isla de Saipan. El 7 de julio, las fuerzas americanas consiguieron detener el ataque suicida desencadenado por las tropas japonesas del general Saito, en un desesperado intento de defender la isla. (Foto GM)



Un soldado americano socorre a una mujer japonesa que se había escondido en una gruta en la parte septentrional de Saipan. Convencidos por la propaganda japonesa de que, después de los combates, serían torturados o muertos por los americanos, cientos de personas de la población civil se lanzaron a una espantosa locura suicida. *(Foto GM)*

librar su última batalla. Soldado valeroso, decidió lanzar un último y grandioso *banzai*, y en las primeras horas de la mañana del 6 de julio dirigió a los soldados japoneses su último mensaje: «Tanto si atacamos como si permanecemos en las posiciones actuales, no podemos huir a la muerte. Sin embargo, incluso en la muerte está la vida; debemos aprovechar esta última ocasión para mostrar en toda su grandeza el valor del soldado japonés. Yo avanzaré con los que aún quedan para lanzar un último ataque contra los demonios americanos, y después dejaré mis cenizas en Saipan, al borde del Pacífico».

A las 4,45 horas del 7 de julio, la última oleada de los guerreros de Saito, se batió contra el regimiento de la izquierda de la División 27. Gracias a su propio impulso y a su arranque suicida, el ataque traspasó las líneas americanas, y aun sufriendo pérdidas cuantiosas los japoneses no se detuvieron. Decenas de soldados de la División 27 americana cayeron heridos o muertos bajo la violencia de aquel asalto.

Inmediatamente después fueron los artilleros *marines*, en posición tras las líneas de la infantería, quienes sufrieron la impetuosa violencia de aquel *banzai*. Los *marines* acogieron la oleada nipona disparando a quemarropa con sus obuses de 105 mm. Pero incluso dejando sobre el terreno 400 muertos, los japoneses continuaron su carrera y hasta los *marines* fueron arrollados.

El fulminante y violento ataque japonés agotó finalmente su ímpetu ante un puesto de mando americano, donde cocineros, panaderos, mecanógrafos y oficiales de Estado Mayor, consiguieron mantenerse firmes. Las sucesivas operaciones de limpieza descubrieron un campo de batalla literalmente cubierto de cadáveres, en su mayor parte japoneses.

Hacia la autodestrucción

Los pocos japoneses supervivientes, ahora en pequeños núcleos aislados, continuaron su impulso hacia la autodestrucción, propia de la tradición del *banzai*, y durante algunas noches siguieron lanzando ataques desesperados. Pero, al fin, apenas aquella furia se aplacó, la 4.ª División de *marines* asumió el control de todo el frente y reanudó su avance hacia Punta Marpi.

El almirante Turner declaró la isla bajo su completo dominio a las 16,15 horas del 9 de julio de 1944. Pero aún durante varios meses, algunos obstinados japoneses permanecieron al acecho, ocultos en profundas grutas y en medio de los espesos bosques.

Entre tanto, cientos de paisanos de Saipan, que habían buscado refugio en las grutas de las costas septentrionales, se abandonaban a una espantosa locura suicida. Convencidos por la propaganda japonesa de que los americanos los torturarían y matarían, se suicidaban, abrazados a sus hijos, lanzándose sobre las puntiagudas rocas o a las aguas del océano. Algunos americanos que conocían el dialecto local, trataron de disuadirles, mas casi todos los esfuerzos fueron vanos. Para los veteranos norteamericanos, el histerismo suicida de la población civil de Punta Marti, fue la escena más espantosa que coronó la sangrienta conquista de Saipan.

Pero, horrorizados o no, los hombres de las fuerzas de desembarco, que habían tenido más de 12.000 bajas (3229 muertos y 8912 heridos) tenían que prepararse para la siguiente batalla. No quedaba mucho tiempo. En efecto, el ataque contra Tinian, segundo objetivo de las Marianas, se lanzaría unos quince días después.

Los 9000 hombres que constituían la guarnición de Tinian estaban bajo el mando del coronel Keishi Ogata, quien sabía ya que la batalla de Saipan había resultado desastrosa para sus compatriotas y preveía que los americanos dirigirían ahora su atención sobre Tinian; pero no veía razón alguna para modificar su plan defensivo, elaborado desde hacía varios meses y ultimado con extremo cuidado. Ogata estaba convencido de haber utilizado, del mejor modo posible, los recursos de que disponía a fin de imponer a los americanos un duro tributo.

La línea costera de la isla constituía su elemento defensivo más importante: exceptuando la zona en torno a la ciudad de Tinian, donde la costa ofrece un acceso bastante fácil a la llanura interior, la isla está casi enteramente rodeada de rocas cortadas a pico, que se alzan directamente desde el mar. Este sólido cinturón protector está interrumpido tan sólo por una playa cuya anchura es de unos 100 metros, en la bahía de Asiga, en la costa oriental, y por dos bahías estrechas y profundas cerca del extremo nororiental.

Todas las esperanzas de Ogata se centraban en la posibilidad de que los americanos intentaran el desembarco en las proximidades de la ciudad de Tinian o en la bahía de Asiga; pero, incluso asignando a esta última cierto número de elementos útiles para la defensa, prefirió concentrar el grueso de sus fuerzas en torno a la primera. Decidió que las pequeñas playas noroccidentales –si «playas» podía llamárselas– sólo merecían un puñado de defensores, que podrían aniquilar fácilmente cualquier intento furtivo de desembarco.

¿Era lógica esta decisión? Ciertamente. Tal previsión era, en efecto, lógica, tanto para los japoneses como para los americanos.

Casi desde el principio de las operaciones, la mayoría de los oficiales americanos adscritos a la planificación habían prestado más atención a la idea de lanzar un ataque diversivo de grandes proporciones en las playas más próximas a la ciudad de Tinian, para permitir a las tropas de asalto desembarcar sin ser vistas en cualquier otro sector. Todos los elementos de información disponibles confirmaban que el coronel Ogata estaba menos dispuesto a enfrentarse con un desembarco en las estrechas bahías noroccidentales –denominadas «playas blancas»– que en cualquier otra zona costera. Mas la «playa blanca número 1» sólo disponía de unos 50 metros aprovechables para el paso de medios anfibios y la «playa blanca número 2» no contaba con muchos más. ¿Podría una gran fuerza de desembarco desenvolverse sobre playas tan reducidas? ¿Qué ocurriría si las vías de acceso estuvieran minadas?

Se decide avanzar

Para responder a estas preguntas, algunos hombres rana, la noche del 10 y del 11 de julio, exploraron furtivamente las zonas en cuestión, regresando con la noticia de que las «playas blancas» parecían estar libres de minas así como de otros obstáculos artificiales.

Con estas informaciones, los oficiales superiores se reunieron en el buque insignia para tomar la difícil decisión. Tras un breve cambio de impresiones, Turner anunció su decisión: desembarcar en las «playas blancas». Los demás estuvieron de acuerdo.

La aparición de una potente *Task Force* frente a la ciudad de Tinian, en las primeras horas de la mañana del 24 de julio, le pareció al coronel Ogata una confirmación de sus previsiones. Esta convicción se reafirmó cuando el fuego de apoyo de las unidades navales empezó a martillear las playas cercanas y los *marines* de la 2.ª División de Watson iniciaron su descenso por las redes hasta los medios de desembarco. Las baterías costeras niponas aguardaron, inmóviles y silenciosas, hasta que el acorazado *Colorado* y el destructor *Norman Scott* estuvieron a su alcance. Entonces, una batería de tres cañones de 152 mm, oculta en una caverna, abrió el fuego, alcanzando al *Colorado* veintidós veces y seis al *Norman Scott*. Pero este primer éxito de los japoneses fue muy breve, pues el fuego de las dos unidades alcanzadas y las salvas de refuerzo del crucero *Indianapolis* y el destructor *Remey*, redujeron pronto al silencio a las baterías japonesas.

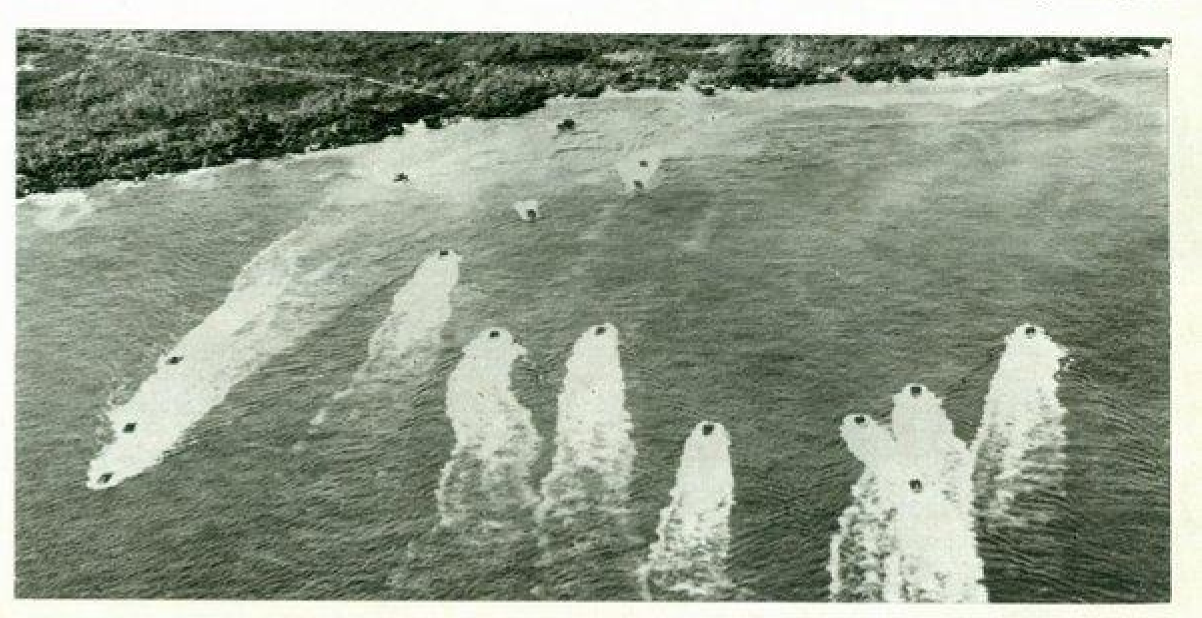
En el breve y violento duelo artillero, el *Colorado* y el *Norman Scott* registraron un total de 62 muertos y 223 heridos, siendo en esta acción en la que Ogata obtuvo los mejores resultados.

Menos actividad en las playas

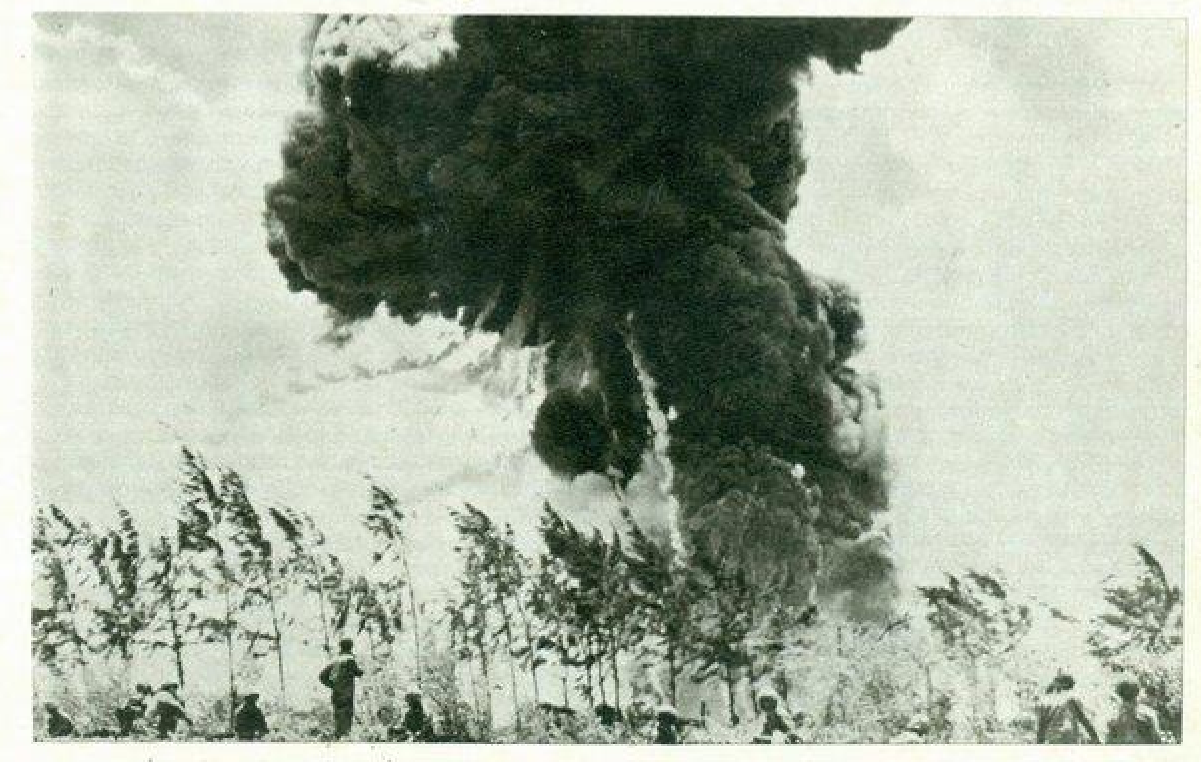
Al largo de las «playas blancas» no había tanta actividad. Pero mientras trece batallones de artillería americana martilleaban la parte septentrional de Tinian, desde sus zonas de despliegue en Saipan, algunos LVT, llevando a bordo elementos de la 4.ª División de *marines*, empezaron a dirigirse hacia ellas. El nuevo jefe de la gran unidad, general de división Clifton B. Cates, decidió enviar un regimiento a cada una de las dos playas pequeñas, aceptando incluso el riesgo de crear cierta confusión, a fin de lograr que afluyeran rápidamente a tierra las fuerzas combatientes.

El fuego de los cañones de los navíos, aumentó su intensidad en un fragoroso *crescendo*. Las playas sufrieron el mortífero bombardeo de dos acorazados, dos destructores, un crucero y treinta cañoneros, mientras, simultáneamente, otros tres cruceros y cuatro destructores concentraban su fuego sobre las alturas de tierra adentro.

Tampoco los aviones americanos permanecían inactivos. La fuerza Aérea *P-47* del Ejército, con



Arriba: isla de Tinian, 24 de julio de 1944: la primera oleada de LVT alcanza las «playas blancas». Al atardecer, unos 15.000 *marines* habían tomado tierra, ocupando una cabeza de desembarco de 2,5 km de anchura por casi 1,5 de profundidad. Abajo: una densa columna de humo se eleva de un depósito de municiones japonés incendiado en la isla de Tinian. Tras haber rechazado los ataques desencadenados por los japoneses en las primeras horas del día 25 de julio, los *marines* avanzaron hacia el Sur, y el 1 de agosto el general Schmidt anunció que Tinian estaba ya bajo su dominio. *(US Marine Corps)-(Imperial War Museum)*



base en Saipan, experimentó en esta ocasión una nueva y terrible arma: bombas incendiarias que contenían una mezcla de petróleo, bencina y napalm.

Las balas japonesas dieron la bienvenida a los *marines* que se lanzaban fuera de sus LVT. Sobre la «playa blanca número 1», el encuentro fue breve y sangriento, y los japoneses, numéricamente inferiores, que disparaban tras las hendiduras abiertas en el cortante coral, fueron pronto arrollados por la potencia de fuego de la compañía avanzada americana. En la «playa número 2» las cosas no fueron mejor. Dos casamatas habían sobrevivido milagrosamente al bombardeo, y sus ocupantes abrieron fuego con sus piezas desplegadas en función antidesembarco y contracarros, así como con armas portátiles; pero los *marines* lograron quedar fuera de la zona batida, destruyendo luego los *bunkers* y sus ocupantes. Ulteriores dificultades crearon las minas dispuestas en las playas y no señaladas en el curso del reconocimiento: tres LVT y un *jeep* saltaron por los aires antes de que los especialistas pudieran localizar un centenar de minas.

Pero, al anochecer, las tropas niponas habían sido arrolladas. De los 40.000 soldados americanos que habían de desembarcar en Tinian, más de 15.000 se encontraban ya en tierra, ocupando una cabeza de desembarco de casi 2,5 km de anchura por casi 1,5 de profundidad. Las bajas por las fuerzas de desembarco en aquel primer día fueron tan sólo de 15 muertos y 225 heridos.

El sistema de comunicaciones de Ogata, totalmente desorganizado y casi destruido no estaba en condiciones de poder proporcionarle las informaciones que necesitaba. Sin embargo, ya antes del anochecer, comprendió que había sido burlado; los americanos habían desembarcado en fuerza y los cañones de las baterías costeras que aún funcionaban no podían desplazar sus bocas de fuego hasta los 90 grados necesarios para alcanzar la cabeza de desembarco enemiga. Comprendió también que al día siguiente la situación aún sería peor. Ogata tomó, entonces, una decisión: ¡atacar!.

Dejando en torno a la ciudad de Tinian un solo batallón para detener los desembarcos que, según seguía creyendo, intentarían los americanos en aquella zona, desplazó el resto de sus unidades móviles contra la cabeza de desembarco de la 4.ª División, atacando sucesivamente el flanco septentrional, la parte central y la meridional. Poco después de medianoche, el ritmo de fuego de la artillería japonesa se hizo cada vez más intenso, y dos horas más tarde, 600 japoneses se lanzaban gritando contra los *marines* desplegados en el flanco izquierdo. El ataque nipón fue rechazado.

La acción contra la parte central de la cabeza de desembarco se realizó después de que una serie de patrullas llevaran a cabo algunas acciones limitadas, a fin de localizar los posibles puntos débiles. El ataque más violento se lanzó a las 2,30. Detenidos y obligados a retroceder por los *marines*, los atacantes se reorganizaron y arremetieron de nuevo, y esta vez unos 200 japoneses consiguieron sobrepasar las líneas americanas y avanzar en profundidad hasta el interior de la cabeza de desembarco. Mas los artilleros de los *marines* no se dejaron intimidar y rápidamente desbarataron al exiguo contingente japonés.

El primer síntoma del inminente ataque por el flanco derecho se produjo a las 3,30 horas, cuando los *marines* oyeron a lo lejos el típico rumor de unos carros de combate que descendían a lo largo de la carretera costera y se dirigían hacia ellos. Cuando los buques de guerra iluminaron el campo de batalla con bengalas luminosas, los *marines* abrieron fuego con las piezas de 75 mm de sus vehículos orugas, con cañones de 37 mm y con *bazookas*, haciendo saltar por los aires a los cinco carros de combate. Pese a ello, la infantería japonesa continuó atacando con salvaje violencia hasta el amanecer. Los soldados nipones supervivientes se suicidaron.

Al clarear el día, ante las posiciones de la 4.ª División, se hallaban diseminados los cadáveres de 1241 japoneses; en aquel último y frenético esfuerzo, Ogata acababa de perder gran parte de su guarnición. Y aunque en aquel momento los *marines* no estaban en condiciones de poder darse cuenta de ello, el comandante japonés ya sólo podría lanzar contra sus adversarios un *banzai* a gran escala.

La carrera hacia el Sur

La 2.ª División de *marines* de Watson tomó tierra el 25 de julio, al día siguiente del ataque; inmediatamente, algunos de sus elementos atacaron hacia el Norte, a fin de asegurarse el control de Punta Ushi, mientras otras unidades cruzaban el aeródromo abandonado. Obstaculizados apenas por pequeñas bolsas de resistencia, los atacantes avanzaron rápidamente hasta alcanzar la costa oriental; luego efectuaron una conversión hacia el Sur y se unieron a la 4.ª División. Ésta, entre tanto, utilizando carros de combate, lanzallamas y escuadras de zapadores, había conseguido neutralizar toda resistencia en las pendientes del monte Maga y del monte Lasso, asegurándose, por último, el control de las alturas.

En su carrera hacia el Sur, la fuerza de desembarco utilizó la técnica de «abrirse paso a codazos»: gracias a este sistema, las divisiones podían avanzar una después de otra, apoyadas por la masa de artillería. El avance a través de la zona llana central de la isla se desarrolló sin encontrar, prácticamente, ninguna resistencia, pues Ogata ya había retirado el grueso de sus tropas supervivientes a las inaccesibles alturas que cubren el extremo meridional de la isla. Entre el montón de ruinas de la ciudad de Tinian, los americanos sólo encontraron, al penetrar en ella, a un solitario defensor, que opuso una resistencia tan fanática como inútil.

Tras una semana escasa del comienzo de la operación, las tropas septentrionales y la fuerza de desembarco de Schmidt ya tenían bajo su dominio casi el 85 % de la isla de Tinian. Pero ahora los *marines* se encontraban ante una serie de escarpadas alturas que se extendían sin interrupción de una parte a otra de la isla; al otro lado de este formidable obstáculo se hallaban, asediadas, las tropas de Ogata, dispuestas a oponer su última resistencia.

El fuego de preparación contra estas alturas fue intensísimo. Antes del ataque, iniciado el 31 de julio, los buques de guerra y los aviones arrojaron 684 toneladas de explosivos sobre ellas, y por si esto fuera poco, la artillería de la fuerza de desembarco también las martilleó.

Al término de este fragoroso preludio, los *marines* avanzaron a través de la amplia llanura en dirección a las montañas. De pronto, desde la oscuridad protectora de grutas y desfiladeros empezó a surgir un nutrido fuego de armas portátiles, y cuando algunos carros de combate americanos entraron en acción un cañón contracarro japonés, de 47 mm, situado en una posición enmascarada, abrió fuego sobre ellos. Uno de los carros de combate fue alcanzado siete veces y otro tres, antes de que los *marines* pudieran localizar y destruir el cañón. En otro sector, los medios acorazados de los *marines* cayeron en un campo minado, que puso fuera de combate a un carro e impidió el avance de los demás. Pero, si bien con gran esfuerzo, los *marines* consiguieron ir ganando terreno, palmo a palmo, y al caer la tarde ya se habían asegurado dos puntos de apoyo en la cima de la altura.

El terreno conquistado por la 2ª División comprendía el doble recodo de una carretera que serpenteaba en la escarpada pendiente. Las ventajas tácticas que se derivaban del control de esta carretera de acceso eran evidentes, tanto para los japoneses como para los *marines*; la oscuridad permitió a los nipones tantear el dispositivo americano en busca de posibles puntos débiles, y a esta actividad dedicaron toda la noche. Hacia las 12, unos 150 japoneses se deslizaron furtivamente a espaldas de los *marines*, bloquearon la carretera y regresaron de nuevo a la cima, apoderándose de varios vehículos y atacando a los *marines*, por la espalda. Se produjo entonces un violento y sangriento choque cuerpo a cuerpo. Por último, un contraataque lanzado por los *marines* rechazó a los intrusos, tras lo cual fueron los propios *marines* quienes bloquearon la carretera a fin de prevenir nuevos ataques en esta dirección.

Poco antes del amanecer, más de 600 japoneses desencadenaron un violento ataque frontal contra la posición americana. En el curso de esta acción, las armas más eficaces utilizadas por los *marines* fueron los cañones de 37 mm, que lanzaban sobre las formaciones atacantes mortíferos proyectiles de metralla: en una zona de 65 metros cuadrados cayeron mortalmente heridos más de 100 japoneses. Pero los supervivientes no abandonaron el lugar hasta el amanecer. El intento japonés de rechazar a los *marines* desde la altura había fracasado.

Pronto empezaron a llegar refuerzos en masa. Y el día 1 de agosto, con una acometida, superaron los últimos kilómetros que les separaban del extremo meridional de la isla. Entonces el general Schmidt pudo declarar que Tinian estaba bajo su dominio.

Desgraciadamente, centenares de soldados de Ogata ignoraron durante algún tiempo que todo había terminado. Y así, todas las noches, salían furtivamente de sus escondrijos, en las grutas diseminadas a lo largo de la costa, para atacar fanáticamente a los *marines*; durante uno de estos ataques, 200 japoneses llegaron a poner en verdaderas dificultades a una unidad del cuartel general, que se salvó gracias a la intervención de un carro de combate *Sherman* y a un pelotón de fusileros de la Marina.

La triste historia de los suicidios en masa de los elementos de la población civil, que ya se produjo en Saipan, se repitió también en Tinian aunque, afortunadamente, en número mucho menor.

Así terminó la batalla de Tinian. Las bajas americanas ascendieron a 394 muertos y 1961 heridos. El coronel Ogata, por el contrario, perdió toda su guarnición, compuesta de 9000 hombres.

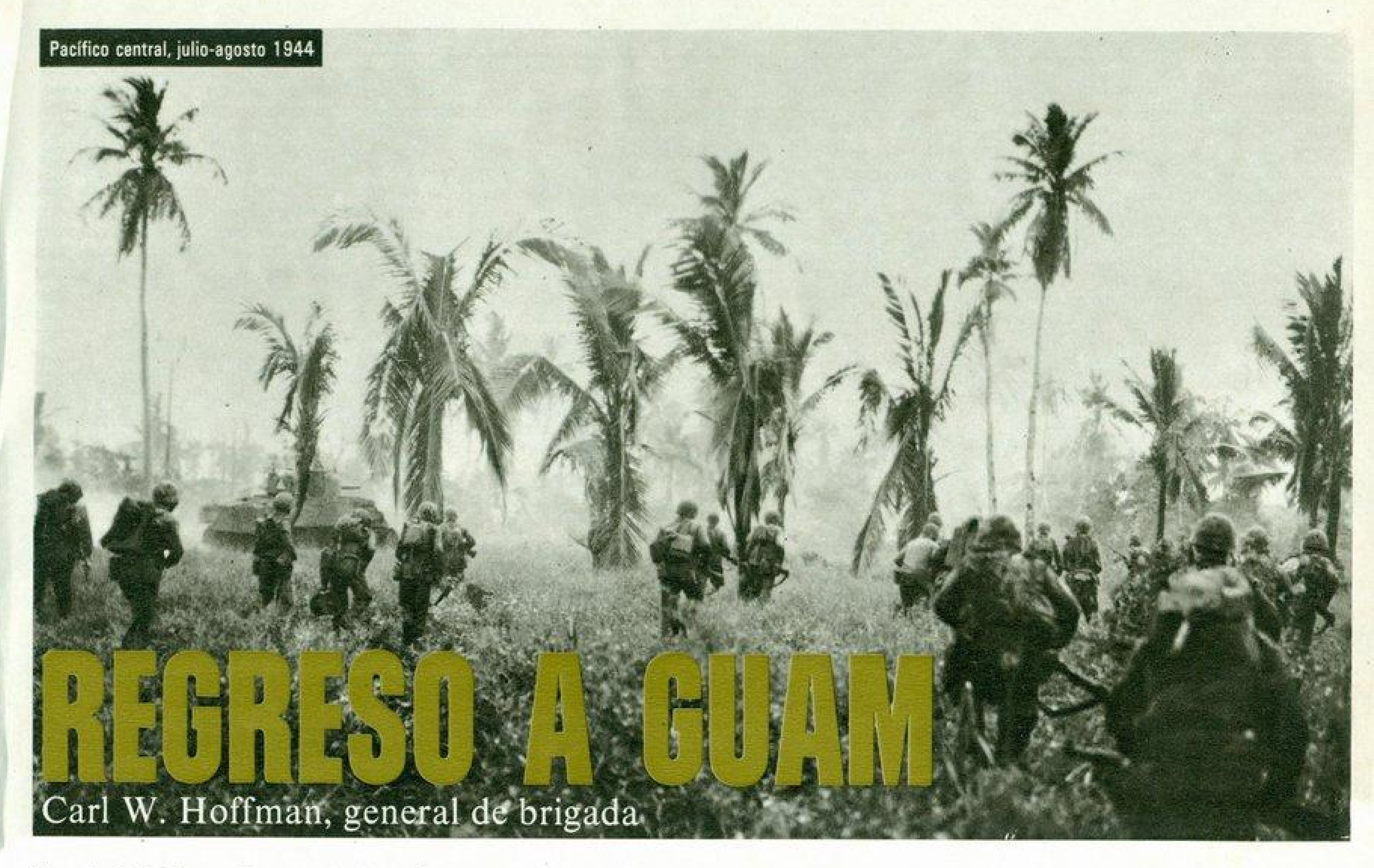
Tiempo después, Holland Smith describió el desembarco en Tinian como la «operación anfibia más perfecta de toda la guerra del Pacífico». El juicio es, desde luego, justificado, pero hay que tener en cuenta que las fuerzas americanas empeñadas en Saipan se encontraban a una distancia de 1000 millas de su base más próxima, mientras que, en el caso de Tinian, esta distancia fue sólo de tres millas.

La conquista de Tinian fue en realidad una continuación y consolidación de la conquista de Saipan, no una verdadera y propia campaña autónoma, ya que dejar a una u otra al margen hubiera significado invitar a los japoneses a observar y a comunicar a Tokio todos los movimientos de los americanos, así como tener que llevar a cabo una constante actividad de hostigamiento.

Dos de los tres objetivos estratégicos clave de las Marianas estaban ahora sólidamente en poder de los americanos. Cuando llegó a Tokio la noticia de estas conquistas americanas, el más alto consejero naval japonés se limitó a comentar: «Estamos perdidos».

C. HOFFMAN, GENERAL DE BRIGADA

Nació en 1919 e ingresó en el Cuerpo de *marines* en 1940, ascendiendo a oficial en 1942. Durante la guerra prestó servicio como jefe de sección en Guadalcanal y en Tarawa y más tarde como comandante de compañía en Saipan y Tinian. En la guerra de Corea mandó un batallón de infantería. Ha sido condecorado con la *Silver Star Medal* y con la *Purple Heart with Gold Star*. Es autor de las crónicas oficiales de la actuación de los *marines* en las batallas de Saipan y Tinian y ha publicado además numerosos artículos en revistas especializadas. El general Hoffman tiene dos licenciaturas, una por la universidad Drake y otra por la George Washington. Ha sido también secretario militar del comandante del Cuerpo de *marines*.



REGRESO A GUAM

Carl W. Hoffman, general de brigada

No cabe duda de que Guam era la isla más importante, estratégicamente, de todas las Marianas. No sólo disponía de un espléndido puerto natural –una base desde la cual sería posible controlar todo el Pacífico occidental–, sino que, además, había sido una posición americana durante más de cuarenta años antes de ser ocupada por los japoneses. Por lo tanto, su reconquista era una cuestión de prestigio para Norteamérica. El ataque siguió un sistema que ya se había convertido en habitual: la rápida y eficiente constitución de una cabeza de desembarco que estuviera en condiciones de resistir las fanáticas cargas "banzai" de los japoneses, en el curso de las cuales casi todos sus participantes preferían morir antes que darse por vencidos. Al finalizar la campaña de Guam, los Estados Unidos ya poseían una base desde la que podían atacar directamente al Japón.

Marines avanzando por el interior de la isla de Guam, atacada por las fuerzas americanas el 21 de julio de 1944. La guarnición japonesa que defendía la isla, concentrada en la zona de los desembarcos, no logró rechazar al mar a las fuerzas atacantes. (US Marines Corps)

¿Por qué liberar Guam?

Aunque no hubieran existido motivos estratégicos tan evidentes, los Estados Unidos se sentían moralmente obligados a liberar esta isla que, antes de la segunda Guerra Mundial, había sido posesión americana durante más de cuarenta años. Pero, dejando a un lado esta cuestión de prestigio, las razones estratégicas eran sumamente persuasivas. Como Saipan y Tinian, Guam disponía también de zonas muy adecuadas para la construcción de bases para los *B-29* y además, a diferencia de ellas, contaba con un excelente y protegido puerto. Desde hacía tiempo, los jefes del Estado Mayor conjunto se habían mostrado unánimes en reconocer que Guam reunía todas las características potenciales de una base avanzada ideal, desde donde los americanos podrían atacar las islas del archipiélago japonés.

Al principio, se había fijado la fecha de los desembarcos en Guam para el 18 de junio; pero, más adelante, se hizo necesario un aplazamiento a causa de dos hechos importantes: la amenaza que suponía el ataque (destinado al fracaso) de la Escuadra japonesa en dirección a las Marianas y la necesidad de empeñar a toda la División de infantería 27 en la operación de Saipan, necesidad que había dejado a la fuerza de desembarco de Guam casi sin reservas.

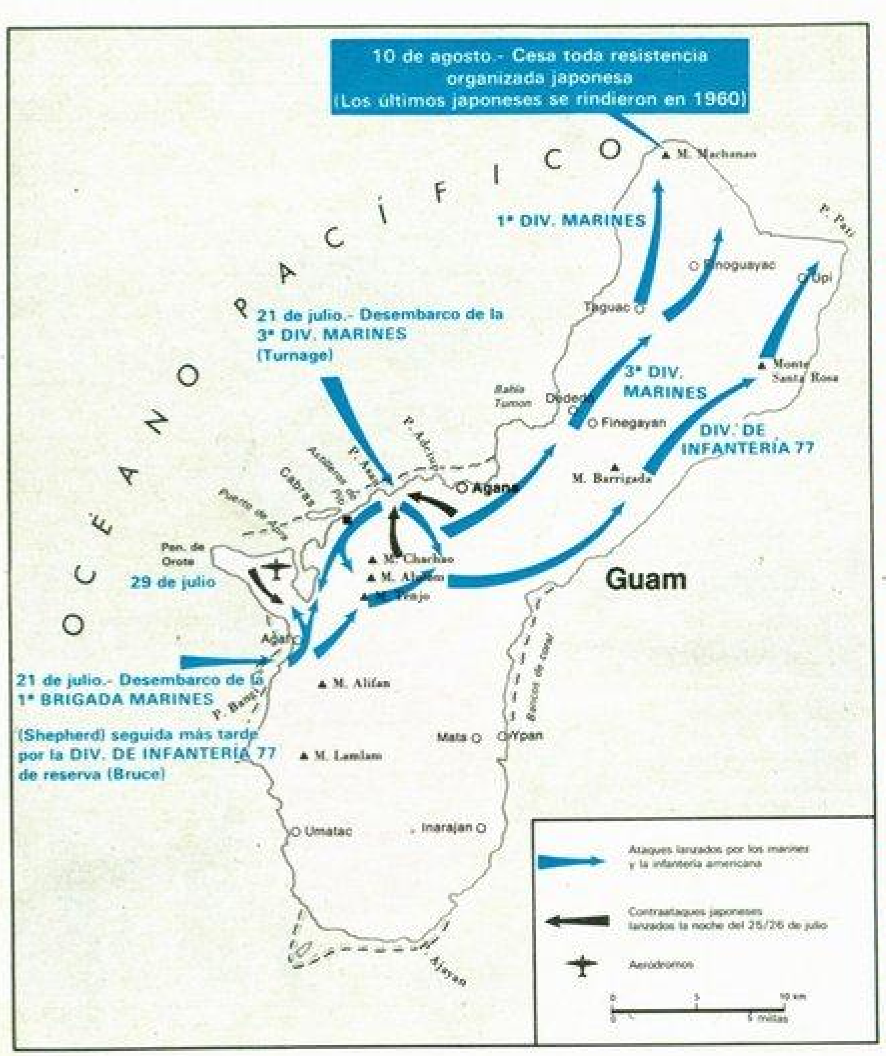
Tras el aplazamiento de la operación, las tropas tuvieron que permanecer más de 50 días en completa inactividad a bordo de los barcos de la fuerza de ataque meridional del almirante Connolly, y a medida que pasaba el tiempo, su impaciencia y la sensación de fracaso que les invadía se hacía cada vez mayor. Sin embargo, aquel retraso resultó beneficioso, pues permitió a los barcos de Connolly someter a Guam al bombardeo naval de preparación más prolongado y minucioso de toda la segunda Guerra Mundial.

La isla está rodeada de bancos coralinos, lo que hacía indispensable la utilización de tractores anfibios para el desembarco de las unidades de asalto. Enormes acantilados, cortados a pico, delimitan el perímetro costero de casi toda la parte septentrional, circunstancia que impedía a las tropas moverse en el sentido del frente de una playa a otra, y aunque cuando hacía buen tiempo, algunos tramos de las costas meridionales y sudorientales podían llegar a ser fácilmente accesibles, por regla general los vientos del Este lanzaban sobre estas playas abiertas enormes y violentas olas.

Por lo tanto, como zona realmente accesible para una operación anfibia no quedaba más que un tramo de costa de unos 25 km en la parte occidental.

Dándose cuenta de ello el comandante de la guarnición japonesa, teniente general Takeshi Takashina, había desplegado precisamente en este sector ocho de sus once batallones de infantería del Ejército, así como la mayor parte de sus piezas de artillería y carros de combate y todas las unidades de infantería de Marina, cañones antiaéreos y baterías costeras. Al principio, los otros tres batallones de infantería fueron desplazados a las amplias zonas recubiertas de jungla que se extienden en el extremo septentrional, meridional y oriental de la isla; pero, luego, cuando el bombardeo de preparación americano pareció confirmar el sector exacto de su ataque, Takashina trasladó los batallones al punto en que según toda lógica previsión, se efectuarían los desembarcos. Así, pues, casi toda la guarnición se encontraba desplegada a lo largo de la costa occidental.

Entretanto, la rapidez con que se estaban acercando los buques que transportaban hacia el escenario de la inminente batalla a la División de infantería 77, del general de división Andrew D. Bruce, permitió fijar para el 21 de julio la fecha del ataque americano, por lo que se intensificó el bombardeo. El 19 de julio, cuatro grandes acorazados concentraron el fuego de sus principales piezas de artillería sobre las playas de Agat y de Punta Asan. La elección de estos objetivos, no



El 21 de julio de 1944 a las 8,29 horas, tras un mes de intensos bombardeos, la 3.ª División de *marines*, del general de división Turnage, desembarcó en las playas de Punta Asan, mientras la 1.ª Brigada de *marines*, del general de brigada Shepherd, lo hacía en Agat. Pese a los duros y repetidos ataques japoneses, los americanos consiguieron conservar el dominio de las cabezas de desembarco; las dificultades más graves surgieron cuando intentaron avanzar hacia el interior de la isla. Entonces el enemigo se opuso violentamente al avance americano y, durante la noche del 25 al 26 de julio, siete batallones del general Takashina lanzaron una acción ofensiva en masa contra las débiles posiciones de la 3.ª División. Pero la suerte favoreció a las fuerzas estadounidenses y pronto se hizo evidente que los japoneses no tenían ninguna probabilidad de éxito: el 28 de julio se unieron los dos flancos internos de las divisiones americanas y el día 10 los *marines* alcanzaban la línea costera septentrional de Guam.

sólo indicó a Takashina el lugar exacto donde los americanos pensaban efectuar el desembarco, sino que también le permitió formarse una idea de cuál iba a ser su plan de acción... si bien, el hecho de haber intuido el plan americano no le proporcionaba, ciertamente, los medios para combatirlo. En la imposibilidad de efectuar una gran concentración de fuerzas que le permitiera hacer frente a la doble amenaza de Punta Asan y de Agat, Takashina se limitó a confirmar sus órdenes: «Conseguir, a toda costa, un triunfo desde el principio... Aniquilación total del enemigo en el instante mismo del desembarco».

«No cometáis errores», dijo por su parte el general Geiger a sus tropas en las primeras horas del día del ataque. «Será una lucha durísima, con un enemigo astuto y tenaz que combatirá ferozmente por defender su isla de esta invasión». De momento, las condiciones atmosféricas se presentaban favorables, con el mar tranquilo y cielo sereno. Apenas amaneció, los tractores anfibios empezaron a salir del interior de los LST, las lanchas de desembarco, que transportaban tropas, carros de combate y artillería se separaron de los buques de apoyo.

A las 7,40 horas, los tractores anfibios y las lanchas de desembarco, repletas de tropas, se dirigieron hacia la playa para iniciar el ataque, fijado para las 8,30. Los buques de guerra seguían volcando sobre la isla toda su mortífera potencia de fuego. En el cielo, 84 aparatos de caza y 16 bombarderos atacaban sin tregua.

A las 8,29 horas, un minuto antes sobre la hora prevista, puso pie en la playa de Asan la primera oleada de desembarco de la 3.ª División de *marines* del general de división Allen H. Turnage. Flanqueados por dos «cuernos del diablo» (Punta Adelup y Punta Asan) y teniendo frente a ellos un arco irregular de inaccesibles alturas, los *marines* avanzaron mientras los japoneses volcaban sobre la playa una lluvia de proyectiles.

Pero al término de aquella primera jornada, la cabeza de desembarco de la 3.ª División se extendía ya sobre un arco de casi 3500 metros; su profundidad variaba desde unos pocos centenares de metros, sobre la izquierda, a casi 1,5 km en el centro y en la derecha.

La conquista de esta cabeza de desembarco costó a Turnage 105 muertos, 536 heridos y 56 desaparecidos.

Durante la noche, los japoneses intentaron infiltrarse por algunos puntos y, poco antes del amanecer, desencadenaron un ataque contra el flanco izquierdo; mas, en conjunto, ni siquiera lograron efectuar un contraataque digno de la gran tradición japonesa.

En el sector de Agat, el plan de acción preparado por el general de brigada Lemuel Shepherd para su 1ª Brigada de *marines* era muy sencillo: lanzarse a cruzar las playas, avanzar tierra adentro y apoderarse del monte Alifan para efectuar una conversión hacia el Norte, a fin de aislar la península de Orote y enlazar con la 3ª División.

Para los *marines* de Shepherd las dificultades empezaron al encontrarse con la amplia faja de escollos, donde el fuego de la artillería y de los morteros japoneses se abatió sobre los lentos tractores anfibios, precisamente en el momento en que eran más vulnerables. No obstante, pese a la pérdida de 24 de dichos tractores y de unos 350 hombres, la brigada logró tocar tierra y dispersarse hacia el interior, hasta las primeras pendientes del monte Alifan, rastrillando Agat sobre el flanco septentrional y Punta Bangi en el meridional. Al anochecer, Shepherd dominaba una cabeza de desembarco de una anchura de casi 4500 metros y 1800 de profundidad; mas, con un frente tan peligrosamente extenso y con pocas reservas de municiones y de carburante, la situación era muy favorable para un contraataque japonés. Shepherd, sin embargo, se sentía optimista y comunicó por radio a Geiger: «Creo que podremos arreglárnoslas».

Pero de pronto, después de anochecido, los japoneses empezaron a «sondear» las defensas y, finalmente, entre las 2,30 y las 4 de la madrugada, desencadenaron tres violentos ataques. Después de haber intentado «mellar» las posiciones americanas con fuego de mortero como acción preparatoria, los nipones atacaron simultáneamente a la brigada por los flancos y por el centro. Cuatro carros de combate japoneses, llevados a primera línea, aparecieron exactamente donde los *marines* habían previsto. Y los *bazooka* y un grupo de carros de combate *Sherman*, bien ocultos, se desembarazaron de ellos en pocos minutos.

En este punto, según la mejor tradición del *Bushido*, la infantería japonesa se lanzó a un asalto a la bayoneta, con granadas de mano y cargas explosivas, logrando efectuar una limitada penetración; pero las luces de las bengalas lanzadas desde los navíos permitió a los *marines* reaccionar en los lugares precisos y con las armas adecuadas. Todos tomaron parte en la lucha –buena parte de la cual se desarrolló cuerpo a cuerpo–, y los que se encontraban en la retaguardia tuvieron que batirse con tanto encarnizamiento como los situados en primera línea. Ya de madrugada una unidad de *marines* contó sobre el terreno cercano a sus posiciones 390 cadáveres de japoneses.

Aun cuando fatigados y maltrechos, los hombres de la brigada de Shepherd reorganizaron su despliegue y reanudaron el ataque.

Tanto en el frente meridional como en el septentrional, en el curso de los cuatro días siguientes se trabaron combates muy duros. La brigada de Shepherd conquistó y defendió las cimas del monte Alifan y fijó su flanco izquierdo en una zona situada en posición dominante, cara al Sur. La reserva de la brigada (un regimiento de la División 77) llegó a primera línea, desplegando sobre la mitad izquierda del perímetro, permitiendo con ello que los *marines* efectuaran una conversión hacia el Norte, en dirección a la península de Orote; el regimiento del Ejército avanzó después, tierra adentro, para asegurarse el control de una zona vital para la seguridad de la cabeza de desembarco.

La brigada de Shepherd pudo reanudar el avance hacia el Norte, contra un enemigo decidido, que sabía explotar hasta el máximo la naturaleza del terreno y todos los recursos de que disponía para retardar el avance de las fuerzas americanas. Aun sufriendo muchas pérdidas, los *marines* cruzaron al fin la estrecha base de la península de Orote, y el 26 de julio se prepararon para lanzar un ataque en masa.

Entre tanto, al Norte, la 3ª División avanzaba palmo a palmo, remontando las ásperas pendientes de la altura y enfrentándose con un enemigo decidido a todo. Una vez alcanzada la cumbre, los *marines* debieron afrontar una nueva serie de alturas análogas, una especie de gigantescos escalones que conducían a los picos de Tenjo-Aluton-Chachao. Mas, finalmente, el regimiento desplegado sobre el flanco izquierdo logró penetrar en las líneas de los defensores de la cima de Bundschu y lanzarse hacia los declives de la altiplanicie de Fonte.

Al mismo tiempo, el regimiento desplegado a la derecha de la división, avanzaba a buen paso

1944

19 de julio: buques de guerra americanos inician el bombardeo de preparación sobre las playas de Punta Asan y de Agat.

21 de julio: las fuerzas americanas empiezan a desembarcar en Guam.

25-26 de julio: la 3.ª División de *marines* rechaza el contraataque japonés.

29 de julio: las fuerzas americanas conquistan la península de Orote.

10 de agosto: cesa toda resistencia organizada japonesa.

1960

Rendición de los dos últimos soldados japoneses.

a lo largo de las playas del puerto de Apra y se disponía a enlazar con la brigada. Pero cada nuevo avance diezmaba más las filas de Turnage, obligándole a empeñar casi todas las reservas disponibles para guarnecer los 800 metros de la cabeza de desembarco. Y Geiger, que había decidido emplear toda la División 77 de Bruce en las playas meridionales, rechazó su nueva petición de refuerzos.

Desde las alturas situadas en posición dominante, los observadores del general Takashina consiguieron situar con precisión las posiciones de la 3.ª División, por lo que el viejo general pudo elaborar un plan cuidadosamente coordinado para «decidir la suerte de la batalla en un solo golpe, mediante un contraataque general». Para esta acción Takashina eligió la noche del 25 al 26 de julio y confió su ejecución a siete de sus mejores batallones.

Uno de los ataques principales se desencadenó contra el flanco derecho del sector central de la línea de Turnage, con el intento de penetrar en profundidad en el interior de la cabeza de desembarco y constituir un reducto en la zona de Punta Asan; el otro, desencadenado desde la altiplanice de Fonte, debería penetrar en la retaguardia, destruyendo las instalaciones logísticas americanas.

Desde sus agujeros, inundados por la lluvia, los *marines* intentaron detener oleadas de fanáticos japoneses que se lanzaban al ataque gritando: «¡Americanos! ¡Despertad y morid!». En un incontenible impulso, los atacantes se lanzaron sobre las posiciones avanzadas y en muchos puntos consiguieron romperlas. Luego, siguieron otras oleadas con el objeto de aprovechar el momento favorable.

Pronto el feroz ataque se fraccionó en una serie de violentos combates aislados, que tan pronto se resolvían a favor de una parte como de otra. Toda la cabeza de desembarco se convirtió en escenario de una durísima lucha cuerpo a cuerpo; y como quiera que la victoria parecía dudosa, Turnage lanzó incluso al campo de batalla a los hombres de las unidades auxiliares y a los de las de apoyo. Hasta los heridos que yacían en los lechos del hospital de la división hubieron de ponerse en pie para defenderse.

En un determinado momento, los japoneses lograron penetrar a través de una amplia brecha abierta entre dos regimientos, desencadenando un violento tiroteo en ambas direcciones; pero también aquí, como en otros lugares, los nipones acabaron por perder el contacto con sus compañeros y, aislados en pequeños grupos, acabaron siendo aniquilados.

La luz del día favoreció a los americanos. Los japoneses, que aún combatían en grupos, incapaces ya de toda acción coordinada, no pudieron oponer una resistencia eficaz al fuego de apoyo de las armas americanas ni a las patrullas que llevaban a cabo la limpieza. Al mediodía todo había terminado. Casi 3500 valerosos guerreros de Takashina habían muerto. También la división de Turnage salió bastante malparada de la lucha. Entre el 25 y el 27 de julio registró 166 muertos, 645 heridos y 34 desaparecidos, casi todos durante el mencionado *banzai*.

Pero Takashina acababa de jugarse todas sus cartas. Las fuerzas japonesas ya no volverían a estar en condiciones de organizar otro contraataque digno de este nombre. Entre tanto, también la brigada de Shepherd había pasado la noche en vela en sus sólidas posiciones situadas a lo largo de la estrecha base de la península de Orote. Poco después del anochecer, entre el incesante rumor de una lluvia torrencial, llegó hasta los *marines* un nuevo y extraño rumor procedente de la península ¿Era posible que fueran carcajadas? Sí, en efecto, lo que llegaba hasta ellos era el inconfundible sonido de unos gritos roncos y alegres, un sonido salpicado de cuando en cuando por el ruido de una botella al romperse. Parecía evidente que las fuerzas japonesas cercadas estaban buscando ánimos en el alcohol, tratando de infundirse nuevo valor para la última arremetida. Y en efecto, cuando el comandante Asaichi Tamai consideró que sus tropas habían conseguido la dosis justa de valor, las hizo avanzar en dirección a los *marines*. Además de las armas portátiles corrientes y de la bayoneta, aquellos pobres hombres, víctimas de su última juerga, blandían palos de *baseball*, botellas rotas, horcas, todo aquello, en fin, que pudiera herir o matar. Su entusiasmo inicial se enfrió un tanto cuando el nutrido fuego desencadenado por los americanos cayó como una impenetrable cortina sobre las vías de acceso. Pero los supervivientes seguían avanzando, gritando frases de desafío, arrojando granadas de mano al azar, intentando desalojar a los americanos con la única preocupación de matar. Al finalizar la noche, y ya menguados los efectos del alcohol, los pocos supervivientes se retiraron. Algunos buscaron refugio en los pantanos; otros se internaron hasta el centro de la península, dispuestos a reanudar la lucha al día siguiente.

Las primeras luches del alba revelaron toda la violencia de la batalla. Centenares de japoneses yacían muertos frente a las líneas americanas; otros aparecían en los hoyos, abrazados aún a los *marines* con quienes habían peleado a muerte. El *banzai* del comandante Tamai no tuvo la elegancia del dirigido por el general Takashina, pero los resultados fueron idénticos: ambos comandantes, en una sola noche de cruentos combates, habían diezmado sus propias fuerzas en tal medida que, a partir de aquel momento, ya no estarían en condiciones de sostener ninguna defensa eficaz.

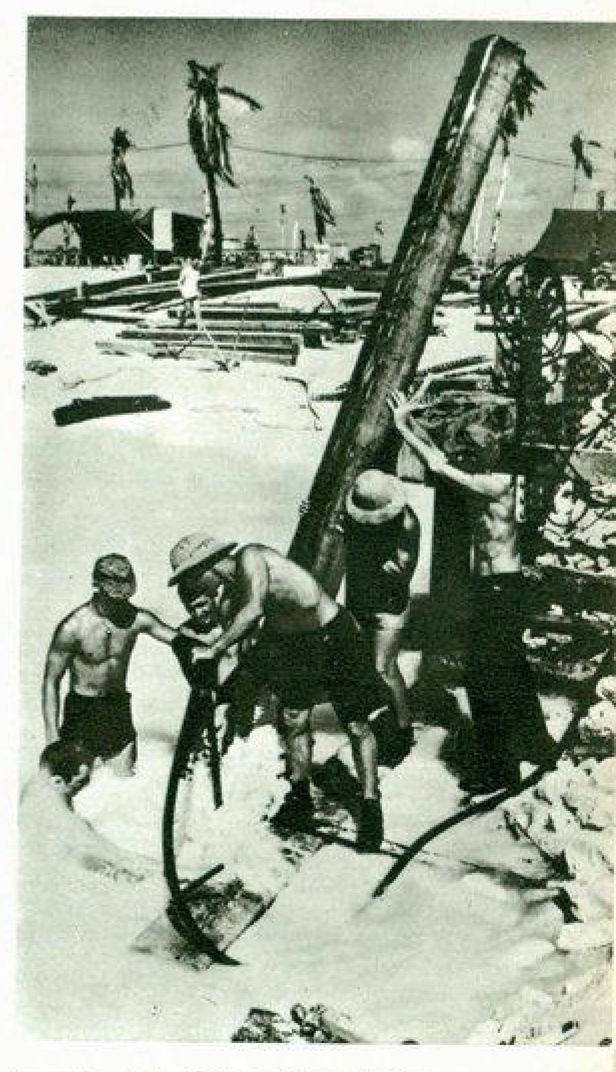
Los contraataques japoneses de la noche del 25 al 26 de julio constituyeron el punto álgido de la operación de Guam. Sin embargo, los japoneses, que más tarde se batieron con tanto valor para defender la península de Orote, la altiplanicie de Fonte, el monte Santa Rosa, así como una docena más de lugares, no dieron prueba alguna de creer que habían perdido la partida, ni tampoco dieron muestra alguna de debilidad. Pero sea como sea, si examinamos detenidamente los resultados de la situación, hay que reconocer que la espina dorsal de la resistencia japonesa había quedado rota en el curso de aquella crítica noche.

La conquista de la importante península de Orote resultó difícil y fatigosa para la brigada de Shepherd. Los defensores de aquella «protuberancia calcárea» explotaron hasta el máximo su excelente posición fortificada por disputar a los *marines* cada palmo de terreno. Pero, la tarde del 29 de julio, después de cuatro días de terribles esfuerzos, el general Shepherd pudo, al fin, anunciar que la península estaba bajo su dominio, y al día siguiente los aviones americanos empezaron a servirse de su aeródromo.

Algunas patrullas informaron que los japoneses habían evacuado la parte meridional de la isla, y entonces la 77 y la 3.ª División pudieron dedicar toda su atención y sus esfuerzos a las alturas del anterior. Los soldados de Bruce alcanzaron con ímpetu la cima del monte Tenjo y, por su parte, los *marines* de Turnage conquistaron, después de una batalla excepcionalmente violenta, la importante altiplanicie de Fonte, asegurándose luego el control de los montes Chachao y Aluton. El 28 de julio, tras enlazar los flancos internos de ambas divisiones, Geiger pudo hacer avanzar a sus dos unidades hacia el Norte.

Pese a las terribles pérdidas sufridas, los japoneses disponían aún de suficientes carros de combate, artillería e infantería para infligir a los americanos considerables daños. En efecto, la División 77 de Bruce tuvo que combatir con todas sus fuerzas para doblegar la resistencia enemiga en el monte Barrigada; no obstante, los *marines* lograron someter, al fin, el último reducto japonés sobre el monte Santa Rosa.

De modo análogo, la 3.ª División de Turnage, en marcha hacia los arrecifes de la costa septentrional, hubo de pagar a elevado precio su avance a través de la densa jungla; y a su vez, la brigada de Shepherd, sufrió muchas bajas a causa de los ataques de contingentes japoneses, ahora ya francamente situados entre la espada y la pared.



Ingenieros de la Marina realizan trabajos de reparación y de refuerzo en un astillero de Eniwetok, en las islas Marshall. *(Imperial War Museum)*

Mientras los soldados y los *marines* avanzaban casi a ciegas por la impenetrable jungla, surgieron graves problemas de coordinación y de contacto entre las distintas unidades. Algunos incidentes (desagradables tiroteos y lanzamiento de granadas entre soldados americanos) quitaron brillantez a la última fase del avance hacia el Norte. Se trató de incidentes que se produjeron a causa de la gran dificultad de determinar con exactitud la posición de las distintas unidades, en una zona cubierta por entero por una densa jungla y entre tropas cuyos planes eran bastante imprecisos.

Mas, el éxito de la empresa no se puso nunca en duda. La constante presión ejercida por los carros de combate y la infantería, con el eficaz apoyo de la aviación, la artillería y los cañones de los buques de guerra, permitió a soldados y *marines*, ya agotados, alcanzar finalmente la accidentada y abrupta línea costera septentrional de Guam.

El día 10 de agosto, tres semanas después del desembarco, Geiger pudo anunciar el fin de toda resistencia organizada.

La cuenta final de bajas sumó más de 19.500 japoneses: sólo 1250 prisioneros, el resto muertos. Las bajas habidas por las fuerzas americanas fueron 1744 muertos y 5970 heridos; sin lugar a dudas importantes, pero muy inferiores a las sufridas en Saipan.

Así finalizó la campaña de las Marianas. Desde ellas, los Estados Unidos ya podían extender su control sobre el Pacífico, mucho más hacia el Oeste y desencadenar sus golpes mortales contra el mismo corazón del Japón.

OPERACION DE LIMPIEZA EN NUEVA GUINEA

LA VERSION AUSTRALIANA

Robert O'Neill, capitán

En la primera mitad del año 1944, la campaña que se desarrollaba a lo largo de la costa septentrional de Nueva Guinea adquirió un ritmo mucho más tranquilo. En febrero, la División 5 australiana se unió a las fuerzas americanas en Saidor, empezando en seguida a limpiar la zona para desalojar a los posibles restos de la retaguardia japonesa. Tierra adentro, por el contrario, la situación no era nada tranquila, especialmente en los montes Finisterre, donde la 7.ª División AIF trataba de rechazar a los nipones de las elevadas cimas de las montañas cubiertas de espeso boscaje.

A fines de noviembre de 1943, después de que el Batallón 2/XXVII se había visto obligado a sostener durante varios días muy duros combates, la Brigada 21 consiguió establecerse a caballo en una parte de las líneas de comunicación japonesas.

El 8 de diciembre del mismo año, las fuerzas niponas atacaron para apoderarse de Dumpu en el «valle de la muerte», como llamaban los indígenas al valle del Ramu, infestado de malaria. Pero la falta de refuerzos limitó la intensidad de dicho ataque y así, cuando, al fin, éste se detuvo, los australianos pasaron al contraataque para asegurarse el dominio del saliente principal de las posiciones japonesas.

Los duros combates tuvieron lugar en la cima Shaggy, monte de casi 1500 m de altitud que se eleva a unos 13 km de Dumpu. Un espeso bosque cubría la cumbre, perennemente envuelta en la niebla, que tan sólo tenía unos pocos metros de anchura y que aún iba estrechándose después. Un cronista del Batallón 2/XVI, describe la situación diciendo que se trataba de «resistir en el frente de un solo hombre». Después de una serie de bombardeos por parte de los aviones de la RAAF y de la USAAF y de los cañones por parte de la artillería australiana, la lucha se redujo principalmente a encuentros individuales entre soldados, que lanzaban granadas de mano y algunas ráfagas de ametralladoras; en determinadas ocasiones, uno o dos hombres demostraron ser suficientes para defender con éxito una posición en la cima de aquellas aguadas pendientes. La principal posición defensiva en que se apoyaban los japoneses era una casamata desde la cual podían arrojar sobre los australianos una verdadera lluvia de granadas. Pero cuando esta casamata, en el transcurso de una incursión efectuada por el sargento Hall, fue destruida y su pelotón logró asegurarse un punto de apoyo sobre la cresta, el batallón se abrió paso combatiendo hasta la cima, conquistando la disputada altura, denominada *The Pimple*, el 27 de diciembre de 1943.

Otra importante posición japonesa, el collado de Kankiryo, fue conquistada el 26 de enero de 1944, después de varios días de lucha, por la Brigada 18 del general Chilton. Los japoneses concentraron entonces sus fuerzas unos pocos centenares de metros más allá, y, aunque cercados por el enemigo, siguieron combatiendo con la fuerza de la desesperación para facilitar la retirada de sus dos divisiones, la 20 y la 51, a lo largo de la costa. Finalmente, el 31 de enero, se dividieron en pequeños grupos, retirándose en dirección Noroeste. Entonces la Brigada 15 se lanzó en su persecución, alcanzando la localidad de Bogadjim, donde estableció otra base desde la cual le sería posible desbaratar la retirada japonesa. Poco después, las fuerzas aliadas se reunieron a lo largo de la costa, al este de Bogadjim. Alexishafen y la bahía de Hansa fueron rastrilladas por la División 11 en el curso del mes de junio. Y hacia fines de agosto, las fuerzas niponas ya habían sido rechazadas a más de 800 km de Port Moresby.

Desde la iniciación del ataque contra Lae, en septiembre de 1943, hasta agosto de 1944, los australianos tuvieron que lamentar 1097 muertos y 2529 heridos: una notable cantidad de bajas, pero exigua si se compara con los 60.000 japoneses que resultaron muertos en los combates de Nueva Guinea.

Después de las victorias alcanzadas en la península de Huon y sobre los montes Finisterre, el general MacArthur completó el aislamiento del Ejército 18 japonés en Nueva Guinea, en Nueva Bretaña y en las islas Salomón, conquistando Aitape y Hollandia. Este último punto fue transformado en una gran base, desde la cual los norteamericanos remontaron después, a grandes saltos, toda la costa septentrional, hasta las islas Biak y Noemfoor y hasta el cabo Sansapor, en la punta occidental de Nueva Guinea. En septiembre de 1944, Moratai y las islas Carolinas y Palau ya estaban sólidamente en manos de los Aliados, mientras en el Pacífico central las fuerzas de Nimitz, como ya se sabe, habían avanzado otras 2000 millas hasta las Marianas, Tinian, Guam y Saipan.

Australia queda atrás

En este punto, la guerra en el Pacífico ya dejaba atrás Australia. Ahora las fuerzas americanas podían desplegar toda su inmensa potencia y movilidad, mientras las australianas quedarían retrasadas para consolidar el dominio de las zonas rápidamente conquistadas por los norteamericanos. Por una serie de razones –desde luego, complejas y comprensibles, pero más bien difíciles de aceptar– el Gobierno australiano decidió adoptar, frente a las restantes fuerzas japonesas, una política dura y agresiva. Tal vez esperaba que un gran despliegue en sus actividades daría a Australia más derecho a intervenir en los acuerdos a que se llegaría al final del conflicto. Sea por el motivo que sea, lo cierto es que se tomó la decisión de combatir hasta el final, y la primera de estas campañas finales se libró en la isla de Bougainville, donde 42.000 japoneses fueron derrotados, rechazados y asediados en su base principal. Los australianos registraron 516 muertos, lo que representaba un número de pérdidas casi doble del que tuvieron en la decisiva campaña de la península de Huon.

Los 38.000 japoneses que quedaban en Nueva Bretaña fueron rechazados hasta Rabaul y allí mantenidos bajo vigilancia por la enérgica actividad de patrulla de la División 5. La famosa 6.ª División AIF, que combatió por primera vez en diciembre de 1940 cerca de Bardia, en el Norte de África, fue enviada al sector de Aitape-Wewak, para hacer frente a las posibles acciones ofensivas de los 24.000 japoneses que todavía se encontraban en la isla. La división perdió 454 hombres y los japoneses registraron 5200 muertos y 219 prisioneros.

Los últimos desembarcos se efectuaron en Borneo, donde se eligieron tres sectores costeros: Balikpapan, en el ángulo sudoriental; la isla de Tarakan, en la costa occidental, y Brunei al Noroeste. Una vez el Cuerpo de Ejército I hubo ocupado la isla de Moratai, en mayo de 1945, la Brigada 26 fue enviada a Tarakan y, allí, tras duros combates, se aseguró el control de casi toda la isla. En junio, la División 9 desembarcó, sin encontrar oposición, en Brunei y en la isla de Labuan, avanzando después rápidamente hasta llegar a los campos petrolíferos. La División 7 atacó Balikpapan en julio, y una vez vencida la moderada resistencia que encontró, el 22 de julio se aseguró su dominio. En conjunto, más de 350 australianos murieron en el curso de las operaciones de Borneo.

La Marina de Guerra y la Aviación australiana aseguraron al Ejército un apoyo vital durante toda la guerra en el Pacífico: el Ejército dependía de aquéllas para los abastecimientos, el transporte de las tropas y el fuego pesado de apoyo táctico. Y esta ayuda fue proporcionada con toda rapidez y habilidad, hasta el punto de que, en la planificación australiana, el concepto de «servicios logísticos conjuntos» recibió un notable impulso. Además, tanto la Marina de Guerra como las Fuerzas Aéreas apoyaron también a los americanos en sus operaciones.

Desde el punto de vista político, la segunda parte de la guerra fue, para Australia, mucho menos emocionante que la primera. Al atenuarse progresivamente las amenazas a la seguridad nacional australiana, la dirección de la política bélica por parte del Gobierno de Curtin resultó cada vez más eficaz. Y cuando al fin la conclusión del conflicto parecía ya inminente, la atención de los políticos se concentró en las vitales cuestiones de la posguerra y los diplomáticos empezaron a preparar acuerdos para obtener tratados de paz lo más ventajosos posible para los intereses nacionales.

Para Australia, el carácter de la guerra había cambiado: de una época de lucha vital por la seguridad del país se pasó al período de un esfuerzo de colaboración con sus poderosos aliados y dirigido hacia una meta previsible. En relación a la población, este esfuerzo fue mucho más intenso que el de los propios Estados Unidos. Y desde el punto de vista militar, hay que reconocer que fue dirigido con habilidad y éxito, asegurando al país –especialmente a los ojos de las grandes potencias del Pacífico– una excelente reputación en cuanto a energía, disciplina y competencia, factores que, después de 1945, favorecieron siempre las relaciones entre Asutralia y los Estados Unidos.

Roger Manvell y Heinrich Fraenkel



(History of the Second World War)

En 1944 los grupos aislados de antinazis existentes en la Alemania hitleriana habían visto fracasar repetidas veces sus intentos de provocar la caída del *Führer*, entablar negociaciones con los Aliados y salvar al país del desastre. Ahora la última esperanza de estos antinazis se centraba en la "Wehrmacht". En efecto, la llamada "conjura de los generales" la proyectaron oficiales del Ejército, que intentaron llevarla a la práctica el 20 de julio de 1944. Roger Manvell y Heinrich Fraenkel refieren la dramática historia, con frecuencia increíble, del movimiento de Resistencia alemán. Es una narración fiel, basada en los informes proporcionados a los autores por conjurados que lograron sobrevivir.

¿Por qué no le dispara alguien?

Este pensamiento debió de pasar con frecuencia por la mente de los que consideraban la empresa como un mero acto de audacia. Hitler sabía muy bien, como cualquier dictador, que estaba expuesto continuamente al peligro de un atentado, un peligro que no le amenazaba tan sólo a él, sino a todos los hombres claves de la jerarquía nazi, como Goering, Goebbels y Himmler.

Los sistemas de protección que Hitler había escogido eran muy complejos. Desde 1940 vivía cada vez más aislado, apareciendo muy poco en público, confinado en apartadas estancias del inmenso palacio de la Cancillería de Berlín o en su refugio de Berchtesgaden, o asimismo en el corazón de la serie de campos sólidamente protegidos y defendidos que constituían las diversas sedes de su Mando supremo. En 1944, la sede más importante de su mando se hallaba en Rastenburg, en Prusia oriental, en medio de bosques, y se hizo famosa con el nombre de *Wolfsschanze* «cubil del lobo».

Los numerosos hombres y poquísimas mujeres que estaban en contacto diario con el *Führer* eran de completa confianza. Todos se debían presentar desarmados ante él. Hitler no soportaba la vista de un revólver colgado del cinturón de los que le rodeaban. Así, aun suponiendo que un hombre dispuesto a asesinar al *Führer* se le pudiera acercar a distancia de tiro, no le sería fácil llevar consigo el arma destinada a matarlo y mucho menos extraerla y apuntar. Además, cualquiera que fuera el resultado de la acción, era evidente que equivaldría, sin ningún género de dudas, a un suicidio.

Pero no todos los que pertenecían a los círculos declaradamente antinazis consideraban que se debía matar a Hitler. No hay que olvidar que todos los miembros del Ejército le habían prestado juramento de fidelidad, por lo que, a los que tenían una conciencia rígida o fueran incapaces de comprender donde cesaba la obligación moral para dejar lugar a un deber más elevado, les resultaría muy difícil sustraerse a dicho juramento y aceptar la resolución de los conjurados. Para los menos valientes, el juramento servía como justificación para no tomar parte en un acto que tal vez aprobaban en su interior. Algunos estaban dispuestos a aceptar la idea del atentado, pero a condición de no verse mezclados en él personalmente y de no tener que manifestar sus propias convicciones hasta que tuviesen la seguridad absoluta de que se había suprimido a Hitler. Muchos otros, en el Ejército, estaban decididamente en contra del asesinato del *Führer*, si bien estaban dispuestos a aceptar que los jefes de un golpe de Estado bien realizado lo arrestasen y procesasen por su perniciosa dirección de la guerra.

Los jefes de la conjura

¿Quién, pues, podía estar en condiciones de llevar a la práctica este golpe de Estado? Como ocurre siempre en estas empresas arriesgadas, la posibilidad de realizar los planes dependía, en la práctica, del carácter y de la personalidad de los hombres. Desde luego, la especial composición del núcleo de la Resistencia alemana, militar y civil, parece la lista de las *dramatis personae* de una obra de Shakespeare, de *Julio César* quizá. Los protagonistas de la tragedia que se avecinaba eran los siguientes:

- Ludwig Beck, general retirado, designado para ser el jefe del Estado a la caída de Hitler. Edad: 64 años.

• Wilhelm Canaris, almirante y en aquellos tiempos jefe del Servicio Secreto Militar (el *Abwehr*), alentador secreto de la conjura. Edad: 57 años.
• Hans Oster, general de división, sustituto de Canaris y activo organizador de la conjura. Edad: 49 años.
• Conde Helmuth von Moltke, asesor legal de Canaris y jefe del llamado «círculo de Kreisau», que propugnaba el principio de la no violencia. Edad: 37 años.
• Heinrich von Stülpnagel, capitán general, gobernador militar de Francia; jefe de la conjura en París. Edad: 58 años.
• Carl Gördeler, ex alcalde de Leipzig y comisario de precios del Reich. Edad: 60 años.
• Friedrich Olbricht, capitán general, intendente general del Ejército territorial *(Allgemeines Heeresamt)* y principal organizador del fallido golpe de Estado. Edad: 58 años.
• Henning von Tresckow, general de división; jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos del centro en el frente oriental. Edad: 43 años.
• Conde Claus Schenk von Stauffenberg, coronel y jefe de Estado Mayor del Ejército territorial; fue el hombre que el 20 de julio de 1944 llevó la bomba a Rastenburg. Edad: 37 años.

Estos eran los hombres destinados a convertirse en los jefes de la oposición activa contra Hitler, si bien, por lo menos uno de ellos, Canaris, llevó una especie de doble vida. El único que estaba decididamente en contra de toda forma de violencia era Moltke, un aristócrata terrateniente, animado por concepciones idealistas y que, al igual que la mayor parte de sus amigos, expresaba su firme oposición a Hitler sólo con bellísimas palabras. No obstante, al final, cuando todos ellos se vieron descubiertos, se comportaron, en el humillante proceso a que se les sometió, con una dignidad y una valentía admirables.

Es necesario distinguir netamente entre este grupo de hombres, que se habían hecho promotores y ejecutores de la conjuración, y la corriente antihitleriana, más vasta pero mucho más vaga, que existía en Alemania, y que estaba compuesta por decenas de miles de hombres y de mujeres que tuvieron la valentía de oponerse a Hitler de una forma o de otra, por lo que tuvieron que sufrir la tortura, la prisión o la muerte.

Como se sabe, todos los conspiradores principales, sin excepción, pertenecían a los estratos sociales superiores o a la clase gobernante, y muchos de ellos figuraban en la alta jerarquía militar. Naturalmente, tampoco entre los miembros de la clase obrera faltaban, y no faltaron jamás, los que se oponían a Hitler; pero éstos nunca se habían unido en un movimiento homogéneo, coordinando eficazmente su acción de protesta. En 1944 la mayor parte de los hombres y mujeres afiliados a un partido político, o simplemente simpatizantes del mismo, estaban recluidos en los campos de concentración o bien habían sido ajusticiados ya. El único miembro importante de la oposición que no pertenecía al Ejército era Gördeler, un hombre tenaz, dotado de una energía inagotable, que expresaba abiertamente sus opiniones en una serie continua de reuniones secretas y distribuyendo clandestinamente octavillas de propaganda.

Volviendo a examinar la lista de los conspiradores, se puede observar que sólo dos de los participantes activos no llegaban a los cuarenta años, mientras la mayor parte de ellos se aproximaba a los sesenta o los habían cumplido ya. El conde Stauffenberg era un hombre de buena presencia, alegremente jactancioso, lleno de energía y dotado de un agudo sentido del humor. Era católico, de muy buena familia, había recibido una educación superior y hablaba con desenvoltura el inglés. Oficial de carrera, luchó en la campaña de Polonia y después en el frente occidental y en el Norte de África. Nunca ocultó su desprecio por Hitler y ponía en aprietos a sus colegas por la despreocupación que demostraba en sus comentarios. El 17 de abril de 1943 resultó gravemente herido durante un ataque aéreo y si pudo permanecer en servicio en el Ejército, a pesar de la consecuente disminución de sus facultades físicas, fue gracias a su extraordinario valor e indomable energía. Había perdido la mano y el antebrazo derechos, dos dedos de la mano izquierda y el ojo derecho, y el izquierdo quedó gravemente dañado; pero al final los médicos consiguieron salvárselo. Fueron precisamente estas mutilaciones uno de los elementos esenciales que hicieron de él la persona más adecuada para llevar el arma al lugar del atentado. Una frase que dijo a su mujer, mientras yacía en la cama del hospital, nos permite juzgar el temple de Stauffenberg: «Estoy convencido de que hemos de intentar cualquier cosa para salvar a Alemania. Nosotros, todos los oficiales del Estado Mayor General, hemos de aceptar nuestra parte de responsabilidad».

Stauffenberg, el personaje clave

Stauffenberg sobresalía entre el grupo de los conspiradores. Desde 1943, el año crucial en el que las pérdidas en la guerra habían comenzado a pesar notablemente sobre el país y se intensificaron las incursiones aéreas del enemigo, la red de la conjura empezó a tejerse alrededor del sector dirigido por Canaris. Pero, al mismo tiempo, este sector había comenzado a desintegrarse: Canaris estaba aún en libertad, pero los jefes de la Resistencia que figuraban en el *Abwehr* (Oster, Dohnanyi, que era la mente jurídica del proyectado golpe de Estado, y muchos otros, como el famoso pastor evangélico Dietrich Bonhöffer y Joseph Müller, abogado católico) habían sido arrestados o bien, como en el caso de Oster, los habían retirado del servicio activo y se hallaban bajo estricta vigilancia. Incluso Gördeler, incansable como siempre, casi había dejado de ser un elemento útil para la conjura y empezaba a constituir un peligro para los amigos. Los hombres que formaban parte de este círculo reducido, aunque se conocían casi todos o por lo menos tenían amigos comunes, tendían a actuar en grupos semiindependientes o bien, como hacía Gördeler, individualmente. Una pérdida muy grave fue la de Oster, pues su habilidad organizativa y su audacia habrían sido muy útiles en una situación crítica. Algunos de estos hombres, como por ejemplo, Gördeler, Stauffenberg e incluso el mismo Oster, no solían mantener en secreto sus opiniones, y los cerebros más vigilantes de la *Geheime Staatspolizei* (la policía secreta del Estado, conocida normalmente por la sigla de *Gestapo*) sabían muy bien que una posible conspiración contra el régimen era uno de los factores que tenían que tener en cuenta en todo momento y que, por este motivo, debían vigilar constantemente a todos los elementos de poca confianza que había en el país, cualquiera que fuera el estrato social al que pertenecían. Sin embargo, esto no significaba que se arrestase a los sospechosos en cuanto la Gestapo tenía los primeros indicios de una prueba concreta. Mientras los conspiradores se limitasen a conspirar, sin prepararse para la acción inmediata, la Gestapo solía considerarlos más útiles en libertad que encerrados en un campo de concentración. A veces llegaba incluso a alentarlos un poco a seguir mejor su actividad y sus contactos. Su costumbre de efectuar inesperados registros en plena noche y su política de jugar al gato y al ratón con los sospechosos era de sobras conocida.

Y esto no era todo. El movimiento de Resistencia era un engranaje tan complejo que, en un momento determinado, sus elementos civiles incluso consideraron seriamente el intento de atraer a la conspiración a Himmler, jefe de la Gestapo y *Reichsführer* de las SS, por lo que, en tal caso, el gato y el ratón habrían cazado juntos. Los conspiradores sabían que cada uno de los hombres que se encontraba en el vértice de la jerarquía nazi (especialmente Goebbels, Goering y Himmler) se consideraba el verdadero sucesor de Hitler en el caso de que éste desapareciera del escenario político. El sucesor legalmente designado por el *Führer* era Goering, pero éste no gozaba de simpatías a causa de la incapacidad que había demostrado, como comandante en jefe de la *Luftwaffe*, para proteger a Alemania de las incursiones aéreas del enemigo, así como por su afición a los estupefacientes. Sin duda, Himmler, que de los tres era el más fanático propugnador del credo nazi, se encontraba en la mejor situación para adueñarse del poder, pues tenía a sus órdenes a los instrumentos más eficaces: la policía, tanto la secreta como la criminal, y los contingentes de las SS, incorporados a las Fuerzas Armadas, las *Waffen SS*.

En cuanto a Goebbels, no tenía bajo sus órdenes cuerpos armados, y sólo se podría asegurar una posición de dominio junto con los otros gracias al ascendiente que tenía por su retórica implacablemente virulenta y por su peligrosa inteligencia. Sopesando la utilidad de una alianza temporal con los enemigos, los conspiradores llegaron a la conclusión de que el único con quien valía la pena intentar contactos (por supuesto con todas las precauciones posibles) era Himmler. Se sabía que muchos oficiales de las SS, ahora que las cosas empezaban a ir mal para Alemania, se mostraban pesimistas en cuanto al resultado de la guerra. Por eso, el 26 de agosto de 1943, Johannes Popitz, ministro de Hacienda de Prusia y uno de los políticos menos conocidos pero más útiles del movimiento de oposición a Hitler, fue presentado a Himmler. El intermediario fue Carl Langbehn, un elemento marginal de la Resistencia y que en otro tiempo fuera espía de Himmler.

Los informes de que se dispone de esta entrevista son numerosos y contradictorios; pero parece ser que Popitz pidió efectivamente a Himmler, como miembro más «consciente» del vértice jerárquico nazi, que salvara a Alemania, librándola de persistir en una guerra que la conducía a la catástrofe.

Al parecer, Popitz expuso estos argumentos a un Himmler atento, equilibrado, pero prácticamente mudo, y que sabía con seguridad que Popitz se encontraba en las listas de sospechosos de la Gestapo. La conclusión fue pedir a Himmler que de una forma u otra, empezara a dar los pasos necesarios para llegar a la paz, con el conocimiento del *Führer*, pero por el bien del mismo Hitler y de toda Alemania. Era cierto que Himmler había considerado, aunque muy a largo plazo, la posibilidad de emprender por su cuenta una acción de este tipo, y Langbehn lo sabía; pero no era menos cierto que este asunto escabroso había dado inevitablemente dos pasos atrás después de dar uno adelante, debatiéndose Himmler en una indecisión tormentosa, preocupado por la salud del *Führer* e incluso por su estado mental.

Tal vez este intento fallido de establecer contactos con Himmler, con una decisión que rayaba en la desesperación, fuera el resultado de largos años de iniciativas fracasadas; pero al final se arrestó y por último se ahorcó a Langbehn y a Popitz, mientras que Himmler se complacía cada vez más en sus fantasías, proyectando entablar negociaciones de paz con los Aliados sin comprometerse jamás a discusiones de ninguna clase.

Por lo tanto, en 1944, el cometido de llevar adelante la empresa había vuelto a manos de los militares. El elemento civil lo había intentado sin conseguirlo. Pero mientras los de más edad seguían discutiendo, los jóvenes, ya en el límite de su paciencia, estaban dispuestos a pasar a la acción. «Dejad de charlar –decían– y eliminadlo». Los viejos deberían ocuparse tan sólo del aspecto político del golpe de Estado, programando la formación del gobierno militar que, a la muerte del *Führer* asumiría inmediatamente todos los poderes.

Marzo de 1943: el primer intento

Ya existía un precedente. En efecto, el 13 de marzo de 1943, el barón Henning von Tresckow,

oficial de Estado Mayor en el Grupo de Ejércitos del Centro, en el frente oriental, y su íntimo amigo y ayudante de campo, doctor Fabian von Schlabrendorff, un abogado llamado a las armas, habían decidido tomar en sus manos la dirección de la empresa. Su comandante, general Kluge, aunque simpatizaba con la Resistencia, se había negado a adherirse a la petición de Tresckow, quien le propuso que arrestase a Hitler cuando visitara el puesto de mando. También Gördeler había llevado a cabo un intento análogo con Kluge, pero sin conseguir lo que se proponía.

Ahora Tresckow actuaba de forma totalmente independiente y se mantenía en estrecho contacto con Beck y con sus compañeros, en Berlín. Tresckow envió a un amigo una bomba de relojería, haciendo pasar el paquete como un regalo que contenía dos botellas de brandy y disponiendo que se lo entregasen, en el último momento, a uno de los ayudantes de Hitler cuando subieran al avión para trasladarse a Rastenburg. Fue Schlabrendorff en persona quien reguló el mecanismo de relojería y quien entregó el paquete; pero el mecanismo no funcionó. Schlabrendorff, en cuanto se enteró de que el aparato había llegado indemne a tierra, se precipitó en avión hacia Rastenburg a fin de recuperar el paquete antes de que lo entregasen y abrieran.

El plan había fracasado totalmente. Pero una semana después, un oficial del grupo de Tresckow, el coronel von Gersdorff, se ofreció como voluntario para una misión suicida. Se sabía que Hitler tenía que inaugurar una exposición en el museo de guerra de Berlín, y Gersdorff se declaró dispuesto a colocarse dos bombas de relojería en los bolsillos y lanzarse sobre Hitler en el momento exacto en que fueran a estallar. Pero tampoco este atentado pudo llevarse a cabo, pues Hitler no acababa de decidir si debía asistir a la inauguración o renunciar a ella. Otro voluntario, un oficial inferior de Rastenburg, propuso presentarse ante Hitler llevando consigo una pistola, convenientemente escondida, y dispararla. Consiguió penetrar en la habitación en que se encontraba el *Führer;* pero por no ser de alta graduación, no pudo aproximarse lo suficiente para tener la seguridad de alcanzarlo.

Unos meses después, en noviembre de 1943, otro joven oficial, Axel von Bussche, se ofreció a su vez para un intento análogo. Un oficial debía presentar a Hitler un nuevo tipo de abrigo militar, y von Bussche estaba dispuesto a colocarse bombas en los bolsillos, como ya había proyectado Gersdorff, y hacerlas estallar en el instante en que se encontrase muy cerca del *Führer.* Sin embargo, la presentación de la prenda se aplazaba continuamente, y entre tanto Bussche resultó herido en combate, por lo que fue preciso encontrar un nuevo voluntario. Esta vez fue Ewald Heinrich von Kleist, un joven de veinte años, que pidió y obtuvo de su padre, miembro de la Resistencia, permiso para sacrificar su vida en el atentado. Pero la presentación de aquel nuevo uniforme para Hitler no llegó a efectuarse nunca...

Mientras tanto, Stauffenberg había ultimado los preparativos para un atentado organizado con todo detalle, que, según los planes, debía llevarse a la práctica en Rastenburg y en el que, si era posible, no sólo se eliminaría a Hitler, sino también a Goering y a Himmler. En un principio, el oficial designado para colocar la bomba fue el coronel de división Helmuth Stieff, el mismo a quien Tresckow enviara las «botellas de brandy». Stieff, un oficial de Estado Mayor en el Mando Supremo del Ejército en Rastenburg, era un hombre de poca estatura y cáustico humorismo. Fue él quien, al principio, se cuidó de encontrar la bombas especiales, necesarias para la misión. En una ocasión consiguió salvarse a duras penas cuando algunas de estas bombas estallaron por autocombustión en el escondite que él mismo había escogido en Rastenburg, y si no lo denunciaron fue gracias al hecho de que el oficial encargado de la investigación era un simpatizante de su misma causa. Las bombas debían ser pequeñas, fáciles de transportar y, sobre todo, silenciosas una vez regulado el tiempo de la explosión, dicho mecanismo se ponía en funcionamiento rompiendo una cápsula que contenía ácido; una vez libre, el ácido corroía un alambre, de cuyo espesor dependía el tiempo establecido hasta el momento de la explosión. Una vez destruido el alambre, el percutor podía avanzar y golpear la cápsula. Estas bombas, aunque pequeñas, tenían una gran potencia, especialmente si estallaban en un espacio cerrado.

No se sabe exactamente cuándo pasó de Stieff a Stauffenberg el cometido de colocar la bomba. Desde luego, Stauffenberg era el hombre más adecuado para una misión de este tipo, pues era capaz de asumir la responsabilidad con una carcajada y calcular al mismo tiempo sus propios movimientos con la máxima precisión. Su tenacidad para superar su invalidez (hasta el punto de aprender a hacerse el nudo de la corbata con los tres dedos que le quedaban) encajaba perfectamente con su firme resolución de llevar a cabo este cometido. Sin embargo, no estuvo en condiciones de asumir la responsabilidad hasta unas semanas antes del 20 de julio. Después de una larga convalecencia en el hospital, había vuelto al servicio activo como jefe de Estado Mayor de Olbricht, intendente general del Ejército territorial, que tenía su puesto de mando en Berlín. Stauffenberg había llegado allí en otoño de 1943, y sería aventurado afirmar que su nombramiento era puramente accidental, pues fue a parar al sector operativo de la conspiración, del que formaban parte Olbricht y Tresckow.



En 1944 se estaba perfilando, cada vez más claramente, la derrota de Alemania; pero Hitler jamás reconocería su propio fracaso. Era absolutamente necesario, si se quería llegar a tratar con los Aliados y evitar la inútil pérdida de miles de vidas humanas, eliminar al *Führer* y con él al régimen que estaba llevando a la ruina a la nación alemana. (Camera Press)

En este período, es decir, en los últimos meses de 1943, los conjurados todavía tenían la esperanza de conseguir la colaboración de los comandantes del frente oriental, que era el que más directamente experimentaba las durísimas dificultades de la guerra. Un armisticio en el frente occidental, concluido antes del temido «D-Day», podría salvar a Alemania de una catástrofe. A los conspiradores les parecía muy natural que el Ejército, en conjunto, acogiese favorablemente cualquier ocasión que se presentase de liberarse del

incesante y rápido derroche de fuerzas al que le obligaba Hitler. Stauffenberg se adhirió con entusiasmo a los planes elaborados por Tresckow para la operación, que se denominó con el nombre convencional de «Walküre» (Valquiria) y que preveía la ocupación militar de Berlín.

La Operación «Walküre» se justificaría como medida prudencial a tomar en el caso de que se rebelasen los millones de trabajadores forzados que residían en Alemania. Inmediatamente después de la llegada de Stauffenberg, Tresckow tuvo que incorporarse a su unidad en el frente oriental, y por ello la responsabilidad de llevar a la práctica la conjura en el interior del Ministerio de la Guerra se confió a Stauffenberg y a Olbricht, cometido excesivo para dos hombres. El general Fritz Fromm, su comandante en jefe, sentía un hondo desprecio por todo lo que salía de su esfera y por ello representaba un peligro para los conjurados. Fue entonces cuando Olbricht pensó en Beck, que ya no estaba en servicio activo, como futuro jefe.

El hombre más adecuado

Pero el general, que no gozaba de buena salud, no parecía estar en condiciones de dirigir un golpe de Estado. Por otra parte, no poseía ni la rapidez de juicio ni la decisión necesarias para llevar a la práctica aquella acción. A su vez, Olbricht, que rondaba los sesenta, era básicamente un administrador, de capacidad indiscutible y digno de la máxima confianza en lo referente a la organización, pero no un hombre de acción. En realidad, el único que poseía todas las cualidades era Stauffenberg.

Otro factor importantísimo era que Stauffenberg podía aproximarse a Hitler en su condición de coronel y jefe de Estado Mayor. La primera vez que se encontró en presencia del *Führer* fue el 7 de junio, es decir, un día después del desembarco aliado en Normandía. Lo miró a los ojos y descubrió, cosa que les ocurría a muy pocos, que no sentía temor alguno frente a él.

A Stauffenberg le preocupó profundamente la noticia del desembarco. Como todos los demás oficiales del Alto Mando, no esperaba que se produjera tan pronto. En sus planes, había previsto matar a Hitler antes de que los Aliados pusieran pie en Europa continental; pero la suerte no estaba de su lado, pues no consiguió realizar el atentado antes del «D-Day». Comprendía que ahora los efectos políticos del golpe de Estado habían fracasado en gran parte; no obstante, Tresckow, idealista como siempre, le envió un mensaje desde el frente oriental: «Debe intentarse a toda costa eliminar al *Führer*, y aunque el atentado fracasase es necesario que intentemos apoderarnos del poder en la capital. Hemos de demostrar al mundo y a las generaciones futuras que los hombres del movimiento de Resistencia alemán han osado dar el paso decisivo, exponiendo su vida. Al lado de esto nada tiene importancia».

Las preocupaciones de Stauffenberg se agudizaron cuando se enteró de que su amigo Julius Leber, jefe del movimiento socialista, había sido arrestado el 5 de julio. ¿A quién le correspondería la próxima vez? A ello se añadía la preocupación por las posibles e inesperadas destituciones o traslados de los hombres en quienes los conjurados se apoyaban en los diversos mandos del Ejército. Con frecuencia, a los altos oficiales se les destinaba a nuevos cargos, por lo que situaciones que se presentaban favorables en uno u otro mando cambiaban radicalmente de un día para otro. Por ejemplo, en el frente oriental, Tresckow continuaba valiéndose de su gran ascendiente para convencer al *Feldmariscal* von Kluge para que se uniera a la Resistencia. Kluge, hombre débil de carácter, alternaba asentimientos con negativas. Pero, inesperadamente, Hitler decidió destituir a Rundsted (comandante en jefe del Ejército en el Oeste) y nombrar a Kluge para sustituirle. Kluge, según los conjurados, estaba más bien dispuesto que Rundstedt y que Rommel; no obstante, cansado de que intentaran arrastrarle, rehusó llevar consigo a Tresckow y lo dejó solo en el frente soviético, aislado y prácticamente inútil ya para los fines de la conspiración. El 17 de julio, un avión ametralló el coche en que viajaba Rommel, quien resultó herido. Por lo tanto, ahora el único hombre verdaderamente seguro que ocupaba una posición de mando en el sector occidental era Stülpnagel, el gobernador militar de Francia, cuyo puesto de mando se encontraba en París. El puesto de mando de Kluge se hallaba en La Roche-Guyon, a unos ochenta kilómetros de la capital francesa.

Todo, pues, parecía indicar que era necesario poner en práctica cuanto antes la arriesgada empresa. Stauffenberg suscitaba respeto y simpatía por sus mutilaciones; a nadie se le ocurría registrarlo para asegurarse de que no llevaba armas, pues era evidente que todo lo que podía llevar consigo era una cartera de mano. Sin embargo, aquellos tres ágiles dedos que conseguían hacer el nudo de la corbata, también podían, sin excesiva dificultad, romper la cápsula para que el ácido pusiese en funcionamiento el mecanismo que haría estallar la bomba. Por ello, en perfecta sincronía con Beck y con Olbricht, en Berlín, y con Stieff y Fellgiebel, jefe de la organización de las transmisiones del Ejército en Rastenburg, Stauffenberg preparó hasta en sus mínimos detalles el plan de atentado.

En la primera mitad de julio, Hitler había establecido su base en Berchtesgaden, donde el día 3 Stauffenberg se reunió con Stieff y con Fellgiebel y a donde volvió, en avión, el día 11, esta vez llevando consigo la bomba en su cartera. Fue en este período cuando los conspiradores decidieron, definitivamente, eliminar también a Goering y a Himmler, por lo que se debía aplazar el atentado si los tres no estaban juntos. Y como el día 11 los dos últimos no estaban presentes, Stauffenberg renunció a la empresa.

El día 14 de julio Hitler regresó a Rastenburg; y el 15, un sábado, Stauffenberg debía presentarse de nuevo ante él, por lo que éste fue el día establecido para el atentado. Los conjurados decidieron que los primeros movimientos para la ocupación de Berlín debían comenzar a las 11, es decir, antes de la reunión en el puesto de mando, que se celebraría al mediodía. Esta sería la fase preliminar de la Operación «Walküre», llevada a cabo por «orden» de Fromm, pero, como es lógico, sin que éste lo supiera.

Por la mañana, Stauffenberg, salió con Fromm hacia Rastenburg, llevando la bomba en la cartera. Olbricht dio la señal para el comienzo de la operación a las 11, como se había acordado, y Gördeler se trasladó a casa de Beck, en la periferia de Berlín, para esperar los acontecimientos. Pasaron tres horas sin que llegasen noticias. La espera se hizo insoportable; Beck, aunque comedido y sin perder el dominio de sí mismo, estaba nerviosísimo. A las seis de la tarde ninguno de los dos consiguió dominarse y telefonearon para obtener información.

Se enteraron entonces de que no había tenido lugar atentado alguno. Stauffenberg, al descubrir que ni Goering ni Himmler participarían en la conferencia, se había alejado para consultar por teléfono con sus colegas sobre lo que había que hacer, y al regresar la reunión estaba ya a punto de disolverse. La posibilidad de poder aunar todas las circunstancias parecía ser muy difícil. A Olbricht le correspondió la poco agradabe misión de intentar convencer a Fromm de que la señal para el comienzo de la Operación «Walküre» no había sido más que una maniobra sorpresa para comprobar el grado de preparación de las tropas. Y Fromm se enfureció. ¿Por qué no le habían informado sobre esta operación, completamente superflua?

Beck, Stauffenberg y Olbricht, más resueltos y desesperados que nunca, decidieron que la próxima reunión del Estado Mayor sería definitivamente la del atentado, y con Hitler como único objetivo. Aunque Goering y Himmler no se presentasen, Stauffenberg debería actuar sin más aplazamientos. El 17 de julio llegó la noticia de que se preveían nuevas e inminentes ofensivas en el frente occidental y en el oriental. El 18 cundió la voz de que iba a detener a Gördeler; pero, avisado por Stauffenberg, el ex alcalde de Leipzig se escondió. Y, por último, llegó la orden de Rastenburg: la próxima reunión del Estado Mayor se convocaba para el 20 de julio, a la una de la tarde.

El plan del atentado era más bien lineal, preciso: el vuelo hasta Rastenburg; la bomba que estallaba durante la reunión de la una; la rápida fuga de Stauffenberg del «cubil del lobo» para volver, también en avión, a Berlín; la señal transmitida por Fellgiebel a los hombres que esperaban en el Ministerio de la Guerra en cuanto estallara la bomba; el aislamiento inmediato del sistema de comunicaciones de Rastenburg, del que Fellgiebel era el responsable; la Operación «Walküre», que se ponía en marcha en la capital del Reich y en otras partes; la noticia de la muerte de Hitler y, por último, las nuevas instrucciones enviadas por el Ministerio de la Guerra a todos los puestos de mando en nombre del gobierno de emergencia. Luego... negociaciones de paz y un sentimiento de inmenso alivio, tanto en el bando alemán como en el Aliado.

Stauffenberg y su joven ayudante Häften, que llevaba otra bomba en la cartera, dejaron Wannsee en coche, a las seis de la mañana, en dirección al aeropuerto de Rangsdorf, al sur de Berlín. El avión despegó a las siete, y tres horas después aterrizó en el aeródromo de Rastenburg. El piloto recibió órdenes de estar preparado, a partir del mediodía, para una salida inmediata.

En cuanto llegó, Stauffenberg se enteró de la primera modificación del plan, impuesta por las circunstancias. Se la comunicó Keitel, quien le advirtió que la conferencia no se celebraría a las 13, sino media hora antes, pues por la tarde se esperaba en Rastenburg la visita de Mussolini. Para Stauffenberg este cambio tenía una importancia relativa; significaba tan sólo que tendría menos tiempo a su disposición para eliminar a Hitler. Todo ocurriría más de prisa de lo que se había previsto. Fellgiebel cruzó unas pocas palabras con Stauffenberg y mencionó el cambio de horario. La empresa estaba ya en sus manos.

Como en el conjunto de edificios de Rastenburg se estaban llevando a cabo obras de reconstrucción, la conferencia del Estado Mayor se celebraría en la sala de mapas, una larga construcción de madera preparada para celebrar en ella las conferencias cuando en los *bunkers* de hormigón hacía demasiado calor o cuando no los consideraban adecuados por cualquier otro motivo. A las 12,30 horas, Stauffenberg, que se había retrasado deliberadamente a pesar de la mal disimulada impaciencia de Keitel, se disculpó por un nuevo retraso de unos instantes: tenía que ir a recoger el gorro y el cinturón, y fue entonces cuando aprovechó el momento en que se había quedado solo para aplastar la cápsula del ácido que pondría en funcionamiento la bomba, concediéndose apenas diez minutos para cruzar el recinto del puesto de mando hasta la sala de reunión, colocar el artefacto y alejarse para ponerse a salvo. Stauffenberg se apretó contra el pecho la cartera, insistiendo en llevarla él mismo, siguió a Keitel y poco después se encontró en presencia de Hitler, que estaba escuchando los partes de varios frentes y apenas se dio cuenta de que había entrado alguien.

Un rápido vistazo fue suficiente para que Stauffenberg tuviera idea de cómo se presentaba la escena. La sala, como hemos dicho, era un barracón de madera, una estructura que ofrecía escasa resistencia a la explosión, sobre todo considerando que las tres ventanas estaban abiertas a causa del calor. Sin embargo, sabía que, de todas formas, la explosión sería suficiente para matar a Hitler.

No asistían a la reunión ni Goering ni Himmler. Era una lástima, pero su ausencia ya se había tomado en consideración. Hitler estaba inclinado sobre la gran mesa de roble, cubierta por los enormes mapas militares, alrededor de la cual se habían reunido sus oficiales. Stauffenberg depositó la pesada cartera en el suelo, cerca del *Führer*, apoyándola contra la gruesa pata de madera que sostenía la mesa. Después murmuró una excusa, inventando el pretexto de que estaba esperando una llamada telefónica de Berlín, y abandonó la estancia.

Salió en seguida al exterior y cruzó el recinto del puesto de mando hasta el lugar en que Häften lo estaba esperando. El motor del automóvil estaba en marcha. Stauffenberg había calculado exactamente el tiempo necesario para llegar desde la sala de mapas al punto en que esperaba el coche. Habían pasado casi los diez minutos, pero no se atrevía a alejarse. De pronto oyó el fragor de la explosión, en el momento mismo en que llegaba a la altura del automóvil. Instintivamente lanzó una mirada al reloj: eran las 12,42. La misión estaba cumplida y Stauffenberg y Häften saltaron al automóvil, alejándose a la máxima velocidad posible.

Dejar en aquel momento el recinto era aún más difícil que colocar la bomba. Pero los dos conjurados tuvieron suerte, pues en un primer momento los hombres de la guardia creyeron que la bomba la habían lanzado desde el aire. El coche, con el emblema del Estado Mayor, debía pasar las dos barreras principales. Cuando llegaron a la primera, Stauffenberg bajó del coche, se agarró al teléfono y pidió al oficial de servicio un permiso inmediato de salida. Lo consiguió: su salida se registró a las 12,44. Sin embargo, cuando llegaron a la segunda y último barrera, las SS ya se habían recuperado del desconcierto y habían reforzado la guardia. Nadie estaba autorizado a salir del recinto sin un permiso especial hasta que hubieran terminado las investigaciones sobre la explosión. Stauffenberg ya no podía explotar el prestigio del grado y entregarse al azar de las llamadas telefónicas. El permiso de salida debía ser auténtico esta vez. Valiéndose de todo su ascendiente personal, consiguió convencer al ayudante del comandante del campo para que se lo concediera e incluso le confirmase por teléfono su consentimiento al sargento de guardia. Al fin Stauffenberg y Häften estaban libres. A las 13,15 despegaba su avión.

Mientras tanto, Rastenburg se había sumergido en el caos. Después de la explosión, hombres heridos y aturdidos empezaron a salir, tambaleándose, del barracón lleno de humo, mientras los guardias y agregados del Estado Mayor, todos desorientados y estupefactos por lo que había ocurrido, acudían a aquella escena de destrucción. Los heridos gemían; cuatro hombres habían muerto... pero ninguno de ellos era Hitler. Keitel condujo al *Führer* al exterior: sólo había sufrido heridas de poca importancia, pero su uniforme estaba desgarrado y chamuscado. Posteriormente se supo que uno de los oficiales presentes, antes de que la bomba estallase, había tocado con el pie la cartera y, como le molestaba, la había empujado lejos de Hitler, hacia el otro lado de la pata de la mesa. Así, sin saberlo, le había salvado la vida al *Führer* y había sacrificado la suya.

Hitler, en cuanto se hubo recobrado, ordenó que las SS interrumpiesen todas las comunicaciones no autorizadas entre Rastenburg y el mundo exterior hasta que se descubriese la verdad y se restableciese el orden. Fellgiebel, que estaba alerta y esperaba enterarse del resultado de la misión antes de transmitir la señal a Berlín, quedó aterrorizado al ver aparecer a Hitler vivo y sólo ligeramente herido, y antes de que tuviera tiempo para decidir qué debía hacer se encontró con que le habían quitado la posibilidad de ponerse en comunicación con la capital.

Mientras tanto, en Berlín y en París, los dos centros en los que debían efectuarse los movimientos preliminares del golpe de Estado, las cosas se desarrollaban sin contratiempos, como se habían previsto en el plan. Olbricht ocultaba su inquietud bajo la máscara burocrática habitual.

La misma tarde del atentado, Hitler acompaña a Mussolini –recién llegado a Rastenburg– a visitar la «sala de los mapas de la situación», destrozada por la explosión. Eran poco más de las 16 horas, y en aquel momento, en Berlín, a pesar de la falta de confirmación de la muerte del *Führer*, Olbricht, intendente general del Ejército territorial daba comienzo a la Operación «Walküre». *(Imperial War Museum)*

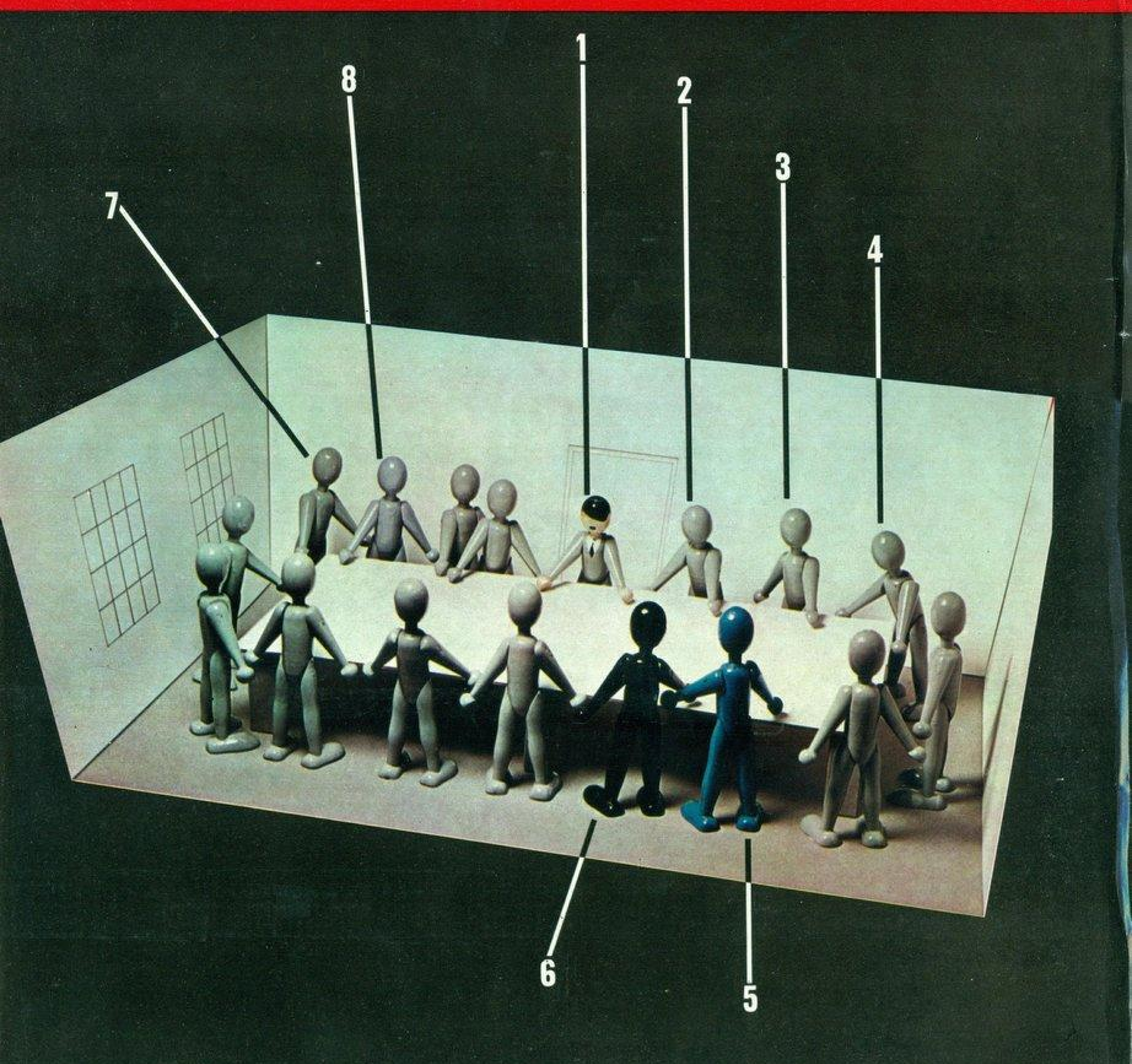


EN EL "CUBIL DEL LOBO"

Este modelo se ha reconstruido basándose en las indicaciones proporcionadas por el general Warlimont, uno de los supervivientes del atentado del 20 de julio, y reproduce la posición exacta de los altos oficiales y generales del "OKW", alrededor de la mesa de los mapas, en el momento de la explosión. La posición de los ayudantes, taquígrafos y de otro personal del "OKW" - 24 personas en total - se ha omitido a propósito para lograr una mayor claridad. Ninguno de los cuatro que resultaron muertos por la explosión era un jerarca nazi de importancia, y Hitler debió su salvación a la maciza tabla de la mesa sobre la que estaba inclinado al estallar la bomba.

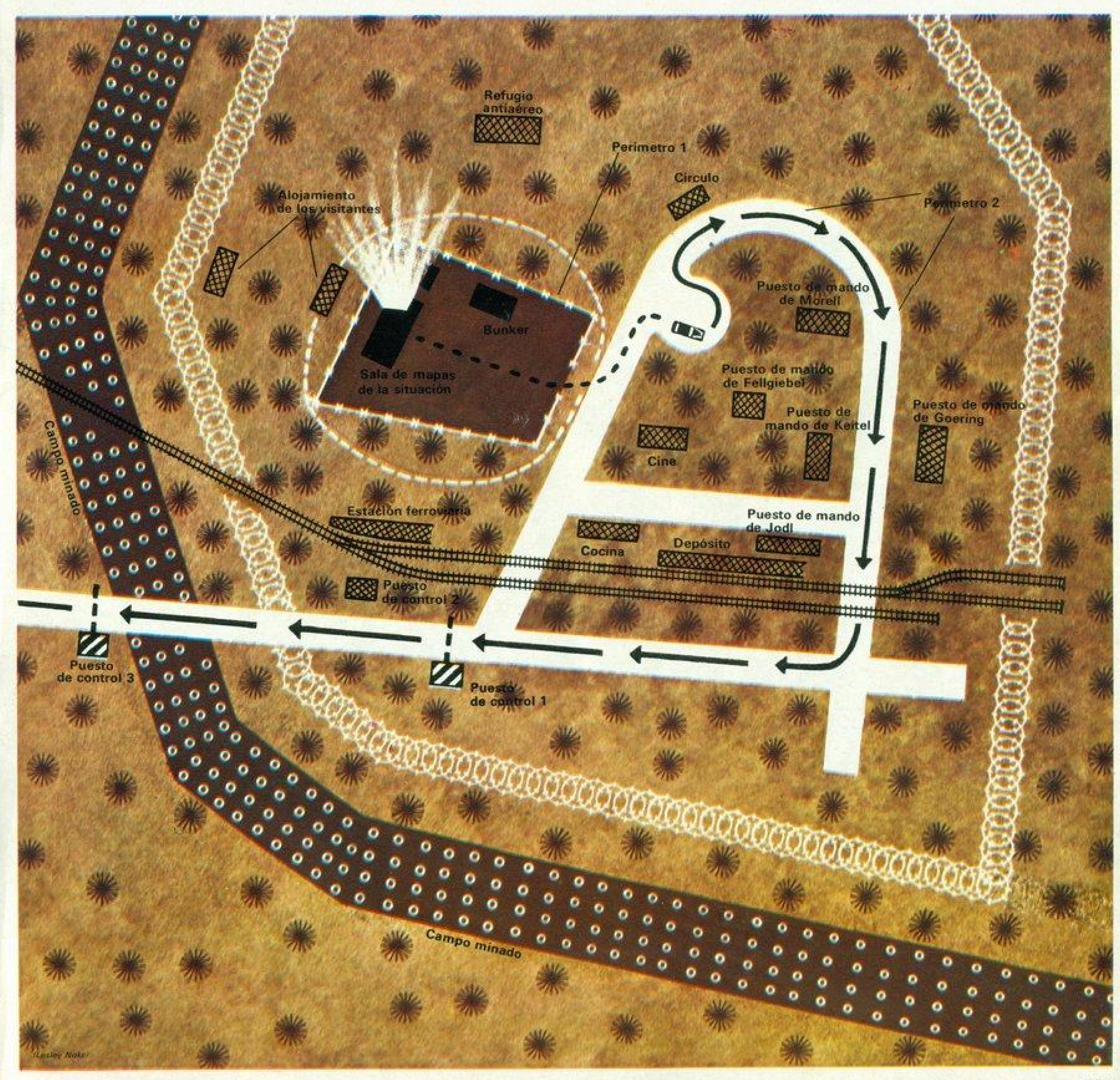
1. Adolf Hitler
2. *Feldmariscal* Keitel, jefe del "OKW"
3. Capitán general Alfred Jodl, jefe de Estado Mayor de operaciones en el "OKW"
4. General Walter Warlimont, subjefe de Estado Mayor de operaciones en el "OKW"
5. Contraalmirante Voss, representante del gran almirante Raeder en el Mando Supremo de Hitler
6. Fegelein, *Gruppenführer* de las SS, representante de las *Waffen* SS en el Mando Supremo de Hitler
7. General Schmundt, primer ayudante de Hitler en el Mando Supremo
8. Capitán general Korten, jefe de Estado Mayor General de la *Luftwaffe*

(Chris Harrison)



LA FUGA DESDE EL "CUBIL DEL LOBO"

Hemos reconstruido el recorrido que, con toda probabilidad, siguió Stauffenberg después del atentado, ateniéndonos a las fuentes proporcionadas por la República Democrática alemana. La "Wolfsschanze", Mando Supremo de Hitler, situado en Prusia oriental, en el corazón de unos bosques de coníferas, disponía de un poderoso sistema de defensas: alambradas, campos minados y torres de vigilancia provistas de ametralladoras. El único camino de acceso estaba bloqueado por tres puestos de control, dos de los cuales disponían de una barrera del tipo de paso a nivel. Sólo un alto jerarca nazi o bien un oficial del Estado Mayor agregado al "OKW", podría salvar tales obstáculos, llegar a la sala en la que Hitler convocaba a sus comandantes, depositar lo más cerca posible del *Führer* una cartera de apariencia inocente y salir luego sin ser advertido y sin provocar sospechas. La fortuna ayudó por dos veces a Stauffenberg y a Häften: la primera, cuando las comunicaciones entre la sala de conferencias y los puestos de guardia se interrumpieron completamente en el desbarajuste provocado por la explosión, y la segunda cuando lograron superar, cosa casi increíble, la vigilancia de la "Wolfsschanze", convenciendo a la guardia de que "misiones urgentes los reclamaban en otra parte", en el momento mismo en que se elevaba el humo de las ruinas de la barraca en que había tenido lugar la reunión y los supervivientes salían vacilantes al exterior.





El *Führer*, poco después del atentado. A las 22,50 horas, algunos fieles nazis con los que Fromm había logrado ponerse en contacto, invadieron el puesto de mando de los conjurados y los arrestaron. Tras un proceso sumarísimo, Stauffenberg, Olbricht, Häften y Mertz fueron condenados a fusilamiento inmediato. (Bibliothek für Zeitgeschichte)

A las 12,30 horas, el general Höppner, un jefe retirado que simpatizaba con los conjurados, llegó al Ministerio de la Guerra, según lo acordado anteriormente, vestido de paisano, pero llevando el uniforme en un maletín. El cometido que se le había asignado era el de sustituir a Fromm en el mando del Ejército territorial, por si este último rehusaba adherirse a la sublevación, que era lo más probable.

Para no exponer demasiado a Beck, los conjurados habían decidido hacerle intervenir, en su papel de jefe del golpe de Estado, en el último momento, al concluir la fase inicial, por lo que también esta vez Beck se vio obligado a esperar ansiosamente en su casa hasta que llegara el esperado aviso.

Había también más personas dispuestas a colaborar. El conde Helldorg, jefe de la policía berlinesa y ex oficial nazi, que había perdido toda su ilusión en el régimen, estaba dispuesto a poner a sus hombres a disposición de los conjurados. Hans Berndt Gisevius, que como funcionario diplomático en Suiza actuó durante mucho tiempo como elemento de enlace entre el sector militar y el sector civil de la conjuración, había llegado a Berlín para desempeñar la misión que quisieran confiarle. Otto John, de las líneas aéreas *Lufthansa*, estaba asimismo dispuesto a reunirse con los otros en el Ministerio de la Guerra. Arthur Nebe, un nazi decepcionado como Helldorf y personaje bastante ambiguo de la conspiración, se puso a disposición de los conjurados.

Pero, a todo eso, la esperada señal de Fellgiebel no llegaba, y Olbricht y Höppner empezaron a preocuparse por la falta de noticias. Su ansiedad aumentó poco después, cuando se enteraron de que todas las comunicaciones con Rastenburg habían sido interrumpidas.

Mientras tanto, en París, el coronel Finckh, uno de los oficiales del Estado Mayor de Kluge, había recibido desde Zossen, donde se encontraba el Mando Supremo permanente, en los alrededores de Berlín, una misteriosa llamada telefónica personal, cortada a propósito, de la que no había podido percibir más que una palabra: «Maniobras». Desde luego, la palabra no carecía de significado para él: era la primera señal para la puesta en marcha de la Operación «Walküre». Finckh conocía a Stülpnagel. Sabía que en cuanto se transmitiese la segunda contraseña convencional, Stülpnagel tendría que abordar el poco envidiable cometido de convencer a Kluge para que se uniera a los conjurados.

Hacia las 14 horas, Finckh recibió otra llamada personal desde Zossen: una sola palabra, *Abgelaufen* (puesto en marcha), que se repitió varias veces antes de que el no identificado interlocutor colgase. Finckh la consideró como la señal definitiva para el comienzo de la Operación «Walküre» y salió inmediatamente para informar a Blumentritt, jefe de Estado Mayor de Kluge, de que Hitler había muerto. El recorrido duraba cerca de una hora por lo que Finckh le comunicó la noticia alrededor de las 15. Blumentritt, que no estaba mezclado en la conjuración, acogió la noticia con calma y se puso en seguida en contacto con Speidel, jefe de Estado Mayor en el puesto de mando avanzado de Kluge, dándole la noticia en términos no completamente explícitos. Se le dijo que Kluge en aquel momento se encontraba en el frente y no volvería hasta avanzada la tarde. Sin embargo, nadie había pensado en informar a Stülpnagel. La comunicación con Francia era pésima.

En la Bendlerstrasse, Höppner y Olbricht estaban aún a la expectativa y cada vez más preocupados y llenos de dudas sobre lo que tenían que hacer. Evidentemente, en Rastenburg había ocurrido «algo». El problema era averiguar qué. Hacia las 15,30 horas fue posible establecer de nuevo, aunque temporalmente, los contactos con Rastenburg. Un interlocutor desconocido admitió que se había llevado a cabo un atentado contra la vida del *Führer*, pero la comunicación se interrumpió antes de que en Berlín consiguieran saber si Hitler había muerto o no. Lo cierto era que se estaba perdiendo un tiempo valiosísimo.

En el momento de la explosión, Himmler se encontraba también en Prusia oriental, en su propio puesto de mando, situado a unos cuarenta kilómetros de Rastenburg, a donde llegó alrededor de las 13,45 horas, inmediatamente después de que le comunicara la noticia del atentado. Las SS no tardaron mucho en intuir que debía haber una conexión entre la precipitada salida de Stauffenberg y la colocación de la bomba en la sala de reunión. Y así, hacia las cuatro, el puesto de mando de la Gestapo en Berlín recibió órdenes de lanzar a sus hombres en busca de Stauffenberg para detenerlo.

En Berlín, Olbricht tomó por propia iniciativa la decisión fatal, que hizo del 20 de julio de 1944 el día más memorable de la historia de la Resistencia alemana. Poco antes de las 16, suponiendo aún que Hitler había muerto, puso en marcha, en nombre de Fromm, la Operación «Walküre». Calmó su inquietud, casi inmediatamente, una breve llamada telefónica de Stauffenberg, cuyo aparato acababa de aterrizar en Rangsdorf. Por su parte, Stauffenberg quedó muy desconcertado al enterarse de que no había llegado aún a Berlín noticia alguna de la muerte de Hitler y que, por ello, las órdenes para el comienzo de la Operación «Walküre» se habían cursado hacía tan sólo un momento. Aseguró a Olbricht que Hitler había muerto y le anunció que acudiría en seguida al ministerio para colaborar en la operación.

Stauffenberg y Beck, este último de paisano, llegaron casi simultáneamente a la Bendlerstrasse donde, mientras tanto, se estaba difundiendo la noticia de la muerte de Hitler. Naturalmente, los nazis más fanáticos estaban horrorizados, y algunos incluso lloraban en presencia de todos; en otros parecía influir la calma con la que Olbricht había hecho frente a la terrible situación, de la que parecía, por algún extraño motivo, ser el verdadero jefe.

El único jerarca nazi de categoría que se encontraba aquel día en la capital era Joseph Goebbels, ministro de propaganda. También él se había enterado del atentado de Rastenburg y estaba esperando la confirmación de que Hitler había sobrevivido al mismo. Como todos los demás nazis, no había intuido inmediatamente que el hecho formaba parte de un plan más vasto: de un golpe de Estado. Él fue uno de los primeros en saber que Hitler había salido prácticamente ileso. En efecto, poco después de las 16, Hitler ya se había recuperado, hasta el punto de que pudo acompañar a Mussolini a visitar el lugar del suceso.

Y entre tanto, en Berlín, Olbricht, de pie ante el escritorio de Fromm, estaba anunciándole con toda la frialdad y la precisión de las que era capaz, la muerte de Hitler, concluyendo con la propuesta de que se cursasen inmediatamente las órdenes para la Operación «Walküre». Sin embargo, con gran consternación suya, Fromm se opuso decididamente y descolgó el teléfono, solicitando y consiguiéndolo en seguida hablar con Keitel: evidentemente se habían restablecido de momento las comunicaciones con Rastenburg. Keitel aseguró que el *Führer* estaba vivo. Olbricht, en el colmo de su perplejidad, no pudo hacer otra cosa que retirarse para reflexionar sobre lo que convenía hacer: en aquel momento, dado el cariz que estaban tomando las cosas, no podía comprender a Stauffenberg. Pero éste estaba completamente decidido a comprometerse. Acompañado por Olbricht y por dos oficiales inferiores, se presentó a Fromm y le reveló sin tapujos lo que había hecho. Dijo que Keitel podía inventar todas las mentiras que quisiese, pero que Hitler estaba muerto y Fromm tenía ahora la última posibilidad de apoyar el golpe de Estado. Fromm replicó oponiendo de nuevo una decidida negativa, por lo que Stauffenberg lo hizo arrestar. A Höppner, que se hallaba presente, se le nombró su sucesor. Mientras la oficina de From se transformaba apresuradamente en una especie de centro operativo del golpe de Estado, el coronel Piffräder, de la Gestapo, y dos agentes armados entraron en la Bendlerstrasse, sin que nadie les impidiera el paso y solicitaron ver a Stauffenberg. Este los acogió con una carcajada y ordenó que se detuviese a los recién llegados.

No obstante, empezaba a ser evidente que el golpe de Estado, aunque teóricamente bien preparado, no se desarrollaba al ritmo necesario para su buen éxito. Helldorf quedó desconcertado al ver que los militares no pasaban resueltamente a la acción. Las fuerzas designadas para ocupar Berlín llegaron incompletas y a intervalos irregulares, lo que dificultaba más el plan. Todo acabó dependiendo del ascendiente personal de Olbricht y de Stauffenberg. Los conjurados habían confiado en exceso en las comunicaciones por teléfono y teletipo, y el número de oficiales de Estado Mayor de confianza que habían recibido instrucciones de mantenerse alerta para guarnecer el centro neurálgico de las comunicaciones era demasiado escaso. Además, se habían perdido horas valiosísimas por una serie de circunstancias desafortunadas, y, sobre todo, había que tener en cuenta que Hitler no había muerto. Poco después se transmitiría por radio el comunicado oficial que confirmaba que el *Führer* estaba a salvo. Mientras tanto, los teléfonos comenzaron a sonar: los diversos mandos pedían aclaraciones sobre las órdenes inusitadas que estaban recibiendo y sobre la

noticia, no confirmada, de la muerte de Hitler. Beck, Stauffenberg, Olbricht y sus colaboradores inmediatos estaban ocupadísimos asegurándoles que Hitler había muerto. Entonces empezaron a darse órdenes desde el puesto de mando de los conjurados: se proclamó la ley marcial, seguida poco después por la orden de detener a los oficiales que mandaban las SS, así como a los jerarcas y funcionarios nazis más conocidos.

Parece increíble que los conjurados se hubieran olvidado de apoderarse de las principales emisoras de radio y que ningún oficial de grado superior se hubiera encargado de arrestar o de eliminar definitivamente a Goebbels. Ello revelaba una gran falta de previsión en la planificación y en la ejecución del golpe de Estado. El joven comandante que había recibido al fin la orden de arrestar al ministro de Propaganda, un tal Remer, no sólo no formaba parte de la conspiración, sino que era precisamente un nazi fanático, y su unidad, un batallón de Guardias, era una de las destinadas a proceder a la ocupación del centro de Berlín. Goebbels, que había comprendido al fin que el atentado no era más que el preludio de una acción de más alcance, a las 17,30 se puso en contacto directo con Hitler, por lo que sabía perfectamente cómo le convenía actuar con un hombre del tipo de Remer. Le dijo que el *Führer* estaba vivo y que gozaba de perfecta salud; después, muy astutamente, hizo algo más: puso también al joven oficial en contacto telefónico con el *Führer*, lo que, para Remer, significaba el máximo de los honores. La voz familiar del jefe supremo le comunicó su ascenso inmediato a coronel y le confió la misión de tomar las contramedidas necesarias para neutralizar la operación y liberar Berlín de traidores. Remer quedó aturdido por su inesperada suerte. *Heil* Hitler! Rápidamente se precipitó fuera para cumplir la misión que le acababan de confiar, y así, al atardecer, las unidades que con tanta dificultad los conspiradores habían reunido en Berlín empezaron a dispersarse.

Hacia las 18,45 horas, la radio transmitió, por orden de Goebbels, la primera noticia de que el *Führer* había sobrevivido a un atentado urdido contra su persona. Fue un duro golpe para los conspiradores. Los teléfonos volvieron a sonar: eran los diversos mandos del Ejército que pedían de nuevo informaciones precisas. El anuncio por radio señaló realmente el punto de inflexión fatal para la Resistencia berlinesa.

El capítulo del golpe de Estado fue, por el contrario, una cuestión muy distinta. Stülpnagel recibió información de que el golpe de Estado se estaba realizando ya avanzada la tarde. En su caso, el trabajo en equipo estaba mejor organizado. Sabía que le bastaría con cursar una orden para que se cercase y detuviese inmediatamente a los jefes de las odiadas SS en París. Un par de horas y todo terminaría, sin tumulto y sin contratiempos. El cometido esencial, en su opinión, era el de ganar para la causa de los conjurados a su indeciso superior, el general Kluge, asegurándose su apoyo.

Kluge se enteró de la noticia de la presunta muerte de Hitler al regresar a su puesto de mando, después de una inspección en el frente. Telefoneó inmediatamente a Fromm; pero, con gran sorpresa suya, quien le respondió fue Beck. Eran las 18,45 horas, y mientras estaba hablando le pusieron sobre el escritorio una copia del comunicado radiofónico. Entonces Kluge comenzó en seguida a tergiversar y a resistir a los apremiantes argumentos de Beck. Ni siquiera sirvieron para convencerle las afirmaciones de que el comunicado transmitido por radio no era más que una mentira de Keitel. Todo lo que consiguieron obtener de él fue la declaración de que antes de tomar una decisión tendría que consultar con su Estado Mayor. Y dicho esto, colgó. Sus dudas encontraron una confirmación cuando empezaron a llegar las contraórdenes de Keitel, anulando las cursadas por la Bendlerstrasse.

Sólo Stülpnagel y sus más próximos colaboradores permanecieron impasibles. A las 19, después de haber tomado las disposiciones necesarias para poner en práctica los planes, Stülpnagel subió a un coche, acompañado por los oficiales del Estado Mayor, para presentarse ante Kluge y convencerle de que se adhiriese al movimiento. Pero Kluge no cedió, como no había cedido ante Beck. «Este maldito asunto ha sido un fracaso», fue su comentario. Kluge no se uniría a ningún complot sin tener antes la certidumbre de que Hitler había muerto realmente.

Stülpnagel y los suyos sostuvieron su causa ante el viejo *Feldmariscal* con toda la elocuencia de que eran capaces; pero Kluge se mostró incorruptible. Finalmente, a las nueve, la radio anunció que el *Führer* pronunciaría un discurso a una hora no precisada de la noche, y desde aquel momento no dejó de repetirlo para que todos permanecieran a la escucha.

En Berlín, al atardecer, se intentó aprovechar las últimas energías del golpe de Estado en un esfuerzo extremo. Stauffenberg y Olbricht se batieron al teléfono en una acción de retaguardia, mientras Beck se abandonaba a una desesperación contenida. Fromm, prisionero en un despacho que prácticamente estaba sin vigilancia, logró ponerse en contacto con un grupo de nazis leales que habían permanecido en el ministerio, los cuales consiguieron armas y prepararon un *putsch* contra los hombres que ocupaban el piso superior. Hacia las 22,50 horas subieron silenciosamente las escaleras e invadieron las oficinas en las que los conjurados habían establecido su puesto de mando. Poco después, Beck y sus compañeros eran arrestados.

Con una prisa de mal gusto, impulsado también por el temor de una intervención de la Gestapo, Fromm presidió un tribunal, creado en un momento para el proceso sumario y la ejecución inmediata de los hombres acusados de traición. A Höppner se le dejó elegir entre la prisión y el proceso. Beck prefirió suicidarse; pero, a causa de su extrema tensión nerviosa, necesitó que alguien le ayudara a matarse; a Stauffenberg, Olbricht, Häften y Mertz von Quirnheim, el oficial que había dado la señal para el comienzo de la Operación «Walküre», se les condenó al fusilamiento inmediato. Apresuradamente se reunió un pelotón de ejecución en el patio del ministerio; y mientras bajaban las escaleras, Häften sosteniendo a Stauffenberg, sonó la alarma aérea. Iba a comenzar un bombardeo nocturno sobre Berlín. Se alineó a los conspiradores contra una pared y se les fusiló a la luz de los faros de los coches. El pelotón de ejecución consiguió llevar a cabo su cometido en el tiempo justo. Un momento después llegó la Gestapo, que llevó a cabo investigaciones en extremo rigurosas, de las que nadie pudo escapar, ni siquiera Fromm.

El golpe de Estado sólo tuvo un efímero éxito en Francia. Kluge, desconcertado al enterarse por Stülpnagel de que en aquel momento estaban arrestando a los jefes de la Gestapo y de las SS de París, le ordenó que volviera inmediatamente a la capital y pusiera remedio al problema que había creado, después de lo cual se debería considerar destituido. Y ya ante la certeza de que Hitler estaba vivo, Stülpnagel no podía hacer nada. Volvió a París desesperado. Silencioso y lleno de amargura, escuchó la voz áspera y rabiosa de Hitler, que a la una de la madrugada del viernes, 21 de julio, habló por radio desde Rastenburg. Sabía que su carrera había terminado y que muy pronto estaría en juego su vida. Intentó suicidarse, pero sin conseguir herirse mortalmente. También él, como muchos otros complicados en la conjura tuvo que pasar por el proceso presidido, en nombre de Hitler, por el implacable juez nazi Roland Freisler. El único que eligió su propia muerte fue Tresckow. Avanzó por tierra de nadie en el frente oriental y se entregó al fuego de los soviéticos.

Hitler en Rastenburg, rodeado de sus principales colaboradores. Lleva en los oídos tapones de algodón y parece tener el brazo derecho evidentemente dolorido. Para confirmar a la nación alemana que había fracasado el atentado contra él, el *Führer* pronunció un discurso por radio a la una de la noche del viernes 21 de julio. *(United Press)*



LOS HOMBRES QUE CONJURARON CONTRA HITLER

CIVILES

1937-39: la iglesia confesional del pastor Bonhöffer es clausurada por orden de las autoridades nazis, y Bonhöffer es sometido a incesantes persecuciones. Gördeler dimite de los cargos oficiales que le había concedido el régimen y, convertido en ciudadano particular, se asegura amplia libertad de movimientos en el interior del país, amplía el círculo de sus conocidos y se transforma en uno de los pilares del antihitlerismo. Von Hassell, ex embajador en Roma, destituido de su cargo en 1938, en el curso de la depuración llevada a efecto en los cuadros de la diplomacia se adhiere a la oposición y entra a formar parte, junto con Gördeler, del "círculo del miércoles".

1939: informado Churchill por Kleist y Gördeler de la existencia de un movimiento antinazi, envía, después de haber recibido la visita de Schlabrendorff, una carta de aliento a todos los jefes y a todos los miembros de la Resistencia alemana.

1940: los repetidos intentos de los conspiradores para obtener una promesa formal de apoyo por parte de los Aliados occidentales, no llegan a ningún fin, y fracasan definitivamente cuando los Aliados aceptan el principio, propugnado por Churchill, de la rendición incondicional. A fines de 1939, un alto miembro de la Resistencia, von Hassell, inició conversaciones con los ingleses, que se prolongaron hasta la primavera de 1940. Las negociaciones se interrumpieron cuando los alemanes atacaron Occidente.

1939-43: Moltke y Yorck constituyen el "círculo de Kreisau", cuyos adheridos elaboran gradualmente un esquema para la constitución de un Estado germano no nazi. Leber y Leschner se cuentan entre los jefes de la Resistencia civil de izquierda.

1943-1944: el canciller designado en un principio para presidir el gobierno fantasma del Estado alemán no nazi es Gördeler; pero el ex alcalde de Leipzig es estrechamente vigilado por la Gestapo y, por ello se ve obligado a actuar con la máxima circunspección, de modo que la iniciativa pasa definitivamente al Ejército.

Septiembre, 1943: un espía de la Gestapo, que había logrado participar en los "tés del círculo Solf" –el grupo constituido en torno a la viuda del ex embajador Solf, compuesto por conspiradores anglófilos– proporciona a sus superiores informaciones detalladas sobre el complot que se está tramando para derribar a Hitler. En enero de 1944 se detiene a Moltke; un mes más tarde se disuelve el "círculo de Kreisau".



CARL GÖRDELER,
ex-alcalde de Leipzig y comisario de precios del Reich, incansable propugnador de un gobierno no hitleriano. Ahorcado el 2 de febrero de 1945.



DIETRICH BONHÖFFER,
pastor evangélico, eminente profesor y erudito. Intentó ponerse en contacto con los ingleses en nombre del movimiento de Resistencia alemán. Condenado y ajusticiado en abril de 1945.



ULRICH VON HASSELL,
anteriormente embajador de Alemania en Roma, fue alejado del ministerio de Asuntos Exteriores en 1938. Fue uno de los jefes de mayor relieve de la "vieja generación" hostil a Hitler. Arrestado tras el fracaso del complot del 20 de julio, fue ahorcado el 8 de septiembre.

MILITARES

1938: Beck dimite como jefe del Estado Mayor General al iniciarse la crisis checoslovaca, cuando parece ya evidente que Hitler quiere la guerra, siendo sustituido por Halder. Halder, Beck y Witzleben proyectan un *putsch*, en el caso de que la crisis checoslovaca acabe conduciendo a un conflicto armado. Pero la entrevista de Munich termina con el triunfo de Hitler, y el complot no se lleva a efecto. Los jefes del Ejército abandonan entonces cualquier forma de resistencia activa.

Mayo, 1940: las victorias alemanas en todos los frentes contribuyen a reforzar las dudas de los generales sobre la eficacia de la Resistencia. Pero Stauffenberg, joven oficial de Estado Mayor, manifiesta abiertamente su desprecio hacia Hitler a hombres como los generales Halder, Stülpnagel, Fellgiebel y Wagner.

1941: Kluge sustituye a Bock en el mando del Grupo de Ejércitos del Centro en el frente oriental. Uno de los oficiales de su Estado Mayor, Tresckow, es un elemento de la conspiración, junto con Schlabrendorff, Beck y Oster, pero no consigue lograr la adhesión de Kluge.

1943: Beck, que ha sufrido una grave intervención quirúrgica, permanece temporalmente aparte. Tresckow y Schlabrendorff urden un atentado contra Hitler, pero la bomba colocada en el avión de éste no estalla.

Octubre, 1943: Tresckow y Stauffenberg empiezan a elaborar la Operación "Walküre". Kluge acepta la idea de la conjura, pero no quiere tomar parte activa en ella; como futuro comandante supremo se designa al general Witzleben. De marzo de 1943 a febrero de 1944 Gersdorff, Beck y Kleist proyectan una serie de atentados suicidas, pero no logran llevarlos a la práctica.

1943-1944: los conspiradores intentan inútilmente asegurarse la adhesión de von Rundstedt y de Rommel. Por el contrario, Stülpnagel está dispuesto a dar su apoyo al atentado.

Primavera de 1944: la cada vez más intensa actividad de la Gestapo obliga a Gördeler a permanecer en la sombra. Stauffenberg se transforma en uno de los jefes de la oposición.

Junio, 1944: los desembarcos aliados en Normandía invalidan el objetivo político del complot, que tenía como fin la constitución de un gobierno alemán no nazi fuera de la égida aliada. A pesar de ello, Beck, Olbricht y Stauffenberg siguen resueltos a poner en práctica el atentado contra Hitler.

Julio, 1944: fracasa el atentado. Toda la Resistencia superviviente es desbaratada.

Muchos miles de valerosos alemanes –hombres y mujeres– decidieron oponerse a Hitler, escogiendo para ello varios caminos. Pero entonces, cualquier forma de resistencia abierta equivalía a un suicidio deliberado, por lo que en Alemania la Resistencia se manifestó casi siempre como un acto de protesta individual, puesto que los grupos organizados estaban expuestos a la continua amenaza de ser eliminados por las SS o por la Gestapo.

A pesar de ello, la Resistencia contra el nazismo, dirigida en tres campos distintos –en el Ejército regular, en la "Abwehr" (Servicio Secreto militar) y en el campo civil– continuó manteniéndose viva. Hasta 1943, año en que se hizo cada vez más evidente que la derrota de Alemania era inevitable, la conspiración había tenido su centro en la "Abwehr" bajo el benévolo consentimiento de Canaris, jefe del Servicio de contraespionaje. Pero a fines del citado año 1943, la "Abwehr" comenzó a ser desintegrada; la mayor parte de sus jefes fueron detenidos o apartados de toda actividad, o bien se les mantuvo bajo una vigilancia rigurosa. También a los elementos civiles los controlaba la Gestapo, y el ritmo cada vez más apresurado de las detenciones produjo numerosos vacíos en las ya exiguas filas de la Resistencia. En 1944, la iniciativa había pasado por completo a manos del Ejército.

¿Quiénes eran los hombres que constituían el triple centro de la actividad antinazi? Todos los miembros del complot de julio eran personajes de cierta entidad, por su posición social o por los cargos que ocupaban en la vida pública del país, y en su mayor parte eran oficiales de alta graduación del Ejército. Sólo dos de los conspiradores activos no habían cumplido todavía los cuarenta años; los demás se aproximaban a los sesenta o ya los habían superado. Aunque todos eran cristianos practicantes, aceptaban sin reserva la necesidad de recurrir a la violencia para eliminar a Hitler y a su régimen.

En estas dos páginas recopilamos los acontecimientos de la Resistencia antinazi, acompañándolos con una breve reseña de sus protagonistas principales.



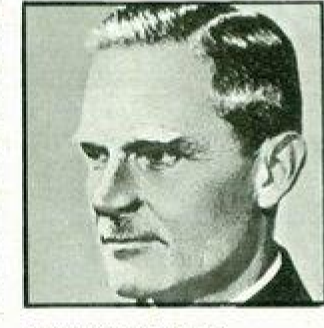
GENERAL BECK,
ex jefe de Estado Mayor General del Ejército, conspirador activo desde 1938. Designado como jefe de Estado a la caída de Hitler. Se suicidó el 20 de julio de 1944.



GENERAL DE DIVISIÓN VON TRESCKOW,
jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos del Centro del frente oriental. Junto con Stauffenberg elaboró la Operación "Walküre". Se suicidó el 21 de julio de 1944.



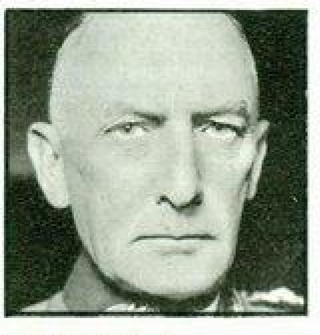
CORONEL CONDE VON STAUFFENBERG,
jefe de Estado Mayor del Ejército territorial, principal propugnador de la revuelta entre la nueva generación del Ejército. Colocó la bomba en la *Wolfsschanze*. Condenado a muerte por un procedimiento sumario, fue ajusticiado en Berlín la noche del 20 de julio de 1944.



CAPITÁN GENERAL VON STÜLPNAGEL,
gobernador militar de París, y único general, entre los presentes en Francia, que formó parte de la conjura. No logró convencer a Kluge para que tomase parte en el golpe de Estado contra Hitler. Fue ajusticiado, tras un fallido intento de suicidio, el 30 de agosto de 1944.



CAPITÁN GENERAL OLBRICHT,
intendente general del Ejército territorial. Después del atentado a Hitler trató de convencer a Fromm para que participara en el golpe de estado, pero no llegó a obtener su adhesión. Ejecutado junto con Stauffenberg el 20 de julio de 1944.



FELDMARISCAL VON WITZLEBEN,
uno de los conspiradores de la "vieja guardia". A la muerte de Hitler habría sido el comandante supremo del Ejército alemán. Fue ajusticiado en agosto de 1944.

ABWEHR

1939-1940: Oster, jefe de la Resistencia en la *Abwehr* (Servicio Secreto militar) a las órdenes de Canaris, introduce en el contraespionaje a Bonhöffer, Müller y Moltke.

Mayo, 1942: los pastores Schönfeld y Bonhöffer acuden a Estocolmo, donde se entrevistan con el obispo Bell de Chichester, iniciando unas conversaciones secretas. Pero este último se niega a asegurar el apoyo de la Gran Bretaña si el pueblo alemán no se rebela espontáneamente.

Enero, 1943: los jefes de la Resistencia alemana se reúnen en casa de Yorck para discutir la constitución que se debería dar a Alemania al final de la guerra. Todos están de acuerdo en la necesidad de un golpe de Estado, que debe efectuarse en cuanto sea posible.

Abril, 1943: Himmler y Schellenberg lanzan la contraofensiva de las SS contra los jefes de la Resistencia de la *Abwehr,* de los que se sospechaba desde hacía tiempo. Mientras Bonhöffer, Müller y Dohnanyi son arrestados por la Gestapo, Canaris y Oster, aunque muy vigilados, quedan en libertad.

Febrero, 1944: la *Abwehr* es incorporada a los servicios de espionaje de las SS. La única fuente de poder efectivo de la Resistencia alemana es ahora el Ejército.



ALMIRANTE CANARIS,
jefe de la *Abwehr* desde 1934, permitió que su organización sirviese de cobertura al movimiento de conspiración. Ajusticiado en abril de 1945.



GENERAL OSTER,
subjefe de la *Abwehr* y organizador activo del movimiento. Fue obligado a dimitir en diciembre de 1943, y ajusticiado en abril de 1945.

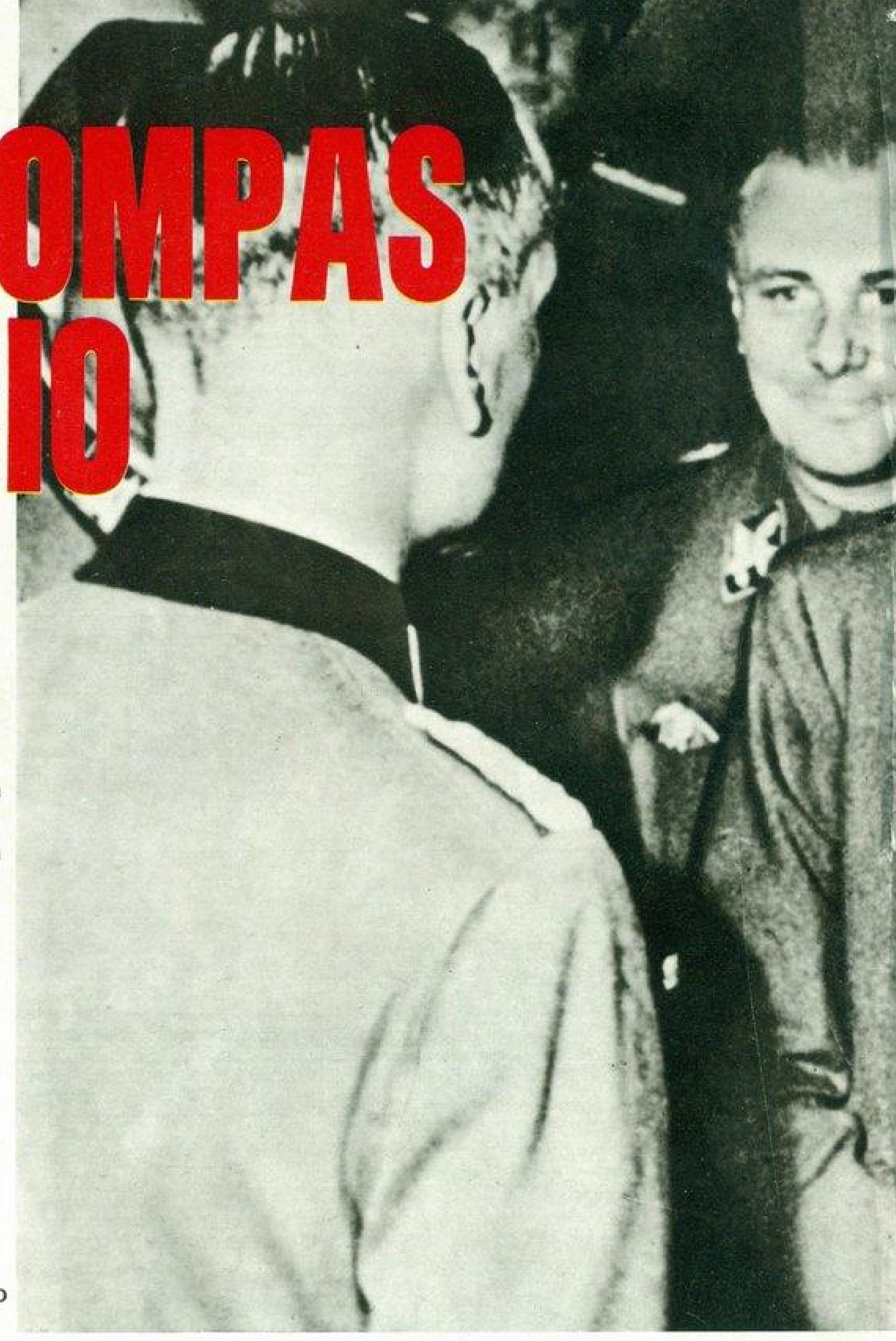


(History of the Second World War)

CONDE HELMUTH VON MOLTKE,
consejero legal de la *Abwehr*, jefe del "círculo de Kreisau"; era contrario a la violencia. Ajusticiado en enero de 1945.

Rastenburg, Prusia oriental, 20 de julio de 1944

LAS TROMPAS DEL JUICIO



Walter Warlimont, general

"Un día como otro cualquiera": en efecto, el 20 de julio comenzó así para el general Walter Warlimont, segundo de Jodl en el Mando Supremo alemán. En el aire flotaba un ruido ensordecedor porque en la "Wolfsschanze" se realizaban grandes trabajos de reconstrucción, y la reunión, fijada para las 12,30 horas, no se pudo celebrar en uno de los *bunkers* de hormigón en los que el *Führer* solía mantener sus conversaciones estratégicas. Precisamente el hecho de que tal reunión tuviera lugar en una ligera barraca de madera, fue el factor imponderable que determinó la supervivencia de Hitler y de su séquito. El general Warlimont, que se encontraba cerca del *Führer* en el momento en que estalló la bomba, recuerda aquí el acontecimiento que conmovió a la Alemania nazi.

«Un día como otro cualquiera». Una frase así de trivial describe con mucha propiedad el 20 de julio de 1944, o por lo menos su comienzo, en lo que se refería a mí personalmente. Aquella mañana no había nada, ninguna señal premonitoria que indicase que la catastrófica situación militar de Alemania en todos los frentes tendría la repercusión que tuvo pocas horas más tarde, representada por el estallido de una bomba en el corazón mismo del Mando Supremo. Es cierto que, de una manera vaga, había sabido algo sobre la existencia de una fuerza de resistencia que se oponía a Hitler: dos generales amigos míos, que formaban parte del grupo de los «conspiradores», habían dejado caer alguna alusión unas semanas antes, mientras, hablando conmigo, expresaban su juicio sobre los infaustos e inevitables resultados de las órdenes de Hitler. Pero yo no había dado demasiada importancia al asunto.

El Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas no abandonó Berchtesgaden ni el *Berghof*, la residencia privada donde el *Führer* había vivido durante bastantes meses, hasta el 9 de julio, para volver a su sede habitual, en medio de los bosques de Prusia oriental, cerca de la pequeña población de Rastenburg. A la sede del mando se la llamaba *Wolfsschanze*, el «cubil del lobo». La *Wolfsschanze*, que desde hacía tres años había sido la sede habitual del mando, estaba a la sazón en pleno proceso de reconstrucción y de ampliación. Las instalaciones subterráneas, los llamados *bunkers*, se estaban reforzando, así como los cuarteles circundantes. Y cuando llegamos nosotros los trabajos no se habían acabado todavía.

En el interior de la *Wolfsschanze* había barreras concéntricas de alambre de púas y otras defensas. El Estado Mayor, cuyo jefe entonces era yo, residía dentro del perímetro defensivo 2, y a pocos centenares de metros estaba el perímetro 1, dentro del cual vivía y trabajaba Hitler junto con sus colaboradores más directos, entre ellos los generales Keitel y Jodl, mis inmediatos superiores. Cuando llegamos, la *Wolfsschanze* tenía todavía el aspecto de un taller en plena actividad. En el interior del perímetro 2, varios centenares de obreros trabajaban entre los cuarteles y las estructuras de nuevas construcciones: el fragor de las hormigoneras y de las perforadoras neumáticas era ensordecedor; la profunda quietud y la absoluta seguridad a que nos habíamos acostumbrado parecían haber desaparecido para siempre.

8 horas: la acostumbrada y rápida ojeada a los partes

Llegué a la *Wolfsschanze* a la hora habitual, poco después de las ocho, y me dediqué a la que era, invariablemente, mi primera ocupación del día: una ojeada a las largas hojas de papel, semejantes a los listines de bolsa que salen de los teletipos comerciales, que resumían las noticias más recientes llegadas de todos los teatros de operaciones. El oficial de servicio, perteneciente al Estado Mayor General, los había compilado basándose en los boletines transmitidos por el teletipo: a las 10 se tenía que hacer un sumario de ellos, preparar los planos y coordinar todas las noticias de más importancia, de



manera que todo estuviera a punto para llevarlo «aquí» (así se definía comúnmente el perímetro) y presentarlo a Hitler. Hasta las 10, casi todos los que trabajaban en la parte del campo comprendida en el perímetro 2 estaban ocupadísimos en controlar, comprobar, corregir y redondear este «informe de la mañana». Una vez hecho, quedaba muy poco tiempo para discutir los problemas más urgentes con los otros oficiales del Estado Mayor y para dar la necesaria información al «profesor», el comandante de la reserva P. E. Schramm, encargado de la redacción del diario de guerra. Y eso era así porque a las 11 comenzaba el informe sobre la situación, que se celebraba diariamente por y para los miembros de mi Estado Mayor.

También aquella mañana del 20 de julio se caracterizó por una serie interminable de malas noticias, y el cuadro total que se deducía de las mismas habría sido insoportable si ya no nos hubiera endurecido la serie ininterrumpida de anuncios infaustos que llovían sobre nosotros todos los días desde los tiempos de las operaciones de Túnez y de Stalingrado. Además, en la situación en que nos encontrábamos, había llegado a ser casi una cuestión de honor para nosotros «no abatirse jamás», y era aún más importante, intentar imaginar nuevas formas, pese a los reveses, para ayudar con todos los medios disponibles a los frentes de guerra empeñados en pruebas durísimas.

Hitler, con algunos oficiales, después del atentado. A su izquierda, con la cabeza vendada, el general Jodl y detrás Bormann. El propio *Führer*, con la orden que recientemente había cursado de que todos los oficiales de alta graduación que se encontrasen en la «Wolfsschanze» debían estar presentes en las reuniones en las que se trataba de la situación, había ofrecido a von Stauffenberg la ocasión de llevar a efecto su plan. *(Keystone)*

12,30 horas: ninguna novedad

Oprimido por aquella atmósfera (que gravitaba sobre nosotros de una manera u otra todos los días, e incluso diré durante todas las horas de cada día) y por el ritmo apremiante de los acontecimientos, poco antes de mediodía subí al automóvil para acudir al interior del perímetro 1. Iba solo, como siempre. Mi ayudante se había ocupado, con acostumbrada rapidez, en procurarme los partes más recientes. Un salvoconducto especial me permitía atravesar las cancelas de las «zonas internas». Encontré al general Jodl en su barraca, inclinado sobre los mapas y con nuestro informe de la mañana en la mano: con él estaban sus dos oficiales del Estado Mayor General, uno del Ejército y el otro de la Aviación. Intercambiamos un rápido saludo y algunas palabras de explicación respecto del informe y luego nos fuimos juntos, recorriendo a pie los pocos metros que nos separaban de la sala de operaciones o de los mapas de la situación; era la que llamábamos «la sala de la situación».

No parecía que hubiera novedades en perspectiva. Pienso que Jodl ignoraba, lo mismo que yo, que el coronel conde von Stauffenberg, jefe del Estado Mayor del Ejército territorial situado en la patria, había llegado de

Berlín de madrugada para evacuar consultas con el general Keitel, en el Mando Supremo de las Fuerzas Armadas. Y, muy probablemente, aun en el caso de que lo hubiera sabido, no creo que el hecho hubiera motivado comentario alguno.

El lugar en el que se celebró la conferencia sobre la situación el 20 de julio tuvo una importancia determinante, análoga a la importancia de que la reunión se celebrara en Prusia oriental en lugar de celebrarse en Baviera. Y asimismo, todo lo que ocurrió después estuvo condicionado por las características de la sala. Anteriormente, en la *Wolfsschanze*, las reuniones sobre la situación se habían celebrado en uno de los edificios de hormigón, casi vacío y sin ventanas, construido expresamente para este fin sobre el nivel del terreno; en cambio, ahora, después de nuestra vuelta de Berchtesgaden, las disposiciones habían cambiado y las reuniones se celebraban en una barraca de madera, en la que se abrían numerosas ventanas y con las paredes reforzadas, entre una y otra, por planchas de hormigón de un espesor de 7 a 12 centímetros, destinadas a proteger tan sólo de las esquirlas de las bombas.

Aquella mañana la espera fue breve, y a las 12,30 horas, tras haber cambiado unas pocas palabras con los otros participantes en la reunión, entramos en la barraca. La anticipación se debía a que a primeras horas de la tarde llegaría Mussolini. Cuando entró Hitler en la habitación y se dirigió, tras un lacónico «Heil!», hacia el centro de la larga mesa en que estaban desplegados los mapas, cada uno de nosotros había ocupado ya su puesto habitual. Todavía, al cabo de los años, tengo impresa en mi memoria aquella escena.

El general Heusinger, que representaba al general Zeitzler, jefe de Estado Mayor del Ejército, ausente por enfermedad, había iniciado su informe hacia ya unos minutos, cuando se abrió la puerta y apareció Stauffenberg, quien llevaba bajo el brazo una gran cartera negra. Permaneció un momento en el lugar, encuadrado por la jamba de la puerta. Yo apenas le conocía, y además no le había vuelto a ver desde que fue tan gravemente herido en África del Norte; pero no lograba apartar mi mirada de su figura: era la clásica y típica imagen del guerrero, alto, erguido, con una venda negra que le cubría la órbita sin ojo y el muñón del brazo amputado en su manga vacía. Keitel lo presentó a Hitler, quien se volvió un momento hacia la puerta.

El *Führer* ni siquiera murmuró una palabra de saludo ni preguntó dónde y cómo había sufrido Stauffenberg aquellas graves mutilaciones: lo miró largamente, con ojo escrutador, privado de toda expresión y de benevolencia. Llegados a este punto debo hacer presente otra circunstancia importante que, en aquel caso específico, resultó desventajosa para Hitler y que éste mismo había provocado. En efecto, un orden suya, reciente, disponía que todos los oficiales de alta graduación y que ocupasen puestos de especial responsabilidad, debían estar presentes, cuando se encontraban en la *Wolfsschanze*, en las reuniones que se celebraban para tratar de la situación. La orden había sido inspirada por un doble motivo. Por un lado, Hitler deseaba conocer mejor a estos oficiales, con los que había tenido contactos relativamente escasos, pese a los cinco años de guerra; por el otro, deseaba que se convencieran con sus propios ojos y oídos de la habilidad con que él sabía llevar adelante las operaciones militares.

Después de la breve interrupción, Heusinger continuó hablando y la atención de los asistentes se concentró en el cuadro de la situación que el general estaba describiendo. Por esta razón, ni yo ni la mayor parte de los asistentes, de ello estoy muy seguro, notamos que Stauffenberg había colocado su cartera debajo de la mesa, a unos dos metros a la derecha de Hitler, y que luego había salido de la sala.

12,42 horas: «Un fragor infernal»

Y fue en aquel momento cuando intervino la tercera circunstancia accidental y absolutamente determinativa, que nadie hubiera podido prever.

Heusinger estaba exponiendo en aquel momento la situación en las zonas de los confines del norte de Prusia oriental. La región a la que se refería estaba reproducida en el ángulo superior del mapa topográfico y Hitler, para observarla de cerca, se había inclinado sobre la mesa, de modo que el tablero de ésta le protegía las tres cuartas partes de su cuerpo. La bomba estalló en aquel preciso momento, con el resplandor de un rayo y un fragor infernal que cubrió toda la habitación.

El desplazamiento de aire me había arrojado a tierra, pero, tras algunos segundos, estuve de nuevo en pie. Vi a Hitler que se dirigía cojeando hacia la salida, ayudado por Keitel. Tenía la cara negra de humo y los pantalones de su «seudouniforme» estaban reducidos a jirones. Casi todos los que había cerca de mí saltaron al exterior por las ventanas, y yo mismo me apresuré a imitarles. Fuera volví a ver a Hitler: avanzaba por la franja de hierba, en dirección a su residencia privada.

En el exterior de la barraca la escena era caótica. Sobre la hierba yacían los heridos graves y otros, alcanzados más ligeramente, intentaban detener la hemorragia con las medidas de primer momento.

Los SS que solían montar la guardia alrededor de la sala de reuniones me advirtieron del peligro de nuevas explosiones. En el extremo opuesto de la sala, frente al punto en que había estallado la bomba, yacía el cadáver de uno de los dos taquígrafos que durante casi dos años había transcrito todas las palabras pronunciadas durante las reuniones sobre la situación; estaba casi sepultado por los restos de la pesada mesa de roble que había volado en pedazos. El coronel Brandt, oficial del Estado Mayor General y primer ayudante del general Heusinger, se hallaba gravemente herido e intentaba ponerse en pie agarrándose al bastidor de una ventana. Logré ayudarle a salir de aquel infierno antes de que a mí me abandonaran las fuerzas. Keitel, que había vuelto, apenas me vio quedó aterrado y me ordenó que me alejase inmediatamente y me metiera en la cama. Mi chófer, Kasten, se encontraba a dos pasos de distancia de mí y me guió hasta el automóvil. Tuve algunas dificultades para salir de los distintos perímetros defensivos y llegar a mi «alojamiento privado», pero mi fiel Kasten se ocupó de solucionarlas.

18 horas: mucho «se dice» pero pocas noticias

Hacia las 18 me recuperé –si bien el zumbido en los oídos continuaba– y volví en automóvil al perímetro 2 de la *Wolfsschanze*. Di órdenes para que me colocasen una escribanía al aire libre; pero antes de que se cumpliese mi orden uno de mis colaboradores más inmediatos me refirió las voces que corrían, según las cuales el atentado contra la vida de Hitler no era más que el preludio de un golpe de Estado encaminado a derribar el régimen. Por lo demás, se sabía que Hitler había recibido a Mussolini en las primeras horas de la tarde, como se había establecido en el programa. No había más noticias, ni oficiales ni oficiosas.

En este estado de cosas, consideré que mi deber inmediato era descubrir lo que verdaderamente estaba sucediendo y con este fin volví a entrar en el perímetro 1. El general Jodl no estaba en su oficina, y entonces entré en la barraca en la que trabajaba Keitel. Lo encontré sentado ante su escritorio, presa de gran agitación, con la mano dispuesta a levantar el receptor del teléfono. De él conseguí las informaciones que transcribo a continuación, repitiendo textualmente, según me ayuda mi memoria, sus mismas palabras:

«Es monstruoso. Ha sido obra de Stauffenberg, es evidente. En su cartera había escondida una bomba con espoleta a tiempo.

»En Berlín, un grupo de ex generales, creyendo que el Führer ha muerto y que el Reich está en peligro han intentado adueñarse del poder.

»Apenas han llegado aquí las primeras noticias, por la tarde, el Führer ha enviado a Berlín a Himmler, por avión, a fin de que restablezca el orden. Himmler asumirá inmediatamente el mando del Ejército territorial. Desde este momento, las órdenes cursadas desde Berlín sólo serán válidas si llevan su firma.

»Ahora estoy comunicando con los comandantes del Wehrkreis (el mando logístico del Ejército 18, con sede en el territorio metropolitano) para informarles sobre la situación real.

»Usted, Warlimont, proceda inmediatamente a transmitir la misma comunicación en nombre del comandante supremo de las Fuerzas Armadas de los teatros de operaciones; dé órdenes para que el Mando Supremo del Ejército informe a los comandantes del frente oriental.»

Era un encargo de la máxima urgencia. Encontré la centralita telefónica más cercana en un corredor que llevaba a la barraca de Jodl y llamé inmediatamente al general Stieff. Me respondió él mismo. Conocía a Stieff desde hacía muchos años; pero, en aquel momento, yo ignoraba todavía que era uno de los jefes de la «conspiración». Le estaba refiriendo lo que me había comunicado Keitel cuando vi aparecer a mi lado al general Jodl, con la cabeza vendada.

«¿Con quién está hablando?», me preguntó bruscamente, y poco faltó para que me arrancara el teléfono de la mano. Siguió un breve y áspero cambio de palabras, después de lo cual me comunicó que, a última hora de la tarde, vendría al perímetro 2 para tener una conversación con los oficiales de mi Estado Mayor.

Entonces juzgué que me convenía volver a mi oficina antes de hacer las restantes llamadas telefónicas. Preveía que tendría que responder a preguntas especialmente minuciosas que me formularía respecto al jefe del sector occidental, *Feldmariscal* von Kluge, que había sido mi venerado comandante en el Cuerpo de Ejército en el período anterior a la guerra. En aquel mismo momento, como se supo más tarde, los comandantes en jefe del sector occidental estaban reunidos en su puesto de mando de La Roche-Guyon, en el bajo Sena. Entre ellos estaba también el infortunado general Heinrich von Stülpnagel, quien, creyendo que Hitler había muerto, acababa de ordenar que se arrestase a todo el personal de las SS presente en París.

Al final de la tarde, Jodl acudió a la mesa común de los oficiales del perímetro 2, donde le presenté a todo el Estado Mayor, compuesto por unos 40 a 50 oficiales. Jodl comparó el intento de asesinato con un «pronunciamiento latinoamericano», que hasta aquel día nunca se había dado en la historia militar de Alemania, y les informó del desarrollo que la situación había tenido en Berlín. Concluyó su discurso con una declaración de fidelidad al *Führer*. Luego se disolvió la reunión.

Al día siguiente: se reanuda la actividad habitual

A la mañana siguiente, la actividad en el puesto de mando se reanudó con su ritmo habitual. La conferencia sobre la situación la abrió Goering, quien por cierto no había participado en la del día anterior. Empezó con una declaración de fidelidad al *Führer*; pero Hitler, ceñudo, tétrico y cerrado, no demostró que le afectasen las palabras que Goering pronunciaba con voz áspera, martilleante y metálica, ni el anuncio de que en adelante el tradicional saludo militar, con la mano alzada hasta la visera, común a todos los Ejércitos del mundo, quedaría abolido y sería sustituido por el saludo alemán, o saludo hitleriano, con el brazo derecho levantado y dirigido hacia delante.

Indudablemente, este cambio debía interpretarse como una forma de expiación, o de castigo, infligida al Ejército. Otra consecuencia del atentado fue la derogación de una orden que el mismo Hitler había cursado el otoño de 1943, y precisamente ante el temor de ser objeto de un atentado. La orden, en efecto, decía que ningún oficial de su séquito inmediato podía ser trasladado o sustituido por otros. Pero los acontecimientos del 20 de julio la habían invalidado y fue necesario derogarla. Efectivamente, alrededor de la mesa de los mapas topográficos había ahora bastantes caras nuevas, ocupando el lugar de los oficiales que habían resultado gravemente heridos el día anterior.

Yo estaba más disgustado que nunca de las personas y de los métodos adoptados en el «cubil del lobo» y deseaba cambiar de ambiente. Durante mucho tiempo insistí ante Jodl para que se me permitiera visitar el frente de Normandía, con el fin de tener una impresión directa de la situación, mas siempre se había rechazado mi petición. Aquellos días la presenté de nuevo; pero entonces surgió una nueva dificultad. Un otólogo, titular de cátedra en la universidad de Berlín, había recibido la orden de trasladarse a Prusia oriental para curar a Hitler y a los otros heridos, entre ellos yo mismo. Este médico, en principio, me negó el permiso de trasladarme por vía aérea; mas, después de diez días, atenuó el rigor de la prohibición y me dijo que podía viajar en avión a condición de que el aparato no volase a un techo superior a los 900 metros.

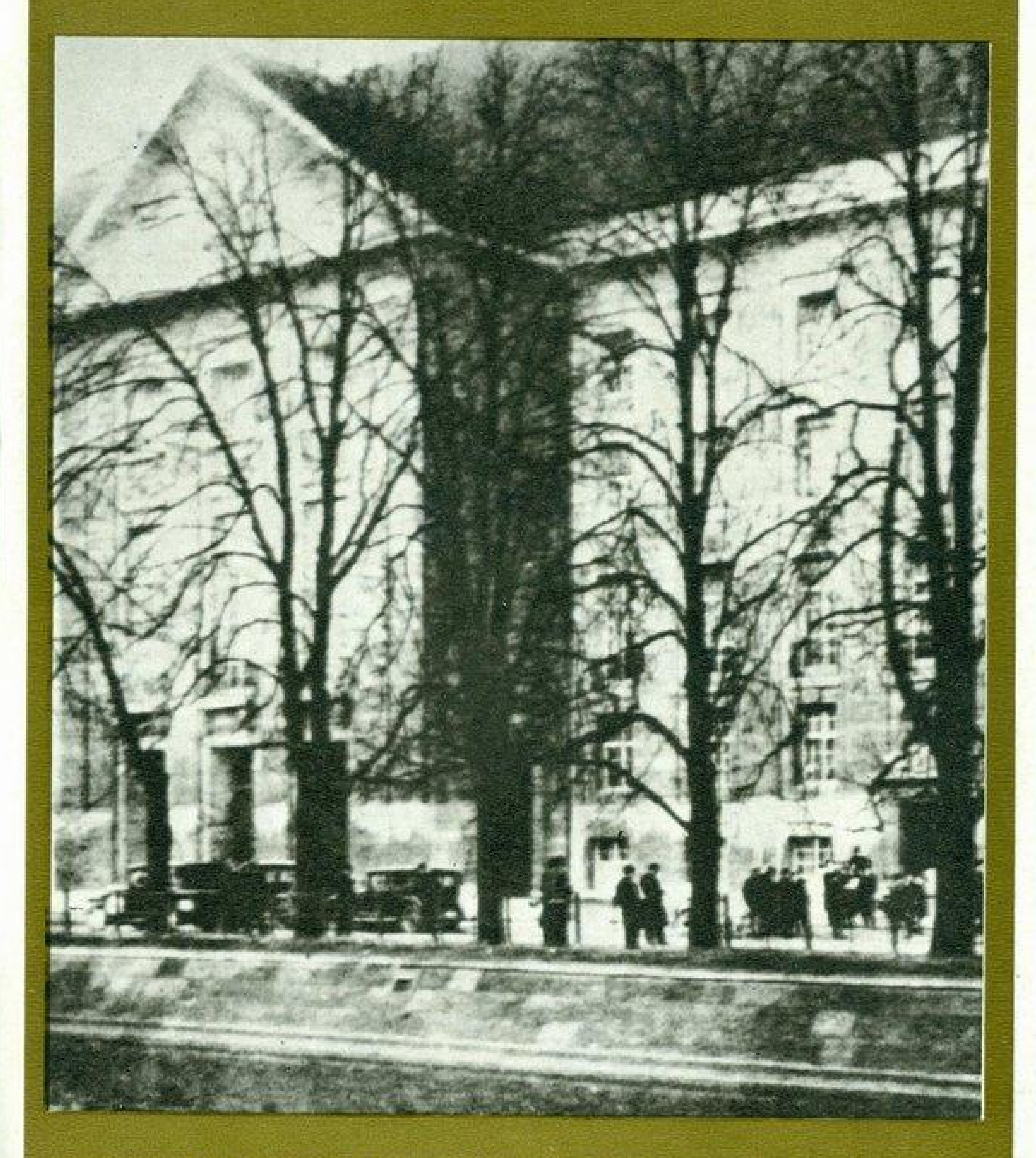
Volví de Normandía, donde las señales del derrumbamiento era ya claramente visibles, el 8 de agosto, y apenas descendí del avión me di cuenta de que me era casi imposible mantenerme en equilibrio. Sin embargo, tuve que resistir y continuar trabajando porque la situación general era catastrófica. Así me mantuve hasta primeros de septiembre, cuando un neurólogo me sometió a una serie de exámenes y me concedió una licencia por enfermedad de cuatro semanas. Su diagnóstico decía: consecuencias de una conmoción cerebral sufrida el 20 de julio.

Y ya no volví al servicio activo. Mi estado de salud mejoraba muy lentamente y mi licencia se prolongaba de vez en cuando. La suerte me fue benigna y me ahorró compartir, en Berlín, el fin del Mando Supremo, en el *bunker* de la Cancillería del Reich.

LOS CONSPIRADORES

Berlín, 20 de julio de 1944

Otto John



La entrada principal del Ministerio de la Guerra, en la Bendlerstrasse de Berlín, donde tenía su sede el Mando del Ejército territorial metropolitano, centro de la Resistencia activa para derrocar al *Führer*. (History of the Second World War)

Incertidumbre y prudencia, excesiva confianza y falta de decisión: de esta forma, uno de los conspiradores expresa su juicio sobre la conducta de sus compañeros en el puesto de mando de la Bendlerstrasse, después del atentado del 20 de julio. Estos fueron los puntos débiles que determinaron el fracaso de la "conjura de julio" y que llevaron a las SS a la supresión de casi todos los que habían tomado parte en ella.

Participaba activamente en las conspiraciones contra Hitler desde la llamada «crisis Fritsch», producida a comienzos de 1938. En mi condición de asesor legal de la *Lufthansa*, la compañía de navegación aérea alemana, tenía la posibilidad de realizar frecuentes viajes al extranjero, incluso durante la guerra y, como consecuencia, la posibilidad de establecer contactos por cuenta de la Resistencia alemana con la embajada norteamericana en Madrid y con la embajada británica en Lisboa. Una semana después de los desembarcos aliados en Normandía, el coronel conde von Stauffenberg y el coronel Hansen me dieron instrucciones para que procurara conseguir una entrevista con el coronel William Hohentjal, agregado militar de la embajada de los Estados Unidos en Madrid, con el fin de intentar descubrir si había alguna esperanza de entablar negociaciones para un armisticio con el general Eisenhower en el caso de que en Alemania pudiésemos llevar a buen término un golpe de Estado contra Hitler.

Inmediatamente después de la invasión aliada en Normandía, Stauffenberg había decidido –él mismo me lo dijo– «realizar el golpe contra Hitler dentro de tres semanas». Quería que las negociaciones para el armisticio se llevasen a cabo «de soldado a soldado», excluyendo la intervención de los políticos. Los contactos verdaderos los iniciaría el coronel Hansen, en nombre del Mando Supremo, constituido por los conspiradores, quienes asumirían los poderes después de la desaparición de Hitler. Yo debía quedarme en Madrid para esperar la llegada de Hansen.

«Estaba esperando noticias sobre el golpe»

Salí de Berlín, en vuelo hacia Madrid, el 19 de julio. A través de un amigo recibí la seguridad formal de que cualquier comunicación que el Mando Supremo de los conspiradores transmitiera, por el trámite de Hansen o el mío, se sometería a la atención del general Eisenhower; pero se me dijo también, explícitamente, lo que yo ya sabía desde hacía mucho tiempo y que había repetido a mis compañeros: la única respuesta que podíamos esperar por parte de Eisenhower era una petición de «rendición incondicional». Informé a Hansen, con un mensaje cifrado, transmitido por un radiotelegrafista amigo, de que ya había establecido los contactos y entonces esperé, en la capital española, como habíamos convenido, la noticia del «golpe» y la llegada de Hansen.

Pero el día 14 de julio, contrariamente a las disposiciones establecidas en un principio, recibí a mi vez un mensaje cifrado de Hansen en el que se me ordenaba volver inmediatamente a Berlín. Así, pues, la tarde del 19 de julio llegué al aeropuerto de Tempelhof, donde encontré a mi hermano Hans, que me esperaba, el cual me comunicó las últimas instrucciones de parte de Häften, el ayudante de Stauffenberg: según estas instrucciones debía esperar una llamada telefónica, al día siguiente, en mi oficina de la sede de la *Lufthansa*.

Mi hermano me refirió, que el atentado proyectado contra Hitler se tenía que haber llevado a efecto algunos días antes, pero que se había aplazado porque Himmler no había participado en aquella determinada «conferencia del *Führer*». De todas formas, estaba decidido que no hubiera ya más demoras, por lo que al día siguiente, 20 de julio, se llevaría a cabo el atentado.

A la mañana siguiente Häften me telefoneó desde el Ministerio de la Guerra, entre las 17 y las 17,30 horas, y me dijo: «Venga aquí inmediatamente, estamos asumiendo en nuestras manos todos los poderes ejecutivos».

En el acceso principal del palacio de la Bendlerstrasse dije que quería ver al coronel conde von Stauffenberg. Y, tras una espera de pocos minutos, compareció un joven capitán, a quien sólo conocía de vista, y me dijo: «*Herr Doktor*, se me ha encargado que lo acompañe dentro». Le seguí, y mientras atravesábamos el patio observé un *BMW* negro y abierto, cuya matrícula era *POL-7*, un automovil de servicio de las SS y que pertenecía evidentemente al Estado Mayor de Himmler; la presencia allí de semejante automóvil me hizo concebir sospechas. Cuando estuvimos al pie de la escalinata, el capitán que me acompañaba dijo, en voz más bien alta, para hacerse oír de los centinelas: «Ahora puede subir», y acto seguido volvió a su puesto de guardia.

Subí lentamente la escalera, fijándome en los escalones; pero cuando me encontraba al pie del segundo tramo levanté los ojos y me resistí a creer lo que veía. Arriba se hallaba el coronel Fritz Jäger, antiguo amigo

mío, sin gorra y desarmado, en medio de dos guardias con el casco puesto y calada la bayoneta. Cerca de Jäger había un oficial de las SS, un coronel, con la gorra y su pistola en la funda. En aquel momento tuve la certeza de haber caído en una trampa, porque, a juzgar por la escena que observaba, habría jurado que Jäger estaba arrestado, a punto de ser sacado de allí, de forma que le saludé en voz alta y de manera bien ostentosa con un *«Heil Hitler!, Herr Oberst» (Heil* Hitler!, señor coronel).

Con indecible alivio por parte mía, Jäger me estrechó cordialmente la mano exclamando: «Me alegro de verle. Ha hecho bien en venir», y fue entonces cuando creí adivinar lo que había sucedido. Efectivamente, había sido Jäger quien había arrestado al oficial de las SS. Lanzando una ojeada a su prisionero, Jäger añadió: «Ahora estoy ocupado, pero dentro de poco podremos charlar».

Häften me arrastró al vano de una ventana y, en pocas palabras, me refirió cómo se había desarrollado el atentado contra Hitler. «Quieren hacer creer que no ha muerto», concluyó, antes de alejarse a toda prisa. Permanecí solo, algo preocupado. Encendí un cigarrillo observando lo que ocurría a mi alrededor. La idea que me había hecho de un Estado Mayor General en acción se apartaba por completo del espectáculo que estaba observando; pero esta sensación probablemente dependía del hecho de que yo jamás había participado en la vida militar. Sin embargo, la escena histórica a la cual asistía se me grabó en la memoria, y habría sido difícil que no fuese así. Generales y oficiales superiores iban y venían, fumando y charlando, evidentemente sin saber cuáles eran las misiones en que se tendrían que ocupar en aquel momento, mientras el hermano de Stauffenberg, Berthold, juez militar en el almirantazgo, también paseaba de un lado para otro.

Pedí al conde Schwerin, a quien se había designado para ocupar el cargo de ayudante de Beck, que me informase sobre la situación. Aproximamos dos sillas, nos sentamos y Schwerin me relató los acontecimientos. Me dijo que Häften, después de haber aterrizado con Stauffenberg en el aeródromo de Rangsdorf, había telefoneado al coronel Mertz von Quirnheim, jefe de Estado Mayor del general Olbricht, para comunicarle que el atentado se había llevado a término con éxito. Olbricht, apenas recibió la noticia, se fue a ver al general Fromm, comandante en jefe del Ejército territorial, para anunciarle que Hitler había muerto y que por ello era necesario ordenar a todos los comandantes de los distritos militares que asumiesen el poder ejecutivo, con el fin de prevenir el estallido de posibles desórdenes en el interior del país. Las disposiciones necesarias ya las había tomado Stauffenberg, en una maniobra conocida con el nombre convencional de Operación «Walküre», para establecer el estado de sitio que permitiría derrocar el régimen.

Pero Fromm quería tener la confirmación de que Hitler había muerto y con este fin telefoneó al *Feldmariscal* Keitel, en la sede del Mando Supremo, para saber exactamente cómo estaban las cosas. Allí le habían confirmado la noticia del atentado contra la vida del *Führer*, precisando, sin embargo, que Hitler estaba vivo y sólo había sufrido algunas heridas superficiales. Fromm, naturalmente, objetó que, en vista de ello, no creía que hubiera motivo alguno para cursar las órdenes previstas en la Operación «Walküre». Entonces Olbricht había creído oportuno no obstinarse en presionar a Fromm y regresó a su despacho en espera de Stauffenberg. Allí había encontrado al coronel Mertz ya en acción, ocupado en cursar las órdenes que darían vía libre a la Operación «Walküre» y permitiría proclamar el estado de emergencia.

Stauffenberg y Häften habían llegado a la Bendlerstrasse poco antes de las 17. Stauffenberg aseguró a Olbricht que Hitler había muerto y cuando Olbricht le refirió el resultado de la conversación telefónica de Fromm con Keitel, se limitó a refutarla afirmando: «Keitel miente. La bomba ha estallado mientras estábamos allí, con un efecto comparable a la explosión de una granada de 150 mm. Hitler ha muerto. He visto con mis propios ojos su cadáver mientras lo sacaban». Entonces Olbricht volvió al despacho de Fromm, junto con Stauffenberg y con Mertz, para ponerle frente al hecho consumado.

Stauffenberg había repetido a Fromm que Hitler estaba muerto, que él mismo había hecho estallar la bomba que lo había alcanzado y Olbricht le apoyó, afirmando que, dadas las circunstancias, era indispensable cursar las órdenes de la Operación «Walküre». Y al mismo tiempo había suplicado a Fromm que se inclinase de su parte para salvar a Alemania y al pueblo alemán de la ruina total.

«Ninguno de nosotros tenía una idea exacta de la situación»

Pero Fromm objetaba que el atentado no había tenido éxito y que Stauffenberg haría bien en pegarse un tiro porque, de no ser así, se vería obligado a detenerlo. En aquel momento, me dijo Schwerin, comprendieron que Fromm jamás se pondría de su parte, de modo que Stauffenberg, con la ayuda de Olbricht y de Mertz, lo había dominado y arrestado en una estancia, que era la oficina de su ayudante.

«¿Pero quién manda aquí ahora y qué órdenes da?» –pregunté yo.

«Stauffenberg, como usted ve» –respondió Schwerin.

En realidad, en el Ministerio de la Guerra nadie podía decir cómo andaban verdaderamente las cosas. Stauffenberg continuaba impertérrito, convencido todavía de que Hitler había muerto, y Schwerin se lamentaba amargamente de que la ocupación de la estación de radio no se hubiera llevado a cabo como debía haberse hecho. «El viejo Beck está absolutamente decidido a ver cómo se lleva todo adelante. Pero esta noche tendremos necesidad de todos los hombres que podamos reclutar». A través de un altavoz que había en la sala de al lado oía transmitir sin interrupción marchas militares. Pensé que se trataba de una preparación psicológica para la proclamación del estado de emergencia.

Schwerin me preguntó al cabo de un rato qué noticias tenía para Beck de parte de la embajada americana en Madrid. Le dije que recordase lo que le había referido a Stauffenberg en marzo, o sea que de los Aliados no podíamos esperar ninguna respuesta que no fuera la petición de una rendición incondicional. «Pero si lo cree oportuno, se lo puedo repetir una vez más a Beck, personalmente.»

«Ni pensarlo –exclamó Schwerin– ahora sería inútil. Espere un poco más.»

Stauffenberg entró apresuradamente, asió el teléfono que le ofrecía la telefonista, habló con alguien y volvió al otro teléfono de su habitación. Pregunté a Schwerin por el coronel Hansen y aquél insistió en afirmar que yo y Hansen debíamos volver a Madrid «apenas supiéramos con certeza en qué punto estábamos».

Yo estaba convencido de que Hitler había muerto y mientras veía y oía tomar aquellas determinaciones para establecer el estado de emergencia no se me ocurrió pensar ni por un momento que las cosas pudieran ir mal. Aunque la situación era extremadamente confusa, sentía una gran seguridad de que el nazismo, al fin, sería derribado por la *Wehrmacht*. De las conversaciones telefónicas, que podía seguir a medias, parecía que todo marchaba de la mejor forma. Pero no sospechaba que los generales y los oficiales superiores renovarían sus protestas de fidelidad al *Führer* apenas supieran con certeza que Hitler no había muerto.

Pronto no me sentí capaz de resistir más aquella espera, que me obligaba a la inactividad. Bastantes generales –jefes de los distintos sectores del mando del Ejército territorial–, que se encontraban allí, habían sido convocados por Olbricht para recibir instrucciones. Hacía ya bastante tiempo que esperaban y empezaron a manifestar cierta impaciencia ante la idea de tener que esperar más todavía. De sus conversaciones deduje que no tenían ni la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Dos de ellos hablaban vagamente de un atentado con una bomba, pero sin conocer los detalles, y un tercero se acercó preguntando: «Señores, ¿saben ustedes por qué nos han convocado?».

No, nadie lo sabía. Nadie lograba imaginarlo.

La radio de Goebbels continuaba transmitiendo marchas militares. La puerta había quedado abierta de par en par y yo salí al corredor. En seguida apareció el general Beck. Venía de la oficina de Fromm. Con su traje de paseo marrón y sus 64 años, tenía mas bien el aspecto de un anciano hidalgo, de visita en casa de un amigo, que el de un político o militar a punto de sustituir a Hitler como *Reichsverweser*, jefe del Reich alemán y comandante de la *Wermacht*, asistido por el ministro designado, conde Schwerin. Además, también tenía el aspecto de sufrir todavía las consecuencias de la gravísima operación de estómago a la que se había sometido recientemente. Mientras yo avanzaba hacia él, el *Feldmariscal* von Witzleben salió por una esquina y se aproximó a Beck, y tras Witzleben apareció el comandante conde Lynar, su ayudante de campo. Comprendí que sería mejor que dejase a solas a Beck y Witzleben y así se lo dije a Lynar, quien me confió con un susurro que Witzleben y él también juzgaban la situación muy grave. Entonces volví a la sala de espera.

«Sentía la tensión de Stauffenberg»

Por el momento no tenía nada que hacer, salvo andar por allí y observar. Empecé a preguntarme si debía quedarme todavía o si sería mejor ir a ver al profesor Popitz, quien, pese a ser todavía uno de los *Reichsminister* en el gabinete de Hitler, conspiraba desde hacía tiempo contra el nazismo. Quizá sería útil discutir la situación con Popitz, considerándola desde el punto de vista del elemento civil; pero antes de que hubiera podido tomar una decisión a este respecto entró Stauffenberg diciendo: «¡Contraórdenes de Himmler!» y cogiendo el auricular de manos de la telefonista, tomó una silla, se dejó caer en ella y permaneció escuchando.

Todos advertimos claramente su tensión. Luego, Stauffenberg comenzó a hablar en voz alta y rápida.

Lo que había podido deducir de esta conversación de Stauffenberg me permitió comprender al fin que el Ejército se estaba poniendo de verdad en movimiento contra el régimen. Häften dio órdenes a un comandante más bien viejo para que preparase una estancia en el ministerio donde se arrestaría y recluiría a los oficiales en los que no se pudiera confiar.

Experimenté un gran alivio al ver que se pasaba a la acción. Después de todo lo que había visto y oído no tenía la menor duda de que Himmler opondría resistencia con sus SS, pero confiaba en que el Ejército la desbarataría con la máxima energía. Dejé el Ministerio de la Guerra después de despedirme de mis compañeros acordando que telefonearía a la mañana siguiente a las ocho en punto.

«A esa hora habremos vencido –dijo Werner von Häften– o bien nos habrán ahorcado ya». Le dirigí una mirada interrogante, pero me respondió con su bella sonrisa, me estrechó cordialmente la mano y repitió: «Hasta mañana, pues. *Auf Wiedersehen!*».

«Apenas salí a tiempo»

Le dije a Schwerin que iría directamente a ver a Popitz, y que luego me iría a casa. Schwerin prometió telefonearme «si acontecía algo nuevo e importante».

Evidentemente yo, «el perfecto idiota», había salido del edificio de la Bendlerstrasse apenas a tiempo, un momento antes de que los oficiales fieles a Hitler emprendieran la contrarrevuelta y truncasen definitivamente el golpe de Estado, arrollando a los conspiradores, liberando a Fromm (que volvió a tomar el mando) e instituyendo allí mismo un tribunal militar que condenó a muerte, con un procedimiento sumario, a Olbricht, Stauffenberg, Häften y Mertz. A los cuatro se les hizo descender al patio del Ministerio de la Guerra, y allí mismo los fusiló un pelotón de ejecución compuesto por suboficiales.

Por la noche, poco antes de la una, escuché el discurso de Hitler difundido por las estaciones de radio de todo el país y comprendí que no pasaría mucho tiempo antes de que la Gestapo llegase para detenerme. Pero la Gestapo llegó cuando yo ya había huido de Berlín, obedeciendo los consejos que me diera Adam von Trotz, quien había insistido en este sentido para que «hiciera saber al mundo qué es lo que habíamos querido conseguir y por qué motivo había fracasado nuestro objetivo».

Al día siguiente de la conversación con Trotz –era el lunes 24 de julio– salí de Berlín para Madrid a bordo de un aparato de línea de la *Lufthansa*, en un vuelo regular. El funcionario de la Gestapo, en la oficina de control de pasaportes del aeropuerto de Tempelhof, sabía que yo era un miembro directivo de la compañía y que por ello debía viajar a menudo por razones de trabajo. «Auf Wiedersehen, Herr Doktor», me dijo. «Buen viaje».



OTTO JOHN

Nacido en marzo de 1909, estudió primero en el *Realgymnasium* (liceo científico) de Wiesbaden, y más tarde se matriculó en la facultad de jurisprudencia de la universidad de Francfort. En 1936 empezó a trabajar en la compañía de navegación aérea *Lufthansa* y, después de un período de práctica, en 1937 le nombraron asesor legal de la sociedad y le trasladaron a Berlín. Participó activamente en el movimiento de conspiración antinazi desde principios de 1938 a julio de 1944, fecha en que, tras el fracasado atentado contra Hitler, huyó de Berlín. En Lisboa se le detuvo y se le encarceló; pero lo liberaron unos amigos ingleses y lo llevaron a Londres. De 1948 a 1950 ejerció su actividad legal en la capital británica como experto en derecho alemán e internacional. En diciembre de 1950 se le nombró jefe de la Sección de salvaguarda de la constitución, con sede en Colonia. En julio de 1954 fue raptado por miembros del Servicio Secreto ruso, y, después de diecisiete meses de prisión, huyó del Berlín-Este a Bonn. Actualmente vive en Austria y trabaja como escritor.

Melita Maschmann

LA MANO DE LA PROVIDENCIA



El juez nazi Roland Freisler pronuncia la sentencia de muerte contra el *Feldmariscal* Erwin von Witzleben acusado de alta traición por el atentado contra Hitler.

"Para nosotros la muerte de Hitler habría significado el total derrumbamiento del mundo, el hundimiento en una noche de indescriptible horror, el fin de todos nuestros ideales. Consideramos un milagro el hecho de que se salvara del atentado, una especie de juicio de Dios, una intervención de la razón suprema." Melita Maschmann, entonces una ferviente nazi, recuerda en este capítulo sus reacciones ante la noticia de los acontecimientos del 20 de julio.



La atmósfera era sofocante desde hacía semanas y todas las noticias que recibíamos eran desastrosas.

En aquel momento yo trabajaba en el puesto de mando berlinés de la *Hitler Jugend*, en el departamento de prensa y propaganda de la dirección general de la organización, donde ocupaba un cargo de cierta responsabilidad. Una pared de la oficina estaba cubierta por un gran mapa geográfico en el que unos cordoncitos de color y unas minúsculas banderitas indicaban las posiciones alemanas en todos los frentes de operaciones; la vista de aquel mapa se hacía de día en día más deprimente para nosotros.

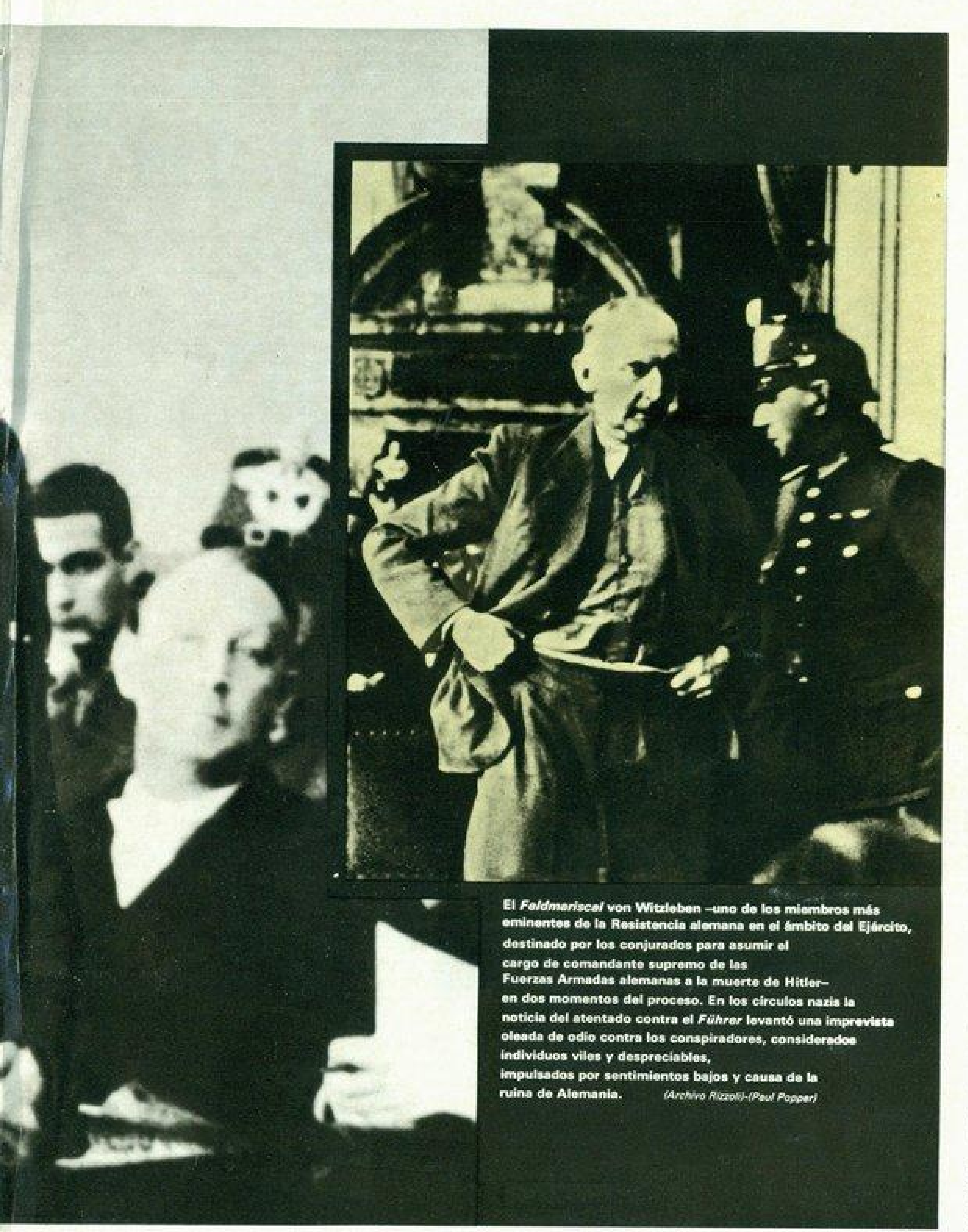
A primeros de junio, las tropas alemanas habían abandonado Roma, y el gobierno fascista se había transformado, prácticamente, en un gobierno fantasma. Poco tiempo después, los Aliados desembarcaron en Francia septentrional y se habían apoderado rápidamente de Cherburgo, Caen y, finalmente, de Saint-Lô. En Caen, un amigo mío, oficial superior de la Marina, cayó prisionero y un joven teniente de navío, que pertenecía a su misma unidad y había venido a Berlín como correo, habló conmigo, y durante dos horas no hizo otra cosa que poner de relieve la potencia del enemigo y la superioridad, tanto cuantitativa como cualitativa, de los medios bélicos de que disponía. Le prometí que no revelaría a nadie lo que me había confiado, pero para mí resultaba bastante duro enterarme de aquellas cosas. El teniente procedía de las filas de la *Hitler Jugend*, de la que había sido oficial, y era la primera vez que oía declarar a uno de los nuestros: «Alemania ya no puede vencer en esta guerra».

Desde luego, una ojeada al sector del frente oriental era lo suficiente para confirmar las sombrías previsiones del joven oficial. A partir de la última semana de junio, una poderosa ofensiva soviética había obligado a los Grupos de Ejércitos alemanes a una desastrosa retirada. Se habían perdido Minsk y Vilna. Dos simples nombres de ciudades lejanas, pero familiares para todos los alemanes desde aquellos tiempos en que los partes de guerra no anunciaban más que rápidas y espectaculares victorias. Una segunda cuña soviética había penetrado en el sur de Polonia; cuando leí, en el boletín de la *Wehrmacht*, el nombre de Lemberg (Lwow), volví a pensar en Kutno y en Lodz, las dos ciudades en que yo había trabajado y que, durante mucho tiempo, había considerado casi alemanas. Había conocido mucha gente de Lemberg, en el período en que viviera en ella.

De vez en cuando, mis colegas –casi todos ellos mutilados o inválidos de guerra, que ya no estaban en condiciones de prestar servicio militar– demostraban su descontento por la «maldita falta de claridad» de los boletines militares, cuya ambigüedad no tenía otro fin, evidentemente, que el de esconder el hecho de que la situación se estaba haciendo cada vez más amenazadora. Los partes de guerra se extendían en la descripción de actos individuales de valor en todos los frentes, y hablaban de lanchas torpederas inglesas hundidas en el golfo de Génova, de un centenar o más de carros de combate soviéticos destruidos en Galitzia, de cazas alemanes que habían derribado un número asombroso de bombarderos enemigos en la parte oriental del sector central y en Normandía, de un ataque aliado rechazado en Caen, de la *V-1* que se lanzaba contra Londres como represalia. Eran, desde luego, dentro de su limitación, noticias reconfortables, que elevaban nuestra moral y nos infundían nuevo valor.

Pero, en cambio, lo que nos contaban los amigos procedentes de Alemania occidental tenía muy distinto significado: el enemigo –decían– se había asegurado desde hacía mucho tiempo el dominio del aire sobre nuestro país, y centenares de bombarderos aliados –los ingleses por la noche, los norteamericanos durante el día– sembraban la destrucción en las ciudades y zonas industriales alemanas.

El 20 de julio debía trasladarme a Hamburgo, en el tren de la noche, para asistir a una reunión. Salí de la oficina a última hora de la tarde y me dirigí a casa en compañía de un colega. Habían tenido que amputarle una pierna y todavía no le habían entregado el miembro artificial, pero aprendió a usar las muletas con tanta desenvoltura que yo apenas tenía necesidad de ir más



El *Feldmariscal* von Witzleben –uno de los miembros más eminentes de la Resistencia alemana en el ámbito del Ejército, destinado por los conjurados para asumir el cargo de comandante supremo de las Fuerzas Armadas alemanas a la muerte de Hitler– en dos momentos del proceso. En los círculos nazis la noticia del atentado contra el *Führer* levantó una imprevista oleada de odio contra los conspiradores, considerados individuos viles y despreciables, impulsados por sentimientos bajos y causa de la ruina de Alemania. *(Archivo Rizzoli)-(Paul Popper)*

despacio para andar junto a él. En el momento en que salimos de la plaza Adolf Hitler, nos dimos cuenta de que la calle estaba bloqueada por una interminable fila de carros de combate de todo tipo.

Mi compañero lanzó una exclamación de sorpresa. Tiempo atrás había combatido como oficial de carros y estaba asombrado ante el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos, absolutamente insólito en las calles de Berlín. Los carros de combate estaba detenidos en aquel momento y nosotros nos deslizamos entre dos de ellos para pasar al otro lado. Fugazmente vi como mi compañero se inclinaba y hacía un rápido movimiento con la mano, pero no comprendí qué era lo que había hecho. Se enderezó en seguida y murmuró con voz excitada: «El cañón está cargado. Es contrario a lo que prescribe el reglamento. Debe de haber sucedido algo».

Luego, detrás de nosotros, la fila de monstruos de acero se puso en movimiento, avanzando en dirección al centro de la ciudad.

Continuamos andando juntos todavía durante cierto tiempo, y luego él decidió volver a la oficina. Yo me fui a casa.

Apenas entré puse la radio, como hacía siempre, con la esperanza de oír algún noticiario político. Había olvidado ya la sospecha que parecía haber alarmado a mi colega. Y en el momento justo en que salía de la cocina oí la voz de la locutora. La primera frase me hizo dar un salto al lado de la radio y quedarme inclinada, pegada al aparato, mientras las rodillas casi no me sostenían. ¡Un atentado contra la vida del *Führer* en su Mando Supremo! Creo que grité. Un momento después me sentí mal, aunque la segunda frase había dado la reconfortante noticia de que el *Führer*, por puro milagro, estaba vivo e ileso.

Estaba aturdida. Me tumbé en la cama, desprovista de todo sentimiento, incapaz de pensar, inenarrablemente conturbada por cuanto había oído, presa de un horror indescriptible y de igual indescriptible felicidad. Después me levanté y me arrastré hasta el teléfono, con las piernas que apenas me sostenían, para llamar a un amigo que solía estar informadísimo porque trabajaba en estrecho contacto con el Ministerio de Propaganda; pero no logré obtener comunicación. En aquel momento alguien llamó a la puerta: era una amiga que vivía en el apartamento vecino. También ella había escuchado la noticia. Estaba palidísima.

Para nosotros la muerte de Hitler habría significado el total derrumbamiento del mundo, el hundimiento en una noche de indescriptible horror, el fin de todos nuestros ideales.

A la una de la noche la radio transmitió el discurso pronunciado por Hitler. Lo escuchamos con el corazón en la garganta, sin perder una sílaba, atentas para percibir la menor señal que revelase el sufrimiento físico o postración moral. Pero nuestro temor no tenía fundamento: sólo oímos su voz de siempre, mientras daba gracias a la Providencia que había querido protegerle a él, y con él a todo el pueblo alemán, en el momento del máximo peligro.

Al día siguiente nos sentimos menos desconsoladas que de costumbre cuando miramos el mapa con las banderitas que retrocedían cada vez más, señalando el avance del enemigo, que ya presionaba por todas partes en las fronteras de Alemania.

Tanto yo como mis amigos estábamos convencidos a la sazón, de que el motivo que podía impulsar a un alemán, o a un grupo de alemanes, a atentar contra la vida de Hitler tenía que ser forzosamente un móvil vil y despreciable. Según nuestro modo de pensar, los autores de semejante desacato no podían ser otra cosa que criminales, o locos, o ambas cosas a la vez. ¿No comprendían por sí mismos que el éxito de su empresa redundaría tan sólo en beneficio exclusivo de los enemigos de Alemania?

Creo poder afirmar, en plena conciencia, que no albergué jamás ningún sentimiento de odio contra los enemigos exteriores de Alemania durante todos los años del conflicto; que no odié siquiera a las tripulaciones de los bombarderos ingleses, aunque mi padre y mi madre y otros allegados y numerosos amigos habían sido víctimas de sus incursiones. Pero aquellos aviadores eran soldados y debían obedecer la inexorable ley impuesta por la guerra. Por otra parte, ¿quién me aseguraba que no fuera uno de mis hermanos, o uno de mis amigos, el que lanzaba un cohete *V-1* sobre Londres, causando quizá la muerte de alguno de nuestros conocidos? En cambio, las únicas personas a quienes odié durante el resto de la guerra fueron aquellos «asesinos criminales» del 20 de julio. Los odié con un odio mezclado con un sentimiento de invencible repugnancia, semejante al que puede suscitar la vista de un parásito inmundo.

Sólo una vez se me ocurrió vagamente la idea de que también entre los enemigos interiores del Reich pudiera haber personas dignas de respeto; pero incluso entonces los juzgué idiotas, que se habían dejado engañar y desviar. No recuerdo ya cómo ni en qué ocasión había oído hablar de las actividades revolucionarias del grupo estudiantil llamado «Rosa blanca» y de la sucesiva condena a muerte y ejecución de los hermanos Scholl. Es probable que estos jóvenes, me dije, no hayan arriesgado su vida por motivos indignos, dictados por el egoísmo; quizá sus acciones las han determinado motivos honorables e idealistas, no la codicia de poder o la ambición, o el deseo de recompensas y de ventajas. Más tarde, cuando supe que habían estado en contacto muy estrecho con un grupo perteneciente al movimiento de la Resistencia, llegué a creer que había descubierto los influjos y tentaciones a que habían estado sometidos.

Recuerdo haber pensado que si por lo menos hubiera tenido la ocasión de hablar con ellos antes de que vendieran su alma al poder de las tinieblas, habría luchado con todo el ardor de que era capaz para convencerles de que el amor que Adolf Hitler traía a Alemania era infinitamente más grande y más espléndido que las oscuras fuerzas a las que no habían sabido resistir. Y además estaba muy convencida de que yo y mis amigos habríamos logrado «convertir» a hombres y a mujeres de la dimensión moral de los Scholl, pues éramos absolutamente incapaces de admitir que un ideal distinto del nuestro pudiera estimular e impulsar a los jóvenes de nuestro tiempo.

Sin embargo, la ejecución de aquellos estudiantes me pareció una medida excesivamente despiadada. ¿No habría sido suficiente mantenerlos en prisión hasta el fin de la guerra?, me pregunté. Pero en seguida acallé estas dudas diciéndome que se había tratado de una advertencia, dura e inexorable, dirigida a todos aquellos que se vieran tentados a impulsar a la juventud a las barricadas de una vana y desesperada revuelta interior. En cierto sentido me parecía que yo y mis compañeros de la *Hitler Jugend* éramos responsables de la muerte de los Scholl y de sus amigos. No habíamos sabido atraerlos a nuestro campo, no habíamos sabido conquistarles para nuestra comunidad y nuestra causa, de forma que no cayesen víctimas de otras tentaciones.

El pensamiento era tan atormentador que la única manera de librarme de él era borrarlo de la mente. Y los deberes y las responsabilidades que había que afrontar eran tan numerosos y tan apremiantes que se lograba olvidar, sin excesiva dificultad, todo lo que realmente se quería olvidar.

COMO RAPTAR A UN GENERAL

Patrick Leigh Fermor

Creta, 23 de abril - 14 de mayo de 1944

Fiel a la tradición británica de los soldados de ventura y de los golpes de mano, un pequeño grupo de oficiales británicos y de partisanos griegos raptó, en Creta, a un general alemán. El grupo, después de haber tenido al prisionero escondido durante 22 días, mientras la campiña de los alrededores hormigueaba de patrullas alemanas lanzadas en su búsqueda, logró llevarlo a Egipto. El hombre que dirigió esta empresa recuerda sus episodios.

El plan original era raptar al general Müller, comandante de la 22.ª División *Panzergrenadier Bremen*, con base en Iraklion. A este general se le odiaba y temía por la crueldad de sus sistemas: escuadras de trabajadores forzados, fusilamiento en masa de rehenes, pueblos arrasados como represalia, torturas y ejecuciones de la Gestapo. Pero, a fines de marzo, al general Müller le sustituyó el general Kreipe, de manera que fue este último el que constituiría nuestra presa. Kreipe había sido comandante de división en los sectores de Leningrado y del Kuban', y estaba condecorado con la cruz de hierro. La captura de Kreipe no daría a los cretenses la misma satisfacción que hubiera proporcionado la de Müller; pero, de todas formas, sería un rudo golpe asestado a la idea de su propio poderío y al prestigio de las tropas alemanas que ocupaban Creta. La acción tendría, además, un efecto galvanizador sobre los habitantes y sería un triunfo para el movimiento de Resistencia, que había sabido mantener tan eficazmente y tan inverosímilmente unida a toda la isla.

El 6 de febrero de 1944, antes de amanecer, salí de Egipto en avión y descendí en paracaídas, sano y salvo, en el punto establecido, en Lasizi; yo fui el único de nuestro grupo que se lanzó antes de que el tiempo empeorase de manera continua. Billy Stanley-Moss, capitán de los *Coldstream Guards*, y dos cretenses –Manoli Paterakis y George Tyrakis, expertos partisanos, que antes habían sido transportados desde la isla a Egipto– desembarcaròn en Creta un mes después. Las armas y el equipo para la operación nos las enviaron en paracaídas, dentro de contenedores.

Trepamos por las abruptas montañas de Kastamonitza, para refugiarnos en una gruta ciclópea de pastores, donde se nos unieron Antoni Papaleonidas, Grigori Chnarakis y Mickey Akaumianakis. Este último vivía en una casa próxima a la del general Kreipe, la villa Arianna, en Cnosso. Pasamos algunos días en la gruta y luego reanudamos nuestra peregrinación, vestidos de campesinos, en un ómnibus desvencijado. Por la tarde llegamos a casa de Mickey y observamos cautelosamente, atisbando por la ventana, los centinelas, el alambre de púas, la bandera alemana... y la casa del general.

Para evitar que se produjera derramamiento de sangre, decidimos que nos convenía raptar a Kreipe cuando volviera a su casa en automóvil desde su puesto de mando, que se encontraba en Ano Archanes, a 8 km de distancia, y abandonar luego su coche en pleno campo, de manera que constituyese una falsa pista. Para la emboscada elegimos el punto donde la carretera secundaria, que procede de Ano Archanes y está flanqueada en ambos lados por un abrupto terraplén, se unía con la principal, formando un ángulo agudo tan angosto que los automóviles se veían obligados a disminuir su marcha. Puesto que durante el día en la carretera era intenso el tráfico, deberíamos tender la emboscada por la noche y escapar en seguida.

Mickey encontró una casita rústica en medio de un viñedo, en la periferia de Skalanis, y cerca del puesto escogido para la emboscada, en la que podríamos escondernos el día fijado. A medida que pasaban los días, el plan se perfilaba cada vez con mayor precisión. Billy y yo detendríamos el automóvil; operación nada difícil, puesto que nos pondríamos el gris uniforme de verano de la *Feldpolizei* (policía militar). Elias Athanassakis, un joven estudiante que trabajaba en la ciudad para nuestra organización, nos indicaría el momento en que el general subiría a su automóvil. Una vez efectuada la captura nos lanzaríamos por la carretera que conducía a las montañas, y a continuación pediríamos a la BBC, en cuanto nos fuera posible, que lanzase una transmisión especial para anunciar que el grupo de ingleses armados que había raptado en Creta al general Kreipe había abandonado la isla, y a la RAF que lanzase octavillas con la misma noticia. Evidentemente, con esto se pretendía conseguir que los alemanes cesasen en la búsqueda que, como es lógico, habrían iniciado. A fin de asegurar el éxito del plan, también habíamos dispuesto la intervención de fuerzas partisanas para protegernos y para desencadenar ataques diversivos.

La elección del lugar más adecuado para abandonar el automóvil constituía un grave problema. Nos tentaba la idea de dirigirnos al Sur, a través de la llanura de Messara y embarcar en Soutsoro o en cualquier otra ensenada de la costa meridional. Pero sería una solución demasiado evidente, porque los alemanes sabían que frecuentábamos aquellas aguas. Por fin nos decidimos por un recorrido espectacular, que nos llevaría a pasar a través de Iraklion, base de una poderosa guarnición enemiga, y de todos los numerosos puestos de barrera que controlaban el acceso a dicha ciudad.

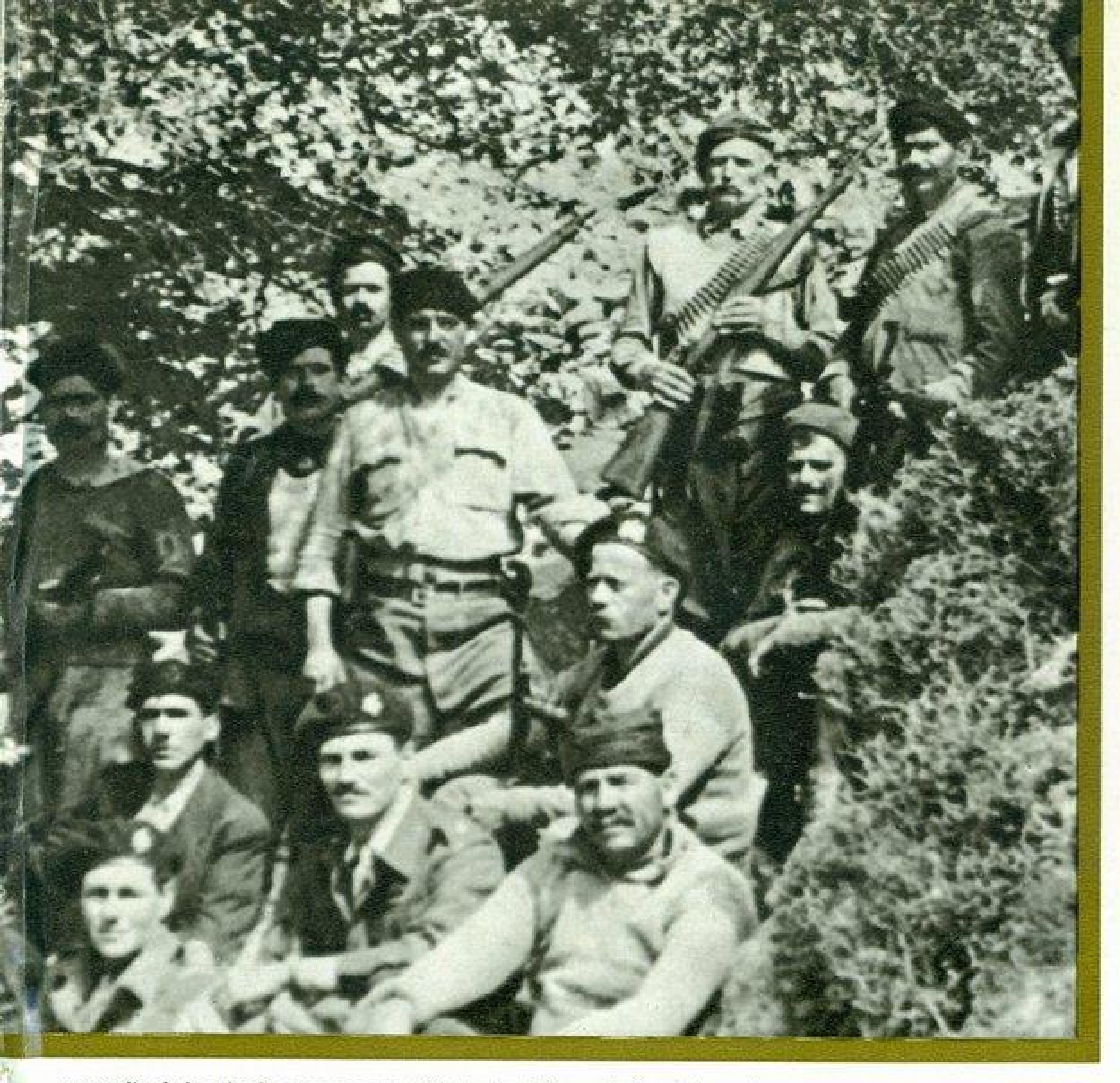
Desde Iraklion partía una sola carretera hacia el Oeste, que conducía a Rezimnon y a La Ganea; al sur de estas ciudades se alzaban las primeras pendientes montañosas, donde se encontraba un famoso bastión partisano, el pueblo de Anoyeia. Al norte de la carretera, un sendero de unos seis kilómetros y medio de longitud, corría por la garganta de Heliana y terminaba en la costa; el punto en que este sendero cruzaba la carretera sería el más indicado para abandonar el automóvil. Probablemente los alemanes creerían que nos habíamos embarcado en un submarino en aquella parte de la costa.

Todo estaba ya dispuesto cuando me di cuenta de que debía disolver la banda de partisanos que se ocupaba en ayudarnos con acciones diversivas, pues su presencia en el lugar era demasiado conocida. Por fortuna, en Iraklion se encontraba Antoni Zoidakis, que colaboraba con nosotros desde hacía unos años y que se declaró dispuesto, sin que se lo pidiéramos, a participar en la empresa.

Una emboscada nocturna

El 22 de abril estábamos dispuestos a entrar inmediatamente en acción, pero nuestros informadores nos comunicaron que aquel día el general no había salido de la villa. La incertidumbre se prolongó hasta el día siguiente, cuando nos comunicaron que Kreipe estaba en su puesto de mando. Por la tarde estábamos muy serenos, como si en aquel momento el asunto ya no dependiera de nosotros. Cada uno sabía cuál era su papel. Billy y yo nos dispusimos en el lado Este; luego, un poco más lejos, se hallaban Manoli, Grigori y Antoni Papaleonidas; George, Antoni Zoidakis y Niko se pusieron en el lado Oeste; Mitzo estaba arriba, en el terraplén, cerca del pulsador, mientras Mickey esperaba al otro lado del cable y Elias, desde su puesto de observación en Ano Archanes, estaba ya inclinado sobre el manillar de su bicicleta dispuesto a pedalear con todas sus fuerzas para llegar a donde estaba Mickey, apenas Kreipe saliera de su puesto de mando y subiera al automóvil. Eran las 20 horas.

A las 21,30 en punto la linterna de bolsillo de Mitzo se encendió tres veces, lo que significaba: «El automóvil del general. Sin escolta. Acción». Billy y yo, vestidos de soldados de primera alemanes, nos habíamos situado



Patrick Leigh Fermor (el segundo a partir de la derecha, en primer término) en Creta, junto con un grupo de partisanos. Leigh Fermor fue lanzado en paracaídas sobre la isla el 6 de febrero de 1944, para raptar al general alemán Müller, quien, a fines de marzo, fue sustituido por el general Kreipe. *(History of the Second World War)*

en medio de la calzada, y apenas apareció el automóvil, que avanzaba a poca velocidad, Billy alzó la paleta y yo agité la linterna eléctrica roja gritando: «Halt!». El vehículo se detuvo. Nosotros avanzamos despacio, uno por la derecha y otro por la izquierda, fuera del cono de luces de los faros anteriores semioscurecidos, dirigiéndonos cada uno hacia una portezuela del automóvil.

Por la ventanilla abierta a mi lado distinguía el galón de oro, la cruz de hierro y la mancha clara de la cara de Kreipe. Hice el saludo militar y le pedí: *«Papiere, bitte schön»* (documentos, por favor). El general deslizó su mano en el bolsillo de la guerrera, con una sonrisita de oficial a soldado; yo entonces abrí la portezuela con un movimiento violento –la señal para que acudieran los restantes– y el interior del automóvil quedó inundado de luz. *«Hände hoch!»* (manos arriba) grité de nuevo, apuntándole la pistola automática al pecho. Billy había abierto la portezuela izquierda y había puesto fuera de combate al chófer, asestándole un golpe en la cabeza. George lo arrastró fuera del automóvil y Billy se apresuró a saltar al puesto del conductor. En sólo sesenta segundos habíamos reemprendido la marcha; Manoli, George y Strati mantenían al general atado en el asiento posterior; los restantes quedaron en el lugar para borrar las huellas del rapto y llevar al chófer al monte Ida. El general estaba descompuesto, y empezó a insistir para que se le devolviese su gorra.

Mientras continuábamos nuestro recorrido, le dije al general que yo era un comandante del Ejército británico, y que le llevaríamos a Egipto como prisionero de guerra.

Un poco después Billy nos advirtió: «¡Puesto de control ante nosotros!». Dos hombres agitaban una linterna eléctrica de luz roja en medio de la carretera; oímos a alguno gritar *«Halt!»*, y Billy disminuyó la marcha. Cuando aquellos dos hombres vieron en el automóvil las banderitas con la insignia del general, se hicieron a un lado, se pusieron firmes y saludaron. Yo devolví el saludo y Billy murmuró: «Todo marcha magníficamente». Esta escena se repetió varias veces, y en cada puesto de control nos las arreglábamos elegantemente como la primera vez. En Fortezza las banderitas tuvieron el poder de hacer levantar, con la debida reverencia, una barrera de madera y entramos en la pequeña ciudad, rodeada de sus poderosas murallas venecianas. Billy se abrió camino calmosamente entre grupos de soldados que salían del cine de la población y se dirigió hacia la puerta Canea, que era la única salida de la ciudad.

Recorrimos la calle hasta la citada puerta; mas en este lugar Billy se vio forzado a disminuir la marcha del potente *Opel* porque el hombre que sostenía la linterna eléctrica roja no se hizo a un lado. No sólo había allí los centinelas de la guardia, sino también bastantes soldados más. Mientras los seguros de las *Marlins* se desmontaban en el asiento posterior, yo bajé el cristal de la ventanilla y grité: *«Generalswagen»*. Y ante el automóvil del general se bajó al fin la linterna eléctrica, los centinelas se pusieron firmes y los soldados se cuadraron para saludar. Reanudamos la marcha, salimos sin dificultad del último puesto de control periférico y, finalmente, nos lanzamos a toda velocidad por la carretera hacia Rezimnon. Estaba desierta. En el automóvil volvió a reinar de pronto una atmósfera de buen humor. Reíamos, cantábamos, nos ofrecíamos cigarrillos. También se los ofrecimos al general. Le devolví su gorra y le pedí que me diese su palabra de no intentar la fuga. Con gran alivio para mí, me la dio. A su vez me preguntó por el objetivo de nuestra «bravata». Le dije que se lo explicaría todo al día siguiente.

Continuamos hasta el pie de un sendero de cabras que conducía a Anoyeia. Ahora no disponíamos de ningún guía del lugar; pero Strati, que había prestado su servicio militar en la zona podía orientarse, y también Manoli y yo la conocíamos un poco. Billy y el general se encaminaron hacia la subida, con Strati, que abría la marcha, y Manoli detrás, armado con una pistola. Aunque yo no sabía conducir, después de algunos intentos desmañados logré poner en marcha el automóvil y llevarlo, saltando por la carretera y a velocidad muy reducida, más allá del pequeño pueblo de Heliana, donde lo abandonamos, bien a la vista, con el suelo sembrado de paquetes vacíos de cigarrillos *Player's*, una gorra militar inglesa y una novela de Agatha Christie en el asiento. También dejamos huellas nuestras en el sendero: otro paquete de cigarrillos y la envoltura de una tableta de chocolate *made in England*. En el asiento anterior, muy visible, dejé, sostenida con una alfiler, la carta dirigida a las autoridades alemanas. Y George arrancó los guiones del general de los guardabarros delanteros, exclamando: «¡Banderas conquistadas al enemigo!»

Luego nos dirigimos hacia Anoyeia a través de barrancos, pedregales, peñas, zonas de vegetación baja y zarzales. Los únicos seres humanos que encontramos fueron dos muchachos que iban a pescar anguilas en un riachuelo. Cada hora nos permitíamos un descanso para fumar un cigarrillo.

Anoyeia, el mayor de los pueblos cretenses, estaba demasiado aislado y lejano para establecer en él una guarnición permanente; en cambio, representaba un magnífico escondite para los nuestros. Yo llevaba todavía el uniforme alemán, y mientras atravesaba el pueblo pude comprobar, por primera vez, cual era el tratamiento que los cretenses reservaban a un soldado enemigo aislado. El parloteo y las risas de las lavanderas, inclinadas sobre las herradas de la colada, se extinguían de pronto ante mi aparición, las mujeres me volvían la espalda y golpeaban ruidosamente las ropas, y los pastores apartaban de mí su mirada, en silencio. Nos apresuramos a doblar por una callejuela lateral y a refugiarnos en la acogedora casa del padre de Manoli.

Después de las presentaciones y de los saludos de rigor, llegaron otros amigos y simpatizantes, y pronto encontramos un correo para enviar noticias nuestras a Sandy Rendal, que se encontraba a unos 160 km al Sudeste. Otro correo se dirigió al campo de Tom Dunbabin, en la vertiente opuesta del monte Ida.

Amenazas de represalia

A últimas horas de la tarde apareció un avión que volaba a poca altura lanzando octavillas. «A todos los cretenses: –decían las hojas– la noche pasada el general alemán Kreipe ha sido raptado por bandidos que ahora lo tienen prisionero en las montañas de la isla, y los habitantes conocen indudablemente el lugar del escondite. Si dentro de tres días el general no ha sido liberado, todos los pueblos rebeldes del distrito del Iraklion serán arrasados y la población quedará expuesta a represalias».

Una hora después, en pleno crepúsculo, nos alejamos, trepando por un sendero de cabras abrupto y tortuoso. El general iba envuelto en el capote verde de gendarme de Strati, para protegerse contra el frío, y cabalgaba pesadamente sobre un mulo. Kreipe era macizo, pero no se le podía considerar gordo. Era soldado hasta la medula, y visto en otras condiciones tendría el aspecto del típico comandante. Descansamos una hora y luego reanudamos el camino hasta el amanecer, llegando a la gruta de Mihali Xylouris. Allí nos encontramos también con John Lewis, John Houseman y el radiotelegrafista de Tom Dunbabin, con su aparato, quienes nos acogieron con gran cordialidad.

En el curso de aquel día llegaron los dos Antonis, con Grigori y Niko. Pero ¿dónde se había quedado el chófer del general? Nos dijeron que apenas podía mantenerse en pie y que lo habían tenido que llevar casi en brazos a través de la llanura, hasta los contrafuertes orientales; pero allí habían descubierto que la infantería alemana había empezado a trepar por las alturas en orden abierto. Si encontraban al chófer capturado, devastarían toda la región, incendiando y asesinando. No podían escapar con él y tampoco podían dejarlo allí. Señalando su puñal, Antoni me explicó cómo habían resuelto el problema: «Por sorpresa. Ha sido cuestión de un segundo». Luego habían ocultado el cadáver. Es decir, que habían obrado de la única manera que era posible obrar en tales circunstancias.

El radiotelegrafista, tras haber intentado en vano transmitir un mensaje a la RAF y a la BBC a través de El Cairo, descubrió que un elemento vital del aparato se había averiado. Luego, nuestro primer correo volvió para decirnos que no podía encontrar a Tom y que en Timbaki, Melambes, Spyli y Armeroi habían advertido movimientos de tropas. Sin embargo, hasta aquel momento no se habían producido ni graves violencias ni detenciones en masa.

Reemprendimos nuestra marcha a través de un paisaje desierto, de barrancos encajonados y de ásperas cumbres. El macizo estaba lleno de grietas y de grutas que nos ofrecían escondites en abundancia. En medio de la niebla y azotados por los aguaceros, atravesamos la escabrosa vertiente entre las mesetas de Nida y Zomithos y la cima de la Santa Cruz.

AUDAZ INCURSIÓN

Leigh Fermor (a la izquierda) en la casita de los alrededores de Skalanis, cerca del lugar elegido para la emboscada. A su lado está Mickey Akaumianakis, vecino de la casa del general Kreipe y valioso informador.



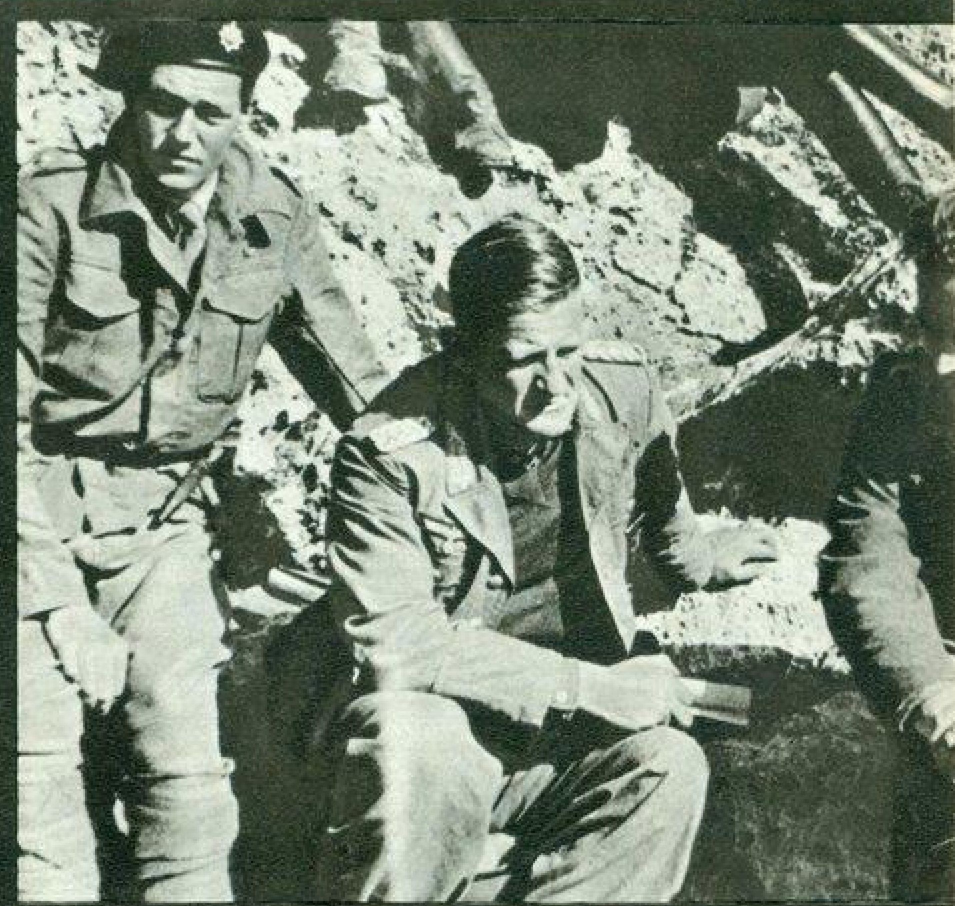
Leigh Fermor con Bill Stanley-Moss, capitán de los "Coldstream Guards", que tomó parte en el rapto, poco antes de la acción. Se había decidido que se raptaría al general por la noche, cuando regresase de su puesto de mando en automóvil.



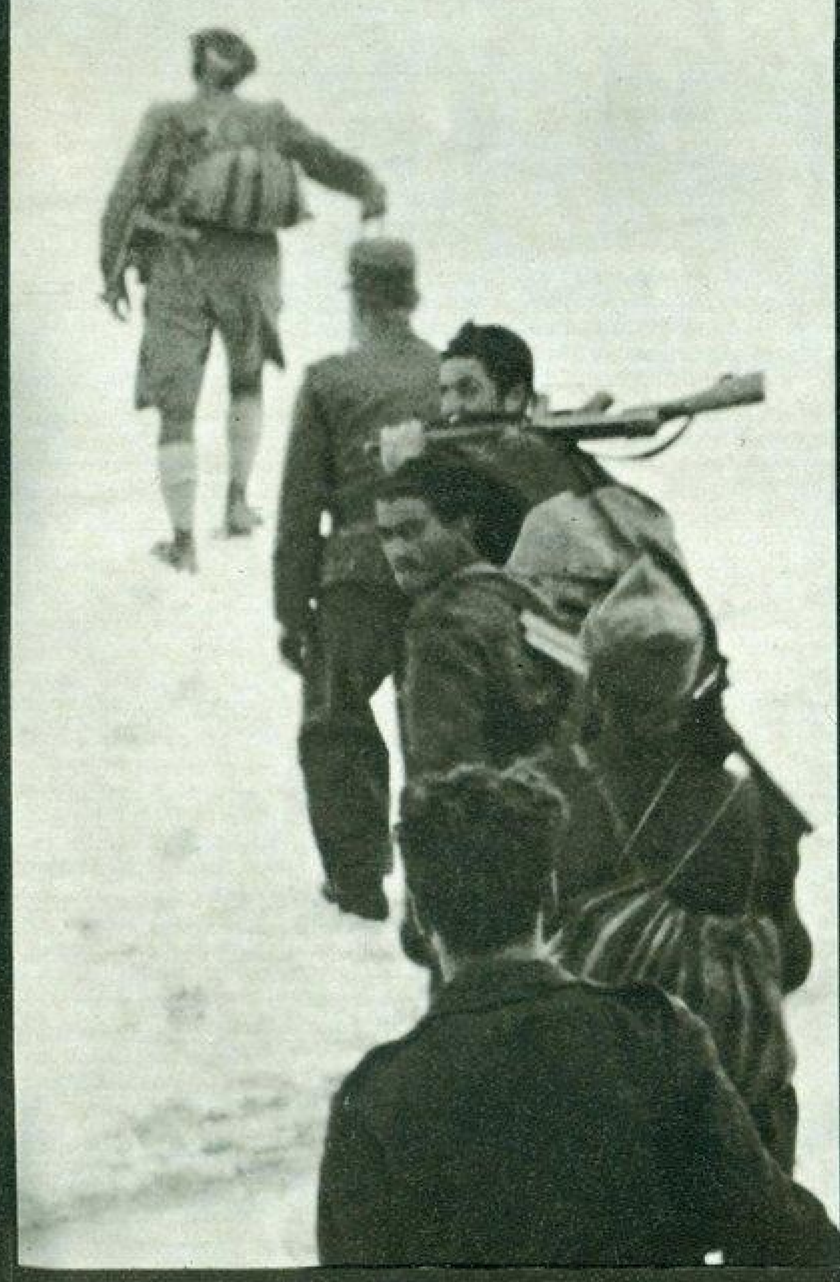
Arriba: dos miembros de la Resistencia cretense que ayudaron a los raptores de Kreipe. Fermor y sus compañeros se vieron apoyados también por la población civil, que nunca facilitó a los alemanes ninguna información sobre sus movimientos. Al lado (de izquierda a derecha): Manoli Paterakis, Antoni Papaleonidas y George Tyrakis, miembros de la Resistencia cretense. Después de haber pasado por los puestos de control alemanes, el automóvil, con el general raptado, prosiguió a toda velocidad hacia Rezimnon.







Arriba: Leigh Fermor (en el centro) junto con algunos partisanos. Después de largos días de espera, los oficiales ingleses pudieron abandonar Creta, poco después de las 22 horas del 14 de mayo, embarcándose en la costa cercana a Rodakino.
Al lado: el general Kreipe durante un descanso. En el curso de uno de los numerosos traslados nocturnos, el general alemán cayó de su montura y rodó por una abrupta pendiente, produciéndose una herida en un brazo.



Los autores del rapto atraviesan el monte Ida, en dirección al mar. Llegados a Saktouria, los oficiales británicos no consiguieron embarcar en el buque que tenía que haberles llevado a El Cairo, porque la zona había sido ocupada ya por las tropas alemanas.



Oficiales británicos reciben en El Cairo al general alemán Kreipe. Para los militares ingleses y para los partisanos cretenses que participaron en el rapto, la peligrosa aventura había concluido.

(History of the Second World War)

Después de muchas horas llegamos, ya en plena noche, al pueblo de Paraskevi. El día anterior el lugar había sido ocupado por soldados alemanes, que habían continuado gritando «general Kreipe» con toda la fuerza de sus pulmones. Por fortuna, ya se habían alejado y ahora lo estaban buscando por la otra vertiente del monte Ida. Supimos que el general Brauer, comandante del sector occidental de Creta, con sede en La Canea, había reforzado la guardia en su puesto de mando y que no daba un paso sin escolta. Nos dijeron también que la BBC había anunciado la captura de Kreipe; pero, a causa de su manía por atenerse siempre a la verdad dijo, desgraciadamente para nosotros, que estaba a punto de dejar Creta, en lugar de afirmar que la había dejado ya, y por este motivo los alemanes se dedicaban a buscarlo con tanto ardor por toda la isla. Pero también nos dieron una magnífica noticia: a pesar de la febril actividad y de las amenazas, los alemanes no habían atacado ningún pueblo y no se habían llevado rehenes. Al día siguiente, un avión alemán lanzó octavillas en las que se leía que el rapto era obra de «elementos vendidos a los pérfidos ingleses y a los bolcheviques».

Para los cretenses, la noticia de la captura fue motivo de júbilo. Dos alemanes habían llegado incluso a dudar de la fidelidad de algunos miembros de Estado Mayor de Kreipe. Y cuando este mismo supo que su ayudante de campo había sido arrestado, porque se sospechaba su complicidad, estalló en una carcajada: «Era un asno calzado y vestido –comentó– ¡No lo podía soportar!».

Ahora mis comunicaciones dirigidas a El Cairo las enviaba a Sandy por medio de un correo. Solicité a la sección naval que me enviase una embarcación cerca de Saktouria la noche del 2 de mayo y, en caso de un retraso o de falta de señales de la costa, también las cuatro noches siguientes. Pedí asimismo que me comunicaran las dos letras del alfabeto *morse* para nuestras señales de reconocimiento y que advirtieran simultáneamente a todas las estaciones de radio de Creta.

El plan me daría seis días de tiempo para atravesar el monte Ida y llegar al lugar fijado en la primera noche. Y, efectivamente, se hizo así, porque llegamos puntualmente y nos escondimos en un refugio a pocas horas de marcha de Saktouria, el pueblo más próximo al punto escogido para el embarco.

Pero al día siguiente las cosas empeoraron más de lo que habíamos previsto. No llegó ningún correo, y en cambio doscientos soldados alemanes entraron en Saktouria. El camino que nos habría de llevar fuera de la isla estaba bloqueado y ahora teníamos que volver a empezar desde el principio.

La Messara meridional hormigueaba de tropas enemigas, por lo que juzgué que sólo había una manera de salir bien: dejar a Billy al mando del grupo y desplazarme más al Oeste, en busca de nuevos puntos de apoyo y recoger noticias respecto de la posibilidad de emprender otros caminos de salida. El 4 de mayo, apenas amaneció, George y yo, disfrazados de campesinos, nos pusimos en camino a lo largo del Amari. Al día siguiente, hacia las 12, oímos una serie de explosiones. Más tarde supimos que los alemanes habían destruido cuatro pueblos– Saktouria, Margarikari, Lokria y Kamares– como represalia, afirmando que se trataba de centros de Resistencia. Pero, afortunadamente, no habían fusilado a nadie.

El plan de fuga

Llegados a Pantanassa, encontramos un correo que había venido del Amari con cartas de Billy, Dick Barnes y Sandy. La de Sandy, escrita el 30 de abril y el 1 de mayo, anunciaba que se había puesto en contacto con El Cairo y que un barco acudiría puntual a la cita. Pero nosotros, naturalmente, no podíamos llegar a aquel tramo de la costa. La carta de Dick era menos reciente, pero nos comunicaba que debíamos señalar con la linterna eléctrica las letras «MK», cualquier noche y en cualquier punto de la costa en que apareciera el barco salvador, repitiéndolas cada diez minutos a partir de las 21, hora de Greenwich.

George y yo seguimos adelante, hasta el pueblo de Yeni. El sector de la costa que considerábamos más conveniente se hallaba al Sur, al otro lado de los montes. El grupo con el general debería permanecer escondido en el sector sudoriental, en la zona rocosa, sobre el pueblo de Yerakari. Durante los tres días que siguieron, Yeni se transformó en mi puesto de mando y centro del servicio de correos. Por una carta de Mike Stockbridge supimos que desde El Cairo le habían comunicado que la captura de Kreipe y su traslado a Egipto había sido difundida por radio y publicada en los periódicos, y que por entonces la RAF, probablemente, ya había lanzado octavillas. Asimismo, nos decía que Denis Ciclitiras estaba dispuesto a salir en el primer barco, que llegaría dentro de una semana, y nos aconsejaba que fuéramos con él.

Prescindiendo de la terrible perspectiva de tener que esperar otra semana antes de marcharme, debía reconocer que las noticias podrían haber sido peores. Además de la carta de Mike, recibí otras dos, de Billy y de Manoli. Billy decía que habían huido trepando por el monte Kedros, de forma que ahora se había aproximado a nosotros, y mucho antes de lo que creíamos.

El correo de Dick Barnes era George Psychoundakis, un joven pastor que después de la guerra escribió un libro muy interesante, titulado *Los correos cretenses*, sobre la ocupación y la Resistencia. George no sólo llevó la carta de Dick, sino que además puso en movimiento toda la zona de Rezimnon y formó una red de otros correos ayudándonos a resolver gran parte de nuestros problemas. En el pueblo de Akhtounda, no muy lejos del sector de costa en el que nos encontrábamos y donde esperábamos descubrir un punto de embarco libre de alemanes, George encontró a Levethri Papayannakis, quien había explorado a escondidas la minúscula ensenada desierta de Keramé, en la base meridional del monte Kedros. Y George nos buscó también un guía, Yanni Katsias, que conocía la montaña al sur de Rezimnon.

A la mañana siguiente George escoltó a Dick, quien, disfrazado de campesino, parecía un auténtico cretense. Dick era de la opinión de establecer el punto de embarco en la zona de Rodakino, que distaba unos tres días de marcha, pues, según nos dijo, los alemanes habían intentado incendiar el pueblo la semana anterior, pero las bandas partisanas locales los habían obligado a huir y habían estado a punto de aniquilarlos por completo.

Las noticias que recibimos de Leftheri eran inquietantes. La lejana y deshabitada Keramé había sido ocupada por un contingente alemán que llegó por mar, y nos decía también que el lugar más adecuado para nuestra fuga sería la pequeña bahía de Limni. En el ínterin yo envié a Yanni Katsias para que averiguase lo que estaba sucediendo en Rodakino. Luego llegó un correo procedente de la gruta de Dick, con otra noticia sensacional: George Jellico y un grupo del SAS habían desembarcado en Limni la noche del 9 de mayo, con la orden de ponerse en contacto con nosotros fuera como fuere. El mensaje no mencionaba señales de reconocimiento, lo que significaba que nosotros no participaríamos en la empresa.

Empezábamos ya a alegrarnos con el pensamiento de esta milagrosa conclusión de nuestros apuros, cuando nos llegó un mensaje del hombre de Leftheri: «Limni ocupada por los alemanes. Manteneos lejos». Entonces me apresuré a mandar un correo a Dick para pedirle que pusiera en guardia a Jellico a través de El Cairo. Luego nos unimos a Bill y al general, a quien pusimos a buen recaudo en una gruta, y nos preparamos para atacar por la espalda a los alemanes que ocupaban Limni. Afortunadamente, nuestro mensaje se transmitió a tiempo y la operación del grupo de Jellico se dejó para más adelante.

Rodakino parecía ser el único punto accesible, por lo que resolvimos trasladarnos más al Oeste aquella misma noche. Era la mejor solución, y, sin embargo, nos sentíamos un tanto desilusionados; el brusco cambio de programa nos había vuelto momentáneamente apáticos y las horas de inactividad que transcurrieron cerca de la cascada sombreada fueron un poco deprimentes. Tenía la impresión de que el general era más bien introvertido y melancólico de naturaleza, pero desde luego, en aquellos momentos, los suspiros con que acompañaba la conversación y sus dilatados silencios estaban plenamente justificados. «Nuestro sol está saliendo», dijo de pronto George. Y nos dispusimos a emprender de nuevo la marcha.

Nos dirigimos hacia el Oeste. A medida que avanzábamos, nuestro grupo se hacía cada vez más numeroso, porque se nos unían otros partisanos, asombrados de ver a un general alemán entre nosotros. En las cercanías de Alones nos abandonó nuestra vieja escolta para volver a Fotinou, cediendo su lugar a unos montañeses de aspecto salvaje y a Laeviezakis, hijo del valiente sacerdote de Alones, a quien la gente del lugar veneraba como un santo. Aquella noche, la cincha de la mula en la que montaba el general se rompió, y Kreipe cayó de la silla, rodó por una abrupta pendiente y resultó ligeramente herido en un brazo. Encontramos a Denis Ciclitiras dormido al lado de su radio, en una gruta en las afueras del pequeño pueblo de Vilandredo. La playa frente a Rodakino ya había sido explorada: no había la menor señal de la presencia de alemanes. Nos acomodamos en una vasta terraza rocosa y allí comimos y dormimos: entonces todo nos parecía de nuevo prometedor. Pero a la mañana siguiente doscientos soldados alemanes llegaron a Argyroupolis, donde terminaba la carretera y nos vimos obligados a volver a la gruta.

Seguimos desplazándonos sin descanso, cambiando constantemente de escondite. Nuestro calzado se caía a piezas, y el general sufrió una nueva caída.

Finalmente, llegó de El Cairo la gran noticia: un barco arribaría cerca de Rodakino la noche del 14 de mayo, a las 22 en punto. ¡La noche siguiente a las diez en punto! Veinticuatro horas todavía. El general, Manoli y yo tomamos un abrupto sendero de montaña; los otros se dirigieron por un atajo, que más adelante desembocaba en nuestra carretera. Allí nos encontraríamos. Esta vez el general iba a pie y cuando tropezaba lo sosteníamos, primeramente Manoli y yo, luego también algunos partisanos, que parecían salir de la nada, como fantasmas apenas visibles. Los partisanos andaban por ahí sin que se les molestase: Rodakino había sido incendiada y Kalikikya arrasada, por lo que los alemanes no tenían ya más objetivo a su alcance.

Empleamos unas trece horas para llegar al promontorio rocoso desde el que se dominaba la guarnición enemiga. Desde el día en que capturamos al general habíamos estado en contacto con unos 400 cretenses y, sin duda, muchos centenares más de isleños tuvieron noticias de nuestra presencia, y, sin embargo, habíamos podido llegar a dos pasos del enemigo sin que éste hubiera recibido jamás la menor información sobre nuestros movimientos.

Por fin la fuga

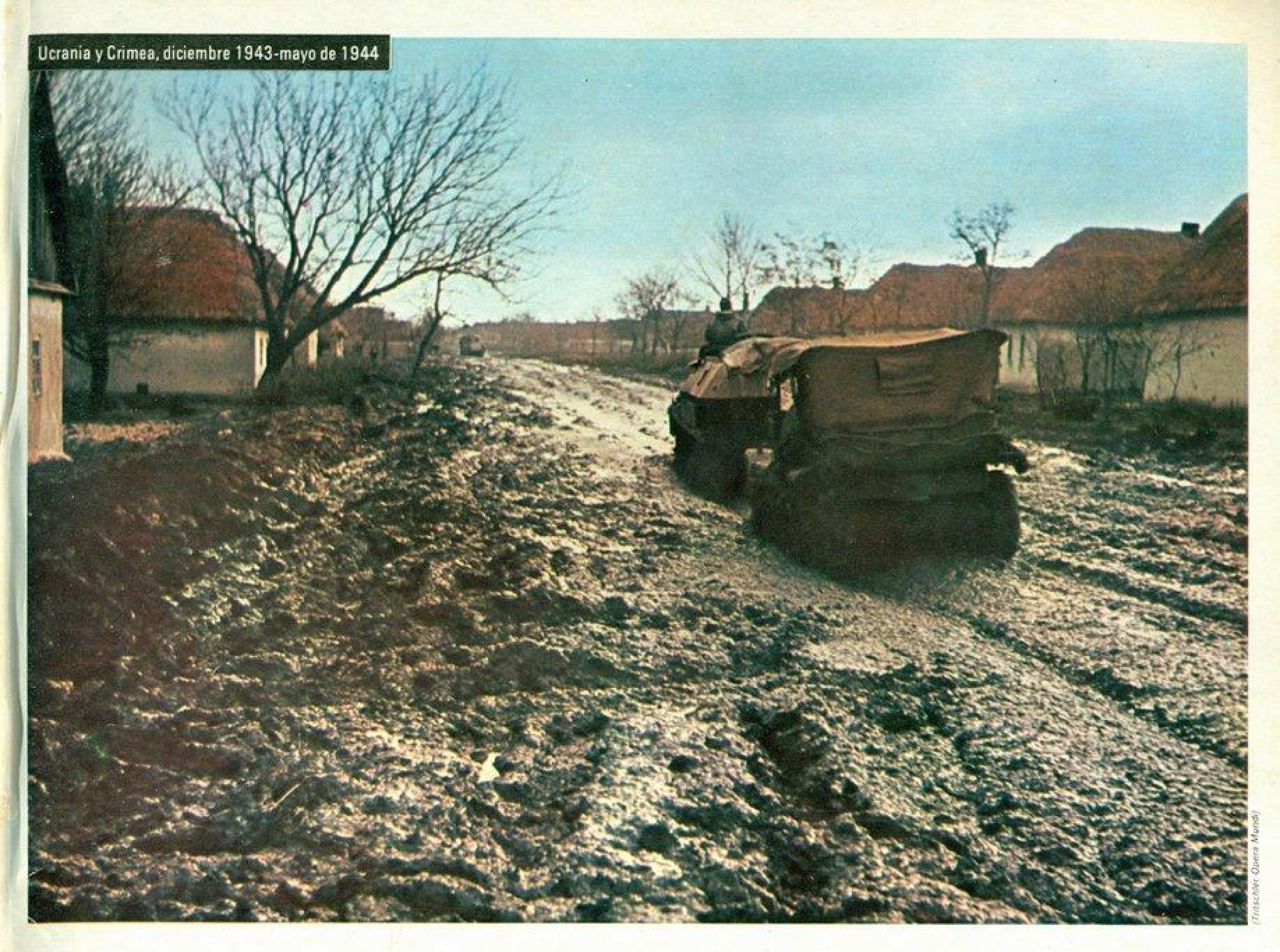
Debíamos señalar nuestra presencia a partir de las 22; pero ya no con las letras «MK», sino con «SB», repitiéndolas cada cinco minutos. Y entonces, con profunda consternación, descubrimos que ninguno de nosotros sabía cómo era la «B» en el alfabeto *Morse*. Lo más que sabíamos era que en el SOS, la S correspondía a tres puntos y Bill la señaló con tres relampagueos de su linterna; después hizo relampaguear cualquier otra cosa, con la esperanza de que Brian Coleman, el comandante del barco, perdonase nuestra ignorancia. Poco después oímos el rumor de las máquinas de un barco; pero se extinguió en seguida. De pronto llegó Denis y volvimos a hacer las señales, esta vez exactas. Luego se volvió a oír el rumor regular de las máquinas, cada vez más fuerte. En el mar se había alzado una ligera espiral de niebla que no nos permitió distinguir la embarcación hasta que estuvo muy cerca. De pronto, el chirrido de la cadena nos advirtió que había anclado. Después arriaron dos lanchas.

En seguida vimos que estaban tripuladas por hombres armados con fusiles automáticos. Las lanchas rozaron con sus quillas el fondo pedregoso, y los hombres saltaron a la orilla. Oí que alguien gritaba mi nombre. Esperaban que tendrían que abrirse camino combatiendo y cuando se dieron cuenta de que nadie nos había atacado parecieron un poco desilusionados, sobre todo el comandante Bob Bury, a quien no veía desde hacía tres años. Lo presenté a mi grupo, a los jefes partisanos y al general. Bob y sus hombres vaciaron sus macutos y entregaron sus provisiones y los cigarrillos a uno de nuestros compañeros, que se quedaba en la isla. Nos quitamos las botas para dejarlas a los de allí; era una costumbre que todos observaban, porque el calzado, aunque destrozado, era un artículo muy escaso y, por consiguiente, apreciado.

Siguieron los adioses y los abrazos. Intenté convencer a Antoni Zoidakis para que viniera con nosotros. Vaciló un momento y luego decidió que no. Ahora me atormenta no haber podido convencerle.

Un marinero dijo: «Perdón, señores, pero tenemos que marcharnos». A medida que nos acercábamos al buque, las figuras de la playa se confundían con la sombra y muy pronto ya no distinguimos ni siquiera la ensenada al pie del macizo montañoso, que se alzaba desde el mar y parecía tocar la Vía Láctea.

Al llegar al costado del buque, marineros con uniformes de un blanco inmaculado se inclinaron por encima de la borda para ayudar al general a subir por la escala de cuerda («muy bien, señor, despacio»), mientras Billy, Manoli, George y yo le ayudábamos desde abajo. Un momento después, también nosotros estábamos en cubierta, con los pies descalzos. Todo había acabado...



(Trischler-Opera Mundi)

EL AVANCE DEL EJERCITO RUSO HACIA RUMANIA

Aleksandr Nicolaevic Scimanskij

En la tercera ofensiva de invierno el Ejército ruso se lanzó hacia el Dniester y los Cárpatos, adquiriendo más fuerza a medida que avanzaba. Su objetivo era sencillo, pero de enorme alcance: reconquistar Ucrania occidental y Crimea. La oportunidad estratégica era muy importante, y el Ejército ruso casi logró aislar el Grupo de Ejércitos alemán desplegado más al Sur. Una y otra vez, las divisiones alemanas se vieron en grandes dificultades y tuvieron que retirarse ante el avance soviético.



Partisanos soviéticos en dificultades mientras cruzan el Bug meridional, cuyos puentes habían sido destruidos por los alemanes en retirada. Las fuerzas del segundo frente ucraniano fueron las primeras que llegaron al curso bajo del río, y el 18 de marzo de 1944 el ala derecha del despliegue soviético se lanzó hasta el Dniester, mientras el ala izquierda llegó, el 22 de marzo, a las cercanías de las ciudades de Piervomaisk y Balta. *(Novosti Press Agency)*



Infantería soviética, tras efectuar una marcha de aproximación montada en los carros de combate, se dirige al ataque de las posiciones alemanas cerca de Odesa. El tercer frente ucraniano, que el 28 de marzo se había lanzado en dirección a Odesa, logró conquistar la ciudad la mañana del 10 de abril de 1944, mientras los Ejércitos 6 y 8 alemanes y el 3 rumano, embotellados entre el Dniester y el Bug meridional, se retiraban precipitadamente hacia el Sur. *(Novosti Press Agency)*

Gracias al feliz resultado de las ofensivas desencadenadas en verano y en otoño de 1943, el Ejército ruso logró romper el asedio de Leningrado, arrojó a los alemanes del Cáucaso septentrional y efectuó una profunda penetración en Rusia Blanca. Y al infligir estas graves derrotas a Alemania, había tomado en sus manos, de una vez para siempre la iniciativa estratégica. Entonces el Mando Supremo soviético —el STAVKA— decidió lanzar, durante el invierno de 1943-1944, una ofensiva a todo lo largo del amplio frente que se extendía desde el Báltico al mar Negro.

El esfuerzo principal se ejercía en el sector operativo sudoccidental, y su objetivo sería la liberación de Ucrania occidental y de Crimea. Pero también la ofensiva prevista para el sector septentrional (Leningrado y Nóvgorod) representaba una parte importante de los planes, con miras a asestar duros golpes al Grupo de Ejércitos del Centro y a arrebatar a los alemanes gran parte de Rusia Blanca. Así, pues, la ofensiva en Ucrania occidental debía coordinarse igualmente con estas otras dos operaciones.

En el ala meridional del frente ruso-germano los alemanes trataban de restablecer sus defensas a lo largo del Dnieper y, cuando el Ejército ruso hubiese lanzado su ofensiva, mantenerlo alejado de Crimea y de la frontera rumana.

En el curso del verano y del otoño, los cuatro frentes soviéticos de Ucrania habían asestado, como ya se ha dicho, graves golpes a los alemanes, obligándolos a abandonar Ucrania oriental y a atravesar el Dnieper; además, lograron también asegurarse el dominio de numerosas cabezas de puente estratégicas en la orilla occidental del río, en la zona de Kíev, Cherkassi y Dniepropetrovsk. La conquistada por el primer frente ucraniano, en las cercanías de Kíev, tenía una longitud de más de 250 km y una profundidad de 120, mientras que la que se encontraba en manos del segundo y tercer frentes ucranianos, cerca de Kremenchug y Dniepropetrovsk, tenía una longitud de unos 400 km y una profundidad de 70. En las defensas alemanas se habían introducido grandes cuñas y la penetración soviética al oeste de Kíev era tal que las fuerzas alemanas desplegadas al sur de la ciudad corrían el riesgo de quedar envueltas. Asimismo, fuerzas de tierra soviéticas, en cooperación con la Escuadra del mar Negro, habían conquistado posiciones de gran importancia en el istmo de Perekop y en el Sivash, y en otoño desembarcaron en Crimea oriental, cerca de Kerch. El Ejército 17 alemán quedó así asediado en la península de Crimea.

Cuando se inició la liberación de Ucrania occidental, los alemanes tan sólo dominaban un corto sector al oeste del Dnieper, en las cercanías de Kánev, y una cabeza de puente operativa en la orilla oriental del río, al sur de Nikopol.

Todos estos factores ponían de relieve la oportunidad de continuar la ofensiva para liberar Ucrania occidental y Crimea, y, en efecto, éste fue el objetivo que mereció prioridad casi absoluta en los planes elaborados por el STAVKA. La idea base en la que se habían inspirado los estrategas soviéticos era romper las defensas alemanas mediante una serie de vigorosos golpes asestados a lo largo de todo el frente comprendido entre el Pripet y el mar Negro; de este modo las fuerzas alemanas podrían ser cercadas y gradualmente aniquiladas. Según el plan, el Ejército ruso debía derrotar a la *Wehrmacht* primero en el sector oriental de Ucrania y luego llegar a la línea del curso bajo del Bug-Piervomaisk-río Inguliets. Una vez alcanzado este objetivo, las fuerzas soviéticas deberían dar el golpe de gracia a los alemanes, desplazarse hasta la línea Lutsk-Moguiliov-Podolski-Dniester y liberar Crimea. Por último, la ofensiva debía extenderse en una serie de operaciones separadas, pero la idea de fondo era una sola.

A causa de las riquezas industriales y agrícolas de la zona disputada, los alemanes intentaron, por su parte, resistir a toda costa y mantener al Ejército ruso lejos de los Balcanes.

Aun habiendo perdido la batalla por el dominio del Dnieper, el Mando Supremo alemán esperaba que se produciría una pausa en las operaciones bélicas durante el invierno y la primavera de 1944. Por otra parte, aún no había renunciado a la idea de desalojar a los rusos de las cabezas de puente constituidas en la orilla derecha del río ni a la de restablecer las comunicaciones por tierra, a través de la cabeza de puente de Nikopol, con las fuerzas desplegadas en Crimea. Al mismo tiempo estaba reforzando apresuradamente sus posiciones defensivas, disponiendo fajas de fortificaciones a distancia operativa del frente, a lo largo de los ríos Gorin, Inguliets, Ingul, Bug meridional y Dniester.

A fines de 1943, la mayor fuerza estratégica alemana desplegaba entre Pripet y Crimea. Comprendía el Grupo de Ejércitos Sur (*Feldmariscal* von

Manstein) y el Grupo de Ejércitos A (*Feldmariscal* von Kleist). En Ucrania se encontraban 93 divisiones (de las que 18 eran *Panzer* y 4 motorizadas) y 2 brigadas; en Crimea se hallaba el Ejército 17, con un total de 10 divisiones, subordinado al Grupo de Ejércitos A. En términos numéricos, la fuerza de las divisiones alemanas variaba entre 7000 y 10.000 hombres, y su armamento ascendía a 16.800 bocas de fuego (cañones y morteros), unos 2200 carros de combate y cañones autopropulsados y alrededor de 1460 aviones.

A estas fuerzas el Ejército ruso enfrentaba los cuatro frentes ucranianos, el Ejército costero autónomo y la Escuadra del mar Negro. Sus Ejércitos comprendían 168 divisiones de infantería y 9 de caballería. Como no fue posible, después de los durísimos combates del verano y del otoño de 1943, reforzar las filas de las divisiones de infantería, los efectivos de éstas oscilaban entre 2600 y 6500 hombres. Las fuerzas soviéticas disponían de 28.800 bocas de fuego (cañones y morteros), de más de 2000 carros de combate y cañones autopropulsados y de 2360 aviones.

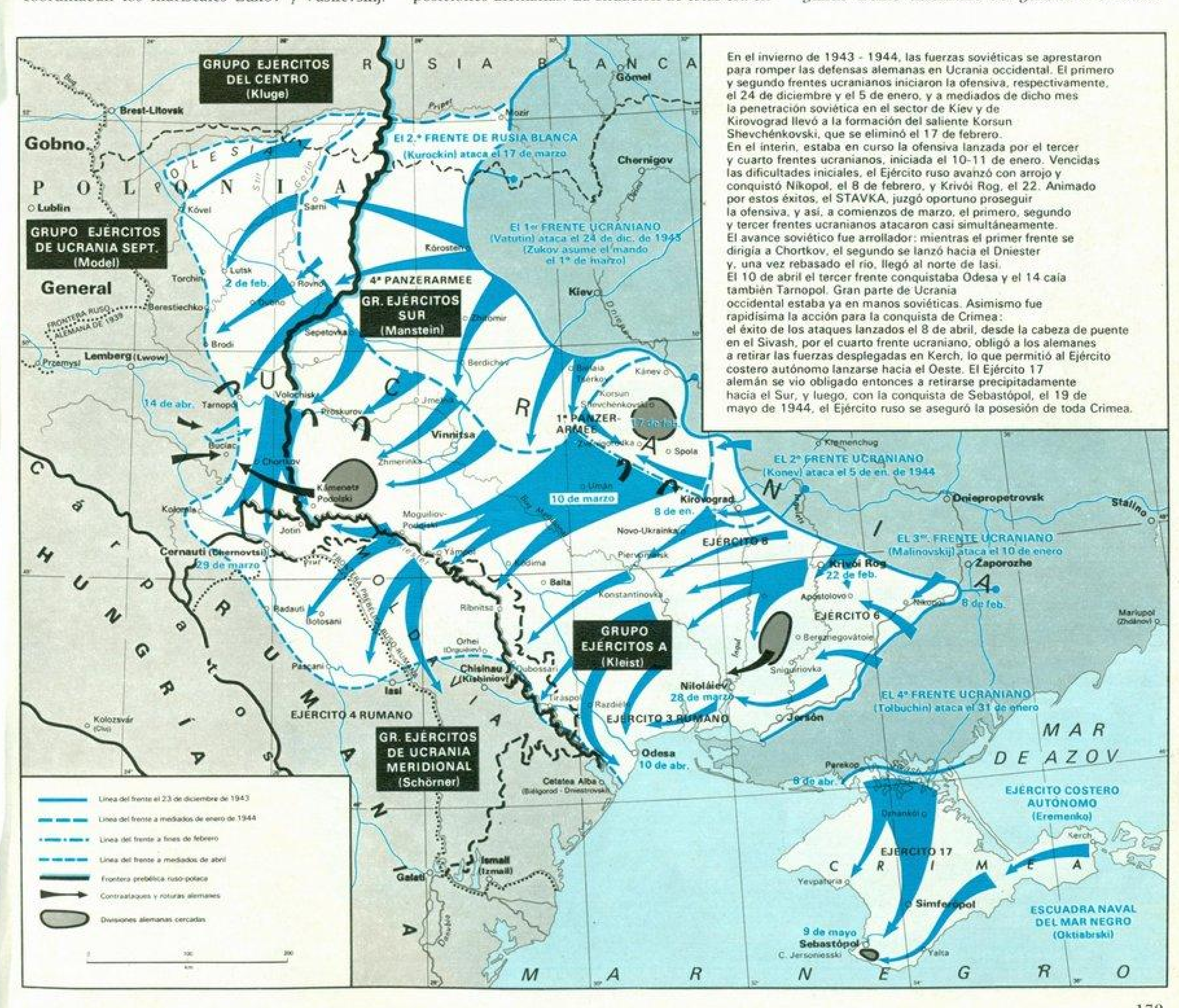
Conforme al plan general elaborado por el STAVKA, los cuatro frentes ucranianos reanudaron la ofensiva a fines de diciembre de 1943 y a principios de enero de 1944. Sus operaciones las coordinaban los mariscales Zukov y Vasilevskij.

El primero que atacó fue el primer frente ucraniano (general N. F. Vatutin), desplegado ante la 4.ª *Panzerarmee*, formada por 21 divisiones de infantería, 8 *Panzerdivisionen*, una división motorizada y una brigada. No era por azar por lo que se encontraba en aquella zona una unidad acorazada tan importante, sino porque la cabeza de puente soviética en la zona de Kíev constituía para los alemanes una grave amenaza. En efecto, no sólo se introducía entre todas las fuerzas alemanas y las de sus aliados al sur de Kíev, sino que también separaba las flancos de los Grupos de Ejércitos del Centro y Sur. Más de una vez los alemanes habían intentado rechazar al Ejército ruso al otro lado del Dnieper, pero todos los esfuerzos fueron neutralizados. El STAVKA había decidido, pues, asestar un duro golpe a la 4.ª *Panzerarmee* y rechazarla más allá del bajo Bug.

Después de una preparación artillera y de un bombardeo aéreo realizado con el mismo objetivo, el primer frente ucraniano pasó al ataque la mañana del 24 de diciembre, y bajo su presión la 4.ª *Panzerarmee* empezó a retirarse desordenadamente hacia el Oeste. Al quinto día, las defensas alemanas habían sido arrolladas en un frente de unos 300 km y con una profundidad de 100, y una gran cuña soviética se había hincado en las posiciones alemanas. La situación de éstas era crítica. Al norte de Umán se produjo un vacío inmenso entre la 4.ª *Panzerarmee* y la 1.ª *Panzerarmee*, que la flanqueaba por el Sur. Un posterior avance del primer frente ucraniano hacia el Sur amenazaría a los Ejércitos 6 y 8 lo que hundiría todo el sistema defensivo alemán por el Sur.

Para detener la amenaza que se estaba perfilando, los alemanes trasladaron a aquel sector 12 divisiones, dos de las cuales eran acorazadas, y a continuación concentraron 5 *Panzerdivisionen* y 4 divisiones de infantería en las zonas al sudeste de Vinnitza y al noroeste de Umán. A estas fuerzas se les confió la misión de aniquilar a las unidades soviéticas que avanzaban, cerrar la brecha creada y restablecer una línea defensiva continua. Y, en efecto, incluso sufriendo graves pérdidas y después de violentos combates, dichas fuerzas lograron detener el avance soviético en aquel sector. No obstante, el Ejército ruso había hecho retroceder a los alemanes entre 80 y 200 km, y ahora más que nunca amenazaba al Grupo de Ejércitos Sur. Además, consiguió llevar a cabo un movimiento envolvente desde el Norte contra las fuerzas alemanas que defendían la orilla derecha del Dnieper, en Kánev; y ahora la situación estaba madura para atacarlas.

Por consiguiente, el 5 de enero de 1944, el segundo frente ucraniano del general I. S. Konev



inició una ofensiva contra Kirovograd, y en el curso de cuatro días, pese a los furiosos contraataques alemanes, logró liberar la ciudad. Luego, tras un avance de unos 40-50 km, chocó con una creciente resistencia enemiga y tuvo que detenerse. Pero, a consecuencia de este avance, el flanco meridional de las fuerzas alemanas situadas en Kánev quedaba ahora en peligro.

La penetración soviética en los sectores de Kíev y de Kirovograd condujo a la constitución del saliente Korsun Shevchénkovski, que se proyectaba en profundidad dentro de las posiciones del primer y segundo frentes ucranianos, separando sus flancos interiores y manteniendo empeñadas numerosas fuerzas rusas.

Para los alemanes, el saliente Korsun Shevchénkovski constituía una magnífica posición que era preciso mantener. En efecto, desde ella podría atacar el ala izquierda del primer frente ucraniano o el ala derecha del segundo. Mientras el saliente permaneciera en poder de los alemanes, le sería difícil al mando soviético disponer operaciones coordinadas en Ucrania occidental. Y precisamente por eso los alemanes mantuvieron en el citado saliente nueve divisiones de infantería, una *Panzerdivision* y una brigada motorizada, preocupándose mientras tanto de aprestar fuertes defensas.

Frente a semejante situación, el mando soviético llegó a la conclusión de que se debía desalojar cuanto antes a las fuerzas alemanas de aquel lugar, y la responsabilidad de la operación se confió a los dos frentes. Estos debían desencadenar ataques convergentes por la base del saliente, enlazar cerca de Spola y cerca así a las fuerzas enemigas.

El 25 de enero el segundo frente lanzó su ataque desde el norte de Kirovograd, y al día siguiente el primer frente pasó a su vez al ataque desde el sudeste de Biélaia Tsérkov. Las defensas alemanas fueron desbaratadas en los primeros días de la ofensiva y por las brechas abiertas los soviéticos hicieron pasar poderosas fuerzas acorazadas. Los alemanes reaccionaron con extraordinaria decisión desde su despliegue en reductos y lanzaron numerosos contraataques; mas, a pesar de la desesperada reacción alemana, las fuerzas soviéticas continuaron avanzando y convergiendo entre sí. El 28 de enero, cuatro días después del comienzo de la operación, consiguieron enlazar a espaldas de los alemanes, cerca de Zvenigorodka. Se habían cerrado así las bocas de la tenaza.

Con el fin de evitar un inútil derramamiento de sangre, el 8 de febrero el mando soviético propuso a los alemanes que se rindieran, garantizándoles la salvación, tanto a los soldados como a los oficiales. Pero el ofrecimiento se rechazó y los combates prosiguieron con renovado vigor. Los alemanes realizaron esfuerzos desesperados para abrirse un paso, pero todo fue inútil. El 16 de febrero dichas fuerzas habían sido ya dispersadas y sólo algunos grupos de supervivientes podían llevar a cabo un último y desesperado intento de fuga, abandonando todas las armas pesadas, las piezas de artillería y grandes cantidades de material. La noche del 16 al 17 de febrero, confiando en la cobertura de la oscuridad y de una tempestad de nieve que arreciaba en aquella zona, se formaron en columna y se pusieron en marcha. Pero pronto se abatió sobre ellos una mortífera lluvia de granadas, cohetes y bombas. Sólo un pequeño grupo de carros de combate y de camiones acorazados logró salir de la trampa.

Al destruir a estas fuerzas y liquidar el saliente, el primer y segundo frentes ucranianos habían mejorado sensiblemente su posición: los alemanes acababan de ser rechazados de las orillas del Dnieper, y a lo largo del curso medio del río se extendía ahora una sola cabeza de puente. Con su acción, los dos frentes habían creado las bases para una ofensiva posterior, hacia el curso bajo de los ríos Bug y Dniester, eliminando la amenaza que se cernía sobre su flanco interior y asegurándose completa libertad de maniobra en todo el frente. El plan alemán de restablecer una línea defensiva a lo largo del Dnieper había fracasado.

Mientras estaba todavía en pleno desarrollo la acción en Korsun Shevchénkovski, los alemanes sufrieron un nuevo descalabro: el 27 de enero, el ala derecha del primer frente ucraniano pasó a la ofensiva en el sector de Sarni, teniendo como objetivo el cerco de Rovno y Lutsk, desde el Oeste. Las fuerzas soviéticas atacaron a través de bosques y de pantanos, en las desfavorables condiciones que se produjeron después del deshielo; pero, a pesar de ello, desembocaron profundamente a espaldas de la 4.ª *Panzerarmee* y obligaron a los alemanes a retroceder hacia el Oeste y el Sur, y así, el 2 de febrero, los rusos conquistaron Lutsk y Rovno. El 11 de febrero el Ejército soviético había llegado a la línea Lutsk-Sepetovka-Yámpol, y entonces se detuvo. El flanco septentrional del Grupo de Ejércitos Sur alemán se encontraba ahora desplegado más al Oeste, y las perspectivas soviéticas para una ofensiva posterior habían mejorado mucho: en efecto, el camino estaba abierto para desarrollar un movimiento envolvente en

En vísperas de la gran ofensiva para la conquista de Ucrania occidental y de Crimea, el Ejército ruso tenía una franca superioridad, pero en manera alguna aplastante, sobre todo si se tiene en cuenta que, en lo que respecta a unidades acorazadas, la situación era favorable a las fuerzas alemanas.

FUERZAS ENFRENTADAS EN LAS BATALLAS DE UCRANIA OCCIDENTAL Y DE CRIMEA

2.365.000

1.760.000

28.800

16.800

2000

2200

2360

1460

Fuerzas soviéticas

(History of the Second World War)

Al lado: durante una pausa en el curso de la retirada, soldados de ingenieros alemanes prestan los primeros auxilios a compañeros heridos en el combate. Debajo: abril de 1944: alemanes hechos prisioneros durante el avance del primer frente ucraniano. (Sado-Opera Mundi)-(Imperial War Museum)





profundidad, no sólo contra el Grupo de Ejércitos A, sino también contra el Grupo de Ejércitos Sur.

A principios de enero se había iniciado violentos combates en los sectores de Krivói Rog y Níkopol, donde el tercer y cuarto frentes ucranianos medían sus fuerzas con el Ejército 6 alemán, que comprendía 18 divisiones de infantería, 4 *Panzerdivisionen* y una división motorizada. Los alemanes estaban decididos a defender las mencionadas ciudades a cualquier precio, pues se trataba de importantes centros para la elaboración del manganeso y de minerales de hierro, valiosísimos para Alemania.

La ofensiva soviética comenzó entre el 10 y el 11 de enero: el tercer frente ucraniano atacó en dirección a Apostolovo, mientras el cuarto lo hacía en dirección a la cabeza de puente de Níkopol. Durante seis días se combatió muy duramente, pero la resistencia alemana se mostró tan obstinada que las fuerzas soviéticas sólo lograron avanzar unos pocos kilómetros. Los comandantes soviéticos decidieron entonces suspender la operación, pero para reanudarla casi en seguida, después de unos preparativos más minuciosos. Ultimados estos preparativos, el día 30 de enero el tercer frente (general R. Y. Malinovskij) reanudó la ofensiva, y el día siguiente lo hizo el cuarto (general F. I. Tolbuchin). Desencadenando dos ataques convergentes desde el nordeste de Krivói Rog y al sur de Níkopol, los dos frentes rompieron las defensas alemanas y el 5 de febrero conquistaron Apostolovo, dividiendo así en dos partes al Ejército 6 y amenazando con cercar las fuerzas alemanas desplegadas a lo largo del recodo del Dnieper.

El Mando alemán realizó inmensos esfuerzos para neutralizar esta amenaza, y con un poderoso contraataque en dirección a Apostolovo logró detener el avance del tercer frente hacia el Sur. Aprovechando este éxito parcial, los alemanes lograron evitar el cerco y retirarse hacia el Oeste, aunque al precio de gravísimas pérdidas.

El cuarto frente ucraniano rastrilló completamente toda la orilla izquierda del Dnieper, y eliminando la cabeza de puente destruyó definitivamente las últimas esperanzas alemanas de enlazar con las fuerzas bloqueadas en Crimea. Aquel mismo día, las tropas de Malinovskij y de Tolbuchin liberaron la pequeña ciudad de Níkopol. En el curso de los siguientes combates, las tropas del tercer frente infligieron graves pérdidas al Ejército 6 alemán, y liberaron Krivói Rog el 22 de febrero, persiguiendo a los alemanes hasta la línea del río Inguliets. La derrota sufrida por el Ejército 6 alemán fue casi tan grave como la catástrofe que se había abatido sobre el Ejército 8, en el sector Korsun Shevchénkovski.

Así concluyó la primera fase de la batalla para liberar Ucrania occidental. Las fuerzas soviéticas habían infligido a los alemanes una grave derrota, expulsándolos primero de la orilla del Dnieper y luego de gran parte de Ucrania occidental. A principios de marzo la situación ya era propicia para iniciar la segunda fase, cuyo objetivo era arrojar a los invasores de toda Ucrania occidental.

Aunque una vez más derrotado, el Alto Mando alemán seguía creyendo que, tras aquellos duros combates, las fuerzas soviéticas no estarían en condiciones de organizar una nueva ofensiva en gran escala antes de que pasara un largo período de tiempo; y los alemanes esperaban poder aprovechar la pausa prevista para reorganizar sus fuerzas y para reforzar de manera adecuada las nuevas posiciones. Después de todo, eran todavía bastante fuertes: en marzo de 1944, los Grupos de Ejércitos Sur y A contaban todavía con 83 divisiones y una brigada, comprendidas 18 *Panzerdivisionen* y 4 divisiones motorizadas.

Pero el Mando Supremo soviético no les concedió este descanso. Después de haber valorado la situación, el STAVKA decidió que, a pesar del tiempo adverso, el primero, segundo y tercer frentes ucranianos continuaran la ofensiva, con el fin de infligir a los alemanes el golpe definitivo. Para conseguirlo, se deberían desencadenar simultáneamente varios y poderosos ataques en un vasto frente, que iba del Pripet a la desembocadura del Dnieper, a fin de quebrantar a las fuerzas alemanas, destruirlas y, finalmente, llegar a los Cárpatos, desmembrando con ello el frente alemán del Sur.

De acuerdo con este plan, el primer frente desplegó el grueso de sus fuerzas atacantes al sur de Rovno, con el fin de atacar en dirección de Chortkov y cortar así la dirección de retirada de las fuerzas meridionales alemanas al norte del Dniester y del Dnieper. Una operación de este género no sólo permitiría a las tropas soviéticas penetrar profundamente en el flanco y en la retaguardia de las defensas alemanas, sino que, al mismo tiempo, desbarataría todo el sistema defensivo a lo largo de los cursos de los ríos Bug, Dniester y Prut.

El segundo frente debía atacar partiendo de la zona de Zvenígorodka, hacia Umán e Iasi, mientras el tercero tenía la misión de destruir a las fuerzas enemigas en la orilla occidental del río Inguliets y atacar luego hacia Odesa. El cuarto frente no tomaría parte en esta ofensiva, puesto que ya había iniciado los preparativos para la operación de Crimea.

En vísperas de la ofensiva, el Ejército ruso experimentó una grave pérdida. El 29 de febrero, mientras inspeccionaba a las tropas, el comandante del primer frente ucraniano, general N. F. Vatutin, resultó mortalmente herido. Al día siguiente, el mando del frente pasó a manos del mariscal Zukov.

A principios de marzo, las fuerzas soviéticas atacaron casi simultáneamente, y la dureza de su embestida hizo tambalear las defensas alemanas hasta en sus cimientos. El primero en atacar fue, el 4 de marzo, el primer frente ucraniano. Ante él desplegaban la 1.ª y la 4.ª *Panzerarmee*, con un





Arriba: soldados soviéticos combatiendo en el interior de una casa en Iasi. Abajo: tropas alemanas se rinden en un pueblo cercano a Odesa. *(Novosti Press Agency)*

total de 26 divisiones y una brigada. Ya el primer día, un ataque desencadenado con gran determinación por la infantería soviética y apoyado por fuerzas acorazadas y aéreas, hundió las defensas alemanas a lo largo de la principal dirección de avance, y a través del vacío así formado los carros de combate soviéticos se lanzaron hacia el Sur.

El 10 de marzo, el primer frente había llegado a la línea que, pasando por Volochisk, unía Tarnopol a Proskurov. Si los rusos lograban avanzar más, los alemanes se exponían a perder definitivamente el dominio de la línea ferroviaria Lemberg (Lwow)-Odesa, que era la más importante vía de comunicación para las fuerzas alemanas empeñadas en Ucrania occidental. Por lo tanto, para conservar el dominio de la citada línea férrea, los alemanes enviaron apresuradamente, a la zona de Tarnopol y Proskurov nueve *Panzerdivisionen* y seis divisiones de infantería, y, con enérgicos contraataques, intentaron rechazar hacia el Norte a los soviéticos. Se trabaron combates durísimos que se prolongaron hasta el 21 de marzo, y hubo momentos en que los alemanes, en su intento de salvar la situación, sin preocuparse de las bajas, lanzaron a la lucha, en limitados sectores del frente, hasta 80-100 carros de combate.

Cuando en torno a Tarnopol y Proskurov se entabló la batalla principal, el ala derecha del primer frente desencadenó un ataque en dirección a Brodi, para apoyar desde el Oeste la acción principal del frente. Al segundo día se ocupó Dubno y el 20 de marzo las fuerzas soviéticas se encontraban a la vista de Brodi.

Al amanecer del 5 de marzo, el mortífero fuego de miles de cañones y de morteros se abatió sobre los alemanes que se enfrentaban con el segundo frente: éste había iniciado su ofensiva contra parte del Ejército 6 y contra todo el Ejército 8, que sumaban un total de 14 divisiones de infantería, 4 *Panzerdivisionen* y 2 divisiones motorizadas. En aquella zona, la principal dirección de ataque soviética iba desde Zvenigorodka a Umán, y además se llevaría a cabo un ataque colateral desde el este de Kirovograd, en dirección a Novo-Ukrainka. Las defensas alemanas cedieron rápidamente y las fuerzas acorazadas rusas penetraron por la brecha abierta. Para taponarla los alemanes hicieron intervenir sus reservas; centenares de carros de combate y miles de cañones tomaron parte en la siguiente batalla, que, asimismo, acabó en victoria soviética. Bastante malparadas, las fuerzas alemanas empezaron a retirarse a toda prisa hacia Umán. Y el 10 de marzo, tanto Umán como Novo-Ukrainka cayeron en manos rusas.

Llegando a este punto, el Mando Supremo soviético valoró la situación que se había creado en los sectores del primer y del segundo frentes ucranianos, y el 11 de marzo les cursó órdenes más detalladas.

- El ala derecha del primer frente ucraniano debía avanzar hacia Lemberg y Przemysl y alcanzar la parte occidental del curso del Bug; el ala izquierda recibió la orden de dirigirse sobre Kámenets-Podolski, atravesar inmediatamente el Dnieper, conquistar Cernauti (Chernovtsi) y avanzar hasta la frontera rumana
- El grueso de las fuerzas del segundo frente ucraniano avanzaría hasta Moguiliov-Podolski y Yámpol, mientras el ala izquierda del mismo debía atacar en dirección a Chisiman y dirigirse hacia la frontera rumana en la zona del Prut.

Después de haber desgastado la resistencia de las fuerzas alemanas en la línea Tarnopol-Proskurov, en una serie de batallas defensivas, el 21 de marzo, el grupo atacante del primer frente reanudó la ofensiva y en seguida puso en graves dificultades al Grupo de Ejércitos Sur en su sector más vulnerable. El Ejército 4 alemán estaba ya tan exhausto que no se encontraba en condiciones de oponerse a los ataques soviéticos hacia el Sur y Sudoeste. Las fuerzas acorazadas del primer frente se lanzaron entonces hacia delante con irresistible impulso, y el 24 de marzo llegaron al fin al Dniester. Atravesando inmediatamente el río, continuaron luego su rápida carrera hacia el Sur, y al cabo de cinco días habían liberado Cernauti, llegando a las primeras pendientes orientales de los Cárpatos, al sur de la ciudad, cortando así en dos al Grupo de Ejércitos Sur y situándose a caballo de la dirección de retirada hacia el Oeste de la 1.ª *Panzerarmee*. El ala izquierda del frente ejercía presión sobre la 1.ª *Panzerarmee* desde el Norte y desde el Oeste, mientras el segundo frente, que había llegado a las cercanías de Jotin, había cortado la línea de retirada de aquélla hacia el Sur.

De esta manera, grandes fuerzas alemanas (10 divisiones de infantería, 9 *Panzerdivisionen*, una di-

Debajo: un soldado alemán socorre a un compañero herido, en espera de que sea trasladado a un hospital situado más a retaguardia. *(Sado-Opera Mundi)*





Artillería soviética en acción en las estribaciones orientales de los Cárpatos. Después de haber agotado la resistencia de las tropas alemanas en la línea Tarnopol-Proskurov, el 21 de marzo las fuerzas acorazadas del primer frente ucraniano se lanzaron adelante, y el 24 llegaron al Dniester. Cinco días más tarde liberaron Cernauti, alcanzando las primeras estribaciones de los Cárpatos y partiendo en dos al Grupo de Ejércitos Sur alemán. (Novosti Press Agency)

visión motorizada y una de artillería, así como numerosas unidades acorazadas más pequeñas, de artillería y fuerzas especiales) se encontraron cercadas al norte de Kámenets-Podolski.

No obstante, aprovechando la circunstancia de que las tropas soviéticas aún no habían logrado consolidar el anillo del cerco, el mando de la 1.ª *Panzerarmee* decidió llevar a cabo un último intento de evitar el desastre total: reuniendo una gran fuerza de ataque, constituida por 7 *Panzerdivisionen* y 3 divisiones de infantería, desencadenó, a fines de marzo, un violento ataque hacia el Oeste. El cerco soviético, todavía débil, fue roto y el 7 de abril los alemanes llegaron a la zona de Buciac, donde enlazaron con las fuerzas enviadas en su ayuda. Por su parte, el 14 de abril, después de bastantes semanas de asedio, las fuerzas del primer frente derrotaron definitivamente a la guarnición alemana de Tarnopol y liberaron la ciudad. El 17 de abril el STAVKA ordenó al citado frente que se detuviese en posiciones defensivas a lo largo de la línea Torchin-Berestiechko-Zaloztsy-Chortkov-Kolomía-Kuty. Con un brillante avance, estas fuerzas habían llegado a las primeras estribaciones de los Cárpatos y, junto con las del segundo frente, partieron en dos las líneas alemanas.

El STAVKA, cuando elaboró los planes para la ofensiva de marzo en Ucrania, había considerado que era muy importante proveer de cobertura a las fuerzas soviéticas por el Norte, ya que no se podía excluir la posibilidad de que, desde Polesia, los alemanes atacasen los flancos y la retaguardia del primer frente ucraniano. Para neutralizar semejante amenaza, el segundo frente de Rusia Blanca (capitán general P. A. Kurockin) se desplegó al oeste de Sarni, con la orden de estar dispuesto para atacar en dirección a Kóvel.

El frente inició su ofensiva a lo largo de la orilla meridional del Pripet el 17 de marzo y, aunque con dificultades, sus fuerzas lograron avanzar unos 50-60 km, rechazando a los alemanes hasta Kóvel, cercando luego la ciudad.

Percatándose de que un ulterior avance soviético en aquella dirección amenazaría el ala meridional y la retaguardia del Grupo de Ejércitos del Centro, el Mando alemán envió tres *Panzerdivisionen* y cuatro divisiones de infantería en apoyo de las fuerzas que luchaban en Kóvel. Dichas unidades, después de un vigoroso contraataque que detuvo el avance soviético, lograron enlazar con la guarnición de Kóvel.

Adelante hacia el Dniester

Al alcanzar la línea Umán-Novo-Ukrainka, el segundo frente ucraniano había ampliado la brecha abierta en las defensas alemanas, de manera que ésta tenía ahora una anchura de 170 km y una profundidad de 65. Los alemanes no tuvieron entonces otra alternativa que la de empezar a retirarse hacia el Oeste. El Ejército 8 alemán intentó detener el avance soviético en la parte meridional del Bug; pero el 11 de marzo, antes de que tuviera tiempo de disponer las defensas adecuadas en la orilla occidental de dicho río, algunas unidades avanzadas del segundo frente llegaron al mismo en un sector de 100 km de anchura.

En el ínterin, la mayor parte de las fuerzas alemanas en retirada habían atravesado ya el Bug, haciendo volar a sus espaldas todos los puentes. Pero esto no detuvo a las tropas soviéticas, sino que inmediatamente iniciaron el paso del río en embarcaciones, balsas y otros medios improvisados, y se aseguraron así la posesión de algunas cabezas de puente, cubriendo así el paso del grueso de las fuerzas. No habiendo logrado organizar una defensa en esta ancha barrera de agua, el Mando alemán inició el repliegue de sus maltrechas divisiones hacia el río Dniester, esperando por lo menos poder detener allí las fuerzas del segundo frente.

Las unidades soviéticas lanzadas en su persecución cubrieron los 170 km que separan el curso meridional del Bug del Dniester en cuatro días y llegaron a este último entre el 17 y 18 de marzo. Después de haberlo cruzado y establecido una amplia cabeza de puente en Moguilio-Podolski, se encontraron en una posición bastante favorable para avanzar hasta la frontera rumana. Así, la segunda barrera de agua a lo largo de la cual los alemanes confiaron en crear un muro de contención contra las fuerzas soviéticas había demostrado ser ineficaz.

Desembocando más allá del Dniester, el segundo frente había dividido en dos el Grupo de Ejércitos Sur: el flanco derecho de la 1.ª *Panzerarmee* fue rechazado hacia el Noroeste y el flanco izquierdo del Ejército 8 hacia el Sur.

Mientras el Grupo de Ejércitos Sur sufría los ataques del primero y segundo frentes ucranianos, se abatió sobre él una nueva calamidad, causada esta vez por el tercer frente. En esta ocasión, el difícil cometido de soportar el peso del ataque soviético recayó sobre 29 divisiones de infantería, 4 *Panzerdivisionen* y una división motorizada del Ejército 6 alemán y del Ejército 3 rumano.

La ofensiva del tercer frente se inició después de atravesar el Inguliets y de conquistar algunas cabezas de puente en la orilla occidental. En esta fase preliminar se trabaron duros combates; pero ya el 6 de marzo las fuerzas soviéticas pudieron desencadenar la ofensiva hacia Odesa y Nikoláiev. El grueso de las fuerzas lanzó el ataque desde la cabeza de puente de Krivói Rog, pero encontró una oposición tan obstinada que no pudo avanzar, en el curso de aquel día, más que 2 ó 3 km.

Sin embargo, aquella misma noche, la entrada en acción de fuerzas acorazadas y de caballería sorprendió a los alemanes, que no esperaban que el enemigo recibiera refuerzos durante las horas de oscuridad. Después de haber perdido posición tras posición y de sufrir graves pérdidas en hombres y en equipo, empezaron a retirarse. El 8 de marzo las unidades acorazadas y de caballería soviéticas conquistaron Novi Bug, y a continuación atacaron hacia el Sur, batiendo a la retaguardia de las fuerzas alemanas en el sector Bereznegavatoe-Snigirëvka, poniendo al Ejército 6 en una situación muy difícil.

Mientras estaba en plena acción el ataque contra Bereznegovátoie y Sniguiriovka, las fuerzas desplegadas en el centro y en el flanco izquierdo del tercer frente ucraniano estaban ya acosando a los alemanes en retirada; el 18 de marzo alcanzaron el Bug meridional en Konstantínovka. A pesar del elevado número de bajas que sufrió en el curso de las batallas anteriores, el Ejército 6 alemán y el Ejército 3 rumano disponían aún de unas 21 divisiones, y con ellas intentaron organizar una línea defensiva en la orilla occidental del Bug meridional. Pero entre el 18 y el 22 de marzo las tropas soviéticas atravesaron el río, establecieron cabezas de puente en la orilla occidental y se aproximaron a Nikoláiev.

El 11 de marzo, el STAVKA indicó al tercer frente cual sería su siguiente objetivo. Una vez pasado el río, tenía que preparar una ofensiva hacia Odesa y a continuación avanzar hasta el Prut y el Danubio, que en aquella región constituían la frontera entre la Unión Soviética y Rumania. Pero la tenaz resistencia alemana, el obstáculo que representaban las inundaciones primaverales y el mal estado de las carreteras retrasaban la concentración de las fuerzas en las cabezas de puente.

El 22 de marzo, el STAVKA, que seguía de cerca el desarrollo de la situación, ordenó el segundo frente que hiciera avanzar su ala derecha a lo largo de la orilla occidental del Dniester, a fin de apoderarse de Chisinau, mientras el ala izquierda debía desencadenar un ataque hacia el Sur, desde el sector Kódima-Pervomaisk, a lo largo de la orilla oriental, de modo que arrojase a los alemanes hacia el mar Negro e impidiéndoles que se retirasen más allá del Dniester.

La presencia de tropas soviéticas en la línea Balta-Pervomaisk puso en una situación crítica a las fuerzas alemanas desplegadas entre el Dniester y el Bug meridional. En un intento de neutralizar esta grave amenaza, entre el 22 y el 28 de marzo, el Mando alemán trasladó seis divisiones de infantería y tres *Panzerdivisionen* del sector del tercer frente ucraniano al del segundo. Pero ni siquiera este movimiento sirvió para detener el avance del ala izquierda rusa. El 28 había llegado a la línea Ríbnitsa-Konstantinovka, y amenazaba, por consiguiente, aislar los Ejércitos 6 y 8 alemanes y al Ejército 3 rumano al este del Dniester.

Ante este estado de cosas, los alemanes no tuvieron otra alternativa que iniciar una presurosa retirada del Bug meridional, y entonces el tercer frente se lanzó en su persecución. Aquel día (28 de marzo) también Nikoláiev cayó en poder del Ejército ruso.

Por entonces, las fuerzas móviles del tercer frente ucraniano estaban ya realizando su ofensiva en dirección a Odesa y el 5 de abril conquistaron la estación de Razdielnaia. Pese a los desesperados intentos de resistencia por parte de los alemanes, el avance soviético hacia el Dniester seguía siendo irresistible y Odesa estaba a punto de ser rodeada por el Norte y por el Noroeste. El 9 de abril las fuerzas rusas llegaron a los suburbios septentrionales de la ciudad y se entabló la batalla. La mañana del día siguiente Odesa estaba ya en poder de las tropas soviéticas, y dos días después cayó Tiráspol. El tercer frente ucraniano atravesó inmediatamente el Dniester, se apoderó de algunas cabezas de puente en la orilla opuesta y se detuvo.

Mientras tanto, el ala derecha del segundo frente había continuado también su ofensiva, y el 26 de marzo llegó al río Prut. Temiendo que el avance soviético hacia el Sur acabara cercando al Ejército 3 rumano, así como a los Ejércitos 6 y 8 alemanes, el Mando germano hizo afluir a aquel sector un Ejército de refuerzo –el 4 rumano–, al cual confió la misión de tomar posiciones en los pasos montañosos más importantes de los Cárpatos, a lo largo de una línea defensiva que pasaba por Pascani y al norte de Iasi.

La ofensiva soviética continuó, ya en tierra rumana, y a mediados de abril las tropas del segundo frente se aproximaban a Iasi. Pero en este punto chocaron con el Ejército 4 rumano y las unidades del Ejército 6 alemán en retirada. Combatiendo desde posiciones establecidas de antemano, estas fuerzas lograron detener la ofensiva soviética. En consecuencia, el 6 de mayo el STAVKA ordenó que se estableciera defensivamente en la línea Radauti-Pascani-Orhei-Dubossari.

El Ejército ruso en territorio rumano

La entrada del Ejército ruso en territorio rumano fue seguida, el 2 de abril, de una declaración del Gobierno soviético en la que afirmaba su intención de perseguir al enemigo hasta conseguir derrotarlo por completo. Al mismo tiempo, el Gobierno soviético declaró que no era su intención anexionarse ningún territorio de Rumania o cambiar el orden social existente: la entrada de tropas soviéticas en el país obedecía exclusivamente a las necesidades militares y a la prolongación de la resistencia enemiga.

El Gobierno rumano preguntó entonces al soviético qué condiciones pondría para estipular un armisticio. La respuesta soviética, enviada el 12 de abril, declaraba que:

- Rumania debía interrumpir toda relación con los alemanes, y que las fuerzas rumanas debían combatir, en adelante, hombro con hombro, con el Ejército ruso para restaurar la independencia y la soberanía de su país;
- se restauraría la frontera entre Rumania y la Unión Soviética según los acuerdos de 1940;
- tenía que indemnizarse a la Unión Soviética por las pérdidas sufridas a causa de las operaciones militares y la ocupación rumana;
- deberían ser repatriados todos los prisioneros de guerra e internados soviéticos;
- debían ponerse a disposición de las fuerzas soviéticas y aliadas todos los medios adecuados para facilitar el movimiento a través del territorio rumano, de acuerdo con las exigencias impuestas por la situación militar;
- el Gobierno soviético aceptaba anular el «arbitraje» de Viena respecto de Transilvania, y prometía ayudar a los rumanos a liberar la parte ocupada de aquellas regiones.

El Gobierno rumano rechazó estas condiciones.

A comienzos de abril, el frente en el teatro de operaciones sudoccidental se había trasladado ya muy al Oeste; pero, aun así, los alemanes seguían decididos a defender Crimea a toda costa. Obrando de esta manera podían mantener empeñadas ingentes fuerzas soviéticas, obstaculizando, además, las operaciones de la Escuadra del mar Negro. Pero la decisión de defender Crimea no se había tomado por razones exclusivamente militares, sino que también intervinieron en ella las posibles consecuencias políticas que podría tener la eventual pérdida de la península. En efecto, los jefes alemanes opinaban que el abandono de Crimea podría tener repercusiones de importancia y alcance imprevisibles, no sólo por lo que concernía a Rumania y a Bulgaria, sino también a todos los Balcanes.

El Ejército 17 alemán en Crimea había sido reforzado con el envío de otras divisiones, y a comienzos de abril comprendía cinco divisiones alemanas y siete rumanas, así como un gran número de unidades especiales; en total, se trataba de unos 200.000 hombres, provistos de 3600 cañones y morteros y más de 200 carros de combate y cañones autopropulsados. El apoyo aéreo lo aseguraban 150 aviones con base en la misma Crimea y parte de las fuerzas aéreas que se hallaban en Rumania.

La liberación de Crimea se confió al cuarto frente ucraniano (general F. I. Tolbuchin), al Ejército costero autónomo (general A. I. Eremenko), a la Escuadra del mar Negro (almirante F. S. Oktjabrškij) y a la Flotilla del mar de Azov (contraalmirante S. G. Gorskov). En el momento de comenzar las operaciones, las fuerzas soviéticas disponían de 3 divisiones, 2 «unidades de guarnición de distrito fortificado» y 2 brigadas de infantería de Marina. Todas estas unidades sumaban, en total, 470.000 hombres, y contaban con 6000 bocas de fuego (entre cañones y morteros), 560 carros de combate y cañones autopropulsados y 1250 aviones.

El concepto básico de la operación era que las fuerzas de Alemania y las de sus aliados tenían que ser divididas mediante ataques directos hacia Sebastópol, y luego aniquilarlas. El cuarto frente debía atacar desde Perekop y el Sivash, y el Ejército costero autónomo desde Kerch.

El cuarto frente dio comienzo a la operación el 8 de abril. Durante dos horas y media, las defensas alemanas en el istmo de Perekop y en la orilla meridional del Sivash fueron martilleadas por miles de cañones y morteros y por centenares de bombarderos. Y antes de que cesase el bombardeo la infantería y los carros de combate soviéticos se lanzaron al ataque. Al sur del Sivash, en el curso de dos días, las fuerzas atacantes lograron abrir numerosas brechas en las defensas enemigas. Entonces, una parte de las fuerzas soviéticas se lanzó, en rápida carrera, hacia el Sur, mientras las restantes efectuaban una conversión al Oeste para atacar por la espalda a las fuerzas alemanas desplegadas en el istmo de Perekop, obligándolas así a retirarse. El 11 de abril, el Ejército ruso ocupó Dzhankói y se lanzó en persecución del enemigo hacia Simferópol.

El éxito de la ofensiva del cuarto frente forzó al comandante alemán a iniciar la retirada de sus tropas de la zona de Kerch en el curso de la noche del 10 al 11 de abril, lo que permitió al Ejército costero autónomo lanzarse a su vez a la persecución. Tras haber cubierto en siete días 250 km

desde el Sivash, el 15 de abril las fuerzas rusas llegaron a Sebastópol, donde se encontraban los restos de las fuerzas alemanas en Crimea.

La conquista de una fortaleza tan imponente como Sebastópol, cuyas modernas fortificaciones habían sido posteriormente reforzadas durante el período de ocupación alemana, no constituía una misión fácil para las tropas soviéticas. Llegados a las cercanías de la ciudad, las fuerzas del cuarto frente y el Ejército costero autónomo, ahora encuadrado en aquél, dedicaron todo el período del 18 de abril al 4 de mayo a efectuar sondeos de las defensas alemanas, con destacamentos autónomos reforzados, a fin de poder localizar la exacta disposición de los sistemas defensivos y de fuego, prosiguiendo al mismo tiempo los preparativos para el ataque.

Después de 20 días de minuciosa preparación, las fuerzas soviéticas iniciaron un decidido ataque. El primer golpe lo asestaron desde el Norte, el 5 de mayo; pero se trataba de un ataque secundario. Los alemanes, que lo habían tomado por el principal, empezaron a trasladar a aquella zona infantería y artillería. Pero era justamente en el Sur donde el mando soviético intentaba resolver el problema de la conquista de la ciudad. Una vez comprobado que las fuerzas alemanas eran sustraídas del sector meridional, el 7 de mayo los rusos lanzaron su ataque principal desde el Sudeste, con masivo apoyo aéreo y artillero. Los cañones, cuya densidad llegaba a 320 por kilómetro de frente, y centenares de bombarderos despedazaron las defensas alemanas, preparando el terreno para la infantería y los carros de combate. En todo el frente de la ofensiva se trabaron sangrientos combates, que se prolongaron ininterrumpidamente día y noche. El 9 de mayo se completó la liberación de Sebastópol, y las fuerzas alemanas que quedaban se retiraron hacia el cabo Jersoniesski, donde fueron rápidamente aniquiladas.

Fue enorme la importancia política, económica y estratégica de la liberación de Ucrania occidental y de Crimea. Las fuerzas soviéticas derrotaron, en una serie de operaciones coordinadas, a una enorme fuerza estratégica enemiga, rechazándola hacia el Oeste en una profundidad que iba de los 250 a 400 km. Los rusos aniquilaron 22 divisiones y una brigada, mientras otras 8 divisiones y una brigada tuvieron que ser disueltas por el Alto Mando alemán a causa de las bajas experimentadas; 69 divisiones perdieron entre el 50 y el 75 % de sus efectivos. Según el testimonio de Tippelskirch, fue la derrota más grave del Ejército alemán desde que había iniciado la retirada del Volga y del Cáucaso hacia el Dnieper.

Este éxito restituyó a la Unión Soviética las industrias metalúrgicas del Sur, las minas de Krivói Rog, Níkopol y Kerch, así como las fértiles tierras situadas entre el Dnieper y el Prut y las de Crimea. Se liberó también a millones de ciudadanos soviéticos y el Ejército ruso atravesó la frontera sudoccidental y entró en Rumania. El hecho de haber alcanzado los Cárpatos, determinó que las fuerzas soviéticas partieran el frente oriental alemán, haciendo mucho más difícil la posibilidad efectiva de cooperación entre las fuerzas situadas al norte de las montañas y las situadas al sur. Además, el Ejército ruso se encontraba ahora sobre las direcciones que daban acceso al petróleo rumano y a las materias primas balcánicas, tan indispensables para Alemania. Asimismo, la entrada de las fuerzas soviéticas en Rumania hizo aún más crítica la situación en los países de Europa sudoriental, aliados de Alemania, ya que sus Gobiernos fueron presa de la confusión y del pánico, de tal suerte que empezaron a buscar la manera de separarse cuanto antes del bloque nazi

La bandera soviética ondea al viento sobre las ruinas de Sebastópol. La batalla de Crimea acabó en un desastre para las fuerzas alemanas y rumanas, con la pérdida de unos 142.000 hombres y la captura, por parte de los rusos, de todo el armamento y el equipo del Ejército 17. *(Archivo Rizzoli)*

ALEKSANDR N. SCIMANSKIJ



Nació en 1909, y es licenciado en Ciencias Históricas. Ha publicado muchos trabajos históricos de carácter militar sobre la guerra, entre los cuales cabe mencionar, *La derrota de las fuerzas nazis en Iasi-Chisinau, en Rumania y en Bulgaria, El problema del planteamiento estratégico de las campañas de guerra, La elección de las direcciones de ataque principal y Maniobra de las reservas estratégicas.*

LA GUERRA EN EL FRENTE ORIENTAL

John Vader y Georg Buchwald



Mientras Hitler y algunos de sus generales soñaban todavía con poder infligir decisivas derrotas al Ejército ruso, el soldado alemán sufría y combatía en condiciones cada vez más terribles, frente a obstáculos cada día insuperables. En este capítulo exponemos la entrevista de John Vader a Georg Buchwald, quien combatió como simple soldado en el frente oriental hasta que fue herido en 1943.

¿Cuándo fue por primera vez a Rusia?

En seguida, desde el principio. Veinticuatro horas antes de partir nos dijeron que, puesto que habíamos combatido en Francia, Hitler en persona nos había elegido para que fuéramos los primeros en entrar en lucha en Kaunas (Kovno), para conquistar un aeródromo y capturar, si era posible, los aviones intactos. Avanzamos y, abriéndonos camino combatiendo, seguimos adelante; pero, de pronto, mientras avanzábamos, alguien comenzó a dispararnos por la espalda. Siempre ocurría así; no podría decir cuántos hombres perdimos. Sé que comenzamos la acción a las 3,30 de la madrugada, pero no me acuerdo de la fecha. No hacíamos otra cosa que avanzar, sin descanso. Tomamos Kaunas y llegamos a un pueblo cercano, donde se nos sometió al fuego más masivo que yo recuerdo. Nos rodearon con artillería y con todo lo que pudiera disparar. Perdimos a todos los oficiales y a los sargentos, de modo que el mando pasó a manos de algunos cabos. Mi oficial resultó herido. Yo tuve suerte. Salí sin un arañazo y volví a Kaunas.

¿Era elevada la moral de ustedes?

Sí. Al comienzo no teníamos por qué preocuparnos. Nos habíamos batido bien en Francia y ahora, después de los primeros encuentros con los rusos, nos convencimos de que no nos darían mucho trabajo... tan mal equipados estaban. Pero después cambiaron las cosas. Por lo general nosotros, los *Panzerjäger*, precedíamos a la infantería; y, especialmente, si se sabía que en la zona se hallaban carros de combate soviéticos a la infantería se la retenía detrás, haciéndola avanzar tan sólo una vez nos habíamos adelantado para neutralizar a los carros enemigos.

¿Hubo combates muy encarnizados en aquel período cerca de Smolensk?

Sí, precisamente donde yo fui herido. En aquella unidad *Panzerjäger*, que formaba parte de la División 353, éramos 158, y al acabar la batalla quedábamos tan sólo siete.

¿Qué estaba ocurriendo antes de que le hirieran?

Estábamos completamente cercados por los rusos. Nuestro comandante, un capitán, no nos había advertido de lo crítica que era la situación. Ya no teníamos ni víveres, ni municiones, ni carburante, y tan sólo un cañón de 100 mm que durante la noche debíamos trasladar de una parte a otra para hacer creer a los rusos que teníamos muchos más. Creo que en aquellos momentos sólo quedábamos unos 50 ó 60 hombres.

Por fin el capitán nos reunió y nos dijo: «Ya sabéis lo que está sucediendo; es inútil que trate de taparos los ojos. Estamos completamente aislados y ahora cada cual debe arreglárselas por sí mismo». Entonces nos metimos en los bosques; si los enemigos hubieran sido americanos o ingleses, yo habría ido hacia ellos y les hubiera dicho: «Vamos, para mí la guerra ha acabado», y los demás habrían hecho lo mismo, pues ya no podíamos más. Al final, treinta y ocho de nosotros lograron alejarse en un camión.

¿Cómo juzga al ruso, como combatiente?

No desearía a mi peor enemigo que tuviera que combatir contra un ruso. Es el soldado más terrible de todos aquellos contra los que he combatido.

¿Quizá porque es un buen soldado y un hábil combatiente?

No. Porque es un salvaje. Un borracho. Una vez tuvimos que permanecer agazapados en la trinchera durante una semana mientras los rusos continuaban atacando. Ellos se habían atrincherado a lo largo de un río, en la nieve. Cuando se nos echaban encima lo hacían gritando: *«Hurra!» «Hurra!»*. Nosotros estábamos siempre dispuestos a hacerles frente y a abatirlos con nuestras armas. Cuando por fin ocupamos sus líneas, encontramos en sus trincheras botellas de *vodka* por todas partes.

¿Cree usted que bebían porque tenían miedo?

Bien, le diré una cosa: lo que ocurría es que a la sazón no tenían suficientes armas. Los que se lanzaban al combate desordenadamente, en las dos o tres primeras oleadas, hacían mucho ruido para aturdirnos; pero las armas las tenían los que venían detrás. Y tampoco era necesario que pasase mucho tiempo para que agotasen sus municiones.

¿Cree usted que los que eran lanzados al combate en primer lugar –los soldados borrachos y desarmados– formaban parte de compañías de castigo?

Tal vez. Es posible. Su equipo no era completo, pero disponían de la adecuada indumentaria invernal, indumentaria mucho más apropiada que la que teníamos nosotros en los dos primeros años.

¿Creían ustedes lo que se decía respecto de las atrocidades cometidas por los soviéticos?

Sí, y teníamos la certeza de que no sobreviviríamos si caíamos en sus manos. Pudimos ver los cadáveres, terriblemente mutilados, de algunos de nuestros camaradas caídos en poder de los rusos mientras yacían heridos en un puesto de socorro; son cosas demasiado terribles para contar.

¿Les lanzaban los rusos octavillas de propaganda?

Sí. Sabían quiénes éramos y conocían el número de nuestra unidad. Nos llamaban la División «Matanza e Incendio», y decían que no cogerían a ninguno de nosotros vivo.

¿Por qué les llamaban así? ¿Tuvo usted ocasión de presenciar atrocidades cometidas por los alemanes?

No; nosotros tratábamos a los prisioneros soviéticos como a nuestros propios hombres, y en los pueblos conquistados los rusos nos acogían con cordialidad y parecían felices al poder levantar de nuevo en sus casas los altares tradicionales.

¿Es cierto que a algunos prisioneros se los empleaba como blanco?

No. Jamás he oído nada semejante. Incluso los soldados enemigos que se entregaban a nosotros recibían raciones iguales que las nuestras.

Eran las SS las que daban mala fama a los alemanes. En cierta ocasión, cuando abandonamos un pueblo donde habíamos conseguido crear una atmósfera de amistad con sus habitantes, llegaron las SS y fusilaron a algunos judíos y a otras personas.

¿Estaban mal consideradas las SS entre las otras tropas alemanas?

Sí; a veces nos peleábamos con ellos en los bares, donde tenían la costumbre de alardear y de disparar a las botellas. Mucho más tarde, en Bruselas, cuando ocurría que unidades SS se trasladaban de un lugar a otro, no se les permitía ni siquiera alejarse de la estación. En Rusia llegaban siempre cuando nosotros ya lo habíamos solucionado todo, se establecían en el lugar y seleccionaban a la gente que tenía que ser castigada o condenada; esto es lo que hacían. Conozco un lugar en el que se trató muy bien a los soldados alemanes; incluso los rusos les habían ofrecido cigarrillos y *vodka*. En cambio, dos días después de nuestra partida, supimos que las SS habían fusilado a un montón de gente con la excusa de que se trataba de judíos. El soldado alemán era una persona completamente distinta de las SS. Éstas llegaban siempre al final, para «rastrillar»; yo jamás las vi combatir.

¿Cómo se portaban ustedes con las muchachas rusas?

Bien, como hacíamos con todo el elemento civil; pero no teníamos mucho tiempo para establecer relaciones con ellas. No nos deteníamos lo suficiente en las ciudades o en los pueblos... En Rusia, al principio, siempre estábamos en movimiento para avanzar y, al final, siempre en movimiento para retroceder.

¿Cómo eran las condiciones de vida?

Comíamos especialmente sopa. El pan ruso –cuando conseguíamos encontrarlo– resultaba incomestible. No teníamos ni bebidas alcohólicas ni cigarrillos. Algunos se acostumbraron a fumar el musgo seco que crecía en las grietas de los muros de las casas. El agua que se obtenía fundiendo la nieve daba un gusto pésimo al té o al café. Desde luego, las municiones tenían siempre prioridad sobre los víveres y la indumentaria. La gasolina era tan escasa que para transportar el correo yo me servía de un caballo.

¿No estaban ustedes equipados con ropa invernal adecuada?

No. No teníamos indumentaria invernal de ningún tipo; siempre la esperábamos pero no llegaba nunca. Cuando acababa un combate, nos deslizábamos por la tierra de nadie para apoderarnos de las prendas de vestir de los rusos muertos. En el transcurso del invierno de 1941-1942 perdimos el 35 % de nuestros hombres a consecuencia de casos graves de congelación.



Al principio, la moral del soldado alemán en Rusia era elevada... luego cambiaron las cosas. Las relaciones entre las tropas alemanas y la población civil rusa eran cordiales; pero fueron las SS las que, con sus atrocidades, dieron a los alemanes una mala fama. En los abastecimientos, las municiones tenían siempre prioridad sobre los víveres y la indumentaria; a medida que pasaba el tiempo, el armamento alemán empeoró, mientras el soviético mejoraba continuamente. Pero, pese a las durísimas condiciones de vida, no se registró entre los alemanes, ni siquiera en los últimos años de la guerra, ni un caso de deserción. (Sado-Opera Mundi)

¿Contaba su unidad con cañones de 88 mm?

No; nosotros teníamos únicamente el cañón contracarros de 37 mm, que montaba una boca de fuego especial para neutralizar a los carros de combate pesados; lo malo era que este cañón de 37 mm sólo era eficaz a 50 metros.

¿Cómo era la calidad de los refuerzos?

Muy deficiente. Una vez me quedé asombrado al ver que nos habían mandado un suboficial que fue herido tiempo atrás y había perdido un ojo, permaneciendo apartado del servicio durante doce meses; cuando oscurecía, para que pudiera realizar su inspección, era necesario que alguien le guiase de una a otra posición.

¿Cómo eran el armamento y el equipo de los rusos?

Iba mejorando continuamente. El carro de combate *T-34* tenía una coraza muy fuerte; pero tengo la impresión de que los rusos empleaban estos carros antes de que estuvieran verdaderamente terminados, puesto que no tenían a bordo ninguna instalación de radio. Se decía que podían alcanzar los 65 km por hora, incluso fuera de la carretera. En los primeros tiempos de la campaña, el armamento y el equipo de las tropas soviéticas consistía en restos de la primera Guerra Mundial. En cambio, más tarde, dispusieron de lo que nosotros llamábamos el «órgano de Stalin»: se trataba de un lanzacohetes múltiple montado en un camión. Estos ingenios llegaban a primera línea, disparaban y desaparecían. Mientras nosotros estábamos cada vez peor de víveres, de armamento y de equipo, los rusos los tenían cada vez mejores y en mayor cantidad.

¿Gozó de algún permiso?

Sí, una vez fui a casa con permiso, como puede ver en mi cartilla de paga. Necesité tres días para llegar a mi casa, tres días que, como tiempo para el viaje, se añadieron al mes que se me concedió; eso fue en julio de 1942.

Quien volvía del frente oriental con permiso gozaba de privilegios especiales: podía vestir traje de paisano y se le concedía chocolate y víveres extras en cantidad, etc. Antes de irnos con permiso, como teníamos muy mal aspecto, nos trasladaban a un campo especial para alimentarnos durante dos semanas de manera adecuada, tras lo cual nuestro aspecto mejoraba un poco. Luego, nadie deseaba volver para montar la guardia en Rusia, donde, con 50 grados bajo cero, apenas lográbamos mantenernos de pie y nos tenían que relevar cada media hora.

¿Hubo desertores soviéticos que se entregaron a ustedes?

Sí. Una vez pasaron a nuestras filas doce rusos, diciendo que no querían volver con los suyos, sino quedarse con nosotros y ayudarnos. Aunque los manteníamos en retaguardia, lejos de primera línea, trabajando como intérpretes y en las cocinas, nos fueron muy útiles, ya que conocían muy bien el territorio.

¿Hubo desertores entre los alemanes?

No. Que yo sepa no hubo ni un solo caso de deserción. En cambio, más tarde eran tantos los rusos que querían venir con nosotros que teníamos que decirles: «No nos serviríais de nada; debemos continuar retirándonos y los víveres que tenemos no son suficientes ni siquiera para nosotros. Pero ellos tenían miedo que si se quedaban los fusilasen.

¿Cree usted que Alemania debía invadir la Unión Soviética?

No. Me convencí de que habíamos perdido la guerra en cuanto empezamos a retirarnos del Volga. Andábamos ya escasos de víveres, escasos de municiones, escasos de carburante... todas las unidades motorizadas iban a la búsqueda de carburante. Se tenían que abandonar muchos carros de combate y camiones porque no había combustible para hacerlos funcionar. Esto ya empezó a ocurrir ante Moscú en diciembre de 1941.

¿Así que pronto tuvo usted la impresión de que hubiera sido mejor no lanzarse contra Rusia?

Personalmente, sí. Y muchos otros pensaban como yo. Pero nadie se atrevía a decir una palabra sobre este asunto; se corría el riesgo de ser fusilado. Uno tenía que pensar mucho las cosas y bien antes de hablar. En Gran Bretaña el único peligro que corría el que no quería combatir era el de ser enviado a trabajar a una granja: pero en Alemania a quien se negaba a luchar se le fusilaba.

¿Cómo era la propaganda en su patria, en Colonia?

Terrible. Cuando estaba en mi casa nunca escuchaba la radio alemana, sino siempre la BBC. Mi mujer me decía continuamente que acabarían encerrándome, pero yo no me preocupaba. Sabía que tenía que volver a Rusia, donde habían matado a tantos amigos (con quienes había combatido en Francia) y de donde probablemente jamás volvería. Después de haber visto caer muertos por todas partes a tantos de mis amigos, era natural que yo tuviera esa sensación. Cuando me hirieron en la pierna, algunos amigos me dijeron: «Daría miles de marcos por una herida como esta». En efecto, sólo se trataba de una pierna herida, y la mayor parte de las heridas solían producirse en lugares peores. La moral era ya muy baja y casi todos los soldados estaban seguros de no salir vivos de allí.

LA GUERRA EN EL FRENTE ORIENTAL

Geoffrey Jukes y J. J. Baritz

VERSIÓN SOVIÉTICA

Tras la exagerada grandilocuencia de la propaganda soviética, quien sufría era el simple soldado: a veces era un héroe, pero por lo general no era más que un ser cansado y obstinado –como en todos los demás Ejércitos– que combatía para liberar su patria de la ocupación extranjera. Ofrecemos aquí una entrevista de G. Jukes con J. J. Baritz, quien combatió en el último período de la guerra con el grado de suboficial.

¿Dónde se encontraba usted durante las campañas de 1943 y 1944 en el frente ruso?

Durante todos aquellos años combatí siempre en la misma división. En 1943 mi unidad formaba parte del frente de Briansk, que desarrolló operaciones sobre la dirección de Oriol y de Briansk, tras el fracaso de la ofensiva alemana en el saliente de Kursk, en julio de 1943; más tarde, en octubre, llegó al Dnieper, al sur de Moguiliov. En 1944 mi división fue asignada al segundo frente de Rusia Blanca, que, a finales de junio, inició una ofensiva en el sector de Moguiliov, avanzó al sur de Minsk y llegó a la frontera de Prusia oriental a finales de septiembre.

¿Cuál es su recuerdo más vivo de aquel periodo?

Aquel período ha dejado en mí muy hondas impresiones. Pero un recuerdo indeleble es el de la cruel «purga» efectuada por nuestra policía secreta entre los habitantes de Oriol después de la liberación de la ciudad. Casi todos los que habían permanecido en ella durante el período de la ocupación fueron deportados bajo la acusación de «colaboracionismo». Acciones punitivas de esta clase se efectuaban en todas las zonas reconquistadas. Además, a todos los hombres se les movilizaba inmediatamente. Como el Gobierno soviético, a la sazón, no podía proporcionar armas y uniformes a toda esta gente, muchos de ellos (unos 4000 en mi división) eran enviados al combate vistiendo indumentaria civil. Una vez, los encargados de la propaganda en las líneas alemanas nos gritaron a través de sus altavoces: «Pero, ¿cómo? ¿Ya mandáis al frente a los hombres de vuestras granjas colectivas?».

Al principio, la táctica soviética era muy primitiva. Casi siempre atacábamos las posiciones alemanas frontalmente, oleada tras oleada, y en consecuencia sufríamos un número enorme de bajas que podrían haberse evitado. Casi nunca se recurría a maniobras envolventes, ya que nuestros comandantes superiores, temiendo confiar la iniciativa a sus subordinados y perder el control de éstos, no les permitían aplicarlas.

En septiembre de 1943, se envió mi regimiento, a través de una brecha abierta en el frente, a la retaguardia alemana para apoderarse de su puente de barcas en el río Desná, en el bosque de Briansk. Nos establecimos en el puente, pero cuando comenzó la ofensiva soviética y los alemanes iniciaron su retirada, dos de sus divisiones se dirigieron hacia el puente que nosotros ocupábamos a su espalda. Nuestro regimiento quedó rodeado y la situación se hizo en seguida desesperada: estábamos agotando rápidamente las municiones, no teníamos víveres (tuvimos que comernos los caballos), los moribundos yacían alrededor gimiendo... y todas las tardes veíamos con envidia como los *Junker* lanzaban en paracaídas víveres sobre las posiciones alemanas, mientras que todo lo que nosotros recibíamos eran frases por radio de este tenor: «Bravos muchachos, héroes, manteneos firmes, estamos llegando para ayudaros». Durante una semana entera nos batimos con la fuerza de la desesperación, perdiendo casi la mitad de nuestros hombres. Sólo sobrevivimos porque los alemanes encontraron otro punto por el que atravesar el río y nos dejaron en paz.

¿Cómo juzga usted al soldado alemán?

Los soldados alemanes eran muy disciplinados y seguían al pie de la letra las órdenes recibidas. En el combate eran tenaces y valientes, y no era fácil inducirles a retirarse.

¿Cómo era la moral de los soldados soviéticos?

Estaba determinada por diversos factores: el deseo de liberar la patria del enemigo, el natural instinto de conservación y, finalmente, el temor de los durísimos castigos en caso de desobediencia. Pero nunca oí a nuestros soldados lanzarse al ataque gritando: «¡Por nuestro amado Stalin!», como, por el contrario, afirmaba la prensa soviética. Los soldados se batían con energía y con valor, especialmente en las operaciones masivas; pero las cosas ya no marchaban tan bien cuando se trataba de operaciones de carácter local o que se realizaban en direcciones secundarias, porque entonces el apoyo de la artillería y de la aviación era un tanto débil y a veces hasta nulo. En estos casos los soldados se sentían abandonados y perdidos, y no querían lanzarse al ataque. A veces era preciso que los oficiales superiores o de Estado Mayor bajasen a las trincheras para estimularlos con su autoridad, a veces incluso amenazándolos.

¿Oyó usted hablar de batallones de castigo? ¿Qué opinaba usted de ellos?

Uno de los sistemas más duros de castigar errores o desobediencias se introdujo en el curso del verano de 1942, en virtud de la orden n.º 00227 de Stalin. Esta orden establecía la constitución de batallones de castigo (para oficiales y que comprendía hasta el grado de teniente coronel) y compañías de castigo (para soldados rasos y suboficiales). Los oficiales podían ser condenados por un tribunal a prestar servicio en uno de estos batallones como simples soldados. Los soldados y suboficiales podían ser enviados a las compañías de castigo por orden de los comandantes de regimiento o de división. A estas unidades de castigo se las enviaba a los sectores más difíciles. Cuando acababan su misión, por lo general sólo del 10-20 % de aquellos hombres sobrevivían. Y los que quedaban con vida, comprendidos los heridos, eran entonces rehabilitados.

¿Cómo se trataba a los prisioneros de guerra?

En el frente el trato a los prisioneros de guerra era bastante sencillo. Teníamos la orden de someterlos tan sólo a un rápido interrogatorio y de enviarlos inmediatamente a un mando superior. No sabría decirle qué les ocurría después, una vez allí.

¿Cómo vivían ustedes? ¿En qué condiciones? ¿Permisos? ¿Mujeres? ¿Alcohol? ¿Cigarrillos?

La vida en el frente podría haber sido más cómoda si el Gobierno soviético hubiera estado en condiciones de poder abastecer a los soldados de las cosas indispensables. La comida era extremadamente parca y la carne, las grasas y las patatas eran muy escasas. Con el tiempo, el envío de artículos alimenticios desde Estados Unidos mejoró la situación. Pero, especialmente durante las ofensivas del verano de 1943 y 1944, los servicios de abastecimientos no lograron satisfacer del todo las necesidades de las tropas; por ello las raciones tuvieron que reducirse drásticamente. En aquel período el tabaco se distribuía tan sólo una vez cada dos o tres semanas, y ésta era una de las cosas que más echábamos de menos.

Este tipo primitivo de la vida del soldado soviético se manifestaba también en cuanto a la falta de otras pequeñas cosas. Por ejemplo, los soldados no disponían de lápices, tinta, sobres, papel, cuchillos, tijeras, máquinas de afeitar, estufas, instrumentos musicales, dados o naipes, etc.; es decir, todas aquellas cosas que precisamente habrían podido darles un poco de alivio y mantener alta su moral. Mirábamos con sorpresa y envidia estas y otras muchas cosas que encontrábamos en los *bunkers* y en las trincheras de los alemanes. Sólo se nos entregaban con regularidad los diarios y otras publicaciones propagandistas. El *vodka* se distribuía únicamente en invierno: 100 gramos diarios. Para los soldados no había mujeres. Las mujeres soldados (enfermeras, telefonistas, etc., denominadas «mujeres de campaña») correspondían por lo general a los oficiales que estuvieran, por lo menos, al nivel de mando de regimiento.

¿Qué pensaban ustedes de sus uniformes, del armamento y del equipo? ¿Eran suficientes? ¿Eran de buena calidad?

Tanto en invierno como en verano los soldados disponían de una indumentaria relativamente buena. En este aspecto nos ayudaba también el material que nos enviaban Estados Unidos y Gran Bretaña, especialmente en lo que respecta al calzado y traje (el capote de tela inglesa era denominado humorísticamente el «regalo del rey de Inglaterra»). La calidad de la indumentaria soviética era mala, y lo peor era que a menudo la medida no era la apropiada. A causa de la ineficacia de la organización, también había dificultades relacionadas con el cambio de indumentos invernales con los de verano o viceversa.

Asimismo eran inadecuados los suministros de armas, municiones y equipo. En un regimiento sólo una compañía disponía de armas automáticas, mientras las restantes únicamente contaban con un pelotón armado con ellas. Abundaban los cañones y morteros, pero las municiones eran escasas. Sólo en las principales direcciones de una ofensiva se concentraban los recursos necesarios; en las otras se limitaban a unas pocas granadas por cañón. Ni siquiera había bastantes fusiles para todos los hombres movilizados en el Ejército. Por otra parte, a causa de la carencia de instalaciones de tipo técnico, el paso de los ríos debía realizarlo el primer escalón con los medios que tenía a mano en aquel momento: balsas improvisadas, embarcaciones de pesca, troncos de árbol, barriles o, simplemente, a nado.

También escaseaba el hilo telefónico, de modo que nos teníamos que contentar con el hilo metálico normal o con piezas de calbe capturadas a los alemanes. Regimientos y divisiones de infantería y de artillería utilizaban medios de transporte tirados por caballos; luego, gracias al envío de camiones americanos, mejoró notablemente la situación: la artillería empezó a ser

arrastrada por camiones y por *jeeps*, y cada regimiento recibió ocho camiones pesados en dotación.

¿Les hacía sufrir el frío?

Los soldados rusos disponían de una indumentaria bastante buena para el invierno y, además, no sentían tanto el frío porque ya estaban acostumbrados a aquel clima.

¿Eran satisfactorias las dotaciones de material sanitario?

Hubieran podido ser mucho mejores. No disponíamos de ambulancias adecuadas: para evacuar a los heridos del frente se usaban carros tirados por caballos o camiones de carga normales. Como es natural, para los heridos graves (lesiones en la cabeza o en el abdomen) un transporte así era una verdadera tortura, que frecuentemente acababa por acelerar el fin del herido. No se disponía apenas de alcohol, éter, estreptomicina, penicilina y material de primeras curas, y se tenía que racionar incluso el algodón hidrófilo y las vendas; por añadidura, lo que teníamos a nuestra disposición era de mala calidad. En el frente, nuestro personal sanitario registraba ávidamente el botín capturado a los alemanes en busca de material sanitario que se pudiera aprovechar y aumentar así los exiguos recursos de sus unidades. En los puestos de socorro de regimiento y de división no existían instalaciones de iluminación artificial en las que se pudiera confiar. El principio seguido para el tratamiento de los heridos era el de hacer que éstos volviesen al servicio lo más pronto posible; por consiguiente, ocurría que cuando se estaba preparando una acción, tanto si era de modesto o de amplio alcance, los soldados tenían que volver al servicio incluso antes de haberse restablecido totalmente. Se llamó a las armas hasta a hombres que, por enfermedad, se hallaban en muy precarias condiciones. Puede ver enrolados a enfermos de úlcera gástrica, a tuertos, tuberculosos en el primer estadio de la fase de la enfermedad, individuos con una pierna diez centímetros más corta que la otra o con parálisis de los dedos de la mano izquierda; incluso individuos epilépticos o que padecían enfermedades semejantes. Por último, en lo que respecta a los servicios higiénicos, carecíamos de locales de desinfección y de duchas; había una sola máquina de cortar el pelo en todo el batallón y dos navajas de afeitar por compañía.



El soldado soviético se batía con energía y valor, sobre todo impulsado por el deseo de liberar a la madre patria. Las fuerzas soviéticas en combate disponían de una indumentaria bastante buena, tanto para el verano como para el invierno; pero los abastecimientos de armas, municiones y equipo eran escasos. *(Novosti Press Agency)*

¿Ocurrieron casos de deserción en su unidad?

Sí, en mi regimiento hubo casos de deserción, y también de heridas voluntarias para poder abandonar la zona de combate.

¿Fueron muchos los desertores alemanes que se entregaron a ustedes?

No, en mi unidad no se dio ningún caso semejante.

¿Qué opinaban ustedes de sus oficiales de elevada graduación? ¿Cuáles eran sus dotes y cuáles sus puntos débiles?

Los aspectos más positivos de los oficiales soviéticos eran la tenacidad con que llevaban a cabo las misiones de combate que se les habían confiado, así como su audacia y su valor. Los puntos débiles eran el bajo nivel de adiestramiento táctico, la incapacidad de coordinar la acción de las unidades menores con la de las unidades de apoyo y la de las otras Armas, y, finalmente, la carencia de espíritu de iniciativa y de inventiva para mejorar las maniobras tácticas.

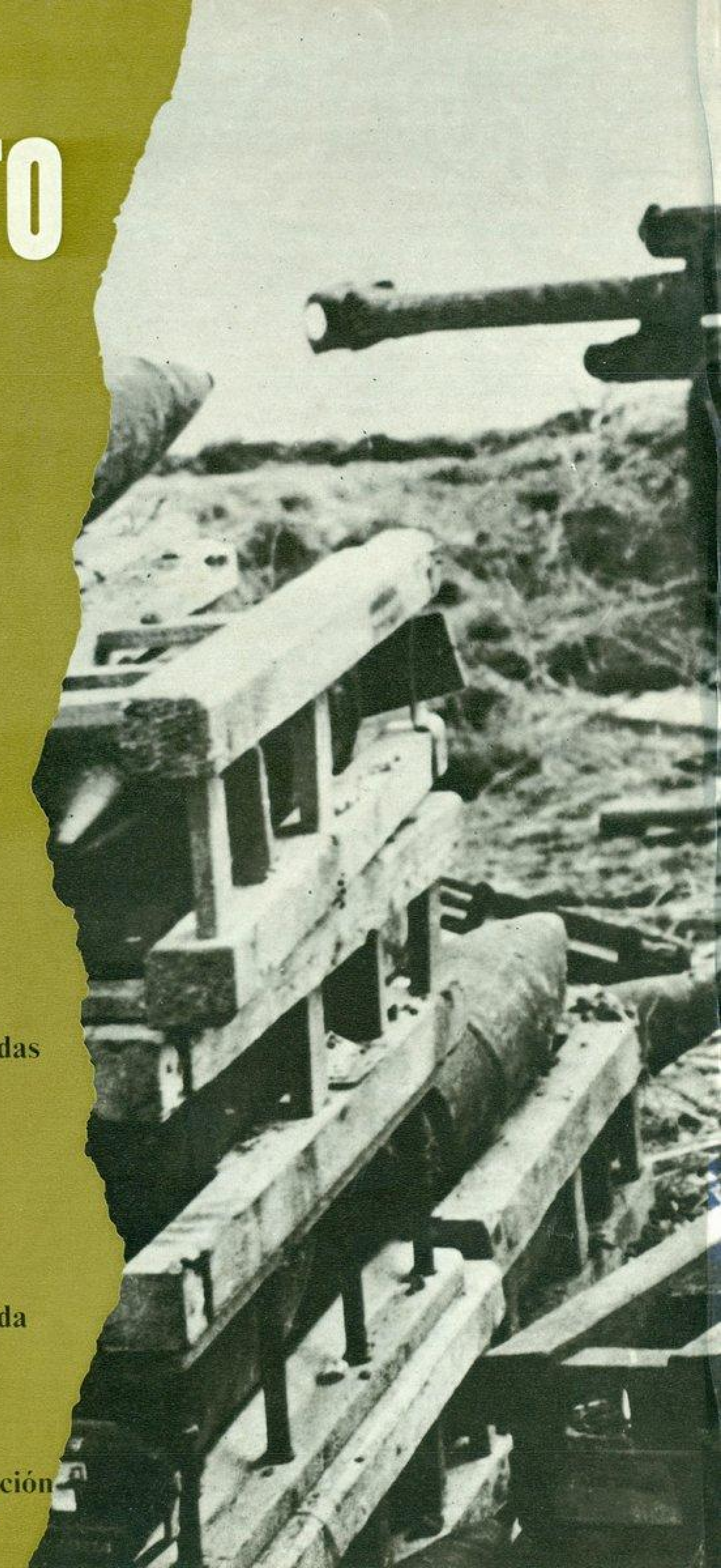
¿A qué tipo de adoctrinamiento político se les sometía a ustedes? ¿Y cuál era la eficacia de este adoctrinamiento en las tropas?

La propaganda política soviética fue cambiando sus métodos en el transcurso de la guerra. Empleó cada vez menos el *slogan* y los conceptos comunistas, mientras apelaba cada vez más al sentimiento nacionalista y patriótico de los soldados y de la población civil. La propaganda daba a entender a los soldados y a la población que, una vez ganada la guerra, la vida política y económica del país cambiaría radicalmente para mejorar. Y tanto los soldados como la población civil quisieron creer verdaderamente en la buena fe de su Gobierno, y esto mantuvo en alto su moral. Pero, acabada la guerra, fueron muchos los que pronto se sintieron desilusionados.

EL EJERCITO RUSO IRRUMPE EN POLONIA

M. I. Traktuev

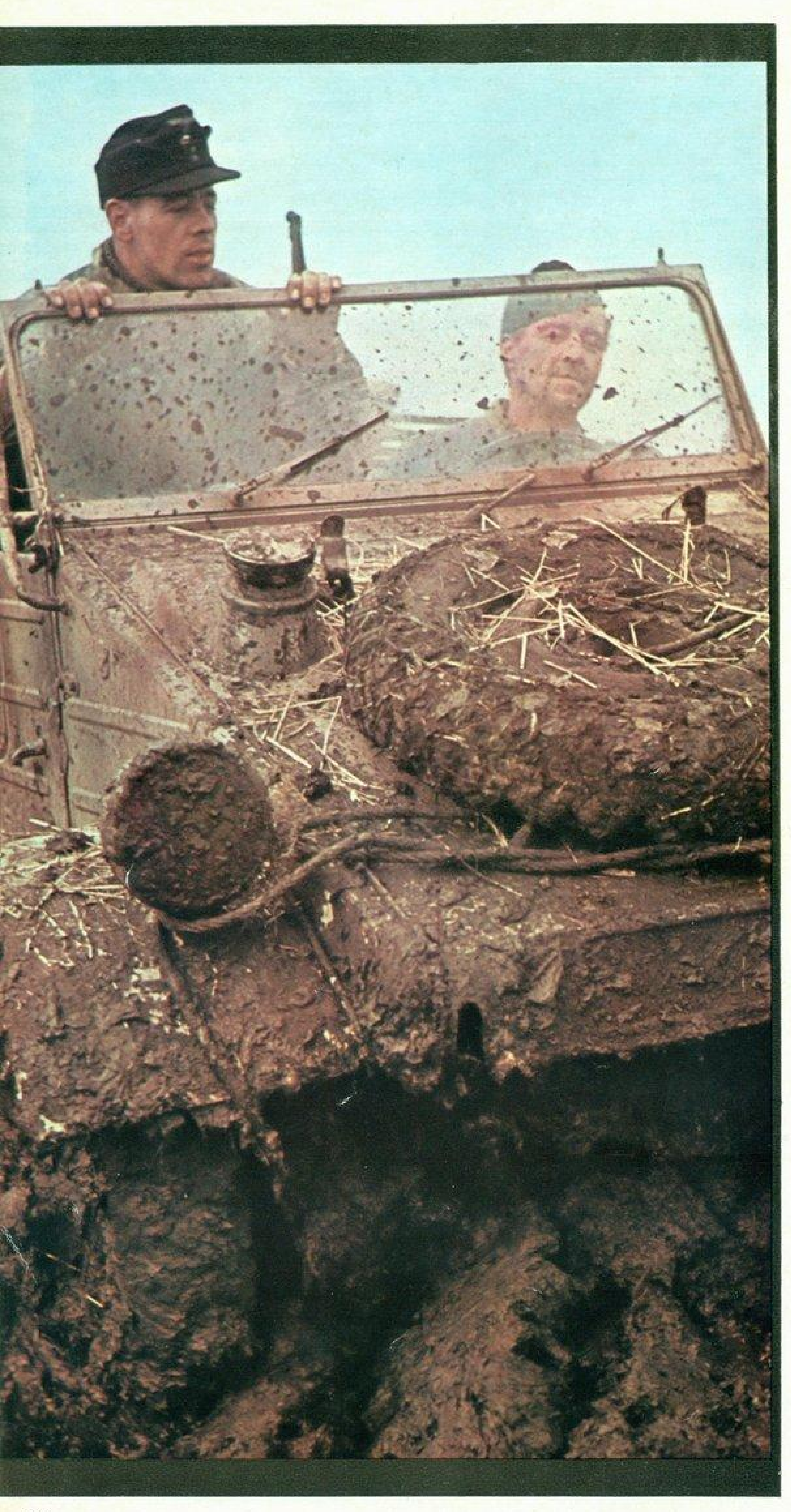
Después de las victorias conseguidas durante la campaña de invierno, el Ejército ruso se dispuso a completar la liberación de Ucrania y a irrumpir en Polonia. También en esta fase las fuerzas soviéticas demostraron su habilidad para combatir una rápida guerra de movimiento; no obstante, en este período se encontraron frente a nuevos problemas políticos y administrativos, para cuya solución se necesitaba una gran habilidad.





Un artillero alemán, muerto en combate, yace al lado de las municiones y del equipo abandonados por las tropas en retirada. El rápido avance del Ejército ruso impidió a los alemanes retirar las piezas de artillería, a las que, sin embargo, se privó del obturador para evitar que fueran utilizadas por el enemigo.

(Novosti Press Agency)



Un vehículo alemán en retirada se ve obstaculizado por las prohibitivas condiciones de las carreteras, cubiertas de fango a causa de las lluvias torrenciales. En el intento de mantener sus posiciones y en previsión de una nueva ofensiva soviética, los alemanes, en el verano de 1944, habían dispuesto, en el territorio de Ucrania que todavía estaba en su poder, tres fajas defensivas de una profundidad entre los 40 y los 50 km, en una línea de defensa que corría a lo largo de los ríos Dniester, San y Vístula. *(Tritschler-Opera Mundi)*

La misión del Ejército soviético para el verano de 1944 obedecía a objetivos políticos de gran alcance. Había que echar a los invasores de todo el territorio soviético y liberar del dominio alemán a todos los países ocupados. El STAVKA tomó estos objetivos políticos y estratégicos, de orden general, como punto de partida para elaborar el plan correspondiente a las operaciones ofensivas de la campaña que se desarrollaría en el curso del verano y del otoño de 1944.

Aquel verano, la situación estratégica en el ala meridional del frente ruso-alemán quedó determinada por las victorias conseguidas, por el Ejército ruso, en Ucrania occidental, que ejercieron una influencia directa en toda la situación operativa y estratégica. El Ejército soviético podía ahora atacar tanto en dirección a Lemberg y a Lublin como en dirección a Bucarest o hacia las zonas del interior de la península balcánica; asimismo, la derrota alemana en Rusia Blanca había sentado las bases para una ofensiva del primer frente ucraniano con miras a completar la liberación de Ucrania.

Por su parte, el Mando Supremo alemán estaba decidido a defender lo que le quedaba de Ucrania. Así, aprovechando las características favorables del terreno, cuando se inició la ofensiva soviética, había dispuesto tres fajas defensivas de una profundidad que oscilaba entre 40 y 50 km y además una serie de posiciones intermedias. También había preparado una línea de defensa a lo largo de los ríos Dniester, San y Vístula, transformando en otros tantos reductos las ciudades de Vladímir-Volinski, Brodi, Zólochev, Rava Rússkaia, Stanislav y muchos otros pueblos. Pero las defensas más fuertes se dispusieron en la dirección de Lemberg y frente a la ciudad, que era un importante nudo de carreteras y ferroviario.

En los planes del STAVKA, a la ofensiva en dirección a Lemberg se le daba mucha importancia. El plan de campaña preveía que el primer frente iniciase la ofensiva después de la derrota del grueso del Grupo de Ejércitos del Centro en Rusia Blanca.

El STAVKA ordenó al mando del primer frente ucraniano que presentase un plan de la inminente operación. Este plan se presentó y aprobó con sólo alguna leve modificación, y así, el 24 de junio, el STAVKA dio instrucciones al mariscal Konev para que lanzara la ofensiva, que después se conocería como Operación «Lemberg-Sandomierz». Las instrucciones se basaban, fundamentalmente, en las propuestas presentadas por el consejo militar del mismo Konev. Las fuerzas del frente tenían órdenes de derrotar a las tropas alemanas en las zonas de Lemberg y Rava Rússkaia y de alcanzar después la línea Hrubieszów-Tomaszów-Yavórov-Gálich. Este objetivo debía conseguirse mediante un ataque en tenaza, moviendo uno de los brazos desde el sudeste del Lutsk hacia Sokal y Rava Rússkaia y el otro desde la zona de Tarnopol hacia Lemberg. El ataque en dirección a esta última ciudad estaría apoyado, en su flanco, por una ofensiva hacia Stanislav y Drogóbich, que llevarían a cabo los Ejércitos del ala izquierda del frente.

Una de las mayores unidades de combate soviéticas

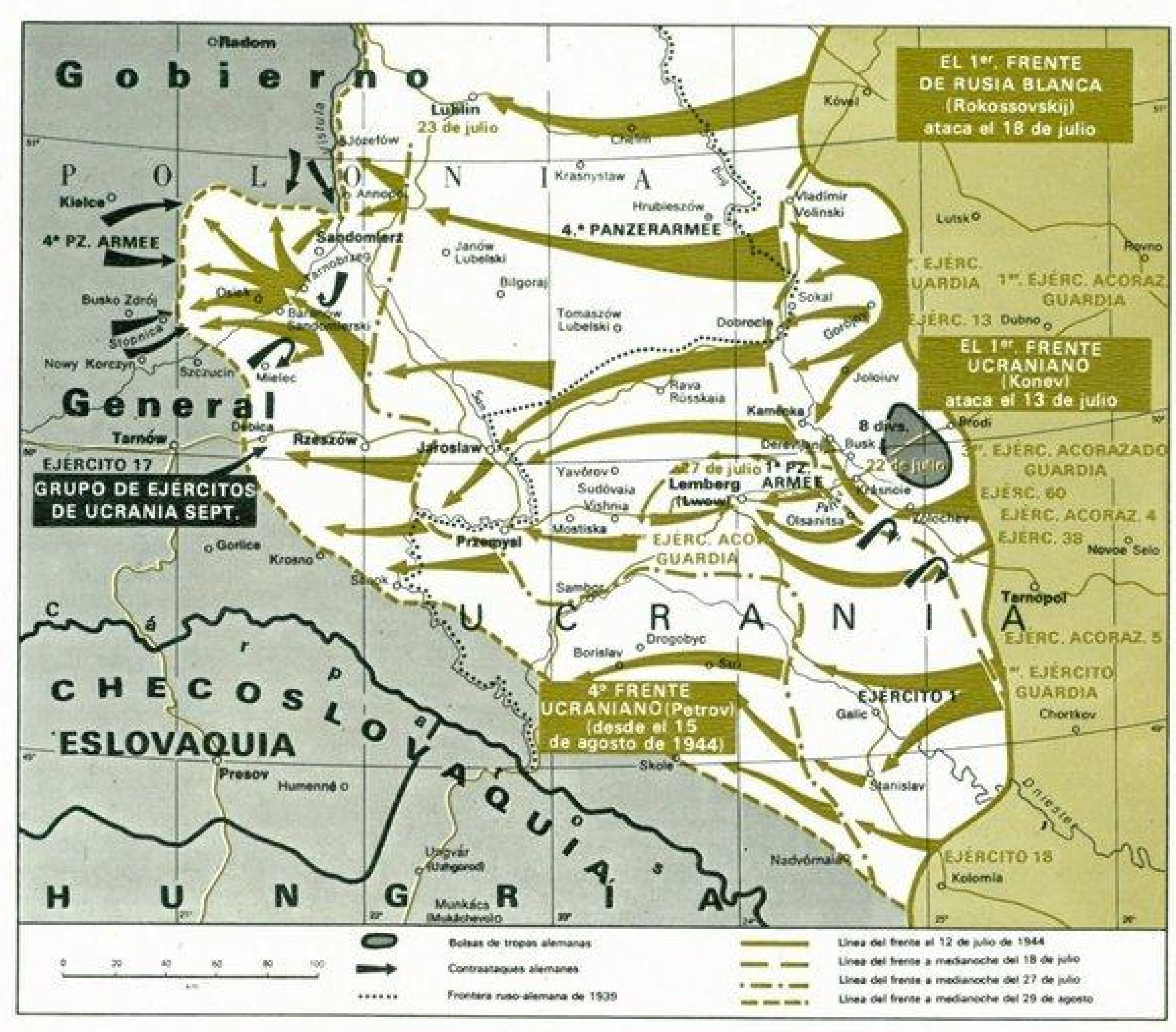
Dada la gran importancia estratégica de la misión que el frente debía cumplir, el STAVKA lo reforzó, y así, en el momento de iniciar la ofensiva, podía contar con 80 divisiones, 10 Cuerpos de Ejército mecanizados y acorazados y 4 brigadas autónomas mecanizadas y acorazadas, con un to-

tal de 1.200.000 hombres, 13.900 cañones y morteros, 2200 carros de combate y cañones autopropulsados y 2800 aviones. Se trataba, pues, de una de las más potentes formaciones operativas del Ejército ruso, una fuerza que gozaba de una superioridad sobre el adversario del 1,3 contra 1 en hombres, 2,2 contra 1 en lo referente a artillería, 2,4 contra 1 en cuanto a fuerzas acorazadas y 4 contra 1 en aviones, superioridad que era aún mayor en los sectores elegidos para la ruptura del frente.

De acuerdo con las órdenes del STAVKA y con el análisis que él mismo hacía de la situación, el mariscal Konev decidió atacar a los alemanes en dos puntos con unidades potentemente reforzadas: sobre la dirección de Rava Rússkaia con el ala derecha y sobre la dirección de Lemberg con el sector central de su despliegue. El 5.º Ejército de Guardias pasó a segunda línea. El objetivo de estos ataques era envolver o aniquilar a las fuerzas alemanas en la zona de Brodi. El Grupo de ataque del sector central estaría protegido por el traslado de los Ejércitos desplegados sobre el ala izquierda (1.º de Guardias y 18), sobre el eje Stanislav-Drogóbich.

El 12 de julio el frente estaba preparado para lanzar la ofensiva. En aquel momento las fuerzas soviéticas que combatían en Rusia Blanca avanzaban rápidamente hacia el Oeste y habían alcanzado las zonas de Vilna, Volkovisk y Kobrin, haciendo así todavía más favorables las condiciones en las que el primer frente ucraniano iba a lanzar su ataque en dirección a Lemberg.

El Mando alemán esperaba la ofensiva soviética y, en consecuencia, había tomado todas las medidas posibles para proteger a sus fuerzas del primer y terrible golpe que la artillería enemiga descargaría. Con este fin, poco antes de la ofensiva soviética, los alemanes empezaron a retirar el grueso de las fuerzas de la primera franja defensiva, al norte de Brodi, a la segunda franja. Sin embargo, no consiguieron alcanzar su objetivo,



Arriba: el 13 de julio de 1944 el primer frente ucraniano inició la ofensiva para completar la liberación de Ucrania. Avanzando con una maniobra de tenaza, el Ejército ruso conquistó Lemberg el 27, mientras el primer Ejército de Guardias y el Ejército 18, prosiguiendo hacia el Sudoeste, se apoderaban de Stanislav. El primer frente ucraniano pudo lanzarse entonces hacia el Noroeste, para llegar al Vístula el 29 de julio. El 18 de agosto se conquistaba Sandomierz, mientras el cuarto frente ucraniano alcanzaba, el día 15, las primeras estribaciones de los Cárpatos. Toda Ucrania estaba ya en manos soviéticas. Debajo: para la gran ofensiva en Polonia, la situación era netamente favorable a los soviéticos, con una superioridad de 1,3 a 1 en hombres, de 2,2 a 1 en artillería, de 2,4 a 1 en medios acorazados y de 4 a 1 en aviones.

FUERZAS ENFRENTADAS EN LA OFENSIVA DE POLONIA

1.200.000

900.000

13.900

6300

2200

900

2800

700

Fuerzas soviéticas

(History of the Second World War)

pues el Servicio de Información soviético descubrió a tiempo la maniobra, y el 13 de julio por la mañana los batallones avanzados del 3.º de Guardias y del Ejército 13 se lanzaron al ataque. La resistencia alemana empezó a hacerse tenaz en el transcurso de la tarde, y los combates adquirieron una violencia especial alrededor de Gorochov, centro que los alemanes habían transformado en una fortaleza. Los batallones de cabeza soviéticos, apoyados por algunas fuerzas de vanguardia de las divisiones de infantería, conquistaron la ciudad y prosiguieron la ofensiva, de manera que, al final de aquel primer día, el Ejército ruso había hundido la primera franja defensiva al norte de Brodi, avanzando de 8 a 15 km.

El núcleo del 3.º de Guardias y del Ejército 13 empezó a combatir el 14 de julio por la mañana, y la lucha se hizo pronto muy encarnizada, especialmente en la segunda franja defensiva, donde el Mando alemán estaba dispuesto a detener el avance enemigo. Para poder lanzar contra las fuerzas soviéticas una serie de contraataques, entraron en combate las reservas alemanas, como la 16.ª y la 17.ª *Panzerdivisionen*, y, mientras tanto, la actividad de la *Luftwaffe* se hacía más intensa. Esta situación duró tres días; pero, al final, el Grupo de ataque septentrional del primer frente ucraniano había hundido también la segunda franja defensiva a lo largo de un amplio frente, tras infligir a los alemanes pérdidas gravísimas, tanto en hombres como en material. El día 16, el Mando soviético comenzó a utilizar al Grupo de caballería mecanizado del general Baranov. Penetrando por la brecha abierta por el Ejército 13, al finalizar la jornada ya había conseguido llegar cerca de Joloiuv. Durante los dos días siguientes, la caballería y los carros de combate del Grupo ampliaron el frente hacia el Sudoeste, derrotando a la División Motorizada 20 alemana. Hacia el atardecer del 18 de julio, las fuerzas del Grupo cruzaron el Bug meridional, ocupando Kámenka Bugskaia y Derevliani, bloqueando así las líneas de retirada hacia el Oeste de las fuerzas alemanas empeñadas en Brodi.

El 17 de julio entró en acción el Ejército 1 acorazado de Guardias, que se dirigió hacia Sokal y Rava Rússkaia; el mismo día, algunas de sus unidades avanzadas cruzaron la orilla occidental del Bug, cerca de Dobrocin, y entraron en Polonia. Al día siguiente, también el grueso del Ejército cruzó el río, rechazando a continuación una serie de contraataques alemanes. El 3.º de Guardias y el Ejército 13 aprovecharon este éxito y aquel mismo día cruzaron el río.

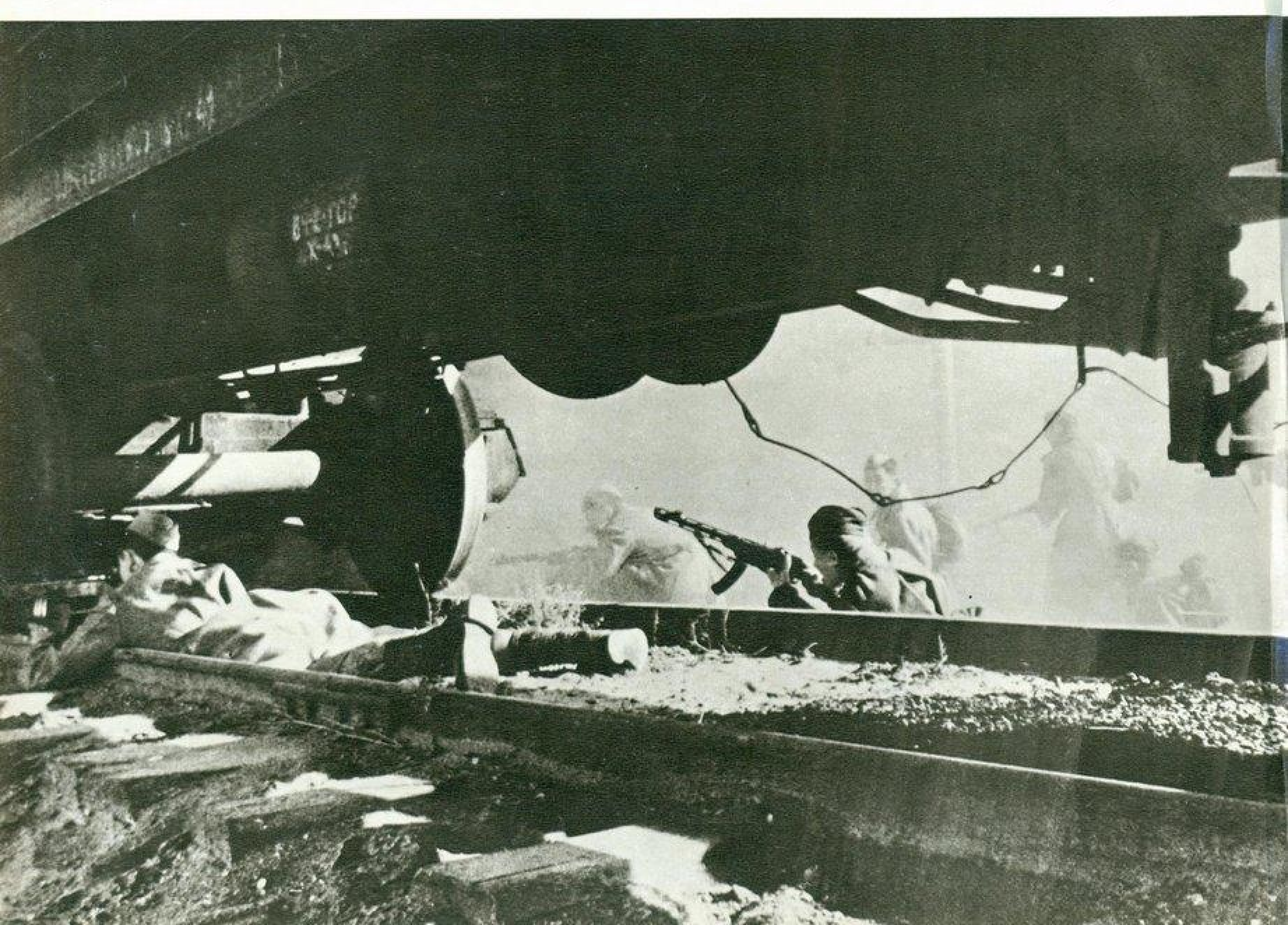
Mayores fueron los problemas a los que tuvo que hacer frente la ofensiva en el sector central del frente, en dirección a Lemberg. En efecto, el 13 de julio la actividad de los batallones de cabeza no dio resultados, y el reconocimiento reveló que los alemanes iban a utilizar todos los medios disponibles para defender el reducto estratégico de Lemberg, donde habían concentrado grandes fuerzas de infantería, artillería y carros de combate. Como observa el mariscal Konev en sus memorias: «El Mando no se hacía ilusiones de que el hundimiento del frente alemán fuera una cosa fácil. Sabía que en aquella zona el enemigo podía contar, para su acción defensiva, con la naturaleza favorable del terreno, así como con un sistema muy desarrollado de defensas».

El 14 de julio, por la mañana, caía una lluvia torrencial sobre la zona, envuelta ya por una densa niebla, por lo que el ataque se tuvo que aplazar hasta la tarde. Después de un fuerte bombardeo por parte de la artillería y de la aviación, a las 16 se lanzaron al asalto los Grupos de ataque de los Ejércitos 38 y 60; pero los alemanes ofrecieron una resistencia tan tenaz que la acción se llevó a cabo con notable lentitud. No obstante, al caer el día, las fuerzas atacantes habían conseguido penetrar en las defensas alemanas en un frente de 16 km y con una profundidad comprendida entre 2,5 y 8 km. Al día siguiente, una potente fuerza enemiga, que comprendía dos *Panzerdivisionen* y una división de infantería, lanzó un contraataque desde la zona Plugov-Zborov y comenzó a rechazar al Ejército 38 ruso.

Para evitar que la ofensiva concluyese en un fracaso total, el Mando del frente hizo que entrara en acción parte del Ejército Acorazado 4, la reserva de artillería contracarros y algunas unidades de ingenieros.

Entre tanto, continuando la ofensiva, el Ejército 60 había conseguido, gracias también a la ayuda de los elementos avanzados del 3.er Ejército acorazado de Guardias, avanzar de 8 a 15 km. Sin embargo, no logró romper el frente por completo en la zona de defensa táctica alemana, y por otra parte su penetración se produjo en un sector bastante reducido; en realidad, la acción había concluido con la formación de un estrecho corredor de 4 a 6 km de ancho y de unos 20 de largo. Para hacer frente a la difícil situación, el mariscal Konev decidió hacer entrar en acción a sus Ejércitos acorazados, asignándoles el cometido de pasar

Soldados soviéticos apostados detrás de un vagón de ferrocarril en las cercanías de Lemberg. La liberación de la antigua ciudad ucraniana, que se completó el 27 de julio de 1944, se consiguió gracias a los ataques convergentes lanzados por tres ejércitos acorazados. *(Novosti Press Agency)*



por el estrecho corredor y de apoderarse de la ciudad de Lemberg mediante una maniobra envolvente.

Para cumplir esta misión, el 3.er Ejército acorazado de Guardias empezó a combatir el 16 de julio por la mañana. Las unidades acorazadas arrollaron a las reservas alemanas y rechazaron algunos contraataques contra los flancos del corredor, y así, el 17 por la tarde, el grueso del Ejército había alcanzado, tras un rápido avance, el río Peltev. Al día siguiente, las fuerzas soviéticas cruzaron el río, cerca de la ciudad de Krásnoie, y se lanzaron hacia el Noroeste, envolviendo a las unidades alemanas desplegadas en Brodi y preparándose para llevar a cabo el enlace con las fuerzas que estaban atacando por el Norte. El 18 de julio por la tarde las unidades acorazadas del 3.º de Guardias llegaron a la línea Busk-Derevliani, enlazando con la caballería y los carros de combate del general Baranov. Los brazos de la tenaza se habían cerrado en torno a los alemanes de la zona de Brodi.

Mientras tanto, el 17 de julio por la mañana, el Ejército Acorazado 4 había comenzado a entrar en acción, siguiendo al 3.º de Guardias; pero a causa de la intensa actividad desarrollada por los alemanes a lo largo de los flancos del corredor, en el curso de los días 17 y 18 de julio no fue posible utilizar todas las fuerzas del Ejército. Algunas de sus unidades quedaron rezagadas al sur de Zólochev e Ivachuv, para ayudar al Ejército 60 a rechazar los contraataques alemanes, y sólo el X Cuerpo de Ejército acorazado de Guardias pudo continuar la ofensiva en dirección a Lemberg. El 18 de julio por la tarde, este Grupo de Ejércitos había conquistado Olsanitsa, envolviendo profundamente por el Oeste y por el Sur a las fuerzas acorazadas alemanas.

La intervención en la batalla de los Ejércitos acorazados rusos señaló el momento decisivo. En efecto, la penetración de estas fuerzas acorazadas por el estrecho «corredor de Koltov» comprometió inmediatamente y de forma irremediable la estabilidad del sistema defensivo alemán en aquel sector.

Pero, mientras tanto, los alemanes estaban aún contraatacando por los flancos de la brecha, con la intención de cerrar la estrecha entrada de ésta; sin embargo, todos los intentos fueron infructuosos. La intervención de los Ejércitos acorazados en la batalla aceleró también la ofensiva del Ejército 60.

Después de los durísimos combates que tuvieron lugar entre el 13 y el 18 de julio, el primer frente ucraniano rompió las defensas alemanas sobre ambas direcciones, a lo largo de un frente de 200 km, y cercó, en la zona de Brodi, a fuerzas enemigas que ascendían a 8 divisiones.

La apertura de algunas brechas en las defensas alemanas y el hundimiento del frente, llevado a cabo por tres Ejércitos acorazados que avanzaron profundamente en la retaguardia enemiga, crearon condiciones favorables no sólo para aniquilar a las fuerzas alemanas cercadas en Brodi, sino también para lanzar decididas operaciones ofensivas a fin de disgregar el Grupo de Ejércitos de Ucrania septentrional.

La ofensiva del primer frente de Rusia Blanca, desde la zona de Kóvel hacia Lublin, iniciada el 18 de julio, contribuyó a la consecución de este objetivo, y el desarrollo posterior de la ofensiva del primer frente ucraniano estuvo estrechamente coordinado con el del primer frente de Rusia Blanca.

El rápido aniquilamiento de las fuerzas alemanas en Brodi era el cometido principal del primer frente ucraniano. Durante cuatro días, mientras los alemanes realizaban desesperados intentos para romper el cerco, los combates adquirieron una gran violencia; pero la rápida acción de las fuerzas soviéticas privó al enemigo de toda libertad de maniobra, y el anillo continuó cerrándose hasta que las fuerzas alemanas se vieron disgregadas en diversos grupos.

Un verdadero desastre para los alemanes

La batalla terminó el 22 de julio por la tarde. Las fuerzas alemanas habían sido completamente aniquiladas; murieron más de 38.000 soldados y oficiales, y se capturaron más de 17.000 prisioneros y grandes cantidades de material.

Desde un punto de vista operativo, la rápida eliminación de las divisiones alemanas cercadas fue muy importante, pues permitió utilizar todavía un gran número de fuerzas en la ofensiva hacia Lemberg.

La entidad y el ritmo de la operación siguieron aumentando, y el ala derecha del frente consiguió una victoria especialmente importante. El 19 de julio rompió la resistencia alemana en el Bug occidental y comenzó un rápido avance hacia el Oeste. Persiguiendo a los alemanes que se retiraban, sus carros de combate llegaron al río San, cerca de la ciudad de Jaroslaw, el 23 por la tarde, hallándose así en condiciones de lanzar un ataque contra los alemanes que operaban en la zona de Lemberg por el Norte y por el Oeste.

Mientras tanto, el avance del Grupo de ataque central seguía siendo lento. Las fuerzas acorazadas no podían lanzarse contra Lemberg abandonando temporalmente la dirección de marcha, pues el ataque se estaba efectuando en condiciones extremadamente desfavorables, bajo una lluvia torrencial que hacía casi inutilizables los caminos. Fue así como el 3.er Ejército acorazado de Guardias acabó distanciándose demasiado de su artillería y de las unidades encargadas de los abastecimientos. El Ejército reanudó la ofensiva el 23 de julio, pero también en esta ocasión sin éxito, pues, mientras tanto, los alemanes habían conseguido trasladar tres divisiones desde la dirección de Stanislav hasta la zona de Lemberg.

El mariscal Konev analizó entonces la situación y decidió que:

- el 3.er Ejército acorazado de Guardias debía envolver Lemberg por el Norte y descender después por el Oeste para interrumpir la dirección de retirada alemana;
- el Ejército Acorazado 4 debía envolver la citada ciudad por el Sur;
- el Ejército 60 debía atacarla por el Este.

El 22 de julio, el Cuerpo de Ejército del 3.º de Guardias consiguió romper el contacto con el enemigo y aquella misma noche se puso en movimiento. Sin encontrar más que una resistencia insignificante, el 24 por la tarde había alcanzado la zona Yavórov-Mostiska-Sudóvaia-Vishnia, donde empezó a atacar simultáneamente Lemberg por el Oeste y Przemysl por el Este.

Mientras tanto, también el Ejército Acorazado 4 estaba obteniendo buenos resultados. El 21 de julio, al amanecer, algunos elementos avanzados llegaron a los suburbios meridionales de Lemberg, e inmediatamente se iniciaron los combates calle por calle. El día 24, las fuerzas alemanas que defendían la ciudad estaban medio cercadas, y al final no tuvieron más alternativa que la de retirarse. Contra las columnas alemanas en retirada la Aviación soviética efectuó violentas incursiones, que transformaron la carretera en un verdadero cementerio.

Los éxitos del ala derecha y del sector central del frente sobre las direcciones de Rava Rússkaia y Lemberg habían creado las condiciones adecuadas para una ofensiva por parte del ala izquierda; y, en efecto, cuando irrumpió por el «corredor de Koltov», el Ejército Acorazado 4 pudo iniciar un rápido avance hacia el Sudoeste. En vista de ello, el día 20 de julio los alemanes no tuvieron otra solución que empezar a retirarse de la zona de Stanislav. Al día siguiente, el 1.er Ejército de Guardias y, poco después, el Ejército 18, se lanzaron en persecución del enemigo, y el 27 de julio por la mañana Stanislav, centro ucraniano de gran importancia regional, estaba en manos soviéticas.

Tras haber rechazado a las fuerzas alemanas del suelo ruso, el Ejército soviético comenzó a liberar de la ocupación alemana a los polacos y los demás pueblos europeos.

Después de la liberación de Lemberg y Stanislav, el STAVKA confió al primer frente ucraniano la misión de proseguir la ofensiva en dirección Noroeste, para no dejar a los alemanes la posibilidad de atricherarse a lo largo de la orilla occidental del Vístula, cruzar el río y establecer una cabeza de puente en la zona de Sandomierz. El ala izquierda del frente debía apoderarse de los pasos de los Cárpatos que daban acceso a Humenné, Ungvár y Munkács.

A su vez, el Mando alemán tomó urgentes contramedidas para detener las ofensivas soviéticas, y, con este fin, en los últimos días de julio y en la primera mitad de agosto, transfirió grandes reservas sobre la dirección de Lemberg: siete divisiones del Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania, siete de Alemania, tres de Hungría y, finalmente, el Estado Mayor del Ejército 17. Además, en la zona de Sandomierz se reunieron seis brigadas de cañones autopropulsados y varios batallones acorazados, dotados de carros de combate superpesados *Königstiger*; asimismo, detrás de estas fuerzas, se prepararon líneas de defensa estática.

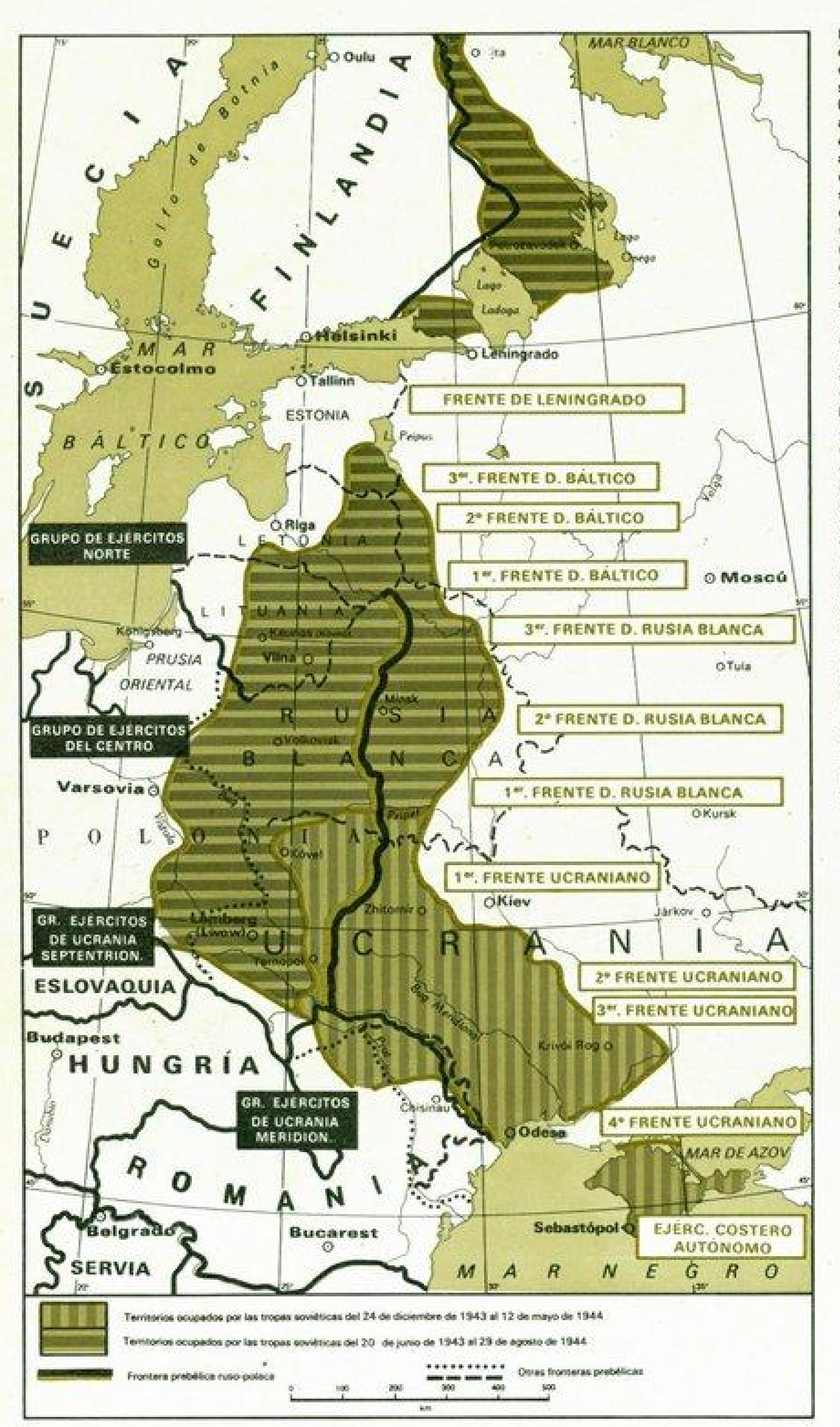
Al mismo tiempo, el primer frente ucraniano continuaba su ofensiva siguiendo las órdenes recibidas. El 29 de julio por la mañana las divisiones avanzadas y algunas unidades de carros de combate de su ala derecha llegaron al Vístula, entre Annopol y Baranów, y comenzaron inmediatamente las operaciones de paso del río.

El mismo día por la tarde las fuerzas soviéticas se habían asegurado el control de una cabeza de puente de 12 km de anchura y 8 de profundidad, y los Cuerpos de Ejército acorazados de los Ejércitos acorazados de Guardias 1.º y 3.º ya habían empezado a cruzar el río en balsas formadas por barcas atadas. Los alemanes intentaron eliminar la cabeza de puente, y, a partir de la mañana del 30 de julio, lanzaron violentos contraataques con infantería y carros de combate, mientras la *Luftwaffe* trataba de batir los puntos de cruce para hacerlos inutilizables.

Pero los alemanes ya no disponían de reservas adecuadas para resistir con suficiente energía, y hasta principios de agosto no empezaron a afluir a la zona de Sandomierz nuevas divisiones germanas. A medida que llegaban refuerzos, las tropas alemanas pudieron seguir lanzando contraataques, lo que hicieron durante todo el mes, en el intento de aniquilar a las fuerzas soviéticas atrincheradas en la cabeza de puente o de hacerlas retroceder hacia la orilla oriental. Los alemanes concentraron ingentes fuerzas en la zona de Mielec, y el día 1 de agosto las lanzaron hacia Baranów; al mismo tiempo, dos divisiones atacaban desde los alrededores de Tarnobrzeg en dirección al mismo Baranów. El día 3 de agosto los alemanes se hallaban ya cerca de esta ciudad, y los ingenieros soviéticos que estaban construyendo los puentes tuvieron que combatir para defender los puntos de cruce hasta que, poco después, llegó la infantería motorizada del 3.er Ejército acorazado de Guardias. De esta manera se consiguió rechazar el ataque alemán.

Gracias a la rapidez con que el primer frente ucraniano llevaba a cabo sus operaciones, el 3 de agosto la cabeza de puente se había ampliado notablemente, llegando a los 30 km de anchura y a los 25 de profundidad; para extenderla más aún, el mariscal Konev utilizó su segundo escalón: el 5.º Ejército de Guardias. Esta nueva unidad arrolló a las fuerzas alemanas en Mielec, cruzó el río, llegando a la cabeza de puente entre el 6 y 7 de agosto y, en cooperación con el 3.er Ejército acorazado de Guardias, inició la ofensiva en dirección a Osiek y Busko Zdrój. El día 8 de agosto, estos Ejércitos habían alcanzado la línea Szidlów-Stopnica-Nowy Korczyn.

Desde el punto de vista operativo, el rápido paso del Vístula y la constitución de una gran cabeza de puente eran muy importantes; en efecto, los alemanes se habían visto privados con ello de una excelente línea defensiva y en cambio las fuerzas soviéticas se aseguraron la posibilidad de



En el curso de la ofensiva de diciembre de 1943 a mayo de 1944, las fuerzas soviéticas llegaron a los Cárpatos, partiendo así el frente defensivo enemigo y aislando el Grupo de Ejércitos de Ucrania septentrional del de Ucrania meridional. Con ello, el Ejército ruso podría atacar tanto en dirección a Lemberg y a Lublín como en dirección a Bucarest y a las zonas más interiores de los Balcanes. Durante la ofensiva de verano, mientras el primer frente ucraniano llegaba hasta el Vístula, aniquilando al Grupo de Ejércitos alemán de Ucrania septentrional, por el Norte el Ejército ruso, tras la conquista de Rusia Blanca y de Lituania, obligaba a las fuerzas alemanas a retirarse de las últimas zonas occidentales de la Unión Soviética. El Ejército ruso estaba ya dispuesto a lanzarse sobre los países ocupados de Europa oriental y las fuerzas alemanas no estarían en condiciones de detenerlo.

LOS OCHO MESES DE OFENSIVA DEL EJÉRCITO RUSO

24 de diciembre de 1943: mientras el Ejército 17 alemán está bloqueado en Crimea, se inicia la marcha de las fuerzas soviéticas para liberar Ucrania occidental. El primer frente ucraniano ataca desde la cabeza de puente del Dnieper, al oeste de Kíev.

5-8 de enero de 1944: el segundo frente ucraniano ataca al sur de Kánev, libera Kirovograd y ocasiona la formación de un peligroso saliente en el frente alemán.

25-28 de enero: el primer y segundo frentes ucranianos efectúan una maniobra en tenaza contra el saliente alemán y cercan diez divisiones.

8 de febrero: las fuerzas alemanas que han quedado embolsadas rechazan la propuesta de rendición hecha por los rusos y realizan desesperados esfuerzos para romper el cerco.

17 de febrero: las fuerzas soviéticas aniquilan a los últimos núcleos de resistencia alemana en la bolsa: unos 18.000 soldados alemanes quedan prisioneros.

5-22 de febrero: el tercer y cuarto frentes ucranianos rechazan a los alemanes de las posiciones defensivas de Nikopol, frente a los puntos de cruce del Dnieper.

4-10 de marzo: el primer y segundo frentes ucranianos avanzan rápidamente hacia el Oeste; las fuerzas del segundo frente conquistan Umán y Novo-Ukrainka.

24 de marzo: las vanguardias del primer frente ucraniano llegan al Dniester, y cinco días después alcanzan las primeras estribaciones orientales de los Cárpatos.

26 de marzo: el segundo frente ucraniano irrumpe en territorio rumano en un frente de 85 km; el frente se estabiliza.

7 de abril: la 1.ª *Panzerarmee* alemana logra abrirse un paso hacia el Oeste.

8 de abril: el cuarto frente ucraniano inicia el ataque final contra las fuerzas alemanas cercadas en Crimea.

11 de abril: en Crimea, fuerzas soviéticas avanzan en dirección a Simferópol.

14-17 de abril: el primer frente ucraniano livera Tarnopol y alcanza los Cárpatos, después de haber partido en dos el frente enemigo.

18 de abril-4 de mayo: el cuarto frente ucraniano asedia Sebastópol.

7-9 de mayo: el cuarto frente ucraniano conquista al asalto Sebastópol y vence la resistencia de las restantes fuerzas alemanas presentes en Crimea.

17 de julio: unidades del Ejército acorazado de Guardias atraviesan la orilla occidental del Bug y entran en Polonia.

21 de julio: se constituye el Comité polaco de Liberación Nacional.

22 de julio: es aniquilada una gran bolsa de tropas alemanas en la zona de Brodi.

27 de julio: se libera Lemberg.

29-30 de julio: unidades avanzadas del primer frente ucraniano llegan al Vístula y establecen una cabeza de puente en la orilla occidental.

11-18 de agosto: se contiene un contraataque alemán contra la cabeza de puente en la zona de Stopnica.

14 de agosto: fuerzas soviéticas pasan a la ofensiva en la zona septentrional de la cabeza de puente.

15 de agosto: el cuarto frente ucraniano, atacando para adueñarse de los pasos de los Cárpatos, llega a la línea Sanok-Skole-Nadvórnaia-Krasnoilsk, pero no logra sus objetivos.

Fines de agosto: el primer frente ucraniano se establece defensivamente.

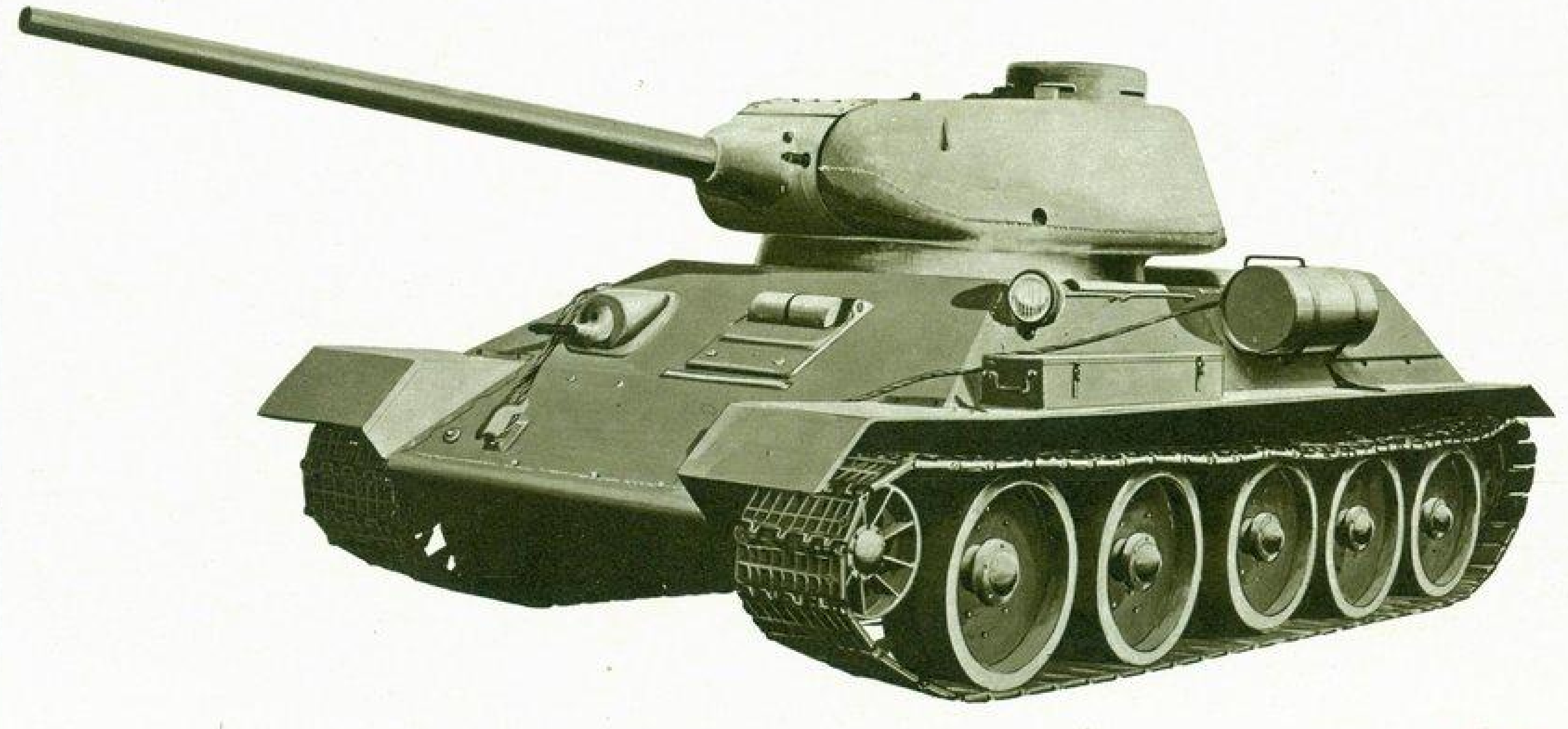
lanzar una ulterior ofensiva en Polonia. Pero, naturalmente, de este hecho se había dado cuenta el Mando Supremo alemán, que, por lo tanto, continuó reforzando la 4.ª *Panzerarmee* y realizando esfuerzos desesperados para destruir la citada cabeza de puente. El 10 de agosto, los alemanes concentraron en la zona situada al oeste de Stopnica fuerzas muy considerables, que comprendían cuatro *Panzerdivisionen*, una división motorizada y varias brigadas de infantería. Previendo las intenciones del enemigo, el mariscal Konev dispuso a sus fuerzas para rechazar el contraataque, desplegando en la cabeza de puente el Ejército Acorazado 5, un Cuerpo de Ejército acorazado y otro de infantería. Entre el 11 y el 18 de agosto, en el curso de combates violentísimos, los alemanes consiguieron hacer retroceder a las fuerzas soviéticas unos 8 ó 10 km, pero, no obstante, no lograron su objetivo, que era la eliminación de la disputada cabeza de puente.

Mientras estaba aún en su apogeo la batalla para detener el contraataque en la zona de Stopnica, el día 14 de agosto las fuerzas soviéticas del sector septentrional pasaron a la ofensiva. El 18, el 1.er Ejército acorazado de Guardias y el Ejército 13, operando en estrecha cooperación con el 3.er Ejército de Guardias, liberaron Sandomierz, cercando a dos divisiones alemanas al noroeste de la ciudad. Las fuerzas soviéticas continuaron después, hasta finales de agosto, rechazando los contraataques alemanes y extendiendo la cabeza de puente, que llegó a alcanzar una anchura de unos 75 km y una profundidad de 50.

Trabajando en estrecha cooperación con las fuerzas de tierra, los pilotos del 2.º Ejército aéreo desempeñaron un papel de primer plano en esta encarnizada batalla. La coordinación entre el I Cuerpo de Ejército aéreo de Guardias y el 3.er Ejército acorazado de Guardias para los ataques terrestres constituyó un ejemplo perfecto de operación conjunta. Los pilotos rusos cumplieron los cometidos que se les habían confiado con gran habilidad, valor y audacia y se distinguieron de manera especial los hombres de la 9.ª División aérea de caza de Guardias (mandada por el coronel A. I. Pokryskin, condecorado tres veces como Héroe de la Unión Soviética). Recordando esta operación, el teniente general de Aviación S. A. Krasovskij, entonces comandante del 2.º Ejército aéreo, escribió en sus memorias: «Había mucho de nuevo y de original en las operaciones realizadas por Pokryskin y por sus hombres. La famo-

CORAZAS MÁS RESISTENTES PARA EL EJÉRCITO RUSO

Los rusos, que en los primeros meses de la guerra sorprendieron a los alemanes con la superioridad de sus carros de combate, no se quedaron nunca a la zaga en la producción de nuevos tipos o en la mejora de los que habían demostrado ser más eficientes en su actuación. Incluso cuando se los modificaba, estos carros de combate conservaban sus valores en cuanto a movilidad, seguridad de funcionamiento y resistencia, características que habían demostrado ser verdaderamente vitales en las condiciones en que tenían que operar.



T-34/85

Uno de los mayores inconvenientes del primer *T-34/76* lo constituía el hecho de que el jefe del carro era, al mismo tiempo, artillero apuntador, por lo que no podía llevar a cabo con eficacia ambas misiones. En 1942, el *T-34* fue superado en el armamento pesado por el *Pzkw-IV* alemán, armado con un cañón de 75 mm; entonces se creó un nuevo tipo, dotado de una torreta de mayores dimensiones, con un cañón de 85 mm y que podía albergar al apuntador. Este carro de combate se produjo en serie y muy oportunamente para competir con el *Pantera*. **Peso:** 32 t. **Coraza:** espesor máximo 75 mm. **Velocidad:** más de 50 km/h. **Autonomía:** 288 km. **Tripulación:** 4 hombres. **Armamento:** un cañón de 85 mm y dos ametralladoras de 7,62 mm.

JS-1

Fue la primera versión de una nueva serie de carros de combate pesados, destinados a sustituir al tipo *KV*. Montaba un cañón pesado que podía competir con el *Tigre* alemán, y estaba dotado de gran movilidad. **Peso:** 45 t. **Coraza:** espesor máximo 110 mm. **Velocidad:** 32 km/h. **Autonomía:** 144 km. **Tripulación:** 4 hombres. **Armamento:** un cañón de 122 mm y 2 ametralladoras de 7,62 mm.

(John Batchelor)

En el fangoso camino de la retirada, un soldado alemán ha sido horriblemente aplastado por las cadenas de los carros de combate soviéticos. En el curso de la ofensiva soviética de julio-agosto de 1944, el Grupo de Ejércitos alemán de Ucrania septentrional experimentó pérdidas gravísimas: 33 divisiones perdieron más de la mitad de sus efectivos, del armamento y del equipo, y otras ocho fueron totalmente aniquiladas. *(Tristchler)-(Opera Mundi)*

sa fórmula de Pokryskin, "cota, maniobra, fuego", se convirtió en la ley fundamental en la que se inspiraba la actividad de la 9.ª División aérea. En el transcurso de los combates por la cabeza de puente, los pilotos del 2.º Ejército aéreo efectuaron más de 17.000 misiones de vuelo y tomaron parte en unas 300 batallas aéreas, derribando 200 aviones enemigos».

Durante todo el mes de agosto, el sector central y el ala izquierda del frente continuaron atacando en dirección a Rzeszów, Debica y los pasos de los Cárpatos, y a fines de mes las fuerzas del sector central (Ejércitos 38 y 60 y Grupo de caballería mecanizado del general Baranov) habían conseguido doblegar la obstinada resistencia alemana y llegar a la línea Szczucin-Debica-Krosno.

A principios de agosto, el Estado Mayor del cuarto frente ucraniano se había trasladado de Crimea a la zona de Stanislav. Se nombró comandante del mismo al coronel general K. E. Petrov, y se le confiaron el 1.er Ejército de Guardias y el Ejército 18, el Estado Mayor del 8.º Ejército aéreo y varias unidades aéreas, acorazadas, de artillería, de ingenieros y de otras especialidades procedentes del primer frente ucraniano.

Estas fuerzas debían rechazar a los alemanes de la zona industrial de Drogóbich, completando así la liberación de Ucrania, y apoderarse de los pasos de los Cárpatos.

Perfectamente consciente de la importancia de esta zona, el Alto Mando alemán reforzó el Ejército 1 húngaro con seis divisiones y preparó a lo largo de las direcciones de acceso a los Cárpatos una serie de cinturones defensivos. Asimismo, todas las rutas que conducían al Oeste se minaron y bloquearon con obstáculos contracarros.

Así, pues, las fuerzas del frente tuvieron que habérselas con una decidida resistencia por parte alemana, y por ello su avance hacia el Oeste, por el terreno accidentado y boscoso de las primeras estribaciones de los Cárpatos, fue bastante lento. Pero el 7 de agosto ya habían conquistado las ciudades de Stryj, Sambor, Borislav y Drogóbich, y el 15 del mismo mes alcanzaron la línea Sanok-Skole-Nadvórnaia-Krasnoilsk. Toda la Ucrania soviética, a excepción de algunas pequeñas zonas montañosas, estaba ya libre de la presencia de fuerzas alemanas.

Sin embargo, el intento soviético de apoderarse de los pasos fracasó. Teniendo en cuenta que la resistencia enemiga se hacía cada vez más vigorosa y que las tropas soviéticas estaban exhaustas, el STAVKA ordenó que el cuarto frente ucraniano se estableciese temporalmente a la defensiva, pero que iniciara, al mismo tiempo, los preparativos de una nueva ofensiva.

El primer frente ucraniano había terminado con éxito la operación Lemberg-Sandomierz a fines de agosto, y el STAVKA ordenó entonces que también se estableciera defensivamente en las posiciones alcanzadas hasta aquel momento.

Trampolín de lanzamiento para una nueva ofensiva

La operación Lemberg-Sandomierz ocupa un lugar importante en la ofensiva soviética general de 1944. Con sus victorias, el primer y el cuarto frente ucranianos completaron la liberación de Ucrania y, junto con las fuerzas del primer frente de Rusia Blanca, desalojaron al enemigo de una gran porción de territorio polaco al este del Vístula. Una consecuencia importante de la operación fue el cruce de dicho río y la constitución de una gran cabeza de puente en la zona de Sandomierz. Con el tiempo, esta cabeza de puente se convertiría en el trampolín de lanzamiento para una nueva ofensiva destinada a llegar hasta las mismas fronteras de Alemania.

Las operaciones soviéticas concluyeron con el aniquilamiento de uno de los cuatro grupos de fuerzas estratégicas de Alemania: el Grupo de Ejércitos de Ucrania septentrional. Unas 32 divisiones enemigas perdieron más de la mitad de sus efectivos, de su armamento y de su equipo, y otras ocho resultaron completamente aniquiladas. El gran número de bajas sufridas por el citado Grupo de Ejércitos obligó al Alto Mando alemán a transferir a este sector unas 20 divisiones desde Alemania y de otras partes del frente, con el fin de guarnecer una línea defensiva que corría a lo largo del Vístula y de los Cárpatos. Algunas de las nuevas divisiones trasladadas pertenecían al Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional, beneficiando con ello a los frentes ucranianos cuando iniciaron la ofensiva.

Una característica muy importante de la operación y que la distingue de otras ofensivas, es que la llevaron a cabo fuerzas de un solo frente. Otros aspectos importantes fueron la gran escala en la que se llevó a cabo, las diversas tácticas ofensivas adoptadas, la habilidad con la que se desplazó el peso mayor del esfuerzo de una dirección a la otra, la destreza con que se aprovechó la capacidad ofensiva de las distintas Armas y, finalmente, la rapidez con que se envolvió y aniquiló a ingentes fuerzas enemigas.

MIJAIL IVANOVIC TRAKTUEV



Nacido en 1912. Es coronel de la reserva y está en posesión del título de licenciado en Ciencias Históricas. Trabaja en el Instituto de marxismo-leninismo como investigador especializado en historia militar. Es autor de varias obras publicadas en la Unión Soviética, entre las que figuran las monografías *La liberación de Ucrania occidental* y *La restauración de organizaciones del partido y de soviets en los territorios liberados de la URSS durante los años de la gran guerra patriótica.*

LA HOSTILIDAD ENTRE POLONIA Y LA UNION SOVIETICA

Elizabeth Wiskemann



Moscú, 3 de diciembre de 1941: Kalinin, presidente del Presidium del Soviet Supremo, recibe al general Sikorski, nombrado, en 1939, primer ministro del Gobierno polaco en el exilio y comandante supremo de las Fuerzas Armadas de la república polaca. De izquierda a derecha: Kot, embajador de Polonia en la Unión Soviética; Sikorski; Vichinski, vicecomisario del ministerio de Asuntos Exteriores; Kalinin y el general Anders. En el curso de esta visita a Moscú de Sikorski –visita que revelaba la aproximación de Polonia al Kremlin–, se firmó el 5 de diciembre, un pacto de amistad ruso-polaco, en virtud del cual los soldados polacos detenidos en Rusia serían puestos en libertad para constituir un nuevo Ejército, al mando del general Anders. Pero, en realidad, no se habían desvanecido los antagonismos entre la Unión Soviética y el Gobierno polaco: en los meses siguientes se hizo patente que el Kremlin no tenía intención de cooperar, sino de ejercer su dominio en Polonia. Más tarde, cuando tras el descubrimiento de las fosas de Katyn, ya no existieron dudas sobre la verdadera razón de las acciones soviéticas, la URSS rompió de improviso toda relación con el Gobierno polaco en Londres (26 de abril de 1943). Desde entonces la situación ruso-polaca se hizo cada vez más complicada: reivindicaciones territoriales y cuestiones políticas hicieron que aumentase la tensión, sobre todo después de la entrada del Ejército ruso en Polonia, en julio de 1944.
(Imperial War Museum)

Cuando las fuerzas acorazadas del Ejército ruso avanzaron por Polonia, en los países occidentales todavía había algunos que se preguntaban quién gobernaría la nación liberada. En realidad, este asunto se había resuelto, muchos meses antes, en la Unión Soviética. Se trató del punto crucial de otro capítulo de la larga historia de enemistad entre los dos pueblos, descrito aquí por una experta en relaciones internacionales.

Un odio profundo, casi tribal, había separado a polacos y a rusos mucho antes de la revolución comunista. Los polacos se consideraban la avanzada católica de la civilización occidental y miraban como a salvajes a los rusos. Estos les correspondían con un mismo sentimiento de odio.

Después de la revolución comunista, la aversión de los polacos por los rusos creció todavía más, pues el comunismo profesaba el ateísmo, y los rusos, a su vez, siguieron odiando a Polonia por su tipo de sociedad, todavía claramente aristocrática. El gran enfrentamiento se produjo en 1920, cuando, bajo las órdenes de Pilsudski, invadieron la Ucrania soviética, ocupando Kíev. Luego fueron rechazados, y en el verano siguiente, los Ejércitos soviéticos, conducidos por Tujacevskij, llegaron a amenazar la capital polaca; gracias a la ayuda de Francia, en agosto de 1920 los polacos consiguieron ganar la batalla de Varsovia.

En marzo del año siguiente, en virtud del tratado de Riga, los polacos obligaron a los rusos a ceder las que éstos consideraban sus tierras occidentales, Volinia y Podolia, que, casi como en el siglo XVIII, se convirtieron en territorios orientales de Polonia. Por lo tanto, en el período comprendido entre las dos guerras, Polonia gobernó a una considerable minoría campesina, más rusa que polaca, de unos 6 millones de personas.

Pésimas relaciones

Durante todo el periodo comprendido entre las dos guerras mundiales las relaciones entre Polonia y la Unión Soviética fueron, desde luego, pésimas. El Partido comunista polaco era insignificante. En los días de la revolución, la única comunista polaca conocida fue Rosa Luxemburgo, que había emigrado a Alemania. Los polacos, convencidos ingenuamente de que su país había resurgido gracias al hecho de que siempre habían sido intransigentes, no lamentaban estar también en malas relaciones con los alemanes, por lo menos hasta que subió al poder Adolf Hitler.

Pero, con el acceso al poder de Hitler y la consiguiente instauración del régimen nazi, todo cambió. Alemania, dominada por el *Führer*, representaba una amenaza para Polonia; y si bien hubo algunos intentos de aproximación, como el acuerdo de 1934, las relaciones no mejoraron, sino todo lo contrario. Finalmente, el 31 de marzo de 1939, después de la ocupación de Praga por parte de las tropas hitlerianas, los ingleses, como ya se sabe, prometieron garantizar la independencia de Polonia. Se produjo a continuación el intento anglo-francés de negociar un acuerdo militar con la Unión Soviética; y uno de los mayores obstáculos con que tropezaron fue el de la negativa polaca de dejar pasar tropas rusas por su territorio. En cierto sentido, el pacto con Hitler (firmado el 23 de agosto de 1939) les pareció a los rusos algo más natural que una alianza militar con las potencias occidentales. El acuerdo con Alemania significaba que Rusia se repartiría Polonia con Alemania, recobrando las tierras fronterizas y los Estados bálticos, casi como en tiempos del zar. Pero el pacto de no agresión ruso-germano hizo que se precipitara la situación: el 1 de septiembre de 1939 la invadió Alemania. Por el tratado anglo-polaco del 25 de agosto de 1939, la agresión alemana obligaba a Gran Bretaña a declarar la guerra a Alemania: y, como se sabe, Gran Bretaña lo hizo el 3 de septiembre, seguida inmediatamente por Francia.

En un protocolo secreto, anexo al citado anglo-polaco del 25 de agosto, se declaraba que la potencia europea cuya agresión directa proporcionaría el *casus-belli* era Alemania. Por ello, cuando los soviéticos invadieron Polonia, los ingleses afirmaron que la cosa no les concernía directamente, aunque en realidad, el segundo artículo del tratado se refería a una amenaza a la independencia o a la neutralidad de otro Estado europeo, y en el protocolo secreto, también se mencionaban Bélgica y los Estados bálticos. Los rusos invadieron los Estados bálticos en otoño de 1939, si bien la anexión propiamente dicha no tuvo lugar hasta 1940.

A los polacos la invasión rusa les pareció la acción más innoble que Rusia podía realizar, una verdadera puñalada por la espalda, precisamente en el momento en que sus fuerzas se oponían al terrible ataque frontal de Alemania. A los rusos, en cambio, les parecía muy natural intentar libe-

rar a los «hermanos» de Rusia Blanca, Rutenia o Ucrania, y a los campesinos de Volinia y Podolia. En cuanto a los miembros de la aristocracia y de la burguesía de la Rusia Blanca, se los consideró enemigos de clase, y además eran en su mayor parte polacos, por lo que se les apresó y ajustició.

Dificultades constantes y continuas acusaciones

Sikorski y sus amigos eran completamente sinceros en sus convicciones democráticas y en su deseo de colaborar con los checoslovacos en el exilio. Sin embargo, los rusos continuaron acusando de reaccionario al Gobierno polaco, como si fuera todavía el de Beck. En realidad, puede ser cierto que Sikorski sintiera tan poca simpatía hacia el régimen anterior como hacia los comunistas. Pero, naturalmente, se encontraba con continuas dificultades, pues deseaba preservar la unidad nacional polaca de la mejor de las maneras posibles, y muchos polacos de tendencia democrática estaban totalmente decididos a conservar las fronteras que Polonia había tenido entre las dos guerras. Como es lógico, Sikorski se opuso en términos oficiales a toda idea que insinuase una nueva partición de Polonia, pero prefirió concentrar sus esfuerzos en la reorganización de las Fuerzas Armadas polacas, esforzándose para que pudieran combatir al lado de las mismas potencias occidentales que, en 1939, se habían mostrado precisamente tan incapaces de ayudar a su país.

A principios de 1941, los polacos que quedaron en su patria empezaron a advertir a Gran Bretaña que Hitler se preparaba para atacar a Rusia, y cuando esto ocurrió, en junio de 1941, toda forma de oposición polaca a las autoridades soviéticas desapareció para dar lugar a una actitud de colaboración.

Entonces Sikorski no tardó en llegar a un acuerdo con la Unión Soviética. El 5 de julio de 1941 inició, en Londres, una serie de coloquios con Maisky, y el 30 del mismo mes las dos partes llegaron a un acuerdo según el cual se reanudaban las relaciones diplomáticas entre Moscú y el Gobierno polaco en el exilio. Zaleski dimitió en señal de protesta. En esta ocasión se afirmó que: «El Gobierno de la Unión Soviética reconoce que los acuerdos ruso-alemanes de 1939 han perdido todo valor en lo que se refiere a cambios territoriales en Polonia». Sikorski nombró embajador en Rusia a su amigo personal, el profesor Kot. Este llegó a Moscú a comienzos de septiembre de 1941 con la intención de establecer una especie de relación de amistad con Stalin e intentar salvar a los muchos polacos detenidos en aquel momento en las cárceles de la Unión Soviética.

A comienzos de diciembre de 1941 se produjo una situación dramática. Los alemanes estaban casi a las puertas de Moscú, cuando Sikorski voló a la ciudad asediada para encontrarse con Stalin, en el Kremlin, y hablar por radio al pueblo soviético. Al parecer, en aquella ocasión Stalin habló incluso de un pequeño cambio de fronteras que dejaría Lemberg a Polonia; pero Sikorski rehusó entonces hablar de fronteras.

Dos días después, el 5 de diciembre, Sikorski y Kot firmaron un tratado de amistad con Stalin y Molotov: Stalin confirmaba la promesa hecha en julio de liberar a todos los soldados polacos detenidos en Rusia y permitirles enrolarse en un nuevo Ejército polaco, al mando del general Anders, a quien los rusos acababan de poner en libertad.

Una de las mayores y más evidentes dificultades la constituía el hecho de que, pese al reconocimiento de que los tratados con Hitler no tenían valor, los rusos continuaban considerando ciudadanos soviéticos a todos los rusos blancos, ucranianos y judíos que fueron ciudadanos polacos hasta septiembre de 1939.

Una medida contradictoria

En enero de 1943, durante la batalla de Stalingrado, las autoridades soviéticas declararon que todos los polacos que se encontraban todavía en la Unión Soviética serían tratados como ciudadanos soviéticos. No obstante, tres días después de la rendición alemana, es decir, el 4 de febrero, los rusos tomaron una medida que estaba en abierta contradicción con la anterior declaración: volvieron a la idea de un Ejército polaco, subordinado a ellos, y mandado por un cierto coronel Berling, que anteriormente estuvo a las órdenes de Anders. Asimismo, los rusos consiguieron descubrir un jefe comunista polaco para ponerlo al frente de un grupo de polacos filosoviéticos: se trataba de la esposa de un funcionario ruso, un miembro del Gobierno de la república ucraniana, Wanda Wasilewska.

Las relaciones entre rusos y polacos eran ya muy tensas cuando, el 13 de abril de 1943, Radio Berlín anunció el descubrimiento, en el bosque de Katyn, cerca de Smolensk, de una gran fosa que contenía los cadáveres de miles de oficiales polacos que, según afirmaban los alemanes, habían sido asesinados por los rusos en abril de 1940. El número anunciado por Radio Berlín parecía corresponder al de los oficiales polacos «desaparecidos» en Rusia aquel año, y el Gobierno polaco de Londres pidió que la Cruz Roja Internacional llevara a cabo una investigación sobre el asunto. El resto del mundo, incluyendo al Gobierno británico, estaba ya tan acostumbrado a catalogar estas cosas como propaganda nazi, que estaba dispuesto a creer en el mentís soviético (en efecto, los rusos dijeron que a los oficiales polacos los habían matado los alemanes en 1941). Después de la publicación en *Pravda*, el 19 de abril, de un artículo titulado *Los colaboradores polacos de Hitler*, la URSS «interrumpió» sus relaciones con el Gobierno polaco en Londres (26 de abril de 1943). A partir de entonces, Rusia consideró cada vez más abiertamente al grupo de Wanda Wasilewska como representante del pueblo polaco.

La siguiente catástrofe en las relaciones polaco-soviéticas fue la muerte del general Sikorski, ocurrida el 4 de julio de 1943, cuando su avión cayó en Gibraltar. Gracias a su temperamento progresista y a su fama de gran militar, había conseguido ser más conciliador que cualquier otro jefe polaco. Sus sucesores fueron Stanislas Mikolajczyk (eminente personalidad del partido campesino), como primer ministro, y el general Sosnkowski, como comandante en jefe. Por desgracia, Sosnkowski era un representante del régimen polaco anterior a la guerra, y su nombramiento, a diferencia del de Mikolajczyk, podía considerarse por parte de los rusos como una verdadera «provocación».

En octubre de 1943 Mikolajczyk pidió a Eden que le ayudara a llegar a un acuerdo con la URSS. En la conferencia de Teherán, en noviembre, Stalin, que hasta aquel momento había aceptado en principio la línea Curzon, presentó como cláusula para su aceptación la cesión de Königsberg a Rusia. La posibilidad de que Lemberg y los depósitos petrolíferos de Drogóbich quedasen para los polacos ni siquiera se volvió a mencionar; pero cuando en enero de 1944 el Ejército soviético cruzó la frontera polaca anterior a la guerra, entrando en Volinia, los polacos se comportaron como si los rusos se encontraran en territorio polaco. El general Bor-Komorowski ordenó que los hombres del Ejército nacional se presentasen y ofreciesen su colaboración. De momento, los comandantes soviéticos aceptaron al Ejército nacional, pero después lo fueron tratando como si fueran enemigos.

La nueva situación obligó al Gobierno polaco en el exilio a realizar otro esfuerzo para llegar a un acuerdo con Rusia, y así, una nota polaca publicada el 5 de enero de 1944 abrió un extraño diálogo entre el Gobierno de Mikolajczyk y el de Stalin. El 11 de enero, un comunicado soviético afirmó los deseos del Gobierno de una «Polonia fuerte e independiente» y habló de la línea Curzon como de la «frontera oriental aproximada de Polonia», explicando que a los polacos se les podría compensar con partes de territorio alemán; los rusos mencionaron incluso la posibilidad de que Polonia se adhiriese al tratado de alianza checo-soviético firmado el 12 de diciembre de 1943. Los polacos, tratando, como siempre, de implicar lo más profundamente posible a los aliados occidentales en la cuestión ruso-polaca, solicitaron que Gran Bretaña desempeñase un papel de mediadora, y con este fin el 20 de enero Mikolajczyk se reunió con Churchill en Londres.

Churchill exasperado, Roosevelt esperanzado

El 15 de febrero los polacos irritaron a Churchill al no querer aceptar como aproximación la línea Curzon. El 22 de febrero, en la Cámara de los Comunes, el primer ministro británico se expresó a favor de la citada línea, apoyando la propuesta soviética de que se compensase a los polacos por el Oeste, en Alemania. En junio, Mikolajczyk fue a Washington, donde Roosevelt, optimista, le instó a reunirse con Stalin y a discutir con éste «no los problemas que los dividen, sino intereses comunes a ambos»; Roosevelt esperaba que los polacos obtendrían Lemberg y Prusia oriental; finalmente, gracias a la mediación tanto de Roosevelt como de Churchill, se tomaron acuerdos para que Mikolajczyk pudiera trasladarse a Moscú la primera semana de agosto de 1944.

Mientras tanto, en julio, los Ejércitos soviéticos cruzaron la lína Curzon y aquel grupo de «patriotas» polacos se había transformado en un Comité de Liberación Nacional. Y a esta organización confiaron los rusos el gobierno de Polonia, en la que reconocían que habían entrado. El 15 de agosto se reconoció al Comité como organización que representaba oficialmente a Polonia y se declaró capital provisional del país a Lublin.

Por azar, Mikolajczyk y sus colegas, Romer y Grabski, se habían puesto en camino hacia Moscú precisamente en julio; durante el viaje, y exactamente en El Cairo, Mikolajczyk fue informado de que Stalin había reconocido al Comité de Wanda Wasilewska. Los polacos de Londres llegaron a Moscú el 30 de julio, y se decidió que Stalin recibiría a Mikolajczyk el 3 de agosto.

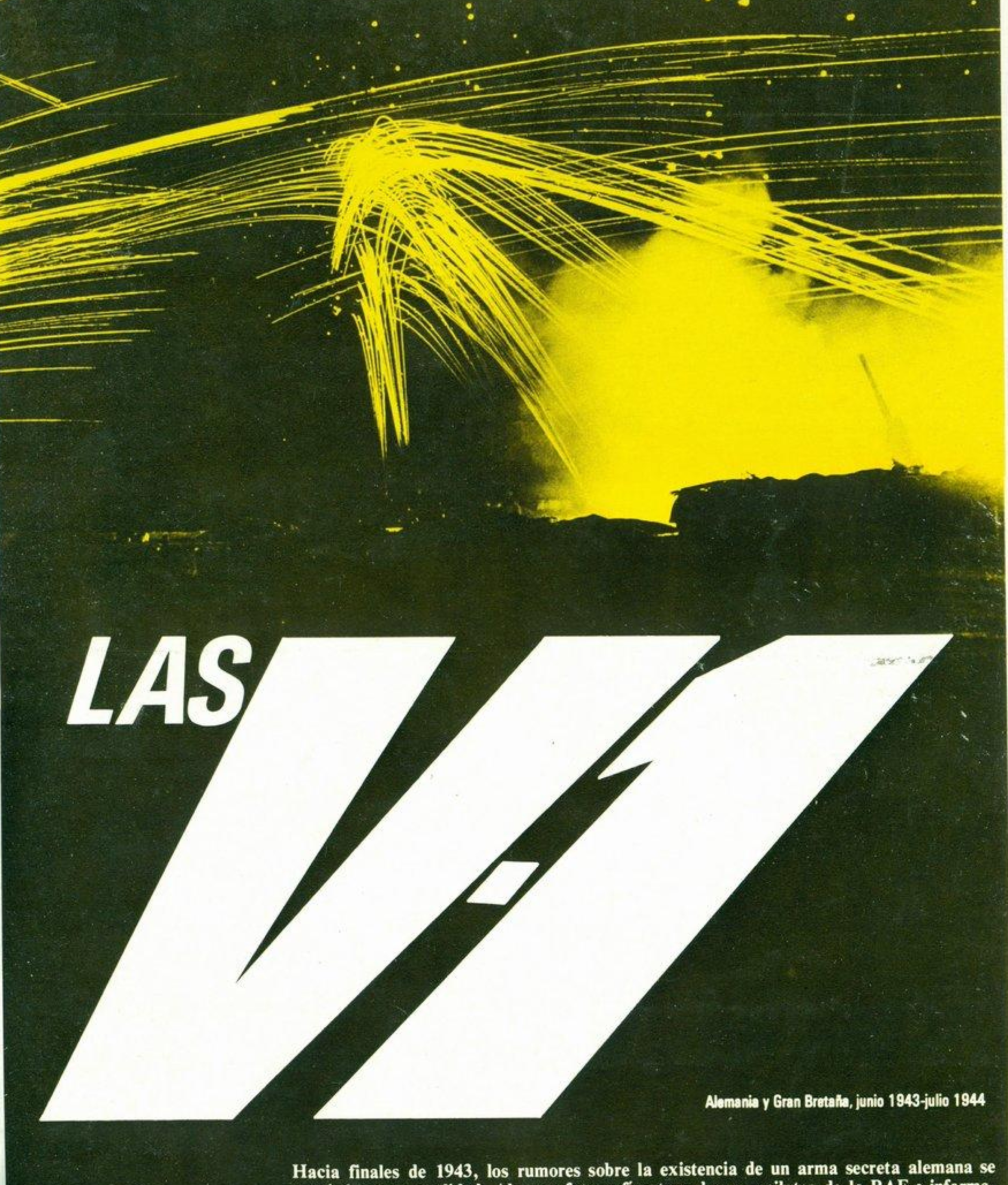
Pero el día anterior la BBC había anunciado el estallido de una insurrección en Varsovia. Es interesante observar que Sosnkowski se había opuesto a la insurrección porque consideraba improbable que pudiera tener éxito. Esto no hizo más que complicar la situación ruso-polaca. La insurrección era, desde luego, una acción contra los alemanes, pero tanto los rusos como los polacos sabían que constituía también un gesto de desafío hacia la Unión Soviética antes de que los rusos llegaran a Varsovia.

El 3 de agosto, Stalin puso sobre el tapete casi todas sus sospechas e insistió en la necesidad de que Mikolajczyk se reuniese con los miembros del Comité polaco de Liberación Nacional.

Otro viejo motivo de desacuerdo entre los polacos de Londres y los comunistas polacos era la constitución del país. En Lublin se quería que se pusiera de nuevo en vigor la constitución democrática de 1921, mientras que la negativa de Mikolajczyk a abandonar la constitución de Pilsudski daría más satisfacción a los comunistas que a aquel jefe del partido campesino al que Pilsudski persiguiera. Mikolajczyk afirmó que no podía «ceder la mitad de su país» aceptando la línea Curzon. Se encontró nuevamente con Stalin el 9 de agosto, pero el día 10 cuando dejó Moscú, la situación estaba todavía totalmente estancada.

ELIZABETH WISKEMANN

Estudió en el Newnham College de Cambridge, donde se doctoró brillantemente en Historia. Antes de la guerra viajó mucho por Europa como periodista, y, entre 1941 y 1945, trabajó en el servicio de prensa de la Delegación británica en Berna. Desde 1946 hasta 1947 fue corresponsal en Roma del *Economist*, y desde 1958 hasta 1961 ocupó la cátedra de Relaciones internacionales en la universidad de Edimburgo. Asimismo, enseñó historia moderna en la universidad de Sussex.



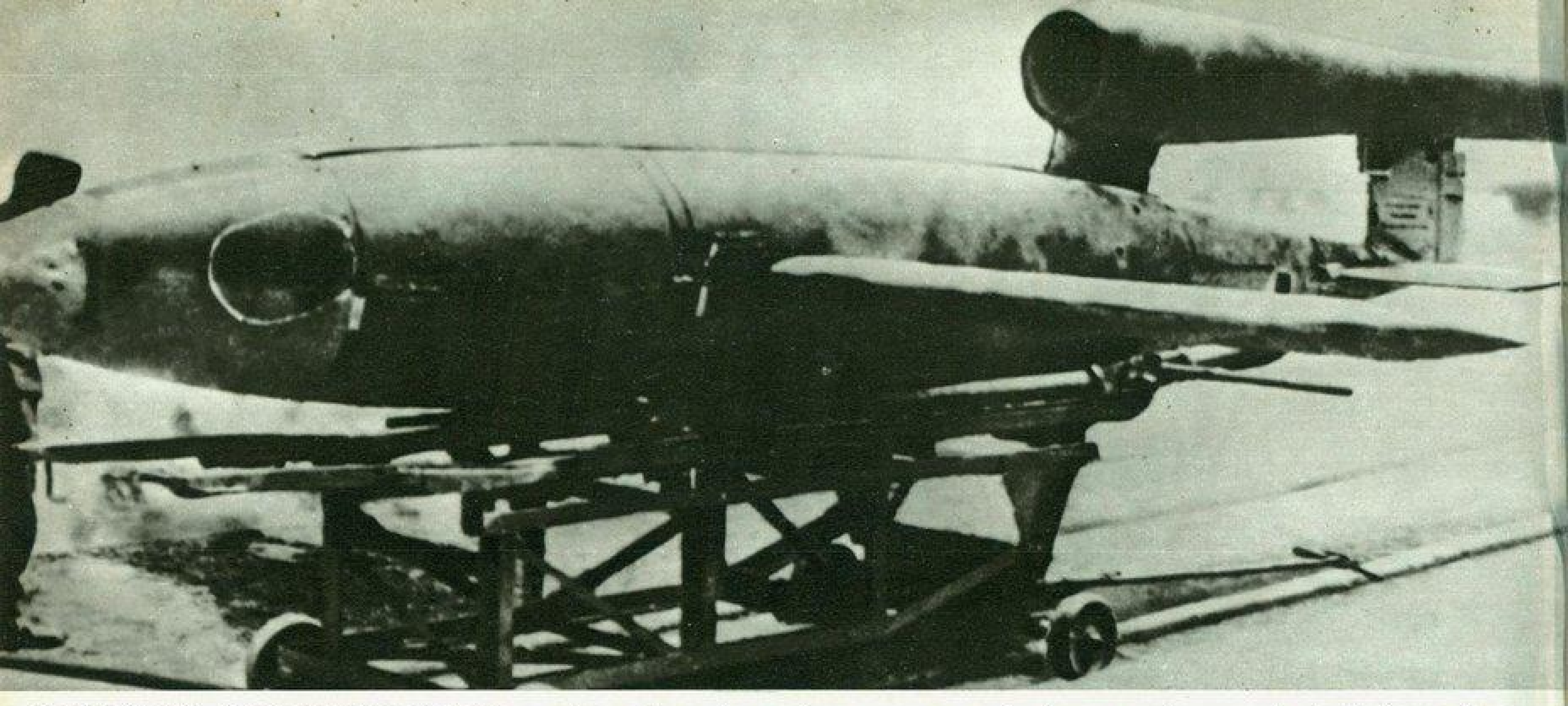
LAS V-1

Alemania y Gran Bretaña, junio 1943-julio 1944

Hacia finales de 1943, los rumores sobre la existencia de un arma secreta alemana se convirtieron en realidad. Algunas fotografías tomadas por pilotos de la RAF e informaciones del servicio de espionaje británico revelaron la presencia, a lo largo de las costas del canal de la Mancha, de rampas de lanzamiento dirigidas hacia Londres, así como la existencia de planes alemanes para una ofensiva contra Inglaterra por medio de bombas volantes. En efecto, el pequeño "Blitz" contra Londres empezó en junio de 1944, una semana después del "D-Day", y las pérdidas fueron muy graves; pero si las bombas volantes hubieran sido lanzadas seis meses antes, habrían retrasado la invasión por mucho tiempo.

John Vader

(Fox Photos)



Una *V-1*, sobre raíles, dispuesta para su transporte a la rampa de lanzamiento. A partir de agosto de 1943, las incursiones aéreas aliadas infirieron graves daños a las bases de lanzamiento alemanas (entre enero y junio de 1944 se arrojaron más de dos mil toneladas de explosivo sobre aquellos objetivos), aunque sin conseguir eliminar la amenaza que pesaba sobre Gran Bretaña. *(Bibliothek für Zeitgeschichte)*

Durante la guerra siempre corrieron rumores amenazadores sobre la existencia de «armas secretas», a punto de ser empleadas. Algunos de tales rumores eran meras fantasías; pero otros estaban basados en noticias referentes a armas y equipos concretos, que, tarde o temprano, habían de ser empleados por uno u otro contendiente.

Cuando la victoriosa marcha alemana experimentó una detención, Hitler reunió más fondos, materias primas y mano de obra y los puso a disposición de sus científicos. Estos habían efectuado notables progresos en el desarrollo de varios proyectos secretos: aviones con motor a reacción o a cohete, miras de puntería, cohetes aire-aire y morteros gigantes; así como dos armas especialmente temibles: una bomba volante de propulsión a chorro, dotada de alas, pero sin piloto, que podría transportar aproximadamente una tonelada de alto explosivo hasta un objetivo situado a 250 km de distancia, y un enorme cohete sin alas. Para los militares de profesión, aquellas dos armas significaban nuevas posibilidades en la dirección estratégica de la guerra. Para Hitler, en cambio, eran tan sólo «armas de represalia» *(Vergeltungswaffen V-1 y V-2)*, para satisfacer su loco deseo de destruir Londres.

Algunas informaciones respecto al proyecto de estas armas alemanas llegaron a los ingleses antes de la guerra; en efecto, hacia el otoño de 1939, en los informes del Servicio de Información británico empezaron a aparecer referencias a armas de amplio radio de acción y de diverso tipo. Más tarde, en la primavera de 1943, el general Ismay envió al primer ministro un informe sobre el particular:

«Los jefes de Estado Mayor consideran su deber ponerle al corriente de las noticias sobre los experimentos alemanes con cohetes de amplio alcance. El hecho de que se hayan recibido cinco informes desde finales de 1942 indica un fundamento real, si bien los detalles son imprecisos... No se debiera perder tiempo para establecer los hechos y disponer las contramedidas... Sugieren que se proceda al nombramiento de un hombre... el señor Duncan Sandys, a quien confiar la dirección de las investigaciones. No se considera oportuno en este momento informar a la opinión pública, dada la falta de noticias seguras».

Entre otros muchos medios y recursos que quizá hubieran permitido a Alemania ganar la guerra, la bomba volante fue una de las más espectaculares y, si se hubiese ultimado algún tiempo antes y fabricado en gran número, no cabe duda en que hubiera impedido la invasión durante muchos meses. Afortunadamente, el cielo se mantuvo sereno en el curso de varios días, permitiendo a los aviones, en sus normales vuelos de reconocimiento sobre los puertos del Báltico, fotografiar Peenemünde y observar las actividades que allí se desarrollaban en la preparación de esta arma.

Recogida de las pruebas

Todas estas informaciones, naturalmente, causaron honda impresión en el Ministerio británico del Aire. La noche del 17 de agosto de 1943, unos 600 bombarderos de la RAF desencadenaron un ataque contra Peenumünde. Muchos científicos y técnicos, entre los cuales se hallaba el general von Chamier-Glisezenski, perdieron la vida, y además fueron destruidos una docena de talleres de montaje y laboratorios. La caza nocturna alemana interceptó los bombarderos durante el vuelo de regreso y abatió 41 de ellos. Pero lo cierto es que, después de aquella incursión, los alemanes se vieron obligados a concentrar su principal producción de cohetes en las montañas del Harz y a efectuar los lanzamientos experimentales en Polonia. En septiembre de 1943, el jefe del Servicio de Informaciones científicas del ministerio del Aire, R. V. Jones, refería lo siguiente: «Aunque Hitler presione para tener lo antes posible los cohetes, sin duda pasarán todavía bastantes meses antes de que estén disponibles. Es probable que las fuerzas aéreas alemanas estén construyendo un planeador sin piloto para bombardeos a gran distancia, en competencia con los cohetes, y también es posible que éste quede listo antes».

Al propio tiempo, Sandys informaba: «Parece evidente que el enemigo está considerando el empleo de planeadores sin piloto como medio para bombardear Londres. Las contramedidas debieran ser análogas a las adoptadas para los cohetes de largo alcance, es decir, la destrucción, por medio de bombardeos, de las fuentes de producción y de las instalaciones o de los aeropuertos desde donde se lancen».

Los políticos hablaban de un modo vago e impreciso de cuanto se estaba preparando en las instalaciones; éstas variaban en su forma y construcción. Pero el 14 de diciembre, el general de escuadra aérea Bottomley, subjefe de Estado Mayor del aire, declaraba: «Hay cada vez más pruebas que confirman que las instalaciones en forma de trampolín se construyen para lanzar planeadores sin piloto.»

Entre tanto, Lord Cherwell informaba a Churchill de que, según sus previsiones, el bombardeo enemigo no se iniciaría antes de abril de 1944. No se lanzarían más de cien bombas volantes cada día, de las cuales unas 25 podrían caer en un radio de 16 km del objetivo, y como ello produciría pérdidas que oscilarían entre 50 y 100 personas, suplicaba que se organizasen los preparativos para la evacuación de la metrópoli. No consideraba que hubiera muchas probabilidades de empleo de los grandes cohetes a causa del elevado coste de la mano de obra necesaria para fabricarlos. ¡Pero no tenía en cuenta la locura y la desesperación de Hitler!

En diciembre de 1943 las misteriosas instalaciones fueron atacadas de modo masivo por los bombarderos, que descargaron sobre ellas 3000 toneladas de explosivo.

Entre enero y junio de 1944, en una sucesión de ataques en gran escala con aparatos *Hurricane* provistos de cohetes y *Spitfire* equipados con bombas de 250 kg, se lanzaron de nuevo más de 2000 toneladas de explosivo sobre dichos objetivos. No obstante, muchas de estas misiones resultaron inútiles, pues los alemanes habían comprendido en seguida que las instalaciones de lanzamiento, una vez descubiertas, eran fácilmente identificables, por lo que construyeron bases modificadas, protegidas por cuidadosos camuflajes, y prepararon edificios prefabricados que solamente montarían cuando las instalaciones hubieran de entrar en servicio.

Mientras tanto, en Alemania se organizó una unidad especial del Ejército, el 155.º *Flakregiment* (W) –regimiento antiaéreo–, especialmente preparado para el uso de las bombas volantes y formado por las compañías *Argus* (motores) y *Fieseler* (aviones), bajo el control del Ministerio del Aire. La FZG-76 (conocida como *V-1*, «bomba volante», «bomba zumbante» o «hueso de cereza») medía 7,62 metros de longitud y tenía una apertura de alas de 4,88; su peso oscilaba alrededor de las 2 toneladas con la carga máxima de carburante y una cabeza de casi 1000 kg. Podía ser lanzada tanto desde una rampa o catapulta, como desde un planeador de bombardeo *Heinkel 111* modificado. La propulsión se conseguía con un motor a reacción *Argus* y el carburante empleado consistía en bencina de avión, de bajo octanaje.

El mando de la nueva unidad se confió al coronel Wachtel, bajo la dependencia administrativa del 66.º Cuerpo del teniente general Erich Heinemann.

El primer bombardeo con las bombas «V»

Después de muchos retrasos, causados por los bombardeos aliados, a fines de mayo de 1944 Wachtel informó a Heinemann de que más de 50 instalaciones estaban casi dispuestas para el lanzamiento. Y el «D-Day», 6 de junio de 1944, Heinemann dio orden a Wachtel de desencadenar una ofensiva inmediata con las *V-1*. Aunque entonces eran ya 70-80 las instalaciones de diverso tipo estructuralmente dispuestas, sólo 55 de ellas estaban completas. El equipo de seguridad era escaso y los hombres de la unidad no estaban aún suficientemente adiestrados. Y aunque Wachtel había recibido la orden de iniciar la ofensiva el día 12, no se lanzó ninguna bomba hasta el día siguiente. A medianoche los cañones alemanes de grueso calibre, situados a lo largo de la costa francesa, abrieron fuego sobre las ciudades inglesas de Maidstone y Folkestone, mientras un avión volaba hacia Londres, con la misión de observar la explosión de las primeras bombas volantes que cayeran sobre la ciudad. Alrededor de las 4,15 horas del día 13 de junio un miembro del *Royal Observer Corps*, que se encontraba en Kent, oyó un ruido especial, semejante a un extraño zumbido, y levantando la cabeza vio una estría incandescente, de color amarillo brillante, que salía de la parte posterior de un avión que identificó como bomba volante. Inmediatamente dio la alarma al servicio de la defensa, empleando como palabra convencional «Diver».

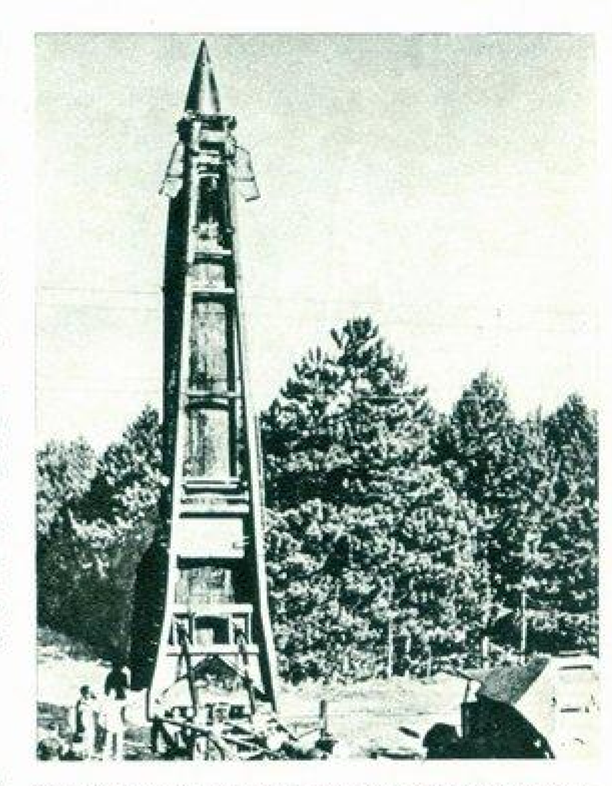
La primera bomba volante que cruzó el canal de la Mancha voló hasta que el motor *Argus* le hubo dado el impulso necesario. Cuando éste cesó, la bomba empezó a planear silenciosamente hasta llegar a tierra, donde estalló en las cercanías del pueblo de Swanscombe, entre Dartford y Grevesend, a 32 km al este de Tower Bridge. La segunda *V-1* cayó en Cuckfield, la tercera en Bethnal Green –en el Gran Londres– y la cuarta en Sevenoaks. Las únicas pérdidas se registraron en Bethnal Green: seis muertos.

De las diez bombas volantes lanzadas aquel día, sólo estas cuatro cruzaron el canal. De las otras seis, cuatro se autodestruyeron en el momento del lanzamiento y las otras dos desaparecieron en el mar. Si las 70 u 80 instalaciones hubieran estado en condiciones de ser utilizadas contra Inglaterra sudoriental y sobre Londres, sólo en el primer día habrían caído por lo menos 400 toneladas de bombas.

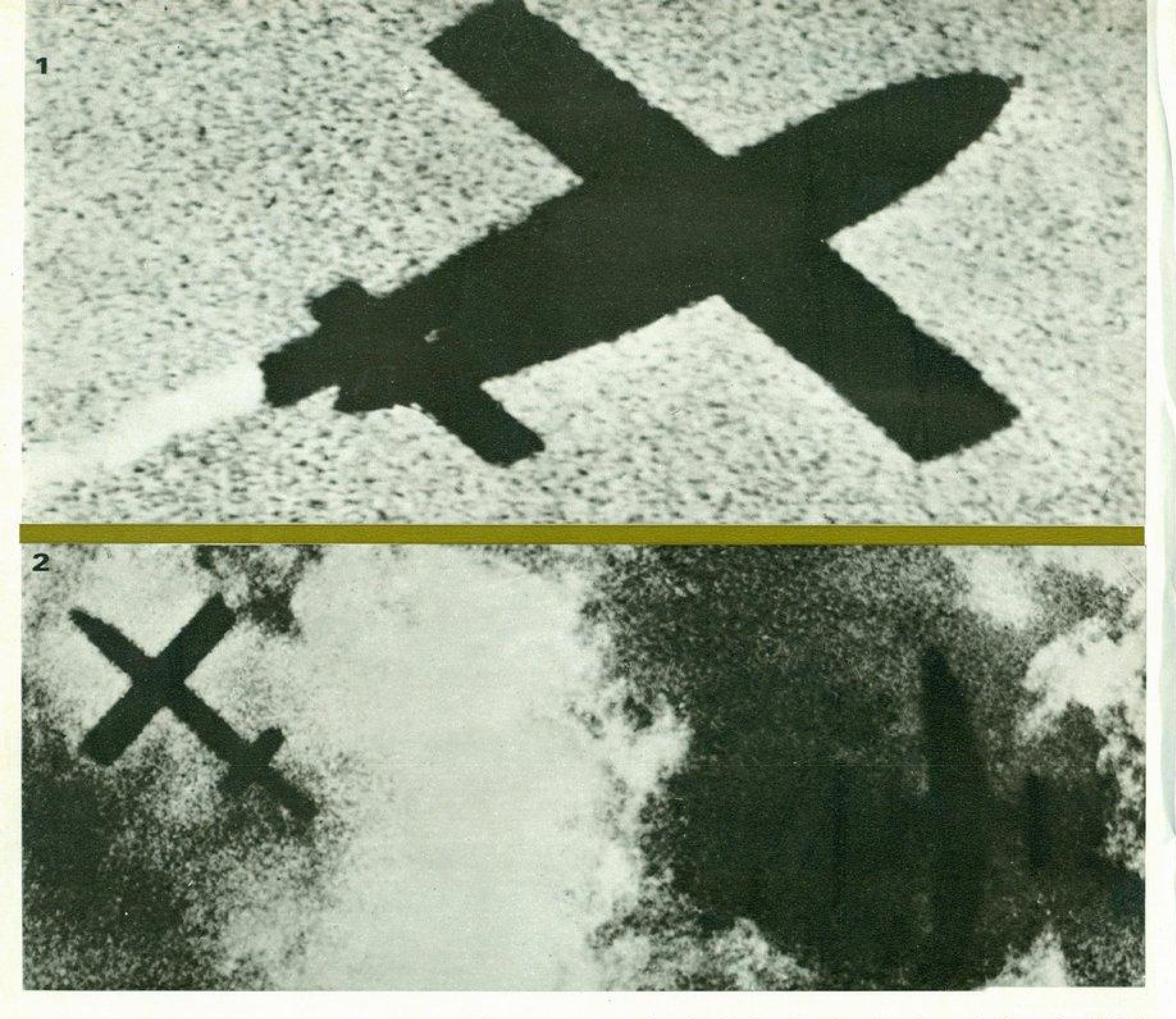
Se produjo a continuación una pausa de tres días, durante los cuales el general Heinemann dio orden de que las 55 instalaciones de lanzamiento fuesen adecuadamente comprobadas y puestas en funcionamiento bajo sus complicados dispositivos de camuflaje. Las armas de represalia de Hitler llegaban demasiado tarde para interferir la Operación «Overlord»; pero, por otra parte, la amenaza que se cernía sobre Londres era tan grave que hacía necesaria una rápida revisión de todos los planes para la defensa de la ciudad.

Lucha contra las «V-1»

Las escasas informaciones disponibles hacían muy difícil determinar cómo se debía hacer frente a una bomba volante, arma que nadie había visto nunca en acción: su velocidad y su cota de vuelo eran desconocidas. Aparte de destruirlas en tierra, en sus bases, la única manera de detener aquellas armas consistía en alcanzarlas en vuelo con los cazas y con la artillería antiaérea y constituir obstáculos de globos cautivos a lo largo de las rutas que podían seguir para llegar a Londres. Pero abatirlas sobre la ciudad equivalía a que estalla-



La *V-2*, segunda «arma de represalia» alemana, de proporciones mucho mayores que la *V-1* y de efectos mucho más mortíferos, fue ideada por el científico alemán Wernher von Braun. La primera *V-2* fue lanzada, en fase experimental, desde la base de Peenemünde a comienzos de 1942; pero, en lo que se refiere a operaciones bélicas, el primer lanzamiento de *V-2* sobre Londres se produjo el 8 de septiembre de 1944. Se emplearon contra Gran Bretaña más de 1400 *V-2*; pero algunos centenares de ellas cayeron en las cercanías del punto de su lanzamiento o no funcionaron regularmente, de manera que sólo una parte alcanzó el objetivo previsto. (Imperial War Museum)-(Archivo Rizzoli)



LAS TÁCTICAS DE COMBATE CONTRA LAS *V-1*

A partir del 13 de junio de 1944, día del primer lanzamiento de las *V-1* contra Londres, la aviación y la artillería antiaérea británicas se hallaron empeñadas en la difícil misión de destruir estas bombas antes de que pudieran alcanzar su objetivo. En cuanto se demostró que era imposible seguir con las tácticas habituales de la guerra aérea, la labor de interceptar aquellas armas se confió a la improvisación y a la habilidad de los pilotos de caza británicos; éstos se adaptaron a las nuevas modalidades de combate y consiguieron abatir un número cada vez mayor de *V-1*.

1. La amenazadora sombra de una *V-1* se aproxima a la costa inglesa e inmediatamente es localizada y seguida.

2. La *V-1* es interceptada: un *Spitfire* en vuelo alcanza la mortífera arma y se acerca a ella para derribarla.

3. Una de las tácticas de combate –la más arriesgada– adoptada a veces por los cazas británicos, especialmente cuando se habían quedado sin municiones o con las ametralladoras de a bordo atascadas: el piloto se aproximaba a la bomba hasta colocar la punta de una de las alas del avión bajo las aletas de la *V-1* y luego, inclinándose rápidamente, hacía dar la vuelta a la bomba volante, alterando así su equilibrio y precipitándola al suelo.

4. La cámara, unida a las ametralladoras de a bordo, ha recogido algunas fases del momento en que se derriba una bomba volante según el sistema normal: con las armas del avión. La bomba volante, alcanzada de lleno, estalla en vuelo.

5. Una *V-1* alcanzada se precipita en llamas, dejando en el cielo un rastro luminoso. *(Imperial War Museum)*

sen por todas partes; a su vez, el empleo simultáneo del fuego antiaéreo y de los cazas resultaba demasiado peligroso para los pilotos. Los planes para la defensa requerían, por lo tanto, ideas y métodos nuevos.

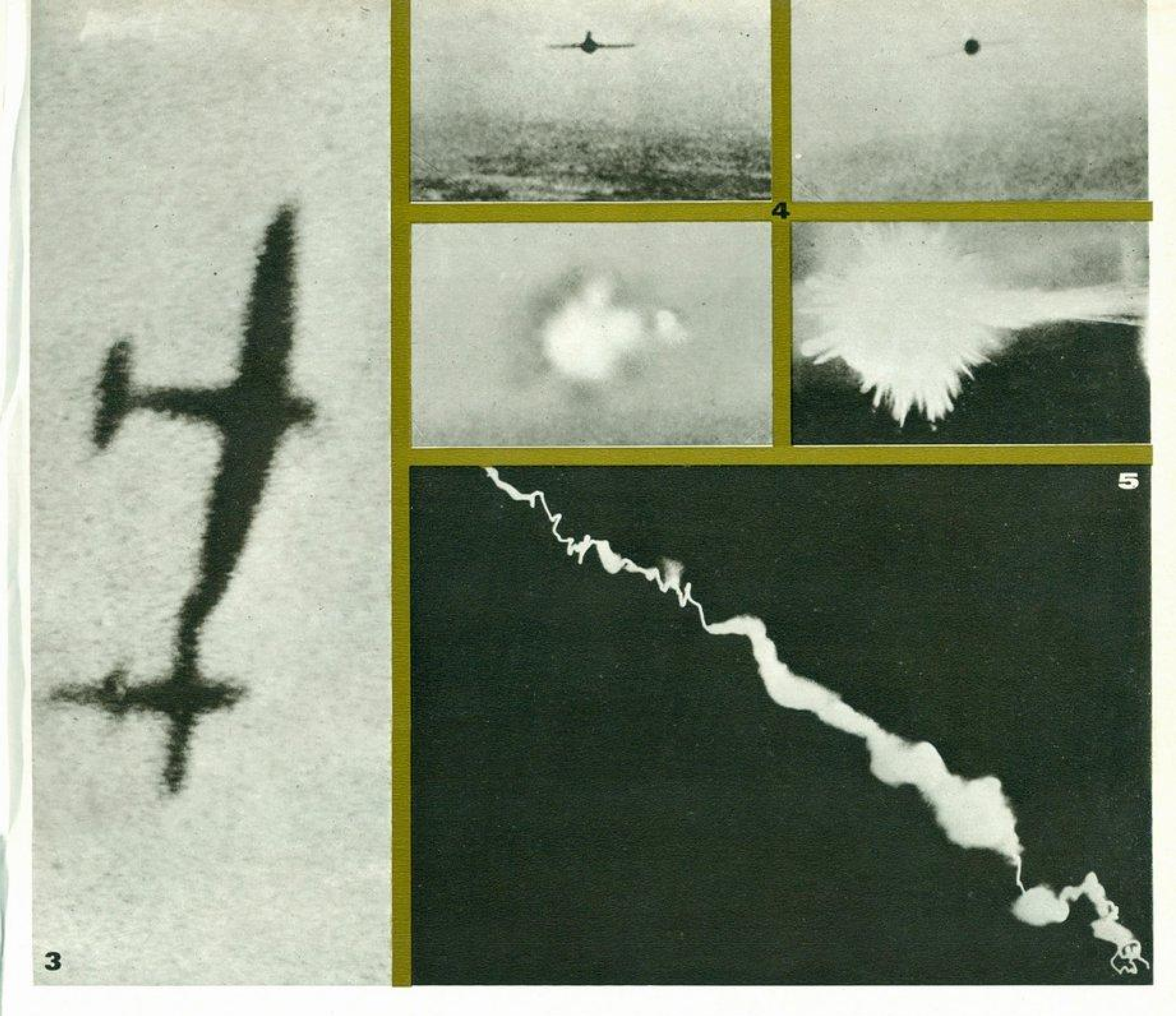
En sus ataques a las bases de las *V-1*, la RAF y la USAAF habían lanzado muy pocas bombas sobre las nuevas instalaciones, ya que continuaban castigando las del viejo tipo, que habían sido abandonadas. Las bases modificadas, donde operaba el 155.º Regimiento *Flack*, eran desconocidas en aquella época (mes de junio), a excepción de las situadas en las inmediaciones de Bois Carré, Nucourt y Saint-Leu-d'Esserent.

En Gran Bretaña, mientras tanto, la defensa contra las bombas volantes fue confiada a un hábil general de escuadra aérea, R. M. Hill, que fue piloto de caza en la batalla de Inglaterra. Como comandante de la defensa aérea, controlaba los movimientos del mando antiaéreo (cuyo jefe era el teniente general sir Frederick Pile) y del mando aerostático del general de división aérea W. C. C. Gell.

Cuando se pudo determinar que la cota operativa de las *V-1* se hallaba sobre los 700-1000 metros, los artilleros se encontraron en una situación comprometida: en efecto, aquella cota era demasiado baja para las piezas de artillería pesada y demasiado alta para las ligeras. La velocidad de las bombas volantes era elevada: alrededor de los 540 km/h cuando rebasaban la costa inglesa y de los 650 en su fase de aproximación a Londres. Cierto era que había aviones capaces de alcanzarlas, e incluso de superarlas, como el *Spitfire XIV*, el *Mustang III*, el *Tempest IV* y el *Mosquito*, caza nocturno; pero, desgraciadamente, no tenían tiempo ni espacio suficientes para seguir a una *V-1* en el cielo de Inglaterra sin entrar demasiado pronto en el área batida por la artillería antiaérea.

Londres: único objetivo

La primera prueba auténtica para la organización defensiva se produjo el 15 de junio, cuando Heinemann ordenó al coronel Wachtel la reanudación de la ofensiva aérea. Durante 24 horas se lanzaron desde las rampas 244 bombas volantes contra Londres. De éstas, 144 atravesaron la costa sudoriental inglesa, 73 cayeron en el área del Gran Londres y unos 2/3 estallaron al sur del Támesis. Otras cien *V-1* no llegaron a superar el canal de la Mancha: 45 se precipitaron inmediatamente después de su lanzamiento y destruyeron nueve instalaciones, y una cayó sobre un pueblo francés causando la muerte a diez personas.



Cuando se inició la serie de lanzamientos, Heinemann se encontraba en el *bunker*, sede del mando del coronel Wachtel, y permaneció a la escucha de las noticias de la radio de a bordo del avión de observación. El piloto refería que el enrojecimiento del área atacada era «más brillante de lo que había visto nunca después de los ataques aéreos convencionales desencadenados por el IX *Luftkorps*».

El Mando Supremo alemán anunció entonces por radio la ofensiva, diciendo que «Inglaterra meridional y la zona de Londres han sido bombardeadas con bombas volantes de altísimo potencial explosivo, de nueva concepción, durante la noche última y esta mañana».

El 17 de junio, los tres jefes británicos de Estado Mayor, Tedder, Hill y Pile, se reunieron con Churchill para tratar de las nuevas exigencias defensivas. La opinión de Hill y de Pile consistía en afrontar el ataque reforzando las defensas mediante una distribución más eficaz de la artillería antiaérea, los aviones y los globos cautivos. Además, los reunidos enviaron una petición al general Eisenhower «para la adopción de todas las medidas posibles aptas para neutralizar las bases de lanzamiento que no se interfirieran con las exigencias esenciales de la batalla de Francia».

El propio día 17 de junio, Hitler voló a Francia para congratularse con Heinemann y Wachtel. Prohibió apuntar los «huesos de cereza» –como llamó a la bomba cohete– sobre ningún objetivo que no fuese Londres y ordenó un inmediato aumento de la producción de aquella arma. Al día siguiente, una bomba volante destruyó la capilla de la guardia del cuartel Wellington, situado a unos centenares de metros de Buckingham Palace. Cuando la capilla fue alcanzada, se estaba celebrando en ella un oficio matutino y murieron 121 personas. Aquel mismo día salió de su rampa de lanzamiento la *V-1* número quinientos.

Eisenhower se apresuró a ordenar que a las operaciones contra las bases de las *V-1* y de las *V-2* (llamadas convencionalmente *Cross-bow*) se les diera prioridad inmediatamente después de las urgentes exigencias de la batalla de Francia. No obstante, con gran alivio por parte de Hitler, Eisenhower no consideró la oportunidad de invadir la región de Dieppe para alcanzar, a través del Paso de Calais, las bases de las *V-1*. Y, sin embargo, una operación de este tipo se habría podido organizar en poco tiempo.

Por otra parte, el empleo de los bombarderos aliados en otras actividades menos vinculadas con la campaña terrestre constituyó una gran ventaja para los alemanes. Pero el *Führer*, una vez más, subestimaba la firme decisión británica de superar las dificultades y de evitar cualquier ocasión que les indujera a movimientos arriesgados. Hitler estaba satisfecho: Gran Bretaña estaba de nuevo bajo su fuego y padecía más que durante los meses del otoño de 1940. Afirmaba que los ataques de la *V-1* «inmovilizaban en el suelo cientos de aviones enemigos... proporcionando un notable alivio a la patria y a los teatros de guerra occidentales». También parecía impresionado por la economía de las *V-1*: «No hace falta carburante para el vuelo de regreso», exclamaba.

El 29 de junio ya se habían lanzado sobre Gran Bretaña dos mil bombas volantes.

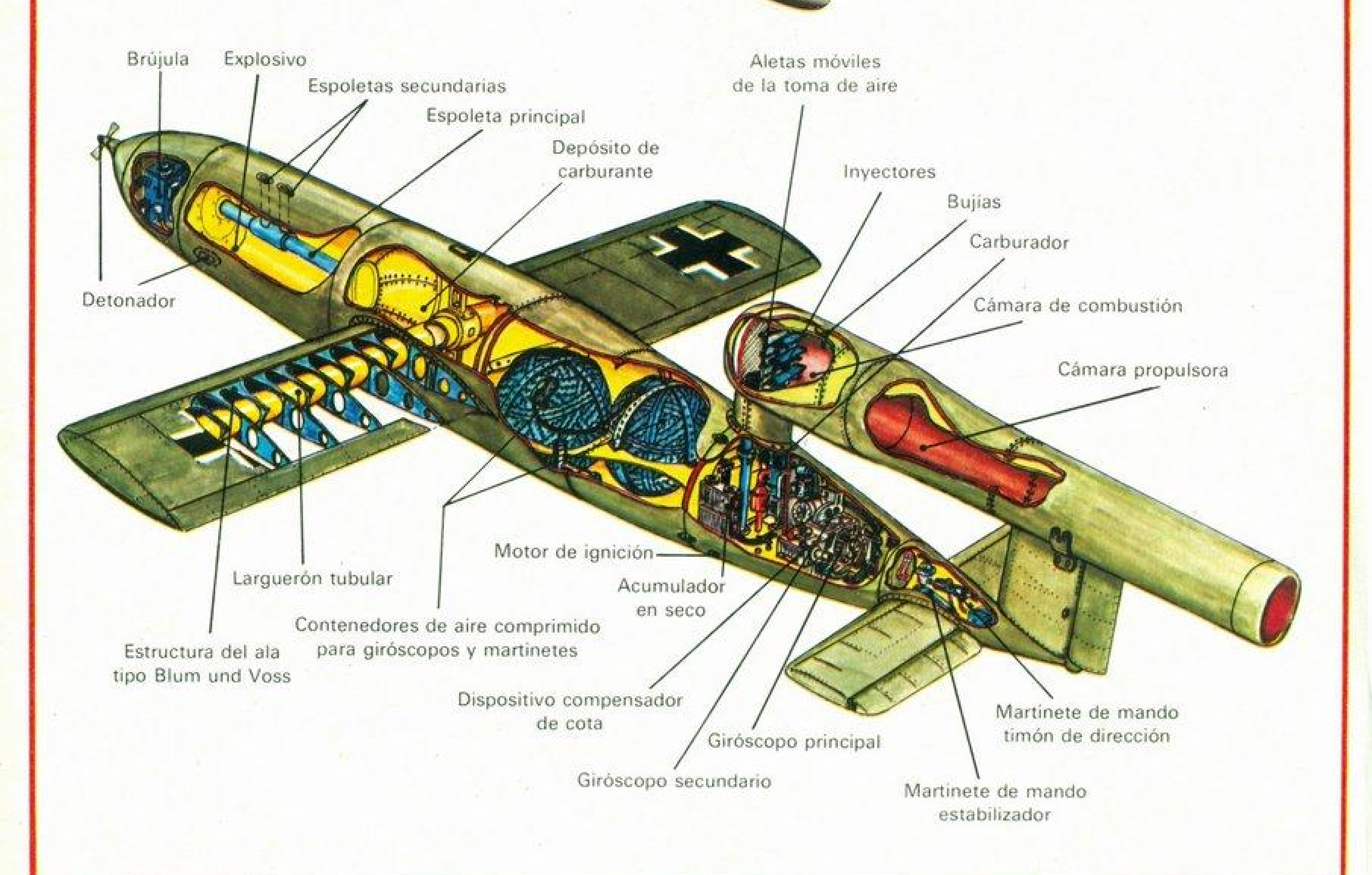
Mientras tanto, los defensores, en el sur de Londres, habiendo llegado a la conclusión de que se carecía del suficiente número de cañones y de aviones, decidieron modificar su disposición. La solución adoptada consistió en crear un cinturón de bocas de fuego a lo largo de la costa, desde Newhaven a la bahía Saint Margaret, así gozaban de un campo de tiro ilimitado y además los proyectiles estallarían sobre el mar, sin daño para nadie.

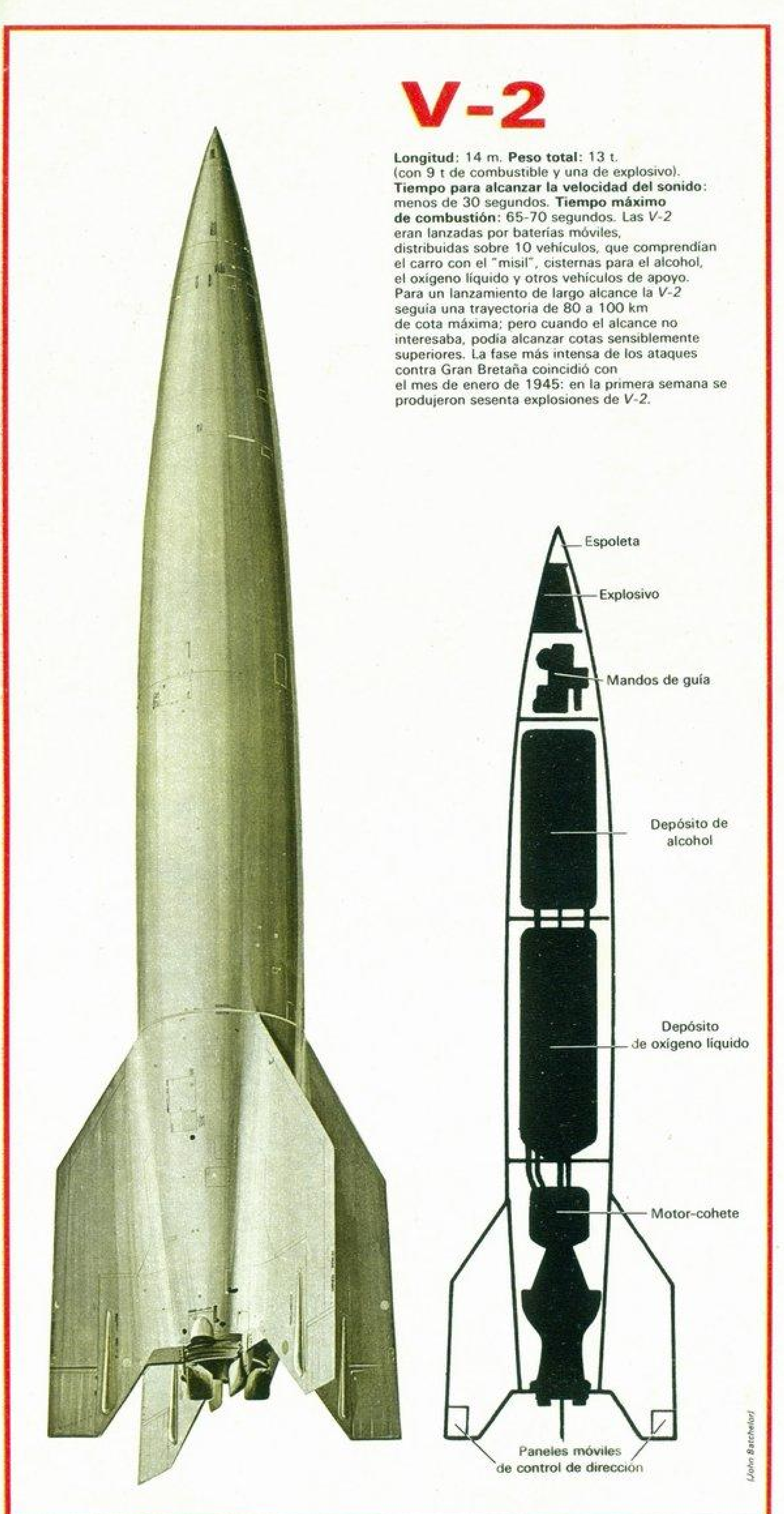
Los proyectiles, dotados de las nuevas espoletas de proximidad, que producían la explosión al llegar a una determinada distancia del objetivo, ayudarían a compensar la carencia de piezas pesadas contra las bombas cohete que volaban

(John Batchelor)

V-1

Obra del científico alemán Albert Pullingberg. Su verdadero nombre era *Fieseler Fi 103*, en código *Kirschkern*, pero fue rebautizada *Vergeltungswaffe* 1 (arma de represalia n.° 1); el personal para su servicio la denominaba más simplemente *Krähe* (corneja). **Envergadura:** 4,88 m. **Longitud:** 7,62 m. **Peso total:** 2 t (incluida una tonelada de explosivo y media de carburante). La autonomía máxima fue elevada a 400 km, para poder dirigir la bomba volante sobre Londres incluso desde posiciones situadas en Holanda. Normalmente las *V-1* partían desde rampas de lanzamiento terrestres, pero también podían ser lanzadas desde el aire por bombarderos *Heinkel 111* debidamente modificados. Entre 1944 y 1945 las *V-1* dirigidas contra Gran Bretaña fueron 10.500; 8892 lanzadas desde rampas y 1600 desde aviones.





Longitud: 14 m. **Peso total:** 13 t. (con 9 t de combustible y una de explosivo). **Tiempo para alcanzar la velocidad del sonido:** menos de 30 segundos. **Tiempo máximo de combustión:** 65-70 segundos. Las *V-2* eran lanzadas por baterías móviles, distribuidas sobre 10 vehículos, que comprendían el carro con el "misil", cisternas para el alcohol, el oxígeno líquido y otros vehículos de apoyo. Para un lanzamiento de largo alcance la *V-2* seguía una trayectoria de 80 a 100 km de cota máxima; pero cuando el alcance no interesaba, podía alcanzar cotas sensiblemente superiores. La fase más intensa de los ataques contra Gran Bretaña coincidió con el mes de enero de 1945: en la primera semana se produjeron sesenta explosiones de *V-2*.

bajas; a su vez, los especialistas en radar opinaron que también sus dispositivos funcionarían mejor si se colocaban a lo largo de la costa.

La nueva colocación permitía a los cazas mejores posibilidades de perseguir su presa a lo largo del trayecto desde la costa a los North Downs.

Por su parte, los pilotos de caza habían descubierto que era muy peligroso situarse demasiado cerca de una *V-1*: la distancia de seguridad debía ser, por lo menos, de 200 metros. Además, determinaron que el mejor sistema consistía en atacar a las *V-1* de flanco y luego, llegados a la distancia de seguridad, disparar para hacerla desviar de su ruta. Algunos pilotos, que se habían quedado sin municiones o con las ametralladoras de a bordo atascadas, se aproximaban a la bomba volante, llevaban la punta de una de sus alas por debajo de las aletas de la *V-1* y luego, inclinando rápidamente el aparato en sentido contrario, imprimían a la bomba un giro que la ponía fuera de ruta. Otro sencillo método para interceptar una bomba volante consistía en volar delante de ella, haciendo que la estela del avión la desequilibrase y perdiera asimismo su ruta.

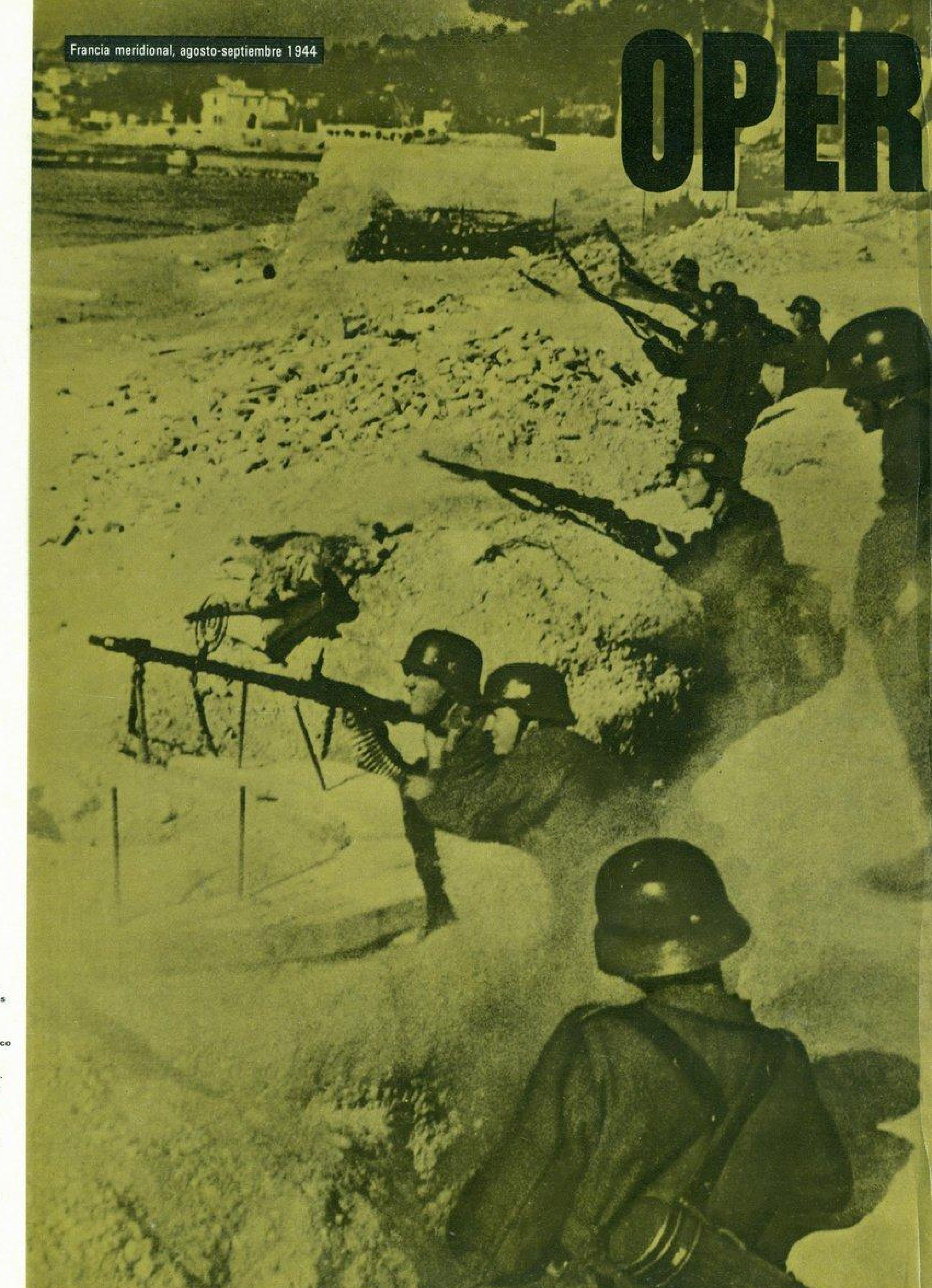
120 bombas volantes diarias

Mientras los alemanes mantenían un promedio de lanzamiento de 120 bombas volantes diarias, la misión esencial de la defensa era seguir bombardeando las instalaciones de lanzamiento de aquéllas. Hacia fines de junio, más del 40 % de la actividad de los bombarderos aliados en Gran Bretaña se dirigió contra los objetivos *«Crossbow»*; y ello a despecho de la oposición de algunos comandantes aliados, que consideraban más oportuno efectuar mayores operaciones estratégicas sobre Alemania.

Pero, pese a los continuos bombardeos sobre las bases operativas logísticas de las *V-1*, durante la primera semana de julio todavía se lanzó el mismo promedio de 120 bombas volantes diarias. Después de las dos primeras semanas de bombardeos, las pérdidas sufridas alcanzaron la cifra de 1769 muertos: en el Strand resultó alcanzado el propio Ministerio del Aire, donde perecieron 198 personas. El día 1 de julio, una bomba cayó sobre Chelsea y causó la muerte a 124 personas. Cuatro días más tarde, la lista completa de pérdidas alcanzaba ya 2500 muertos. Se consideró la posibilidad de aplicar medidas represivas contra ciudades y pueblos de Alemania, pero semejantes represalias probablemente no hubieran variado la situación. Y, por otra parte, Eisenhower se opuso a ello.

El 19 de julio, el cinturón antiaéreo contaba con 1600 cañones y unos 200 lanzacohetes, y el número de globos cautivos había sido aumentado en varios centenares. Los hombres de la defensa pasiva y los pilotos de caza derribaban un número cada vez mayor de bombas volantes, y al final de aquel mes, las cifras comenzaron a mostrar una notable tendencia a ir en aumento.

Las «armas de represalia» de Hitler eran armas terroristas, apuntadas sobre Londres, donde el índice de algunas producciones bélicas disminuyó, en efecto, a causa del tiempo perdido durante las incursiones y por la pérdida de hombres, muertos o heridos, dedicados al trabajo. Por añadidura, las fuerzas aéreas aliadas habían sido distraídas de sus principales misiones de apoyo táctico a las fuerzas terrestres. Pero, de todos modos, todo hubiera podido ser mucho peor, como revela el general Eisenhower en su libro *Crusade in Europe*: «Es probable que si los alemanes hubieran conseguido perfeccionar y emplear aquellas nuevas armas seis meses antes, la invasión de Europa por parte de las fuerzas aliadas habría resultado excesivamente difícil, acaso imposible. Tengo la certeza de que si hubiesen logrado emplear dichas armas con seis meses de anticipación, y hubiesen considerado la región Portsmouth-Southampton como uno de sus principales objetivos, la Operación "Overlord" habría debido ser anulada»



Sirvientes de ametralladoras alemanes durante un ejercicio antidesembarco en la costa francesa del Mediterráneo. Los alemanes habían desplegado en el sur de Francia tres Cuerpos de Ejército, con un total de nueve divisiones, encuadradas en el Ejército 19, bajo el mando del general Blaskowitz. *(Süd Verlag)*

ACION "ANVIL"

Robert Cooper

¿Por qué invadir el sur de Francia? Esta fue una de las decisiones más discutidas de la guerra, porque daba a entender que el peso del avance aliado en Italia se desplazaba hacia Occidente, dejando por lo tanto a los soviéticos la misión de liberar Europa central, y tanto más, por cuanto la Operación "Anvil" no coincidiría con la Operación "Hammer" en Normandía, como en principio se había previsto. Los ingleses protestaron, pero al fin prevaleció la opinión de los norteamericanos y de los rusos; y así la operación se inició dos meses y diez días después del "D-Day". Los alemanes fueron arrojados de Francia meridional y del valle del Ródano y perdieron un tercio de sus fuerzas situadas en el Sur. Por consiguiente, Eisenhower tuvo a su disposición otras diez divisiones para la campaña de otoño. Sin embargo, considerando el abandono del teatro de guerra de los Balcanes por parte de los anglonorteamericanos, cabe preguntarse, ¿la Operación "Anvil" fue verdaderamente la acción adecuada?

La invasión del sur de Francia, conocida como Operación «Anvil» (yunque) se convirtió en la más discutida y, en muchos aspectos, en la peor operación de la guerra. Algunos quizá la consideraron también la más costosa, ya que anuló toda posibilidad de poner término a las hostilidades a finales de 1944; según esta misma opinión, habiendo alterado la estrategia aliada en el Mediterráneo, contribuyó a alterar asimismo la estrategia de Occidente, en inmediata ventaja de Hitler y remoto beneficio de Stalin.

La Operación «Anvil», prevista al principio por el comité de jefes de Estado Mayor como movimiento de distracción o de amenaza para empeñar las tropas alemanas en el sur de Francia, se convirtió luego en parte de la «gran estrategia», concebida por Roosevelt y avalada en la conferencia de Teherán de 1943, y fue el precio pagado por los jefes británicos para obtener la continuación de la ofensiva en Italia. A falta de un acuerdo entre los miembros del Estado Mayor, los norteamericanos acudieron indudablemente a Teherán confiando en el apoyo de Stalin para el lanzamiento de la Operación «Anvil», que preveía el empleo de diez divisiones antes del desembarco en Normandía. Al término de los trabajos del primer día, Roosevelt decía a su hijo Elliot: «No veo razón alguna para poner en peligro la vida de los soldados norteamericanos por proteger los reales o presuntos intereses británicos en el continente europeo. Estamos en guerra y nuestro deber es ganarla lo antes posible y sin correr aventuras». Stalin no tenía entonces el menor interés en apoyar operaciones contra Austria y Yugoslavia, y se sintió muy complacido ante la propuesta norteamericana de interrumpir las operaciones bélicas en Italia para invadir el sur de Francia un mes antes de la Operación «Overlord». A este respecto Brooke escribió:

«Estoy seguro de que (Stalin) aprobó la operación no tanto por su valor estratégico, sino porque estaba de acuerdo con sus futuros planes políticos. Era demasiado buen estratega para no ver la debilidad del plan norteamericano. La capacidad operativa de nuestras divisiones, trasladadas desde Italia a Francia meridional, quedaría reducida a la mitad en la primera fase. Por otra parte, aquel plan requería todo el mes de abril para el aniquilamiento de las fuerzas alemanas y ello sucedería mientras en Italia los combates se hallaban en un punto muerto y la Operación «Overlord» no había comenzado todavía. Estoy seguro de que Stalin intuyó el yerro de aquella concepción estratégica; pero a él no le interesaba en absoluto. A la sazón, sus ambiciones políticas y militares podían ser mejor satisfechas, con el mayor derroche de vidas inglesas y norteamericanas, en el teatro de la guerra francés. Estábamos llegando a un punto muy peligroso, y su malicia, favorecida por la ceguera norteamericana, hubiera podido arrastrarnos a quién sabe dónde».

Indecisión para la Operación «Overlord»

Se ha dicho que el coraje de Churchill y la tenacidad de Brooke ofrecieron a los jefes militares, aparte las objeciones de Stalin, la libertad para hallar un compromiso menos rígido, mediante el cual, para tener empeñados a los alemanes, la ofensiva en Italia debía continuar hasta llegar a la línea Pisa-Rímini, mientras que los tiempos y los objetivos de la Operación «Anvil» sólo debían ser definidos tras haber conocido la cantidad de navíos disponibles para la realización del plan. En cambio, se confirmó el principio de que los desembarcos en Francia septentrional y meridional debían ser más o menos simultáneos. Pero, como Brooke había previsto, se estaba pidiendo un imposible. Una vez determinada la extensión de la Operación «Overlord», el propio Eisenhower hubiera podido exigir el aplazamiento de la Operación «Anvil» por falta del número suficiente de medios de desembarco; y si entonces no hubiese mediado la insistencia de Marshall, hubiera visto con muy buenos ojos el abandono de semejante operación. Las discusiones a los diversos niveles políticos y militares llegaron al máximo de la futilidad: si los ingleses procuraban ganar tiempo y obtener libertad de acción, las vacilaciones para la ocupación de Roma parecían favorecer su juego.

El 13 de junio, el comité de jefes de Estado Mayor sólo consiguió ponerse de acuerdo sobre la directriz que limitaba el avance en Italia hasta los Apeninos; en cambio, sobre lo referente a las operaciones anfibias, se reservaba la elección entre tres posibilidades: el Mediterráneo occidental, el golfo de Vizcaya o bien el alto Adriático. La futura decisión dependería del desarrollo de los acontecimientos. En otras palabras, el deseo de Gran Bretaña de contar con libertad de movimientos continuaba en discusión, si bien, con gran contrariedad de Brooke y de sus colegas, los norteamericanos retiraron el ofrecimiento de enviar desde el Pacífico medios de desembarco para carros armados. Entre las tres soluciones citadas, Wilson hubiera preferido una operación en Istria, para amenazar el flanco y la retaguardia de Alemania; pero ello bastó para hacer revivir todas las sospechas de Marshall respecto de las miras británicas en los Balcanes. Sus exigencias sobre la Operación «Anvil» y sobre la necesidad de puertos en Francia meridional se hicieron todavía más perentorias.

El intento efectuado por el primer ministro para superar el punto muerto mediante una directa apelación a Roosevelt no tuvo éxito. «Cuanto más pienso en la Operación "Anvil" –telegrafió el 28 de junio–, más estéril e ineficaz me parece». Aunque el primer deseo consistía en ayudar al general Eisenhower del modo más rápido y positivo, «no consideramos que ello deba comportar necesariamente el completo fracaso de nuestras operaciones en el Mediterráneo y nos parece absurdo que se pueda pretender tal cosa de nosotros». Y más adelante advertía: «No renunciemos a las grandes ocasiones de los comandantes del Mediterráneo y entretengamos en el golfo de León a los alemanes con amenazas y movimientos de distracción secundarios. Procuremos que no naufrague una gran campaña por amor a otra. Es posible vencer en ambas». Pero la respuesta del presidente fue negativa: apoyaba plenamente a Eisenhower y afirmaba no poder desviarse de la «gran estrategia» de Teherán sin consultar a Stalin. «Mi querido amigo, se lo ruego, continuemos adelante con nuestros planes».

En Estados Unidos era año de elecciones, y en su respuesta el presidente se mostró muy vago: «No puedo aceptar –escribía– el empleo de tropas estadounidenses contra Istria ni contra los Balcanes, ni puedo pretender que los franceses permitan el envío de tropas suyas a aquel sector... Por estrictas razones políticas internas, no podría resistir ni un minuto más si a la Operación "Overlord" le sucediera un solo y pequeño revés, sobre todo si después se llegase a saber que diversas unidades habían sido desplazadas y empleadas en el teatro de guerra de los Balcanes». A esto

respondió Churchill que nadie había pensado nunca en enviar divisiones a los Balcanes; pero Istria y Trieste eran posiciones políticas y estratégicas que hubieran podido provocar profundas y amplias reacciones en la situación internacional, especialmente después del avance soviético. Parece una paradoja que Roosevelt, cuya antipatía hacia De Gaulle era tan notoria, apelase al problema francés. Siempre había sido contrario a cualquier acción de los Aliados encaminada a imponer a Francia un gobierno determinado, aunque se debe aceptar que las divisiones francesas destinadas a la Operación «Anvil», operando en los centros comunistas del Sur, debieron desempeñar un papel preponderante en la ascensión al poder del general De Gaulle.

Última tentativa de Churchill

Así, pues, a fin de cuentas la operación debía llevarse a cabo. Antes que arriesgarse a un nuevo atolladero, Churchill se inclinó ante la voluntad del aliado más poderoso, y el 2 de julio el general Wilson recibió la orden de atacar Francia meridional el día 15 de agosto. Ello no significaba, sin embargo, que el primer ministro hubiese variado de opinión. En efecto, diez días más tarde, los jefes británicos, en un cablegrama enviado a Washington, discutían aún semejante estrategia; y Churchill transmitía un mensaje en que decía haber aceptado con reservas «un teatro de operaciones donde nos había sido concedido el derecho de nombrar al comandante supremo». Podían estar seguros de que los ingleses harían todo lo que pudieran para asegurar el éxito de la empresa; él esperaba tan sólo que ésta no perjudicase planes más importantes. Luego, el hundimiento del frente de Normandía le indujo a otra tentativa: desplazar la Operación «Dragoon» (nuevo nombre dado a la operación por sugerencia de Churchill) hacia uno de los puertos de Bretaña –por ejemplo, Saint Nazaire–, localidad más directamente accesible a los transportes de tropas norteamericanas, lo cual hubiera permitido llevar inmediatamente a las fuerzas atacantes al campo de batalla. Pero al no obtener de Washington resultado alguno, celebró con Eisenhower varias conversaciones, que el comandante supremo calificó como las más penosas de la guerra. Sin duda alguna, Churchill temía que en aquella región, tan adecuada para la guerra defensiva, los combates pudieran resultar excesivamente sangrientos, pero su tenacidad puede explicarse por su recóndita esperanza de que la Operación «Dragoon», o parte de ella, pudiera ser desviada hacia el estancado teatro de operaciones italiano.

Pero diez días de discusión no consiguieron alterar la posición de Eisenhower. Durante una de las sesiones más difíciles, le sorprendió hallar al primer ministro «excitado, trastornado y también abatido», preocupado por tener que «acudir al rey para renunciar a su alto puesto». Acusaba a Estados Unidos de representar el papel del «amigo poderoso y dominador», en vez de procurar comprender la posición inglesa en Italia. A ello Eisenhower sólo pudo responder que si Churchill tenía razones políticas para querer sostener una campaña en los Balcanes, debía tratar la cuestión con Washington: en el plano militar, él no podía hacer concesiones.

Una de las cartas que podía jugar era la de recordar que el general Montgomery, que en principio se había opuesto obstinadamente al plan, apoyaba ahora el desembarco en el sur de Francia; pero luego Montgomery calificó esta operación como «uno de los mayores errores estratégicos de la guerra». En su diario revela que se adhirió al plan con poco entusiasmo, pero que las tropas ya estaban concentradas en aquel sector y ya no podían, a aquellas alturas, ser transferidas a otro lugar; y además añade que «debía mostrarme bien dispuesto hacia Ike». Finalmente, la advertencia de Wilson sobre la necesidad de un reembarco y sobre el retraso impuesto por la mayor duración del viaje fueron factores que se volvieron contra los propios argumentos del primer ministro, quien el día 10 de agosto recibía la definitiva orden de actuar.

Es difícil valorar el alcance de una decisión tan discutida. En realidad, el principal resultado de la Operación «Dragoon» fue haber concedido a las tropas regulares francesas la posibilidad de participar en la liberación de Francia y haber ofrecido a los gaullistas un oportuno margen de *gloire*. Ahora bien, desde el punto de vista estrictamente militar, las ventajas obtenidas con una victoria rápida, casi sin oposición, y la apertura de nuevas vías de comunicación pasaron a segundo plano a consecuencia de haberse acentuado aquello que Montgomery llamó «el freno del sur» a expensas de la estrategia septentrional; en efecto, una vez lanzado el ataque, Hitler pudo enviar a Francia dos divisiones escogidas de *Panzergrenadier*, mientras transfería a Polonia la *Panzerdivision Herman Goering*.

Desde el punto de vista político, la Operación «Dragoon» tenía toda la apariencia de una equivocación histórica. El general Clark, que como comandante americano en Italia conocía en toda su profunda extensión el significado verdadero de la ocasión perdida, la definió como uno de los más «evidentes errores políticos de la guerra», ya que había debilitado una campaña que hubiera podido cambiar por completo el curso de las relaciones entre el mundo occidental y la Rusia soviética. Algunos de los pasajes más agudos de las memorias de Churchill se refieren, precisamente, a sus conversaciones con Clark.

Actualmente, en diversos lugares de la costa, una lápida recuerda la llegada de las primeras tropas francesas; pero lo más probable es que muy pocos de los que frecuentan las arenosas calas de Maures y la costa roja de Estérel piensen en aquel día de agosto que vio el desembarco de las tropas aliadas. En contraste con los recuerdos de Normandía, ¡todo aparece tan inverosímil en el Sur! La fase inicial del desembarco parece haber pasado inadvertida. No había problemas de marea en esta costa baja que se extiende entre Cavalaire y Agay. Aquí fue donde, a las 8 de la mañana del día 15 de agosto, las primeras oleadas –unos 12 batallones del Cuerpo de Ejército VI americano, al mando del general Lucian K. Truscott– tocaron tierra, hallando tan sólo una resistencia sorprendentemente débil. En la bahía de Cavalaire y en la de Pampelonne desembarcaron tropas de la División 3 americana, mientras otras dos divisiones estadounidenses entraban en acción: la 45 al este de Sainte Maxime-sur-Mer y la 36 al este y al oeste de Agay. No obstante, y aunque el peso principal del ataque dependía de estas experimentadas divisiones americanas llegadas de Italia, el honor de la empresa se confió oportunamente a los comandos franceses desembarcados durante la noche en Cap Nègre y en Pointe de l'Esquillon, sobre los flancos de la zona de desembarco.

Se encomendó a una unidad especial americana la misión de eliminar la artillería pesada desplegada en las islas de Port-Cros y Levant, que dominaban la zona de fondeo. Patch, soldado rudo, pero hombre de sentimientos, que fue comandante de una unidad en Guadalcanal, evitó, durante todo el tiempo que duró el avance, cualquier movimiento que pudiera molestar el prestigio francés; fueran cuales fueran las recriminaciones en los niveles más altos, la verdad es que el espíritu de rivalidad entre las tropas de los dos Ejércitos que operaban en el sector de Provenza se mantuvo siempre en un plano muy deportivo y amistoso.

Un momento emocionante fue cuando se dio la señal de desembarco al comandante de los comandos franceses: «El almirante, los oficiales y la tripulación de la Escuadra aliada saludan al teniente coronel Bouvet y a sus hombres, que tienen el honor de ser los primeros en poner pie sobre las costas de su tierra y liberar a su patria. Que Dios les asista y les proteja.»

Los meses durante los cuales la Operación «Anvil-Dragoon» permaneció en suspenso permitieron a los oficiales reelaborar los planes y proyectarla en sus detalles más nimios; y hoy, en realidad, puede considerarse como un clásico ejemplo de operación anfibia. Antes de abandonar el Mediterráneo, Eisenhower confió la dirección de las operaciones al mando del Ejército 7 americano y el estudio de los planes detallados se inició inmediatamente después de la llegada de Wilson para asumir el mando de las fuerzas aliadas en Argelia. Y en efecto, por sugerencia de Wilson, su segundo comandante, el general Jacob Devers, recibió luego el encargo de organizar el Grupo de Ejércitos VI; este general debía asumir, una vez efectuada su conjunción con las fuerzas de la Operación «Overlord», el mando del Ejército 7 estadounidense y del Ejército 1 francés, ambos notablemente reforzados.

Esto quería decir que no sólo se privaba a Alexander de divisiones enteras, sino también de muchos de sus mejores oficiales de Estado Mayor, es decir, de hombres que necesariamente eran conocedores de los procedimientos de trabajo franceses.

Mayores roces surgirían aún a causa de la condición de las tropas francesas y de su natural deseo de ver desembarcar en Francia a un Ejército francés autónomo. De Gaulle nunca aceptó la idea de que el control americano sobre toda la organización logística y sobre los inmensos recursos que exigían las operaciones, les confiriesen también un *droit de seigneur* sobre las siete divisiones del Ejército francés B, a las órdenes del general



Francia meridional, 15 de agosto de 1944: comienza la Operación «Dragoon». A las 8 horas, tropas norteamericanas saltan a tierra en la costa de la Riviera francesa. En esta zona los desembarcos se desarrollaron sin incidentes, quizás porque los masivos bombardeos aéreos aliados destruyeron por completo las defensas costeras o quizás porque la invasión sorprendió a los alemanes, que no esperaban un ataque en este sector. (Foto G M)

de Lattre de Tassigny, futuro mariscal de Francia, quien compartía plenamente las ideas de De Gaulle sobre la *grandeur* francesa. Se aceptó un compromiso mediante el cual se establecía que las fuerzas francesas, en la primera fase de las operaciones, dependerían directamente del general Patch, mientras que, una vez llegadas a la zona de operaciones, el general de Lattre de Tassigny asumiría el mando táctico del Cuerpo de Ejército francés.

El general de Lattre, *le Roi Jean* para sus tropas, convirtió en leyenda su vehemencia y su *panache*; era un hombre que creía en su buena estrella, y en el cual Lyautey ya vio un elemento nacido para la acción cuando aún no era más que un joven oficial en Marruecos. Era un militar vehemente y exuberante; no toleraba la rigidez de los sistemas anglosajones y basaba su impecable disciplina en el afecto de sus soldados. Quizá hubiera sido el Ney de los tiempos de Napoleón, y desde luego, ha sido considerado como uno de los más grandes comandantes de su época, aunque sólo fuera por la personalidad que supo imprimir, ya en la posguerra y como jefe de Estado Mayor, al moderno Ejército francés. Las dificultades que creó al Mando aliado hubieran sido sin duda menores si se hubiese creído en el espíritu de cruzada con que él y sus divisiones concebían la liberación.

Contribuyó a darle fama su capacidad para interesar en todo cuanto hacía, capacidad que algunos han considerado como propia de un actor; pero no cabe duda de que un cierto grado de teatralidad puede ser muy útil a un comandante. Sus relaciones con De Gaulle no eran muy estrechas, pero siempre existió entre ellos un recíproco y profundo respeto. «No era un hombre fácil –escribió De Gaulle–, pero tampoco yo lo soy. Nunca dejé de considerarlo y tratarlo como un *Grand Monsieur*.» La decisión de confiar el mando de las fuerzas francesas a un recién llegado de Vichy, como era De Lattre, daba la medida exacta de la capacidad de intuición de De Gaulle; pero De Lattre ya se había creado una aureola desde mucho tiempo atrás, especialmente durante la ofensiva alemana de 1940, con su obstinada defensa del punto clave de Rethel, en el Aisne, donde su valerosa División 14 consiguió mantener durante mucho tiempo las posiciones cuando ya los flancos habían sido desbordados.

Su temperamento y su magnética personalidad hacían de De Lattre el comandante ideal para la Operación «Dragoon»; era un hombre que sabía correr riesgos y para quien la rapidez era esencial. Todas las dudas de los americanos se desvanecieron ante la habilidad con que, en el curso de los días 17 y 18 de junio, consiguió ocupar el Elba a pesar de la encarnizada resistencia opuesta por el enemigo. Por su conocimiento de la Francia ocupada, una de las mayores preocupaciones de De Lattre fue la de anular la tendencia de sus soldados a minimizar el trabajo de la Resistencia, la cual, además de realizar operaciones de hostigamiento contra el enemigo en retirada, aún debía prestar incalculables servicios durante los combates para la liberación de Tolón y de Marsella.

En mayo, el Mando de las fuerzas aliadas había creado el Centro Operativo de planes especiales, compuesto por oficiales británicos, americanos y franceses, con el fin de reorganizar las FFI (fuerzas francesas del interior) en la zona de desembarco, pues se habían revelado ciertas divergencias políticas entre los 500 ó 600 *maquisards* armados. Poco antes de los desembarcos se lanzaron al Sur siete grupos de los llamados *Jedburgh*, con el encargo de ponerse en contacto con las fuerzas francesas nacionales; luego fueron apoyados por refuerzos que constaban de tres grupos operativos más consistentes para poder efectuar operaciones de sabotaje. Las actividades políticas del Centro Operativo tendían a oponerse a la influencia comunista ejercida por el Comité Militar de Acción (COMAC), un órgano del Consejo Nacional de la Resistencia que reivindicaba para sí el control sobre los *maquis*.

Descripción del plan

Eisenhower, futuro comandante de la Operación «Dragoon», se interesó mucho en su planificación, y en julio precisó a Maitland Wilson los objetivos, que serían los siguientes:

- empeñar y destruir las fuerzas enemigas que, de no hacerlo así, podrían ser empleadas contra la Operación «Overlord»;
- asegurarse la disponibilidad de un gran puerto en el sur de Francia para el posterior envío de fuerzas;
- avanzar hacia el Norte para amenazar los flancos y las comunicaciones enemigas;
- abrir vías de comunicación para el abastecimiento de las unidades empeñadas en la Operación «Dragoon» y para los sucesivos refuerzos.

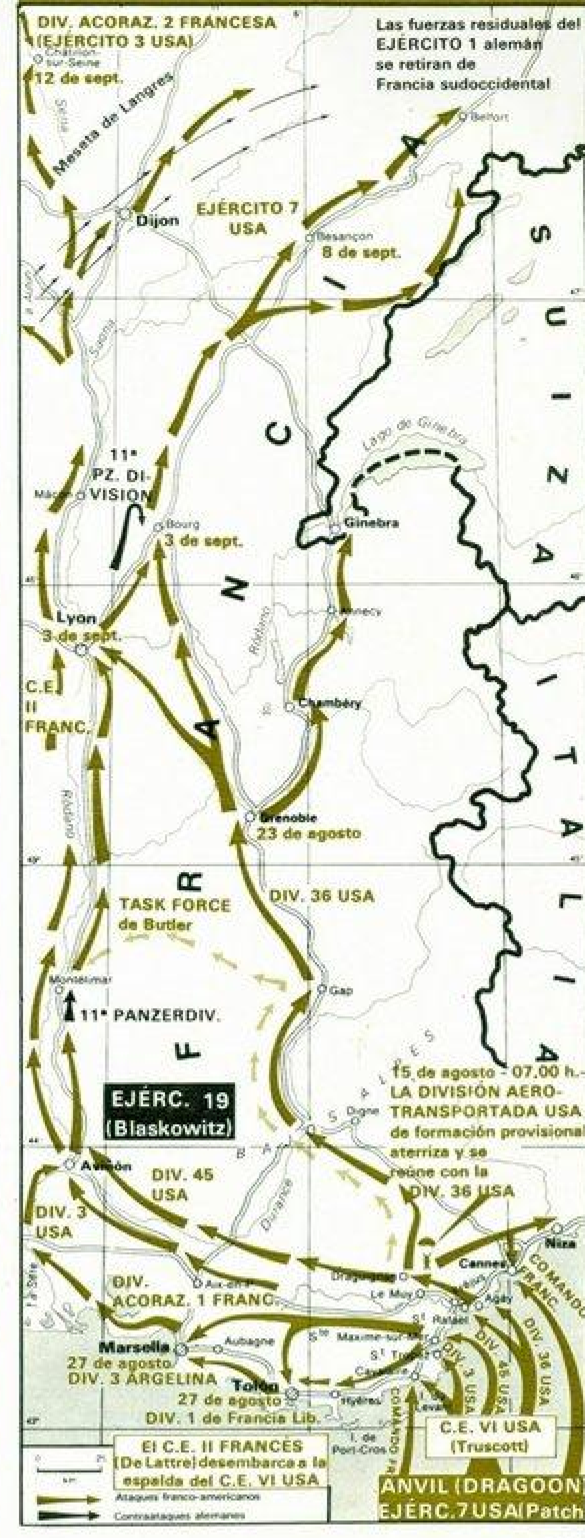
Estos objetivos podrían alcanzarse mediante la ocupación del puerto de Marsella, avanzando luego sobre Lyon a lo largo del valle del Ródano. El Mando del Mediterráneo se ocuparía de los problemas logísticos de las fuerzas que operasen en una determinada zona del Mediodía y también les aseguraría abastecimientos adecuados durante su avance hacia el Norte, en caso de que el Mando Supremo del Cuerpo Expedicionario aliado (SHAEF, *Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force*) no estuviese en condiciones de hacerlo. Wilson aceptó muchas de estas sugerencias, pero puso de manifiesto que sus servicios logísticos sólo podrían apoyar un avance de 360 km desde la zona de invasión y que se necesitarían otros abastecimientos ulteriores en caso de que se presentaran nuevas exigencias. En definitiva, su misión era la de alimentar a las fuerzas hasta que se realizase la unión de ambos frentes. Los dos mandos habían elaborado ya los detalles relativos a la asignación de los medios navales y de las unidades de desembarco, así como los relativos al apoyo aéreo necesario.

Las operaciones navales, dirigidas por el comandante en jefe, almirante sir Andrew Cunningham, fueron, aunque en menor escala, en cierto modo más peligrosas que las desarrolladas en el canal de la Mancha, puesto que los convoyes, salidos de lejanos puertos del Mediterráneo, debían navegar en solitario durante dos o tres días antes de converger en la zona de reunión. Las unidades procedentes de Italia se embarcaron en Nápoles y en Brindisi, y algunas divisiones francesas partieron de Orán y de Córcega; los grupos navales de apoyo llegaron desde Malta, Tarento y Palermo. En la operación tomaron parte 6 acorazados, 4 portaaviones, 21 cruceros y cerca de 100 destructores, junto a unos 500 buques de transporte, sin contar los medios de asalto menores. El mando de las operaciones de desembarco se confió al vicealmirante H. K. Hewitt, de la Marina americana, que tenía una gran experiencia en operaciones anfibias; sin embargo, más de la mitad de los medios navales eran británicos. Churchill, al describir la escena, escribió que, hasta donde se podía oír y ver, no se hizo un solo disparo, tanto al acercarse la flota como estando ya frente a la playa; los acorazados, entre ellos el *Ramillies*, casi suspendieron el fuego porque tuvieron la impresión de que allí no había nadie. Esto sucedía muy pocas horas después de los primeros desembarcos, y da una idea bastante exacta de la rapidez con que fueron arrolladas las defensas de tierra.

La sorpresa había sido completa; un resultado extraordinario debido en parte a la perfecta sincronización de la operación y en parte al engaño de que fueron objeto los alemanes. En efecto, un comandante de Cuerpo de Ejército alemán, capturado con su Estado Mayor en las primeras horas del desembarco, había sido informado oficialmente de que el desembarco tendría lugar aquella misma mañana en Génova, en un intento aliado de cercar las posiciones de los Apeninos. La idea de continuar los bombardeos preparatorios del desembarco sobre las baterías costeras emplazadas entre Sète y Génova tuvo por objeto reforzar estas suposiciones alemanas. Por otra parte, la gran fuerza naval de desembarco sostuvo

LOS ALIADOS INVADEN FRANCIA MERIDIONAL

La Operación "Dragoon" se inició con el desembarco efectuado, a las 8 horas del 15 de agosto de 1944, en la costa meridional francesa, entre Cavalaire y Agay, por tropas del Ejército 7 americano. Mientras el Cuerpo de Ejército VI de Truscott se abría en abanico y, articulado en dos columnas, avanzaba a través de las montañas a lo largo del curso del río Durance, el Cuerpo de Ejército II francés, al mando del general de Lattre de Tassigny, se dirigía al Oeste, a lo largo de la costa, en dirección a Tolón y a Marsella, ciudades que, atacadas simultáneamente, cayeron en manos francesas el 27 de agosto. Entre tanto, las fuerzas del Ejército 19 alemán se retiraban hacia el Norte, perseguidas por los americanos. El 23 de agosto cayó Grenoble y el 3 de septiembre Lyon fue conquistada por el ala izquierda del Cuerpo de Ejército VI, a la sazón reforzado también por tropas francesas. Los americanos rechazaron un contraataque de la 11.ª *Panzerdivision* en Bourg y avanzaron hacia el Nordeste, ocupando Besançon el 8 de septiembre al tiempo que la División 1 de la Francia libre, rebasaba la resistencia enemiga en Autun, el día 12 enlazaba en Châtillon-sur-Seine con la División Acorazada 2 francesa, que había tomado parte en el hundimiento del frente defensivo alemán en el norte de Francia.



UN NUEVO EJÉRCITO EN LA BATALLA POR LA CONQUISTA DE FRANCIA

Con acciones de sabotaje efectuadas contra las líneas de comunicación alemanas y con su actividad guerrillera, las fuerzas francesas del interior (FFI, que habían adoptado como emblema la cruz de Lorena) crearon, en el curso de la guerra, una enorme confusión entre las fuerzas alemanas, facilitando con ello las operaciones aliadas en el frente occidental. Luego, tras la invasión del sur de Francia, las fuerzas nacionales del interior, unidas a las tropas regulares, participaron en las acciones bélicas para la liberación de su patria. Codo a codo con las tropas del general de Lattre de Tassigny, los 2000 "maquisards" de Tolón sostuvieron durante toda una semana duros combates para liberar la ciudad, mientras en Marsella los grupos de la Resistencia, con el ardiente entusiasmo que caracterizó su lucha, aceleraron la victoria francesa. Otras unidades de las FFI, dirigidas por el general Zeller, también activaron la conquista de la zona de los Bajos Alpes, y, más al Norte, en la región de Grenoble (donde durante la ocupación la Resistencia había desempeñado un papel de primer orden) los "maquisards" prestaron un valiosísimo apoyo a las fuerzas aliadas. Con la Operación "Dragoon", las fuerzas francesas del interior entraron en la última y más entusiasta fase de su existencia.





A la izquierda: tras la liberación de Aix-en-Provence, un grupo de miembros de la Resistencia francesa desfila por las calles para festejar la victoria. A la derecha: partisanos franceses en acción contra los destacamentos alemanes durante los combates que las fuerzas francesas y americanas sostuvieron para liberar Lyon.

(Imperial War Museum)





A la izquierda: miembros de la Resistencia desfilan por las calles de Lyon. A la derecha: algunos partisanos franceses proporcionan información a un oficial americano. Conocedores del lugar y de la situación de las posiciones defensivas alemanas, los «maquisards» proporcionaron valiosos consejos a las tropas aliadas.

(Archivo Rizzoli)-(Imperial War Museum)

asimismo el engaño al mantener al principio una ruta directa hacia Génova, muy hacia el este de la península de St. Tropez. Esta formación naval fue descubierta el día 13 por un avión de reconocimiento y de nuevo por la tarde y por la noche del 14 de agosto. Pero mientras la neblina del Mediterráneo le proporcionaba una inesperada ocultación, el almirante Hewitt hizo desviar la flota sobre una ruta sudoriental con la precisión de un juguete mecánico. Asimismo, con el fin de inducir a los alemanes a creer que se hallaban ante una ofensiva sobre dos frentes, que tuviera por objetivo las zonas de Marsella-Tolón y Niza-Cannes, se recurrió a complicadas estratagemas anti-radar, lo que se consiguió mediante ingeniosos mecanismos montados en pequeñas unidades navales.

Las defensas alemanas eran, sin duda, mucho más fuertes de lo que se desprendía de las reducidísimas pérdidas sufridas en los desembarcos. El Ejército 19 germano, con su mando en Aviñón, había desplegado tres Cuerpos de Ejército, en Montpellier, en la desembocadura del Ródano y en la Riviera, con un total de 9 divisiones, una de las cuales acorazada y que podría recibir como refuerzo una división de infantería del Ejército 1, situado en la región de Burdeos. Los alemanes también contaban con fuertes contingentes de artillería y habían transformado las fortificaciones costeras en una muy bien defendida «muralla mediterránea». Sin embargo, todas estas fortificaciones habían sido machacadas por bombardeos masivos y de manera sistemática antes de la invasión, y la misma mañana del desembarco quedaron prácticamente inutilizadas al recibir más de 5000 toneladas de bombas arrojadas por las fuerzas aéreas del Mediterráneo y por los cañones de los buques. La superioridad aérea aliada era abrumadora: a los 5000 aparatos empleados en el Mediterráneo, de los que unos 2000 tenían su base en Córcega y en Cerdeña, los alemanes apenas pudieron oponer 200, muy pocos de los cuales sobrevivieron a los ataques efectuados antes de la invasión.

La única participación de las tropas británicas en las operaciones terrestres estuvo a cargo de la 2.ª Brigada autónoma paracaidista (al mando del general de brigada C. H. V. Pritchard), encuadrada en la 1.ª División aerotransportada americana, que había sido constituida provisionalmente, a las órdenes del general Robert T. Frederick. A las siete de la mañana la brigada se lanzó sobre las colinas que rodean Le Muy, a unos 25 km al interior, para proteger la cabeza de desembarco de la posible llegada de refuerzos alemanes.

La brigada se hubiera visto en serias dificultades si los alemanes se hubieran mostrado en aquella ocasión un poco más agresivos. Por otra parte, un fallo de los controles eléctricos impidió al aparato norteamericano de cabeza recibir las señales de aproximación de un radiofaro, y el resultado fue que 73 de los 126 hombres de la unidad tocaron tierra muy lejos de la zona prevista. Por fortuna, el comandante, lanzado desde unos 500 metros, cayó a unos 14 metros o menos de uno de los radiofaros.

Grupos de tropas lanzadas en paracaídas y dispersos en una amplia zona, una vez reunidos, tuvieron que retroceder aún 25 ó 30 km, sosteniendo a lo largo del recorrido duros combates con unidades alemanas en retirada. Cuando llegaron a Le Muy, los cruces de carretera estaban ya bajo control aliado y la infantería americana, que avanzaba por la costa sobre Draguignan, había enlazado con las unidades aerotransportadas. Uno de los mayores éxitos alcanzados por la división fue, como ya hemos dicho, la captura de los atónitos comandantes de Cuerpo de Ejército de la zona, lo que contribuyó a aumentar la confusión de los alemanes. La siguiente operación del general Frederick fue dirigirse hacia Cannes-Niza y bloquear los pasos de los Alpes; en septiembre, la brigada inglesa estaba de regreso en Italia.

Aparte de la dura resistencia que los alemanes opusieron en Fréjus y St. Raphaël, los elementos de vanguardia del cuerpo de Ejército de Truscott, entre ellos una brigada de la División Acorazada 1 francesa, encontraron pocas dificultades para consolidar sus posiciones. En realidad, en los primeros tres días, la vanguardia de desembarco había ocupado un frente de 65 km de anchura por 30 de profundidad, capturando además 2800 prisioneros. Abriéndose rápidamente en abanico, a caballo de la «ruta de Napoleón», las unidades avanzaron a través de las montañas sobre el cauce del río Durance, donde las fuerzas alemanas se encontraban en retirada general.

Las unidades de De Lattre, constituidas en gran parte por tropas coloniales, empezaron a situarse sobre el flanco izquierdo del despliegue americano para unirse a la acción de liberar Tolón y Marsella, ciudades defendidas por unos 200 cañones de calibre medio y grueso cada una, así como por fuertes guarniciones que habían recibido de Hitler la orden de resistir a toda costa. El general Patch, convencido de que correspondía a las armas francesas el honor de liberar las dos ciudades, había establecido fechas de ocupación, que caían dentro del mes de septiembre; sabía que si los alemanes bajaban de las montañas, con fuerzas aproximadamente iguales, tendría que enfrentarse con una campaña de invierno, y entonces De Lattre, con su impetuoso estilo, prometió conquistar ambas ciudades en quince días, exhortando a sus hombres a evitar pérdidas entre la población civil, y, sobre todo, «a no destruir los viñedos».

Sólo había desembarcado la mitad de las tropas de que disponía; pero decidió por su cuenta, poniendo en peligro el principio de la concentración de fuerzas, actuar inmediatamente, aprovechando la circunstancia de que los alemanes aún no se habían recuperado de la confusión. A la derecha, la División 3 argelina, al mando del general Goislard de Monsabert, debía moverse pegada a los relieves montañosos y atacar Tolón por el Norte, conjuntamente con los *Goum* de la División 4 marroquí de montaña, del general Guillaume, que ya habían demostrado su valor en los combates librados en la campaña de Italia. Sobre la carretera que corre a lo largo de la costa, en el tramo tortuoso que conduce a Hyères, avanzaba, entre tanto, la División 1 de la Francia Libre, al mando del general Brosset, compuesta por hombres que luchaban desde 1940. Desde luego, la fortuna favorece a los audaces: un brusco cambio de dirección hizo que llegasen a tiempo las primeras unidades de la División 9 de infantería colonial, del general Magnan, que inmediatamente fueron enviadas hacia adelante por la carretera estatal n.º 7, que se dirige a Tolón, o sea entre las dos alas del despliegue aliado.



Una columna acorazada francesa atraviesa la ciudad de Aviñón, seguida por elementos de la Resistencia. En el curso de la Operación «Anvil-Dragoon», las fuerzas francesas y americanas, dependientes de dos mandos tácticos separados, operaron conjuntamente, sin que por ello surgieran roces o se produjeran interferencias entre las tropas combatientes. (Imperial War Museum)

Todos los contingentes disponibles de la División Acorazada 1, o sea parte de la segunda brigada, aprovechó la ocasión para dirigirse sobre Aix-en-Provence y Marsella, en cobertura del flanco izquierdo y asegurando el contacto con el Cuerpo de Ejército VI americano. El comandante de la división acorazada, general Touzet du Vigier, poseía el instinto del buen jinete. Se contaba con su rapidez e iniciativa para efectuar esta concreta operación que tanto podría contribuir al éxito. Sin embargo, el verdadero golpe de genio fue la decisión del general De Lattre de atacar simultáneamente las dos ciudades. No fue fácil convencer a Patch de la inteligencia de un plan que se salía por completo de los programas establecidos; pero, al final, consintió, y, según se dice, ofreció a De Lattre parte de una flor que una muchacha le había dado a él como talismán en las laderas del Vesubio. Pero lo más importante es que Patch concedió a los grupos de combate acorazados franceses la autonomía respecto al mando americano.

Tolón fue cercada el día 21, gracias, sobre todo, a la rápida maniobra envolvente, al Norte y al Oeste, llevada a cabo por Monsabert. Algunos

acorazados y cruceros aliados empeñaron eficazmente las baterías pesadas de la plaza, desperdiciando sin embargo muchos disparos contra los buques franceses fondeados en el puerto, con el infundado temor de que los alemanes utilizasen de nuevo sus cañones. Sobre las colinas septentrionales, dos de las fortalezas del Faron habían sido ocupadas ya por los comandos; pero en La Poudrière, con su laberinto de galerías subterráneas, perfeccionadas por los alemanes, se registraron 250 muertos. Durante una semana, los 2000 componentes de las fuerzas territoriales francesas de Tolón lucharon codo a codo con las fuerzas regulares en violentos combates por las calles, que presentaban un desconcertante aspecto de guerra en un barrio, mientras en el barrio vecino todo parecía estar casi normal.

Cuando De Lattre, el día 24, entró en la ciudad, acompañado de William Bullit, ya embajador americano en París, y ahora su colaborador, el comandante alemán, almirante Ruhfuss, aún resistía en el arsenal, y en cierto momento los dos hombres tuvieron que arrojarse al suelo para evitar los disparos enemigos. Al día siguiente, los franceses penetraron en la zona portuaria, ocupando Fort Malbousquet, donde, en otro tiempo, en 1739, el joven Napoleón había expulsado a los ingleses. Por último, la noche del 27, Ruhfuss, asediado en la península de St. Mandier-sur-Mer, en la parte meridional, se rindió y fue obligado a proporcionar un plano detallado de los campos minados, bajo la amenaza de pena de muerte. Según los datos de sus comunicados, los franceses sufrieron 2700 bajas, entre muertos y heridos, mientras las pérdidas alemanas fueron considerablemente más elevadas.

La marcha sobre Marsella

Antes de iniciar la batalla de Tolón, De Lattre, confiando únicamente en la rapidez, había hecho avanzar a algunos destacamentos móviles de la División 3 argelina y de la División 1 de la Francia Libre con el fin de atacar Marsella, la segunda ciudad de Francia; luego, con la entrada en acción de la brigada acorazada del general Sudre, el ataque adquirió mayor impulso. Inmediatamente, los alemanes sufrieron un duro ataque en Aubagne, punto clave para alcanzar el cinturón defensivo exterior en la parte oriental de la ciudad, mientras al Norte las unidades acorazadas operaban sobre las encrucijadas de importancia estratégica en los alrededores de Aix-en-Provence y Cadolive. En la ocupación de estos puntos estratégicos exteriores fue importantísimo el apoyo y la aportación de los *Goum* del general Guillaume, excelentes elementos de infantería ligera, especialmente adiestrados para operar en terreno montañoso e inaccesible a los otros soldados.

El amplio cuadro operativo dejó perplejo al propio De Lattre, quien tuvo incluso una violenta discusión con Monsabert, un valiente y pequeño gascón que quería penetrar sin dilaciones en el corazón de Marsella y beber su aperitivo en la Canèbiere «pasado mañana». Entre tanto, el general O'Daniel, con su División 3 americana, habiendo alcanzado Aix-en-Provence, presionaba sobre los franceses para que cubriesen su flanco izquierdo y continuaran hacia el Norte, en dirección al río Durance. En una reunión de comandantes, que se celebró en los alrededores de Aubagne, el general De Lattre decidió emplear sólo dos escuadrones de carros de combate *Sherman* contra Marsella, poniendo el resto de la división acorazada bajo un mando único para dejar libres todas las unidades americanas al oeste de la carretera principal y facilitar así el avance hacia Aviñón y el Ródano. Asimismo dispuso un cinturón de fuerzas en torno a Marsella, con la esperanza de que los defensores se decidieran a salir evitando con ello la destrucción de la ciudad.

Lo que ocurrió entonces concuerda perfectamente con las tradiciones de la fogosa ciudad. Algunos elementos de la División 3 argelina, apenas alcanzaron la línea establecida, fueron «absorbidos» al interior de la urbe por el fervor de las fuerzas francesas nacionales, cuya sección comunista se había sublevado; Monsabert aprovechó inmediatamente la confusión así creada, para presentarse, con 800 hombres y unos pocos carros de combate, en el centro de la ciudad, ocupado aún por la División de infantería 244 alemana y por unidades de otras cuatro divisiones fraccionadas por los desembarcos. Monsabert creía que los alemanes llegarían a rendirse; pero ¿cómo acercarse a ellos? Se dirigió de pronto hacia el edificio central de Correos, lleno de alemanes, y dijo: «No disparéis. Sólo quiero telefonear». Se acordó entonces un «alto el fuego» local, y todos aquellos que se hallaban en el Puerto Viejo asistieron al asombroso espectáculo que ofrecía un general francés, de cabellos blancos, el cual desde la parte inferior del Fort St. Jean, conversaba con el alto y delgado general Schäffer, comandante alemán de la fortaleza, a quien aconsejaba cortésmente que aceptara la rendición sin condiciones. Schäffer eludía este punto, lamentando el comportamiento de las fuerzas francesas nacionales.

Los combates se reanudaron y, en medio de una confusión indescriptible, las fuerzas nacionales tomaron parte en ellos. La eliminación de los centros de resistencia alemanes resultó, para las fuerzas que ejercían presión sobre el perímetro de la ciudad, una cuestión de método; pero aun así el grupo aislado del general Monsabert hubo de sostener una verdadera batalla para la conquista de la iglesia de Notre Dame de la Garde, situada sobre una altura que domina el Puerto Viejo y en la cual los alemanes estaban atrincherados. Contra elementos aislados franceses que intentaban alcanzar la escalinata, llegaron a emplear artillería y lanzallamas; pero la iglesia, no se sabe cómo, no sufrió daños. El día 27 Schäffer, acorralado por los *Goum* en el Fort St. Nicolas, solicitó la rendición en condiciones honorables, y, en reconocimiento de la valerosa resistencia alemana, se le concedió que conservara sus armas personales. En toda la operación las bajas sufridas por los franceses se calcularon en 4000 hombres; las de los alemanes fueron mucho más elevadas, y unos 37.000 soldados cayeron prisioneros.

En cuanto al puerto con aguas profundas que Eisenhower había solicitado, el de Marsella era un amasijo de hierros retorcidos y de cascotes de cemento. Todos los andenes estaban destruidos, y los cascos de once buques de gran tonelaje obstruían la entrada principal.

El resto de la Operación «Dragoon» es, en gran parte, la historia de los inadecuados abastecimientos para poder cortar la retirada a las fuerzas alemanas; de hecho, frente a la habilidad para la improvisación de los Aliados, los alemanes podían confiar en los bien abastecidos depósitos distribuidos a lo largo del Ródano. El mayor mérito en la liberación de los Bajos Alpes hay que atribuirlo a las fuerzas de la Resistencia local, mandadas por el general Henry Zeller, y al rápido avance de algunos destacamentos del Cuerpo de Ejército VI americano sobre Grenoble. En esta ruda y accidentada región, la batalla entre las fuerzas clandestinas y los ocupantes alemanes llegó a extremos terribles. Uno de los golpes más audaces de Truscott, inmediatamente después del desembarco, fue constituir una *Task Force* especial, al mando del general de brigada Frederick Butler, para lanzarla a lo largo de la llamada «ruta de Napoleón» y en posiciones muy avanzadas respecto al grupo principal de sus unidades. La *Task Force* de Butler estaba formada por un batallón de infantería motorizado, por otro batallón de artillería de campaña acorazado, una compañía contracarro, dos compañías de carros de combate y una compañía de ingenieros. La unidad se puso en movimiento inmediatamente y se dirigió hacia el Oeste, para apoderarse de las alturas que bordean el nordeste de Montélimar y cortar la retirada alemana. La maniobra tuvo incluso demasiado éxito, ya que en Montélimar las escasas fuerzas de Butler fueron a caer de pronto en medio de la 11.ª *Panzerdivision* y entre otras unidades alemanas en retirada, que, en fases sucesivas, fueron atacadas de modo masivo.

Grenoble fue evacuada el día 23 de agosto. A partir del 28, con 77 días de adelanto sobre la fecha prevista, la infantería americana y las fuerzas acorazadas de Du Vigier, sólidamente apoyadas por las fuerzas nacionales francesas, dominaban ya las defensas alemanas de los alrededores de Lyon. La tarde del día 2 de septiembre los alemanes empezaron a retirarse de esta ciudad, destruyendo los puentes sobre el Ródano y el Saona. Se concedió entonces a los franceses el honor de entrar en la capital de la Resistencia. El Ejército 19 alemán se retiró a lo largo de la línea que conduce a la altiplanicie de Langres y, desde allí, se dirigió al Este, hacia el desfiladero de Belfort, mientras el Ejército 1, en marcha desde Burdeos y subdividido en tres grupos principales, se dirigía hacia el Nordeste a través de Dijon.

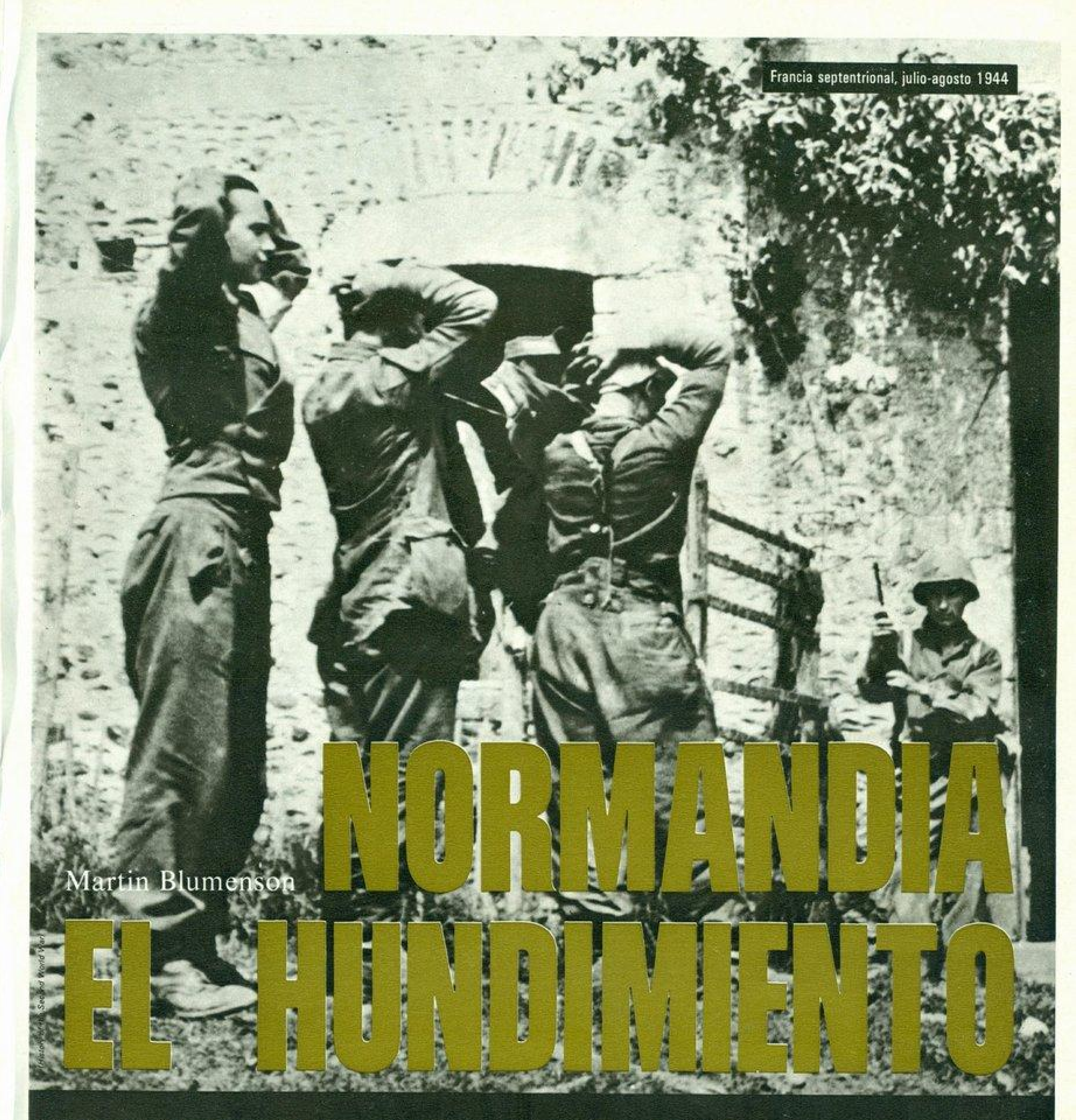
El general De Lattre, entre tanto, con las puntas de su vanguardia ya en Alsacia, se impuso una vez más al mando de Patch para huir de la «trampa», como él la juzgó, de ser relegado a un papel secundario.

En efecto, se le concedió el derecho de desplegar sus fuerzas a ambos flancos del Cuerpo de Ejército VI americano; estas fuerzas eran las dos unidades constituidas en septiembre, una al mando de Monsabert y la otra al del general Emile Béthouart. Un contraataque desencadenado por la 11.ª *Panzerdivision* contra los americanos, en los alrededores de Bourg, permitió a los franceses adelantarse ligeramente, y así fueron los primeros en establecer contacto con el ala derecha del despliegue de Patton, que ya estaba penetrando en aquella zona en persecución del Ejército 1 alemán. Pero las fuerzas alemanas ya habían empezado a intensificar sus acciones retardadoras, con el fin de defender el desfiladero de Belfort.

En consecuencia, el 9 de septiembre, elementos de la División 1 de la Francia Libre se vieron obligadas a disputar metro a metro la conquista de Autun, y ello después de haber establecido contacto con algunas unidades de las fuerzas francesas nacionales del general Schneider, integradas por 25.000 hombres y que habían perseguido, desde los Pirineos, a las unidades enemigas. Dos días más tarde envolvieron Dijon, de donde los alemanes se retiraron pronto. El día 12, una patrulla de la Francia Libre conseguía, en la zona de Châtillon-sur-Seine, el primer enlace, muy oportuno, con un destacamento de exploración de la División Acorazada 2 francesa, del general Leclerc, que se hallaba a las órdenes de Patton tras la liberación de París.

Una gran aventura

En menos de un mes, a partir del desembarco, las fuerzas de la Operación «Dragoon» habían cubierto cerca de 800 km, combatiendo, a lo largo de casi todo el camino, con el fin de establecer contacto con las fuerzas del general Eisenhower. Fue ésta una gran aventura, que se vio premiada con la captura de 20.000 prisioneros alemanes. Poco después, las divisiones del Mediterráneo, ahora al mando del Grupo de Ejércitos VI, pasaron bajo el mando directo del general Eisenhower, en el flanco derecho de las fuerzas que participaban en la Operación «Overlord», e inmediatamente se hallaron de nuevo enfrentadas con el enemigo en los Vosgos. En la Operación «Dragoon», las pérdidas americanas se elevaron a 3000 hombres, entre muertos y desaparecidos, y a 4500 heridos; los franceses tuvieron 1144 bajas, entre muertos y desaparecidos, y 4346 heridos. Los alemanes, además de sufrir pérdidas mucho más elevadas, dejaron 100.000 prisioneros, aproximadamente un tercio de todos sus efectivos en el Sur. Poco después, el general Blaskovitz fue relevado del mando.



Francia septentrional, julio-agosto 1944

Martin Blumenson

NORMANDIA EL HUNDIMIENTO

A finales de julio era ya evidente que las fuerzas aliadas, desembarcadas en Normandía, no serían arrojadas al mar. A las contrariedades de la "batalla de los setos" siguió el triunfo fulminante de la batalla del hundimiento. En el espacio de un mes, los alemanes fueron expulsados de Normandía, dos de sus Ejércitos quedaron aniquilados en la bolsa de Falaise y las puntas avanzadas aliadas llegaron al otro lado del Sena. Ahora la guerra de posiciones ya no era más que un mal recuerdo: Alemania se encontraba al alcance de la mano y la victoria final a la vista.

Cuando entre el 21 y el 22 de agosto acabó la Operación «Goodwood», Montgomery se sintió plenamente satisfecho con la ocupación de Caen. Sin embargo, Eisenhower, Tedder y otros no lo estaban tanto. Se esperaba, por lo menos, un decisivo hundimiento en los alrededores de Falaise. «No me sorprendería en absoluto –había escrito Eisenhower a Montgomery antes del ataque– que se consiguiera una victoria tan grande que, comparada con ella, algunas de las antiguas y clásicas batallas parecieran simples escaramuzas entre patrullas.» Se mostraba «extraordinariamente confiado y optimista», esperando que la Operación «Goodwood» despejaría el curso de la campaña, y por ello pedía a Montgomery que continuase el avance. Este, por su parte, incluso antes de haber recibido la carta de Eisenhower, ya había dado instrucciones a Dempsey para que prosiguiera las operaciones «intensamente», a fin de confundir al enemigo y hacerle creer que el avance principal se estaba desarrollando hacia Falaise y Argentan.

El resultado de la Operación «Goodwood» dio a Eisenhower la oportunidad de poder decir: «Renovemos nuestras esperanzas en el ataque de Bradley». Y a Bradley le escribía: «Mis mejores esperanzas y deseos te acompañan en la ofensiva, que constituye el mayor ataque terrestre organizado hasta ahora por tropas exclusivamente americanas. Hablando como responsable americano, más que como comandante aliado, puedo asegurarte que un hundimiento en este sector vital disminuirá el precio total de la victoria. Aprovecha cualquier ventaja posible con un ardor que se aproxime a la temeridad, empleando todas las tropas sin miedo a una contraofensiva por parte de las fuerzas del enemigo. Los resultados serán incalculables».

Por esta razón Bradley había concebido y formulado una operación denominada «Cobra». «Si todo va como debe ir –apostó–, estaremos en Avranches dentro de una semana». Era una esperanza arriesgada, porque Avranches, situada en el límite entre Normandía y Bretaña, se hallaba a unos 80 km de distancia; y la «batalla de los setos» difícilmente podía justificar tal optimismo.

Sin embargo, parte de este optimismo procedía de las continuas mejoras que habían ido reforzando el Ejército 1, de los perfeccionados métodos de organización, de comunicación y de coordinación, y, además, de la presencia de unidades veteranas y de soldados templados ya en la guerra. Unas tropas más adiestradas en el combate no hubieran cometido los errores que cometieron otras menos expertas, «sensibles a los rumores y a las noticias exageradas, que no se atrevían a dar el apoyo de fuego necesario a los elementos empeñados en la maniobra y que tienen tendencia a retroceder ante el fuego concentrado en lugar de procurar pasar al otro lado».

El Ejército 1 necesitaba una oportunidad para entrar en acción. Y la Operación «Cobra» prometía proporcionársela.

Operación «Cobra»: un ataque a fondo de Bradley

Había fuerzas suplementarias dispuestas a entrar en acción apenas hubiera un espacio disponible. El 23 de julio, Montgomery envió al frente el mando del Ejército 1 canadiense a las órdenes del general H. D. G. Crerar; en cambio, otros mandos, como el del Ejército 3 americano de George Patton y algunos otros Cuerpos de Ejército, deberían esperar hasta que Bradley alcanzara Avranches. El Ejército de Patton entraría entonces en acción, dirigiéndose al Oeste para ocupar Bretaña, mientras el Ejército 1 se abriría hacia el Este y, junto con las fuerzas inglesas y canadienses, debía avanzar sobre el Sena. Se esperaba que la Operación «Cobra» permitiría llevar a la práctica este plan.

El concepto de acción de la citada operación fue formulado por el general Bradley el 12 de julio en una reunión de comandantes. «La batalla de los setos –dijo– ha sido dura y costosa, un ataque demasiado lento». Y opinaba que «tres o cuatro mil toneladas de bombas» podrían facilitar el nuevo avance. «Si los alemanes siguen resistiendo en sus posiciones –advertía– volveremos al mismo tipo de batalla de los setos y no se podrá avanzar.» Esto es lo que debe evitar a toda costa la Operación «Cobra».

Quería que la operación comenzase con un formidable bombardeo aéreo para eliminar las defensas alemanas a lo largo de la carretera Périers-St. Lô; inmediatamente después, tres divisiones de infantería, del Cuerpo de Ejército VII estadounidense, al mando del general J. Lawton Collins, deberían proceder a la eliminación de todo cuanto quedase de los defensores, abrir una brecha entre Marigny y Saint-Gilles y mantenerla abierta hasta que pudieran pasar tres divisiones móviles, dos de ellas acorazadas. Los carros efectuarían una conversión hacia el Oeste, ocuparían Coutances, en la costa occidental de Cotentin, y en este lugar cercarían a las fuerzas alemanas que bloqueaban al Cuerpo de Ejército VIII del general Troy H. Middleton. Una vez completada esta maniobra, el Ejército 1 continuaría avanzando a lo largo de la línea de Coutances a Caumont-l'Even té, dispuesto a lanzarse sobre Avranches. La parte



ENTRE LAS VANGUARDIAS ALIADAS Los vehículos de reconocimiento constituían los elementos avanzados de las divisiones británicas y americanas durante las acciones de limpieza a través de Europa occidental. En esta página se reproducen los principales tipos de vehículos acorazados ligeros.

Vehículo acorazado "Staghound MK III"

El *Staghound*, aquí reproducido, montaba un cañón de 75 mm, instalado en una torreta de carro de combate *Crusader*. **Tripulación**: 3 hombres. **Armamento**: un cañón de 75 mm y una ametralladora *Besa* coaxial de 7,92 mm. **Velocidad**: 88 km/h.

Vehículo acorazado de reconocimiento "White M3A1"

El vehículo de reconocimiento *White*, de notable capacidad y solidez, sufrió muchas modificaciones: se le empleó como medio para el transporte de personal y como vehículo de reconocimiento. **Tripulación**: 8 hombres. **Armamento**: una ametralladora *Browning* de 12,7 y una de 7,62 mm. **Velocidad**: unos 90 km/h. **Autonomía**: 360-400 km.

Vehículo acorazado "Greyhound M8"

El *Greyhound* entró en servicio a fines de 1943; bajo, veloz y notablemente silencioso, era un vehículo de seis ruedas, todas ellas motrices. **Tripulación**: 4 hombres. **Armamento**: un cañón de 37 mm y una ametralladora *Browning* coaxial de 7,92 mm. **Velocidad**: unos 90 km/h. **Autonomía**: 560 km.

(John Batchelor)

A la derecha: mientras una densa humareda se eleva de las posiciones alemanas, tropas británicas avanzan hacia Falaise. *(History of the Second World War)*



final del plan preveía que los carros de combate no deberían continuar en su totalidad el avance hacia la costa occidental de Cotentin, donde unidades mixtas de los Cuerpos de Ejército VII y VIII podían organizar lo que el general Collins llamaba «una maldita confusión»; los medios acorazados del Cuerpo de Ejército VII se situarían a corta distancia del litoral, y desde allí, uniendo su fuego a la presión del Cuerpo de Ejército VIII, eliminarían a las cercadas fuerzas alemanas. Al este del río Vire, el Cuerpo de Ejército XIX, del general Charles H. Corlett, en St. Lô, y el Cuerpo de Ejército V, del general Leonard T. Gerow, en Caumont-l'Eventé, debían detener a las fuerzas alemanas que intentaran interferir en la acción principal.

El general Bradley, para asegurarse de que los comandantes de las fuerzas aéreas habían comprendido lo que quería, se trasladó a Gran Bretaña el 19 de julio y expuso sus exigencias. Necesitaba un ataque masivo de los bombarderos pesados, que debía efectuarse cuanto antes; exigía el empleo de bombas relativamente pequeñas, para evitar la creación de cráteres de excesivas dimensiones en el terreno, y la saturación de una zona rectangular de unos 5,5 x 2,5 km, inmediatamente al sur de la carretera Périers-St. Lô. Informó de que sus tropas avanzarían hasta unos 800 m de la carretera y recomendó que los aparatos realizasen sus ataques paralelamente a la línea del frente. Tras declararse de acuerdo sobre el ataque de los bombarderos, sobre el empleo de bombas de pequeño calibre y sobre la saturación del objetivo, los comandantes de las fuerzas aéreas hicieron observar, no obstante, que un ataque llevado desde la dirección requerida comportaría mayores dificultades y un tiempo igualmente mayor: para obtener un resultado más eficaz sería más oportuno acercarse a las líneas americanas, lo que al propio tiempo permitiría evitar el fuego antiaéreo de los alemanes.

Los aviadores objetaron asimismo que el margen de seguridad propuesto por Bradley era demasiado pequeño. El empleo de bombarderos pesados aumentaría los riesgos del apoyo aéreo directo. En efecto, los aparatos, para concentrar su fuego, atacaban en formación y el apuntador de cada jefe de patrulla podía dirigir la descarga de las bombas de una docena de aparatos. En estas condiciones, un error de cálculo podría provocar una descarga de bombas catastrófica para las fuerzas aliadas.

Los comandantes de las fuerzas aéreas propusieron, por ello, que las tropas permanecieran a 3000 m de distancia de la carretera; luego aceptaron 1500 y, finalmente, se conformaron con 1200 m; pero emplearían los bombarderos pesados tan sólo para atacar la parte situada al sur de la zona a batir, mientras los cazabombarderos, operando a baja altura –y por ello en situación de asestar los golpes más precisos– asumirían la misión de atacar la zona septentrional, más proxima a las unidades americanas. En dos horas y media se realizarían 2500 vuelos, para descargar 5000 toneladas de alto explosivo, napalm y fósforo blanco sobre un espacio de unos 12 km².

El teniente general de Aviación sir Trafford Leigh-Mallory, en las primeras horas de la tarde del 24 de julio, dio la orden para el comienzo de la operación. Pero, cuando se hallaba volando sobre Francia, advirtió que el cielo se hallaba muy cubierto y dio nuevas órdenes para suspender el bombardeo. Sin embargo su mensaje llegó a Inglaterra sólo a tiempo para detener las últimas formaciones. Las demás (aproximadamente 200 cazabombarderos y 350 bombarderos pesados) lanzaron sobre el objetivo unas 700 toneladas de bombas. Algunas cayeron al norte de la carretera Périers-St. Lô, matando a 25 americanos e hiriendo a otros 130. Sorprendido ante el aplazamiento de la Operación «Cobra», Collins impartió a las unidades del Cuerpo de Ejército VII la orden de ataque para recuperar las posiciones abandonadas cuando se retiraron sobre la línea de seguridad. Pero entonces chocaron con grandes dificultades, pues los alemanes, alertados por la actividad aérea, esperaban ya una incursión de las fuerzas de tierra y estaban preparados para recibirles con un intenso fuego de artillería. En principio, el prematuro bombardeo había aterrorizado a los alemanes; pero al fin de aquella jornada quedaron convencidos de haber detenido una gran ofensiva. Así, con el convencimiento de haber impedido a los americanos traspasar la carretera Périers-St. Lô, recobraron la confianza.

Kluge, por el contrario, estaba alarmado y pidió inmediatamente explicaciones al general Hauser, comandante del Ejército 7, que se enfrentaba a los americanos. Hausser no había comprendido nada. «Bombarderos de saturación 3 km más allá de la línea principal de resistencia», informaba. Pero eran, dijo quitándoles importancia, «sólo ataques limitados. No se reconocía un ataque coordinado».

«En otros términos –observó Kluge–, apenas mejore el tiempo podemos esperar progresivos y más duros combates en los alrededores de St. Lô y hacia el Oeste. ¿No es eso?» Hauser admitió que entonces los combates serían más duros, pero Kluge remachó: «No cabe duda de que hay algo nuevo en toda esta actividad aérea. Debemos esperar una gran ofensiva del enemigo.» Sin embargo, Kluge, presumiendo que los Aliados desencadenarían el ataque principal en la zona de Caen, el día siguiente, 25 de julio, visitó el frente de Eberbach. Esto sucedía mientras la Operación «Cobra» recuperaba su impulso. Y esta vez de forma definitiva.

Más de 1500 *B-17* y *B-24*, además de 380 bombarderos medios y unos 550 cazabombarderos arrojaron sobre el objetivo un total de 4150 toneladas de bombas. A causa de las enormes nubes de polvo que ocultaban el relieve del terreno, algunas bombas volvieron a caer al norte de la carretera; y en esta ocasión las víctimas fueron 111 soldados muertos y 490 heridos. Entre los muertos se hallaba el general Lesley J. McNair, comandante de las fuerzas de tierra del Ejército americano, que se encontraba allí en visita de inspección.

Más allá de la carretera que delimitaba la línea de las posiciones americanas, las bombas habían enterrado hombres, armas y equipo, volcaron vehículos, interrumpieron líneas telefónicas y arrancaron antenas de radio; en una palabra, habían convertido lo que pocos momentos antes era un campo agreste en un espantoso paisaje lunar.

Mientras los aviones aliados estaban aún en acción, las tropas de tierra americanas, superada ya la desmoralización provocada por el bombardeo equivocado que sufrieron, avanzaron rápidamente. Pero cuando los aviones se alejaron, los alemanes que se hallaban fuera de la zona castigada salieron de sus abrigos individuales, abrieron fuego desde detrás de los setos, repararon los daños causados en las líneas telefónicas y empezaron a frenar el avance americano.

Al final de aquella jornada, apenas tres divisiones de infantería americana habían conseguido rebasar la carretera Periers-St. Lô.

En realidad el bombardeo sólo había saturado una parte del objetivo. Allí donde el terreno resultó bien batido por las bombas, los americanos se movieron rápidamente; pero en otros lugares encontraron la misma tenaz oposición de siempre. Todos estaban convencidos de que las bombas aniquilarían la totalidad de las fuerzas alemanas y que pasar a través de la brecha Marigny-Saint-Gilles sería un paseo. Pero el hecho de que algunos alemanes sobrevivieran y que siguieran combatiendo pareció indicar el fracaso de la acción táctica aérea. En efecto, las limitadas ventajas conseguidas el 25 de julio hicieron vana la orden de Bradley de proceder con decisión. La amplia penetración en las defensas germanas aún estaba por realizar. Las tropas, sin embargo, no sabían que en la retaguardia alemana se abría un profundo abismo. Sólo un oficial del Servicio de Información americano observó que «a sus espaldas (de las líneas alemanas) no hay nada que pueda detenernos».

Si los bombardeos habían destruido las defensas principales, Collins no podía permitir a los alemanes reconstituir otra línea defensiva; debía empeñar con este fin sus unidades móviles. Pero si los alemanes, advertidos por el bombardeo prematuro, habían retirado el grueso de sus unidades para escapar a un ulterior ataque aéreo, podrían tender una emboscada a gran escala o contraatacar; y en tal caso, los carros de combate sólo servirían para aumentar la confusión y congestionar el campo de batalla. No obstante, y aunque la infantería no pudo conseguir alcanzar el más pequeño de los objetivos, o sea Marigny y Saint-Gilles (lo que hubiera permitido a los medios acorazados lanzarse por la brecha abierta), Collins decidió correr el riesgo y lanzó al ataque los carros de combate.

El general Hausser, comandante del Ejército 7 alemán, y el general Dietrich von Choltitz, comandante del Cuerpo de Ejército LXXXIV, que operaba en Cotentin, habían destacado un regimiento cada uno para reforzar la división que mayores daños había sufrido en el bombardeo aéreo. Si hubieran conocido la gravedad de las pérdidas sufridas, hubieran enviado sin duda ma-

yores contingentes. Y si hubieran sabido también que uno de los regimientos enviados había sido completamente aniquilado por los cazabombarderos y por las tropas americanas, se hubieran preocupado un poco más aún.

Kluge, en cambio, tenía más intuición. «Desde este momento –informó al OKW– el frente ha saltado». Pero aun así estaba muy lejos de considerarse batido. Retirándose un poco para reducir la extensión del frente y enviando una unidad de reserva al sector amenazado, todavía sería posible detener a los americanos.

Pero ocurría que, el 26 de julio, mientras unidades del Cuerpo de Ejército VII se lanzaban hacia adelante, más de 8 km al otro lado de la carretera de enroque Periers-St. Lô, los alemanes aún no se habían dado cuenta de la realidad de la situación.

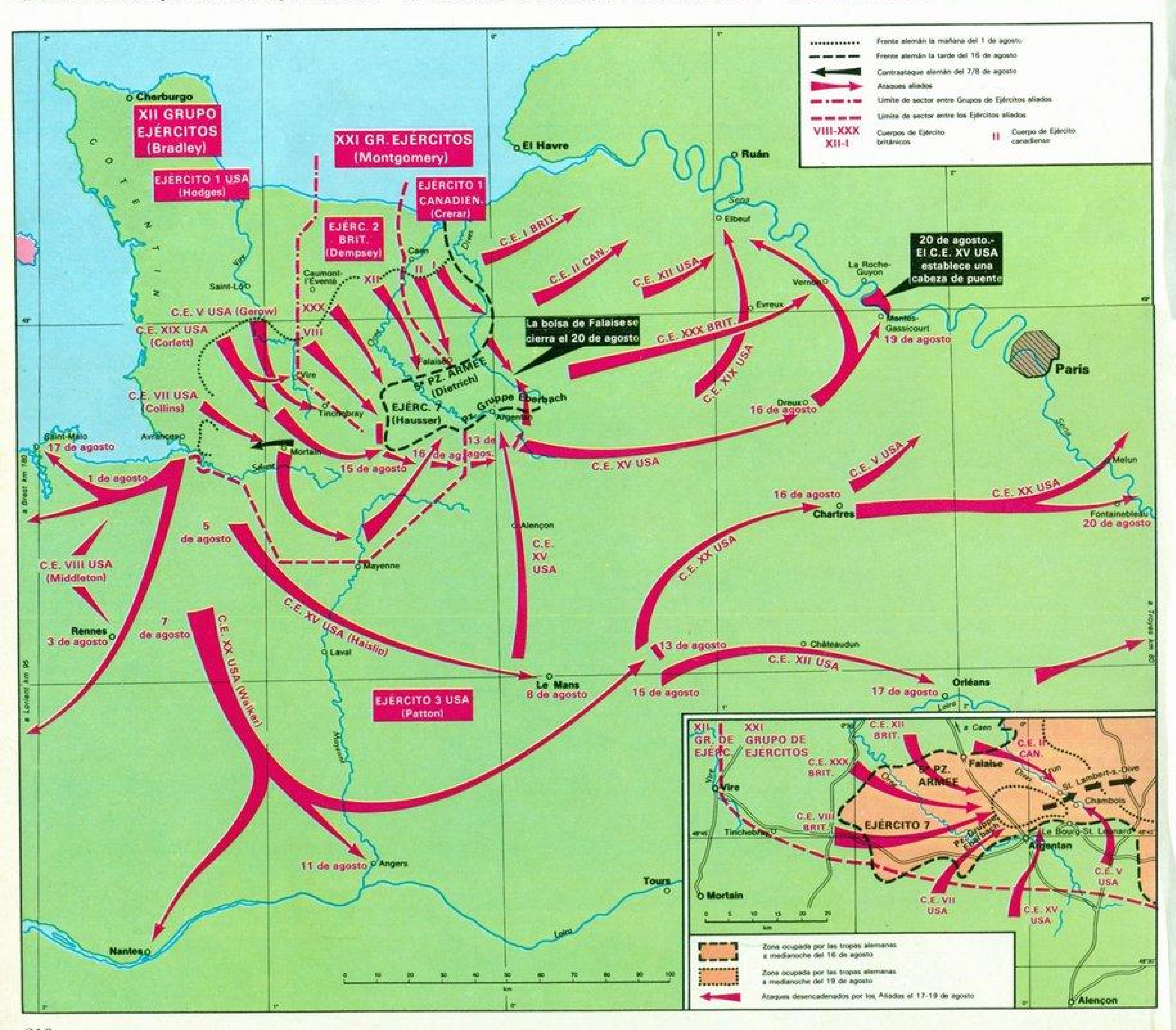
Hausser y Choltitz eran optimistas. Pero cuando Kluge sugirió enviar una división de la costa septentrional de Cotentin en un intento de cerrar la brecha, Hausser consideró que era de todo punto imposible desempeñar a las unidades acorazadas que estaban en contacto con el Cuerpo de Ejército VII de Middleton. Presa de pánico entonces, Hausser propuso una retirada general sobre Coutances. Pero Kluge se opuso, permitiendo tan sólo un ligero repliegue.

Después de tres días de ataques, el 27 de julio la resistencia alemana en Cotentin empezó a ceder. La infantería americana del Cuerpo de Ejército VII se hallaba a 12 km al sur de la carretera Periers-St. Lô. Y a mediodía del 28, estas unidades, precedidas por otras unidades móviles para explotar al máximo el éxito, seguían muy de cerca a los carros.

Tras ocupar Marigny y Saint-Gilles, tres columnas móviles efectuaron una conversión hacia el Oeste, en dirección a Coutances. Lucharon con los alemanes, envolvieron las defensas e invirtieron la situación de inmovilismo táctico que había caracterizado a la «batalla de los setos», y así, al acelerar el repliegue de Hausser sobre la costa occidental de Cotentin, dieron a Bradley la oportunidad de convertir la retirada de los alemanes en una verdadera y completa derrota. «Decir que esta noche estamos galopando –escribió Bradley a Eisenhower la noche del 27 de julio– es decir poco».

Con las unidades alemanas ya «diezmadas», reducidas a «restos triturados», a «fracciones desgastadas», como fueron definidas por el Servicio de Información americano, Bradley tenía los ojos puestos más allá de Coutances: es decir en Avranches. Envió a los Cuerpos de Ejército VII y VIII hacia este nuevo objetivo, y dirigió el Cuerpo de Ejército XIX, del general Corlett, hacia el Oeste, al otro lado del río Vire, para vigorizar el ataque que se desarrollaba fuera de los límites de la Operación «Cobra». No darían tregua para la consolidación o la reorganización del enemigo, sino que intensificarían la presión sobre la zona de hundimiento del flanco izquierdo alemán.

Desde aquel momento, el Cuerpo de Ejército VIII de Middleton avanzó al encuentro de los alemanes, mientras los americanos entraban en



Tras la ruptura aliada en Cotentin, la situación militar en Francia experimentó una rápida evolución. Mientras el Cuerpo de Ejército VIII de Middleton se lanzaba hacia el Sudoeste, el cuerpo del Grupo de Ejércitos XII americano y del Grupo de Ejércitos XXI británico se volcaban hacia el Este con la máxima rapidez. El Cuerpo de Ejército XV americano alcanzó Mantes-Gassicourt el 19 de agosto y el día siguiente estableció una cabeza de puente al otro lado del Sena; al mismo tiempo, el Ejército 3 de Patton, rebasadas ya Chartres y Orleáns, entre el 20 y el 15 de agosto estableció cuatro cabezas de puente en el alto Sena. Las fuerzas aliadas se encontraban prácticamente a las puertas de París.

Lessay y Periers, completamente destruidas y abandonadas, obstaculizados tan sólo por una ligera pantalla de fuerzas que actuaban como elementos retardadores y por una profusión de minas. Tras esta pantalla los alemanes se retiraban.

Mas, a pesar del creciente desorden de esta retirada, el grueso de las unidades alemanas en la costa intentó escapar de las dos columnas móviles del general Collins; pero una tercera columna, consiguió alcanzarlos. Los carros de combate, lanzados a 80 km/h, rebasando el despliegue de los cañones contracarros alemanes, saltaron por sorpresa sobre las tropas que guarnecían posiciones alistadas apresuradamente, y avanzando hacia la costa embotellaron a numerosas fuerzas enemigas cerca de Roncey.

Las tropas cercadas recibieron de Hausser la orden de replegarse hacia el Sudeste y unirse a las unidades que Kluge estaba concentrando para desencadenar un contraataque con el fin de detener el avance americano. Pero cuando Kluge conoció las órdenes de Hausser quedó aterrado, pues Hausser desguarnecía así el sector costero y desmantelaba todo el flanco izquierdo; era una invitación para que los americanos cercasen todas las posiciones alemanas en Normandía.

Kluge revocó en seguida las órdenes de Hausser; pero el daño ya era irreparable. El 28 y el 29 de julio algunos destacamentos alemanes consiguieron escapar de la bolsa de Roncey; otros efectuaron contraataques organizados para contrarrestar la acción de los carros americanos. Pero la mayor parte de las fuerzas fueron duramente castigadas por los aviones aliados, que descubrieron un «verdadero y completo paraíso para los cazabombarderos».

La madrugada del 30 de julio, centenares de vehículos, carros, infinidad de caballos muertos y otros restos del desastre, yacían dispersos por los campos al sur de Coutances.

Una batería naval alemana, situada en Granville, al saber que era ya imposible oponerse a la oleada americana, destruyó los cañones y se retiró a Avranches. Al anochecer del 30 de julio, los puestos de mando de Hausser y de Choltitz se hallaron detrás de las líneas americanas. A Kluge ya sólo le quedaba una posibilidad de permanecer en contacto con sus tropas: una centralita telefónica situada en Avranches. Y precisamente a través de esta centralita, al anochecer, se transmitió la noticia de la inminente llegada de los americanos.

En el curso de aquella misma mañana se inició otra ofensiva –Operación «Bluecoat»–, llevada a cabo por el Cuerpo de Ejército XXX del general Bucknall y por el Cuerpo de Ejército VIII del general O'Connor, reunidos en el Ejército 2 británico al mando del general Dempsey. Estas tropas se situaron en el flanco del Ejército 1 estadounidense, en las cercanías de Caumont-L'Eventé. Bajo un furioso bombardeo de la RAF, seguido de un intenso fuego de apoyo de la artillería, tres divisiones de infantería británicas y otras tres acorazadas se infiltraron entre el espeso *bocage*, con el fin de ocupar el punto clave del Monte Pinçon y el nudo de carreteras de Vire. Penetrando en profundidad, la División Acorazada 11 avanzó, el primer día, más de 10 km, introduciendo una cuña entre el grueso de las unidades acorazadas al Este y las Fuerzas alemanas que combatían contra los americanos en el Oeste.

El colapso del flanco izquierdo alemán se produjo, en gran parte, por la acción de los dos Cuerpos de Ejército del general Dempsey y por la del Cuerpo de Ejército XIX, del general Corlett, que se desplazaban a lo largo de la orilla occidental del río Vire. Las tropas avanzaron impetuosamente, empeñando a dos *Panzerdivisionen*, retiradas

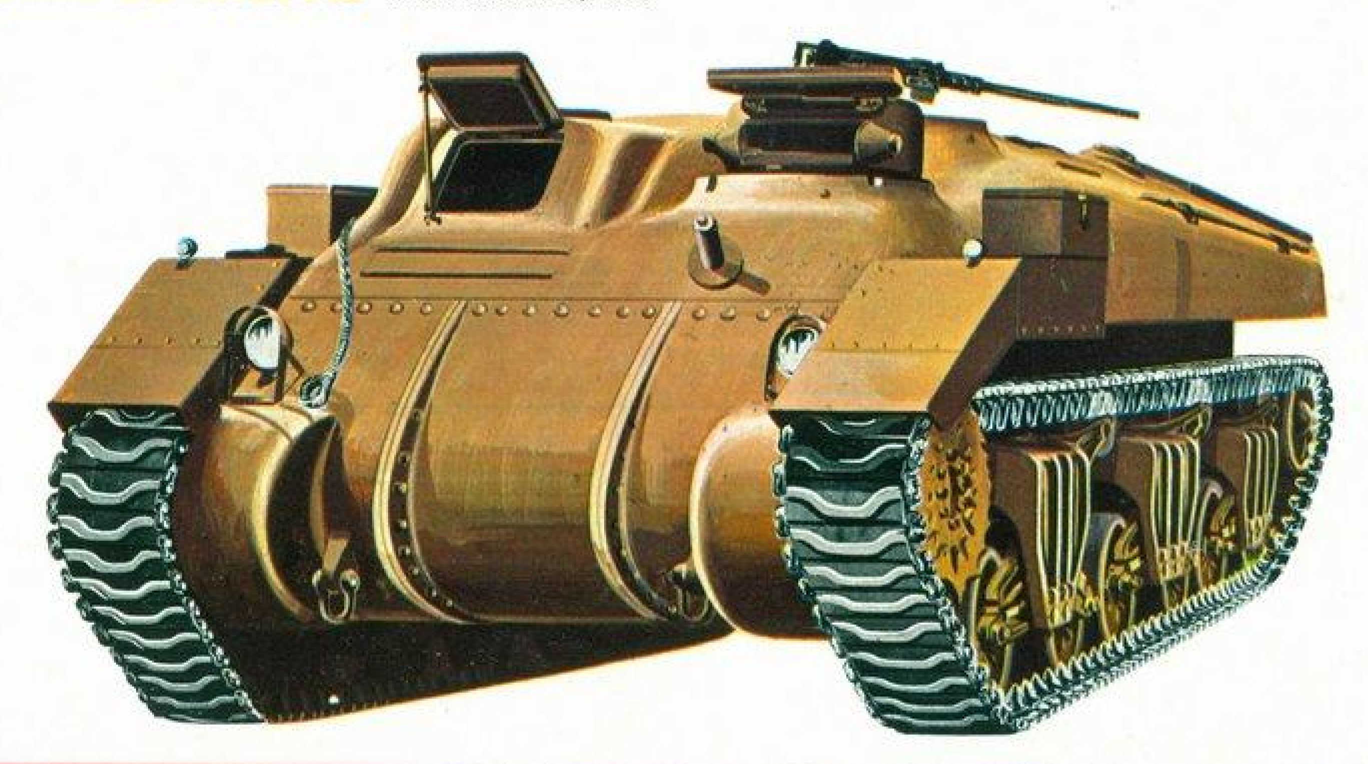
CAÑÓN CONTRACARRO BRITÁNICO: EL "17 LIBRAS"

El "17 libras" –cañón contracarro de 76 mm– formaba parte de la "generación siguiente" al de 6 libras. Puesto que su altura hasta la parte superior del escudo pasaba de 1,50 m, la masa del "17 libras" presentaba problemas de maniobra para la entrada y salida de posición. Pero, en cambio, no había dudas en cuanto a la potencia de su disparo: podía poner fuera de combate a un carro *Tigre* alemán a 900 m de distancia. **Longitud**: 7,20 m. **Sirvientes**: 6 hombres. **Alcance máximo**: 2.700 m.



CANGURO: VEHÍCULO ACORAZADO PARA TRANSPORTE DE TROPAS

El *Canguro* era otro producto de la improvisación aliada. Fue realizado quitando la torreta del carro de combate *Ram*, de producción canadiense (fabricado con piezas americanas y británicas, pero que nunca fue utilizado en acción como tal carro). Como de costumbre, hubo muchas variantes sobre el modelo original según el material disponible en las fábricas. El tipo aquí reproducido podía transportar una escuadra de infantería e iba armado con una ametralladora de 12,7 mm.



(John Batchelor)

por Kluge de la zona de Caen y enviadas al río Vire en un intento de cerrar la brecha entre el Cuerpo de Ejército LXXXIV y el II de paracaidistas. A pesar de los esfuerzos de Kluge por cerrar esta brecha y restablecer una línea defensiva, las unidades que constituían el flanco derecho del Ejército 1 americano prosiguieron su espectacular carrera a lo largo de todo el sector costero de Cotentin. La penetración se estaba convirtiendo en un hundimiento.

Collins lanzó entonces sus fuerzas acorazadas al Sur, al otro lado del río Sée, para cortar las carreteras que desde Avranches conducen al Este, hacia Mortain; mientras tanto Middleton dirigía una doble vanguardia de columnas acorazadas desde Coutances a Avranches. Los alemanes, en Cotentin, parecían incapaces de estabilizar un frente y, como informaron los pilotos aliados, sólo columnas de vehículos «completamente desorganizadas» obstruían las carreteras en dirección a la retaguardia.

Los americanos alcanzaron Avranches la noche del 30 de julio; fue tan rápido su avance que encontraron los puentes sobre los ríos Sée y Sélune completamente intactos: los alemanes no habían tenido tiempo de destruirlos. Más tarde, algunas columnas alemanas, que no conocían la presencia de los americanos en la ciudad, entraron en ella y se reanudaron los combates. Pero ya no se trataba de disputar la posesión de Avranches: sólo querían volver a salir de allí.

El 31 de julio Kluge supo, definitivamente, que los americanos habían ocupado Avranches. Comunicó asimismo que la situación era «muy confusa» y que la actividad aérea aliada «no tenía precedentes». Y lo que era peor aún: «los americanos habían hundido todo el frente occidental».

Más tarde informaba a Hitler de que era imposible detener a los americanos: habían roto las firmes defensas tácticas que, en julio, sirvieron para contenerles. La táctica de Hitler de «resistir en el puesto» había fallado; las defensas alemanas se habían desintegrado. Tras haber evitado la amenaza inicial de la Operación «Cobra», los alemanes sucumbieron víctimas de las sucesivas fases de la misma. Sorprendidos por los bombardeos, desbordados por los ataques terrestres, con sus comunicaciones destruidas, vieron cómo sus intentos de restablecer el orden fracasaban por falta de información. Incapaces de afrontar un ataque que, después de un lento comienzo, fue aumentando notablemente en rapidez, los alemanes tomaron sus contramedidas demasiado tarde, y además fueron víctimas de sus propios errores. Una vez los americanos rompieron el frente, las fuerzas germanas se hallaron definitivamente desbordadas. Cerrar la brecha de Marigny-St. Gilles era vital para ellos; pero aún más importante era conservar el dominio de Coutances y de la costa occidental de Cotentin. Kluge aún creía que la batalla decisiva se daría al sur de Caen, en el llano de Falaise. Y esta fue una consecuencia del plan de Montgomery, que perseguía confundir al enemigo; así como de la acción desarrollada por los Ejércitos británicos y canadienses, que indujo a Kluge a retener el grueso de sus efectivos acorazados en aquel sector.

Mientras las tropas americanas afluían al sur de Avranches, parte de ellas en dirección Oeste, hacia Bretaña, y parte convergiendo hacia el Este, hacia el eventual objetivo del Sena, Hitler decidió que quizá había llegado la hora de retirar todas las fuerzas alemanas de Francia. Deprimido por el atentado y atormentado por la falta de confianza en sus comandantes, tomó la decisión de dirigir personalmente la guerra en Occidente, convirtiéndose de hecho en el comandante supremo del teatro de operaciones. Kluge, que volvía a ocupar aquel cargo sólo formalmente, como formal era asimismo su cargo de comandante del Grupo de Ejércitos B, fue desautorizado casi por completo.

Si la penetración aliada hacia el Este adquiría impulso y si los alemanes se retiraban de Francia, la amenaza contra la propia Alemania se convertía en una realidad inmediata. Hitler debería considerar la pérdida de las bases de lanzamiento de las bombas volantes en la zona del Paso de Calais; debería prepararse para las desfavorables reacciones en otros frentes y en el interior del país, e incluso podría verse obligado a ulteriores repliegues en otros sectores para proteger a Alemania. Todo ello, por muy desagradable que fuera, debía tenerse en cuenta.

La retirada de Francia exigiría el establecimiento de nuevas defensas para proteger los accesos occidentales de Alemania. El Sena sólo serviría como línea de contención, mientras más allá del río se podría organizar una línea defensiva apoyándose en los ríos Somme-Marne-Saone y en el sistema Canal Alberto-Mosa, a lo largo de Bélgica y de Francia. Y, por último, ya en la frontera de Alemania, aún se podrían utilizar las olvidadas fortificaciones del *Westwall*, o sea la Línea Sigfrido.

Hitler ordenó a la Organización *Todt* que interrumpiera los trabajos en la «muralla del Atlántico» y que empezara a construir posiciones defensivas subterráneas, enrolando para ello personal civil. Pero para construir estas fortificaciones se necesitarían unas seis semanas, así que, para ganar tiempo, adoptó dos medidas. En primer lugar, dio instrucciones para que, en el caso de una eventual retirada de Francia, las tropas destruyeran todos los medios de transporte y las vías de comunicación, y ordenó además que los comandantes de las plazas fuertes marítimas combatiesen hasta el último hombre a fin de privar a los Aliados de los puertos mayores. En segundo lugar, comunicó a Kluge que no diera importancia a la invasión aliada de Bretaña, que más tarde ya sería tomada en consideración. Lo que Hitler quería en realidad era desencadenar un contraataque y con él cortar de raíz el avance de las fuerzas aliadas hacia el Sena.

Mientras Jodl planificaba la posible retirada, Hitler trataba de prevenir esta eventualidad deteniendo la invasión y restableciendo el frente en Normandía. En esta región la línea era más corta y requería menos fuerzas que cualquier otra que más tarde se pudiera determinar. Con la intención de recrear las condiciones para una guerra estática, Hitler ordenó a Kluge taponar con un contraataque la brecha abierta en el flanco izquierdo alemán y reconquistar Avranches, donde aquel flanco debería quedar sólidamente inmovilizado.

El plan era viable. Pues aunque en Normandía todas las fuerzas de Kluge estaban ya empeñadas, entonces ya empezaban a afluir siete divisiones del Sur de Francia, del Paso de Calais y de Alemania. Por otra parte, a excepción de Avranches, la situación en aquel momento era estable y relativamente tranquila. Sólo un Cuerpo de Ejército que defendía la ciudad de Vire estaba siendo sometido a una dura presión por las unidades británicas y americanas. Por lo tanto, si fuera posible restablecer el orden en el flanco izquierdo, se crearía una línea de defensa sin solución de continuidad entre la desembocadura del río Orne, en el canal de la Mancha, y la del río Sée, en la bahía de Mont St. Michel.

Y entonces quizá no sería necesario un repliegue en gran escala.

Kluge se puso a trabajar y reagrupó cuatro divisiones acorazadas al mando del LXVII *Panzerkorps*. El 6 de agosto, después de anochecer, sin ninguna preparación de artillería, a fin de explotar al máximo el factor sorpresa, estas unidades debían atacar en dirección Oeste, a través de Mortain, y recuperar Avranches.

En la fluida situación existente en Cotentin, los jefes aliados reorganizaron los mandos. El día 1 de agosto, el general Bradley asumía el mando del Grupo de Ejércitos XII estadounidense, convertido en operativo, mientras Courtney H. Hodges dejaba su cargo de segundo comandante para asumir el mando del Ejército 1 americano. Entre tanto, el Ejército 3 estadounidense del general Patton se lanzaba al ataque. Aunque ahora Bradley se hallaba al mismo nivel de Montgomery y ambos comandantes tenían bajo su mando dos Ejércitos, Montgomery seguiría siendo el comandante de las fuerzas aliadas de tierra hasta que Eisenhower pudiera establecer en el continente el Mando Supremo y asumir el mando directo de las fuerzas.

Y no sólo se reorganizó la estructura de los mandos. Antes de la invasión, los oficiales adscritos a la planificación habían previsto que los americanos llevarían a cabo el principal esfuerzo más allá de Avranches, hacia el oeste de Bretaña. Los puertos de St. Malo, Brest, Lorient, St. Nazaire y Nantes, situados en aquella región, se consideraban indispensables para asegurar un continuo avituallamiento y expansión a las fuerzas invasoras; además, a principios de agosto, la penetración ya conseguida hacía posible esperar un inmediato avance hacia los puertos del Sena, de El Havre y de Ruán. Si los Aliados aprovechaban la ocasión para llevar a cabo una amplia maniobra envolvente en torno a la extrema ala derecha de la posición alemana, podrían apoderarse inmediatamente de los puertos más inportantes y más cercanos al objetivo final: Alemania. Esta idea, unida a la relativa ausencia de fuerzas alemanas en Bretaña, que había quedado desguarnecida tras los refuerzos enviados a Normandía, condujo a una decisión clave en la campaña de Europa. En efecto, en lugar de enviar todo el Ejército 3 de Patton a Bretaña, como se había planeado en un principio, los jefes aliados decidieron enviar tan sólo el Cuerpo de Ejército VIII de Middleton, puesto bajo la dependencia del Ejército 3. El 2 de agosto, Eisenhower, considerando que Bradley quería «machacar» el flanco occidental de las fuerzas enemigas para crear «prácticamente un flanco abierto», decidió «comprometer el grueso de las fuerzas aliadas en la total aniquilación de las fuerzas alemanas». El día 3 Bradley invitaba a Patton a rastrillar Bretaña, empleando «el mínimo de fuerzas», y dirigir hacia el Este el grueso de sus efectivos. El 4 de agosto Montgomery comunicaba a sus superiores de Londres: «He destacado al Oeste, en Bretaña, un solo Cuerpo de Ejército americano, porque opino que es suficiente». Y más tarde añadía: «La situación crítica se halla en el Este.»

El mismo 4 de agosto, Montgomery estaba convencido de que los alemanes se hallaban «en tal estado que podrían hundirse completamente.» Su «única esperanza» de salvar la 5.ª *Panzerarmee* y el Ejército 7 en Normandía consistía en «un ordenado repliegue sobre el Sena». Ordenando a su flanco derecho que efectuara una conversión hacia París, Montgomery juzgó, que, de este modo, aceleraría la retirada de los alemanes, que se convertiría en derrota al arrinconarlos contra el Sena, donde todos los puentes habían sido ya destruidos.

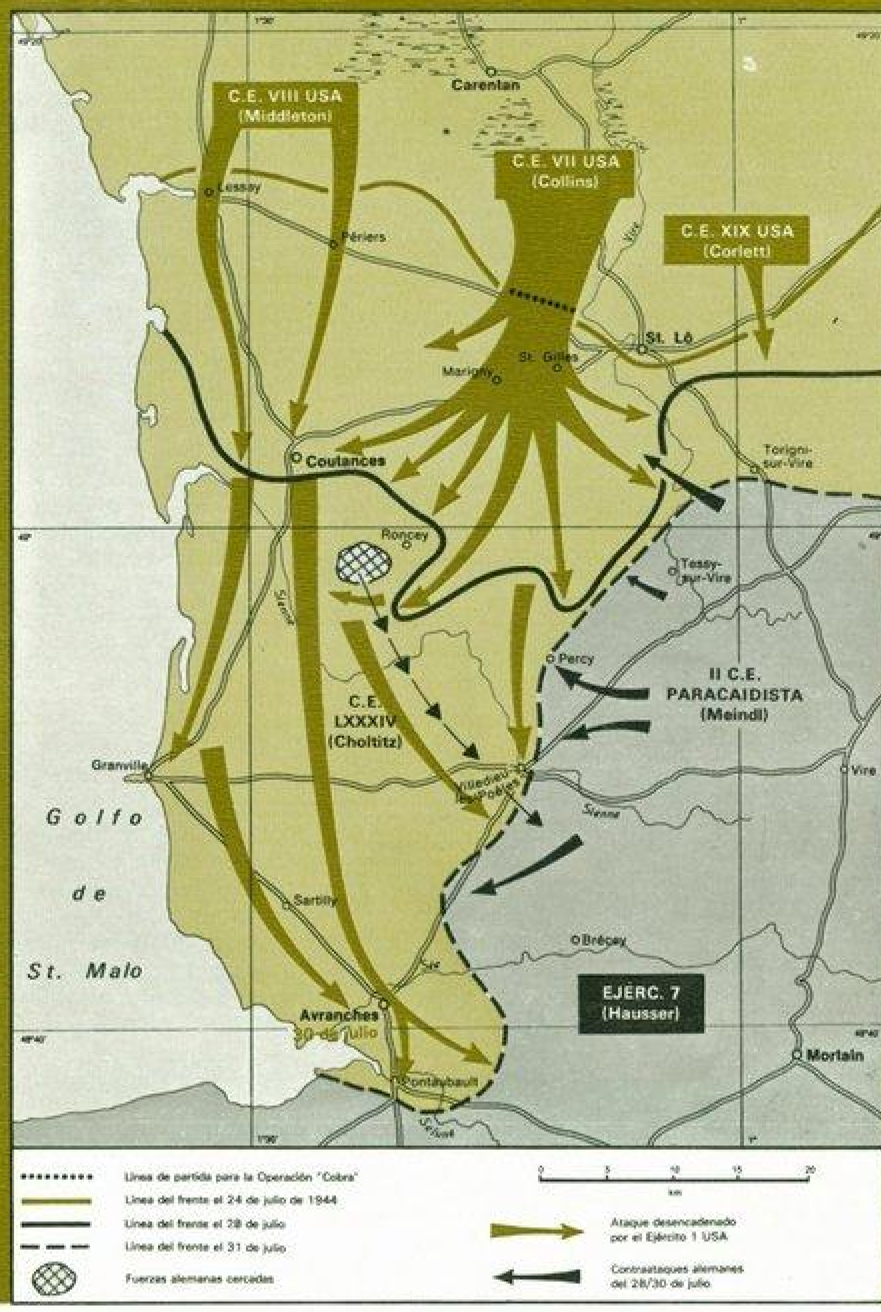
La misión de Patton, excluidas las operaciones en Bretaña, consistía en avanzar hacia el río Mayenne y atravesarlo en la localidad de Mayenne y Laval; además, debía rastrillar la zona al sur del Ejército 1, hasta el Loira. Por su parte, el Cuerpo de Ejército XV, del general Wade H. Haislip, saldría de Avranches para dirigirse también hacia el río Mayenne, y, finalmente, el Cuerpo de Ejército XX, del general Walton H. Walker, se dirigiría hacia el Sur, sobre Nantes y Angers. Lanzándose hacia delante, con los flancos descubiertos, el Cuerpo de Ejército XV atravesó el citado río Mayenne, siguió hacia Le Mans y el día 8 de agosto ocupó la ciudad. En cuatro días esta unidad había cubierto 120 km, hasta llegar a un punto que se hallaba a 136 km en línea recta al este de Avranches. La marcha de Haislip, junto con el avance de Walker hacia el Loira, había envuelto el Ejército 7 alemán.

No obstante, los alemanes resistían aún en Normandía. Y debían seguir resistiendo si querían que el proyectado contraataque contra Avranches tuviera éxito. Por ello opusieron resistencia a la presión que ejercía el Ejército 1, cediendo terreno

OPERACIÓN "COBRA": SE INICIA EL HUNDIMIENTO DEL FRENTE ALEMÁN

Aunque no tuvieron resultados espectaculares, las Operaciones "Goodwood" y "Spring", llevadas a cabo por los anglocanadienses en el sector de Caen, bajo la dirección de Montgomery, consiguieron, no obstante su objetivo: mantener a las fuerzas acorazadas alemanas alejadas de las tropas americanas, de las que dependía la decisiva batalla de la ruptura en la península de Cotentin. Las primeras acciones de la Operación "Cobra" se desarrollaron con lentitud; pero, el 27 de julio, a consecuencia de la continua presión aliada, la resistencia alemana empezó a ceder. Tras ocupar Marigny y St. Gilles, tres columnas móviles del Cuerpo de Ejército VII americano efectuaron una conversión al Oeste, mientras el Cuerpo de Ejército VIII avanzaba hacia el Sur. Desde aquel momento, el avance americano fue rapidísimo. Mientras Collins lanzaba sus fuerzas acorazadas a través del río See, Middleton avanzaba con dos columnas acorazadas en dirección a Coutances, y luego, con la conquista de Avranches, el día 30 de julio, la península de Cotentin caía en manos aliadas. Abajo: infantería americana en acción en Sainteny, en Normandía occidental, en el curso de la Operación "Cobra". (Imperial War Museum)





muy lentamente por todas partes, excepto en el flanco izquierdo. En este punto, Hodges ordenó al Cuerpo de Ejército VII de Collins que se desviara hacia el Sur para cubrir el flanco septentrional del Cuerpo de Ejército XV de Haislip. Pero Collins se vio obligado a desistir a causa de la feroz resistencia que encontró. El Cuerpo de Ejército XIX, de Corlett, tuvo que sostener igualmente violentos combates para ocupar Vire; y lo mismo le ocurrió al Cuerpo de Ejército V del general Gerow para conquistar Tinchebray. Entre tanto, el Ejército 2 británico de Dempsey avanzaba desde Caumont-L'Eventé hacia el Sur y el Este (ocupando los puntos clave de Monte Pinçon), mientras el Ejército 1 canadiense de Crerar se disponía a desencadenar un ataque de mayor envergadura al sur de Caen, en dirección a Falaise.

Estas acciones fueron claramente explicadas por Montgomery el día 6 de agosto. Había decidido lanzar tres Ejércitos aliados –el 1 canadiense, el 2 británico y el 1 americano– contra las fuerzas alemanas, mientras un cuarto Ejército (el 3 americano) trataría de desbordarlos por el flanco. Pero, en el momento en que Crerar se disponía a realizar el salto en dirección a Falaise, Dempsey avanzaba hacia Argentan, Hodges estaba ansioso por atacar Alençon y Patton rastrillaba el flanco meridional hasta el Loira, los alemanes efectuaron una conversión y se dirigieron hacia el Oeste, sobre Mortain y en dirección a Avranches, desencadenando el primer contraataque de la campaña.

Considerando la ofensiva sobre Avranches como un golpe maestro para rechazar la invasión aliada, Hitler quería que Kluge separase el Ejército 1 americano del 3, para luego envolver el frente aliado. En cambio, Kluge comprendía que toda esperanza de obtener un cambio decisivo de la situación se iba desvaneciendo. La única ventaja consistía en la posibilidad de que el ataque facilitase una retirada general de Normandía.

En las primeras horas del día 7 de agosto, cuatro *Panzerdivisionen* se lanzaron al ataque: arrollaron diversos puestos de bloqueo de carreteras americanos, confluyeron en la ciudad de Mortain, desbordaron algunas compañías de fusileros americanos, cercaron un puesto de mando de batallón y amenazaron otro de regimiento. De madrugada, las fuerzas más avanzadas habían recorrido más de 11 km y se hallaban muy al oeste de Mortain. Avranches estaba al alcance de la mano; pero allí había tres obstáculos: la tenaz defensa de los americanos, cuyas tropas, repuestas de la sorpresa inicial, combatían con encarnizamiento; el hecho de que un batallón cercado al este de Mortain, en la cota 317, dirigía un masivo y preciso fuego de artillería sobre el sector alemán y, por último, la aparición de la aviación aliada.

Estos factores, unidos a la limitada red de carreteras y al reducido espacio de maniobra, impidieron a los alemanes efectuar mayores progresos. A mediodía, el comandante alemán, que había visto cómo sus carros de combate eran destruidos por los cohetes de los aviones, ordenó a las tropas que excavaran trincheras. Pero, anticipándose a sus órdenes, los soldados ya lo habían hecho, esperando que la niebla ocultaría sus movimientos; mas cuando el día amaneció, sereno y despejado, se dieron cuenta de lo que les aguardaba. La fuerte reacción de la artillería americana indicaba claramente que el factor sorpresa había desaparecido, y por ello los soldados empezaron a ponerse a cubierto.

A mediodía del 7 de agosto, el Servicio de Información americano estimó que cinco batallones de infantería alemanes, cuatro de artillería y dos o tres de carros de combate habían penetrado en el interior de sus líneas. No cabía duda de que los alemanes habían desencadenado «el ataque para dividir los Ejércitos 1 y 3». Pero Hodges y Collins ya habían reunido siete divisiones para contener la presión alemana. La división que había soportado el primer golpe, a pesar de las pérdidas y del «extremo desgaste», resistía con firmeza.

Aquella misma noche, al saber Kluge que sólo habían quedado 30 carros utilizables de los 70 empleados para la penetración inicial, llegó a la conclusión de que el ataque había fracasado.

Hitler se sentía desilusionado. Considerando que Kluge había lanzado el ataque prematura y desordenadamente y hasta con prisas, y hallándose ahora bajo la impresión de que sólo existía una posibilidad para oponerse a la penetración aliada y destruir sus posiciones, le comunicó: «Le ordeno que prosiga el ataque con audacia y temeridad, hasta el mar, sin reparar en riesgos». Quería que Kluge desplazase las fuerzas del frente de Eberbach y las dirigiera hacia Avranches, «para acentuar el colapso del frente aliado en Normandía, penetrando en profundidad en el flanco y en la retaguardia del enemigo que se oponía al Ejército 7. La mayor audacia, decisión e imaginación deben dar alas a todos y a cada uno de los mandos. Todos y cada uno de los hombres deben creer en la victoria. La limpieza de fuerzas en la retaguardia y en Bretaña puede esperar»

Kluge telefoneó entonces a Eberbach disculpándose. Había proyectado un ataque posterior contra Avranches para el día 9 de agosto y tendría necesidad de tres divisiones de las que se ocupaban en la defensa de Falaise. «Preveo que el fracaso de estos continuos ataques contra Avranches –dijo a Eberbach– provocará el hundimiento de todo el frente de Normandía, pero las órdenes de Hitler son tan perentorias que no hay otra salida que obedecerlas.»

Una de las tres *Panzerdivisionen* se estaba trasladando de sus posiciones al sur de Caen hacia Mortain cuando, una hora antes de medianoche, más de 1000 bombarderos pesados y cazabombarderos aliados descargaron sobre las defensas situadas en los accesos de Falaise más de 5000 t de bombas; al mismo tiempo, 720 piezas de artillería arrojaron sobre los mismos objetivos proyectiles de alto explosivo e iluminaron con cohetes el campo de batalla. Entonces, ocho columnas canadienses y británicas, cada una con cuatro carros de combate a la cabeza, se lanzaron al ataque, seguidas por la infantería montada en vehículos acorazados. Crerar había desencadenado un ataque masivo –Operación «Totalise»– para cubrir los 26 km que le separaban de Falaise.

El general Kluge anuló el traslado de las otras dos *Panzerdivisionen* de Eberbach, las cuales permanecieron al sur de Caen para detener a los canadienses.

Falaise: la ocasión

Al amanecer del 8 de agosto, los canadienses habían penetrado 5 km en el interior de las líneas alemanas. Luego, el ataque se detuvo. El general Crerar había confiado la misión de soportar el esfuerzo principal a dos divisiones inexpertas, y si bien estas unidades revelaron la normal falta de recursos propia de todas las tropas novatas, lo cierto era que el Ejército canadiense había ganado 8 km más antes de detenerse. Los canadienses se hallaban ahora a menos de 13 km de Falaise, pero para cubrir el resto de la distancia era necesario otro esfuerzo aún más importante.

El 8 de agosto, Bradley tuvo una idea magnífica. Confiando en que el Cuerpo de Ejército VII de Collins no hubiera cedido terreno en Mortain, vio la ocasión de cercar a los alemanes en Normandía. Opinaba que, con un ataque lanzado al Oeste, en dirección a Avranches, los alemanes «correrían el riesgo de acabar envueltos desde el Sur y el Norte». Y si los canadienses habían atacado desde el Norte, ¿por qué las tropas americanas no podían atacar desde el Sur, y así proceder al cerco de las tropas alemanas lanzadas sobre Avranches? Cuando Eisenhower, de inspección en el cuartel general de Bradley, dio su aprobación, Bradley telefoneó a Montgomery aconsejándole proceder igualmente al cerco de las fuerzas alemanas al oeste de Argentan y de Falaise. En lugar de dirigirse hacia el Este, en dirección al Sena, los Ejércitos 1 y 3 americanos podían efectuar una conversión hacia el Norte, en dirección al límite de sector entre los Grupos de Ejércitos y especialmente hacia las ciudades de Flers-de-l'Orne y Argentan. Y puesto que estas dos ciudades se hallaban en la zona asignada al Grupo de Ejércitos XXI de Montgomery, los americanos –sugirió Bradley– quedarían precisamente a muy poca distancia de la línea Este-Oeste. Allí constituirían el brazo inferior de una maniobra de tenaza, mientras las fuerzas anglocanadienses, al Norte, constituirían la superior. Al juntarse, ambos brazos de la tenaza encerrarían en su interior a todas las fuerzas alemanas, que luego serían aniquiladas. Montgomery aprobó el plan, y Bradley dio órdenes a Patton para que trasladase el Cuerpo de Ejército XV de Haislip, destacado en la defensa de la ciudad de Le Mans, hacia el Norte, sobre la ciudad de Alençon y, eventualmente, sobre Argentan.

Mientras Haislip se movía hacia el Norte, en las proximidades de Falaise y en los alrededores de Mortain empezó la batalla. «¿Cómo están las cosas por ahí?», preguntó un oficial de operaciones de un puesto de mando de división a un oficial de un regimiento empeñado en la zona de Mortain. «Parece el infierno fue la respuesta. Hay una confusión de mil diablos: estamos disparando con todo lo que tenemos a mano; los carros de combate están a 500 m de nosotros.»

Sin embargo, no fue la situación creada en Mortain lo que indujo a Kluge a anular el ataque sobre Avranches, programado para la noche del 9 de agosto, sino más bien la que se desarrollaba en el frente de Eberbach. Pero aquel mismo día Hitler insistió en que se realizase otro intento de reconquistar Avranches, con el fin de remediar los errores cometidos durante el primer ataque. Este nuevo intento, especificaba Hitler, debería llevarse a cabo el 11 de agosto y había de ser una acción en gran escala, basada en el peso de varias unidades reagrupadas bajo un nuevo mando de Ejército y de cuya constitución se encargaría Eberbach.

Cuando en el frente de Falaise disminuyó la presión, Eberbach confió el mando de la 5.ª *Panzerarmee* al general Joseph Sepp Dietrich; él, personalmente, asumió el mando de una Gran Unidad de formación provisional denominada *Panzergruppe Eberbach*. Pero apenas hubo empezado a examinar la situación para conocer todas las exigencias de un ataque masivo sobre Avranches, se dio cuenta de que era imposible reagrupar todas las fuerzas necesarias para el día 11 de agosto y expresó la opinión de que hasta el día 20 no podría repetirse el ataque.

Sin embargo, el día 11 de agosto los alemanes se percataron de que el Cuerpo de Ejército XV de Haislip se dirigía de Le Mans hacia Alençon. Y si bien había podido bloquear a los canadienses, Kluge dijo a Jodl, en el OKW, que los americanos, en el flanco meridional, «sin lugar a dudas habían girado hacia el Norte». Si el movimiento del Cuerpo de Ejército XV estaba operacionalmente vinculado al esfuerzo canadiense en dirección a Falaise, Kluge estaba amenazado por una doble maniobra envolvente. Por lo tanto, persistir en la idea de atacar en dirección a Avranches ya no tenía sentido.

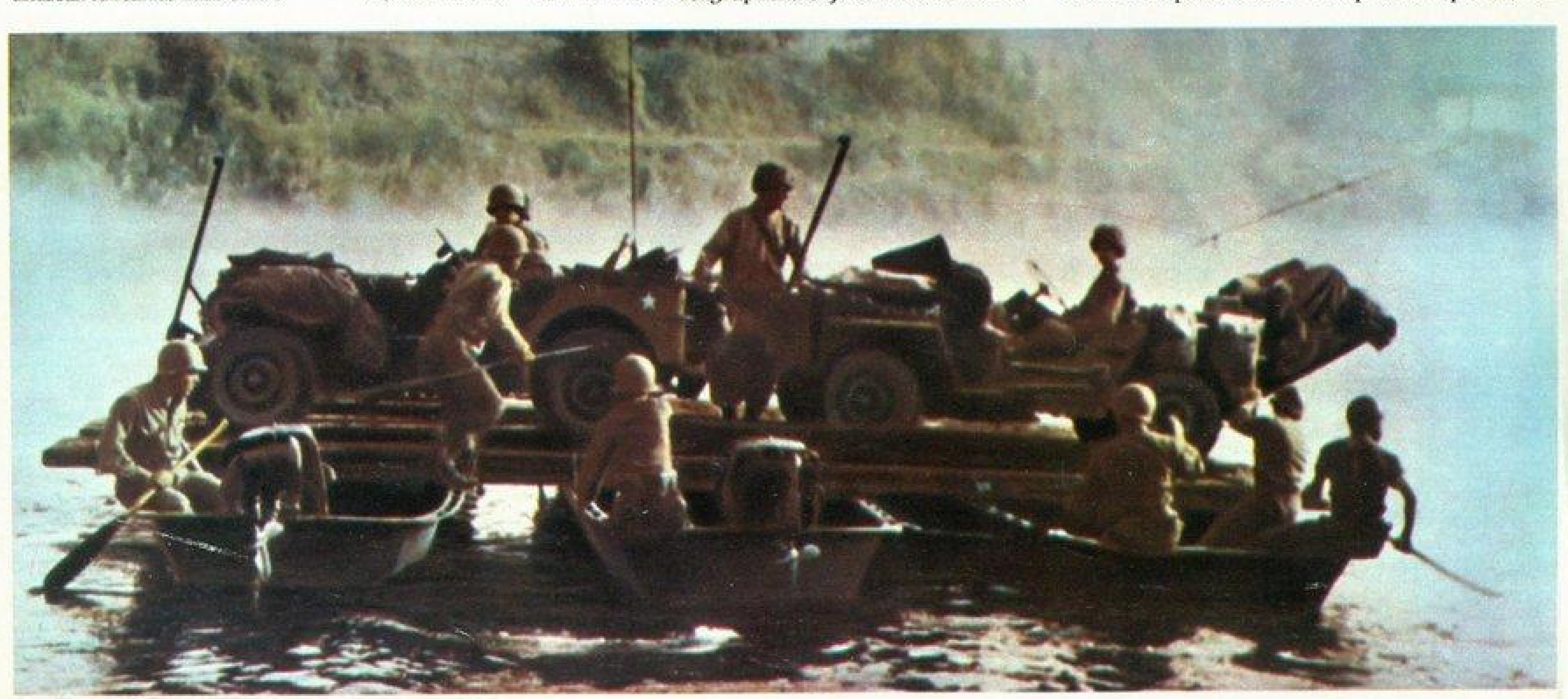
En estas circunstancias, el primer deber de Kluge era detener a las unidades americanas avanzadas. Por eso solicitó a Hitler, a través de Jodl, que el Ejército 7 fuese retirado de Mortain para asestar un golpe al Cuerpo de Ejército XV en los alrededores de Alençon.

Hitler admitió aquella noche que «la grave amenaza que se cernía sobre el propio flanco meridional» requería una rápida acción. Pero incluso así quería que se realizase otro intento contra Avranches y que se dejase a Eberbach la tarea de ocuparse del Cuerpo de Ejército XV. Ignorando el deseo del *Führer*, la misma noche Hausser comenzó a retirar de Mortain, hacia el Este, al Ejército 7.

Las defensas se desmoronaban a su alrededor y se dio cuenta de que retener sus fuerzas en aquel lugar significaba exponerlas a un completo aniquilamiento.

El repliegue de Hausser trajo consigo el final de la batalla de Mortain. Apenas los americanos se lanzaron a recuperar el terreno antes perdido, su primera preocupación fue liberar al batallón que había quedado aislado en la cota 317 durante más de cinco días. En una de las más importantes acciones llevadas a cabo por pequeñas unidades durante toda la campaña, este batallón impidió a los alemanes apoderarse de una posición que les hu-

Tropas americanas atraviesan el Sena. La travesía del río, efectuada en un amplio frente el 20 de agosto de 1944, hizo que se desvanecieran para siempre las esperanzas alemanas de establecer una línea defensiva en este lugar, mientras la 5.ª *Panzerarmee* y el Ejército 7, próximos al agotamiento, continuaban su retirada hacia el Este. (Imperial War Museum)



biera proporcionado la posibilidad de controlar la mayor parte del sector mantenido por el Cuerpo de Ejército VII.

El total de pérdidas sufridas por los americanos en Mortain, durante seis días de combates, se aproximaba a los 5000 hombres. Las bajas alemanas fueron mucho más elevadas, y, además, en las cercanías del campo de batalla, quedaron 100 carros de combate abandonados.

Pero la retirada de Mortain de las fuerzas de Hausser sólo fue un acontecimiento local; pues Hitler aún insistía en que se lanzase un ataque sobre Avranches. Mas este ataque únicamente se podría realizar si Eberbach conseguía destruir el Cuerpo de Ejército XV, que, desde Le Mans, se dirigía hacia el Norte.

La bolsa de Falaise

Entre tanto, Montgomery había impartido una nueva directiva. El 11 de agosto opinaba que el grueso de las fuerzas alemanas en Normandía debía hallarse situado al oeste de una línea que corría de Norte a Sur, de Caen a Le Mans, pasando por Falaise, Argentan y Alençon. Y puesto que el ataque canadiense se había llevado a cabo hacia el Sur, en dirección a Falaise, mientras el del Cuerpo de Ejército XV se desarrollaba hacia el Norte, en dirección a Alençon, el espacio a través del cual se veían obligados a pasar todos los refuerzos y abastecimientos alemanes que procedían del Este se iría estrechando progresivamente. La ocupación de Falaise y de Alençon reduciría el corredor a unos 60 km, más o menos, con lo cual los alemanes sólo podrían disponer de una sola vía para sus movimientos: la carretera que comunica Flers-de-l'Orne con Argentan. «Evidentemente –decía Montgomery– si pudiéramos cerrar por completo ese paso, pondríamos al enemigo en una situación crítica y difícil.»

Previendo que los alemanes habrían acumulado mayores efectivos para defender Alençon que los empleados en la defensa de Falaise, Montgomery concluía que sería más fácil para los canadienses tomar Argentan desde el Norte que para los americanos desde el Sur. En consecuencia, dio órdenes a Crerar para que ocupara Falaise y luego continuara su avance en dirección a Argentan. Los alemanes quedarían así cercados.

El rápido avance del Cuerpo de Ejército XV de Haislip dio al traste con los planes de Eberbach para el proyectado contraataque. La situación de los abastecimientos de municiones y de carburante había llegado a un punto, como dijo Eberbach, «pavorosamente serio»; y, por otro lado, las tropas se veían obligadas a moverse siempre de noche a fin de escapar a la aviación aliada durante el día. Como algunas divisiones sólo existían ya de nombre y todas ellas estaban muy por debajo de las plantillas, Eberbach cambió sus proyectos, haciendo que pasasen de ofensivos a defensivos. Constituyó una línea de protección para Argentan y así, cuando el 13 de agosto las unidades de Haislip llegaron a las cercanías de la ciudad, se hallaron, con gran sorpresa, frente a unas posiciones sólidamente defendidas.

Ahora los alemanes ya tenían plena consciencia de que si los canadienses tomaban Falaise y los americanos ocupaban Argentan llegarían a encontrarse a una distancia de 24 km unos de otros. Y sólo esta corta distancia libraría de caer en un cerco total a todas las fuerzas alemanas en Normandía. Aquel día, Dietrich advirtió que «si el frente alemán de la 5.ª *Panzerarmee* y el del Ejército 7 no se abandonan inmediatamente y se concentran todos los esfuerzos en mover las fuerzas hacia el Este, poniéndolas a salvo de la amenaza de cerco, ambos Ejércitos serán completamente aniquilados. Pronto la artillería enemiga tendrá bajo su alcance la bolsa desde todas direcciones». Haislip ya se disponía a lanzar un ataque más enérgico y coordinado, para ocupar Argentan el 13 de agosto, cuando Bradley, a través de Patton, dio unas extrañas órdenes: debía detener las operaciones ofensivas, asumir una posición defensiva y esperar ulteriores órdenes. En aquel momento, entre los canadienses al norte de Falaise y los americanos al sur de Argentan, había menos de 40 km: se cerraba la «bolsa de Falaise».

Bradley había detenido el avance de Haislip porque esperaba recibir de Montgomery la autorización para hacer entrar a los americanos en el sector designado al Grupo de Ejércitos XXI. Pero Montgomery aún seguía opinando que sería más fácil a los canadienses cerrar la brecha por el Norte, y ellos, por su parte, estaban dispuestos por completo a desencadenar un segundo ataque contra Falaise, y, si todo marchaba bien, continuar sobre Argentan.

El ataque de Crerar comenzó el 14 de agosto; fue «un durísimo golpe, concentrado en un frente muy estrecho». Tropas canadienses y polacas irrumpieron a través de las defensas de Dietrich y llegaron a 5 km de Falaise. Pero, con las tropas de Haislip detenidas justamente al sur de Argentan, aún había 25 km entre las fuerzas aliadas. En aquel momento, con el Ejército 1 todavía en marcha hacia el Norte, el frente aliado presentaba la forma de una herradura en torno a la mayor parte de las fuerzas alemanas.

Se completaba así la bolsa de Argentan-Falaise, abierta hacia el Este, y, a través de esta abertura, los alemanes intentarían pronto una salida para evitar su destrucción total.

No obstante, Hitler, perdido completamente todo contacto con la realidad, insistía una vez más, el 14 de agosto, para que se llevase a cabo otro ataque sobre Avranches. «La presente situación en la retaguardia del Grupo de Ejércitos –se lamentaba– no es más que el resultado del no realizado ataque sobre Avranches».

Bradley, tras haber esperado durante 24 horas la autorización de Montgomery para rebasar el límite de sector del Grupo de Ejércitos y avanzar hacia el Norte a través de Argentan, tomó una decisión personal el 14 de agosto. Aunque no había recibido ni una palabra de Montgomery, Bradley dijo a Patton que Haislip debía dejar la mitad de los efectivos de su Cuerpo de Ejército XV en Argentan y, con el resto de las tropas, seguir hacia el Este, sobre el Sena, e incluso cruzarlo si era posible. Pero, ante todo, Haislip debía avanzar sobre Dreux.

El movimiento extendería la maniobra envolvente, y también contribuiría a consolidar el gran avance de tres Cuerpos de Ejército para rastrillar la zona París-Orleans. El cuerpo de Ejército XX, de Walker, una vez ocupado Angers, avanzaba ahora en dirección a Chartres. Y Patton, por su parte, había empeñado al Cuerpo de Ejército XII, al mando del general Gilbert R. Cook (luego sustituido por el general Manton S. Eddy), en la acción emprendida para alcanzar Châteaudun y Orleans. Como la región recorrida por estos tres Cuerpos de Ejército estaba guarnecida únicamente por pequeños destacamentos alemanes, el desarrollo de la acción en la bolsa de Argentan-Falaise alcanzó su punto culminante.

Mientras la bolsa era sometida al intenso fuego de la artillería aliada y a bombardeos aéreos, Kluge, la mañana del 15 de agosto, dejaba el puesto de mando de Dietrich para conferenciar con sus otros dos comandantes de Ejército, Hausser y Eberbach. Pero inmediatamente después de penetrar en la bolsa, Kluge desapareció sin que se supiera nada más de él. Durante todo el día se le buscó sin resultado; se intentó localizarle y ponerse en contacto con él mediante la radio; pero todo fue inútil. Su desaparición parecía un mal presagio. ¿Acaso habría decidido ponerse en contacto con las autoridades aliadas para tratar de la rendición? Por la tarde, Hitler encomendaba provisionalmente el mando occidental a Hausser, con la orden de destruir las fuerzas americanas en los alrededores de Argentan, «que amenazaban con envolver los tres Ejércitos».

La orden ya no tenía sentido, pues las paredes de la bolsa crujían.



Soldado alemán, de 14 años, se rinde a las fuerzas americanas que acaban de conquistar Coutances. (Keystone)

La retirada alemana

Al fin Kluge reapareció. Con el auto averiado y la radio destruida había pasado el día al resguardo de un foso. La mañana del 16 de agosto, tras haber conferenciado con sus comandantes, Kluge recomendaba a Jodl que autorizase una inmediata evacuación de todas las tropas a través de la brecha Argentan-Falaise. Cualquier vacilación en aceptar su sugerencia acarrearía «consecuencias imprevisibles», dijo. Al mediodía obtuvo el permiso para retirarse hacia el Este.

Aquel día los canadienses entraban en Falaise, ciudad tan castigada por los bombardeos aéreos y por la artillería que había quedado reducida a una masa informe de escombros. Conquistada Falaise, Montgomery telefoneó a Bradley para sugerirle que las fuerzas americanas y canadienses cerrasen la bolsa, enlazando en Trun y en Chambois, aldeas situadas al norte de Argentan.

En consecuencia, Bradley ordenó a Patton que ocupara Chambois. Mas, por desgracia para los Aliados –pues Haislip había dejado Argentan dos días antes en dirección a Dreux– en aquella zona no había ya ningún comandante de Cuerpo de Ejército para preparar y lanzar inmediatamente el ataque. Entonces Patton improvisó un mando de Cuerpo de Ejército, poniéndolo a las órdenes de su jefe de Estado Mayor, el general Hugh Gaffey. Éste preparó el ataque, que habría de desencadenarse la mañana del 17 de agosto. Pero Bradley, sin que Patton supiera nada, había ordenado a Hodges que invitase al mando del Cuerpo de Ejército V de Gerow, situado en las cercanías de Tinchebray, a descender del extremo occidental de la bolsa hacia el Sur y a asumir la dirección de las operaciones en la zona meridional de la propia bolsa. Gerow, que llegó un poco más tarde aquella misma noche, suspendió la acción de Gaffey mientras su artillería no llegase para garantizar el éxito. Y esta circunstancia hizo que en el flanco meridional no fuese muy apreciable la presión ejercida por los Aliados. Por el contrario, un contraataque lanzado durante la noche del 16 de agosto por las unidades de Eberbach, estuvo a punto de obligar a los americanos a abandonar su excelente posición sobre la cima de Le Bourg-Saint-Léonard, excelente puesto de observación sobre el valle del río Dives, a través del cual los alemanes tratarían muy pronto de escapar del cerco.

La noche del 16 de agosto había siete Cuerpos de Ejército alemanes dentro de la bolsa: la distancia menor, calculada por carretera, desde el punto más occidental de la bolsa hasta su abertura, era de 65 km. Los alemanes juzgaron que serían necesarias tres noches para atravesar el río Orne, y una más para completar la maniobra de repliegue al otro lado del Dives. La posibilidad de poner a salvo sus unidades, no sólo dependía del hecho de poder mantener abierta la brecha durante cuatro días, sino también de la habilidad de Dietrich para proteger el flanco septentrional, y, análogamente, de la capacidad de Eberbach

para proteger la zona meridional. Hausser iniciaría también el repliegue tratando de impedir que la tenaza se cerrase a su alrededor.

La retirada de la bolsa se inició al caer la noche del 16 de agosto. Las tropas del más alejado sector occidental cruzaron el río Orne con tranquilidad y éxito.

El 17 de agosto, Montgomery dio instrucciones a Crerar para que aumentase la presión por el Norte. Crerar cumplió la orden, amenazando de tal modo la maniobra de repliegue que Kluge ordenó a Hausser que acelerase el movimiento de las retaguardias: en lugar de invertir otras dos noches en el traslado de las tropas debería completar el repliegue aquella misma noche.

Y, en efecto, así se hizo: la noche del 17 de agosto, todas las tropas de Hausser atravesaron el río Orne, consiguiéndolo, en su mayor parte, con excelente orden a pesar de la congestión de las carreteras, la disminución de los abastecimientos y el constante fuego de la artillería.

Entre tanto, Hitler, cada vez más disconforme con la dirección de las operaciones por parte de Kluge, envió a otro oficial, el general Model, para asumir el mando de las fuerzas occidentales. Model conferenció con Kluge y con los demás comandantes de los Ejércitos en las primeras horas del 18 de agosto. La retirada de la bolsa se llevaba a cabo del mejor modo posible y, desde luego, no efectuó ningún cambio. La primera zona en la retaguardia que consideró apta para establecer un frente decisivo fue el curso del Sena.

Su decisión coincidía con los planes de Hitler. El 18 de agosto, éste había ordenado a las fuerzas del sur de Francia –el Grupo de Ejércitos G– que abandonasen aquella zona. El motivo más importante que le indujo a tomar esta decisión fue la situación creada en Normandía. Un repliegue en gran escala en esta última región amenazaría, efectivamente, los planes de retirada de las unidades procedentes de Francia meridional. Hitler esperaba que estas fuerzas pudieran formar una línea de cobertura en el alto Sena, mientras la 5.ª *Panzerarmee* y el Ejército 7 tomaban posiciones en el bajo Sena.

Se adivinaba así una estrategia completamente nueva. Pero su efectividad estaría determinada, en su mayor parte, por el número de fuerzas alemanas que consiguieran salir de la bolsa Argentan-Falaise.

El destino de Kluge: el suicidio

Mientras Model asumía el mando del teatro de operaciones y el del Grupo de Ejércitos B, Kluge escribió una carta a Hitler y, por la noche, salió en dirección a Alemania. Estando en la carretera que le conducía a Metz se suicidó ingiriendo unas pastillas de cianuro de potasio, aparentemente porque Hitler le consideraba responsable de la derrota en Normandía. En la carta exponía sus puntos de vista acerca de todo lo que había sucedido. El ambicioso y audaz concepto operativo ideado por Hitler, decía Kluge, no era realizable, sencillamente porque los medios no eran los adecuados para tales fines. Aconsejaba finalmente a Hitler que pusiera fin a la guerra: sería mejor.

Durante la noche del 18 de agosto, aunque un comandante alemán dijera, en una comunicación: «La bolsa se ha cerrado», aún consiguieron escapar más tropas alemanas a través del pequeño paso existente en los alrededores de Chambois. Las unidades que se hallaban más al Oeste se replegaron por la carretera de Falaise a Argentan.

La bolsa se estrechó todavía más el 19 de agosto, cuando el Ejército 2 británico de Dempsey cruzó el río Orne y se situó a pocos kilómetros de la carretera Falaise-Argentan; mientras los canadienses se instalaban sólidamente en Trun y luchaban por St. Lambert-sur-Dive, algunas unidades polacas ocuparon la cima del Monte Ormel para bloquear el paso Trun-Chambois y otras entraron en la misma Chambois, encontrándose con los soldados americanos que, precisamente en aquel momento, llegaban a la ciudad.

La tarde del 19 de agosto la bolsa tenía unos 10 km de longitud por 11,5 km de anchura. En su interior se hallaban dos mandos de Ejército, cuatro mandos de Cuerpo de Ejército y los restos de 10 divisiones, más un conjunto de grupos fragmentados y dispersos y unidades de los Servicios. Todos se hallaban en una zona constantemente batida por los aviones y por la artillería aliada, y para salvarse les quedaban dos únicas posibilidades: atravesar el río Dives, o bien lanzarse a través de la brecha Trun-Chambois, ya parcialmente bloqueada por los polacos desde el Monte Ormel.

Al caer la noche, los alemanes empezaron a moverse hacia el Este, a través de caminos vecinales obstruidos por toda clase de despojos, y tratando sobre todo de mantener la disciplina y la unidad. Una fría lluvia, que comenzó a caer a media noche, vino en su ayuda, pues en las primeras horas de la mañana se levantó una densa niebla. En el curso de una noche de fuego y de explosiones, millares de soldados alemanes pasaron a través de una cortina de proyectiles de artillería y dejaron atrás el río Dives, acosados y perseguidos por las fuerzas aliadas.

¿Cuántos alemanes se salvaron? Nadie lo sabe con seguridad. Pero se puede calcular que entre 20.000 y 40.000 hombres consiguieron salir de la bolsa; mas la artillería, las armas pesadas y otros pertrechos se perdieron en su totalidad.

Los Aliados hicieron unos 50.000 prisioneros y contaron hasta 10.000 soldados alemanes muertos.

Para los que habían conseguido escapar había sido una verdadera suerte, pero aún debían afrontar un nuevo cerco, esta vez en el Sena.

Una vez cerrada la bolsa, tres Cuerpos de Ejército del Ejército 3 de Patton procedieron a la limpieza de la región del Loira y de la comprendida entre París y Orleans. Cuando el Cuerpo de Ejército XII ocupó esta última ciudad, Patton dejó a Eddy allí y encargó a Walker que completase la ocupación de Chartres y luego alcanzase la ciudad de Dreux, con su Cuerpo de Ejército XX, relevando al Cuerpo de Ejército XV de Haislip. Una vez sustituido por Walker, Haislip debía avanzar unos 40 km desde Dreux hacia el Sena, y llegar hasta Mantes-Gassicourt, a 48 km de París.

El Cuerpo de Ejército XV se lanzó hacia Mantes-Gassicourt y el 19 de agosto comprobó que la región ya había sido abandonada por los alemanes. Ningún obstáculo, excepto el río mismo, impedía atravesarlo.

En este punto, los comandantes aliados tomaron otra determinación importantísima. En lugar de ocupar posiciones a lo largo del Sena, como habían proyectado en un principio, a fin de organizar las bases de abastecimientos necesarios para las sucesivas operaciones en dirección a Alemania, decidieron alcanzar inmediatamente los límites de la propia Alemania. El paso del Sena, tanto al Norte como al Sur de la capital francesa, parecía fácil. Pero la presencia de muchos alemanes, cerca de 75.000, entre la bolsa de Falaise-Argentan y el bajo Sena, impulsó a los Aliados a intentar de nuevo encerrarlos en otra bolsa. Si los americanos de Haislip descendían desde Mantes-Gassicourt a todo lo largo de la orilla occidental del Sena, empujarían al enemigo hacia la desembocadura del río, donde el cauce es más ancho y por lo tanto más difícil de atravesar. Pero así se presentaba la misma dificultad con la que se chocó en Argentan, pues la zona al sur de Mantes-Gassicourt era de la competencia del Grupo de Ejércitos XXI de Montgomery. No sólo Haislip interferiría en el sector operativo británico y canadiense, sino que incluso cortaría las direcciones de avance de estos Ejércitos. Pero, probablemente aleccionado por el citado caso de Argentan, Montgomery autorizó a Haislip a penetrar en su sector. «Este no es momento de descansos o reuniones para felicitarnos mutuamente –dijo Montgomery–. Resolvamos los problemas sobre la marcha y en tiempo récord».

Los Aliados atraviesan el Sena

Los comandantes aliados deseaban que Haislip avanzase a lo largo de la orilla occidental del Sena; pero, al mismo tiempo, querían que constituyese una cabeza de puente en la orilla oriental. Así, durante la noche del 19 de agosto, bajo una lluvia torrencial, una división americana atravesó el Sena: un regimiento pasó sobre un dique, otro en embarcaciones de asalto y balsas, y el tercero a través de un puente a medio construir y dispuesto para ser utilizado a la mañana siguiente. El 20 de agosto, los americanos ya habían constituido una sólida cabeza de puente. Algunas unidades conquistaron el cuartel general del Grupo de Ejércitos B, en La Roche-Guyon.

Este mismo día, Hitler autorizó a Model para retirarse en dirección al Sena. Aunque Model y Dietrich dividieron minuciosamente el frente en tres sectores, trazando sobre el mapa los límites de competencia de cada uno de los tres Cuerpos de Ejército, en la práctica no podían ocultar que las Grandes Unidades que se hallaban al oeste del Sena, sobre todo después de la dolorosa experiencia de Argentan-Falaise, estaban terriblemente debilitadas. Las divisiones tenían los efectivos de un batallón incompleto, las *Panzerdivisionen* carecían de carros de combate, y las divisiones de infantería se habían quedado sin artillería. Y sin embargo, semejantes tropas aún consiguieron detener a las divisiones acorazadas que Haislip había enviado a lo largo de la orilla del río. Necesitaron cinco días de duros combates para avanzar 30 km.

Entre tanto, el Cuerpo de Ejército XIX, mandado por Corlett, se había pegado al flanco izquierdo de Haislip y ambas unidades, conjuntamente, rastrillaron la orilla izquierda del río. Los americanos empezaron a avanzar rápidamente, encontrando cada vez menor resistencia. Sin embargo, al llegar a Elbeuf, tropezaron con una fuerte línea defensiva. Elbeuf era un importante punto de embarque para los alemanes, y allí habían levantado una barrera para frenar el avance de los Aliados y permitir a las tropas en retirada desalojar el terreno al oeste del río.

Mientras los Cuerpos de Ejército XV y XIX rastrillaban la zona comprendida entre Mantes-Gassicourt y Elbeuf, durante la última semana de agosto las unidades británicas y canadienses, llegadas del Oeste, ocuparon todo el bajo Sena, desde Vernon hasta el mar.

Fue imposible determinar cuántos alemanes consiguieron atravesar el Sena. Pero lo que quedó claro, para unos y para otros, es que ya no existía la menor posibilidad de defensa sobre dicho río. La 5.ª *Panzerarmee* y el Ejército 7 estaban extenuados, dispersos, tan cerca del colapso total que ya no podían hacer otra cosa que retroceder.

Entre tanto, Patton había hecho avanzar a Eddy y a Walker, respectivamente desde Orleans y Dreux, y ambos atacaron y dispersaron tropas de protección, guarniciones locales, unidades antiaéreas, elementos dispersos y las fuerzas inadecuadas y desmoralizadas del Ejército 1, en las que Hitler tanto había confiado para conservar la línea Orleáns-París. El Cuerpo de Ejército XII atravesó el alto Sena en Troyes y el Cuerpo de Ejército XX por Melun y Fontainebleau.

Entre el 20 y el 25 de agosto, los americanos establecieron al otro lado del Sena cuatro importantes cabezas de puente. Al norte de París, en Mantes-Gassicourt, el Cuerpo de Ejército XV de Haislip había establecido otra; y el 25 de agosto los Aliados aún se aseguraron otra ocupando el mismo París.

El avance iniciado en la carretera Periers-St. Lô, en la península de Cotentin, había llevado a las tropas aliadas, en el espacio de un mes, a las orillas del Sena, y aún más allá. Además, había destruido dos Ejércitos alemanes. La estática «guerra de los setos» ya no era más que un desagradable recuerdo. Alemania estaba al alcance de la mano y la victoria definitiva a la vista.

Birmania, abril-julio 1944

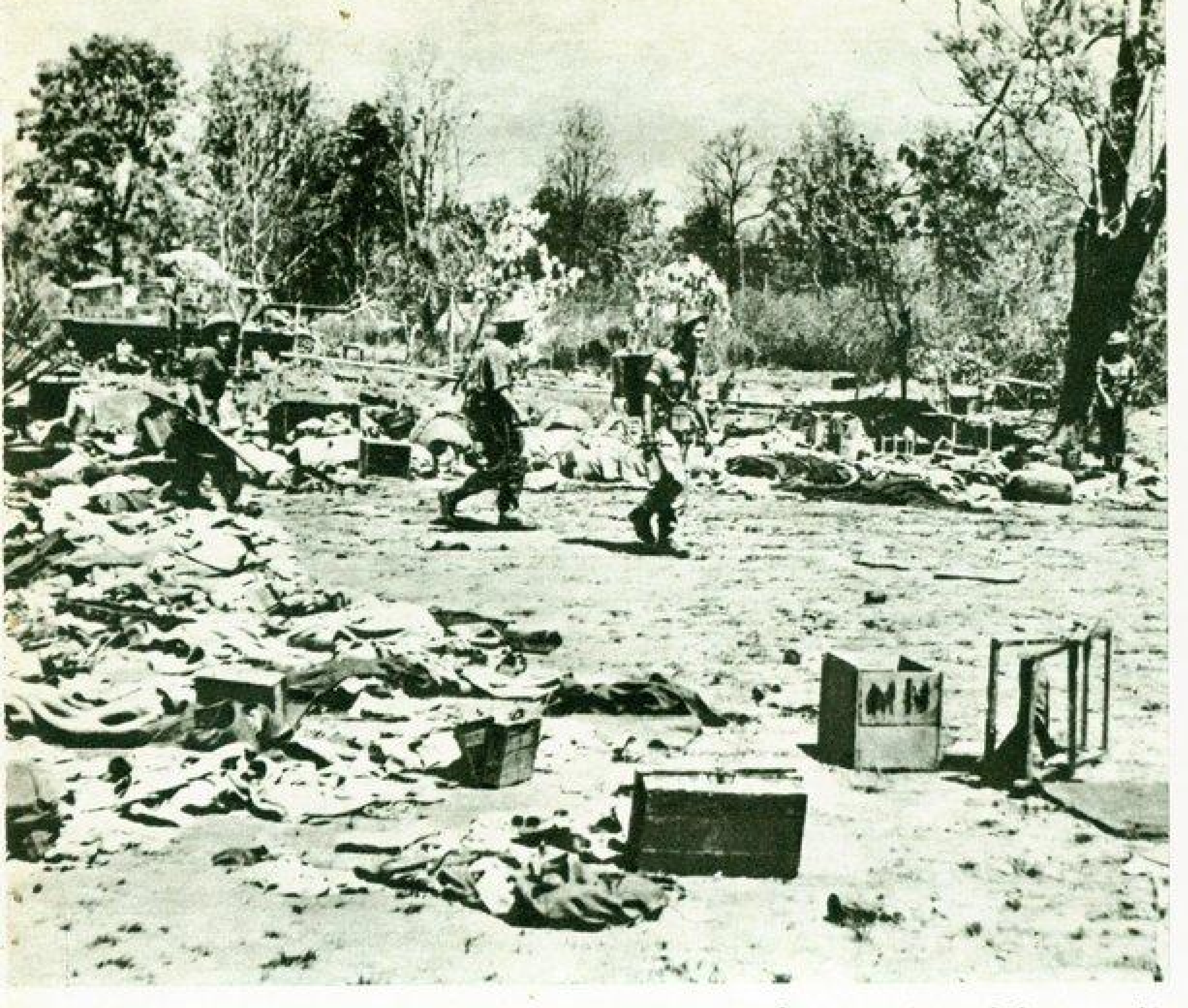
RETIRADA SOBRE EL CHINDWIN

Iwaichi Fujiwara, teniente general



En el curso de su avance en Birmania, en persecución de las dispersas divisiones japonesas que se replegaban hacia el Chindwin, las tropas aliadas exponen, a modo de trofeo, algunas calaveras de soldados enemigos halladas, junto a otros restos a lo largo del fatigoso camino de retirada de las tropas niponas.
(Imperial War Museum)

El teniente general Iwaichi Fujiwara, entonces oficial de Estado Mayor del Ejército 15 japonés, describe en este capítulo la actitud de los oficiales superiores, que se negaron de forma obstinada a admitir el fracaso de la ofensiva Imphal-Kohima, y las penalidades que semejante postura reportó al soldado japonés.



Patrulla británica, apoyada por un carro de combate, cruza una aldea birmana destruida, en persecución de las fuerzas japonesas. A pesar de la crítica situación en el frente de Imphal y de Kohima, los mandos superiores japoneses no se resignaron a suspender la ofensiva, provocando con esta actitud, la tragedia del río Chindwin. (Imperial War Museum)

Una debilidad fatal, que parecía paralizar sus movimientos, había ido apoderándose rápidamente de los jefes del Ejército 15 japonés, casi un mes antes de que la batalla por Imphal alcanzase su crisis más aguda, a finales de mayo de 1944. Dos comandantes de división, los generales Sato y Yanagida, habían perdido toda confianza en su comandante de Ejército y en la escasa o nula probabilidad de poder conquistar Imphal. Sin embargo, no tuvieron el suficiente valor para aconsejar la suspensión de las operaciones, por lo que se hicieron gravemente responsables del fracaso de la ofensiva nipona contra Imphal.

Pero no sería justo atribuir toda la responsabilidad de esta falta de decisión a los generales del Ejército 15. El Mando Supremo Imperial y el Mando del Ejército meridional tampoco estaban libres de culpa. Ya el 28 de abril, un grupo de oficiales del Estado Mayor, al frente de los cuales figuraba el representante del jefe de Estado Mayor, general Hata, había inspeccionado el Ejército meridional de Singapur, y el día 1 de mayo el mando de la zona del Ejército de Rangún; tras esta visita, sus conclusiones fueron categóricas: las perspectivas de éxito eran tan limitadas que lo mejor sería suspender las operaciones en la India.

El 15 de mayo, a su regreso a Tokio, informaron inmediatamente al general Tojo, jefe del Estado Mayor General Imperial; pero Tojo se negó a aceptar sus puntos de vista. Sucesivas declaraciones del general Hata revelan una situación todavía más incomprensible. Según Hata, el general Kawabe, comandante en jefe del Ejército en Birmania, ya le había comunicado, en privado, que se hacía inevitable proceder a la suspensión de las operaciones e incluso el general Tojo había hecho partícipe de sus dudas al mismo Hata, cuando, tras la reunión con los oficiales del Mando Supremo, se habían entrevistado a solas en otra habitación a su regreso de Birmania.

Así, pues, esta falta de decisión, tanto por parte de los generales de mayor edad como de los más jóvenes, debía acabar, inevitablemente, con la tragedia del río Chindwin.

El 5 de julio, cuando tuvo lugar en Indainggi la dramática entrevista de los generales Mutaguchi y Kawabe, los japoneses dejaron escapar la última oportunidad que se les ofrecía para decidir favorablemente la suerte de sus divisiones en la batalla de Imphal. En aquellos críticos momentos, Kawabe fue informado por Mutaguchi acerca de la verdadera situación bélica y del plan para una nueva ofensiva contra Palel. Kawabe, en su diario, declara que, por la expresión del rostro del general, comprendió que Mutaguchi tenía algo más que decirle, pero que vacilaba en hacerlo. Y añade: «No me atreví a hacerle preguntas.»

Por su parte, el general Mutaguchi recuerda: «En modo alguno podía decir al general Kawabe que había llegado el momento de suspender las operaciones, aunque lo tenía en la punta de la lengua. Confiaba en que el general se diese cuenta, incluso sin hablar, de lo que yo llevaba en el corazón.»

Semejante contradicción entre los pensamientos íntimos y su exteriorización, es una faceta característica del espíritu de los samurai. Personalmente, creo que los japoneses tenemos una propensión excesiva a cultivar el sentido del honor y de la cortesía, y me inclino a creer también que esta tendencia innata influyó, de manera muy considerable, en el desarrollo de la batalla de Imphal.

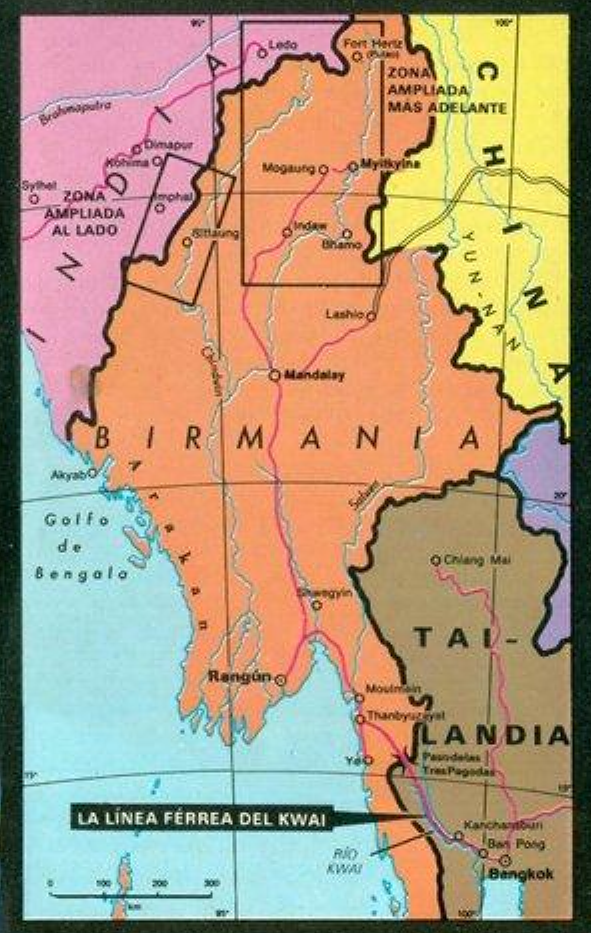
Por lo demás, las memorias del general Kawabe revelan con bastante claridad que la continuación de las operaciones en Imphal fue el resultado de la influencia del político hindú filojaponés, Subhas Chandra Bose, que trabajaba en Tokio por la causa japonesa. «Había en aquellas operaciones algo mucho más profundo y amplio, algo que iba mucho más allá de lo que yo podía captar... De-

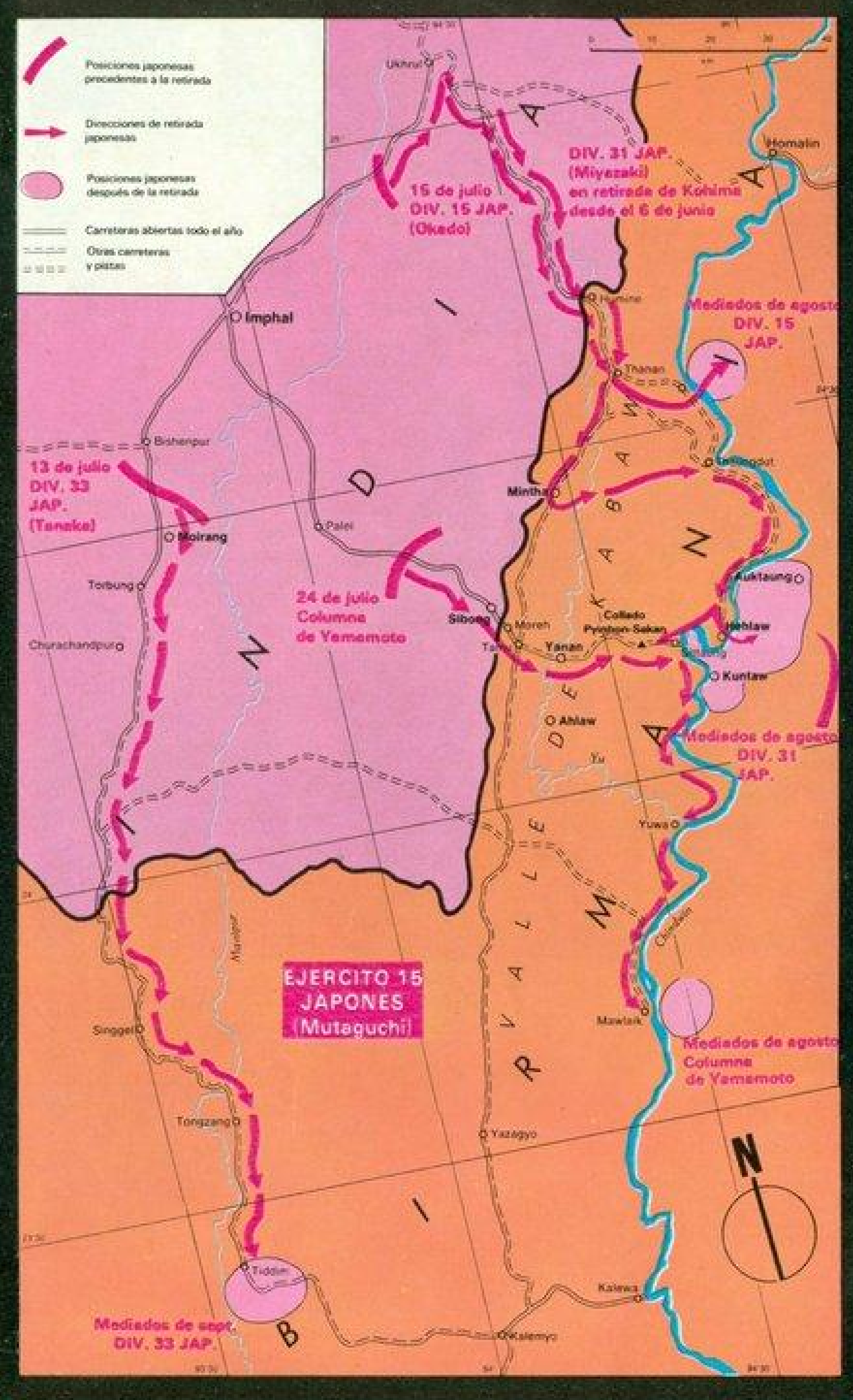
Soldados japoneses transportan a hombros las granadas hasta una posición artillera en las cercanías del río Chindwin. Tras la penetración llevada a cabo por los británicos en la carretera de Imphal-Kohima y la pérdida de las principales líneas de abastecimientos con el frente, el 25 de junio Mutaguchi solicitó la autorización del Mando para suspender las operaciones. (Sado-Opera Mundi)



ENCUENTROS CRUCIALES EN EL SECTOR INDO-BIRMANO

En la primavera-verano de 1944 las fuerzas aliadas del sector oriental se encontraron empeñadas, simultáneamente, en dos frentes, de vital importancia, en la frontera indo-birmana. El 15 de marzo, los japoneses iniciaron su ofensiva contra Imphal y Kohima, amenazando gravemente la existencia de estas dos importantes bases aliadas. Entre tanto, las fuerzas del general Stilwell avanzaron desde Ledo, en dirección a Myitkyina, mientras los *Chindit* de Wingate se preparaban para interrumpir la línea principal de abastecimiento japonesa: el ferrocarril que unía Myitkyina con Rangún y que los prisioneros de guerra aliados en Tailandia estaban prolongando hasta Bangkok.





A principios de julio de 1944, hasta el Estado Mayor del Ejército 15 japonés hubo de reconocer que el ataque desencadenado el 15 de marzo para la conquista de Imphal y de Kohima había fracasado totalmente y que las fuerzas japonesas no volverían a estar en condiciones de poder desencadenar ninguna nueva acción ofensiva. La retirada japonesa se inició el 16 de julio. A mediados de agosto, las divisiones 15 y 31 y la columna de Yamamoto alcanzaron el Chindwin, y un mes más tarde la división 33 se encontraba en Tiddim. La retirada pudo llevarse a cabo según los planes previstos por Mutaguchi, no sólo gracias a la organización de las fuerzas japonesas sino también por las particulares condiciones de las tropas aliadas que, faltas de preparación para una ofensiva a gran escala, hubieron de limitarse a perseguir, lo más rápidamente posible, a las divisiones niponas en retirada.

bíamos combatir hasta el último aliento, en tanto tuviéramos en nuestras manos la posibilidad de efectuar un avance, por limitado que fuese. Los destinos del Japón y de la India dependían de aquella batalla. Y el destino de Subhas Chandra Bose también era el mío, no sólo el suyo. Por eso tenía que ayudar a Mutaguchi con todos los medios que tenía a mi disposición. No dejaba de repetírmelo. El catastrófico final de la campaña se vio terriblemente influido por las consideraciones morales de los militares japoneses respecto a su deber de contribuir a la realización de los deseos de Chandra Bose.»

Esta es la confesión del general Kawabe en sus memorias. Pero más allá de estas consideraciones –compartidas también por el general Mutaguchi–, su vacilación, su falta de decisión en suspender las operaciones, pudo ser consecuencia de un temperamento débil que, dicho sea de paso, era una faceta peculiar de su carácter. Por otra parte, hay que confesar que Kawabe era, indudablemente, un hombre íntegro, y fue él, sin duda más que ningún otro, quien accedió a que la ofensiva prosiguiera.

Yo creo que ambos generales se aferraron con excesiva tenacidad a la idea de «intentar tomar Imphal mientras dispongamos de un solo hombre, de un solo caballo.» Y esto supone, sin la menor duda, un ejemplo perfecto tanto de las buenas cualidades como de los puntos débiles del mando militar japonés.

A fines de marzo, después del fracaso sufrido por la División 33, en Tongzaug, el general Mutaguchi no se sentía satisfecho del comportamiento de su comandante, Yanagida, y por ello el 9 de mayo le sustituyó por Nobuo Tanaka. Tras la citada entrevista de Indainggi, hubo un nuevo cambio en los mandos: el 7 de junio el teniente general Uichi Shibata sustituyó al teniente general Mutaguchi, gravemente enfermo. Entre tanto, el general Mutaguchi estaba también preocupado por el general Sato, comandante de la División 31, quien había cometido una grave infracción en la disciplina militar. El día 22 de junio, el jefe de Estado Mayor del Ejército 15, general Kunomura, fue enviado a Lungshong para comunicar órdenes a Sato; pero éste las ignoró por completo y prosiguió su retirada sobre Humine. Por lo tanto, Mutaguchi se vio obligado a ordenar la inmediata destitución de Sato y procedió a nombrar en seguida a un sustituto.

El hecho de que un general al mando de un Ejército sustituyese a tres de sus comandantes de división –sobre todo en un momento en que la suerte de sus fuerzas estaba en entredicho– constituía un escándalo sin precedentes en la historia del Ejército japonés. Forzosamente, dentro de este cuadro general de la situación, las operaciones de Imphal debían estar al borde de la ruina. Prescindiendo de la razón y de la sinrazón, la responsabilidad de las tareas directivas de un comandante de Ejército es un asunto muy trascendente. Mas, al propio tiempo, no se puede negar la incompetencia de los oficiales de Estado Mayor –entre los que me contaba yo– al llevar la situación a un estadio tan crítico. Aún ahora, al recordar todo aquello, yo soy el primero en sentirme abrumado por la vergüenza.

Las últimas esperanzas de Mutaguchi de poder conquistar Imphal se desvanecieron al recibir la noticia del hundimiento efectuado en la carretera Imphal-Kohima y de la retirada, no interrumpi-



Durante su retirada del frente de Imphal y de Kohima, algunos soldados japoneses reciben alimentos de la población civil birmana. Las divisiones del Ejército 15 no recibieron la orden de interrumpir la ofensiva hasta el 13 de julio; mas, para entonces, los soldados estaban tan agotados a causa de los durísimos combates sostenidos y de las penalidades sufridas que su marcha hacia el Sur y el Sudeste se desarrolló en unas condiciones desastrosas. Había comenzado la estación de las lluvias, y los combatientes nipones –muchos de ellos atacados por graves enfermedades– hubieron de soportar interminables caminatas a través de caminos completamente cubiertos de barro y con las ropas y el calzado hechos jirones. Por añadidura, el brusco paso de una larga ofensiva a una durísima retirada, debilitó su espíritu combativo, provocando entre las tropas un grave relajamiento de la disciplina, que dificultó en gran manera la coordinación. (Sado-Opera Mundi)

da, de la división del general Sato, juntamente con las noticias de la pérdida de la dirección de abastecimientos con el frente y de la insuficiencia de hombres bajo su mando. El 26 de junio, el general Mutaguchi solicitó, nuevamente, autorización para detener la ofensiva, declarando al general Kawabe:

«Si hay que suspender las operaciones y si el Ejército tiene que ponerse a la defensiva, es aconsejable que se retire sobre la línea que corre desde la zona de colinas, sobre la orilla derecha del río Chindwin, a través de la otra zona de colinas que se extiende al noroeste de Mawlaik, hasta el sector de Tiddim.»

Mas, en aquellos momentos, las condiciones efectivas del Ejército 15 estaban muy lejos de poder constituir semejante línea defensiva, lo cual, una vez más, demuestra la increíble falta de información del Mando del citado Ejército acerca de la verdadera situación de las unidades en la línea del frente.

Sin embargo, Kawabe afirmaba, en su respuesta, que no esperaba una actitud tan pasiva por parte del Ejército 15. Por lo que respecta a las tropas del Ejército en la zona, seguía diciendo dicha respuesta, no cabía, según los planes, ninguna alternativa posible para la continuación de la ofensiva. El Ejército 15 debía cumplir con todo «celo» su misión y luchar todavía más desesperadamente que nunca. Esto era más que suficiente para que el general Mutaguchi se lanzase a la conquista de Palel a toda costa, sin tener en cuenta las posibles consecuencias. Así, pues, ordenó una ofensiva general contra esta localidad, con la División 31 (que entonces estaba retirándose desordenadamente en los alrededores de Humine) como ala derecha de la columna de Yamamoto, y tres batallones de infantería de la División 33, que se desplazarían desde el lejano frente de Bishenpur, como ala meridional.

Pero todo esto era un suicidio, algo imposible de realizar: un ejemplo más de cómo el mando del Ejército 15 estaba precipitándose vertiginosamente en el caos.

El propio general Kawabe, aunque siguiera alentando a dicho Ejército 15 para que continuase la lucha, estaba convencido y preparado para el fracaso de la operación. El 29 de junio envió a un oficial de su Estado Mayor al mando del Ejército meridional, en Manila, para solicitar la suspensión de las operaciones. Y ese mismo día, el comandante en jefe del Ejército meridional enviaba idéntica propuesta al Mando Supremo Imperial. Al día siguiente, el comandante en jefe del Ejército meridional recibía del segundo jefe de Estado Mayor del Mando Supremo un consentimiento no oficial: la confirmación imperial de suspender las operaciones en Imphal no llegó hasta el día 19 de julio.

Mientras tanto, se había perdido otra preciosa semana a causa de un malentendido entre el Mando de zona del Ejército y el Mando del Ejército 15. El 2 de julio, el general Kawabe recibió la orden de suspender las operaciones del Ejército meridional; pero entonces, en lugar de darle a Mutaguchi una orden explícita para la suspensión de la ofensiva, Kawabe le pidió que le informase acerca de las perspectivas de una ofensiva eventual sobre Palel. Y así, cuando el 5 de julio se recibió la orden definitiva de poner fin a las operaciones, el Mando de zona del Ejército insistió en conservar sólidamente el frente de Palel, con objeto de asegurar la retirada de las divisiones de primera línea, en tanto el Ejército reorganizaba sus propias posiciones.

En consecuencia el general Mutaguchi dedujo de todo esto que el Mando de zona del Ejército deseaba a toda costa la conquista de Palel, por lo que decidió poner en práctica su plan de ataque, llegando incluso a ordenar al Ejército 15 que se desplazara hasta el frente de Imphal con el único fin de reforzar las unidades que se encontraban en dicha zona.

El general Kawabe no se dio cuenta de este malentendido hasta el 9 de julio, e inmediatamente ordenó suspender el proyectado ataque. Mas la orden definitiva de retirada, a través de la cadena montañosa de Zibyu, sobre la zona de Kalewa, no llegó hasta el 12 de julio. Así, pues, estas órdenes confusas y contradictorias, procedentes del Mando de zona del Ejército, no hicieron más que aumentar el peligro en que se encontraba el Ejército 15.

Por lo tanto, el 13 de julio, Mutaguchi ordenó a las divisiones del Ejército 15 que iniciaran la retirada hacia el Chindwin. Esta retirada debería efectuarse en dos fases: primero, un repliegue sobre la línea Chindwin-Tiddim; luego, otro sobre la línea Zibyu-Kalewa.

- La División 15 debía concentrarse en la zona de Thaungdut, a través de Ukhrul, Humine y Thanan, e iniciar la retirada el 16 de julio.
- La División 31 ocuparía una sólida cabeza de puente, con el grueso de sus fuerzas, al oeste de Sittaung y protegería la retirada de la columna de Yamamoto y de la División 15, conservando el control de la importante carretera que corre a través de los montes Minthami, con un grueso contingente.
- La columna de Yamamoto debería desempeñarse el 24 de julio, mantener la importante línea Kuntaung-Moreh hasta el 31 de julio y luego retirarse a Mawlaik, vía Moreh y Ahlaw. Parte de la columna ocuparía Yazagyo para proteger la retaguardia de la División 33.
- La División 33 empezaría la retirada el 17 de julio, replegándose sobre Tiddim.

El Ejército 15 había perdido, hacía ya 21 días, la iniciativa en el frente de Imphal. Además, la estación de las lluvias estaba en su punto álgido: los ríos estaban desbordados y las carreteras anegadas o cubiertas de un fango que llegaba a las rodillas. Casi todos los puntos estaban intransitables, en particular los ríos Yu, Manipur y Chindwin, que constituían los mayores obstáculos para una retirada. Un par de barcazas y algunas embarcaciones indígenas eran todos los medios de que disponían los nipones para atravesar los ríos. No existían depósitos de abastecimientos, ni reservas de material sanitario, ni hospitales de campaña para los enfermos o heridos en todo el curso de la retirada. En cuanto al transporte, no se disponía ni de un solo camión ni de un caballo, ni siquiera de un mulo.

La mayoría de los oficiales y de los soldados sufrían de malaria, de disentería, de beri-beri, o se veían afectados por enfermedades cutáneas causadas por la fatiga y la desnutrición. Con los uniformes hechos jirones, el calzado destrozado y habiendo perdido toda la impedimenta, aquellos soldados parecían verdaderos espectros. Por añadidura, el tránsito de una ofensiva prolongada, acompañada de una lucha a muerte, a una retirada tan fatigosa, había debilitado su espíritu combativo y provocó además tan graves quebrantos en la disciplina, que los comandantes de algunas unidades se vieron en verdaderas dificultades para hacerse obedecer de sus hombres. Desparramados a lo largo de toda la vía de retirada, aparecían innumerables cuerpos sin vida, o de soldados enfermos o heridos que habían sido abandonados por sus compañeros, lo que constituía un espectáculo verdaderamente dantesco.

LA ULTIMA CAMPAÑA DE WINGATE

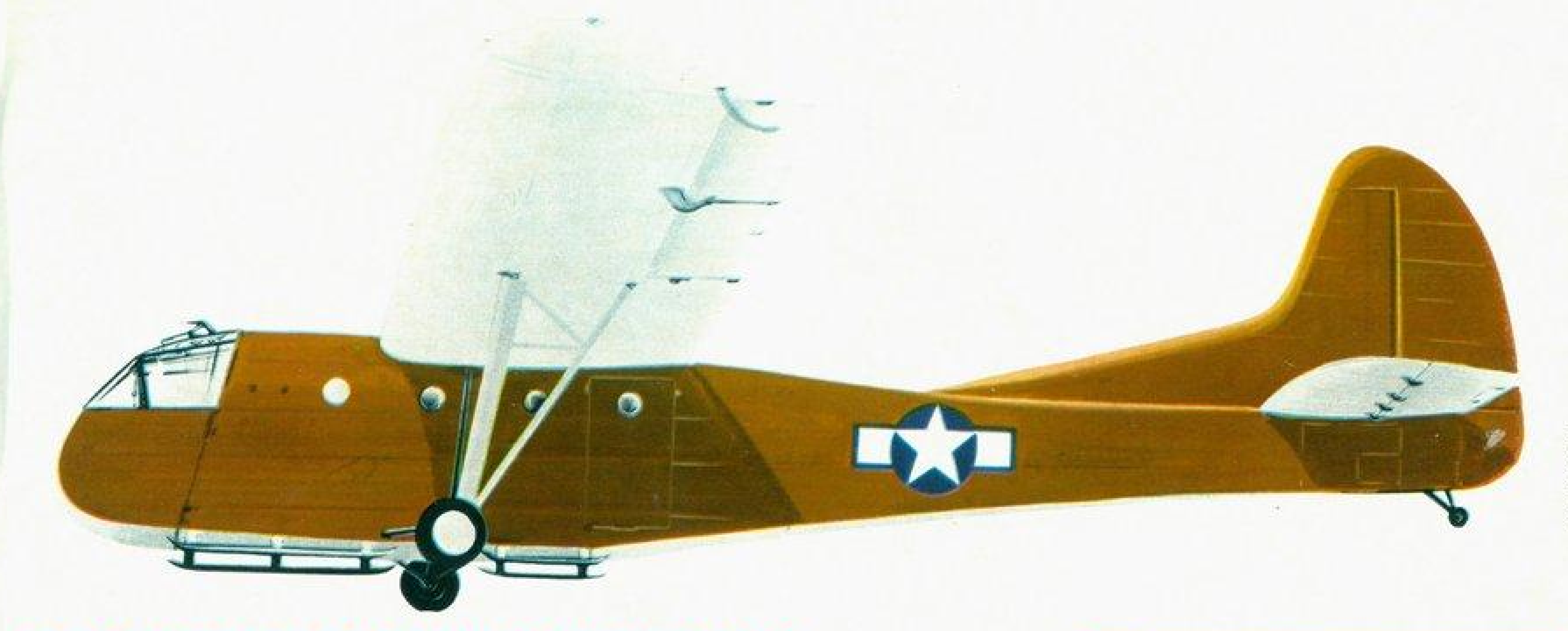
Arthur Swinson

Las empresas de Wingate, durante el año 1944, le valieron la admiración de sus compatriotas y la atención de Churchill, quien le prometió apoyarle en su nueva acción. Pero esta campaña estuvo bajo el signo de la mala suerte: no sólo el propio Wingate fue víctima de un accidente aéreo, sino que la fatiga, la malaria y el tifus diezmaron a sus *Chindit*. Sin embargo, aun así, como el autor de este artículo señala, todavía hoy los japoneses siguen atribuyendo a Wingate el cambio que experimentó la situación en el frente de Birmania.





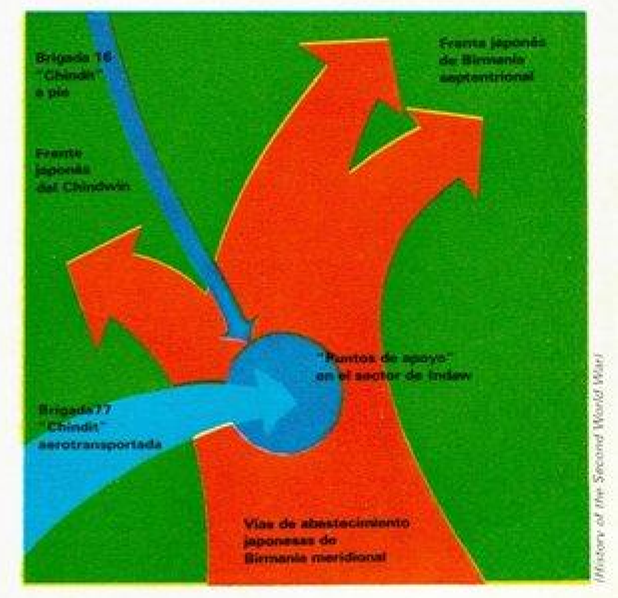
(Imperial War Museum)



(John Batchelor)

CONCEPTOS CLAROS Y SENCILLOS

Los principios fundamentales de Wingate acerca de la utilización de los *Long Range Penetration Groups* (LRP, Grupos de penetración a amplio radio), a espaldas de las líneas japonesas, eran claros y sencillos: en Birmania, los factores más importantes para conseguir un éxito militar eran el abastecimiento y el enlace ferroviario en que se apoyaba todo el despliegue japonés, y estos factores eran bastante precarios. Unidades aerotransportadas, lanzadas en las cercanías de la línea del ferrocarril que unía Myitkyina con Rangún, no sólo conseguirían interrumpirla fácilmente, sino que además obligarían a los japoneses a utilizar fuertes contingentes de tropas para perseguir a las brigadas de Wingate. Esta misión sólo debía contribuir a la acción de las fuerzas principales; pero, después del entusiasmo suscitado por la primera expedición de los *Chindit*, los planes de Wingate en relación a los grupos de penetración se hicieron más ambiciosos, quizá incluso demasiado. En efecto, a partir de ese momento, Wingate empezó a considerar a estos grupos como el medio más idóneo para hacer frente a los japoneses: sus unidades constituyeron "reductos" para el abastecimiento aéreo (ver gráfico adjunto, a la derecha) y emprender después, desde ellos, acciones contra las fuerzas terrestres niponas, interrumpiendo no sólo sus vías de comunicación, sino también aniquilándolas en combate y conquistando terreno. Esto supuso el abandono del sistema que hizo que fueran tan eficaces las acciones de los *Chindit*: en efecto, su acción quedó vinculada a un sistema de abastecimientos que debía ser defendido a toda costa, incluso a riesgo de quedar bloqueados y destruidos por las fuerzas japonesas, muy superiores en número. Arriba: los planeadores de transporte *WACO Hadrian* fueron elementos esenciales en la constitución de los "reductos" de Wingate. Podían transportar 13 soldados completamente equipados, siendo remolcados a una velocidad de 200 km/h. **Envergadura**: 25,38 m. **Longitud**: 14,83 m. A la izquierda: planeador remolcado por un *Dakota* en el sector birmano.



(History of the Second World War)

Después de su primera campaña en Birmania, en 1943, Wingate regresó a Gran Bretaña, donde fue acogido entusiásticamente. Sus hazañas, ampliamente destacadas en la Prensa, enardecieron los ánimos de la nación, y su personalidad proporcionó abundante material para artículos y entrevistas. Tanto Churchill como Roosevelt quedaron gratamente impresionados, hasta el punto de que Churchill llegó a escribir el 25 de julio: «Creo que Wingate debería asumir el mando de las fuerzas armadas en Birmania. Es audaz y genial y todos nosotros le hemos reconocido como un hombre muy superior a lo corriente».

Habiéndose ganado la admiración de Churchill, Wingate pudo obtener ahora la promesa de un contingente de unas seis brigadas LRP y de una fuerza aérea que estaría constituida por aviones americanos. Durante la conferencia «Quadrant», celebrada en Quebec, propuso que tres brigadas se dirigieran a Birmania a principios de 1944 para controlar la zona Katha-Indaw, sobre las líneas de comunicación de los japoneses. Más tarde se debería lanzar una ofensiva sobre Saluen y sobre el frente septentrional; entre tanto, el Ejército 14 enviaría, en avión, una división y Stilwell avanzaría, en dirección Sur, hacia Mandalay. Sin embargo, a finales de 1943, Mountbatten (que, en el ínterin había constituido el mando de Asia sudoriental) y el general Giffard (que mandaba el Grupo de Ejércitos XI) habían llegado a la conclusión de que era absolutamente preciso reducir las proporciones de la ofensiva en Birmania, a fin de adaptarla a los recursos disponibles. No se desencadenaría, por lo tanto, ningún ataque desde Imphal sobre el frente central.

A causa de esta decisión, Wingate tuvo que rehacer todos sus planes. Argumentó que, de un modo u otro, había que evitar la larga y fatigosa marcha de aproximación; por lo tanto, sería preciso utilizar planeadores. Las tropas así transportadas, procederían a la construcción de pistas de aterrizaje y de despegue, desde las cuales podrían operar los aviones de transporte. De este modo, aseguraba, sus brigadas podrían combatir durante meses tras las líneas enemigas. No obstante, era evidente también que estas pistas estarían muy expuestas a los ataques japoneses, por lo que había que protegerlas trasladando artillería a aquella zona. Wingate adoptó el nombre de «reductos» para designar estas pistas de aterrizaje protegidas.

En enero, Wingate se entrevistó con Slim y juntos discutieron este nuevo plan. Slim lo aprobó, aconsejándole, sin embargo, que considerara también un plan elaborado por el general Scoones, que preveía que «columnas fluctuantes» operasen desde la jungla, atacando a las retaguardias japonesas. Así lo hizo Wingate, y, más tarde, elaboró una directiva de adiestramiento para fuerzas especiales basada en este punto de vista.

Más o menos en este período Wingate (como también Mountbatten y Slim) se convenció de que los japoneses desencadenarían una ofensiva en primavera, ya fuera en el frente septentrional o en el central; en vista de ello, opinaba que sus acciones de penetración a amplio radio debería dirigirse ahora contra las comunicaciones enemigas en la zona Pinlebu-Bhamo.

Naturalmente, no podía saber entonces que la ofensiva japonesa era causa directa de su primera operación LRP; mas las cosas eran ciertamente así. El teniente general Mutaguchi, que mandaba ahora el Ejército 15 japonés, había llegado a la conclusión de que, habiendo aplicado con éxito, a escala reducida, la técnica del LRP, los británicos no resistirían a la tentación de dar paso a una operación en gran escala. En octubre de 1943, su Estado Mayor empezó a elaborar planes detallados y el 7 de enero de 1944 el Mando Supremo Imperial de Tokio impartía las órdenes precisas. Tres divisiones cruzarían el Chindwin el 15 de marzo, dos de ellas se dirigirían a Imphal, y la tercera a Kohima.

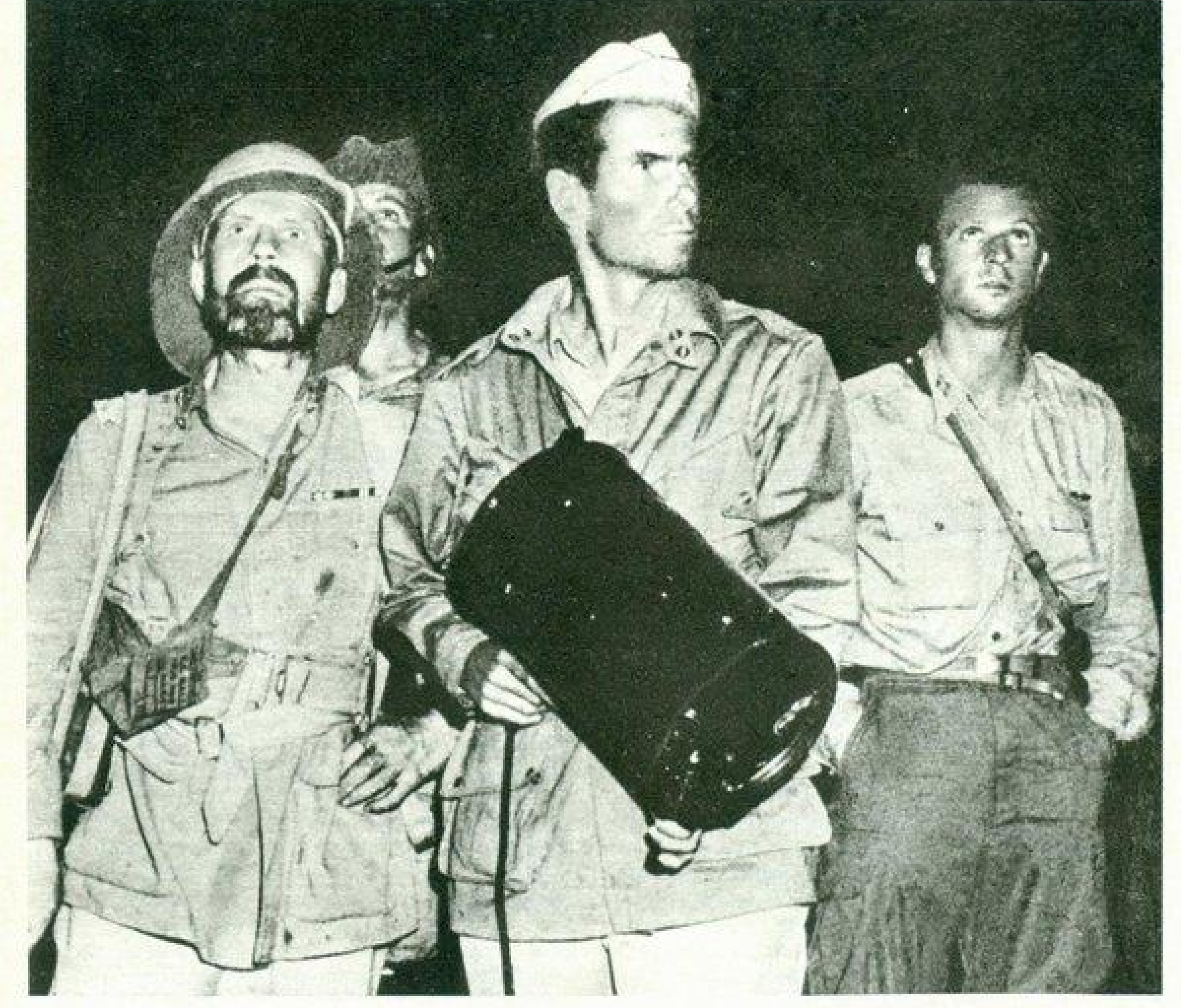
Es preciso hacer constar ahora que el nombre de *Chindit* ya se había impuesto sólidamente. Se trataba de una corrupción de la palabra *chinthé*, que, en birmano, significa «león» y la empleó por primera vez un corresponsal del *Daily Express*, llamado Alario Jacob. Al principio no tuvo aceptación; mas, al cabo de pocos meses, había sustituido a todos los demás nombres, y antes de que comenzase la segunda campaña adquirió un carácter casi oficial.

A partir de mediados de enero, las relaciones entre Wingate y Slim empezaron a enfriarse. Era una lástima, pues los dos hombres habían simpatizado casi desde su primer encuentro, en 1942, y se tenían una gran consideración. La causa de la discordia fue la siguiente: Wingate calculaba que necesitaría cuatro batallones de infantería para guarnecer sus bases o «reductos», además de las brigadas LRP, y el 19 de enero se entrevistó con Slim para discutir esta cuestión. Evidentemente, Wingate quedó convencido de que su petición había sido aceptada; pero luego, al comprobar que



Arriba: los *Chindit* de Wingate fotografiados junto al avión que ha de transportarles a «Broadway». Tras el fracaso de la primera expedición, en ésta cada *Dakota* remolcaría un único planeador; gracias a este sistema, alrededor del 13 de marzo habían llegado a las zonas previstas más de 9000 soldados. Abajo: Wingate presencia el despegue de los aviones que parten hacia los «reductos». Después de su muerte, ocurrida en un accidente de aviación el 24 de marzo de 1944, cuando se dirigía a Lalaghat a bordo de un bombardero americano *B-25*, la misión de organizar a los *Chindit* en Birmania se confió a Lentaigne, comandante de la Brigada 111.

(Imperial War Museum)



no era así, solicitó una nueva entrevista para el día 24. Esta vez Slim dejó bien sentado que sólo le proporcionaría un batallón y que los otros tres debía buscarlos entre el potencial de la Brigada 3. La primera reacción de Wingate fue anular la operación; mas, afortunadamente, su buen sentido se impuso antes de que fuera demasiado tarde, y así el día 25, volvió a entrevistarse con Slim para discutir los detalles de la expedición. Entonces se le confiaron a Wingate las tres misiones siguientes en orden de importancia:

- apoyar el avance de Stilwell sobre Myitkyina, atrayendo sobre sí las fuerzas que se les oponían e impidiendo que llegaran nuevos refuerzos;
- crear una situación favorable para el avance hacia el Oeste de los Ejércitos del Yun-nan;
- crear en Birmania septentrional la mayor confusión posible entre los japoneses; infligiéndoles toda suerte de daños y pérdidas.

Para llevar a cabo estas misiones, Wingate tenía que operar en la zona de Mogaung-Bhamo-Pinleku-Lokin, concentrando sus fuerzas en el punto decisivo, que se hallaba en un radio de 65 km desde Indaw. Sus planes eran los siguientes:

- la Brigada 16, al mando de Fergusson, avanzaría hacia el Sur, desde Ledo hacia Indaw;
- la Brigada 77, mandada por Calvert, llegaría en avión sobre dos puntos preestablecidos en el valle del Kawkkwe (reductos «Broadway» y «Piccadilly»), donde se tenía la seguridad de que los planeadores podrían aterrizar;
- la Brigada 111, mandada por Lentaigne, seguiría a la Brigada 77.

Los vuelos para el transporte de las tropas se iniciarían la noche del 9 al 10 de marzo.

Wingate no impartió sus órdenes hasta el 28 de febrero; pero, entre tanto, había discutido de nuevo con sus superiores. El día 10 escribió directamente a Mountbatten, lamentándose, en términos hiperbólicos, de que tanto el Ejército como la RAF estaban intentando hacer fracasar sus planes al asignar armas y armamento a otras unidades, mientras a él se le negaban los aviones necesarios para el lanzamiento de suministros. Pese a todo, añadía, y a pesar del apoyo «casi microscópico» de Slim, él estaba dispuesto a seguir adelante si se le garantizaba, por lo menos, el empleo de la 14.ª y de la 23.ª Brigada (LRP), así como de los aviones necesarios. Luego desarrolló un plan fantástico, según el cual habrían de formarse, con tiempo, 25 brigadas LRP para tomar Hanoi y Bangkok, y a continuación se construiría una cadena de aeródromos fortificados, a través de China, hasta la costa.

Mientras tenía lugar esta polémica, Fergusson y la Brigada 16 descendían, lentamente, desde Ledo hacia el Chidwin; es más, este movimiento había comenzado el 5 de febrero. Se trataba de una misión harto difícil.

Fergusson alcanzó el Chidwin el 18 de febrero, con diez días de retraso sobre el tiempo previsto. Mas el día 1 de marzo ya lo había cruzado, sano y salvo y se dirigía a Indaw.

El domingo, día 5 de marzo, Slim, Baldwin (comandante de la 3.ª Fuerza Aérea Táctica), el coronel Cochrane (jefe del Mando aéreo n.º 1 americano) y Wingate se reunieron en la pista de Hailakadi para presenciar la partida de la Brigada 77 de Calvert.

Aunque sometido a una tensión tremenda, Wingate parecía milagrosamente dueño de sí mismo aquella tarde de domingo en Hailakandi. En compañía de Slim y de Baldwin asistió a los últimos preparativos para el transporte aéreo, a la salida de los *Dakota* que se dirigían a sus puestos de partida y a la fijación de los cables de arrastre. Todo parecía desarrollarse con absoluta normalidad, mientras los hombres, una vez realizados los trabajos, se relajaban en espera de la hora H. Luego, inesperadamente, se produjo un momento de gran dramatismo. Citemos, una vez más, las palabras de Slim:

«De pronto vimos un jeep que se dirigía hacia nosotros a gran velocidad. Saltaron de él un par de avia-

dores americanos que sin mediar palabra, nos tendieron una fotografía aérea, todavía húmeda, recién salida de la tienda donde se hallaba instalado el laboratorio de revelado. Era una fotografía de la zona de aterrizaje de «Piccadilly», tomada apenas dos horas antes. En ella pudimos ver claramente, la amplia zona destinada a los planeadores casi totalmente cubierta por troncos de árboles. Era imposible que ni uno solo de nuestros planeadores pudiera aterrizar allí sin sufrir graves daños... Nos miramos consternados...».

Desde hacía varias semanas, y precisamente a petición de Wingate, ningún avión había llevado a cabo misiones de reconocimiento en las cercanías de la zona. Por ello, aquella fotografía cayó como un rayo. La inmediata reacción de Wingate fue afirmar que todo el plan había sido descubierto, probablemente por los chinos, y que sería muy peligroso enviar los planeadores. Pero las fotografías de «Broadway» y de Chowringhee, las otras dos zonas de aterrizaje, revelaban que en ellas no había ocurrido nada, por lo que los temores de Wingate parecían exagerados. Había que tener en cuenta también otros aspectos. Slim había prometido a Stilwell que cortaría las vías de comunicación de la División 18 japonesa, en Birmania septentrional, y, naturalmente, pensaba cumplir su promesa. Por lo tanto, tras alguna pequeña discusión, ordenó que se emprendiera el vuelo, aceptando la proposición de Calvert de que su brigada aterrizase en «Broadway». La operación se inició a las 18,12 horas, con una hora de retraso sobre el tiempo previsto.

Sesenta y un planeadores partieron aquella misma noche. Remolcados por los *Dakota*, se elevaron primero en el aire, oscilaron peligrosamente y luego, mientras los aviones ganaban altura, se situaron, lentamente, en la posición justa. Fue una espera larga y angustiosa para Slim, Wingate y los oficiales del Estado Mayor, refugiados en una estrecha tienda, junto a la pista de despegue. Con frecuencia llegaba la noticia de algún fracaso, y, a las 4, se recibió la primera señalización en clave de Calvert. Contenía tan sólo estas dos palabras: *Soya Link*, lo que significaba que la Brigada 77 acababa de sufrir un percance. Wingate miró a Slim tristemente y salió de la tienda. En su desesperación únicamente podía creer que el enemigo había tendido una emboscada en «Broadway».

En el curso de la mañana fueron llegando otros mensajes que aclararon un tanto los hechos. Algunos planeadores habían caído y sus ocupantes estaban muertos o heridos; desde luego, reinaba una confusión indescriptible. De los 61 planeadores, sólo 35 habían llegado, intactos, a «Broadway». Pero los japoneses no estaban allí esperándoles. En vista de ello, Slim opinó que si se le concedían a Calvert algunas horas de margen, probablemente podría reorganizar a los supervivientes y constituir una defensa en la zona de aterrizaje a fin de que, la noche siguiente, pudiesen enviarse nuevos planeadores, pero *uno solo* a remolque de cada *Dakota*. Ahora comprendían, quizá demasiado tarde, cuánta razón tuvieron los que sostenían que dos planeadores era un peso excesivo para los aviones: en efecto, durante la ascensión para superar las montañas, algunos cables de nylon se rompieron y los motores se recalentaron. Con las nuevas disposiciones, 55 *Dakota* lograron aterrizar en «Broadway» durante la noche siguiente y los primeros vuelos alcanzaron Chowringhee. Alrededor del 11 de marzo, se hallaba en «Broadway» toda la Brigada de Calvert y la mitad de la Brigada 11 de Lentaigne; por su parte, la Brigada de Fergusson había alcanzado «Aberdeen», lugar elegido como «reducto», a 130 km al oeste de «Broadway».

Mutaguchi tuvo noticia de la operación la noche del 5 de marzo; pero no tomó demasiado en serio estas noticias, e incluso, cuando el día 9 recibió la confirmación, siguió opinando que las unidades de guarnición podrían hacer frente a esta amenaza. Y cuando un corresponsal de guerra, llamado Yukihiko Imai, le preguntó al jefe de Estado Mayor de Mutaguchi si las tropas aerotransportadas no amenazarían la línea de comunicaciones del Ejército 15 una vez iniciado el avance sobre Imphal y Kohima, la respuesta fue: «¡Oh no! Los hombres de Wingate serán como pobres huerfanitos en medio de la jungla; les cercaremos y les obligaremos a rendirse por hambre.»

El teniente general Tazoe, comandante de la 5.ª División aérea, pensaba, sin embargo, de modo muy distinto e inmediatamente solicitó una entrevista con Mutaguchi. «Las fuerzas aéreas aliadas –dijo– han iniciado una enérgica campaña paralelamente a los aterrizajes y han derribado a varios de mis aviones. Si las fuerzas de Wingate aumentan –insistió– constituirán una grave amenaza para la zona Myitkyina-Mandalay.» Pero Mutaguchi no se dejó convencer, sosteniendo que Wingate no podría hacer aterrizar más allá de 200 planeadores; a lo que Tazoe respondió que los británicos tenían dos divisiones de tropas para las operaciones de lanzamiento y que, en esta operación, podrían emplear el grueso de estas fuerzas. Como Mutaguchi persistiera en su actitud, Tazoe añadió: «Las posibilidades aliadas de hacer llegar medios de transporte, tropas, cañones, carros de combate y toda clase de materiales, son, ahora, muy superiores a cuanto pueda usted imaginar. Podrán hacer aterrizar, cada día, 1800 hombres, con un fuerte apoyo de cazas. Esto equivale a 100 vagones de ferrocarril.» A continuación Tazoe aconsejó, insistentemente, que se aplazara la ofensiva Kohima-Imphal hasta que las fuerzas aerotransportadas fueran eliminadas. Mas Mutaguchi se negó.

El 8 de marzo, Tazoe se entrevistó con el general Kawabe, comandante en jefe de las fuerzas japonesas en Birmania, cuyo puesto de mando se hallaba en la universidad de Rangún. Una vez más insistió en que se aplazase la ofensiva de Imphal y una vez más obtuvo una negativa. El Mando Supremo Imperial de Tokio no consentiría jamás una cosa así, repuso Kawabe; y, por lo demás, Mutaguchi estaba seguro de poder hacer frente a la situación. Luego, a fin de calmar un tanto los temores de Tazoe, le confió que se estaban impartiendo órdenes para que las Divisiones 15,18 y 56, enviaran, cada una de ellas, un batallón a la zona de Indaw. Estas tropas, unidas a una fuerza especial integrada por siete batallones en curso de formación y conducidas por el general Hayashi, alcanzarían Indaw el día 18.

Tazoe, sin embargo, consideraba totalmente inadecuadas estas medidas y por ello fue a entrevistarse, en Singapur, con el teniente coronel Taketo Kamikasa, jefe del Estado Mayor del 3.er Ejército aéreo. Kamikasa se trasladó inmediatamente a Birmania septentrional para realizar, junto con Tazoe, un minucioso reconocimiento. El día 12 de marzo ambos oficiales se entrevistaron con Mutaguchi, informándole de que, en su opinión, los grandes esfuerzos aliados sobre la carretera de Ledo estaban directamente relacionados con la operación de Wingate, cuyas fuerzas ascendían ya a casi una división completa. A estos argumentos Mutaguchi repuso: «Creo que estas operaciones aerotransportadas tienen, verdaderamente, un alcance mucho más amplio de lo que yo imaginaba... Pero lo cierto es que me siento más satisfecho que disgustado. Cuantos más hombres traiga Wingate a Birmania, mayor será el número de los que caigan en nuestra trampa: los prefiero donde están que peleando contra nosotros en Imphal.»

Con ello Tazoe se dio por vencido. Tres días después, Mutaguchi lanzaba sus divisiones a través del Chindwin, dando así paso al avance sobre Kohima e Imphal. Había llegado el momento de ganar o perder la batalla por Birmania.

El 12 de marzo, Wingate ordenó a Fergusson que se dirigiera a Indaw, la conquistara rápidamente y constituyera el «reducto Aberdeen». Fergusson eligió el sitio adecuado el día 13, cerca de Taungle, en la confluencia del Kalat Chaung y del Meza; mas, antes de que pudiera establecerse en él, recibió un mensaje de Wingate en el que le informaba que la Brigada 77 se hallaba duramente empeñada en la zona de Maelu, por lo que le rogaba que acudiese en su ayuda. A fin de poder afrontar esta nueva situación, Fergusson concentró el grueso de sus tropas en Manhton, ordenando a dos de sus columnas que se dirigieran a Nami a través de las montañas. Pero, un nuevo mensaje de Wingate le notificaba, poco después, que, a fin de cuentas, la Brigada 77 no se encontraba en dificultades demasiado graves y que era mejor que prosiguiera su avance hacia Indaw.

El día 20, Wingate volaba al encuentro de Fergusson y desplazaba el «reducto Aberdeen» unos 3 km más cerca de Manhton, justificando esta decisión por el hecho de que, más adelante, el «reducto» debería ser utilizado también por las Brigadas 14 y 111, así como por la 16. Fergusson se sentía muy preocupado por sus hombres, que llevaban más de cincuenta días de marcha ininterrumpida y estaban agotados. ¿No sería posible concederles una tregua a fin de que se reorganizaran y pudiesen descansar antes del ataque a Indaw? Pero Wingate, que consideraba todavía posible explotar el factor sorpresa, le ordenó continuar el avance. Indaw debía ser atacada la noche del 24 al 25.

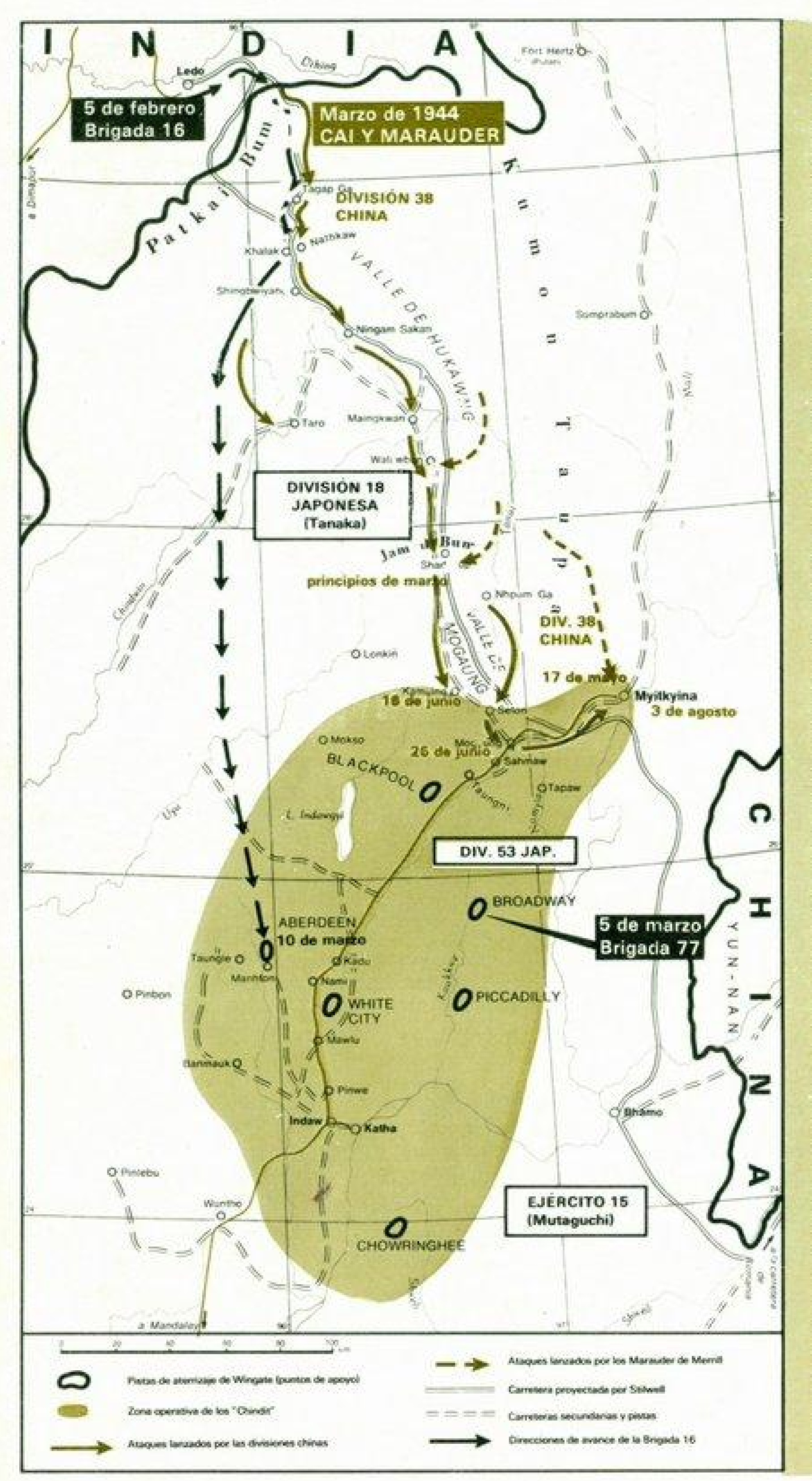
En los últimos días, Wingate sostuvo una verdadera lucha con Slim, intentando convencerle de que pusiera a su disposición la Brigada 14. Slim acabó por ceder, pero a condición de que se mantuviera la citada unidad en reserva. Wingate no se mostró de acuerdo con el tiempo establecido para el transporte de la Brigada a la zona, y cuando se le informó de que el Ejército 14 estaba escaso de aviones *Dakota* y de que no podrían asignarle ninguno más, amenazó con informar a Churchill de que sus planes estaban siendo deliberadamente obstaculizados. Entonces, con moderación ejemplar, Slim le respondió que hiciese lo que quisiera.

Aquella misma noche Wingate presentaba su reclamación a Mountbatten para que la transmitiera; pero no surtió gran efecto. Desde luego, ante la grave amenaza que pesaba sobre Imphal (que tenía que ser abastecida por el aire) y sobre Kohima, estas reclamaciones parecieron egoístas y mezquinas. El traslado de la Brigada 14 se inició la noche del 23 al 24; mas Wingate desobedeció las órdenes de Slim, dando instrucciones a su comandante, general de brigada Brodie, de interrumpir las vías de comunicación del enemigo, entre Wuntho y el Chindwin. Por desgracia olvidó poner al corriente de sus planes a Fergusson y éste esperó, inútilmente, a que la brigada acudiera en su ayuda como se le había prometido.

El 24 de marzo, Wingate se dirigió en avión a «Broadway» y luego visitó a Calvert en «White City» y a Fergusson en «Aberdeen». Por la tarde regresó a «Broadway» y luego voló a Imphal, donde discutió el problema del abastecimiento aéreo con el teniente general del Aire sir John Baldwin. A las 17 horas subía a bordo de un bombardero americano *B-25*, con intención de visitar a Cochrane en Lalaghat. Con él viajaban algunos componentes de su Estado Mayor, tres sargentos del USAAF y dos corresponsales de guerra que le habían pedido permiso para acompañarle.

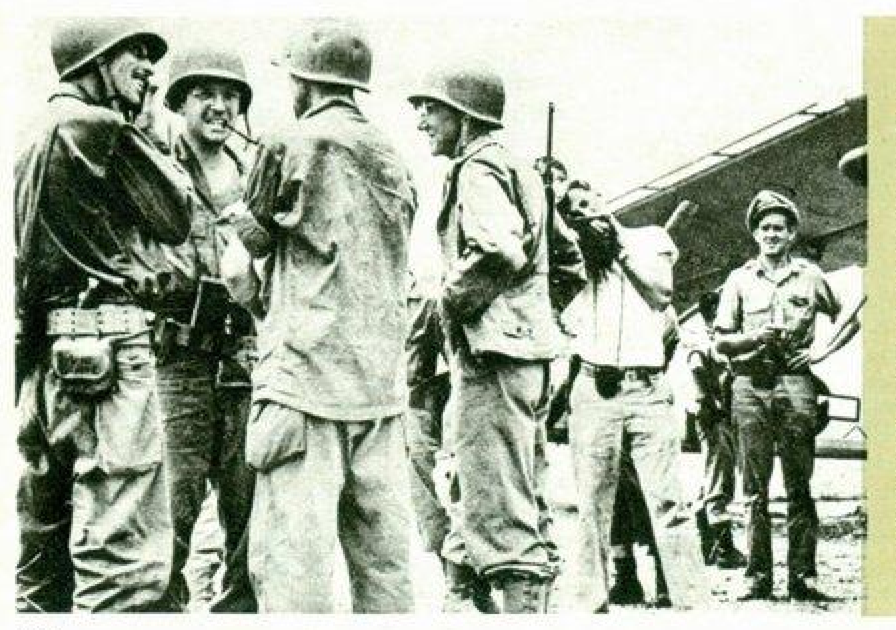
El avión despegó seguido de un *Lockheed*, que transportaba a sir John Baldwin. La última vez que fue visto estaba sobrevolando, tranquilamente, la altura de Bishenpur. Lo que sucedió después es algo que nunca se sabrá: lo único cierto es que el aparato chocó contra una montaña, incendiándose inmediatamente. Todos los pasajeros murieron en el acto. Tres días más tarde, cuando un equipo de socorro se abrió paso desde Bishenpur y alcanzó el lugar del siniestro, encontró los restos del avión diseminados en un área de más de 1 km². Y en el centro, junto al motor, intacto, sin una mácula, como un símbolo de desafío, apareció el casco colonial de Wingate.

Tras algunas conversaciones, el día 27 de marzo se decidió que el mando pasase a Lentaigne, quien confió su brigada al comandante John Mas-



ATAQUE SOBRE DOS FRENTES EN BIRMANIA SEPTENTRIONAL

En marzo de 1944, precisamente cuando las batallas en el frente de Imphal y de Kohima estaban en sus momentos más críticos, la ofensiva aliada en el norte de Birmania se hallaba a su vez en pleno desarrollo. Mientras la División 38 china, apoyada por los *Marauder*, avanzaba en dirección a Myitkyina, en el sector de Indaw los *Chindit* formaban una barrera para las fuerzas que avanzaban por el Norte. Pero los ataques japoneses contra los "reductos" aliados se hicieron más intensos en abril y, aunque la Brigada 16 de Fergusson logró conquistar el aeródromo de Indaw el 27, los *Chindit*, obligados a combatir sobre posiciones estáticas, sin el apoyo de artillería y faltos de armamento pesado, se vieron obligados a retirarse hacia el Norte. Esto supuso para las Brigadas LRP el comienzo de una serie de durísimos combates: fue preciso abandonar, uno tras otro, todos los "reductos"; sin embargo, los *Chindit* continuaron combatiendo, retrasando con ello la llegada de refuerzos japoneses al frente de las fuerzas aliadas que avanzaban por el Norte. El 26 de junio, tras la conquista de Mogaung por la Brigada 77, todavía pudieron aportar su valiosísima ayuda a la causa aliada en el frente birmano.



El general Stilwell (en el centro y de perfil) y Merril (segundo, a la izquierda), conversando con algunos oficiales americanos en Birmania. Pese a la insistencia de Stilwell de que los *Chindit* debían seguir combatiendo en Birmania, las cinco Brigadas LRP, que durante la ofensiva sufrieron 3628 bajas, fueron trasladadas en avión a la India el 27 de agosto.

(Paul Popper)

1943

28 de febrero: la carretera de Ledo, construida para sustituir a la de Birmania, alcanza la frontera indo-birmana.

Marzo: la División 18 japonesa conquista Sumprabum y avanza hacia la terminal de la carretera de Ledo. La División 38 china detiene su avance en Nathkaw.

Octubre: la División 38 china empieza a avanzar por el valle de Hukawng.

3 de noviembre: un contraataque japonés detiene a la división china: se impone una intervención personal de Stilwell para dar nuevo impulso al ataque.

1944

4 de febrero: empieza la ofensiva japonesa en el Arakan.

5 de febrero: la Brigada 16 *Chindit* inicia el avance hacia el Sur, desde Ledo, en dirección a Indaw.

Marzo: Divisiones chinas y los *Marauder* de Merrill cercan a la División 18 japonesa en Walawbum, pero ésta consigue escapar de la trampa combatiendo.

1 de marzo: la Brigada 16 cruza el Chindwin.

5 de marzo: la Brigada 77 de Calvert es transportada, por vía aérea, a los "reductos" de "Broadway" y "Piccadilly".

6 de marzo: pese a los caóticos aterrizajes, la Brigada 77 logra constituir un perímetro defensivo en "Broadway".

11 de marzo: la Brigada 77, entera, y parte de la Brigada 111, son concentradas en "Broadway".

15 de marzo: empieza la ofensiva japonesa para la conquista de Imphal y de Kohima.

24 de marzo: cuando regresaba de celebrar una reunión con sus comandantes, el general Wingate muere en un accidente de aviación cerca de Bishenpur.

26 de marzo: la Brigada 16 desencadena un ataque, que fracasa, contra Indaw.

27 de marzo: el general de brigada Lentaigne asume el mando de los *Chindit* y ordena a la Brigada 111 que se concentre en Paungmaw. Los japoneses desencadenan un violento ataque contra "Broadway", que es mantenido con dificultad.

28 marzo-1 de abril: falla un segundo intento de aniquilar a la División 18 japonesa.

30 de marzo: la Brigada 16 empieza a retirarse de Indaw.

6-7 de abril: los japoneses atacan "White City", pero son rechazados.

18 de abril: las Brigadas 16, 111 y 14 inician otro avance sobre Indaw.

27 de abril: Indaw es ocupada.

28 de abril: los *Marauder* y elementos de la División 30 china inician su avance en dirección Este, desde el valle de Mogaung.

10-11 de mayo: evacuación de "White City".

17 de mayo: el aeródromo de Myitkyina cae en manos de los Aliados.

18 de mayo: es rechazado el primer intento aliado de apoderarse de Myitkyina.

25 de mayo: después de cruentos combates, los japoneses consiguen penetrar en el perímetro de "Blackpool". La guarnición se ve obligada a retirarse.

1 de junio: Calvert alcanza Lakum, cerca de Mogaung, con su Brigada 77.

16 de junio: la División 22 china ocupa Kamaing.

22 de junio: la Brigada 77 *Chindit* inicia un ataque contra Mogaung desde el Sudeste.

26 de junio: tras duros combates, la Brigada 77 conquista Mogaung.

30 de julio: la Brigada 111 regresa a la India.

3 de agosto: tras once semanas de combate, los japoneses se retiran de Myitkyina.

27 de agosto: son evacuados a la India los últimos *Chindit*.

"UN HOMBRE GENIAL QUE HUBIERA PODIDO CONVERTIRSE EN EL HOMBRE DEL DESTINO"

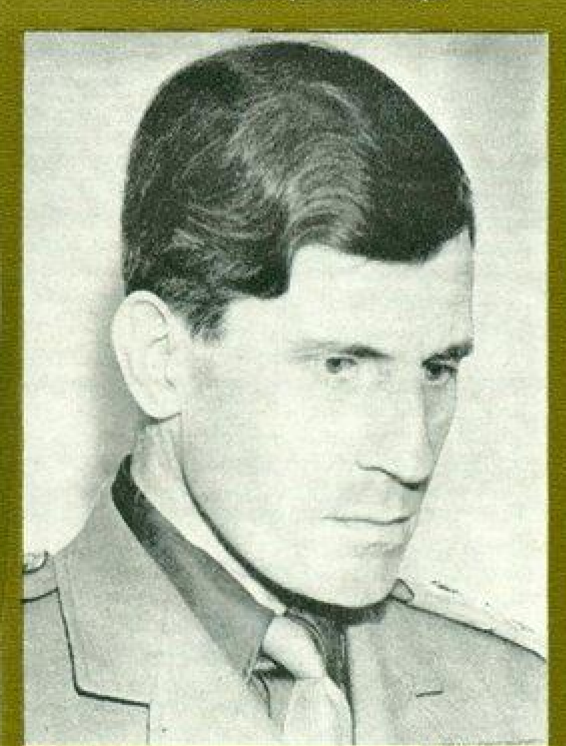


1924 Orde Wingate (en primer término y segundo a la izquierda) en Inglaterra durante una partida de caza.

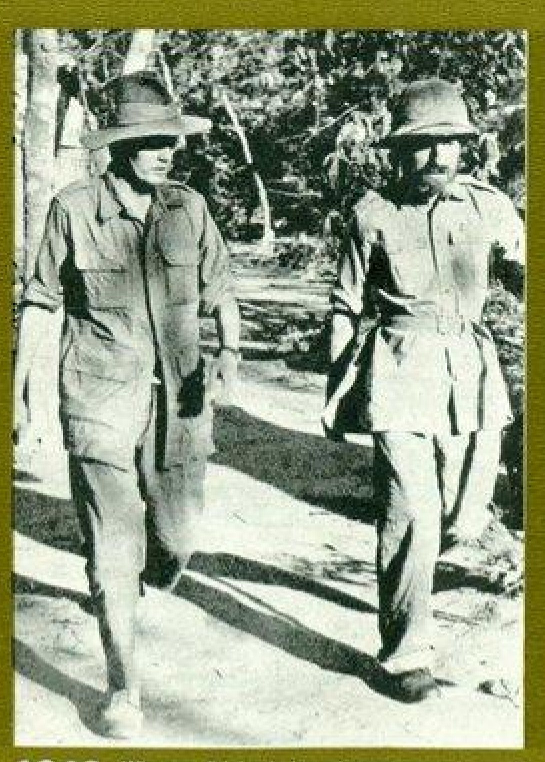
Cuatro meses antes de que Winston Churchill rindiera este homenaje a Orde Wingate, un accidente aéreo privó a los *Chindit,* entonces en plena maniobra de penetración a amplio radio tras las líneas japonesas, de su comandante. Wingate siempre había actuado desafiando todo convencionalismo –durante los primeros años de su carrera militar incluso siguió practicando el deporte de la caza, cosa bastante mal vista en su Regimiento– y sus modales más bien descorteses con todos aquellos que no compartían sus ideas, fuera cual fuera su graduación, le había perjudicado en su carrera. Mas, su firme decisión y sus ideas revolucionarias en relación a la táctica de la guerrilla, le convirtieron en uno de los oficiales más insólitos del Ejército británico entre las dos guerras. Fue en Palestina donde, por vez primera, demostró su extraordinaria habilidad militar y su heterodoxia, organizando "escuadrillas nocturnas especiales" contra los terroristas árabes. Su apasionado apoyo a los judíos y al sionismo en general se hizo pronto famoso; pero fue en el curso de la liberación de Etiopía (era entonces oficial de enlace de las tropas del emperador) cuando por primera vez pudo poner en práctica sus propias concepciones respecto a la guerra de guerrillas contra las fuerzas italianas. No obstante, hasta 1943 no obtuvo Wingate el reconocimiento oficial de la validez de sus ideas; la primera operación *Chindit,* organizada por él contra los japoneses en Birmania, le proporcionó fama internacional y el apoyo incondicional de Churchill para ulteriores operaciones.



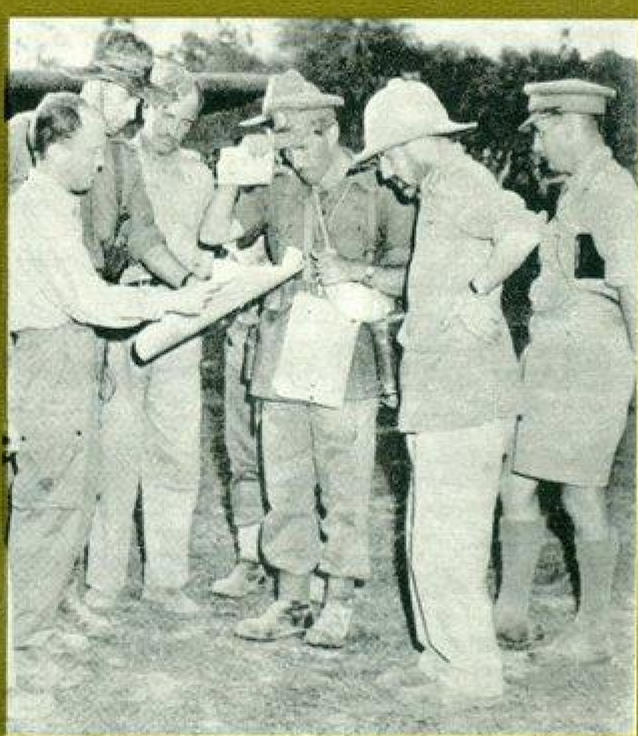
1941 Wingate conversando con el emperador Haile Selassie, en el curso de las operaciones para liberar Etiopía.



1943 Fue en Birmania donde, al fin, Orde Wingate pudo poner en práctica sus teorías.



1943 Wingate dirigiendo las primeras operaciones de sus *Chindit* en la jungla birmana.



1944 Wingate organiza la segunda ofensiva de los *Chindit* desde uno de los "reductos" del sector de Indaw.

(History of the Second World War)

ters. Las órdenes que tenía Masters eran las de concentrarse junto a Paungmaw y cortar la carretera entre Pinbon y Pinlebu.

Los japoneses atacaron «Broadway» el mismo día 27 y profundizaron lo suficiente para impedir el aterrizaje de los *Dakota*. Mas, fueron de nuevo rechazados al cabo de tres días de violentos combates. Mientras tanto, Calvert, que había decidido pasar a la ofensiva, desde su base de «White City», controlaba una zona que se extendía por más de 50 km entre Kadu, al Norte y Pinwe, al Sur.

En Indaw, la situación no era tan favorable, pues el ataque de Fergusson había fracasado. Merece la pena señalar aquí que, al ordenar esta operación, Wingate no tuvo en cuenta su principio básico de que las columnas LRP no debían atacar nunca al enemigo en posiciones fortificadas. No disponiendo de artillería ni de carros de combate el ataque no tenía ninguna probabilidad de éxito. Cuando se desencadenó, hacía ya ocho días que el general Hayashi había asumido el mando, lo que le había dado tiempo más que suficiente para poder tender alambradas, colocar minas y apostar nidos de ametralladoras. Fergusson insistió, sin embargo, en llevar adelante la operación y sus tropas se batieron con gran valor, pese a estar agotadas. Tampoco pudo reclamar los refuerzos, que, erróneamente, seguía creyendo disponibles, pues no le fue posible establecer contacto radio con «Aberdeen». Por fin, recibió un mensaje de su mando notificándole que los japoneses estaban atacando en fuerza «Aberdeen». En consecuencia, el día 30, sus columnas empezaron a retirarse.

Lentaigne se dirigió a «Aberdeen» el 3 de abril para entrevistarse con sus generales de Brigada. La opinión unánime fue que había que conquistar Indaw a toda costa, si bien no podía formularse todavía ningún plan concreto hasta que Slim decidiera si transportaba o no en avión a la 23.ª Brigada LRP. En aquel momento, en el frente central la situación iba adquiriendo un rápido desarrollo: una lucha muy dura se había entablado en las cercanías de Imphal, y la división de Sato se encontraba apenas a dos días de marcha de Kohima. El día 9, Lentaigne se entrevistaba con Slim y con Mountbatten, y en el curso de esta conferencia se llegó a la conclusión de que los *Chindit* ya no podían tener una influencia decisiva en el éxito de la batalla y que su misión, por lo tanto, debía limitarse a apoyar el avance de las fuerzas de Stilwell sobre el frente septentrional.

Lentaigne debería preparar ahora un nuevo plan. Decidió que la zona de Indaw había de ser evacuada antes de que comenzaran las lluvias y que «White City» fuera abandonada. En su lugar, se constituiría un nuevo «reducto», a unos 80 km más al Norte, que designó con el nombre de «Blackpool».

La fase siguiente incluía una concentración de las cuatro brigadas restantes, esto es, la 77, la 111, la 14 y la 3 de África occidental, para llevar a cabo un ataque combinado, por el Sur, contra Mogaung; al mismo tiempo, Stilwell atacaría por el Norte. Mas en este punto surgió una divergencia: Slim estaba de acuerdo con el plan, pero Stilwell los rechazó, afirmando que los *Chindit* debían conservar la zona de Indaw.

Los dos generales se entrevistaron el día 1 de mayo, y Slim prometió que «White City» no sería evacuada hasta que se constituyera el nuevo «reducto» de «Blackpool». Stilwell pareció aceptar este compromiso y Slim partió, de nuevo, hacia el Sur, convencido de haber dejado zanjada la cuestión. Pero lo cierto era que para este iracundo americano nada quedaba nunca del todo resuelto.

La noche del 6 al 7 de abril, los japoneses efectuaron un segundo intento para conquistar «White City», utilizando tres batallones y con un previo bombardeo de artillería.

El día 10, el II/29.º Batallón japonés consiguió penetrar en el interior del perímetro por el ángulo sudoriental, tras abrir una brecha en las alambradas. Al día siguiente, después de un intenso ataque aéreo, seguido de un contraataque desencadenado con gran decisión, el batallón enemigo fue nuevamente rechazado. Los japoneses habían perdido 700 hombres, por lo que decidieron suspender, por algún tiempo, los ataques contra el «reducto». Sólo el 10 de mayo, un mes más tarde, cuando llegó el teniente general Takeda, se decidió que la noche del día 11 se intentaría un nuevo ataque. Mas, para entonces, el «reducto» ya había sido abandonado y John Masters acababa de organizar «Blackpool».

Habían transcurrido ya dos largos meses desde que los *Chindit* empezaron a operar en territorio enemigo, y existían todavía como fuerza unitaria de combate. Desde el punto de vista japonés eran un enemigo exasperante: huidizo, inquieto, y, al parecer, indestructible. Cuando el general de división Matsui, que asumía el mando de una columna especial de la División 55 nipona, regresó a su puesto de mando, escribió refiriéndose a ellos:

«He salido en busca del enemigo con más de 500 soldados... Hemos sufrido innumerables bajas, entre muertos y heridos... pero ni siquiera puedo decir que hayamos visto al adversario. No sabemos dónde se esconde ni de qué fuerzas dispone. Lo único cierto es que hemos agotado nuestras energías en la búsqueda de unos combatientes invisibles...»

Más tarde, cuando la división recibió la orden de dirigirse hacia el Norte, escribió: «Estamos preocupados por nuestra retaguardia... preocupados y ansiosos.» Por su parte, el general de división Hayashi escribiría más tarde: «Consumimos más energías en tratar de dar caza a Wingate que en toda la campaña por la ocupación de Birmania.»

Para el general Tazoe, comandante de la 3.ª División aérea, había llegado el momento de exclamar: «Ya os lo advertí.» Gran parte de los transportes pesados de Mutaguchi, con artillería, municiones y abastecimientos, seguía bloqueada en la orilla oriental del Chindwin, y a causa del desarrollo que había adquirido la ofensiva aérea aliada no parecía que pudiera haber ninguna esperanza de que llegara a Imphal, ni mucho menos a Kohima. Como Mutaguchi se lamentara de esto, Tazoe respondió que él tenía que distribuir a sus grupos aéreos entre Birmania central, donde operaban los *Chindit*, y el frente Imphal-Kohima. Y Mutaguchi no podía culpar a nadie de esta alarmante situación.

Hacia finales de mayo, empezaron a ir mal las cosas en «Blackpool». La base estaba demasiado cerca de la guarnición japonesa de Mogaung, por lo que fue un blanco constante de los ataques enemigos, incluso antes de que estuvieran adecuadamente organizada; y cuando «White City» fue evacuado, la División 53 japonesa pudo avanzar rápidamente, sin encontrar ninguna resistencia, a lo largo de la vía del ferrocarril.

Al aproximarse la época de los monzones, el cielo se ensombreció y el apoyo de los aviones de caza empezó a fallar, mientras, por el contrario, la actividad de la artillería japonesa aumentaba de día en día. Los combates se sucedieron violentamente, desde el ocaso hasta el amanecer, durante cinco noches consecutivas. La guarnición resistió valientemente, pero sufrió muchas bajas, y Masters se vio obligado a desalojar el perímetro, dejando únicamente algunos sectores protegidos por el fuego de la artillería. Luego se desencadenaron los monzones, y las esperadas columnas de la Brigada 14 no llegaron. Cada vez más preocupado, Masters solicitó que se efectuara un ataque aéreo con bombas de 113 kg, ataque que la RAF efectuó con sorprendente precisión. Durante algún tiempo, este ataque reportó cierto alivio; pero pronto los japoneses abrieron fuego con morteros pesados, desbaratando cada posición que alcanzaban. El día 17 bombardearon al Regimiento *King's Own*, y lo hicieron con tanta potencia y precisión, que lo aniquilaron casi por completo. Ni siquiera una ametralladora quedó en pie. Los *Cameronian* ocuparon entonces su puesto en la defensa de la posición y combatieron durante toda la noche contra la División 53 japonesa. Por dos veces consecutivas, algunos soldados nipones alcanzaron la alambrada y consiguieron abrir una brecha en ella con tubos explosivos «Bangalore», a fin de que pudiera pasar la infantería. No obstante, las dos veces, fueron rechazados con una lluvia incesante de granadas de mortero.

Pero, en una situación semejante, no se podía resistir indefinidamente. El día 25, antes del amanecer, el enemigo había conseguido penetrar en el interior del perímetro. Las reservas de víveres estaban agotadas; también escaseaban las municiones y no había esperanza alguna de recibir otras. Alrededor de las 8, Masters llegó a la conclusión de que no le quedaba otra alternativa que abandonar el «reducto». Y así lo hizo, retirándose en medio del fango y de la lluvia y con 100 hombres heridos. Su brigada alcanzaba el seguro refugio de Mokso el día 27.

La retirada de «Blackpool» tuvo importantes consecuencias tácticas: ahora los japoneses podían mantenerse en Mogaung y enviar refuerzos a su guarnición de Myitkyina o a la División 18, en Kamaing. Afortunadamente, el Regimiento 112 chino cortó, el 28 de mayo, la línea de comunicación de la citada División 18 con Mogaung; pero en el frente septentrional la situación seguía siendo precaria.

A finales de marzo, Stilwell se enfrentaba con tres misiones ofensivas: la conquista de Kamaing, la de Mogaung y la de Myitkyina. Para hacerles frente disponía de cinco divisiones chinas, de los *Marauder* (bandoleros) de Merrill y de las cuatro mermadas brigadas de la fuerza especial. El día 25 de mayo convocó una reunión para discutir la misión que esta última debía asumir: la reunión se celebró cuando ya era evidente que Masters se vería obligado a evacuar «Blackpool», decisión a la que, en principio, se opuso enérgicamente pero que, al fin, aceptó. Se acordó también que la Brigada 77 atacara Mogaung, en tanto la Brigada 14 protegería a la 111 mientras ésta reorganizaba sus fuerzas.

Sin embargo, el 3 de junio, Stilwell escribió a Mountbatten lamentándose de que la Brigada 77 hubiera desobedecido sus órdenes de iniciar el ataque contra Mogaung, y una vez más, Slim fue enviado a poner paz. Ahora la Brigada 77 avanzaba, desde el Sur, sobre Mogaung, mientras la Brigada 14 y la Brigada 3 de África occidental, defendían el paso de Kyusanlai y la Brigada 111 controlaba los accesos septentrionales del lago de Indawagyi.

El 11 de junio, Stilwell impartió una orden a todas las unidades del frente septentrional, fijando como objetivo inmediato la conquista de la línea Lonkin-Taungni-Tapaw. La Brigada 77 debería atacar Mogaung desde el Sur y desde el Este, conjuntamente con la División 38 china, que lo haría por el Norte y por el Oeste: una vez evacuados todos los heridos, la Brigada 111 se dirigiría a Taungni. Sin embargo, antes de que todos estos movimientos pudieran ponerse en práctica, Stilwell impartió nuevas órdenes, añadiendo a la misión de la Brigada 111 la de establecer también puntos de bloqueo en la carretera y en la línea del ferrocarril de la zona de Sahmaw. Mas, sin artillería y sin armamento pesado, esta misión era prácticamente irrealizable. Por añadidura, Masters no tardó en descubrir que los japoneses ocupaban, con fuerzas considerables, las carreteras de acceso al valle.

A partir de este momento, la situación de la fuerza especial –o mejor, lo que quedaba de ella– se hizo cada vez más precaria. Habían comenzado los monzones y los hombres, exhaustos, abrumados por la enorme carga que llevaban a cuestas, se arrastraban casi impotentes en medio del fango. Masters suplicó a Lentaigne que les concediera unos instantes de reposo; pero Lentaigne se negó. Stilwell no dejaba de enviar iracundos mensajes,

exigiendo saber por qué razón no se habían obedecido todavía sus órdenes. Con la mayor paciencia, Lentaigne intentó explicarle que las unidades, al límite de sus fuerzas y privadas de artillería y de armamento pesado, no podían sostener posiciones estáticas contra un enemigo que disponía de cañones y de morteros.

Mientras tanto, Calvert seguía avanzando fatigosamente, y hacia el 1 de junio ya había ocupado la altura de Lakum, sobre Mogaung, apoderándose del vado del río. Más tarde llevó a cabo una serie de acciones para apoderarse de la aldea de Pinhmi y del puente adyacente, consiguiendo ocuparlos el día 10. Pero este éxito agotó las ya escasas energías de su brigada, reducida a 520 hombres. Pese a todo, en un tremendo esfuerzo y con una capacidad de resistencia verdaderamente sobrehumana, aún desencadenó un ataque contra Natgyigon y contra el puente del ferrocarril sobre el río Mogaung, logrando conquistarlos a costa de perder otros 150 hombres. El 26 de junio entraba en Mogaung. Como los chinos habían tomado Kamaing el 16 de junio, Stilwell ya había logrado así dos de sus objetivos. Ahora sólo quedaba por conquistar Myitkyina.

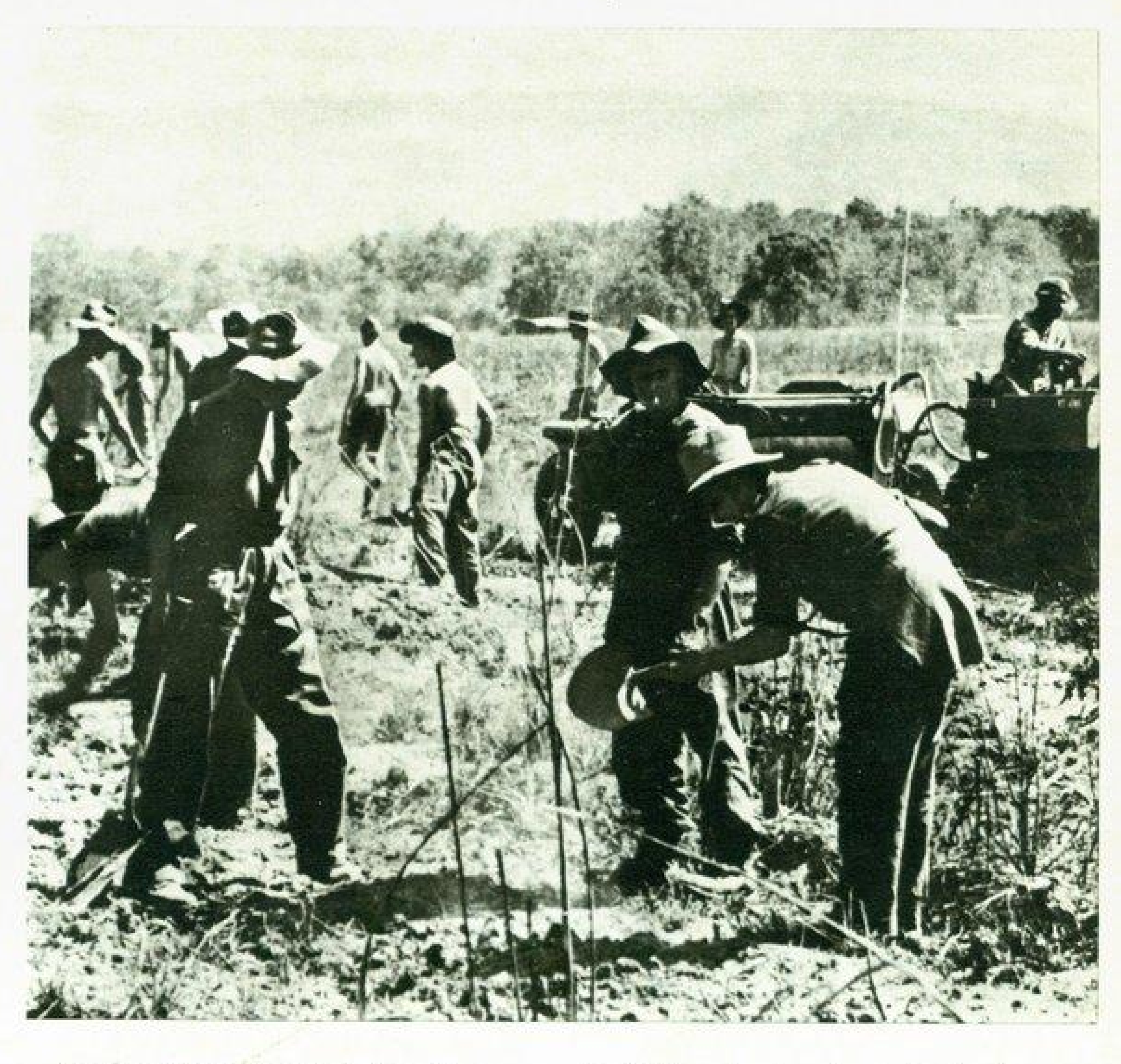
La conquista de Mogaung fue, quizás, el triunfo más grande de Calvert. Sin el apoyo de la artillería ni el de los carros de combate, con los hombres agotados hasta el límite, consiguió apoderarse de una ciudad defendida por una guarnición entera. Ciertamente, su nombre debe ser incluido entre el de los mejores comandantes de brigada que haya tenido nunca el Ejército británico.

Antes de que finalizara el mes de junio, resultó evidente que no había más remedio que evacuar a la India, cuanto antes, a los supervivientes de la fuerza especial. Mountbatten, en compañía de Lentaigne, se dirigió al puesto de mando de Stilwell a fin de discutir el asunto, y Stilwell no estuvo conforme. No obstante, tras una larga discusión, se llegó a un acuerdo; los médicos del regimiento llevarían a cabo un reconocimiento de todos los componentes de las Brigadas 77 y 111, y, todos aquellos hombres que estuvieran enfermos serían evacuados. La fecha del retiro de la Brigada 3 de África occidental y de la Brigada 14 quedó pendiente de una nueva entrevista.

Precisamente el 8 de julio, la Brigada 111 se vio comprometida en una dura acción, en la zona de Sahmaw-Taungny, cuando trataba de defender una posición de los contraataques enemigos. Ese mismo día, un oficial médico de alta graduación informó que casi todos los soldados y oficiales de las Brigadas 77 y 111 se hallaban en un estado de total agotamiento. La mayoría de los hombres habían sufrido, por lo menos, tres ataques de malaria, y algunos incluso seis o siete. El promedio de la pérdida de peso era de 19 kg a cuestas. Así, pues, Lentaigne ordenó que fuera evacuada la brigada en cuanto se recibiera el relevo de la 14. Pero Stilwell aún seguía discutiendo, hasta que Mountbatten le dijo claramente: «Si no les sustituimos cuanto antes, caerá sobre usted la grave acusación de haber utilizado en el combate hombres que no están en condiciones físicas de defenderse.» Pero ni aun así parecía darse cuenta Stilwell de la situación; finalmente, se formó una compañía con el resto de los hombres todavía sanos de la Brigada 111, que fue destinada a reforzar la guarnición de Pahoc. Los otros fueron trasladados, en avión, a la India.

La Brigada 14 continuó combatiendo hasta el 12 de agosto, una semana después de que se hubiera conquistado el tercer objetivo de Stilwell: Myitkyina. Los vuelos para la repatriación comenzaron el 19 de agosto, dos días más tarde que los de la Brigada 3 del África occidental. Hacia el 27 habían partido ya todos los efectivos que aún quedaban de la fuerza especial. Terminaba así la segunda aventura de los *Chindit*.

Las bajas de las cinco brigadas LRP fueron muy elevadas: ascendieron a 3628 entre muertos, heridos y desaparecidos; casi una quinta parte de la fuerza total.



Los *Chindit* en «Broadway» durante las obras de construcción de la pista de aterrizaje. En mayo de 1944, los hombres de la fuerza especial empezaron a retirarse hacia el Norte, abandonando los «reductos». Pero sus acciones, entabladas en los meses precedentes contra las retaguardias enemigas, habían obstaculizado en gran manera la llegada de los abastecimientos destinados a las fuerzas japonesas de Imphal y de Kohima, creando una situación bastante crítica en aquel sector. (Imperial War Museum)

¿Y qué habían conseguido? Antes de responder a esta pregunta, es preciso saber lo que ocurría en el frente central.

El día 6 de junio, tras sesenta y cuatro días de sangrientos y enconados combates, que figuran entre los más duros de la guerra, los británicos ganaron la batalla de Kohima. El día 22 quedaba abierta la carretera hacia Imphal. Aproximadamente tres semanas después, el 13 de julio, Mutaguchi admitía la derrota y ordenaba la retirada de sus maltrechas divisiones. El Ejército 15 nipón estaba irremisiblemente perdido. Así, pues, la intervención de los *Chindit* ¿tuvo una influencia vital en esta victoria? Indudablemente no, a juzgar por los relatos históricos oficiales ingleses; incluso la hicieron mucho más difícil a causa del excesivo número de aviones que hubieron de utilizar para sus misiones.

Los historiadores japoneses, por el contrario, exponen puntos de vista muy distintos, y resulta difícil acusarles de buscar pretextos. Para ellos fue Wingate quien hizo inclinar la balanza a favor de los Aliados. Fue él quien desbarató sus líneas de comunicación, quien mantuvo en jaque a su fuerza aérea, quien les privó de las veinte compañías de transporte que quedaron destruidas en la carretera de Homalin, punto por el que debía cruzarse el Chindwin.

Todos estos factores combinados impidieron que la ofensiva del general Mutaguchi pudiera desarrollarse con toda su potencia. Falló por un margen limitadísimo.

Otro punto que los japoneses hacen resaltar es que la operación de los *Chindit* se desencadenó precisamente en el momento más oportuno para los ingleses. De haberlo hecho una semana antes, Mutaguchi hubiera aplazado su ataque contra Imphal para ocuparse de ellos; y en el caso de intervenir una semana después, los medios de transporte hubieran cruzado el Chindwin y alcanzado las fuerzas japonesas en Imphal. «Si fue el general Wingate quien decidió el momento justo –escribió más tarde, el comandante general Matsui– no cabe duda de que era un genio de la guerra.»

Los relatos históricos oficiales de los ingleses se muestran aún bastante parcos en su valoración acerca del papel que los *Chindit* desempeñaron en el frente septentrional y sostienen que el avance chino quizás hubiera sido más lento, pero que Mogaung y Myitkyina hubieran sido igualmente conquistadas una vez transcurrida la época de los monzones. También en esto es distinta la opinión japonesa. Según Tanaka, la causa evidente de que la División 18 resultara destruida fue que sus movimientos estuvieron condicionados por la inminente amenaza que pesaba sobre su retaguardia, y esta opinión la corroboran otros oficiales superiores del Ejército 33 japonés. Debemos recordar asimismo que, de no haber sido por la amenaza que suponían las brillantes fuerzas de los *Chindit*, la División 18 nipona hubiera podido acudir en ayuda del Ejército 15 en Imphal. Y de haber sucedido así, probablemente Imphal hubiera caído en manos japonesas.

Y, por último, para valorar en su justo medio a Wingate y a sus valerosos *Chindit*, no hay que olvidar que fue la primera campaña lo que impulsó a Mutaguchi a desencadenar la ofensiva, dando con ello al Ejército 14 británico la oportunidad de destruirlo. Si Mutaguchi se hubiera mantenido a la defensiva, la guerra en Birmania habría podido tener un final muy distinto. Es ciertamente dudoso que Slim y el Ejército 14 lograran una victoria decisiva.

BIRMANIA, EL AVANCE DESDE EL NORTE

Trevor N. Dupuy, coronel

Mientras en Kohima y en Imphal los japoneses intentaban inútilmente arrollar a las fuerzas británicas, tropas chinas y americanas avanzaban en Birmania septentrional a fin de abrir un nuevo camino por donde hacer llegar abastecimientos a China. Al principio, el avance se desarrolló con facilidad, y los americanos empezaron a ironizar sobre la proverbial cautela británica; pero, de pronto, los japoneses contraatacaron y demostraron que la lucha en la jungla no era tan fácil como les parecía a los americanos. La lección se confirmó más tarde, cuando las fuerzas estadounidenses y chinas se vieron en la imposibilidad de rechazar a los japoneses de Myitkyina: a medida que el asedio continuaba, su moral se vino abajo irremisiblemente.

En los primeros meses de 1942, la rápida conquista de Birmania, tras una campaña que duró poco más de tres meses, tuvo profundas repercusiones sobre la concepción estratégica y la planificación operativa de los Aliados. Confusión, incertidumbre y dudas, hicieron presa en el ánimo de casi todos los mandos, y una oleada de inquietud sacudió a la ya intranquila población de la India.

En China, la pérdida de la carretera de Birmania, y con ella de los abastecimientos cedidos en virtud de la ley de «Préstamos y Arriendos», provocó temor entre algunos funcionarios chinos, que llegaron incluso a tomar en consideración la posibilidad de concertar la paz con el Japón. Chiang Kai-shek no vaciló nunca en su lealtad a la alianza con Gran Bretaña y con América; mas, parece ser, que se valió de estas voces derrotistas para presionar a Estados Unidos a fin de que incrementaran su ayuda a China.

Al general Archibald Wavell, a la sazón comandante en jefe de las fuerzas británicas en la India, le preocupaba mucho más el efecto psicológico que la derrota pudiera ejercer sobre sus tropas, que los desórdenes, de importancia bastante relativa, que se estaban produciendo en el país. Las fuerzas que Wavell tenía a su disposición eran considerables y se hallaban en vías de incremento. No obstante, calculaba que habría de transcurrir por lo menos un año antes de que pudiera contar con los recursos suficientes y con tropas debidamente adiestradas para poder lanzarse a una invasión en gran escala de la Birmania ocupada por los japoneses. Por el momento, sus esfuerzos principales debían concentrarse en la organización y adiestramiento de las nuevas unidades.

El intento japonés de aislar a China, cortando sus vías de abastecimiento, y los esfuerzos americanos para impedirlo, eran de tanta importancia para la estrategia aliada como para Birmania y para China. Y la defensa de la India, base de importancia vital, estaba estrechamente ligada a esta estrategia regional.

Stilwell asume el mando

En julio de 1942, la íntima convicción de esta interdependencia llevó al Departamento de Guerra americano a crear el teatro de operaciones China-Birmania-India, puesto bajo el mando del teniente general Joseph W. Stilwell, que acababa de regresar a la India tras una dramática marcha, a pie, a través de los montes Chin, después de la derrota sufrida en Birmania. Las dos misiones principales de este teatro de operaciones consistían en proporcionar apoyo logístico a China y en dirigir todas las fuerzas combatientes americanas que fueran utilizadas, directa o indirectamente, en apoyo del citado país. Stilwell, que ya había asumido las funciones de jefe de Estado Mayor de Chiang Kai-shek, estableció su puesto de mando en Chung-King, con un destacamento en Nueva Delhi. En la práctica, la base logística principal tenía su sede en el mismo mando de Nueva Delhi.

Stilwell consiguió convencer a Chiang Kai-shek de que las Divisiones 38 y 22 chinas, que se habían refugiado hacia el Oeste a mediados de 1942, debían permanecer en la India para convertirse en el núcleo de un Cuerpo de Ejército chino completo. Estas unidades –casi 23.000 hombres, además de los 9000 que ya se encontraban en la India– serían organizadas, equipadas y adiestradas por el Ejército estadounidense. El conjunto de esta fuerza fue designado como Ejército chino en la India (CAI, o *Chinese Army in India*) y Stilwell lo concebía como componente esencial de las fuerzas aliadas que reconquistarían el norte de Birmania y abrirían una nueva carretera hacia China.

Mas, antes de que pudiera empezar a reforzar el CAI, Stilwell se enfrentó con la oposición del Gobierno indio. Las autoridades coloniales británicas veían con cierto recelo las simpatías que los chinos demostraban por el movimiento nacionalista en pro de la independencia de la India. Desconfiaban, también, de los motivos y de las intenciones de los chinos respecto a la propia Birmania, puesto que China no había aceptado nunca las fronteras trazadas por los británicos. Stilwell envió inmediatamente un airado mensaje al general Marshall, en Washington, y Marshall pudo convencer a los jefes del Estado Mayor británico de que el plan de Stilwell era perfecto, desde el punto de vista militar, por lo que el Gobierno de Londres ordenó, bajo prudente reserva, al de Nueva Delhi que retirase sus objeciones.

El 26 de agosto de 1942 Stilwell inauguró el nuevo centro de adiestramiento en Ramgarh, en la India centro-oriental. De Norteamérica ya habían empezado a llegar los oficiales destinados al adiestramiento de las tropas, y la División 38 china comenzó en seguida a reorganizarse, equiparse y adiestrarse, así como a absorber las tropas de reserva que estaban llegando. Convencido de que la causa principal de la derrota en Birmania había sido la falta de preparación previa, Stilwell estaba decidido a «empezar de nuevo».

El general americano, que en una primera tentativa no había logrado convencer a los chinos para que desencadenaran una ofensiva contra Birmania nororiental, desde Yun-nan, consiguió ahora que Chiang Kai-shek se mostrase de acuerdo en que dicha operación se llevara a cabo en otoño de 1943. La operación formaría parte integrante de una ofensiva aliada coordinada. Los británicos proyectaban avanzar en Birmania meridional y central, desde el Arakan y desde Tiddim, mientras el Ejército chino que se hallaba en la India invadiría Birmania septentrional a través del valle de Hukawng. Las tropas chinas en Yun-nan –denominadas Fuerza Y– enlazarían con el CAI a medio camino, entre Myitkyina y Lashio, abriendo así, nuevamente, las comunicaciones terrestres con China. Luego, junto con las tropas británicas, avanzarían hacia el Sur, en dirección de Mandalay. Stilwell había pedido, aunque inútilmente, que se enviaran a la India una o más divisiones americanas para tomar parte en la reconquista de Birmania; pero tuvo que contentarse con la promesa de un solo regimiento de infantería.

Aunque decepcionado, al no haber conseguido más que una simple fuerza simbólica de tropas de combate americanas, Stilwell decidió explotar lo más eficazmente posible el creciente número de unidades de ingenieros americanos que estaban llegando. Éstos habían sido enviados para construir aeropuertos y mejorar las vías de abastecimiento en la India. A fin de facilitar el proyectado avance de sus divisiones chinas en la India, destinó algunas de estas unidades de ingenieros a la construcción de una carretera, proyectada por los británicos, que, desde el Assam superior, remontaría el valle de Hukawng, a través de la cadena del Patkai Bum. Una vez efectuado el enlace con la Fuerza Y, la carretera enlazaría con la antigua ruta de Birmania, a fin de abrir de nuevo las vías de abastecimiento con

China por el interior. Junto a la carretera se construiría también un oleoducto, por el que se haría llegar el preciado petróleo de Calcuta directamente a Kun-ming.

Empieza la construcción de la carretera

La construcción de la carretera empezó en Ledo (Assam), a fines de diciembre de 1942. Siguiendo el trazado de la antigua pista «de los refugiados» en el repliegue de Birmania, la carretera alcanzó la frontera indo-birmana el 28 de febrero de 1943. Mas, al llegar a este punto, los trabajos hubieron de interrumpirse a causa de una serie de dificultades logísticas, del limitado número de ingenieros que trabajaban en ella, por falta de medios de transporte y, asimismo, por los ataques del enemigo.

Los japoneses que se hallaban en la zona de Myitkyina habían sido hostigados por la actividad de guerrillas promovidas por los británicos y llevadas a cabo por los fieles habitantes de las colinas de Kachin, en Birmania septentrional, con el apoyo de las dos posiciones que permanecían en manos de los ingleses en el extremo norte: Sumprabum y Fort Hertz. Esta actividad, unida a la progresiva construcción de la carretera por los americanos, en la otra vertiente de las montañas, hizo que los japoneses se movilizaran para extender su control sobre toda Birmania septentrional. Así, a principios de marzo, unidades de la División 18 japonesa se apoderaron rápidamente de Sumprabum y ocuparon todo el valle de Hukawng. También empezaron a extenderse en dirección Noroeste, a lo largo de la pista «de los refugiados», hacia la frontera indo-birmana y el punto terminal de la carretera de Ledo.

Ante ello, Stilwell ordenó inmediatamente que los aviones de caza de la 10.ª Fuerza Aérea hostilizaran las vías de comunicación japonesas, enviando al mismo tiempo una parte de la División 38 china a la zona limítrofe para proteger la carretera y detener el avance nipón. Los batallones chinos de cabeza establecieron una posición defensiva en el minúsculo poblado montañés de Nathkaw, y, a fines del mes de marzo, rechazaron diversos ataques de sondeo efectuados por los japoneses.

Dándose cuenta de que no tenía suficientes fuerzas para continuar su avance y también con el fin de conquistar Fort Hertz, el general Mutaguchi, que mandaba la División 18 nipona, reclamó a sus patrullas a Sumprabum y al río Tanai, en el valle de Hukawng.

La actividad, tanto de una parte como de otra, fue casi nula antes de iniciarse los monzones en mayo y junio. Mas, tanto los japoneses como los Aliados, continuaron elaborando intensamente sus planes de campaña.

Aun antes de las derrotas sufridas en el curso de la primera campaña del Arakan y en la primera expedición de los *Chindit*, los ingleses sentían cada vez mayores dudas acerca de si era o no oportuno emprender una nueva ofensiva en territorio birmano en otoño de 1943. Ahora, profundamente descorazonados, consideraban que la única posibilidad favorable era lanzarse a ataques limitados en las cercanías de Akyaw y en el frente del Chindwin, con objeto de apoderarse de posiciones avanzadas en previsión de efectuar una invasión en amplia escala de Birmania, que podría iniciarse después de la estación de los monzones de 1944, esto es, un año más tarde.

Stilwell estaba furioso ante esta cautela británica. Después de laboriosas discusiones, logró obtener la aprobación de Wavell para llevar adelante sus propios planes, es decir, lanzar ofensivas coordinadas con tropas chinas contra Birmania septentrional, desde Yun-nan y desde Assam. Sin embargo, se vio obligado, con gran amargura de su parte, a modificar este proyecto a causa de ciertos acontecimientos que se produjeron en China y en Washington.

El carrusel del mando

El CAI de Stilwell era sólo uno de los cuatro Cuerpos de Ejército que dependía del recién constituido Mando de Asia sudoriental (conocido por SEAC), cuyo jefe era el almirante lord Louis Mountbatten (Stilwell era comandante adjunto de Mountbatten). La intención era que el Mando

Los *Marauder* cruzan un río, en Birmania, sobre una pasarela de madera tendida para sustituir el puente que los japoneses han volado en su retirada. Los soldados de Merrill llegaron a Birmania a fines de febrero de 1944, y con su agresividad y espíritu combativo dieron nuevo impulso a la ofensiva aliada sobre Myitkyina. (Imperial War Museum)





Ingenieros americanos trabajando activamente en la construcción de la carretera de Ledo, comenzada a fines de 1942 y que, desde el Assam superior se internaba en Birmania a través del Patkai Bum y el valle de Hukawng. Según los planes de Stilwell, esta nueva pista, enlazando con la carretera de Birmania, pondría fin al bloqueo de China. *(Foto GM)*

chino de Stilwell operase como un pequeño Ejército independiente, mandado por el general británico sir George Giffard, comandante también del Grupo de Ejércitos XI. Otro importante elemento de esta organización era el Ejército 14, de nueva constitución, al mando de teniente general Slim. Pero Stilwell no simpatizaba con Giffard y se negaba a colaborar con él, ofreciéndose, en cambio, a actuar como jefe de Cuerpo de Ejército a las órdenes de su viejo amigo Slim. Y así fue como Stilwell, comandante adjunto de Mountbatten –y, a veces, su sustituto– en el SEAC, responsable ante éste y ante el Comité de los jefes de Estado Mayor británico, se encontró en situación de poder dar órdenes a Giffard, quien, a su vez, las daba a Slim, el cual también podía dar órdenes a Stilwell en su calidad de comandante del CAI.

Aunque parezca extraño –pues sólo se concibe gracias a las buenas relaciones personales existentes entre Slim y Stilwell–, esta cadena de mandos funcionaba bien pese a la confusión creada por los otros dos cargos de Stilwell, que era jefe en el teatro de operaciones americano CBI (China-Birmania-India) y jefe de Estado Mayor en el teatro de operaciones chino, responsable, por lo tanto, ante Chiang Kai-shek. Stilwell se daba cuenta de que este último cargo era, en realidad, un cargo honorífico, a consecuencia de la decisión de Roosevelt de ignorar sus consejos para aumentar equilibradamente las fuerzas y dar, en cambio, su apoyo a la idea de Chennault respecto a derrotar a los japoneses únicamente con las fuerzas aéreas. Stilwell había obtenido abastecimientos y equipo para la Fuerza Y, «por las buenas o por las malas», y continuaba, de vez en cuando, procediendo al adiestramiento y preparación de las tropas en el Yun-nan.

El avance chino a lo largo de la pista «de los refugiados» empezó en octubre de 1943. Sin hallar resistencia, el regimiento de vanguardia de la División 38 penetró cautamente en el valle de Hukawng, en Shingbwiyang, a principios de noviembre. Tras la División 38, grupos cada vez más numerosos de ingenieros americanos abrían rápidamente la carretera de Ledo a través de las impracticables junglas montañosas. La División 22 estaba llegando a la zona de Ledo, desde Ramgarh, donde la División 30, recientemente constituida, iniciaba la fase final de su adiestramiento.

Al principio, un nuevo ambiente de optimismo

Mientras Stilwell trataba los problemas logísticos en Kandi y en Nueva Delhi, su mando de Ledo –destinado a ser pronto el mando de la zona operativa septentrional o NCAC *(Northern Combat Area Command)*– le enviaba informes optimistas sobre los progresos logísticos y operativos. Los americanos de Ledo empezaban a creer que podrían llegar a Myitkyina en pocas semanas y las pesimistas previsiones de los recelosos británicos parecían completamente faltas de fundamento.

Mas, de súbito, el optimismo de los americanos se esfumó. El día 3 de noviembre, un ataque japonés por sorpresa destruyó el puesto de mando del Regimiento de infantería 112 chino en Ningam Sakam. Los tres batallones del regimiento, situados bastante lejos uno de otro, quedaron aislados y cercados. Atrincherándose, se defendieron con la típica tenacidad china y fueron abastecidos por los americanos mediante lanzamientos en paracaídas. Pero ya el cariz de las operaciones había cambiado, pasando de la confiada ofensiva a la lucha por la defensa y la supervivencia. Seagrave recibió la orden de devolver sus enfermeras a Shingbwiyang.

Otro regimiento de la División 38 avanzó a lo largo de la pista, más allá de Ningam Sakam, lanzándose a un ataque desordenado contra las vanguardias japonesas. En vano el Estado Mayor americano del NCAC envió radiogramas al frente insistiendo en la reanudación de la ofensiva. Inesperadamente, Stilwell llegó de Nueva Delhi y se dirigió, a toda prisa, al valle del Hukawng. Los pocos oficiales de enlace americanos –yo era uno

de ellos– se sintieron reanimados ante la súbita llegada del jefe del sector de operaciones en persona.

También los soldados chinos recobraron los ánimos. Bajo la estimulante guía personal de Stilwell, la División 38 volvió a avanzar. Entre la consternación de su Estado Mayor y el entusiasmo de las tropas combatientes, Stilwell se expuso al fuego en primera línea, desafiando a los francotiradores, alternando elogios e improperios. Con una carabina al hombro, vistiendo un simple uniforme caqui y cubriéndose la cabeza con el famoso, deteriorado y viejo sombrero de campo, recorría incansable las peligrosas pistas de la jungla, de una unidad a otra, acompañado por un puñado de oficiales de Estado Mayor y una guardia personal consistente en un par de soldados chinos con fusiles automáticos. Bajo su mando, la División 38 se abrió camino hasta enlazar con dos de los batallones asediados a fines de diciembre. Poco después, la División 22 avanzó para liberar al tercer batallón, obteniendo, en Taro, una pequeña y espectacular victoria.

Pero, evidentemente irritado por el hecho de que sus subordinados americanos hubieran permanecido en las relativamente cómodas *basha* (cabañas) de Ledo durante los primeros días críticos de la campaña, Stilwell ordenó al mando del NCAC que se transfiriese a Shingbwiyang. Después, volvió a sus tareas logísticas y de supervisión, en otro lugar de su vastísimo teatro de operaciones.

Llegan los «Marauder» de Merrill

Al ausentarse Stilwell, el avance se retrasó de nuevo. Los oficiales superiores brillaban por su ausencia en primera línea. Por lo tanto, a fines de febrero, Stilwell regresó, acompañado esta vez por la única unidad combatiente americana presente en su sector de operaciones. Se trataba de un regimiento de infantería recientemente organizado y que, oficialmente, llevaba la anónima designación de 5307, unidad de formación provisional, localmente conocida con el nombre convencional de *Galahad* y destinada a ser famosa en los periódicos como «los *Marauder* de Merrill», por el nombre del oficial que lo mandaba, el general de brigada Frank D. Merrill.

Después de su llegada a la India, a fines de octubre, los *Marauder* (así les llamaremos ya aunque el nombre no se popularizó hasta varios meses después) iniciaron, durante un breve periodo, su adiestramiento junto con los *Chindit*. Con poca prudencia (por lo menos este fue el parecer de algunos americanos) adoptaron la organización de Wingate, con cada batallón dividido en dos «columnas»; pero, en cambio, no adoptaron su concepción operativa de evitar la batalla en la jungla con cualquier fuerza enemiga de proporciones iguales o mayores.

Atrevidos y confiados, los *Marauder* se dieron cuenta muy pronto de que si bien sus efectivos se limitaban tan sólo a 3000 hombres, éstos debían constituir las «tropas de asalto» de Stilwell y cuyo ejemplo de osadía y de agresividad debía animar a los chinos a una agresividad pareja para «dar la cara». Y, en efecto, los chinos reaccionaron favorablemente. Por otra parte, un atractivo ulterior que interesaba a estos hombres, que se ofrecieron voluntarios para combatir en Birmania, lo constituía una vaga promesa de que sólo deberían combatir durante tres meses, siendo después enviados a Estados Unidos y destinados a tareas más agradables. Por ello, se sentían animados por un gran ardor combativo y ansiosos de empezar.

Prueba palpable de la validez de la estrategia y de la psicología de Stilwell fue su victoria sobre la División 18 japonesa, en Maingkwan y en Walawbum, en el curso de la primera semana de marzo de 1944. Mientras los chinos atacaban el frente de las posiciones defensivas japonesas, los *Marauder* efectuaron una amplia maniobra envolvente, cortando en parte la línea de comunicación nipona en Walawbum e infligiendo graves pérdidas al adversario. El teniente general Shinichi Tanala –nuevo jefe de la División 18– pudo salvar a su unidad de la destrucción gracias a una rápida retirada y con hábiles acciones retardadoras.

Animado por este éxito, pese a la desilusión de que Tanaka hubiera logrado escapar, Stilwell repitió la maniobra, efectuando un envolvimiento todavía más amplio, a fin de situarse a espaldas de los japoneses en Shaduzup, en las alturas de Jambu Bum. En esta ocasión, un regimiento chino acompañaba a uno de los batallones de *Marauder*, mientras el resto de las fuerzas chinas atacaba las fuertes posiciones defensivas japonesas a lo largo del Jambu Bum. Una vez más, los japoneses sufrieron una completa derrota. Mas, en un desesperado combate, entre el 28 de marzo y el 1 de abril, Tanaka y sus tropas lograron abrir una brecha y consiguieron huir. El general japonés constituyó rápidamente una nueva línea defensiva a través del alto valle de Mogaung.

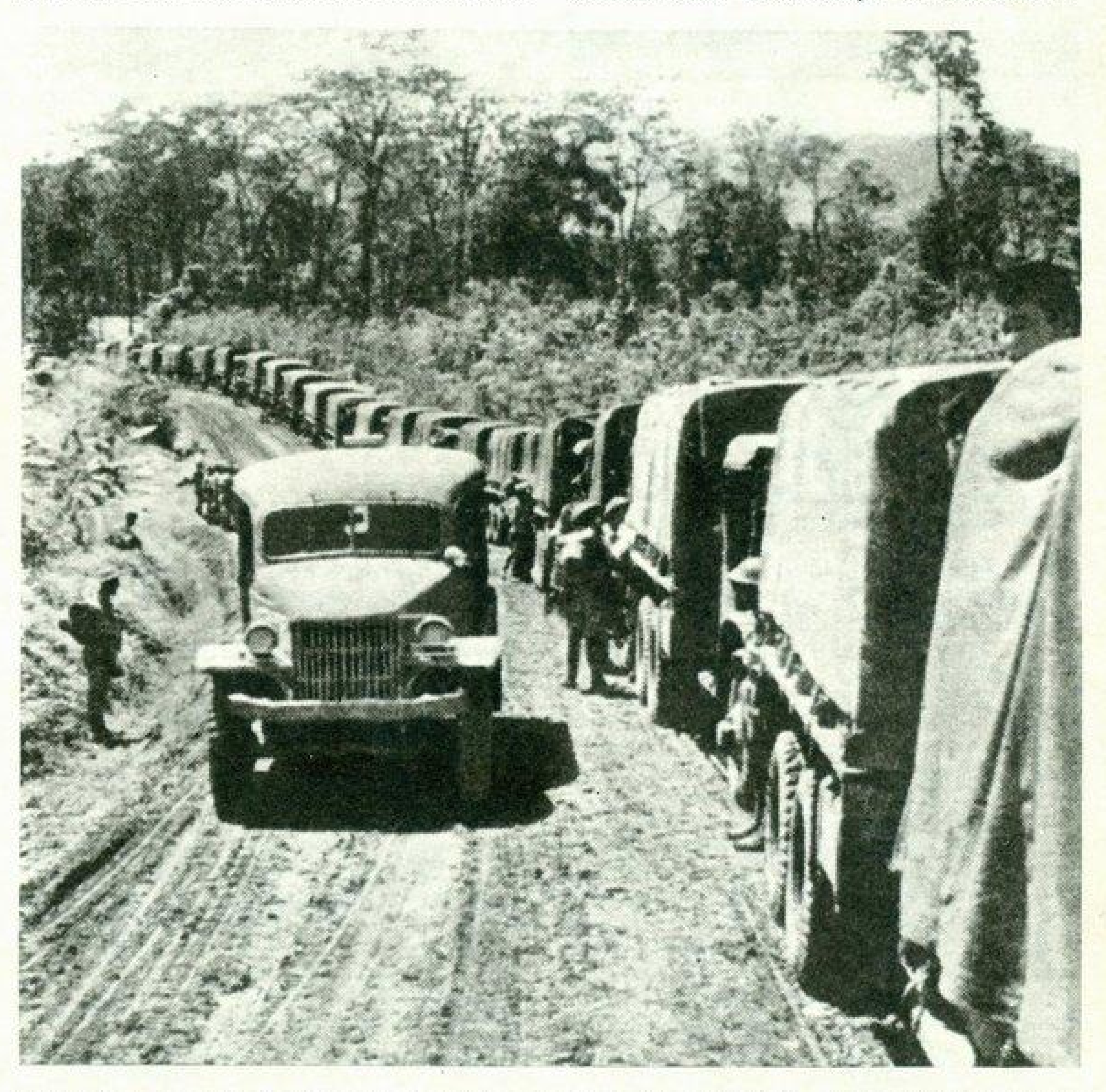
Stilwell suspende la campaña

Pero cuando menos se esperaba, Stilwell y sus tropas fueron informados de que las fuentes de su abastecimiento aéreo –y, por lo tanto, su propia supervivencia– estaban seriamente amenazadas. En efecto, los japoneses habían iniciado la invasión del Manipur, proyectada desde hacía tiempo, y obtenían espectaculares éxitos iniciales. En vista de ello Stilwell ordenó el aplazamiento temporal de la ofensiva en Birmania septentrional y envió una *Task Force* improvisada para ayudar a los británicos a asegurarse la importante línea ferroviaria en el Assam.

Mientras la mayoría de las tropas permanecía inactiva en el valle de Mogaung, Stilwell se entrevistó con Slim, el 3 de abril, en una reunión de emergencia celebrada en Jorhat (Assam). Stilwell ofreció enviarle en su ayuda la División 38 china; pero Slim, agradeciéndoselo, declinó el ofrecimiento y le aseguró que la situación quedaría pronto bajo su control, y aconsejó además reanudar la ofensiva chino-americana en Birmania septentrional. Confiando plenamente en la capacidad del comandante del Ejército 14, Stilwell se apresuró a seguir su consejo.

Aproximadamente en esta misma época fue cuando logró convencer a Chiang Kai-shek de que enviase otras dos divisiones para que se unieran a sus tropas en Birmania. Una de estas era la División 50, que figuraba entre las mejores del Ejército chino y que pronto tuvo ocasión de hacer honor a su fama en los combates de Birmania. La otra –la 14– no era de la misma categoría.

Mientras estas dos nuevas divisiones estaban en fase de reequipamiento, la 38 y la 22 reanudaban su avance en el valle de Mogaung. Pero se avanzaba con una lentitud desesperante. Stilwell llegó a sospechar que los comandantes de división estuvieran obedeciendo órdenes secretas de Chiang Kai-shek de retardar, deliberadamente, el avance, pues el generalísimo chino no compartía la confianza de Stilwell en las tranquilizadoras declaraciones de Slim. En consecuencia, Stilwell decidió poner en práctica un plan que venía madurando desde hacía tiempo: desencadenar un



Convoy aliado en marcha por la carretera de Ledo, tras el enlace de ésta con la de Birmania. Después de los primeros éxitos conseguidos, el avance de las fuerzas aliadas por el Norte, obstaculizado por una creciente resistencia nipona, estuvo a punto de fracasar. Pero las fuerzas aliadas, bajo el mando del impetuoso general Stilwell, consiguieron ocupar las posiciones japonesas tras una serie de maniobras envolventes. Los combates alcanzaron su punto culminante en la batalla de Myitkyina, iniciada el 28 de abril de 1944, durante la cual los japoneses hubieron de enfrentarse, durante más de once semanas, con fuerzas sensiblemente superiores a las suyas. Las tropas niponas se retiraron el 3 de agosto y, poco después, el bloqueo terrestre de China, quedaba roto. (Foto GM)

golpe decisivo contra Myitkyina antes de que empezara la época de los monzones.

Cerca de Myitkyina –estación terminal, septentrional, del ferrocarril de Rangún y Mandalay– se encontraba el único aeropuerto con pista artificial de Birmania del Norte. Apoderarse de este aeropuerto equivalía a impedir que los japoneses pudieran continuar sus acciones esporádicas de hostigamiento contra el puente aéreo aliado, permitiendo, al mismo tiempo, desviar la ruta de los aparatos más hacia el Sur, sobre una dirección más corta y a través de montañas menos escarpadas. Por añadidura, la conquista de la ciudad, que estaba situada en una importante posición estratégica, supondría un gran avance hacia la rotura del bloqueo de China, acelerando los trabajos en la carretera de Ledo y su oleoducto.

El día 28 de abril, acompañados por elementos de la División 30 china –cuya fuerza total era de casi 7000 hombres–, los *Marauder* iniciaron un audaz avance hacia el Este, desde el valle de Mogaung, a través de las altas montañas del Kumon. Sirviéndose de rutas sólo conocidas por los guías *kachin*, la *Task Force* aliada fue abriéndose paso, lenta y silenciosamente, pero en una marcha segura, a través de una zona que de ordinario se consideraba inaccesible para las unidades combatientes organizadas. Al llegar al valle del Irawadi, el avance continuó hasta Myitkyina donde, el 17 de mayo, se procedió a tomar, por sorpresa, el aeródromo principal.

Pronto se enviaron refuerzos chinos aerotransportados, si bien el aeropuerto estaba todavía expuesto al fuego de las armas portátiles del enemigo. El día 18, las tropas aliadas atacaron Myitkyina. En aquel momento no había más que setecientos japoneses en la ciudad; pero ciertos errores cometidos por los Aliados, a causa, principalmente, de la inevitable fatiga y del excesivo entusiasmo, permitieron a tan débil guarnición rechazar el ataque. Por añadidura, las bajas producidas por las enfermedades y por el cansancio habían reducido el potencial efectivo de la *Task Force* a menos de 3000 hombres. Durante algunos días, los refuerzos apenas fueron suficientes para reemplazar las bajas; de haberse dado cuenta de ello, los japoneses hubieran podido infligir una derrota catastrófica a las fuerzas aliadas, pues la rápida unión de los grupos nipones, destacados en posición periférica, les habría dado una fuerza efectiva casi igual a la de sus enemigos. Pero los Aliados, animados por la presencia entusiasta de Stilwell, hicieron un esfuerzo, y tanto los exhaustos americanos como los chinos mantuvieron su presión contra las defensas japonesas, rechazando al mismo tiempo numerosos contraataques.

Las noticias del éxito inicial de Myitkyina espoleó a las Divisiones 22 y 38, las cuales aumentaron su actividad al norte de Kamaing. También animó a estas fuerzas el ejemplo de agresividad dado por el Regimiento de infantería 149 (que formaba parte de la División 50, llegada hacía poco), que se agregó a la División 22. El día 25 de mayo, un regimiento de la División 38 realizó una audaz maniobra envolvente para constituir un punto de bloqueo tras las líneas japonesas en Seton, sobre la carretera que corre entre Kamaing y Mogaung. Tanaka reaccionó ante esta amenaza con su acostumbrada frialdad y la habitual energía. Reuniendo las reservas y todos los soldados a retaguardia de la División 18, cercó a los chinos en Seton y desencadenó una serie de violentos contraataques. Pero esto no representaba ya ninguna novedad para los chinos. Abastecidos por el aire, rechazaron los desesperados ataques nipones. Al mismo tiempo, las unidades de primera línea de Tanaka, expuestas a una dura presión, eran diezmadas por una serie de ataques envolventes y frontales por parte de las Divisiones 22 y 38, que habían recobrado por completo su actividad.

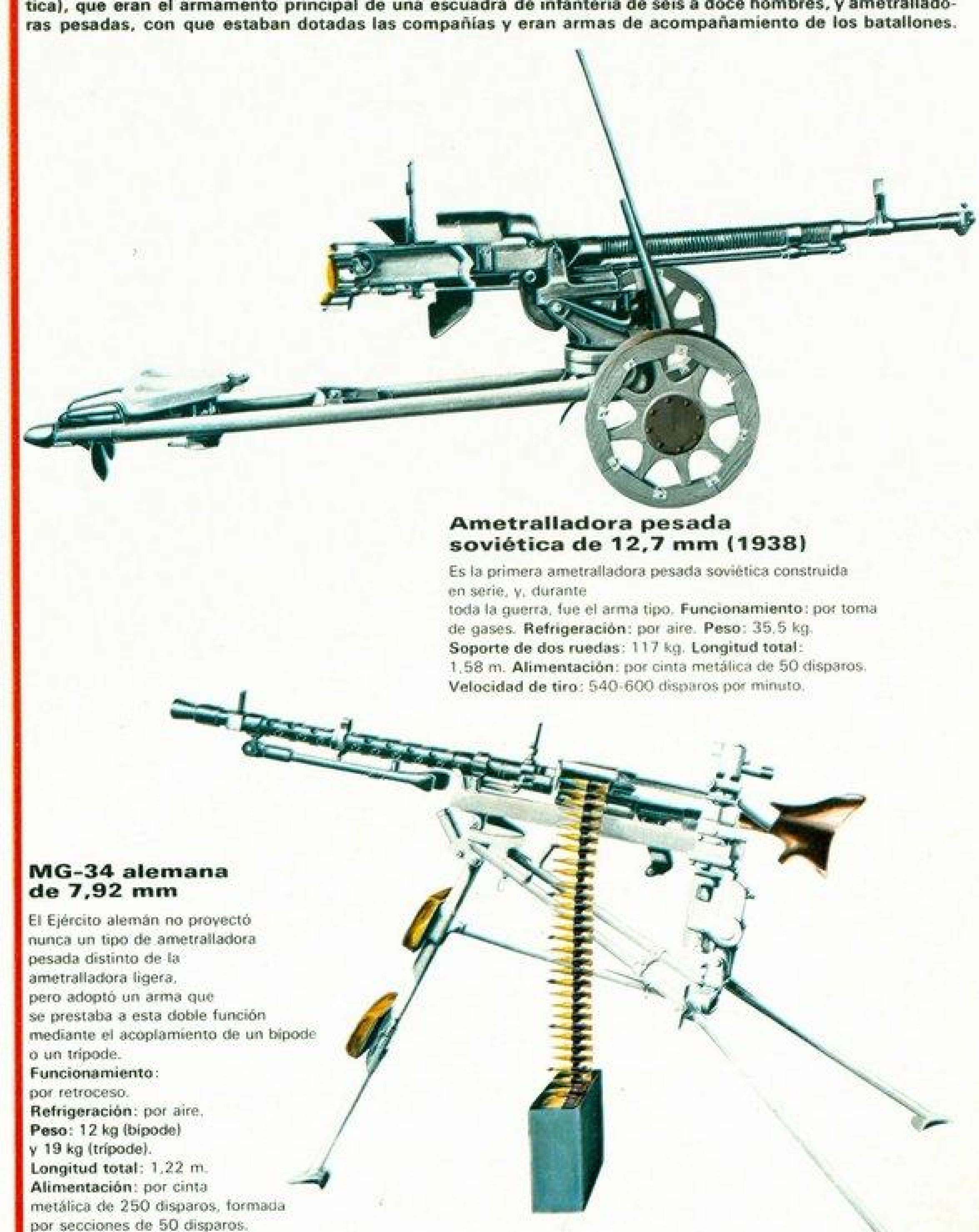
Entre tanto, el 17 de mayo, justamente antes de retirarse de su último «reducto», el «Blackpool», los *Chindit* habían pasado bajo el control operativo del NCAC. Después de las pruebas sufridas, se estaban reagrupando en espera de una ocasión para volver a las zonas de reposo en la India. Pero ahora Stilwell apelaba a ellos para que se unieran a las otras fuerzas en un ataque concéntrico contra la zona Kamaing-Mogaung. El general de división W. D. Lentaigne protestó, alegando que sus hombres estaban demasiado cansados para tomar parte en una acción. Mas Stilwell insistió y Lentaigne obedeció a regañadientes.

Dramático asalto a la bayoneta

A primeros de junio, la División 22 china, con el Regimiento 19 empleado de refuerzo como punta avanzada, se aproximó a las posiciones de la poco afortunada División 18 japonesa, en Kamaing. Empeñado en frecuentes ataques desencadenados por los *Chindit*, al Oeste, y con el bloqueo de Seton al Sur, Tanaka no logró contener el decidido avance chino a través del río Indaw, en plena estación de los monzones. El 16 de junio, en el curso de un fuerte temporal, el Regimiento 149 condujo a la División 22 a Kamaing, penetrando en la ciudad en un dramático asalto a la bayoneta que arrojó desordenadamente de la misma a sus defensores. Los militares de profesión no creen demasiado en las hazañas de «asaltos a la bayoneta» ni en los combates «cuerpo a cuerpo». Tales cosas ocurren raramente. Pero esta

EL NÚCLEO DE LA POTENCIA DE FUEGO DE LA

A finales de la primera Guerra Mundial, la potencia de fuego de las nuevas ametralladoras había aportado un cambio radical en la concepción táctica militar, permitiendo a los defensores una enorme superioridad sobre las fuerzas atacantes. Al iniciarse la segunda Guerra Mundial, nuevos medios de transporte facilitaron la movilidad en los campos de batalla; por otra parte, durante el curso de las hostilidades, la infantería de los principales Ejércitos beligerantes fue dotada de armas automáticas, lo que constituyó desde entonces el verdadero eje de su potencia. Las ametralladoras se dividían en dos grupos: ametralladoras ligeras o fusil ametrallador (como el "Bren" británico, el "Browning Automatic Rifle" [BAR] americano y la "Degtjarev" soviética), que eran el armamento principal de una escuadra de infantería de seis a doce hombres, y ametralladoras pesadas, con que estaban dotadas las compañías y eran armas de acompañamiento de los batallones.



Ametralladora pesada soviética de 12,7 mm (1938)

Es la primera ametralladora pesada soviética construida en serie, y, durante toda la guerra, fue el arma tipo. **Funcionamiento:** por toma de gases. **Refrigeración:** por aire. **Peso:** 35,5 kg. **Soporte de dos ruedas:** 117 kg. **Longitud total:** 1,58 m. **Alimentación:** por cinta metálica de 50 disparos. **Velocidad de tiro:** 540-600 disparos por minuto.

MG-34 alemana de 7,92 mm

El Ejército alemán no proyectó nunca un tipo de ametralladora pesada distinto de la ametralladora ligera, pero adoptó un arma que se prestaba a esta doble función mediante el acoplamiento de un bípode o un trípode. **Funcionamiento:** por retroceso. **Refrigeración:** por aire. **Peso:** 12 kg (bípode) y 19 kg (trípode). **Longitud total:** 1,22 m. **Alimentación:** por cinta metálica de 250 disparos, formada por secciones de 50 disparos. **Velocidad de tiro:** 800-900 disparos por minuto.



Ametralladora pesada norteamericana "Browning" de 12,7 mm M-2

Esta formidable ametralladora fue utilizada no sólo como arma de apoyo de la infantería, sino también como arma antiaérea. Estaba dotada de un cañón pesado para conseguir el adecuado enfriamiento incluso durante el tiro prolongado. **Funcionamiento:** por retroceso. **Refrigeración:** por aire. **Peso:** 37 kg. **Longitud total:** 1,64 m. **Alimentación:** con cinta metálica, en secciones de 100 disparos. **Velocidad de tiro:** 450 disparos por minuto.

Ametralladora británica de 7,62 mm, "Vickers"

Prototipo de ametralladora británica durante las dos guerras mundiales, la *Vickers* era famosa por la seguridad de su funcionamiento: durante una prueba experimental, un ejemplar de esta arma estuvo disparando durante siete días consecutivos. El dibujo adjunto la representa con su caja para municiones y el bidón de agua para la refrigeración. **Funcionamiento:** por retroceso y presión de los gases en la boca de fuego. **Refrigeración:** por agua. **Peso:** casi 18 kg, con agua. **Trípode:** 22 kg. **Longitud total:** 1,10 m. **Alimentación:** 250 disparos por caja, en cintas de tela. **Velocidad de tiro:** 450-550 disparos por minuto.

Ametralladora pesada japonesa de 7,7 mm Tipo 99-1

Prototipo de arma japonesa derivada de la ametralladora francesa *Hotchkiss*. **Funcionamiento:** por toma de gases. **Refrigeración:** por aire. **Peso con trípode:** casi 32 kg. **Longitud total:** 1,07 m. **Alimentación:** con tiras de 30 disparos. **Velocidad de tiro:** 550 disparos por minuto.

vez ocurrieron; quien esto escribe se encontraba con las tropas atacantes del Regimiento 149.

Al día siguiente, unidades de la División 38 cruzaron el río Mogaung, al sur de Kamaing, para liberar a las tropas que defendían el bloqueo de la carretera de Seton y que se hallaban aisladas desde hacía más de tres semanas.

La exhausta y maltrecha División 18 japonesa, habiendo perdido la mayor parte de su artillería y reducida a la mitad de sus efectivos, se retiró hacia Mogaung. Pero ni siquiera en esta crítica situación perdió Tanaka su sangre fría. Un batallón chino, animado por un excesivo entusiasmo, le persiguió demasiado cerca y, al llegar a la jungla, perdió contacto con las unidades que lo flanqueaban. Entonces, volviendo atrás, los hombres de Tanaka atacaron a este batallón en dos direcciones distintas, y, prácticamente, lo aniquilaron antes de proseguir su retirada.

Mientras tanto, obedeciendo las órdenes de Stilwell, la Brigada 77 de los *Chindit* había cruzado la zona que se hallaba a retaguardia de la División 18, y el día 22 empezó a atacar por el Sudeste las defensas de Mogaung. En una batalla completamente distinta a las concepciones de Wingate, los tenaces británicos abrieron, lentamente, pero siempre combatiendo, una brecha para penetrar en la ciudad, la cual cayó en su poder el 26 de junio, cuando la División 38 china llegaba para participar en el combate.

Rápidamente, las unidades chinas remontaron la carretera Mogaung-Myitkyina para establecer un enlace, vía terrestre, con las fuerzas aliadas que asediaban Myitkyina. Una semana más tarde de lo previsto, el general Stilwell se había asegurado el centro vital de toda la zona septentrional de Birmania.

Pero la ciudad de Myitkyina resistía aún, con gran disgusto de Stilwell; mas, tanto él como los que no estaban de acuerdo con sus métodos, se daban cuenta de que había llevado a cabo una empresa que la mayoría de ellos consideraban imposible. En reconocimiento de sus éxitos, Stilwell fue ascendido al máximo grado de general el día 1 de agosto de 1944.

Myitkyina era, ahora, el punto esencial del interés de los Aliados y de los japoneses. En los primeros días de junio habían llegado al aeropuerto de la población suficientes refuerzos y abastecimientos para permitir un bloqueo, por parte de las fuerzas aliadas, en los puntos occidentales de acceso a la ciudad. Pero un verdadero «asedio» no llegó a establecerse por completo. Hacia el Oeste, las vías de comunicación japonesas a través del Irawadi permanecieron siempre abiertas; y sirviéndose de esta vía de comunicación, los nipones podían recibir abastecimientos y refuerzos desde Bhamo. A principios de junio, su guarnición contaba con unos 3500 hombres.

No obstante, el número de los atacantes había aumentado, entre tanto, hasta reunir una fuerza diez veces superior a la de los defensores. Las unidades principales eran las Divisiones 30, 50 y 14 chinas, además de un Grupo mixto de unidades americanas. Esta fuerza se puso al mando del general de brigada, Haydon L. Boatner, quien, evidentemente, subvaloraba la fuerza de los japoneses y sobreestimaba la eficacia de las tropas propias. Y así, con gran disgusto suyo, repetidos ataques aliados fueron rechazados por la bien atrincherada guarnición nipona. Los resultados no cambiaron después de haber llegado varias piezas de artillería, por vía aérea, a fin de aumentar el efecto de la potencia de fuego de los aviones de caza contra los defensores.

Una parte de los problemas con los que se enfrentaba Boatner era consecuencia del imprevisto colapso de los *Marauder*. Éstos habían iniciado los combates a principios de marzo, creyendo en la promesa de que serían repatriados a Estados Unidos al cabo de tres meses. No obstante, ya habían transcurrido estos tres meses, durante los cuales permanecieron casi constantemente en marcha o empeñados en combates, y aún se les mantenía en el frente. Ahora esperaban que se cumpliera «la promesa».

Pero Stilwell y Boatner no habían hecho promesa alguna y, por otra parte, sabían que, oficialmente, nadie la había hecho. Desde luego, estaban al corriente de la concepción de Wingate, largamente difundida, cuya base era que las unidades de penetración a largo alcance no debían operar más de tres meses seguidos; concepción, que, probablemente, había dado origen a las voces, rumores y sugerencias que los *Marauder* interpretaron como una promesa. Sin embargo, ahora había que combatir en una batalla de importancia decisiva. La suerte de la campaña y la de millares de soldados aliados dependían del éxito de los combates de Myitkyina. Por ello, los generales esperaban que el regimiento americano continuara sirviendo de punta avanzada y de ejemplo para las divisiones chinas. Además, Stilwell no podía retirar del combate a los americanos cuando exigía de los *Chindit* británicos renovados esfuerzos en Mogaung.

No hay por qué discutir si tenían razón los *Marauder* o los generales; pero lo cierto era que el regimiento americano estaba completamente exhausto. El porcentaje de enfermos aumentó hasta alcanzar los máximos niveles; los soldados se dormían mientras disparaban; toda su agresividad había desaparecido. Entonces, Stilwell, amargado, los retiró de las trincheras de primera línea. Y para poder mantener una unidad americana en el asedio, tuvo que retirar dos batallones de ingenieros norteamericanos de su labor en las carreteras y en los aeropuertos y enviarlos rápidamente a Myitkyina. Estos hombres, no preparados psicológicamente para esta imprevista participación en la lucha e inadecuadamente adiestrados, sufrieron muchas bajas y su rendimiento estuvo muy lejos de ser perfecto.

Stilwell logró encontrar todavía algunos esforzados supervivientes entre los *Marauder*, que podrían formar un nuevo regimiento de infantería americano junto con los hombres enviados a reemplazar las bajas en la zona operativa. Este grupo, llamado *New Galahad*, pronto estuvo dispuesto para adiestrarse como unidad en las trincheras, frente a Myitkyina.

Pero los japoneses seguían deteniendo, con habilidad, las torpes estocadas de los Aliados, infligiéndoles muchas bajas por cada metro de terreno cedido. Así, el asedio se prolongó durante semanas y semanas. Boatner, cuya manera de estimular a las tropas se basaba en los insultos, lo que le había valido la antipatía tanto de los americanos como de los chinos, enfermó, siendo sustituido por el general de brigada Theodore F. Wessels, hombre de carácter firme y enérgico, pero de trato cortés.

Después de un período de reorganización, durante el cual logró infundir nuevo espíritu combativo en los desanimados soldados, Wessels inició una nueva serie de ataques. Los japoneses, reducidos ya a una situación extrema a causa de las enfermedades, las bajas y la escasez de abastecimientos, se vieron obligados a retirarse a la parte interior de Myitkyina.

Fin del bloqueo y de los combates

El general Hoyataro Kimina, nuevo comandante del Ejército japonés en Birmania, se sentía muy satisfecho del retraso que el prolongado asedio de Myitkyina había impuesto al avance de los ingleses. No obstante, dio la orden de retirada a los defensores, movimiento que formaba parte de una reorganización general. La retirada se llevó a cabo el 3 de agosto con toda normalidad; si bien se produjeron todavía algunas bajas a causa de un ataque aliado simultáneo. Tras el bloqueo y los combates, que duraron más de once semanas, Myitkyina estaba, al fin, en poder de los Aliados. Unos 600 japoneses lograron escapar, pero casi 3000 perdieron la vida en la férrea defensa.

El total de las bajas aliadas es significativo: entre los muertos, se contaron 972 chinos y 272 americanos; entre los heridos, 3184 chinos y otros 955 americanos, y los enfermos evacuados fueron 188 chinos y 980 americanos.

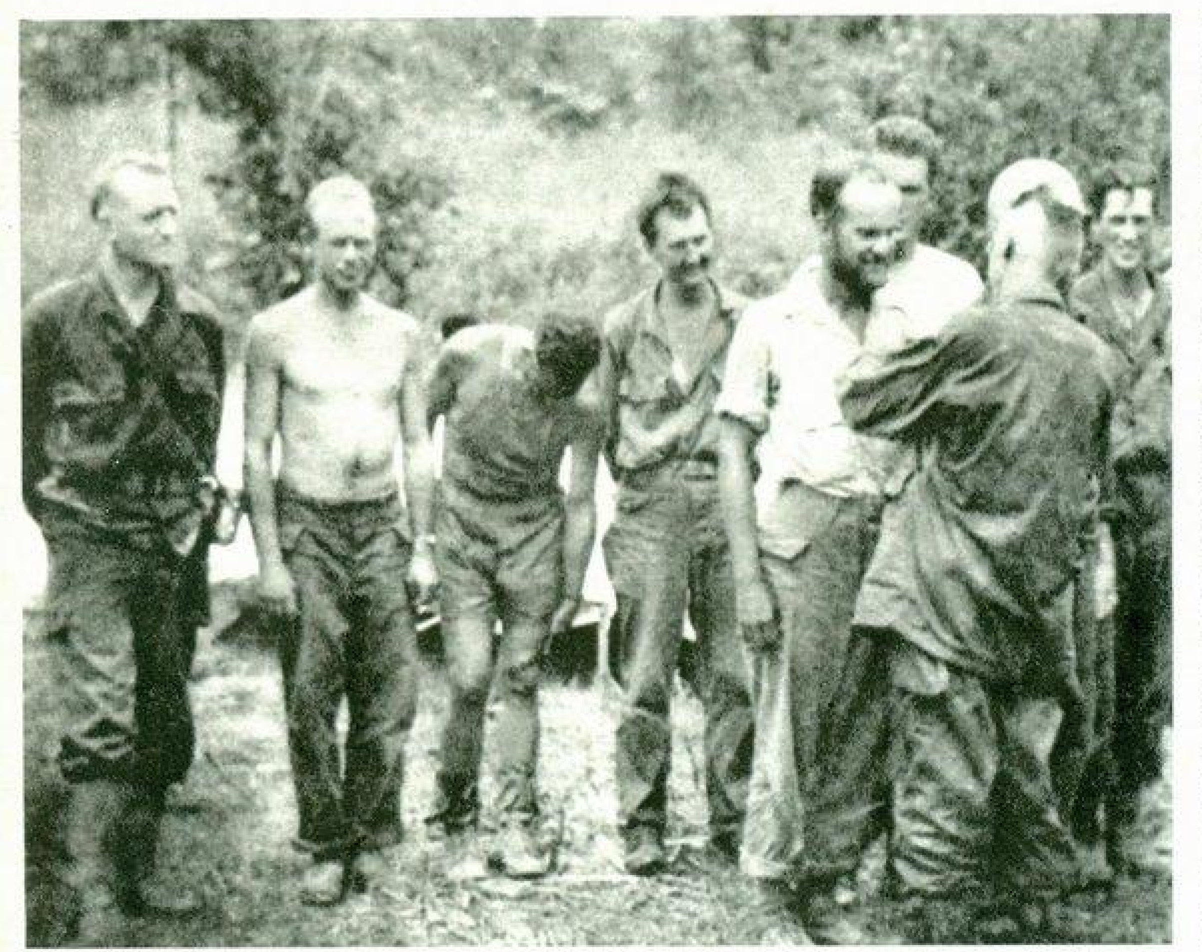
El aspecto más relevante del asedio de Myitkyina fue el valor, la energía y la habilidad demostrados por los soldados japoneses en las peores condiciones operativas que puedan imaginarse y contra fuerzas enemigas numéricamente muy superiores.

Pese a unas pocas pero brillantes excepciones, el asedio de Myitkyina no hace demasiado honor ni a los norteamericanos ni a los chinos. No obstante, la estrategia de Stilwell y sus esfuerzos personales habían proporcionado resultados bastante decisivos. Ahora los ingenieros americanos estaban activando los trabajos de construcción de la carretera; asimismo, la instalación del oleoducto que cruzaba el valle de Hukawng estaba a punto de romper el bloqueo terrestre de China. Una vez se hubo eliminado la oposición aérea japonesa de Birmania del Norte, los abastecimientos que afluían por el aire experimentaron un rápido incremento.

Mas, la victoria personal de Stilwell se vio mermada, a sus propios ojos, por el aparentemente inexplicable colapso sufrido por los *Marauder*. Idénticos síntomas aparecieron, casi al mismo tiempo, entre los *Chindit* británicos; tanto unos como otros habían tenido que soportar tres largos meses de combates en la jungla. Sin embargo, Stilwell no podía evitar la comparación de su comportamiento con el de las Divisiones 38 y 22 chinas, las cuales, durante casi siete meses de lucha en las mismas condiciones, habían sabido resistir valerosamente y sin la menor queja. Cierto que la acción de los chinos tuvo un carácter menos agresivo e incluso menos intenso que el de los *Chindit* y el de los *Marauder*; pero también es cierto que los chinos habían sufrido pérdidas considerablemente mucho más graves, en proporción, teniendo que soportar desdichas y privaciones igualmente terribles. Incluso los japoneses seguían combatiendo duramente pese a los sufrimientos pasados.

Stilwell no llegaba a comprender por qué los británicos, y menos aún los americanos, no podían resistir ni siquiera la mitad de ese tiempo la lucha en la jungla.

Después de la conquista de Myitkyina, el general Stilwell condecora con la medalla al valor a algunos *Marauder*. Al finalizar los combates, las bajas aliadas ascendían a 4344 chinos y 2207 americanos, entre muertos, heridos y evacuados por enfermedad; por parte japonesa 3000 soldados murieron durante el asedio. *(History of the Second World War)*



PRISIONERO EN EL RIO KWAI

Basil Peacock, comandante

El duro trato que los japoneses infligieron a los soldados aliados prisioneros –y en particular a los que trabajaban en el ferrocarril sobre el río Kwai–, ha pasado a ser legendario. Japoneses y alemanes cometieron, ciertamente, durante la guerra, muchas atrocidades, pero pocas veces los hombres fueron obligados a trabajar en condiciones tan miserables y tan inútilmente. El comandante Basil Peacock, que trabajó en el ferrocarril, desde el principio al fin, considera, a pesar de su experiencia personal, que la crueldad japonesa obedecía más al abismo existente entre los puntos de vista nipones y el nivel de vida en otros países, que a una deliberada intención de exterminio en masa.

Cuando las fuerzas aliadas en Singapur se rindieron, los conquistadores japoneses se vieron sorprendidos y abrumados ante el enorme número de prisioneros capturados: casi 28.500 ingleses, 18.000 australianos, 67.000 indios y 14.000 voluntarios indígenas.

Los vencedores se encontraron, de inmediato, con tres problemas a resolver: cómo vigilar, alimentar y emplear a tanta gente, pues muchas de sus tropas fueron destinadas, rápidamente, a la campaña de Birmania.

Probablemente, la eventualidad de tener que hallar una adecuada organización para tantos prisioneros de guerra no había sido nunca tomada en consideración por el Mando Supremo japonés, ya que en su Código militar la rendición se considera como «acción vergonzosísima». En consecuencia, no puede sorprender que los conquistadores considerasen a sus prisioneros como hombres deshonrados, y puesto que se les había respetado la vida, debían colaborar con ellos hasta el fin de las hostilidades. Esta opinión condujo a la práctica, inusitada, de internar juntos a oficiales, suboficiales y soldados en vez de separarlos inmediatamente. Condujo, también, a la imposición, para todos los prisioneros, de firmar una declaración por la cual se comprometían a no huir ni a intentarlo.

A tal imposición la mayor parte de los prisioneros se resistieron, hasta que dicha firma les fue arrancada a la fuerza.

Tras deponer las armas, los soldados blancos fueron concentrados en Changi, vestidos con la única ropa que llevaban encima; en un principio se les permitió tener, como favor especial, algunos pucheros y algún vehículo (estos últimos se les retiraron casi inmediatamente) para transportar la escasa ración de que disponían. No tardaron en padecer hambre, pues se alimentaban, casi exclusivamente, de arroz. Los soldados británicos y de los Dominios estaban, en general, bien alimentados y el súbito cambio constituyó una prueba tremenda, determinando un factor importante de su ulterior destino.



Soldados aliados durante la construcción de la línea del ferrocarril en Tailandia. El trabajo, realizado con medios primitivos y en un clima malsano, el régimen alimenticio al que estaban sometidos y las duras condiciones de vida, causaron graves quebrantos tanto en la salud como en la moral de los prisioneros. *(History of the Second World War)*

Arriba: algunos objetos hechos o usados por los soldados aliados durante su estancia en los campos de prisioneros japoneses. A la izquierda: moneda utilizada por los prisioneros de guerra aliados en Tailandia. Junto a un billete de banco tailandés (abajo) aparecen otros, hechos por los propios prisioneros, que se utilizaban convencionalmente como dinero. A la izquierda, abajo: tarjeta postal ya redactada en parte e impresa, para ser rellenada por los prisioneros. Este era el único medio de correspondencia que podían utilizar los soldados aliados. (Imperial War Museum)



Nace el ferrocarril

La existencia de varios miles de soldados enemigos en buenas condiciones físicas, aunque desarmados, resultaba intolerable para el Mando japonés, que, rápidamente, llegó a una decisión ingeniosa. Esta decisión fue la de utilizar a los prisioneros para la construcción de una línea de ferrocarril estratégico que uniera a Bangkok, en Tailandia, con Moulmein, en Birmania. Dicho ferrocarril constituiría una gran ventaja para las divisiones japonesas en Birmania, acortando en centenares de millas sus líneas de comunicación y eliminando la larga travesía por mar desde el océano Pacífico al Índico. El ferrocarril se construyó, pero costó la vida de millares de prisioneros blancos y a un número incalculable de *coolies* malayos. Se cometieron muchas atrocidades en aquella guerra, pero nunca, a no ser en tiempos remotos, un número tan grande de prisioneros tuvo que sufrir tribulaciones semejantes a las que padecieron los que trabajaron en la construcción del ferrocarril de Kwai.

En mayo de 1942, algunos grupos de prisioneros blancos fueron organizados en batallones de unos 600 hombres y transportados a Tailandia en ferrocarril, cargando treinta hombres en pequeños vagones. El espacio era tan reducido que resultaba imposible permanecer echados o sentados todos a la vez. En las paradas, durante el largo viaje de más de 1400 km, los prisioneros fueron alimentados, dos veces al día, con arroz y verduras cocidas.

Ban Pong vino a ser el primer campo organizado para el proyecto del ferrocarril, y en 1942 y 1943 afluyeron muchos grupos de prisioneros procedentes de Singapur. Las vías empezaban allí como derivación de la línea principal para Bangkok, al este de la ciudad. Los primeros treinta kilómetros, aproximadamente, corrían a través de un territorio llano hasta la ciudad de Kanchanaburi (Kanburi), que se encuentra en la confluencia de los ríos Mar Mekhong y Kwai Noi. Se construyó después un puente sobre el Mar Mekhong y las vías siguieron una antigua carretera que ascendía por el valle del Kwai, a través de las montañas, hasta la frontera con Birmania y, de allí, hasta Thanbyuzayat.

Antes de la guerra ya se habían hecho algunos reconocimientos del lugar, efectuándose incluso un intento de construir un ferrocarril; pero el proyecto se abandonó a causa de su elevado coste y de las dificultades que presentaba el terreno. Ahora, por gracia del «espíritu nipón», de la habilidad y decisión de los técnicos japoneses y de la enorme cantidad de mano de obra barata de que se disponía, el proyecto era ya realizable.

El personal japonés destinado a esta empresa pertenecía a dos categorías: la primera formada por técnicos de un regimiento ferroviario, hábiles e inteligentísimos, cuya tarea era proyectar, dirigir y supervisar los trabajos; la segunda, por tropas de los Servicios logísticos, cuya misión era vigilar y alimentar a los prisioneros.

La construcción comenzó en uno y otro extremo de la línea del ferrocarril, cuando grupos de

prisioneros australianos y holandeses de Java fueron transportados a Birmania por mar. La organización del trabajo y los métodos de construcción eran muy sencillos. Se construyeron campamentos en el valle del Kwai y de Thanbyuzayat hasta la frontera, en el paso de las Tres Pagodas. Grupos avanzados eran transportados por medio de los *sampan* o a pie, a través de la jungla, para construir los almacenes, que casi siempre consistían en cabañas de bambú o de *attap* (hojas de palma). Los materiales los proporcionaban los indígenas.

Una vez terminado, el campamento aparecía como una serie de grandes cabañas en las que dormían cien o doscientos hombres sobre colchones de bambú, unos frente a otros. Cada hombre contaba con un espacio no superior a los sesenta centímetros y, generalmente, estaba en estrecho contacto con su vecino.

Algunos campamentos estaban rodeados por una frágil empalizada de bambú, que no constituía, ciertamente, obstáculo alguno para quien quisiera sobrepasarla; en realidad no era necesario, pues la jungla, por sí sola, ya constituía un obstáculo suficiente para quien quisiera intentar la fuga.

En los campamentos mayores había a veces uno o dos oficiales japoneses; mas lo normal era que muchos de ellos estuvieran confiados a un sargento mayor o a un joven suboficial. El prisionero de graduación más alta era nombrado jefe del campamento, con un pequeño grupo que le ayudaba, y a él se confiaba la responsabilidad de hacer obedecer las órdenes de los japoneses.

La jornada comenzaba, generalmente, con el toque de diana, seguido del desayuno a base de sopa de arroz y té. El trabajo en la vía empezaba alrededor de las ocho; pero podía empezar bastante antes si el almacén se hallaba cerca del campo. A mediodía, se disfrutaba de un intervalo de casi una hora, durante la cual se distribuía la comida a los trabajadores; después, se reanudaba el trabajo hasta las cuatro de la tarde. Entonces los prisioneros volvían al campo que, en ocasiones, distaba varios kilómetros, y tenían suerte si les quedaba tiempo para lavarse en el río antes de la cena y del toque de silencio. Si el trabajo era urgente, trabajaban algunas veces de noche, a la luz de las antorchas o de hogueras.

Los domingos eran, oficialmente, días de descanso; pero, no obstante, se veían obligados a efectuar los servicios habituales y necesarios en cualquier campamento. Un detalle curioso es que las órdenes y llamadas se anunciaban a toque de corneta, realizado por los propios prisioneros, que siguieron utilizando sus toques tradicionales, hasta que se les obligó a emplear los de los japoneses. Se pasaba revista a los hombres en filas de a cinco, para facilitar el recuento, y al cabo de pocos meses se les obligó a numerarse en japonés, lo que ocasionaba grandes confusiones.

En aquellos días de la construcción del ferrocarril, los oficiales japoneses tuvieron la ingenuidad de apelar al espíritu de colaboración para las tareas a que debían hacer frente y, de vez en cuando, repartían directrices escritas a los oficiales de más alta graduación como si, en efecto, formasen parte ya del Ejército Imperial japonés; mas esta actitud no duró mucho, pues era difícil fingir que el proyecto no tenía importancia militar y que se había emprendido solamente con objeto de aumentar la prosperidad del Extremo Oriente.

Manos vacías y medios inadecuados

Los trabajos encargados a auténticos ingenieros especializados comenzaron con el trazado de todo el recorrido y el tendido de una línea telefónica. Pequeños grupos de topógrafos japoneses, con grupos más numerosos de prisioneros como mano de obra, realizaron estas tareas con sorprendente rapidez. Una vez construidos los campamentos, los hombres empezaron a arrancar la vegetación a lo largo del trazado, abriendo una pista de unos 9 metros de anchura.

Cuando el terreno quedó en gran parte despejado, fue preciso construir trincheras; tierra y piedras había que sacarlas a mano después de removerlas con picos y palas. La tarea diaria para cada hombre era la preparación de un metro cúbico de tierra: un trabajo bastante duro incluso para un hombre en buenas condiciones de salud y en clima templado. Para cada una de estas trincheras se disponía de algunas carretillas *decauville*, que se desplazaban sobre carriles ligeros y se empujaban a mano; empresa peligrosa, porque, con frecuencia, se deslizaban a lo largo de las pendientes causando accidentes muy graves. Parte del trazado se excavó en las rocas que dominaban el río, formando una cornisa un poco más ancha que la vía. Los puntos donde faltaba la roca se superaban con estructura de madera, cuyos pilares estaban empotrados en las rocas adyacentes. Estos trozos eran los más difíciles y peligrosos de construir; y los ingenieros japoneses que dirigían las obras, a menudo neuróticos, causaban más sufrimientos a las personas que los impedimentos naturales.

Puentes, viaductos y galerías, se hacían con madera cortada en la jungla, que se unía y se encuadraba mediante ensamblajes y grapas de hierro. Con frecuencia se empleaba, en esta clase de trabajos, a los oficiales prisioneros, pues los japoneses, a despecho de los acuerdos internacionales referentes a la oficialidad, les obligaron a efectuar trabajos manuales.

Una de las empresas más ambiciosas fue un enorme puente de madera tendido a través del río Mar Mekhong, cerca de Kanchanaburi. Durante meses, su construcción absorbió, inútilmente, el trabajo de centenares de hombres; y como pronto quedó inservible tuvo que ser sustituido por otro de cemento y hierro, más tarde bombardeado por los Aliados. Este puente ha pasado a la leyenda y a la literatura con el nombre, inexacto, de «Puente sobre el río Kwai»; pero su verdadera historia es, probablemente, más interesante que el mito que creó.

Cuando quedaron ultimados el trazado y los puentes, se colocaron las traviesas sobre los cimientos, formados por pedruscos obtenidos de piedras mayores machacadas por prisioneros enfermos, pero no graves, y, finalmente, se hizo avanzar un tren que iba siguiendo la colocación de los raíles frente a él. La unión de la parte birmana del ferrocarril con la tailandesa tuvo lugar cerca de la frontera, a fines del año 1943.

Así fue cómo los japoneses lograron llevar la construcción a término. Claro que, inmediatamente, los Aliados empezaron a destruirla, desde

Soldado aliado en un campo de prisioneros japonés. Aunque los prisioneros podían incrementar su dieta con alimentos adquiridos a los indígenas, gracias a la paga que recibían regularmente de los japoneses, lo cierto es que los soldados aliados vivían en un constante estado de desnutrición. Las enfermedades se propagaron rápidamente y muchos de ellos murieron. Se calcula que los prisioneros muertos durante los trabajos de construcción del ferrocarril o en los campos japoneses, ascendieron, entre 1942 y 1943, a más de 12.000. *(History of the Second World War)*



el aire y de tal forma que fueron muy pocos los trenes que consiguieron recorrer el trazado entero. Como vía férrea resultó totalmente inútil; pero, por lo menos, abría una especie de camino o pista que unía Bangkok con Birmania, hecho que hacía accesibles a la civilización zonas que habían permanecido aisladas durante todo el curso de la Historia.

Incluso los prisioneros más susceptibles al prejuicio y a la parcialidad, debieron reconocer que los técnicos japoneses eran hombres habilísimos y decididos, verdaderos expertos de la improvisación. Las tareas que tuvieron que afrontar hubieran preocupado a los más habiles técnicos de otras razas, aun teniendo a su disposición buenos medios mecánicos.

El costo de la «abominable vía férrea», calculado en términos de sufrimientos, enfermedades, mutilaciones y muertes, es casi incalculable. Para hacerse una idea de ello basta considerar las condiciones en que fue realizada.

El clima de Tailandia es tropical y muy pocos de los prisioneros estaban debidamente acostumbrados a él. Casi ninguno disponía de mosquiteros, siendo víctimas inmediatamente de los insectos y contrayendo enfermedades tropicales. Pocos poseían cubiertos y escudillas, pero improvisaron tales objetos sirviéndose de bambúes; los vestidos que tenían se redujeron, en pocos meses, a sucios harapos, mientras el calzado quedaba destrozado. Por dos veces los japoneses distribuyeron mantas, calzoncillos de algodón y calzado de tela, pero no duraron más que unos quince días. Además, los hombres estaban desnutridos desde el principio de su prisión, hasta el punto de estar casi depauperados. Durante años, el régimen básico consistió en arroz, con pequeñísimas cantidades de verdura, de pescado seco y de carne de cerdo o de búfalo.

Afortunadamente, en la mayoría de los campamentos, las raciones podían incrementarse con alimentos adquiridos a los mercaderes indígenas que los llevaban en *sampanes*.

Estas mercancías las pagaban los propios prisioneros, pues, uno de los fenómenos más curiosos de la vida bajo el yugo nipón era la distribución de una paga a los trabajadores (excluidos los enfermos). Los oficiales recibían 30 *tical* al mes; los suboficiales, 20, y los soldados entre 10 y 25. Estas sumas se pagaban, con discreta regularidad y honradez, en papel moneda, librado por los japoneses.

«Los enfermos comen poco»

La asistencia médica prestada por los japoneses era insignificante, y si los prisioneros no fueron totalmente diezmados fue gracias, tan sólo, a la presencia de personal sanitario europeo. Los nipones demostraban repugnancia por los enfermos –tanto por los suyos como por los enemigos– y decidieron, con una lógica típicamente oriental, y puesto que «los enfermos comen poco», que las raciones podían reducirse perfectamente en proporción al número de hombres que no estaban en condiciones de realizar algún trabajo. Aunque estuvieran dispuestos a admitir que los individuos afectos de úlceras (a veces tan profundas que dejaban ver los huesos) no podían trabajar, se negaban a creer que un paciente que sufriera úlceras viscerales no estuviese en situación de andar.

Entre las enfermedades que más estragos causaban figuraban la disentería, las fiebres malarias de todo género, el beri-beri, la septicemia, la enfermedad del sueño, la úlcera tropical y la anquilostomiasis. Pero el mayor número de víctimas lo causó el cólera. La epidemia se presentó a mediados de 1943, y como no se disponía de ningún antídoto, el único tratamiento posible era suministrar a los atacados grandes cantidades de líquido. En pocas semanas perecieron millares de hombres. Ya demasiado tarde, ciertamente, los japoneses –a quienes la epidemia tampoco había respetado– se decidieron a proporcionar el suero anticólera, gracias al cual se consiguió disminuir la mortalidad. Los muertos eran quemados en hogueras, práctica realmente obligada en los trópicos.

El estado de los prisioneros se revela en las siguientes cifras: en el campo de Chungkai, al empezar el año 1944, se hallaban 9712 prisioneros, entre ellos unos 2500 gravemente enfermos y otros 5000 enfermos o convalecientes. De otro grupo de prisioneros, que en abril de 1942 fue enviado desde Singapur a un lejano campo de concentración próximo a la frontera, ya a fines de agosto había muerto el 25 % y a fines de diciembre el 40 %. En esta época sólo 700 de los 7000 hombres que habían partido de Singapur podían trabajar.

Aun cuando el personal sanitario dispusiera de escasos medicamentos, aparte de algunas pequeñas cantidades de quinina distribuidas por los japoneses, no dejaron de cumplir su misión de modo encomiable, e incluso realizaron intervenciones en las condiciones más desfavorables y, con frecuencia, al aire libre. Quizá el éxito más notable de estos servicios sanitarios improvisados fueron las transfusiones de sangre, que se efectuaban utilizando como donadores a los prisioneros que se hallaban en mejores condiciones físicas. Los aparatos para la transfusión se improvisaban utilizando estetoscopios ligados con bambú.

Muchos prisioneros estuvieron enfermos durante todo el tiempo de su prisión; otros sufrieron períodos de disentería o de fiebres, y sólo su fuerza moral, el sentido de la disciplina y *L'esprit de corps*, en general, lograron mantenerles con vida. Pocos de ellos se mostraron serviles con sus verdugos: la mayoría les consideraba como extraños hombrecillos que, por cualquier razón, tenían el poder de mandarles transitoriamente. El único período en que la moral descendió hasta casi desaparecer, fue durante la epidemia de cólera, cuando los hombres se veían obligados a trabajar hasta quedar completamente exhaustos. Pero si alguna rara vez se les concedía un poco de reposo y un alimento ligeramente mejor, el poder de recuperación de los soldados se revelaba verdaderamente notable.

Las distracciones eran estimuladas por los propios japoneses, quienes, algunas veces, les ordenaban: «*Hoy yasume* (reposo); todos los hombres alegrarse y hacer concierto». Estos entretenimientos estaban bien organizados, especialmente en los campos base. Se fabricaron instrumentos musicales, entre otros, un contrabajo formado con un cajón de embalaje.

El mayor sostén moral para los prisioneros era haber podido conservar, debidamente escondidos, varios receptores de radio, ingeniosamente improvisados por unos hombres valerosos que, al hacerlo, arriesgaban sus vidas. Los dos repartos de correo, que se hicieron en tres años de prisión, no servían para levantar la moral, puesto que las cartas llevaban por lo menos dieciocho meses de retraso y, estaban escritas bajo el temor de la censura.

Ahora bien, aunque estos primeros años de cautiverio fueron de grandes desventuras, no sería exacto decir que la vida en el Kwai fuera solamente una serie de horrores. Había incluso momentos cómicos a causa de la conducta, alocada e imprevisible, de los japoneses. Se produjeron graves incidentes que parecía que iban a llegar hasta a las penas capitales, pero que después se transformaban en farsas. La mentalidad de los japoneses era de un nivel tan bajo que, con frecuencia, era posible engañar a los centinelas; en cambio, la policía militar (el *Kempital*) no era tan ingenua, aun cuando sus decisiones eran, a menudo, estúpidas e imprevisibles. Entre el personal de guardia de los prisioneros había cierto número de auténticos sádicos; pero la mayor parte de las violencias cometidas contra los prisioneros parecían más bien obedecer a la cólera de unos neuróticos, como los impulsos iracundos de los chiquillos caprichosos. Puesto que los soldados nipones recibían, a su vez, puñetazos o malos tratos de sus superiores –lo que estaba permitido en su código militar– les parecía natural que los simples prisioneros fueran tratados de igual modo.

A veces después de un trato verdaderamente brutal, los japoneses parecían arrepentidos y dispuestos a pedir excusas («Todo error, muy desagradable»); aunque es difícil juzgar si se trataba de un auténtico arrepentimiento, ya que era difícil leer en su pensamiento.

Como la mayoría de los orientales, los japoneses son muy susceptibles, y cuando creían ofendido su amor propio se vengaban de modo desproporcionado al supuesto insulto. Es probable que prohibieran las visitas de los representantes de la Cruz Roja de los países neutrales, por temor de que estos observadores vieran las condiciones en que vivían los prisioneros, pero los motivos de su negativa a aceptar auxilio y medicinas de tal fuente son hoy todavía oscuros. El cónsul suizo en Bangkok y otros personajes de países neutrales se mostraron infatigables en sus esfuerzos para enviar socorros, mas sólo lo consiguieron una vez, en 1944, cuando llegó a los campos una pequeña cantidad que comprendía medicinas, alimentos y cigarrillos.

Después de más de tres años en el Kwai y tras haber hablado con varios ex prisioneros, he llegado a la conclusión de que las duras condiciones impuestas sólo se debieron a crueldad deliberada en ciertos casos particulares. En realidad, hay que considerar que ninguna nación en guerra se sirve de sus mejores tropas para vigilar prisioneros; por lo tanto, hay que aceptar que la mayoría de los nipones adscritos a los campos eran de un nivel mental inferior al término medio, algunos casi deficientes mentales. La barrera de la lengua y de las diferencias en los principios éticos y lógicos, eran asimismo factores importantes.

Si bien el Japón no había firmado «los acuerdos de Ginebra», referente a los prisioneros de guerra, el Gobierno imperial anunció que se atendría a ellos. No obstante, a excepción de lo referente a la paga y, extemporáneamente, al permiso para organizar espectáculos, sólo se atenían a las reglas que les resultaba cómodo seguir. El desprecio de los nipones por los prisioneros de guerra era auténtico y había que reconocer que sus soldados rara vez se dejaban capturar, a menos que, por heridas o enfermedades, fueran incapaces de utilizar sus armas.

Antes de finalizar el año 1944, la mayoría de los prisioneros regresó a los campos-base, donde las condiciones de vida eran más tolerables, pese a la incomodidad de las aglomeraciones. Se conocían ya las noticias de la tragedia y parecía que los japoneses iban volviéndose, lentamente, más sensibles a la opinión del mundo, pues hicieron algunas pequeñas concesiones.

Si bien la rendición de tantos soldados aliados en Singapur, sin una prolongada resistencia, parezca inexplicable, las condiciones de extrema fatiga y el sufrimiento de una gran mayoría arrojan una luz más clara sobre el desastre. Algunos salieron de la prueba con el carácter más templado; otros, a causa de las penalidades sufridas, no recobraron nunca la plena salud, mental o física. Cada uno de los supervivientes sabe que ha sido afortunado por no haber quedado junto a los 12.492 compañeros suyos de cautiverio (un tercio de la fuerza total capturada) en los cementerios de guerra de Birmania o en las orillas del bellísimo y triste río Kwai.

BASIL PEACOCK, COMANDANTE

Nació en 1898 y estudió en el Rutherford College de Newcastle y en la universidad de Durham. En 1916, durante la primera Guerra Mundial, se enroló en el Ejército y al año siguiente fue nombrado oficial, luchando en el frente francés. Entre las dos guerras prestó servicio en el Ejército metropolitano y en 1938 fue movilizado como oficial de artillería. Fue herido en el ataque a Singapur y hecho prisionero, trabajando luego en el ferrocarril de Birmania desde que comenzaron las obras hasta su terminación. Se retiró del servicio activo en 1963.

EL TRIUNFO DE LA RESISTENCIA

M. R. D. Foot



(Imperial War Museum)

¿En qué forma debería incluirse el movimiento de la Resistencia francesa en el cuadro de la ofensiva aliada sobre el frente occidental? Este problema ya preocupaba al mando de Eisenhower desde los meses anteriores al "D-Day"; en efecto, era evidente que las fuerzas francesas nacionales, por primera vez en la guerra, debían ser encuadradas y armadas de forma adecuada. Pero de un modo u otro el problema se resolvió y, tras el triunfo aliado en Francia, el pueblo francés pudo afirmar, con toda legitimidad y orgullo, haber llevado a cabo una labor determinante en el destino de su país.

Cuatro eran las misiones principales asignadas a los hombres de la Resistencia: recoger informaciones de carácter militar, organizar «itinerarios de fuga», llevar a cabo verdaderas acciones bélicas contra los alemanes y, por último, realizar distintos trabajos de tipo político, que iban desde fomentar los rumores a promover una sedición directa en las relaciones con el régimen de Vichy. Los tres primeros tipos de actividad (espionaje, «itinerarios de fuga» y guerrilla) estaban estrechamente vinculados a organizaciones secretas que operaban desde Londres a Argel, casi todas ellas británicas, aunque algunas eran también americanas o pertenecientes a la Francia libre. El cuarto tipo, por el contrario, estaba dirigido principalmente desde el interior de Francia; sin embargo, se basaba también, en medios (principalmente los económicos) proporcionados desde Londres o de Argel y estaba secundado por otro organismo secreto británico, el *Political Warfare executive* (Ejecutivo para la guerra política), así como por el *American Office of Strategic Services* (Oficina de Servicios estratégicos americanos).

Fueron interminables las discusiones que se suscitaron entonces y después acerca de la misión exacta y de las responsabilidades pertinentes a las fuerzas de la Resistencia, «internas» y «externas» –esto es, la de los franceses que permanecían en Francia y la de los que habían abandonado el país para unirse a De Gaulle–, así como en relación a la situación y poderes de que gozaba el delegado de De Gaulle en Francia. En junio de 1944, el delegado general era Alexandre Parodi; con él colaboraba un grupo hetereogéneo y numeroso de personas que, naturalmente, no le habían visto nunca.

En realidad, como exponente característico del movimiento de la Resistencia, solía ocurrir que un agente ignorase por completo para cuál de estos múltiples «servicios» estaba trabajando. Como es lógico, nadie conocía ningún dato preciso relacionado con el responsable que encabezaba la cadena; en vistas a una mayor seguridad, en un *réseau* (red) organizado, un agente sólo conocía el nombre y los rostros de media docena de estrechos colaboradores que operaban desde el exterior, a menos que trabajasen en un *maquis*, esto es, con un grupo de personas que vivían clandestinamente en los bosques y operaban desde todos los rincones del país.

Naturalmente, la mayor parte del trabajo de estos múltiples *réseaux*, especializados en la recopilación de informaciones, se llevó a cabo antes de la invasión de Normandía e, indudablemente, tuvo un valor determinante en los planes relacionados con la operación. Por ejemplo, un golpe afortunado había puesto en manos de los Aliados todos los detalles de los planes alemanes relativos a la muralla del Atlántico mucho antes de que se iniciase su construcción. Más tarde, los combates que se desarrollaron en Normandía demostraron la exactitud de las informaciones facilitadas por los agentes de espionaje.

A partir del mes de mayo, el Servicio de Información británico, con la cooperación de elementos de la Francia Libre, había introducido en Francia muchos grupos, adscritos a trabajos de espionaje técnico, denominados en su conjunto con el nombre convencional de *Sussex*. Cada uno de estos grupos, provisto de un aparato de radio, transmitía todo cuanto veían con sus propios ojos u oían de fuentes fidedignas acerca de las disposiciones y de los movimientos de las tropas alemanas; naturalmente, estas patrullas trabajaban con mucha más seguridad y eficacia cuanto mayor era el apoyo que les prestaban los franceses residentes en el lugar.

Para el funcionamiento de los «itinerarios de fuga» resultaba realmente eficaz, era asimismo indispensable contar con la fiel ayuda de los fran-





LA MATANZA DE ORADOUR-SUR-GLANE

Las calles de Oradour-sur-Glane aparecen todavía hoy desiertas y sus edificios completamente destruidos. El 10 de junio de 1944, la *Panzerdivision SS Das Reich*, en su marcha desde Toulouse hacia Normandía, para oponerse al avance aliado, incendió el pueblo y mató a todos sus habitantes, en represalia por las acciones de hostigamiento llevadas a cabo por los guerrilleros durante su desplazamiento. Tras haber amontonado a los hombres en los graneros y encerrado a las mujeres y niños en la iglesia, las *Waffen SS* prendieron fuego a la aldea. Sólo diez personas, con quemaduras graves, pudieron salvarse fingiéndose muertas. Los restantes 642 habitantes perecieron en el incendio; sus cuerpos carbonizados fueron abandonados entre las ruinas de las casas, como una advertencia a los franceses. Más tarde, estos últimos, no quisieron que el pueblo fuera reconstruido y así hoy, 30 años más tarde, los muros abatidos, las casas destruidas y la iglesia incendiada de Oradour-sur-Glane dan testimonio de una de las acciones más crueles llevadas a cabo por las tropas alemanas, exasperadas ante la inexorable sucesión de emboscadas y el fuego constante a que fueron sometidas por los partisanos durante su avance. *(Keystone) - (Archivo Rizzoli) - (James Catney)*



ceses residentes en la zona; también en este sector, hacia mediados del verano de 1944, dicha ayuda fue ampliamente otorgada. Las redes de fuga existentes trabajaban con rapidez y eficacia: en efecto, un personaje importante podía trasladarse de París a Londres en menos de una semana y con muy pocas interferencias por parte del enemigo.

La organización militar

La Francia Libre disponía de una compleja red de mandos integrada por 12 *délégués militaires regionaux* (DMR), que servían en conjunto a toda Francia y que se mantenían –a través del SOE– en contacto radio con las fuerzas aliadas. Por otra parte, otro de los más grandes movimientos de la Resistencia (el *Front National*, frente nacional), había constituido en el interior de Francia un numeroso Ejército clandestino muy eficaz, los *Francs-tireurs et Partisans* (FTP).

Dirigidos por los comunistas, los FTP habían dado ya muchas muestras de valor y de habilidad. Conseguían sus armas en parte a través del DMR y, en parte, también, por mediación de una red de agentes aliados que operaban en territorio francés de modo muy distinto: los 50 *réseaux* de la sección «Franceses independientes» (o F) del SOE, creados en Francia en el momento del desembarco en Normandía.

Casi todas las armas eran lanzadas en paracaídas por las fuerzas aéreas británicas y americanas. A finales de marzo de 1944, se habían lanzado sobre Francia más de 1000 toneladas de material bélico, y sólo un tercio de este material cayó en manos de la Gestapo. Desde primeros de abril a fines de junio, se lanzaron más de 2500 toneladas –entre armas portátiles, municiones y explosivos– y otras 6000 más en el trimestre siguiente. En conjunto, se recibieron armas ligeras para más de 500.000 hombres: pistolas, algunos fusiles ametralladoras *Bren*, gran número de *bazookas*, y, sobre todo, *Sten*. El *Sten* era un simple mosquetón automático que reunía tres grandes ventajas: era barato, podía esconderse rápi-



damente en una bolsa y se desmontaba con gran facilidad. En cambio, presentaba también algunas desventajas: estaba construido con material de poca calidad y tenía tendencia a explotar u obstruirse. Mas, como arma de asalto, era bastante satisfactorio.

El mando de Eisenhower insistió en la oportunidad de lanzar un único y supremo llamamiento a todas las fuerzas de la Resistencia que operaban en los distintos puntos del país, a fin de que estuvieran dispuestas a entrar en acción durante la noche en que se efectuara el desembarco principal. El llamamiento fue lanzado a través de la BBC con palabras sencillas y convencionales, establecidas de antemano, y la favorable reacción de los franceses a este llamamiento fue extraordinaria.

En general, el plan preveía que, en el transcurso de aquella noche, se efectuasen 1050 sabotajes en las líneas ferroviarias: casi 900 de ellos se llevaron a cabo con toda puntualidad, lo que ciertamente constituye un porcentaje muy elevado en comparación con los éxitos logrados en los desembarcos navales y aéreos en Normandía en las primeras nueve horas del día 6 de junio. A partir de ese momento, las comunicaciones ferroviarias fueron, para los alemanes, de muy poca utilidad. Obligado a abandonar los ferrocarriles para volcarse en las carreteras, el tráfico alemán se vio también expuesto a otros grupos de saboteadores, no menos eficientes: las patrullas especializadas en bloqueos de carreteras, formadas por guerrilleros o por redes del SOE, e incluso por simples campesinos franceses, ansiosos de contribuir personalmente a la expulsión de los alemanes del suelo patrio.

Algunas unidades de guerrilleros formaron parte de las muchas misiones militares enviadas a Francia por el SOE o de una patrulla de hombres del *Special Air Service* (SAS). Una brigada de SAS (dos regimientos británicos y dos franceses, cada uno integrado por casi 500 hombres; una compañía autónoma belga y un grupo de transmisores especialmente adiestrados) operó en gran parte del territorio francés durante casi tres

meses, obteniendo algunos brillantes resultados.

Por regla general, en las patrullas SAS actuaban una docena de hombres; pero, a veces, llegaban a más de un centenar. A menudo, estas patrullas podían adquirir una mayor movilidad, gracias a la práctica que adquirió la RAF para lanzarles, en paracaídas, *jeeps* y bidones de gasolina. Fue precisamente esta mayor movilidad lo que les permitió tender sus emboscadas, siempre con éxito rotundo, en las carreteras durante la noche: sin llamar la atención, una camioneta se colocaba a la zaga de un camión enemigo, esperaba el momento propicio para abrir fuego con dos o tres ametralladoras y, cuando los alemanes intentaban contestar, desaparecía por una pendiente o un camino lateral. Este tipo de emboscada reforzaba, en el ánimo de los comandantes alemanes, la convicción –que la Resistencia intentaba activamente fomentar– de que ya no podían ejercer ningún control efectivo sobre sus propias retaguardias y de que, por lo tanto, no cabía esperar la llegada de refuerzos, ni en hombres ni en municiones. Se trataba de un tipo de trabajo que probablemente no hubiera sido posible sin la estrecha colaboración establecida entre los hombres del SAS y las fuerzas de la Resistencia que operaban en la zona elegida.

Su presencia suponía una gran ayuda y un gran estímulo para las fuerzas francesas, pues se trataba de soldados expertos, llegados de la dura escuela del desierto. Un oficial del SOE, cuya posición le permitía emitir un juicio de esta índole, afirmó que allí donde se encontraban los hombres del SAS constituían el «nervio de la Resistencia francesa en el campo de batalla». Algunas de sus patrullas colaboraron en la consecución de uno de los triunfos más sorprendentes conseguidos por el movimiento de la Resistencia en su labor de bloqueo de carreteras: el retraso de dos semanas impuesto a la *Panzerdivision SS Das Reich* que, mientras se encontraba en las cercanías de Toulouse, recibió la orden de pasar al contraataque en Normandía, el día 7 de junio; durante la marcha de aproximación, la unidad fue sometida con tanta eficacia a diversas acciones de hostigamiento que no logró llegar al escenario de la batalla hasta el día 23. Si, como estaba previsto, hubiera podido intervenir el día 9 ó 10 de junio, indudablemente habría infligido a la cabeza de desembarco aliada un grave quebranto, comprometiendo, tal vez de modo irreparable, la invasión. En realidad, sólo comprometieron, eso sí, de «modo irreparable», la reputación de las *Waffen SS*, que, durante su dificultoso avance, perpetraron la terrible *massacre* de Oradour-sur-Glane.

Tercer objetivo: las líneas telefónicas

Además del sabotaje a las líneas férreas y el bloqueo de carreteras, existía una tercera forma de acción particularmente eficaz: el sabotaje a la extensa red telefónica que utilizaban los alemanes. La larga y cuidadosa preparación, así como la valiosa ayuda prestada por el personal de las estafetas de correos francesas (que estaba perfectamente al corriente de los dispositivos adoptados por los alemanes), desembocó en una serie de triunfos tan extraordinarios que uno de los cinco regimientos de transmisiones del Ejército alemán que operaba en Francia fue disuelto. No quedaba ya ningún trabajo que pudiera realizar.

Así como las tropas alemanas, obligadas a abandonar las líneas férreas, se habían convertido en excelentes objetivos sobre las carreteras, también los mensajes urgentes, que los oficiales ya no podían comunicar por teléfono, debían ser forzosamente transmitidos por radio, proporcionando de este modo a los servicios secretos aliados datos de vital importancia. De no haberlo hecho así, los mensajes hubieran tenido que ser enviados mediante mensajeros; y como estos mensajeros no podían aventurarse solos por las carreteras, infestadas de guerrilleros, cada uno de ellos tenía que ir escoltado por una compañía de infantería motorizada o por un escuadrón de vehículos acorazados que, forzosamente, habían de ser sustraídos a otras misiones de combate.

Estos actos de sabotaje contra los ferrocarriles, líneas telefónicas y bloqueos de carretera, llevados a cabo en los meses de junio, julio y agosto de 1944, en una incontenible racha de actividad guerrillera, tuvo empeñado a un promedio de seis divisiones (casi 90.000 hombres) alemanes, en el vano intento de garantizar el «orden nazi» en la Francia ocupada.

Con frecuencia se ha reprochado al Mando Supremo aliado su falta de interés o de confianza en las fuerzas de la Resistencia; se trataba de una crítica bien fundada a la que sólo puede oponerse un elemento válido: que en aquellos días se sabía poco o nada de lo que la Resistencia podía conseguir. Por otra parte, la población francesa tenía una fuerte tradición revolucionaria; en 1944, los más ancianos aún podían relatar lo que habían oído decir a sus abuelos, relatos de primera mano escuchados de labios de los participantes en las grandes luchas revolucionarias de 1789-93. La vergüenza de 1940 era un recuerdo todavía vivo, que casi todos anhelaban borrar.

Ello explica la existencia de multitudes entusiastas que, en la segunda semana del mes de junio, se unieron a algunos de los *maquis* más numerosos y mejor armados; y también las concentraciones peligrosamente numerosas de soldados aficionados, mal armados y prácticamente privados de todo adiestramiento, y, asimismo algunos desagradables fracasos. La reacción alemana fue inmediata. A partir del 10 de junio, guarniciones territoriales, situadas en la proximidad de importantes concentraciones de *maquis*, se lanzaron a operaciones de limpieza que continuaron sin tregua durante muchos días.

Los resultados fueron distintos en una y otra zona. En las áreas industriales del norte de Francia, un gran *réseau* de inspiración SOE, denominado «Agricultor», operó con notable éxito contra las líneas ferroviarias próximas a Lille y a Tourcoing, a veces logrando incluso arrancar centenares de metros de raíles con un fuerte gancho fijado a una locomotora. Como los miembros de esta red podían dispersarse en pocos minutos, ocultándose entre la multitud de los obreros de la ciudad, se hallaban en situación de desarrollar una actividad de sabotaje verdaderamente incontrolable.

Otras redes similares no fueron tan afortunadas. En más de una ocasión atrajo la atención de los alemanes el lanzamiento masivo de abastecimientos, efectuado en pleno día, por compactas formaciones de cuarenta u ochenta «fortalezas volantes» o de *Liberator*. Desde un punto de vista propagandístico fue una brillante idea la de celebrar el 14 de julio, fiesta nacional francesa, con lanzamientos de paracaídas de colores que formaban una línea roja, otra blanca y otra azul, hasta dibujar en el cielo una gigantesca bandera tricolor; esta propaganda tuvo, indudablemente, el efecto de infundir valor a los campesinos que lo advirtieron y de levantar el espíritu de los *maquis* locales.

100.000 alemanes obligados a rendirse

En la segunda mitad de agosto, un contingente de guerrilleros, unidos a grupos del SOE, llevaron

Ha llegado el momento de la venganza contra los colaboracionistas en las ciudades de la Francia liberada. Fue este uno de los aspectos menos edificantes –pero inevitable– de la Resistencia: las fuerzas guerrilleras estaban animadas por un ardiente odio contra los nazis; la transmisión de poderes dio lugar a momentos de verdadero caos. Casi en todas partes los nacionalistas se tomaron la justicia por su mano y llevaron a cabo ejecuciones en las que perdieron la vida de 30.000 a 40.000 sospechosos de colaboracionismo. *(Ullstein)*

El "Sten": arma básica de los guerrilleros franceses

Piezas de que se compone el "Sten", el mosquetón automático que el SOE proporcionó a las fuerzas de la Resistencia. De rápido montaje y fácil empleo, el "Sten" constituía un arma de asalto excelente, ya que sus desventajas –tenía cierta tendencia a estallar o a obstruirse– quedaban ampliamente compensadas por el hecho de que podía adquirirse en grandes cantidades, pues su costo era muy reducido. Cargador: 32 cartuchos, calibre 9 mm. **Velocidad de tiro:** 500-550 disparos por minuto. **Alcance eficaz:** casi 80 m.

cañón

Bloque principal del arma (culata, mecanismo de disparo, etc.)

culata

cargador

(History of the Second World War)

a cabo una operación en la cual, 100.000 alemanes, que intentaban retirarse de las zonas sudoccidentales de Francia, se vieron obligados a rendirse. Se trató de un evidente y rotundo triunfo del movimiento de la Resistencia, logrado por fuerzas irregulares sin apenas ayuda de las fuerzas regulares. Es justo asociar a este triunfo el nombre de uno de los más eminentes comandantes del SOE, Philippe de Vomécourt, miembro del movimiento de la Resistencia y sin cuyo valor y competencia es probable que la Sección F. no hubiera podido mantenerse.

La amorfa formación alemana estaba intentando escapar a la maniobra en tenaza llevada a cabo por los Aliados; las fuerzas desembarcadas en Normandía avanzaban hacia el Este, en tanto que las que habían desembarcado al Sur, en la costa francesa del Mediterráneo el 15 de agosto (Operación «Dragoon»), lo hacían hacia el Norte. Y fue precisamente mientras apoyaba el desembarco aliado en Francia meridional, cuando la Resistencia francesa llevó a cabo una de sus más brillantes hazañas.

Uno de los delegados gaullistas, el coronel Henri Zeller, descubrió que la amplia región comprendida entre los pasos alpinos y el valle del Ródano se encontraba prácticamente bajo control de las fuerzas de la Resistencia, deficientemente mandadas por un agente de la sección F. del SOE, Francis Cammaerts. Zeller consiguió llegar, en vuelo clandestino, al Norte de África, a primeros de agosto, y allí se entrevistó con De Gaulle y le convenció de la oportunidad de explotar la antigua «ruta napoleónica» (que enlazaba con la costa de Grénoble, pasando a través de lo que hasta entonces había sido el territorio defendido por Cammaerts) cuando se produjera el desembarco en Francia meridional. De Gaulle le envió entonces a Nápoles, donde, a su vez, consiguió convencer a Patch, comandante americano de la fuerza de desembarco, para que efectuase un «sondeo» a lo largo de la citada «ruta de Napoleón». El intento fue un éxito, pues el regimiento americano, dotado tan sólo de medios acorazados ligeros, recibió una ayuda tan eficaz de las formaciones guerrilleras que consiguió alcanzar los suburbios de Grenoble apenas una semana después del desembarco. La guarnición alemana se rindió el 22 de agosto.

¿Qué sucedía entonces en estas ciudades liberadas? Para responder a esta pregunta debemos trazar un leve esbozo del cuarto aspecto de la Resistencia: el político.

En los inevitables momentos de caos que acompañaron al cambio de poderes, se produjeron, en todas las zonas de Francia, numerosos casos de ejecuciones sumarias, en las que perdieron la vida de 30.000 a 40.000 sospechosos de colaboracionismo. Mas, por regla general, el encauzamiento de la vida civil lo realizaron los propios habitantes de cada distrito, secundados por un delegado de la Cuarta República. Los gaullistas –y empleamos aquí este término sin ninguno de sus significados partidistas posbélicos– habían tomado rigurosas medidas para que el sistema administrativo francés siguiera funcionando regularmente. El régimen de Vichy se disolvió con la misma facilidad con que se disuelve la nieve al sol y la Cuarta República subió al poder.

Los gaullistas pudieron conseguir este brillante resultado porque hacía años que sus miembros más destacados concentraban todos sus esfuerzos hacia este objetivo, trabajando desde el exterior y asegurándose en el interior el apoyo de un movimiento de Resistencia influyente, formado por los funcionarios de la administración pública, el *Noyautage de l'Administration Publique* (NAP), cuyo trabajo consistía en ir infiltrando paulatinamente entre la burocracia de Vichy, a los fieles partidarios de De Gaulle, los cuales, en el momento oportuno, surgirían de la oscuridad para tomar en sus manos las riendas de la situación. El NAP se cuidó de los ministerios, mientras en general, las ciudades se ocupaban de sí mismas. En algunas zonas donde los FTP habían sido más fuertes, políticos de tendencias comunistas intentaron asegurarse un cierto poder local; pero, por esas ironías de la suerte, los gaullistas demostraron ser mucho más hábiles que los propios comunistas en aplicar la técnica comunista (o mejor, trotzkista) para adueñarse del poder.

Tratando de encontrar una explicación al fracaso de los comunistas, hay que considerar que muchos de ellos habían pasado la mayor parte de aquellos años combatiendo y que los jefes de su partido se hallaban divididos y lejos: Thorez estaba en Moscú y Tillon, comandante de campo de los FTP, estaba casi siempre de viaje y no podía contarse con él. Por otra parte, el Partido Comunista se había visto perseguido durante tanto tiempo, que, al parecer, el germen de la oposición había echado ya hondas y estables raíces en su espíritu: a los «camaradas» no les era fácil convencerse, de que el verdadero poder, el del Estado, se hallaba al alcance de la mano.

Algunos detalles parecen demostrar que los comunistas pensaron en la posibilidad de un golpe de Estado inmediatamente después de la Liberación; pero lo cierto es que acabaron por desechar esta idea. Nadie, excepto las personas directamente interesadas, ha sabido nunca si la decisión de llevar a cabo este intento se tomó en París o en Moscú; mas, fuera como fuera, los comunistas prefirieron adoptar la actitud de quedar a la expectativa.

M. R. D. FOOT

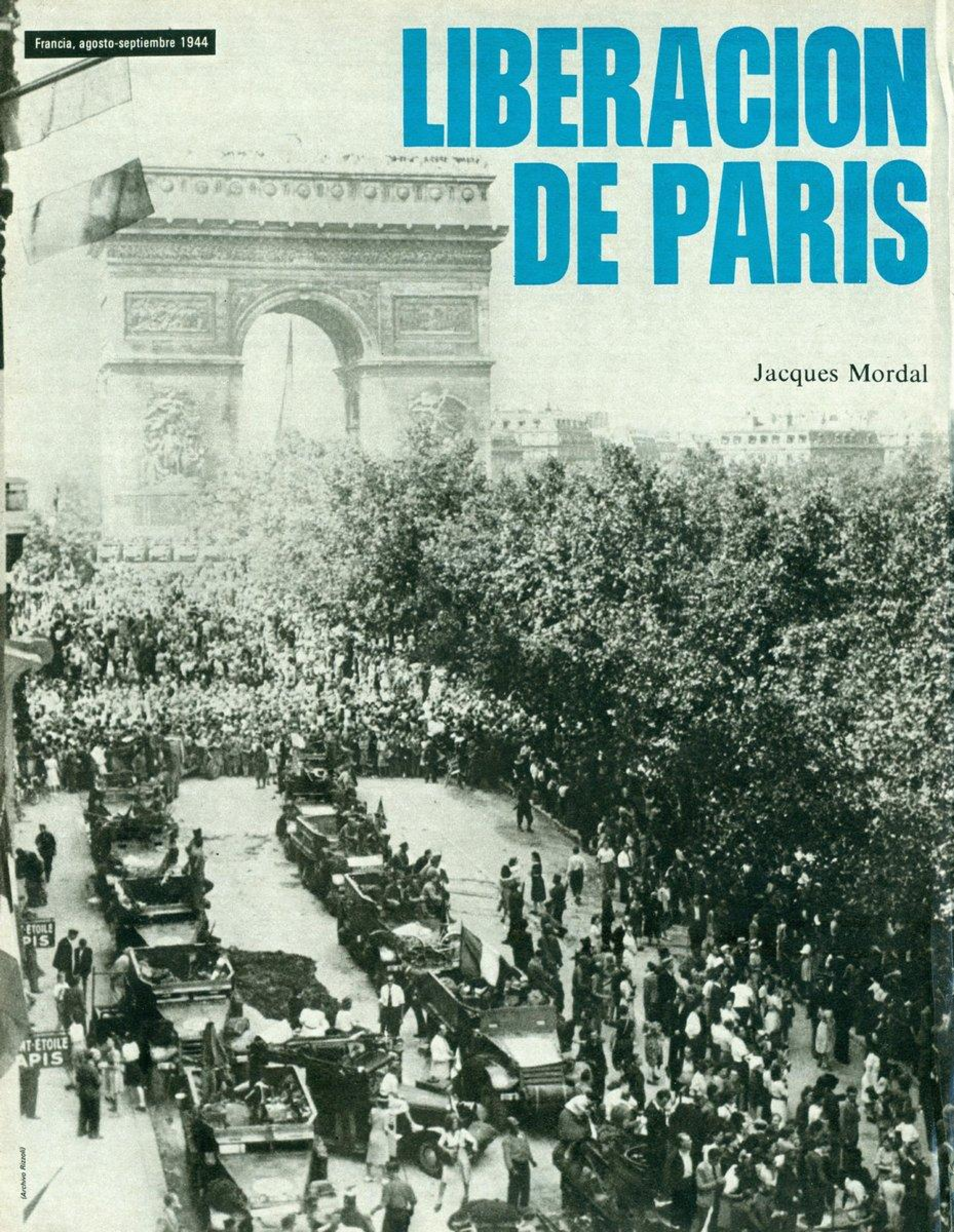


Nacido en 1919, fue, durante toda la guerra, oficial del Ejército británico. En 1942-43 prestó servicio en el Estado Mayor de lord Mountbatten y, más tarde, luchó en las filas de la Brigada SAS en Bretaña, donde fue herido y hecho prisionero. Al terminar la guerra regresó a Oxford, y allí, durante más de doce años, ejerció la cátedra de Política e Historia, abandonándola luego para dedicarse a la investigación. Su libro *El SOE en Francia* (1966) constituye el primer informe público acerca de las operaciones secretas británicas, relatado por una persona que tuvo acceso a los archivos oficiales. En la actualidad es profesor de Historia Moderna en la universidad de Manchester, y está preparando una edición del diario de Gladstone

Francia, agosto-septiembre 1944

LIBERACION DE PARIS

Jacques Mordal



(Archivo Rizzoli)

Cuando los Aliados dejaron tras ellos Normandía, dirigiéndose hacia el Este, ante los ojos de las unidades de vanguardia que avanzaban en dirección al Sena, apareció París como un espejismo. Mas ¿qué fuerzas podría permitirse destacar Eisenhower del grueso de sus unidades para confiarles la misión de liberar la capital? Y ¿qué decir, por otra parte, de las consecuencias políticas que hubiera podido originar el hecho de dejar a los propios franceses que la ocuparan? Y, por último, ¿sería posible liberar París antes de que las tropas alemanas, cumpliendo las órdenes de Hitler, la arrasaran por completo?

París parecía ser el más lejano pensamiento de los oficiales que habían preparado los planes para la Operación «Overlord». Al parecer, ningún miembro del Estado Mayor General del SHAEF consideró la posibilidad de proponer ningún plan que previese un ataque contra la capital francesa, ni siquiera después de la conclusión de la Operación «Cobra» y del feliz resultado de la batalla con que los Aliados rechazaran la contraofensiva alemana sobre Mortain. El concepto operativo era cercar París, al norte y al sur, dejando tranquilamente a su destino a las fuerzas alemanas cercadas en la zona del «Gran París». Nadie deseaba lanzarse a una dura lucha en las calles para liberar la capital francesa.

A ningún soldado le gustan los combates casa por casa. Ya en septiembre de 1939, los generales alemanes que tenían presente el recientísimo ejemplo de lo sucedido en Madrid durante la guerra civil española, rehusaron atacar Varsovia frontalmente, prefiriendo reducirla a la impotencia con bombardeos aéreos y de artillería. Y aún después tuvieron el ejemplo de Stalingrado.

No; el general Eisenhower no tenía la menor intención de ocupar París, disputando un barrio tras otro y al precio de enormes pérdidas, no sólo para las fuerzas aliadas sino también para los habitantes de la ciudad... Y eso para no hablar de los irreparables daños que tal operación hubiese ocasionado a los monumentos y a las obras de arte.

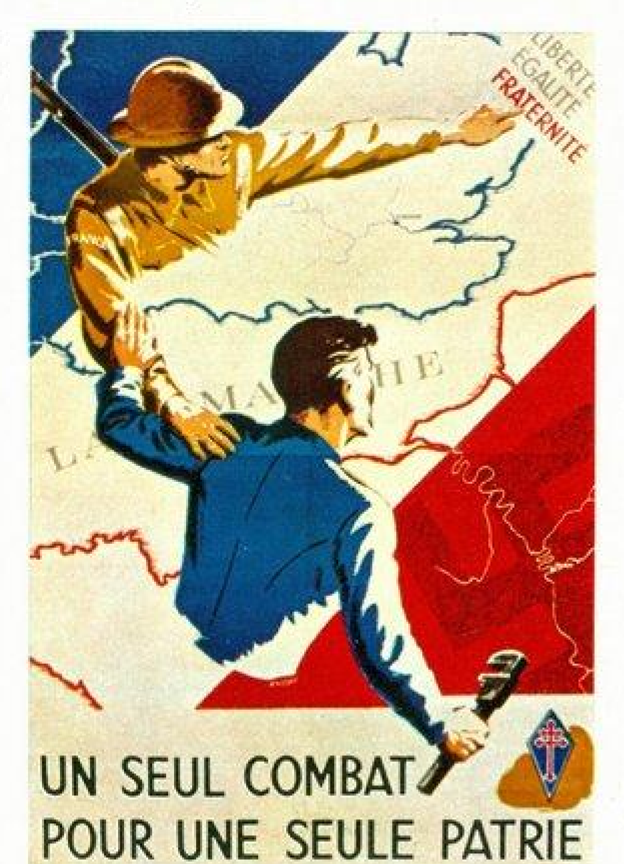
Por otra parte, aun despojando a la empresa de todo aspecto «sentimental», una vez conquistada la ciudad surgiría el terrible problema de cómo aprovisionarla. Al principio se habló de una cifra de 4000 toneladas diarias, cantidad que sólo serviría para impedir que los parisienses se murieran literalmente de hambre. Dicho de otro modo, se habría de sustraer cada día 4000 toneladas de víveres y de municiones a las tropas de Montgomery y de Bradley, puesto que, naturalmente, hubiera sido absurdo liberar París para reducir después al hambre a sus habitantes. Además, pronto París no tendría ya ninguna importancia estratégica, ya que el Sena había sido atravesado a la altura de la capital, en las cercanías de Mantes-Gassicourt, por la División de infantería 79 americana (20 de agosto), y pronto también sería cruzado entre Melun y Troyes por el Ejército 3 de Patton (26 de agosto).

Por último, no existían tan sólo problemas de carácter militar, sino también de orden político, puesto que, naturalmente, la liberación de Francia comportaría un cambio de régimen. En el *entourage* de Eisenhower no faltaban, desde luego, personas lo suficientemente conocedoras de la Historia para recordar cómo, después de Waterloo, los Borbones jamás lograron quitarse completamente de encima la acusación de haber «vuelto a Francia en las maletas de los extranjeros». El comandante supremo no deseaba, como es lógico, hallarse envuelto en una disputa entre franceses en el momento mismo en que el general De Gaulle se presentara para asumir oficialmente la sucesión de Pétain. Cuando más tarde se afrontara el problema, tanto mejor. El general Eisenhower no tenía ninguna prisa por afrontarlo, cifrando más bien su interés en diferir la solución el mayor tiempo posible.

Naturalmente, nadie en Francia podía aprobar tal razonamiento y menos aún los parisienses, que estaban dispuestos a tomar las medidas necesarias para inducir a los Aliados a cambiar sus planes.

En realidad, París estaba en plena ebullición desde principios de agosto. Incluso los agentes de policía estaban en huelga. A partir del 16 de agosto, no se vieron en las calles más policías de uniforme. El día 19 atacaron la Prefectura y, como respondiendo a una señal, todos los movimientos de Resistencia entraron en plena actividad.

El nuevo comandante alemán del área del Gran París, general de infantería Dietrich von Choltitz, mandaba el Cuerpo de Ejército LXXXIV alemán, en Normandía, cuando tuvo lugar la penetración del Ejército 1 americano del general Bradley, al oeste de Saint-Lô. Sus decisiones no agradaron a Hitler, quien le despojó de su cargo; pero no le dejó inactivo, pues necesitaba un jefe enérgico que sustituyese, en París, al general von Stülpnagel, comprometido en el atentado del 20 de julio. Choltitz asumió el nuevo cargo con la orden de transformar París en una fortaleza y con derecho de vida y muerte sobre cuantos se hallasen en el territorio que debía defender. París debía ser defendido hasta el último hombre.



«Una sola batalla por una patria única», dice textualmente este manifiesto de la Francia Libre, en el que se pone de relieve la unión entre las fuerzas combatientes francesas y los pueblos que estaban todavía bajo dominio nazi, puesto que la lucha contra los alemanes tendía a la realización de los ideales de libertad comunes a todos. (Imperial War Museum)

Aun no siendo tan considerable como muchos han sostenido, la guarnición alemana era ciertamente lo bastante fuerte para permitir a Choltitz sofocar cualquier desorden o tentativa de insurrección organizada por la Resistencia. Si los hombres de las fuerzas francesas nacionales hubieran operado por sí solos, su rebelión hubiera sido sofocada en un mar de sangre, tal como estaba sucediendo, en aquellos mismos días, en Varsovia. Sin duda París no lograría, por sí sola, liberarse de los alemanes. Pero sí podría liberarse del papel demasiado limitado al que los planes aliados la habían relegado. Y exactamente esto se conseguiría induciendo al comandante supremo a cambiar sus disposiciones y a lanzar sus fuerzas contra la capital en vez de limitarse a envolverla.

Fue así como la gente pudo decir: «París se liberó por sí sola»... Desde luego, es una frase de notoria exageración, puesto que las fuerzas regulares tuvieron en la operación una parte que no tuvo nada de secundaria. Pero también es verdad que 1500 de sus hijos pagaron con la vida el precio de su liberación; cifra notablemente más alta que la de las bajas sufridas por la División Acorazada 2 francesa y por la División de infantería 4 americana.

Debe añadirse, también, que París fue afortunada gracias a que el general von Choltitz no pensó, ni por un momento, en prolongar una batalla perdida desde el principio, ni en legar su nombre a la destrucción de la gran ciudad.

Ya en 1943 se había decidido, entre los Aliados, que en la liberación de París tomaría parte una gran formación francesa, y así, la División Acorazada 2, al mando del general Leclerc, desembarcó el 1 de agosto en la playa *Utah*, operando con el Cuerpo de Ejército XV de Hislip. La División Acorazada 2 combatió luego en la región de Sarthe y participó en el aislamiento de la bolsa de Falaise, mientras los carros de combate franceses de la Agrupación táctica Langlade, puestos a disposición de la División de infantería 90 americana, cerraban definitivamente la bolsa.

Sin embargo, a partir de mediados de agosto, Leclerc tenía la impresión de estar perdiendo el tiempo. Mientras su único pensamiento se dirigía a París, pudo constatar, con profundo disgusto, que dos divisiones americanas del Cuerpo de Ejército XV eran lanzadas hacia Dreux, mientras su unidad permanecía inactiva. Cuando se dirigió al general Patton para expresarle sus quejas por este estado de cosas, Patton le atendió con bastante cortesía, pero le respondió que no le importaba en absoluto quien fuera el primero en alcanzar el Sena; lo único verdaderamente importante era lanzar hacia el Este a todas las divisiones que reunieran las condiciones más favorables para poder hacerlo rápidamente. No obstante, el 16 de agosto, la División Acorazada 2 francesa fue sustraída al Ejército 3 americano y puesta a las órdenes del Ejército 1, también americano, donde el general Hodges la incorporó, junto con las Divisiones 80 y 90, al Cuerpo de Ejército V (Gerow). Fue entonces cuando Leclerc tuvo que poner a la Agrupación Langlade a las órdenes de la División 90 para las fases finales de la batalla de Falaise.

Junto con el Cuerpo de Ejército VII americano del general Collins, el Cuerpo de Ejército V de Gerow era uno de los que más duramente habían combatido desde el «D-Day». Tanto en la playa

Omaha como en los días del contraataque alemán contra Mortain, sus tropas habían sufrido muchísimas bajas. El general Gerow no consideraba, por lo tanto, que, respecto a las suyas, la división de Leclerc se hubiera ganado –o merecido– ningún trato especial, y el hecho de que a Leclerc se le permitiera ser el primero en entrar en París suponía, indudablemente, un favor. De todos modos, por el momento, no se esperaba poder entrar en París antes del 1 de septiembre, y eso en el mejor de los casos. Mas Leclerc dependía directamente de De Gaulle, quien estaba muy impaciente por hacerle llegar cuanto antes a la capital, con o sin la aprobación de los americanos. Todo esto disgustaba a Gerow: a sus ojos estas consideraciones políticas no tenían ninguna importancia y, por otra parte, tampoco cabía esperar que le entusiasmara demasiado la idea de que uno de sus generales de división estuviera recibiendo órdenes de otro que no fuera él. Todo esto explica por qué las relaciones entre el general americano y su subordinado francés se agriaron de repente.

A todo eso, el 19 de agosto estalló en París una insurrección. Choltiz no intentó reprimirla por la fuerza, sino que, al contrario, el día 20 firmó una tregua con los representantes del movimiento de la Resistencia. Aunque se trataba de una tregua un tanto precaria –que los más extremistas jefes franceses se negaron a reconocer y que podía quedar invalidada en cualquier momento a consecuencia del menor incidente–, supuso, en aquellos dramáticos y desconcertantes días, un verdadero e inesperado golpe de suerte para los parisienses.

El 21 de agosto, De Gaulle solicitó de Eisenhower que hiciese avanzar a Leclerc hacia París. Luego, el general Juin se entrevistó con Patton. Precisamente en aquellos momentos, Patton estaba recibiendo una delegación que acababa de llegar de París, encabezada por Rolf Nordling, hermano del cónsul suizo, para informar acerca de la caótica situación que reinaba en la capital francesa y solicitar la intervención aliada. El 22 de agosto, París había vuelto a aparecer sembrado de barricadas; no había electricidad, ni gas, ni funcionaba ningún servicio público... No era posible ni siquiera encontrar un sepulturero para enterrar a los muertos. Pero, hasta aquellos momentos no había sucedido nada irreparable, y la información llegada hasta el mando del Ejército 3 americano hizo renacer la esperanza de que «Choltitz no fuera hombre que se lanzara a sistemáticas obras de demolición en la ciudad, a menos de que no pudiese controlar la situación antes de la llegada de las tropas regulares».

Leclerc decide actuar

Por fortuna, el día anterior (21 de agosto) Leclerc había acabado por perder la paciencia y decidió actuar sin más demora. En aquellos momentos se encontraba en la zona de Argentan, a un centenar de kilómetros más atrás que las vanguardias americanas, que habían alcanzado ya Mantes-Gassicourt y Rambouillet. Y se planteó a sí mismo el razonamiento de que si Eisenhower había cambiado de idea respecto al ataque contra París, haría avanzar sobre la ciudad a las unidades que se encontrasen más próximas a la capital, sin preocuparse de las promesas que hubiera podido hacerle a él. Para reforzar su decisión Leclerc recibió, precisamente en aquellos momentos, una comunicación en la que el general Koenig, en nombre del gobierno provisional de la República francesa, le nombraba gobernador *ad interim* de París. ¿No era, por lo tanto, su deber hacer cuanto estuviese en su mano para tomar posesión de su cargo lo antes posible?

Así, pues, envió un pequeño destacamento de 150 hombres, con 10 carros de combate y 10 autometralladoras, conducidos por el teniente coronel de Guillebon, con la orden de avanzar directamente sobre la capital, mezclándose con los americanos, en el caso de que éstos pretendieran entrar los primeros. Saliendo de Fleuré, el día 21, Guillebon llegaba a Rambouillet al día siguiente, mas no sin haber sido avistado la noche anterior y se informara de ello al Cuerpo de Ejército V. Gerow se puso furioso. ¿Qué estaban haciendo aquellos elementos de la División Acorazada 2 francesa fuera de la zona de su competencia? Leclerc recibió la orden de reclamar inmediatamente a su destacamento.

Mas Leclerc no cedió. Antes de obedecer la orden decidió apelar al comandante del Ejército 1, y se dirigió al mando de Hodges a bordo de un avión *Piper Cub*. Allí se encontraba también el general Bradley, quien, tras su entrevista con Eisenhower, pudo anunciar –sin dedicar más tiempo a la querella surgida entre Leclerc y Gerow– que el comandante supremo había decidido confiar, sin más retrasos, la liberación de París a la división francesa.

Era casi medianoche cuando Leclerc aterrizaba en Fleuré, próximo a su puesto de mando, llevando la buena nueva, la cual fue confirmada poco después por una llamada telefónica en la que Gerow ordenaba a la División Acorazada 2 francesa que se pusiera inmediatamente en camino. Por desgracia, la división no estaba preparada y no pudo partir hasta el día siguiente (23 de agosto) a las 6,30 horas.

Los planes elaborados por Bradley y Hodges en el mando de Ejército 1, según las nuevas directivas de Eisenhower, establecían que las fuerzas aliadas debían intervenir en París en el preciso momento en que finalizara la tregua provisional acordada entre Choltitz y los jefes de la Resistencia, esto es, a mediodía del 23. En realidad, esta tregua, muy relativa, ya había finalizado prácticamente el 21.

Por otra parte, la División Acorazada 2 francesa no debería entrar sola en París. Un contingente británico la acompañaría, mientras los americanos se limitarían a enviar un Grupo de exploración de caballería; todas las unidades harían ondear sus respectivas banderas nacionales. Por último, se asignó a la División de infantería 4 americana (general Barton) la misión de conquistar los puentes sobre el Sena situados a la altura de la capital y constituir una reserva para la división de Leclerc. Todas las fuerzas estaban al mando de Gerow.

El Estado Mayor del Cuerpo de Ejército V dividió sus fuerzas sobre dos direcciones de avance:

- al Norte –a lo largo de la dirección Sées, Mortagne-au-Perche, Châteauneuf-en-Thymerais, Rambouillet, Versailles– el grueso de la División Acorazada 2 francesa, un Grupo de ingenieros americanos y la artillería del Cuerpo de Ejército V;
- al Sur –a lo largo de la dirección Alençon, Nogent-le-Rotrou, Chartres, Limours, Palaiseau– un Grupo perteneciente a la división de Leclerc, el Estado Mayor del mando del Cuerpo de Ejército y la División 4 americana, reforzada por dos batallones de cañones autopropulsados contracarro y dos batallones de carros de combate pesados.

A los franceses, que marchaban en cabeza de las dos columnas, se les había ordenado no cruzar la línea Versailles-Palaiseau antes del mediodía del 23, cosa que, de todos modos, difícilmente hubieran podido hacer a causa del retraso con que habían salido. Algo más allá, el camino no estaba totalmente despejado, pues los alemanes continuaban resistiendo todavía sobre la línea Trappes-Guyancourt-Châteaufort.

El general Choltitz puso al mando de estas fuerzas al teniente coronel Hubertus von Aulock. Este disponía de 20.000 hombres de las más diversas procedencias: elementos de artillería antiaérea y de las Divisiones de infantería 325 y 352, así como otras unidades auxiliares de la *Wehrmacht* retiradas de Normandía. En cuanto fuerzas combatientes, su capacidad era bastante discutible. En el interior mismo de la ciudad, Choltitz tenía 5000 hombres, con casi 50 piezas de artillería, una compañía de carros de combate de la División *Panzerlehr* y un número de ametralladoras suficiente para sofocar cualquier insurrección. En el aeropuerto de Le Bourget, la *Luftwaffe* disponía de unos 60 aviones.

Sabemos con qué ánimo Hitler comunicó sus órdenes a Choltitz al confiarle la defensa de París. El 20 de agosto, no había cambiado de idea, si bien es verdad que dijo al *Feldmariscal* Model que considerase París como el bastión de la línea Sena-Yonne. Cierto es que, si quería resistir sobre aquellos ríos, le sería necesario combatir en París o bien, como aconsejó Model, organizar una sólida línea defensiva al este y al norte de la capital. Mas, la OKW no quiso ni siquiera oír hablar de esta última solución. Bajo las perentorias órdenes de Hitler, el general Jodl confirmó a Choltitz que debía resistir en el interior de la capital francesa cualesquiera pudieran ser las consecuencias.

Y ahora cabe preguntarse si el *Führer* hizo verdaderamente la famosa pregunta de *Brennt Paris?* (¿Arde París?) No todos están convencidos de ello; pero utilizara o no esta frase, lo cierto es que sus instrucciones, con fecha del 23 de agosto, terminaban con la siguiente frase: «París no debe caer en manos del enemigo si no es reducida a un montón de ruinas.»

Sin embargo, la última palabra correspondía al comandante alemán. Soldado leal, Choltitz, sin duda, hubiera obedecido escrupulosamente unas órdenes razonables. Incluso la tregua que había aceptado era más bien ventajosa para las unidades alemanas que debían hallar un camino de retirada a través de París. Pero las instrucciones recibidas eran, a un tiempo, excesivas y no factibles. Prefiriendo no hablar de ello a Model, quien, en su opinión, no habría podido hacer otra cosa que confirmarlas, decidió preguntar su parecer al ex jefe de Estado Mayor Rommel, Speidel, quien todavía no había dejado su puesto en el Grupo de Ejércitos B.

Se han dado diferentes versiones sobre esta conversación telefónica durante la cual, los dos generales, convencidos de que los hombres de la Gestapo les vigilaban, escogieron formas ingeniosas para intercambiar puntos de vista que en nada respondían a las órdenes recibidas. Choltitz hizo una descripción muy pintoresca de sus preparativos para la destrucción de la ciudad; mas, naturalmente, el otro no creyó ni una sola palabra. Por su parte, Speidel logró hacer comprender con toda claridad a Choltitz que el mando del Grupo de Ejércitos B no esperaba de él ninguna decisión drástica.

Pero a todo eso, ya se hacía necesario que los Aliados intervinieran, pues la situación hubiera podido llegar a ser demasiado tensa. Desde un punto de vista militar, el avance sobre París no fue desde luego una simple excursión: las minas y las baterías alemanas retardaron seriamente la marcha de la división Leclerc, quien pensó poder ganar tiempo haciendo pasar el grueso de sus fuerzas a través de Arpajon y de la carretera nacional número 20 (París-Orleans), así como recorrer la carretera indicada en las órdenes impartidas por el Cuerpo de Ejército V. Pero en esta dirección encontró una resistencia sumamente enérgica, sobre todo en Longjumeaux, donde la Agrupación Billotte sostuvo un combate bastante duro. Los cañones alemanes de 88 mm, apostados en Massy y en Wissous, tenían bajo su fuego aquella importante carretera, que no quedó completamente rastrillada hasta el mediodía del 24; hubo luego que reducir al silencio otra batería apostada en la encrucijada de la Croix-de-Berny y, final-

Carro de combate francés estacionado ante la Cámara de los Diputados, incendiada durante los combates por la liberación de París. La insurrección, que estalló el 19 de agosto de 1944, obligó a Eisenhower –que hasta entonces estaba decidido a envolver la capital por el Norte y por el Sur, dejando a su destino a las fuerzas alemanas cercadas en la zona del «Gran París»– a enviar la División Acorazada 2 de Leclerc y la División de infantería 4 americana en apoyo de las fuerzas de la Resistencia. *(Archivo Rizzoli)*



01
METZ

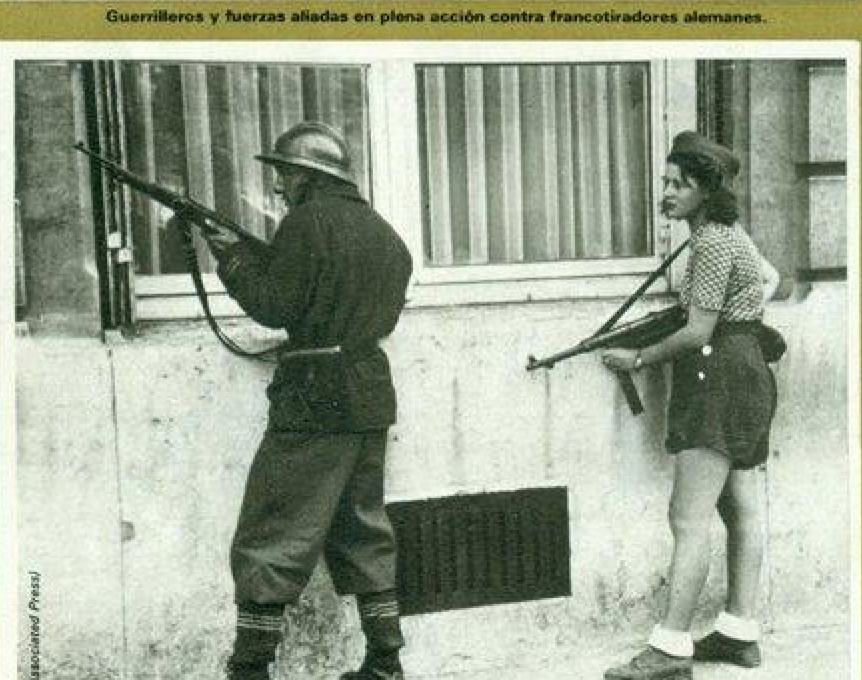
EL ÚLTIMO ACTO DE LA BATALLA POR PARÍS



Guerrilleros y fuerzas aliadas en plena acción contra francotiradores alemanes.



Los habitantes de París se resguardan del fuego enemigo en las calles de la ciudad.



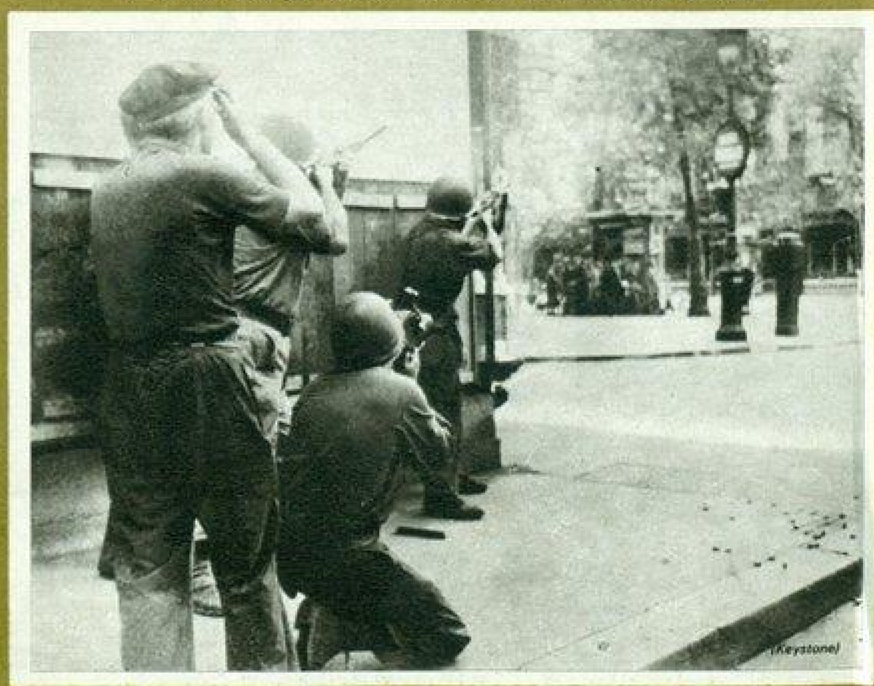
Elementos de la Resistencia por las calles de París.



Un hombre herido yace en tierra mientras otro ciudadano intenta socorrerle.



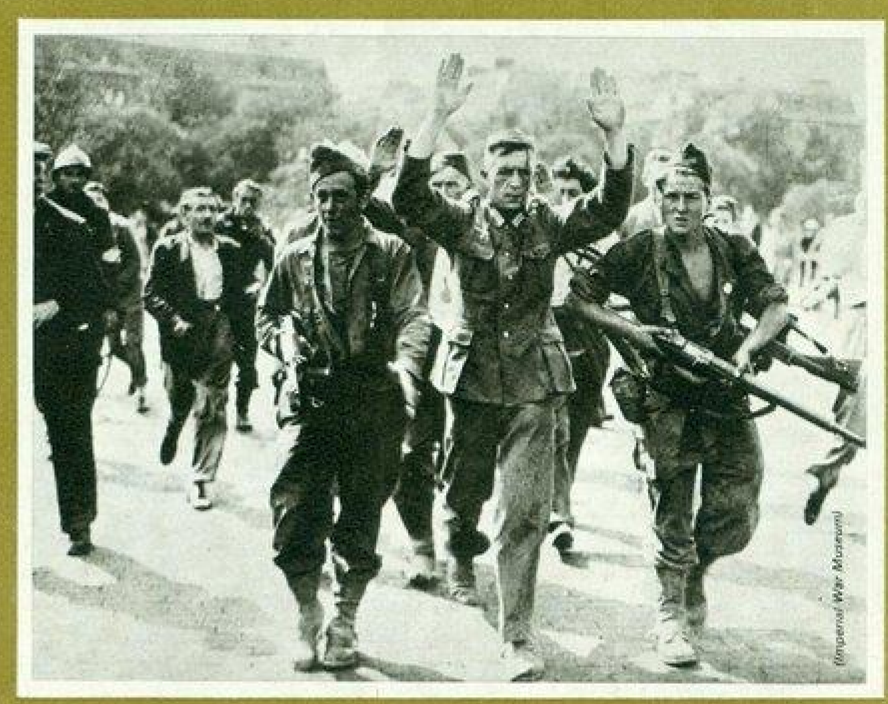
Dos paisanos cubren a un soldado americano en su misión de localizar elementos alemanes.



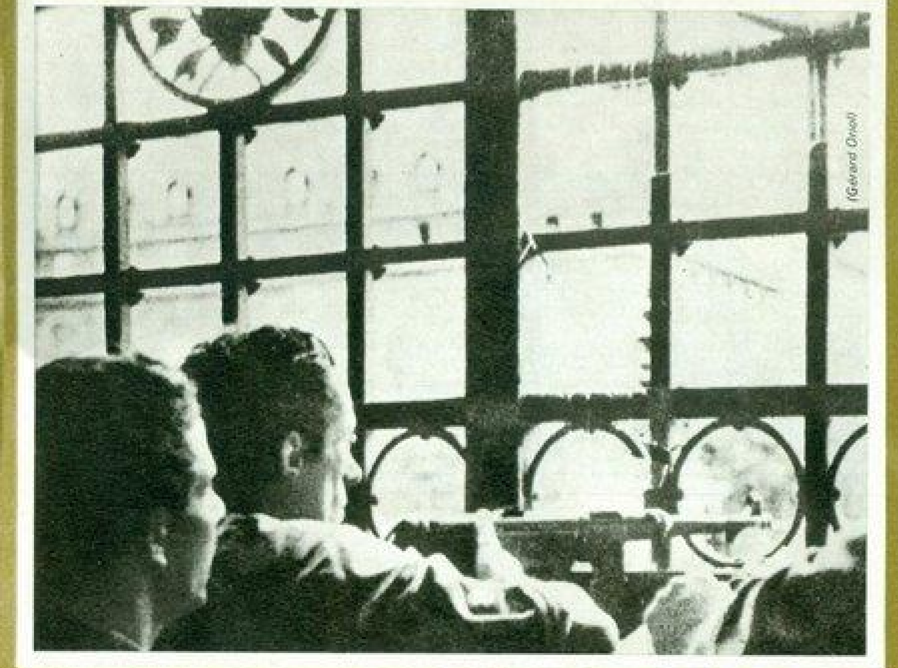
Apenas llegados a la capital, los soldados americanos apoyan la acción de los insurrectos.



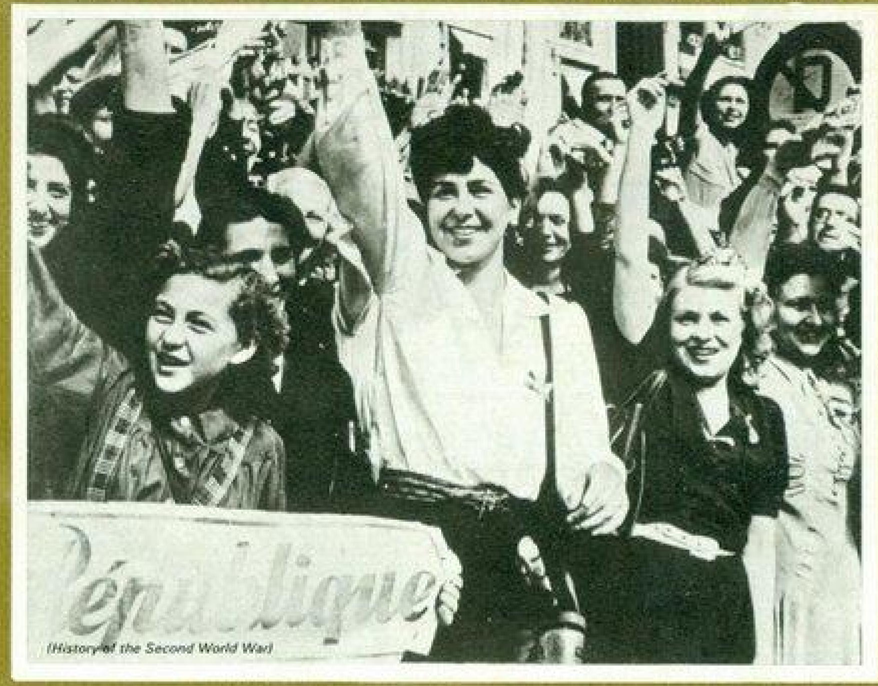
Soldados alemanes muertos en las calles de la capital francesa durante la última fase de esta batalla.



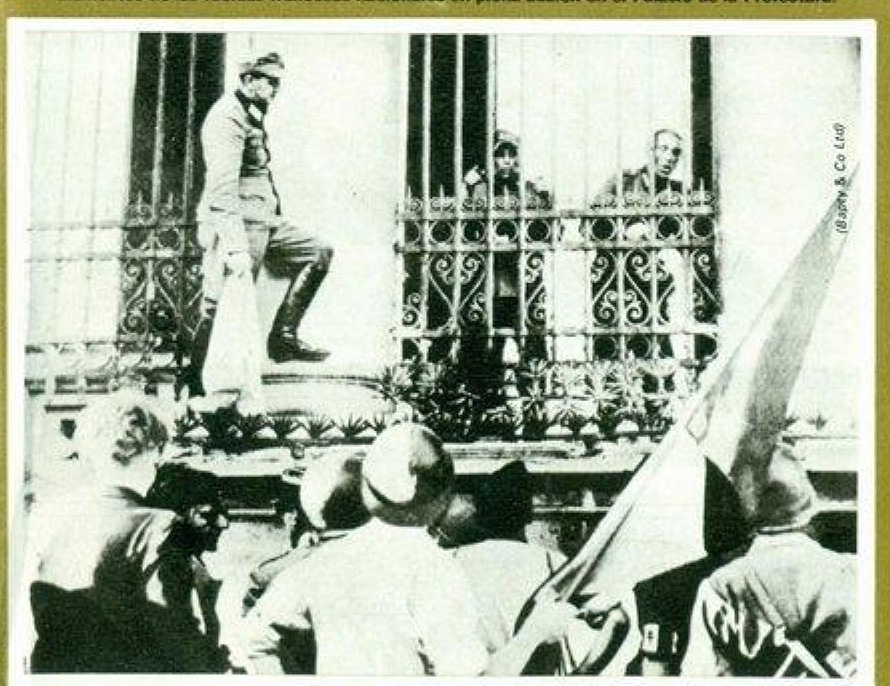
Grupo de guerrilleros escoltan a unos soldados alemanes a fin de protegerles de la multitud.



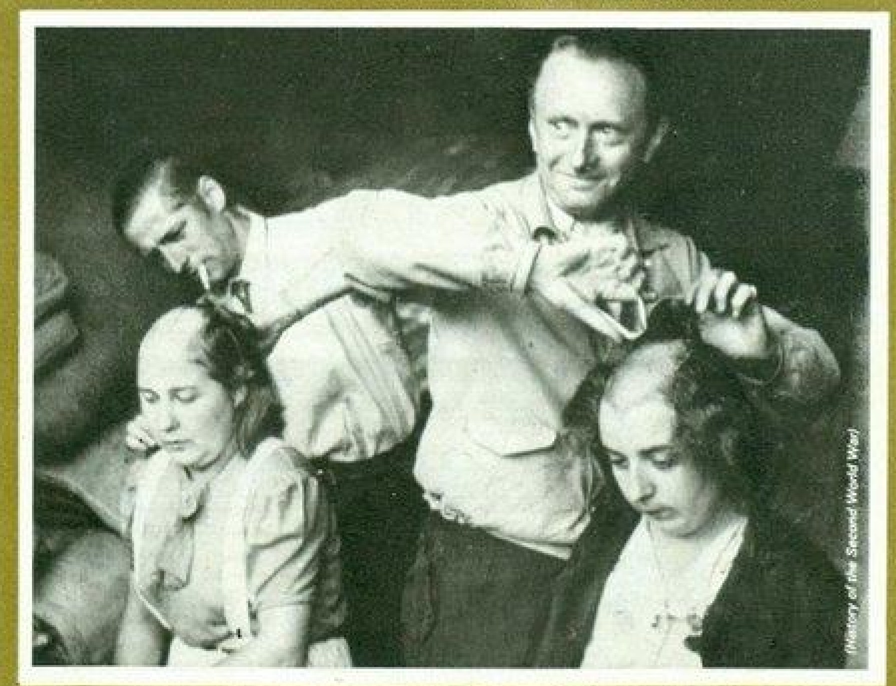
Elementos de las fuerzas francesas nacionales en plena acción en el Palacio de la Prefectura.



Desbordante de entusiasmo la población saluda a las tropas aliadas que atraviesan París.



Los últimos núcleos de resistencia alemanes se rinden a las fuerzas atacantes.



Venganza contra las mujeres colaboracionistas.

mente, someter la guarnición de la cárcel de Fresnes, que, sólo hacia el anochecer, aceptó rendirse.

A causa de estos retrasos, Gerow había ordenado al general Barton que hiciese avanzar su División 4, sin preocuparse de si eran los franceses o los americanos los primeros que entraran en la ciudad. Se informó entonces a Leclerc de que Barton se pondría en marcha a las 2 de la madrugada del día 29, saliendo de Villeneuve-le-Roi, y que durante esta fase final del avance las dos divisiones deberían prestarse una a otra el máximo apoyo posible.

Leclerc preguntó solamente si podía continuar avanzando sin preocuparse por las pérdidas, que aumentaban a un ritmo peligroso: 71 muertos, 225 heridos, 35 carros de combate, 6 cañones autopropulsados y 111 vehículos de tipos diversos destruidos o fuera de combate. Como dijo M. Blumenson, se trataba de «un porcentaje de pérdidas bastante elevado para una división acorazada.»

Incitado por De Gaulle y obstaculizado por las demandas de ayuda de los miembros de la Resistencia, Leclerc tuvo gran dificultad para enviar a París un mensaje de aliento: sólo a las 18,30 horas, después de una primera tentativa infructuosa, un *Piper Cub* logró lanzar sobre la Prefectura de Policía el siguiente mensaje: «Resistid, estamos llegando».

Y al fin, cuatro horas después, un pequeño destacamento, al mando del capitán Dronne, que entró en París a través de la Port-de-Gentilly, llegó a la Prefectura de Policía para demostrar que el mensaje de esperanza no había sido una vana promesa. Todas las campanas de la ciudad, al mismo tiempo, empezaron a voltear saludando la llegada de estos primeros soldados franceses, los primeros en recorrer las calles de la capital después de cuatro años, dos meses y diez días. Eran las 22,30 horas del día 24 de agosto de 1944.

Mas la situación no estaba resuelta aún. El general von Choltitz quería salvar la capital francesa; sin embargo, no se resignaba a la idea de capitular sin combatir; por ello la liberación de París, completada el 25 de agosto, no terminó sin algunos serios combates. Desde luego, era evidente que ahora la resistencia alemana no podía ser más que esporádica. Al amanecer, la Agrupación Billotte penetró en la ciudad a través de la Port-de-Gentilly, dirigiéndose hacia la *Cité*, dispuesta a intervenir en la zona de las Tullerías y de la plaza de la Concordia y a atacar el Hotel Maurice, que albergaba el puesto de mando del general Choltitz. A su vez, después de entrar a través de la Porte d'Orleans, el general Dio recorrió el boulevard des Marechaux para avanzar hacia el Campo de Marte, los Inválidos, el Palais Bourbon y el Quai d'Orsay. Desde el puente de Sèvres, Langlade alcanzó la Place de L'Etoile, recorriendo la avenida Mozart, y Massu conquistó el hotel Majestic, mientras en el Arco de Triunfo un carro de combate francés mantenía bajo fuego de enfilada los Campos Elíseos.

Las manifestaciones de alegría y de bienvenida eran delirantes; pero a los gritos de entusiasmo se mezclaba también el áspero crepitar de las ametralladoras y el fragor más amortiguado de las granadas disparadas por los carros de combate. Aquí y allá, los disparos de algunos francotiradores aislados, apostados en los tejados, transformaban los gritos de alegría en gritos de agonía... No debemos olvidar que aquellos días costaron a la población parisiense y a las fuerzas francesas nacionales 1483 muertos y 4911 heridos.

En el curso de la madrugada del día 25, el coronel Billotte envió un ultimátum a Choltitz; pero este ultimátum fue todavía rechazado. Así las cosas, lo único que podía hacerse era atacar el mando alemán. La acción se inició a las 13,15 horas, y después de oponer una resistencia bastante tenaz, los defensores empezaron a ceder terreno; a las 15, el general von Choltitz cayó prisionero, siendo conducido a la Prefectura de Policía, donde debía tratarse la rendición.

Pero ni siquiera la capitulación del general von Choltitz resolvió el problema. Algunos núcleos de resistencia aislados en la capital fueron informados de la rendición con cierto retraso, y otros se rindieron muy a pesar suyo. El más importante centro de resistencia se hallaba en el Sena, donde 700 hombres, con algunos carros de combate, ocupaban el palacio y el parque de Luxemburgo. Por otra parte, en el Bois de Boulogne quedaban 2600 soldados alemanes armados y dotados de artillería, a los que no se había incluido en la orden de cesar el fuego; estos soldados no se rindieron hasta el día siguiente, 26 de agosto. En los cuatro ángulos de la capital, varios incidentes –algunos pintorescos, otros trágicos– caracterizaron las últimas fases de la liberación de la ciudad. La Torre Eiffel fue la meta de una verdadera carrera entre las diversas unidades que aspiraban a ser las primeras en alcanzar la cúspide e izar en

París, 25 de agosto de 1944: miembros de la Resistencia atraviesan las calles de la capital recién liberada. La acción ofensiva para la conquista de la capital costó a la población parisina y a las FFI 1483 muertos y 3467 heridos, y a los alemanes 2788 bajas. (Archivo Rizzoli)







Arriba: el general von Choltitz. A pesar de las órdenes de Hitler, recibidas el 23 de agosto, el general alemán se negó a arrasar la capital francesa, y su resistencia a las fuerzas atacantes fue casi simbólica. A la derecha: el general De Gaulle atraviesa a pie las calles de París. Tras la caída del Gobierno Pétain, De Gaulle, que había llegado a París el 25 de agosto, se autonombró ministro de la Guerra, asumiendo así plenos poderes. *(Paul Popper)-(Gérard Oriol)*

ella la bandera tricolor. Mas, en otros lugares, todavía hoy, algunas pequeñas lápidas de mármol indican, en los muros de la ciudad, los lugares en que cayeron muchos de sus hijos.

Un golpe de suerte para De Gaulle

La liberación de París representó tan sólo un episodio en la persecución de los alemanes en retirada y una fase particularmente feliz para los parisienses, ya que tuvo efecto antes de lo previsto. Por otra parte, constituyó una notable ventaja para De Gaulle, quien pudo entrar en la capital como verdadero liberador y, en un clima de general entusiasmo, tomar en sus manos las riendas del poder y acabar fácilmente con las numerosas intrigas de aquel período de transición: un período de revolución en el verdadero sentido de la palabra.

El cambio de régimen fue facilitado por la desaparición del Gobierno de Pétain pocos días antes de la liberación de la capital; desaparición acelerada por la retirada del Ejército 1 alemán.

Ya antes del desembarco en Normandía, Renthe-Fink, ministro plenipotenciario alemán en Vichy, había pedido muchas veces al mariscal que se trasladase al castillo de Voisins, cerca de Rambouillet. Mas Pétain siempre se negó a hacerlo, aceptando tan sólo efectuar una breve visita a París y a Nancy. De regreso a Vichy, el 28 de mayo, se apresuró a informar al Cuerpo diplomático de las presiones a que estaba sometido y de su intención de no ceder a ellas.

Por otra parte, deseaba poner fin a su mandato, e incluso había considerado algunas medidas encaminadas a este fin: entre ellas la de volver a París, cuando los Aliados se acercaran a la capital, para denunciar el armisticio del 25 de junio de 1940, decretar la movilización general, convocar la Asamblea Nacional y renunciar a sus poderes. Previendo la posibilidad de ser arrestado, constituyó una especie de Consejo de Regencia, compuesto de nueve miembros. Se confió al almirante Auphan el encargo de representar a Pétain cerca de las autoridades militares aliadas o de los primeros representantes del Comité Francés de Liberación Nacional, así como de examinar con el general De Gaulle la cuestión de una transmisión regular de la autoridad gubernativa.

Sin embargo, ninguna de estas ideas pudo ponerse en práctica, ya fuera porque los alemanes estaban decididos a impedir que así ocurriera, o porque eran contrarios a ellas, en principio, tanto los ambientes de la Resistencia como el propio De Gaulle. El 19 de agosto, en Vichy, el general von Neubronn, en representación del comandante en jefe alemán por el sector occidental (y visiblemente contrariado por la misión que se le imponía) se presentó ante el mariscal Pétain. En presencia de Renthe-Fink, del ministro suizo Stucki y de algunos miembros o altos funcionarios del Gobierno, anunció haber recibido orden de conducirle –por la fuerza, si era necesario– a Belfort, donde, según afirmaba, se encontraba ya Laval, jefe del Gobierno. Al mismo tiempo, Laval fue invitado a dirigirse allí con el pretexto de que el mariscal ya se había trasladado.

Esta flagrante mentira, de la que Neubronn no era responsable, despertó la indignación general. Pero el mariscal Pétain, no queriendo que en Vichy hubiera derramamiento de sangre, declaró querer oponer solamente una resistencia pasiva. En las primeras horas de la mañana siguiente, unidades de las SS penetraron en el Hotel Du Parc, derribando todas las puertas, incluso la de la propia alcoba del anciano mariscal, a quien llevaron a Belfort y después a Sigmaringen.

Gracias a la intervención de Stucki, la liberación de la capital provisional del Estado francés se desarrolló sin demasiados incidentes, sobre todo, después de partir las fuerzas alemanas y de expulsar a algunos centenares de milicianos franceses que habían cometido peores crueldades que los miembros de la Gestapo. Fue el ministro suizo, en persona, quien, el día 26, presidió una reunión en la cual se discutió el traspaso del poder de los representantes del Gobierno recién disuelto a los del nuevo régimen.

En lo que se refiere a De Gaulle, la decisión de los alemanes de eliminar al mariscal y a su Gobierno, le abrió el camino de una manera ideal; no obstante, mientras todas las complicaciones de este tipo se eliminaban, los elementos más subversivos del movimiento de Resistencia creaban graves preocupaciones, no queriendo renunciar a la posibilidad de sacar provecho de las circunstancias y crear un «Gobierno del pueblo». De Gaulle llegó a París la tarde del día 25; encontró a Leclerc en el andén de la estación de Montparnasse y, antes de dirigirse al Municipio para establecer contacto con los jefes de la Resistencia, se autonombró ministro de la Guerra. El día 26 reclamó la presencia de la División Acorazada 2 francesa, por motivos tanto de prestigio como de seguridad.

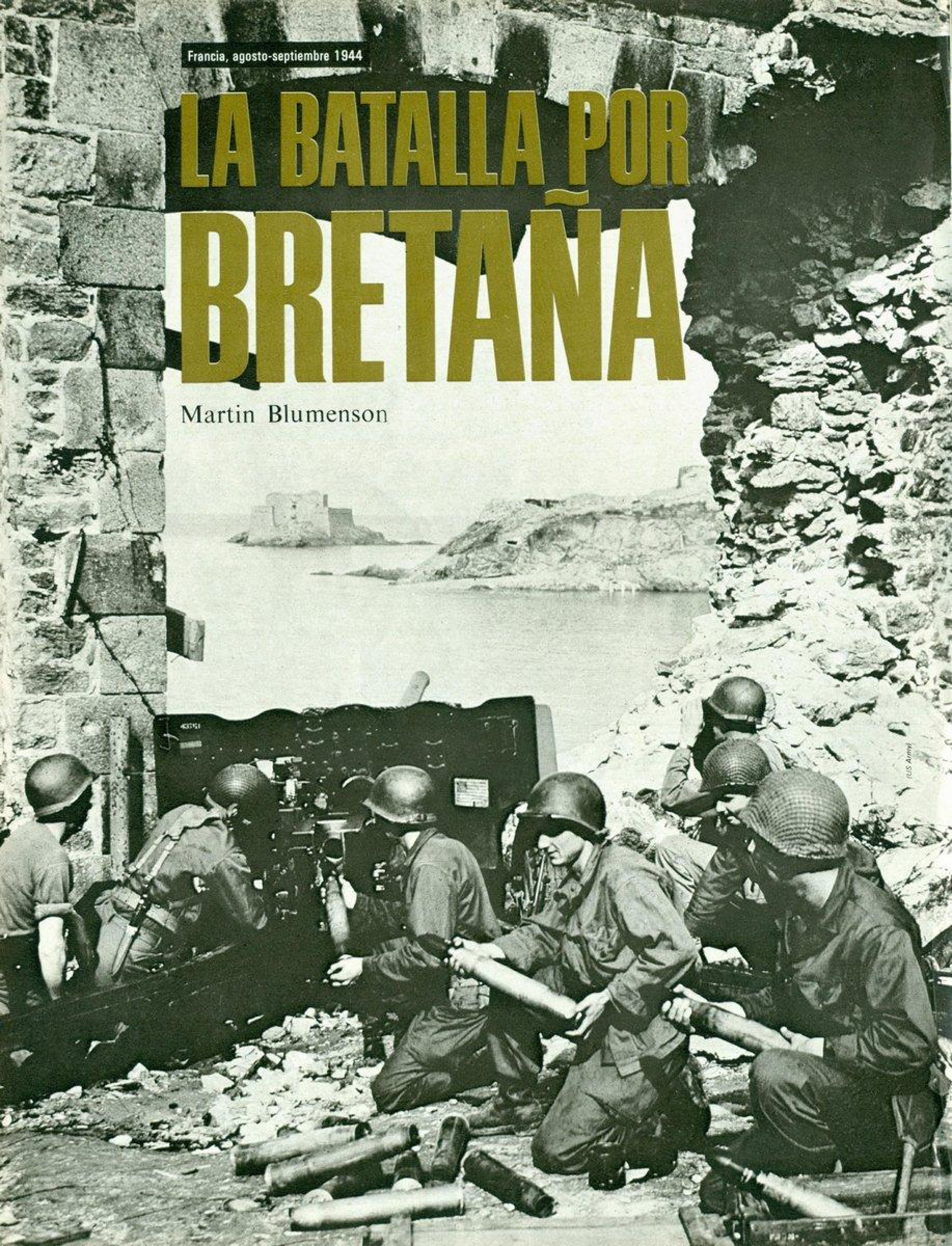
Pero el general Gerow, que debía perseguir a los alemanes al nordeste de París, no quería perder una división que todavía estaba bajo su mando. Por ello Leclerc recibió la orden formal de continuar su misión sin aceptar órdenes de nadie más. Naturalmente, Leclerc obedeció a De Gaulle y no a Gerow; por lo demás, le hubiera sido casi imposible hacer otra cosa. Mas, esta vez, el Estado Mayor del general Bradley decidió, prudentemente, poner fin a esta unión tan mal avenida. Retenida en París por petición de De Gaulle, por cuanto su presencia era indispensable para el mantenimiento del orden y para la eliminación de los últimos focos de resistencia alemana en los suburbios, la División Acorazada 2 francesa no reanudó las operaciones activas hasta el 7 de septiembre, cuando pasó a las órdenes del Ejército 3.

Conociendo el carácter del general De Gaulle, no puede sorprender que durante aquellos días demostrase abiertamente su firme intención de tomar las riendas del Gobierno de París, sin preocuparse de aquellos a quienes, en realidad, debía su actual situación. Los incidentes que hemos descrito –y algunos otros que no es preciso mencionar– fueron provocados, exactamente, por esta actitud suya. Los americanos se mostraron muy comprensivos. «No podemos reprochar a los franceses –escribía Eisenhower– haberse mostrado un poco nerviosos».

Sin embargo, en la capital el orden no se vio alterado –por lo menos en las calles– aun cuando probablemente en el ánimo de mucha gente no se había restablecido del todo. El sistema gubernativo progresaba en la reanudación de su plena actividad y los hombres de las fuerzas francesas nacionales pronto fueron invitados a elegir entre ser incorporados a una unidad regular o volver a sus propias ocupaciones civiles. Hubo algún «rechinar de dientes», pero no se registraron incidentes graves. Así, el 7 de septiembre, la División Acorazada 2 francesa pudo dejar la capital para ocupar el lugar que le correspondía al lado de la División de infantería 79 americana, en el ala derecha del Cuerpo de Ejército XV americano.

Cuatro días después de su regreso al campo de batalla, tomó contacto, en Borgoña, con el Ejército del general de Latre, desembarcado en Provenza; de este modo, las Operaciones «Overlord» y «Dragoon» fueron completando el cerco de todas las fuerzas alemanas que permanecían en las regiones occidentales de Francia. De haberse logrado este resultado sólo unos pocos días antes, todo el Ejército 1 alemán hubiera quedado aislado, lo que habría facilitado el avance de las divisiones aliadas hacia el Rhin.

Pero este fue el precio de la casi milagrosa liberación de París.



Francia, agosto-septiembre 1944

LA BATALLA POR BRETAÑA

Martin Blumenson

(US Army)

La Operación "Cobra" había sido un éxito: en Normandía, los ejércitos aliados rompieron el frente alemán y, tras dejar un número limitado de fuerzas en defensa de Bretaña, avanzaban ahora hacia el Este, en dirección al Sena. Pero los ejércitos americanos, desplegados sobre el flanco occidental del frente de avance, no podían ignorar las fuertes y bien equipadas guarniciones alemanas que ocupaban los puertos y ciudades de Bretaña. Para resolver los problemas que creaba el abastecimiento, para poder mantener el ritmo de avance y no dar tiempo al enemigo para concentrar sus propias fuerzas en los confines del Reich, los Aliados necesitaban urgentemente disponer de otros puertos. Esta fue la razón de que se lanzasen a la batalla por Bretaña, cuya importancia quedó velada por otro acontecimiento que se produjo aquellos mismos días: el paso del Sena y la liberación de París. Una confianza inicial excesiva y la insuficiencia de fuerzas disponibles, depararon a los americanos sorpresas desagradables: en efecto, Lorient y Saint-Nazaire resistieron hasta el fin de la guerra.

Fueron varias las causas que llevaron a los Aliados a centrar su atención en Bretaña. En primer lugar querían liberar cuanto antes aquella importantísima región francesa, y eliminar, al mismo tiempo, las bases navales de Lorient, Saint-Nazaire y Brest. Asimismo, deseaban asegurarse estos puertos, como también los de Saint-Malo y Nantes, con el fin de aumentar la capacidad de absorción de los que ya estaban en su poder.

Mucho antes de que se iniciara la invasión, los americanos, convencidos de que los alemanes que guarnecían aquellos puertos no se rendirían sin antes lanzarse a una tremenda obra de demolición, decidieron disponer un complejo portuario totalmente nuevo en la costa meridional de Bretaña. Un puerto situado en Quiberon, entre Lorient y Saint-Nazaire, exactamente en el lugar donde la península de Quiberon protege de los vientos atlánticos una amplia bahía; este puerto estaría mucho más próximo a las regiones internas de Francia que los de Cherburgo y Brest. Quiberon se consideraba, asimismo, indispensable por una razón obvia: las operaciones de desembarco que se estaban efectuando en las playas de Normandía, sólo podrían prolongarse hasta fines de verano, ya que, con la llegada del invierno, las condiciones atmosféricas, como era lógico, empeorarían notablemente.

Pese a los ambiciosos planes ultimados y llevados a cabo con respecto a Quiberon, los puertos ya existentes representaban objetivos de considerable importancia y quizás fuese posible repararlos y abrirlos de nuevo al tráfico mucho antes de que el nuevo complejo pudiese entrar en funcionamiento. Brest sería particularmente útil para acoger a las tropas y a los medios que llegaban directamente de Estados Unidos, como ocurrió en la primera Guerra Mundial. Si se lograba conquistar intacta la línea del ferrocarril, sería fácil hacer llegar rápidamente al frente hombres y abastecimientos. Además, la conquista de Brest permitiría a los convoyes aliados doblar tranquilamente el extremo de Bretaña, sin temer la interferencia de las unidades de guerra alemanas que allí tenían su base.

Por lo tanto, se dispuso que el Ejército 3 atacase desde Avranches en dirección Sur, hacia Nantes y Saint-Nazaire, para efectuar luego una conversión hacia el Oeste y avanzar a continuación hacia Brest y los demás puertos.

Cuando, a finales de julio, los americanos irrumpieron desde Cotentin, la conquista del puente sobre el río Selune, en Pontaubault, 6 km al sur de Avranches, hizo posible la inmediata penetración en Bretaña. La misión fue confiada al Cuerpo de Ejército VIII, del general Middleton, que dependía del citado Ejército 3 del general Patton. Middleton disponía de dos divisiones acorazadas y varias divisiones de infantería, pero algunas de estas últimas tendrían que ser destacadas para enviarlas hacia el Este, con el grueso de las fuerzas destinadas a llevar a cabo la penetración.

El general Omar Bradley, comandante del Grupo de Ejércitos XII, propuso que una de las divisiones acorazadas de Middleton se apoderase primero de Rennes y luego de Quiberon; la otra, de Saint-Malo y más tarde de Brest. Mas Patton, quien, al parecer, tenía otros planes, ignoró por completo Saint-Malo. En su opinión, una de las dos divisiones acorazadas debía proceder hacia Rennes y Quiberon, mientras la otra lo haría directamente y sin más demora hacia Brest. Con objeto de asegurarse el control de la línea férrea Rennes-Brest antes de que los alemanes pudieran destruir varios puentes importantes, constituyó una unidad provisional, denominada *Task Force* A. Middleton, quien, por el contrario, compartía las ideas de Bradley, se propuso como «objetivo inmediato» la conquista de Saint-Malo y asignó a la División Acorazada 4 los objetivos sucesivos de Rennes y Quiberon, y a la División Acorazada 6 los de Saint-Malo y Brest. Mas los puntos de vista de los dos comandantes de división eran totalmente opuestos. El comandante de la División Acorazada 4 estaba interesado en las ciudades de la parte oriental de Bretaña, en tanto el de la División Acorazada 6, según una conversación sostenida con Patton, pensaba avanzar rápidamente hasta Brest, sin dedicar demasiada atención a Saint-Malo.

En una situación que, de pronto, se había vuelto fluida, la fluidez del control suponía uno de los problemas más arduos. Durante varios días, Middleton no pudo hacer avanzar su puesto de mando más allá de Avranches; en cambio, sus divisiones avanzaban con tal rapidez que eran prácticamente inalcanzables. Pese a sus deseos de mantenerse lo más cerca posible de sus unidades, Middleton se vio precisado a obedecer las órdenes de Patton, quien le instó a quedarse junto al mando del Ejército que, en aquellos momentos, tenía que ocuparse también de la penetración hacia el Este. En consecuencia, Middleton tuvo que confesar muy pronto que el contacto con sus divisiones era «prácticamente nulo». Y por lo tanto resultaba imposible evitar que se produjeran equívocos y confusiones.

La defensa de Bretaña estaba a cargo del general alemán Wilhelm Fahrmbacher, que mandaba el cuerpo de Ejército XXV. En los días de la invasión aliada, este general tuvo bajo sus órdenes no menos de 100.000 soldados; pero a finales de julio, cuando las mejores unidades habían sido enviadas a reforzar el frente de Cotentin, apenas si le quedaba un tercio de estas fuerzas, integradas, en su mayoría, por unidades adscritas a misiones estáticas que, en aquellos momentos, guarnecían las defensas de las ciudades portuarias.

Fahrmbacher disponía también de una división en las islas normandas; mas estas fuerzas no iban a tomar parte en la batalla por Bretaña, ya que Hitler había dispuesto que permanecieran donde estaban. En Brest se hallaban de guarnición dos divisiones, una de ellas de paracaidistas escogidos. Débiles contingentes de otra división se encontraban en Morlaix; y en Lorient, Saint-Nazaire y Nantes había elementos de otra división. Las defensas se hallaban reforzadas por una mezcla heterogénea de tropas de seguridad, unidades de artillería antiaérea y costera, equipos contracarros, escuadras de ingenieros, personal de la Marina, de la Aviación y otros elementos. A fines de julio llegaron a Cotentin los restos de la División 77 y los de la División 91, así como algunos soldados que habían quedado aislados y otros pequeños grupos. Fahrmbacher envió la División 77 a Dinard y la 91 a Rennes.

Al recibir la noticia de que algunas columnas americanas ya estaban avanzando por Bretaña, trasladó su puesto de mando a Lorient y ordenó a todas sus tropas que se retirasen a las principales ciudades portuarias.

Aunque Fahrmbacher dominaba teóricamente toda Bretaña, en la práctica no disponía ni de las vías de comunicación ni de los medios necesarios para poder dirigir las fuerzas de la defensa, dispersas por toda la región. Por lo tanto, se limitó a dirigir directamente su guarnición de Lorient, dejando a los comandantes de las otras plazas fuertes la tarea de asumir cada uno de ellos su defensa. Así, a primeros de agosto, prácticamente había dejado de existir un mando alemán central y unificado. Todas las unidades abandonaron las zonas del interior, apresurándose a retirarse a las plazas fuertes marítimas, decididas a esperar allí las inevitables operaciones de asedio.

«Necesitamos estos refuerzos ahora. Repito: ahora»

Las primeras tropas americanas que entraron en contacto con las congestionadas carreteras en torno a Avranches y Pontaubault pertenecían a la División Acorazada 4, del general John S. Wood, quien, el 1 de agosto, había efectuado un rápido avance de 65 km hacia el Sur, hasta Rennes, donde se enfrentó con una tenaz resistencia. Puesto que su división era más apta para misiones que requerían cierta movilidad, Wood pensó que un ataque contra la ciudad supondría un derroche excesivo de fuerzas, y, en consecuencia, pidió con toda urgencia refuerzos de infantería y de artillería, así como una adecuada cobertura aérea. «Pero los necesitamos ahora. Repito, ahora mismo» comunicó a Middleton por radio.

Mientras esperaba la llegada de estas fuerzas de apoyo, Wood tuvo una idea brillante. Ya que, como era lógico esperar, la batalla principal de la campaña no tendría lugar en Brest, sino mucho más al Este, en el corazón de Francia, dejó

18 DE SEPTIEMBRE DE 1944: CAPITULA LA FORTALEZA DE BREST



1

una parte de sus fuerzas que bloqueara la ciudad por el Norte e inició una amplia maniobra envolvente en torno a la periferia occidental de la misma. Al llegar al sur de Rennes, sus columnas se hallaban de cara al Este. Aunque su pensamiento estaba en Chartres y en París, como objetivos finales, Wood recomendó «enérgicamente, un rápido ataque en dirección a Angers».

Cuando Middleton, que se había dirigido al puesto de mando de Wood, le recordó que su objetivo era Quiberon, situado al sudoeste de Rennes, Wood objetó: «Ellos –refiriéndose a los jefes supremos aliados– están ganando la guerra de modo equivocado».

Mas sus superiores insistieron y, aunque de mala gana, Wood hubo de invertir la dirección del avance, dirigiéndose hacia Lorient, que debía ser conquistada antes de que se iniciaran los trabajos en Quiberon.

La División 91 alemana abandonó la ciudad de Rennes después de haber opuesto una tenaz resistencia. Mientras los 2000 hombres de la guarnición se lanzaban a campo traviesa para alcanzar Saint-Nazaire y reunirse con los defensores de aquella plaza fuerte, la infantería americana hacía su entrada triunfal en Rennes.

«Querido George –comunicó Wood por radio a Patton– hemos conquistado Vannes; esta noche nos apoderaremos de Lorient. Vannes está intacta, esperamos que en Lorient suceda otro tanto. Intentaremos efectuar una conversión para tomar cuanto antes la dirección justa.»

Mas, tras una acción de sondeo efectuada contra Lorient, se comprobó que la plaza fuerte estaba sólidamente guarnecida y que su conquista no iba a ser cosa fácil ni rápida. «Esperábamos poder convencer a los alemanes de que se rindieran –comunicó Wood a Middleton–, pero por lo visto, están decididos a resistir. Esta misión es más propia de la infantería o de la artillería. Debería permitírsenos reagruparnos y atacar de nuevo en una dirección más acertada, exactamente hacia París».

El desarrollo de la campaña, sin embargo, impuso un curso distinto. Y una semana más tarde, Wood veía cumplido su deseo. Cuando Patton pidió a Middleton que enviara tropas al Este para cubrir Nantes, liberando así al Cuerpo de Ejército XX de Walker y permitiéndole avanzar sobre Chartres, esta misión recayó en Wood. Tras un rápido avance de 130 km, la mitad de la división alcanzó Nantes. Middleton había aconsejado a Wood que, en la ciudad, no se dejara arrastrar a una lucha callejera. Pero cuando los hombres de las FFI informaron que los alemanes, antes de partir, estaban destruyendo las instalaciones portuarias, Wood autorizó a sus tropas a entrar en la ciudad. Guiados a través de los campos minados por miembros de las FFI, los carros de combate y los guerrilleros franceses atacaron Nantes y la conquistaron rápidamente; sin embargo, las instalaciones portuarias ya habían sido destruidas.

Varios días después, cuando llegó a Lorient otra unidad para vigilar a la guarnición alemana, la división de Wood fue destacada de Bretaña y del mando de Middleton. Wood, triunfante, se puso en camino hacia el Este para unirse al grueso de las fuerzas aliadas que avanzaban hacia el Sena. Durante las dos primeras semanas de agosto, la División Acorazada 4 tuvo 98 muertos, 362 heridos y 11 desaparecidos, pero capturó casi 5000 prisioneros.

La fracasada conquista de Lorient resultó menos grave a mediados de agosto de lo que, indudablemente, hubiera sido en el mes de julio y, un mes más tarde, el proyecto de Quiberon había sido totalmente olvidado.

Refiriéndose al deseo de Wood de avanzar hacia el Este en lugar de hacerlo hacia el Oeste,



2



3

(Sado-Opera Mundi)



4

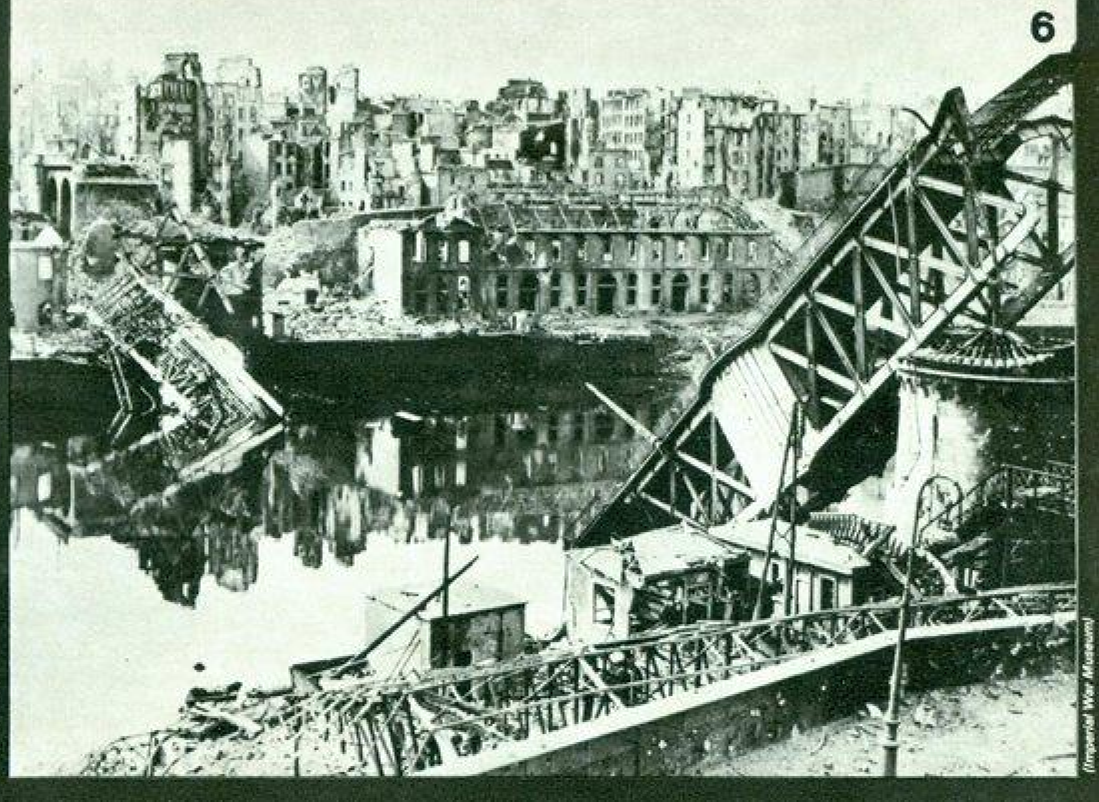
(Imperial War Museum)

El 25 de agosto, apenas desencadenado el ataque principal contra Brest, con ayuda de grandes contingentes de las FFI, los americanos se dieron cuenta de que la ciudad defendida por 35.000 hombres de la 2.ª División paracaidista, no podría ser conquistada fácilmente. Pero después de haber neutralizado unos 75 reductos y sometido a los alemanes a un fuego incesante por tierra, mar y aire, el 18 de septiembre los Aliados entraron en Brest, tras la capitulación del general Ramcke. La operación costó a los americanos 10.000 hombres.
1. Cañón contracarro autopropulsado americano de 90 mm en plena acción contra una casamata alemana.
2. Con los ojos vendados, los emisarios de Ramcke se dirigen a tratar los términos de la rendición.
3. Infante americano penetra en el interior de un edificio a través de la brecha abierta por el cañón de un carro de combate.
4. El general Ramcke, comandante de 2.ª División paracaidista.
5. Llegada de las tropas americanas destinadas a Brest.
6. Un puente destruido bloquea el canal principal del puerto.



5

(Archivo Rizzoli)



6

(Imperial War Museum)

Middleton comentó más tarde que «considerándolo una vez más, indudablemente Wood había tenido razón. Mas, en aquellos momentos, el Mando supremo estaba en lo cierto al querer conquistar, ante todo los puertos». Lo malo de Wood era que se había empeñado en hacer lo justo... en un momento equivocado.

Mientras el general Robert W. Grow estaba intentando hacer pasar su división Acorazada 6 a través de los congestionados caminos, llenos de escombros, que rodeaban Pontaubault, se presentó el general Patton. El comandante del Ejército tenía un orden para él:

«–Tiene usted que tomar Brest– le dijo.

»–¿Algún objetivo intermedio? –preguntó Grow.

»–No –respondió Patton–. Desborde usted todo núcleo de resistencia.

»–Es cuanto necesito saber –respondió Grow».

Dinan, el primer objetivo que Middleton le había ordenado conquistar durante su avance hacia Saint-Malo, quedaba, por lo tanto, descartado. Grow acababa de recibir, de buenas a primeras, la orden de adentrarse unos 300 km en el territorio ocupado por los alemanes, así como de conquistar, él solo, una plaza fuerte cuyas posibilidades defensivas desconocía por completo.

Superado, al fin, el obstáculo de las congestionadas carreteras, la mañana del 2 de agosto Grow se encontró en terreno abierto; como él mismo dijo, «sin límites que pudieran preocuparnos, sin ninguna información precisa respecto al enemigo, no disponiendo, en resumen, más que de un mapa de Bretaña y sabiendo que la resistencia estaría... allí donde la encontrásemos.»

Durante dos días, la división avanzó sin descanso, eliminando bolsas de resistencia y dispersando las largas columnas de alemanes en lento movimiento. Luego, con gran sorpresa por su parte, Grow recibió la orden de detenerse. «No envuelva Dinan ni Saint-Malo –le comunicó Middleton por radio– proteja su frente y concéntrese de modo que mañana pueda avanzar sobre Saint-Malo.»

Grow tuvo que obedecer. Pero al día siguiente, Patton, que había acudido para supervisar personalmente los progresos de la operación, se mostró muy disgustado por aquel retraso. «Hablaré con Middleton –le dijo a Grow–. Usted siga adelante como le ordené.»

Tras aquellas veinticuatro horas de tregua forzosa, Grow reemprendió el avance hacia el Oeste. «Esperamos llegar a Brest al anochecer» –comunicó a Middleton por radio; pero no quedaba muy claro a qué «anochecer» se refería. Poco más tarde envió un nuevo mensaje: «Si no recibimos nuevas tropas que nos ayuden a mantener abiertas las direcciones de abastecimientos, tendremos que recurrir a lo que buenamente nos ofrezca el campo... y no creo, desde luego, que el campo pueda proporcionarnos el carburante y las municiones que necesitamos urgentemente.»

Grow alcanzó los suburbios de Brest el día 6 de agosto. Una acción previa de reconocimiento reveló que sería preciso desencadenar un ataque en gran escala para poder penetrar en la ciudad. Un *bluff*, en forma de ultimátum de rendición, transmitido al comandante de la plaza fuerte fracasó. Luego, inesperadamente, Grow informó a Middleton: «Estamos siendo atacados; claves en peligro; posibilidad de ser aniquilados.»

Sucedía que la División 266 alemana, ignorando que los americanos se encontraban ya «en todos los lugares de la zona», como más tarde dijo su comandante, se había puesto en camino desde Morlaix para unirse a los defensores de Brest, y chocó de pronto con la retaguardia de Grow. Pero éste, haciendo dar un rápido giro a sus unidades, atacó y aniquiló en gran parte a la división alemana, capturando casi 100 prisioneros.

Se inicia el asedio de Brest

Entre tanto, era evidente que una sola división acorazada no podría apoderarse en modo alguno de Brest; cuando Grow recibió la orden de vencer la resistencia en la ciudad con una parte de su división, mientras el resto relevaba a la División Acorazada 4 de Wood en Lorient, la operación se dio por terminada. La División Acorazada 6 registró 130 muertos, 400 heridos y 70 desaparecidos, pero capturó 4000 prisioneros. Todo un mes permaneció todavía la División en Bretaña, reforzada con elementos de las FFI, patrullando las vías de salida de Brest y de Lorient y manteniendo a los defensores de la ciudad constantemente empeñados.

En su intento de superar Saint-Malo, la *Task Force A* se había enfrentado con una resistencia tan enérgica que se vio obligada a pedir ayuda por radio: «necesitamos urgentemente que nos envíen nuevas tropas.» Middleton respondió a esta petición desviando hacia Saint-Malo a la División de infantería 83 del general Robert C. Macon. Y así, mientras la *Task Force A* y un grueso contingente de las FFI avanzaban hacia el Oeste, asegurándose el control de la línea del ferrocarril entre Rennes y Morlaix, la División 83 se preparó para atacar la plaza fuerte.

El complejo defensivo de Saint-Malo comprendía la propia población de Saint-Malo, el moderno centro balneario de Paramé, por un lado, y el puerto de pescadores de Saint Servan-sur-Mer, por otro, y un fortín, denominado «la Ciudadela», que se erguía entre Saint-Malo y Saint Servan-sur-Mer y que albergaba el puesto de mando; más allá del amplio estuario del río Rance, se hallaba la estación balnearia de Dinard, y, por último, a casi 4 km de la costa, la isla de Cézembre.

Los franceses informaron que la ciudad estaba guarnecida por casi 10.000 soldados alemanes; pero los americanos, absurdamente obstinados en subestimar las fuerzas reales del enemigo, afirmaron que no podían sumar más allá de 5000. Y, en realidad, Saint-Malo estaba defendido por más de 12.000 hombres.

El general en jefe Andreas von Aulock había prometido convertir Saint-Malo en «un segundo Stalingrado». «Se me ha confiado el mando de esta plaza fuerte –dijo a algunos funcionarios franceses–, yo no lo he solicitado. Pero, obedeciendo las órdenes recibidas y cumpliendo con mi deber de soldado, la defenderé hasta el último hombre.»

Luego, cuando las autoridades francesas, temiendo que la histórica ciudad sufriera daños irreparables, le pidieron que se rindiera, replicó: «Defenderé Saint-Malo hasta el último hombre... aunque este último hombre sea yo mismo.»

Al ser informado de que las tropas americanas estaban acercándose, Aulok convocó una reunión de las gentes más importantes de la ciudad y les dijo: «Prefiero que los habitantes estén frente a mí y no a mi espalda». Entonces pidió a la población civil que abandonara la población, y aquella misma noche, una larga columna de hombres, mujeres y niños –más o menos la población entera– se alejó de Saint-Malo. Casi inmediatamente, cuando los cañones de la isla de Cézembre abrieron fuego contra las tropas americanas, una de las granadas cayó sobre la cúpula de la catedral, derrumbándola. En diversos puntos de la ciudad se produjeron violentos incendios, provocados, probablemente, por los propios alemanes en su precipitación para quemar toda la documentación y libros de claves de la guarnición. Los pocos elementos de las SS que se hallaban en la plaza, prohibieron a los bomberos que sofocaran los incendios. Por si esto fuera poco, los americanos, a sugerencia del síndico de Saint Servant-sur-Mer, quien les indicó personalmente dónde se hallaban situadas las compuertas de las presas, cortaron el suministro de agua a la ciudad, con la esperanza de inducir a los alemanes a la rendición. Entre tanto, estos últimos completaban su obra de destrucción, dinamitando el puerto. Durante toda una semana, la ciudad se vio envuelta por las llamas.

A principios de agosto de 1944, después de la ruptura realizada por los Aliados al sur de Avranches, fuerzas del Ejército 3 americano se dispusieron a invadir Bretaña, cuyos puertos eran de vital importancia para la llegada de los abastecimientos necesarios a las tropas aliadas que combatían en Francia. Mientras el Cuerpo de Ejército XX avanzaba hacia Nantes, el Cuerpo de Ejército VIII se dirigía al Oeste y al Sudoeste. Pero entonces ya los alemanes se habían retirado a las ciudades portuarias. La División Acorazada 4, que había conquistado Rennes el 3 de agosto y Vannes el 5, no pudo ocupar Lorient y fue desviada hacia Nantes. La División Acorazada 6 se vio empeñada en encarnizados combates al sur de Saint-Malo y en Brest. Las dos ciudades fueron, al fin, conquistadas, pero sus puertos estaban destruidos. Sin embargo, por hallarse ya las fuerzas aliadas en los confines de Alemania, ambas ciudades habían perdido una gran parte de su importancia estratégica.

«Defenderemos cada piedra, cada palmo de terreno»

Un semicírculo de fortificaciones rodeaba Saint-Malo desde la orilla del río Rance hasta el mar: alambradas de espino, campos minados, vallas de acero, obstáculos contracarros y casamatas defendidos por hombres armados con ametralladoras; todo ello respaldado por cañones de grueso calibre que disparaban desde Dinard y Cézembre. Lo primero que hubo que hacer fue tomar el cerro Saint-Joseph, situado en una posición dominante y en el que había varios cañones emplazados en una mina de granito; fueron precisos dos largos días de ininterrumpido y mortífero fuego por parte de la artillería y de los medios contracarros americanos, para que, al fin, el enemigo izara bandera blanca; 400 alemanes arrojaron las armas y descendieron, brazos en alto, por la angosta pendiente.

Este primer éxito permitió a las tropas atacantes avanzar por los flancos.

Tras poner fuera de combate varios *bunker* individuales y capturar unos 3500 prisioneros aproximadamente, algunos contingentes americanos alcanzaron el mar a la altura de Paramé, en tanto otros avanzaban a través de Saint Servant-sur-Mer hasta la ciudadela.

Para eliminar el fuego procedente de Dinard, Macon envió un regimiento de infantería, agregado a su división, más allá del río Rance, con la misión de desencadenar un ataque directo contra la ciudad. Todos los caminos habían sido interceptados con bloques de cemento, casamatas mimetizadas, árboles derribados, alambres de espino, campos minados y barridos además por el fuego de gran número de armas automáticas. El general Rudolph Bacherer, comandante de Dinard, se hizo eco de las palabras de Aulock y anunció: «Cada casa debe convertirse en una fortaleza, cada piedra en un escondrijo... y nosotros debemos luchar por defender cada piedra y cada casa...»

«Quiero que Middleton sepa que la resistencia que estamos encontrando al sur de Dinard es mucho más fuerte y decidida de cuanto habíamos previsto» –comunicó por su parte Macon al mando del Cuerpo de Ejército.

Fue necesario otro regimiento, así como un fuerte apoyo por parte de la artillería y de la aviación, para doblegar la resistencia de los defensores. Destruyendo, lenta pero metódicamente, las fortificaciones, los americanos penetraron en Dinard, rastrillándola totalmente y capturando unos 4000 prisioneros. El último en rendirse fue el mando de Bacherer, un pequeño fuerte dotado de agua corriente y de aire acondicionado.

Para asegurarse el acceso a Saint-Malo, los americanos tenían que salvar un terraplén de casi 1000 metros, terriblemente expuesto al fuego enemigo, que conducía al antiguo castillo de Ana de Bretaña. Una pequeña guarnición, dotada de ametralladoras y de un cañón de pequeño calibre, hacía fuego desde el torreón del castillo; los sólidos muros, construidos para resistir un asedio medieval, se mostraron altamente eficaces incluso en el siglo XX. Pero, protegidos por el denso humo que llegaba de la ciudad en llamas, y apoyados por una concentración de artillería que disparaba casi a quemarropa, los americanos lograron rebasar el terraplén.

Última resistencia de Aulock

La División se dirigió entonces hacia la ciudadela, posición defensiva prácticamente inexpugnable, gracias a una serie de fortines subterráneos, unidos entre sí por muros de cemento, piedras y acero, tan espesos, que podían resistir incluso las granadas de la artillería y de las bombas de los aviones. Middleton había asignado a Macon un potente refuerzo de artillería: en total 10 batallones, que incluían cañones y obuses de 203 mm y obuses de 240 mm; estas piezas sometieron a la ciudadela a un bombardeo casi ininterrumpido. Por su parte, los aviones lanzaron bombas de 225 kg, luego bombas de 450 kg; bombas incendiarias de 45 kg y, por último, bombas perforantes de 450 kg; mas todo parecía inútil. Un ataque nocturno, desencadenado por hombres armados con tubos explosivos *bangalore*, para abrirse paso a través de las alambradas y los campos minados, así como de lanzallamas para neutralizar las casamatas más próximas, logró hacer penetrar en el patio interior del fuerte a unos treinta intrépidos soldados. Estos no descubrieron daños visibles. Ni siquiera la explosión de las bombas magnéticas, que se habían introducido a través de los conductos de aireación y de las troneras, produjeron daños apreciables.

Un capellán alemán prisionero fue enviado, con bandera blanca, a la ciudadela para solicitar de Aulock la rendición; la respuesta fue: «Soy un soldado alemán, y los soldados alemanes no se rinden jamás.»

Como quiera que todavía una línea telefónica unía la ciudadela con la centralita de Saint Servant-sur-Mer, el alcalde sugirió, con discreción, que cierta señora francesa, buena amiga de Aulock, sostuviera con él una conversación particular. Mas Aulock se negó a ponerse al aparato y su ayudante informó cortésmente a la señora que,

en aquellos momentos, Aulock estaba ocupado. Se decidió entonces emplazar, a menos de 1500 metros del fuerte, dos cañones de 203 mm. Mientras los morteros pesados disparaban, los grandes cañones abrieron fuego directo contra las troneras y los conductos de la ventilación. Por último, se decidió un nuevo ataque aéreo: esta vez se lanzarían bombas napalm. Mas, cuarenta minutos antes de que llegaran los aviones, apareció la ansiada bandera blanca. Aulock se mostraba dispuesto a tratar las condiciones de la rendición, y, en consecuencia, los bombarderos fueron desviados sobre Cézembre. Pulcramente afeitado, vistiendo su uniforme de gala y demostrando una suprema arrogancia, Aulock abandonó la ciudadela en compañía de 400 hombres. Un creciente malestar, de carácter puramente psicológico, que se había apoderado de sus tropas, así como el hecho de que algunas granadas de artillería hubieran conseguido penetrar directamente por las troneras, fueron la causa de aquella decisión.

Ahora le había llegado al turno a Cézembre, cuyos cañones costeros no habían dejado de infligir duros golpes a las fuerzas americanas empeñadas en torno a Saint-Malo. Macon había solicitado que se lanzase sobre la isla una verdadera lluvia de explosivos «lo antes posible y lo más densa posible.» Y Middleton le prometió «bombardear por mar y por aire». Los bombarderos y la artillería pesada convirtieron Cézembre en un montón de ruinas; mas las tropas, que vivían en galerías excavadas en la roca, no sufrieron apenas daños. Por último, los cañonazos de un buque de guerra británico destruyeron las instalaciones para la destilación del agua, induciendo así a los alemanes a izar bandera blanca: en total se rindieron 320 hombres.

¿Cuáles fueron los resultados de la operación? Saint-Malo había quedado hasta tal punto destruida, que, para poder reactivar su puerto sería necesario mucho tiempo. En análoga situación se encontraba Nantes. Brest, Saint-Nazaire y Lorient se hallaban todavía en poder de los alemanes. Los puertos secundarios de Cancale y Morlaix habían sido conquistados, pero serían de poca utilidad. Lo único que se salvó de la destrucción fue la línea del ferrocarril de Rennes hasta Morlaix.

Como Cherburgo seguía siendo todavía el único puerto importante de que disponían los americanos, a fines de agosto el Cuerpo de Ejército VIII concentró todas sus fuerzas a fin de desencadenar un masivo ataque contra Brest. Fue así como, mientras el grueso de las tropas aliadas se lanzaba más allá del Sena en persecución de los alemanes, ya en franca retirada después de su derrota en Normandía, más de 50.000 americanos se encontraban empeñados en operaciones de asedio en el extremo occidental de Bretaña, a 500 km detrás del frente.

La última resistencia de Ramcke

Brest estaba defendido por casi 35.000 hombres, agrupados en torno al grueso de la 2.ª División paracaidista, mandada por el general Hermann B. Ramcke, quien estaba firmemente decidido a resistir hasta el último hombre. Bradley y Patton confiaban en que los alemanes capitularían muy pronto; pero Middleton, menos optimista, no esperaba que las cosas fueran distintas en Brest de lo que habían sido en Saint-Malo.

El ataque principal se inició el 25 de agosto, cuando tres divisiones de infantería (la 2, la 8 y la 29), reforzadas con varios batallones *Ranger*, con la *Task Force A*, con fuertes contingentes de las FFI y apoyadas por bombarderos, así como por el fuego de un acorazado británico, se lanzaron contra la inexpugnable plaza fuerte; pero fueron rechazados. Middleton, que comprendió en seguida que sería imposible arrollar con un solo ataque a los defensores, inició una serie de operaciones convencionales de asedio. Tras las pacientes maniobras llevadas a cabo por la infantería y la artillería, la división inició sistemáticas acciones de sondeo, a fin de destruir, una a una, las diversas fortificaciones, neutralizando progresivamente, con lanzallamas y cargas explosivas, las posiciones enemigas. Los breves y rápidos bombardeos, la señalización de los campos minados y el empleo de cortinas de humo, fueron otros tantos recursos colaterales de la lenta pero constante presión americana. «Hubo un momento –comentó un oficial– en que la división estuvo empeñada en tres guerras distintas».

Al cabo de una semana, Middleton escribió una carta a Bradley, que él mismo calificó de «más bien pesimista», comunicándole que sus tropas «no se encontraban, en verdad, en una situación demasiado cómoda», que carecía de piezas de repuesto y de municiones y que el apoyo aéreo «dejaba mucho que desear». Los alemanes, «que no daban, por cierto, pruebas de ceder», no tenían por lo visto «la más mínima intención de hacer pronto las maletas.».

«Una guerra de cabos»

Tras una enérgica presión, que duró toda una semana, dos divisiones lograron alcanzar la ciudad, donde se vieron obligadas a empeñarse en una terrible lucha callejera. Avanzando de casa en casa, abriendo brechas en los muros a cañonazos para poder pasar de un edificio a otro, los soldados se vieron empeñados en pequeños pero cruentos combates, en una lucha que un comandante definiría, más tarde, como «una guerra de cabos». En el ángulo de una calle, el muro que protegía una trinchera, de 20 cm de altura sobre el nivel del suelo, reforzado con cemento, tenía una tronera a la altura del bordillo, desde la cual disparaba una ametralladora; para obligar a los trece alemanes que defendían esta posición a rendirse, fue preciso el paciente trabajo de ocho hombres provistos de un lanzallamas, un *bazooka* y dos fusiles automáticos.

Media docena de antiguos fuertes, modernizados por los alemanes, hubieron de ser conquistados uno por uno. Los cien defensores del fuerte Keranroux resistieron hasta que las bombas y las granadas aliadas destruyeron totalmente los alrededores de las principales posiciones. Por último, abandonaron también el fuerte Montbarey ochenta alemanes, totalmente aturdidos por los constantes bombardeos aéreos, por las explosiones de las granadas de la artillería, los lanzallamas, las cargas explosivas y los cañones contracarros autopropulsados que disparaban a menos de 180 metros de distancia.

El 18 de septiembre, tras neutralizar unos 75 reductos enemigos, muchos de ellos dotados de fuertes y macizos muros de piedra, y tras mantener a los alemanes bajo un fuego ininterrumpido, procedente de tierra, mar y aire, los americanos vieron compensados sus esfuerzos con la capitulación de la plaza fuerte. Se capturaron 38.000 prisioneros. Los americanos, por su parte, perdieron 10.000 hombres.

Brest había quedado completamente destruida. Los alemanes inutilizaron todo cuanto hubiera podido ser de algún provecho para el enemigo y, más tarde, Ramcke se vanagloriaba de haberlo hecho «oportunamente». Grandes amasijos de hierros retorcidos bloqueaban los principales canales del puerto; muelles, diques secos, grúas y escolleras no eran más que un montón de ruinas; la bahía estaba repleta de buques hundidos. También los americanos habían contribuido a esta devastación, pues las potentes bombas de fósforo y de napalm lanzadas sobre el corazón de la ciudad, destruyeron e incendiaron casi todos los edificios. Las casas se derrumbaron sobre las calles, sembrando de escombros las principales arterias de Brest. Desde luego, de momento sería imposible emprender los trabajos necesarios para reactivar el puerto. Pero, a la sazón, a unos 800 km más al Este, los Ejércitos aliados perseguían, triunfalmente, al enemigo casi hasta la misma frontera con Alemania, y la conquista de algunos puertos del canal de la Mancha, relegó Brest a un segundo plano de importancia.

Así, pues, ¿qué se había conseguido? Indudablemente el éxito del asedio de Brest había eliminado una importante guarnición alemana. Además, según Patton, tanto Bradley como él opinaban que «una vez puesta la mano en el arado, el Ejército americano no podía dejarlo inactivo.» Y lo que era aún más importante: poco después del 13 de septiembre, Dwight D. Eisenhower, comandante supremo de las fuerzas aliadas, declaró que, puesto que nadie podía prever con exactitud cuándo quedarían ultimados los puertos del canal de la Mancha para recibir a los barcos y permitir las operaciones de descarga, seguía necesitando Brest.

En efecto, hasta el mes de noviembre, en que quedó nuevamente abierto al tráfico marítimo el puerto de Amberes, los Aliados no pudieron resolver su problema ya que, hasta entonces, no habían podido disponer del número preciso de puertos de acceso al continente.

A finales de 1944, la atención de los Aliados se centraba, principalmente, en Alemania, por lo que abandonaron la idea de conquistar y reactivar de nuevo Lorient y Saint-Nazaire. Durante todo el tiempo que aún duró la guerra, una división de infantería americana, reforzada por grupos de las fuerzas francesas nacionales, mantuvo en jaque a los 15.000 defensores de Lorient, a los 12.000 de Saint-Nazaire y a una pequeña bolsa de resistencia en el noroeste de Burdeos. Los comandantes de estas plazas fuertes marítimas, así como el de la división que ocupaba las islas normandas, no se rindieron hasta el final de la guerra.

1944

6 de agosto: las vanguardias americanas, enviadas a Bretaña para tantear la importancia real de las fuerzas alemanas, alcanzan los suburbios de Brest. Los americanos liberan Nantes, pero la ciudad queda reducida a un montón de ruinas.

23 de agosto: Eisenhower rechaza la petición de Montgomery de desencadenar un ataque concentrado contra Alemania septentrional a través de los Países Bajos; en cambio, decide que, tras la conquista de Amberes, el Ejército 3 americano de Patton lance una ofensiva en dirección al Sarre.

25 de agosto: las fuerzas aliadas liberan París; en Bretaña, los norteamericanos inician el ataque contra Brest.

26 de agosto: las fuerzas aliadas inician su avance hacia el Este desde las cabezas de puente sobre el Sena.

31 de agosto: las vanguardias del Ejército 3 americano alcanzan el Mosa.

3 de septiembre: el Ejército 1 americano ocupa Tournai; en Mons, son dispersados tres Cuerpos de Ejército alemanes; el Ejército 2 británico libera Bruselas.

4 de septiembre: el Ejército 2 británico entra en Amberes.

5 de septiembre: unidades avanzadas del Ejército 3 americano cruzan el Mosa. Von Rundstedt es nombrado comandante en jefe del sector occidental, y Hitler le ordena contraatacar a los Aliados y desbaratar su frente de avance. Mas Rundstedt no dispone de fuerzas suficientes para ello.

10 de septiembre: falla el último intento de Montgomery de convencer a Eisenhower para que acepte la idea de una ofensiva en fuerza en Alemania septentrional. Eisenhower acepta, no obstante, el plan de Montgomery para un ataque con tropas aerotransportadas, cuyo objetivo es la conquista de cinco puentes, entre Eindhoven y Arnhem: se trata de la Operación "Market Garden".


Francia y Bélgica, agosto-septiembre de 1944

EL AVANCE HACIA LA FRONTERA ALEMANA

Charles B. MacDonald

Después de la penetración en Normandía, llevada a cabo por sus tropas, y de la matanza en la bolsa de Falaise, los generales aliados decidieron que debían constituirse reservas de hombres y depósitos de material sin pérdida de tiempo: los ejércitos habían rebasado fácilmente el Sena e iniciado un rápido avance hacia el Este, en dirección a la frontera alemana. Pero esta "Blitzkrieg" era fruto de la improvisación más que de una cuidadosa preparación y, por ello, los aliados se vieron obligados muy pronto a detenerse por escasez de carburante.

La persecución de un enemigo derrotado es una consecuencia lógica, por lo que no fue necesario al Mando aliado hacer nuevos planes para llegar a la conclusión de que los Ejércitos no debían detenerse en el Sena. En tanto los alemanes se hallaban comprometidos en una retirada masiva, era lógico que los Aliados se esforzasen en negarles la posibilidad de constituir una nueva línea de defensa a lo largo de cualquiera de los ríos que, veinticinco años atrás, habían sabido explotar tan eficazmente: el Somme, el Marne, el Aisne, el Mosa.

Sin embargo, el hecho de no haberse detenido en el Sena ocultaba un hecho evidente, esto es, que el Mando aliado tenía previsto un desarrollo muy distinto de la campaña. El comandante supremo y los oficiales que colaboraron con él en la planificación del «D-Day», tenían proyectado transformar, ampliándola, la primitiva cabeza de desembarco en lo que ellos denominaban «zona de detención», delimitada, al Norte, por el Sena y, al Sur, por el Loira, y apoyada sobre el eje París-Orleans. El ataque final en dirección a Alemania no se iniciaría hasta que los puertos de Bretaña quedaran nuevamente abiertos al tráfico.

Pero la aplastante derrota sufrida por los alemanes en Normandía, alteró todos estos planes.

Aun comprendiendo perfectamente hasta qué punto podían limitar un avance táctico los problemas relacionados con los abastecimientos, ni el general Eisenhower ni ninguno de sus principales subordinados consideró seriamente la posibilidad de detener a las victoriosas tropas aliadas. Los Ejércitos debían lanzarse más allá del Sena y continuar su avance lo más lejos posible. La meta ya no era el Sena, sino el Rhin, que se hallaba a 400 km de distancia.

No obstante, nadie podía negar que la organización logística aliada era improvisada e incompleta. El 19 de agosto, cuando Eisenhower tomó la decisión de conquistar el Sena en el curso de su avance, el único gran puerto disponible era el de Cherburgo. El grueso de los abastecimientos llegaba aún a través de las playas de invasión.

Sin embargo, pese a la carencia de puertos, el problema logístico más grave con que los Aliados hubieron de enfrentarse en el momento del paso del Sena, consistió más en la escasez de medios de transporte que en la falta de abastecimientos.

Puesto que la constante presión aliada permitía muy raramente a los alemanes detenerse y combatir, las municiones no constituían un motivo inmediato de preocupación; ni siquiera los víveres representaban un problema, ya que las tropas podían alimentarse con las raciones de combate concentradas, que ocupaban muy poco espacio. El problema verdaderamente acuciante era el abastecimiento de carburante, el *sine qua non* de la moderna estrategia bélica. Sin carburante, la enorme masa de medios motorizados acabaría por quedar completamente bloqueada.

Y, sin embargo, pese a esta gravedad de los problemas logísticos, nadie solicitó una detención. La controversia que se suscitó, no fue sobre *si* había que continuar la persecución, sino *cómo* debía continuarse.

Según lo previsto por la planificación aliada antes del «D-Day», el ataque final más allá del Sena, esto es, hacia Alemania, debía desarrollarse a lo largo de dos direcciones. El Grupo de Ejércitos XXI, del general Bernard L. Montgomery, compuesto de tropas británicas y canadienses, avanzaría a través de Bélgica, a lo largo de la línea más corta de acceso al Ruhr. Mientras tanto, el Grupo de Ejércitos XII americano, del teniente general Omar N. Bradley, debería dirigirse al sur de la boscosa región belga y luxemburguesa de las Ardenas, ocupar la menos industrializada región del Sarre y avanzar, por último, hacia el Noroeste, a fin de colaborar en el envolvimiento del Ruhr. Los Ejércitos franceses y americanos procedentes de Francia meridional, apoyarían el ala derecha de Bradley.

Los Ejércitos americanos todavía estaban procediendo a establecer sus cabezas de puente sobre el Sena y las fuerzas de Montgomery no habían iniciado aún el paso del río cuando, el 23 de agosto, Montgomery propuso alterar el plan inicial. Montgomery quería que los Grupos de Ejércitos XII y XXI se fundieran en uno solo para lanzarse en dirección Nordeste, a través de Bélgica, como una enorme «masa compacta», de casi 40 divisiones, tan fuerte que nada pudiera detenerla.

Pero Eisenhower rechazó la idea. Sostenía que adentrarse en profundidad en un solo sector significaba exponer los flancos a un eventual contraataque enemigo. Al mismo tiempo, afirmaba que concentrar todas las fuerzas en un solo punto, excluyendo los otros, suponía ignorar la posibilidad de utilizar la excelente red de carreteras de Europa occidental para aprovechar la gran movilidad de los Ejércitos aliados.

Sin embargo, Eisenhower, tampoco pensaba en un avance gradual, palmo a palmo, a lo largo de todo el frente. En realidad, lo que él proponía no era más que la ya experimentada fórmula del avance sobre columnas paralelas. Y aun teniendo en cuenta las dificultades logísticas, consideraba que sería insensato alejarse de aquella fórmula.

Pese a rechazar la proposición de Montgomery, el general Eisenhower juzgó que, no obstante, existían suficientes motivos para concederle ciertas unidades de refuerzo, así como, al menos por algún tiempo, la prioridad en la asignación de los abastecimientos; en efecto, en Bélgica había objetivos que justificaban un esfuerzo suplementario. Una ofensiva en este país eliminaría las reservas alemanas aún existentes en la zona del Paso de Calais –el Ejército 15– que, en espera de una supuesta segunda invasión aliada, había permanecido al margen de toda acción durante la batalla de Normandía. Dicha ofensiva permitiría también destruir las rampas desde las cuales lanzaban los alemanes sus bombas volantes contra Gran Bretaña. Finalmente, aseguraría el control de los aeródromos indispensables para la continuidad del avance y, lo que todavía era más importante, la conquista del gran puerto de Amberes.

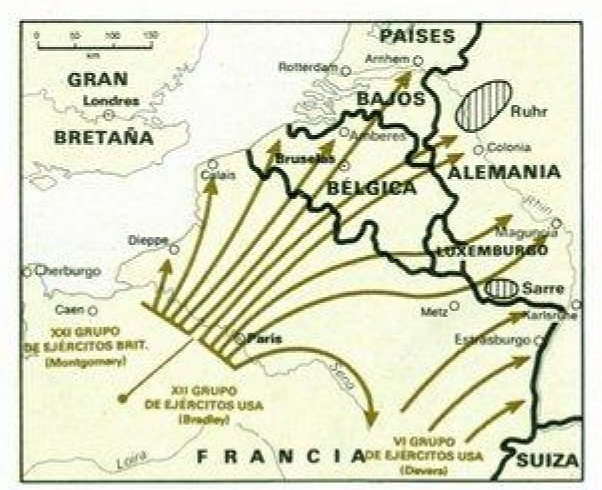
Aun habiendo concedido ya a Montgomery el empleo de cuatro divisiones aerotransportadas, Eisenhower estaba tan preocupado por la necesidad de lograr los citados objetivos en Bélgica que cedió todavía a algunas ulteriores demandas de Montgomery. Ordenó, en efecto, a Bradley que enviase el Ejército 1 americano, al mando del teniente general Hodges, al norte de las Ardenas, cerca del flanco del general británico.

Aunque el Ejército 1 permaneció al mando de Bradley, la decisión de Eisenhower tuvo el efecto de romper el Grupo de Ejércitos XII en dos troncos separados por la inhóspita región de las Ardenas. Y para los generales americanos esto era una herejía.

El general Bradley insistía en que, para asegurarse los objetivos situados al Norte, Montgomery necesitaría como máximo un solo Cuerpo de Ejército americano. Por lo tanto, opinaba que el resto del Grupo de Ejércitos XII debía continuar su marcha hacia el Este, siguiendo un plan que él mismo, con el general George S. Patton jr, tenían preparado desde hacía tiempo: un rápido avance al sur de las Ardenas para cruzar el Rhin en el trecho comprendido entre Maguncia y Karlsruhe.

Las protestas de Bradley, de Patton y del taciturno Hodges, no sirvieron para nada. El general Eisenhower, si bien dudaba que el Grupo de Ejércitos XII pudiese alcanzar la frontera alemana, hizo patente su opinión con esta frase: «No veo claro para qué serviría llegar hasta allí, mientras no se esté en condiciones de poder aprovechar ese avance. En cambio, el avance sobre Bélgica conseguiría objetivos –en particular el de Amberes– vitales para la continuación de la ofensiva en Alemania».

Pero, con gran desilusión por parte de Montgomery, Eisenhower hizo saber que la prioridad concedida al Grupo de Ejércitos XXI, así como al Ejército 1, en relación con los abastecimientos, duraría tan sólo hasta la conquista de Amberes. No entraba en sus cálculos mantener indefinidamente inoperantes a las fuerzas americanas al sur de las Ardenas. Por lo tanto, apenas pudiese disponer de los abastecimientos adecuados, Patton reemprendería su avance colateral en dirección al Sarre.



Con el progresivo avance hacia el Este, el problema del abastecimiento a las tropas aliadas se hacía cada vez más grave y acuciante. Montgomery propuso fundir en uno solo los Grupos de Ejércitos XII y XXI, lanzando de este modo una "masa compacta" de 40 divisiones a través de Bélgica y hacia el interior de Alemania, sobre un frente estrecho (mapa de la izquierda). Pero Eisenhower, partidario de la "estrategia sobre un amplio frente" (mapa de la derecha), no quiso modificar los planes originales, que preveían un avance del Grupo de Ejércitos XXI a través de Bélgica, a lo largo de la línea más corta de acceso al Ruhr, en tanto las fuerzas de Bradley ocuparían el Sarre para dirigirse a continuación hacia el Nordeste y colaborar con el envolvimiento del Ruhr. Los primeros ataques de las cabezas de puente sobre el Sena se iniciaron el 26 de agosto. Los alemanes se retiraban desordenadamente, mas el insuficiente apoyo logístico de los Aliados les impidió aprovechar al máximo la situación (abajo). En desordenada persecución, los dos Grupos de Ejércitos se abrieron en abanico a través de Francia nororiental y Bélgica; pero la falta de carburante les obligó a detenerse ante la Línea Sigfrido.

Aunque la decisión tomada el 23 de agosto por el general Eisenhower señaló más bien la iniciación que el final de la controversia, el avance más allá del Sena se inició sobre la base de este concepto. Pero dicho avance estaba amenazado, desde sus comienzos, por una larga serie de carencias logísticas que se hicieron más graves cuando, el día 25, franceses y americanos liberaron París. Se trataba, naturalmente, de un feliz acontecimiento para los hombres libres del mundo entero; sin embargo, era algo que Eisenhower esperaba retrasar, puesto que la necesidad de abastecer a la hambrienta población francesa suponía un ulterior y gigantesco esfuerzo, sobre todo teniendo en cuenta los limitados medios de transporte. Asimismo, un plan que tenía como objetivo bloquear la dirección de retirada del Ejército 15 alemán del Paso de Calais, con un ataque aerotransportado sobre Tournai, ciudad belga fronteriza, amenazó reducir más tarde los abastecimientos disponibles para las fuerzas terrestres. Para poder preparar de modo adecuado cualquier operación aerotransportada, los aviones de transporte hubieran tenido que ser apartados, por lo menos durante una semana, de la importante actividad que en aquellos momentos realizaban: hacer llegar al frente las provisiones más indispensables. Al principio, Bradley deploró esta disminución del apoyo aéreo; mas, tanto Eisenhower como Montgomery, fueron irreductibles en su designio de defender la idea del ataque aerotransportado contra Tournai.

Los alemanes hacia el caos

A la sazón ya todo el mundo consideraba caótica la situación alemana... como lo era en efecto en gran medida. Los alemanes se retiraban por todas partes: en realidad, sólo una leve barrera, formada por las maltrechas divisiones acorazadas, cerraba el camino a los perseguidores, y a sus espaldas no podían contar con ninguna línea defensiva antes de llegar a sus propias fronteras y a las fortificaciones del muro occidental (o Línea Sigfrido, como la llamaban los Aliados).

El Grupo de Ejércitos B, del *Feldmariscal* Walter Model, derrotado en las batallas de Normandía, se retiraba en tres columnas irregulares: en el Paso de Calais, el Ejército 15, con nueve divisiones de reserva, frescas pero no completamente adiestradas; al noroeste y oeste de París, los restos de la 5.ª *Panzerarmee*, que, en vano, intentaba ganar tiempo para permitir a las diezmadas fuerzas del Ejército 7 reorganizarse detrás del Somme; por último al sudeste de París, a lo largo del curso alto del Sena, los restos del Ejército 1. En las regiones meridionales de Francia, tras el desembarco aliado del 15 de agosto, el Grupo de Ejércitos G retiraba rápidamente su única gran unidad combatiente: el Ejército 19.

Resistiéndose a admitir que sus fuerzas en Francia se hallaban en situación tan crítica, Hitler se había decidido, al fin, a tomar medidas para enviar nuevas unidades al frente occidental. Pero se trataba de medidas muy distintas de las exigidas por Model. La orden fue que 100 batallones de fortaleza, hasta entonces empleados únicamente en servicios de vigilancia en la retaguardia, fuesen enviados apresuradamente a primera línea, junto con dos divisiones sustraídas del frente italiano. Ordenó también que la edad de alistamiento disminuyera y se prolongara el servicio militar, y que se investigara incluso en los hospitales en busca de convalecientes, transformando a marineros y a aviadores en tropas de infantería y seleccionando tropas en la retaguardia con análogas miras. Con los hombres reclutados con este sistema se podían crear veinticinco nuevas divisiones de infantería. Y entre tanto, a fin de taponar las brechas en espera de reconstituir un cierto número de *Panzerdivisionen*, ordenó la rápida formación de diez nuevas brigadas *Panzer*.

Más se trataba de medidas improvisadas que, en el mejor de los casos, hubieran necesitado muchas semanas para rendir resultados positivos.

Según el plan elaborado por Montgomery para la continuación de la ofensiva, el Ejército 1 canadiense debía avanzar a lo largo de la costa, conquistando los puertos del canal de la Mancha, mientras el Ejército 2 británico atravesaría Bélgica oriental, dirigiéndose a Amberes. Partiendo de una y otra parte de París, el Ejército 1 americano de Hodges se lanzaría en dirección Nordeste, cortando las líneas de retirada de todas las fuerzas del Grupo de Ejércitos B.

El general Bradley advirtió que, poniendo en acción este plan, canadienses e ingleses acabarían por encontrarse enfrentados, y sugirió un desplazamiento al nordeste del límite de la zona de competencia de Montgomery, a partir de un punto situado a lo largo de la frontera belga, cerca de Tournai.

La sugerencia de Bradley era sensata, no sólo porque permitiría al Grupo de Ejércitos XXI efectuar una conversión al Nordeste, a través de Bruselas y de Amberes, hacia el Rhin y el Ruhr, sino también porque le permitiría controlar de nuevo sus dos Ejércitos.

Si el Ejército 1 de Hodges hubiese avanzado a lo largo del flanco de Montgomery y el Ejército 3 hacia el Este, en dirección a Metz, las dos unidades de Bradley hubieran avanzado en direcciones opuestas, creando un gran saliente en ángulo recto que habría sido difícil llenar. El hecho de que este saliente coincidiese con la accidentada región de las Ardenas, contribuiría a separar ambos Ejércitos. Sólo encaminando hacia el Este al Ejército 1, después de su entrada en Bélgica, podría eliminarse este gran saliente.

Antes de que los Ejércitos americanos pudieran lanzarse en persecución del enemigo, de manera masiva, al otro lado del Sena, Bradley debía proceder a ordenar los Cuerpos de Ejército y los Ejércitos, pues su confusión era el precio pagado por los rápidos movimientos envolventes llevados a cabo primero en Falaise y después a lo largo del curso bajo del Sena.

Los primeros ataques de las cabezas de puente del Sena, se iniciaron el 26 de agosto, con la participación de todas las fuerzas americanas, excepto un Cuerpo de Ejército del Ejército 1 y dos del 3. Mas los alemanes eran ya tan débiles y sus esfuerzos para escapar tan frenéticos, que la fallida participación de esta unidad en las fases de apertura de la ofensiva tuvo poca importancia.

Del Sena hacia el Este

El Ejército 1 desencadenó el ataque inicial desde la cabeza de puente de Melun, aguas arriba del Sena; tres días después, otros dos Cuerpos de Ejército se lanzaron al ataque. Las columnas avanzaron sobrepasando ríos y localidades de nombres famosos: el Marne, Chateau-Thierry, Compiègne, Soissons, el Aisne, San Quintín y el Camino de las Damas. A fines de agosto, el Ejército 1 se encontraba a menos de dos días de marcha de la frontera belga.

Desde la cabeza de puente sobre el Sena, cerca de Fontainebleau, un Cuerpo de Ejército avanzó hacia el Este, cruzando Epernay y Reims antes de dirigirse hacia el Este para cruzar el bosque de las Argonas y alcanzar el Mosa en Verdún. El otro Cuerpo de Ejército avanzó desde Troyes, en el alto curso del Sena, llegando hasta el Mosa en Saint-Mihiel y Commercy.

Estas fuerzas alcanzaron el Mosa el último día de agosto; sin embargo, durante cierto tiempo, este río señalaría el máximo límite del avance del Ejército 3: los depósitos estaban vacíos.

Fue un tipo de guerra fatigoso, pero en cierto modo divertido, aquel en el que los hombres y los medios de combate de los Ejércitos 1 y 3 fueron llamados a combatir en los últimos días del verano. Cuando los alemanes se detenían para combatir –en la orilla de un río, en una ciudad, en un pueblo o en un bosque– podía producirse de vez en cuando cualquier encuentro en el que algunos hombres hallaban una muerte, pero estos encuentros eran muy breves y más bien se limitaban a una persecución caracterizada por un gran desorden. Se trataba de un avance guiado por tropas motorizadas en el curso del cual todos avanzaban sobre carros de combate, cañones contracarros, camiones y *jeeps*.

Pronto se hizo evidente para el general Bradley, así como para el propio jefe de las fuerzas alemanas, el *Feldmariscal* Model, que toda posibilidad de constituir siquiera una apariencia de nueva línea defensiva antes de llegar a la frontera belga-holandesa y al Mosa había desaparecido totalmente... si es que había existido alguna vez. Con la esperanza de impedir que los alemanes fortificaran esta supuesta línea, el día 31 Bradley decidió situar el Ejército 1 más cerca aún de la dirección de retirada alemana. Ello significaba



Tropas americanas cruzan una barrera contracarro en la Línea Sigfrido. En un intento de detener a los Ejércitos aliados que amenazaban Alemania, Hitler reintegró a su cargo de comandante del sector occidental al general von Rundstedt, quien debía organizar a las dispersas tropas alemanas y detener al enemigo ante la misma Línea Sigfrido hasta la llegada del invierno. *(Sado-Opera Mundi)*

MEDIOS MOTORIZADOS QUE ACELERARON EL AVANCE ALIADO



Camión M-32 6 × 6
Conductores: dos. **Peso:** 2718 kg.
Autonomía: 352 km. **Velocidad máxima:** 72 km/h.
Tonelaje: 2038 kg. **Capacidad de depósito:** 182 l.

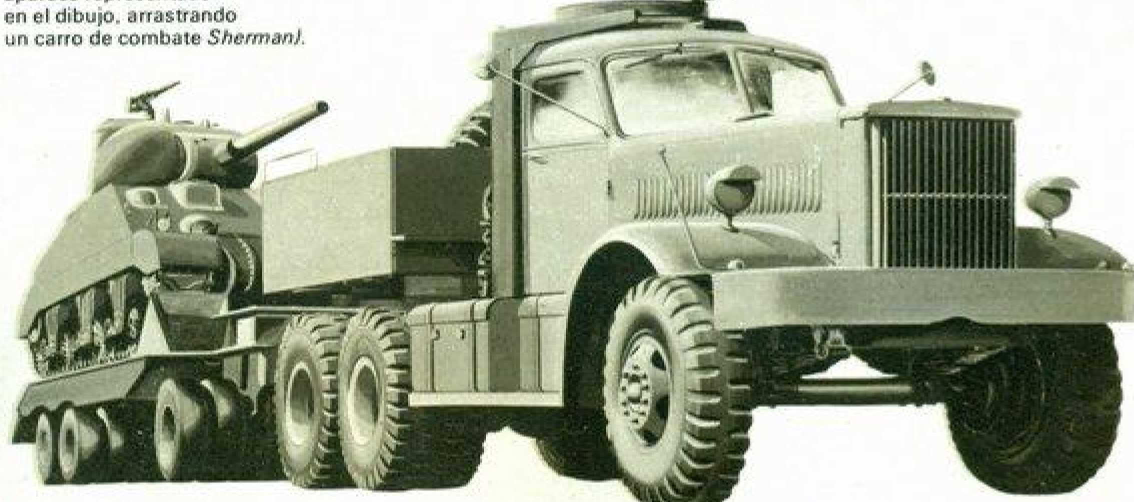


"Dodge" 4 × 4 para transporte de armas
Conductores: dos. **Peso:** 2378 kg.
Autonomía: 384 km, con un consumo de 35,50 l por 100 km.
Velocidad máxima: 86,4 km/h.
Tonelaje: 680 kg.



Ambulancia "Dodge" 4 × 4
Conductores: dos. **Peso:** 2555 kg.
Autonomía: 480 km, con un consumo de 23,50 l por 100 km.
Velocidad máxima: 88 km/h.
Tonelaje: 454 kg.
Capacidad de vadeo: 80 cm.

Tractor "Diamond T" M-19 para transporte de carros de combate
Conductores: dos. **Peso:** 11.772 kg.
Autonomía: 480 km, con un consumo de 142 l por 100 km. (a plena carga).
Capacidad de vadeo: 80 cm.
(el tractor *"Diamond T" M-19* aparece representado en el dibujo, arrastrando un carro de combate *Sherman*).



(John Batchelor)

una desviación hacia el Norte, en dirección a Mons y a Tournai, aun cuando esta última –debido a sugerencias del propio Bradley– se encontraba, ahora, dentro de la zona de competencia británica.

Los datos del Servicio de Información indicaban que en las cercanías de Tournai se encontraban diez o doce divisiones alemanas. Bloquear estas divisiones significaría no sólo impedir a los alemanes que las emplearan en el Mosa, sino también salvaguardar el flanco del Grupo de Ejércitos XII, que Bradley suponía erróneamente en peligro de quedar descubierto si las columnas británicas no lograban mantener su ritmo de progresión. Bradley quería ocupar también Tournai por otra razón. Si lograba conquistar la ciudad antes del 3 de septiembre, fecha en que, según los planes, deberían lanzarse en aquella zona las tropas aerotransportadas, podría resultar superfluo dicho ataque aerotransportado, y entonces acaso podría convencer al general Eisenhower de restituir los aviones de transporte a sus funciones de abastecimiento.

Pero, para cubrir los 160 km que le separaban de Tournai, el Ejército 1 disponía solamente de 48 horas.

En Tournai, el Ejército 1 capturó tan sólo 1300 prisioneros; una cifra realmente decepcionante. Lo que ocurría era que, pese a la gran rapidez del avance, la presunta presa había conseguido escapar. Pero escapar de momento tan sólo; en efecto, a unos 50 km más al Sudeste, en la localidad de Mons, el día 3 de septiembre, uno de los tres Cuerpos de Ejército de Hodges combatió frontalmente, con los restos de tres Cuerpos de Ejército alemanes.

Como alguien observó, aquello era «como disparar sobre pichones inmóviles». Antes de que todo hubiese terminado, más de 25.000 alemanes se encontraron prisioneros detrás de las alambradas, y otros muchos estaban muertos.

Detenidos por falta de carburante

Llevada a su fin esta empresa y sustraídos todos estos hombres a una eventual línea defensiva alemana, tras el Mosa, el general Bradley se hallaba ahora dispuesto a avanzar hacia el Este, para ocuparse del gran saliente que existía entre los Ejércitos 1 y 3 y que se extendía ya a lo largo de varios centenares de kilómetros, a fin de dirigirse hacia el Rhin. El Rhin se hallaba ya al alcance de la mano. Pero ¿cómo llegar, dada la crítica escasez de carburante?

George Patton y los oficiales de Estado Mayor de su Ejército 3 maldecían la prioridad que el general Eisenhower había concedido a Courtney Hodges y al Ejército 1 respecto a los abastecimientos; pero lo cierto era que había tan pocos camiones disponibles para el transporte de la gasolina que dicha prioridad se revelaba ahora más simbólica que real. La falta de carburante ya había obligado a Hodges a detener un Cuerpo de Ejército antes de llegar a la frontera belga. Cuando se iniciara el movimiento de conversión hacia la frontera alemana, debería tener un Cuerpo de Ejército inoperante durante tres días, e incluso las divisiones acorazadas de los dos Cuerpos de Ejército en avance permanecerían también inmovilizadas durante unas veinticuatro horas, mientras las divisiones de infantería sólo podrían avanzar a pie.

Justamente cuando la crisis del abastecimiento llegaba a su punto culminante, el general Eisenhower se presentó en Francia para asumir, personalmente, el mando de las tropas, sustituyendo así al general Montgomery, que desempeñaba, transitoriamente, el cargo de jefe de las fuerzas terrestres. Desde un principio ya se había establecido que así ocurriría; pero la elección de la fecha –1 de septiembre– fue particularmente desdichada, pues, en aquel preciso momento, las columnas aliadas necesitaban más que nunca ser guiadas por una mano firme. Y era bastante difícil que Eisenhower pudiese ejercer esta acción desde

un mando en campaña situado a 650 km a retaguardia del frente. Poco después, un incidente hizo que el problema se agravara más; el 2 de septiembre, el avión que llevaba a bordo al comandante en jefe se vio obligado a efectuar un aterrizaje forzoso y Eisenhower se dislocó una rodilla, lo que le obligó a guardar cama.

Hasta qué punto era indispensable una mano firme se hacía ahora evidente en diversos sectores. Después de conquistar Amberes, el 4 de septiembre, con sus utilísimos muelles y los canales intactos, los ingleses no lograron asegurarse cabezas de puente en el canal Alberto para poder seguir rechazando a los alemanes de los cursos de agua que daban acceso a la ciudad desde el mar. Y por lo tanto, no estando en situación de dominar las orillas del estuario del Escalda, los Aliados no podían disponer plenamente de la magnífica presa que constituía Amberes.

El Cuerpo de Ejército que el general Hodges había mantenido inactivo durante tres días por falta de carburante, se hallaba situado en el flanco izquierdo y enlazaba las fuerzas americanas con las británicas. Era el Cuerpo de Ejército que habría debido tener prioridad a fin de cooperar al principal esfuerzo aliado, sostenido en aquel momento por los ingleses. Mas, basándose en las instrucciones de Bradley, Hodges asignó la prioridad a sus otros dos Cuerpos de Ejército, al parecer con el fin de ponerlos en situación de asegurarse, con un rápido ataque, cabezas de puente en la orilla occidental del Mosa, impidiendo con ello que los alemanes se reorganizaran en la otra orilla del río. Es imposible, sin embargo, que Bradley no hubiera pensado que, proporcionando medios adecuados a estos dos Cuerpos de Ejército, habría logrado que los Ejércitos 1 y 3 comenzasen de nuevo a actuar conjuntamente. Tan escasa importancia concedió al Cuerpo de Ejército situado en el flanco izquierdo, que retiró una de sus tres divisiones para reforzar el Ejército 3.

Los dos Cuerpos de Ejército de Hodges que pudieron disponer de suficiente carburante para seguir avanzando, estaban conquistando las cabezas de puente sobre el Mosa el mismo día (5 de septiembre) en que Hitler estudiaba la forma de sistematizar la situación en el frente occidental. Las casamatas de la Línea Sigfrido eran ya de construcción antigua y se hallaban en un estado de gran abandono; pero Hitler contaba con el hecho de que, de cualquier forma en que se emplee el hormigón, constituye una espina dorsal sobre la que es posible apoyar un eficaz sistema defensivo. Contaba también con que la naturaleza inhóspita del terreno –los Vosgos, en Francia nororiental, el Mosela y las colinas de Lorena, las Ardenas y las llanuras interrumpidas por ríos y canales, al norte de Aquisgrán y en los Países Bajos– obligaría a los Ejércitos aliados a proceder sobre direcciones de avance cada vez más angostas. En fin, teniendo en cuenta que en Europa noroccidental la estación desfavorable a la realización de grandes operaciones bélicas llega bastante pronto, la Línea Sigfrido y el terreno accidentado serían suficientes (por lo menos Hitler estaba convencido de ello) para detener a los Ejércitos aliados.

Así pues, el *Führer* decretó que era preciso defenderse el mayor tiempo posible delante de la Línea Sigfrido y, después, sobre la misma línea. Al mismo tiempo, las fuerzas cercadas en los puertos del canal de la Mancha y a lo largo del estuario del Escalda debían combatir hasta el último hombre, impidiendo de esta manera que el enemigo se apoderase de las instalaciones portuarias próximas al frente. Un nuevo mando, obtenido al transformar en operativo un mando de adiestramiento, debería ser instalado a toda prisa en los Países Bajos, con objeto de reunir a los soldados dispersos, cerrando con ellos el paso a las fuerzas británicas; mientras tanto, la 5.ª *Panzerarmee* se reconstituiría con las dos divisiones llegadas de Italia, con algunas de las nuevas brigadas *Panzer* y algunas de las nuevas divisiones de infantería para poder desencadenar una contraofensiva decisiva contra el Ejército 3 americano.

Pero para que todo este engranaje se pusiera en movimiento Hitler necesitaba un símbolo capaz de reanimar los ánimos de las tropas.

Y entonces, casi instintivamente, dirigió su mirada hacia el viejo soldado de cabellos grises, modelo de virtud y que encarnaba todo lo que existía de bueno y de justo en el cuerpo de los oficiales alemanes; un hombre a quien en el mes de julio, el propio Hitler había concedido, simultáneamente, la Cruz de Caballero y le había dado el ignominioso «beso» de despedida: el ex comandante en jefe del sector occidental, el *Feldmariscal* Gerd von Rundstedt.

Así, el 5 de septiembre, el *Feldmariscal* von Rundstedt volvió a la lucha como comandante en jefe. De acuerdo con las órdenes del *Führer*, debía detener a los Aliados en la Línea Sigfrido, a lo largo del Mosela y en los Vosgos, hasta la llegada del invierno, cuando «la niebla, la oscuridad y la nieve proporcionarían una ocasión favorable».

La Línea Sigfrido resiste sólidamente

La más urgente misión a la que Rundstedt debía hacer frente cuanto antes era la de contener el ataque del Ejército 1 americano más allá del Mosa y a través de la frontera alemana, cerca de Aquisgrán, donde el 11 de septiembre, algunas patrullas americanas habían rebasado la línea fronteriza. Rundstedt triunfó en su intento –si bien no pudo impedir la apertura de una brecha en la Línea Sigfrido–, lanzando contra las vanguardias americanas una división de infantería, con sus filas al completo, que llegó a toda prisa por ferrocarril desde la propia Prusia oriental. Desplegadas a lo largo de un frente demasiado extenso, exhaustas después del prolongado y rápido avance a través de Francia y de Bélgica, con sus contingentes de carros de combate reducidos a menos de dos tercios y con el carburante y las municiones seriamente racionados, las tropas de Hodges no tuvieron fuerza para romper, de un solo impulso, las defensas de la Línea Sigfrido, ni, por lo tanto, de arrollar los refuerzos alemanes.

La segunda tarea de Rundstedt era la organización de un contraataque –orden de Hitler– por parte de la 5.ª *Panzerarmee* contra el Ejército 3 americano. Según había declarado expresamente el *Führer*, se trataría de un esfuerzo ambicioso, pero seguramente decisivo. Con la promesa de tres divisiones *Panzergrenadier*, tres de la nueva brigada *Panzer* y quizá el equivalente de otras cuatro divisiones, la 5.ª *Panzerarmee* debía atacar de tal forma que impidiese a las fuerzas aliadas, procedentes del sur de Francia, enlazar con el Ejército 3. Logrado este primer objetivo, la *Panzerarmee* debería replegarse hacia el Norte para aniquilar a las unidades del Ejército 3 desplegadas a lo largo del escarpado terreno que constituía la orilla occidental del Mosa. Hitler acariciaba incluso la idea de reforzar este contraataque de manera que pudiese extenderse hasta Amberes, aislando al Ejército 2 británico del Ejército 1 americano.

Pero en aquel mes de septiembre, la idea de un avance hasta Amberes era pura demencia, lo mismo que la menos ambiciosa esperanza de impedir la conjunción de las fuerzas aliadas y de aniquilar un contingente tan importante como el del Ejército 3. Por añadidura, una vez más, las promesas de Hitler sobre la asignación de refuerzos no correspondía al número de fuerzas efectivamente disponibles. En realidad, todo aquello con que la 5.ª *Panzerarmee* podía contar eran tres brigadas *Panzer*, una sola *Panzerdivision*, dotada de veinticuatro carros de combate, y una división *Panzergrenadier*. Y aún faltaba que esta limitada fuerza pudiera estar disponible a tiempo para un contraataque, no al oeste del Mosa, sino al este del Mosela, puesto que las columnas de Patton, al fin abastecidas de carburante el 5 de septiembre, avanzaban rápidamente más allá del Mosa, hasta establecer cabezas de puente a orillas del Mosela.

Aunque no se hallaba en situación de amenazar seriamente al Ejército 3 con su contraataque, la 5.ª *Panzerarmee* suscitó, lógicamente, cierta preocupación en el Mando aliado.

Pese a todas las bravatas de Patton, cada vez eran más claros los síntomas de que tanto el Ejército 3 como el Ejército 1 de Hodges se acercaban al límite de sus recursos logísticos. Las fuerzas aliadas procedentes de Francia meridional –constituidas por el Grupo de Ejércitos VI, del teniente general Jacob L. Devers, que incluía al Ejército 7 americano y al 1 francés–, habían efectuado un rápido avance... pero también estas tropas necesitaban una pausa antes de poder enfrentarse con los alemanes en los Vosgos.

¿Frente amplio o frente estrecho?

Los Ejércitos americanos y británicos habían realizado una de las más audaces y brillantes persecuciones de la historia. Sin embargo, era evidente, que, pese a todos sus magistrales esfuerzos de improvisación, la fabulosa máquina bélica aliada se conmovía en sus cimientos y estaba a punto de quedar inmersa y trastornada por las muchas dificultades. No obstante, a pesar de todos los signos anunciadores de una inminente y forzada detención, quedaba todavía una esperanza de que la persecución de los alemanes pudiera proseguir, haciendo que la guerra llegara así a un rápido final. El 10 de septiembre, el general Eisenhower coincidió, a bordo de un avión, con Montgomery. Decidido a aprovechar la ocasión para convencer a Eisenhower de que renunciase a un avance sobre un frente tan amplio y persuadirle de que apoyase la idea de una única ofensiva por parte de los Ejércitos desplegados al Norte, Montgomery inició la conversación en un tono un tanto polémico. Y tan vehemente fue el exordio de Montgomery, que Eisenhower, inclinándose y colocando una mano en la rodilla del inglés, le dijo: «Calma, Monty, no puedes hablarme en ese tono. Soy tu jefe.»

Montgomery cambió el tono, pero no el contenido de su discurso. Creer, como al parecer era el caso de Eisenhower, que los Aliados tenían todavía la energía suficiente para mover todos los Ejércitos, haciéndoles avanzar hacia el Rhin, y, después, hasta el Ruhr, era del todo infundado. Sólo deteniendo al Ejército 3 americano y al Ejército 1 canadiense, y poniendo sus medios de transporte a disposición de los ingleses y del Ejército 1 americano del general Hodges, se podía tener alguna esperanza de continuar la ofensiva hasta el Ruhr.

Como primer paso para iniciar esta acción ofensiva, propuso un ataque, tan audaz como poco ortodoxo, que, conducido por tropas de tierra del Ejército 2 británico, junto con tropas aerotransportadas del Ejército 1 aerotransportado aliado, asegurase el control de un corredor de centenares de kilómetros en los Países Bajos, así como cabezas de puente sobre algunas de las ramas terminales del Rhin. Desde este corredor –insistía Montgomery– los ingleses podrían alcanzar las llanuras del Norte de Alemania y, con ayuda de las tropas de Hodges, llegar hasta Berlín.

Pero Montgomery no logró apartar a Eisenhower de su idea de un avance sobre un amplio frente; sin embargo, el comandante supremo aceptó, con interés, la idea del ataque aerotransportado.

Sobre este ataque se basaban las últimas esperanzas aliadas para dar término a la guerra en Europa antes de que finalizase el año 1944.

CHARLES B. MACDONALD

Ocupa el cargo de adjunto en Historia en el Ministerio de Defensa. Es autor del *Company Commander*, de *The Battle of the Huertgen Forest*, de un libro que narra la acción de los americanos en Europa durante la Segunda Guerra Mundial y de tres volúmenes de la Historia oficial de la guerra del Ejército americano. Durante la contienda, cuando contaba 21 años, mandó una compañía de infantería y tomó parte en numerosas batallas entre ellas la de las Ardenas, en el curso de la cual fue herido y ganó una medalla al valor. Ha estudiado Historia militar en Gran Bretaña y en Europa continental con una beca de estudios concedida por el Ministerio de Defensa.

LA CARRERA HACIA HOLANDA

John Keegan

(Imperial War Museum)

Después del revés sufrido en Falaise, las fuerzas alemanas que combatían en el sector occidental se replegaron desordenadamente más allá del Sena. Sin embargo los comandantes aliados tuvieron que renunciar a la idea de lanzarse en su persecución, pues dependían de unas vías de abastecimiento previstas para una lenta y difícil lucha y no para un rápido avance. No obstante, este fue el momento en que las fuerzas acorazadas británicas pudieron combatir de acuerdo con el tipo de guerra que tanto habían esperado y para el cual se las había adiestrado, con las unidades que rivalizaban entre sí para lanzar los ataques, presionando al enemigo en un terreno que era idóneo para el empleo de los carros de combate.



Tropas de infantería británica atravesando el Sena, cuyos puentes han sido destruidos por los alemanes en su rápida retirada. (Imperial War Museum)

En el transcurso de la tercera semana de agosto de 1944, dos meses y medio después del desembarco de las primeras oleadas de asalto aliadas en las costas de Normandía, las fuerzas alemanas del frente occidental estaban en plena retirada, prácticamente destruidas. En los mapas de la situación militar del *Führerhauptquartier* el orden de batalla continuaba siendo un esquema lógico y ordenado: el Grupo de Ejércitos B, con la 5.ª *Panzerarmee* y el Ejército 7, en Normandía y en Bretaña; el Ejército 15, en el norte de Francia y en Bélgica; el Grupo de Ejércitos G con el Ejército 1 dispuesto en las costas del golfo de Vizcaya y el 19 en las mediterráneas.

Pero, en realidad, la batalla de Normandía había absorbido gran parte de las divisiones, dejando tan sólo una al Ejército 1, dos a las Fuerzas Armadas de los Países Bajos y seis al Ejército 15. El Ejército 19 se había reducido a dos divisiones que, junto con la única *Panzerdivision* no empeñada en el sector occidental, se replegaba rápidamente, remontando el valle del Ródano, perseguidas por las unidades de vanguardia de las fuerzas francoamericanas de la Operación «Anvil»; otras dos divisiones se mantuvieron firmes en los reductos marítimos situados detrás de las líneas aliadas, cuatro de ellas en Brest y las otras cuatro distribuidas entre Lorient, Marsella, Tolón y las islas Normandas. Otras tres fueron aniquiladas en la inútil defensa de Cherburgo. Por lo tanto, la mayor parte del territorio francés, belga y holandés había quedado desguarnecido, pues las fuerzas alemanas, atraídas en su mayor parte por el remolino de la batalla de Normandía, se encontraban ahora en una estrecha bolsa entre Falaise y Argentan o desperdigadas en una débil línea a lo largo del Sena, entre París y la costa.

Nueve divisiones de la 5.ª *Panzerarmee* se hallaban cercadas, junto con otras diez de infantería del Ejército 7. Sobre otras ocho pendía la amenaza de un cerco inminente en la orilla izquierda del Sena, y siete más, que dependían oficialmente del Ejército 15, estaba dispuestas en la orilla derecha. Asimismo, siete divisiones de infantería se habían fundido ya con otras o habían desaparecido del escenario bélico y dos *Panzerdivisionen* se retiraron después de ser diezmadas en el combate. Por consiguiente, sólo 20 divisiones de infantería, de las 56 con las que el *Oberbefehlshaber* (comandante supremo) del sector occidental había combatido la batalla de Normandía, estaban todavía en situación de plena eficiencia; de las 12 *Panzerdivisionen* originarias sólo quedaba una. Al comienzo de la batalla, el Mando había trasladado a Normandía 2200 carros de combate y cañones autopropulsados, de los cuales casi 1800 habían sido ya destruidos. A su vez las pérdidas humanas ascendían a unos 210.000 hombres, entre muertos y heridos, y los prisioneros eran unos 240.000. En estas cifras se contaban dos Feldmariscales, dos generales de Ejército, tres de Cuerpo de Ejército y veinte de división, lo que demuestra que el Grupo de Ejércitos occidental había sufrido una total derrota.

Se trataba de una derrota que Hitler admitió de muy mala gana, hablando inmediatamente de una contraofensiva y buscando, mientras tanto, una panacea en el nombramiento de nuevos jefes: Model como comandante supremo del sector occidental y comandante del Grupo de Ejércitos B; Zangen al mando del Ejército 15; Sepp Dietrich, su antiguo brazo derecho en los años de lucha política, al mando de la 5.ª *Panzerarmee*. No obstante, el *Führer* se había visto obligado a autorizar los repliegues, aunque continuando con sus exhortaciones de resistir en los puntos estratégicos «hasta el último hombre».

Pero ni las órdenes del *Führer* ni sus amenazas sirvieron para contener el avance de los Aliados. Al recibir la noticia de que los americanos habían llegado al Sena, al sur de París, Hitler se limitó a exigir que la 5.ª *Panzerarmee* y el Ejército 7 mantuvieran una cabeza de puente al oeste de la capital y destacasen fuerzas acorazadas para llenar el vacío entre el Sena y el Loira. Llegó incluso a admitir la eventual imposibilidad de defender la orilla izquierda; en este caso, sus hombres tendrían que defender París y la orilla derecha del Sena y organizar un frente a lo largo del Yonne, su afluente, hasta la frontera suiza.

El general Model comprendió la inutilidad de estas maniobras, pero se percató también de que le permitían implícitamente cierta libertad de movimientos, por lo que decidió aprovecharlos. Por lo tanto, unas horas después comenzó el salvamento *in extremis* de los Ejércitos alemanes de Normandía. Las divisiones menos castigadas se quedaron más tiempo en el Sena, para cubrir la retirada. Ya no se podía esperar que llegaran refuerzos desde Alemania, pues en esta fase de la guerra no existía en todo el Reich una sola unidad operativa.

Los Ejércitos de liberación reconocieron con regocijo la proximidad de la victoria. «Dos meses y medio de durísima lucha –decía el 26 de agosto el parte del Servicio de Información del Mando Supremo aliado– ...han acercado, colocándolo casi al alcance de la mano, el final de la guerra en Europa. Los Ejércitos alemanes de Occidente han sido prácticamente destruidos. París pertenece de nuevo a Francia y los Ejércitos aliados avanzan hacia las fronteras del Reich». Sin embargo, la situación no era exactamente ésta. Los Ejércitos utilizados en la Operación «Overlord» se habían detenido temporalmente en un arco que iba desde la bahía del Sena hasta Troyes, a lo largo del trecho superior del río, y los comandantes (Eisenhower, Montgomery y Bradley) estaban enzarzados en encendidas discusiones sobre las posiciones que había que alcanzar a continuación.

Estos problemas habían sido planteados ya globalmente mucho antes de los desembarcos por los oficiales del SHAEF. En su opinión, una vez asegurada una zona del territorio que serviría como base, se produciría una pausa de un mes, por lo menos, que permitiría reconstruir las líneas ferroviarias y los puentes y concentrar los refuerzos y los abastecimientos. Luego, a principios de octubre, los Ejércitos pasarían el Sena, todos al mismo tiempo, dirigiéndose los ingleses hacia el Norte, hacia las Ardenas, y los americanos hacia el Sur, para establecer contacto con las fuerzas de la Operación «Anvil».

Pero el plan, sin embargo, no había previsto que Hitler pudiera decidir combatir la batalla decisiva en Normandía. Y ahora que la había combatido y perdido, la lógica del plan aliado ya no respondía a la situación real. Evidentemente una estrategia más acertada aconsejaba perseguir sin descanso a los Ejércitos alemanes y destruirlos; pero, por desgracia, grandes obstáculos materiales les excluían la posibilidad de organizar una operación de este tipo. Las previsiones tácticas de los autores del plan habían fracasado; pero el programa logístico había seguido su marcha regular, estaba vinculado al concepto de un avance preparado con anterioridad y no podía ampliarse a corto plazo.

Es más, el desarrollo de las operaciones después de la batalla de Normandía había dejado a los Aliados en condiciones más desfavorables que las previstas en los planes, incluso en lo que se refería al avance, pues, como los alemanes los habían detenido en la franja costera durante un período más largo de lo que se había previsto, todos los depósitos de abastecimientos se encontraban mucho menos hacia el interior de lo calculado; además, los combates fueron tan duros que el envío de refuerzos a la infantería y a las unidades acorazadas había tenido prioridad sobre el de las unidades encargadas de abastecimientos y de transportes, y, finalmente, casi todas las fuerzas alemanas que operaban en Francia se hallaban en Normandía, y los bombardeos aéreos a que los Aliados habían sometido las carreteras, los puentes y las líneas ferroviarias que a ella conducían harían más difícil la penetración hacia el interior.

Los planes se basaban en la suposición de que los Aliados sólo podrían avanzar si disponían de una red ferroviaria eficiente o bien de puertos más próximos a la frontera alemana; pero era fácil prever que los alemanes defenderían los puertos y que, una vez conquistados, deberían ponerse de nuevo en condiciones. Por otra parte, era necesario, en primer lugar, conquistar Amberes, puesto que los demás puertos que estaban en ma-

nos aliadas eran demasiado pequeños para hacer frente a todas las necesidades del Cuerpo Expedicionario aliado. La red ferroviaria había sido casi destruida: en Normandía ya no existía, y en el resto del norte de Francia tan sólo llevaba a cabo un cuarto de su actividad normal.

Por lo tanto, las bases normandas no podrían mandar abastecimientos más que en camiones, pero entre éstos eran muy pocos los adecuados para los transportes a larga distancia: apenas 15.000 de los 450.000 desembarcados. Y si las 30 divisiones avanzaban simultáneamente hacia la frontera alemana, sus necesidades diarias desbordarían la capacidad de los medios de transporte. La conclusión inevitable era que algunas divisiones no podrían tomar parte en la persecución.

El problema sobre el que Montgomery y Bradley, con Eisenhower como árbitro, estaba discutiendo era el siguiente. Montgomery insistía en que el SHAEF había considerado siempre el Ruhr como «corazón de Alemania». El camino más corto para llegar a él pasaba por los Países Bajos y, además, ofrecía la posibilidad de conquistar buenos puertos y eliminar las bases de las bombas volantes. Por estos motivos, Montgomery quería aplazar el avance en el sur de Francia, dejar a Patton en la posición que ocupaba y lanzar una sola ofensiva hacia el Nordeste, con el Grupo de Ejércitos XXI y el Ejército 1 americano.

Al principio, Bradley se había mostrado favorable a este plan, pero el 23 de agosto, quizás cediendo ante las presiones de Patton, a las que era siempre sensible, cambió de parecer y afirmó que las vías fluviales de los Países Bajos ofrecerían a los alemanes muy buenas defensas. Temía, además, que Montgomery, conocido por su ponderación y cuyas fuerzas estaban cansadas por haber combatido sin descanso durante dos meses, no supiera aprovechar plenamente todas las ventajas de la situación. Por eso aconsejaba a Eisenhower que se atuviese a la estrategia del ataque simultáneo en dos direcciones, proyectada antes del «D-Day», a pesar de los riesgos logísticos que dicha operación supondría.

Eisenhower, sospechando que Hitler desplegaría, con un movimiento de prestidigitador, un nuevo Ejército, aceptó los argumentos de Bradley; pero por razones no exclusivamente militares. Temía las reacciones de la opinión pública si se le «quitaba a Patton el balón cuando todos sabían que iba a lanzarlo a puerta». La máxima concesión que Montgomery consiguió arrancarle fue la facultad de guiar al Ejército 1 americano en lo que concernía a la «coordinación operativa» y de ejercer el mando sobre las cuatro divisiones aerotransportadas presentes en Gran Bretaña.

La directiva emanada por Montgomery el 26 de agosto, preveía, por lo tanto, un ataque sobre dos direcciones. El Grupo táctico británico tenía el cometido de aniquilar a las fuerzas enemigas en el nordeste de Francia y en Bélgica, eliminando las bases de lanzamiento de las *V-1* y de las *V-2* y ocupando el puerto de Amberes, después de lo cual debía penetrar en el Ruhr. Conduciría el avance el Ejército 2 británico, que avanzaría hacia Bruselas, pasando por Amiens y Arras, sin preocuparse de la marcha de las otras unidades empeñadas en la operación. El avance del Ejército 1 canadiense sería, inevitablemente, más lento, pues su misión era la de rastrillar la costa del canal de la Mancha. El Grupo de Ejércitos XII americano, cuyo cometido esencial era apoyar a las fuerzas británicas, debía avanzar por su izquierda. Por lo tanto, los abastecimientos para el Ejército 1 estadounidense tendrían prioridad sobre los destinados al 3, que era el de Patton, orientado hacia Lorena. Las disposiciones de Montgomery terminaban con la orden de «avanzar con la máxima decisión, sin hacer concesiones a la cautela o a la tendencia a detenerse en las posiciones».

Patton no necesitaba recomendaciones: sus fuerzas acorazadas ya se estaban dirigiendo directamente hacia el Mosa y, mientras tanto, el Ejército 1 americano de Hodges se preparaba para dejar París. No obstante, los británicos y los canadienses debían cruzar todavía el Sena, cuyos puentes habían sido destruidos y cuya orilla derecha defendían aún los alemanes, aunque sin mucho ardor; pero, de todas formas, con el suficiente para obligar a la División 43 a pagar un duro precio en Vernon y a la 15 en Louviers. No obstante, el 28 de agosto, por la noche, las unidades de pontoneros ya habían tendido puentes Bailey tanto en Vernon como en Louviers y las columnas acorazadas los cruzaron en las primeras horas del día siguiente.

La fase operativa que ahora se esbozaba ofrecía a las tres divisiones británicas de vanguardia (la 7, la 11 y la División acorazada de Guardias) la posibilidad de efectuar una rápida penetración. Hasta la zona central de Bélgica el terreno era llano, abierto y sin bosques, cruzado por carreteras de mucho tráfico y, prácticamente, sin obstáculos del tipo del curso de los ríos; además, había poquísimos soldados alemanes, que por otra parte, no contaban con equipo pesado. Los Aliados encontrarían muy pocos cañones de 88 mm y aún menos carros de combate a lo largo de su dirección de avance hacia el Este, por lo que las brigadas acorazadas podrían adoptar, desde el comienzo, una formación abierta: el regimiento blindado de cabeza, desplegado sobre el frente y escalonado en profundidad, conduciría el avance; le seguirían los carros de combate, dispuestos sobre un frente de dos regimientos; los otros dos (incluyendo el regimiento de exploración), el batallón motorizado y la brigada de infantería motorizada, formarían la retaguardia.

No obstante, ninguna de las brigadas pudo avanzar sin dificultades el primer día; en parte porque los hombres estaban aún dominados por la sensación de encierro producida por el bosque y, en parte, porque los pueblos estaban muy bien guarnecidos por la retaguardia alemana. No obstante, el día 30, los carros de combate llegaron a Beauvais y el mismo día, al atardecer, cuando la División de Guardias llegó para relevar a la Brigada Acorazada 8, situada a la derecha, el Cuerpo de Ejército XXX recibió órdenes de reanudar el avance para apoderarse de los puntos de cruce del Somme, al este y al oeste de Amiens.



Columnas acorazadas pertenecientes al Ejército 1 canadiense cruzan el Sena por un puente «Bailey», en las cercanías de Elbeuf. *(Associated Press)*

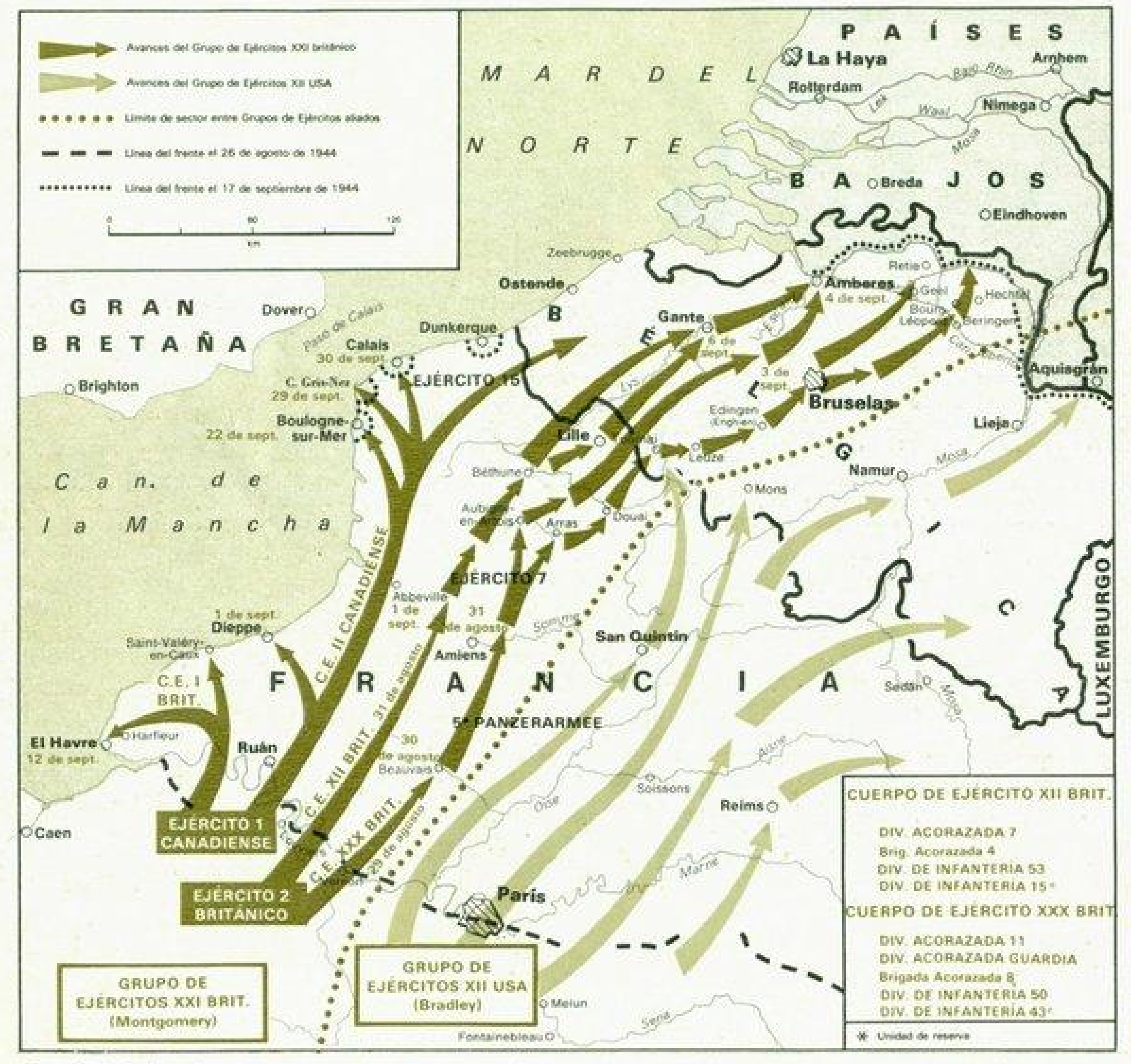
Era una empresa muy excitante, pero no irreflexiva. En este momento, el Estado Mayor del Ejército 2 estaba convencido de que la línea defensiva alemana no era más que una frágil barrera ya resquebrajada, por lo que las unidades acorazadas tendrían plena libertad de movimiento. La valoración de la potencia enemiga era exacta, y los cinco días siguientes fueron testigos del más profundo y rápido avance llevado a cabo por las fuerzas acorazadas británicas en toda la guerra.

Al amanecer, los vehículos de cabeza de la División Acorazada 11 se encontraban en la periferia de Amiens y poco antes de las 11 ambos puentes, poco vigilados por los alemanes, habían caído en sus manos. También los del este de la ciudad, bautizados con los nombres convencionales de *Faith* (fe), *Hope* (esperanza) y *Charity* (caridad) los había conquistado intactos el regimiento de autoametralladoras del Cuerpo de Ejército, el 2.º *Household Cavalry*.

Los alemanes que guarnecían *Faith*, *Hope* y *Charity* demostraron estar muy mal informados y ser muy lentos en actuar. El *Household Cavalry* consiguió adelantárseles, y cuando los germanos se decidieron a hacer saltar los detonadores de las minas era ya demasiado tarde. La línea del ato Somme, por la que en agosto de 1918 se había batido todo un Cuerpo de Ejército, había caído en pocos minutos en manos de un grupo de autoametralladoras.

Al día siguiente, 1 de septiembre, la División de Guardias y la División Acorazada 11 avanzaron sobre Arras y Aubigny-en-Artois, a orillas del río Scarpe, recorriendo otros 56 km hacia el Nordeste. Se produjo de vez en cuando alguna escaramuza, pues los alemanes que se retiraban de la costa penetraban en sus líneas; pero no encontraron una resistencia organizada. Aquella tarde se enteraron de que, al día siguiente, tendrían que continuar el avance hacia la frontera belga.

Sin embargo, se suspendió la orden provisionalmente, pues el Mando Supremo, que estaba proyectando un lanzamiento paracaidista en Tournai, con el fin de cortar la retirada a los ale-



Después de haber rebasado las cabezas de puente sobre el Sena, las unidades del Ejército 2 británico se empeñaron en una verdadera carrera hacia territorio belga. Penetrando en cuña entre el Ejército 7 y la 5.ª *Panzerarmee*, el Cuerpo de Ejército XXX consiguió progresos rapidísimos, conquistando Bruselas el día 3 de septiembre, mientras el Cuerpo de Ejército XII, superada la resistencia opuesta por el Ejército 15 alemán, alcanzó Amberes el 4 de dicho mes. El 6 de septiembre, el Ejército 2 reemprendió el avance hacia Holanda, y el 13 ya se había asegurado cabezas de puente sobre los canales Alberto y Mosa-Escalda, a pesar de la resistencia opuesta por los alemanes.

"EL GRAN SALTO"

25-27 de agosto: los Cuerpos de Ejército XII y XXX británicos atraviesan el Sena.

29 de agosto: el Cuerpo de Ejército XXX inicia un rápido avance hacia Bélgica, pero la resistencia alemana limita la penetración inicial a sólo 32 km.

30 de agosto: el Cuerpo de Ejército XXX recibe la orden de conquistar los puentes sobre el Somme, cerca de Amiens.

31 de agosto: a las 11 todos los puentes principales son sólidamente ocupados. El Cuerpo de Ejército XII empieza a avanzar desde el Sena.

1 de septiembre: la División de Guardias y la División Acorazada del Cuerpo de Ejército XXX alcanzan Arras y Aubigny-en-Artois. Unidades del Cuerpo de Ejército XII atraviesan el Somme.

2 de septiembre: el Cuerpo de Ejército XXX recibe la orden de frenar su avance en espera de un proyectado lanzamiento de paracaidistas.

3 de septiembre: se revoca la orden de lanzamiento de paracaidistas y dos brigadas de la División acorazada de Guardias –la 32 y la 5– avanzan sobre direcciones paralelas, teniendo como objetivo Bruselas. La carrera la gana por poco margen la Brigada 32. El Cuerpo de Ejército XII está detenido, empeñado en combates alrededor de Béthune.

4 de septiembre: la División Acorazada 11 entra en Amberes.

5 de septiembre: la División Acorazada 7 del Cuerpo de Ejército XII entra en Gante.

6 de septiembre: la División Acorazada 11 y la División acorazada de Guardias reanudan su avance desde Amberes y Bruselas.

8 de septiembre: la División Acorazada 50 atraviesa el canal Alberto en Geel.

10 de septiembre: tras haberse visto obligada a detenerse dos días en Hechtel, donde resisten los alemanes, la División acorazada de Guardias logra penetrar hasta De Groot.

13 de septiembre: la División 15 rebasa el canal Mosa-Escalda, cerca de Retie.

manes, no podía terminar los preparativos hasta el 3 de septiembre, por lo que era preferible no hostigar demasiado al enemigo. Por eso, el 2 de septiembre, los ingleses avanzaron con calma hasta Lens y Douai, una marcha de 24 km, sin más obstáculo que la acción retardadora que producían las poblaciones entusiastas.

Los perseguidores acogieron, pues, con agrado, esta inactividad parcial, a pesar de la noticia, que llegó a última hora de la tarde, de que se había suspendido el lanzamiento paracaidista. No se podía obrar de otra manera, pues Bradley, que consideraba que era preferible utilizar los aviones para abastecer a las unidades terrestres avanzadas en vez de multiplicar los problemas logísticos lanzando paracaidistas en posiciones todavía más avanzadas, había ordenado un desplazamiento de la dirección del Cuerpo de Ejército VII americano, que lo condujo a la zona antes elegida para el lanzamiento. La consiguiente redada de prisioneros no fue ciertamente menos numerosa que la que se habría producido tras el lanzamiento de tropas aerotransportadas, y así, al día siguiente, el Cuerpo de Ejército XXX pudo reanudar el avance a pleno ritmo. Aquella misma tarde llegaron las órdenes: la División Acorazada 11 debía dirigirse hacia Amberes y la División de Guardias hacia Bruselas.

La gran carrera

No se podía alcanzar Amberes en un solo día; en cambio eso era posible hacerlo con respecto a Bruselas, a condición, no obstante, de que la División de Guardias iniciase una carrera de velocidad. Y el general Adair organizó precisamente el avance de sus fuerzas como una carrera, asignando una carretera distinta a cada una de sus brigadas y fijando como meta el punto de unión de Bruselas.

La Brigada 32 se puso en marcha, desde la línea de partida, la mañana del 3 de septiembre, precediendo ligeramente a la 5, y fue la primera en pasar por Tournai, ya en manos de los americanos gracias a la iniciativa de Bradley. No obstante, se retrasó en Leuze, donde tuvo que empeñarse en combate, y entonces la segunda columna ganó tiempo. Después, la marcha de la Brigada 32 se vio de nuevo retrasada, esta vez en Edingen (Enghien), por lo que la unidad parecía destinada a perder la carrera; mas, ya mediada la tarde, el general de brigada ordenó al regimiento de exploración divisionario *Welsh Guards*, dotado de los veloces carros de combate *Cromwell*, que avanzara inmediatamente. Los *Cromwell*, forzando la marcha a 80 km por hora, llegaron a la meta precediendo por muy poco a los *Sherman*, más lentos, de los granaderos.

La División Acorazada 11 los había seguido de cerca. Aunque tuvo que combatir una serie de escaramuzas con los alemanes, el 3 de septiembre había recorrido no menos de 104 km, efectuando una conversión en torno a Lille, que se encontraba todavía en manos alemanas y dejándole a la División 50 el cometido de liberarla. Había acampado durante la noche en Alost, a sólo 40 km de Amberes, donde entró a las 14 horas del día 4, recorriendo carreteras secundarias cuyos puentes no se habían volado. Un escuadrón del 3.er Regimiento de carros cruzó con gran rapidez la ciudad y se precipitó hacia el puerto, donde descubrió que las instalaciones estaban intactas.

Esta afortunada circunstancia se debía a un error táctico de los alemanes, que jamás tuvieron la intención de abandonar la ciudad, hasta el punto de que algunas de sus unidades se estaban dirigiendo hacia ella en aquel momento. El enemigo no tardó en neutralizar gran parte de los resultados conseguidos por la División Acorazada 11 volando, en primer lugar, todos los puentes sobre el canal Alberto y guarneciendo además los puntos de cruce; después, como segunda medida, estableció posiciones defensivas en ambas orillas del estuario del Escalda, vía de acceso al puerto por el mar. Esta era una demostración de que los alemanes se estaban recuperando; pero la División Acorazada 7, que protegía el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército XXX, tuvo pruebas aún más evidentes de tal recuperación. En efecto, dejó el Sena dos días después que los demás y, una vez cruzado el Somme (un día después), entre el 3 y el 4 de septiembre logró pasar con dificultad dos canales (el Aire y La Bassée) cerca de Béthune, pues chocó con una división enemiga de refresco. Al final, el comandante decidió abandonar la dirección de avance del Cuerpo de Ejército XII, pasar el este de Lille, siguiendo el itinerario de las vanguardias del Cuerpo de Ejército XXX y reanudar desde allí el avance hacia Gante. Alcanzó su objetivo el 15 de septiembre; pero la ciudad no quedó despejada hasta el día siguiente.

Era evidente que el Cuerpo de Ejército XXX había tenido la suerte de penetrar en una brecha abierta entre las unidades alemanas en retirada. El grueso de la 5.ª *Panzerarmee* y del Ejército 7 llevaron a cabo un repliegue hacia el sur de Bélgica, Luxemburgo y Lorena, mientras el grueso del Ejército 15 permaneció afianzado en la costa. El

Cuerpo de Ejército XXX se introdujo, como una cuña, entre estas unidades. Sin embargo, el Ejército 15 alemán, que disponía de seis divisiones frescas (las últimas existentes en el teatro de operaciones occidental) estaba en condiciones de oponer una pantalla bastante consistente al avance del Cuerpo de Ejército XII en el Paso de Calais, dejando en los puertos fuertes guarniciones para mantener empeñados a los canadienses y para poder pasar al otro lado del Escalda a los supervivientes de sus unidades aniquiladas. La habilidad de Zangen para estas cosas era inigualable, y el 4 de septiembre, cuando Hitler extendió al estuario del Escalda el *status* de «fortaleza», le pudo anunciar que lo había puesto ya en situación de defensa y estaba constituyendo una reserva con los numerosos restos de las unidades en retirada.

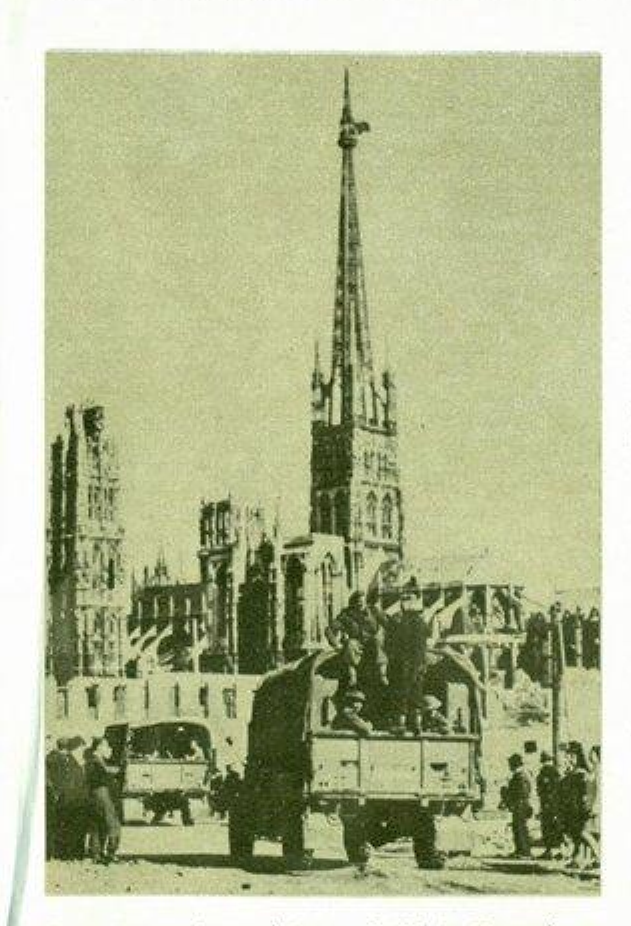
Sin embargo, hasta el citado 4 de septiembre, la brecha entre Amberes y Lieja quedó prácticamente fuera de los límites del sector puesto bajo la responsabilidad de un comandante. Por ello, ese mismo día, Hitler volvió a llamar a Rundstedt, reintegrándolo al cargo de comandante en jefe del sector occidental y dejando libre a Model para que se dedicara exclusivamente a los cometidos del Grupo de Ejércitos B; también anunció la constitución de un nuevo Ejército, el 1.º paracaidista, mandado por Student, confiándole la defensa de la línea de los canales belgas. En realidad, de Ejército tenía sólo el nombre; pero la amenaza británica había impulsado a Goering a proporcionar unas decenas de miles de hombres, entre paracaidistas ya adiestrados y personal de tierra de la *Luftwaffe*, a los que se transportó apresuradamente a los canales Alberto y Mosa-Escalda, empezando los preparativos para la defensa.



Bruselas, 3 de septiembre de 1944: columna motorizada británica de la División de Guardias avanza lentamente entre la multitud entusiasmada. Los elementos de la Brigada 32 británica fueron los primeros en llegar, con los carros *Cromwell*, a la capital belga, precediendo por muy poco a los *Sherman*, más lentos, de la Brigada 5. (Imperial War Museum)

El Rhin «sin cruzar»

Montgomery estaba más convencido que nunca de que sería conveniente aprovechar la debilidad y la desorganización del enemigo, mientras durasen, para «pasar con impulso el Rhin» con las unidades británicas que se encontraban más cerca del río y que no tenían ante sí el obstáculo de la Línea Sigfrido. Por ello, a pesar de las crecientes dificultades logísticas, el 4 de septiembre decidió continuar el avance en dirección a Holanda, dejando a los canadienses la misión de limpiar las direcciones de acceso a Amberes. Además, pidió a Eisenhower que detuviera la ofensiva de Patton en Lorena, que, a su modo de ver, provocaba una perjudicial dispersión en los transportes, y que concentrase todos los medios disponibles para «un único y vigoroso ataque dirigido contra Berlín». Mientras tanto, adoptó todas las medidas posibles para potenciar su sistema de abastecimientos, sobre todo reduciendo el flujo de los mismos a Normandía y sustrayendo camiones de las bases. El 6 de septiembre se abrió en Bruselas una nueva carretera militar, que contribuyó notablemente a ayudar a los escalones logísticos divisionarios y de Cuerpo de Ejército, que hasta entonces habían tenido que transportar los abastecimientos desde el Sena.



Tropas pertenecientes al Cuerpo de Ejército II canadiense entran en Ruán el 31 de agosto de 1944. Mientras los Aliados avanzaban hacia Bélgica, el Ejército 7 y la 5.ª *Panzerarmee* se retiraban hacia el Este. (Archivo Rizzoli)

El mismo día, la División 11 y la División acorazada de Guardias reanudaron el avance desde Amberes y Bruselas. El canal Alberto se hallaba muy fuertemente defendido cerca de Amberes y la División 11, débil en cuanto a unidades de infantería y no pudiendo efectuar grandes progresos, abandonó al día siguiente su sector a la División 50, trasladándose al flanco derecho de la División de Guardias. El 6 de septiembre se ocupó Lovaina (Leuven) sin gran dificultad, pero el 7 los ingleses tuvieron que combatir duramente para conquistar y mantener la posesión del punto de cruce, del canal Alberto, en Beringen. El día 8 de septiembre la División 50 se apoderó de otro punto de cruce, en Gell, al este de Amberes, y cinco días después, la División 15, que la había relevado, ocupó un tercer punto cerca de Retie.

El avance de la División de Guardias hacia el Mosa-Escalda encontró una dura resistencia, pues los alemanes ocupaban las carreteras principales que llevaban a Hechtel, a través de Bourg-Léopold y Helchteren, y amenazaban también los enlaces con el Cuerpo de Ejército VII americano, que se había situado en el flanco derecho después de una detención forzada de dos días, en las proximidades de Lieja, por falta de carburante. La batalla por el «páramo desolado» duró dos días. La resistencia enemiga no cesó hasta el 10 de septiembre, cuando llegó la *Household Cavalry*, avanzando por un camino que no señalaban los mapas y permitiendo al Grupo táctico irlandés (compuesto por el II Batallón acorazado y por el I Batallón de los *Irish Guards*) desplazarse hasta más allá de Hechtel sin entrar en ella y sorprender a los alemanes, que defendían los puentes de De Groot.

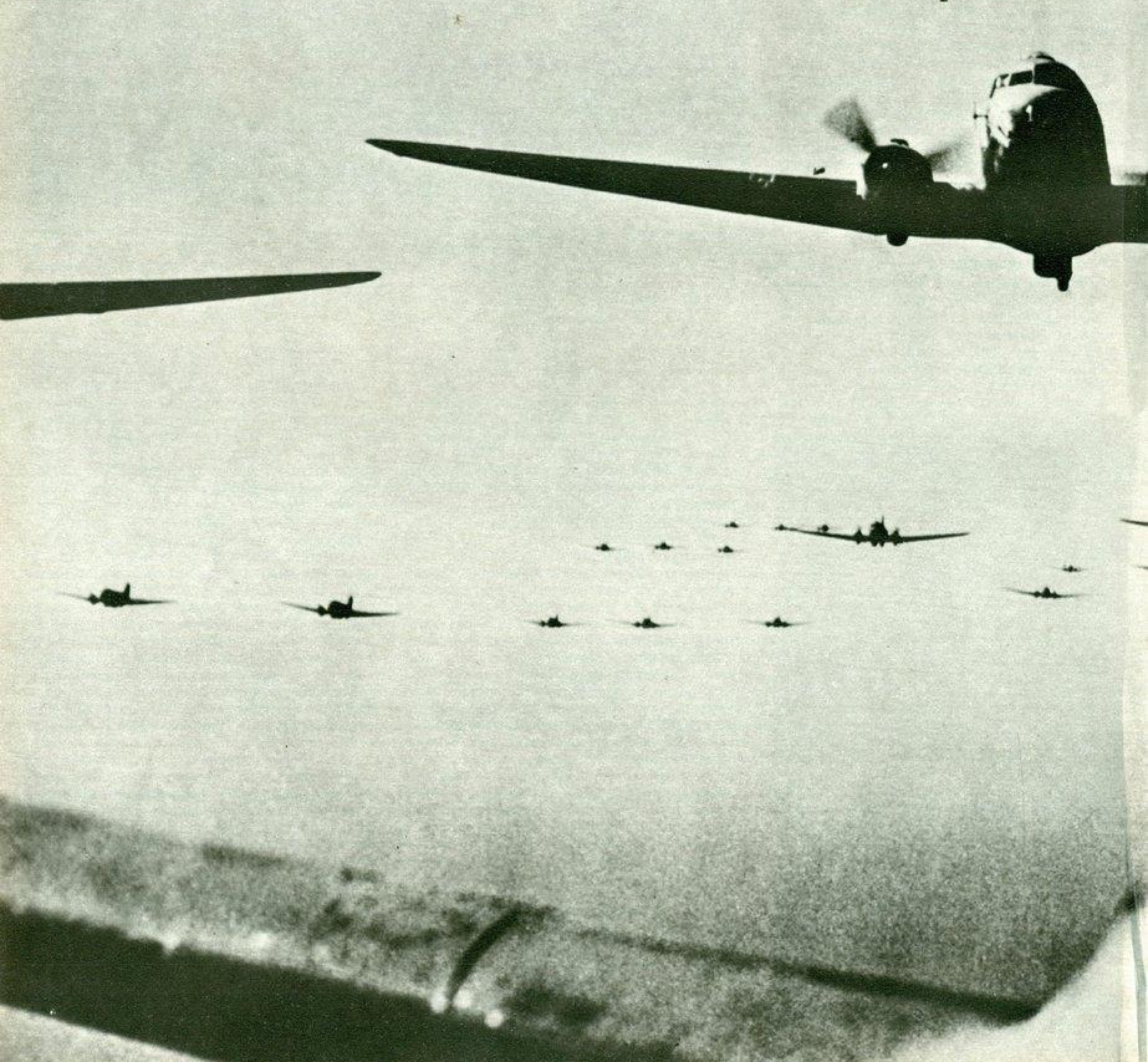
De Groot es un puesto fronterizo, y a sólo 24 km de distancia se encuentra Eindhoven, una localidad que aquel 10 de septiembre causó no pocas preocupaciones a Montgomery y a Eisenhower. El comandante supremo, que a causa de la herida sufrida había permanecido lejos de sus comandantes durante más de una semana, fue aquella mañana en avión a Bruselas para reunirse con ellos y atender una insistente petición de medios por parte de Montgomery, con el fin de mantener el impulso de su avance hacia el Rhin. Los dos generales se pusieron de acuerdo basándose en un compromiso: se reducirían los abastecimientos destinados a Patton y el Ejército aerotransportado aliado «extendería una alfombra» a través de Holanda, desde Eindhoven y Nimega hasta Arnhem, a lo largo de la cual avanzaría el Cuerpo de Ejército XXX para «pasar con impulso el Rhin» y dirigirse hacia el Ijssel Meer.

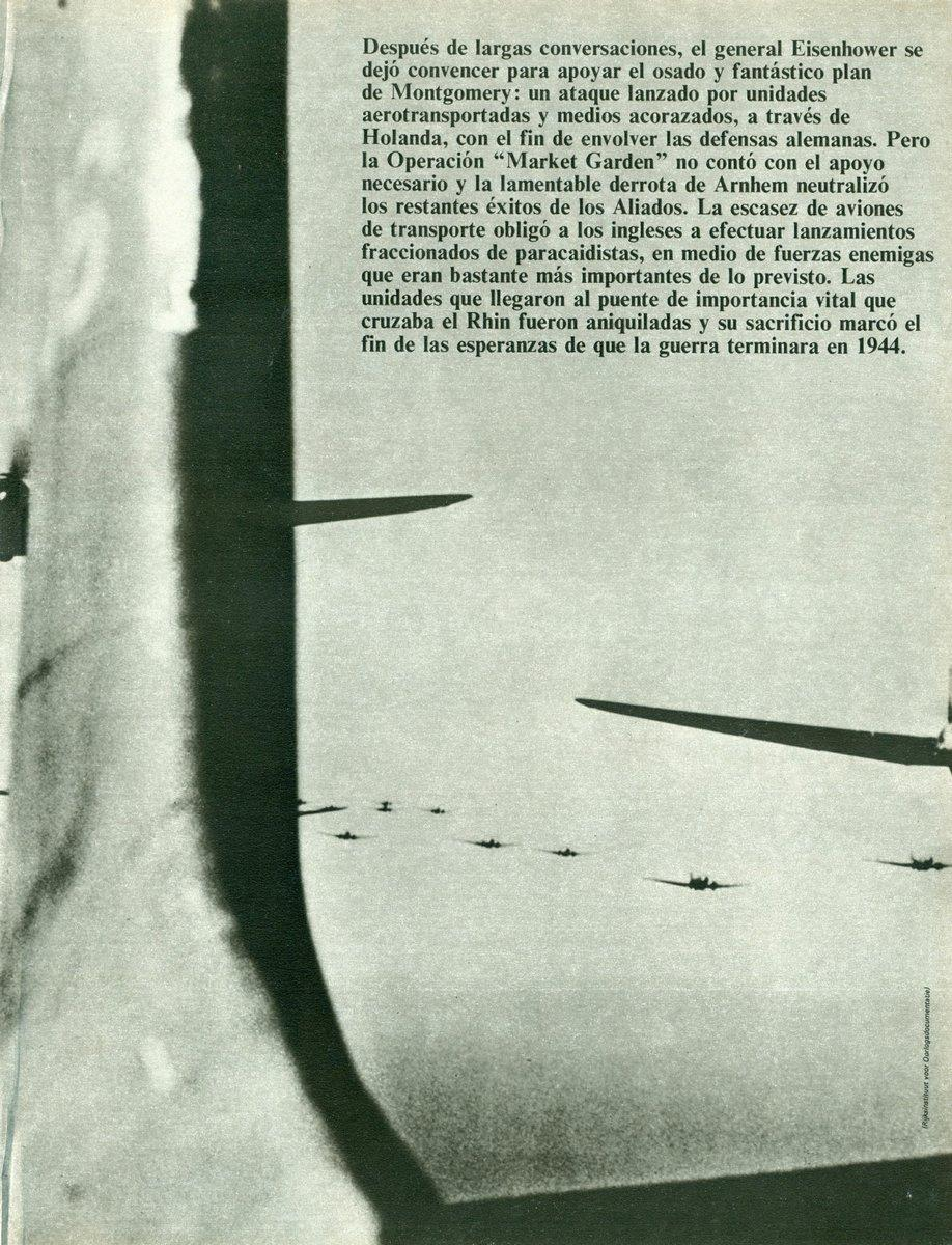
Si el intento no salía bien, Montgomery probablemente se tendría que arrepentir de haber tomado la decisión, el 4 de septiembre, de aplazar la limpieza de las direcciones de acceso a Amberes, pues la conquista de un punto de apoyo en Holanda no podía compensar el retraso en la apertura de una vía de comunicación principal más corta para los abastecimientos de los Ejércitos. Al contrario, aumentaría las dificultades de las tropas, obligándolas a operar en un frente más extenso y a seguir una marcha más lenta. Y, lo que era aún peor, podría inducir a Hitler a aprovechar al máximo «la oscuridad y la niebla» invernales, elementos con los que tanto contaba, mucho más de lo que incluso esperaban los que no confiaban en que la guerra concluyera en 1944.

ARNHEM

Holanda, septiembre 1944

Christopher Hibbert





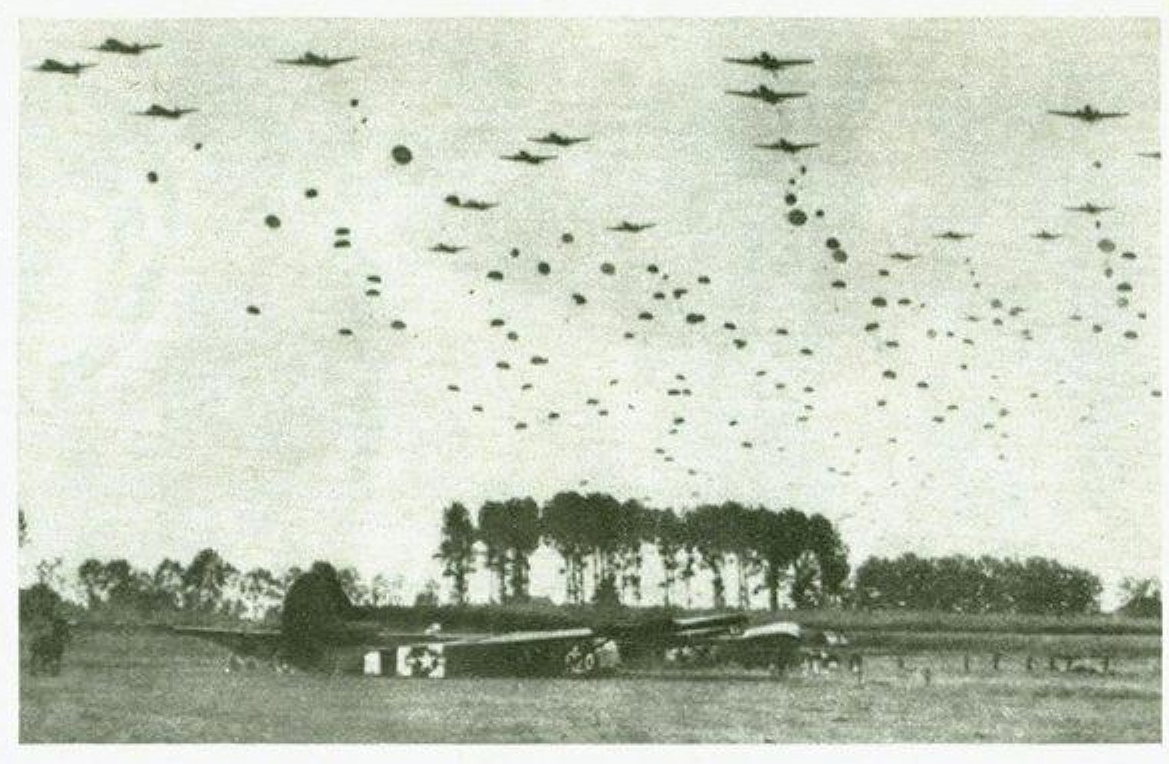
Después de largas conversaciones, el general Eisenhower se dejó convencer para apoyar el osado y fantástico plan de Montgomery: un ataque lanzado por unidades aerotransportadas y medios acorazados, a través de Holanda, con el fin de envolver las defensas alemanas. Pero la Operación "Market Garden" no contó con el apoyo necesario y la lamentable derrota de Arnhem neutralizó los restantes éxitos de los Aliados. La escasez de aviones de transporte obligó a los ingleses a efectuar lanzamientos fraccionados de paracaidistas, en medio de fuerzas enemigas que eran bastante más importantes de lo previsto. Las unidades que llegaron al puente de importancia vital que cruzaba el Rhin fueron aniquiladas y su sacrificio marcó el fin de las esperanzas de que la guerra terminara en 1944.

(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)

Mientras los Ejércitos aliados se aproximaban lentamente a las fronteras de Alemania, la resistencia enemiga se endurecía. El general Dempsey, que dirigía las operaciones del Ejército 2 británico, advertía continuas señales de la cada vez más resuelta defensa opuesta por los alemanes. Muchas veces, sus vanguardias se vieron forzadas a detenerse frente a las unidades formadas por la *Hitler Jugend*. Estos combatientes fanáticos, atrincherados en grupos aislados de casas u ocultos en los pantanos inaccesibles, defendían con encarnizamiento las puertas de su patria.

Fue en estas circunstancias cuando Montgomery concibió el plan de romper rápidamente la línea defensiva alemana mediante una serie de lanzamientos de paracaidistas. Esperaba que la conquista de determinado número de puentes entre la frontera holandesa y el Bajo Rhin abriría camino al Ejército 2, permitiéndole avanzar velozmente a través de Holanda para penetrar en las llanuras de Alemania septentrional.

Teniendo en cuenta que el impulso inicial del avance aliado había experimentado una disminución de su ritmo a fines de la primera semana de septiembre, Montgomery tuvo la seguridad de que aquel era precisamente el momento más oportuno para emplear las fuerzas aerotransportadas. Tras la conquista de los puentes holandeses, podrían lanzar el Ejército 2 a un ataque que le situaría en un extenso frente vuelto hacia el Este, entre Arnhem y Zwolle; por lo tanto, una vez constituida una profunda cabeza de puente a través del Ijsel Meer, se encontraría en una posición muy fuerte, desde la que podría desencadenar aquel «poderoso y violento golpe al corazón de Alemania» que había decidido lanzar.



Las tropas aliadas destinadas al ataque contra las divisiones alemanas en Holanda descienden sobre las zonas de lanzamiento previstas. Un contingente de 1000 cazas norteamericanos procedió a garantizar la cobertura aérea, tanto durante el transporte de las tropas como después de que se hubieran realizado los aterrizajes. Además se llevaron a cabo reconocimientos armados sobre objetivos y misiones diversivas fuera del sector de operaciones. (Imperial War Museum)

Los principales puentes por conquistar eran cinco: uno, en el canal Wilhelmina, a más de 30 km de la frontera holandesa; otro, en el canal Zuid Willensvaart, 16 km más al Norte, y los otros tres, respectivamente, en el Mosa, en el Waal y en el Bajo Rhin. Se lanzaría una división del Ejército aerotransportada en la zona comprendida entre Eindhoven y Uden, con el fin de conquistar los dos puentes sobre los canales y para desembarazar el camino entre uno y otro; una segunda división debería asegurarse la posesión del puente sobre el Mosa, en Grave, y del que cruza el Waal, en Nimega, mientras una tercera sería lanzada en Arnhem para ocupar el punto de cruce del Bajo Rhin, de 135 metros de ancho.

Se trataba de un plan ambicioso, pero audaz y genial, y de haber tenido éxito las ventajas habrían sido incalculables. En efecto, se habría envuelto la Línea Sigfrido, con lo que los Aliados hubieran dispuesto de un trampolín de lanzamiento para entrar en territorio alemán, y además, una vez el Ejército 2 hubiese iniciado su avance hacia el Ijssel Meer, todas las unidades alemanas presentes en Holanda occidental habrían quedado aisladas.

Naturalmente, el plan no dejó de suscitar críticas. El general Bradley hablaba desdeñosamente del «saliente de 96 km que sería preciso formar avanzando a lo largo de una dirección secundaria», y se mostraba preocupado por el peligroso vacío que se crearía entre el Ejército 2 británico y el Ejército 1 norteamericano, ya duramente empeñado. El general Dempsey, que recibía de los oficiales del Servicio de Información noticias sobre la creciente actividad alemana en Holanda central, sobre todo en torno a Arnhem y Nimega, era de la opinión de que sería preferible lanzar el golpe, juntamente con las fuerzas norteamericanas, en dirección Este, hacia el Rhin y a la altura de Wesel, más que «penetrar en Holanda por una dirección tangencial».

El 10 de septiembre, Dempsey fue a ver a Montgomery para convencerle de que aceptase su punto de vista. Pero Montgomery le dijo que acababa de recibir una comunicación del ministerio de la Guerra en la que se le preguntaba qué se podría hacer para conquistar o neutralizar las bases próximas a La Haya, desde las que se lanzaban las *V-2* alemanas. La demanda excluía toda discusión posterior y el ataque por el Norte no podía diferirse más.

Dempsey, por lo menos, pudo tener la reconfortante certidumbre de que la dirección de avance que seguiría su Ejército sería imprevisible y que, en consecuencia, el enemigo quizás se vería sorprendido; además, también las operaciones preliminares al lanzamiento se podrían realizar a una distancia no excesiva de las bases británicas.

Sólo «prioridad limitada»

A juicio de Montgomery y de Dempsey, resultaba completamente inadecuada, en lo que concierne a abastecimientos y a transportes suplementarios proporcionados por los americanos, la «prioridad limitada» que Eisenhower había decidido conceder a la operación aerotransportada. Por su parte, los norteamericanos consideraban injustificada incluso esta «prioridad parcial», pues ellos mismos no podían renunciar a aquella mínima cantidad de abastecimientos y de transportes. Pero Montgomery, que no tenía la menor comprensión para los problemas políticos de Eisenhower, continuó insistiendo en la necesidad de obtener prioridad absoluta sobre todas las restantes operaciones.

Ya se había utilizado en su totalidad las reservas del Grupo de Ejércitos XXI; de Inglaterra habían prometido el envío de nuevas compañías de transportes, pero lo cierto era que aún no habían llegado; incluso los chasis de remolque –vehículos para el transporte de los carros de combate– se empleaban para el transporte de los abastecimientos esenciales y, en consecuencia, gran parte de la artillería pesada y de los cañones antiaéreos del Ejército 2 se habían visto temporalmente inmovilizados al ser privados de sus medios de arrastre.

El Cuerpo de Ejército del teniente general Brian Horrocks, al que se había confiado la misión de conducir el ataque del Ejército 2 en cuanto las tropas paracaidistas hubieran conquistado los puentes, no podía contar con el apoyo del Ejército 1 norteamericano mientras Patton siguiera avanzando hacia el Sur; por ello se decidió que el apoyo se lo proporcionaría el Cuerpo de Ejército VIII británico, trasladado a su derecha. Sin embargo, los vehículos de transporte del citado Cuerpo de Ejército VIII ya se empleaban en gran parte en otras unidades del Ejército 2 y los suplementarios facilitados por los norteamericanos no serían suficientes para suplir aquella carencia.

OPERACIÓN "MARKET GARDEN"

17 de septiembre de 1944: se inicia la Operación "Market Garden" con el aterrizaje de la División Aerotransportada 1 británica cerca de Arnhem, de la División Aerotransportada 101 norteamericana en los alrededores de Eindhoven, de la 82 cerca de Grave y Nimega y con el avance del Cuerpo de Ejército XXX británico desde la frontera holandesa. La División 82 aterriza sin dificultades y conquista los puentes del Mosa y del canal Mosa-Waal; pero encuentra una obstinada resistencia en Nimega. También la División 101 conquista los puentes que se le habían asignado como objetivo; en cambio, los paracaidistas británicos encuentran la carretera hacia Arnhem bloqueada por ingentes fuerzas alemanas: sólo un batallón logra llegar al puente, donde queda aislado.

18 de septiembre: un contraataque alemán neutraliza el intento norteamericano de conquistar el puente de Nimega. Los alemanes lanzan violentos ataques contra el perímetro defensivo de Arnhem para impedir la llegada de refuerzos.

19 de septiembre: las vanguardias del Cuerpo de Ejército XXX británico enlazan en Nimega con los paracaidistas norteamericanos. En Arnhem fracasan todos los intentos de romper las defensas enemigas para llegar al puente.

20 de septiembre: en Nimega, un ataque combinado de la División Aerotransportada 82 norteamericana y del Cuerpo de Ejército XXX británico acaba con la conquista del puente.

21 de septiembre: en Arnhem las tropas británicas que defienden el puente son arrolladas; el resto de la división forma un perímetro defensivo en la orilla septentrional del Bajo Rhin, al oeste de Oosterbeek.

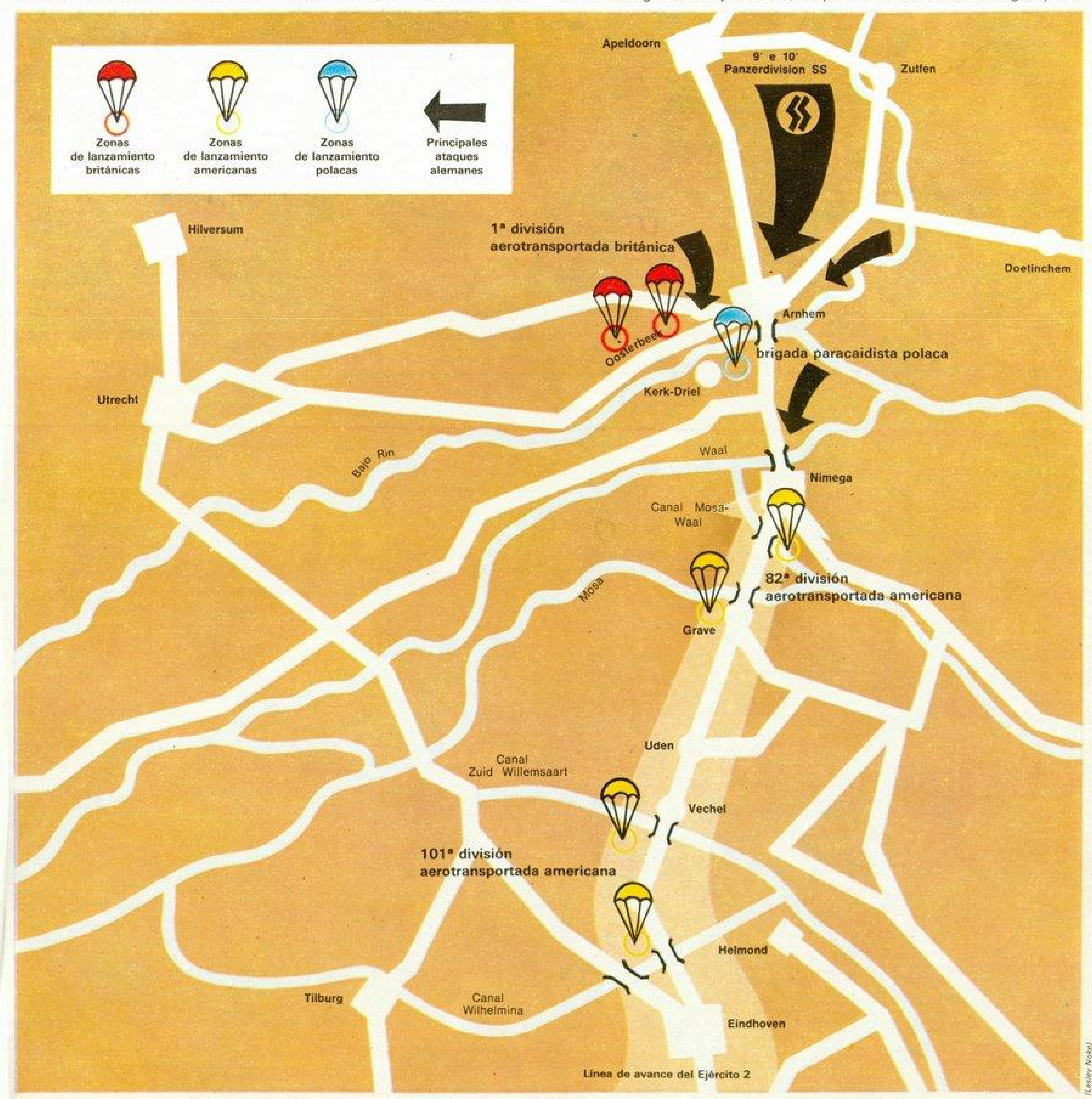
22 de septiembre: la resistencia alemana retarda el avance del Cuerpo de Ejército XXX; comienza a aterrizar, al sur del río, la brigada polaca.

23 de septiembre: los esfuerzos de los polacos y de las vanguardias del Cuerpo de Ejército XXX para atravesar el río son rechazados.

25 de septiembre: comienza la evacuación de los restos de las tropas paracaidistas.

LA MAYOR OPERACIÓN DE DESEMBARCO AÉREO JAMÁS REALIZADA

La Operación "Market Garden" se inició la mañana del domingo 17 de septiembre de 1944. La primera parte del plan elaborado por Montgomery se desarrolló sin incidentes: la División 101 norteamericana, que aterrizó entre Vechel y Eindhoven, conquistó los puentes del canal Zuid Willemsvaart y por la noche logró atravesar el canal Wilhelmina, abriendo camino a las fuerzas acorazadas británicas del Ejército 2, que avanzaron en dirección a Nimega. En este punto, la División Aerotransportada 82 norteamericana, que el 17 de septiembre había logrado apoderarse de los puentes sobre el Mosa y el canal Mosa-Waal, combatía todavía por la posesión del puente sobre el Waal, que no conquistó hasta el 20 de septiembre mediante un ataque combinado. Quedaba abierto así el camino hacia Arnhem. Pero en Arnhem, desde hacía más de tres días, las tropas británicas combatían una batalla desesperada. La División Aerotransportada 1 tomó tierra lejos de la ciudad, y las fuerzas alemanas fueron muy rápidas en su reacción. Al llegar a tres kilómetros de Arnhem, el Batallón III encontró una encarnizada resistencia que fue aumentando cada vez más, mientras el Batallón II, el único que logró llegar al puente de carretera, quedó aislado. Después de haber sostenido durísimos combates, el día 21 de septiembre el grueso de la división británica se retiró a una cabeza de puente cerca de Oosterbeek, con la esperanza de poder resistir hasta la llegada de refuerzos. Pero en la carretera, entre Nimega y Arnhem, la 10.ª *Panzerdivision* disputaba cada metro de terreno a las fuerzas aliadas. En el ínterin, las condiciones atmosféricas habían empeorado y hasta el 22 de septiembre no fue posible lanzar la brigada paracaidista polaca al sur de la cabeza de puente británica; a su vez fracasaron los repetidos intentos realizados por los hombres de Sosabowski de pasar a la orilla opuesta del Bajo Rhin. Las tropas británicas de la División 1 estaban ya en el límite de sus fuerzas, y a partir del 25 de septiembre fue necesario iniciar la evacuación de la cabeza de puente. Al no conseguirse el objetivo final, la operación había fracasado en gran parte.



Por este motivo, el 11 de septiembre Montgomery comunicó a Eisenhower que la operación de desembarco aéreo no podría llevarse a cabo, como se había establecido, el 17 de septiembre, y que era preciso aplazar el ataque hasta el 21, o quizá hasta más tarde aún, y que a causa de este aplazamiento se debía esperar «una resistencia mayor y progresos más lentos».

Esta advertencia, expresada sin ambigüedades, obtuvo el efecto deseado. Al día siguiente Eisenhower envió al cuartel general de Montgomery a su jefe de Estado Mayor, con la promesa de que se pondrían a disposición del mariscal británico bastantes compañías norteamericanas de camiones, que se enviarían a Bruselas diariamente 1000 toneladas de abastecimientos, que se detendría el avance en dirección al Sarre y que la mayor parte de los abastecimientos destinados al Grupo de Ejércitos XII estadounidense se asignaría al Ejército 1, el cual podría proporcionar así un apoyo adecuado al Cuerpo de Ejército XXX sobre su derecha cuando éste iniciara la ofensiva. Según parece, la inmediata reacción de Eisenhower a la solicitud británica obedeció esencialmente a su deseo de disponer lo más pronto posible del puerto de Amberes, cuyos canales de acceso estaban todavía bloqueados por los alemanes.

Pero los proyectos de Eisenhower fueron un tanto enredados por el exuberante Patton, quien, apenas se enteró de que probablemente recibiría la orden de pasar a la defensiva, actuó de forma que sus fuerzas se encontrasen empeñadas a fondo más allá del Mosela. Se le había autorizado exclusivamente «a desarrollar una continua actividad de reconocimiento para luego extenderla y, finalmente, pasar al ataque, según las disponibilidades de carburante y de municiones» con las que pudiera contar.

No pasó mucho tiempo antes de que el apoyo norteamericano a la operación de Montgomery resultase ya de poca importancia. Pues, apenas Hodges, que mandaba el Ejército 1, hubo atravesado la frontera alemana, en las cercanías de Prüm, encontró la misma tenaz oposición que Patton hallaba al otro lado del Mosela.

En efecto, la resistencia de los alemanes se iba endureciendo día a día a lo largo de todo el frente aliado, y el *Feldmariscal* Model, quien el 4 de septiembre había comunicado al *Führer* que la «desigual lucha no podía durar mucho», ahora no se sentía ya tan pesimista. La *Wehrmacht* se rehacía y estaba recuperando parte de su potencia de antaño, por lo que las posibilidades de triunfo de la operación de desembarco aéreo en el Norte disminuirían cuanto más se retrasasen.

El mismo día en que el general Dempsey visitó a Montgomery para intentar convencerle de que renunciase totalmente a la operación, en el puesto de mando del Ejército aerotransportado, en Gran Bretaña, ya se habían comenzado a discutir los detalles para la ejecución de la misma.

El Ejército disponía de cuatro divisiones para el proyectado lanzamiento, dos británicas y dos norteamericanas, así como una brigada autónoma de paracaidistas polacos, mandados por el hábil y valiente general Stanislaw Sosabowski.

Las dos unidades norteamericanas eran la División 101, del general de división James Gavin, y la 82, del general de división Maxwell Taylor. Tanto Gavin como Taylor eran hombres dotados de profunda cultura y de amplia experiencia. Las dos divisiones británicas eran la 52 (Lowland) y la 1.ª División aerotransportada, al mando del general de división R. E. Urquhart.

El general Urquhart, al contrario que sus dos colegas norteamericanos, tenía poquísima experiencia en el empleo de tropas aerotransportadas. Era un hombre robusto, de 42 años, escocés, querido por todos y que había combatido valerosamente en África del Norte y en Italia. Pero, como él mismo confesó, nadie habría podido quedar tan estupefacto como quedó él cuando, nueve meses antes, le habían puesto al mando de la división. Sufría terriblemente de mareo aéreo, no se había lanzado jamás en paracaídas, ni había participado nunca en un desembarco con planeadores.

En realidad, su división no intervino en los desembarcos de Normandía, porque permaneció en Gran Bretaña como reserva estratégica, y en el curso de los tres últimos meses Urquhart y sus hombres se habían preparado para una serie de operaciones que jamás se llevaron a cabo; a veces debido a las condiciones atmosféricas, en ocasiones porque las extremas dificultades relacionadas con su realización se habían reconocido a tiempo y, más a menudo, porque durante el período en que la operación se proyectaba el éxito logrado por las columnas acorazadas de los Aliados había sido tan arrollador que hacían superflua cualquier otra intervención. La desilusión, al ver que sus colegas de la División Aerotransportada 6 conquistaban todos los laureles en Normandía, junto con las semanas de preparación, de proyectos y de órdenes revocadas dieron como resultado que la división, según las justas palabras de uno de sus oficiales, estuviera en aquel momento «inquieta, desilusionada y dispuesta a todo». Estaba «animada por una manía de combatir», dijo Urquhart, «que sólo quien ha tenido a su mando unidades numerosas, formadas por soldados bien adiestrados, puede comprender plenamente».

«Los ingleses –dijo Eisenhower al capitán Butcher, uno de los oficiales de Estado Mayor del SHAEF– insistían para que se asignasen a su división aerotransportada las misiones más difíciles y más arriesgadas.»

Y lo cierto es que lo lograron. Cuando el general Urquhart fue convocado al puesto de mando de su Cuerpo de Ejército, no tardó en darse cuenta de que se trataba verdaderamente de un cometido dificilísimo. El comandante del Cuerpo de Ejército, teniente general F. A. M. Browning, le comunicó que la División 101 norteamericana efectuaría el lanzamiento al norte de Eindhoven para conquistar la ciudad, los cuatro puentes ferroviarios y de carreteras sobre el río Aa y el canal Zuid Willemsvaart, en Vechel, así como los puentes sobre el Dommel, en St. Oedenrode, y sobre el canal Wilhelmina, en Son. Al mismo tiempo, la División 82 norteamericana conquistaría los puentes sobre el Mosa, en Grave, y sobre el Waal, en Nimega. Luego, Browning, trazando otro amplio círculo sobre el plano cubierto con una espesa hoja de material transparente, «con un amplio gesto de la mano», como dijo Urquhart, había rematado: «Este es el puente de Arnhem, es preciso poseerlo a toda costa».

La operación, a la que se denominó convencionalmente «Market Garden», era la operación de desembarco aéreo más ambiciosa que se había proyectado hasta entonces. A pesar de ello, se tuvo que proyectar en todos sus detalles en sólo seis días.

Y la elaboración del plan presentaba enormes dificultades.

Los mayores problemas, relacionados con las misiones específicas de la división de Urquhart, eran dos: la penuria de aviones de transporte y la convicción de que la artillería antiaérea en el sector de Arnhem era demasiado potente para permitir el lanzamiento de las inmediatas proximidades del puente y en ambas orillas del río.

La prioridad en lo que respecta a aviones, afirmó Browning cuando Urquhart le pidió un número mayor para la división británica, debía concederse a los norteamericanos. Era obvio que la conquista del puente de Arnhem no tendría ninguna finalidad si los norteamericanos no lograban conquistar los del Mosa y del Waal. Así, mientras los paracaidistas de las dos divisiones norteamericanas tomarían tierra en Holanda en un sólo lanzamiento, la división británica sería transportada en tres oleadas sucesivas, ya que no había más aviones disponibles.

Eran muy graves los peligros que entrañaba este fraccionamiento de la división. En efecto, los hombres de la primera oleada deberían llevar a término, con éxito, una doble misión: apoderarse de los puentes y proteger el aterrizaje de los que los seguirían. Y aunque se admitiera que con el primer lanzamiento se podría efectuar un ataque por sorpresa, el enemigo tendría tiempo suficiente para organizar la defensa en el intervalo de tiempo entre la primera oleada y las siguientes. Para eliminar este riesgo, se aventuró la propuesta de que los aparatos disponibles realizasen el recorrido hasta Holanda dos veces en el mismo día. Pero



Soldados británicos en acción contra las fuerzas alemanas en Arnhem. Una vez agrupadas cerca de la ciudad, las fuerzas británicas fueron contenidas por los violentos contraataques de la 9.ª *Panzerdivision SS* y fue imposible hacer llegar refuerzos al Batallón II, que había logrado alcanzar el puente sobre el Bajo Rhin. (Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)



Soldados norteamericanos descargando el material de un planeador gravemente averiado durante la fase de aterrizaje. Antes del ataque aerotransportado, los Aliados procedieron a bombardear los aeródromos de la caza alemana y las posiciones antiaéreas, y de este modo las bajas registradas fueron muy limitadas. (Imperial War Museum)

esta propuesta fue rechazada por el comandante de los transportes aéreos, quien objetó que «el intervalo de tiempo entre dos misiones no sería lo suficientemente largo para poder efectuar las operaciones normales de mantenimiento y de reparación de los daños sufridos en combate y para permitir algún reposo a los hombres de las tripulaciones». La proposición de realizar el primer lanzamiento durante la noche y el segundo lo más pronto posible después del alba, también fue rechazada, por el hecho de que las tripulaciones norteamericanas, encargadas de transportar a la mayor parte de las tropas paracaidistas, no estaban debidamente entrenadas para las operaciones nocturnas.

Así, pues, no había más remedio que efectuar una serie de lanzamientos en pleno día y con amplios intervalos de tiempo. Y en consecuencia, el buen éxito de la operación británica dependía de que las fuerzas enemigas fueran relativamente exiguas en el sector de los lanzamientos, a la eficacia de la sorpresa inicial y a una elección cautelosa de las zonas de aterrizaje.

Además, la RAF, después de haber realizado numerosos vuelos de reconocimiento, sostenía que los lanzamientos en las proximidades del principal puente de carreteras tenían que excluirse porque los paracaidistas encontrarían en la zona de Arnhem fuertes destacamentos de artillería antiaérea. A esto se añadía el peligro de que los aparatos que remolcaban a los planeadores, lentos, desarmados y vulnerables, fueran demasiado lejos y acabasen bajo el fuego de barrera de la defensa antiaérea de los aeródromos holandeses, si, para volver a sus bases, se dirigían al Norte; o bien que obstaculizaran el vuelo de los aviones americanos que operarían sobre Nimega, en el caso de que siguieran la ruta del Sur.

Las zonas de lanzamiento lejos de la ciudad

Por todos estos motivos Urquhart se vio obligado a escoger zonas de aterrizaje muy lejos de la ciudad, donde el peligro de la defensa antiaérea estaría reducido al mínimo y donde sería posible realizar un lanzamiento con precisión y orden. Tuvo que descartar de sus planes la landa abierta, situada a unos 6,5 km al norte de Arnhem, porque estaba demasiado cortada por dunas y matorrales y porque era poco extensa para permitir el aterrizaje de un gran número de planeadores. También tuvo que renunciar a la zona que se extendía en las cercanías del puente principal, un poco más al sur del río, no sólo porque la RAF informó que allí había defensa antiaérea «casi prohibitiva», sino también porque los partes del Servicio de Información y de los partisanos holandeses coincidían en describirla como un *polder*, es decir, un terreno pantanoso bonificado, nada apto, por consiguiente, ni para el aterrizaje de los planeadores ni para el rápido despliegue de grandes unidades.

A pesar de ello, Urquhart, convencido de que los grupos de artillería antiaérea próximos al puente se verían reducidos al silencio antes de que se llevase a cabo el tercer aterrizaje, señaló la zona en los mapas para confiarla a los paracaidistas polacos de Sosabowski, que serían lanzados tres días después del comienzo de la operación.

Todos los demás sectores señalados para los lanzamientos y para el aterrizaje de planeadores, que habrían de ser ocupados el primero y el segundo día, se encontraban muy al oeste de la ciudad, donde el terreno era sólido y seco y el espacio relativamente extenso.

Urquhart los dividió en cinco zonas, tres de ellas al norte de la línea férrea Arnhem-Utrech, y las otras dos al sur de la misma, en el páramo de Renkum, que sería delimitado por cinta de nylon colorado, extendido sobre el terreno por los hombres de la 21.ª compañía autónoma de paracaidistas, que se lanzaría dos horas antes de la hora H.

El comandante polaco, general Sosabowski, no pudo menos de preguntar si las condiciones atmosféricas serían buenas durante el desarrollo de la operación, como estaba previsto en el plan, y, en caso contrario, qué haría Urquhart si el Ejército 2 no llegaba con la rapidez prevista para proporcionarle el apoyo necesario y si la reacción de los alemanes era inmediata. Mas, en aquella fase de la elaboración de los planes, la opinión difun-



Soldados norteamericanos avanzan entre el estallido de las granadas enemigas en el curso de las acciones para la conquista del puente de Nimega. Las fuerzas alemanas respondieron con violencia a los ataques de la División 82 de Gavin, y el puente se conquistó el 20 de septiembre, al precio de durísimos esfuerzos y de numerosas bajas. (US Army)

dida era que las fuerzas alemanas que guarnecían la zona no estaban en condiciones de emprender una acción decisiva.

Al Cuerpo de Ejército XXX de Horrocks, que constituiría la vanguardia del Ejército 2, situado a la espera en la frontera holandesa, los alemanes opondrían –así se creía entonces– no más de seis batallones de infantería, apoyados por 25 cañones y sólo 20 carros de combate. Detrás de este exiguo despliegue frontal, en el sector de Nimega se encontraban, según las noticias proporcionadas por informadores holandeses, otros seis batallones constituidos por soldados de Sanidad y, tras ellos, en el sector de Arnhem, unas pocas unidades acorazadas en malas condiciones, en fase de reorganización y reequipamiento. El informe definitivo del Servicio de Información del Grupo de Ejércitos XXI, con fecha 12 de septiembre, decía, sin mencionar específicamente la presencia de tropas en el sector de Arnhem, que la retirada alemana había sido caótica, con efectos psicológicamente desastrosos. Seis días más tarde, continuaba insistiendo en esta tónica optimista, y también el Servicio de Información del Ejército 2, a pesar de sus precedentes advertencias alarmistas que habían preocupado a Dempsey, se inclinaba a creer que bajo el velo de la fanática resistencia en Holanda no existían fuerzas alemanas dignas de consideración. En cambio, un oficial del Servicio de Información del SHAEF creía que en el sector de Arnhem se encontraban dos *Panzerdivisionen SS* –la 9.ª *Hohestaufen* y la 20.ª *Frundsberg*– que habían sido retiradas de la cabeza de desembarco en Normandía para evitar su aniquilamiento definitivo; pero esta hipótesis no fue tomada en cuenta. De los informes, generalmente optimistas, que procedían de otros frentes parecía lícito presumir (y el mando del Ejército Aerotransportado 1 así lo hizo) que no había «pruebas consistentes de que la zona de Arnhem-Nimega» estuviera «guarnecida por otras fuerzas dignas de mención además de las considerables defensas antiaéreas, cuya existencia ya se conocía» y que las fuerzas presentes en el sector de Arnhem en particular no eran «superiores a una brigada, con un pequeño número de cañones y de carros de combate».

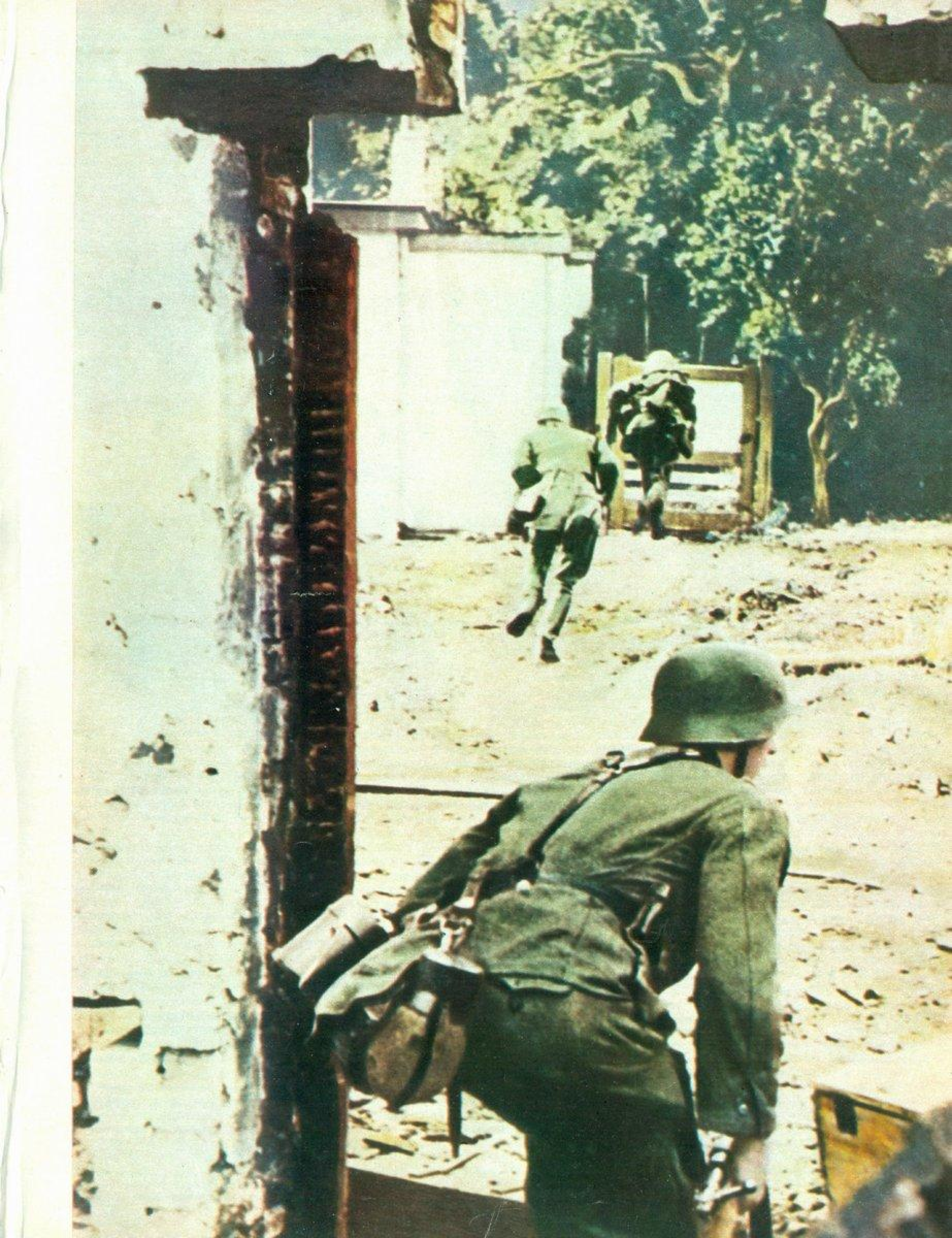
Un mensaje radiado por la resistencia holandesa, transmitido a Londres el 15 de septiembre, en el que se hablaba de la «División *Hohenstruff SS* (evidentemente se trataba de la *Hohenstaufen*) a lo largo del Ijssel Meer y de otras unidades menores entre Arnhem y la carretera Zurfen-Apeldoorn» no se transmitió a la 1.ª División aerotransportada hasta el 20 de septiembre, mucho después de que las tropas paracaidistas hubieran podido comprobar en su propia carne la exactitud de aquella descorazonadora información.

Pero es casi seguro de que el Cuerpo de Ejército aerotransportado no habría renunciado, en ningún caso, a su firme voluntad de entrar en acción, ni siquiera aunque los partes del Servicio de Información hubieran sido más fieles a la realidad.

El general J. W. Hackett, hábil y joven comandante de la 4.ª Brigada paracaidista, puso en guardia a sus comandantes de batallón, advirtiéndoles que cabía esperar grandes pérdidas. Por el contrario, los otros oficiales de la división se mostraron, según el parecer del general Sosabowski, injustificadamente confiados. Durante el coloquio con Urquhart, ninguno de ellos hizo la menor objeción. «La mayoría estaba con una pierna sobre otra, con aire indiferente y más bien aburrido, en espera de que concluyese la reunión», escribió más tarde Sosabowski. Tan sólo un oficial se decidió a tomar la palabra, preguntando por cuánto tiempo, poco más o menos, tendrían que permanecer en posición en la cabeza de puente de Arnhem. Algunos días antes, el general Browning había dirigido la misma pregunta a Montgomery y éste le contestó: «Dos días. Al final del segundo día lo habréis resuelto».

«Podremos resistir incluso cuatro», había afirmado Browning. Y luego añadió: «Pero creo que quizá nos adelantemos demasiado».

Soldados alemanes cruzan corriendo una calle durante los combates en la ciudad de Arnhem. (Süddeutscher Verlag)



La Operación «Market Garden» se inició la mañana del domingo 17 de septiembre de 1944. El tiempo correspondía a las previsiones meteorológicas: vientos débiles y visibilidad buena; a las 10 horas los escasos bancos de nubes estratificadas se habían aclarado.

Los soldados empezaron a ocupar sus puestos en los aviones en ocho aeródromos británicos y 14 norteamericanos, que se extendían desde Dorsetshire a Lincolnshire.

Los aviones que los tenían que transportar a Holanda habían sido minuciosamente preparados por el Estado Mayor operativo combinado de la 38.ª División aérea de la RAF y del 9.º Mando de transportes aéreos estadounidense, el cual había establecido que los aeródromos de base para la operación se subdividirían en dos grupos distintos. Los aparatos que despegasen de las bases del grupo meridional se situarían en formación sobre Hatfield, en el Hertfordshire, y los procedentes del grupo septentrional sobre March, en el Cambridgeshire.

La División Aerotransportada 101 norteamericana seguiría la ruta meridional hacia el North Foreland, luego se dirigiría directamente al Este, a través del canal de la Mancha, sobre Goel y, por último, viraría al Norte para llegar sobre Eindhoven. La División aerotransportada 82 norteamericana y la 1 británica seguirían la ruta Norte, sobrevolando Aldeburgh y la isla de Schouwn, hasta hallarse sobre 's-Hertogenbosch, donde la formación se separaría: los americanos se dirigirían a sus objetivos de Grave y Nimega y los ingleses sobre Arnhem.

Las rutas recibirían la ayuda de radiofaros y de señalizaciones en todos los puntos de reunión y en los de viraje; también la recibirían de otros radiofaros y de otras señales luminosas en código transmitidas desde algunos buques en el canal de la Mancha y, finalmente, de balizamientos horizontales mediante tiras coloradas situadas en tierra, señales de humo de color y radiofaros en la zona de lanzamiento y aterrizaje. La cobertura aérea la garantizarían unos 1000 cazas norteamericanos y británicos, tanto durante el vuelo como después de los aterrizajes; además, se realizarían reconocimientos armados sobre objetivos y misiones diversivas fuera del sector operativo. Los aeródromos de la caza enemiga y las posiciones antiaéreas ya habían sido bombardeados, e inmediatamente antes del lanzamiento se atacarían los cuarteles próximos a las zonas de aterrizaje.

Los Aliados creían que la amenaza más seria la representaba la artillería antiaérea y las posibles pérdidas se habían calculado alrededor del 40 % de los planeadores y de los aviones de transporte. Mas la artillería antiaérea estaba muy lejos de la potencia temida y las pérdidas de aviones de transporte, de un total de 1545 aparatos y 478 planeadores, fueron muy limitadas; en cuanto a los monoplazas *Focke-Wulf* y a los *Messerschmitt* con que se enfrentaron, atacaron a los cazas de escolta, pero no las formaciones principales.

La División 82 norteamericana de Gavin tomó tierra en las cercanías de Grave y de Nimega sin contratiempos. Uno de sus batallones, que tomó tierra a ambos lados del puente sobre el Mosa lo conquistó en una hora. Seis horas después, otras unidades de su división conquistaron un segundo puente, sobre el canal Mosa-Waal, y penetraron hacia el Este, hasta las orillas de Reichswald. La resistencia enemiga fue arrollada rápidamente y el general Gavin sólo encontró una oposición seria cuando mandó un batallón en dirección Norte, para conquistar el puente sobre el Waal.

Mientras tanto, más al Sur, la División 101 norteamericana de Maxwell Taylor había actuado con igual rapidez, obteniendo éxitos iniciales comparables a los de la División 82. Los aviones fueron objeto de un potente fuego antiaéreo mientras se aproximaban a Eindhoven, pero sufrieron pocos daños, y los norteamericanos, apenas hubieron aterrizado, avanzaron rápidamente y neutralizaron la esporádica resistencia. Conquistaron todos los puentes sobre el canal Zuid Willemsvaart, en Vechel y, aunque el puente que atravesaba el canal Wilhelmina, en Son, había sido volado por los alemanes, un regimiento paracaidista logró atravesar el canal durante la noche y avanzó hacia el Sur, penetrando en la periferia de Eindhoven y abriendo un angosto paso para las fuerzas acorazadas británicas.

Había comenzado el ataque. El general Horrocks, desde el tejado de una fábrica en las orillas del canal Mosa-Escalda, había presenciado el paso de las oleadas de aviones, y cursó al Cuerpo de Ejército XXX las órdenes para que comenzara la acción. Antes de la noche, los americanos y los ingleses enlazaron en Eindhoven: el estrecho corredor hacia Arnhem había quedado abierto hasta Nimega.

Resistencia a ultranza en Nimega

Sin embargo, en Nimega, la conquista del importante puente sobre el Waal parecía ser una empresa difícil y peligrosa. El general Gavin había tenido la intención de lanzar un ataque contra el puente el lunes por la mañana; pero se lo impidió un contraataque que los alemanes desencadenaron desde el Reichswald, invadiendo las zonas de aterrizaje a las que deberían llegar poco después la artillería transportada por los planeadores y los refuerzos de infantería. Tras un encarnizado combate, los alemanes fueron rechazados y los planeadores, que habían sufrido un providencial retraso de dos horas a causa de la niebla, pudieron tomar tierra sin sufrir grandes pérdidas.

Al día siguiente, la niebla impidió la llegada de la segunda oleada de refuerzos, y cuando los granaderos de los *Irish Guards* (la unidad de cabeza de la División acorazada de Guardias) se unió, en la periferia de Nimega, con las fuerzas de Gavin, la presión que los alemanes ejercían sobre el flanco oriental era tan fuerte que sólo pudo destinar uno de sus tres regimientos paracaidistas para el ataque a los puentes sobre el Waal. En el ínterin, el enemigo había procedido a reforzar los accesos a los mismos, y el Mando alemán estaba tan seguro de que el puente de carretera era inexpugnable que ordenó que no se destruyese porque «podía defenderse con éxito».

El miércoles por la mañana, pese a las ingentes bajas sufridas el día anterior y a la aparentemente indestructible solidez del perímetro defensivo alemán, los Aliados reanudaron la ofensiva, lanzando contra los puentes ataques simultáneos por el Norte y por el Sur.

El ataque desde el Norte lo lanzó el Regimiento 504 norteamericano de paracaidistas, el cual, después que los alemanes se vieran obligados a evacuar Nimega en el curso de la mañana, empezó a cruzar el río, a las tres de la tarde, a 1600 metros de la ciudad. Los norteamericanos lograron establecer y mantener una pequeña cabeza de puente, aunque sólo menos de la mitad de las embarcaciones pudo llegar a la orilla opuesta. Al caer la tarde habían irrumpido fuera de la cabeza de puente, enarbolando la bandera americana en el extremo septentrional del puente ferroviario y avanzaban hacia el de carreteras.

La División de Guardias, divisando a través del humo la bandera que ondeaba, creyó que era la señal para dar comienzo a su ataque final. Los carros de combate británicos, abriéndose camino a través de los reductos germanos supervivientes, bajo el masivo fuego de las piezas de 88 mm, se dirigieron hacia el puente sobre el Waal. Cuatro carros lo alcanzaron poco después de las 21 horas. A dos los pusieron fuera de combate los cañones escondidos tras un abrigo de espesas barras de acero, pero los otros dos llegaron hasta el extremo opuesto y demolieron las barreras de la carretera, enlazando con los paracaidistas norteamericanos de la orilla derecha. Una hora más tarde, el puente estaba definitiva y sólidamente en manos aliadas.

El camino hacia Arnhem estaba abierto y las unidades avanzadas del Cuerpo de Ejército XXX recibieron la orden de lanzarse hacia delante para relevar a la División Aerotransportada 1 al amanecer. Desde hacía más de tres días las fuerzas británicas estaban combatiendo en Arnhem una batalla desesperada y aislada.

Durante la fase inicial de la operación, en el mismo momento en que Horrocks observaba el paso de la riada de aviones, el *Feldmariscal* Walter Model, comandante del Grupo de Ejércitos B, se encontraba en el hotel Tafelberg de Oosterbeek, sede de su puesto de mando y que distaba unos tres kilómetros de Arnhem.

Desde luego, los ingleses no habían esperado darse de manos a boca con su gran antagonista precisamente a tan pocos pasos del centro de la zona elegida para la proyectada operación; pero también es cierto que ni Model ni el general Kurt Student, comandante del 1.er Ejército paracaidista, cuyo puesto de mando estaba situado más al Sur, en Wught, habían previsto el ataque aerotransportado de los Aliados.

Las unidades al mando de Student, que comprendían las fuerzas alemanas ya presentes en Holanda, junto con los regimientos paracaidistas y los batallones de la *Luftwaffe* transformados en unidades de infantería, iban siendo reforzadas continuamente. Student estaba seguro de que a estas tropas las atacaría en seguida el Ejército 2 británico; pero, como admitió explícitamente, le pilló «completamente por sorpresa» la Operación «Market Garden». No había «tomado jamás en consideración la posibilidad de un ataque aerotransportado» en aquel sector.

Los alemanes sorprendidos

Student no se percató inmediatamente de la amenaza relacionada con la situación, ni siquiera cuando la mañana del 17 de septiembre los aviones pasaban ruidosamente por encima de su puesto de mando y le trajeron a la memoria, con cierta amargura, las anteriores operaciones aerotransportadas de Rotterdam y de Creta, efectuadas bajo su dirección.

El *Feldmariscal* Model también fue sorprendido. Sólo hacía tres días que un oficial superior de Estado Mayor de su puesto de mando había formulado un hipotético concepto de acción de Eisenhower, en el cual cabía la posibilidad de un ataque del Ejército 2 británico más allá del Mosa para penetrar en el Ruhr a través de Roermond; sucesivamente el ataque sería seguido por un desembarco aéreo en gran escala al norte del río Lippe, en el sector situado al sur de Münster. No todos los generales alemanes se mostraban de acuerdo en admitir estas direcciones, que parecían ser, no obstante, las más probables. Sin embargo, cuando el general Rauter, *Polizeiführer* (jefe de la policía) en Holanda, le dijo a Model que en su opinión un desembarco aéreo en el sector de Arnhem era «una posibilidad que no había que desdeñar», ni Model ni su jefe de Estado Mayor, general Krebs, se mostraron convencidos e insistieron en afirmar que, siendo las fuerzas aerotransportadas un instrumento de gran valor, Montgomery, «un general prudentísimo en lo que respecta a táctica», no las emplearía en una misión tan aventurada y de ninguna manera antes de que el puerto de Amberes pudiera utilizarse de nuevo para reducir la longitud de la línea de comunicaciones.

Pero apenas se le informó de que los paracaidistas británicos estaban descendiendo sólo a tres kilómetros al oeste, Model reaccionó con su característica prontitud. Ordenó que se evacuara rápi-

Soldados británicos en acción en Oosterbeek, donde habían constituido un perímetro defensivo después de verse obligados a retirarse de Arnhem. Los lanzamientos aéreos, efectuados por los Aliados sobre las que creyeron, equivocadamente, que eran las posiciones de la División aerotransportada, no llegaron a las tropas británicas, las cuales, sin víveres ni municiones y exhaustas después de varios días de ininterrumpidos combates, el 25 de julio evacuaron la cabeza de puente al norte del Bajo Rhin. (Sado-Opera Mundi)



damente el puesto de mando y subió a saltos la escalera para llegar a su habitación y meter en una maleta sus objetos, mientras el chófer, ya dispuesto en la carretera, hacía sonar nerviosamente el cláxon. En el apresuramiento los alemanes tuvieron que abandonar una gran cantidad de material, entre otras cosas varios planos de operaciones y un gran número de documentos secretos.

Poco después, un cortejo de automóviles salía hacia Oesterbeeck, puesto de mando del general Bittrich.

Un formidable «comité de recepción»

El general Willi Bittrich era el comandante del II *Panzerkorps SS*. Dos divisiones de este Cuerpo, la 9.ª y la 10.ª *Panzerdivisionen*, se estaban reorganizando y tomando nuevamente posiciones al norte y este de Arnhem, confirmando así el fundamento de los temores del SHAEF y la veracidad de las informaciones proporcionadas por el movimiento de Resistencia holandés. Otras unidades escogidas, comparables a la *Hermann Goering* y a los *Alpen Jäger*, estaban estacionadas en los suburbios de la ciudad, en los bosques, en los cuarteles del Ejército holandés a lo largo de la carretera a Nimega.

En la zona de Arnhem había también tres batallones de infantería, muy fuertes y perfectamente adiestrados; diversos batallones *Fliegerhorst*, formados por personal de Aviación de los servicios de tierra; bastantes *Schiffstanmabteilungen* (es decir, el personal de la Marina que había formado parte de las defensas costeras ahora abandonadas) artilleros (muchos de los cuales habían pertenecido también a tales defensas costeras); SS holandeses mandados por un oficial alemán, así como bastantes baterías antiaéreas.

Sin embargo, no eran estas unidades las que constituían la verdadera amenaza para el buen resultado de la empresa de la División británica, sino los 8500 hombres de las 9.ª y 10.ª *Panzerdivisionen* de las *Waffen SS*, al mando del general Willi Bittrich.

Bittrich, alto, rígido, de buena presencia, dotado de una inteligencia nada común, era uno de los generales de las *Waffen SS* más apreciados en el Ejército alemán. Tenía gustos refinados, modales distinguidos y un agradable sentido del humor. Era también un hombre de mente muy ágil, y aquel domingo por la tarde, cuando Model llegó a su puesto de mando, hacia las 15, ya había intuido cual era el carácter de la amenaza aliada y tomado las disposiciones necesarias para enfrentarse con ella.

Un grupo táctico de la 9.ª *Panzerdivision SS* estaba ya en marcha hacia la zona de aterrizaje, con la orden de «aniquilar a las tropas enemigas que habían tomado tierra en Oosterbeek, al oeste de Arnhem». «Es necesario atacar sin dilación –añadía a la orden–. El cometido esencial es ocupar y defender el puente.»

También estaban en movimiento algunas unidades de la División 10, pero en dirección a Arnhem. Bittrich había intuido inmediatamente que tan importante era impedir la previsible intención aliada de realizar el enlace con las vanguardias del Ejército 2 como destruir las tropas aerotransportadas que habían penetrado al norte del Bajo Rhin. Y como era evidente que el Ejército 2 intentaría avanzar hasta Arnhem a través de Nimega, la División 10 recibió la orden de trasladarse a esta localidad.

«Pronto eliminaremos la amenaza británica al norte del Bajo Rhin», afirmaba confiadamente Bittrich. «No debemos olvidar que los soldados británicos no obran con iniciativa propia cuando combaten en poblaciones y, en consecuencia, cuando sus oficiales tienen dificultades en ejercer el mando los soldados se muestran habilísimos en la defensa, pero nada temibles en lo que se refiere al ataque».

El éxito de este plan estaba condicionado especialmente por la capacidad que tuvieran las unidades que primero establecieran contacto con los paracaidistas británicos de detener el avance inicial desde las zonas de aterrizaje. Y en este aspecto Bittrich tuvo la fortuna de poder disponer, para esta operación, de reclutas de refresco y entusiastas, formados en su mayor parte por jovenzuelos de 17 a 19 años, entre los cuales se encontraba también un batallón de reclutas de la SS, al mando del comandante Sepp Kraft.

«El único modo de neutralizar un ataque aerotransportado cuando se dispone de fuerzas menores –según Kraft– era hacerle frente inmediatamente con decisión.» Y Kraft estaba decidido a llevar a la práctica su máxima. Destacó una compañía hacia las zonas de aterrizaje a fin de que se empeñase en una acción retardadora; luego, desplegó el resto de sus hombres –unos 400– en una línea defensiva avanzada a través de la carretera que llevaba a Arnhem, con la orden de resistir en las posiciones en espera de los refuerzos de la División 9, que intervendría con las autoametralladoras, los carros de combate ligeros y la artillería.

Un avance peligrosamente lento

Para los hombres de la división británica aerotransportada las desventuras empezaron inmediatamente después del aterrizaje. La 1.ª Compañía autónoma paracaidista había tomado tierra apenas sin incidentes y pudo extender por los campos las cintas de nylon colorado. La artillería antiaérea enemiga sólo había abatido siete aviones de la primera oleada, pero, en cambio, se perdieron bastantes planeadores durante el trayecto, sobre todo a causa de la rotura de los cables de remolque, y precisamente se trataba de los planeadores que transportaban casi todos los vehículos del primer escuadrón de exploración aerotransportado, el que tenía la misión de guiar el avance hacia los puentes. En consecuencia, el avance sobre Arnhem se inició hacia las 14,45. En vanguardia se encontraba el Batallón II de la 1.ª Brigada paracaidista del general G. W. Lathbury.

El teniente coronel J. D. Frost, que mandaba este batallón, no dejó de advertir que los habitantes del lugar, hombres, mujeres y muchachos, se había agrupado alrededor de los soldados apenas éstos empezaron a avanzar desde las zonas de aterrizaje, y les ofrecían manzanas, peras, tazones de leche y tazas de té. Los ingleses se retrasaban para aceptar los regalos y para demostrar su agradecimiento a aquella población tan cordial, que creía que la guerra ya había terminado. Pero todas estas cortesías hicieron aún más lenta la marcha, ya frenada por la natural precaución de los hombres.

Otra causa del retraso la constituyeron los planos, muchos de los cuales se habían compilado con una imprecisión increíble y registraban, como se lamentó un comandante de compañía, «sólo una pequeña parte de las carreteras existentes».

La carretera por la que se encaminaron los hombres del coronel Frost era la más meridional de las que conducían a Arnhem y pasaba a través de Heelsum y al sur de Oosterbeek. Era también la única cuya defensa era más bien débil, a consecuencia de las contramedidas tomadas por los alemanes; pero la resistencia enemiga, aunque nada tenaz ni bien organizada, fue lo suficientemente obstinada para dificultar el avance de los ingleses y para obligarles, de vez en cuando, a detenerse. El general Urquhart, cuyos aparatos de radio habían demostrado ser del todo inadecuados como medios de comunicación con los comandantes subordinados, se vio obligado a adelantarse personalmente para pedir al Batallón II que acelerase su avance. Dentro de poco caería la oscuridad y los puentes de Arnhem estaban todavía distantes.

El Batallón III de la brigada de Lathbury, al mando del teniente coronel J. A. C. Fitch, se encontraba en dificultades y avanzaba lentamente, siguiendo la carretera más al Norte, que atravesaba Oosterbeek. Pero cuando llegó a una encrucijada, a unos 3 km de la ciudad (donde cayó el general Kussin, comandante de la zona de Arnhem, quien llegaba a toda velocidad del pueblo de Wolfheze en un *Citroën* del Estado Mayor), la sección de cabeza, y con ella todo el batallón, se encontró sometida a un intenso fuego de los morteros pesados alemanes.

El Batallón III estuvo detenido bastantes minutos en aquella posición peligrosa y expuesta a la acción mortífera de las bombas, mientras los hombres caían por todas partes, muertos o heridos por los pesados proyectiles que estallaban entre los árboles. Luego, el general Lathbury comprendió que «detenerse por más tiempo en aquella encrucijada equivalía a un suicidio» y ordenó al coronel Fitch que reanudase el avance.

Pero el Batallón III no pudo llevar a cabo grandes progresos. Los hombres de Sepp Kraft, que habían recibido ya el refuerzo del grupo táctico de la División 9, se defendían bien, apoyados por un gran número de cañones autopropulsados, y en la periferia de Oosterbeek impusieron a los ingleses una nueva detención. Como entre tanto ya había caído la noche, Lathbury aconsejó al coronel Fitch que concediera a sus hombres un par de horas de descanso. Se enviaron algunas patrullas de reconocimiento hacia Arnhem y se advirtió al coronel Frost que el Batallón III no debía intentar llegar al puente hasta la mañana siguiente.

Pero ni siquiera el Batallón I, de la brigada de Lathbury, podría llegar al puente antes de la mañana. Al principio, este batallón, mandado por el teniente coronel David Dobie, había recibido la orden de dirigirse a las alturas al norte de Arnhem y bloquear la carretera que conducía a la ciudad. Pero, en seguida, al norte del Wolfheze, se había visto envuelto en un encarnizado combate con los medios acorazados, la artillería y la infantería del enemigo. Después de sufrir muchísimas pérdidas, el coronel Dobie comprendió que las fuerzas alemanas, situadas en las posiciones al norte de la ciudad, eran demasiado importantes para que las suyas pudieran ocuparlas, conforme preveía el plan, y dio la orden de avanzar hacia el puente apenas apuntase el alba.

El coronel Frost, que mientras tanto había llegado al puente, tenía urgente necesidad del apoyo de Dobie, porque ya no contaba más que con unos 500 hombres. A la 3.ª Compañía de Frost se la había destacado para guarnecer el puente ferroviario; pero dicho puente había saltado por los aires antes de que pudieran llegar a él; ahora la compañía se encontraba bloqueada en la ciudad, donde estaba empeñada en combate cerca de la estación ferroviaria.

Con las tropas de que disponía, Frost logró situarse en el extremo septentrional del puente y ocupar los edificios situados a su alrededor. Pero dos valientes intentos de conquistar el extremo meridional habían sido rechazados. El enemigo estaba recibiendo refuerzos de infantería, artillería y de modernos carros de combate *Königstiger*, mientras Frost sólo tenía poquísimas esperanzas, por lo que parecía, de recibir a su vez refuerzos.

El general Urquhart –él mismo lo confesaría más tarde– ya se daba cuenta de que «estaba perdiendo la iniciativa de la batalla». Como no podía dirigir por radio las operaciones de la división, decidió permanecer con el general Lathbury, quien se encontraba con las unidades avanzadas del Batallón III. El lunes por la mañana, el batallón continuó su avance hacia Arnhem, y no tardó en verse empeñado en una violenta y desordenada batalla contra los carros de combate y los cañones autopropulsados alemanes en las cercanías del hospital católico de Santa Isabel.

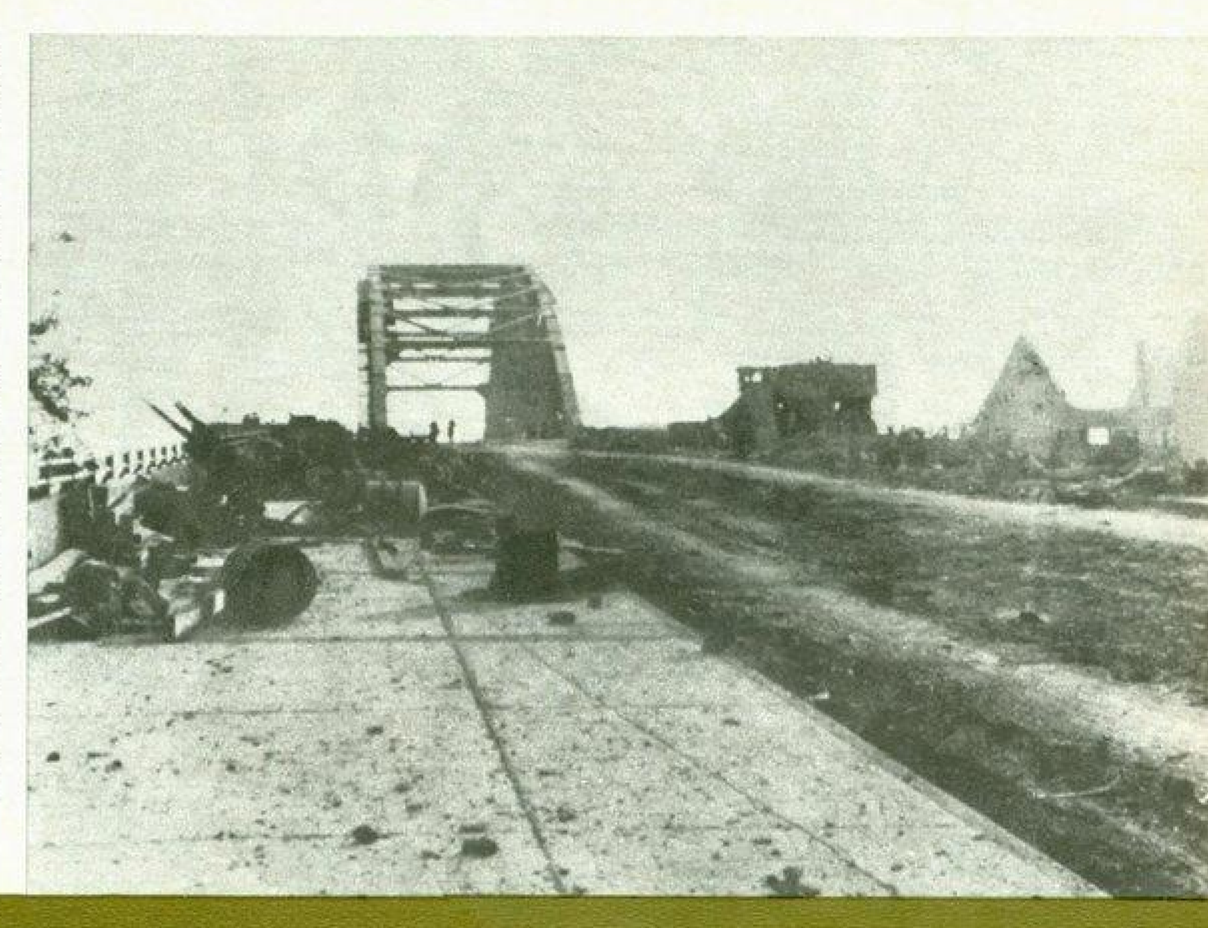
La confusión empeoró cuando el Batallón I del coronel Dobie, que intentaba irrumpir desde el puente, se convirtió en blanco de un intenso fuego por parte de morteros, autoametralladoras, carros de combate y tiradores escogidos, que se encontraban en las cercanías de la estación ferroviaria, cerca del hospital. «Parecía como si los alemanes

tuvieran centenares de carros de combate», comentó un soldado inglés. «Se veían y se oían por todas partes. Tenían más morteros que nosotros y los sabían utilizar muy bien. Las granadas nos caían encima sin interrupción.»

Y ya no se trataba solamente de las granadas enemigas, sino que además, en las unidades británicas se había producido tal confusión y tal fraccionamiento que ya no era posible distinguir a los amigos de los enemigos o saber en qué casas se habían atrincherado los paracaidistas británicos y en cuáles los alemanes.

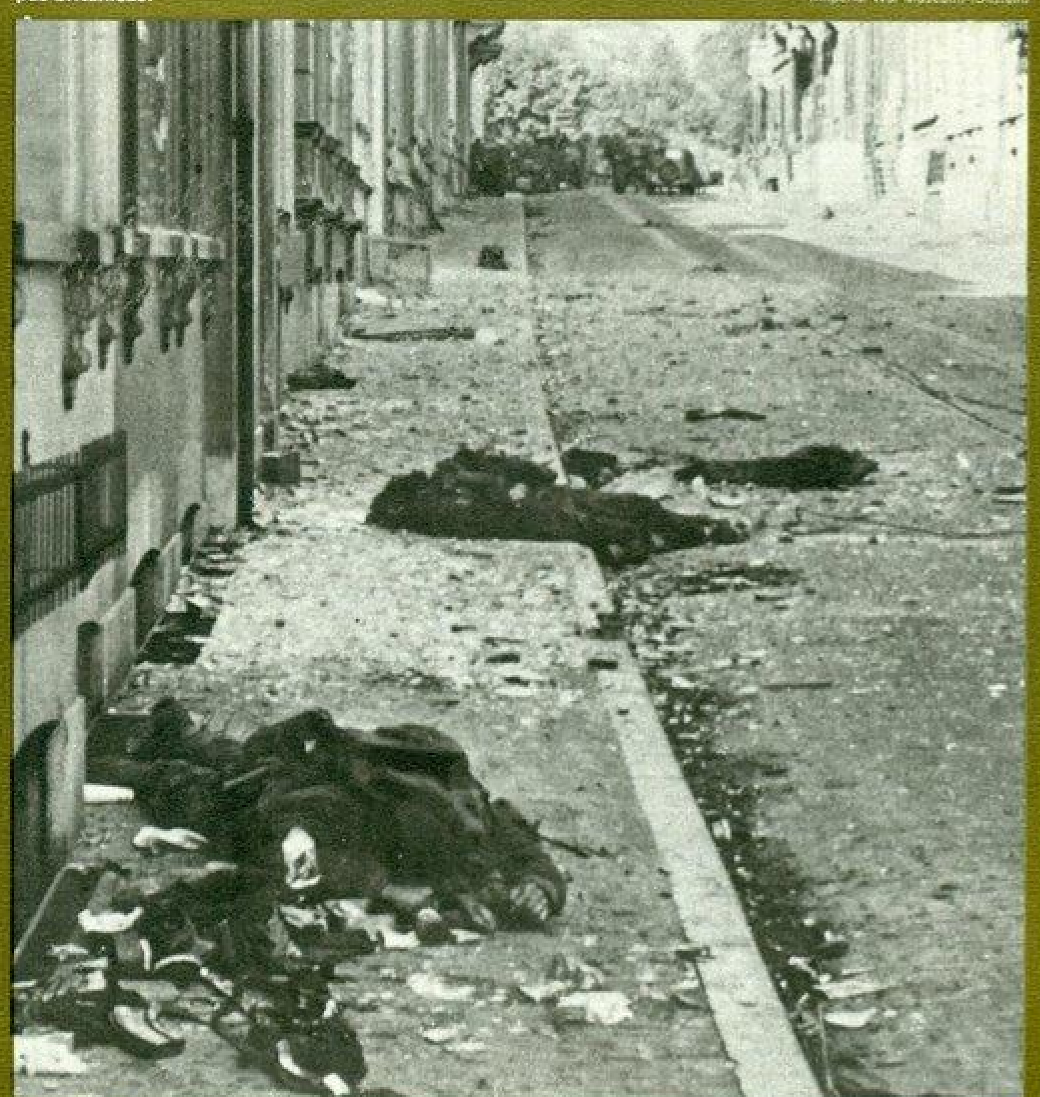
En medio de este desbarajuste, el general Lathbury fue alcanzado y paralizado por una bala de una *Spandau*, que le hirió en la columna vertebral, y el general Urquhart, rodeado por los *Panzergrenadier*, se vio obligado a esconderse en el ático de una casa, y allí hubo de permanecer toda la noche junto con el comandante de un pelotón del Batallón III y con un oficial del Servicio de Información. Un cañón autopropulsado alemán estaba situado justamente bajo la ventana.

El mando de la división pasó entonces a manos del general de brigada Hicks. El día anterior su brigada había defendido las zonas de aterrizaje; pero ahora que la brigada de Lathbury se estaba desintegrando, era evidente que su misión esencial iba a ser la de acudir en ayuda de los destacamentos que se obstinaban en el intento de llegar al puente.



Ha concluido la batalla por Arnhem, pero el puente de carretera sobre el Bajo Rhin está todavía en manos alemanas. Son varias las causas que pueden explicar el fracaso de la acción británica, algunas de ellas imponderables, como las malas condiciones atmosféricas, que, además de impedir el envío de refuerzos y de abastecimientos a las tropas aliadas, no permitieron dispersar los refuerzos alemanes; pero otras sí eran previsibles. Los ingleses aterrizaron en Arnhem sin contar con la información suficiente; asimismo los desembarcos aéreos efectuados en amplias zonas produjeron retrasos en el desarrollo de las operaciones; la escasez de medios aéreos impuso el fraccionamiento en tres oleadas del ataque aerotransportado; la insuficiente cantidad de aparatos de radio en dotación a las diversas unidades también contribuyó a que, durante el desarrollo de la batalla, las comunicaciones fueran intermitentes o inexistentes del todo, y sólo el último día fue posible transmitir una petición de apoyo aéreo. Al final de la batalla de Arnhem, la pérdida de 1200 soldados constituyó un pesado tributo para las tropas británicas.

(Imperial War Museum)-(Ullstein)







"HORSA" MK II

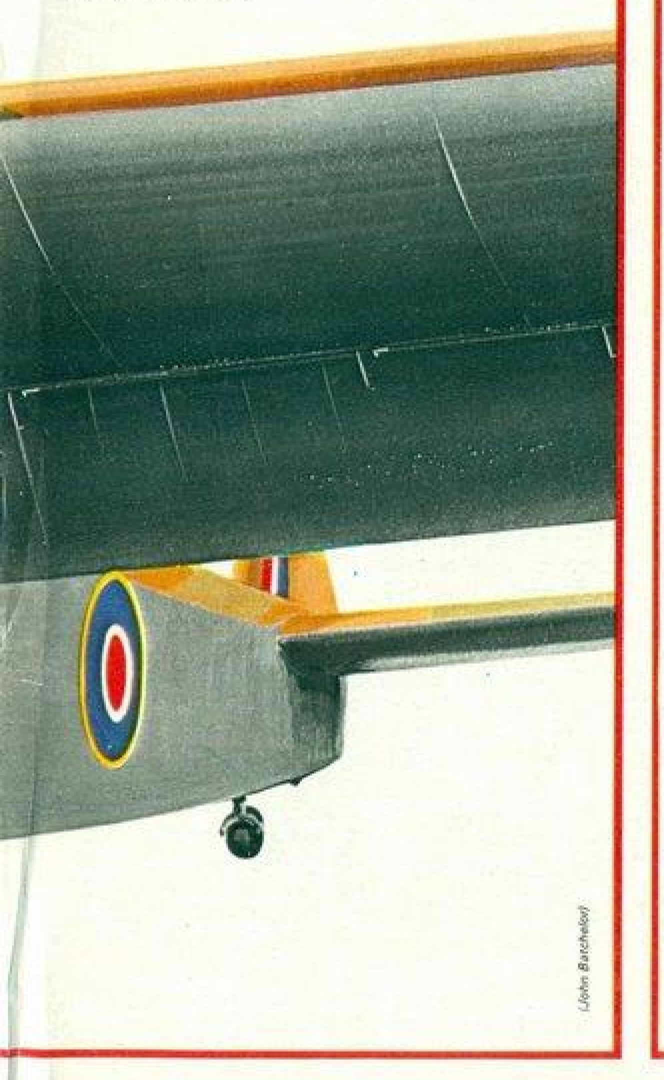
Fue el planeador de transporte de tropas más utilizado por las fuerzas aerotransportadas británicas. Entró en servicio a fines de 1942 y operó en Sicilia, en Normandía y en Holanda (en Arnhem). Podía abrirse en dos partes para facilitar la carga y la descarga. **Envergadura:** 26,82 m. **Longitud:** 20,42 m. **Tripulación:** dos hombres. **Carga:** 29 soldados o un obús de 75 mm.

LOS INSTRUMENTOS DE LA GUERRA AÉREA

Mientras se proyectaba la constitución de tropas aerotransportadas y el tipo de equipo con que se las dotaría, se hizo evidente que no sería posible lanzarlas tan sólo con una dotación de armas portátiles para combatir a un enemigo provisto de armas convencionales. Para ello se crearon nuevos tipos de armas y de material de equipo que podrían lanzarse en paracaídas o bien transportarse en planeadores. La más espectacular de estas armas fue el carro de combate ligero *Tetrarch*, de 7,5 t, transportado a bordo de un planeador *Hamilcar*, y que se empleó primero en Normandía y más tarde para el cruce del Rhin. Otro componente del nuevo armamento era el obús norteamericano de 75 mm (abajo), que podía transportarse a bordo de un planeador *Horsa*. **Peso:** 607 kg. **Velocidad de tiro:** 6 disparos por minuto. **Alcance máximo:** 8500 m. La bicicleta plegable (abajo) pesaba 12,5 kg y el paracaidista la llevaba consigo en el lanzamiento, mientras que la motocicleta ligera, también plegable, se metía en un contenedor cilíndrico estándard, que se lanzaba aparte. **Cilindrada:** 75 cc. **Velocidad:** 48 km/h. Los contenedores empleados para el lanzamiento de víveres de toda clase, municiones y material de transmisiones medían 1,80 m de longitud, tenían un compartimiento útil para la carga que medía 1,44 m y una cabeza destinada a absorber parcialmente el impacto en el momento del aterrizaje.

"HAMILCAR"

Era el mayor planeador británico, utilizado sobre todo para el transporte de vehículos y de artillería. En el curso de la operación de Arnhem se utilizaron 38 de ellos. **Envergadura:** 33,53 m. **Longitud:** 20,72 m. **Tripulación:** dos hombres. **Carga:** unos 8000 kg (podía llevar un carro de combate ligero tipo *Locust* o *Tetrarch*, dos *Bren-carriers* o carros de reconocimiento, un cañón antiaéreo *Bofors*, o un cañón contracarros de 57 y su correspondiente vehículo de arrastre).



(John Batchelor)





(History of the Second World War)

Hicks no podía valorar cuantas eran las unidades todavía eficaces de la brigada de Lathbury, porque, en la práctica, no existían verdaderos enlaces radio. Varios de estos aparatos habían sido destruidos y muchos de los que todavía no lo estaban eran de un tipo destinado a comunicaciones a corta distancia, poco superior a los 5 km; por ello, la recepción en el puesto de mando de la división era irregular, débil y con interferencias, y así los mensajes recibidos resultaban, la mayoría de las veces, incomprensibles.

Por esta razón, cuando Hicks envió a Arnhem dos compañías del 2.° *South Staffordshire Regiment*, no tenía una idea precisa de la situación que encontrarían. No juzgó oportuno enviar refuerzos más consistentes porque el tiempo estaba empeorando y los aeródromos británicos se estaban cubriendo de niebla, por lo que había sido preciso aplazar el segundo lanzamiento. Hicks no se atrevía a reducir más el número de tropas que defendían las zonas de aterrizaje mientras no hubieran llegado las unidades, tan necesarias, de la 4.ª Brigada paracaidista.

Por su parte, Bittrich, que sabía que los ingleses efectuarían un segundo lanzamiento, porque sus hombres habían encontrado sobre el cadáver de un oficial británico una serie completa de los planes de la Operación «Market Garden», efectuó un audaz intento para obligar al enemigo a desalojar las zonas de aterrizaje, de modo que cuando el general Hackett llegó con su 4.ª Brigada paracaidista las defensas eran muy débiles y la situación, a su juicio, «bastante confusa». Y aunque Hackett hizo todo lo posible para volver a dar un poco de orden al mando de División, la confusión siguió reinando, incluso Urquhart logró huir del ático y pudo asumir nuevamente el mando.

Los hombres de Frost –así se lo refirieron a Urquhart– siguieron resistiendo en el puente, bajo la creciente presión del enemigo, mientras secciones de cuatro batallones intentaban irrumpir en la ciudad para prestarles ayuda y venciendo el cordón establecido por las tropas alemanas. Otros tres batallones del mando de Hackett se dirigieron al Norte, para entrar en la ciudad por aquella parte, pero era incierto el resultado de la empresa. El único batallón que había permanecido en las inmediaciones era el IX.

Aquel martes fue una jornada desastrosa. Todos los ataques convergentes de las unidades que se encontraban en el interior de la ciudad fracasaron, y las pérdidas fueron muy elevadas; los batallones de Hackett, empeñados en combate con las fuerzas alemanas cada vez más numerosas, entre Johanna Hoeve y Lichtenbeck, se vieron obligados a replegarse al sur de la línea ferroviaria cuando el único batallón que quedaba en la zona fue objeto de un ataque que amenazó con aislarlo por completo. Fue una retirada espantosa, que causó enormes pérdidas, tanto en vidas humanas como en medios de transporte; y antes de que terminara, aquellos hombres exhaustos pudieron ver, con profunda consternación, a los aviones de la RAF que, desafiando el violento fuego de la artillería antiaérea, lanzaban los abastecimientos en las zonas establecidas, las cuales ahora estaban en manos alemanas.

Al caer la noche algunos contingentes británicos siguieron combatiendo en el interior de la ciudad con empuje y valentía, pero en medio de una confusión creciente, mientras otros se retiraban, desilusionados y desmoralizados. Los coroneles de los cuatro batallones que luchaban en Arnhem habían sido heridos o habían perdido más de la mitad de sus oficiales. Y era asimismo evidente que los hombres de Frost, agotados por el esfuerzo, ya no podrían resistir más en el puente.

Sin embargo, aún resistieron todo el día y la noche siguiente. No tenían víveres ni agua, y disponían de escasas municiones; los sótanos vacíos de los edificios alcanzados y ennegrecidos estaban repletos de heridos y de moribundos, y el espectáculo, entre el polvo, el humo y los escombros bañados en sangre, parecía excluir toda posibilidad de victoria.

Mientras tanto, el resto de la división había formado un perímetro defensivo en forma de herradura irregular al oeste de Oesterbeek, al norte del transbordador de Heveadorp. Urquhart esperaba que si lograba resistir en aquel punto, el Ejército 2 quizá tendría la posibilidad de atravesar el río y unírsele, incluso en el caso de que Frost no consiguiera mantenerse en el extremo septentrional del puente.

Todo dependía de la rapidez con que pudiera avanzar el Ejército 2. Y todo parecía justificar las esperanzas de recibir los refuerzos lo más pronto posible cuando le llegó la noticia de que los norteamericanos y los *Irish Guards* habían conquistado el puente de Nimega, a unos 16 km más al Sur. En efecto, al amanecer del viernes, Urquhart recibió del mando del Cuerpo de Ejército XXX una comunicación que decía: «Cursada orden División 43 correr cualquier riesgo para relevar el mismo día».

Pero los alemanes defendían aquellos 16 km, entre Nimega y Arnhem, con una tenacidad que rivalizaba con su habilidad. Además la única carretera a espalda de las unidades avanzadas del Cuerpo de Ejército XXX estaba expuesta a la constante amenaza de la artillería y de la infantería de Model, que se estaba reorganizando rápidamente y a la que afluían cada vez más refuerzos en hombres y medios; el avance británico se desarrollaba de manera caótica y dificultaba el transporte de las municiones, y cuando llegó el momento de solicitar el apoyo de la aviación se descubrió que los aparatos de radio con que contaban los dos únicos autos para el enlace con la RAF eran ineficaces. Todas estas causas concurrieron para hacer que el avance del Cuerpo de Ejército XXX fuese más lento de lo previsto.

Urquhart, angustiado por la situación en que se encontraba su división, comprendió que sería muy difícil recibir ayuda, y a medida que pasaban las horas, la resistencia en la orilla izquierda del río se fue debilitando. En toda la línea defensiva y en la zona interior de la misma, que los alemanes llamaban «el gran caldero», sus hombres no tenían un momento de tregua ni posibilidad de dormir. Las raciones de víveres y las municiones se habían reducido al mínimo; y no había apenas agua ni material sanitario. Carros de combate, patrullas de infantería, tiradores escogidos y cañones autopropulsados, que disparaban granadas de fósforo, se habían infiltrado repetidamente entre los puestos avanzados, causando numerosas bajas entre los defensores exhaustos.

Algunos hombres se derrumbaron completamente, pero la mayor parte combatió con tenacidad. El *Border Regiment*, de la brigada de Hicks, fue rechazado de las alturas en las cercanías de Westerbouwing, y cuando las condiciones atmosféricas permitieron, finalmente, el lanzamiento de la brigada polaca de Sosabowski, al sur del río, cerca de Kerk-Driel, los ingleses ya habían tenido que abandonar el lugar.

La noche del viernes los polacos intentaron cruzar el río, a pesar de los grandes peligros y dificultades. Mas, el sábado, al amanecer, cuando el enemigo reanudó el bombardeo sobre «el gran caldero», ni siquiera 50 hombres habían logrado pasar a la otra orilla. El Batallón IV del Regimiento Dorsetshire, unidad avanzada del Cuerpo del Ejército XXX, que al fin había alcanzado el Bajo Rhin, repitió la tentativa la noche del sábado, pero también fracasó y muchos hombres resultaron muertos a bordo de las embarcaciones.

El principal objetivo de este intento de cruce no era tanto el de apoyar a la división aerotransportada como el de reforzar la línea del perímetro mientras se procedía a la evacuación del mismo. Porque era evidente que la precaria cabeza de puente al norte del río ya no era defendible y se había decidido retirar los restos de la citada división aerotransportada.

La evacuación empezó la noche del lunes. Los alemanes, que al principio se mantuvieron tranquilos, no tardaron en intuir lo que estaba ocurriendo y, a partir de media noche, la retirada continuó bajo el fuego incesante de las *Spandau* y de la artillería pesada, situada en las alturas de Westerbouwing. Quince carros de combate alemanes penetraron en el interior del perímetro y, por primera vez en una semana, no encontraron resistencia.

En el interior hicieron prisioneros a más de 300 heridos, y el número de los que se encontraban ya en los hospitales de campaña alemanes y en los hospitales holandeses era, por lo menos, diez veces superior.

La Operación «Market Garden» había costado la vida a más de 1200 soldados británicos. Los alemanes habían perdido, entre muertos y heridos, más de 3400 hombres.

Una meta que no se alcanzó por muy poco margen

Son muchas las razones que se pueden aducir para explicar el fracaso de la operación. La menos humillante es que las malas condiciones atmosféricas, además de impedir el envío de refuerzos y de abastecimientos a las fuerzas aliadas, también impidieron bombardear y dispersar a las tropas alemanas que avanzaban hacia el sector de operaciones. Sin embargo, existen otras explicaciones más desconcertantes.

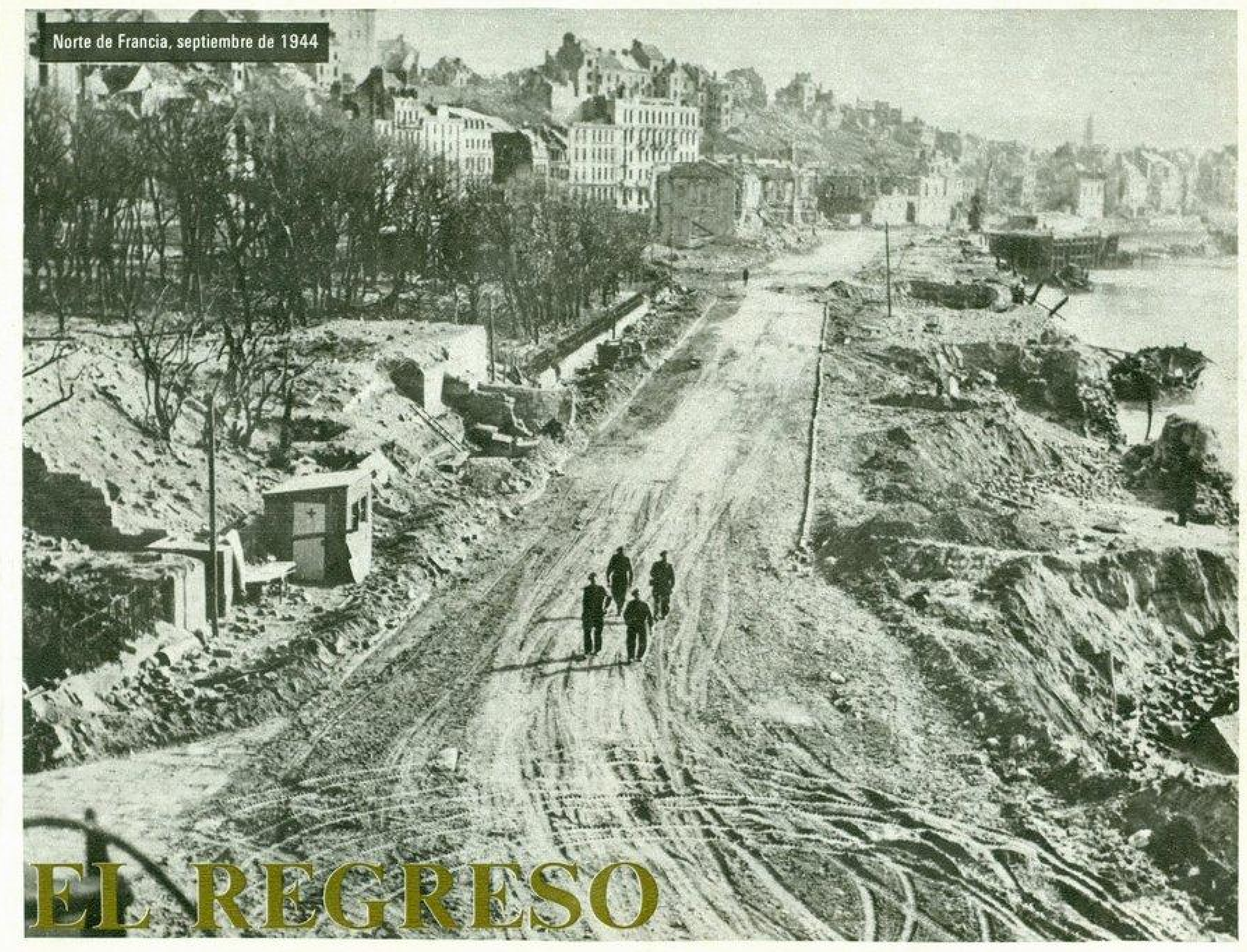
Quizá era difícil prever la presencia de generales alemanes habilísimos, como eran Model, Student y Bittrich, en la zona inmediata a los combates y prever también que reaccionaron con rapidez tan fulminante, concentrando las fuerzas en el sector amenazado. Pero queda también el hecho innegable de que los ingleses aterrizaron en Arnhem sin contar con suficientes indicaciones, por parte del Servicio de Información aliado, sobre la resistencia que en la zona encontrarían. Además, tenían en dotación una cantidad insuficiente de aparatos para el enlace. Como se desprende de los documentos conservados en los archivos del Ministerio de la Guerra, el alcance de los aparatos de radio de dotación a los batallones, brigadas y divisiones era casi siempre insuficiente y una parte de sus operadores no estaban debidamente adiestrados. Así, las comunicaciones radio durante el desarrollo de la batalla fueron intermitentes o no existieron en absoluto. La escasez de aviones constituyó también, por lo menos en parte, una de las causas determinantes de la derrota británica: en efecto, la subdivisión de los lanzamientos en tres días hizo que el enemigo no sintiera jamás el peso del ataque global de toda la división aerotransportada.

Si los aterrizajes se hubieran concentrado en una zona más restringida, si el general Urquhart los hubiera efectuado más cerca del objetivo y hubiese insistido en la defensa de las alturas de Westerbouwing después de que la conquista del puente se reveló imposible, quizás la operación habría concluido victoriosamente. No obstante, nadie puede afirmarlo con certeza.

En cambio, la elección de la dirección de ataque no había sido un error. Una rápida y victoriosa conclusión de la Operación «Market Garden», seguida de una ofensiva contra las defensas alemanas a lo largo del Escalda, habría tenido consecuencias incalculables. Según palabras de Churchill, fue «una gran meta casi al alcance de la mano».

Pese a todo, la operación no fue un fracaso total, pues permitió la conquista de los pasos del Mosa y del Waal, junto con aquello que el general Kurt Student definió como «un excelente trampolín de lanzamiento desde el cual desencadenar el ataque definitivo contra Alemania».

Y aunque no se pudo lanzar un ataque definitivo tan pronto como se había esperado, todos comprendían que el día de realizarlo no estaba lejos.



EL REGRESO A LOS PUERTOS DE LA MANCHA

22 de septiembre de 1944: desolación en Boulogne-sur-Mer recién conquistada por los Aliados. *(Imperial War Museum)*

K. J. Macksey, comandante

Ninguno de los que participaron en la elaboración de los planes para la invasión de Normandía había previsto que las fuerzas aliadas avanzarían con tanta rapidez, ni que, a principios de septiembre, sus vías de abastecimiento empezarían a hacerse peligrosamente largas. Para poder continuar el avance hasta la frontera alemana era indispensable conquistar otros puertos, y por esta razón las tropas británicas y canadienses volvieron a combatir en los viejos campos de batalla, a lo largo de las costas francesas del canal de la Mancha. En el curso de los ataques lanzados en los sectores más sólidamente fortificados de la muralla atlántica las unidades acorazadas demostraron una vez más que eran un instrumento fundamental para conseguir la victoria con el mínimo coste en vidas humanas.

El intento de reconquistar los puertos franceses del canal de la Mancha podía ser perfectamente una especie de acto de fe por parte británica. Estos puertos fueron puntos vitales por los que los soldados canadienses, británicos y franceses habían derramado su sangre en la primera Guerra Mundial y los mismos que se habían abandonado tan inesperadamente en 1940. Boulogne-sur-Mer, Calais, Dunkerque y Dieppe tenían, desde entonces, un gran significado para los soldados británicos y canadienses; eran nombres que durante cuatro años representaron una amenaza constante por tierra, mar y aire contra Gran Bretaña, y especialmente contra sus puertos del canal. Sin embargo, Montgomery no se dejó arrastrar por impulsos emotivos al examinar la necesidad de reconquistarlos; el mismo Hitler no los definió como «plazas fuertes» y no ordenó al Ejército 15 que los defendiese como tales hasta el 4 de septiembre de 1944, es decir, cuando tanto él como Montgomery comprendieron que el rápido e inesperado fruto de la victoria aliada en Normandía podría constituir un peso demasiado duro para los servicios logísticos aliados. Por ello, la rápida conquista de los puertos del canal era una solución que permitiría reducir los recorridos por carretera y apoyar la penetración en territorio alemán.

Aunque a principios de septiembre el trecho costero entre Boulogne-sur-Mer y Dunkerque



parecía (según informes del reconocimiento aéreo) estar abandonado, no cabía duda de que los alemanes guarnecían fuertemente el puerto de El Havre. Por ello se confió al Cuerpo de Ejército I británico el cometido de conquistarlo, mientras el Cuerpo de Ejército II canadiense limpiaría de fuerzas enemigas la zona situada entre Dieppe y las direcciones de acceso a Amberes. El día 1 de septiembre, la División 2 canadiense ocupó Dieppe sin encontrar resistencia (la orden de Hitler de defenderla a toda costa llegó con 24 horas de retraso); al día siguiente la 51.ª División *Highland* se apoderó de Saint-Valéry-en-Caux y el 3 ambas divisiones rindieron homenaje a las hazañas llevadas a cabo por sus predecesores, respectivamente, en 1940 y 1942. Mientras tanto, se había cerrado herméticamente el perímetro defensivo de El Havre y el 5 de septiembre las defensas de Boulogne-sur-Mer, Cabo Gris-Nez, Calais y Dunkerque se consideraron demasiado fuertes para tomarlas por asalto, por lo que, de momento, no se pudo hacer otra cosa que cercarlas con fuerzas inferiores protegidas por los refugios y defensas naturales.

El general Eisenhower era del parecer de que la total disponibilidad del puerto de Amberes debía tener prioridad sobre cualquier otra consideración logística, a fin de asegurar los abastecimientos para el avance decisivo en territorio alemán. En cambio, Montgomery defendía un punto de vista diferente y más audaz, que expuso el 9 de septiembre: en su opinión, con un ataque concentrado de 40 divisiones se podría llegar rápidamente a Berlín, con la garantía ofrecida por el flujo de los abastecimientos procedentes de los puertos de El Havre, Dieppe, Boulogne-sur-Mer, Dunkerque y Calais. Con «un solo buen puerto en el Paso de Calais» más un lanzamiento aéreo de 1000 toneladas de abastecimientos y cierto número de transportes suplementarios se sentía capaz de llegar a Münster.

Los dos conceptos opuestos no hacían más que reflejar la disputa fundamental sobre la estrategia del frente amplio y del frente restringido; el general Eisenhower exigía un apoyo logístico proporcional a la masa de hombres que consideraba necesaria para derrotar a Alemania y Montgomery se conformaba con medios más reducidos para un ataque menos masivo pero más rápido e inmediato. Y como Eisenhower reconocía la importancia estratégica de la acción lateral de Montgomery, la decisión final sobre la prioridad que había que asignar a los puertos de La Mancha o a Amberes correspondió a Montgomery, que colocó a este último puerto en el último lugar de prioridades.

Naturalmente, Montgomery no podía correr el riesgo de dejar en su propia retaguardia un contingente enemigo que podría amenazar todavía, con sus defensas costeras, las líneas de comunicación marítimas de los Aliados. La empresa sería ventajosa sólo si se realizaba lo antes posible.

En realidad, las guarniciones enemigas, a excepción de las fortificaciones de la parte más profunda de la muralla atlántica, tenían una capacidad defensiva muy limitada. Había algunas excelentes unidades que se habían constituido reuniendo los restos de divisiones de infantería; pero las demás eran fuerzas heterogéneas de supervivientes de las guarniciones y de las unidades navales, especializadas en su actividad concreta, pero inadecuadas para largos combates y sobre todo para organizar contraataques. Sin embargo, incluso fuerzas heterogéneas como eran aquéllas pueden constituir un hueso duro de roer si están bien protegidas por fortificaciones de hormigón y por campos minados, y defendidas, además, por el denso fuego de la artillería que formaba parte del poderoso sistema defensivo de todos los puertos del canal. Finalmente estaba la cuestión de la capacidad de los comandantes, que difería notablemente de uno a otro.

LA CONQUISTA DE LOS PUERTOS DE LA MANCHA

1 de septiembre de 1944: la División 2 canadiense ocupa Dieppe.
10 de septiembre: el Cuerpo de Ejército I británico, después de masivas incursiones de los bombarderos, inicia el ataque contra El Havre.
12 de septiembre: se rinde la guarnición alemana de El Havre.
17 de septiembre: empieza el ataque contra Boulogne-sur-Mer.
22 de septiembre: se rinde la guarnición alemana de Boulogne-sur-Mer.
24 de septiembre: La División 3 canadiense ataca Calais.
30 de septiembre: capitulación de Calais.



Después del potente ataque aéreo desencadenado el 10 de septiembre de 1944 por el mando de bombarderos de la RAF sobre el puerto y las posiciones artilleras de El Havre, las Divisiones 49 y 51 canadienses avanzaron sobre la ciudad. Gracias al apoyo proporcionado por los medios acorazados especiales, los elementos de infantería lograron vencer la resistencia alemana y la noche del 11 de septiembre todo el perímetro defensivo estaba en poder de los canadienses.
(Imperial War Museum)



En Boulogne-sur-Mer los alemanes opusieron una resistencia más tenaz que en El Havre. El bombardeo efectuado el 17 de septiembre por 800 bomberderos aliados infligió pocas pérdidas a la guarnición del general Heim (arriba), atrincherada en sólidos *bunkers*, y las acciones de la infantería se desarrollaron más lentamente de lo previsto. Los medios acorazados especiales tuvieron que abrirse camino expugnando un fuerte tras otro, y Boulogne-sur-Mer no se conquistó hasta el 22 de septiembre.
(Associated Press)

Pero lo que determinaba esencialmente las acciones de todos los contendientes, eran los términos de la rendición sin condiciones y el problema de la numerosa población francesa, que iba a ser blanco de un fuego mortal. Cada lugar representaba variaciones locales, y en cada uno los alemanes se preparaban para el asedio con un estado de ánimo distinto.

El Havre: un rápido avance

En El Havre había 50.000 paisanos y 11.000 alemanes bajo el mando del coronel Wildermuth, un oficial de la reserva. En el exterior de la ciudad se encontraba el Cuerpo de Ejército I británico, del general Crocker, con las Divisiones 49 y 51, dos brigadas acorazadas y una masa de vehículos acorazados especiales de la División Acorazada 79, apoyados por una fuerte concentración de artillería, por el pontón armado *Erebus* y, posteriormente, por el acorazado *Warspite*. En caso de necesidad intervendría, desplegando toda su fuerza, el mando de bombarderos.

El 2 de septiembre, el Cuerpo de Ejército I había obligado a la guarnición alemana a refugiarse en los *bunkers* situados detrás de un foso contracarros y de campos minados, después de lo cual comenzó un bombardeo cada vez más intenso, que continuó hasta el 10 de septiembre, día del ataque decisivo. Los intentos de Wildermuth de tratar los términos de la rendición con Crocker no tenían ninguna probabilidad de lograr un resultado positivo, puesto que no podían conducir a un compromiso con respecto a la capitulación ni, desgraciadamente, al acuerdo sobre una exclusión de la población civil de la inminente carnicería: la escasez de medios de transporte y el poco tiempo disponible hicieron vanos todos los esfuerzos para salvarla.

El mando de bombarderos martilleó la plaza fuerte desde el aire, día y noche, descargando 4000 toneladas de explosivo sobre el puerto y las posiciones de artillería, mientras que el *Erebus* sostenía una batalla individual (durante la cual lo alcanzaron dos veces) con las baterías de Grand Clos, al norte de la ciudad. Mientras tanto, la artillería asediante desplegaba y las dos divisiones de infantería se preparaban para la primera irrupción. Todas las fases del plan de Crocker se desarrollaron bajo el signo de la superioridad numérica. Para el 10 de septiembre por la tarde se había proyectado un bombardeo de saturación, durante el cual se lanzarían poco menos de 5000 toneladas de bombas en toda la meseta de Harfleur y sobre las carreteras que salían de la ciudad: el *Warspite* y el *Erebus* atacarían de nuevo Grand Clos; después, la División 49 avanzaría por las brechas abiertas en los campos minados. La infantería, apoyada por los cañones de los carros de combate y por los vehículos acorazados especiales, penetraría en la ciudad, mientras la División 51 ensancharía la brecha en las defensas mediante un ataque nocturno, al «claro de luna artificial» de los reflectores.

El sábado 10 de septiembre, por la noche, un silencio lleno de presagios se cernía sobre el perímetro defensivo; como medida de precaución, las unidades de asalto se retiraron detrás de una altura situada a unos 2 km del frente, por si los bombarderos se equivocaban de objetivo. Poco después, por la parte del mar, llegaron las formaciones aéreas, escalonadas a alturas diferentes y conducidas hacia los objetivos por el *Lancaster* de cabeza, que lanzaba racimos de cohetes de iluminación. Cuando cesó el fragor de las explosiones de las bombas intervino la artillería; las fuerzas acorazadas y la infantería salieron entonces para romper las defensas, desde las cuales los defensores, aturdidos por el bombardeo, podían responder solamente con un tiro esporádico, pero no por ello menos eficaz.

La batalla continuó, y el enemigo contraatacaba cuando los poderosos obstáculos obligaban a los atacantes a frenar el impulso. Sin embargo, muchos cañones contracarros ya habían sido destruidos, y cuando entraron en acción las unidades acorazadas la resistencia enemiga cedió ante el ataque de la infantería, parte de la cual avanzaba a bordo de los *Canguro* (vehículos acorazados para el transporte de tropas) que irrumpían por las brechas. También la División 51, superadas algunas dificultades iniciales, penetró durante la noche en el perímetro defensivo y un comandante de la compañía utilizó un teléfono que estaba aún en comunicación con los alemanes para instar a éstos a que capitulasen. La mañana siguiente se produjo la última incursión del mando de bombarderos, y la infantería, reanudando el asalto, irrumpió en los suburbios de la ciudad, mientras la División 51 efectuaba una conversión al Norte para apoderarse de las defensas costeras. Entre tanto, la División 49 avanzaba sobre una nueva dirección situada al Sur, dirigiéndose hacia el puerto. Pero en el barrio de Harfleur sus unidades de infantería encontraron una encarnizada resistencia y no consiguieron grandes progresos hasta que llegaron las fuerzas acorazadas especiales.

Al caer la noche del día 11, todo el perímetro defensivo estaba prácticamente en manos de los ingleses; al día siguiente las columnas atacantes empezaron a converger hacia el centro de la ciudad, donde se encontraba herido el coronel Wildermuth. A mediodía el coronel se rindió, y a media tarde cesó la última resistencia. Ahora correspondía a la Marina y a los ingenieros la misión de abrir brechas en los campos minados, desactivar las minas, despejar los escombros y poner de nuevo en condiciones el puerto. Los ciudadanos, mientras tanto, se agolpaban alrededor de las ruinas, inocentes víctimas de aquella rendición sin condiciones.

Boulogne-sur-Mer: una mayor resistencia

Pero Montgomery quería conquistar también Boulogne-sur-Mer, un hueso mucho más duro de roer que El Havre, defendido por 10.000 hombres, apoyados por todo tipo de artillería (a excepción de los cañones contracarros, que escaseaban) y mandados por el teniente general Heim, que fue jefe de Estado Mayor de Guderian en Polonia. La población civil no era muy numerosa, pues la mayor parte ya había sido evacuada.

El terreno circundante era mucho más adecuado para la defensa que el de El Havre, pues las principales líneas de acceso al puerto y al mar abierto estaban dominadas por una corona de elevaciones cruzadas en profundidad por posiciones de hormigón.

En Boulogne-sur-Mer el enemigo ofreció una resistencia más tenaz que en El Havre, no cedió hasta que la presión británica se hizo insoportable, y, como en El Havre, la infantería atacante se vio obligada a detenerse más de una vez ante los campos minados y los abrigos excavados a gran profundidad, en los que los alemanes podían refugiarse rápidamente para reaparecer en seguida por la salida de otro refugio y disparar por la espalda a los atacantes. Por ello, la operación se desarrolló con más lentitud de lo que se había previsto, especialmente en Mont-Lambert, donde el último fortín se rindió el 18, veinticuatro horas más tarde de lo que se esperaba. Tres columnas acorazadas que debían irrumpir en la ciudad y apoderarse de los puentes sobre el río Liane quedaron atrapadas entre los escombros y en los cráteres de las bombas, y cuando pudieron salir de allí, los alemanes ya habían volado los puentes.

El 22 de septiembre Heim, a quien los Aliados se dirigieron por medio de altavoces, informán-





Después de la conquista de cuatro importantes puertos del canal de la Mancha, Montgomery decidió que Dunkerque, reducida a un montón de ruinas y cercada por la brigada checoslovaca y algunas unidades heterogéneas, podía permanecer en manos alemanas hasta el fin de la guerra. En efecto, la posesión de la ciudad, lejos de proporcionar una ventaja, impondría a los Aliados un inútil derroche de vidas humanas. (Imperial War Museum)

dole sobre la situación desesperada en que se encontraba, se rindió con los supervivientes de la guarnición, renunciando a una ulterior defensa del puerto semidestruido. Las bajas de ingleses y canadienses ascendieron a 634 hombres, cifra relativamente reducida y que constituía una nueva demostración de la eficacia de los vehículos acorazados especiales. Pero el espectáculo que se presentó ante los ojos de las escuadras de rescate no fue menos desolador que en El Havre: deberían pasar muchos días antes de que el puerto pudiera funcionar de nuevo, y además, para iniciar los trabajos de reconstrucción, había que eliminar la amenaza de los cañones de Cabo Gris-Nez.

Calais: un nuevo triunfo de los vehículos acorazados especiales

El siguiente puerto, situado en el mismo promontorio, al otro lado del cabo, era Calais, expuesto por ambos lados al fuego de los grandes cañones de Cabo Gris-Nez y donde el teniente coronel Schröder mandaba una guarnición mixta de 7500 hombres («todos deshechos», según su definición). Calais se encontraba mucho más allá de las sólidas defensas de hormigón de la «muralla del Atlántico»; pero la zona estaba sembrada de campos de minas que se alternaban con extensas superficies inundadas, formando un complejo sistema de protección.

También allí el ataque de la División 3 canadiense fue precedido por un bombardeo aéreo; sin embargo, esta vez (24 de septiembre) la operación no se organizó con la precisión de las anteriores: la falta de un adecuado bombardeo artillero previo contra las posiciones antiaéreas causó la pérdida de ocho aviones aliados y, además, la condiciones meteorológicas inadecuadas impidieron que dos tercios de los aparatos, exactamente 600 sobre 900, pudieran lanzar sus bombas. Fueron las escuadras de vehículos acorazados especiales las que abrieron camino metro a metro, apoyadas por los cañones de los carros de combate y seguidas por la infantería.

El 29 de septiembre, mientras se llevaban a cabo estériles negociaciones para la rendición, los canadienses se encontraban en torno a Calais y su ciudadela, donde los hombres del general de brigada Nicholson ya habían combatido a fines de 1940. Aquel día, los cañones de Cabo Gris-Nez fueron reducidos al silencio tras una serie de decididos ataques de los medios acorazados especiales, con los hombres encaramándose a los cañones incluso cuando éstos disparaban todavía. Luego los dragaminas entraron rápidamente en acción, y empezaron a despejar las aguas abriendo canales navegables en dirección a Boulogne-sur-Mer. La población de Dover, aquella noche, pudo dormir tranquila por vez primera en cuatro años.

¿Fue realmente una ventaja?

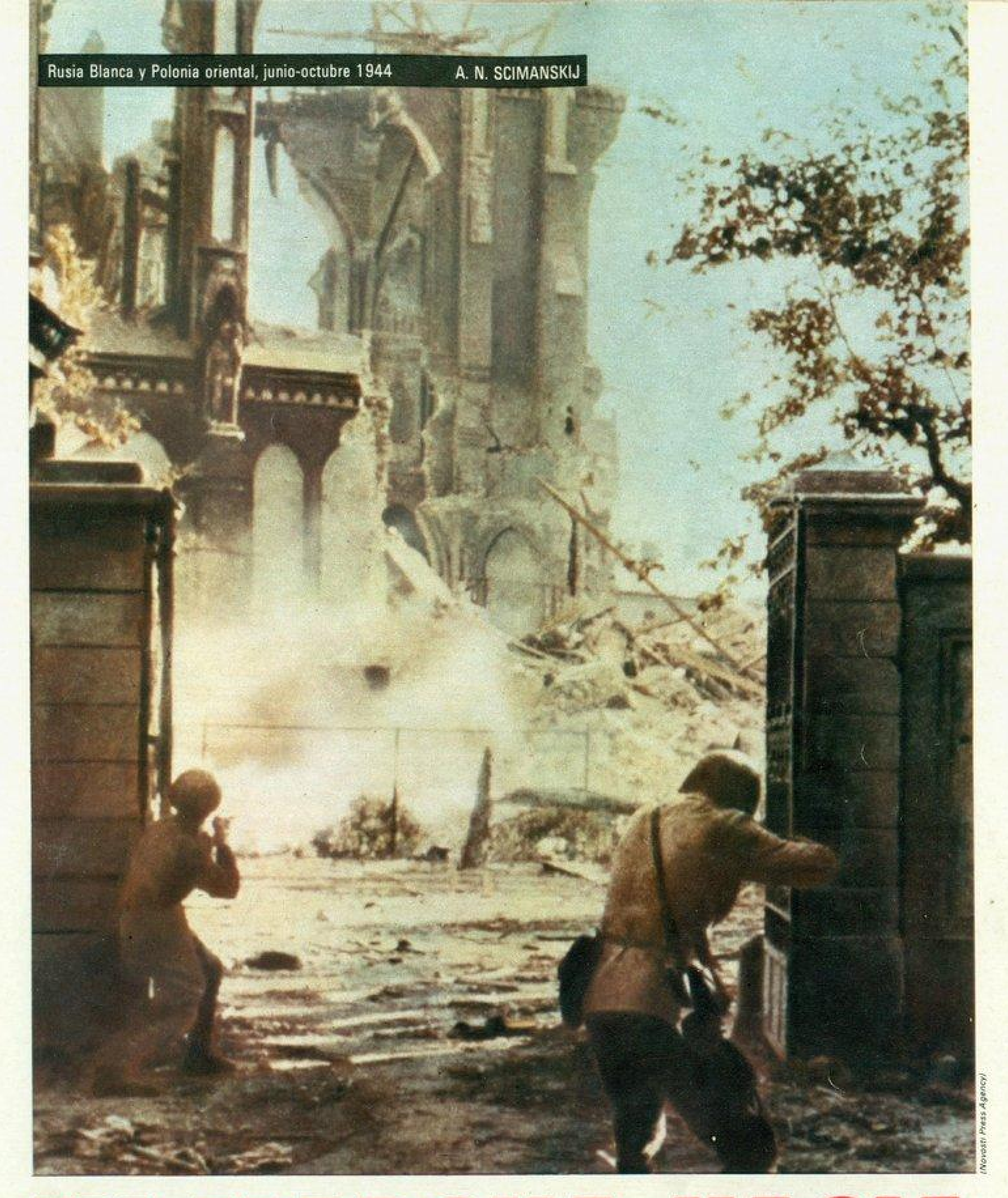
Quedaba aún Dunkerque, pero Dunkerque podía permanecer como estaba, reducida a un montón de ruinas cercadas por la brigada checoslovaca y por algunas unidades heterogéneas, hasta el final de la guerra. Montgomery ya había obtenido lo que quería y el ataque contra una localidad que no representaba una amenaza y que no le podía ofrecer ventaja alguna no tenía ningún interés para él.

Examinando restrospectivamente la operación, cabe preguntarse si los resultados conseguidos justificaron el esfuerzo efectuado. La conquista de cuatro puertos, que se encontraban casi destrozados, y la captura de más de 30.000 prisioneros con sólo 1500 bajas propias pareció un resultado aceptable.

Pero, desgraciadamente, el tonelaje que los puertos franceses del canal de la Mancha pudieron proporcionar fue muy inferior a lo previsto a causa de las largas obras que fue preciso efectuar para poner en funcionamiento todas las instalaciones destruidas; además, puesto que los esfuerzos se concentraron por completo en estos puertos, fue necesario renunciar a ejercer presión sobre las direcciones de acceso a Amberes, y esta tregua permitió al enemigo escabullirse, pasando al otro lado del Escalda más de 86.000 hombres, así como 600 cañones y 6200 vehículos. Pero, por otra parte, ¿cuál habría sido el resultado si los Aliados hubieran dedicado todas sus fuerzas a la conquista de Amberes y hubieran fracasado? Se trataba sin duda de un riesgo demasiado grande, pues los recursos utilizados contra los puertos del canal habrían quedado sin utilizar. Y además hay que tener presente otro hecho: los puertos del canal de la Mancha se convirtieron en las bases de las posteriores operaciones en el Escalda. Finalmente, era difícil no considerar la reacción que podría haberse producido en Inglaterra si el enemigo continuaba los bombardeos desde la costa francesa mientras el frente principal de combate se iba desplazando hacia el interior de Alemania.

Probablemente, la afirmación hecha en septiembre por Montgomery, cuando dijo que un buen puerto en la zona del Paso de Calais, más 1000 toneladas de abastecimientos lanzados en paracaídas diariamente y otros transportes suplementarios le permitirían llegar a Münster, expresaba el mayor riesgo que había asumido en su vida. Frente a su idea genial de la «alfombra» aerotransportada sobre el Rin y a su convicción de que un movimiento constante podría evitar una posible recuperación alemana, la famosa prudencia de Montgomery parece poco verosímil. En efecto, si hubiera pasado el Rhin y penetrado en el corazón de Alemania a fines de septiembre, los servicios logísticos se habrían encontrado probablemente en la imposibilidad de alimentar su avance, puesto que la capacidad de los puertos del canal se había reducido drásticamente a causa de las demoliciones. Sin embargo, a principios de septiembre, estos hechos estaban fuera de las previsiones humanamente posibles, por lo que hemos de concluir que todo parece indicar que, en aquel mes de septiembre de 1944, los factores contingentes se valoraron con ecuanimidad y que las decisiones tomadas entonces fueron las más indicadas.

A. N. SCIMANSKIJ



(Novosti Press Agency)

EN MARCHA HACIA VARSAVIA

Mientras el Ejército ruso se aproximaba al Vístula, el Ejército Nacional de Varsovia se sublevó para rechazar a las fuerzas de ocupación alemanas; pero nadie le apoyó. Los polacos no podrán jamás perdonar a los soviéticos el que no intentaran ayudar a los sublevados de Varsovia, a pesar de que los argumentos que los rusos aducen como justificación no tienen nada de infundados. En el presente capítulo, un historiador soviético da la réplica a las acusaciones de traición lanzadas con frecuencia contra el Ejército ruso desde los días de la sublevación polaca.

En junio de 1944 la *Wehrmacht* y el Ejército ruso estaban preparados para luchar en su cuarta ofensiva estival. Después de la serie ininterrumpida de derrotas alemanas, que siguió a la desafortunada Operación «Zitadelle» del verano anterior, era evidente que en el frente oriental uno solo de los bandos tenía ya firmemente en sus manos la iniciativa: por vez primera la *Wehrmacht* estaba preparándose para hacer frente a una campaña estival de tipo defensivo.

En efecto, no sólo no existía ya ninguna posibilidad de que Alemania ganase la guerra en el frente oriental, sino que todo inducía a considerar que la estaba perdiendo precisamente allí. Era fácil comprenderlo por lo que estaba sucediendo en los demás teatros de operaciones. En Italia, los Aliados habían hundido el frente en Cassino y avanzaban rápidamente hacia Roma. En la primera semana de junio abrieron el tan esperado segundo frente en Normandía. Y tanto los Aliados occidentales como la Unión Soviética estaban decididos a ganar la guerra en 1944, y así, aunque consiguiera contener a los ingleses y americanos en Italia y Francia, Alemania tendría que resistir firmemente en el frente oriental.

Sin embargo, esto no parecía posible. El aparato bélico soviético había pasado de una posición de simple fuerza a una posición de fuerza excepcional. Tan sólo en los primeros cinco meses de 1944 la producción de carros de combate y de cañones autopropulsados había aumentado en un 77 %, y la de aviones en un 68 %. En el frente, el Ejército ruso gozaba de una superioridad impresionante sobre la *Wehrmacht*, tanto en hombres como en armas, y confiando en estos inmensos recursos, los oficiales del STAVKA estaban preparando un programa decisivo para 1944.

Un vistazo al mapa permite observar que, en el verano de 1944, el frente oriental tenía la forma de una S invertida. Esta S estaba constituida por dos grandes salientes, uno dirigido hacia el Este y dominado aún por los alemanes, y el otro dirigido hacia el Oeste y controlado por los rusos; este último estaba constituido por los territorios que el Ejército ruso había reconquistado en el curso del otoño y del invierno de 1943-44. Y era precisamente el saliente alemán en Rusia Blanca el que constituía el objetivo de los planes elaborados por ambos bandos para el verano de 1944.

Mientras controlasen Rusia Blanca, los alemanes podrían defender las vías de acceso a Prusia oriental y a Polonia y cubrir el flanco meridional del Grupo de Ejércitos Norte en los Estados bálticos. Pero, por otra parte, como todo saliente, constituía un arma de doble filo: desde Rusia Blanca los alemanes podían amenazar el flanco y la retaguardia de las fuerzas del Ejército ruso desplegadas al sur del Pripet, impidiendo de esta forma que los soviéticos lanzaran una ofensiva en dirección a Lemberg (Lwow) y a la frontera húngara. Para los soviéticos la liberación de Rusia Blanca abriría las direcciones estratégicas más breves de acceso a Alemania, las que cruzaban Polonia, poniendo al mismo tiempo a los Grupos de Ejércitos Norte y de Ucrania septentrional en situación de tenerse que prevenir contra el inminente peligro de una maniobra envolvente.

Así, pues, en verano de 1944, Rusia Blanca constituiría el principal sector de operaciones; si un masivo ataque concentrado arrollaba al Grupo de Ejércitos del Centro, nada podría impedir ya que los rusos cruzaran Polonia y llegasen a la frontera alemana. Apuntando a este objetivo, los soviéticos pusieron en práctica un programa de concentración de fuerzas en el sector central del frente.

Con la intención de descubrir dónde iba a asestar el siguiente golpe el Ejército ruso, el Alto Mando alemán cometió un grave error. Los alemanes creyeron que los soviéticos tratarían de irrumpir desde el saliente, atacando por el Sur, en dirección a Lemberg y a Lublin. Esta deducción se basaba en el hecho de que el primer frente ucraniano, desplegado en el Sur, en la dirección de Lemberg, disponía de un gran número de grandes unidades acorazadas, por lo que los alemanes decidieron mantener el 80 % de sus *Panzerdivisionen* frente al saliente soviético, esperando así poder contener al Ejército enemigo.

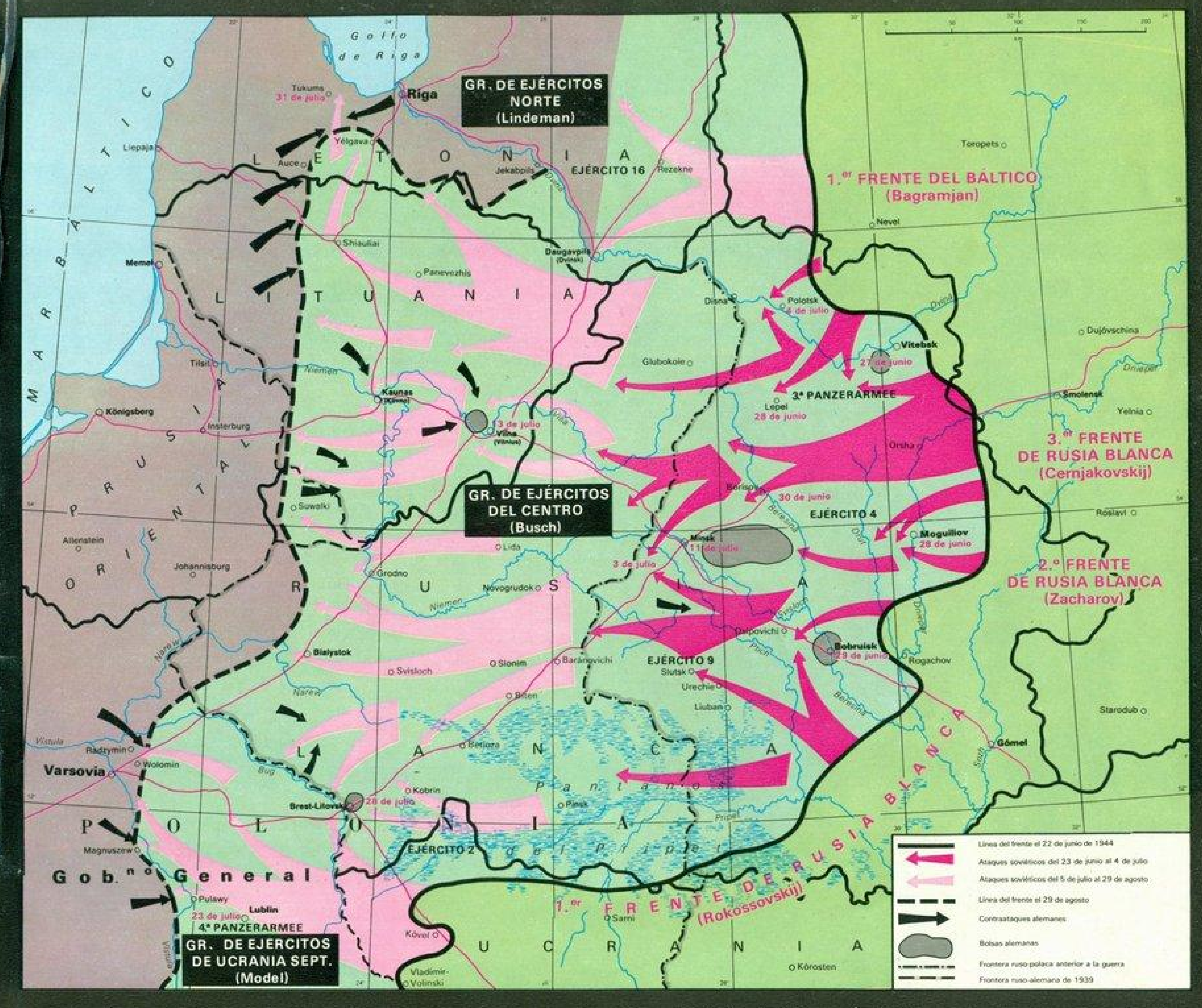
El grave error cometido por el Servicio de Información alemán fue un tributo a la habilidad con la que el Alto Mando soviético había conseguido concentrar ingentes fuerzas al este de Rusia Blanca, pues buena parte de estas fuerzas fueron transferidas del Sur sin que los alemanes se dieran cuenta. El Alto Mando alemán siguió fiel a su

FUERZAS ENFRENTADAS EN LA BATALLA POR RUSIA BLANCA

Hombres (soviéticos)	1.254.000
Hombres (alemanes)	1.200.000
Cañones (soviéticos)	28.600
Cañones (alemanes)	10.000
Carros (soviéticos)	4000
Carros (alemanes)	900
Aviones (soviéticos)	5300
Aviones (alemanes)	1300

Fuerzas soviéticas

En previsión de la ofensiva estival, el Mando Supremo soviético llevó a cabo una concentración masiva de fuerzas en los sectores de los frentes encargados de romper las líneas alemanas. Así, en los primeros días de mayo y finales de junio, el potencial humano de las fuerzas destinadas al ataque aumentó en un 60 %, las fuerzas aéreas en un 62 % y la artillería en un 85 %, mientras la potencia de las fuerzas acorazadas fue más que triplicada. El número de soldados, por parte soviética y alemana, era casi igual, pero por la aplastante superioridad en armamento y en material la situación era netamente favorable al Ejército ruso. *(History of the Second World War)*



EL EJÉRCITO RUSO EN EL VISTULA

La ofensiva soviética contra el saliente alemán en Rusia Blanca se inició el 23 de junio de 1944. Operando conjuntamente, los Ejércitos del primer frente del Báltico y del primero, segundo y tercero de Rusia Blanca efectuaron un rápido avance hacia el Oeste, ocupando importantes posiciones y cercando a numerosas fuerzas enemigas. Después de romper las líneas alemanas en Vitebsk, el primer frente del Báltico se lanzó hasta el Dviná. El tercer frente de Rusia Blanca llegó al Beresina el 28 de junio, y el mismo día Moguiliov cayó en manos del segundo frente: con ello, las esperanzas alemanas de constituir una línea de resistencia en el Beresina se habían desvanecido. Convencido de la necesidad de proseguir la ofensiva, el STAVKA cursó inmediatamente las nuevas directivas a los frentes. El 3 de julio, el Ejército ruso alcanzó Minsk y, continuando su avance, el tercer frente de Rusia Blanca conquistó Vilna el 13 de julio. Mientras tanto, gracias a la llegada de refuerzos, el primer frente del Báltico ocupó Shiauliai el 27 de julio y, continuando hacia el Noroeste, se lanzó hasta la costa del golfo de Riga; pero allí, a causa de los contraataques alemanes, no logró aislar al Grupo de Ejércitos Norte. En efecto, desde fines de julio se notó un endurecimiento de la resistencia alemana en todos los sectores. En el Sur, el 20 de julio, el ala izquierda del primer frente de Rusia Blanca había arrollado las defensas alemanas cerca de Kivel, y, después de haber atravesado el Bug y entrado en Polonia, llegó a Lublin el 23 y a Brest-Litovsk el 28. Pero cuando las tropas soviéticas alcanzaron el Vistula fueron detenidas por los vigorosos contraataques alemanes. En agosto, el Ejército ruso ya no logró ulteriores éxitos y el frente se estabilizó a lo largo de la línea Yélgava-Suwalki-Narew-Vistula.

equivocado principio, aun cuando muchos y fidedignos informes le indicaban que muchas fuerzas soviéticas estaban preparándose para lanzar en Rusia Blanca un ataque sobre un amplio frente.

De esta forma, incluso antes de lanzar su ofensiva, los rusos habían ganado la batalla en el plano estratégico.

Naturalmente los alemanes se daban perfecta cuenta de la necesidad de defender Rusia Blanca, y aprovecharon muy bien los bosques, los pantanos y los lagos de la región para crear sólidas defensas. Se habían preparado posiciones y líneas defensivas a lo largo de los ríos Dnieper, Drut, Beresina y Svisloch, y todas las ciudades y los mayores centros habitados se habían transformado en plazas fuertes, preparadas para ofrecer una resistencia prolongada. Sin embargo, estas medidas presentaban numerosos puntos débiles. Por ejemplo, la zona situada al norte de Vítebsk, a lo largo del límite de sector entre los Grupos de Ejércitos Norte y del Centro, estaba fortificada débilmente, y los Ejércitos y el mismo Grupo de Ejércitos del Centro no disponían, prácticamente, de reservas. Los alemanes esperaban compensar esta falta de reservas trasladando fuerzas desde los sectores inactivos del frente y mandando a las zonas amenazadas fuerzas de la reserva del OKH.

Concentración masiva

A fines de mayo, el plan soviético estaba prácticamente ultimado. Preveía una ofensiva simultánea contra las cuatro ciudades clave del frente alemán (Vítebsk, Orsha, Moguiliov y Bobruisk), con la finalidad de romper el frente con vigorosos golpes concentrados. Debían cercarse y destruirse las fuerzas germanas de la zona de Vítebsk y Bobruisk, para dejar descubierto todo el saliente de Rusia Blanca. Después, la ofensiva debía proceder rápidamente hasta las zonas más internas del citado saliente, a fin de envolver a las fuerzas alemanas desplegadas en la zona de Minsk. Como de costumbre, la coordinación de los diversos frentes se confió a los mariscales G. K. Zukov y A. M. Vasilevskij.

En el sector del frente oriental contra el que se iba a lanzar la ofensiva soviética (desde Pólotsk hasta Kóvel), el Grupo de Ejércitos del Centro alemán contaba con la 3.ª *Panzerarmee* y los Ejércitos 2, 4 y 9, con un total de 50 divisiones y 3 brigadas. Los alemanes podían disponer tam-



Panzerfeldhaubitze de 105 mm (ex "Char B" francés)

El carro de combate *B*, uno de los "pilares" de las fuerzas acorazadas francesas, se ganó el respeto de las tripulaciones de los medios acorazados alemanes, en el curso de la campaña de 1940 por su excelente coraza. Los modelos *Hotchkiss* del *Char B* se entregaron a la *Wehrmacht* como artillería autopropulsada.
Tripulación: 4 hombres. **Peso**: 31 t. **Coraza**: espesor máximo 60 mm. **Armamento**: un obús de 105 mm y una ametralladora de 7,02 mm. **Velocidad**: 25,50 km/h. **Autonomía**: 180 km.

JSU-152

Los soviéticos fueron los primeros en producir una pieza autopropulsada de calibre medio, el *JSU-152*, construido basándose en el carro de combate *JS-1*, que ya había sido superado por modelos posteriores. Producido en número relativamente elevado, el *JSU-152* contribuyó a dar mayor peso al fuego de apoyo para las puntas de penetración del Ejército ruso.
Tripulación: 5 hombres. **Peso**: 46 t. **Coraza**: espesor máximo 90 mm. **Armamento**: una pieza de 152 mm y una ametralladora de 12,7 mm. **Velocidad**: 26,8 km/h. **Autonomía**: 220 km.

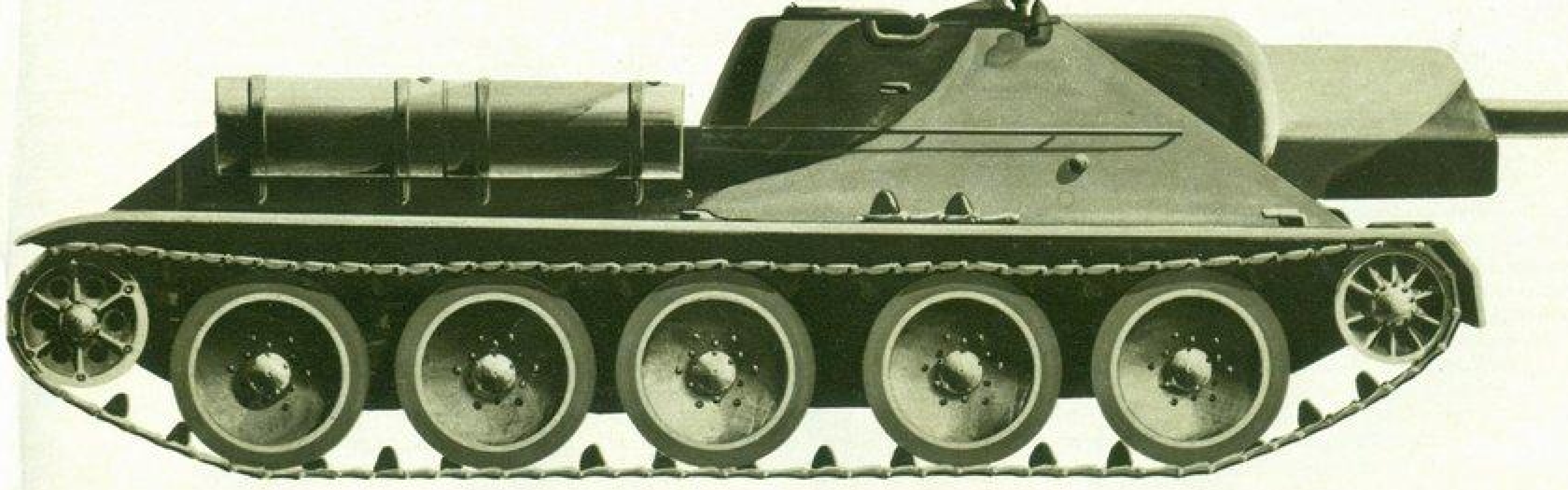
Panzerfeldhaubitze de 105 mm (ex "Hotchkiss")

En la construcción de este obús autopropulsado se utilizó el casco del carro de combate francés *Hotchkiss H-35*, capturado en gran número por los alemanes después de la derrota francesa en 1940. **Tripulación**: 4 hombres. **Peso**: 12,2 t. **Coraza**: espesor máximo 34 mm. **Armamento**: un obús de 105 mm. **Velocidad**: 25 km/h. **Autonomía**: 120 km.

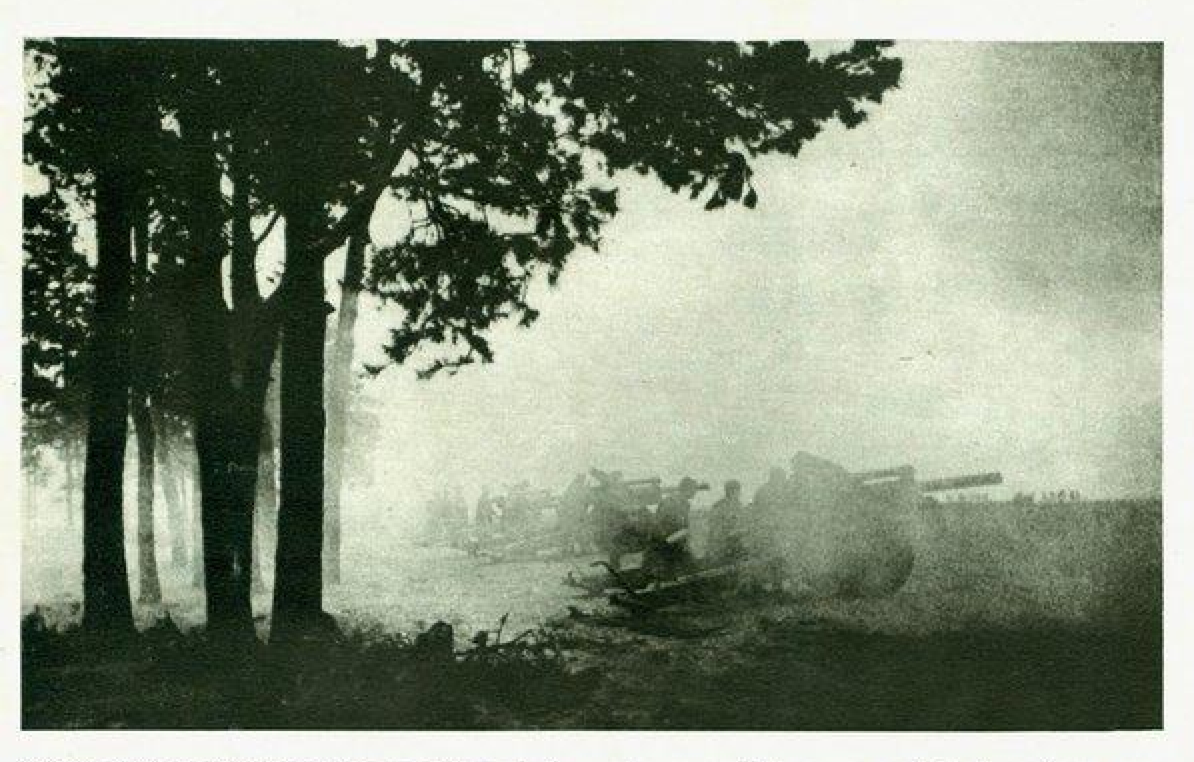
Tanto los alemanes como los rusos, en sus esfuerzos para conseguir que la artillería destinada al apoyo de las unidades acorazadas pudiera seguir a los carros de combate a través de las fangosas estepas rusas, produjeron una amplia gama de piezas de artillería autopropulsada de gran alcance, montadas sobre cascos de carros de combate capturados al enemigo o de carros de tipos ya superados. Los dos cañones autopropulsados representados en la página anterior fueron construidos por los alemanes utilizando los cascos de carros ligeros o pesados del Ejército francés, sobre los que se montaron piezas de artillería de campaña. Las piezas autopropulsadas de artillería pesada soviética (debajo) eran distintas: se proyectaron como apoyo directo a los carros de combate y pertenecían más bien a la categoría de cazacarros –parecidas a los tipos alemanes *Jagdpanther* y *Jagdtiger*– aunque empleaban indistintamente granadas de alto explosivo y granadas perforantes.

SU-122

Los rusos siguieron el procedimiento, adoptado por otros Ejércitos, de emplear como afuste para los cañones autopropulsados cascos de antiguos carros de combate que habían tenido éxito. Pero, por lo general, el Ejército ruso estuvo en condiciones de montar sobre cascos algo más complicados piezas mayores y más pesadas. El autopropulsado *SU-122* utilizaba el casco del *T-34*. **Tripulación:** 5 hombres. **Peso:** 30,9 t. **Coraza:** espesor máximo 45 mm. **Armamento:** una pieza de 122 mm. **Velocidad:** 50 km/h. **Autonomía:** 600 km.



(John Batchelor)



Cañones soviéticos dispuestos a entrar en acción contra las fuerzas alemanas en el curso de la ofensiva lanzada por el Ejército ruso el 23 de junio de 1944. El ataque sorprendió a los alemanes, que esperaban una rotura más al Sur, en dirección a Lemberg y a Lublin. (Novosti Press Agency)

bién de las divisiones del flanco derecho del Grupo de Ejércitos Norte, así como de parte de la 4.ª *Panzerarmee*, perteneciente al Grupo de Ejércitos de Ucrania septentrional. En total, las fuerzas alemanas presentes en Rusia Blanca ascendían a 63 divisiones y 3 brigadas, con más de 1.200.000 hombres, unos 10.000 cañones, 900 carros de combate y cañones autopropulsados y más de 1300 aviones.

El Mando Supremo soviético no ignoraba que para conseguir que la inminente ofensiva tuviera éxito, se necesitaría un gran número de hombres y mucho material. Con este fin se tomaron medidas especiales para asegurar tropas de refuerzo para los Ejércitos del primer frente del Báltico y de los frentes de Rusia Blanca, a los que correspondía el cometido de lanzar la ofensiva. Estos refuerzos comprendían dos Ejércitos para operaciones combinadas y uno de carros de combate, así como un Cuerpo de Ejército de infantería, uno de caballería y otros cinco entre acorazados y mecanizados. A las fuerzas aéreas se les asignaron otros once Cuerpos aéreos y cinco divisiones. Se concedieron también a los diversos regimientos y brigadas abundantes refuerzos de cañones autopropulsados, artillería, morteros y unidades de ingenieros.

De esta forma, entre los primeros días de mayo y los últimos de junio (lanzamiento de la ofensiva) el potencial humano de las fuerzas soviéticas destinadas al ataque aumentó en un 60 %, las fuerzas aéreas en un 62 % y la artillería en un 85 %, triplicándose asimismo la potencia de las fuerzas acorazadas. En total, los cuatro frentes rusos contaban con 124 divisiones y 9 brigadas o «fuerzas de zona fortificada». Estas grandes unidades sumaban un total de 1.254.000 hombres, 28.600 cañones y morteros, más de 4000 carros de combate y cañones autopropulsados y más de 5300 aviones. Al mismo tiempo, la reserva del STAVKA (2.º Ejército de Guardias y Ejército 51) había terminado ya la conquista de Crimea y avanzaba en dirección Norte, hacia Rusia Blanca.

Mientras proseguían estos preparativos, la fuerza aérea estratégica soviética realizó incursiones contra los aeródromos de la *Luftwaffe* situados alrededor de Bobruisk, Minsk, Baránovichi, Pinsk, Bialistok y Brest-Litovsk.

El huracán se desencadenó el 23 de junio por la mañana, acompañado por un bombardeo masivo por parte de la artillería y de la aviación. El ataque soviético tuvo un éxito inmediato, especialmente al norte de Vítebsk, donde operaba el primer frente del Báltico, mandado por el general I. Ch. Bagramjan. El general Tippelskirch escribió más tarde: «El ataque al noroeste de Vítebsk fue especialmente grave; a diferencia de los lanzados en el resto del frente, se produjo sin que nadie lo esperara en absoluto y alcanzó un sector muy débil de la parte más importante del frente».

El 25 de junio, gracias al hundimiento del frente en Vítebsk, los soviéticos habían cercado, al oeste de la ciudad, a cinco divisiones alemanas. El Alto Mando germano hizo desesperados esfuerzos para liberarlas, pero todos los intentos fracasaron: en efecto, aunque un grupo de unos 8000 hombres consiguió escapar de la bolsa, lo cercaron nuevamente y fue aniquilado. El 27 por la mañana las divisiones cercadas aceptaron el ultimátum de rendición presentado por los soviéticos. En Vítebsk murieron 20.000 alemanes y más de 10.000 fueron hechos prisioneros; además, esta derrota significó para la *Wehrmacht* la pérdida de su posición clave en el flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos del Centro. Mientras se estaba combatiendo la batalla de Vítebsk, que duró cuatro días, las fuerzas principales del primer frente del Báltico llegaron al Dviná, lo cruzaron sin detenerse y conquistaron Lepel.

Triunfo en el Beresina

También el tercer frente de Rusia Blanca, del general I. D. Cernjakovskij, había conseguido un rápido éxito. La brecha abierta en el frente alemán se amplió rápidamente, lanzándose a través de ella todo un Ejército acorazado; estas fuerzas cruzaron el Beresina el 28 de junio, entablaron combate con las fuerzas alemanas que defendían Borísov y las obligaron a abandonar la ciudad antes del 30. Se trató de una victoria muy importante, pues el Ejército 4 alemán quedaba envuelto profundamente por el Norte y aislado de la 3.ª *Panzerarmee*.

El segundo frente de Rusia Blanca, del general G. F. Zacharov, lanzado al ataque en dirección a Moguiliov, hundió las defensas alemanas el primer día de combate. Los alemanes contaban con un sistema defensivo que seguía el curso de los ríos Pronja, Basja y Dnieper; pero estas defensas no consiguieron detener el avance soviético; el 28 de junio cayó Moguiliov, una de las ciudades clave de Rusia Blanca. El cuarto frente había atacado el 24, y su objetivo era cercar Bobruisk. A pesar de la tenaz resistencia alemana, sus fuerzas rompieron el frente a ambos lados de la ciudad, sitiándola con un movimiento de Norte a Sudoeste. El 27 de junio se cerró la boca de la tenaza, aprisionando a cinco divisiones del Ejército 9 alemán. Como en Vítebsk, fallaron todos los intentos alemanes de ayudar a las tropas cercadas. Las fuerzas aéreas soviéticas desempeñaron un papel de gran importancia en la operación: el 28 de junio, 526 aviones atacaron ininterrumpidamente al enemigo durante 90 minutos. Abandonando los carros de combate y los vehículos incendiados, los soldados alemanes, presa del pánico, se dispersaron por los bosques; algunos intentaron incluso cruzar a nado el Beresina, pero los capturaron las cañoneras y las fuerzas terrestres de la flotilla del Dnieper.

Finalmente, el 29 de junio, las fuerzas de Rokossovskij terminaron la limpieza de la bolsa de Bobruisk, capturando unos 24.000 prisioneros. Mientras tanto, el grueso del primer frente de Rusia Blanca había continuado su avance hacia el Oeste, rechazando los enérgicos contraataques de dos *Panzerdivisionen* alemanas.

Así, en los primeros seis días de la campaña, las fuerzas alemanas dispuestas en las alas se habían retirado desordenadamente de Vítebsk y de Bobruisk; el frente alemán de Rusia Blanca se derrumbó bajo el peso del ataque y las fuerzas soviéticas pudieron avanzar de 100 a 150 km. Todo el Grupo de Ejércitos del Centro se estaba replegando hacia el Oeste, y los intentos del Alto Mando alemán para constituir una línea de resistencia en el Beresina fracasaron por completo. El mismo 29 de junio, algunas unidades avanzadas soviéticas llegaron a sólo 100 km de Minsk, y el grueso de las fuerzas alemanas en retirada se encontraba aún a 130-150 km de dicha ciudad, sin poder romper el contacto con el Ejército ruso. Había llegado el momento de lanzar otra ofensiva para cercar y aniquilar a todo el Ejército 4 alemán.

El STAVKA cursó inmediatamente nuevas directivas. Los frentes primero y tercero de Rusia Blanca tenían que lanzar rápidos ataques convergentes sobre Minsk y ayudar después al segundo frente a aislar y a aniquilar al Ejército 4 alemán alrededor de la ciudad. Al mismo tiempo, el primer frente del Báltico y el resto de las fuerzas disponibles de los frentes primero y tercero de Rusia Blanca debían continuar hacia el Oeste, en dirección a Shiauliai, Kaunas (Kovno) y Varsovia, con el fin de formar un frente externo más allá de la gran bolsa y derrotar a las reservas alemanas a medida que acudieran en socorro del Ejército 4.

Los alemanes intentaron defender a toda costa su frente, que ya se tambaleaba amenazadoramente. Aunque la batalla de Normandía estaba a la sazón en su apogeo, se trasladaron apresuradamente muchas fuerzas desde Francia hacia el Este, mientras afluían también, con ritmo febril, más divisiones desde Alemania, de los países de la Europa ocupada y de sectores no operativos del mismo frente oriental. El 28 de junio se destituyó al *Feldmariscal* Busch del mando del Grupo de Ejércitos del Centro. El *Feldmariscal* Model, ya comandante en jefe del Grupo de Ejércitos de Ucrania septentrional, asumió también el mando del citado Grupo de Ejércitos del Centro y comenzó a tomar enérgicas medidas para poner remedio a la situación. Como comandante de los dos Grupos de Ejércitos, decidió inmediatamente transferir algunas *Panzerdivisionen* del Grupo de Ejércitos de Ucrania septentrional; pero también estas unidades fueron rápida y totalmente destruidas. Con el Ejército ruso pisándoles los talones, las malparadas fuerzas del Grupo de Ejércitos del Centro siguieron retrocediendo hacia el Oeste.

De acuerdo con las nuevas órdenes recibidas, unidades del tercer frente de Rusia Blanca se dirigieron rápidamente hacia Minsk por el Norte, mientras otras unidades convergían por el Sur. Ante esta maniobra convergente, los alemanes intentaron retirarse hacia el Oeste para huir de la amenaza de un cerco, pero no lo consiguieron. Los violentos ataques del segundo frente de Rusia Blanca mantuvieron empeñadas a las unidades alemanas en retirada y las fraccionaron, causándoles pérdidas gravísimas, tanto en hombres

como en armas y material, mientras las fuerzas aéreas soviéticas martilleaban las concentraciones de tropas y destruían puentes y embarcaciones en los ríos. El mando del Ejército 4 ya casi no estaba en condiciones de ejercer cualquier forma de control sobre sus unidades.

Escenas terribles en Minsk

Sin embargo, los carros de combate y la caballería de los frentes primero y tercero de Rusia Blanca continuaron, a ritmo sostenido, su avance hacia Minsk, mientras la infantería avanzaba rápidamente tras ellos. Finalmente, el 3 de julio, aparecieron en Minsk tropas soviéticas, cortando la retirada a los alemanes. El grueso de las fuerzas del Ejército 4 alemán, más de 100.000 hombres, quedó atrapado en los bosques situados al este de la ciudad.

Un espectáculo terrible apareció entonces ante las fuerzas soviéticas: Minsk había quedado reducida a un motón de ruinas. En la calle principal, calle del Soviet, no quedaban en pie más que diez grandes edificios. Sólo 19 de las 332 empresas estatales y cooperativas habían sobrevivido. Los nazis habían reducido a un montón de escombros la ciudad universitaria, las escuelas e institutos, la filarmónica estatal y otros locales públicos.

La conquista de Minsk se vio coronada por otra victoria al día siguiente, cuando el primer frente del Báltico liberó Polotsk y continuó avanzando hacia el Oeste. Estas victorias cerraron las dos primeras semanas de la campaña. Las fuerzas soviéticas habían destruido el Grupo de Ejércitos del Centro, progresando 200-250 km hacia el Oeste, y estaban combatiendo ya sobre las direcciones de acceso a Dáugavpils (Dvinsk), Vilna y Baránovichi. Se había abierto por la fuerza una brecha gigantesca, de 400 km de anchura, en la parte central del frente oriental y por ella estaba avanzando el Ejército ruso.

Aun antes de que las divisiones alemanas cercadas en la bolsa de Minsk fueran aniquiladas, el STAVKA había indicado a los diversos frentes los nuevos objetivos. El primer frente del Báltico debía asestar el golpe principal en dirección a Kaunas, acompañándolo con ataques laterales hacia Panevezhis y Shiauliai. El tercer frente de Rusia Blanca debía concentrarse sobre la dirección de Vilna, alcanzar el río Niemen y constituir cabezas de puente en su orilla occidental. Por último, el segundo frente de Rusia Blanca debía avanzar hacia Bialistok. El ala derecha del primer frente se dirigiría hacia Baránovichi y Brest-Litovsk, y debía cruzar el trecho occidental del río Bug.

Se precisaron diez días para doblegar la resistencia de las fuerzas alemanas de la bolsa de Minsk. El 11 de julio se llevó a cabo la mayor parte de la operación de limpieza: los alemanes tuvieron más de 70.000 muertos y se hicieron unos 35.000 prisioneros. El 17 de julio se hizo desfilar, bajo vigilancia, por las calles de Moscú, a unos 57.000 alemanes capturados en Rusia Blanca. Recorriendo las calles de la capital soviética, los «conquistadores» caminaban con la cabeza baja; habían marchado triunfantes a través de muchas capitales europeas (Varsovia y París, Praga y Belgrado, Atenas y Amsterdam, Bruselas y Copenhague) y habían soñado con pasar por las calles de Moscú de la misma manera. Ahora habían llegado allí por fin, pero como vencidos.

Este nuevo desastre sufrido al este de Minsk señaló, prácticamente, el fin del Grupo de Ejércitos del Centro. El general Guderian escribiría después: «Con este golpe se eliminó al Grupo de Ejércitos del Centro. Habíamos sufrido pérdidas terribles, unas 25 divisiones... Se pusieron en juego todas las fuerzas disponibles para apuntalar el frente, que ya se estaba desintegrando». Ahora los alemanes estaban combatiendo para defender los importantes nudos ferroviarios situados al este de Dáugavpils, Vilna, Bialistok y Brest-Litovsk.

Pero el Ejército soviético no tenía intención de permitir que los alemanes tuvieran tiempo de constituir un nuevo frente defensivo al este de la frontera polaca. El 13 de julio fuerzas soviéticas conquistaron Vilna, cercando y eliminando durante la batalla a 15.000 alemanes. También los demás frentes continuaban la ofensiva con el mismo ímpetu, y, hacia mediados de julio, sus vanguardias ya se aproximaban a Dáugavpils, Kaunas, Grodno, Bialistok y Kobrin. Decidido a aprovechar al máximo la ocasión favorable, el STAVKA lanzó las reservas estratégicas sobre los dos flancos. Gracias a estos refuerzos, el ala izquierda del primer frente de Rusia Blanca pudo presionar hacia el Oeste, en dirección a Lublin y Brest-Litovsk, mientras el primer frente del Báltico, tras conquistar Shiauliai el 27 de julio, alcanzaba el 31 la orilla del golfo de Riga, cortándole así la retirada al Grupo de Ejércitos Norte.

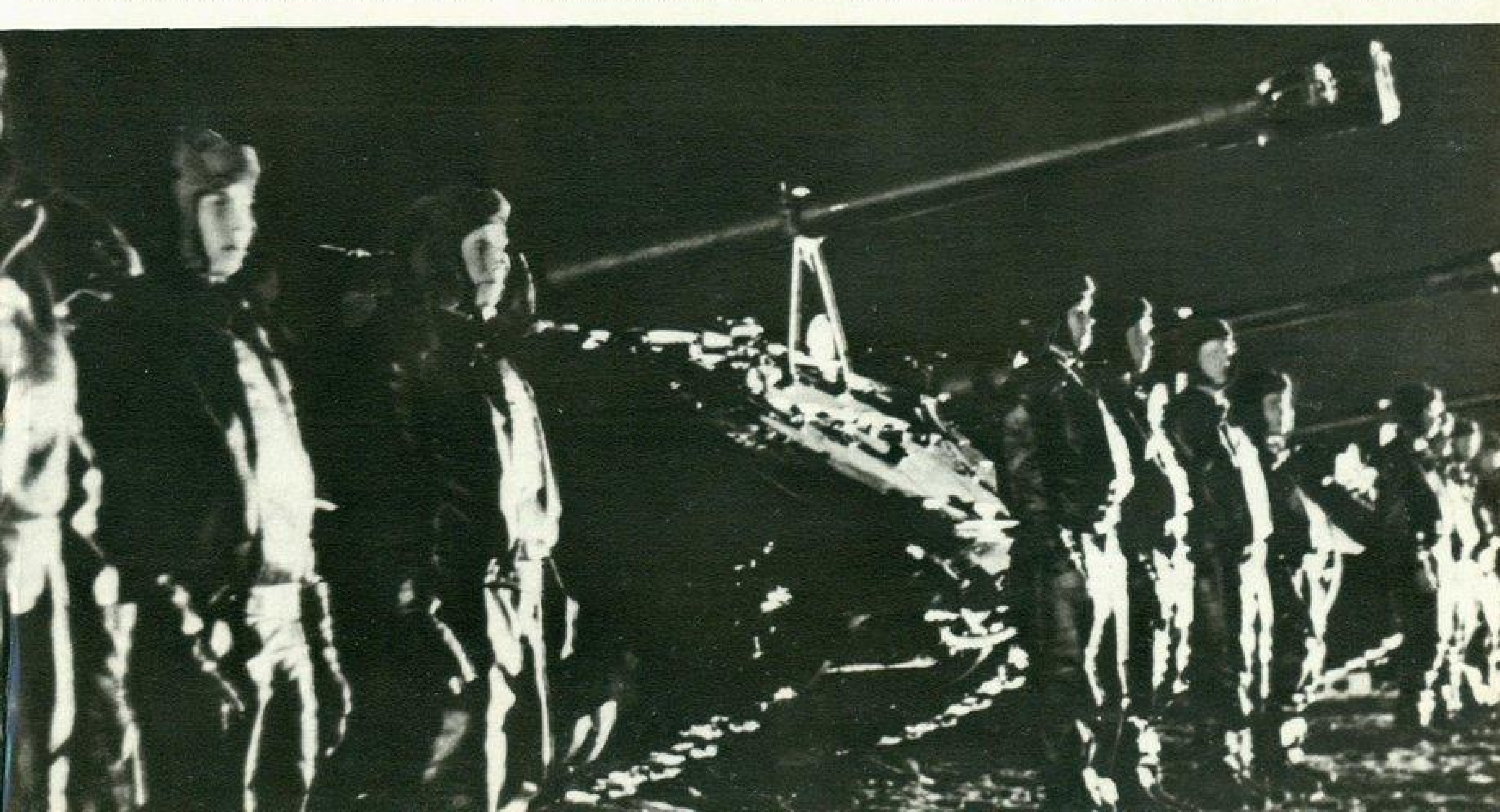
Ello produjo gravísimas preocupaciones en el Alto Mando alemán, que se apresuró a mandar al sector báltico todas las reservas disponibles. A mediados de agosto los alemanes habían concentrado tres *Panzerdivisionen* en la zona de Auce y otra al sudoeste de Shiauliai, preparadas para lanzarse contra la extensa y delgada ala izquierda del primer frente del Báltico. En la segunda mitad de agosto, cuando estas fuerzas pasaron al ataque, el primer frente del Báltico no pudo impedir que los alemanes reconquistaran un estrecho corredor a lo largo de la costa del golfo de Riga, restableciendo con ello los contactos terrestres con el Grupo de Ejércitos Norte.

Cruzando la frontera polaca

En el sector central continuaba el avance hacia el Oeste. Desde el 16 de julio, numerosos contraataques alemanes habían intentado, inútilmente, arrollar la cabeza de puente establecida por el tercer frente de Rusia Blanca sobre el Niemen, y el 28 las fuerzas rusas irrumpieron desde todas las cabezas de puente y reanudaron el avance. El 31 de agosto, cuando conquistaron Kaunas, habían avanzado 50 km. Mientras tanto, el 20 de julio, el ala izquierda del primer frente había hundido las defensas alemanas cerca de Kóvel y cruzó el trecho occidental del río Bug, entrando de esta manera en Polonia.

Más dificultades presentó el avance del segundo frente, pues a mediados de julio los alemanes habían concentrado más de 10 divisiones sobre la línea Grodno-Svisloch, organizando un eficaz sistema defensivo y empezando a lanzar una serie de contraataques a pequeña y gran escala. Sin embargo, cuando Zacharov llevó a primera línea

Artilleros soviéticos ante sus cañones autopropulsados contracarros y dispuestos para entrar en acción contra las fuerzas alemanas en Rusia Blanca. Los ataques desencadenados por el Ejército ruso en el curso de la ofensiva estuvieron eficazmente apoyados por las fuerzas aéreas estratégicas, que martillearon sin descanso a las tropas alemanas y destruyeron puentes y transbordadores en los ríos, cortando así el camino a las divisiones en retirada. *(Novosti Press Agency)*





Soldados pertenecientes al tercer frente de Rusia Blanca rebasan un carro de combate *Pantera*, averiado durante el combate y abandonado por las fuerzas alemanas en su retirada. En el curso de su ofensiva, el primer y tercer frentes de Rusia Blanca efectuaron un ataque convergente sobre Minsk y el 3 de julio, cortando la dirección de retirada al Ejército 4, cercaron un contingente de más de 100.000 soldados de la *Wehrmacht*. (Novosti Press Agency)

su Ejército de reserva, éste arrolló las defensas alemanas e hizo retroceder sus reservas; las divisiones del segundo frente de Rusia Blanca alcanzaron Bialistok y siguieron adelante, llegando a fines de julio a la frontera de Prusia oriental.

Estos últimos reveses hicieron que el Alto Mando alemán se convenciera de que la única posibilidad de detener la ofensiva soviética consistía en retirar sus fuerzas hasta el Vístula, donde sería más fácil organizar una línea defensiva realmente estable; se inició así un repliegue inmediato, con las vanguardias soviéticas hostigando a las retaguardias alemanas. Lublin cayó en manos del primer frente de Rusia Blanca el 23 de julio y Brest-Litovsk el 28.

Mientras se estaba combatiendo todavía la batalla de Brest-Litovsk, el ala izquierda del primer frente de Rusia Blanca avanzaba ya hacia el Vístula y Varsovia. Entre el 28 de julio y el 2 de agosto se constituyeron dos cabezas de puente en la orilla occidental de aquel río, y durante todo el mes de agosto estas cabezas de puente fueron escenario de sangrientas batallas, pues los alemanes estaban desesperadamente decididos a destruir los puntos de apoyo que los rusos habían asegurado. La *Luftwaffe* incrementó sus ataques y se reforzaron notablemente las fuerzas terrestres alemanas: 2 *Panzerdivisionen*, 5 divisiones de infantería y 4 brigadas de infantería y motorizadas llegaron al frente durante el mes de agosto. Pese a ello, las fuerzas soviéticas consiguieron, aunque con gran dificultad, defender sus cabezas de puente, si bien no pudieron ampliarlas y proseguir la ofensiva.

Al nordeste de Varsovia, unidades acorazadas del primer frente habían alcanzado la zona Radzymin-Wolomin, encontrando allí una resistencia más violenta por parte de los alemanes; también en este punto se detuvo la ofensiva. La eficiente defensa alemana fue seguida por un brioso contraataque llevado a cabo por cuatro de sus *Panzerdivisionen* y por una división de infantería, que consiguieron reconquistar Radzymin y Wolomin, infligiendo graves pérdidas a las unidades acorazadas soviéticas y obligándolas a retirarse 20-30 km hacia el Sur. Entonces parecía que el frente oriental se estaba estabilizando de nuevo.

En cuanto se liberó el primer trozo del territorio polaco, el Comité de Liberación Nacional, dirigido por el Partido Comunista polaco, inició su actividad. Actuando como gobierno provisional, el Comité ya había lanzado un manifiesto «Al pueblo polaco», en el que incitaba a todos los ciudadanos a combatir al lado del Ejército ruso por la libertad y la independencia de Polonia. Trazaba también las líneas principales de un programa que preveía una radical transformación social y política del país, la constitución de una Polonia nueva y democrática. Además, tropas del Ejército 1 polaco, encuadrado en el primer frente de Rusia Blanca, contribuían a la liberación de Polonia oriental.

Cuando se concentraron considerables refuerzos alemanes en la línea del Vístula, la resistencia se hizo más sólida; al mismo tiempo, aumentaban los problemas para los rusos a causa de las graves dificultades relacionadas con los abastecimientos, especialmente de carburante y de municiones, pues el Ejército, desde el 23 de junio, había avanzado unos 500 km. Sin embargo, la ofensiva no perdía impulso: todos los vehículos militares se habían movilizado para transportar los abastecimientos hasta la línea del frente, y en las zonas liberadas la población civil proporcionaba toda la ayuda posible.

«Los criminales de Varsovia»

No obstante, cuando el Ejército ruso llegó a las vías de acceso a Prusia oriental y a la orilla del Vístula, había agotado ya sus fuerzas. Las tropas soviéticas, cansadas y notablemente debilitadas por las batallas anteriores, se vieron obligadas a rechazar violentos contraataques alemanes en la zona de Shiauliai, al este de Varsovia, y en las cabezas de puente de Magnuszew y Pulawy. A fines de julio era ya evidente que los alemanes conseguirían mantener un sólido frente defensivo a lo largo de las direcciones que, cruzando Prusia oriental, daban acceso a los ríos Narew y Vístula. Y precisamente entonces, cuando la ofensiva soviética estaba agotándose, el Ejército Nacional, polaco inició la insurrección de Varsovia.

El objetivo de la insurrección, como en aquellos días declararon abiertamente los reaccionarios polacos que la habían organizado, no era el de ayudar al Ejército ruso a liberar Polonia, sino el de ponerle trabas. Creían que, apoderándose de la capital, podrían tomar en sus manos el poder e impedir que se instaurase en Polonia un orden democrático popular.

No se había llevado a cabo ningún preparativo militar o técnico para la insurrección; los sublevados tenían pocas armas y municiones. La población de Varsovia participó activamente en la batalla, pero la lucha resultaba demasiado desigual, y los rebeldes, debido a su falta de experiencia en cuestiones bélicas, sufrieron pérdidas terribles.

El Gobierno soviético, al que no se informó de la insurrección hasta que hubo estallado, no ocultó su actitud. Su nota al Gobierno británico, con fecha del 16 de agosto, subrayaba:

«La acción de Varsovia es una espantosa y absurda aventura que está costando graves pérdidas a la población civil. Esto no habría ocurrido si al Gobierno soviético se le hubiera informado del asunto antes de que comenzase la insurrección y si los polacos se hubieran mantenido en contacto con él. En la situación que se ha creado, el mando soviético ha llegado a la conclusión de que no se tiene que ocupar del episodio de Varsovia».

Esta fue la actitud oficial adoptada por el Gobierno soviético respecto al asunto. No obstante, viendo que decenas de miles de patriotas de Varsovia, a los que los reaccionarios polacos estaban conduciendo hacia una matanza segura, tomaban parte en la insurrección, el Ejército ruso hizo todo lo posible para ayudar a los rebeldes, a pesar de las dificultades existentes en aquel sector del frente. El 10 de septiembre, fuerzas del primer frente de Rusia Blanca atacaron Praga (el barrio de Varsovia situado en la orilla oriental del Vístula) y, tras duros combates, lo liberaron el 14. Después

se prepararon para cruzar el río, y la noche del 15 al 16 de septiembre tropas polacas del Ejército 1 cruzaron el Vístula y se apoderaron de algunas cabezas de puente en la misma ciudad.

Pero la resistencia alemana era tan tenaz que la concentración de fuerzas en las cabezas de puente tuvo que hacerse con lentitud. El 21 de septiembre, tras violentos contraataques llevados a cabo con infantería y carros de combate, los alemanes consiguieron dividir las unidades situadas en la orilla occidental, impidiendo que se apoyaran recíprocamente. Entonces, en las cabezas de puente la situación se hizo tan precaria que las tropas polacas tuvieron que evacuarlas y retirarse a la orilla oriental. Los soviéticos también ayudaron a los insurrectos mediante lanzamientos aéreos de víveres, armas, municiones y material sanitario.

Mientras el Ejército 1 polaco combatía furiosamente para ayudar a los patriotas de Varsovia, el mando del Ejército Nacional polaco se negó a unir sus fuerzas a las del Ejército ruso para continuar juntos la lucha. El 2 de octubre, el comandante en jefe del Ejército nacional, general Bor-Komorowski, firmó el documento de rendición. La insurrección de Varsovia fue cruelmente sofocada; la capital polaca quedó casi completamente destruida, y miles y miles de ciudadanos pagaron con la vida este episodio.

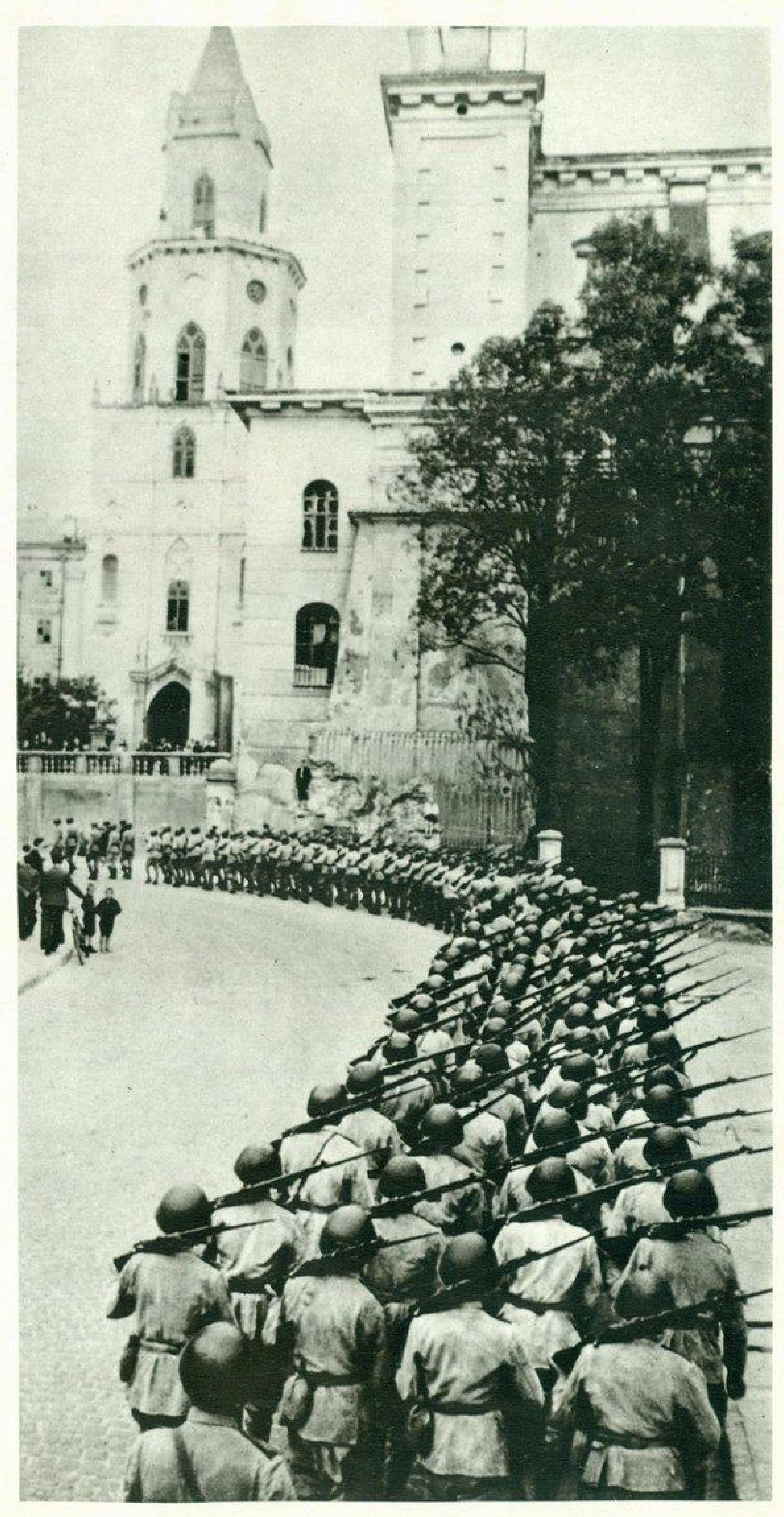
A las puertas del Reich

A pesar de todos los esfuerzos del Ejército ruso para mantener el ritmo de la ofensiva durante el mes de agosto, la resistencia alemana acabó siendo demasiado fuerte, y el frente se estabilizó a lo largo de la línea Yélgava-Suwalki-Narew-Vístula. Esta línea, defendida sólidamente por los rusos, constituiría un buen trampolín para ulteriores ataques a los Estados bálticos, contra Prusia oriental y Polonia. Lo cierto era que la *Wehrmacht* había sufrido una nueva derrota. Unas 17 divisiones y 3 brigadas alemanas habían sido totalmente aniquiladas, y otras 50 perdieron gran parte de sus efectivos. También el Grupo de Ejércitos Norte sufrió un duro golpe, y en menos de dos meses los alemanes se vieron obligados a retroceder unos 600 km.

Las victorias del Ejército ruso causaron una enorme y agradable impresión en los aliados occidentales. El presidente Roosevelt escribió a Stalin: «La rapidez de la ofensiva de sus Ejércitos es desconcertante...»

Valorando la situación de Alemania después de la ofensiva en Rusia Blanca, Churchill escribió: «Había muy pocos motivos para dudar de que el hundimiento general comenzaría pronto». Los mismos historiadores militares de Alemania occidental han tenido que admitir la gran importancia del aniquilamiento del Grupo de Ejércitos del Centro.

En sus esfuerzos para defender el frente oriental durante esta ofensiva, los alemanes continuaron mandando ingentes fuerzas hacia el Este. Se trasladaron unas 28 divisiones a Rusia Blanca desde los Estados bálticos y desde el sector meridional del frente oriental; este debilitamiento de las otras zonas del frente no hizo más que mejorar ulteriormente las perspectivas de éxito del Ejército ruso. Además, el traslado a Rusia Blanca de 18 divisiones y de 4 brigadas de Alemania, Polonia, Hungría, Noruega y otros países fue una ayuda inestimable para los Ejércitos aliados que se batían en el norte de Francia: los alemanes no se atrevieron a reservar un porcentaje demasiado alto de refuerzos para el frente occidental. Y esto no fue más que uno de los grandes resultados de la campaña.



Tropas del Ejército 1 polaco, encuadrado en el primer frente de Rusia Blanca atraviesan Lublin, conquistada el 23 de julio de 1944. A fines de mes, el Ejército ruso llegó al Vístula, en las cercanías de Varsovia, pero sus divisiones, debilitadas por las batallas anteriores, no lograron constituir sólidas cabezas de puente en el río. (Novosti Press Agency)

LA INSURRECCION DE VARSOVIA

Iranek-Osmecki, coronel

VERSIÓN POLACA



En agosto de 1944, mientras las vanguardias del Ejército ruso llegaban al Vístula y se aproximaban a Varsovia, el osado Ejército Nacional polaco se sublevó en la capital. Sus hombres esperaban una ayuda inmediata de los Aliados, pero éstos no respondieron a la llamada, y el mundo asistió horrorizado a la despiadada represión con la que los alemanes aplastaron a los insurgentes y arrasaron Varsovia. Los que combatieron por la libertad de Varsovia ¿eran realmente –como afirman los soviéticos– criminales y hombres sin escrúpulos que intentaban adueñarse del poder o, por el contrario eran –como sostiene el autor de este capítulo– auténticos patriotas, atrapados entre el nazismo y el comunismo, y decididos a luchar por la libertad?

El Ejército Nacional polaco había llevado a cabo preparativos para una insurrección general contra los alemanes en las fases finales de la guerra. Esta insurrección debería coincidir con el derrumbamiento alemán provocado por la acción de los Aliados y consistiría en ataques contra las guarniciones alemanas en todo el país.

En el caso de que no hubiera perspectivas de un inminente derrumbamiento alemán, obrando en estrecha colaboración con el Gobierno polaco en Londres, el Ejército Nacional también había preparado los planes para otra operación, convencionalmente denominada «Burza» (tempestad). A medida que el frente ruso-alemán se desplazase hacia el Oeste, el Ejército Nacional polaco entablaría combate con las unidades alemanas, atacándolas por la espalda en el curso de su retirada.

Sin embargo, nunca se llevó a efecto la insurrección general, ya que no se habían presentado las condiciones preliminares necesarias. Entonces el Ejército Nacional decidió poner en marcha el plan «Tempestad». Así, cuando a fines de julio de 1944 los rusos llegaron a la línea del Vístula y se situaron a las puertas de Varsovia, el Ejército Nacional se sublevó contra los alemanes para asegurarse el dominio de la capital polaca.

A mediados de julio se había lanzado una gran ofensiva en dos frentes del Ejército ruso. El primer frente ucraniano y el segundo frente de Rusia Blanca atacaron desde Podole, Polese y Volinia. El Grupo de Ejércitos alemán de Ucrania septentrional, situado ante los dos frentes soviéticos en Polonia sudoriental, fue aniquilado en las fases iniciales de la ofensiva, mientras el Ejército 2 alemán, perteneciente al Grupo de Ejércitos del Centro, intentó en vano detener el avance ruso a lo largo del eje Varsovia–Brest-Litovsk.

El ala meridional del frente de Rusia Blanca avanzó a una media de 40 km diarios; Chelm cayó el 22 de julio, Lublin el 23 y el 26 los soviéticos alcanzaron la línea del Vístula, entre Deblin y Pulawy, al sur de Varsovia. Como dicha línea estaba débilmente guarnecida, el Ejército ruso pudo atravesar el río sin encontrar prácticamente resistencia, y el 28 de julio estableció dos cabezas de puente en la orilla occidental, cerca de Pulawy y Magnuszew, a unos 60 km al sur de Varsovia.

El 21 de julio, Hitler ordenó al general Guderian que tomase el mando del frente oriental, confiándole la misión de reorganizarlo y de detener la ofensiva del Ejército ruso. El Vístula, con una cabeza de puente en la orilla oriental, en el barrio de Praga, se adoptó como nueva línea defensiva, y Guderian nombró al general Vorman comandante del sector del curso medio del río, entre Jablonna y Deblin. El Ejército 2 debía concentrarse a lo largo del curso bajo del Bug, al norte del Ejército 9.

Mientras los alemanes realizaban estas modificaciones en su despliegue, pero antes de que se hubieran podido ultimar las nuevas medidas defensivas, la línea del frente se aproximó aún más al Vístula, y durante todo este período se había acelerado la evacuación de las fuerzas alemanas. Entre el 21 y el 25 de julio, los alemanes evacuaron de Varsovia depósitos, oficinas, instituciones civiles y puestos de mando militares. También estaban abandonando la ciudad la policía y las unidades del Ejército. Luego, el 26 de julio, empezaron a entrar en vigor las órdenes del nuevo comandante alemán. Las autoridades del gobierno militar y la policía alemana regresaron a Varsovia, mientras convoyes de camiones comenzaban a descargar al sur de la ciudad a los hombres en tres divisiones: la *Panzerdivision SS Herman Goering*, la *Panzerdivision SS Viking* y una división paracaidista.

El 27 de julio, el general de la *Luftwaffe* Stahel asumió el mando militar de Varsovia. Las autoridades alemanas anunciaron que se defendería la ciudad e iniciaron un llamamiento a la población polaca para que cooperase: por medio de altavoces instalados en las calles y carteles murales ordenaban que se presentasen 100.000 hombres para preparar fortificaciones de campaña en torno a la capital. Se reforzaron los cuerpos de guardia en los edificios que albergaban organizaciones alemanas, se emplazaron cañones autopropulsados en los principales cruces de calles y las patrullas de policía y de carros de combate aumentaron en número. Al mismo tiempo, unidades de la División de infantería 73 alemana empezaron a afluir a los suburbios de la capital polaca.

El 21 de julio, el Consejo Nacional Comunista (organismo clandestino que operaba en Polonia, pero dirigido por los soviéticos) constituyó un Comité de Liberación Nacional, con el intento de imponerlo al país como una especie de autoridad política. El 23 de julio, en un manifiesto dirigido a la nación polaca y transmitido desde radio Moscú, este Comité calificó de «usurpadores» a los componentes del gobierno polaco en el exilio de Londres.

Todo ello parecía indicar que, sin tener en cuenta al legítimo Gobierno polaco, la Unión Soviética estaba intentando imponer su voluntad a Polonia mediante aquel llamado Comité de Liberación Nacional.

El 29 de julio la estación soviética *Kosciuszko* transmitió, en lengua polaca, el siguiente mensaje:

«Para Varsovia, que jamás capituló y nunca renunció a luchar, ha llegado la hora de la acción... Combatiendo en las calles de Varsovia, en las casas, en los talleres y en los grandes almacenes haremos inminente el momento de la liberación final y conservaremos el patrimonio del país y la vida de nuestros hermanos...»

Durante los días que siguieron, se repitió varias veces, aunque en distintas versiones, la siguiente llamada a la población de Varsovia: *«¡Pueblo de Varsovia, a las armas! ¡Atacad a los alemanes!... Ayudad al Ejército ruso a atravesar el Vístula. Transmitid informaciones, indicad las calles...».*

El 30 de julio, el primer ministro polaco, Stanislaw Mikolajczyk, llegó a Moscú procedente de Londres, y el 31 celebró su primera entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Molotov, sobre la coordinación de la campaña contra los alemanes en Polonia.



Insurrectos polacos escoltando a un soldado alemán hecho prisionero en el curso de los combates por la ocupación de la central telefónica. La sublevación no sorprendió a la guarnición alemana, pero el estado de alarma, proclamado a las 16 horas del día 1 de agosto por el general Stahel, llegó demasiado tarde a muchas unidades alemanas, por lo cual no toda la guarnición estuvo preparada para hacer frente al ataque. (Hulton Picture Library)

Según las conclusiones a que había llegado el mando del Ejército nacional, la derrota experimentada por los Ejércitos alemanes en Rusia Blanca durante los meses de junio y julio y la segunda derrota, más reciente, sufrida entre el Bug y el Vístula, impedirían a la *Wehrmacht* recuperar la iniciativa.

El estado en que se encontraban los Ejércitos alemanes, así como la superioridad numérica y la rapidez con que el Ejército ruso había logrado avanzar, parecían indicar que éste estaba en condiciones de atravesar el Vístula y defender la orilla occidental, en previsión de un avance ulterior hacia los ríos Varta y Oder.

Para darse cuenta de la superioridad soviética en el curso medio del Vístula basta considerar la importancia de las fuerzas empleadas por ambas partes. El primer frente de Rusia Blanca, de Rokossovskij, comprendía 9 Ejércitos (entre los cuales había un Ejército polaco), un Ejército acorazado 2 Cuerpos de Ejército acorazados, 3 Cuerpos de Ejército de caballería, un Cuerpo de Ejército motorizado y 2 Ejércitos aéreos. A estas fuerzas los alemanes tan sólo oponían el Ejército 2, que comprendía 4 *Panzerdivisionen* y una división de infantería, y el Ejército 9, constituido por dos divisiones y dos brigadas de infantería. Por lo que se refiere a infantería, el Ejército ruso gozaba de una



El símbolo del Ejército Nacional polaco

1-5 de agosto de 1944:

BREVE TRIUNFO DEL EJÉRCITO NACIONAL POLACO

En los últimos días de julio de 1944, cuando el Ejército ruso llegó al Vístula, el Ejército Nacional polaco decidió sublevarse contra los alemanes a fin de asegurarse el dominio de Varsovia. El mismo 1 de agosto, día que estalló la insurrección, los polacos lograron conquistar importantes objetivos en la ciudad; pero la reacción alemana no tardó en hacerse sentir. El 2 de agosto, Hitler nombró comandante de las unidades encargadas de enfrentarse con los insurrectos al *Gruppenführer* de las SS Bach-Zelewski, mientras Himmler dispuso el envío inmediato de hombres y de material a la capital insurgente. Los días 2 y 3 de agosto, el Ejército Nacional renovó sus ataques contra los reductos todavía en poder de los alemanes, pero sólo logró éxitos parciales, ya que no disponía de las armas pesadas necesarias para destruir las instalaciones defensivas de hormigón armado. La situación se hizo todavía más crítica para los polacos cuando, al mismo tiempo que se endurecía la resistencia alemana, el Ejército ruso interrumpió los combates en el Vístula. El Ejército Nacional dominaba las tres quintas partes de Varsovia; pero, privado de abastecimientos, con un armamento inadecuado y sin recibir ayuda, no estuvo en condiciones de proseguir la acción; en consecuencia, el día 5 de agosto, el coronel "Monter", que dirigía las operaciones, dio orden a las tropas de pasar a la defensiva.

Zonas controladas por los alemanes el 5 de agosto

Zonas controladas por los polacos el 5 de agosto

Principales zonas disputadas

Puesto de Mando principal alemán

Puestos de Mando principales polacos



El escudo sobre el casco de los soldados de la *Wehrmacht*

2 de septiembre de 1944:

LA BATALLA DE VARSOVIA ENTRA EN SU FASE FINAL

El 5 de agosto, los barrios que estaban en manos de los polacos constituían tres zonas separadas de combate, a través de las cuales se introducían en forma de cuña las fuerzas alemanas: al Sur, Mokotow y Czerniakow; al Norte, la Ciudad Vieja, con el barrio Zoliborz; en medio, el centro de la ciudad y el barrio Powisle. El primer objetivo que los alemanes se propusieron fue la apertura de corredores que comunicaran, desde el Oeste, con la cabeza de puente del barrio de Praga. El 8 de agosto se aseguraron la posesión de la vía de comunicación Wola-puente Kierbedzia y el 12 atacaron la Ciudad Vieja y la cercaron. Desde Zoliborz, los polacos intentaron llevar ayuda a las fuerzas aisladas; pero fue inútil, y el 31 de agosto la guarnición de la Ciudad Vieja evacuó la posición. Temiendo que el Ejército ruso acabara eliminando su cabeza de puente en el suburbio Praga, estableciendo contacto directo con los insurgentes, los alemanes se dedicaron a expulsar al Ejército Nacional de los tramos del Vistula que todavía controlaban. Las posiciones polacas cayeron una tras otra: el 23 de septiembre se conquistó Czerniakow, el 27 Mokotow y el 30 de septiembre Zoliborz. Asimismo todos los intentos de establecer un contacto operativo con el Ejército ruso fracasaron. En la imposibilidad de resistir más tiempo, las fuerzas polacas depusieron las armas después de dos meses de dura lucha.



A partir del 5 de agosto, las zonas dominadas por los dos bandos se estabilizaron y tanto los polacos como los alemanes dispusieron barricadas alrededor de sus respectivos perímetros. *(Polish Underground)*

superioridad de 3 a 1, y en lo que respecta a las fuerzas acorazadas y artillería su superioridad era de 5 a 1.

En opinión del mando del Ejército Nacional, los alemanes sólo tenían dos alternativas: abandonar la línea del Vístula y Varsovia sin combatir o bien dominar la situación y defender la citada línea del Vístula; en este último caso deberían prepararse para sostener una batalla por el dominio de la capital.

El comandante en jefe del Ejército Nacional, general Tadeusz Komorowski (nombre convencional: «Bor») había decidido que, tanto en un caso como en otro, el Ejército Nacional atacaría, en el momento oportuno, a las tropas alemanas en Varsovia; si los alemanes decidían constituir una línea defensiva en el Vístula, la insurrección abreviaría la lucha por el dominio de la ciudad y reduciría las bajas al mínimo; si, por el contrario, los alemanes se retiraban, la insurrección permitiría al Ejército Nacional acoger al Ejército ruso en situación de «dueño de la casa».

El general «Bor» opinaba que una rápida conquista de Varsovia interesaba mucho a los rusos: políticamente, ya que se trataba de la capital del país, y militarmente porque constituía el mayor y más eficiente centro de comunicaciones del Vístula.

El 25 de julio, el general «Bor» obtuvo la aprobación del viceprimer ministro y delegado del gobierno para Polonia (nombrado por el gobierno en el exilio), J. S. Jankowski, a su decisión de desencadenar un ataque por la posesión de la capital; luego, los dos sometieron esta decisión al *Presidium* del Parlamento clandestino polaco, el cual también la aprobó. El comandante en jefe informó al comandante de distrito de Varsovia, coronel Antoni Chrusciel (nombre convencional «Monter»), sobre lo decidido y le dio órdenes de adoptar las medidas oportunas a fin de que el distrito estuviese dispuesto para entrar en acción.

Los polacos se enfrentaban con un adversario de una fuerza casi igual numéricamente, pero que gozaba de una aplastante superioridad en armamento y en medios técnicos, y que incluso podía contar con el apoyo de fuerzas aéreas y acorazadas, de las que el Ejército Nacional polaco carecía por completo.

Comparación de las fuerzas que se oponían en Varsovia

La fuerza numérica de las unidades del Ejército Nacional presentes en Varsovia sumaban unos 38.000 soldados (el término «soldados» se emplea aquí con toda intención en lugar del habitual «hombres», ya que unos 4000 de ellos eran mujeres). Y las unidades de dicho Ejército que operaban en los alrededores de la capital comprendían unos 11.000 soldados.

Estas fuerzas y su jerarquía de mando estaban organizadas en siete zonas urbanas y una suburbana, las cuales, a su vez, estaban divididas en sectores. El armamento consistía en armas de infantería, pesadas y ligeras, y bastaba para el 25 % de los efectivos; había municiones para siete días de lucha. A estas deficiencias se calculaba que se pondría remedio con el material capturado a los alemanes y con los abastecimientos que, según se preveía, les llegarían por medio de los habituales lanzamientos aéreos.

Además de las unidades mencionadas, en Varsovia existían dos organizaciones no subordinadas al Ejército Nacional. Se trataba de las *Narodowne Sily Zbrojne* (NSZ), fuerzas armadas nacionales, organización de extrema derecha y declaradamente nacionalista, y de la *Armia Ludowa* (AL), ejército del pueblo, organización comunista totalmente subordinada a Moscú. Cada una de estas dos organizaciones contaba con algunos centenares de hombres.

Según los cálculos del mando del Ejército Nacional, la guarnición alemana sumaba 40.000 hombres. Algunas unidades se habían evacuado entre el 21 y el 25 de julio, pero todos los días se acuartelaban otras en la capital y en sus alrededores, y todo daba a entender que en el plan numérico las fuerzas polacas y alemanas eran prácticamente iguales.

El 31 de julio, en el curso de una reunión vespertina del mando del Ejército Nacional, el coronel «Monter», en su condición de comandante del distrito de Varsovia, anunció que fuerzas acorazadas soviéticas habían abierto una brecha en la cabeza de puente alemana de la orilla izquierda del Vístula, desorganizando su sistema defensivo, y que destacamentos soviéticos se habían adueñado de las localidades suburbanas de Radoso, Milosna, Okuniew y Radzymin.

Basándose en este informe, en presencia del viceprimer ministro Jankowski, el general «Bor» ordenó al coronel «Monter» que atacase a los alemanes al día siguiente –día 1 de agosto– a las 17 horas. Aquel mismo día, a las 18,30 el coronel «Monter» cursó la orden de operaciones a las unidades bajo su mando.

En realidad, aquel día la situación militar alrededor de la cabeza de puente alemana era la siguiente: unos destacamentos acorazados soviéticos habían logrado abrir, en efecto, una brecha en el perímetro meridional, llegando incluso a capturar al general que mandaba la División de infantería 73; pero el sistema defensivo de los alemanes no se había desorganizado en absoluto, ni



Las barricadas levantadas por los polacos ya han sido destrozadas y los sublevados se ven obligados a retirarse cada vez más hacia el interior de sus perímetros defensivos. Para romper su aislamiento, en la última fase de la insurrección los polacos utilizaron las alcantarillas como vías de comunicación entre sus diversas posiciones *(Archivo Rizzoli)*

A la derecha, arriba: cañón contracarro alemán situado en un estratégico cruce de calles en la ciudad de Varsovia. Al estallar la insurrección, la fuerza numérica de los dos bandos era casi igual, pero el armamento de los polacos era insuficiente e inadecuado, y, por consiguiente, se encontraron en neta inferioridad. Abajo: un soldado perteneciente al Ejército Nacional polaco ha sido hecho prisionero por las tropas alemanas en Varsovia y es interrogado por algunos oficiales. *(Keystone)-(Polish Underground)*





tampoco se habían visto obligados a retirarse de la orilla oriental del Vístula. Al mismo tiempo, estaba en pleno desarrollo una batalla entre fuerzas acorazadas alemanas y soviéticas alrededor de Siedlce, y su resultado era todavía incierto.

La concentración de unidades del Ejército Nacional en los respectivos lugares de reunión se efectuó la tarde del día 1 de agosto, sin ninguna interferencia por parte alemana, aunque, a causa de las dificultades propias del secreto con que se tenía que realizar la concentración, solamente el 85 % de las tropas llegó a los lugares fijados.

A las 17 horas, el Ejército Nacional lanzó sus primeros ataques contra los objetivos establecidos. En pocos minutos, toda la ciudad se vio convertida en escenario de duros combates: se atacaron y desarmaron en las calles a los soldados alemanes, y se conquistaron muchos objetivos. En los puntos en que los ataques iniciales fueron ineficaces se repitieron los intentos durante la noche, en muchos casos varias veces, y los distritos de la ciudad libres de enemigos fueron ocupados por el Ejército Nacional.

Durante los dos días siguientes, 2 y 3 de agosto, las unidades polacas reanudaron sus ataques contra los reductos alemanes que resistieron el primer día; pero también estos intentos no lograron más que éxitos parciales, pues los polacos no disponían de las armas pesadas necesarias para destruir las casamatas e instalaciones de hormigón.

Ambos bandos sufrieron muchas bajas entre muertos y heridos. Los polacos se adueñaron de una notable cantidad de armas y de municiones; pero, superado el primer momento de desconcierto, la resistencia alemana, se mostró muy enérgica casi por doquier.

La aspereza de los combates impuso a ambos contendientes un poderoso tributo y, a pesar de las grandes cantidades de municiones capturadas, los polacos veían disminuir, de modo alarmante, sus reservas; esto, junto con el número cada vez mayor de bajas y el desilusionante resultado de los ataques lanzados el 2 y el 3 de agosto, frenó bastante su ímpetu inicial.

Pero luego vino la peor de todas las desilusiones: el fragor de la batalla combatida en la orilla oriental del Vístula, entre fuerzas alemanas y soviéticas, apenas era ya perceptible el 3 de agosto. Y el día 4 todo acabó. Asimismo, los aviones de la fuerza aérea soviética desaparecieron del cielo de Varsovia.

Tras haber considerado todos estos factores y consultado el comandante en jefe, el 5 de agosto el coronel «Monter» ordenó a las tropas que suspendieran las operaciones ofensivas y pasaran a la defensiva. Al término de esta fase inicial de los combates el Ejército Nacional dominaba las tres quintas partes de la ciudad.

Unos documentos que tiempo atrás cayeron en manos de los alemanes les habían permitido hacerse una idea, aunque vaga, del plan de una insurrección general por parte del Ejército Nacional. Y observando el comportamiento y la actitud de la población polaca, los alemanes preveían la posibilidad de un ataque en los últimos días de julio; pero estaban convencidos de que dicho ataque tendría lugar de noche.

El día 1 de agosto, el creciente ir y venir en las calles y los informes presentados por sus agentes pusieron en guardia los órganos de seguridad germanos, los cuales intensificaron su vigilancia. Pero hasta las 16 horas, el general Stahel no proclamó el estado de alarma general. Esta orden no llegó a muchas posiciones ni a pequeñas unidades alemanas antes de las 17, y tampoco se notificó a ninguna de las unidades que estaban en marcha. De esta forma, aunque el mando alemán no se vio sorprendido, el retraso con que se comunicó la alarma hizo que no todas las tropas estuvieran dispuestas a enfrentarse con el ataque.

Pero cuando la noticia de que había estallado la insurrección llegó a Hitler y a Himmler, las reacciones de éstos fueron inmediatas. El 2 de agosto Hitler nombró comandante de las unidades que debían enfrentarse con los sublevados a Bach-Zelewski, especialista en la lucha contra los movimientos partisanos y que podía contar con algunos colaboradores también especializados en este tipo de guerra.

Bolsas de resistencia alemanas

La reacción de Himmler consistió en el envío inmediato de refuerzos a Varsovia; refuerzos que consistían en unidades de infantería y de policía. Durante las fases sucesivas de la lucha, Bach-Zelewski recibió también notables refuerzos de artillería pesada, lanzacohetes y lanzallamas.

El ataque polaco había dividido a las fuerzas alemanas que se hallaban en el interior de la ciudad en unas pocas bolsas aisladas. Una de las mayores estaba asediada en el palacio Bruhl, en Plac Teatralny, sede del mando del general Stahel; el edificio se hallaba defendido por un número considerable de SS y por agentes de policía. Los alemanes mantenían el control del suburbio



Provistos de un lanzagranadas contracarro PIAT, lanzado en paracaídas por los Aliados, soldados del Ejército Nacional polaco luchan por la posesión de Varsovia. De acuerdo con las órdenes cursadas por el general Bor Komorowski, la insurrección en la capital polaca estalló a las 17 horas del día 1 de agosto de 1944. *(History of the Second World War)*

Praga, donde las unidades del Ejército Nacional experimentaron una grave derrota tras dos días de lucha. Controlaban también la Ciudadela, los aeródromos de Okecie y Bielany y la estación de radio.

Tras los primeros cuatro días de combate las zonas dominadas por ambos contendientes se estabilizaron, y tanto el Ejército Nacional como el alemán prepararon barricadas alrededor de sus respectivos perímetros.

Además de numerosos reductos fortificados en el interior de las líneas polacas, los alemanes dominaban también zonas de territorio que profundizaban en el interior de la ciudad, dividiendo así los barrios que estaban en manos polacas, los cuales acabaron por llegar a ser zonas separadas de combate: al Sur, Mokotow y Czerniakow; luego, en posición central, el centro de la ciudad propiamente dicho y el barrio de Powisle, y, finalmente, al Norte, la Ciudad Vieja, con el barrio de Zoliborz, separado de aquélla pero en contacto con unidades del Ejército nacional que operaban en el bosque de Kampinos.

El coronel «Monter» se dio cuenta de que era muy difícil ejercer directamente el mando sobre aquellos núcleos separados y, por lo tanto, el 6 de agosto reorganizó la estructura del mismo de modo que reflejara mejor la situación. Confió, pues, al coronel S. Kaminsky (nombre convencional: «Daniel») el sector de Mokotow y Czerniakow, al coronel E. Pfeiffer (nombre convencional: «Radwan») el centro de la ciudad y Powisle, y al coronel K. Ziemski (nombre convencional: «Wachnowski») la Ciudad Vieja, Zoliborz y el bosque de Kampinos; al conjunto de estos tres últimos barrios se le denominó grupo septentrional. Los tres comandantes debían defender sus respectivos perímetros y vencer la resistencia de las restantes bolsas alemanas.

El primer objetivo que se propusieron los alemanes fue abrir corredores que comunicaran la zona occidental de la ciudad con la cabeza de puente de Praga. Esta misión se confió a dos grupos, uno de los cuales debía atacar desde el Sudoeste, a lo largo del eje Aleje Jerozolimskie-puente Poniatowski, y el otro desde el Oeste, a lo largo del eje Wola-puente Kierbedzia. Las fuerzas atacantes fueron apoyadas por un violento fuego de preparación de artillería y de la 5.ª *Luftflotte*, cuyos aviones realizaron un bombardeo masivo sobre las posiciones polacas y sobre la ciudad con bombas rompedoras e incendiarias.

La primitiva idea (dominar la resistencia de los polacos incendiando toda la ciudad de modo que las llamas les obligasen a salir de sus escondites) se abandonó porque se temía que también los núcleos de resistencia alemanes, que todavía operaban en el interior de las líneas polacas, pudieran ser aniquilados.

Fracasó el intento alemán de asegurarse el dominio permanente de una vía de acceso al puente Poniatowski. En efecto, el 4 de agosto, parte de la 19.ª *Panzerdivision*, procedente del suburbio Praga, logró abrirse una brecha en dirección Oeste; pero, a continuación, las fuerzas del Ejército

Nacional consiguieron establecer un bloqueo entre la estación ferroviaria central y Ulica Bracka. El 8 de agosto, después de duros encuentros y de ataques lanzados con carros de combate, los alemanes lograron abrirse otro camino –Wola-puente Kierbedzia–, pero también a continuación algunos sectores del mismo quedaron expuestos al fuego polaco.

Después de conquistar un camino hacia el puente Kierbedzia, los alemanes se propusieron como objetivo expugnar la Ciudad Vieja. El 12 de agosto se lanzaron al ataque con tres grupos, desde el Sur, el Oeste y el Norte, apoyados por el fuego de la artillería, los lanzallamas, los *Goliaths* (carros de combate en miniatura, cargados de explosivos y guiados mediante cables desde las líneas alemanas) y el pesado bombardeo aéreo.

Las fuerzas polacas, ya completamente cercadas y privadas de cualquier abastecimiento desde el exterior, iban perdiendo terreno cada día. A veces, parte del terreno perdido durante el día se reconquistaba mediante ataques nocturnos; pero el incesante cañoneo de la artillería y el bombardeo de los aviones alemanes infligían cada vez más bajas entre los paisanos, muchos de los cuales quedaban sepultados bajo los escombros de los edificios derrumbados. A pesar de ello, la población civil conservaba una actitud no menos resuelta que la de la guarnición.

Para mantener las comunicaciones, evacuar a los heridos y hacer llegar municiones, se establecieron vías de enlace a través de la red del alcantarillado con el centro de la ciudad y Zoliborz. No se trataba ciertamente de caminos fáciles de recorrer, pero gracias a hábiles guías, muchos de los cuales eran mujeres, se pudieron utilizar hasta el fin de la lucha.

Después de haber reforzado la guarnición de Zoliborz con un batallón procedente del bosque de Kampinos, el comandante del grupo septentrional realizó dos intentos para abrir una brecha entre las fuerzas alemanas que cercaban la Ciudad Vieja. Un ataque lanzado desde Zoliborz contra la estación de Dworzec Gdanski, la noche del 19 de agosto, resultó infructuoso y a la noche siguiente la misma estación fue atacada de nuevo desde dos direcciones. Pero tampoco esta vez se logró romper el cerco alemán.

Los alemanes reconquistan la Ciudad Vieja

Para relevar a la guarnición de la Ciudad Vieja y abrirle una salida hacia el Sur, el coronel «Monter» ordenó un ataque en dos direcciones contra Ogrod Saski, un parque público que separaba la Ciudad Vieja del centro. En el curso de la noche del 30 de agosto, todas las fuerzas situadas en la Ciudad Vieja y algunos destacamentos, con un total de unos tres batallones, lanzaron un decidido ataque que se prolongó hasta el alba; pero el objetivo principal no se alcanzó. Solamente un pequeño grupo de 59 hombres logró abrirse paso hasta el centro de la ciudad.

La noche siguiente la guarnición de la Ciudad Vieja cumplió la nueva orden del coronel «Monter» de evacuar el centro. Unos 1500 hombres y 300 heridos leves lograron alejarse por las alcantarillas, mientras por el mismo sistema otros 800 se retiraban a Zoliborz; de este modo, el ataque alemán, lanzado a la mañana siguiente no encontró rastros de los defensores.

Una vez dueños de la Ciudad Vieja, los alemanes dominaban ya una amplia zona de Varsovia que separaba Zoliborz del centro de la ciudad; así, pues, aquel barrio se convirtió en un núcleo de lucha aparte; como el grupo septentrional había cesado de existir como fuerza combatiente, su comandante, el coronel «Wachnowski», llegó al centro de la ciudad y asumió el cargo de representante del coronel «Monter».

La insurrección de Varsovia entró entonces en su tercera fase: la de la resistencia a ultranza. Los defensores se sentían animados por la esperanza de lograr resistir hasta el momento en que, no pudiendo soportar la presión del Ejército ruso, los alemanes se vieran obligados a retirarse. El Ejército Nacional renunció a toda idea de operación ofensiva, prefiriendo robustecer la defensa de las posiciones que todavía conservaba.

Pero los alemanes, temiendo que el Ejército ruso acabara eliminando su cabeza de puente en el suburbio Praga, estableciendo así contacto directo a través del río con los insurgentes, iniciaron otra acción para expulsar a las unidades del Ejército polaco que ocupaban la orilla del río, entre los puentes Poniatowski y Kierbedzia. La operación se inició el 4 de septiembre y, después de tres días de lucha, los alemanes se aseguraron la posesión de la orilla del río: los polacos habían sido rechazados al centro de la ciudad.

A partir del 8 de septiembre, las fuerzas germanas concentraron sus ataques contra el centro, intentando en varios puntos introducirse a fuerza de cuñas en el perímetro polaco; pero los repetidos ataques a lo largo de Aleje Jerozolimskie, una de las principales direcciones Este-Oeste de la ciudad, sólo lograron abrir brechas de escasa importancia.

La lucha entraba ya en su sexta semana, y como las esperanzas de que los rusos acudieran en socorro de los insurgentes disminuían cada vez más, mientras crecían los sufrimientos de la población civil, los elementos políticos del movimiento de Resistencia pidieron al mando del Ejército que efectuase sondeos cerca del enemigo



Insurrectos polacos muertos en las calles de Varsovia. Los alemanes, después de haberse adueñado de las posiciones polacas, procedieron a ejecuciones en masa de prisioneros, heridos y paisanos. En conjunto, se calcula que la insurrección de Varsovia costó la pérdida de 150.000 paisanos contra 26.000 alemanes *(Archivo Rizzoli)*

para comprobar si existía posibilidad de llegar a una rendición negociada.

El 7 de septiembre, gracias a la actividad mediadora llevada a cabo por la Cruz Roja polaca, se presentó la posibilidad de establecer contacto directo con los alemanes. Los representantes de la Cruz Roja lograron un alto el fuego durante algunas horas, en grandes sectores del perímetro, y el 8 y el 9 de septiembre algunos miles de mujeres, niños, ancianos y heridos no graves abandonaron Varsovia.

Pero fue sólo un pequeño porcentaje de la población civil el que aceptó irse de aquel modo: unas 250.000 personas prefirieron quedarse en lugar de entregarse voluntariamente a los alemanes. En general, los habitantes de Varsovia decidieron permanecer en ella mientras durase la lucha y continuar ayudando, en el límite de sus posibilidades, al Ejército Nacional: la insurrección era una lucha que interesaba a toda la ciudad y no sólo a las tropas.

El intento previsto de entablar conversaciones con los alemanes se interrumpió cuando, el 10 de septiembre, algunas unidades del Ejército ruso, entre ellas una división polaca, lanzaron un ataque contra la cabeza de puente alemana en el suburbio Praga. Cinco días después, las tropas alemanas habían sido rechazadas y la orilla oriental del Vístula, frente a las posiciones polacas de Zoliborz, Solec Kujawski y Czerniakow, estaba en manos de los soviéticos, por lo que parecía que, al fin, sería posible establecer con el Ejército ruso un contacto directo a través del río.

Pero, luego, sin disminuir su presión contra el barrio del centro y sometiendo sin cesar a Zo-



Soldado alemán, provisto de un lanzallamas, en acción para obligar a los insurgentes de Varsovia a salir de sus escondites. Las negociaciones iniciadas por los polacos el 7 de septiembre de 1944, con vistas a la rendición, se interrumpieron el día 10, cuando llegó la noticia de ataques soviéticos contra el suburbio Praga. *(Keystone)*



El general Bor Komorowski se rinde al *Gruppenführer* de las SS Bach-Zelewski. En el curso de la sublevación, los polacos enviaron a los soviéticos numerosas llamadas para que interviniera el Ejército ruso contra los alemanes en Varsovia; pero Moscú no mostró jamás una voluntad declarada de cooperar con los insurrectos. (Imperial War Museum)

liborz y Mokotow a una continua actividad de hostigamiento, los alemanes se dedicaron a rechazar a los polacos de los tramos de orilla del Vístula que aún dominaban. La operación se desarrolló en tres fases.

Los día 14, 15 y 16 de septiembre, la 25.ª *Panzerdivision*, que acababa de llegar, rechazó, apoyada por ataques aéreos, a las unidades del Ejército Nacional que operaban en Zoliborz, a unos 800 metros de la orilla del río, donde éstas tuvieron que situarse en nuevas posiciones defensivas. Al mismo tiempo, en la zona meridional de la ciudad, en Czerniakow, un ataque alemán, lanzado a lo largo del río, obligó a retirarse a los defensores polacos.

Ahora los polacos ya no dominaban más que una estrecha faja de la orilla, al sur del puente Poniatowski y al norte de Czerniakow. La localidad estaba defendida por unidades de la zona, reforzadas por tropas escogidas que se habían hecho llegar desde la Ciudad Vieja, al mando del teniente coronel Jan Mazurkiewicz (nombre convencional: «Radoslaw»). El 11 de septiembre, fuerzas alemanas muy superiores lanzaron un ataque contra aquel sector. Se trabó una batalla extremadamente encarnizada, combatiéndose día y noche en un espacio muy restringido; algunos edificios se conquistaron y perdieron repetidamente, en combates casi siempre cuerpo a cuerpo.

La guarnición del centro lanzó numerosos ataques en dirección a la escarpa que dominaba el bajo campo de batalla en la orilla del río, en un intento de restablecer contacto con las unidades empeñadas en aquella zona; pero los éxitos iniciales pronto quedaron neutralizados por una serie de poderosos contraataques alemanes. Este intento de enlace resultó infructuoso.

El 19 de septiembre, después de ocho días y ocho noches de combates ininterrumpidos, la batalla llegó a un punto crítico. Los defensores polacos, cercados en una zona cuya longitud no llegaba a 500 metros y de una anchura parecida, no sólo habían agotado los víveres y el material sanitario de primer auxilio, sino que estaban desesperadamente escasos de municiones. Para aprovisionarse de agua tenían que recurrir al río, y su resistencia física había llegado ya al límite. Por lo tanto, el teniente coronel «Radoslaw» decidió retirar parte de sus fuerzas a Mokotow, a través de las alcantarillas, mientras el resto debería cubrir la evacuación de los heridos graves, a través del Vístula, hasta las líneas soviéticas. A pesar del mortífero fuego alemán, estas últimas unidades resistieron aún dos días más, cubriendo el traslado que se efectuaba por la noche. Sin embargo, sólo una pequeña parte de los heridos pudo ser evacuado de esta forma, y el 23 de septiembre los alemanes acabaron arrollando las posiciones polacas. La orilla del río había caído así, en toda su longitud, en manos alemanas.

¿Dónde estaban los rusos?

Mientras el Ejército Nacional estaba batiéndose para mantener la posesión de algunos tramos de la orilla occidental, el Ejército 1 polaco –formado por los soviéticos– se encontraba en la orilla opuesta, encuadrado en las fuerzas del mariscal Rokossovskij. Algunas unidades de este Ejército efectuaron intentos de atravesar el río y llegar a la orilla occidental, y durante las noches del 16 y del 17 de septiembre varios destacamentos del Regimiento de infantería 6 lograron llegar a Zoliborz; pero en el ínterin la guarnición polaca ya había sido rechazada lejos de la orilla del río y los hombres de aquellos destacamentos acabaron siendo diezmados por las fuerzas alemanas.

En el curso de las noches del 15 al 16 de septiembre, dos batallones y el mando del Regimiento de infantería 9 atravesaron el río y llegaron al barrio de Czerniakow, donde desplegaron al lado de las fuerzas del teniente coronel «Radoslaw». Simultáneamente, el regimiento de infantería 8 intentó, en vano, asegurarse un punto de apoyo en la orilla occidental, cerca del puente Poniatowski, y un resultado igualmente negativo tuvo la tentativa de cruce de la 1.ª Brigada de caballería en las cercanías del puente Kierbedzia.

Le llegó entonces el turno a Mokotow. Tras algunos días de bombardeo aéreo y artillero y después de haber reforzado a las tropas empeñadas en aquella zona con la 19.ª *Panzerdivision*, el 24 de septiembre los alemanes atacaron el barrio por el Sur y por el Oeste. Los combates se prolongaron durante tres días, y al final las fuerzas polacas se encontraron aplastadas en una zona muy restringida, que no ofrecía ninguna posibilidad para una eficaz defensa.

Durante la noche del 26 de septiembre, parte de la guarnición de Mokotow se introdujo en las alcantarillas para retirarse; pero los alemanes habían previsto este movimiento y, después de obstruir las alcantarillas, empezaron a lanzar bombas de gases tóxicos, lo que creó un enorme pánico y causó numerosas bajas. Muchos de aquellos valerosos combatientes, hombres y mujeres, perecieron y sólo unos 600 lograron llegar al centro de la ciudad. El resto de la guarnición de Mokotow, unos 2000 hombres, depuso las armas a mediodía del 27.

Inmediatamente después de la rendición de este núcleo, los alemanes trasladaron la 19.ª *Pan-*

zerdivision al norte de la ciudad y al día siguiente sus fuerzas, enfrentadas con la guarnición de Zoliborz, comenzaron a atacar las posiciones polacas. Después de dos días de dura lucha, durante los cuales los defensores tuvieron que ceder terreno, la posición de éstos se agravó sensiblemente; pero el comandante, teniente coronel M. Niedzielski (nombre convencional: «Zywiciel»), rechazó la propuesta de rendición presentada por los alemanes. Pero ya por entonces el mismo mando del Ejército Nacional estaba examinando la posibilidad de rendirse, con tal de que las condiciones fueran aceptables. Se juzgó inútil toda resistencia posterior en Zoliborz y el 30 de septiembre, de acuerdo con una orden cursada por el comandante en jefe del Ejército Nacional, los 1500 hombres que guarnecían el barrio depusieron las armas.

Mientras se desarrollaban todavía las operaciones contra Mokotow y Zoliborz, los alemanes se prepararon para desalojar a los polacos del bosque de Kampinos. Las tropas situadas en este bosque, dos regimientos de infantería y dos escuadrones de caballería, con un total de unos 2500 hombres, estaban al mando del comandante A. Kotowski (nombre convencional: «Okon»).

Un grupo especial, destacado del Ejército 9 alemán y denominado *Sterschuppe*, inició, el 27 de septiembre, las operaciones contra Kampinos. Habiéndose percatado de que los alemanes estaban reuniendo tropas en la zona, el comandante «Okon» trasladó a sus hombres a la zona meridional del bosque, con la intención de abrirse paso hacia el Sur. De esta forma, el ataque alemán no logró su objetivo, encontrando tan sólo algunos contingentes de retaguardia. La columna del mayor «Okon» siguió hacia el Sur, hasta que llegó a la línea ferroviaria Skierniewice-Zyrardow, donde, a mediodía del 29, un tren blindado le cerró el paso. Finalmente, alcanzada por algunos destacamentos de carros de combate alemanes, la columna se dispersó y sólo un escuadrón de caballería, de unos 100 hombres, logró abrirse paso y llegar a la provincia de Kielce.

A finales de septiembre, la situación se hacía cada vez más crítica para los insurgentes. Habían perdido el dominio de la orilla del río; los bastiones externos de Mokotow y Zoliborz habían caído también y el bosque de Kampinos ya estaba en manos alemanas. Las municiones estaban casi completamente agotadas, faltaba el agua y el material sanitario escaseaba. Del 20 de septiembre en adelante, los únicos alimentos disponibles eran la cebada y el azúcar. Los hombres no tenían ropa adecuada para protegerse del frío, y el caso de soldados que caían desvanecidos en las mismas barricadas era cada vez más frecuente.

Todos los intentos del mando del Ejército Nacional para establecer un contacto operativo con el Ejército ruso fracasaron y, finalmente, se desvaneció también la esperanza de que los rusos atacaran Varsovia.

Después de haber consultado a los jefes del elemento civil del movimiento de Resistencia, el mando del Ejército se convenció de que proseguir la lucha implicaría más sufrimientos y más víctimas en la población civil, sin tener siquiera la esperanza de conseguir los objetivos que se había fijado la insurrección. La invitación de Bach-Zelewski para iniciar negociaciones, planteada a través de la Cruz Roja polaca, fue aceptada. Ambas partes se pusieron de acuerdo para el cese del fuego a partir del 2 de octubre, y este mismo día una delegación polaca firmó la rendición.

Después de dos meses de lucha, las tropas polacas abandonaron las armas. Los alemanes evacuaron a la población civil que aún permanecía en la ciudad y procedieron a la destrucción sistemática de todo lo que todavía quedaba en pie.

Es imposible calcular exactamente las bajas que sufrió la población civil, pero la cifra de 150.000 se puede considerar bastante razonable.

Las bajas alemanas sumaron, según Bach-Zelewski, 26.000 hombres.

¿Dónde estaban los Aliados occidentales?

Cuando llegó a Londres la noticia de la insurrección, el gobierno polaco intervino cerca del británico y éste último intentó ayudar a los sublevados de dos formas. Puesto que los aeródromos más próximos a Varsovia, que podrían ser utilizados por los Aliados, eran los soviéticos, Churchill pensó que el modo más rápido y eficaz de prestar ayuda era utilizar aquellos campos, tanto más cuanto que la batalla que se desarrollaba en Varsovia no podía por menos que favorecer al Ejército ruso. Churchill ordenó también un número mayor de lanzamientos aéreos sobre Polonia con los aviones procedentes de Bríndisi.

Pero abastecer a los sublevados desde una base tan lejana era una empresa que costaba muchas pérdidas, pues, entre otras cosas, no siempre las condiciones atmosféricas eran favorables para la realización de vuelos tan prolongados (unos 2250 km entre ida y vuelta). Por lo tanto, los vuelos no se podían realizar con regularidad y muchos aviones no llegaban a su destino. En conjunto, desde el día 1 de agosto al 2 de octubre se efectuaron 186 vuelos, de los cuales sólo 83 consiguieron lanzar con éxito sus cargas; además, se perdieron veinte aparatos.

El 4 de agosto Churchill pidió a Stalin que ayudase a Varsovia; pero la petición fue rechazada. Igual suerte le cupo a una nueva petición en tal sentido presentada por el propio Churchill el 12 del mismo mes. El 20 de agosto, puesto que en la capital polaca la situación referente a los abastecimientos había empeorado, Churchill y Roosevelt dirigieron una apelación conjunta a Stalin; pero también esta nueva petición fue enérgicamente rechazada por los soviéticos, con la justificación de que el Ejército polaco había emprendido la operación sin consultar al Ejército ruso.

El Gobierno británico se irritó de tal forma ante la actitud soviética que, en la reunión del 4 de septiembre, el gabinete de guerra examinó la posibilidad de suspender el envío de convoyes a la Unión Soviética si ésta se negaba todavía a ayudar a los rebeldes de Varsovia. Mas, considerando el perjuicio que semejante decisión acarrearía al esfuerzo bélico aliado, la idea se rechazó; pero, mientras tanto, se iniciaron los preparativos para una misión de vuelo por parte de bombarderos pesados norteamericanos desde bases británicas en el momento en que los rusos les permitieran aterrizar en sus campos.

La actitud de Rusia, inflexible hasta aquel momento, cambió de improviso. El 10 de septiembre aceptaron que aviones aliados se sirvieran de sus aeródromos, y así, el 18 del mismo mes, 110 bombarderos de la 8.ª Fuerza aérea norteamericana despegaron de las bases británicas y, en pleno día, efectuaron su misión sobre Varsovia. Se perdieron nueve aviones, y además, a causa del fuerte viento y de la gran altura desde la que se efectuaron los lanzamientos, sólo el 30 % del material lanzado en paracaídas llegó a poder del Ejército Nacional.

Gracias a los esfuerzos emprendidos por el Gobierno polaco, el 30 de agosto los Gobiernos británico y norteamericano hicieron pública una declaración en la que establecían que los hombres del Ejército Nacional eran soldados regulares y que así se les debía considerar a todos los efectos, y que las eventuales represalias alemanas contra ellos constituirían una violación de las leyes internacionales.

La declaración se hizo pública con un mes de retraso, porque los Gobiernos británico y norteamericano intentaron convencer al soviético para que se asociase a ella. Cuando al fin, después de largas negociaciones, el Gobierno soviético se negó a hacerlo, Gran Bretaña y Estados Unidos decidieron publicar la declaración incluso sin la participación rusa.

La Unión Soviética no subestimó la posibilidad de que en Varsovia estallase una insurrección, y las insistentes llamadas de radio Moscú habían pretendido, en efecto, este fin: era indudable que una insurrección implicaría notables ventajas militares para el Ejército ruso. A pesar de ello, en más de una ocasión, Stalin repitió que la insurrección le había sorprendido por completo.

¿Traición soviética?

Cuando en cierto momento fue posible el contacto directo a través del Vistula, el coronel «Monter» envió a los rusos dos patrullas provistas de transmisores de radio con el encargo de proponer una cooperación activa; pero el único resultado de esta iniciativa fue que los soviéticos lanzaron en paracaídas algunos observadores para dirigir mejor el fuego de su artillería. A partir del 14 de septiembre (seis semanas después del estallido de la insurrección), aviones soviéticos empezaron a lanzar víveres y armas sobre Varsovia; pero el término «lanzar» se usa aquí en un sentido totalmente literal, ya que no se emplearon paracaídas, de manera que gran parte de las armas sufrió graves daños al chocar contra el suelo.

Informado el general Bor de que la Unión Soviética había aceptado la idea de que los aviones aliados utilizaran sus aeródromos, envió, vía Londres, al mariscal Rokossovskij un mensaje que contenía propuestas de cooperación; pero también éste quedó sin respuesta.

Además, después de haber concluido sus operaciones contra los alemanes, algunos destacamentos del Ejército Nacional que tomaban parte en la Operación «Tempestad», al este del Vístula, intentaron acudir en ayuda de las unidades que luchaban en Varsovia. Todos estos destacamentos fueron rodeados y desarmados por el Ejército ruso.

La negativa soviética a suscribir la declaración con la que los americanos y británicos reconocían a los hombres del Ejército Nacional polaco los derechos de los soldados regulares, la motivó el deseo de tener luego las manos libres para perseguirlos y deportarlos a los campos de prisioneros.

El Ejército Nacional comenzó la batalla por el dominio de Varsovia plenamente consciente de que, con sus fuerzas, no podría enfrentarse a los alemanes por mucho tiempo. En su decisión quedaba implícita la convicción de que los objetivos de guerra soviéticos y polacos, aunque quizá no fueran idénticos, coincidían por lo menos en lo que respecta al deseo de derrotar a Alemania. Se esperaba, pues, que aunque el Ejército ruso no cambiase sus planes para aprovechar la intervención del Ejército Nacional en Varsovia, por lo menos no suspendería totalmente su ofensiva, negando toda ayuda a la insurrección.

En realidad, la negativa de intervenir en ayuda de Varsovia desenmascaró las verdaderas intenciones soviéticas respecto de Polonia. Y los polacos consideraron esta negativa como una vil traición hacia un aliado, y el mundo entero quedó estupefacto ante tal demostración de doblez.

La insurrección de Varsovia, la mayor acción militar que se produjo en Polonia después de la campaña de 1939, fue la expresión de la voluntad de la nación polaca de recobrar su independencia. Pero también fue una expresión de la voluntad de combatir a cualquier opresor que intentase amenazar la libertad del país.

IRANEK-OSMECKI, CORONEL



Nació en 1897. Durante la primera Guerra Mundial prestó servicio militar en la legión polaca del mariscal Pilsudski y luego formó parte de la POW, organización militar secreta polaca. Después de haber combatido en la guerra polaco-soviética de 1919-1920, se dedicó a la enseñanza en la academia militar. En 1939 ingresó en el Estado Mayor General. Llegó a Londres en 1940, y allí formó parte de la sección que se ocupaba de las actividades militares clandestinas. Durante la guerra volvió dos veces a Polonia, una vez por vía terrestre (en 1940-1941) y otra vez lanzado en paracaídas (en 1943). Prestó servicio en el mando del Ejército Nacional polaco y en su condición de jefe del Servicio de Información se ocupó del envió a Gran Bretaña de importantes informes sobre las *V-2*. Tomó parte en la insurrección de Varsovia en 1944 y dirigió la delegación polaca que negoció la rendición del Ejército Nacional tras el fracaso de la insurrección. Después de la guerra se estableció en Londres, donde se ocupó en la edición de la historia oficial del Ejército Nacional polaco, publicada por el Instituto histórico general Sikorski. Actualmente, en su condición de secretario *ad honorem* del Polish Underground Movement Study Trust, sigue ocupándose de investigaciones históricas.

LOS CAMPOS DE CONCENTRACION

UN TESTIMONIO DIRECTO

Rudolf Vrba y
Roger Manvell

Rudolf Vrba, que consiguió huir de Auschwitz con datos detallados del programa de genocidio, nos ofrece en este capítulo un informe directo de la política racial nazi.

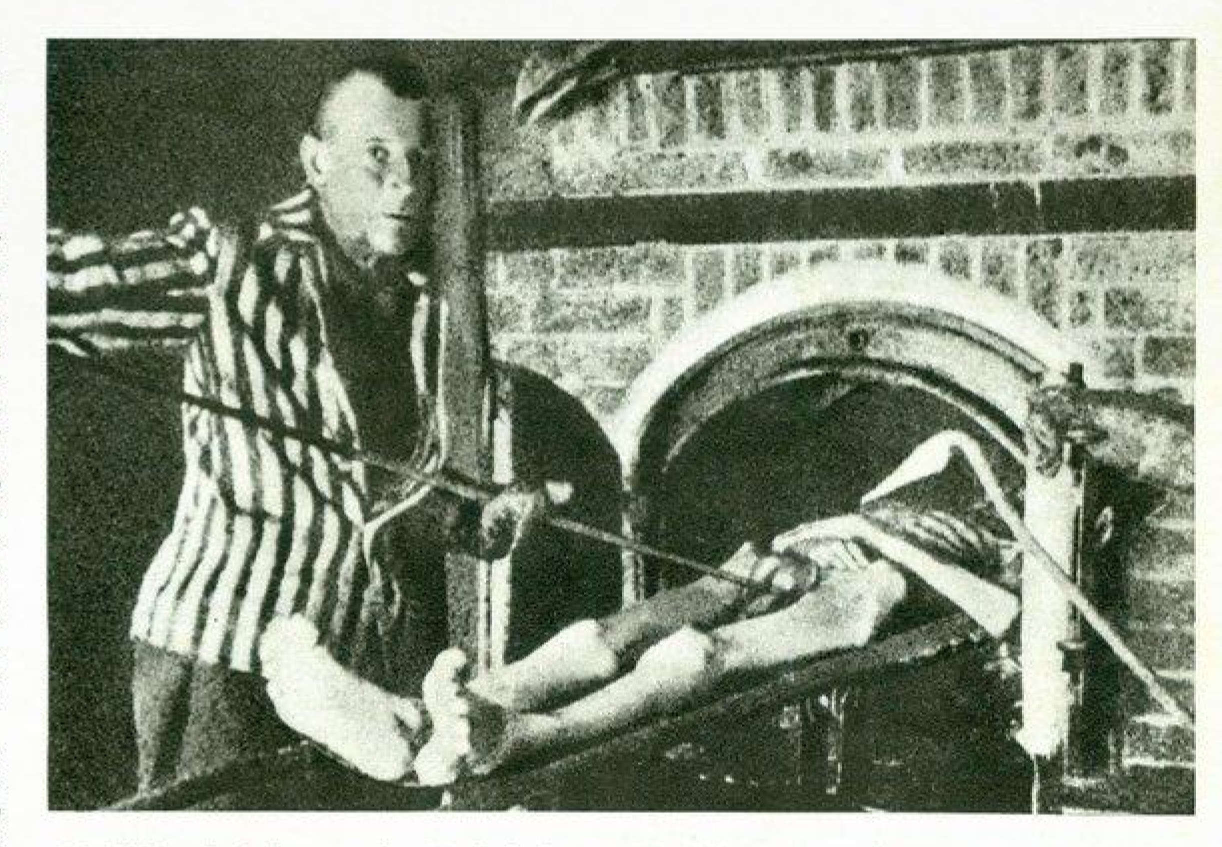
En 1944, el campo de Auschwitz-Birkenau estaba en condiciones de poner en práctica la «solución final» prevista por la política racial nazi. Este campo de concentración, con su red de campos colaterales distribuidos por toda Polonia, desempeñaba simultáneamente dos funciones: proporcionaba mano de obra y permitía el genocidio masivo de algunos pueblos europeos y sobre todo, aunque no exclusivamente, de los judíos.

La aceleración del exterminio en masa durante los años de la guerra dependía de dos factores: la disponibilidad de medios de transporte y la posibilidad de «clasificar» a los «elementos humanos» escogidos para el exterminio inmediato. La gente escogida para el «almacenamiento» debía ser económicamente productiva: es decir, debía estar en condiciones de proporcionar mano de obra, aunque casi siempre fuera temporalmente. Todos los demás, los llamados inútiles (enfermos, mujeres con hijos muy pequeños, niños, mujeres embarazadas y viejos de ambos sexos), por lo general eran exterminados inmediatamente; no obstante, a medida que transcurría el tiempo, la entidad de este proceso de destrucción aumentó de acuerdo con el espacio disponible en el campo.

Cuando empezaron a llegar, día y noche, hasta 20.000 personas en 24 horas, se impuso el exterminio indiscriminado, tanto de los útiles como de los inútiles. El problema era poder llegar a armonizar el constante flujo de víctimas, la necesidad de mano de obra, las posibilidades de «almacenamiento» y la eficacia de las máquinas utilizadas para eliminar a los no deseados. Este era el problema con el que, como supremo administrador de muerte, tuvo que enfrentarse Rudolf Hoess, el primer comandante de Auschwitz.

En 1944, las instalaciones de Auschwitz-Birkenau, al máximo de su capacidad, podían albergar unos 70.000 prisioneros y satisfacían las necesidades de mano de obra de las instalaciones bélicas especiales construidas en los alrededores. Además, estaban en condiciones de «eliminar» hasta a 12.000 recién llegados al día.

La cruel política racial de los nazis fue una creación de Hitler, cuyos sentimientos antisemitas se habían desarrollado durante su juventud, transcurrida en Viena. Lo que en realidad ocurrió fue que, una vez adoptado el antisemitismo como fondo de su programa electoral, los nazis decidieron, una vez alcanzado el poder, aprovecharlo en provecho propio. Se presentó a los judíos como el núcleo de la conspiración encaminada a derribar a Alemania, como una especie de «quinta columna» racial que de algún modo misterioso había provocado la derrota de 1918 y que proyectaba sacar el máximo provecho de la humillación del país, de cuyo fluido vital se alimentaban.



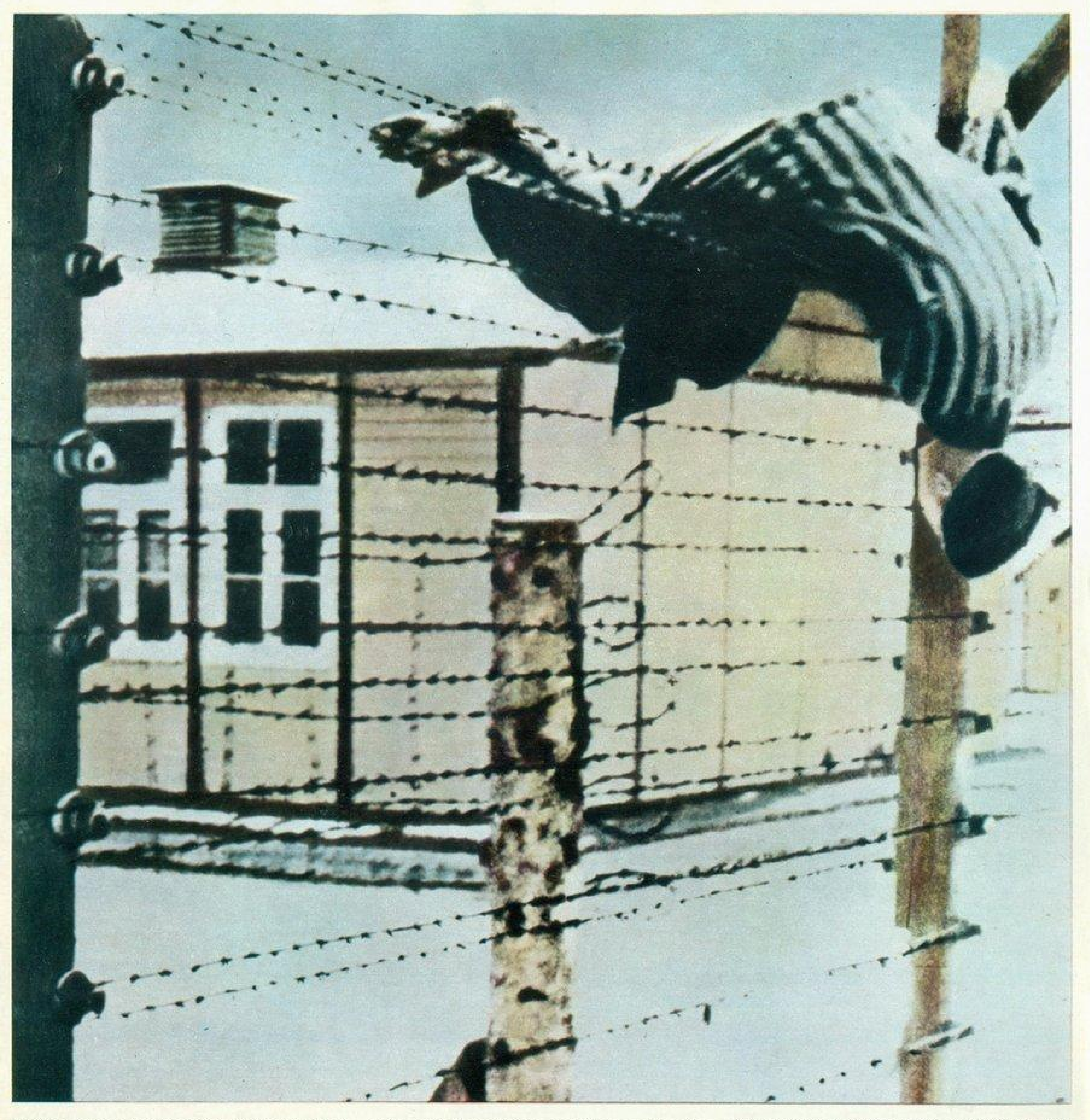
Un prisionero, muerto de inanición en un campo de exterminio, es introducido en un horno crematorio. En 1944, Auschwitz había llegado al nivel máximo de eficiencia. Se calcula que en el transcurso de dos meses –a partir de mediados de mayo– fueron eliminados 400.000 judíos húngaros. *(History of the Second World War)*

En 1938, año de la promulgación de las leyes raciales de Nuremberg, la expropiación de los bienes de los judíos por parte de los nazis empezó a convertirse en rutina de la administración. Más de 300.000 judíos huyeron de Alemania y más de 100.000 de Austria, abandonando todos sus bienes, desde pequeñas tiendas y pequeñas empresas hasta grandes fortunas.

Al estallar la guerra, y con la consiguiente ocupación de vastos territorios en el Norte y en el Oeste, el «problema judío» aumentó. El sistema de expropiación se difundió mucho, y especialmente en el Este se aplicó a una escala cada vez mayor. Allí los judíos eran muy numerosos, pero en cambio pocos de ellos eran ricos; no obstante, casi todos poseían algo: una pequeña parcela, una tienda, una pequeña empresa. Y como la política de integración racial de Himmler suponía el desplazamiento de gran número de personas desde diversos territorios de Europa oriental y su colocación en zonas contiguas a la nueva «Gran Alemania», lo más fácil era expropiar a los judíos de aquellas zonas y sustituirlos por personas socialmente equivalentes, simpatizantes de los nazis.

Pero estos centenares de miles de judíos expropiados no podían pagarse el «salvoconducto» hasta países menos hostiles. Por lo tanto, se les tenía que confinar en *ghettos* y en campos de concentración, donde fuese posible explotarlos ulteriormente, de forma organizada, haciéndolos morir gradualmente de hambre y, al mismo tiempo, aprovechándolos como mano de obra mientras tuviesen fuerzas para trabajar. Fue precisamente de esta situación de la que nació la necesidad efectiva de organizar científicamente el genocidio en masa.

Así, la política racial nazi procedió por fases, desarrollándose a medida que se producían las grandes anexiones territoriales que siguieron a los rápidos avances de las divisiones alemanas. Como el frente de operaciones estaba extendiéndose rápidamente, los nuevos dueños se vieron obligados a buscar todos los medios para integrar en sus fuerzas a las fuerzas locales no alemanas. Frente a este estado de cosas, era natural que los alemanes procediesen al reclutamiento de *quislings* (como se llamaba a los colaboracionistas, por el nombre del famoso colaboracionista noruego Vidkun Quisling) para controlar mejor los territorios ocupados, e incluso para alentar a los ciudadanos de estos países a enrolarse en los



En un desesperado intento de huir, un prisionero ha quedado fulminado por los cables de alta tensión que cerraban el recinto del campo. Uno de los más grandes campos de concentración alemanes fue el de Auschwitz-Birkenau, que, a plena capacidad, albergó hasta 70.000 personas. Este lugar proporcionaba mano de obra para el esfuerzo bélico alemán y permitía el genocidio de determinados pueblos, sobre todo de los judíos. *(Archivo Rizzoli)*

Ejércitos alemanes y en las SS. Y en realidad, el personal que se ocupaba del funcionamiento de los campos estuvo constituido, cada vez en mayor medida, por colaboracionistas de uniforme, reclutados por las *Waffen SS* de Himmler, así como por personas «de confianza» escogidas entre los mismos prisioneros.

Lo que los alemanes querían poner en práctica era una ocupación de tipo «autosuficiente», para que quedasen libres los ocupadísimos Ejércitos y pudieran participar en las campañas que se combatían en los frentes de batalla. Los nazis locales, no alemanes, los colaboracionistas y los otros colaboradores voluntarios se prestaban magníficamente para ejercer el poder en sus respectivos países, y la compensación que se les asignaba estaba constituida por bienes confiscados a los judíos. También se convencía o engañaba a estas personas con la concesión de uniformes y cargos no oficiales, y a veces incluso oficiales. En la medida determinada por su grado, podían saborear los frutos del poder creado por los nazis.

Estos colaboracionistas se beneficiaban de la situación de diversas formas. Las propiedades confiscadas a los judíos se les concedían directamente a ellos, o bien se ponían en venta en subastas controladas en las que podían adquirir todo lo que deseaban a precios bajísimos. Así, inesperadamente, pasaron a ser los nuevos ricos en el nuevo régimen.

El aspecto maquiavélico de la gigantesca empresa intentada por los nazis de llevar a cabo un completo genocidio en tiempo de guerra, se refleja parcialmente en la forma en que los oficiales nazis de las SS consiguieron inducir a los judíos a ser cómplices de su misma expropiación y de su exterminio final. Fue en este campo donde acabó por tener un papel muy importante la extraordinaria astucia de hombres como Him-

mler, Heydrich y Eichmann. Instruían a sus hombres de forma que no suscitasen jamás sospecha alguna acerca de cuál sería el destino de los que desaparecían detrás de la *Nacht und Nebel* (noche y niebla) de la deportación. Se utilizaban agentes capaces de aprovechar la ingenuidad y la credulidad de los judíos a este respecto, y facilitaba su tarea la misma naturaleza de la población judía en Europa, que difería de un lugar a otro por su lengua, clase social y base cultural y económica.

La primera vez que los judíos oyeron hablar de todo esto fue cuando las autoridades colaboracionistas locales invitaron, en términos más o menos amables, a las personalidades más eminentes de la comunidad judía a participar en una reunión. Las «personalidades» judías no se elegían arbitrariamente: representaban la clase de las personas «respetables», quizás un opulento hombre de negocios, casi ciertamente un rabino, un profesor universitario, un abogado famoso, etc., todos ellos personajes respetuosos de la ley. Se les proponía que hiciesen de «autoridad local» en nombre del elemento judío de la comunidad, respondiendo directamente de su actividad ante las autoridades colaboracionistas, que, desde aquel momento, representarían a la población no judía de la ciudad.

Naturalmente, el primer cometido que se les confiaba a este grupo de personas (sin duda un poco nerviosas y desconcertadas) era preparar una lista de todos los judíos residentes en la zona: dirección, profesión, naturaleza de los bienes poseídos, etc. Básicamente se trataba de un inventario de los judíos y de sus propiedades.

«No os preocupéis», les decían. Pero en cuanto se dispusiese de toda la información que se necesitaba, las autoridades prepararían y distribuirían la documentación «protectora» que los judíos precisaban. Sería misión de la nueva «autoridad local» judía, ennoblecida por el título oficial de consejo hebraico (*Judenrat*), o, alternativamente, centro hebraico, distribuir estos documentos y actuar en nombre de la comunidad en todas las futuras cuestiones que surgiesen eventualmente entre las autoridades colaboracionistas y los judíos.

Mientras tanto, en el secreto de sus despachos, los funcionarios colaboracionistas podían dirigir ahora su atención hacia otras cuestiones más importantes, como la organización del contingente local de las SS formado por fuerzas colaboracionistas (los Guardias Hlinka en Eslovaquia, por ejemplo), destinado, en realidad, a convertirse en la nueva *élite* social y cultural de los países ocupados por los alemanes.

Pero los miembros del consejo hebraico se dieron cuenta de que cada vez se les convocaba de forma menos cortés. Comenzaron a producirse casos de malos tratos y, a veces, incluso de asesinato: estaba claro que se trataba de «amonestaciones» a los demás miembros. Se les dieron instrucciones para que preparasen a los miembros más jóvenes de *su* comunidad para trabajar para el *Führer*, en el Este o en cualquier otro territorio. Se pidieron con prisas nuevas listas, un inventario de todos los judíos de edades comprendidas entre los 18 y los 30 años, a los que se les requería para que prestaran «voluntariamente» servicios en los «campos de trabajo».

Y así se llega a marzo de 1942. Jóvenes sin más cosa que perder que la vida han desaparecido sin que se sepa dónde se encuentran, y con ellos se ha ido el elemento potencialmente más peligroso, del que podía nacer un verdadero movimiento judío de resistencia. Mientras tanto, también muchos de los demás jóvenes, los no judíos, han desaparecido para combatir, y quizás morir, en el frente.

Los miembros del consejo hebraico de nuestra ciudad viven todavía cómodamente en sus «protegidas» propiedades. La siguiente movilización de fuerza de trabajo judía es la de las mujeres jóvenes sin hijos; entonces, muchas chicas se apresuraron a casarse por miedo a desaparecer también como sus amigas solteras, si bien cartas tranquilizadoras, aunque más bien cortas y formales, escritas por las muchachas y los muchachos que se han ido, traen un poco de consuelo a las familias (a estas cartas, escritas antes de morir, se les han puesto con frecuencia fechas posteriores).

Sin embargo, la deportación en masa de los judíos de un territorio ocupado se retrasaba mientras se deportaba y eliminaba a los judíos de otros territorios. El único factor limitativo era la capacidad de los centros de exterminio. Escalonando de esta forma las deportaciones, los nazis confundieron a los judíos dándoles la impresión de que, en realidad, no se deportaría a todos.

En 1943, los miembros del consejo hebraico parecían sentirse ya casi seguros en sus «ocupaciones reservadas». Las SS ya habían empezado a ejercer cierta presión sobre los miembros más viejos de las familias que tenían jóvenes en los campos de concentración para inducirlos a prepararse para unirse con sus hijos. Después de todo, no «hay nada mejor que preservar la unidad familiar». Fue éste el período de las deportaciones seleccionadas, y así, al terminar el verano, se había deportado a casi dos tercios de los judíos locales. Mientras tanto, la propaganda se hizo más intensa; los judíos «de bien» debían desear reunirse con sus parientes, dejando así las casas libres para los «arios». De vez en cuando, las SS les proporcionaban unas cartulinas que les autorizaban a llegar a determinadas zonas para reunirse con su núcleo familiar.

No obstante, ya en 1942, los diversos consejos hebraicos, enlazados entre sí sobre una base nacional, empezaron a establecer contactos clandestinos con los consejos de otros países. No podían dejar de darse cuenta de que estaba ocurriendo algo horrible, puesto que, evidentemente, no era posible mantener siempre en secreto el hecho de que los trenes (cargados en un principio de jóvenes y después de parientes de estos jóvenes) se dirigían todos hacia el Norte, hacia lugares cuya fama era cada vez más siniestra: Maidanek, Sobibor, Chelmno, Treblinka y Auschwitz.

Sin embargo, a los miembros del consejo hebraico se les había elegido precisamente porque se trataba de ciudadanos tranquilos, pasivos, que respetaban la ley, no violentos. Y aunque sospechaban que algo terrible ocurría, estaban psicológicamente predispuestos a no dejarse impresionar por estos temores, y la idea de resistirse o de efectuar actos de sabotaje o de abierta rebelión era totalmente ajena a su naturaleza. Los hombres de las SS, que los despreciaban como verdaderos traidores a su misma raza, trataban en seguida de intimidarlos y calmarlos, aprovechando su pacifismo y su deseo de tranquilidad. Por otra parte, lo mismo que los capitanes de los buques que se hunden, los miembros de los consejos deberían, naturalmente, ser los últimos en partir para Auschwitz: fue así como acabaron aferrándose a la esperanza de que los Aliados consiguieran vencer a tiempo para salvarlos de la suerte que habían corrido sus menos afortunados hermanos.

Y aprovechando con gran habilidad el sistema de los consejos hebraicos fue como los nazis consiguieron impedir que entre los judíos se desarrollase un movimiento de resistencia. Por lo tanto, sólo era posible cierta forma de oposición a nivel inmediato, antes de que las víctimas se amontonasen en los vagones de carga y quedasen reducidas, antes de llegar al campo, a un estado de agotamiento total a causa de las privaciones e incomodidades del viaje.

En 1944, ya nadie podía afirmar que no conocía la verdad acerca de Auschwitz. Dos hombres, Rudolf Vrba y Fred Wetzler, habían conseguido huir del campo el 7 de abril de 1944, llevando consigo documentos que entregaron al consejo hebraico de Zilina, su ciudad natal. Inmediatamente prepararon una detallada declaración, co-

KALTENBRUNNER Sustituyó a Heydrich como jefe del SD, el servicio de seguridad alemán puesto bajo las órdenes de Himmler.



FRANK Desde 1939 fue gobernador de Polonia, y figura entre los responsables del exterminio de la población judía. Sentenciado por el tribunal de Nuremberg, fue condenado y ajusticiado en 1946.



EICHMANN Oficial de las SS, estuvo encargado de organizar el exterminio de los judíos en todos los países ocupados. Procesado y condenado a muerte en Tel Aviv en 1962.



HOESS Primer comandante de Auschwitz, estudió la creación de cámaras de gas capaces de eliminar hasta 2000 personas de una vez.

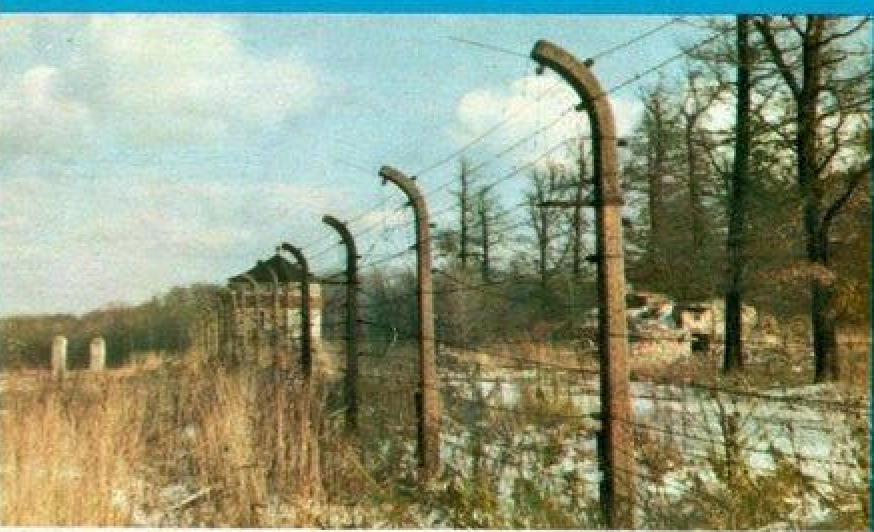


IRMA GRESE Llamada irónicamente el "ángel de Auschwitz", fue una de las personas más odiadas y temidas entre los miembros del personal encargado del campo.



MENGELE Director sanitario de Auschwitz, decidía qué prisioneros debían enviarse a la cámara de gas. Efectuó crueles experimentos, privados de toda justificación científica.





El campo de concentración de Buchenwald, en Alemania, uno de los lugares de tortura nazi más tristemente famosos, tal como aparece actualmente. Arriba: la entrada principal. Debajo: el recinto con una de las torres de guardia. *(Alfredo Fiorelli)*

nocida como *Informe Auschwitz*, con fecha 25 de abril, a la que añadieron el plano del campo y los detalles técnicos de las cámaras de gas y de los hornos crematorios. *Este documento no sólo llegó a la red de los consejos hebraicos, especialmente en Hungría, sino que se envió también al Papa, a Roosevelt y a Churchill. Contenía una exposición detallada de la puesta en práctica del programa de genocidio hasta el día en que habían huido Vrba y Wetzler. La cifra de 1.765.000 seres humanos exterminados y aniquilados era exacta, con un margen de error inferior al 10%.*

La alternativa ante la que se encontraba el consejo era la de gritar la verdad a los cuatro vientos mientras los judíos húngaros estuvieran todavía unidos. Se calculaba que no eran menos de 800.000, y a 400.000 de éstos se les dejó ir pasivamente hacia su destino entre el 15 de mayo y el 7 de julio de 1944. El 22 de junio, el *Informe Auschwitz* llegó a Suiza (introducido furtivamente sin que lo supiera el consejo hebraico húngaro). Una copia, distribuida clandestinamente, había llegado a manos de Miklos Krautz, en Budapest. Con la ayuda del agregado comercial rumano, Florin Maniolu, Krautz consiguió transmitirle el documento a un judío europeo que vivía en Suiza, Georges Mantello; éste, a su vez, se lo entregó a Walter Garret, representante de la prensa británica en Suiza. Garret se lo transmitió inmediatamente al general West, agregado militar en la embajada británica, y a Allen Dulles, que se encargaba del trabajo de espionaje llevado a cabo en Suiza a favor de los americanos. Dulles envió el informe a Washington.

Los Aliados occidentales y el Papa protestaron conjuntamente ante Horthy, el regente húngaro, y estas protestas produjeron cierta suspensión temporal de las deportaciones.

Pero si los mismos judíos no consiguieron considerar con realismo la intolerable verdad del genocidio que se estaba llevando a cabo en Auschwitz, habría sido ilógico esperar que lo hiciera el resto del mundo. Los que podían conocer directamente estos hechos intentaron atraer, con artículos y transmisiones por radio, la atención del mundo hacia lo que estaba ocurriendo. Durante la guerra aparecieron numerosos artículos sobre los campos de concentración en los grandes periódicos británicos, como el *Times*, el *Manchester Guardian* y el *News Chronicle*; y a partir de 1942 la BBC transmitió muchos informes sobre las atrocidades y los exterminios cometidos en los campos. Thomas Mann, el famoso escritor alemán que vivía en el exilio, se dirigió por radio, en numerosas ocasiones, a la misma Alemania para informarla de los horrores y de la vergüenza de los campos.

Rumores espantosos, decía la gente, pero, naturalmente, exagerados. La guerra era un experiencia terrible, y las palabras se utilizaban como sedantes. Eso era lo que la opinión pública pensaba de tales historias. Seres humanos no podían comportarse de aquella forma, ni siquiera los nazis. Quizás lo podían hacer algunos sádicos, pero no la gente normal. Y es que la verdad de los exterminios era tan enorme que forzosamente se requería tiempo para que la pudiesen asimilar aquellos que no habían visto nunca un campo de concentración.

Y en efecto, las grotescas reacciones producidas por la difusión y la publicación del informe de Vrba fueron típicas de aquella terrible tendencia al aplazamiento que tan favorable fue a Himmler, Eichmann y Hoess. El judío húngaro Kastner estaba firmemente convencido de la conveniencia de destruir el informe, pues una rebelión desencadenada por los judíos húngaros anularía sus negociaciones con Eichmann, negociaciones que, al final, salvaron la vida de 1 de cada 1000 judíos destinados al exterminio. En junio de 1944 comunicó a los judíos de Kluj que lo que habían oído acerca de las cámaras de gas no era más que propaganda enemiga. El mismo mes de junio, usando un pasaporte alemán, Kastner, como miembro del consejo hebraico, fue a Suiza con el deliberado propósito de impedir la publicación del informe Vrba-Wetzler. Afirmaba que dicha publicación entorpecía sus relaciones con los nazis, haciendo inútil con ello sus intentos para conseguir los llamados rescates.

Las SS tenían sus razones para temer que la resistencia desembocase en actos de violencia allí donde todavía se encontrasen unidos muchos jóvenes. Incluso en Auschwitz, en una ocasión, grupos esporádicos intentaron oponerse a los guardianes SS en su mismo terreno y destruir las instalaciones que permitían que la operación de genocidio continuase desarrollándose con tan perfecta regularidad.

Pero todo improvisado y espontáneo acto de violencia en el interior de los campos era enérgicamente condenado por los mismos organizadores de los movimientos de resistencia, pues los únicos resultados eran provocar las peores represalias contra prisioneros agotados e incapaces de defenderse.

Sin embargo, esta limitada forma de resistencia demostró ser insuficiente para algunos de los que se encontraban prisioneros o perseguidos por los nazis. El *ghetto* de Varsovia se había transformado en un campo de concentración, por orden de Himmler, en octubre de 1942; y en aquella época, sus habitantes, que en un principio sumaban cerca de medio millón, se habían reducido a unos 60.000. Hacía bastante tiempo que en el *ghetto* se había introducido furtivamente una notable cantidad de armas, y finalmente, durante los meses de abril y mayo de 1943, los judíos allí encerrados consiguieron resistir, en su minúsculo territorio, más de 33 días a un ataque de fuerzas acorazadas de las SS antes de ser completamente aniquilados.

En abril de aquel mismo año, una rebelión llevada a cabo por prisioneros, trabajadores judíos del campo de exterminio de Treblinka, acabó, tras la muerte de una docena o más de SS, con una fuga en masa. El campo se tuvo que cerrar después, en noviembre, casi en los mismos días en que, tras una rebelión dirigida por un capitán del Ejército ruso, se cerró también el campo de Sobibor.

En el mismo campo de Auschwitz, el 7 de octubre de 1944, un joven que trabajaba en uno de los *Sonderkommandos* consiguió destruir un horno crematorio. Pero su acción desencadenó una represalia terrible: se fusiló a los 430 hombres que estaban trabajando con él en el momento del sabotaje.

En definitiva, el genocidio se convirtió, en manos de los nazis, en un instrumento político directamente vinculado al colaboracionismo, un instrumento que aseguraba excepcionales ventajas en el plano militar. Sin embargo, la política del genocidio no fue en absoluto una iniciativa del nazismo; con *slogans* diferentes la han aplicado otras organizaciones políticas contra otros pueblos. Stalin, por ejemplo, había reducido ya al estado de esclavitud a millones de hombres con el pretexto de la «lucha de clases» y de la «protección de los derechos de los trabajadores».

Muchos años después también los indonesios practicarían el genocidio, matando por lo menos a un millón de supuestos comunistas sin darles siquiera la posibilidad de demostrar que no lo eran.

El genocidio, por desgracia, se ha convertido en uno de los elementos que caracterizan la historia del siglo XX.

RUDOLF VRBA



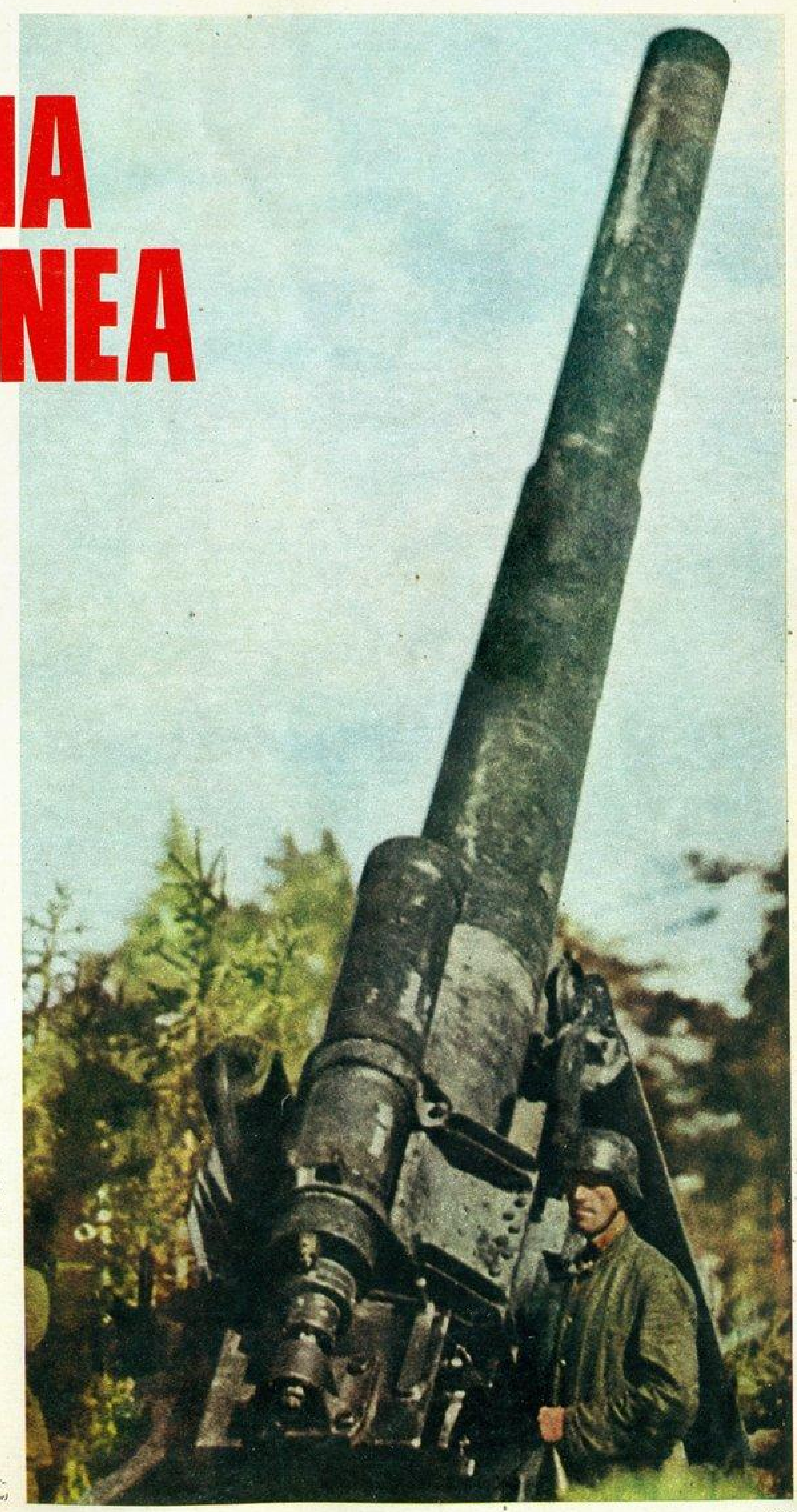
Nacido en Checoslovaquia en 1924. Expulsado de la escuela donde estudiaba, tras la promulgación de las leyes raciales de Nuremberg, en junio de 1942 fue arrestado y deportado a Auschwitz, donde permaneció internado, con el número 44070, hasta abril de 1944, fecha en que consiguió huir. En agosto de 1944 entró en las filas del movimiento partisano checoslovaco y después combatió en la unidad mandada por Milan Uher. Al acabar la guerra estudió química en Praga, graduándose en 1951; es autor de numerosas publicaciones sobre el sistema nervioso central. En 1951 y 1952 llevó a cabo una intensa actividad de investigación en el campo de la bioquímica; ha trabajado en el ministerio de Sanidad de Praga (1953-58), en el ministerio de Agricultura en Israel (1958-60) y en el consejo de investigaciones médicas en Londres (1960-67). Actualmente es profesor adjunto de la sección de farmacología de la universidad de Columbia británica, en Vancouver.

Italia, junio-agosto de 1944

DE ROMA A LA LINEA GOTICA

Rudolf Böhmler

Roma había caído, pero los Aliados, al concentrar sus esfuerzos sobre dicho objetivo, habían perdido la ocasión de destruir el potencial alemán en Italia; y ahora, mientras la *Wehrmacht* se retiraba hacia la Línea Gótica y trataba desesperadamente de reorganizar sus fuerzas y estabilizar el frente, los Aliados perdían otra buena ocasión. En efecto, los movimientos de sus tropas estaban sometidos a un rígido plan, basado en una neta superioridad numérica y que no podía ser adaptado rápidamente para aprovechar situaciones imprevistas. En este capítulo presentamos la versión alemana del repliegue del Ejército 10.



Pieza de artillería pesada alemana en acción contra el Cuerpo de Ejército II polaco. (History of the Second World War)



Algunos soldados británicos observan una de las casamatas móviles de acero utilizadas para proteger con su fuego la retirada de las tropas alemanas. En junio de 1944, el general Mark Clark, en lugar de concentrar la ofensiva contra la *Wehrmacht* en el punto de contacto entre los Ejércitos 10 y 14, a fin de intentar romper el despliegue enemigo, prefirió atacar en un amplio sector y rechazar a los alemanes frontalmente, dispersando así el peso del ataque aliado. (Imperial War Museum)

Una vez retiradas las fuerzas alemanas de Roma, el 4 de junio, el Ejército 14 del general Mackensen se encontró en la situación de tener que conducir una retirada que, en diversos puntos, asumió el aspecto de una auténtica fuga. Tres de sus divisiones, la 65, la 362 y la 715, habían sido prácticamente aniquiladas; las restantes todavía disponían de efectivos de infantería equivalentes a uno o dos batallones. Las pérdidas de material eran asimismo muy elevadas.

Sin embargo, el Ejército 15 estadounidense no logró aprovechar la gran ocasión que se le presentaba. Después de haber ocupado Roma, se detuvo allí, constituyendo tan sólo una cabeza de puente al otro lado del Tíber. Contrariamente a lo que se esperaba, los americanos se lanzaron en fuerza en persecución del Ejército 14 alemán para aniquilarlo. Por lo tanto, resultó cierto que la frase «todos los caminos llevan a Roma» impidió al Ejército 5 desplegar contra los alemanes toda su fuerza efectiva.

Poco antes, el Ejército 10 se vio forzado a romper el contacto con el enemigo en el frente de Cassino y se encontraba todavía tan alejado que el Ejército 14 se veía obligado a tener que escoger dos hipótesis acerca de las intenciones aliadas: o el enemigo intentaría lanzarse inmediatamente en persecución del Ejército 14 y arrollarlo, y luego efectuaría una conversión hacia el Nordeste para cercar y aniquilar al Ejército 10, o bien los Aliados emplearían parte de sus fuerzas contra el Ejército 14, asestando luego el golpe principal hacia el Este, a través del Terni hasta Perugia y hasta más allá, con el pretendido fin de cercar al Ejército 10.

La segunda hipótesis parecía la más sencilla. El amplio vacío creado en el frente representaba un peligro mortal (en especial por el Ejército 10, desplegado al Sudeste) si el Ejército 5 americano continuaba rápidamente su avance desde Roma hacia el Noroeste.

Para alejar, al menos momentáneamente, este peligro, se hizo retroceder hasta el máximo posible el flanco derecho del Ejército 10; mientras tanto, sus unidades ligeras, la 29.ª y la 90.ª Divisiones *Panzergrenadier* y la División Acorazada 26, se lanzaron hacia el Noroeste y se agregaron al Ejército 14, con la orden de ocupar los puntos de cruce del Tíber entre Roma y Orvieto e impedir que los Aliados efectuasen rápidos avances. El Ejército 10 también fue reforzado con todas las unidades disponibles, como la 20.ª División terrestre de la *Luftwaffe*, la 356 de infantería y la 162 División del Turquestán.

Premiosa persecución aliada

Ya el día 1 de junio el mariscal Kesselring había ordenado a ambos Ejércitos que se retiraran combatiendo hasta la *Grün Linie*, o Línea Gótica como la llamaban los Aliados. Esta línea defensiva se extendía desde el mar de Liguria hasta el Adriático, a la altura de Pesaro, apoyándose en los abruptos Apeninos toscanos y en los pasos al norte de Florencia. Había sido delineada por Rommel en otoño de 1943 y ahora, ya en el verano siguiente, los ingenieros y la Organización Todt la habían fortificado sólidamente. Sin embargo, las fortificaciones no estarían dispuestas del todo antes del otoño, por lo que el Grupo de Ejércitos recibió la misión de aprovechar la retirada hacia el Norte para ganar el mayor tiempo posible.

Después de haber aprestado posiciones defensivas inmediatamente al norte y al noroeste de Roma, el Ejército 5 norteamericano reemprendió la ofensiva sobre un amplio frente. Pero parecía que los ataques se efectuaran siguiendo un rígido plan, puesto que los norteamericanos se encontraron en seguida en la imposibilidad de adecuar sus acciones a los frecuentes cambios de situación táctica.

En el flanco izquierdo, la ofensiva contra el Ejército 14 fue conducida por el Cuerpo de Ejército VI norteamericano, que comprendía las Divisiones 34 y 36 y la División Acorazada 1 norteamericana; esta última se subdividía en dos *Combat Command* A y B. El sector central lo mantenía el Cuerpo de Ejército II, con las Divisiones de infantería 85 y 88. A su derecha se encontraba la 6.ª División acorazada sudafricana, que formaba parte del Cuerpo de Ejército XIII del Ejército 8 británico, pero que había sido autorizada por el mando americano para pasar a través de Roma tras la ocupación de la ciudad. Las cuatro divisiones del Cuerpo Expedicionario francés estaban en reserva detrás del Ejército 5, y la División 78 detrás del Ejército 8 británico.

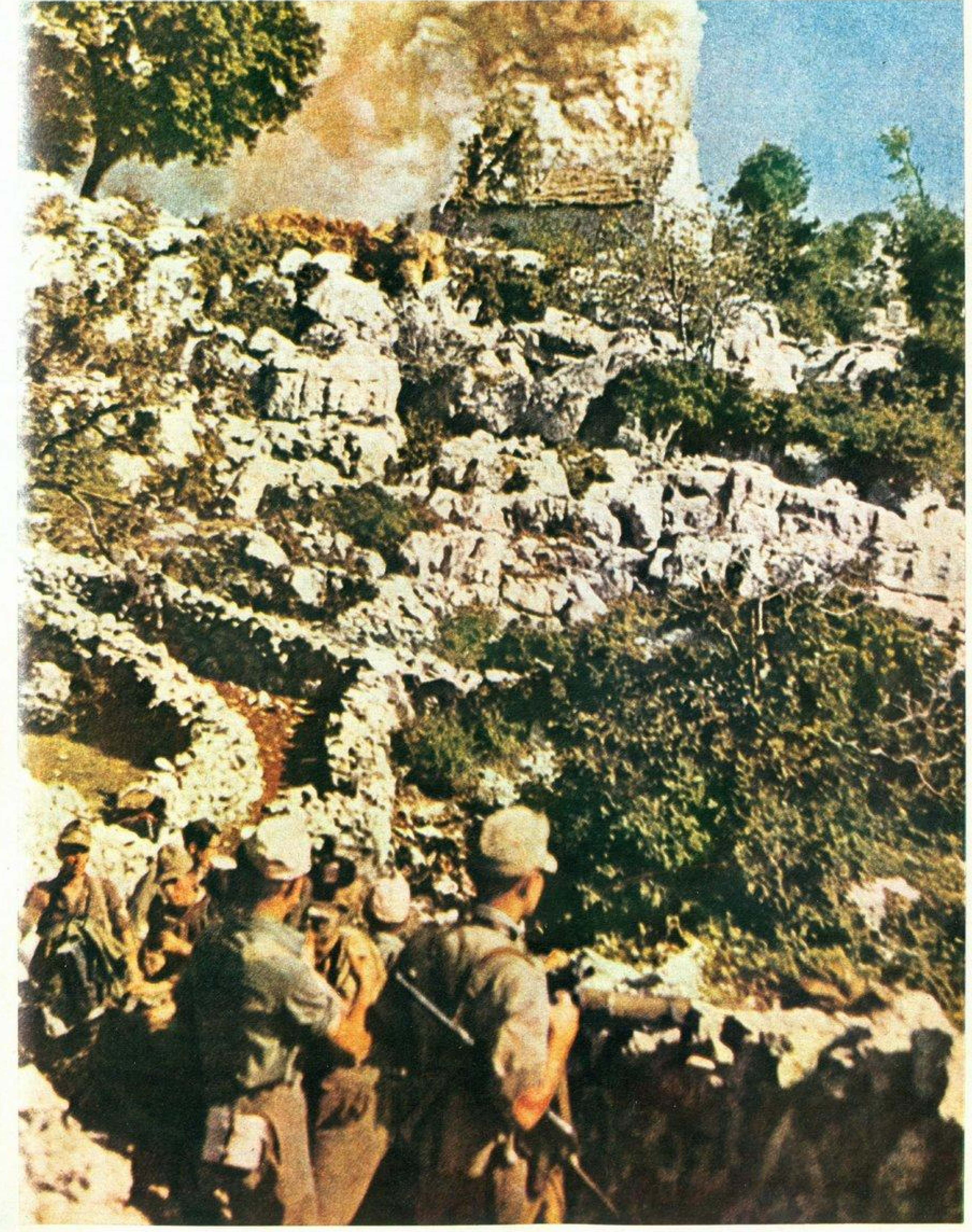
El esfuerzo defensivo del Ejército 14 alemán se basaba en numerosos grupos de defensa, constituidos por los supervivientes de las divisiones alemanas derrotadas. Mientras continuaba la ofensiva norteamericana, estas unidades empezaron a retirarse hacia las zonas situadas al este y al oeste del lago de Bracciano; antes habían estado encuadradas en el I Cuerpo de Ejército paracaidista, pero las unidades que se encontraban al oeste del lago estaban ahora agregadas a la División de infantería 92, bajo la denominación de Grupo Göritz. El 6 de junio, el general von Mackensen cedió el mando del Ejército 14 a su sucesor, el general Lemelsen.

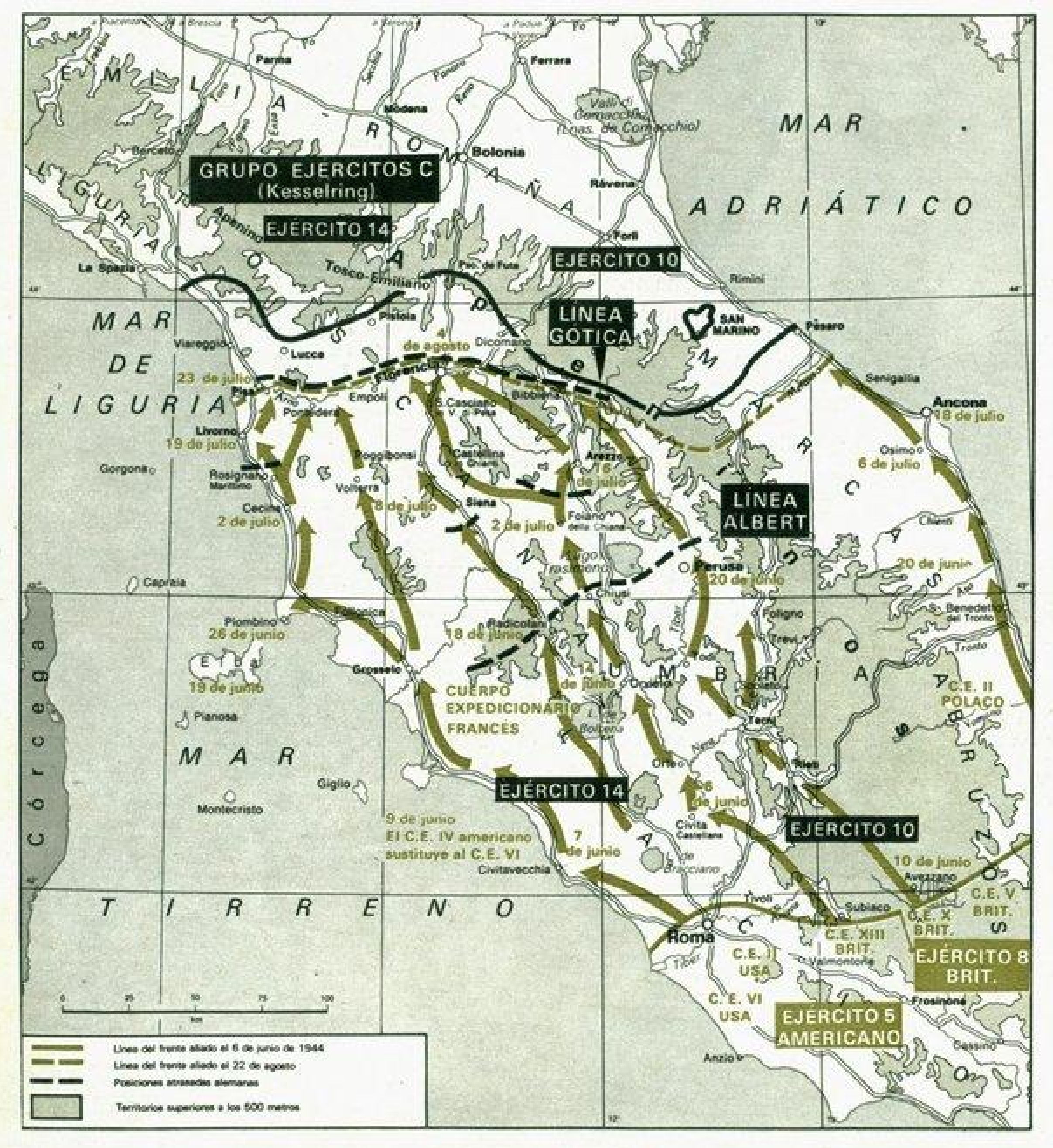
La mañana del 7 de junio, la División 24 americana ocupó Civitavecchia, y el día anterior la División acorazada 6 sudafricana había llegado a Civita Castellana, en una acción de sorpresa, rebasando las débiles defensas alemanas. Sin embargo, con los supervivientes de la 3.ª División *Panzergrenadier*, los alemanes lograron cerrar la brecha. Al mismo tiempo, la 20.ª División terrestre de la *Luftwaffe*, apenas llegada, acudió a reforzar el flanco derecho del Ejército 14; pero, como se trataba de una unidad formada por personal en excedencia, no tenía una gran capacidad combativa.

Como ulterior refuerzo, la División de infantería 162 del Turquestán llegó al sector derecho del Ejército 14 el 8 de junio, mientras la División de infantería 356, apenas llegó, fue situada como refuerzo del ala izquierda, gravemente amenazada. Se presentaban así los primeros síntomas de una estabilización del frente, favorecidos por el fracasado intento del general Clark de concentrar la ofensiva contra el punto de unión de los Ejércitos 10 y 14 a lo largo del Tíber, lo cual habría quebrantado el frente alemán para siempre.

Pero el general Clark, como ya hemos dicho, prefería atacar en un amplio frente y rechazar a los alemanes frontalmente, y en consecuencia actuaba con un despliegue de fuerzas que le impedía, a menudo, llevar a cabo la persecución. De esta forma, la noche del 7 de junio retiró el Cuerpo de Ejército II (Divisiones 85 y 88) y lo sustituyó con el Cuerpo Expedicionario francés. Al día siguiente retiró a su vez la División 34 del flanco izquierdo, con lo que la responsabilidad de este sector, además del que ya era de su competencia, se tuvo que confiar a la División 36. El día 9 de junio también retiró del frente la División Acorazada 1 americana, y el Cuerpo de Ejército IV tuvo que asumir la responsabilidad del sector ocupado por el Cuerpo de Ejército VI, cuyo mando se trasladó a Nápoles el 11 de junio.

Elementos retardadores alemanes descansando al abrigo de un muro de piedra, mientras al otro lado de la colina la artillería aliada realiza una intensa acción de fuego. Una vez más, en el curso de la ofensiva al norte de Roma, el abrupto terreno de los Apeninos y la hábil acción defensiva llevada a cabo por los alemanes lograron retardar notablemente el avance aliado. (History of the Second World War)





A consecuencia de la orden cursada por Alexander el día 7 de junio de 1944, los Aliados reemprendieron la ofensiva en Italia: el Ejército 8 británico debía atacar en dirección a Arezzo-Florencia, mientras el Ejército 5 norteamericano ocuparía Pisa, Lucca y Pistoia. En el curso de la retirada, los alemanes fueron perseguidos muy de cerca por las tropas aliadas, pero lograron escapar al cerco. Entre el 20 y el 23 de junio desplegaron en la Línea Albert; pero, después de la ruptura lograda por el Cuerpo de Ejército XII, el 28 de junio, la posición se hizo insostenible. En su avance hacia el Norte, el Ejército 5 alcanzó el Arno hacia el 20 de julio, y el 4 de agosto el Cuerpo de Ejército XIII ocupó posiciones en la orilla sur del río; ese día las vanguardias de la División Acorazada 6 penetraban en Florencia.

Y antes de efectuar todos estos cambios, Clark había tenido que restituir al Ejército 8 británico las Divisiones 1 y 5, cedidas durante los combates por las cabezas de desembarco de Anzio y Nettuno.

El Mando aliado en dificultades

Inevitablemente, esta drástica e imprevista reducción de las fuerzas del Ejército 5 puso en crisis al Mando aliado en Italia y además disminuyó su entusiasmo. A pesar de ello, el 7 de junio, el *Feldmariscal* Alexander ordenó al Ejército 8 británico que intensificase sus ataques y alcanzase la zona de Arezzo-Firenze lo más rápidamente posible; al mismo tiempo ordenó al Ejército 5 norteamericano que ocupase Pisa, Lucca y Pistoia.

De esta forma ambos Ejércitos aliados tenían objetivos concretos; pero la situación de la que acabamos de hablar y sus consecuencias indirectas proporcionaron a los alemanes el tiempo suficiente para reforzar su frente.

Un factor importante que potenció al Ejército 14 alemán fue la llegada de las expertas divisiones del XIV *Panzerkorps*, procedentes del sector del Ejército 10. El 11 de junio se asignó a la 26.ª *Panzerdivision* la misión defensiva al este del lago de Bolsena, mientras la 90.ª División *Panzergrenadier* operaba al oeste. El 14 de junio, el mando del XIV *Panzerkorps* asumió las funciones en el sector costero de la zona del Ejército 14. Sin embargo, al comienzo, las únicas tropas disponibles eran la 20.ª División de campaña de la *Luftwaffe*, la División 162 del Turquestán y la 90.ª *Panzergrenadier*. En el flanco izquierdo, el mando operativo lo tenía aún el I Cuerpo de Ejército paracaidista.

Durante este período, al Ejército 14 se le asignó una división con gran experiencia en el combate, la 29.ª *Panzergrenadier*, que desplegó al oeste de la División Acorazada 26.

Para el Ejército 14 había acabado la fase peor, y las divisiones que se habían visto sometidas a más duras pruebas, como la 65 y la 362 de infantería, pudieron ser aliviadas en sus misiones de primera línea. Pero, a pesar de que se había iniciado la retirada de tropas aliadas para la Operación «Anvil», las que se enfrentaban con los alemanes eran todavía considerables y contaban con muy buenas divisiones.

Las fuerzas del despliegue alemán, si se añaden a las tres divisiones del XIV *Panzerkorps* las cuatro del I Cuerpo de Ejército paracaidista y la 3.ª División *Panzergrenadier* como reserva, sumaban ocho divisiones. Pero cada una de ellas sólo disponía de fuerzas de infantería que, como máximo, llegaban a la entidad de un regimiento de tres batallones, con escaso apoyo de carros de combate y de artillería.

No debe, pues, extrañar que se produjeran unas situaciones bastante críticas durante la retirada del Ejército 14, como por ejemplo, los días 10 y 11 de junio. Al este del lago Bolsena, la División Motorizada 1 francesa y la División Acorazada 6 sudafricana, del Cuerpo de Ejército XIII bitánico, después de haber logrado una ruptura de la línea defensiva denominada Línea D, empezaron a avanzar en dirección a Orvieto. Éste era un sector particularmente importante para el Ejército 14, porque el puente sobre el Tíber era de vital importancia para la llegada de refuerzos.

Al precio de onerosas bajas, los alemanes lograron impedir que las dos divisiones aliadas alcanzaran Orvieto, ciudad que, sin embargo tuvo que ser evacuada el 14 de junio.

Pero la situación en el flanco occidental continuaba siendo crítica y, después del 19 de junio, empeoró cuando las tropas francesas se apoderaron de la isla de Elba tras dos días de combate. Mientras tanto, el Cuerpo de Ejército IV norteamericano había ocupado Grosseto y el Cuerpo Expedicionario francés se lanzó al norte del lago de Bolsena; el 18 de junio las tropas del general Juin llegaron a Radicofani.

Pese a todas las dificultades, el Ejército 14 se esforzó para mantener un frente sólido y romper el contacto metódicamente con el enemigo. Cuando, entre el 20 y el 23 de junio, la línea defensiva denominada Línea Albert fue alcanzada al este y al oeste del lago Trasimero, el frente se había reforzado con miras a una perdurable acción defensiva en dicha línea. De esta forma pareció posible atenerse a las órdenes de Hitler de abandonar la guerra de movimiento y volver a una estrategia basada en una defensa tenaz.

Una lograda maniobra de ruptura de contacto

Haber llegado a la Línea Albert sin graves dificultades significaba que se había evitado el peligro de que el Grupo de Ejércitos C quedase dividido. No obstante, si los Aliados se apoderaban de los puentes de cruce del Tíber y se lanzaban hacia Foligno y Perugia, el Ejército 10 sería inevitablemente aniquilado.

En previsión de este riesgo, el día 1 de junio el XIV *Panzerkorps* recibió la orden de proteger el flanco derecho del citado Ejército 10, en las cercanías de Tívoli, al este de Roma.

En este momento, la batalla por la capital italiana estaba en su punto culminante y el Ejército 10 se encontraba en una posición extremadamente crítica. Desplegado al norte de Frosinone, se hallaba en posición netamente avanzada respecto al Ejército 14, y cuando los franceses ocuparon Colleferro y el Cuerpo de Ejército VI americano Valmontone, ya no estuvo en condiciones de servirse de la Casilina, la carretera nacional que unía Frosinone con la capital. Sólo quedaban dos carreteras de montaña para ser utilizadas en su retirada, una a través de Subiaco y la otra a través de San Vito. Por estas dos carreteras, estrechas, llenas de curvas y privadas de zonas protegidas, deberían replegarse siete divisiones con todos los mandos y las unidades de servicios de Ejército y las de la artillería antiaérea.

La consecuencia inevitable fue una serie de incidentes y de retrasos, y, por lo tanto, de graves pérdidas en camiones y en artillería. Pese a ello, las unidades alemanas lograron escapar de la bolsa de Frosinone y salvarse de un seguro aniquilamiento. Después de la evacuación de Tívoli, donde la 1.ª División paracaidista tuvo que rechazar violentos ataques, se había iniciado una especie de carrera de velocidad con las divisiones aliadas. El primer objetivo era bloquear la carretera que llevaba a Rieti y a Terni, hasta que las unidades en marcha del XIV *Panzerkorps* hubieran alcanzado su destino, que era Orte y Orvieto. Dicha unidad había logrado rechazar repetidos

ataques del Cuerpo de Ejército XIII británico y llevar a término su audaz operación de acuerdo con los planes. El 8 de junio, la División Acorazada 26 llegó a los puentes sobre el Tiber, en la Orte, y al día siguiente unidades avanzadas de la 90.ª *Panzergrenadier* alcanzaron Orvieto.

El XIV *Panzerkorps* ganó asimismo la carrera contra el Cuerpo de Ejércitos XIII británico, aunque en algunos momentos sólo llevó una ventaja de pocas horas. Pese a sus temores, los alemanes lograron impedir que los ingleses cruzaran el Tiber en algunos puntos importantes y, al mismo tiempo, restablecieron el enlace entre los Ejércitos 10 y 24. Aunque los ingleses, aprovechando el éxito del Ejército 5 norteamericano, hicieron rápidos progresos por el flanco izquierdo del Ejército 8, el resto de esta unidad avanzó más bien lentamente en la persecución. Por lo tanto, el Cuerpo de Ejército X británico, desplegado en el sector central del frente del Ejército 8, no llegó hasta el 10 de junio a Avezzano, antigua sede del Mando del Ejército 10 alemán durante la batalla de Cassino.

El mismo Cuerpo de Ejército continuó persiguiendo a las unidades del LXXVI *Panzerkorps*, que se estaban retirando rápidamente, para conquistar Rieti y Terni. Llegó a la altura del Cuerpo de Ejército XIII británico y se lanzó hacia Perugia. Al norte de Todi halló una imprevista resistencia por parte de los alemanes, pero pese a ello logró asegurarse una serie de éxitos por el flanco derecho, donde operaba la División 8 india; luego ocupó Spoleto y Trevi y se lanzó al Norte, más allá de Foligno. Los esfuerzos del Cuerpo de Ejército X se vieron coronados por el éxito el 20 de junio, cuando conquistó Perugia, acción que le llevó junto a la Línea Albert, a la que los alemanes habían decidido defender tenazmente.

En el flanco izquierdo del Ejército 10 alemán, donde el *Korpsgruppe Hauck* dominaba el sector costero adriático, la retirada se inició el 7 de junio y la División de infantería 278, apenas llegada, fue lanzada a la lucha a medida que continuaba la retirada. La ofensiva aliada fue inicialmente conducida por la División 1 canadiense y por la División 8 india del Cuerpo de Ejército V británico, que se había puesto a las órdenes directas del mando del Grupo de Ejércitos XV.

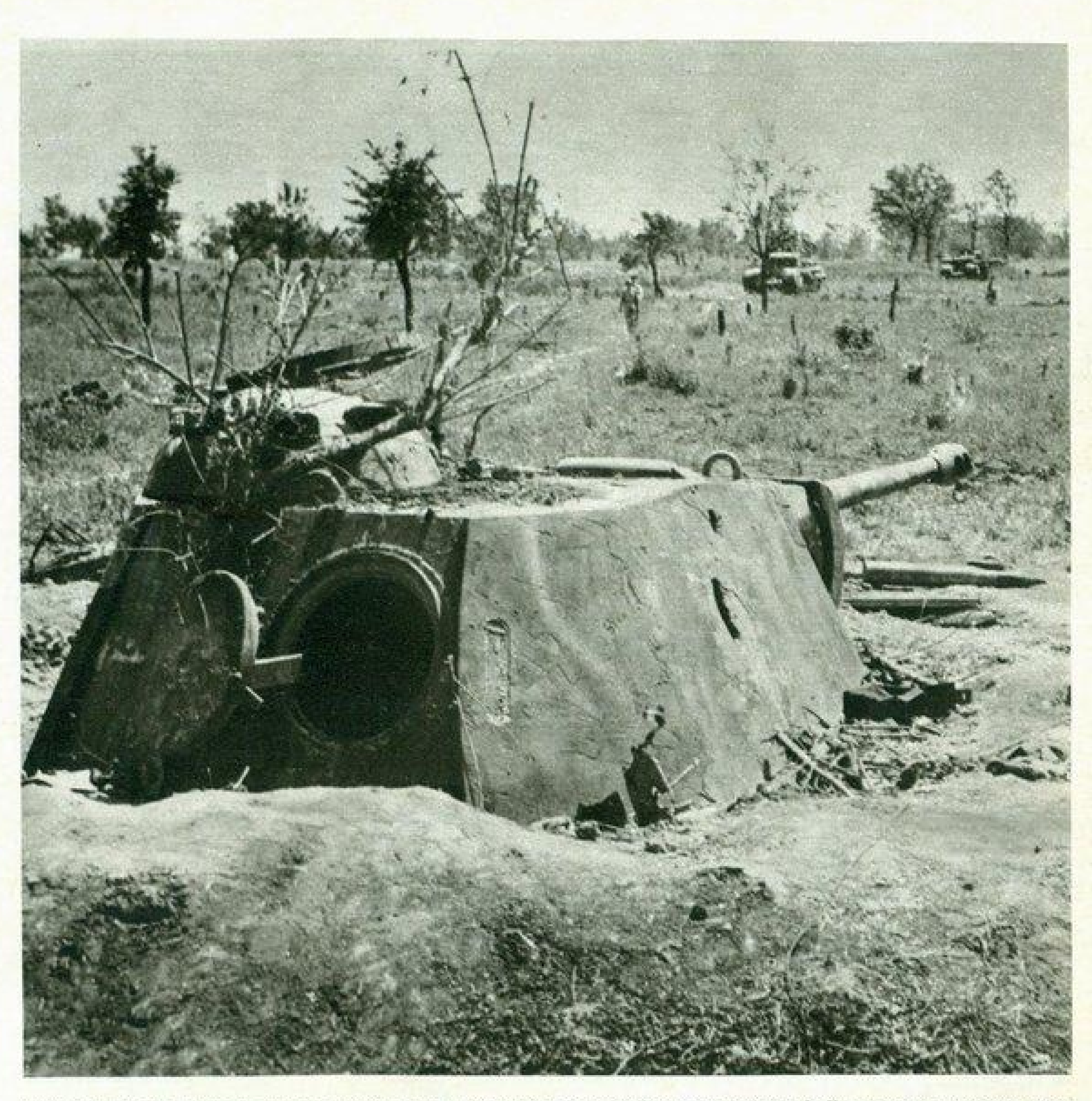
El 17 de junio, el Cuerpo de Ejército II polaco sustituyó en el sector adriático al Cuerpo de Ejército V, cuyo Estado Mayor había sido enviado a Campobasso. Los polacos avanzaron rápidamente por la costa y el 20 de junio alcanzaron el río Aso. Sin embargo, cerca del Chienti, encontraron una obstinada resistencia; y aunque frenó por un momento su ofensiva, el 6 de julio lograron ocupar Osimo, 15 km al sur del gran puerto de Ancona, y el 18, tras encarnizados combates, se adueñaron de dicha ciudad.

Desde allí los polacos avanzaron nuevamente hacia el Noroeste y ocuparon Senigallia, en la costa. Pero la llegada de la División de infantería 71 alemana y de la 1.ª División paracaidista retrasó notablemente su marcha; pero aun así, el 22 de agosto llegaron a las orillas del Metauro.

Por su parte, el flanco izquierdo del Ejército 8 británico debía enfrentarse todavía con numerosas dificultades antes de ponerse en contacto con esta línea. A mediados de junio, el Cuerpo de Ejército XIII se enfrentaba con la Línea Albert, al suroeste del lago Trasimeno. Su primer objetivo era Arezzo, importante nudo ferroviario en el Arno superior. A su derecha, el Cuerpo de Ejército X había avanzado ya hasta la altura de Perugia.

El hundimiento de la Línea Albert

La defensa de la Línea Albert, a ambos lados del Trasimeno se confió al LXXVI *Panzerkorps* del Ejército 10, que comprendía, entre otras unidades, la 1.ª División paracaidista, la División de infantería 334 y la División acorazada paracaidista *Herman Goering*. Al oeste de dicho punto desplegaba el Ejército 14:

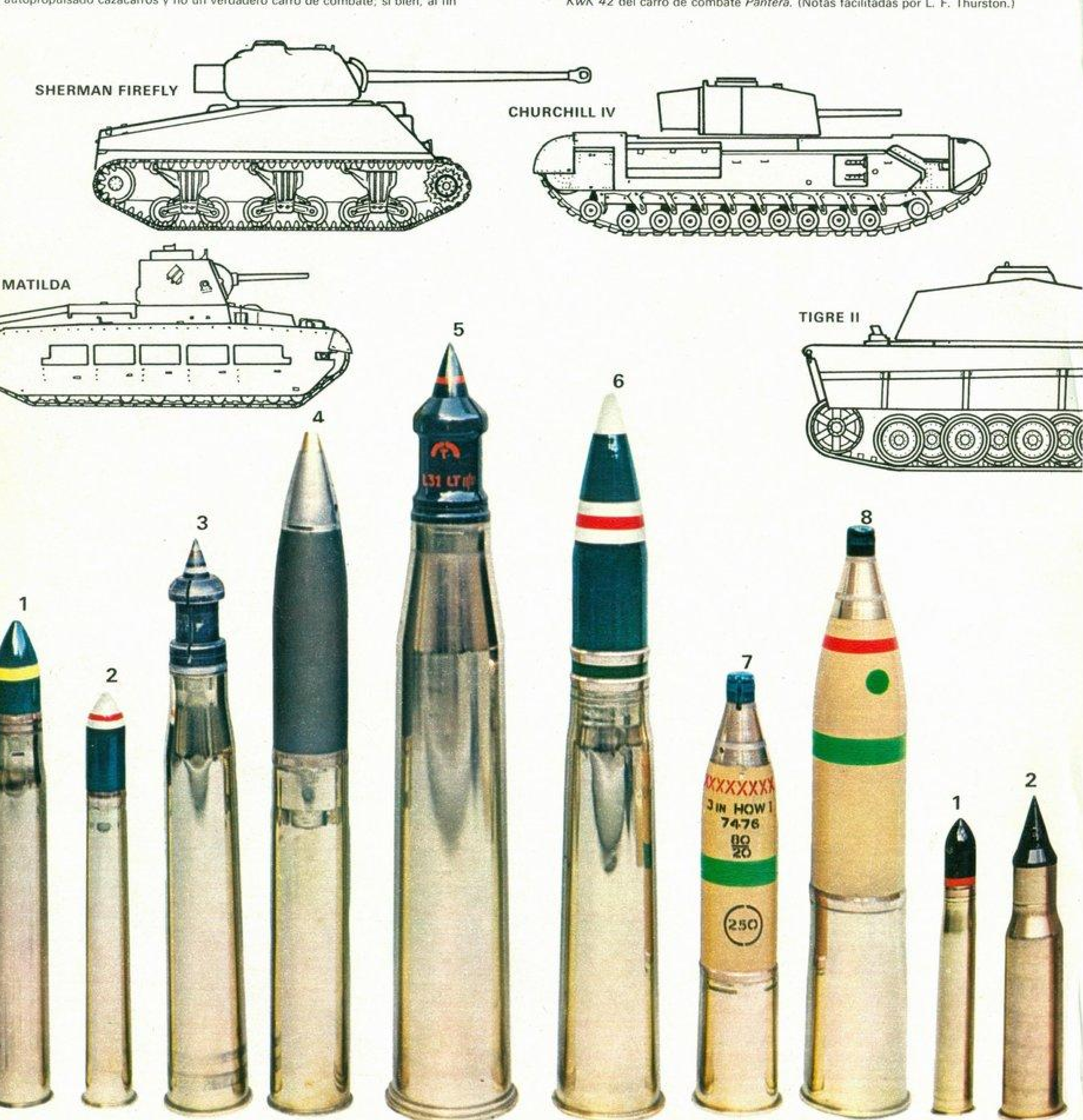


Arriba: torreta de carro de combate empleada para construir una posición contracarros en la llanura entre Aquino y Pontecorvo. Al fondo se divisan algunos carros de combate aliados que han sido inmovilizados por el fuego de la posición. Abajo: carro de combate perteneciente a la División Acorazada 6 sudafricana pasa al lado de un vehículo semioruga acorazado alemán, averiado y abandonado por las tropas en retirada. *(History of the Second World War)*



LA POTENCIA DE FUEGO DE LOS CARROS DE COMBATE

Se ha escrito mucho sobre el aumento de la potencia de fuego de los carros de combate en el transcurso de la guerra; pero al hombre de la calle el dato del calibre le dice muy poco. Observando los dos grupos de municiones representados en este grabado se puede tener una idea del rápido desarrollo experimentado por los proyectiles y por las cargas de proyección. Representan toda la gama de la artillería en servicio sobre carros de combate británicos y alemanes.
En general, comparados tipo a tipo, los cañones alemanes eran superiores a los de los carros de combate aliados, pero esta superioridad desapareció con la aparición del cañón inglés de 17 libras (76 mm), que estuvo en condiciones de combatir, en plan de igualdad, con el *Pantera* y el *Tigre I*. El cañón de 17 libras no tenía la misma potencia del de 88 mm *KwK 43* del *Tigre II* y del poderoso cañón de 128 mm del *Jagdtiger*. Este último era un cañón, autopropulsado cazacarros y no un verdadero carro de combate; si bien, al fin de la guerra, en Alemania se estaba fabricando un carro que había adoptado la misma boca de fuego. El disparo completo de este cañón era demasiado pesado para manejarse bajo la forma de cartucho proyectil, por lo que éste iba separado de la vaina y las dos partes se introducían separadamente en la recámara.
Tan sólo el proyectil perforante pesaba unos 28,5 kg, es decir 42 veces el peso del proyectil de 37 mm disparado por el cañón de los primeros carros de combate *Mk III*. Para las acciones de apoyo próximo, algunos carros británicos fueron armados al principio con un obús de 76 mm y luego con otro más potente, de 95 mm. El cañón de 77 mm era una versión corta del de 17 libras, construido para poder colocarse en los carros de combate en los que no cabía el cierre del de 17 libras a causa de su mayor longitud. En las dimensiones reales, el cartucho del de 17 libras (de 58 cm de largo) era unos 5 cm más corto que el de 75 mm *KwK 42* del carro de combate *Pantera*. (Notas facilitadas por L. F. Thurston.)





MUNICIONES DE LOS CARROS DE COMBATE BRITÁNICOS

1. De 47 mm, inerte, para prácticas de carga *(Cruiser A-9)*.

2. Perforante de 37 mm (*Tetrarch, Crusader I y II, Matilda*).

3. Perforante *Sabot* de 6 libras (57 mm). Este era un proyectil con elevada velocidad inicial, peso limitado y núcleo central muy resistente de acero al tungsteno. Este núcleo está revestido con un falso proyectil de acero dulce, de calibre inferior al de la boca de fuego, que guía y protege al núcleo en la acción perforante. A su vez, el falso proyectil está revestido por un zócalo del mismo diámetro de la boca de fuego, dividido longitudinalmente en tres partes y que a la salida de la boca del cañón se desprenden por efecto de la fuerza centrífuga. La disminución de la masa hace aumentar la velocidad del proyectil (*Cromwell I y III, Centauro I, Valentine VIII y IX*).

4. Alto explosivo de 75 mm (*Cromwell IV y VII, Centauro III y Churchill IV*)

5. Perforante *Sabot* de 17 libras (76 mm) (*Challenger, Firefly, Archer* de 17 libras).

6. Perforante de 77 mm (*Comet*).

7. Alto explosivo para obús de 76 mm (Churchill *I, III y IV, Crusader* y todos los carros de combate para apoyo próximo.)

8. Alto explosivo para obús de 95 mm (*Cromwell VI y VIII, Centauro IV, Churchill V y VIII*).

MUNICIONES DE CARROS DE COMBATE ALEMANES

1. Perforante de 37 mm *KwK* (*) *(Mk III)*.

2. Perforante de 50 mm *KwK* corto *(Mk III)*.

3. Alto explosivo de 50 mm *KwK 39* largo *(Mk III)*.

4. Alto explosivo de 75 mm *KwK* corto *(Mk III y IV)*.

5. Alto explosivo de 75 mm *KwK 40* *(Mk IV)*.

6. Perforante de 75 mm *KwK 42* *(Pantera)*.

7. Alto explosivo de 88 mm *KwK 36* *(Tigre I)*.

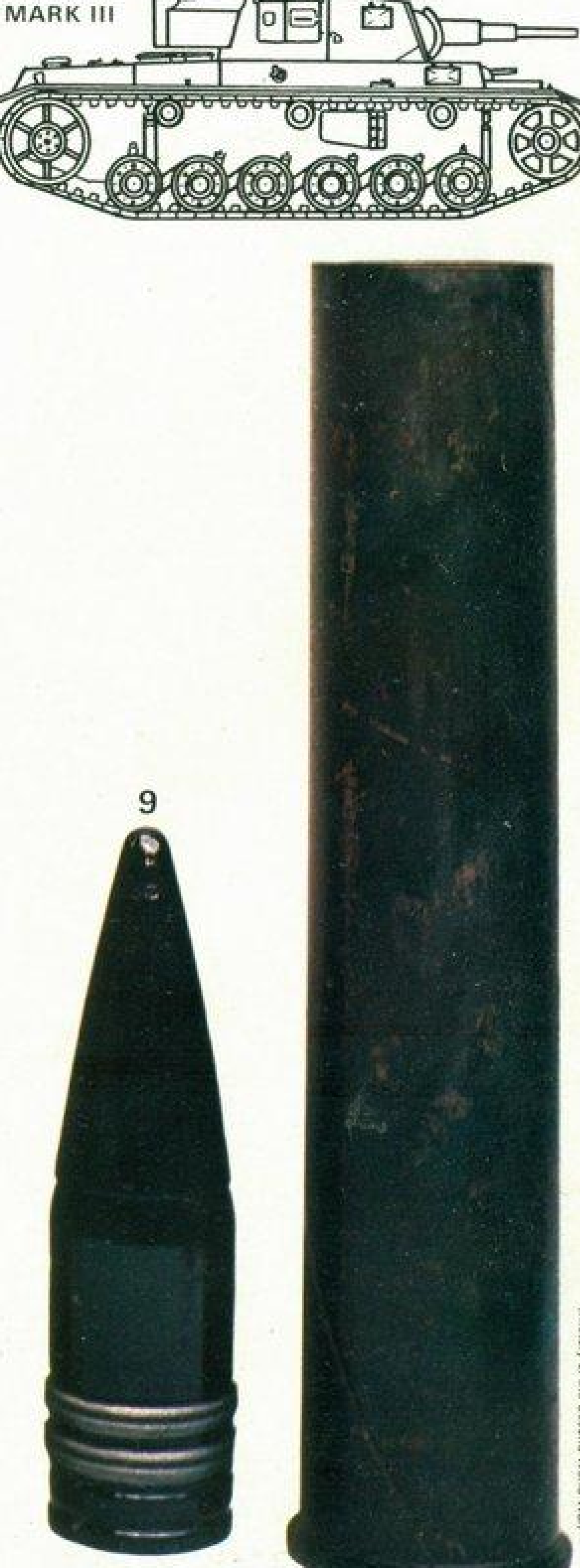
8. Alto explosivo de 88 mm *KwK* *(Tigre II)*.

9. Perforante de 128 mm *PAK 44*, proyectil y vaina *(Jagdtiger)*.

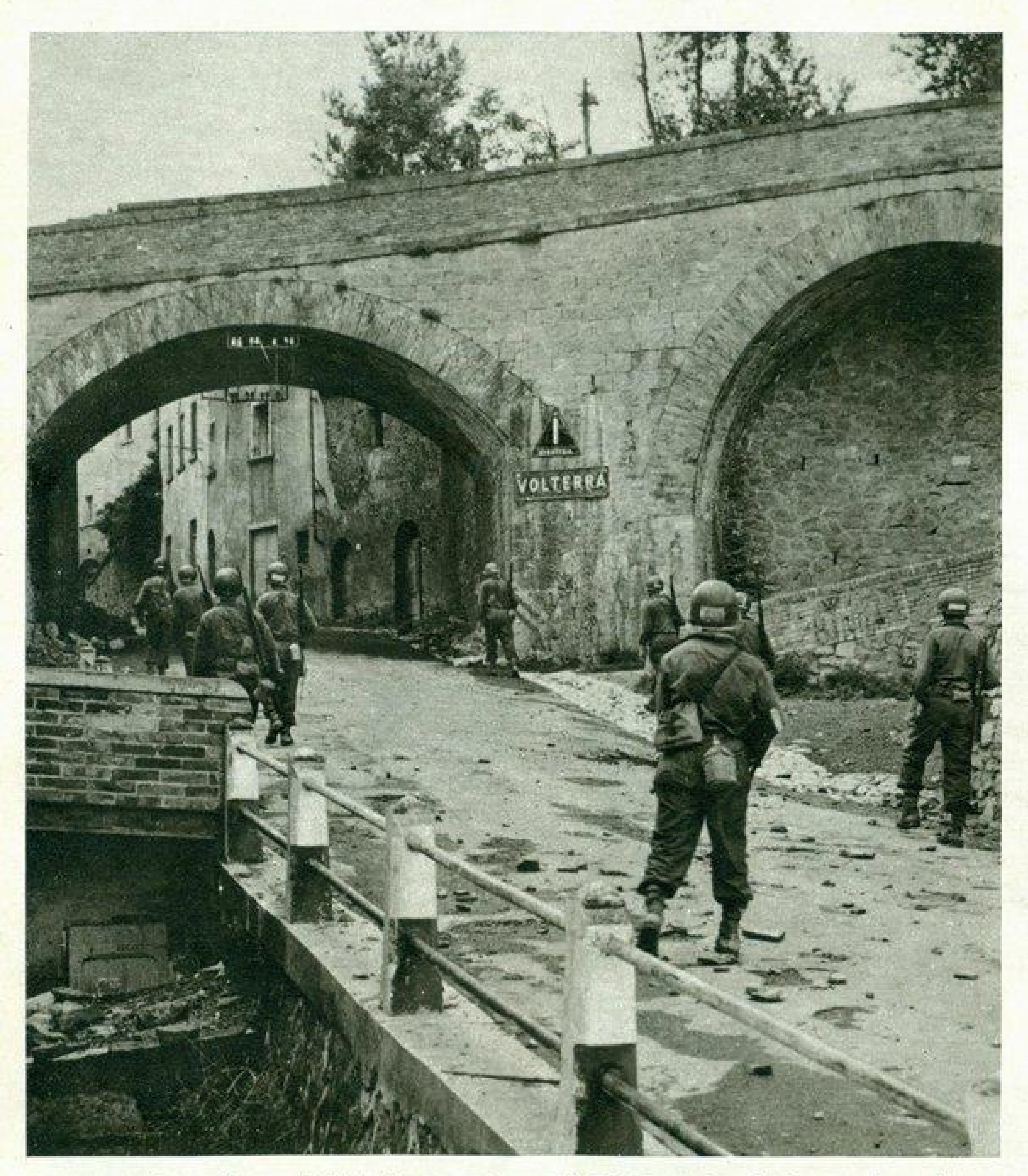
(*)KwK = *Kampfwagenkanone*, cañón para carro armado.

JAGDTIGER

3 4 5 6 7 8



(History of the Second World War)



Fuerzas pertenecientes al Cuerpo de Ejército V norteamericano a las puertas de la ciudad de Volterra, conquistada el 8 de julio de 1944. *(Archivo Rizzoli)*

- en su flanco izquierdo había tomado posiciones el Cuerpo de Ejércitos I paracaidista (División de infantería 356, la 4.ª paracaidista, la Acorazada 26 y la 29.ª *Panzergrenadier*).
- en el centro, el XIV *Panzerkorps* (90.ª División *Panzergrenadier*, 20.ª División terrestre de la *Luftwaffe*, la 3.ª *Panzergrenadier* y la División 162 del Turquestán);
- en el flanco derecho la División 1.ª de Artillería antiaérea, a las órdenes del Cuerpo de Ejército LXXV, responsable de la defensa costera.

El *Feldmariscal* Alexander todavía proyectaba continuar su ofensiva con el núcleo principal de sus fuerzas sobre el flanco izquierdo del Ejército 8, para poder llegar a Florencia lo más rápidamente posible, rebasar la Línea Gótica al Norte y avanzar sobre Bolonia.

El 20 de junio, el Cuerpo de Ejército XIII británico inició el ataque contra la Línea Albert, al suroeste del lago Trasimeno, por ambos lados de Chiusi. La División 78 desplegaba en el flanco derecho, la División Acorazada 6 sudafricana en el flanco izquierdo, con la División 4 británica y la Brigada acorazada canadiense de reserva. Los duros combates que se entablaron, especialmente entre Chiusi y el lago, indujeron al mando británico a hacer entrar en línea a ambas unidades de reserva; y entonces el LXXVI *Panzerkorps* sólo logró detener al enemigo por breve tiempo.

El 28 de junio los Aliados rompieron el frente alemán y el 2 de julio ocuparon Foiano della Chiana, al noroeste del lago, abriéndose camino hacia Arezzo: el Cuerpo de Ejército XIII había completado el derrumbamiento de la Línea Albert. En consecuencia, esta línea se hizo insostenible para el Ejército 14 alemán, sobre todo al Oeste, y más aún cuando el Ejército 5 norteamericano empezó a avanzar hacia el Noroeste. El 21 de junio, la División 36 norteamericana, en el flanco izquierdo del Ejército 8, había llegado a unos 12 km al norte de Grosseto, con la División Acorazada 1 americana, la 3.ª de infantería argelina y la 2.ª de infantería marroquí casi en la misma línea. El Cuerpo de Ejército IV norteamericano tenía como objetivos inmediatos Piombino, Cecina y Volterra, mientras el Cuerpo Expedicionario francés debía ocupar Siena y Poggibonsi.

El 23 de junio la División 36 norteamericana avanzó por la costa contra el LXXV *Panzerkorps*, el sector de Follonica, y el 26 se apoderó de Piombino. Después de esta acción la división fue retirada del frente y enviada a Nápoles para participar en la Operación «Anvil». La División 34, que la sustituyó, continuó atacando y llegó al río Cecina el mismo día. Al día siguiente entró en dicha localidad, pese a la tenaz resistencia puesta por la 16.ª *Panzergrenadier SS*, y el 2 de julio completó la posesión de la misma. Mientras tanto, la División Acorazada 1 norteamericana avanzaba hacia Volterra.

También el Cuerpo Expedicionario francés estaba realizando ligeros progresos. El 21 de junio lanzó una ofensiva contra las posiciones de la 4.ª División paracaidista alemana y de la División de infantería 356, por parte de la División 2 de infantería marroquí (flanco izquierdo) y de la División 3 de infantería argelina (flanco derecho) en el sector de Orcia, lo que obligó a las fuerzas germanas a retroceder hacia el Noroeste. El 3 de julio los argelinos ocuparon Siena, siendo luego enviados a Nápoles para la Operación «Anvil».

Mientras tanto, el Cuerpo de Ejército XIII británico estaba preparando una nueva ofensiva con el fin de ocupar Arezzo y lanzarse hacia Florencia. Para esta operación dispondría de la División 4 británica, de la División Acorazada 6, de la División Acorazada 6 sudafricana y de las Divisiones 8 y 10 indias. A éstas se les había agregado también la División 2 neozelandesa, procedente del valle del Liri. El 15 de julio, el Cuerpo de Ejército XIII lanzó su ofensiva en dirección a Arezzo, defendida por el LXXVI *Panzerkorps*. La ciudad, que era un importante nudo ferroviario, cayó al segundo día, despues de haber sido cercada por el Oeste. El Cuerpo de Ejército X británico, reforzado por la División 4 india, tomó parte en la operación a ambos lados de la carretera nacional n. 71, en dirección a Bibbiena.

El 16 de julio, el Cuerpo de Ejército XIII, en marcha hacia Florencia, llegó cerca de las tropas alemanas en retirada, cuya resistencia aumentaba en el tramo medio del Arno. En los días que siguieron, los ingleses ampliaron mucho el frente de su ataque hacia el Oeste, donde las restantes unidades del Cuerpo Expedicionario francés habían sido retiradas para ser destinadas a la Operación «Anvil»; su sector fue ocupado por la División 8 india y por la División 2 neozelandesa, que formaba parte del Cuerpo de Ejército XIII. Ambas divisiones tomaron parte en la ofensiva contra Florencia el 22 de julio. Los neozelandeses, pese a la tenaz resistencia opuesta por los paracaidistas alemanes realizaron progresos y avanzaron a través de Castellina y Chianti, en dirección a San Casciano. Los sudafricanos, a su derecha, y los hindúes a la izquierda, ganaron también terreno, y la 29.ª División *Panzergrenadier*, que se había reservado para el contraataque, no logró detener al enemigo.

Inexorablemente, el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército XIII se adelantó hacia Florencia, a ambos lados de la vía Vassia. La noche del 3 de agosto, el núcleo principal de las fuerzas alemanas atravesó el bajo Arno y ocupó nuevas posiciones en la orilla septentrional. Al día siguiente las fuerzas hindúes y las neozelandesas llegaron a la orilla meridional del río, entre Florencia y Empoli, y en el curso de la misma jornada, las vanguardias de la División Acorazada 6 sudafricana penetraron en los suburbios meridionales de la ciudad. En consideración a sus tesoros artísticos y culturales el *Feldmariscal* Kesselring ya la había declarado ciudad abierta.

Después de haber ocupado Cecina, el Ejército 5 norteamericano seguía de cerca a los alemanes. El 4 de julio la División 34 norteamericana ocupó Rosignano Marittimo, en su flanco izquierdo, pese a la encarnizada resistencia de la 16.ª *Panzergrenadier SS*. A su derecha, la División 91, recién llegada de Estados Unidos, se alineó en el frente del Cuerpo de Ejército IV.

Ocupado el puerto de Livorno, punto vital para recibir abastecimientos, el 19 de julio la División 34 llegó a la desembocadura del Arno y cuatro días después a la ciudad de Pisa. En aquel momento la División 91 norteamericana había alcanzado ya el norte de Pontedera, en el Arno, mientras, más al Este, también la División 88 llegaba al río.

Las tropas alemanas, por su parte, demostraron ser capaces de efectuar la retirada de Roma a la Línea Gótica sin sufrir una derrota irreparable. Pero, antes de tomar posiciones para combatir en dicha línea, habían sufrido graves pérdidas y, por consiguiente, estaban escasas de hombres y de material. La noche del 26 de agosto comenzó el ataque en el sector adriático.

Italia, agosto-septiembre de 1944

DETENCION EN LA LINEA GOTICA

Douglas Orgill



(History of the Second World War)

Kesselring había prometido a Hitler que el avance aliado en Italia sería detenido en el Apenino: y el cumplimiento de su promesa se vio generosamente facilitado por los procedimientos tácticos que adoptó la sección de operaciones aliada, todavía obsesionada por la idea de un rápido ataque contra la Línea Gótica, seguido de una ruptura llevada a cabo por fuerzas acorazadas. Al principio, las esperanzas aliadas parecieron tener una clara justificación y el Ejército 8 atacó con éxito la principal línea defensiva alemana. Pero poco después se hizo evidente el desequilibrio que existía en el conjunto de las fuerzas empeñadas: una extraordinaria cantidad de medios acorazados en relación con una infantería demasiado escasa.



dientes, cursadas por el OKW, preveían 30 torretas de carros de combate, con cañones de 88 mm, montadas sobre una base de acero o de hormigón; 100 refugios acorazados *Todt*, extensos campos minados y la creación de una zona sembrada de obstáculos, de una profundidad de unos 16 km.

La línea defensiva se extendía a lo largo de más de 320 km: partiendo del valle del río Magra, al sur de La Spezia, se replegaba hacia el sureste a través de los Alpes Apuanos y continuaba en una serie de reductos que protegían los diversos pasos de los Apeninos, para terminar en el valle del Foglia y llegar a la costa adriática, entre Pesaro y Cattolica.

A fines de agosto se informó a Kesselring de los considerables progresos alcanzados. Ya estaban dispuestas 2376 posiciones para ametralladoras, más de 479 cañones contracarros, morteros y cañones autopropulsados, 120.000 metros de hilo de espino y decenas de kilómetros de fosos contracarros. Las defensas en el sector adriático, donde se habían aprovechado sabiamente los relieves para poner una barrera a cualquier posible avance, se consideraban especialmente fuertes y muy difícil de franquear.

La fuerza principal de los Aliados la constituían los medios acorazados; pero la naturaleza del terreno y las posibilidades que ésta proporcionaba para la defensa pusieron a los carros de combate aliados en condiciones de no poder atacar, condiciones que se prolongaron hasta la primavera siguiente.

Al lado: sirvientes de una ametralladora, pertenecientes a la División 4 india, en el curso de las acciones por la conquista de Tavoleto. El importante reducto alemán cayó en manos aliadas la noche del 1 de septiembre de 1944, después de un encarnizado combate, que costó gravísimas pérdidas, sostenido por hombres pertenecientes al 27/7.° *Gurkha*. En la fotografía interior: cañón antiaéreo *Bofors*, de 40 mm, que figuraba en la dotación de las tropas sudafricanas, en acción de apoyo terrestre a la infantería que se dirige al ataque. *(Imperial War Museum-Paul Popper)*

En agosto de 1944, los Ejércitos aliados en Italia se detuvieron frente a la Línea Gótica. Para las fuerzas aliadas que se habían abierto camino a lo largo de la península italiana, aquella línea parecía una de las numerosas posiciones retardadoras alemanas, que tanta sangre y tantos esfuerzos les habían costado el año anterior. El Mando alemán, sin embargo, la consideraba de manera distinta.

Hitler se sentía inquieto en todo lo que concernía a la campaña de Italia. La decisión inicial de invadir la península tras la caída de Mussolini, en 1943, la había dictado en parte la convicción de que aquélla podía servir a los Aliados como trampolín para una invasión de los Balcanes. Ahora, después de un verano de febriles repliegues al norte de Roma, había añadido a sus convicciones estratégicas un temor casi patológico por la pérdida de terreno. Además, el atentado perpetrado contra su persona, el 20 de julio de 1944, había agravado la situación y desde aquel día el *Führer* se mostraba muy suspicaz ante los comandantes que sugerían cualquier repliegue.

A principios de julio, Kesselring había sido convocado al Mando supremo de Hitler para informar sobre la necesidad de evitar toda retirada posterior, y pasó por momentos muy embarazosos para convencer a Hitler de que «retardaría sensiblemente el avance aliado para detenerlo luego en el Apenino». Durante las conversaciones, el *Führer* había aceptado el repliegue hasta el sur de Florencia; pero Kesselring se daba cuenta de que le había hecho una promesa que debía ser mantenida.

Los proyectos y los trabajos de la línea defensiva habían comenzado un año antes; no obstante, al comienzo del verano, los traslados hacia el Sur de mano de obra y de material sufrieron considerables retrasos. Las órdenes correspon-



Un desequilibrio fundamental

La enorme concentración de fuerzas acorazadas aliadas fue uno de los tantos desequilibrios que comenzaron a pesar sobre los Ejércitos del general Alexander. En efecto, en aquella fase la política militar de los Aliados daba al general inglés más preocupaciones que las que le pudiera dar el propio Kesselring.

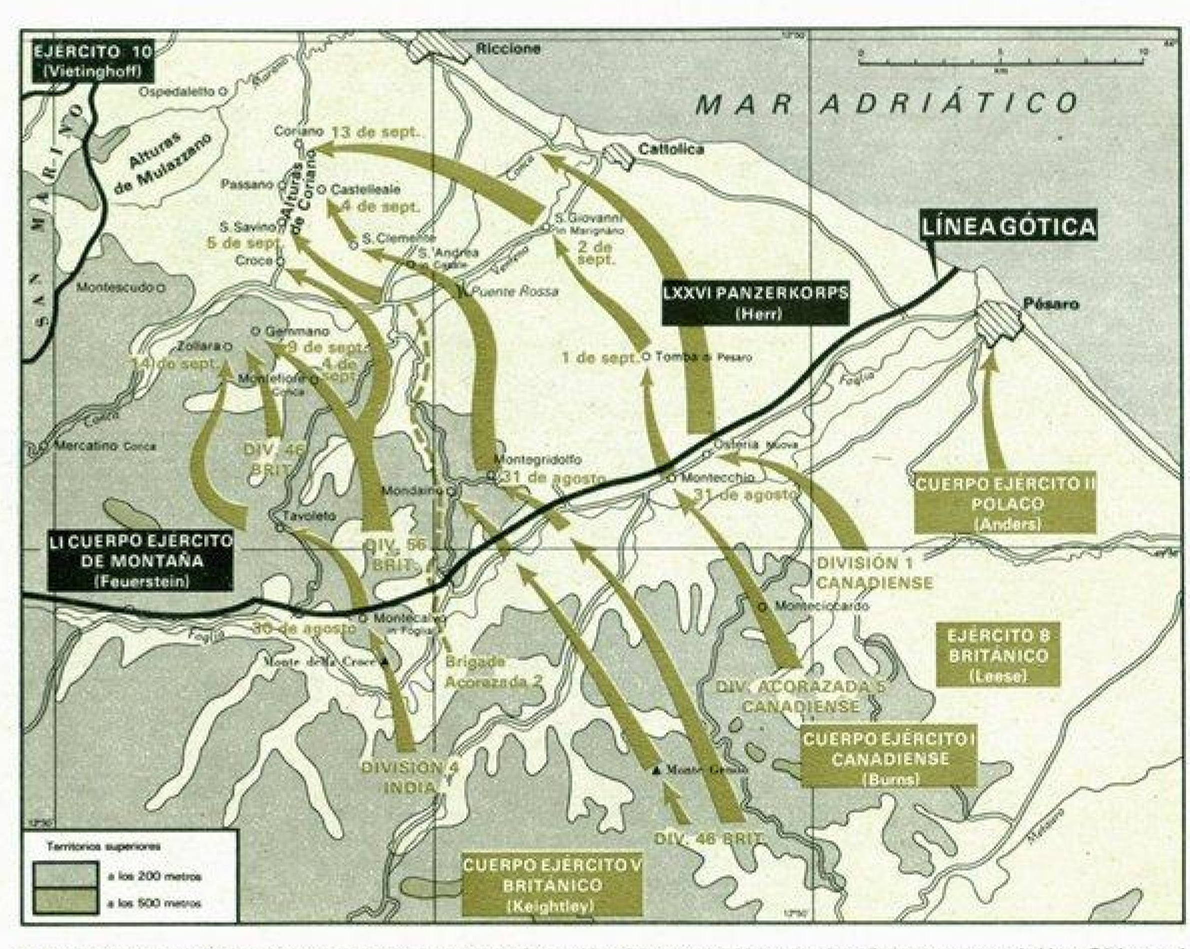
Durante el verano, Winston Churchill había perdido, en lo que respecta al desarrollo de las operaciones en Italia, una batalla de vital importancia estratégica contra Roosevelt y los norteamericanos. Junto con Alexander, el primer ministro británico había soñado con un desembarco en el alto Adriático, para amenazar el flanco y la espalda de los alemanes y avanzar a través de Lubiana por las montañas septentrionales de Yugoslavia, en dirección a Viena y a las llanuras húngaras. Pero, como se sabe, los americanos insistieron en retirar gran parte de las fuerzas para invadir Francia meridional. Y los efectos de tal decisión se harían sentir muy pronto sobre los Ejércitos aliados en Italia.

La fuerza del Ejército 5 estadounidense, entre junio-agosto, bajó de 249.000 a 153.000 hombres. Las fuerzas aéreas, a su vez, fueron drásticamente reducidas; aunque, considerada la ya escasa consistencia de la *Luftwaffe*, la aviación aliada representaba siempre una de las mejores cartas de Alexander, ya que, si no podía darle la victoria, podía por lo menos evitarle el peligro de una derrota.

El 5 de julio recibió del Mando de las fuerzas aliadas de Argel una directiva que luego teniendo en cuenta la manifiesta carencia de efectivos definió como «más bien optimista». Se le advertía que la Operación «Anvil» debía tener prioridad; luego se definía así sus misiones:

- avanzar a través de los Apeninos y establecerse a lo largo del Po, asegurándose la posesión de la zona Ravena-Bolonia-Modena hasta la costa ligur, al norte de Livorno, y, posiblemente, conquistar el nudo de carreteras de Piacenza;
- luego atravesar el Po y alcanzar la línea Venecia-Padua-Verona-Brescia;
- una vez atacada aquella línea le llegarían más órdenes.

Si los dos primeros párrafos parecían optimistas, el tercero era vago. Churchill y el Mando británico intentaban, en lo posible, mantener abiertos diferentes caminos. Si Alexander, con sus Ejércitos debilitados, lograba derrotar a Kesselring sobre la línea del Po, entonces Viena podía ser considerada nuevamente como objetivo...



El 25 de agosto de 1944, de acuerdo con los planes de la Operación «Olive» se inició la ofensiva aliada para romper la Línea Gótica en el sector adriático. Mientras el general Clark realizaba acciones diversivas al Oeste, el Ejército 8 británico debería irrumpir en la llanura del Po y ocupar Bolonia y Ferrara. El avance inicial se realizó rápidamente. El 30 de agosto, las divisiones aliadas se encontraban sobre la citada Línea Gótica y el día 1 de septiembre el Cuerpo de Ejército V británico y el Cuerpo de Ejército 1 canadiense habían ocupado importantes posiciones más allá de la línea defensiva alemana. Pero cuando intentaron apoderarse del sector montañoso, entre Gemmano y Coriano, los Aliados se vieron repetidamente rechazados, y el 4 de septiembre, cuando llegaron las fuerzas acorazadas, todavía no se habían alcanzado los principales objetivos. Las acciones ofensivas llevadas a cabo los día 5 a 9 de septiembre consiguieron escasos resultados, y sólo después del ataque lanzado por el Cuerpo de Ejército V británico y el Cuerpo de Ejército 1 canadiense contra aquel sector fue posible conquistar, el 13 de septiembre, las posiciones de Croce y Coriano. El Ejército 8 continuó hacia Rimini, que cayó el 21 de septiembre.

La velocidad: factor esencial

Si Alexander se proponía una ruptura, debía conseguirla rápidamente. Su plan inicial se basaba en la velocidad como elemento esencial. Preveía atacar simultáneamente con los Ejércitos 5 y 8 en el sector central, entre Dicomano y Pistoia, para luego atravesar el Po, al otro lado de los Apeninos, al norte de Ferrara. El plan chocó con una fuerte oposición porque no gustaba a sus dos comandantes de Ejército (Clark y Leese). A Leese no le agradaba la idea de combatir en las montañas sin el apoyo y la contribución de las tropas francesas, adiestradas para aquel terreno, y tampoco quería sostener una batalla competitiva al lado del Ejército 5. Proponía, pues, un avance por sorpresa a lo largo de la costa adriática, donde los movimientos eran más fáciles y donde tendría mayores posibilidades de emplear los carros de combate y artillería, seguido por una ruptura llevada a cabo por los medios acorazados.

Parece ser que la segunda objeción de Leese se hizo con mucha firmeza. El general Clark era un excelente comandante, pero en el ambiente británico se le consideraba demasiado propenso a hacerse publicidad. Aparte las consideraciones personales, esto podía influir negativamente en la moral de las tropas británicas, a las que podía no gustar el verse olvidadas después por la prensa.

Sea como fuere, Alexander modificó su punto de vista y siguió las sugerencias de Leese. La preparación para la nueva ofensiva en el sector adriático, denominada Operación «Olive», comenzó en seguida y Alexander señaló el 25 de agosto como fecha para dar comienzo a las operaciones. El general Clark recibió la orden de efectuar algunas acciones diversivas en el sector central del frente y de mantenerse dispuesto a lanzar su ataque cinco días después. La misión del Ejército 8, según el nuevo plan, era irrumpir en la llanura del Po y ocupar Bolonia y Ferrara, mientras el Ejército 5 debía romper el frente en el sector central, a lo largo del eje Florencia-Bolonia. El plan implicaba lo que Alexander había definido «un golpe con dos manos», lo que significaba atacar al enemigo en dos sectores vitales simultáneamente a fin de obligar a Kesselring a fraccionar sus reservas.

El 23 de agosto Leese celebró una reunión con los comandantes de grandes unidades y les advirtió que la batalla que se iba a iniciar no sería fácil. El Ejército 8 disponía de 1200 carros de combate, 100 cañones y 10 divisiones, y Leese propuso atacar con tres Cuerpos de Ejército a lo largo de un frente de unos 50 km. A la extrema derecha, a lo largo de la costa, el Cuerpo de Ejército polaco ocupaba los primeros 11 km del despliegue; su objetivo era la conquista de las alturas al norte de Pesaro.

Después de ello debía pasar a la reserva, dejando sitio al Cuerpo de Ejército canadiense, que, al mando del general Eedson Burns, ampliaría el frente a medida que avanzara. Burns disponía de la División de infantería 1 y de la División Acorazada 5 canadiense, además de la Brigada Acorazada 2 británica y del *Household Cavalry Regiment*. Para el ataque inicial tenía un frente restringido de unos 3 km.

Abrir una brecha

El cometido más importante se confió al Cuerpo de Ejército V británico del teniente general Charles Keightley, constituido por la División Acorazada 1 británica y la División 4 británica, la División 4 india, las Divisiones de infantería 46 y 56 británicas, la Brigada 7 y la Brigada Acorazada 25. El plan de ataque de Keightley preveía tres fases: primero, un ataque en un frente de 18 km entre los ríos Metauro y Foglia, donde comenzaban las fortificaciones de la Línea Gótica; luego, un avance a través de la línea para «abrir una brecha» en la zona circundante, en previsión de la ruptura de los medios acorazados, y, por último, la operación más importante, es decir, el avance a través de las posiciones de la infantería de los 300 carros de combate de la División Acorazada 1, en dirección Norte o Noroeste, hacia el Po.

Mientras tanto, más al Oeste, el Ejército 5 de Mark Clark estaba a la espera en sus posiciones en las cercanías de Florencia, aunque no se había establecido todavía de manera definitiva su misión en la ofensiva. Entre los Ejércitos 5 y 8 estaba desplegado el Cuerpo de Ejército X británico, al cual se le había confiado la misión de realizar el enlace entre los dos Ejércitos a través de un terreno difícil.

Las fuerzas alemanas que se oponían al avance aliado eran importantes. El Ejército 10, al mando del general Heinrich von Vietinghoff, tenía una misión más difícil que el Ejército 14, que ocupaba el centro del despliegue, frente al sector operativo de Marck Clark.

Entre el Metauro y el Foglia, von Vietinghoff hizo desplegar, como una ligera pantalla protectora, algunas unidades, la mayor parte de las cuales procedía de la División de infantería 71. El núcleo de sus fuerzas estaba dispuesto más al Norte, a lo largo del Foglia.

La mitad oriental de la línea la defendía el LXXVI *Panzerkorps*, al mando de un veterano, el general Traugott Herr, y estaba compuesta por 5 divisiones de infantería, una de las cuales era la valiente 1.ª División paracaidista. A la izquierda de Herr desplegaba el Cuerpo de Ejército de montaña LI, constituido también por 5 divisiones, al mando del general Valentin Feuerstein. Una división de infantería alemana, la 98, se encontraba en reserva en las cercanías de Bolonia, y, más al Oeste, frente al Ejército 5 norteamericano, desplegaban 8 divisiones del Ejército 14 alemán.

La noche del 25 de agosto era clara, y para aprovechar al máximo el elemento sorpresa, las 5 divisiones aliadas avanzaron sin el apoyo de la artillería.

Al amanecer del 26, la infantería avanzada se había situado sólidamente en las colinas frente al río Foglia. Se trabaron violentos combates; pero, por la mañana del 29, toda la infantería aliada alcanzó el Foglia, desde cuya orilla meridional la Línea Gótica aparecía como una zona sembrada de trampas mortales.

«La situación no tenía nada de agradable, –afirmó un oficial de Caballería irlandesa–. Todas las casas habían sido arrasadas hasta sus cimientos, abatidos los árboles y desarraigadas las viñas, y los pasos situados entre extensos campos minados se encontraban bajo el fuego de las ametralladoras... El ataque lanzado a través del Foglia, parecía un suicidio.»

Sin embargo, al otro lado del río, los alemanes no sabían cual sería el siguiente movimiento del enemigo. En efecto, el avance aliado a través del Metauro había sorprendido a Vietinghoff en el momento en que desplegaba la División de infantería 71 en una posición más próxima al Foglia. El Mando alemán, con la natural dificultad ocasionada por la falta de reconocimiento aéreo, no sabía si la infantería aliada avanzaba en persecución de los alemanes en retirada o si se trataba de una auténtica ofensiva. Finalmente dedujo que los Aliados habían iniciado un ataque en gran escala. En esto se vieron ayudados por la interceptación de la orden del día del Ejército 8, dirigido a todas las tropas, que decía: «Hemos hecho avanzar a través de Italia un numeroso y potente Ejército para romper la Línea Gótica».

Leese sabía que el resultado dependía de la velocidad. Y así, tanto los canadienses como el Cuerpo de Ejército V recibieron la orden de efectuar una intensa actividad de patrulla al amanecer del 30, y de intentar infiltrarse a través de la línea alemana.

Más lejos, a la izquierda del sector, la infantería *beluchi*, de la Brigada 5 india, que formaba parte de la División 4 del general Arthur Holworthy, atravesó el lecho de guijarros del Foglia y, después de un breve y decisivo combate, se adueñó del Monte de la Croce, situado en la orilla opuesta.

A la derecha de Holworthy, la División 46 de Hawkesworth se lanzó también al ataque. Sus brigadas avanzadas, la 128 del general Douglas Kendrew y la 139 del general Allen Block, atravesaron el río la tarde del 30. Estas unidades sufrieron graves pérdidas en ambas orillas del río, pero en el curso de la noche del 31 el 1/4.º Regimiento *Hampshire*, de la brigada de Kendrew, estaba en posesión de Montegridolfo, el bastión más poderoso de las defensas de la Línea Gótica en aquel sector del frente. Mientras tanto, el 2/5.º Regimiento *Leicester*, de la brigada de Block, se abrió camino combatiendo hacia la posición clave de Mondaino, un poco más al Sur.

En cada uno de los flancos del Cuerpo de Ejército V los combates fueron violentos. En la extrema izquierda del sector, defendido por esta gran unidad, la División 4 india, que desencadenaba su ataque en la zona montañosa, había logrado avanzar después de los primeros éxitos conseguidos en el Monte de la Croce y, tras ocupar Montecalvo en Foglia, se había lanzado al ataque del objetivo más difícil: el reducto de Tavoleto. Esta posición, sembrada de asentamientos de artillería, excavados en el terreno, unidos entre sí y defendidos por campos minados, se conquistó en el curso de la noche del 1 de septiembre después de una especie de furia colectiva que se había adueñado del 2/7.º *Gurkha*. Con granadas de mano y puñales, a favor de la oscuridad, aquellos hombres habían seguido a un oficial subalterno inglés, mientras los oficiales del mando escuchaban, desorientados, el fragor de las explosiones y el grito de los alemanes de Tavoleto. Con las luces del día, los únicos alemanes todavía vivos habían sido hecho prisioneros, y poco menos de 30 soldados *gurkhas* estaban en condiciones de permanecer en pie. Pero Tavoleto estaba sólidamente en poder de Holworthy.

En el flanco derecho del Cuerpo de Ejército V los canadienses se encontraron en dificultades, en una situación que los técnicos de la Organización *Todt* habían previsto. La División de infantería 1 y la División Acorazada 5 canadiense, desplegadas, respectivamente, a la derecha y a la izquierda, cruzaron el Foglia al caer la tarde del día 30; pero los batallones avanzados (*West Nova, Perth* y *Cape Breton Highlander*) fueron desbaratados por el fuego de la artillería enemiga, situada al norte del río. Los soldados del *West Nova*, bloqueados en un campo de minas, se dieron cuenta de que se trataba de una trampa mortal. En pocos minutos perdieron 76 hombres, mientras a su izquierda el *Cape Breton* se vio rechazado por tres veces hasta el río por un fuego mortífero. El *Perth* tuvo más éxito, logrando abrirse camino, pese a la fuerte oposición encontrada, más allá de las posiciones defensivas de Montecchio.

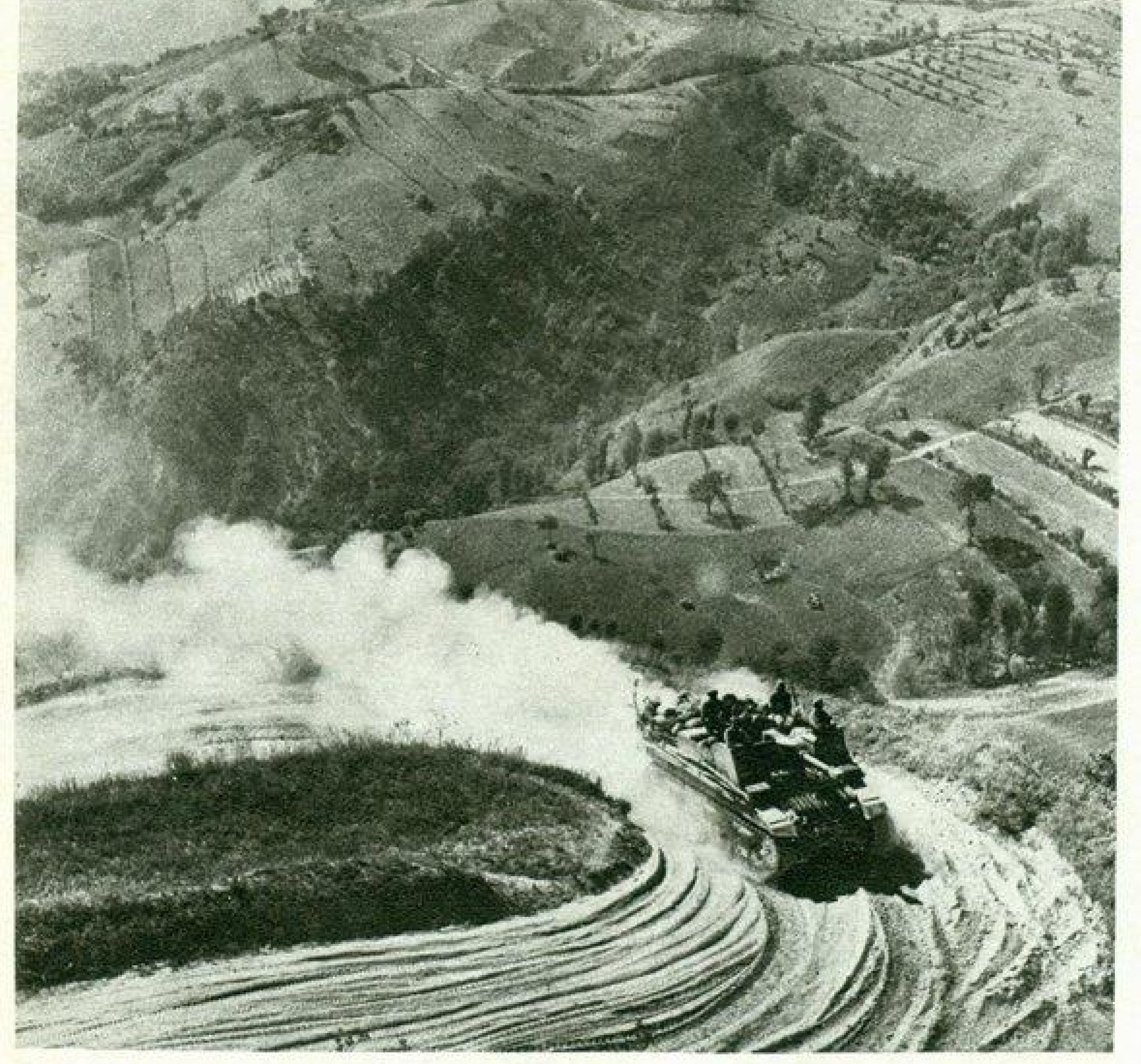
Un intento de los canadienses de avanzar hacia Tomba di Pesaro, con carros de combate y sin apoyo de la infantería fue sangrientamente rechazado, mientras los Dragones del *British Columbia* perdieron carros a docenas bajo el fuego de los cañones de 88 mm apostados en las abruptas pendientes.

Sin embargo, al día siguiente se consiguieron algunos éxitos. La infantería canadiense y los carros de combate sorprendieron, al norte de Tomba di Pesaro, a los alemanes al descubierto, causándoles numerosas bajas. Los canadienses se lanzaron entonces hacia el Norte, amenazando el flanco de la 1.ª División paracaidista alemana en la costa adriática. Vietinghoff hizo retirar precipitadamente la citada división, mientras los polacos ocupaban Pesaro y los canadienses avanzaban hacia el mar. Antes del amanecer del 3 de septiembre, la infantería canadiense había atravesado el Conca y constituido una pequeña cabeza de puente a unos 5 km de Cattolica, hacia el interior.

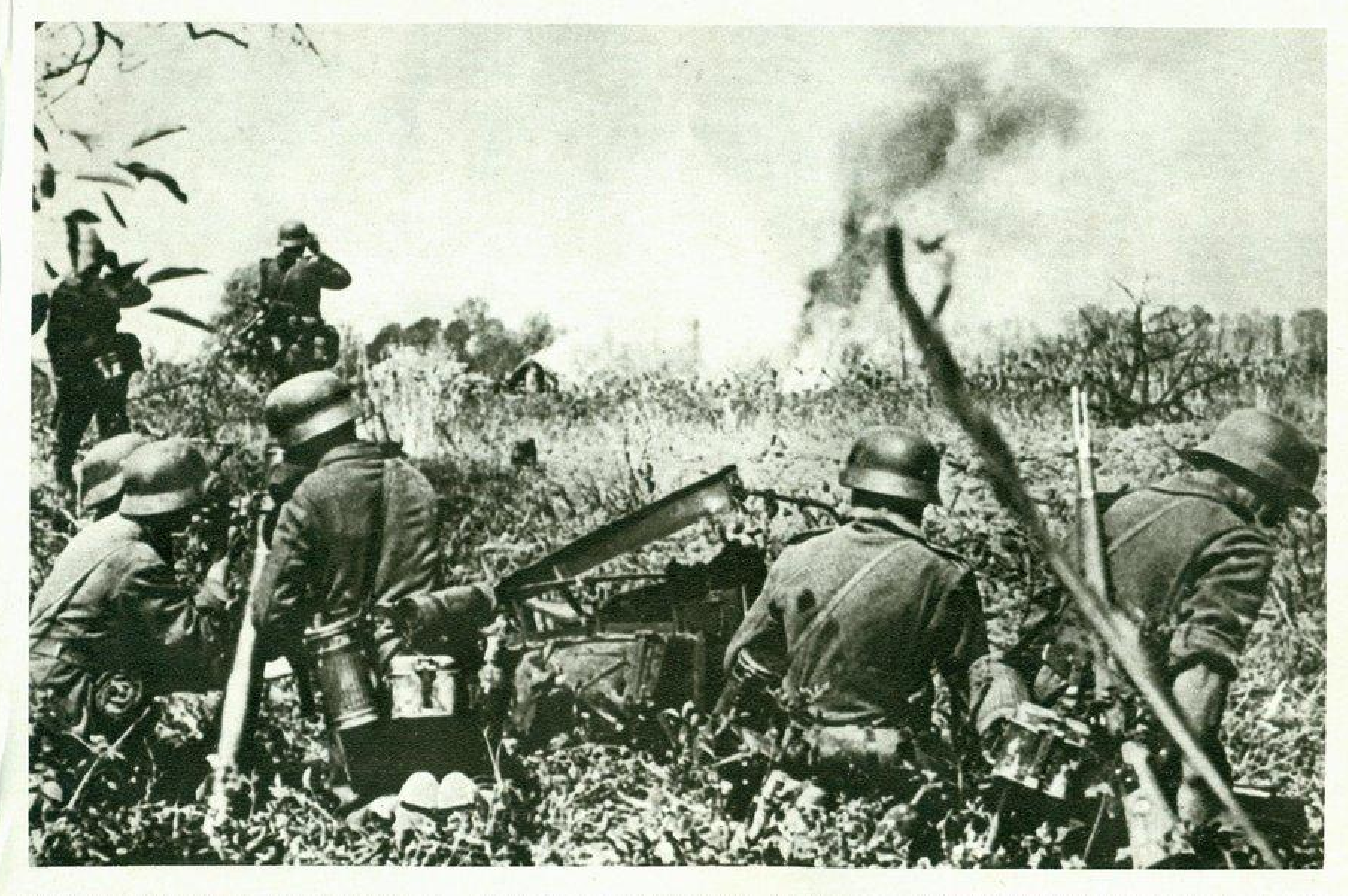
Los alemanes estaba desorientados, pues las complejas obras defensivas habían caído en manos de la infantería aliada sin aquel baño de sangre que habían previsto los especialistas de la *Todt*.

No hay tiempo para festejar la victoria

No obstante, no se podía conceder una pausa para festejar la victoria. La velocidad seguía siendo un factor de vital importancia. La División 46 de Hawkesworth recibió orden de seguir a la División Acorazada 1 en su avance hacia el Po, a fin de apoderarse del puente sobre el Ventena, en Ponte Rossa. El pequeño río Ventena corre un poco más al sur del otro río que constituía un



Durante las acciones para la ruptura de la Línea Gótica un cañón autopropulsado de la División 46 británica asciende por la zona apenina, en las cercanías de Mondaino, conquistado por el 2/5.º Regimiento *Leicester*. (Imperial War Museum)



Una unidad de morteros alemana sigue con su fuego los movimientos de las tropas aliadas, en un intento de retardar su avance. (Alfredo Zennaro)

nuevo obstáculo, el Conca. Más allá de éste se erguían las imponentes alturas de Coriano, el punto más importante del ataque del Cuerpo de Ejército V.

La brigada de Harding recibió la orden de «efectuar el máximo esfuerzo para alcanzar el objetivo final en el menor tiempo posible, aunque esto implicaba numerosos riesgos». Los batallones avanzados –el 6.º Regimiento *Lincolnshire* y el 2/4.º *King's Own Yorkshire Light Infantry*– desencadenaron una serie de duros ataques contra casamatas de hormigón y acero antes de llegar al Ventena; sin concederse ni una tregua, el 3.º Batallón de infantería, el 6.º Regimiento *Yorkshire* y *Lancashire* prosiguieron aún hacia San Clemente, a 1,5 km al este de las alturas de Coriano. Después de otro áspero combate, el 3 de septiembre el batallón se apoderó de Sant'Andrea in Casale y luego avanzó hacia el interior de San Clemente. Más allá de las alturas de Coriano corría el río Marano. Este se podía rebasar en las cercanías del pueblo de Ospedaletto y, si era posible efectuar el cruce, las fuerzas acorazadas podrían avanzar.

Hawkesworth pidió entonces la intervención de la infantería de la Brigada 128 para realizar un último esfuerzo. El 2.º *Hampshire* se abrió camino hacia Castelleale, más allá de San Clemente; pero el fuego al que se vio sometido era tan intenso y tan graves las pérdidas, que al final de la jornada ya no estuvo en condiciones de avanzar.

San Clemente fue el punto máximo del avance de la División 46. Hawkesworth había puesto un pie en el paso, pero nada más.

Dificultad en el flanco izquierdo

Sus problemas eran ya evidentes y los agravaba lo que estaba ocurriendo en el sector izquierdo del ataque de la División 46. El terreno era abrupto y las previstas defensas en las cercanías de Tavoleto habían frenado a la División 4 india, y esto, a su vez, pareció dificultar el avance general del Cuerpo de Ejército V de Keightley. De acuerdo con la segunda fase de su plan, Keightley decidió hacer entrar en línea a la División de infantería 56 británica para reforzar su flanco izquierdo. El comandante de la división, general John Whitfield, recibió la orden de relevar a la Brigada 138, avanzar hasta alcanzar la dorsal del Monte Cappella y luego dirigirse hacia Montefiore Conca.

El impulso era notable todavía y Whitfield avanzó rápidamente. El día 1 de septiembre atacó el Monte Cappella, ocupándolo en pocas horas y haciendo algunos prisioneros. Luego decidió lanzarse más allá de las alturas de Gemmano y Coriano, hasta el Marano, al sur del cual la División 46 se encontraba en dificultades. Atacó con las Brigadas 167 y 168, que recibieron la orden de rebasar la larga y amenazadora cresta de Gemmano que se erguía a la izquierda. Un batallón el 7.º *Oxford y Buckinghamshire*, se mandó en descubierta para eliminar las posiciones enemigas, pero fue rechazado. En efecto, un solo batallón no era suficiente para llevar a cabo esta misión.

Resultaba evidente que la importancia de las tropas enemigas en la cresta había sido notablemente subvalorada. Kesselring mantenía allí una unidad escogida austríaca, el Regimiento de montaña 100, y había decidido combatir tenazmente para conservar su posesión, pues a lo largo de la línea de detención y en las alturas que circundaban Croce y Coriano, la artillería alemana había dispuesto excelentes posiciones.

En la prisa y la confusión que se produjeron durante el avance del Ejército 8, nadie se dio cuenta de este hecho. Se estaba ya aproximando el 4 de septiembre, día en que, según los planes, las fuerzas acorazadas debían atravesar el «paso», y todos, a excepción de los más optimistas, estaban de acuerdo en que la situación no presagiaba nada bueno. En el «paso» sólo se había abierto una pequeñísima brecha. Hawkesworth no consiguió llegar al Marano y Whitfield tampoco logró ocupar Gemmano. Los observadores de artillería alemanes estaban a la espera y dominaban, desde la altura, la zona a través de la cual tenían que pasar los carros aliados. Mientras tanto, los medios acorazados británicos estaban avanzando.

Mandaba la División Acorazada 1 británica el general Richard Hull, joven militar de 37 años. Sus carros de combate se pusieron en marcha el 2 de septiembre desde una zona de concentración cerca de Senigallia, al norte de Ancona. Se enfrentaron con una difícil marcha de aproximación y cuando llegaron al sur del río Foglia, a las 8 del 3 de septiembre, unos 20 carros (aproximadamente el 13 % del total) estaban ya inservibles a causa de las averías sufridas.

Al día siguiente, el Regimiento de exploración divisionario, después de haber perdido muchos carros empantanados en terrenos fangosos, llegó finalmente a las posiciones ocupadas por la infantería alemana, al este de las alturas de Coriano. Pero no lograron avanzar más allá. Y era ya el 4 de septiembre... el día señalado para forzar el paso.

Avanzando confiadamente hacia San Savino, los regimientos de carros del general Goodbody se encontraron bajo el preciso e intenso fuego de los cañones alemanes situados en las alturas de Gemmano, en su flanco izquierdo, y al fin de la

jornada, la brigada –reducida casi a la mitad de sus efectivos– combatía aún en la línea de partida, desde la que había esperado lanzarse hacia el río Po.

El 5 de septiembre Goodbody, con el apoyo de una pequeña unidad de infantería, logró hacer avanzar en San Savino algunos carros de combate del 9.º de Lanceros; pero no le fue posible proseguir más allá. Los alemanes habían logrado un período de tregua y Leese se dio cuenta de que debía cambiar su plan. El 6 de septiembre se entrevistó con Burns, comandante del Cuerpo de Ejército canadiense, y le pidió que organizara un ataque en fuerza sobre el Marano, mientras el Cuerpo de Ejército V de Keightley liberaría las alturas de Coriano. Pero la misma mañana del encuentro entre Leese y Burns un nuevo factor intervino para modificar la situación: se nubló el cielo y empezó a llover. Entonces, a lo largo de todo el frente del Ejército 8, las carreteras, polvorientas y estrechas, se transformaron en ríos de fango. El Ejército 8 se vio obligado a disminuir su marcha. Keightley, sin embargo, ya estaba enfrentándose con el obstáculo de las alturas de Coriano, a fin de limpiar el camino al flanco izquierdo. El 5 de septiembre atacó en dirección de Croce y San Savino; pero el ataque presentó en seguida dificultades por no haberse ocupado las alturas de Gemmano. La batalla que se desarrolló en las cercanías de Croce fue una de las más violentas de la campaña.

Un oficial de infantería afirmó que el fuego alemán era «tan intenso que era imposible distinguir una explosión de otra».

Tropas del 2/5º *Leicester* durante un descanso; apenas se reorganizase el despliegue se lanzarían al ataque con el apoyo de los carros de combate *Sherman*. La ofensiva contra la Línea Gótica se proyectó según el esquema clásico de una ruptura lograda por fuerzas acorazadas, sin tener en cuenta que la naturaleza del terreno haría imposible semejante estrategia. *(Imperial War Museum)*



El general Whitfield empleó en el ataque a la 169.ª *Queen's Brigade*, lo que significaba que no tendría ya reservas disponibles para consolidar el éxito. La escasez de efectivos de infantería empezó a influir negativamente en la realización de los planes operativos.

En el curso de los días 8 y 9 de septiembre, con grandes esfuerzos y un espantoso derramamiento de sangre, una compañía del Batallón 2/7.º *Queen's* llegó al pueblo de Gemmano, en el límite oriental de las alturas, mientras otros dos batallones, empeñados en un sector más bajo de la cresta, sufrían muchas bajas sin alcanzar los objetivos establecidos.

Mientras tanto Leese, todavía en busca de algún punto donde realizar con sus carros una ruptura de acuerdo con su táctica anterior, propuso un nuevo plan de operaciones articulado en tres fases.

En la primera fase, el Cuerpo de Ejército V de Keightley proseguiría el ataque sobre Gemmano y Croce, para empeñar las reservas de Vietinghoff en el extremo meridional del sector de la línea defensiva alemana. Al mismo tiempo, el Cuerpo de Ejército canadiense atacaría Coriano. En la segunda fase, la División Acorazada 1 y la División de infantería 4 británica vadearían el Marano, rebasando a las tropas canadienses. La tercera fase preveía el avance canadiense hacia Rímini, después de lo cual la reserva del Ejército se lanzaría rápidamente hacia Bolonia y Ferrara.

La mañana del 13 de septiembre, cuando los canadienses iniciaron el ataque hacia el Norte, parecía que el combate por Gemmano no concluiría jamás; pero aquel mismo día, el éxito logrado por Whitfield en Croce quitó todo significado táctico al hecho de que los alemanes ocuparan las alturas de Gemmano.

Apenas dos días después del inútil asalto a Gemmano, la Brigada *Queen's* se vio de nuevo empeñada en acción y avanzó rápidamente más allá de Croce. Quedó así abierta una brecha en la línea alemana en las cercanías de San Savino y la crítica situación que el Mando alemán tenía ahora que afrontar se vio agravada por lo que estaba ocurriendo al Norte.

La Brigada de infantería 11 canadiense ocupó Coriano en el curso de la jornada, mientras la División Acorazada 1, de Hull, atacando con los *gurkhas* en estrecho contacto con los carros de combate, se apoderó de Passano, en el centro de las alturas. La situación estaba variando de nuevo a favor del Ejército 8, y Kesselring se dio cuenta de ello.

Sin embargo, en el curso de la noche del 13 de septiembre, estas posibilidades favorables para el Ejército 8 se desvanecieron: los carros de combate de la División Acorazada 1 se vieron bloqueados por el desbordamiento de los ríos a causa de las lluvias, y la División de infantería 4 británica quedó detenida por una densa acción de la artillería y de los morteros alemanes.

En estas veinticuatro horas, Vietinghoff hizo desplegar las unidades de la División 356 sobre las posiciones situadas a lo largo de las alturas de Mulazzano, al norte de Marano, a medida que aquéllas, al final de su desesperada marcha, llegaban a posiciones seguras. Así, el ataque aliado del día 14 no encontraría ninguna brecha en el frente enemigo.

Una vez más el Ejército 8 tuvo que pagar muy cara su incapacidad de aprovechar una situación favorable.

La última posibilidad para lograr una ruptura

Considerando la situación a través de los acontecimientos posteriores, parece evidente que el 13 de septiembre ofreció al Ejército 8 la última posibilidad de lograr la ruptura en la que se basaban sus planes operativos. Después de una semana de rudos y sangrientos combates, el 21 de septiembre Rímini cayó en poder de los canadienses y de la brigada de montaña griega. Pero el número de bajas crecía constantemente: hasta el 21 de septiembre el Ejército 8 había perdido 14.000 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos, y 200 carros de combate.

También los alemanes estaban experimentando onerosas bajas. El 25 de septiembre, el Ejército 10 alemán contaba con un total de 92 batallones de infantería, pero de ellos sólo diez tenían más de 400 hombres, mientras unos 38 tenían menos de 220.

El porcentaje de las pérdidas favoreció, en cierto sentido, a Kesselring, por cuanto se requería un mayor número de hombres para el ataque que para la defensa.

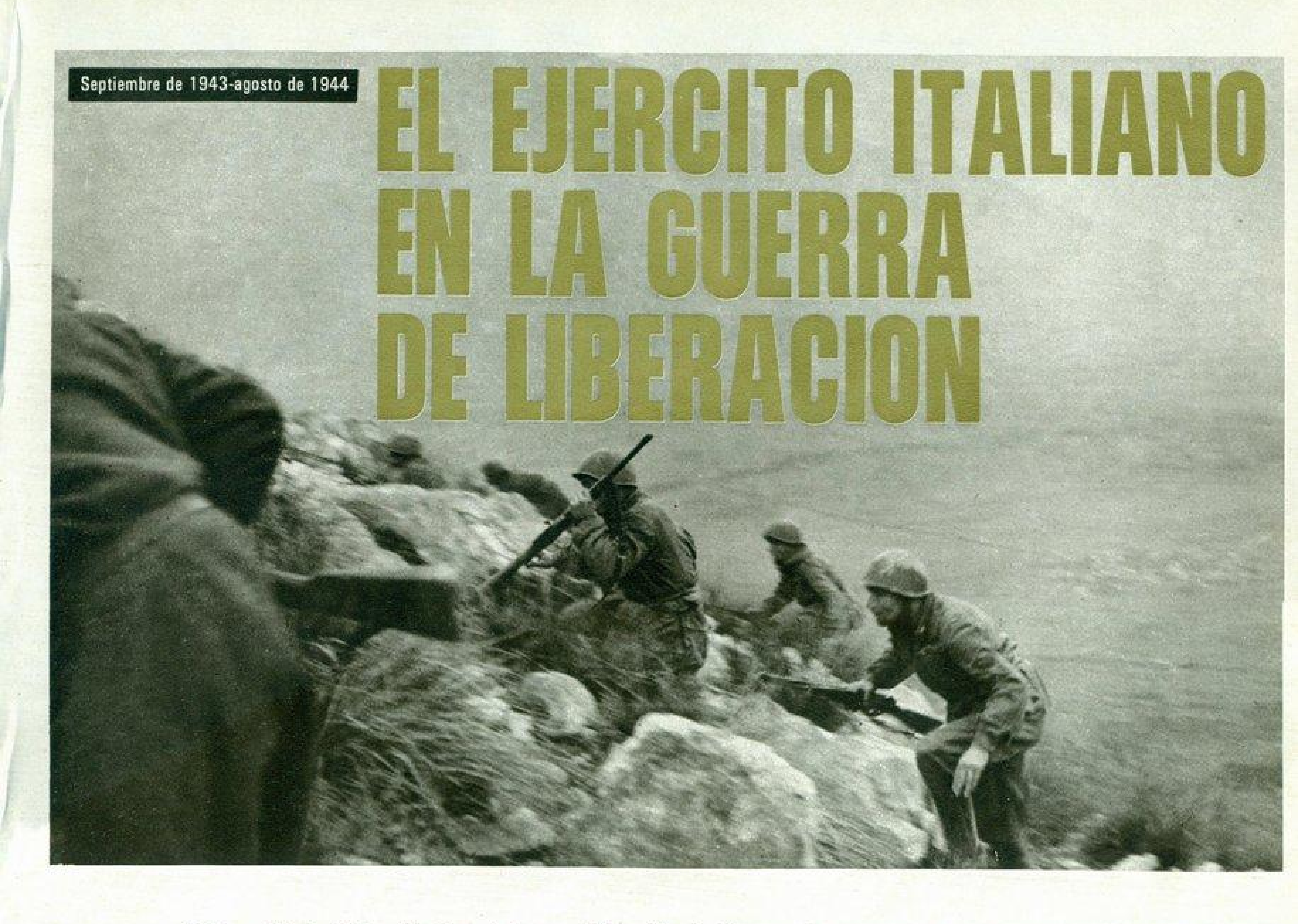
Pronto se podría comprobar que la insuficiencia de los efectivos de la infantería aliada, unida a las condiciones meteorológicas en continuo empeoramiento, así como la naturaleza del terreno, desvanecerían las esperanzas del Ejército 8 de envolver a Kesselring en el sector adriático en el curso del otoño.

La débil esperanza de victoria que Alexander conservaba todavía se concentraba ahora en el sector central del frente, al norte de Florencia, donde el mariscal había ordenado a Mark Clark y al Ejército 5 norteamericano que iniciasen el ataque hasta entonces aplazado.

DOUGLAS ORGILL
Nació en 1922 y estudió en la Queen Mary's Scholl de Walsall y en el Keble College de Oxford. Durante la guerra prestó servicio en el 2.º Regimiento *Lothians and Border Horse*, de la División Acorazada 6. Comandante de un escuadrón de carros *Sherman* en Italia, al terminar el conflicto se enroló por un año en la Legión árabe, en Jordania y Palestina. De regreso a Oxford, se doctoró brillantemente en historia moderna. Periodista del *Newcastle Journal*, del *Daily Mail* y del *Daily Express*, es segundo jefe de redacción de este último desde 1966. Su libro *The Gothic Line*, que trata de la campaña de Italia en otoño de 1944, se publicó en Gran Bretaña en 1967 y más tarde en Estados Unidos y en Italia. También es autor de cuatro novelas, y actualmente trabaja en una obra sobre el empleo y el desarrollo de los medios acorazados en el combate.

Septiembre de 1943-agosto de 1944

EL EJERCITO ITALIANO EN LA GUERRA DE LIBERACION



Dino Salsilli, coronel

Hablar de la participación italiana en la campaña de Italia puede parecer ahora un acto de presunción. Sin embargo, en la apreciación de entonces, todavía válida, la unión de los soldados italianos a las grandes unidades aliadas fue más que un acto simbólico o una acción para atenuar las cláusulas determinadas en el armisticio: fue la semilla de la aparición de Italia como nación libre en la nueva estructura de fuerzas europea; fue la base de la línea de conducta en el campo político y militar de cuyos frutos gozamos todavía. Pero no se trató en modo alguno de una acción sencilla y rápida; como todas las operaciones complicadas, se llevó a cabo de forma gradual.

El comportamiento de las tropas italianas, el 8 de septiembre de 1943, no puede considerarse como una consecuencia de la declaración del armisticio: las decisiones tomadas en aquel momento obedecieron a un proceso lento pero continuo que había hecho que la mayoría adquiriera la capacidad de opinar por su cuenta. Sólo así se puede explicar la rapidez con la que parte de las Fuerzas Armadas reaccionó contra las tropas alemanas y se dispuso a colaborar con los Aliados.

Sin embargo, en un principio, las autoridades militares aliadas rechazaron invariablemente todo ofrecimiento italiano, afirmando que les era imposible sostener el peso logístico que supondría la inserción en sus Ejércitos de grandes unidades italianas.

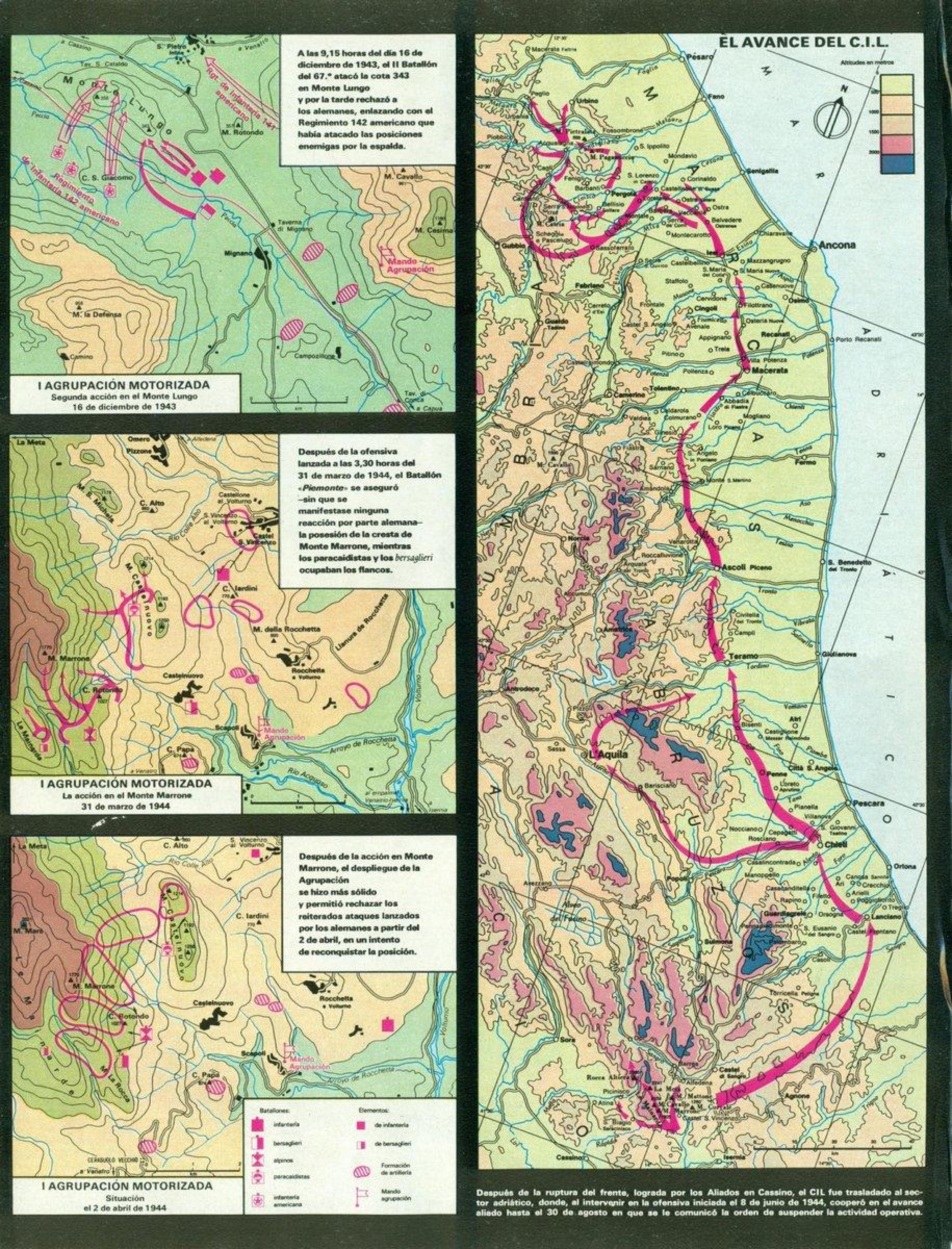
Sin embargo, ante las insistentes peticiones italianas para obtener una participación activa, los Aliados se mostraron dispuestos a aceptar tan sólo la utilización de los soldados italianos para la defensa de las líneas de comunicación, lo que de hecho ya se hacía; pero en cambio se rechazó la aportación de unidades alpinas en el momento en que las unidades motorizadas angloamericanas iban a hacer frente a las dificultades de las regiones apeninas. La única mención favorable fue la del general Taylor, que el 17 de octubre refería, en un memorándum dirigido al jefe del Estado Mayor General italiano, que esperaba órdenes para la utilización de una Agrupación motorizada.

En la zona de preparación, las diversas unidades se dispusieron de forma que reuniesen entre sí a los elementos destinados a cooperar en el combate, con el fin de facilitar el aliento recíproco. Se inició inmediatamente un intenso adiestramiento, técnico y táctico, y se procuró crear una mentalidad motorizada, a la que las autoridades militares aliadas daban mucha importancia. Los resultados obtenidos se experimentaron el 2 de noviembre en un ejercicio al que asistieron oficiales aliados y muchos corresponsales británicos.

El 29 de noviembre, el general Keyes habló al comandante de la Agrupación acerca de su posible empleo en el período del 6 al 10 de diciembre, para «atacar, ocupar y mantener» Monte Lungo. La acción de la Agrupación se encuadró en el ataque de los Ejércitos aliados a la línea defensiva alemana llamada «línea invernal». Al Cuerpo de Ejército II estadounidense le correspondía el cometido de romper los dos pilares de la garganta de Mignano para alcanzar Cassino. Y en este sector, defendido por la 15.ª División *Panzergrenadier*, los alemanes habían construido obras de fortificación, en gran parte de hormigón, y habían concentrado una notable potencia artillera de refuerzo.

El 8 de diciembre, a las 6,30 horas, la Agrupación, tras relevar durante la noche al Regimiento de infantería 141 estadounidense, situado al norte de la población de Mignano, se lanzó al ataque, precedida por una preparación artillera que duró 40 minutos. En cuanto se dieron cuenta del ataque, los *Panzergrenadier* abrieron un intenso fuego de armas automáticas, de morteros y de artillería, causando muchas bajas. El ataque del I batallón del 67.º, efectuado por las alturas, y el del LI Batallón de *bersaglieri*, llevado a cabo por el valle del río Pescia, no pudieron proseguir a pesar de la persistencia en la acción, entre otras razones porque los flancos habían quedado descubiertos. En efecto, el Regimiento de infantería 142 estadounidense no tomó la medida de ocupar Monte Maggiore ni tampoco San Pietro Infine. Y así, a las 10 horas, un contraataque alemán en fuerza obligó al I Batallón a replegarse sobre la base de partida. Las unidades italianas, a pesar de las graves pérdidas, insistieron en el ataque, valiéndose esta vez de la protección de la artillería del Cuerpo de Ejército II; pero, hacia mediodía, se hizo evidente la imposibilidad de alcanzar los objetivos.

El día 15 de diciembre se decidió reanudar el ataque en el frente del Cuerpo de Ejército II. La acción, mejor planeada y con fuerzas de mayor entidad, se dirigiría



Después de la ruptura del frente, lograda por los Aliados en Cassino, el CIL fue trasladado al sector adriático, donde, al intervenir en la ofensiva iniciada el 8 de junio de 1944, cooperó en el avance aliado hasta el 30 de agosto en que se le comunicó la orden de suspender la actividad operativa.

primero contra las posiciones de Monte Maggiore y de San Pietro Infine. El día 16, a las 9,15 horas, el II Batallón del 67 iniciaba el ataque de la Cota 343 de Monte Lungo, mientras dos batallones del 142 amenazaban por retaguardia las posiciones alemanas. Por la tarde, las unidades italianas establecían contacto con las del 142 y, al atardecer, soldados americanos e italianos guarnecían sólidamente toda la colina.

El 20 de diciembre de 1943 la Agrupación fue enviada a retaguardia como reserva, a disposición del Cuerpo de Ejército II, para que reposase y se reestructurase. Había pasado la primera prueba, pero ésta había dejado hondas huellas, morales y físicas en los hombres.

Además, la Agrupación tenía necesidades evidentes: relevar a las unidades más castigadas, rellenar los huecos dejados por las bajas, sustituir el material y elevar la moral. Sin embargo, no se comprende por qué estas medidas, que constituyen una preocupación normal de los mandos responsables, tardaron tanto en ser atendidas que motivaron que el comandante se viera obligado a dirigirse directamente al Estado Mayor del Ejército para que se hiciera algo al respecto. Hasta poco menos de un mes más tarde no se tuvieron noticias de la nueva plantilla propuesta; pero, con gran perplejidad de los Aliados, no se habían llevado a cabo los movimientos necesarios para la puesta en práctica de la reestructuración cuando, el 24 de enero, asumió el mando de la Agrupación el general Umberto Utili.

Entre tanta incertidumbre, ésta era una decisión sensata y muy oportuna, ya que el general Utili era un militar dinámico, con gran sentido práctico, y supo ganarse el ánimo de los soldados y su adhesión incondicional. No obstante, chocó inmediatamente con dificultades: con los Aliados para evitar el desmembramiento de la Agrupación y la utilización de las unidades como equipos de trabajadores, y con el Mando Supremo italiano para obtener una mejor estructuración orgánica de la unidad. Pero lo cierto es que bajo el impulso del nuevo comandante, mejoró decididamente la moral de los soldados; llegaron las nuevas unidades y, por parte aliada, llegó, el 5 de febrero, la orden de volver a primera línea. La Agrupación, en el ámbito del Ejército 5, se agregaría al Cuerpo Expedicionario francés como elemento de soldadura entre el Ejército 5 americano y la División 5 polaca *Crassowa*, encuadrada en el Ejército 8 británico. El sector que debía guarnecer era el empinado y abrupto macizo del Meta, los pilares avanzados de las Mainarde y los Montes Marrone y Mattone. Los primeros elementos de la Agrupación desplegaron el 9 de febrero, y en los días siguientes llegaron las restantes unidades.

El 18 de febrero empezó una intensa actividad de patrullas, a la que respondieron los alemanes, la noche del 3 al 4 de marzo, con un golpe de mano que fue un fracaso. El 10 de marzo se advirtió a la Agrupación del próximo desplazamiento del Cuerpo Expedicionario francés a otra zona del frente. Ello suponía la ampliación del sector por defender, con la inclusión de las Mainarde, es decir, de la parte más abrupta del sector montañoso, lo que indujo al comandante a pedir al Estado Mayor del Ejército que enviase al Batallón de alpinos «Piemonte».

A partir del 26 de marzo, la Agrupación pasó a depender de la División 5 polaca *Crassowa*. Mientras tanto, el comandante de la misma había estudiado un ataque a Monte Marrone-Monte Mare, que, con sus posiciones, dominaban a las circundantes fuerzas aliadas y sus correspondientes despliegues de artillería. La acción, que tenía que efectuar por sorpresa el Batallón «Piemonte», comenzó a las 3,30 horas del 31 de marzo, y a las 6,15 los elementos avanzados, y una hora después el grueso de las compañías, ocupaban la cresta del Monte Marrone, sin que se produjera reacción alguna por parte de los alemanes. Los paracaidistas y los *bersaglieri* completaron la ocupación por los dos lados. En conjunto, el nuevo trazado de la línea mejoró su capacidad defensiva y su seguridad. Los alemanes, a partir del 2 de abril, enviaron patrullas, que fueron rechazadas, como también lo fue el ataque apoyado por una notable potencia de fuego y efectuado por una compañía contra Monte Marrone. El 15 de abril, con una ulterior ampliación del sector de su responsabilidad, la Agrupación pasó a depender del Cuerpo de Ejército X británico.

El 17 de abril de 1944, la Agrupación, que tenía ya el aspecto y la consistencia de una gran unidad, de unos 9-10.000 hombres, recibió del Estado Mayor del Ejército la autorización para asumir (a partir del 22 de marzo y con aplicación práctica desde el 18 de abril) la denominación de Cuerpo italiano de liberación (CIL). La orden no preveía variaciones en la estructura orgánica; pero era lógico esperar que éstas se llevarían a cabo en un plazo más o menos corto. En aquella época, el Mando aliado había fijado en 14.100 hombres el límite de los efectivos del CIL, mientras que la fuerza total del Ejército italiano estaba establecido en 341.170 hombres. Después de mucho insistir se consiguió (16 de mayo) que la División paracaidista «Nembo», procedente de Cerdeña, pasase a depender operativamente (26 de mayo) del CIL. Con ésta y otras aportaciones, su fuerza ascendió a 24.000 hombres, muy por encima, pues, de los límites establecidos por los Aliados.

El 11 de mayo, a las 23, comenzó el ataque que condujo a la ruptura del frente entre Cassino y el mar. En esta ofensiva, el CIL, encuadrado en el Cuerpo de Ejército X británico, participaría con objetivos limitados, realizando acciones de patrulla y golpes de mano para impedir que las tropas alemanas rompieran contacto. Previendo el repliegue alemán, el CIL preparó la Operación «Chianti», que comenzó el 27 de mayo. El ciclo operativo duró hasta el 30, y a pesar de que el terreno accidentado permitía a las tropas alemanas obstaculizar el avance sin empeñar sus fuerzas, se alcanzaron todos los objetivos en los tiempos programados. Después, el CIL estuvo disponible para su utilización en otro sector.

En efecto, en el curso de los días 1, 2 y 3 de junio se trasladó a la zona de Lanciano (Treglio-Arielli-Castel Frentano), encuadrado en el Cuerpo de Ejército V británico. Su empleo en el sector adriático fue sustancialmente distinto al del período invernal, tanto por la situación operativa general como por la naturaleza y las características ambientales del sector. Allí se puso de relieve la escasez de medios del CIL, por lo que el mando británico decidió asignarle un batallón de carros de la Brigada Acorazada 7 británica, el Regimiento de Artillería de campaña 166, un batallón de ametralladores de la División india, tres grupos de artillería contracarros y una escuadrilla de observación aérea.

La responsabilidad del sector fue asumida por los italianos el día 7 de junio; el CIL estaba desplegado entre la División 4 india a la derecha y la «Fuerza D» a la izquierda; frente a él había unidades de la División de infantería 278 alemana, organizadas en pequeños reductos constituidos en puntos elevados o en grupos de casas, rodeados por alambradas o por campos de minas. El conjunto podía defenderse utilizando fuerzas relativamente exiguas.

El 8 de junio se reanudó la ofensiva en el sector adriático; el CIL debía apoyar la acción de la División 4 india, extendiendo después el ataque hacia el Oeste, donde, sin embargo, encontraron una resistencia y una reacción cada vez mayores por parte del enemigo. Las interrupciones y los campos de minas dificultaron aún más la marcha; pero, a pesar de todo, el día 9, a las 18 horas, los paracaidistas llegaron a Chieti y la ocuparon y el 11 por la tarde pasaron el río Pescara, mientras una patrulla de motoristas llegaba a Sulmona para establecer contacto con las unidades británicas que operaban por la izquierda.

Tras establecerse temporalmente a la defensiva al otro lado del río Pescara, el CIL procedió a rastrillar la zona y lanzó puntas de exploración que llegaron a L'Aquila (13 de junio) y Teramo (15 de junio).

A partir del 17 de junio el CIL pasó a formar parte del Cuerpo de Ejército II polaco, cuyo cometido era perseguir al enemigo a lo largo de la dirección adriática y alcanzar Ancona. El CIL debía cubrir el flanco del Cuerpo de Ejército, procediendo a lo largo de la dirección Chieti-Teramo-Ascoli Piceno-Macerata-Iesi.

A causa de su rápido proceder, el CIL se encontró amplia y peligrosamente escalonado en profundidad, por lo que, adoptando una actitud estática en el Chieti, procedió a cerrar entre sí las unidades; pero antes de que terminara esta operación tuvo que entrar en acción (26 de junio) para apoyar al Cuerpo de Ejército II polaco, que había decidido atacar Ancona con una acción frontal y una maniobra envolvente. Pero un avance de exploración hacia Macerata (25 de junio) provocó una reacción alemana tan violenta que se consideró aconsejable suspender la proyectada acción. Después de una gran actividad de patrullas, el día 29 se reanudó la maniobra, y el 30, mientras otras unidades cerraban sobre la primera línea para llevar a cabo el ataque, los alemanes emprendieron la retirada. Macerata y Tolentino fueron ocupados aquel mismo día, y el 1 de julio un grupo táctico de la División «Nembo» consiguió cruzar el río Potenza. Terminada esta acción, el CIL pasó a segunda línea en la zona de Macerata.

Pero el 2 de julio se revocó esta orden de paso a segunda línea; pues el ataque frontal a las posiciones de Monte Conero y del puerto de Ancona había resultado ser operación difícil y el CIL debía facilitar su ejecución conquistando Filottrano.

Se confió la operación a la División «Nembo», que en el curso de los días 2, 3 y 4 de julio hizo avanzar a sus unidades al otro lado del torrente Fiumicello, hacia la población. A pesar de la estrecha cooperación con unidades acorazadas polacas, los paracaidistas no consiguieron avanzar porque la ciudad, situada en la cima de la colina, dominaba todas las posibles direcciones de ataque y además las sólidas construcciones resistían el bombardeo de la artillería.

El día 4, un contraataque alemán, apoyado por un intenso fuego de artillería y de morteros, aunque contenido por la enérgica reacción de los paracaidistas, hizo aconsejable trasladar de nuevo todas las unidades a la orilla derecha del torrente.

Unos días después, el 8 de julio, se lanzó un nuevo ataque; los asaltantes llegaron al margen oriental de la población; pero a las 15, un contraataque alemán, apoyado por carros de combate y cañones autopropulsados, rechazó a las unidades avanzadas, mientras la 45.ª compañía resistía tras hacerse fuerte en el hospital. Hacia las 19, dos compañías paracaidistas establecieron de nuevo contacto con la 45.ª compañía, mas un nuevo contraataque alemán no les permitió afianzarse. Al fin, a la mañana siguiente, las patrullas mandadas para que efectuaran un reconocimiento encontraron poca resistencia, y tras un breve enfrentamiento pudo ocuparse la población.

Después de ocupar Filottrano, el avance continuó hacia el Norte. La reacción alemana contra la cabeza de puente sobre el Esino demostró que era equivocada la valoración del Servicio de Información del Cuerpo de Ejército II polaco, según la cual las tropas alemanas se estaban replegando hacia la Línea Gótica. También en el Misa la resistencia alemana dificultó el avance, imponiendo algunos días de detención. Pero, una vez pasado el Misa, elementos del Regimiento «San Marco» y de la División «Nembo» alcanzaron, el 4 de agosto, respectivamente, Ostra Vetere y Serra de Conti, y aquella misma tarde el 3.er Regimiento de alpinos ocupó Barbara. Se rebasó a continuación el Cesano y se liberaron Corinaldo y Castelleone di Suasa.

La estructura orográfica propia del norte del Cesano indujo al mando aliado a desplazar al CIL al sector comprendido entre Sassoferrato y Gubbio. Este sector, amplio pero compartimentado, permitió utilizar sólo una parte de las fuerzas, enviando a las restantes a una zona de reordenación al sur de Macerata. El avance prosiguió el 18 de agosto; el 25 el CIL pasó a depender del Cuerpo de Ejército V británico, encuadrado en la División 4 india, y el 27 de agosto asumió un nuevo despliegue para proteger el flanco izquierdo de dicha división. En el cumplimiento de este cometido llegó a Urbania (29 de agosto), Urbino (30 de agosto) y Peglio (30 de agosto).

Concluía así el ciclo operativo del CIL, que, desde el 18 de abril hasta el 31 de agosto de 1944, había tenido 377 muertos y 880 heridos.

Continuador de la obra iniciada por la I Agrupación motorizada, alcanzó los objetivos que le habían asignado, tanto en el campo de batalla como en la consecución de una participación italiana cada vez más amplia en la guerra de liberación.

El general Umberto Utili, en su último orden del día, comunicaba a sus tropas la disolución, el 24 de septiembre de 1944, del Cuerpo italiano de liberación. En sus palabras, con orgullo de comandante, pudo decir a sus soldados: «...No se disuelve, y espero que no disolverá jamás en nuestros corazones, el patrimonio común de las vicisitudes nobles y duras que hemos vivido juntos y del justificado orgullo por estas vicisitudes que tienen un valor histórico para nuestro país...».

DINO SALSILLI, CORONEL

Estudió en la Reggia Accademia de Turín y fue nombrado alférez de Artillería en 1934. Participó en la ocupación de Albania, luchó en el frente griego-albanés (donde obtuvo una condecoración al valor) y luego en la campaña de Italia, siempre en calidad de comandante de batería. En 1947 estudió en la Escuela de guerra, y después prestó servicio en el Estado Mayor del Ejército. A partir de 1957 ha ocupado puestos operativos y de adiestramiento en la Artillería antiaérea, uno de cuyos regimientos mandó. Actualmente ocupa un cargo en la rama de transportes del Estado Mayor del Ejército.

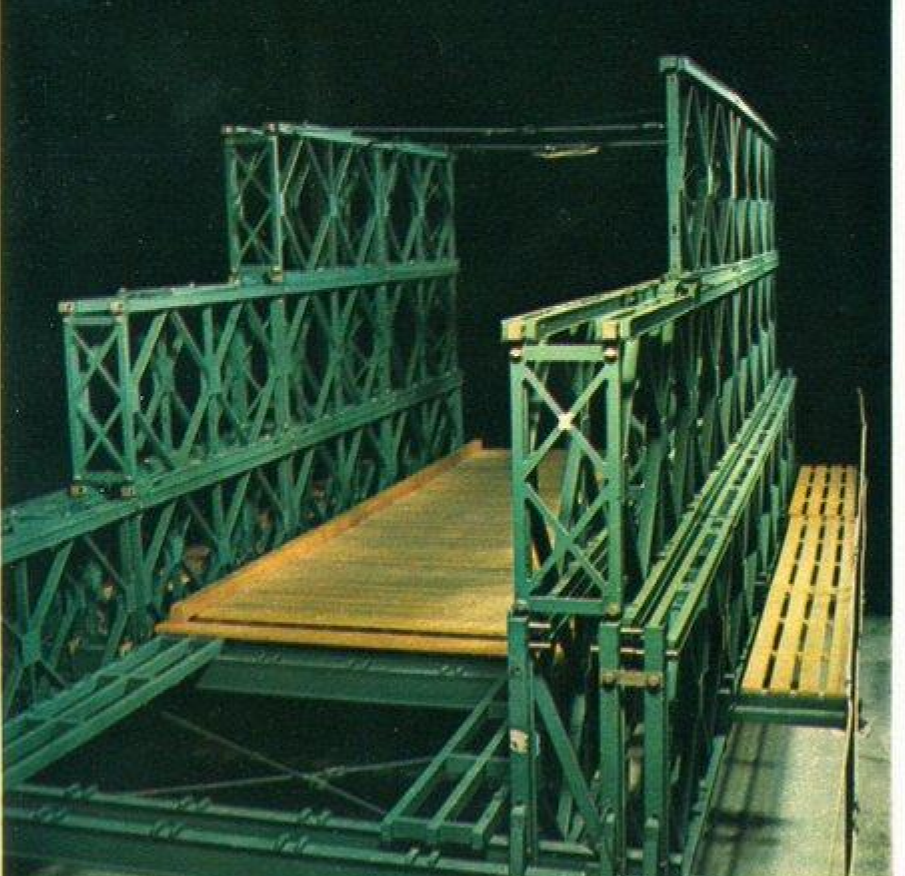
LAS FUERZAS ACORAZADAS EN ITALIA

Después de llegar al borde de la llanura del Po, parecía que los Aliados estaban ya en condiciones de aprovechar su superioridad para aniquilar definitivamente a las fuerzas alemanas; pero, como señala el autor de este capítulo, no hay escenario bélico tan engañoso para el estratega teórico como el territorio italiano.

R.L.V. ffrench Blake, teniente coronel

En sus memorias, Kesselring atribuye el buen resultado de la retirada alemana a los siguientes factores: la incapacidad de la Aviación aliada para alcanzar los objetivos que se le presentaban, la prudencia de las fuerzas terrestres, el hecho de que el frente fuera demasiado extenso y, finalmente, la no realización de desembarcos tácticos y lanzamientos paracaidistas en zonas situadas a retaguardia del frente alemán. Alexander, por su parte, subraya también en sus memorias y en su correspondencia oficial, que el general Mark Clark, después de la ruptura del frente en Anzio, cambió equivocadamente de dirección hacia Roma en vez de apoderarse de Valmontone, como antes se había decidido, por lo que no consiguió cercar a las fuerzas alemanas. Asimismo, las fuerzas que mandaba Alexander quedaron bastante debilitadas a causa de la sustracción, durante la persecución del enemigo, de cuatro divisiones americanas y tres francesas para destinarlas a la Operación «Anvil». Finalmente, no se disponía de aviones ni de medios de desembarco para operaciones tácticas. Sin embargo, con cuatro divisiones acorazadas y gozando del completo dominio del aire, parece totalmente incomprensible, en teoría, que las fuerzas aliadas fueran incapaces de impedir que Kesselring hiciera pasar el resto de sus fuerzas al otro lado del Tíber y que las volviera a desplegar en Umbría y en Toscana.

No hay teatro de operaciones más engañoso que el territorio italiano para el estratega teórico. Un examen de las zonas llanas de Toscana y de Umbría demuestra claramente que no eran, desde luego, el terreno ideal para las operaciones con medios acorazados. En unos 200 km de carretera, entre Roma y Livorno, hay 60 puentes principales sobre cursos de agua señalados en un mapa. Por otra parte, toda Toscana y Umbría son una sucesión de colinas y de ríos cuyas crestas y cursos tienen una dirección perpendicular a la dirección Sur-Norte, seguida por los Aliados. Por añadidura, la notable extensión de los cultivos en terrazas hace muy difíciles los movimientos fuera de los caminos y de las carreteras.



EL PUENTE «BAILEY» El puente *Bailey* británico fue el puente militar que conoció los más variados usos durante la segunda Guerra Mundial. Era un puente de carreteras sobre apoyos fijos, cuya calzada se apoyaba en dos vigas principales del tipo de paneles, de 3,5 m de longitud, y unidas por vigas de enlace. Estos elementos, colocados en su emplazamiento, ya fuera a mano o con ayuda de maquinaria y montados a menudo bajo el fuego enemigo, podían reforzarse para soportar cargas mayores de 100 t sobre una luz de más de 60 m. *(History of the Second World War)*

Además de estos obstáculos naturales hay que considerar también el hecho de que ya se estaban alejando los tiempos en que el carro de combate era el rey de las batallas. La potencia de las armas convencionales contracarros aumentaba continuamente; el cañón contracarro de tracción mecánica estaba ya superado, y se le sustituía ya por cañones especiales autopropulsados, muy bajos, sin torreta y con un potente cañón montado detrás de una coraza inclinada de notable espesor. Los alemanes también habían colocado, en posiciones fijas de hormigón, cierto número de torretas de carro de combate *Tigre*, muy difíciles de desmantelar, pues sólo el tiro directo de la más potente arma contracarro británica, de 17 libras, podía destruirlos.

La adopción de estos dos tipos de armas obligó a los Aliados a adoptar de nuevo la táctica de utilizar cierto número de carros de combate, provistos de cañones adecuados, para cometidos especiales, y se estaba demostrando la necesidad de recurrir a soluciones de emergencia, como la de instalar el cañón de 17 libras sobre el casco de los carros *Sherman*. Los americanos, por su parte, estaban reequipando a sus fuerzas con una versión alargada del cañón de 75 mm, conocido como 76 mm. Pero la mayor velocidad inicial de este cañón de 76 mm lo hacía menos eficaz como pieza de artillería, pues su trayectoria tensa creaba problemas para el tiro por encima de los obstáculos; en consecuencia, resultaba mucho más difícil utilizarlo asentado detrás de pequeños obstáculos, en la posición llamada «de torreta cubierta» (es decir, oculto al enemigo), y en acción contra cañones contracarros. (Disparando con la «torreta cubierta» el carro de combate se encuentra con la torreta completamente por debajo de la parte superior del obstáculo, y el apuntador no puede ver el objetivo. El jefe de carro observa y corrige el tiro desde su posición elevada sobre la citada torreta, o bien avanzando a pie hasta la cima del obstáculo y comunicándose con el apuntador por medio de un teléfono).

Nuevas armas ligeras y de bajo coste pero mortales

A este clásico duelo entre coraza y proyectil se añadió otro elemento de notable sencillez y eficacia. Se descubrió que una carga de explosivo, modelada con sección hueca en forma de parábola y que parecía el interior de un plato sopero, si alcanzaba una coraza provocaba en ella un agujero. Estas «cargas huecas» primero se aplicaron a mano sobre el carro de combate, pero después se elaboraron nuevos métodos, que en su mayoría se basaban en la utilización de simples cohetes. Existía a la sazón un número notable de armas contracarro individuales, y todas ellas utilizaban simples medios de lanzamiento, como el *bazooka* americano o el *Panzerfaust* alemán. Cada soldado podía llevar una de estas armas. Eran ligeras, de fácil manejo y baratas.

VEHÍCULOS ESPECIALES DE INGENIEROS

En la guerra la movilidad es un elemento vital, tanto en la zona avanzada como en la retaguardia, para llevar a cabo el despliegue de las fuerzas y para asegurar la llegada de abastecimientos y de refuerzos. En la campaña de Italia –donde el terreno, con sus escarpadas colinas, los ríos, gargantas y muchos otros obstáculos proporcionaba a la defensa una ventaja notable– los problemas del movimiento eran mucho más numerosos. En efecto, se debía eliminar cada obstáculo bajo el fuego enemigo; por este motivo se construyeron vehículos acorazados especiales, que podían batir a los defensores mientras trazaban un camino para las tropas.

"Churchill Ark"

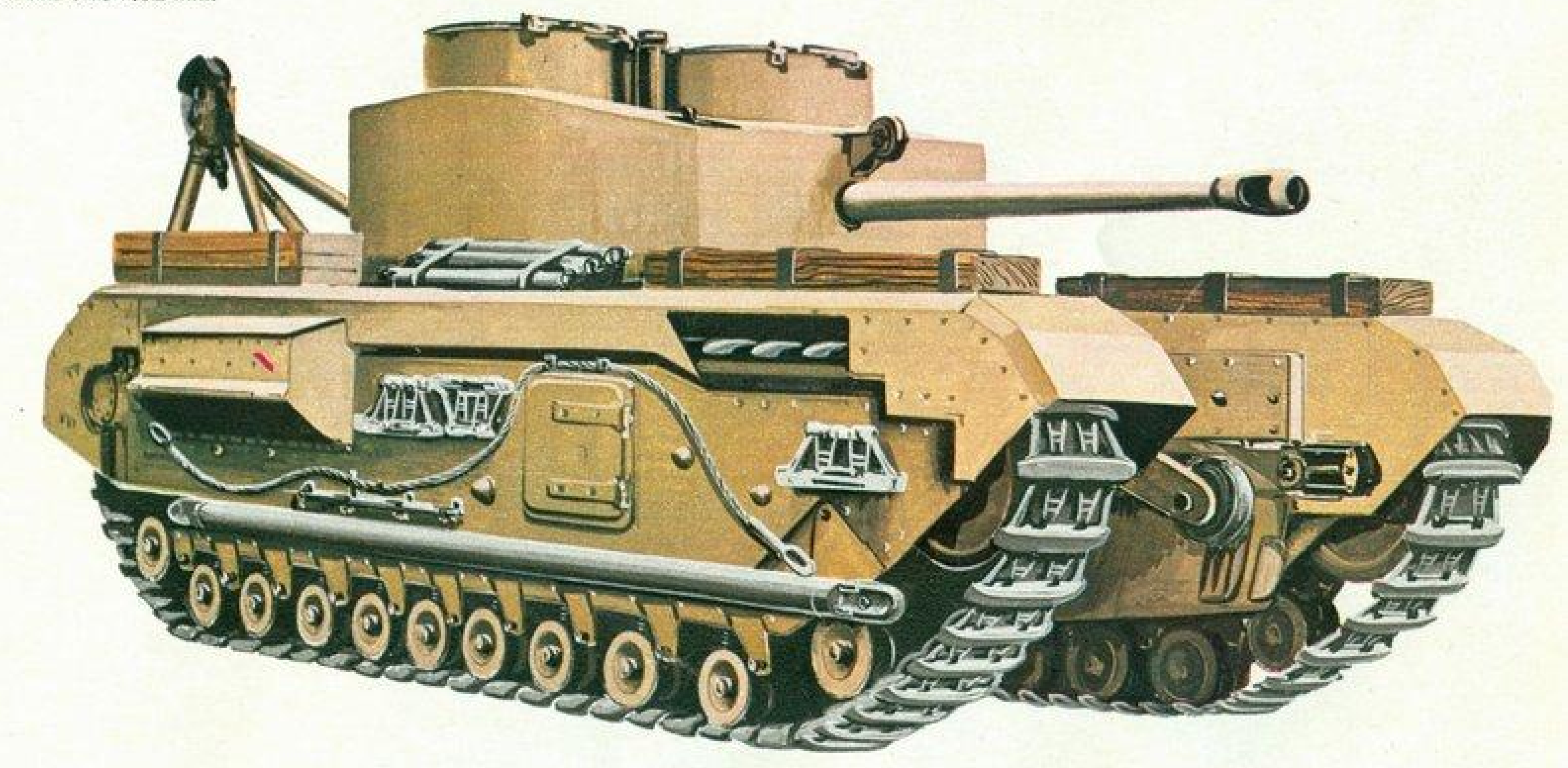
Casco de carro de combate *Churchill Mk III*, desprovisto de la torreta y dotado de rampas abatibles por encima de las orugas que permitían extender un paso de 3,5 metros tanto en la parte anterior como en la posterior.
Peso: 38,1 t. **Velocidad:** 26 km/h.
Autonomía: 200 km, aproximadamente.
Tripulación: dos hombres.
Armamento: una ametralladora de 7,92 mm.

Carro de socorro "Sherman"

Vehículo especial de ingenieros norteamericano construido sobre un casco del *Sherman Mk IV*. Estaba dotado de una falsa torreta y equipado con un carro de socorro británico.
Peso: 34 t. **Velocidad:** 32 km/h.
Autonomía: 196 km.
Tripulación: de 4 a 8 hombres.
Armamento: una ametralladora de 7,62 y un mortero de 50 mm para lanzar granadas fumígenas.

Carro de socorro "Churchill"

Construido con el casco del *Mk IV*. La torreta normal fue sustituida por una torreta fija, con un cañón falso y dos escotillas. El equipo especial comprendía: una polea anterior para 7,5 t y otra posterior para 15 t; además, un cabrestante de dos velocidades con capacidad de arrastre de 25 t.
Peso: 33 t. **Velocidad:** 26 km/h.
Autonomía: 200 km, aproximadamente.
Tripulación: de 3 a 8 hombres.
Armamento: una ametralladora de 7,92 mm.



John Batchelor

Las minas y las trampas explosivas, que ya habían aparecido en gran número en el Norte de África, también estaban ahora muy extendidas; pero en el frente italiano la principal arma de defensa era la carga de demolición. El grado de destrucción que los alemanes llegaron a conseguir requiere una especial descripción. Debe considerarse como un milagro de organización logística el hecho de que un número reducido de medios de transporte, muchos de ellos de tracción animal, consiguieran llevar una cantidad tan grande de explosivos al lugar exacto y en el momento preciso. Se puso en práctica todo posible medio de demolición conocido por los técnicos: se demolieron puentes, conducciones subterráneas y casas; a cada kilómetro de carretera se encontraban extensas interrupciones.

Antes de que los ingenieros pudieran efectuar un reconocimiento, la infantería tenía que constituir una cabeza de puente alrededor. Así, el reconocimiento debía llevarse a cabo bajo la protección de un intenso fuego de barrera; en consecuencia, no se podía empezar ningún trabajo antes del anochecer, y una vez despejados los escombros de minas y de trampas explosivas los *bulldozers* podían avanzar para aplanar el terreno y preparar el paso. El puente debía transportarse hasta el lugar y montarse antes del amanecer, pues de otro modo el enemigo lo destruiría de nuevo al día siguiente. Los *bulldozers*, entonces desprovistos de coraza, eran tan valiosos e indispensables que no podían exponerse al fuego enemigo, pues si éste los destruía debería interrumpirse el avance.

Las divisiones aliadas que llevaban a cabo la persecución no eran tropas frescas, sacadas de la reserva, sino las mismas que habían participado en la batalla de ruptura y que combatieron durante una o varias semanas antes de conseguir romper el frente. Después habían permanecido en primera línea durante tres largos meses, abriéndose camino con dificultad hacia la Línea Gótica. Al aumentar la fatiga y el agotamiento se hizo cada vez más difícil llevar a cabo un esfuerzo suplementario para aislar y aniquilar a cualquier unidad de las fuerzas que se replegaban.

Durante la segunda Guerra Mundial, los alemanes criticaron con frecuencia a los ingleses por su incapacidad para sostener el esfuerzo de una batalla después del primer enfrentamiento. Pero, en realidad, la historia de la guerra abunda en ejemplos de desaprovechamiento y de aprovechamiento a tiempo del éxito tanto en un bando como en el otro.

En lo que se refiere a los ingleses, una de las razones de esta incapacidad era la organización de las divisiones acorazadas, equipadas para cumplir el cometido que se les había asignado desde un principio, es decir, vencer las batallas a base de una penetración profunda en el territorio enemigo.

En 1939, una división acorazada normal estaba constituida por dos brigadas acorazadas y un grupo de apoyo, formado por un regimiento de artillería de campaña y dos batallones motorizados: así, pues, seis batallones de carros para dos batallones de infantería. En 1940 se asignó a cada brigada acorazada un batallón motorizado, lo que elevaba los batallones de infantería a un total de tres. Además, se añadió un regimiento mecanizado. En 1941, durante la visita del rey a la División Acorazada 6, en Lakenheath, los componentes del *Army Council* (Consejo Superior del Ejército) quedaron tan impresionados ante la dificultad de movimiento de una masa de 400 carros de combate que decidieron disminuir el contingente acorazado, reduciéndolo a una brigada, que comprendía un batallón motorizado propio. De esta forma, la división se componía de una brigada acorazada y una de infantería. La artillería se fijó en dos regimientos de campaña, uno contracarro y otro antiaéreo.

Esta estructura orgánica ya no cambió en toda la guerra; pero, en Italia, la utilización de los carros de combate se veía tan dificultada por la naturaleza del terreno que se decidió añadir a cada división una segunda brigada de infantería. La División Acorazada 6 se componía así de una brigada acorazada, una motorizada (los *Greenjackets*, chaquetas verdes) y otra de infantería (brigada de Guardias). En teoría, cada regimiento acorazado podía contar con el apoyo de todo un batallón motorizado.

Las deficiencias que se dejaban sentir en las dotaciones eran principalmente de medios de transporte y de los escalones logísticos que seguían a las unidades de carros. Estas últimas necesitan, en sus inmediaciones, abastecimientos de municiones y de carburante y unidades de Sanidad. Por su parte, la reserva logística de primera línea (o «escalón A1», como se le llamaba entonces) debía estar en condiciones de seguir a los carros de combate allí donde fuesen. En otras palabras, los vehículos que acompañan a los carros de combate han de ser orugas y acorazados, y en aquella época no eran ninguna de las dos cosas. El «escalón A1» disponía tan sólo de vulgares camiones de tres toneladas. A su vez, los batallones motorizados estaban dotados de *Bren-carrier*, unos pocos vehículos semiorugas y pequeñas autoametralladoras de reconocimiento con cuatro ruedas. Incluso a estos últimos les resultaba muy difícil seguir a los carros de combate por terrenos accidentados. Más tarde, con los carros de combate ligeros, tomados de los escuadrones de exploración del regimiento acorazado y privados de su torreta, fue posible, recurriendo a cierta improvisación, formar un pequeño «escalón A1» de emergencia. Sin embargo, este escalón no estaba en condiciones de abastecer de carburantes y de municiones a todo un regimiento de carros. (Hay que recordar que los carros de combate son autosuficientes, por lo menos durante una semana en lo que respecta a los víveres y al agua que llevan a bordo).

La falta de vehículos de transporte acorazados y de vehículos orugas que siguieran a los carros de combate no debe imputarse a los precursores de la utilización de los medios acorazados, que afirmaron siempre su necesidad, sino que ha de atribuirse, en parte, a razones económicas y en parte al hecho de que, durante la primera fase de la guerra, todos los criterios de utilización de los carros de combate por parte británica se remontaban a la experiencia de la guerra en el desierto occidental, donde ruedas y orugas acababan siendo equivalentes.

¿Tácticas superadas?

Pero ¿había, no obstante, otras deficiencias fundamentales en los Estados Mayores británicos y en el adiestramiento del Mando para aprovechar el éxito y la persecución? ¿Se habían comprendido realmente los complicadísimos problemas vinculados con el paso de las fuerzas perseguidoras a través de las brechas abiertas por la acción de ruptura? ¿Se tuvo en cuenta todo esto en la fase de adiestramiento?

¿Se había estudiado a fondo el escenario bélico italiano y se habían hecho planes adecuados después de la conclusión de la campaña de África? Aunque la División Acorazada 6 no llegó a Italia hasta principios de marzo de 1944 y la invasión de la península se inició seis meses antes, ninguno de los oficiales de los regimientos fue enviado allí con antelación para estudiar el nuevo sector de operaciones, y, por lo tanto, se mantuvo el adiestramiento adquirido en el Norte de África.

La guerra en Italia fue, sobre todo, una guerra de montaña, de rígidas reglas, con las tropas avanzando por los valles y montañas. Las montañas debían conquistarse y defenderse con decididos ataques de la infantería, apoyada por un eficiente sistema de abastecimientos que permitiera a las tropas hacer frente a los contraataques enemigos y soportar adecuadamente las malas condiciones atmosféricas.

Los alemanes, siempre hábiles en la defensa, aprovecharon magistralmente la naturaleza del terreno durante su retirada a través de toda la península. Más de una vez los Aliados estuvieron a punto de arrollar sus fuerzas, y no se puede dejar de admirar la forma en que continuaron batiéndose hasta el final de la campaña. De momento los dejamos, a principios de septiembre, en las posiciones fortificadas de la Línea Gótica, mientras las divisiones acorazadas aliadas hacen una pausa en el valle del Arno después de la larga persecución.

Carros de combate aliados atravesando la población de Impruneta, durante el avance hacia el Norte. *(Imperial War Museum)*



OPERACION "PANZERFAUST"

Charles Foley

El año 1944 trajo un amargo soplo de realidad a Hungría, el más fiel aliado de Alemania en Europa central. Los rusos estaban avanzando hacia sus fronteras y se imponía intentar pactar con Moscú. Hitler, sin embargo, estaba decidido a mantener a los húngaros unidos a su destino, ya que su territorio era económica y militarmente vital para la supervivencia de Alemania. Como los métodos demasiado duros provocarían inútiles antagonismos, para resolver la delicada cuestión de la eliminación del regente, Hitler se dirigió una vez más al hombre que de una manera tan sumamente hábil había liberado a Mussolini: al coronel Otto Skorzeny.



El conde Franz Szlasi, nombrado primer ministro de Hungría el 16 de octubre de 1944, tras el derrocamiento del almirante Horthy, revocó inmediatamente el armisticio que el regente estableciera con la Unión Soviética. (Archivo Rizzoli)

Después de la rendición de Italia, en septiembre de 1943, Hungría era el aliado más importante de Hitler en Europa central; sin embargo, todos los políticos húngaros de sentido común, capitaneados por el almirante Horthy, el regente, sabían perfectamente que las fuerzas alemanas no tardarían en ser derrotadas en el frente oriental. Estaban convencidos de que lo mejor para Hungría era cortar lo antes posible todas sus relaciones con Alemania, y, con este fin, ya en agosto de 1943 habían entablado negociaciones secretas con los Aliados.

Horthy deseaba evitar la ruptura definitiva con Hitler hasta el momento en que las fuerzas aliadas estuvieran lo suficientemente cerca para apoyar a Hungría cuando ésta se separase de Berlín; pero incluso antes de que llegase este momento, intentó repetidas veces obtener la retirada de las tropas húngaras del frente soviético. Esta actitud irritó a Hitler y le impulsó a quemar etapas. El 17 de marzo de 1944 convocó a Horthy en Baviera, y durante las conversaciones le dijo muy claramente que Hungría debía cooperar con Alemania con la máxima dedicación, pues de lo contrario la ocuparían las tropas alemanas. Horthy tenía pocas posibilidades de elección, por lo que tuvo que prometer que continuaría colaborando con Alemania; pero, en realidad, Hitler no había dado ninguna alternativa, y al volver Horthy a Budapest las tropas alemanas ya habían ocupado el territorio húngaro como medida de seguridad.

En agosto de 1944, las conquistas soviéticas obligaron a Rumania a firmar el armisticio y las tropas del Ejército ruso llegaron a las primeras estribaciones de los Cárpatos. Horthy se dio cuenta una vez más de que era necesario llegar a un acuerdo con Stalin para evitar que Hungría acabase como Rumania, y decidió enviar una misión a Moscú que, el 11 de octubre, firmó un armisticio preliminar; esta fue la razón que indujo a Hitler a poner en marcha la operación para derrocar a Horthy.

El 10 de septiembre de 1944, Otto Skorzeny, el hombre que había liberado a Mussolini, recibió inesperadamente la orden de presentarse en la *Wolfsschanze*, la sede del Mando Supremo de Hitler, en Prusia oriental, donde el general Jodl le dijo que deseaba que estuviese presente en una serie de discusiones de alta estrategia, lo que le serviría para una misión que Hitler tenía intención de confiarle.

Una noche, Hitler, después de una reunión, le indicó que se quedara. Se acomodaron en sillones junto con Keitel, Jodl, Ribbentrop y Himmler. Ribbentrop tenía la expresión de un animal acorralado: era evidente que se había convocado al ministro de Asuntos Exteriores para que rindiera cuentas de la situación, pues su extraño sistema político, constituido por estados fantoche y reinos de tres al cuarto, había demostrado carecer de consistencia.

Hitler comenzó con un sarcástico preámbulo. Dijo que tenía noticias para ellos: sus diplomáticos habían superado, finalmente, la estupidez de los generales. Habían dejado que el único aliado que le quedaba se uniese a los rusos; habían demolido su último reducto; probablemente le habían hecho perder la guerra. Hungría era su último aliado. Si Hungría desertaba, Alemania se desmoronaría, no cabían otras posibilidades. Hungría era para Alemania la última fuente de petróleo, de cereales y de bauxita (para el programa de los aviones a reacción). Pero el factor económico no lo era todo. Con el derrumbamiento de Hungría, 70 divisiones quedarían aisladas del frente principal; Italia y Grecia, todo lo que quedaba de la Europa ocupada, sería eliminado en una semana, y el Ejército ruso llegaría a territorio austriaco por las llanuras del Danubio.

Alemania estaba a punto de ser traicionada, prosiguió Hitler, por alguien que se encontraba fuera de su radio de acción: el almirante Horthy, regente de Hungría. Sabía que había entablado negociaciones con el enemigo; primero con los ingleses, ahora con los rusos.

Entonces Hitler, dirigiéndose a Skorzeny, dijo: «Usted, Skorzeny, se encargará de ese almirante Horthy».

La misión era muy difícil y delicada: sacar el aguijón de Horthy sin que se le echase encima todo el enjambre de avispas. Hitler puntualizó que con un solo movimiento debía derribarse al regente y al Gobierno. Pero Horthy estaba preparado para lo peor; Skorzeny sabía muy bien que, después de la liberación de Mussolini, Horthy había tomado sus precauciones contra un posible rapto. No era cuestión de adoptar medidas tímidas: se debía tomar el castillo por asalto.

Antes de despedirse de él, Hitler le dio a Skorzeny una hoja de papel en la que se leía: Del *Führer* y Canciller del Reich

El comandante Skorzeny ha recibido directamente de mí órdenes personales y secretas de la máxima importancia. Todo el personal militar y civil deberá prestar el máximo apoyo al comandante Skorzeny y satisfacer cualquier petición suya.

(firmado) Adolf Hitler

Esta era una prueba de la mayor confianza: Hitler acababa de poner en sus manos unos medios que podían trastornar a Alemania. ¿Quién pondría en duda su autoridad o le negaría algo al hombre que estaba en posesión de semejante documento?

Sin embargo, Skorzeny se sentía más impresionado por la importancia de la misión que se le había confiado. ¿De que forma podría llegar hasta Horthy?

Unos días mas tarde, Skorzeny se encontraba en Budapest, como un turista, para efectuar personalmente un reconocimiento en la cima de la elevación del castillo, llevando la guía turística en la mano. Lo que pudo obervar confirmó sus peores temores. Las murallas encerraban una pequeña ciudad, con mansiones aristocráticas, embajadas, ministerios y cuarteles para una guarnición de miles de hombres.

Primer objetivo: el hijo del regente

El almirante Horthy se estaba comportando de forma extraña, y la explicación de esta actitud se buscó en una serie de coloquios privados que tuvieron lugar en Budapest y en los que tomaron parte muchas personas, demasiadas teniendo en

cuenta el secreto de la misión de Skorzeny. Todos estuvieron de acuerdo en afirmar que Horthy estaba bajo el influjo de su hijo Nicolás, un hombre de treinta años, brillante y alegre, al que se veía con frecuencia en los locales nocturnos de Budapest, pero que se interesaba también por la política. Nombrado recientemente sucesor en la regencia, Nicolás había recibido, de emisarios soviéticos, la seguridad de que la dinastía podría sobrevivir en la órbita de Moscú.

Horthy había mordido el anzuelo soviético, pero creía que nadie lo sabía, y la solidaridad entre alemanes y húngaros se mantenía solamente en apariencia. Sin embargo, algunos detalles le hicieron comprender a Skorzeny que los húngaros estaban preparados para hacer frente a cualquier sorpresa. Las explanadas en el monte del castillo se habían despejado, colocándose nuevos cañones y sembrando más campos de minas. También se había cercado tranquilamente la embajada alemana en el monte.

Fue entonces cuando un agente, que había conseguido introducirse en el círculo de Nicolás Horthy, comunicó que se estaba desarrollando en Budapest una segunda fase de negociaciones para llegar al armisticio, y que una delegación de comunistas yugoslavos se entrevistaría con Nicolás Horthy en una villa fuera de la ciudad. Era una ocasión ideal para capturar al «príncipe heredero» con las manos en la masa, y entonces, puesto ante las pruebas de su culpabilidad, el almirante Horthy tendría que abandonar a la fuerza su doble juego.

Skorzeny dispuso un cordón de hombres alrededor de la villa; pero cuando llegó el automóvil de Nicolás y los alemanes iban a entrar en acción vieron que del coche salía también el padre. Skorzeny, que había recibido órdenes precisas de evitar un enfrentamiento abierto con el regente ordenó a sus hombres que se retiraran. Pero el servicio secreto alemán se enteró de que se había preparado otra reunión para el domingo siguiente, 15 de octubre, para puntualizar las condiciones de rendición. En esta ocasión Nicolás iría solo, y el lugar de la reunión no sería una villa aislada, sino un despacho en el segundo piso de una casa situada en una plaza de la ciudad.

Skorzeny tuvo tiempo para elaborar nuevos planes; se alquilaron algunas habitaciones en el último piso del mismo edificio y cuatro agentes alemanes se establecieron allí con órdenes de irrumpir en el lugar de la reunión cinco minutos después de la llegada de Nicolás. Simultáneamente, otros alemanes penetrarían desde el exterior para sorprender a los conspiradores.

Llegó finalmente el momento de actuar, y los hombres de Skorzeny se dispusieron en la plaza sin despertar sospechas; pero, en cuanto el primer agente alemán pisó el escalón de la casa donde se estaba celebrando la reunión, los guardias húngaros abrieron fuego. Se produjo así un pequeño enfrentamiento a tiros en la plaza antes de que Skorzeny pudiera conducir a sus hombres al interior del edificio. Luego, en cuanto pasó el umbral, se encontró en medio de un grupo de personas que estaban luchando al pie de las escaleras: eran los agentes alemanes del último piso que se habían lanzado sobre los conspiradores y habían apresado a Nicolás Horthy. Los alemanes cogieron una alfombra del suelo del vestíbulo y un cordón de una cortina cercana y, en un instante, envolvieron, ataron y cargaron a Nicolás Horthy en un camión que partió a toda marcha en dirección al aeropuerto.

Skorzeny los siguió en un automóvil tras conseguir esquivar a dos compañías de soldados húngaros que habían llegado como refuerzo. Aquella noche, en el aeropuerto, se pudo ver una alfombra cuidadosamente enrollada, de la que salían gritos de protesta mientras la subían a un avión. Nicolás Horthy volaba hacia Alemania. Hasta aquel momento todo se había desarrollado de la mejor de las maneras: con pocas bajas se acababa de aliminar una pieza importante. Ahora faltaba por ver cómo reaccionaría el almirante Horthy.

No fue preciso esperar mucho tiempo. A las dos de la tarde, en una transmisión radiofónica especial, el mismo regente atacó a sus aliados alemanes. Horthy terminó así el discurso: «Está ya claro que Alemania ha perdido la guerra. En consecuencia, Hungría ha negociado un armisticio preliminar con la Unión Soviética y cesarán sus hostilidades contra ésta».

Los comandantes alemanes del frente de los Cárpatos no tuvieron tiempo de impedir que el comandante en jefe húngaro, general Miklas, cruzase las líneas con algunos oficiales de su Estado Mayor. No obstante, quedaron agradablemente sorprendidos al observar que las tropas húngaras se mostraban reacias a suspender los hostilidades antes de recibir oficialmente la orden.

Skorzeny consideró que había llegado el momento de atacar el castillo, y si los alemanes actuaban oportunamente podrían, una vez más, dar la vuelta a la situación a su favor. El *Brigadeführer* de las SS Bach-Zelewski pensaba destruir el castillo con el mortero gigante, que había sido utilizado en Sebastopol y en Varsovia; pero Skorzeny se opuso a este proyecto: Hitler quería que Hungría volviese a su esfera de influencia y no deseaba empujarla a los brazos de Stalin.

«Panzerfaust»: un golpe rápido y preciso

El plan de Skorzeny preveía que la división alemana, o lo que quedaba de ella, no abandonase las posiciones que rodeaban la elevación del castillo, dando a entender que su intención era mantener un largo asedio. El ataque se lanzaría al amanecer. Dos batallones efectuarían algunas incursiones por el perímetro para distraer a Horthy, y mientras tanto se lanzaría el ataque principal como una estocada entre las costillas o, para usar un símil más adecuado a los tiempos, como un proyectil disparado por un lanzacohetes que, con un solo golpe, podía destruir un carro de combate. *Panzerfaust* era el nombre de esta arma, y se adaptaba muy bien para indicar esta acción.

La tensión se acentuó hacia medianoche, cuando un oficial superior húngaro se acercó a parlamentar. Declaró que el deseo de Horthy de negociar la paz no excluía la amistad con los viejos aliados; pero a eso los alemanes tenían preparada la respuesta. ¿Por qué se retenía entonces a los diplomáticos alemanes en el interior del castillo? Y pidieron, como prueba de confianza, que se quitasen las barreras y las minas de la carretera que conducía a la embajada antes de las 6 de la mañana siguiente.

No obstante, al margen de lo que los húngaros decidieran hacer, los alemanes estaban dedicados de lleno a la Operación «Panzerfaust» y aceleraron los preparativos. Al amanecer, la columna de Skorzeny se dispuso a lo largo de las vías de acceso a la colina del castillo.

Skorzeny iba a la cabeza de la columna en un automóvil del mando, con cinco suboficiales, cada uno de los cuales llevaba granadas de mano y un *Panzerfaust*. Seguían cuatro carros *Pantera*, que pertenecían a unidades que se encontraban de paso hacia el frente ruso, pues en Budapest no había más que seis carros de combate alemanes. Detrás avanzaba un grupo de carros de combate teledirigidos en miniatura, los *Goliath*, que contenían una carga de explosivo y podían lanzarse contra una barrera para volarla. Luego, pelotón tras pelotón, venían las tropas de asalto, en camiones, con la orden tajante de no ser los primeros en disparar.

Ahora el factor esencial sería la suerte. Sin patrullas de exploración ni fuego de apoyo, Skorzeny se estaba dirigiendo hacia una zona enemiga potentemente fortificada; sin embargo, basaba sus cálculos y esperanzas en su conocimiento de la mentalidad del militar. Ninguna guarnición dispararía sobre un grupo de soldados que estaban marchando tranquilamente, soldados cuyas credenciales estaban garantizadas por una total falta de precauciones. No se había dado nunca un caso parecido. Pero si se equivocaba en sus cálculos, la columna quedaría completamente aniquilada.

El primer peligro eran las minas; pero en cuanto la columna tomó la primera subida (la larga y empinada carretera que conduce a la Puerta de Viena) se comprobó que los húngaros las habían quitado. El siguiente obstáculo lo constituía la barrera en la misma puerta; y asimismo, mientras el automóvil de Skorzeny se aproximaba, éste pudo observar que la habían abierto de par en par.

Llegó a la cima de la colina y dejó atrás los grandes cuarteles, ante las bocas de ametralladoras bien emplazadas, y prosiguió sin que se hiciera un solo disparo y sin volver la vista.

Fue entonces cuando empezó el extraordinario ataque contra el castillo. El carro *Pantera* de cabeza se precipitó hacia delante, pasando a través del muro, y Skorzeny se lanzó hacia el palacio a la cabeza de sus hombres. Agarrando a un oficial húngaro, que había salido a ver qué pasaba, Skorzeny le gritó que tenía que hablar con el comandante; el oficial se vio empujado hasta el despacho del comandante, al que informó de que los alemanes habían asumido el control del castillo y que una orden inmediata de alto el fuego evitaría un inútil derramamiento de sangre.

El estupefacto general húngaro, puesto en un aprieto, tenía pocas posibilidades de elección; pero el hábil manejo de los oficiales húngaros por parte de Skorzeny consolidó aún más su afortunado golpe de mano. Cuando hubo terminado su discurso, invitándolos a la colaboración, los oficiales se adelantaron de uno en uno para saludarle y estrecharle la mano, y después se fueron sin escolta. La colina del castillo estaba bajo el completo control de Skorzeny.

Pero, mientras tanto, el regente había desaparecido. Skorzeny encontró sus apartamentos vacíos; pero se enteró de que había dejado el palacio para colocarse bajo la protección del general Pfeffer-Wildenbruch, un pariente del ex Kajser. Unas horas después se anunció su renuncia a la regencia, y el Gobierno, que había quedado sin jefe, fue disuelto. El conde Szalasi, que gozaba de la confianza de los alemanes, se convirtió en primer ministro, y su primera medida fue anular el armisticio.

Al día siguiente del golpe de mano alemán, el nuevo ministro de la Guerra, general Bereckzy, fue a dar las gracias a Skorzeny por haber obligado a Horthy a abandonar el poder y por haber conquistado la colina sin dañar ninguno de los soberbios edificios. Skorzeny aceptó este homenaje rendido al Ejército alemán, sin decir nada del *Brigadeführer* de las SS Bach-Zelewsky ni de su tremendo mortero.

Tres días después, Skorzeny se encontró por vez primera con su antagonista. Le presentaron oficialmente al almirante Horthy en casa del general Pfeffer-Wildenbruch: Horthy fue trasladado a Alemania, y Skorzeny le explicó que viviría como huésped de honor en un castillo bávaro, un edificio realmente muy seguro.

La Operación «Panzerfaust» resolvió un problema dificilísimo para Hitler. El millón de alemanes que se encontraban en el frente de los Cárpatos no supieron nunca a qué peligro habían escapado, y el Ejército húngaro continuó batiéndose a su lado hasta el final.



CHARLES FOLEY

Como corresponsal en el extranjero y jefe de los corresponsales europeos del *Daily Express*, fue enviado a Hungría, en el período del derrumbamiento alemán, y entrevistó a muchos personajes de primer plano. Después encontró en España al coronel Otto Skorzeny, protagonista de este capítulo, y consiguió que éste le contara la todavía inédita historia de sus empresas, que publicó con el título de *Commando Extraordinary*. En 1955 Foley fundó y dirigió, en período de emergencia, el periódico *The Times* de Chipre y escribió a continuación *Island in Revolt*, un relato de la lucha en esta isla. Desde entonces ha publicado *The Memoirs of General Grivas* y *In God's Underground*, un libro sobre las prisiones de más allá del telón de acero. Actualmente vive en Roma, donde lleva a cabo una actividad periodística independiente.

LA RED DE ESPIONAJE DE SORGE

Richard Storry



El último acto de una de las operaciones de espionaje de mayor éxito de la guerra concluyó el 7 de noviembre de 1944, cuando los japoneses ajusticiaron a Richard Sorge. Durante ocho años, hasta poco antes del ataque a Pearl Harbor, Sorge, que fue corresponsal en Tokio de un periódico alemán, había mandado a Rusia informaciones detalladas sobre los planes alemanes y japoneses, incluyendo el ataque a la URSS. Aunque no era la única red de espionaje soviética que operaba en el Japón, la de Sorge fue sin duda la más famosa, y la compleja personalidad de su jefe fascina todavía a los que se interesan por esta actividad.

Uno de los ejemplos más extraordinarios de espionaje a alto nivel se descubrió en Extremo Oriente, poco antes de que los japoneses atacaran Pearl Harbor. En octubre de 1941, la policía de Tokio arrestó a Richard Sorge, corresponsal del periódico alemán *Frankfurter Zeitung*, bajo la acusación de haber organizado una red de espionaje a favor de la URSS.

Es fácil comprender por qué el Servicio de Información soviético sintió la necesidad de organizar una red de este tipo en Japón, especialmente durante los años treinta. Con notable anticipación sobre los primeros indicios de un entendimiento entre dicho país y Alemania contra la Unión Soviética, simbolizado por el pacto Anti-Komintern de 1936, los rusos temían un posible ataque japonés en Extremo Oriente. En efecto, la anexión de toda Manchuria, realizada entre 1931 y 1933, representaba, evidentemente, sólo el preludio de una expansión ulterior, y ésta podría producirse a costa de Siberia oriental.

No obstante, como sabían todos los diplomáticos y corresponsales en Tokio, era muy difícil descubrir la verdadera naturaleza de las intenciones del Japón. El secreto nipón parecía impenetrable. Para descifrarlo se requería tal conocimiento de la situación que sólo lo podía tener un profundo experto en los problemas de aquel país y de su pueblo.

Y Rusia supo escoger su hombre. En efecto, Richard Sorge poseía las cualidades apropiadas para desarrollar aquel tipo de trabajo: total fidelidad a Moscú, grandes dotes intelectuales, ingenio, excelente capacidad física y de trabajo. También contaba con un elementos esencial para permanecer largo tiempo en la brecha: suerte.

La suerte le proporcionó, en Tokio, dos importantes fuentes de información fidedigna situadas en las altas esferas: un periodista japonés y un oficial alemán.

Hotsumi Ozaki, el periodista, había conocido a Sorge en China, donde este último representaba a algunos periódicos europeos en Shangai. Bajo esta cobertura oficial, la misión de Sorge era obtener informaciones políticas y militares para Moscú. Ya tenía cierta experiencia en el trabajo clandestino, aunque en aquella época contaba poco más de treinta años. Hotsumi Ozaki era corresponsal del más importante diario japonés, el *Asahi Shimbun*. Marxista convencido, cosa que desconocían incluso sus mismos colegas del periódico, Ozaki estaba secretamente en contacto con algunos miembros del Partido comunista chino, a los que proporcionaba información sobre los planes y las actividades japonesas. Por mediación de Agnes Smedley, escritora americana y simpatizante de la causa comunista china, Ozaki conoció a Sorge, quien cultivó su amistad. Poco después, el *Asahi* reclamó a Ozaki al Japón y a Sorge lo llamaron a Moscú sus jefes, a fines de 1932. Más tarde, Sorge se estableció en Japón, y se puso en contacto con Ozaki, quien se prestó a ayudarlo.

Se produjo otro golpe de suerte cuando invitaron a Ozaki, como conocido experto en los problemas de China, a formar parte de un círculo no oficial, una especie de *trust* de cerebros, formado por burócratas, políticos, eruditos y periodistas, creado para aconsejar al príncipe Konoye, nombrado primer ministro en 1937.

Ozaki representaba para Sorge el «caballo de Troya» en el interior de los reductos de la fortaleza japonesa. Sin esta favorable situación, los informes del espía alemán para Moscú habrían perdido la mitad de su valor.

Poco después de su llegada al Japón, Sorge trabó amistad con un compatriota, un oficial del Ejército que después sería agregado militar y embajador. El general Eugen Ott llegó a depositar una confianza cada vez mayor en Sorge, y con el tiempo hubo pocos secretos sobre las relaciones de Alemania con el Japón que el embajador Ott no comunicara a Sorge.

Al estallar la guerra en Europa, Sorge ya era el jefe de una pequeña pero eficaz red de espionaje. Se enviaban por radio informaciones urgentes a una estación receptora, situada en Siberia, por medio de un transmisor portátil confiado a Max Klausen, un operador alemán adiestrado en Moscú.

Richard Sorge, corresponsal en Tokio del periódico alemán *Frankfurter Zeitung* y, desde 1934, jefe de una red de espionaje a favor de la Unión Soviética. Poseía las cualidades idóneas para desarrollar este tipo de trabajo: indiscutible fidelidad a Moscú, grandes dotes intelectuales, imaginación, excelentes condiciones físicas y de trabajo, y además, mucha suerte. *(Black Star)*

Las informaciones menos urgentes se enviaban por medio de microfilms, con agentes soviéticos con los que se organizaban encuentros secretos. El flujo continuo de informaciones transmitidas por medio de la radio de Klausen o en microfilms cubría una amplia y variada gama de sectores: políticos, militares, sociales y económicos.

La guerra puso a Sorge en contacto todavía más estrecho con la embajada alemana: en efecto, le encargaron que redactase el boletín diario elaborado por el Servicio de Información oficial transmitido desde Berlín. Y le asignaron incluso un despacho en la embajada.

A comienzos de mayo de 1941, llegó a Tokio un enviado especial del Ministerio de la Guerra alemán, el coronel Ritter von Niedermayer. Es muy significativo, para explicar la posición de Sorge, el hecho de que Niedermayer llevase una carta de presentación para él de parte del doctor Herbert von Dirksen, predecesor de Ott como embajador en Japón. Niedermayer le dijo a Sorge que la guerra contra la Unión Soviética era inevitable y que ya había sido completamente programada.

Esta inquietante noticia se transmitió inmediatamente a Moscú por medio de la radio clandestina de Klausen. Sin embargo, es probable que Stalin no tuviera en cuenta esta advertencia, procedente de uno de sus mejores agentes, más de lo que hacía con las que le llegaban de otras fuentes, incluyendo al Gobierno británico.

Después de producido este ataque, era de vital importancia para los soviéticos saber si los japoneses pensaban intervenir en Oriente, en apoyo de sus aliados alemanes y violando el pacto de neutralidad firmado en Moscú. La duda fue creciendo mientras las fuerzas alemanas penetraban



Sello de correos emitido por la URSS en 1965 en homenaje a Richard Sorge. Detenido en 1941, Sorge fue ahorcado el 7 de noviembre de 1944.
(Novosti Press Agency)

rápidamente en Rusia Blanca y en Ucrania. Una guerra en dos frentes era una posibilidad concreta. Los alemanes pedían a los japoneses que aprovecharan la ocasión para atacar a Rusia en Extremo Oriente, y los telegramas de Ribbentrop a Ott empezaron a hablar de alemanes y de japoneses que se estrechaban la mano en los Urales. En Tokio, el ministro de Asuntos Exteriores, Matsuoka, que unas semanas antes había firmado un pacto de amistad con Stalin, apoyó con entusiasmo un ataque japonés contra Siberia.

En realidad, Matsuoka quedó pronto marginado del gabinete Konoye, pero muchos oficiales japoneses presionaban para que su país no dudase en atacar a los rusos, y así, desde julio de 1941 hasta septiembre de ese mismo año se produjo una masiva movilización de las fuerzas armadas niponas.

Los preparativos militares japoneses podían estar dirigidos tanto contra Estados Unidos y Gran Bretaña, como contra la Unión Soviética, como contra las tres potencias a la vez, y el gran triunfo de la red de espionaje de Sorge fue el descubrimiento del verdadero fin de aquellos preparativos.

Como es lógico, todos los recursos de la red de Sorge se utilizaron para proporcionar la respuesta exacta a Rusia. Además de Ozaki y Klausen, Sorge tenía otros dos colaboradores. Uno era un periodista yugoslavo, Branko Vukelic, que trabajaba para la agencia francesa *Havas*; el otro un pintor japonés, Yutoki Miyagi. A Vukelik le había reclutado el Cuarto Buró a través de contactos comunistas en París, y le habían mandado al Japón unos meses antes de la llegada del mismo Sorge, en 1933. Miyagi, el pintor, fue reclutado en California, donde viviera de muchacho; también él llegó a Tokio en 1933. Por consiguiente, eran cuatro los miembros principales que constituían la red de Sorge: Ozaki, Klausen, Vukelic y Miyagi, de los que el primero, Ozaki, era sin duda el más importante.

No obstante, el servicio prestado por los demás no era despreciable. Klausen, el operador de radio, se ocultaba tras la pantalla de hombre de negocios, y era un técnico muy competente y bien adiestrado, hábil en el montaje y la conservación de sus pequeños pero potentes aparatos de radio. La red de Sorge se basaba esencialmente en él para todas las comunicaciones. Vukelic había conseguido cultivar en Tokio algunos contactos importantes en las embajadas francesa y británica; era un buen lingüista (aprendió a hablar y escribir correctamente el japonés) y un experto en fotografía. Se encargaba de la preparación de los microfilms. Miyagi suplía con dedicación y entusiasmo la falta de preparación y de experiencia y era infatigable para encontrar informaciones que oficialmente sólo conocían las autoridades interesadas.

Pero fue sobre todo gracias a Ozaki como Sorge pudo asegurar a Moscú, a finales de agosto y a principios de septiembre de 1941, que no se produciría aquel año ningún ataque japonés en el sector ruso oriental, a menos que tuviera lugar un derrumbamiento total en el frente de la Rusia europea o una retirada general de las fuerzas soviéticas de Siberia. En efecto, Ozaki, gracias a la posibilidad de mantener los contactos con sus amigos de las altas esferas, pudo proporcionar a Sorge un informe sobre las decisiones tomadas durante una reunión secretísima, celebrada en Tokio, entre el 20 y el 23 de agosto, por los jefes del Ejército japonés. La decisión final, o sea, que no habría guerra contra la Unión Soviética en 1941, se tomó durante dicha reunión.

Mientras no se pueda tener acceso a los archivos de Moscú no sabremos qué valoración y qué grado de crédito daba el Gobierno soviético a los mensajes de Sorge en aquel momento crucial de su historia. Las pruebas disponibles revelan que, en otoño de aquel año, 1941, cuando Moscú estaba directamente amenazada, los rusos trasladaron 11 divisiones de infantería de Siberia a Occidente; pero sería muy aventurado deducir de ello que las informaciones de Sorge, como dice la versión popular, «salvaron Moscú».

Tras asegurar a Moscú que Japón no atacaría Siberia, Sorge informó que los japoneses lanzarían un ataque contra Estados Unidos en octubre o noviembre. Y una vez más la fuente era Ozaki.

Durante las investigaciones del Congreso, en los años cincuenta, sobre las infiltraciones marxistas en las organizaciones y en los servicios americanos, se afirmó más de una vez que Sorge había informado a Rusia sobre el plan japonés de ataque contra Pearl Harbor. No existen pruebas de ello, y en general no es probable que la red de espionaje de Sorge descubriera este secreto en especial, pues este plan se concibió exclusivamente en el ámbito de la Marina militar nipona y no se comunicó nada del mismo ni al Ejército ni a los ministerios civiles.

El desenmascaramiento del grupo de Sorge se produjo de forma imprevista y no por negligencia o error por parte del mismo Sorge. La policía, en el curso de una redada de sospechosos de comunismo, arrestó a la amante de uno de los hombres del grupo. Pertenecía a una célula femenina del partido en una fábrica de municiones, y durante el interrogatorio reconoció que una tía suya había formado parte del Partido comunista americano en Los Ángeles.

Esta anciana, la señora Kitabayashi, vivía a la sazón tranquilamente en una zona de provincias, no muy lejos de Kobe. Años antes, ella y su marido habían hospedado en su casa de Los Ángeles al pintor Miyagi, y cuando volvieron al Japón, en 1936, Miyagi se había dirigido a la señora Kitabayashi y la había convencido para que le comunicara sus observaciones sobre lo que se producía en la zona; por ejemplo, el número de jóvenes y reservistas llamados a las armas o la situación económica de los campesinos locales.

Cuando a finales de septiembre la señora Kitabayashi fue arrestada y llevada a Tokio para ser interrogada, dejó escapar el nombre de Miyagi. Sometido éste a un duro interrogatorio en prisión, intentó suicidarse lanzándose por una ventana de la comisaría de policía y después, a causa de sus precarias condiciones físicas, le obligaron a confesar. Cuatro días más tarde, 15 de octubre, la policía arrestó a Ozaki. Sorge, Vukelic y Klausen fueron detenidos el 18.

La noticia del arresto de Sorge impresionó muchísimo al general Ott, que tenía una inmensa confianza en su amigo. Supuso que la policía había actuado por equivocación o de mala fe y, sin pérdida de tiempo, afirmó la inocencia de Sorge ante el Gobierno japonés y en Berlín. Su confianza en Sorge se vio confirmada por el hecho de que la organización periodística alemana en Tokio envió una carta a la embajada en la que declaraba que era inconcebible que el doctor Sorge pudiera ser un traidor. Pero hasta después de una entrevista personal con el general Tojo, nombrado recientemente primer ministro, Otto no obtuvo permiso para visitar a Sorge.

Poco después, ante pruebas irrefutables (copias de mensajes de radio encontradas en casa de Klausen, así como el transmisor de éste), Sorge no pudo negar que era un espía. En efecto, en el curso de varias semanas, redactó una larga confesión referente a su actividad, no sólo en el Japón, sino también en China y en muchos países europeos. No obstante, en este documento ocultó hábilmente los nombres de sus antiguos colaboradores de Shanghai y de Europa, y en general reveló muy poco acerca de sus experiencias en la URSS.

El tribunal del distrito de Tokio condenó a muerte a Sorge y a Ozaki; a los demás se les condenó a largas penas de prisión. Miyagi y Vukelic murieron en la cárcel; pero Klausen fue más afortunado: vivió hasta el final de la guerra y lo liberaron en otoño de 1945, poco después del desembarco de las fuerzas americanas en el Japón.

A Sorge y a Ozaki los ahorcaron en la prisión de Sugamo, en Tokio, el 7 de noviembre de 1944, día del 27.° aniversario de la revolución bolchevique.

Los interesados en el espionaje encontrarán especialmente interesante el caso de Richard Sorge. Ante todo, la personalidad de este hombre despertaba afecto en los que le conocían y ejercía una fascinación especial en las mujeres.

Desde el punto de vista intelectual, Sorge era un hombre de notable inteligencia. Comparaba y valoraba con gran atención todas las noticias antes de enviarlas a Moscú; se dedicó a un estudio profundo de la historia y de la cultura japonesa y se convirtió en una especie de autoridad en el campo de la economía rural nipona. En su confesión escrita puso de relieve que los largos informes que enviaba periódicamente a Moscú, además de los mensajes por radio, no «se podrían haber abordado jamás sin un estudio y una preparación preliminares».

Estudiando los orígenes de Sorge se supo que su tío abuelo fue Friedrich Albert Sorge, amigo de Marx y de Engels y secretario de la Primera Internacional. Además, su madre era rusa, de Bakú. Sus padres se conocieron en el sur de Rusia, donde el padre, ingeniero de minas alemán, trabajaba en los campos petrolíferos. Richard Sorge nació en una pequeña ciudad próxima a Bakú; pero la familia se trasladó a Alemania cuando el niño tenía tres años, en 1898.

La experiencia de la primera Guerra Mundial determinó la conversión de Sorge al comunismo. Según el informe que redactó, trabajó primero para el *Komintern* y sólo en un período posterior para el Cuarto Buró y el Ejército rojo. Sin embargo, es posible que sus contactos con el espionaje militar soviético se hubieran establecido antes de lo que él quería admitir. En realidad, desarrolló su labor de espía desde 1919.

A partir de octubre de 1941, Sorge consideró cumplida su misión, pues ya parecía evidente que el Japón no amenazaría a la URSS, sino a Estados Unidos y a Gran Bretaña. En efecto, la misión más importante de la red de Sorge se había cumplido: una vez el Japón entrase en guerra en el Pacífico y en Asia sudoriental no atacaría a la Unión Soviética.

Y por lo tanto, habiendo cumplido su misión, el descubrimiento del grupo no perjudicó a la red de espionaje soviética, ya que no existían relaciones entre el grupo de Sorge y los demás; las únicas perjudicadas fueron las relaciones entre Alemania y Japón. A consecuencia del caso Sorge terminó la carrera de Ott y los japoneses por su parte, no cooperaron totalmente con sus aliados alemanes.

RICHARD STORRY
Nacido en 1913, estudió en el Repton y Merton College de Oxford. En el curso de los tres años que precedieron al conflicto mundial, fue lector en el Otaru College en Hokkaido, Japón. Combatió durante la mayor parte de la guerra en Birmania, con el Ejército 14, y después de la guerra participó en las investigaciones de la Australian National University. Desde 1955 es profesor del St. Anthony's College de Oxford.


(US Marine Corps)

PACIFICO CENTRAL: EL GRAN DILEMA

Una vez los Aliados hubieron aislado Rabaul y forzado al enemigo a retirarse del Pacífico sudoccidental, los estrategas norteamericanos empezaron a trabajar a fondo para decidir cuál sería el siguiente objetivo que atacar. ¿Sería conveniente para los Estados Unidos proseguir su rápido avance hacia el Noroeste –como sostenían los que compartían las opiniones de MacArthur– para reconquistar el archipiélago de las Filipinas, o bien sería preferible arriesgar el todo por el todo –como opinaba Nimitz– e invadir Formosa, situándose a las puertas del Japón? La solución definitiva, la que inclinó la balanza a favor de MacArthur, fue la que condujo a los soldados americanos a las playas del golfo de Leyte, en Filipinas.

Robert Coakley

Entre agosto y noviembre de 1943, los Estados Mayores operativos norteamericanos del Pacífico se dedicaron a la preparación de un plan que preveía la derrota del Japón un año después de la de Alemania. Sus esfuerzos no despertaron el entusiasmo de los jefes del Estado Mayor conjunto, sin embargo el minucioso examen de dichos planes tuvo el mérito de plantear claramente el problema: ¿bastarían los bombardeos aéreos o el bloqueo marítimo para conseguir la victoria, o bien sería necesario invadir Japón? ¿Se debía dirigir inicialmente la ofensiva en el Pacífico contra las Filipinas o más bien, a través de las Marianas, sobre Formosa o sobre las islas metropolitanas japonesas? ¿O, por el contrario, convenía decidirse por un ataque a la isla de Hokkaido, a lo largo de la dirección septentrional, que quizá permitiría resultados más rápidos? Y, además, cualquiera que fuese la solución escogida, ¿podrían las fuerzas norteamericanas, que avanzaban a través del Pacífico, llegar a las costas de China antes que las fuerzas británicas y chinas que avanzaban por Malasia o a través de Birmania?

Lo cierto era que de la elaboración de estos planes se desprendía la dificultad de tomar con tanta anticipación una decisión definitiva y de tanta importancia; pero todos estaban de acuerdo en afirmar que habría sido posible acelerar las operaciones en el Pacífico mucho más que las emprendidas en China y en Asia sudoriental.

Los jefes del Estado Mayor conjunto, que se preparaban para participar en la conferencia *Sextant* (que debía celebrarse en El Cairo y en Teherán a fines de noviembre) exigían un plan flexible, que pudiera experimentar modificaciones en el caso de que se presentasen circunstancias imprevistas, y éste fue justamente el plan que se estableció en la conferencia *Sextant*. Su característica principal era la concentración del esfuerzo aliado en el Pacífico a lo largo de las dos direcciones de avance en el sector central y sudoccidental, que se apoyaban recíprocamente, y en cambio se relegaba a una función de menor importancia las operaciones en China, en Asia sudoriental y en el Pacífico septentrional. Esta decisión tuvo su origen en un complejo de circunstancias muy vinculadas a la decisión tomada por los jefes del Estado Mayor conjunto de retirar de la India gran parte de los medios anfibios y destinarlos a las operaciones en el frente europeo; esto acabó con todas las esperanzas de abrir, en 1944, un camino que permitiera la afluencia de abastecimientos a China a través de Birmania.

En definitiva, el plan general «para la derrota del Japón», aprobado durante la conferencia *Sextant*, era ante todo la aceptación oficial de unos principios en virtud de los cuales Estados Unidos podría continuar la misma política que llevaba entonces en el Pacífico; el plan preveía una serie de operaciones que deberían desarrollarse en el curso de los siguientes doce meses, pero no precisaba ningún límite para la derrota del Japón una

vez conseguida la victoria sobre Alemania. El problema relativo a la eventual invasión del archipiélago nipón quedaba sin resolver; como objetivo parcial se establecía alcanzar con antelación objetivos en el sector Formosa-Luzón-China, «desde el que puedan llevarse a cabo intensos bombardeos aéreos y someter a un bloqueo naval y aéreo al archipiélago japonés invadiendo su territorio nacional si tal empresa se hace necesaria».

El plan era, desde luego, muy flexible. Las operaciones previstas deberían conducir, en el más breve tiempo posible, al aniquilamiento de la Flota japonesa, a asegurar el máximo desgaste de las fuerzas enemigas, a intensificar la actividad directa contra los buques mercantes y las vías de comunicación del adversario, a lanzar ataques aéreos contra las islas del imperio, a mantener empeñada a China en la guerra y a empeñar, apenas concluyeran las operaciones bélicas en Europa, las fuerzas que quedasen disponibles.

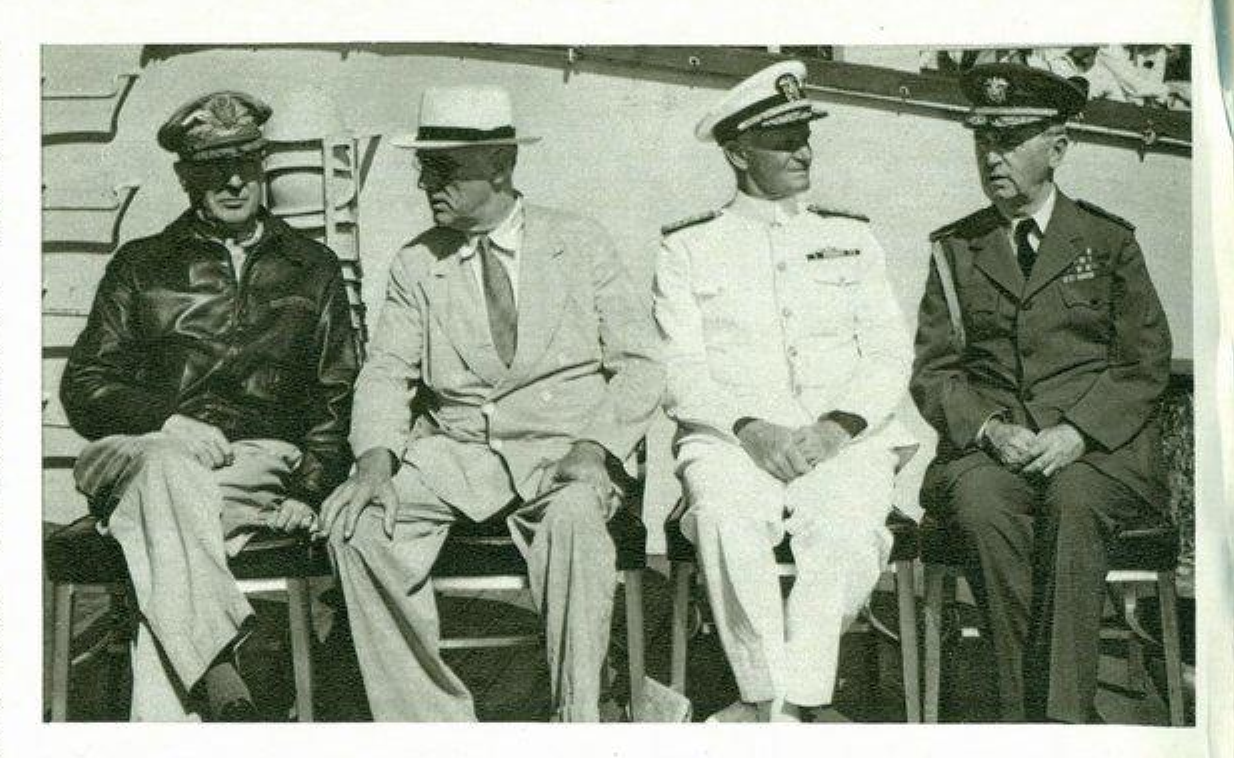
Los jefes del Estado Mayor conjunto, después de haber obtenido el consentimiento británico para que las acciones bélicas más importantes se desarrollasen en el teatro de operaciones del Pacífico, tuvieron que resolver el problema de la prioridad de las dos direcciones de avance y, al resolverlo, no tuvieron en cuenta las proposiciones del general Richard K. Sutherland, jefe de Estado Mayor de MacArthur, quien, en El Cairo, sostuvo la causa de su jefe para la elección del Pacífico sudoccidental. Sutherland apoyó firmemente el plan «Reno III», propuesto por MacArthur, que pretendía concentrar el máximo esfuerzo en una serie de operaciones que concluirían con la ocupación de Mindanao.

El plan aprobado no establecía una prioridad rigurosamente fija, pero decía: «Siempre que se presenten problemas en cuanto a la oportunidad y la asignación de los medios, será conveniente considerar que, en ese momento, las operaciones en el Pacífico central ofrecen mayores garantías para un rápido avance hacia el Japón y contra sus vías vitales de comunicación, para una ocupación anticipada de bases aéreas estratégicas próximas al territorio japonés metropolitano y, lo que es aún más importante, permitirán apresurar una batalla decisiva contra la Flota enemiga».

La prioridad al Pacífico central

La prioridad concedida al sector del Pacífico central resulta evidente también si se tienen en cuenta las fechas de las operaciones específicas que se desarrollaron en 1944. Para complacer a King y a los comandantes de las grandes unidades aéreas, se incluyeron las Marianas como operación culminante de 1944. Por el contrario, las Palau no se mencionaron. El ataque de las fuerzas de Nimitz contra Truk, fijado para el día 1 de septiembre, se anticipó al 20 de julio. A esta acción debía seguir, el 1 de octubre, la operación de las Marianas, desde donde, a fines de año, comenzarían las incursiones de los bombarderos *B-20* sobre el Japón. Las operaciones en el Pacífico sudoccidental, desde las bases de nueva Guinea, después de la conquista de la península de Vogelkop por obra de MacArthur (fecha prevista: 15 de agosto de 1944), se ignoraron intencionadamente.

A mediados de enero, el general Sutherland, al frente de una delegación del sector del Pacífico sudoccidental, se entrevistó con el Estado Mayor de Nimitz en Pearl Harbor y encontró interlocutores bien dispuestos. Todos parecieron estar de acuerdo sobre la necesidad de envolver, una vez terminada la campaña en las Marshall y la Operación «Cartwheel», tanto las Carolinas como las Marianas para lanzar un ataque contra las Palau, al que debería seguir la ocupación de Mindanao y de Luzón, que, para MacArthur, representaban el objetivo supremo. Aunque Nimitz seguía defendiendo la operación contra las Marianas, incluso su Estado Mayor demostraba escaso entusiasmo por esta empresa.



El presidente Roosevelt y su jefe de Estado Mayor, almirante Leahy (en el extremo de la derecha), durante la primera conferencia de Quebec (14-24 de agosto de 1944). En el extremo izquierdo, MacArthur, comandante del sector del Pacífico sudoccidental y (el segundo a partir de la derecha) Nimitz, comandante del sector del Pacífico central y septentrional. *(US Navy)*

El almirante King se indignó al oír estas opiniones que él juzgaba paradójicas y recordó a Nimitz que estaban en contradicción con las decisiones tomadas en la conferencia *Sextant*.

La creciente rapidez del avance aliado en ambos sectores principales no tardó en precipitar los acontecimientos. Como se sabe, Nimitz completó tan rápidamente la ocupación de Kwajalein, Majure y Roi-Namur, en las Marshall, que pudo lanzar el ataque anfibio contra Eniwetok el 17 de febrero, con dos meses de anticipación sobre la fecha prevista, y desalojar a los defensores del atolón en sólo seis días. Simultáneamente, lanzó un ataque aeronaval contra Truk, y el reducto que se suponía inexpugnable se mostró tan débil que confirmó la posibilidad de envolverlo para dirigirse, en junio, a las Marianas o bien a las Palau.

Por su parte, MacArthur no se dejó rebasar. El 23 de febrero, ya que los informes del reconocimiento aéreo referían que en las islas del Almirantazgo se notaban escasas señales de actividad enemiga, ordenó un desembarco inmediato en Los Negros. A mitad de marzo, todas las islas del Almirantazgo estaban bajo su control y, poco después, preparó una base naval en Manus. Mientras tanto, las unidades neozelandesas del almirante Halsey habían desembarcado en la Green Island, al noroeste de Bougainville, y el propio Halsey aconsejaba que se procediera también a la ocupación de Emirau y de Nueva Irlanda, puesto que así sería posible neutralizar también Kavieng. MacArthur, al principio, no aceptó la idea de evitar Kavieng con una maniobra envolvente; pero, a primeros de marzo, anunció a los jefes del Estado Mayor conjunto que estaba dispuesto a revocar la operación contra la bahía de Hansa para realizar otro salto de 300 millas a lo largo de la costa de Nueva Guinea –siempre que se le asegurase el apoyo de los portaaviones– y desembarcar, en el mes de abril, en Hollandia.

¿Y después de la conferencia «Sextant»?

El oportunismo estratégico que marcó el plan elaborado durante la conferencia *Sextant* había dado sus frutos. Ahora los jefes del Estado Mayor conjunto debían decidir respecto de las fases sucesivas.

El 12 de marzo, autorizaron a Nimitz para avanzar en las Marianas, fijando como fecha el 15 de junio, y a ocupar sucesivamente las Palau a partir del 15 de septiembre; en el curso de las operaciones debería rodear y aislar Truk. MacArthur recibió la orden de iniciar su operación contra Hollandia el 22 de abril, pero también Kavieng tenía que ser envuelta.

Como resulta evidente, los jefes del Estado Mayor conjunto habían establecido la prioridad de las operaciones más que la prioridad de los sectores, proponiéndose trasladar las fuerzas navales de una dirección a otra, con el fin de apoyar la operación más importante que estuviera en curso en determinado momento. La sucesión de las operaciones mayores se había establecido así: Hollandia, Marianas, Palau y Mindanao.

El problema de si la operación siguiente se dirigiría contra Luzón o Formosa quedó sin resolver. Mientras tanto se empezaría a elaborar los planes para «la ocupación de Formosa, fecha prevista: 15 de febrero de 1945 (Nimitz), o para la ocupación de Luzón, en el caso de que se hiciera necesaria, fecha prevista: 15 de febrero de 1945 (MacArthur)». Aquel «si... necesaria» demuestra la preferencia que Washington daba a Formosa.

No tan claras resultaban estas preferencias en la decisión, adoptada algunos días más tarde, respecto a la distribución de las fuerzas en el sector del Pacífico meridional. Los jefes del Estado Mayor conjunto las dividieron con imparcialidad, poniendo la mayor parte de las fuerzas terrestres a disposición de MacArthur. Al Pacífico sudoccidental se destinaron las seis divisiones del Ejército, toda la 13.ª Escuadra aérea y todas las tropas de apoyo que no se empleaban para guarnecer las otras bases del Pacífico meridional. Las dos divisiones de *marines* y su aviación de apoyo se pusieron de nuevo a las órdenes de Nimitz.

En cambio, a la VII Flota, que estaba a disposición de MacArthur, sólo se le asignó un número reducidísimo de cruceros, destructores, transportes armados y grandes medios de desembarco, y al sector del Pacífico sudoccidental le correspondieron todas las lanchas torpederas y la mayor parte de las pequeñas embarcaciones de desembarco de la fuerza anfibia del Pacífico meridional.

Con este criterio de distribución se concentraron nuevos medios navales al mando de Nimitz y nuevas fuerzas terrestres al de MacArthur, de modo que ninguno de los dos comandantes disponía de los componentes equilibrados necesarios para emprender una gran operación tanto contra Luzón como contra Formosa. Pero, afortunadamente, las unidades navales gozaban de gran movilidad y podían trasladarse rápidamente de una dirección a otra.

En el mar de Filipinas

Durante la primavera y el verano de 1944, las operaciones en el Pacífico se desarrollaron siguiendo fielmente el plan fijado. En abril, se ocupó Hollandia, y entre junio y agosto las fuerzas del Pacífico central conquistaron los reductos japoneses en las Marianas. Como se sabe, durante el desarrollo de la operación el potencial aéreo de la Escuadra de portaaviones japonesa sufrió un golpe gravísimo en el transcurso de la batalla del mar de Filipinas.

Mientras Nimitz avanzaba, MacArthur completaba el éxito conseguido en Hollandia, y «sus fuerzas disponibles» desembarcaron en Sarmi, Wakde y Biak en mayo, en Noemfoor a primeros de julio y en Sansapor a finales del mismo mes. El terrible desgaste sufrido durante la batalla de Biak impidió a las fuerzas aéreas japonesas facilitar el apoyo necesario a la Marina en la batalla del mar de Filipinas. En septiembre, cuando Nimitz avanzó por las Palau, ocupando Peleliu y Angaur, MacArthur conquistó la isla de Morotai, al nordeste de Halmahera, en la ruta septentrional de Filipinas.

La controversia estratégica respecto a Formosa y Luzón se mantuvo muy viva durante toda la primavera y el verano de 1944. Los protagonistas principales del debate no eran MacArthur y Nimitz, sino MacArthur y el almirante King, jefe de las operaciones navales de la Marina norteamericana y representante naval ante los Estados Mayores conjuntos. Los dos eran dos caracteres fuertes y resueltos. MacArthur, comandante en el sector sudoccidental, sostenía tenazmente que la única manera justa de dirigir la guerra en el Pacífico era avanzar hacia Luzón, cortando las vías de comunicación japonesas hacia el Sur, estableciendo una base para los bombardeos y para la invasión y cumpliendo el solemne compromiso de liberar al pueblo filipino; King aseguraba, con igual tenacidad, que si el avance por el Pacífico tenía por objetivo Formosa o las mismas islas metropolitanas japonesas la guerra terminaría mucho antes.

En rigor, no se trataba, de hecho, de una controversia entre el Ejército y la Marina, porque la ejecución de cada uno de los planes exigía el concurso de ambos en igual medida. Se trataba más bien de una divergencia entre los estrategas de Washington y los comandantes del Pacífico, aunque también exitían divergencias en el seno de unos y otros. Sin embargo, los comités adscritos a los planes de operaciones que trabajaban para los jefes del Estado Mayor conjunto estaban de acuerdo en juzgar que el objetivo estratégicamente más importante era Formosa, puesto que constituiría una posición mucho mejor que Luzón desde la cual cortar las vías de abastecimiento japonesas, avanzar hacia la costa china, bombardear las grandes ciudades enemigas y, finalmente, invadir Japón.

El más ardiente partidario de MacArthur en los ambientes militares de Washington era el general Brehon B. Somerwell, jefe de los Servicios logísticos del Ejército, quien sostenía que sólo las Filipinas constituirían una base ideal para un avance contra las costas chinas y para la invasión del archipiélago japonés, objetando que no sería posible proporcionar el necesario apoyo a la operación contra Formosa a lo largo de 1800 millas de mar abierto.

En cuanto a los comandantes navales del Pacífico, Nimitz apoyaba a King, pero nunca adoptó contra MacArthur una posición tan decidida como la de su superior. Nimitz comprendía que para garantizar el apoyo aéreo a un avance contra Formosa sería indispensable disponer de bases en las Filipinas centrales, si se excluía Luzón. En junio de 1944, cuando los jefes del Estado Mayor conjunto se entregaron a un exagerado optimismo y preguntaron a los comandantes del Pacífico si sería posible dejar atrás tanto Luzón como Formosa para avanzar directamente contra Kyshu, en las islas del archipiélago japonés, Nimitz se puso de parte de MacArthur y rechazó resueltamente la proposición.

A fines de junio de 1944, el presidente Roosevelt se entrevistó en Honolulu con MacArthur y con Nimitz y escuchó las razones de ambos.

La decisión definitiva se tomó, si juzgamos por las apariencias, basándose en motivos de carácter estrictamente militar. Los jefes del Estado Mayor conjunto calcularon, comparativamente, el coste de las dos operaciones, y acabaron concluyendo que, aunque Formosa era mejor como posición estratégica, el ataque contra Luzón presentaba la ventaja de poderlo lanzar antes y de implicar menores pérdidas. Sin embargo, en la sucesión de los acontecimientos que condujeron a esta decisión militar favorable a MacArthur intervino también un elemento fortuito.

El 15 de junio, el comandante del Pacífico sudoccidental había transmitido a Washington su plan «Reno V», en el que delineaba el desarrollo de la acción que completaría la directiva de marzo. Dicho plan contenía una modificación importante, ya que se refería al objetivo original en las Filipinas, que se trasladaba desde Mindanao a Leyte, una isla más pequeña, en la parte central del archipiélago, que MacArthur había elegido porque, según él, el puerto era mejor y permitiría establecer bases aéreas más próximas a los siguientes objetivos.

En julio, cuando MacArthur se entrevistó con Roosevelt, su plan preveía una operación preliminar contra la isla de Talaud, que debía efectuarse el 15 de octubre; así como un ataque para conquistar un sector limitado en torno a la bahía de Sarangani, en la isla de Mindanao, para el 15 de noviembre, y la invasión de Leyte para el 20 de diciembre. Evidentemente, Roosevelt, en Pearl Harbor, había dado su consentimiento a este plan general, porque Nimitz no puso objeciones. Las bases de Leyte serían necesarias para apoyar un ataque contra Formosa. Más tarde, el 27 de agosto, MacArthur presentó su plan para la ofensiva en gran escala contra el archipiélago de Filipinas, que debía culminar con el desembarco de siete divisiones en el golfo de Lingayen, en la isla de Luzón, el 20 de febrero de 1945. Para esta operación necesitaría el apoyo incondicional de toda la *Pacific Fleet*, lo que significaba –y Nimitz lo comprendió en seguida– que su ejecución excluiría, durante meses, la posibilidad de un desembarco anfibio en Formosa.

Nimitz, partidario del plan contra Formosa

Mientras tanto, a medida que Nimitz desarrollaba su plan contra Formosa, surgieron nuevos problemas. El mayor obstáculo, ya desde los comienzos, fue la escasez de tropas de apoyo para una campaña en gran escala en la isla. Los *marines* puestos bajo su mando no podían proporcionarle unidades para una zona cuyas comunicaciones deberían organizarse con la máxima precisión, y el Ejército, que en aquella época estaba luchando duramente en Europa, no estaba en condiciones de proporcionar refuerzos.

En agosto, Nimitz adoptó una nueva actitud basada en un concepto de carácter principalmente naval: en lugar de intentar la ocupación de toda la isla, emprendería una operación limitada a su parte meridional, y al mismo tiempo establecería una cabeza de desembarco en Amoy, en la costa china, al otro lado del estrecho. Sólo ocuparía el resto de Formosa si la empresa se hiciera necesaria y únicamente después de haberse asegurado la posesión de Amoy.

El día 1 de septiembre, en la reunión de los jefes del Estado Mayor conjunto, el general Marshall manifestó que lo más que se podía hacer de momento era cursar a MacArthur las directivas para las operaciones de Mindanao y de Leyte, y su punto de vista prevaleció, pese a la insistencia de King, quien deseaba que también se autorizase a Nimitz a llevar adelante las operaciones contra Formosa. Los jefes del Estado Mayor conjunto decidieron, por el contrario, encargar a su comité logístico que procediera a un examen a fondo y que luego informase respecto a las disponibilidades de los recursos para los ataques contra Luzón y Formosa.

Pero, antes de que se redactase el informe logístico, un nuevo y sorprendente acontecimiento cambió toda la situación. El almirante Halsey, que entre el 12 y el 14 de diciembre había lanzado desde sus portaaviones una serie de ataques contra Filipinas, descubrió que la defensa, contrariamente a lo que todos esperaban, era más bien débil. Por esta razón aconsejaba que se anulasen las operaciones intermedias contra Yap, Talaud y Mindanao y se desembarcase directamente en el golfo de Leyte. Entonces Nimitz se declaró dispuesto a poner a disposición de MacArthur las fuerzas destinadas a la invasión de Yap, junto con los medios de desembarco anfibio y los portaaviones de la 3.ª Escuadra de Halsey. El general Sutherland, encargado del mando en ausencia de MacArthur, se apresuró a aceptar, a pesar de que sabía, gracias a los informes del Servicio Secreto, que las fuerzas japonesas que defendían Leyte eran más fuertes de lo que suponía Halsey.

La decisión de invadir Leyte, dos meses antes de lo previsto, constituyó un refuerzo para los argumentos de MacArthur, quien entonces sostenía que la invasión de Luzón podría iniciarse el 20 de diciembre. Además, el minucioso informe que los expertos logísticos presentaron el 25 de septiembre demostraba que no sería posible apresurar, en igual medida, el ataque contra Formosa, y entonces King se vio obligado a doblegarse frente a lo inevitable.

Nimitz propuso una nueva dirección de ataque en el Pacífico central: al norte de las Marianas y contra Iwo Jima, en las islas Bonin, en enero de 1945; y desde allí un avance ulterior en las Ryukyu, ocupando Okinawa y algunas islas próximas a primeros de marzo. El día 3 de octubre, King activó la aprobación del plan de Nimitz y los jefes del Estado Mayor conjunto la aceptaron. Cursaron a MacArthur las órdenes generales para la invasión de Luzón, fijándola para el 20 de diciembre, y a Nimitz las de la invasión de Iwo Jima y Okinawa, en las fechas propuestas por él.

El fin de la controversia

Estas decisiones pusieron fin a la larga controversia respecto a las dos direcciones de avance. MacArthur y sus partidarios ganaron la partida: todo el archipiélago de Filipinas sería liberado, y allí se constituiría una gran base para el ataque final contra el Japón. Todos los planes para una invasión de Formosa fueron cancelados.

En aquel punto, la estrategia norteamericana para la guerra en el Pacífico ya estaba casi completamente definida. Sólo se mantenían aún tres problemas: si el golpe final debía ser asestado mediante un bombardeo aeronaval o mediante la invasión del territorio metropolitano japonés; si las fuerzas norteamericanas debían ocupar, después de Okinawa y de Filipinas, la costa de China y las Indias holandesas, y qué parte correspondería a la Unión Soviética, a Gran Bretaña y a China en la ofensiva final.

ROBERT W. COAKLEY



Nació en Virginia en 1917. Estudió en el *College William and Mary*, donde, en 1937, obtuvo el diploma de *Bachelor of Arts*, y también en la universidad de Virginia, en la que consiguió el título académico de *Master of Arts* en 1940 y el doctorado en 1949. Ha sido profesor de historia en varios *colleges* americanos. Durante la segunda Guerra Mundial combatió en Europa, en la artillería de campaña de la División 102 estadounidense. Después de la contienda fue destinado, como historiador militar, al Mando europeo del Ejército norteamericano. En 1948 entró a formar parte de la oficina de historia militar del Ministerio norteamericano de Defensa, y actualmente ocupa el cargo de jefe de la sección de historia contemporánea. Es autor, junto con Richard M. Leighton, de dos volúmenes sobre la *Global Logistic and Strategy*, incluidos en la serie dedicada al Ejército de los Estados Unidos durante la segunda Guerra Mundial.

LA BATALLA DEL

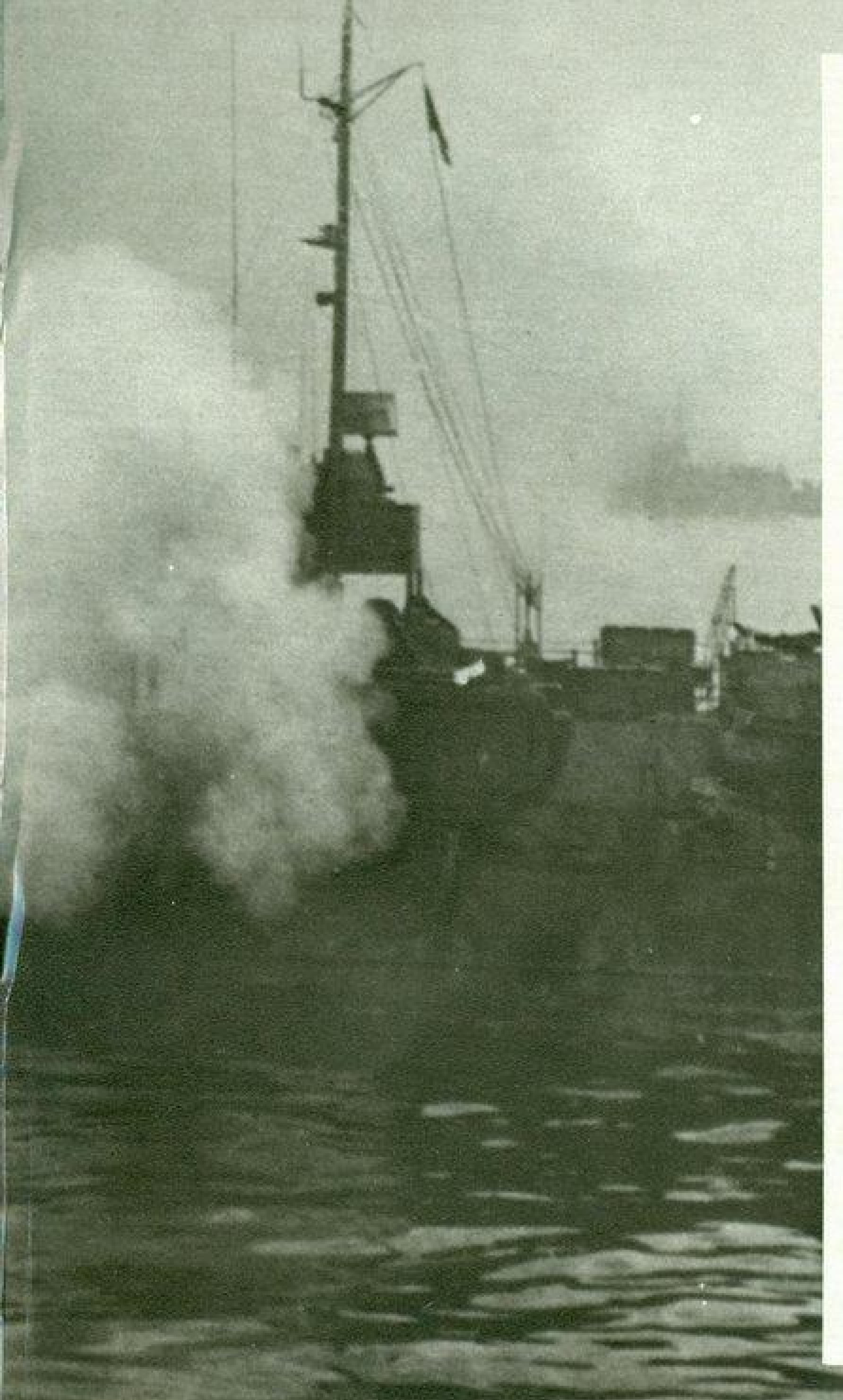
Stanley L. Falk



Isla de Leyte, 19 de octubre de 1944: buques de guerra pertenecientes a la VII Flota estadounidense efectúan un bombardeo preparatorio contra las defensas japonesas de la costa antes de los desembarcos en la isla. *(US Navy)*

GOLFO DE LEYTE

Cuando la Flota norteamericana –la más imponente que jamás se había visto en el teatro de operaciones del Pacífico– se dirigió hacia el golfo de Leyte, en las Filipinas centrales, los japoneses estaban preparados para afrontarla, poniendo en ejecución un plan según el cual la Marina debía oponerse desesperadamente a cualquier intento de invasión: la Operación "Sho". Los últimos acorazados y los últimos portaaviones que le quedaban a la Marina imperial nipona se jugarían el todo por el todo con tal de conseguir la victoria y, cuando llegaron las noticias de la inminente invasión, zarparon para presentar batalla a las unidades norteamericanas. El combate se trabó en aguas de la isla de Leyte, y fue una lucha encarnizada que se desarrolló durante tres días completos y que, prácticamente, concluyó con la total destrucción de la Flota japonesa.



La mañana del 20 de octubre de 1944, el sol que se elevó sobre el golfo de Leyte, en las Filipinas centrales, iluminó la mayor y más poderosa concentración de medios de asalto anfibios y de buques de guerra que jamás se había visto en el Pacífico. Más de 700 unidades navales, entre buques de transporte, navíos de guerra y buques auxiliares y de apoyo se encontraban en las aguas al este de la isla de Leyte. Y en alta mar, al Este y al Norte, cuatro poderosos *Task Groups* de portaaviones y de acorazados garantizaban la cobertura. Centenares de aviones sobrevolaban constantemente la zona, manteniéndola bajo su dominio, y otros muchos se preparaban para apoyar el ataque que cuatro divisiones americanas lanzarían, por la mañana, contra las costas de Leyte.

La isla de Leyte tiene unos 184 km de longitud, mientras su anchura máxima apenas llega a 72 y la mínima a sólo 24. La costa oriental, bañada por las aguas del golfo de Leyte, ofrece uno de los puntos de arribada más bellos del Pacífico. Para la conquista de la isla el general MacArthur disponía de 200.000 hombres del Ejército 6, al mando del general Krueger; de las Far East Air Forces (Fuerzas Aéreas del Extremo Oriente), del teniente general George G. Kenney, con más de 2500 aviones de combate, y de la VII Flota, al mando del vicealmirante Thomas C. Kinkaid –a menudo denominada «la marina de MacArthur»–, que comprendía más de 100 buques de guerra y otros 500 entre transportes, buques auxiliares, embarcaciones de desembarco y otras unidades de apoyo, y 500 aviones. También estaba presente, en misión de apoyo, la III Flota del almirante Halsey, uno de los más poderosos *Task Groups* navales que jamás se hubieran reunido, compuesto por casi un centenar de modernos buques de guerra y más de un millar de aviones, pero que, sin embargo, no se había puesto al mando directo de MacArthur.

Kinkaid debía llevar a cabo el cometido de conducir el Ejército 6 a Leyte y proceder a las operaciones de desembarco. Entre tanto, Halsey proporcionaría la necesaria cobertura mediante incursiones aéreas sobre Filipinas, Formosa y las Ryukyu, mientras los portaaviones de escolta, a las órdenes de Kinkaid, procederían a facilitar el apoyo aéreo inmediato. Al terminar el período inicial se calculaba que el general Krueger se ha-

LAS FASES CULMINANTES DE LA BATALLA EN EL

1.ª FASE: LA BATALLA DEL MAR DE SIBUYAN

Kurita, Shima y Nishimura (flechas de color naranja) se dirigen hacia Leyte. Aviones japoneses procedentes de los aeródromos de Luzón hunden el portaaviones *Princeton,* de la III Flota.
En el curso de sus ataques, los aviones americanos echan a pique el acorazado *Musashi* y causan daños en otros buques de Kurita. También es atacado Nishimura. Habiendo localizado la formación de Ozawa que se aproxima por el Norte, Halsey concentra la III Flota para empeñarla en combate, y deja la VII Flota vigilando el golfo de Leyte. Kurita y Nishimura continúan hacia los estrechos de San Bernardino y Surigao.

2.ª FASE: LA BATALLA DEL ESTRECHO DE SURIGAO

Nishimura se dirige hacia el estrecho de Surigao, sin el apoyo de Shima. Oldendorf despliega sus cruceros y acorazados a través de la embocadura del estrecho, mientras 21 destructores se disponen al frente y a sus flancos. Los destructores norteamericanos, que han pasado al ataque, hunden el acorazado *Fuso* y los destructores *Yamaguno* y *Michishio.*
Los cruceros y los acorazados estadounidenses completan la obra hundiendo el buque almirante *Yamashiro.* Shima llega demasiado tarde para participar en la batalla.

GOLFO DE LEYTE

3.ª FASE: LA BATALLA EN AGUAS DE SAMAR

El grupo táctico de Kurita sale del estrecho de San Bernardino y se dirige al Sur, hacia el golfo de Leyte, sorprendiendo al pequeño grupo de portaaviones de Sprague, que intentan huir dirigiéndose al Sur. Los cruceros japoneses (flecha de color naranja) no cesan en su persecución y Sprague se salva del aniquilamiento tan sólo gracias a la imprevista retirada de Kurita, que ha sido objeto de repetidos ataques aéreos norteamericanos. Pero los buques de Sprague sufren después ataques *kamikaze* de gran radio (flecha blanca), que logran hundir el portaaviones *St. Lô* y causan averías a otras unidades de la VII Flota.

4.ª FASE: LA BATALLA DE CABO ENGAÑO

Halsey y Mitscher, con fuerzas netamente superiores, se dirigen al Norte para aniquilar los portaaviones de Ozawa. Los ataques norteamericanos consiguen hundir los cuatro portaaviones, un crucero y dos destructores de la formación japonesa. Luego Halsey se ve obligado a virar y a dirigirse hacia Samar a consecuencia de la crisis producida después de la intervención de Kurita, pero no llega a tiempo para empeñarlo en batalla. Mitscher lanza una serie de ataques contra Ozawa, pero éste logra retirarse al Norte.

3
N
Suzuya
Chokai
Roberts
Chikuma
St Lô
Kumano
Gambier Bay
Johnston
Sprague
Kurita
SAMAR

4
N
Chitose
Zuikaku
Zuiho
Halsey
Mitscher
Cabo Engaño
Luzón
(Lesley Noke)

bía asegurado la posesión de los aeródromos situados al este de Leyte, de forma que Kenney podría trasladar allí los cazas y los bombarderos ligeros para relevar a los aviones de apoyo de la Marina. Luego, el Ejército 6 procedería a la ocupación de toda la isla.

La invasión de Leyte se diferenciaba de las anteriores operaciones de MacArthur porque se llevaba a cabo fuera del radio de acción de los aviones terrestres. Y en el caso de que faltara la protección de los portaaviones, la operación corría el riesgo de fracasar. Por este motivo, el apoyo naval adquiría una importancia decisiva. Y, sin embargo, la misión principal de Halsey, que todavía operaba a las órdenes de Nimitz, no era proteger la cabeza de desembarco, sino la de destruir a la Flota japonesa lo cual significaba que podría retirar, en el momento que lo juzgase oportuno, sus medios de apoyo a la invasión.

Por ello el éxito de los norteamericanos dependía de un sólo factor: la rapidez con que el general Kenney lograse llevar sus unidades aéreas a Leyte. Y en este punto entraba en juego un nuevo elemento: las condiciones atmosféricas. Desde septiembre hasta comienzos de la primavera, la parte oriental de Leyte está expuesta a frecuentes lluvias torrenciales y a tifones. El terreno se impregna casi completamente de agua, y, por lo tanto, el plan de construir aeródromos resulta sumamente difícil.

El Estado Mayor de MacArthur se daba cuenta de todos estos inconvenientes. Pero la única manera de evitarlos habría sido demorar la invasión de Leyte en espera de asegurarse algunas bases en Mindanao, o bien en espera de que el tiempo mejorase, dejando escapar así la ocasión de asestar el golpe a los japoneses en un momento en que se encontraban en condiciones de inferioridad. Era mejor, pues, correr algún riesgo para conseguir una rápida victoria.

Los planes nipones, denominados convencionalmente «Sho» (victoria), pretendían defender importantes sectores comprendidos entre las Kuriles y las Filipinas. Los invasores norteamericanos debían ser sometidos a un ataque combinado desde el mar y el aire en el curso de las operaciones de desembarco. Sería una tentativa extrema, guiada con la máxima decisión, para destruir de un solo golpe, asestado en el último momento, los buques de transporte y los buques de apoyo. Los pocos portaaviones japoneses supervivientes, que podrían prestar una escasa contribución a la acción con sus aviones, se emplearían más bien como «buques cebo», a fin de atraer fuera de la zona de los desembarcos a los portaaviones norteamericanos y exponer el resto de las fuerzas de invasión a los asaltos de los aviones con base en tierra y al fuego de la artillería naval.

Las características esenciales de los planes «Sho» eran la oportunidad y la rigurosa coordinación de las acciones. Pero, por desgracia, la organización de mando, confusa y descentrada, impidió a los japoneses ejercer una supervisión central, premisa indispensable para la realización de sus objetivos. Esto se produjo, de modo especial, en el caso del plan «Sho-1», que preveía la defensa de las islas Filipinas, donde, pese a su importancia, no existía un mando único para coordinar las operaciones terrestres, navales y aéreas. La dirección de las operaciones terrestres se había confiado al Ejército 14, cuyo nuevo comandante, general Tomoyuki Yamashita, no llegó a Filipinas hasta primeros de octubre. El Ejército 35, al mando del teniente general Sosaki Suzuki, dependía de Yamashita. En cambio, el 4.º Ejército aéreo del teniente general Kyoji Tominaga, con base en Filipinas, no estaba bajo el mando de Yamashita. Tanto este último como Tominaga eran responsables ante el mariscal conde Hisaichi Terauchi, comandante supremo del Ejército meridional.

Por su parte, las fuerzas navales operaban en completa independencia de los mandos mencionados. Prácticamente, todas las unidades navales niponas formaban parte de la Flota combinada del almirante Soemu Toyoda. Cada una de las fuerzas principales, que operaban con plena autonomía, eran directamente responsables ante el citado Toyoda; estas unidades eran la 1.ª Fuerza de ataque, al mando del vicealmirante Takeo Kurita, formada por acorazados, cruceros y destructores; la fuerza principal del vicealmirante Jisabuto Ozawa, una formación de portaaviones, que tenía su base en el mar del Japón, y la 2.ª Fuerza de ataque del vicealmirante Kiyohide Shima, compuesta por un reducido número de cruceros y de destructores, con base también en aguas septentrionales. Las grandes unidades aeronavales de las Filipinas y de otros sectores quedaban así enlazadas con otros elementos de la Flota y, por consiguiente, entre sí sólo a través de Toyoda.

Por esta razón, el comandante de la Flota combinada tenía la enorme responsabilidad de coordinar todos los elementos navales destinados a participar en la realización del plan «Sho»; así como el mariscal Terauchi tenía la grave misión de coordinar la grandes unidades del Ejército. Pero lo malo era que ni Toyoda ni Terauchi tenían la obligación de mantenerse en contacto entre sí. Y el Mando supremo imperial, que teóricamente debía ser el anillo de conjunción entre ambos, en realidad hacía muy poca labor en este sentido.

Un formidable despliegue de fuerzas aéreas

Se tuvo una prueba palpable de estos fallos en el curso de los acontecimientos que se produjeron a mediados de octubre. Para debilitar la resistencia y la moral del enemigo, en vistas al inminente ataque contra Leyte, los portaaviones de Halsey lanzaron, el 10 de octubre, una serie de violentos ataques contra las bases japonesas, desde las Ryukyu a las Filipinas septentrionales. El alcance de estas operaciones hizo comprender a Toyoda que los americanos se preparaban para una ofensiva en gran escala. Y, tras el desconcierto inicial, el almirante ordenó a las unidades aeronavales que pusieran en ejecución tanto el plan «Sho-1», para la defensa de Filipinas, como el plan «Sho-2», para la defensa de Formosa y las Ryukyu.

El resultado de esta intervención prematura de las fuerzas aeronavales japonesas fue que los efectivos aéreos de Toyoda se emplearon en su casi totalidad en un inútil intento de oponerse a una invasión en realidad inexistente. Mientras tanto, el general Tominaga se mantuvo prácticamente inactivo y no reaccionó ante los ataques de Halsey, ignorando sin duda que Toyoda había cursado unilateralmente las disposiciones relativas a la aplicación de ambos planes «Sho». El hecho de haberse abstenido por su cuenta de aplicarlas hizo que las bajas experimentadas por él fuesen exiguas. Por el contrario, las fuerzas de Toyoda se resintieron duramente. En menos de una semana los japoneses perdieron más de 600 aviones de la Aviación naval. Asimismo, las fuerzas aeronavales designadas para la defensa de Formosa y de las Filipinas resultaron muy debilitadas. Incluso los pocos aparatos asignados a los portaaviones del almirante Ozawa habían participado en los combates y fueron destruidos. Las pérdidas norteamericanas no llegaron a un centenar de aviones.

También Toyoda se dejó atraer a una trampa, mordiendo el cebo lanzado por Halsey, quien había decidido servirse de dos cruceros averiados –los únicos buques de la Flota que resultaron alcanzados– para tender una emboscada a la Escuadra japonesa. Toyoda, convencido de tener la victoria al alcance de la mano, utilizó medios aéreos de reserva y, simultáneamente, ordenó a la 2.ª Fuerza de ataque del almirante Shima que se lanzase en persecución de las malparadas fuerzas de Halsey para asestarles el golpe de gracia. «Es superfluo decir –escribió más tarde uno de los comandantes japoneses–, que el asunto de la persecución concluyó con un absoluto fracaso». Los japoneses perdieron más aviones y Shima a duras penas logró salvarse del aniquilamiento total gracias a que Toyoda, que al fin había intuido, por lo menos en parte, cómo estaban las cosas, ordenó a la 2.ª Fuerza de ataque que desistiese de la persecución.

El lamentable error de Toyoda comprometió gravemente las posibilidades japonesas de llevar a buen fin la ejecución de los planes «Sho». La destrucción de centenares de aparatos de la Aviación naval ya hacía imposible la realización de la fase más importante, que se basaba en la intervención aérea. Únicamente le quedaban unos 300 aviones de la Aviación naval en Formosa, otros 150 del 4.º Ejército aéreo y quizás un centenar en los portaaviones, confiados a pilotos inexpertos y poco entrenados.

El conjunto de las fuerzas navales de superficie japonesas se encontraba en mejores condiciones. Sin embargo, ni siquiera la poderosa Escuadra de acorazados del almirante Kurita, fondeada en Lingga Roads, podría hacer gran cosa si decidía enfrentarse con los norteamericanos sin una potencia aérea adecuada. El general Yamashita se hallaría en dificultades análogas en el momento en que quisiera modificar el despliegue de sus fuerzas para oponerse a los desembarcos norteamericanos. Yamashita disponía de unos 300.000 hombres en las Filipinas; pero tan sólo un tercio de estas fuerzas se encontraba en las Filipinas centrales, y Leyte únicamente estaba defendida por 20.000 hombres.

Los primeros desembarcos norteamericanos en el archipiélago filipino se produjeron entre el 17 y el 18 de octubre, en tres islotes que protegían las vías de aproximación orientales al golfo de Leyte. Elementos de los *Rangers* y de infantería desalojaron los islotes sin gran dificultad, destruyeron las instalaciones radio japonesas e instalaron algunos faros para guiar el convoy destinado a la invasión. La mañana del 19, los buques de guerra y los aviones de la VII Flota iniciaron un bombardeo preparatorio, sin que los japoneses presentaran una seria oposición.

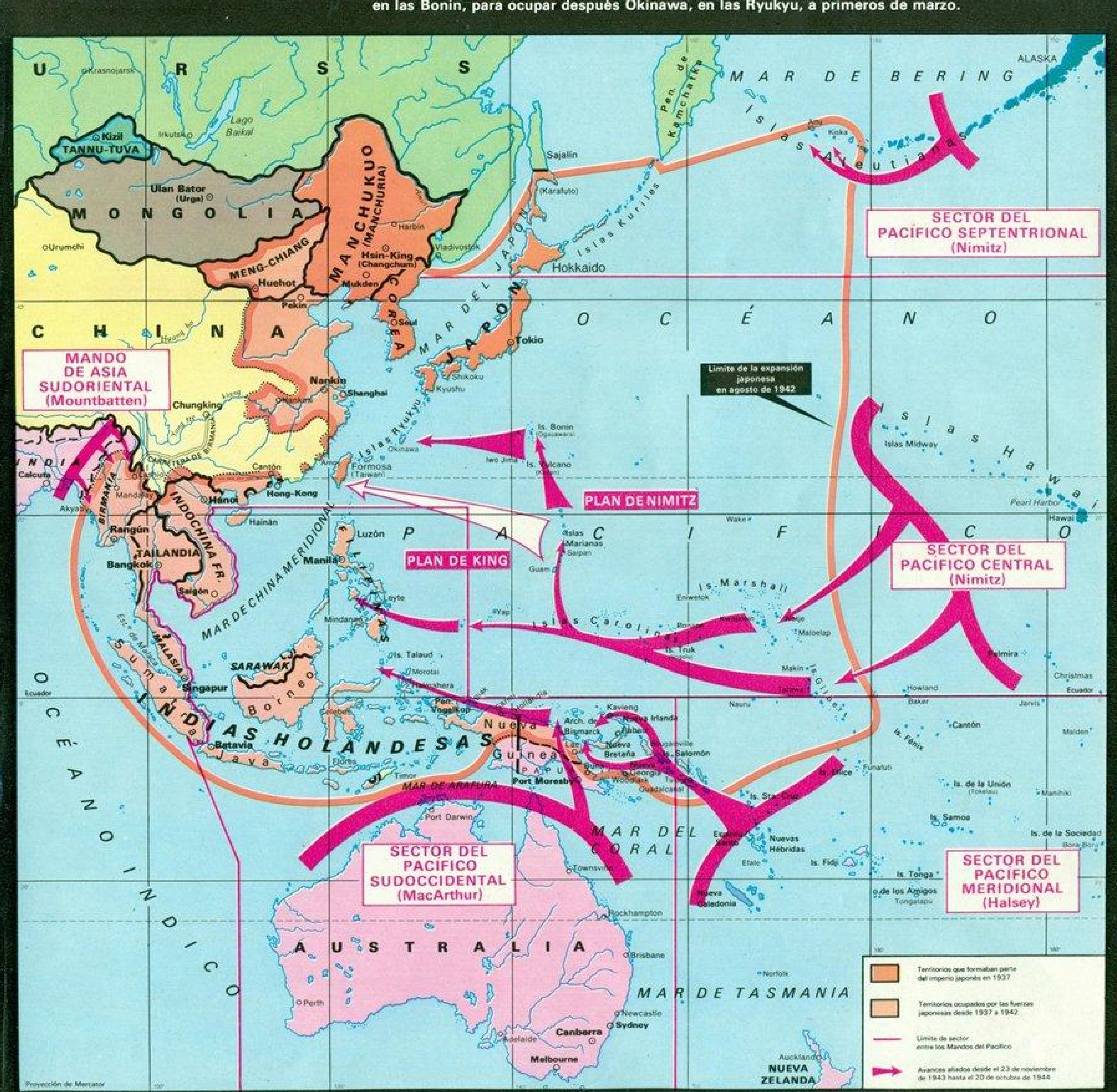
El enemigo era presa, una vez más, de las dificultades derivadas de su falta de coordinación. El almirante Toyoda fue el que más pronto reaccionó. El 17 cuando recibió la noticia de las primeras alarmas, dispuso sus formaciones navales en orden de batalla y el 18 lanzó un decidido ataque contra las fuerzas de invasión en el golfo de Leyte. Los restantes comandantes japoneses parecían menos dispuestos. A diferencia de Toyoda, estaban todavía bajo la impresión de que las «gravosas bajas» de la III Flota americana, anunciada la semana anterior, habían inducido a los norteamericanos a demorar toda operación ofensiva en gran escala. Según ellos, era probable que los buques enemigos presentes en el golfo de Leyte fueran las unidades supervivientes de la formación de Halsey.

Sin embargo, a mediodía del 18, también los comandantes del Ejército meridional y del 4.º Ejército aéreo estaban ya convencidos de que había comenzado la invasión. Y su insistencia, junto con la de Toyoda, tuvo el poder de convencer a sus respectivos superiores en Tokio. A las 17, después de haber comunicado al emperador las decisiones adoptadas, las secciones del Ejército y de la Marina del Mando supremo imperial cursaron separadamente las órdenes para la puesta en ejecución del plan «Sho-1».

La Flota combinada ya se disponía para la acción. A mediodía del 20, la poderosa 1.ª Fuerza de ataque de Kurita llegó a la bahía de Brunei, en Borneo. Desde allí, Kurita debía guiar el grueso de sus unidades al mar de Filipinas, a través de la parte central del archipiélago y el estrecho de San Bernardino, para dirigirse luego, a toda velocidad, hacia el Sur y atacar a las fuerzas de invasión en el golfo de Leyte. Para luchar contra los norteamericanos Kurita contaba con 5 acorazados –comprendidos los dos «colosos» de 64.000 toneladas *Musashi* y *Yamato*–, 12 cruceros y 15 destructores. Una segunda formación, menos nume-

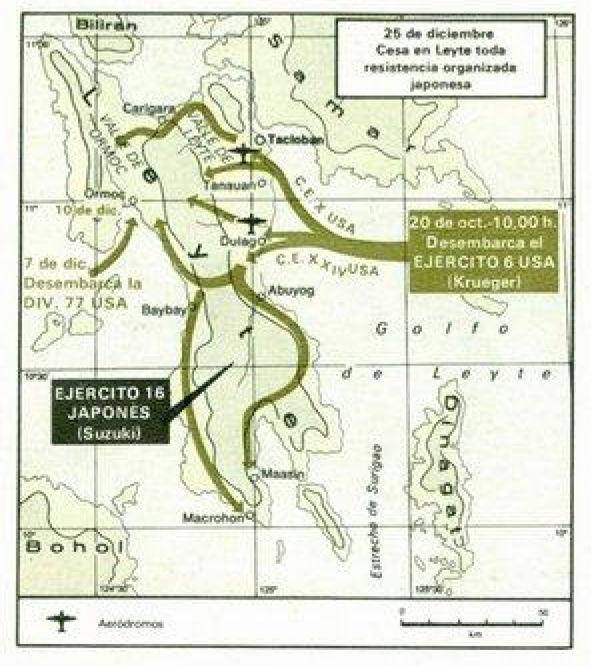
1944-1945: EL AVANCE NORTEAMERICANO EN EL PACÍFICO

En el curso de la conferencia "Sextant", preparada en El Cairo y Teherán a fines de noviembre de 1943, se delineó lo que sería la futura política norteamericana en el Pacífico.
Se acordó dar prioridad al sector del Pacífico central –contrariamente a los principios estratégicos de MacArthur– a fin de iniciar un avance sobre Formosa a través de Truck y de las Marianas; no obstante, la serie de operaciones previstas debía continuar siendo flexible, de modo que el plan se pudiera modificar al compás de los acontecimientos y de la situación. En efecto, en enero de 1944, Nimitz propuso rodear Truck por el Sur y atacar las Palau, y a fines de mes sus jefes de Estado Mayor aceptaron la estrategia propuesta por Sutherland, y sugerida por MacArthur, a fin de que la conquista de las Palau fuera seguida por un avance sobre Mindanao y Luzón, en Filipinas. La ofensiva norteamericana en los principales sectores de operaciones del Pacífico consiguió rápidos progresos. Como consecuencia del plan elaborado el 12 de marzo por los jefes de Estado Mayor norteamericano, el 22 de abril MacArthur atacó Hollandia y, prosiguiendo el avance en Nueva Guinea, llegó hasta Morotai, en la ruta septentrional de las Filipinas, mientras Nimitz conquistó las Marianas entre junio y agosto y las Palau en septiembre. Se reactivó entonces, más violenta que nunca, la controversia sobre si el próximo golpe se debería asestar contra Formosa, según la tesis de King, o contra las Filipinas, según la tesis de MacArthur. Finalmente, el 1 de septiembre, los jefes de Estado Mayor se decidieron por las Filipinas. Mindanao se abandonó como objetivo en favor de la isla de Leyte, que fue atacada el 20 de octubre, mientras la ofensiva contra Luzón se desencadenaría el 20 de diciembre. Las operaciones en el Pacífico central se llevarían a cabo en un segundo tiempo: hasta enero de 1945 Nimitz no atacaría Iwo Jima, en las Bonin, para ocupar después Okinawa, en las Ryukyu, a primeros de marzo.





Arriba: mientras en el curso de la noche del 24 de octubre la III Flota norteamericana se lanzaba en persecución de la formación de Ozawa, las fuerzas de ataque niponas se dirigieron hacia el golfo de Leyte, en un intento de aniquilar a las tropas de desembarco americanas. Pero, interceptadas por la VII Flota, Kurita, Nishimura y Shima se vieron obligados a retirarse antes de entrar en contacto con su objetivo: la Operación "Sho" había fracasado. En el mapa inferior: después de los rápidos éxitos iniciales, la ofensiva del Ejército 6 norteamericano contra Leyte se vio dificultada por el mal tiempo y la resistencia nipona en las alturas del Norte y el centro. El 5 de diciembre, los norteamericanos desencadenaron una potente ofensiva, y el 25, después de la llegada de la División 77, cesaba toda resistencia organizada.



rosa y más lenta, compuesta por 2 antiguos acorazados, 1 crucero y 4 destructores, al mando del vicealmirante Shoji Nishimura, se dirigiría más al Sur y entraría en el golfo de Leyte a través del estrecho de Surigao. Se confiaba en que Kurita y Nishimura llegarían así, simultáneamente, al amanecer del 25, tres días más tarde de lo previsto en el plan «Sho»; pero, de todas formas, lo más pronto posible. La 2.ª Fuerza de ataque del almirante Shima, formada por 3 cruceros y 4 destructores, que por entonces se encontraba en aguas de Formosa, seguiría a Nishimura.

Sin embargo, no existía un plan para coordinar sus movimientos. La fuerza principal del almirante Ozawa debía salir del mar del Japón y dirigirse al Sur. El grupo, constituido por 4 portaaviones, 2 acorazados (parcialmente modificados para llevar cierto número de aparatos), 3 cruceros y 8 destructores, no poseía una efectiva capacidad ofensiva con su centenar escaso de aviones embarcados. Su misión era atraer a la formación naval de cobertura de Halsey lejos de Leyte y, si era posible, entablar combate con ella y destruirla.

La poderosa formación naval de Kurita salió de Brunei la mañana del 22. Nishimura, que seguiría una ruta más corta, zarpó por la tarde. Pocos minutos antes de medianoche, dos submarinos norteamericanos que patrullaban las aguas al oeste de Palawan, avistaron a Kurita y lo señalaron por radio, comunicando el contacto. Lo atacaron inmediatamente antes del alba del 23, y con sus torpedos hundieron dos cruceros pesados y causaron avería a un tercero. Sin embargo, uno de los dos submarinos, al maniobrar, embarrancó en una escollera y la tripulación tuvo que ponerse a salvo y hacerlo estallar. Pero los buques de Kurita habían quedado reducidos de 32 a 27, y además los norteamericanos conocían muy bien su ruta. A pesar de ello, Kurita continuó avanzando, y la mañana del 24 entró en el mar de Sibuyan, dentro del radio de acción de los aviones de Halsey.

En el curso del día 23, Halsey modificó el despliegue de sus portaaviones, de modo que los aparatos pudieran atacar tanto a Kurita como a Nishimura, que también había sido avistado. El primer golpe lo recibió la aviación japonesa. Al amanecer del 24, unos 200 aviones de la Marina se elevaron de las bases de Luzón para atacar la formación más próxima de portaaviones americanos. Localizados por el radar, fueron acogidos por la resuelta defensa de los cazas norteamericanos, y, tras un combate que duró alrededor de una hora, la mitad de los aparatos nipones habían sido derribados.

No obstante, inmediatamente después de las 9,30 horas, un bombardero aislado japonés salió de una nube baja, se aproximó en picado al objetivo –el portaaviones ligero *Princeton*– y dejó caer sobre él una bomba de 225 kg que hundió la cubierta de vuelo y estalló en el interior del buque, causando una serie de explosiones. Todos los locales bajo cubierta se vieron invadidos por la gasolina en llamas. Durante algunas horas pareció que sería posible dominar los incendios; pero, mediada la tarde, una tremenda explosión desgarró el portaaviones, haciendo pedazos la popa y lanzando una lluvia de mortíferos fragmentos de acero sobre los hombres de las escuadras contra incendios y sobre el puente del crucero *Birmingham*, que se había aproximado para llevar socorros. Unas horas más tarde los mismos norteamericanos hundieron el buque en llamas. Pero la pérdida del *Princeton* y las averías del *Birmingham* representaron el único punto a favor de los japoneses. La misión «Sho» había fracasado.

Tampoco el 4.º Ejército aéreo del general Tominaga había conseguido mejores resultados en sus ataques contra las unidades de la VII Flota en el golfo de Leyte. Casi todos sus aviones atacaron repetidamente la zona de desembarco el día 24; pero fueron pocos los buques norteamericanos alcanzados, y en cambio Tominaga perdió unos 70 aviones.

Mientras tanto, el almirante Halsey se había tomado una amplia revancha. Por la mañana lanzó un ataque contra la formación de Nishimura, en el curso del cual un acorazado y un crucero nipones sufrieron ligeros daños. Luego, todos los aparatos de la 3.ª Escuadra se lanzaron contra Kurita. En cinco ataques espaciados, que duraron desde las nueve hasta mediada la tarde, la formación nipona, que seguía obstinadamente la ruta establecida a través de las aguas del angosto mar de Sibuyan, fue seriamente dañada. Los bombarderos y los aviones torpederos de Halsey, con sólo la pérdida de 18 aviones, en un total de más de 250 salidas, hundieron el poderoso *Musashi* (para echarlo a pique fueron necesarios 19 torpedos y 17 bombas) y obligaron a un crucero pesado, gravemente averiado, a volver penosamente a Brunei.

Kurita estaba muy impresionado por el aspecto masivo de aquellos ataques. «Esperábamos sufrir ataques aéreos –dijo después su jefe de Estado Mayor–, pero los que sufrimos aquel día habrían sido suficientes para descorazonarnos.» Finalmente, hacia las 15,30 horas, después de numerosas falsas alarmas y en previsión de ulteriores ataques aéreos en el estrecho de San Bernardino, Kurita decidió virar. Unas dos horas después, cuando comprendió que aquel día los norteamericanos no lanzarían más ataques aéreos, reanudó la ruta inicial. Pero más tarde le llegó

El portaaviones *Gambier Bay* **centrado por las andanadas niponas durante la batalla de Samar.** *(US Navy)*



una orden del almirante Toyoda: «¡Todas las formaciones deben lanzarse al ataque, confiando en la ayuda divina!». Kurita respondió asegurando que «irrumpiría en el golfo de Leyte y combatiría hasta el último hombre».

Entre tanto, la fuerza «cebo» del almirante Ozawa había logrado al fin atraer la atención de Halsey. Por la mañana, Ozawa hizo despegar a sus aviones para un ataque –infructuoso– contra los portaaviones adversarios. Más de la mitad de los aparatos atacantes fueron abatidos, y el resto, puesto que los pilotos novatos no sabían posarse sobre los portaaviones, se había dirigido a Luzón. Luego, en el curso de la tarde, los aparatos de reconocimiento de Halsey localizaron a Ozawa y proporcionaron al comandante de la III Flota, «las últimas piezas del mosaico», para utilizar sus propias palabras.

Ozawa constituía la amenaza más seria para Halsey y por ello era su objetivo número uno. Las dos Escuadras de Nishimura y de Shima no parecían verdaderamente peligrosas y además las unidades de Kinkaid, más poderosas, estaban sin duda en condiciones de arreglárselas por sí mismas. La Escuadra de Kurita era, evidentemente, más fuerte; pero, por lo que parecía, había experimentado daños considerables (también Halsey, como le había sucedido ya a Toyoda, era víctima de los informes exagerados de sus pilotos).

En cualquier caso, por lo que sabía Halsey, el *Task Group* de Ozawa comprendía la mayor parte de los portaaviones japoneses, y parecía ser el más peligroso de los grupos aeronavales enemigos que se dirigían al golfo de Leyte. Dejarlo aproximar demasiado significaría ceder la iniciativa a los nipones, que conseguirían que sus aparatos volasen entre los portaaviones y Luzón, con los buques de Halsey en medio. Por esto, el almirante norteamericano decidió que la mejor solución era perseguir a Ozawa con fuerzas suficientes para destruirlo.

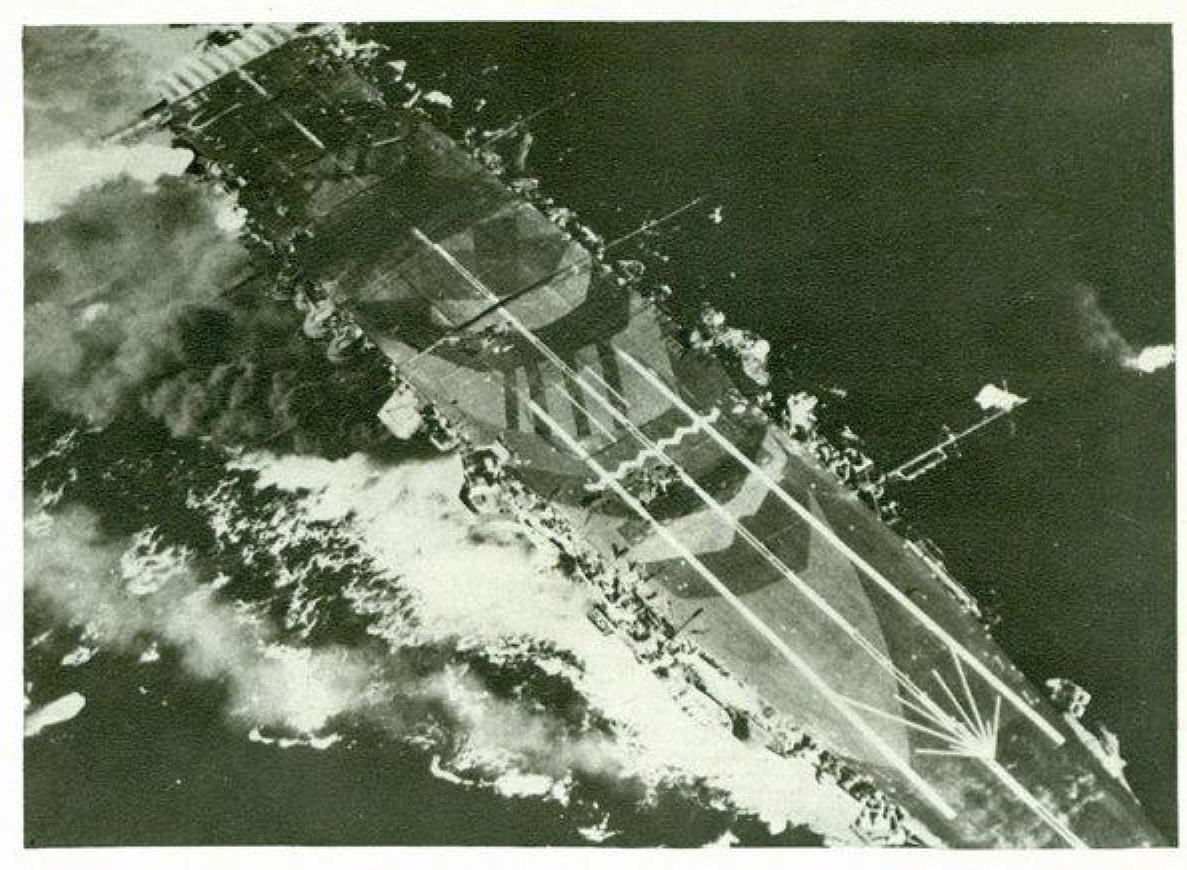
El día 24, poco antes de las 20 horas, Halsey ordenó a toda la III Flota que se dirigiera al Norte, siguiendo las huellas de Ozawa. Suponiendo que Kinkaid mantendría el estrecho de San Bernardino bajo una rigurosa vigilancia aérea y que el comandante de la 7.ª Flota no sólo se daría cuenta de una eventual tentativa de Kurita de forzar el paso, sino que lograría también hacerle frente, Halsey no dejó ni un destructor de guardia en el estrecho. Y así, en definitiva, Ozawa había logrado su objetivo, que era dejar libre el camino a Kurita. Parecía entonces que el plan japonés, pese a sus puntos débiles, funcionaba.

Mientras esto sucedía, el almirante Nishimura se dirigía hacia el estrecho de Surigao; pero la vacilación de Kurita en adentrarse por el de San Bernardino privaba ahora a Nishimura del apoyo con que habría podido contar si ambos grupos navales japoneses hubieran intentado simultáneamente abrirse paso en el golfo de Leyte. La situación empeoraba aún más por el hecho de que Kinkaid sabía que la formación de Nishimura y la de Shima se estaban aproximando y había mandado el grupo de apoyo de bombardeo y de tiro de toda la VII Flota, al mando del contraalmirante Jesse B. Oldendorf, a interceptar y destruir a los buques japoneses.

Oldendorf desplegó sus seis acorazados en una sola línea a través del extremo septentrional del estrecho de Surigao. Ocho cruceros alargaron por los lados esta línea de batalla, mientras 21 destructores se disponían en parte a lo largo de los flancos y en parte delante. En la embocadura meridional del estrecho 39 lanchas torpederas tomaban posiciones para establecer el primer contacto con el enemigo. Nishimura y Shima tendrían que pasar bajo el fuego de los cañones pesados de los acorazados y de los cruceros que cortaban perpendicularmente su dirección de avance. Era una aplicación impecable de la clásica táctica naval.

Y funcionó casi perfectamente. Nishimura llegó a la embocadura del estrecho de Surigao una hora antes de la medianoche del 24, rechazó sin





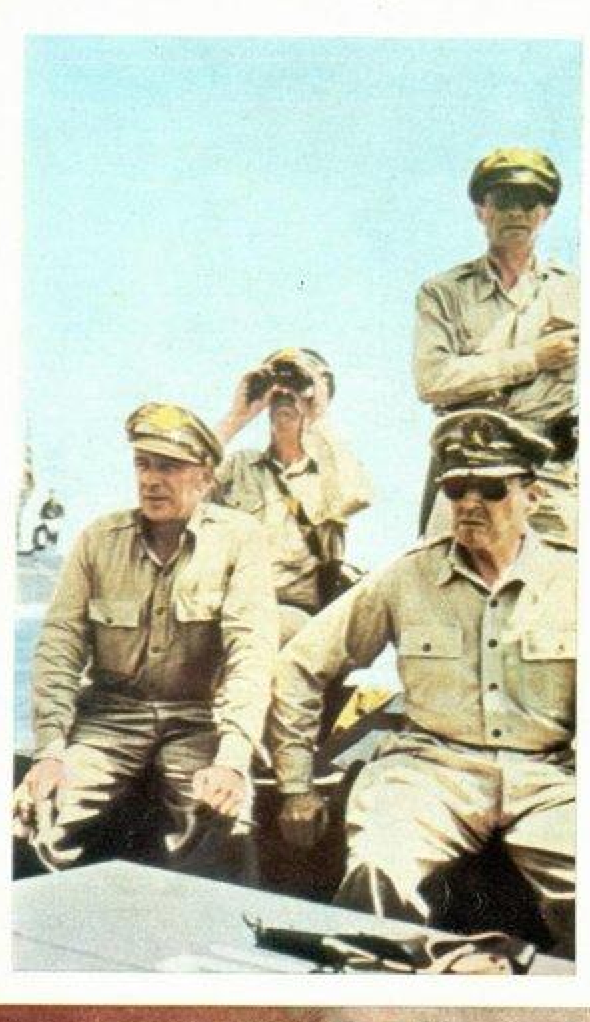
Arriba: un avión norteamericano *Avenger* dispuesto para el despegue en el portaaviones *Kitkun Bay*. A consecuencia de la orden cursada por Nimitz a los 10 horas del día 26 de octubre, el almirante Halsey, con el grueso de la III Flota norteamericana, se vio obligado a interrumpir el contacto con la formación de Ozawa, renunciando así a la posibilidad de aniquilar al enemigo. Abajo: el portaaviones japonés *Zuiho* navegando a toda máquina y dispuesto a intervenir en el combate contra las unidades navales de la III Flota estadounidense de Halsey. La formación de Ozawa salió de la batalla de cabo Engaño muy diezmada, después de haber perdido siete buques de los diecisiete con que contaba. (US Navy)

grandes dificultades los ataques de las lanchas torpederas y, hacia las 02,00 horas del 25 penetró a través del estrecho. Luego, una hora más tarde, sufrió el primero de tres ataques con torpedos lanzados por los destructores, que alcanzaron un acorazado nipón, partiéndolo en dos, averiaron otro y echaron a pique dos destructores. Los cruceros y los acorazados estadounidenses completaron la obra, hundiendo la mayor parte de los navíos de Nishimura, comprendido el buque insignia.

Aún no había sido completamente aniquilado Nishimura cuando llegó el grupo táctico de Shima. Pero, a las 05,00 horas, éste había ya comprendido que no tenía más perspectiva que la derrota total: poco después, los buques japoneses supervivientes estaban en completa retirada. Sin embargo, no todos lograron ponerse a salvo, porque los aviones norteamericanos siguieron tras ellos provocando más pérdidas. Dos semanas después de la batalla, solamente un crucero y 5 destructores, de los 2 acorazados, 4 cruceros y 8 destructores que habían penetrado en el estrecho de Surigao con Nishimura y Shima estaban todavía en condiciones de hacerse a la mar.

Hacia las 5,30 del 25 de octubre el almirante Kurita fue informado por Shima de la derrota sufrida en el estrecho de Surigao. En aquel momento Kurita había atravesado ya el estrecho de San Bernardino y navegaba a toda velocidad a lo largo de la costa oriental de Samar, en dirección a Leyte. Su paso no había sido señalado a causa de la insuficiencia de los servicios de comunicaciones y por el hecho de que algunos mensajes se habían entendido mal, de manera que tanto Halsey como Kinkaid ignoraban que aquel estrecho, de importancia vital, estaba indefenso.

Al amanecer, o sea casi una hora más tarde, Kurita se encontró de improviso frente a lo que él creyó que era «una formidable *Task Force* enemiga», que comprendía numerosos portaaviones, cruceros y destructores, y quizá incluso uno o dos acorazados. Y en el curso del encuentro que siguió el almirante japonés no se dio cuenta de que la formación adversaria estaba compuesta por media docena de lentos y pequeños porta-



A la izquierda: el general MacArthur (en primer término a la derecha) junto con algunos oficiales de su Estado Mayor. La fuerza de que disponía el general norteamericano para la ofensiva contra Leyte comprendía 200.000 hombres del Ejército 6, 2500 aviones de combate y unidades de la VII y III Flotas. Debajo: el acorazado *West Virginia* dispara una andanada durante la batalla en el estrecho de Surigao. En el encuentro, iniciado alrededor de medianoche del día 24 de octubre, la fuerza naval de Oldendorf infligió daños gravísimos a las formaciones de Nishimura y Shima, destruyendo numerosas unidades niponas. (US Navy)

aviones de escolta y algunos destructores. Estos buques, al mando del contraalmirante Clifton F. Sprague, constituían una de las formaciones de apoyo a las operaciones de desembarco en Leyte, que operaban al mando de Kinkaid. De momento Kurita quedó desorientado ante el inesperado encuentro; pero Sprague no perdió el tiempo. Ordenó a sus aviones que despegasen y dirigió sus buques hacia una zona de temporales que le ofrecería cobertura, lanzando por radio una urgente petición de ayuda en lenguaje no cifrado. Un instante más tarde, la poderosa formación de Kurita se lanzó al ataque, moviéndose entre los buques norteamericanos en fuga bajo un mortífero fuego de interdicción. Sprague tuvo la convicción de que ninguna de sus unidades «sería capaz de resistirlo más de cinco minutos».

Lo que sucedió después fue una serie de acontecimientos increíbles. Los norteamericanos lograron evitar a sus perseguidores y huir gracias a la protección de cortinas de humo y de los aguaceros y a la habilidad de las tripulaciones. Al mismo tiempo Sprague lanzó sus destructores contra los buques japoneses, mientras sus aviones, que operaban sin oposición, alcanzaban una y otra vez a los nipones, cada vez más desilusionados en sus esperanzas. Los contraataques norteamericanos provocaron una notable confusión entre las unidades de Kurita, impidiendo al almirante que controlase sus fuerzas.

Pero los hombres de Sprague pagaron a un elevado precio su audacia. A pesar de la escasa precisión de los apuntadores japoneses, el volumen de su fuego masivo era demasiado grande para que los buques norteamericanos salieran indemnes. A las 9, uno de los portaaviones en fuga fue hundido, junto con tres destructores. Parecía entonces que el resto de la formación de Sprague correría la misma suerte.

Pero en aquel momento intervino lo que el almirante americano definió después como «la manifiesta parcialidad del Omnipotente». Con una visión poco clara de la situación y convencido de haber hecho todo el daño posible a una poderosa y veloz formación naval norteamericana, Kurita interrumpió la acción, ordenando a sus buques que se retirasen y se reorganizasen. «No podía creer lo que veían mis ojos», confesó más tarde Sprague.

Pero las vicisitudes de la pequeña formación naval no habían acabado todavía. Dos horas después de que Kurita renunciara a la persecución, los buques de Sprague sufrieron un nuevo y no menos temible ataque. Aquella mañana, los aviones suicidas japoneses habían efectuado el primer ataque *kamikaze* organizado contra algunos portaaviones de escolta de la VII Flota. Ahora le correspondía a Sprague pasar la experiencia. Nueve de aquellos macabros aparatos se aproximaron a

baja altura, para no dejarse localizar por el radar, y cuando estuvieron a poca distancia se elevaron rápidamente y luego se arrojaron en picado contra sus objetivos. Los cañones norteamericanos abatieron a algunos, pero los demás alcanzaron sus objetivos, hundiendo uno de los portaaviones de escolta e infligiendo graves averías a otro. Un segundo ataque *kamikaze*, 20 minutos después, no provocó hundimientos, pero causó graves daños y bajas entre las tripulaciones.

Mientras tanto, Kurita había virado nuevamente hacia el estrecho de San Bernardino; pero después de haber avanzado un poco por el golfo de Leyte llegó a la conclusión de que ya no valía la pena. No sólo estaba convencido de que se tendría que enfrentar con el grueso de las fuerzas aeronavales norteamericanas, sino que creía también –y éste fue el argumento decisivo– que entonces la mayor parte de los transportes norteamericanos habían desembarcado las tropas y los medios de combate y se habrían alejado. Y le parecía ridículo arriesgar la última fuerza de ataque naval que le quedaba a su país para intentar echar a pique algunos mercantes vacíos. Así, hacia las 12,30 dio orden de virar y dirigirse al Norte. En aquel momento, sólo le separaban 45 millas del golfo de Leyte.

Mucho más al Norte, Halsey había establecido al fin contacto con Ozawa. Desde las primeras horas del día hasta las últimas de la tarde del 25, los pilotos de los portaaviones de la III Flota, al mando del vicealmirante Marc A. Mitscher, habían eliminado la fuerza «cebo» japonesa, casi privada de defensa. Al fin de la jornada Ozawa había perdido 7 buques de un total de 17: sus cuatro portaaviones, un crucero y dos destructores. Y el desastre no alcanzó proporciones mayores gracias a que Halsey se vio obligado a volver su atención hacia otro punto.

En efecto, a partir de unos pocos minutos después de las 8, Halsey empezó a recibir de Kinkaid una serie de informes cada vez más desesperados sobre la situación de Sprague, acompañados por urgentes peticiones de ayuda. Sin embargo, había continuado persiguiendo a Ozawa, con la convicción de que los portaaviones japoneses constituían aún la amenaza más grave y el objetivo más importante. Pero a las 10 le llegó un perentorio mensaje del almirante Nimitz, quien había seguido por radio las comunicaciones de Kinkaid; Nimitz indujo a Halsey a cambiar de parecer. Poco antes de las 11 ordenó a la mayor parte de la III Flota que se dirigiera al Sur, disponiéndose a perseguir a Kurita, dejando a Mitscher, con una fuerza de ataque constituida por portaaviones, para que diese el golpe de gracia a Ozawa. «En aquel momento –escribiría más tarde Halsey–, Ozawa se encontraba exactamente a 42 millas de la boca de mis cañones de 406 mm... Volví la espalda a la ocasión que había soñado desde que asistía a la academia naval».

Pero ya era demasiado tarde para alcanzar a Kurita, cuyos buques huyeron, prácticamente indemnes, a través del estrecho de San Bernardino. Todo lo que la formación de acorazados y de cruceros de Halsey pudo conseguir fue hundir un solo destructor. La poderosa flota había cubierto una distancia de 600 millas sin lograr entablar combate ni con Ozawa ni con Kurita.

La batalla del golfo de Leyte, que terminó con la destrucción de una gran parte de la Flota combinada japonesa y con la eliminación de la amenaza más grave contra la cabeza de desembarco, dio motivo a muchas críticas y recriminaciones. Pero la decisión de Halsey de lanzarse en persecución de Ozawa estaba justificada. Si los portaaviones japoneses hubieran llevado a bordo todos sus aviones –como tenía motivos para creer– habría sido insensato renunciar al intento. No obstante, también habría sido su deber dejar, por lo menos, un destructor de guardia en el estrecho de San Bernardino. En segundo lugar, admitiendo que la decisión de seguir a los portaaviones japoneses fuera justa, Halsey cometió probablemente un error al mirar hacia el Sur en el preciso momento en que estaba a punto de asestar el golpe decisivo. Finalmente, incluso queriendo sostener que la persecución deseada por Halsey habría permitido a Kurita penetrar en el golfo de Leyte (argumento discutible, dada la presencia de los buques de Oldendorf), es lícito dudar que Kurita hubiera podido dificultar o impedir las operaciones de desembarco.

La victoria naval norteamericana aseguró a MacArthur sus vías de comunicación y las de abastecimiento, y salvaguardó el flanco del Ejército 6 hacia el mar. A fines de octubre, las tropas de Krueger ya habían ocupado completamente el valle de Leyte y todos los aeródromos en la zona centro oriental de la isla.

Pero la contingencia más desfavorable que el Estado Mayor de MacArthur había considerado en sus previsiones llegó a ser realidad cuando se hizo evidente que era imposible ultimar las pistas de aterrizaje y dejarlas en condiciones de funcionar. Sólo un aeródromo estaba en buenas condiciones, el de Tacloban, y hacia fines de noviembre también la pista de Dulag pudo servir para un número reducido de aviones. Pero el nuevo aeródromo próximo a Tanauan, no pudo ser utilizado hasta el mes de diciembre.

Los japoneses, favorecidos por las condiciones atmosféricas, habían decidido, mientras tanto, defender a ultranza la isla, y lograron trasladar a ella tropas de refuerzo, con lo que prolongaron la lucha durante muchas semanas. Los destacamentos aéreos nipones de las Filipinas centrales se reforzaron a su vez limitadamente, pues algunos aviones del Ejército y de la Marina fueron trasladados a aquel sector. Estos aparatos se empleaban en los bombardeos de las pistas de aterrizaje, en incursiones contra la cabeza de desembarco y en ataques *kamikaze*, cada vez más frecuentes, contra los buques norteamericanos.

Durante el mes de noviembre se trabaron encarnizados combates terrestres. El Cuerpo de Ejército X americano se aseguró la posesión de la parte nororiental de Leyte, pero chocó con una dura resistencia japonesa a lo largo de las alturas rocosas y de las ásperas estribaciones de las colinas, que forman una barrera en la embocadura septentrional del valle de Ormoc. El Cuerpo de Ejército XXIV limpió de enemigos la parte meridional; pero, en sus intentos de rebasar la barrera montañosa de la zona central, no tuvo mucho éxito. Finalmente, algunas unidades de la División 7 lograron penetrar por un sendero desguarnecido que atravesaba el punto más estrecho de la isla. Pero, a mediados de mes, estas unidades fueron detenidas y rechazadas por los tenaces defensores japoneses.

El Ejército 35 nipón se veía cada vez más rodeado entre el valle septentrional de Ormoc y la serie de alturas situadas al Sur. Por ello Yamashita ordenó a Suzuki, desde Manila, que realizase un esfuerzo para reconquistar los aeródromos de Leyte y volver a tomar la iniciativa. El general Tominaga se declaró dispuesto a ayudarle con un lanzamiento de paracaidistas, y todos los aviones disponibles del Ejército y de la Marina se utilizaron en la ofensiva.

La operación se inició a fines de noviembre, con una serie de ataques aéreos tan violentos como ineficaces. Un lanzamiento de paracaidistas, que según los planes debía ser realizado por una brigada, pero que, por el contrario, se redujo a unos 350 hombres, tuvo lugar la noche del 5 de diciembre y consiguió resultados un poco más positivos. Los paracaidistas lograron ocupar la pista de aterrizaje de Buri, destruyendo los depósitos de abastecimientos y las instalaciones; pero pocos días después, fuerzas norteamericanas, numéricamente superiores, los desalojaron.

Mientras tanto, la ofensiva terrestre de Suzuki se había retrasado por las malas condiciones del terreno, por el estado en que se encontraban las unidades japonesas y por la pronta reacción de los norteamericanos. De las dos divisiones destinadas a la conquista de los aeródromos, únicamente dos batallones de infantería consiguieron avanzar lo suficiente para lanzar un ataque desordenado y desorganizado.

Por una curiosa ironía, los objetivos de la ofensiva japonesa –comprendida la pista de aterrizaje ocupada temporalmente por ellos– habían sido abandonados por los norteamericanos a fines de noviembre, cuando los oficiales de ingenieros llegaron a la conclusión de que la lluvia, los canales de avenamiento insuficientes y las condiciones inestables del terreno hacían las pistas casi inutilizables. Por consiguiente, el ataque japonés fue poco menos que inútil. Yamashita fracasó en su intento de dificultar las operaciones aéreas norteamericanas o de retardar el avance de Krueger. Y, en cambio, al dispersar las fuerzas de Suzuki, contribuyó a asegurar los constantes progresos del adversario.

La última ofensiva norteamericana en Leyte comenzó el 5 de diciembre con una penetración efectuada por el Cuerpo de Ejército X en el sector septentrional del valle de Ormoc y con los ataques simultáneos lanzados por el Cuerpo de Ejército XXIV en la zona central y sudoccidental. Dos días después, la División 77 desembarcó al sur de Ormoc y avanzó en dirección a la ciudad, arrollando la resistencia cada vez más tenaz de los defensores, y el 10 la ocupó sólidamente.

Mas al Norte, el impulso inicial del Cuerpo de Ejército X norteamericano había sido frenado por el enemigo, porque la mayor parte de las unidades del Ejército 35 estaban todavía atrincheradas en el áspero terreno de la embocadura septentrional del valle de Ormoc. Pero la creciente presión ejercida por los norteamericanos clavó en el terreno a las unidades de Suzuki, facilitando así el avance del Cuerpo de Ejército XXIV y de la División 77. La victoria norteamericana en el Sur había privado a los japoneses de su mayor puerto de abastecimientos, aislando además muchas unidades del Ejército 35 que operaban todavía en el interior y obligando al resto a permanecer en el angosto corredor del valle de Ormoc.

La batalla de Leyte casi había concluido. El general Krueger seguía apretando la tenaza alrededor de los defensores, valientes y obstinados, pero reducidos a una situación prácticamente insostenible. Suzuki, presionado por tres lados, se vio obligado a retirarse al último bastión, en la parte occidental de la isla. El 19 de diciembre el general Yamashita le comunicó que ya no podía esperar más refuerzos ni ayuda. El Ejército 35 nipón estaba reducido a unas pocas unidades dispersas, que los norteamericanos, con la superioridad de sus fuerzas, obligaban a replegarse de posición en posición: de los 65.000 hombres que habían combatido por la defensa de Leyte ya sólo quedaban 15.000.

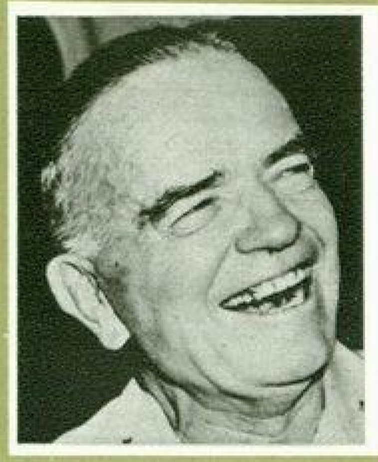
Las últimas comunicaciones de Yamashita llegaron a Suzuki el 25: se le ordenaba evacuar el mayor número posible de hombres a otras islas de las Filipinas centrales y concluía con un triste adiós al comandante del Ejército 35. El mismo día, el general MacArthur anunciaba el fin de la resistencia organizada en Leyte.

La derrota sufrida en la isla por los japoneses, que vieron fracasar el plan «Sho», fue un duro golpe para ellos. En el inútil intento de mantener Leyte, los nipones perdieron una parte considerable de su potencial aéreo, el grueso de las fuerzas navales y muchas unidades del Ejército. La Aviación nipona se veía ya obligada a recurrir a la estrategia, terrorífica, pero privada de resultados decisivos, de los ataques *kamikaze*; la Marina ya no estaba en condiciones de emprender una acción ofensiva importante y el Ejército se encontraba disperso en centenares de islas del Pacífico.

«Nuestra derrota en Leyte», admitió el almirante Mitsumasa Yonai, ministro de Marina, «equivalió prácticamente, a la pérdida de todo el archipiélago. Y la reconquista aliada de las Filipinas significó el fin de nuestros recursos».

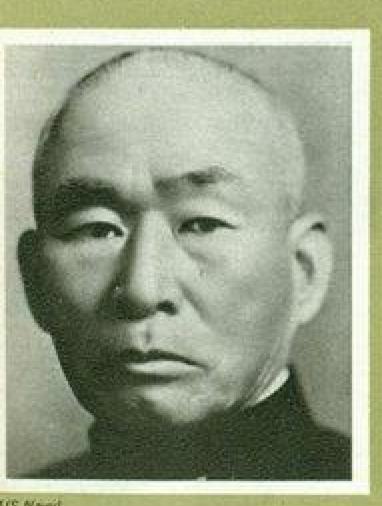
GOLFO DE LEYTE: LAS FLOTAS RIVALES

Con el fin de eliminar la amenaza norteamericana en Filipinas, los japoneses habían preparado la Operación "Sho" para desencadenar un ataque desde el mar y el aire contra las fuerzas enemigas. Pero la Flota nipona, notablemente reducida en su potencia, tenía ya pocas probabilidades de alcanzar la victoria: su formación de portaaviones había sido prácticamente destruida en la batalla del mar de Filipinas, y el limitadísimo número de cruceros, acorazados y destructores no le permitía mantener un enfrentamiento con una flota tan potente como la de los EE UU, que disponía de cuatro poderosos "Task Groups", con un gran número de portaaviones y de acorazados.

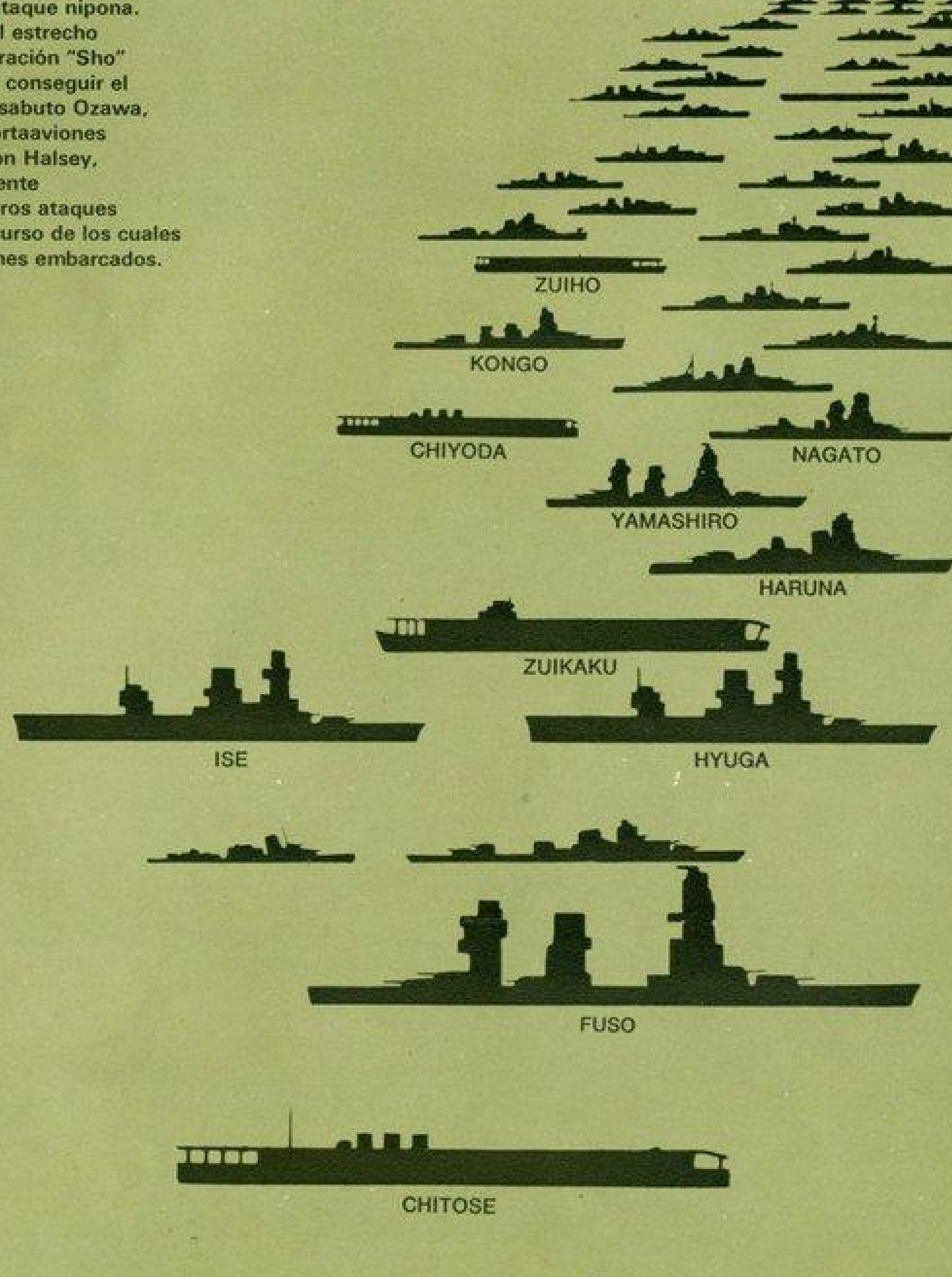

(Fox Photos)

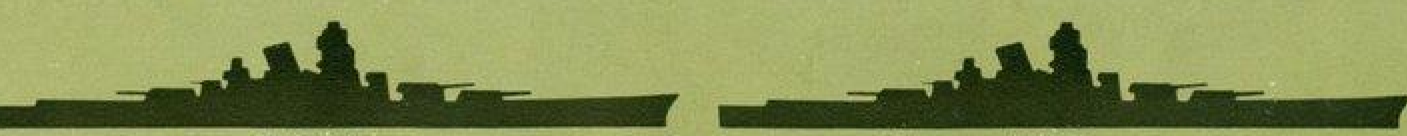
JAPÓN

A la izquierda: el vicealmirante Takeo Kurita, comandante de la 1.ª Fuerza de ataque nipona. Su indecisión en adentrarse por el estrecho de San Bernardino privó a la Operación "Sho" de la coordinación necesaria para conseguir el triunfo. Abajo: el vicealmirante Jisabuto Ozawa, comandante de la Escuadra de portaaviones japoneses. Cuando se enfrentó con Halsey, su formación ya estaba notablemente debilitada a causa de los prematuros ataques lanzados el 10 de octubre, en el curso de los cuales los japoneses perdieron 600 aviones embarcados.


(US Navy)









(US Navy)



(US Navy)



(US Navy)

ESTADOS UNIDOS

Los principales protagonistas de la batalla de Leyte. De izquierda a derecha: el almirante William Halsey, que mandaba la III Flota, uno de los más poderosos "Task Groups" norteamericanos presentes en aguas de Leyte y cuya misión principal era la de destruir –si se presentaba la ocasión o si se podía "crear"– la Flota japonesa. El vicealmirante Thomas C. Kinkaid, comandante de la VII Flota, encargado de proporcionar el apoyo inmediato a las fuerzas de invasión y de vigilar la entrada del golfo de Leyte. El contraalmirante Jesse Oldendorf, comandante del grupo de apoyo de bombardeo y de tiro de la VII Flota, que, en el curso de la noche del 24 de octubre impidió a Nishimura y a Shima penetrar en el golfo de Leyte a través del estrecho de Surigao. El contraalmirante Clifton F. Sprague, comandante de la formación de apoyo norteamericana, que al amanecer del 25 de octubre entró en contacto con la formación de Kurita y consiguió desorganizarla.

ST LÔ

WHITE PLAINS

WASHINGTON

FRANKLIN

MASSACHUSETTS

ENTERPRISE

ALABAMA

PENNSYLVANIA

WEST VIRGINIA

(Trevor Woodbridge)

VIDA Y MUERTE DEL TIRPITZ

El *Tirpitz* fue tal vez el acorazado al que correspondió la suerte menos gloriosa y más trágica de la segunda Guerra Mundial. En efecto, no entró jamás en acción contra un convoy o una Escuadra aliada: su actividad se limitó a rápidos y furtivos pasos de un fiordo noruego a otro y a prudentes salidas secretas que concluían tan pronto se aproximaba un peligro. Era el último gran buque de guerra que le quedaba a la Marina alemana en 1944; pero, para los ingleses, seguía constituyendo una amenaza demasiado seria para que se pudieran permitir el lujo de ignorar su existencia. Al final, después de una permanencia de 34 meses en aguas noruegas, el "solitario rey del Norte" corrió la misma suerte del *Graf Spee*, del *Bismarck* y del *Scharnhorst*.

Paul Kennedy



El concepto de «flota en potencia», es decir, de una fuerza naval más pequeña que la del enemigo y, por lo tanto, no apta para entablar un combate naval en regla, pero sí lo suficientemente fuerte para constituir un peligro, no era en absoluto una novedad del siglo XX. En efecto, se trata de una estrategia muy antigua, y en la historia encontramos numerosos ejemplos de ella. No obstante, es probable que la teoría no se hubiera aplicado nunca de forma tan deliberada y sistemática, y con tanto éxito, antes del 15 de enero de 1942, cuando el acorazado alemán *Tirpitz* entró en aguas noruegas, en las que permaneció unos 34 meses.

El *Tirpitz* era más indicado que cualquier otro buque para constituir una amenaza de este tipo, ya que, en el momento de su botadura, era, junto con su gemelo el *Bismarck*, el buque de guerra más poderoso del mundo. Desplazaba 42.900 toneladas, montaba ocho cañones de 381 mm, 12 de 150 mm y varias docenas de cañones de calibre inferior, de 37 y 20 mm. Su coraza, de 320 mm de espesor en el casco y de 203, por lo menos, en el puente, hacía de él el acorazado más protegido de su época. Y a pesar de su mole imponente, podía alcanzar una velocidad de 30 nudos.

Todo esto suponía que, en comparación con él, los acorazados y los cruceros de batalla británicos construidos con anterioridad quedaban anticuados, y ni siquiera las unidades más recientes, las de la clase *King George V*, estaban tan potentemente protegidas ni eran tan veloces, si bien, en compensación, tenían una andanada más pesada y la ventaja del radar. La acción realizada por el *Bismarck* fue para los ingleses una peligrosa demostración de la capacidad ofensiva y defensiva de estos acorazados, y convenció al Almirantazgo de que sólo una *Home Fleet* que comprendiera por lo menos dos buques del tipo *King George V* y un portaaviones podría mantener a raya a su adversario.

Afortunadamente para la *Royal Navy*, el *Tirpitz* no pudo tomar parte en la operación del *Bismarck*; pues no es difícil adivinar la amenaza que habrían constituido los dos acorazados si hubieran operado conjuntamente. Mas tarde, a fines de 1941, dos factores concurrieron para determinar que el *Tirpitz* no se utilizase para una misión en el Atlántico: la escasa disponibilidad de combustible y el efecto que había ejercido en Hitler el trágico final del *Bismarck*. Además, como la intuición le decía al *Führer* que Noruega sería el sector crucial del flanco occidental de los territorios ocupados, se imponía la necesidad de alejar la amenaza de una invasión británica por aquella parte. Por ello, la noche del 14 al 15 de enero de 1942 el *Tirpitz*, acompañado por una escolta de destructores, zarpó rumbo a Trondheim, pasando por el canal de Kiel para no ser descubierto por los guardacostas suecos.

La maniobra indujo a los ingleses a hacer que aviones de reconocimiento sobrevolaran constantemente las aguas y los puertos de Noruega. Los *Stirling* y los *Halifax* de la RAF efectuaron, sin conseguir resultados positivos, el primero de los numerosos ataques aéreos contra el *Tirpitz* la noche del 28 al 29 de enero de 1942. Mientras tanto, la creciente actividad aérea y naval de los alemanes presagiaba la utilización del acorazado contra los convoyes atlánticos o bien contra los árticos. En realidad, los ataques se dirigían contra estos últimos, pues los alemanes se daban cuenta de su importancia para potenciar el esfuerzo bélico soviético.

El 6 de marzo, el *Tirpitz*, que enarbolaba la insignia del vicealmirante Ciliax, salió de Trondheim con tres destructores, pero el submarino británico *Seawolf* no tardó en avistarlo y transmitió la noticia al almirante Tovey, comandante en jefe de la *Home Fleet*. Tovey, que no quería correr riesgos, se hizo a la mar con los acorazados *King George V* y *Duke of York*, con el crucero de batalla *Renown*, el portaaviones *Victorious*, un crucero pesado y 12 destructores. Al día siguiente, 7 de marzo, el mal tiempo y la defectuosa visibilidad impidieron a ambos bandos servirse del reconocimiento aéreo, por lo que la *Home Fleet* no se dio cuenta de que se encontraba a 90 millas de su presa, mientras que Ciliax no sólo no sabía que se encontraba cerca una poderosa Escuadra británica, sino que ni siquiera se dio cuenta de que, en un determinado momento, había pasado a pocas millas de dos convoyes árticos.

El día 9 por la mañana los aviones de reconocimiento avistaron finalmente al *Tirpitz* y entonces despegaron del *Victorious* 12 aviones torpederos *Albacore* que, poco después, localizaban el objetivo. Los ingleses esperaban repetir la maniobra realizada contra el *Bismark*; pero esta vez ni uno solo de los proyectiles dio en el blanco, pues los ataques se lanzaron por popa. Aquel mismo día, por la tarde, el *Tirpitz* estaba a salvo en el puerto de Narvik.

Tanto los alemanes como los ingleses estaban preocupados por los resultados de esta incursión, aunque había concluido con un empate a cero. Pero Raeder y Hitler, que sin duda se dieron cuenta de que el *Tirpitz* se había salvado de milagro, decidieron que no se volverían a utilizar los buques pesados si no se contaba con el apoyo de la *Luftwaffe*, cláusula destinada a bloquear cualquier operación ofensiva futura. Además, el *Tirpitz* estaba ahora prácticamente inmovilizado, pues en su infructuosa salida había consumido más de 8000 t de valioso combustible. No obstante, los ingleses no conocían estos detalles y estaban muy preocupados por la escasa seguridad de la ruta de Murmansk.

El «raid» de dos torpedos conducidos por hombres

Más tarde el *Tirpitz* fue a Trondheim para ser sometido a una reparación, y allí los ingleses intentaron inutilizarlo adoptando un nuevo sistema. El 26 de octubre, el pesquero *Arthur*, mandado por Leif Larson, uno de los jefes más activos de la resistencia noruega, dejó las Shetland y se dirigió hacia el Nordeste, llevando a bordo a seis hombres-rana y sus dos torpedos *Chariot*. Fue un verdadero milagro que consiguieran reparar una avería del motor y escapar a la vigilancia de los alemanes; pero la mala suerte se ensañó con ellos cuando se encontraban a tan sólo 5 millas del objetivo: a causa del mal tiempo, los *Chariot*, que iban remolcados en inmersión, empezaron a ir a la deriva y se perdieron. Los pilotos, a excepción de uno, tras desembarcar en un fiordo cercano, se pusieron a salvo cruzando la frontera sueca. Pero el caso era que el *Tirpitz* había escapado una vez más a la destrucción.

El acorazado, una vez terminada su reparación, fue enviado de nuevo al Altafjord, donde se encontraba también el crucero de batalla *Scharnhorst*, renovando así la amenaza contra los convoyes destinados a Rusia.

En septiembre de 1943, el *Tirpitz* utilizó por primera y única vez su armamento principal, pero contra un objetivo que, desde luego, no podía considerarse como un rival adecuado. La estación meteorológica situada en las Spitzbergen proporcionaba valiosas informaciones referentes a los desplazamientos de los hielos, así como boletines con las previsiones del tiempo, y tanto los ingleses como los alemanes habían intentado ocuparla repetidas veces. Ahora la estación estaba de nuevo bajo el dominio de los noruegos y transmitía informaciones útiles a los ingleses. Por ello los alemanes decidieron apoderarse de ella, confiando la operación al *Tirpitz* y al *Scharnhorst*, acompañados por diez destructores. La formación salió del Altafjord y llegó al lugar el 8 de septiembre, destruyó por completo las instalaciones y después volvió apresuradamente a Noruega, antes de que la *Home Fleet* pudiera intervenir. Los resultados de esta acción fueron prácticamente nulos, pues el 22 de septiembre la estación meteorológica se hallaba de nuevo en servicio.

La *Royal Navy* reaccionó ante esta incursión efectuando un nuevo intento de destruir el superacorazado, sirviéndose esta vez de submarinos de bolsillo, llamados «barcos-X». Estas embarcaciones medían 16 m de longitud y desplazaban 30 t; podían llegar a una profundidad de 90 m y navegar en inmersión a 8 nudos. Las tripulaciones, cuatro hombres en cada embarcación, se habían adiestrado para el ataque durante varios meses. El plan preveía que seis de estos barcos-X fuesen remolcados por submarinos convencionales hasta la entrada del Altafjord; desde allí, proseguirían en inmersión hacia los objetivos.

Los barcos-X remolcados salieron de Loch Cairnbawn, en el noroeste de Escocia, la noche del 11 al 12 de septiembre. Durante la travesía dos se perdieron y otro, el *X-7*, quedó atascado en el cable de una mina, pero el comandante consiguió liberarlo, y el 20 de septiembre las cuatro embarcaciones entraron en el fiordo. El *X-5* fue destruido el día 22 y el *X-10* se encontró en tales dificultades que tuvo que renunciar a su misión, por lo que sólo dos de los seis estuvieron en condiciones de llevarla a cabo: el *X-6* mandado por el teniente de navío D. Cameron, y el *X-7*, mandado por el teniente de navío B. C. G. Place.

Las tripulaciones necesitaron todo un día para los campos minados, reparar alguña pequeña avería y cargar las baterías; al amanecer se dirigieron hacia el protegidísimo Kaafjord, donde se encontraba el objetivo. El teniente Place consiguió pasar la barrera antisubmarinos; pero inmediatamente después descubrió una lancha motora alemana y se vio obligado a sumergirse, yendo a parar a las redes antitorpedos que rodeaban el acorazado y quedando enredado en ellas más de una hora.

Tampoco para el *X-6* las cosas iban demasiado bien, pues el teniente Cameron se dio cuenta de que su periscopio sólo funcionaba accionándolo a mano. A pesar de este inconveniente llegó al objetivo hacia las siete; pero por culpa de la brújula, también defectuosa, la embarcación encalló y después salió a la superficie proporcionando así a los alemanes el primer indicio del ataque que se estaba preparando. El *X-6* volvió a sumergirse, pero se vio obligado a salir de nuevo porque chocó con un escollo, quedó encallado en las redes antitorpedos y recibió una lluvia de granadas de mano y de proyectiles disparados por armas portátiles. Después, aunque parezca increíble, el teniente Cameron consiguió colocar el explosivo en la parte correspondiente a las torres de proa del acorazado, antes de provocar el autohundimiento del submarino. A la tripulación del *X-6* la capturó una lancha motora del *Tirpitz*, que había salido de inspección en cuanto se vio por primera vez el submarino de bolsillo. A bordo del acorazado reinaba la desorientación, y pasó algún tiempo antes de que se cursara la orden de cerrar las compuertas estancas y preparar los cañones para la acción. Mientras la tripulación se disponía a separar el buque de la costa, se avistó un segundo objeto (eran cerca de las 7,40); entonces se cerraron de nuevo las brechas de las redes y el *Tirpitz* aflojó amarras y se alejó del punto en que se había hundido el *X-6*.

El segundo objeto localizado, era naturalmente, el *X-7*, que Place había conseguido sacar de las redes de protección del buque. Sin embargo, la maniobra lo hizo emerger a unos treinta metros del acorazado, por lo que Place se apresuró a sumergirse de nuevo, y al efectuar la maniobra chocó con el flanco del *Tirpitz*. Colocó una carga de explosivo bajo las torres de proa y después avanzó unos 60 m hacia popa y colocó allí la segunda. Luego intentó huir, pero el *X-7* encalló de nuevo en las redes y quedó inmovilizado hasta las 8,12, cuando las cargas estallaron, averiando su submarino e impidiéndole navegar constantemente en inmersión. El *X-7* «delfineó» durante algún tiempo, alcanzado por el fuego enemigo cada vez que salía a la superficie; después Place lo llevó al lado de un blanco para artillería al que trepó; pe-

EL "SOLITARIO REY DEL NORTE" Y SUS ENEMIGOS



"CHARIOT": torpedo guiado por dos hombres

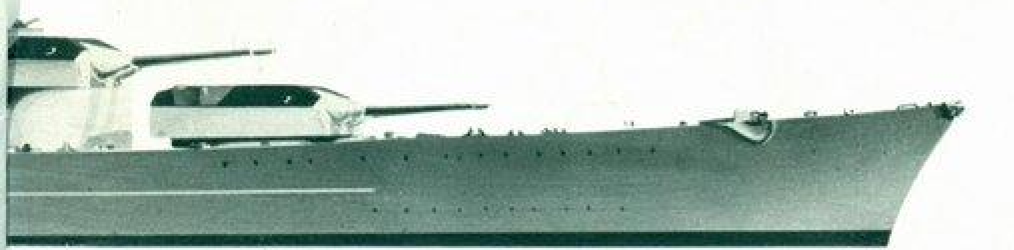
Los *Chariot* británicos tenían su origen en los "maiali" italianos, que causaron graves averías a los acorazados *Valiant* y *Queen Elisabeth*. Como los italianos, debían ser transportados en un buque hasta llegar cerca del objetivo. **Recorrido máximo**: 20 millas. **Autonomía**: 7 horas. **Velocidad**: 3,5 nudos con motor eléctrico. **Cabeza de carga**: 320 kg de explosivo. **Peso**: 1,5 t. **Eslora**: (con la carga): 7,6 m.

"BARCO-X": un submarino de bolsillo

Este pequeño submarino fue uno de los principales medios británicos especiales que se construyeron para llevar a cabo operaciones en aguas peligrosas. **Autonomía**: 1200 millas a 4 nudos y 23 horas en inmersión a 2 nudos. **Carga explosiva**: dos cargas externas adaptadas al perfil del casco (cada una de 9 metros de longitud y un peso de 5,5 t.); algunas minas de contacto. **Tripulación**: 5 hombres. **Desplazamiento**: 30 t. **Profundidad de inmersión**: unos 100 m. **Velocidad**: 6-8 nudos, en inmersión. **Eslora**: 16 m.

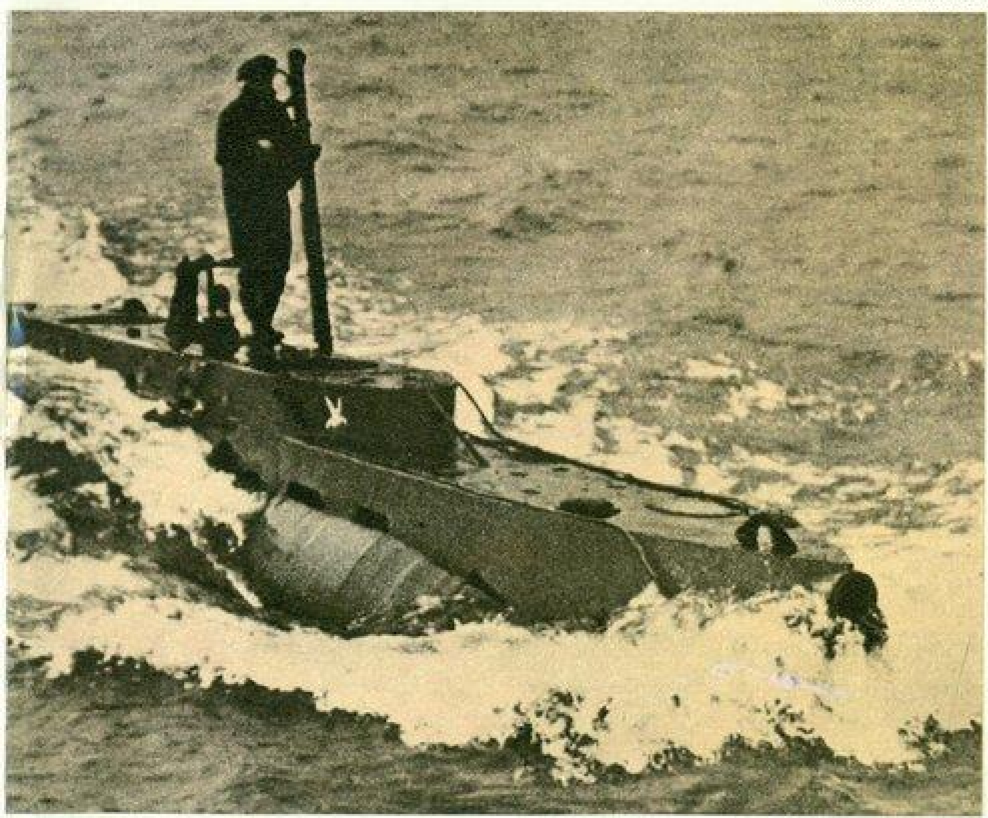
"TIRPITZ"

Era gemelo del *Bismarck*, pero estaba dotado de una mayor protección antiaérea, como los más modernos acorazados de la segunda Guerra Mundial. Su actividad operativa se vio drásticamente reducida a causa de la escasez de combustible que se sentía en Alemania; obligado a refugiarse en las aguas bajas de los fiordos noruegos, sufrió diversos ataques que redujeron su eficacia, hasta llegar a los golpes fatales que le infligieron los sumergibles de bolsillo tipo X y las bombas aéreas *blockbuster*. **Desplazamiento**: 42.900 t. **Eslora**: 242 m. **Velocidad**: 30 nudos. **Autonomía**: 9000 millas a 19 nudos. **Espesor máximo de la coraza**: 32 cm. **Armamento**: 8 cañones de 381 mm, 12 cañones de 150 mm, 16 cañones antiaéreos de 105 mm, 16 cañones antiaéreos de 37 mm, 58 cañones antiaéreos de 20 mm, 8 tubos lanzatorpedos de 533 mm y 6 aviones. **Tripulación**: 2400 hombres.





(Imperial War Museum)



ro la embarcación se hundió, arrastrando consigo a los otros tres miembros de la tripulación. Por una casualidad extrordinaria, el subteniente de navío Aitken volvió a salir dos horas y media después: se había salvado gracias al aparato de seguridad *Davis*.

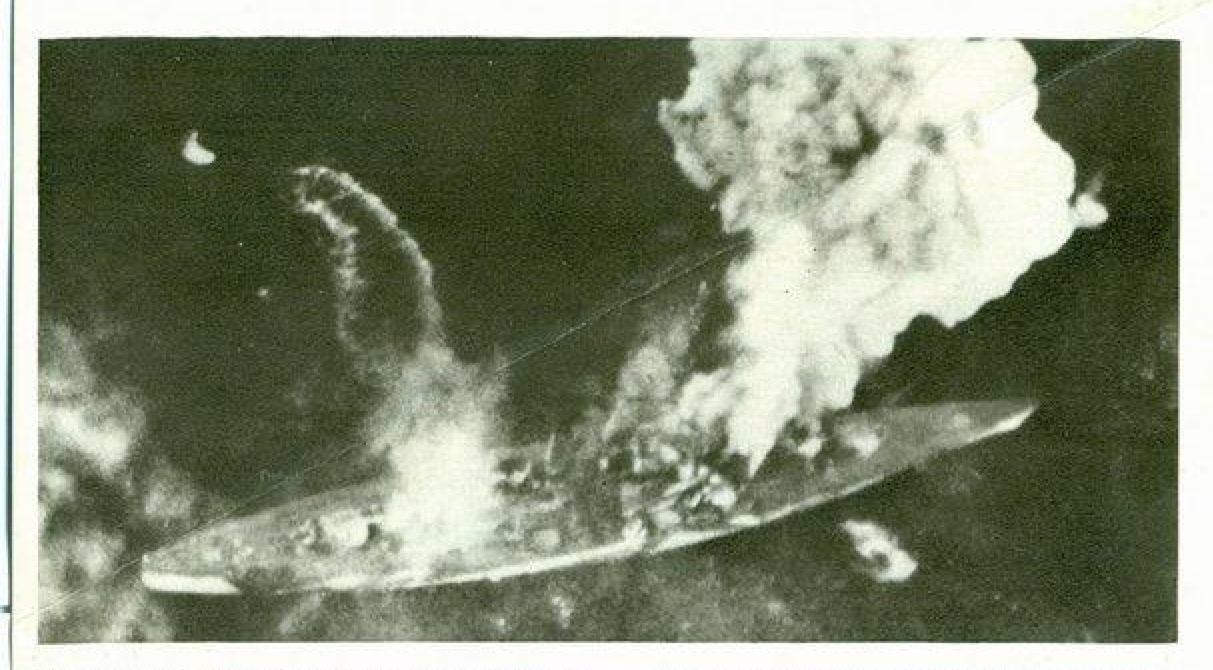
La explosión que había averiado el *X-7* hizo otro tanto con el *Tirpitz*. La de las dos primeras cargas provocó la de las demás, por lo que las cuatro estallaron casi simultáneamente. La fuerza de la explosión destruyó las instalaciones de iluminación y las puertas estancas y el navío se inclinó unos cinco grados a babor. Las averías más graves fueron las sufridas por tres grupos de turbinas principales, y además, el timón izquierdo de dirección estaba torcido, dos torres inmovilizadas y las instalaciones contra incendio, de radio y eléctrica completamente destruidas.

Para efectuar una reparación completa sería necesario trasladar el acorazado a un astillero alemán; pero el temor de que el buque sufriese más daños durante el trayecto a causa de ataques aéreos o navales desaconsejaba su traslado. Además Doenitz (que había sustituido a Raeder) estaba firmemente convencido, como su predecesor, de que el concepto de «flota en potencia» conservaba plenamente su validez. Por eso se enviaron desde Alemania buques taller para los trabajos, que durarían por los menos seis meses. Los resultados conseguidos por los barcos-X, «habían modificado considerablemente la situación estratégica». A Cameron y a Place se les condecoró, justamente, con la *Victoria Cross*.

El período de inactividad al que se vio obligado el *Tirpitz* fue una ventaja para la *Royal Navy*. Y en la primavera de 1944, cuando el acorazado estuvo de nuevo en condiciones de eficiencia, el equilibrio de las fuerzas navales había cambiado. El *Scharnhorst* había sido hundido y el *Lützow* estaba en Alemania. El *Tirpitz*, única unidad pesada que quedaba en el Altafjord, era ahora realmente el «solitario rey del Norte», según la definición de los noruegos. No obstante, los ingleses no estaban todavía satisfechos. En efecto, las mayores unidades de la *Home Fleet* no estarían disponibles para trasladarse a Extremo Oriente hasta el día en que el superacorazado alemán fuese destruido. Y por ello se imponía una nueva forma de ataque.

El Altafjord estaba fuera del radio de acción de los bombarderos de la RAF. Naturalmente, lo podían bombardear los aviones despegados de los portaaviones, pero el problema era la falta de portaaviones. No obstante, en la primavera de 1944, el *Victorious* y el *Furious*, con otros cuatro de escolta, el *Emperor*, el *Searcher*, el *Pursuer* y el *Fencer*, se concentraron en Scapa Flow. En conjunto reunían un número suficiente de aparatos para lanzar dos ataques, en cada uno de los cuales participarían 21 *Barracuda* con 40 cazas de escolta. A última hora de la tarde del 2 de abril los portaaviones y las respectivas unidades de escolta, mandados todos por el almirante Moore, se concentraron al noroeste del Altafjord. El primer ataque se inició a las 4,37 del día 3 y el segundo una hora después, aproximadamente.

Los alemanes fueron totalmente sorprendidos, y los hombres encargados de las cortinas de humo y de las baterías antiaéreas no estaban todavía en sus puestos. Es más, la única alarma que advirtieron la mayor parte de los componentes de la tripulación fue el zumbido de numerosos aviones que turbaba la tranquilidad del amanecer. Los cazas se lanzaron como halcones contra el *Tirpitz*, disparando sobre los puentes, mientras los bombarderos en picado *Barracuda* dejaba caer sobre el objetivo bombas de todos los tipos: perforantes, semiperforantes, rompedoras y antisubmarinas. Al terminar el ataque, que duró tan sólo un minuto o poco más, se habían declarado en el acorazado numerosos incendios. El segundo grupo atacante le asestó otro duro golpe; pero, habiendo llegado una hora después, se vio acogido por un fuego antiaéreo más nutrido y encontró cortinas de humo más densas.



El *Tirpitz* en el Altafjord, sometido a un intenso bombardeo aéreo británico. Desde principios de abril de 1944, los ingleses, decididos a destruir el navío alemán, lanzaron contra él repetidos ataques aéreos, sin alcanzar, sin embargo, el objetivo. Sólo la incursión de los *Lancaster* del 9.º y del 617.º Grupos de la RAF le infligieron un golpe mortal: una bomba de 5500 kg atravesó el castillo de proa, estalló y paralizó el superacorazado. (History of the Second World War)

En la operación los ingleses perdieron cuatro aviones, pero consiguieron provocar el caos a bordo del acorazado. El *Tirpitz* resultó alcanzado catorce veces. Murieron 122 hombres de la tripulación y los heridos ascendieron a 316. Sin embargo, las averías no fueron tan graves como habían creído los atacantes, pues las bombas de 800 kg, únicas que podían asestar al buque un golpe mortal, se lanzaron desde poca altura y no habían perforado la cubierta acorazada.

Pero la aviación de la Marina no quería que se le escapase la presa. El 28 de abril, otra formación de portaaviones, mandada también por el almirante Moore, salió de Scapa Flow para repetir el ataque; mas el mal tiempo aconsejó renunciar a la acción. Lo mismo ocurrió el 15 y el 28 de mayo, siempre por culpa de las condiciones atmosféricas. Parecía que el destino no quisiera conceder a la *Royal Navy* la ocasión de destruir y eliminar a la unidad naval enemiga, pues un nuevo ataque, del 17 de julio, falló también, esta vez a causa de las cortinas de humo formadas por los alemanes, y ni siquiera una bomba alcanzó el objetivo; el 22 de agosto, mientras el convoy ártico *JW-59* estaba en plena navegación, el *Tirpitz* salió indemne de otra incursión. Pero el almirante Moore decidió insistir, y dos días después 77 bombarderos y cazas atacaron al *Tirpitz*, alcanzándolo con dos bombas en una incursión que quizás fue la más desalentadora de todas: una bomba de 250 kg no penetró en la torre de proa y una perforante de 800 kg alcanzó el buque a proa del puente de mando, penetró a través de ocho cubiertas pero no estalló.

El fracaso de un ulterior ataque, que tuvo lugar cinco días después, pareció marcar el límite de la desilusión.

El hecho era que se necesitaban bombas mucho más potentes, así como una buena dosis de suerte, pues las condiciones atmosféricas favorables y la sorpresa eran dos factores esenciales que difícilmente podían coincidir. La solución del primer problema estaba en la utilización de aparatos de la RAF en vez de los embarcados en los portaaviones. Por eso, el 11 de septiembre de 1944, el Mando de bombarderos transfirió el 9.º y el 617.º Grupos, formados por aviones *Lancaster* que llevaban bombas perforantes de 5500 kg, al aeródromo de Jagodnik, al norte de Rusia. Esta medida se imponía porque el recorrido Escocia-Altafjord y regreso era demasiado largo para estos aparatos.

En las primeras horas del 15 de septiembre, unos 28 *Lancaster* despegaron de Jagodnik rumbo al Altafjord y, a pesar de las cortinas de humo, consiguieron alcanzar al *Tirpitz* una sola vez, pero con un efecto muy espectacular, pues la bomba estalló a través del castillo de proa, abriendo la cubierta superior como si se tratase de la tapa de una lata de sardinas. Este fue prácticamente el fin del *Tirpitz*. El almirante Doenitz se convenció entonces de que la única función práctica que todavía podía cumplir era la de servir como batería flotante para rechazar la temida invasión aliada de Noruega. Como la extrema región septentrional del país estaba muy débilmente guarnecida el acorazado se trasladó 200 millas más al Sur y fondeó ante la isla de Haakoy, a 3 millas de Tronsö, con un banco artificial de arena bajo la carena para que no volcase en caso de hundimiento.

Ahora, la ventaja para los ingleses era el hecho de que el *Tirpitz* se encontraba dentro del radio de acción de los bombarderos con base en Escocia, con tal de que se introdujesen algunas modificaciones en los aparatos; y el que estas modificaciones se efectuasen realmente demuestra que el *Tirpitz* seguía siendo todavía una preocupación. Los cambios consistieron en la eliminación de todas las planchas no estrictamente indispensables y de las torretas centrales y en la instalación de depósitos suplementarios de gasolina y de nuevos y más potentes motores *Merlin 24*. Los grupos elegidos para destruir definitivamente el *Tirpitz* fueron el 9.º y el 617.º, que habían regresado de la Unión Soviética. También esta vez llevarían las gigantescas bombas de 5500 kg, dotadas de ojiva perforante.

El primer intento se produjo el 29 de octubre; pero fue otro fracaso a causa de la mala visibilidad. Los alemanes reaccionaron pronto, haciendo que despegaran 20 ó 30 cazas del cercano aeródromo de Bardufoss. Esto significa que los *Lancaster*, desprovistos de las corazas protectoras, estarían expuestos ahora a los ataques de los cazas.

A las 3 del 12 de noviembre de 1944, 29 *Lancaster*, cada uno con una sobrecarga de 2 t, despegaron del aeródromo de Lossiemounth, al mando del teniente coronel J. B. Tait. Una vez sobre la costa noruega se dirigieron hacia el interior, para seguir una ruta indirecta y lanzarse contra el acorazado por la parte de tierra. Sin embargo, la preocupación fue inútil, ya que inmediatamente después de las ocho sonó la alarma en el *Tirpitz*, que se preparó para entrar en combate inmediatamente. Los hombres encargados de las cortinas de humo ocuparon sus puestos y ocho cazas despegaron del aeródromo de Bardufoss. La mañana era clara y soleada y las probabilidades de interceptación, por consiguiente, muy altas. ¿Fracasaría este enésimo intento de destruir el *Tirpitz*?

Mientras los *Lancaster* del 617.º Grupo se aproximaban al objetivo, las tripulaciones observaban el cielo esperando ver aparecer a los cazas enemigos; pero no apareció ni uno. En cambio, poco después, descubrieron, 4250 m por debajo de ellos, la silueta delgada y oscura del navío que, por milagro, no estaba envuelta por una cortina de humo. Esta era la ocasión esperada, y los *Lancaster*, dotados del nuevo y terrible aparato de puntería modelo XIV, no la desaprovecharon. Las tripulaciones tuvieron la impresión de que las bombas *blockbuster* tardaban una eternidad en descender; pero precisamente en aquel momento se levantó una columna de humo que cubrió el objetivo: un gran penacho se elevó desde el centro del buque, seguido inmediatamente después por otro a popa. El buque estaba cubierto por las salpicaduras de las bombas que llovían a su alrededor, llamas y humo salían del casco alcanzado. El *Tirpitz* se ladeó inmediatamente 30 grados a babor, donde se había producido una brecha de más de 30 metros de longitud. Ni siquiera un acorazado como aquel podía resistir los efectos de aquellas enormes bombas.

Los intentos de corregir la inclinación inundando los compartimientos estancos de estribor fracasaron a causa de las numerosas averías. El final llegó inesperadamente. Las dos primeras bombas que lo alcanzaron de lleno habían perforado las partes vitales del *Tirpitz*. Mientras la inclinación aumentaba, un pañol de municiones de popa voló con una tremenda explosión, y el navío se tumbó inmediatamente sobre el flanco. Las tripulaciones de los últimos *Lancaster* que se alejaban hacia el mar vieron, a través del humo cada vez más denso, el largo casco que sobresalía de las aguas del fiordo. El «solitario rey del Norte» había muerto.

Un final triste y sin gloria

¿Por qué los alemanes no tomaron las debidas precauciones? Desde luego, el buen tiempo era un acontecimiento difícilmente imaginable a mediados de noviembre en el norte de Noruega; pero el desastre fue motivado sobre todo por la ausencia de cazas y de cortinas de humo. En efecto, a los ocho cazas despegados del campo de Bardufoss lo hicieron volver antes de que llegaran al fiordo de Tromsö, pues los alemanes, desorientados por la desviación de ruta de los Lancaster, creían que el objetivo era el aeródromo.

De las investigaciones efectuadas para descubrir las causas de que no funcionasen los aparatos eléctricos para la emisión de cortinas de humo se desprendió que algunos de ellos no se habían revisado después del reciente traslado desde el Altafjord; en cuanto al banco de arena artificial que debía impedir que el *Tirpitz* volcase, no estaba terminado todavía.

Las pérdidas en vidas humanas fueron considerables, pues más de 1000 componentes de la tripulación quedaron apresados en el casco cuando el acorazado volcó inesperadamente. Unos 80 de ellos consiguieron abrirse paso a través de las diversas cubiertas hasta que llegaron al fondo invertido de la carena y lo golpearon desesperadamente, atrayendo la atención de los que se encontraban en el exterior, que procedieron a abrir una brecha para que salieran. También se habían oído golpes procedentes de otras partes del *Tirpitz*, pero las aguas invadieron los compartimientos estancos antes de que los desgraciados prisioneros pudieran salir. Las escuadras de socorro les oyeron entonar, aunque parezca increíble, el *Deutschland über Alles*. Después cayó el silencio sobre el buque muerto.

Fue para el *Tirpitz* un final triste y sin gloria, pero de acuerdo con lo que había sido parte de su existencia.

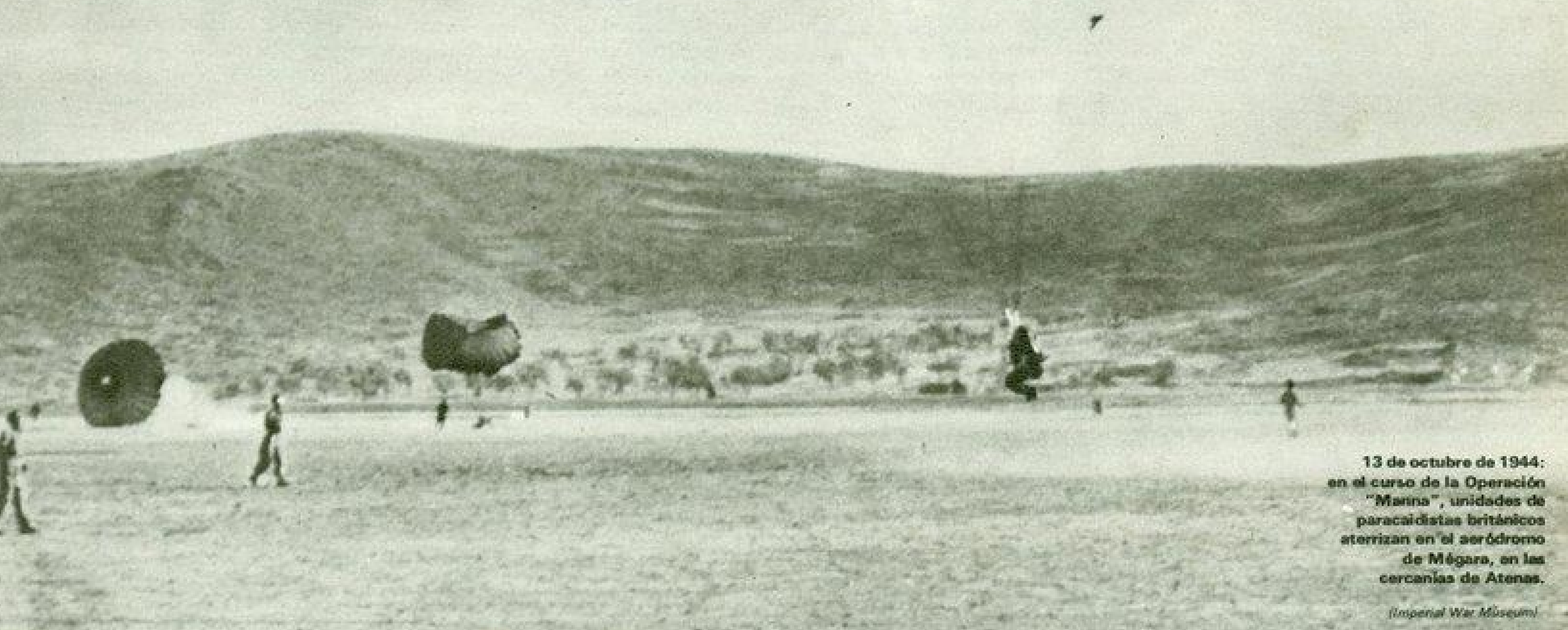
Se le había negado la suerte del *Bismarck*: un breve momento de gloria y después la lucha heroica en condiciones desfavorables. Su fin tuvo un signo de trágica fatalidad. Aunque se hundió rápidamente cuando le perforaron las bombas de los *Lancaster*, en realidad el *Tirpitz* había comenzado a morir muchos meses antes.

OPERACION "MANNA"

Christopher Hollis







13 de octubre de 1944: en el curso de la Operación "Manna", unidades de paracaidistas británicos aterrizan en el aeródromo de Mégara, en las cercanías de Atenas.

(Imperial War Museum)

Uno de los problemas más espinosos que se les presentaba a los Aliados en el sector de operaciones del Mediterráneo era el del futuro de Grecia, pues resultaba evidente, mucho antes de que se consumase la derrota de Alemania en el sur de Europa, que la liberación de Grecia daría lugar a una sangrienta guerra civil entre comunistas y conservadores. Churchill estaba completamente decidido a impedir que los comunistas se adueñaran del poder y aun a afrontar los recelos que su política inspiraba a los Estados Unidos y a la URSS. Así, en la Operación "Manna" hizo intervenir a las tropas británicas en las enconadas luchas políticas griegas.



La Operación «Manna» se inició con los desembarcos efectuados en Patrás el día 4 de octubre de 1944. El Cuerpo Expedicionario británico avanzó en dirección a Atenas, que fue ocupada el 14, y dos días después el Gobierno heleno, presidido por Papandreu, volvió a la capital. El 11 de noviembre, la última retaguardia alemana abandonaba Grecia, aunque la situación política permanecía inestable.

El movimiento de Resistencia griego se distinguía de los demás por el violento antagonismo de las diversas facciones. No faltaba ninguno de los ingredientes clásicos de las luchas intestinas: monárquicos contra republicanos, comunistas contra anticomunistas, y, por añadidura, una cierta tendencia a la dictadura, introducida en el país durante los años treinta, bajo Metaxas. El principal cometido de todos estos grupos era combatir contra el invasor alemán; pero todos sabían que se trataba tan sólo de un prólogo para otra gran batalla, la verdadera, la que decidiría el futuro de Grecia cuando se fueran los alemanes.

Como se sabe, los alemanes habían invadido Grecia en abril de 1941 y, dos meses más tarde, atacaron a la Unión Soviética. A partir de entonces, no habían dispuesto de fuerzas suficientes para someter de una manera total y definitiva a toda Grecia. Por otra parte, es cierto que tampoco lo intentaron, pues para ellos lo más importante era asegurarse las principales vías de comunicación y la posesión de las mayores y más importantes ciudades. En los distritos rurales se limitaban a desencadenar, de vez en cuando, terribles represalias cuando se cometía cualquier atentado contra sus fuerzas o sus instalaciones; pero, por lo demás, puede decirse que dejaron completamente tranquilas las zonas de la periferia.

Cuando se produjo la derrota, el Ejército griego abandonó grandes cantidades de armas, pero guardándolas en seguros escondrijos en las zonas rurales; estas armas sirvieron después para las formaciones irregulares. En otoño de 1941, los combatientes de la Resistencia se habían organizado en un frente de Liberación Nacional conocido por la sigla EAM, y en abril del año siguiente el EAM anunció la constitución del ELAS, un Ejército de Liberación que no tardó en imponer una irregular autoridad sobre los pueblos de Grecia central y meridional. Pero en el Epiro, que fue el escenario principal de la guerra ítalo-griega, nació otro frente de liberación de signo contrario, mandado por el coronel Zervas, republicano en tiempos de Metaxas y que ahora profesaba ideas decididamente anticomunistas. Su organización se conocía por la sigla EDES. Con el tiempo, el EAM se hizo casi por completo comunista y el EDES totalmente anticomunista. La situación era muy parecida a la que se produjo en la cercana Yugoslavia con la rivalidad entre partisanos y *chetniks*.

A pesar de esta división interna, el movimiento de Resistencia griego había demostrado ser lo suficientemente importante para que, en otoño de 1942, los ingleses se pusieran en contacto con él. Una delegación militar, mandada por el coronel Myer, se lanzó en paracaídas sobre el país y con la colaboración de las fuerzas de la Resistencia inutilizó la línea ferroviaria que conducía de Atenas al Norte y voló varios buques en el puerto de El Pireo. Este fue el comienzo de la ayuda militar a Grecia, que permitió continuar las acciones de sabotaje. En verano de 1943, cuando los Aliados, que se disponían a invadir Sicilia, difundieron hábilmente la voz de que se estaban preparando para un desembarco en Grecia, una intensa y bien sincronizada actividad de los saboteadores obligó a los alemanes a destacar en el país dos divisiones que, de otro modo, se habrían trasladado a Sicilia.

Pero en este punto finalizó la verdadera actividad organizada por la Resistencia griega; pues desde 1943, los griegos se abandonaron casi exclusivamente a sus rivalidades internas, y pronto el binomio se transformó en un trinomio: El ELAS y el EDES se combatían recíprocamente en su patria, pero ambas organizaciones se oponían a su vez al Gobierno real exiliado en El Cairo. El rey Jorge de Grecia no pudo contar nunca con la firme fidelidad dinástica que existía en Noruega, en Dinamarca y en Holanda, también ocupadas. En marzo de 1943, un grupo de políticos atenienses firmó una proclama en la que se pedía que el rey no volviese a Grecia al terminar la guerra si no lo decidía así un plebiscito. El soberano, consciente de la debilidad de su posición, replicó con un conciliador mensaje por radio, en el que, sin asumir responsabilidades inmediatas en lo que se refería a sus intenciones personales, prometía que inmediatamente después de la guerra se convocarían en Grecia elecciones generales libres. Afirmaba que el gobierno nacido de esta consulta popular sería responsable ante el Parlamento.

Sin embargo, la promesa no tuvo ningún efecto en los políticos de extrema izquierda, que acusaban al rey de haber violado la constitución del país al prestar su apoyo a Metaxas antes de la guerra. En algunas unidades del Ejército griego refugiado en Egipto se produjo un intento de rebelión, y una delegación fue de Atenas a El Cairo para obtener del monarca seguridades de que no volvería a Grecia a menos que se lo pidiese un plebiscito, seguridades que el rey se negó a dar. Así, las facciones permanecieron en posiciones irreconciliables: los republicanos del EDES seguían siendo enemigos de los comunistas del EAM y unos y otros eran hostiles al rey.

En septiembre de 1943, después de la capitulación de Italia, los alemanes se vieron obligados a mandar tropas a Yugoslavia y a Grecia, pues hasta entonces habían sido unidades italianas las que constituyeron las fuerzas de ocupación de los Balcanes. Los alemanes tuvieron especial interés en permanecer en el sur de Italia; sin embargo, ahora la situación había cambiado, y aunque tenía sentido para ellos seguir ocupando Salónica para impedir que los Aliados la utilizasen como cabeza de desembarco para la invasión de los Balcanes, no lo tenía ocupar por más tiempo el sur de Grecia, desprovisto ya de importancia estratégica.

También los ingleses se encontraban ante un dilema. En el verano de 1943, tras la capitulación italiana, el ELAS consiguió apoderarse de casi todo el equipo militar italiano, convirtiéndose así en la más fuerte de todas las organizaciones armadas griegas. El peligro de que el EAM, una vez los alemanes evacuaran Grecia, proclamase un régimen comunista era un problema real, y los Aliados occidentales, que consideraban ya bastante preocupante la posición de la Yugoslavia comunista de Tito, no sentían el menor deseo de que existiera una Grecia también comunista. Churchill, decidido a impedirlo, se dio cuenta de que el único remedio sería enviar a Grecia, en cuanto se retirasen los alemanes, un Cuerpo Expedicionario británico.

No era posible enviar todo un Cuerpo de Ejército de ocupación, porque Grecia se encontraba en el último lugar de la lista de las prioridades militares aliadas; por otra parte, si se quería impedir la guerra civil era indispensable ocupar Atenas sin demora.

«Si los alemanes se retirasen de Grecia —escribió Churchill al general Ismay el 29 de septiembre— deberíamos mandar a Atenas 5000 hombres provistos de autoametralladoras y *Bren-carrier*. No necesitarán medios de transporte ni artillería. Indudablemente las tropas griegas en Egipto se unirán a ellos. Será suficiente organizar las unidades de forma que puedan hacer frente a rebeliones en la capital o bien incursiones contra Atenas desde las zonas rurales». Churchill creía que el efecto psicológico del desembarco sería tan profundo que permitiría que un gobierno organizado se estableciese de forma estable después del compromiso explícito de convocar un plebiscito.

Sin embargo, pronto se hizo evidente que las cosas no marcharían tan bien. La guerra abierta estalló en Grecia en octubre de 1943, con un ataque lanzado por las fuerzas del ELAS contra las tropas del EDES, que se encontraban en el Epiro. Churchill suspendió inmediatamente todos los envíos de armas a Grecia, argumentando que los ingleses querían ayudar a los griegos a combatir contra los alemanes, pero no a combatir entre ellos o quizás, también, en un futuro no determinado, a combatir a Gran Bretaña. Churchill esperaba que la medida sirviera de advertencia para el ELAS; pero, en realidad, el embargo británico contra los dos bandos favoreció más al ELAS en su lucha contra el EDES por el mero hecho de que el primero poseía más armas que el segundo. No obstante, el embargo hizo que se desvanecieran los proyectos del ELAS referentes a los futuros contraataques contra la intervención británica en Grecia.

Churchill se encontraba en una situación muy difícil. Una vez derrotados los alemanes, Inglaterra podría enviar a Grecia, con mayor facilidad, un Cuerpo Expedicionario lo suficientemente fuerte para dominar al ELAS. Pero ¿qué ocurriría si Stalin decidía reconocer en el EAM la auténtica expresión del pueblo griego y apoyar al ELAS enviando armas y soldados? ¿Cuáles serían las repercusiones políticas, tanto en el interior del país como en el extranjero, si los soldados británicos empezaban a disparar contra los insurrectos griegos? Churchill, en este caso, ni siquiera podía contar con el apoyo de los americanos. Y aun suponiendo que Stalin no enviase armas y soldados, le bastaría afirmar públicamente que la causa del EAM era la causa nacional griega para suscitar en todo el mundo occidental un movimiento de general repulsa hacia la intervención británica.

Y, entre tanto, los insurrectos griegos se ensañaban entre sí. En febrero de 1944, el EAM acabó proclamándose como un Estado dentro del Estado en Grecia central y septentrional, negando oficialmente toda fidelidad, siquiera nominal, al Gobierno real en el exilio. En el Epiro, también el EDES de Zervas se estaba transformando rápidamente en un bloque autónomo. Al fin, la delegación militar británica consiguió que el ELAS y el EDES aceptasen una difícil tregua; pero se trató tan sólo de un breve armisticio. El ELAS no tenía ninguna intención de reconocer al gobierno Tsouderos y el 26 de marzo se quitó definitivamente la máscara. Unos 30 meses después de que Tito proclamara el Frente de Liberación comunista en Yugoslavia, el ELAS instituyó un Comité político de Liberación, declaradamente comunista, que operaba en las montañas del norte de Grecia.

El motín en el Ejército griego

Los comunistas griegos tenían también partidarios entre las fuerzas regulares griegas en el extranjero, y el 31 de marzo un grupo de oficiales que se hallaba en El Cairo presionaron a Tsouderos para que dimitiera. El rey se encontraba entonces en Londres. Según Tsouderos, la única forma de impedir que los comunistas se adueñaran

LA RESISTENCIA EN GRECIA



(Alex Colbertson)

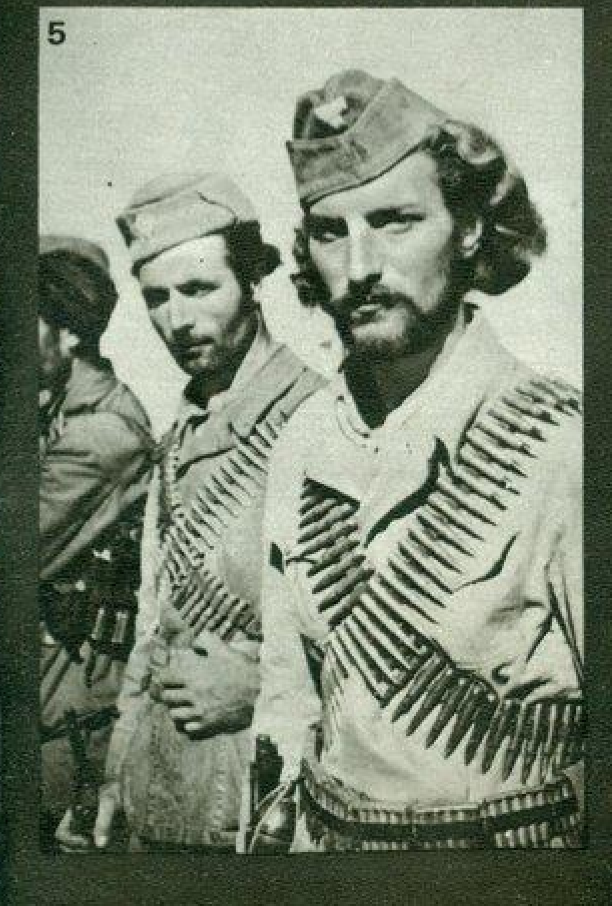


(Imperial War Museum)



Durante toda la guerra, el movimiento de Resistencia en Grecia se caracterizó por un antagonismo violento entre las diversas facciones.
El EAM, constituido en 1941 y de tendencias comunistas, formó, en abril de 1942, un ejército, el ELAS, que se aseguró el dominio de Grecia central y meridional, mientras en el Epiro se organizaba el EDES, profundamente anticomunista.
Ambos movimientos eran, a su vez, contrarios al Gobierno en el exilio que se hallaba en El Cairo. Las divergencias se agudizaron después de la retirada de las tropas italianas de Grecia.
El EAM no tardó en alcanzar el predominio, y en febrero de 1944 negó su acatamiento al Gobierno exiliado. El 17 de mayo de 1944 se eligió un nuevo Gobierno, presidido por Papandreu, que permaneció en el poder sólo 45 días.
Entonces Churchill, ya completamente seguro de que tras la retirada de las tropas alemanas el EAM intentaría hacerse con todos los poderes, propuso enviar a Grecia un Cuerpo Expedicionario británico para tratar de allanar los antagonismos.
Obtenido el asentimiento de Stalin y de Roosevelt, se hizo promotor de la Operación "Manna"; pero ni siquiera la llegada de los británicos sirvió para aplacar los ánimos. 1. Partisano del ELAS asesinado por miembros del EDES. 2. Noviembre de 1944: el general británico Scobie (en el centro) conferencia con el jefe del ELAS, general Sarafis, y con el general Zervas (a la derecha), jefe del EDES.
3. Atenas: aplaudidos por la multitud, ciudadanos griegos se manifiestan a favor de Gran Bretaña.
4. Demostración antibritánica en Grecia. 5. Dos soldados típicos del ELAS. 6. Partidarios del EDES asesinados por el ELAS. 7. Miembros sospechosos del ELAS detenidos.









del poder sería nombrar, como regente, al arzobispo Damaskinos, que gozaba de una popularidad superior a la de cualquier político griego. Sin embargo, el rey no aceptó la proposición de Tsouderos, y al enterarse de su negativa la 1.ª Brigada del Ejército griego en El Cairo se amotinó. Los revoltosos ocuparon el despacho del jefe de la policía militar griega; pero unidades británicas los cercaron, si bien el resto de la brigada continuó la rebelión.

También se amotinaron algunas unidades de la Marina: las tripulaciones de cinco buques declararon estar a favor de la república, y el 8 de abril la tripulación de un destructor se negó a hacerse a la mar si no se llamaba a los representantes del EAM para que formaran parte del gobierno griego. Mientras tanto, el general Paget había cercado a la 1.ª Brigada en El Cairo y la obligó a rendirse por hambre, sin recurrir a las armas. El rey volvió a El Cairo el 12 de abril, anunciando que se procedería a la formación de un nuevo Gobierno en el que estarían representadas todas las tendencias políticas del país. La representación más numerosa correspondería a los hombres que habían permanecido en la patria durante la guerra y a los que se haría venir desde Grecia para tomar posesión del nuevo cargo. Tsouderos dimitió: Venizelos, hijo del estadista que presidiera el Gobierno griego durante la primera Guerra Mundial, le sucedió como primer ministro; pero pronto se vio que no profesaba ideas lo suficientemente de izquierdas para satisfacer a los descontentos.

El 26 de abril se llamó a Papandreu, jefe del partido socialdemócrata griego, y se le nombró sucesor de Venizelos. En una estación climática del Líbano, Papandreu convocó una reunión de partidos en la que participaron los delegados del Frente comunista de Liberación Nacional. Y el 17 de mayo, después de tres días de violentas discusiones, se llegó a un acuerdo: en El Cairo se constituiría un Gobierno de coalición, en el que participarían los miembros del EAM, bajo la presidencia de Papandreu, y, mientras tanto, las fuerzas del ELAS librarían una lucha cada vez más dura contra los alemanes hasta la completa liberación de Grecia. Churchill, pocos días después, anunció en la Cámara de los Comunes que la situación griega había mejorado notablemente.

Como era evidente que la opinión pública occidental no pensaba oponerse a la idea del avance soviético en Europa oriental, Churchill comprendió que la única solución que le quedaba era pactar con la Unión Soviética. Por ello propuso a Moscú que dejase carta blanca a los ingleses en Grecia, a cambio de la libertad de acción soviética en los demás países balcánicos. Stalin aceptó, aparentemente de buena fe, a condición de que se consultase a los americanos y se aceptase su opinión. Los americanos, como sabía muy bien Stalin, seguían recelando del «imperialismo británico» y de la política griega del *premier* inglés y se mostraron muy reacios a dar su aprobación. Churchill tuvo que asegurar a Roosevelt que su única intención era apresurar la liberación de los Balcanes e impedir que a continuación se produjera la anarquía. Aunque con desgana, Roosevelt aceptó al fin.

Naturalmente, los jefes del EAM se aprovecharon de las dificultades de Churchill. En la primavera de 1944 todos comprendían claramente que los alemanes tendrían que evacuar Grecia y las fuerzas del ELAS, a pesar de las promesas hechas en la conferencia del Líbano, no consideraron que fuera necesario malgastar armas para apresurar la salida del invasor. Prefirieron conservarlas para una finalidad mucho más importante: la guerra civil que se proponían desencadenar en cuanto abandonasen el país las últimas fuerzas ocupantes.

El 7 de julio, el rey de Grecia comunicó que los jefes del EAM habían declarado nulo el acuerdo firmado en mayo, en la conferencia del Líbano, y pidió a Churchill que confirmara explícitamente su apoyo al Gobierno Papandreu. No era culpa de este último, afirmaba el soberano, si algunos miembros de su Gobierno habían sido desleales; él había hecho cuanto le fue posible hacer y si se veía obligado a salir de la escena política griega se produciría el caos. Churchill aceptó los argumentos del rey Jorge, pero rechazó su petición de cortar los contactos entre la delegación militar británica y el ELAS, pues compartía la opinión del coronel Woodhouse, miembro del ELAS, según la cual si se producía una crisis, la delegación militar podría ejercer una acción moderadora sobre el ELAS, siempre que éste no capturase y retuviese como rehenes a sus miembros para dar mayor peso a las peticiones de los comunistas.

Esta última posibilidad había preocupado constantemente a Churchill, quien se alarmó muchísimo cuando Stalin, en agosto, trasladó una misión militar soviética de Italia a Grecia. Parecía que Stalin se disponía a ignorar la petición de Churchill referente al reconocimiento de Grecia como esfera de influencia británica. Y si Stalin apoyaba a las fuerzas del ELAS con armas soviéticas sería difícil para los ingleses impedir que el EAM se hiciera dueño del país.

El plan de emergencia de Churchill

No obstante, Churchill decidió hacer todo lo que estaba en sus manos. El 6 de agosto escribió a los jefes de Estado Mayor: «Es posible que dentro de un mes, aproximadamente, nos veamos en la necesidad de mandar a Atenas 10.000 o 12.000 hombres con un pequeño número de carros de combate, autoametralladoras y artillería» (como se ve, las cifras del *premier* habían aumentado considerablemente respecto al año anterior, cuando consideraba que bastaría un contingente de 5000 hombres). «No se trata de que intentemos asegurarnos el dominio de Grecia o de avanzar más allá de los suburbios de Atenas, pero la ciudad es la sede del Gobierno, y nosotros debemos proteger sus accesos... Es posible que los alemanes se hayan ido o se estén yendo hacia el Norte y que nuestras fuerzas, una vez desembarcadas en El Pireo, sean acogidas por el entusiasmo de la mayoría de los atenienses... Deben tener en cuenta que la oportunidad es un factor más importante que el número y que 5000 hombres dentro de cinco días cuentan más que 7000 dentro de siete».

En una reunión celebrada en Roma el 21 de agosto, Papandreu presentó a Churchill los siguientes puntos:

- el ELAS gozaba del apoyo de una minoría de la población griega, pero tenía en sus manos todas las armas del país y podría recibir más de la Unión Soviética;
- Papandreu era el jefe oficial del Gobierno griego; pero si volvía a Grecia sin un apoyo adecuado su caída era segura;
- aunque los alemanes se retirasen de Grecia, los búlgaros presentarían sin duda peticiones territoriales, para obtener rectificaciones fronterizas en la zona de Cavalla, si veían que los Aliados, en vez de mandar tropas, proporcionaban solamente un Gobierno inerme.

La respuesta de Churchill fue tranquilizadora: aseguró a Papandreu que el Gobierno volvería a Grecia con un apoyo adecuado, y ello ocurriría lo antes posible y con la ayuda de las fuerzas británicas. La Operación «Manna» (éste era el nombre convencional del plan) preveía la ocupación de Atenas, así como de sus aeródromos, mediante el lanzamiento de una brigada paracaidista apoyada por cuatro grupos de cazas, a fin de permitir el desembarco de los miembros del Gobierno y de tropas procedentes de Egipto.

A fines de septiembre terminaron los preparativos; pero, en contra de lo que se esperaba, los alemanes no mostraban intención alguna de evacuar Atenas, aunque habían abandonado el Peloponeso retirándose al norte del canal de Corinto. Churchill dijo entonces al general sir Henry Maitland Wilson que preparase los planes para un posible desembarco en el Peloponeso. La Operación «Manna» no tendría ninguna posibilidad de éxito si se aplazaba demasiado o si la vuelta del Gobierno no coincidía con el desembarco de las tropas.

El general Wilson efectuó un intento *in extremis* para obtener una suspensión de hostilidades entre el ELAS y el EDES, proponiendo una reunión en Italia, precisamente en Caserta, entre Papandreu, el jefe del ELAS (Sarafis) y el jefe del EDES (Zervas). Wilson logró convencerles para que aceptaran un compromiso, conocido como acuerdo de Caserta: las dos organizaciones pondrían sus fuerzas a disposición del Gobierno de Papandreu, que a su vez se pondría bajo la protección del general Scobie, el oficial británico designado para dirigir la Operación «Manna».

La Operación «Manna» se inició el 4 de octubre: los primeros desembarcos británicos tuvieron lugar en Patrás, y desde esta ciudad el Cuerpo Expedicionario se dirigió a Atenas. Cuando llegó al canal de Corinto le bastaba efectuar una conversión al Norte para encerrar en una trampa a la guarnición alemana de Eubea, compuesta por 10.000 hombres; pero los alemanes se dieron cuenta rápidamente de la situación y el 12 de octubre evacuaron Atenas; al día siguiente los paracaidistas británicos aterrizaron en el aeródromo de Mégara. El 14 de octubre, fuerzas británicas ocuparon la capital griega y unidades navales entraron en El Pireo. El Gobierno griego volvió a Atenas el 16 de octubre. Hasta entonces la Operación «Manna» se había desarrollado como estaba previsto en el plan.

Churchill pacta con Stalin

El 9 de octubre Churchill había ido a Moscú para entrevistarse con Stalin, y el mismo Churchill refiere en sus memorias:

«Arreglemos nuestras cuestiones balcánicas –dije–. Sus Ejércitos se encuentran en Bulgaria y en Rumania. Allí tienen sus intereses, sus delegaciones y sus agentes. No nos conviene tener planes opuestos para un problema de importancia secundaria. ¿Qué le parecería, en lo que se refiere a la Unión Soviética y a Gran Bretaña, si a ustedes les correspondiera un predominio del noventa por ciento en Rumania, a nosotros un predominio del noventa por ciento en Grecia y nos dividiéramos Yugoslavia?».

Churchill, según él mismo cuenta, escribió estas cifras en un trozo de papel y se lo tendió a Stalin. «Permaneció un momento silencioso. Después trazó sobre él, con lápiz azul, un grueso signo de visto y lo devolvió».

De esto se desprende que cuando se produjo la ocupación británica de Atenas, Churchill ya había conseguido de Stalin la promesa de que la Unión Soviética se abstendría de intervenir. La única duda era saber si mantendría su promesa.

Ahora los alemanes se retiraban hacia el Norte, y destruían todos los puentes, las carreteras y las líneas de ferrocarril. Y entre tanto las formaciones del ELAS no se preocupaban de respetar, ni siquiera formalmente, al Gobierno legal griego a pesar del acuerdo de Caserta y del hecho de que algunos miembros del EAM eran todavía ministros, al menos nominalmente, del gabinete Papandreu. El 2 de noviembre los alemanes se retiraron de Salónica y de Flórina, sus últimos reductos en el Norte.

Los alemanes se habían ido, pero la situación que habían dejado tras ellos era poco agradable, tanto para los ingleses como para los griegos. Cada día parecía más probable que el Gobierno Papandreu se viera obligado a reprimir los motines con la fuerza de las armas, y serían las armas británicas las que deberían disparar, pues eran las únicas que se podían utilizar para oponerse a la rebelión armada comunista. La obra de la Resistencia griega se había cumplido, pero sus miembros no hacían más que reunir fuerzas para la guerra civil que habían ido preparando durante los tres años anteriores.

LA LIBERACION DE LOS PAISES BALTICOS

VERSIÓN SOVIÉTICA

Mijail Ivanovic Traktuev

Los alemanes intentaron transformar las tres repúblicas bálticas –Letonia, Estonia y Lituania– en parte integrante del Tercer Reich, «germanizando a los elementos racialmente idóneos, colonizando la región con individuos de raza germana y eliminando a todo elemento indeseable». Pero, a mediados de 1944, la seguridad de estos nuevos estados-vasallos y la del Grupo de Ejércitos Norte que los sojuzgaba, se hallaba amenazada a causa de las recientes victorias soviéticas.

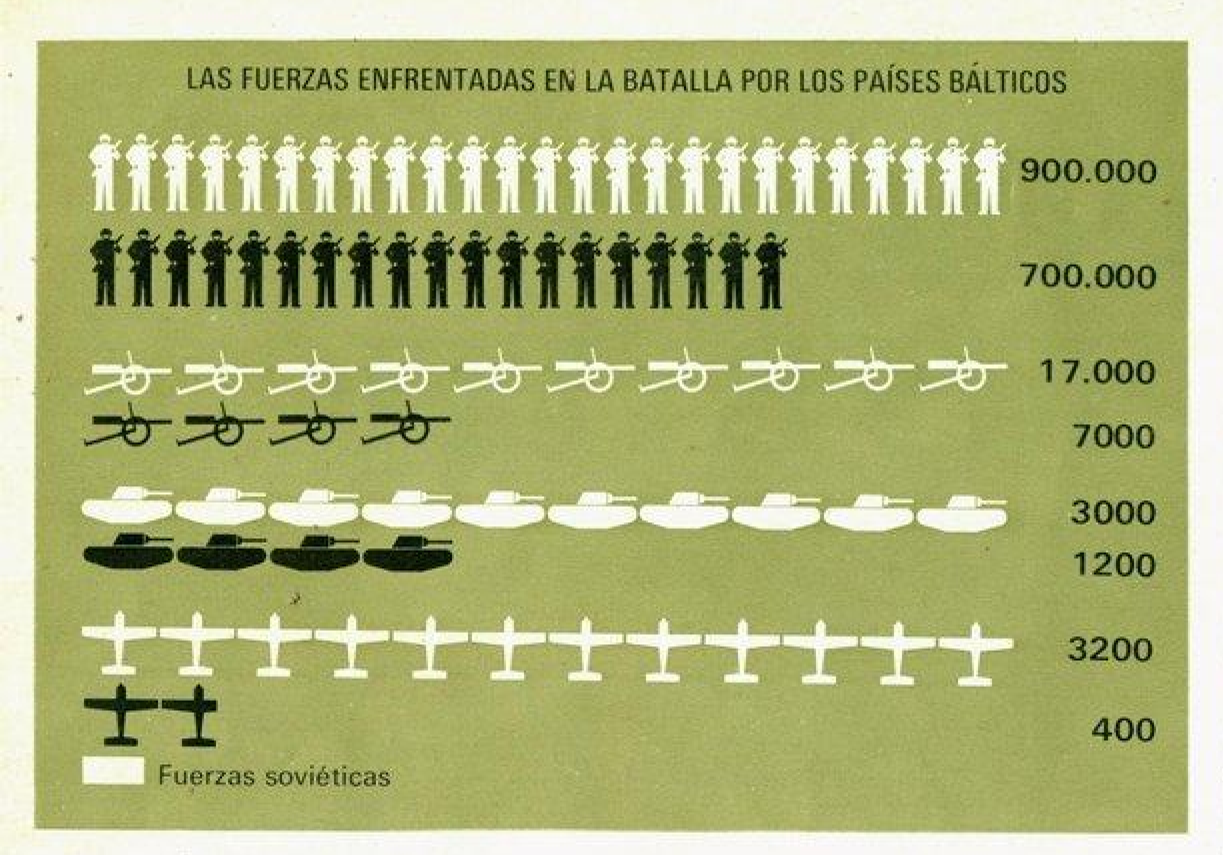
En el curso del invierno de 1943-44, el Ejército ruso, desencadenando su ofensiva desde el sector de Leningrado, había avanzado hasta alcanzar la frontera de Estonia, al norte del lago Peipus, y la de Lituania, al sur. Había también grandes posibilidades de que se produjera un ataque decisivo, desencadenado en Rusia Blanca, que permitiera romper el frente alemán y alcanzar el mar Báltico, cerca de la frontera de Prusia oriental, aislando así al Grupo de Ejércitos Norte del resto de las fuerzas alemanas.

No obstante, el Alto Mando alemán comprendía que era indispensable defender aquella región a toda costa. El Gobierno finlandés empezaba a mostrarse menos entusiasmado en su política de apoyo a Alemania, y si los Países Bálticos caían en poder del enemigo, el armisticio de Finlandia con los rusos sería inevitable. Asimismo, los citados Países Bálticos eran importantes por otros motivos: constituían una especie de zona amortiguadora, capaz de proteger a Prusia oriental de cualquier eventual amenaza procedente del Nordeste; eran fuente importante de abastecimientos para Alemania y permitían a los alemanes seguir bloqueando a la Escuadra soviética y mantener abiertas las direcciones de abastecimiento tanto con Suecia como con Finlandia.

Al estudiar los problemas de la liberación de los países bálticos, el STAVKA se había dado cuenta de la sustancial fragilidad de la posición



Según los planes nazis, los países bálticos debían convertirse en estados-vasallos modelo, destinados a ser explotados en provecho de Alemania. Mas en 1944 estos sueños empezaron a desvanecerse pues el Ejército ruso avanzaba hacia las fronteras de Estonia, Letonia y Lituania, y el Grupo de Ejércitos Norte corría grave peligro de quedar aislado y aniquilado.



alemana y de la necesidad de que el ataque formara parte de una ofensiva más amplia que se desencadenaría en Rusia Blanca. El golpe principal se lanzaría desde cuatro frentes –el primero del Báltico y el primero, segundo y tercero de Rusia Blanca– en el área comprendida entre el Dviná occidental y el Pripet: tras efectuar una penetración considerable, envolviendo el flanco del Grupo de Ejércitos Norte, hasta amenazarlo por la retaguardia, el segundo y tercer frentes del Báltico atacarían, frontalmente, en dirección a Letonia y a Estonia.

La ofensiva estratégica rusa en Rusia Blanca se inició el 23 de junio de 1944 y antes del 4 de julio, las fuerzas soviéticas habían arrollado ya las defensas del Grupo de Ejércitos del Centro, alcanzando una línea que corría desde el este de Dáugavpils (Dvinsk) al oeste de Minsk. En este punto, el primer frente del Báltico y el tercero de Rusia Blanca avanzaron en Lituania, el primero atacando al Noroeste, en dirección de Shiauliai, y el segundo efectuando el ataque sobre el Niemen y sobre Prusia Oriental.

El 7 de julio, tras un rápido avance, el tercer frente de Rusia Blanca alcanzó Vilna, donde el III Cuerpo de Ejército mecanizado Guardia, el Ejército 5 y unidades acorazadas del 5.° Ejército acorazado Guardia se vieron pronto empeñados en duros combates con los alemanes, firmemente decididos a defender la ciudad. Vilna era, en efecto, no sólo la capital de Lituania, sino también una importantísima plaza fuerte que cerraba las vías de acceso a Prusia oriental.

El Ejército ruso cercó la ciudad el 8 de julio, aislando 15.000 soldados enemigos; pero otras unidades alemanas contraatacaron enérgicamente por el Noroeste y además 600 paracaidistas fueron lanzados sobre la capital para reforzar la guarnición. Sin embargo, el 13 de julio, las tropas soviéticas se apoderaron de Vilna.

Ese mismo día, otras unidades del tercer frente de Rusia Blanca alcanzaron el Niemen, cruzándolo sin detenerse a fin de constituir cabezas de puente en la orilla occidental. Dándose cuenta de la gravedad de esta amenaza, los alemanes concentraron en la zona de Kaunas cinco *Panzerdivisionen*; mas los rusos no sólo lograron rechazar una serie de contraataques y defender el terreno conquistado, sino, además, extender sus cabezas de puente; de este modo, el 28 de julio pudo reanudarse la ofensiva y, hacia el 1 de agosto, Kaunas, eje de las defensas alemanas en Prusia oriental, había caído en manos rusas

En el curso de estas batallas por las cabezas de puente sobre el Niemen, los pilotos franceses del regimiento de caza *Normandie*, que formaba parte del 1.er Ejército aéreo, se distinguieron por su gran valor y por la tenacidad que demostraron al ofrecer un eficaz apoyo a las fuerzas de tierra.

Se inicia la marcha sobre Riga

El 10 de julio, al tener confirmación de que la ofensiva en Rusia Blanca estaba dando óptimos resultados, el STAVKA lanzó el segundo frente del Báltico, mandado por el general Eremenko, en un ataque en dirección a Riga. A fines de junio y principios de julio, los acontecimientos que se desarrollaban más al Sur, obligaron a los alemanes a retirar del Grupo de Ejércitos Norte ocho divisiones de infantería y una *Panzerdivision*, con lo que el 16 de julio, atacando desde la zona de Idritsa, las tropas de Eremenko consiguieron hacer retroceder a los alemanes 90 km y avanzar sobre Letonia. Las primeras tropas que alcanzaron la frontera fueron las del Cuerpo de Ejército de infantería CXXX letón, mandado por el comandante Brantkaln, a quien la población tributó una triunfal acogida. Riézekne fue liberada el 21 de julio, y los hombres del primer y segundo frentes del Báltico cooperaron a la conquista de Dáugavpils.

También el tercer frente del Báltico entró en acción el 17 de julio, rompiendo las líneas defensivas alemanas y cruzando el río Lzha para entrar en Letonia el día 19. Luego, la ofensiva se desarrolló rápidamente, con la conquista de Óstrov el día 21 y la liberación de Pskov el 23. A finales de julio el tercer frente del Báltico había alcanzado la Línea Marienburg, línea defensiva alemana que iba desde el lago Pskov a Gulbene.

Después de haber alcanzado la zona al sur de Dáugavpils, el 9 de julio, y tras reorganizar sus fuerzas, el primer frente del Báltico reanudó sus avances el 20 de julio, en dirección a Shiauliai, que cayó el 27. Cuatro días más tarde, fuerzas del VIII Cuerpo de Ejército motorizado Guardia alcanzaban el golfo de Riga, en tanto otras unidades conquistaban Yélgava, importantísimo centro para las comunicaciones entre los países bálticos y Prusia oriental. Con ello, las más pesimistas previsiones del Alto Mando alemán se habían hecho realidad: todos los contactos por tierra entre el Grupo de Ejércitos Norte y el resto de las fuerzas alemanas habían sido cortados por completo.

La situación se agravó todavía más para los alemanes a consecuencia de las operaciones desencadenadas por el frente de Leningrado, que, al mando del mariscal Gororov, conquistó Narva el 26 de julio e inmediatamente empezó a rastrillar algunas zonas de Estonia nororiental. Algunos intentos de avance soviético en dirección a Tallinn pudieron ser detenidos; pero ello obligó a los alemanes a mantener empeñadas fuerzas cuya presencia era indispensable más al Sur.

Así, a fines de julio, se había llevado a término, con éxito total, la primera parte de los planes del STAVKA. El bastión oriental de Alemania estaba roto en varios puntos; el Grupo de Ejércitos Norte se hallaba aislado y el Ejército ruso se preparaba para proseguir su avance y aniquilar a las fuerzas germanas.

Ante esta crítica situación, el Alto Mando alemán reaccionó rápidamente: el general Schörner sustituyó al capitán general Friessner y, en la primera quincena de agosto, se concentró en la zona de Shiauliai un gran número de reservas para preparar concienzudamente la contraofensiva.

Esta contraofensiva alemana se produjo a mediados de agosto: seis *Panzerdivisionen* fueron lanzadas hacia Yélgava y Shiauliai, para alcanzar la carretera que enlazaba ambos centros. El primer frente del Báltico estaba disperso a lo largo de una línea de 500 km; sus unidades, que habían combatido sin descanso durante largo tiempo, se hallaban exhaustas y las reservas escaseaban; mas, a pesar de todo, el ataque de las fuerzas acorazadas fue rechazado y sólo cuando los alemanes lanzaron su infantería y los carros de combate en dirección de Tukums, y desembarcaron fuerzas apoyadas por el fuego de las unidades de guerra, sólo entonces, los hombres de la División 51, encargados de la defensa de la zona, retrocedieron a unos 20 km de la costa. Los alemanes habían abierto nuevamente un pasillo; mas no consiguieron ampliarlo.

En otros sectores, el Ejército ruso pudo proseguir su avance. El segundo frente del Báltico cruzó la llanura de Lubana, conquistando Madona el 13 de agosto y Ergli y Gostini, el 20. Pero en este punto se vio obligado a detenerse a causa de los contraataques alemanes, que reconquistaron Ergli. Durante la lucha entablada por la conquista de esta pequeña ciudad, un hombre se distinguió entre todos los demás por su extraordinario valor y por su sentido del deber: nos referimos al mariscal Roze, del Cuerpo de Ejército de Infantería letón, quien durante cinco días y cinco noches consecutivas estuvo dirigiendo el fuego de su artillería desde lo alto de un campanario, aun sabiendo que había sido localizado por los alemanes los cuales concentraban encarnizadamente sobre él el fuego de todas sus unidades.

Más al Norte, el tercer frente del Báltico desbarató la Línea Marienburg el 11 de agosto, y luego prosiguió su avance. A su vez, unidades del flanco izquierdo entraron en Tartu el 24, y, al día siguiente, rastrillaron totalmente la ciudad. Al finalizar el mes de agosto, el frente había alcanzado la línea alemana Valga, que corría junto al lago Vortsjärv y el río Gauja, habiéndose neutralizado una serie de contraataques alemanes.

Entre tanto, más al Sur, el tercer frente de Rusia Blanca continuaba avanzando sin descanso hacia el Oeste, alcanzando, a finales de agosto, la línea Raseiniai-Suwalki y preparándose para invadir Prusia oriental, amenazando así con aislar de nuevo al Grupo de Ejércitos Norte.

En este punto, como quiera que las tropas soviéticas estaban agotadas después de dos meses de combates, el STAVKA decidió suspender la ofensiva para que las unidades pudieran reorganizarse, descansar un poco y prepararse para la última fase: la destrucción total de la potencia alemana en los países bálticos:

- el primer frente del Báltico era la base en que se sustentaba el nuevo plan; su centro y su flanco

FINLANDIA
MAR BÁLTICO
Golfo de Finlandia
Golfo de Riga
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA
CURLANDIA
PRUSIA ORIENTAL
RSFSR
RUSIA BLANCA
GR. DE EJÉRCITOS NORTE (Schörner)
GR. DE EJÉRCITOS DEL CENTRO (Busch)
PARTE DE LOS EJÉRCITOS 16 Y 18
EJÉRCITO 18
EJÉRCITO 16
FRENTE DE LENINGRADO (Govorov)
EL 3.er FRENTE DEL BÁLTICO (Maslennikov)
EL 2.º FRENTE DEL BÁLTICO (Eremenko)
1.er FRENTE DEL BÁLTICO (Bagramian)
3.er FRENTE DE RUSIA BLANCA (Cerniakovskij)

Línea del frente el 4 de julio de 1944
Ataques soviéticos desde el 4 de julio hasta agosto
Línea del frente a finales de agosto
Ataques soviéticos del 14 al 27 de septiembre
Línea del frente el 27 de septiembre
Ataques soviéticos del 28 de septiembre a finales de octubre
Línea del frente a finales de octubre de 1944
Línea Marienburg
Línea Valga
Línea Sigulda
Contraataques alemanes
Bolsas alemanas
0 150 km

FIN DEL GRUPO DE EJÉRCITOS NORTE

A fines de junio de 1944, tras las rápidas victorias logradas en Rusia Blanca, el STAVKA lanzó una potente ofensiva contra las fuerzas alemanas en los países bálticos. Durante la primera fase de esta ofensiva, el primer frente del Báltico avanzó hacia Shiauliai, y el 13 de agosto, el segundo frente llegaba hasta Madona; el 11, el tercer frente rompió la Línea Marienburg, alcanzando, en los últimos días del mes, la Línea Valga. Entre tanto, al Norte, tras la conquista de Narva, el 26 de julio, el frente de Leningrado efectuaba la limpieza de Estonia nororiental. La segunda fase de la ofensiva se inició el 14 de septiembre. El ataque convergente desencadenado por el primero, segundo y tercer frentes del Báltico contra Riga se detuvo a la altura de la Línea Sigulda, y los rusos no pudieron ocupar la capital báltica (15 de octubre) hasta que el primer frente efectuó una conversión sobre Memel y Palanga. En el Norte, tras haber conquistado Tallinn el 22 de septiembre, el frente de Leningrado se lanzó en persecución de los alemanes, ya en franca retirada. Más tarde, liberada la parte continental de Estonia, rechazó a las últimas fuerzas alemanas que se habían refugiado en el archipiélago de Moonsund. Se libraron violentos combates en las islas Hiiumaa y Saaremaa, pero, hacia el 24 de noviembre, el Ejército ruso logró completar la liberación del archipiélago.

Soldados alemanes de un taller de campaña para medios acorazados reparando un carro de combate "Pantera" en vistas al próximo contraataque en dirección a Yelgava y a Shiauliai. Esta operación alemana, iniciada a mediados de agosto de 1944, se lanzó con objeto de restablecer contacto con el Grupo de Ejércitos Norte, que había quedado aislado después del avance del primer frente del Báltico en dirección al golfo de Riga. *Tritschler (Opera Mundi)*



izquierdo debían resistir sólidamente, mientras el flanco derecho se dirigía hacia Riga, desde el Sudeste, para aislar al Grupo de Ejércitos Norte;

- el segundo y el tercer frentes del Báltico atacarían en dirección a Riga por el Norte y Nordeste, fraccionando y aniquilando el Grupo de Ejércitos Norte;
- el frente de Leningrado seguiría avanzando a lo largo de la costa del golfo de Finlandia, hacia Tallinn. Su avance estaría apoyado por la Escuadra del Báltico, a las órdenes del almirante V. I. Tributs.

Para hacer frente a estos ataques –en los que tomarían parte más de 125 divisiones soviéticas, 7 Cuerpos de Ejército motorizados y otras grandes unidades– los alemanes habían reunido 49 divisiones, 7 *Panzerdivisionen* o divisiones mecanizadas y tres brigadas motorizadas. Estas fuerzas se hallaban desplegadas a lo largo de una serie de bien dispuestas líneas defensivas.

La gran ofensiva se inició la mañana del día 14 de septiembre; pero las líneas alemanas resistieron tan eficazmente que, durante los tres primeros días, las fuerzas del segundo y del tercer frentes del Báltico sólo pudieron avanzar 6 ó 7 km. El resultado era desalentador. La lentitud del avance se debía, en parte, a ciertos errores en la elaboración de los planes tácticos: la preparación de artillería, efectuada antes del ataque, no había alcanzado la adecuada penetración en profundidad en las posiciones alemanas y los carros de combate resultaron insuficientes para apoyar a la infantería. Sin embargo, el primer frente del Báltico se apuntó un éxito bastante notable: en los tres primeros días sus unidades avanzaron casi 500 km, llegando a poco más de 25 de Riga.

El capitán general Schörner reaccionó con gran realismo ante estas nuevas amenazas contra el Grupo de Ejércitos Norte y solicitó permiso del OKW para retirar sus fuerzas a Prusia Oriental. En su informe llegó incluso a decir: «Es la única posibilidad que nos queda de salvarnos». Y Hitler no sólo estuvo de acuerdo en que los países bálticos estaban definitivamente perdidos, sino que le autorizó también a tomar de inmediato las medidas oportunas para el repliegue del Grupo de Ejércitos Norte.

El primer movimiento debía consistir en un repliegue, sobre posiciones situadas entre 55 y 90 km al norte de Riga, de las fuerzas que operaban en el sector de Narva. Pero esta maniobra resultó un tanto accidentada, pues el 17 de septiembre, el frente de Leningrado se lanzó al ataque, amenazando aislar a las fuerzas alemanas en el istmo de Narva; en consecuencia, los alemanes tuvieron que iniciar la retirada apresuradamente, un día antes de lo previsto.

Mientras tanto, en los alrededores de Riga, el general Schörner lanzaba sus fuerzas en desesperados contraataques contra el primer frente del Báltico. La zona fue escenario de terribles combates hasta que, el 22 de septiembre, los alemanes se retiraron y los soviéticos reemprendieron su avance.

El mismo día, las tropas del frente de Leningrado arrollaron las defensas alemanas en torno a Tallinn y liberaron la capital de Estonia. Luego, las unidades de este frente convergieron hacia el Sur para completar la liberación de toda la parte continental del país. Particularmente digna de mención, durante los diez días que duró esta ofensiva, fue la acción del Cuerpo de Ejército VIII estonio, mandado por el general de división L. A. Perna. Al combatir al fin en suelo patrio los hombres de esta gran unidad destacaron de entre todos los demás por su firme decisión de luchar contra los alemanes, que, durante tanto tiempo habían sojuzgado a su país.

Más al Sur, el avance del segundo y tercer frentes del Báltico seguía desarrollándose con gran lentitud; mas al fin, el 22 de septiembre, lograron romper la principal línea defensiva alemana y el 27 efectuaron una conversión al noroeste de Riga para atacar la línea defensiva Sigulda –que se extendía a una distancia de 40-50 km al norte de la ciudad–, donde se habían retirado todas las fuerzas germanas. Los alemanes disponían ahora de 17 divisiones al norte de Riga y de otras 14 al sur; fracasaron los intentos soviéticos de arrollar las defensas septentrionales y entonces el segundo y tercer frentes del Báltico interrumpieron, temporalmente, la ofensiva para preparar un ataque en gran escala.

Igualmente inútiles fueron los intentos del primer frente del Báltico de alcanzar Riga por el Sur, y el STAVKA decidió, en consecuencia, ordenar a estas fuerzas que se desplegaran para desencadenar un ataque en dirección a Memel. La operación se llevó a cabo el 5 de octubre y obtuvo, desde el principio, excelentes resultados: el 10, algunas vanguardias acorazadas llegaron a la costa, cerca de Talanga. Sin embargo, la ofensiva no consiguió arrollar las defensas de Memel y los combates se sucedieron, en esta zona, hasta el mes de enero siguiente.

De todos modos, estos avances provocaron un cambio repentino de la situación en Riga. Los alemanes, temiendo quedar cercados, empezaron a retirarse en el curso de la noche del 5 al 6 de octubre. El día 10, las fuerzas rusas alcanzaban el perímetro de Riga, entablándose la batalla por la posesión de la última capital báltica aún en poder de los alemanes. El 13 se completaba la conquista de la parte septentrional de la ciudad y el 15 la de la zona situada al sur del tramo occidental del Dviná.

Esta victoria supuso, prácticamente, la total liberación de los países bálticos. Casi 33 divisiones del Grupo de Ejércitos Norte se habían retirado a la península de Curlandia y cuando los intentos de dispersarlas resultaron inútiles, las tropas soviéticas se dispusieron a bloquearlas.

Ya no quedaba otra cosa que hacer sino liberar las islas del archipiélago de Moonsund. Estas islas seguían siendo importantes para los alemanes, por cuanto protegían el flanco y la retaguardia de las fuerzas que se habían retirado a la península de Curlandia, y además permitían continuar el bloqueo naval del golfo de Finlandia; por lo tanto, el OKW había asignado para su defensa dos divisiones, cuatro batallones y algunas unidades navales ligeras.

La pequeña pero compleja operación la llevaron a cabo fuerzas del frente de Leningrado y unidades de la Escuadra del Báltico: los desembarcos en la isla de Muhu se iniciaron la noche del 29 de septiembre, por parte de tropas del Cuerpo de Ejército VIII estonio. Tras algunos breves combates, al día siguiente la isla quedó libre por completo de alemanes.

En la isla de Hiiumaa la resistencia fue más encarnizada, siendo preciso recurrir al apoyo de las fuerzas aéreas y de los cañones de los buques de guerra. El 2 de octubre, algunas unidades soviéticas tomaron tierra y el 3 cesó toda resistencia enemiga.

El resto de las fuerzas alemanas se retiró a la isla de Saaremaa, que fue escenario de durísimos combates del 5 al 10 de octubre; al fin, los alemanes tuvieron que retirarse a la península de Sorvemaa, en el extremo occidental de la isla. El día 24, las fuerzas soviéticas eliminaron totalmente a los últimos defensores, completando así la liberación del archipiélago.

Una guerra de pueblos

Durante el curso de la ofensiva lanzada para liberar a los países bálticos, el Ejército ruso encontró una ayuda valiosísima en los trabajadores de Estonia, Letonia y Lituania. Como en otras zonas ocupadas por los alemanes, el papel más activo corrió a cargo de las fuerzas partisanas; mas, en los países bálticos, éstas hubieron de operar en condiciones extremadamente difíciles. Las autoridades de ocupación vigilaban muy estrechamente las vías de comunicación, efectuando de modo sistemático constantes expediciones de castigo. No obstante, como existían amplias zonas cubiertas de bosques, donde los partisanos podían establecer bases, a pesar de que las comunicaciones telefónicas y por carretera eran lo bastante buenas para permitir a las fuerzas alemanas desplazarse de un lado a otro, los partisanos consiguieron, a pesar de todo, infligirles graves pérdidas.

La guerra «partisana» empezó a ser un fenómeno casi general a principios de 1944, cuando el Ejército ruso estaba acercándose a los países bálticos. Durante el verano, operaron en Letonia tres brigadas y cuatro destacamentos, con un total superior a los 1600 hombres; y en el transcurso del mes de septiembre este número ascendió a 2698.

En este período los formaciones partisanas operaron en estrecha colaboración con el Ejército ruso; durante la operación Pskov-Óstrov, por ejemplo, la 1.ª Brigada guerrillera de V. P. Samsonov desempeñó un importante papel en la conquista del «reducto» alemán de Liepaja.

En Lituania, en el transcurso de la primavera y del verano, operaron 67 destacamentos de partisanos, contribuyendo, en gran medida, a desorganizar todo el sistema de comunicaciones alemán: una unidad, el destacamento Vilna, hizo descarrilar cuatro trenes cargados de tropas y de suministros, incendió varios almacenes y mató a 42 centinelas en una sola semana.

Los partisanos desarrollaron también una importante actividad de reconocimiento para el Ejército ruso y, en general, contribuyeron en gran medida a minar la moral de las tropas alemanas: algunos soldados escribieron a sus familiares que «temían más a los partisanos que pelear en primera línea».

Una de las principales causas de los éxitos conseguidos por los partisanos, durante todo el tiempo que duraron los combates, lo constituía el hecho de que recibían toda clase de ayuda de las poblaciones locales. Quizá menos espectacular, pero igualmente efectiva e importante, fue la actividad de todos aquellos que, en los centros controlados por los alemanes, saboteaban el aparato logístico, retardaban la producción y fabricaban productos de ínfima calidad; paralelamente, en el campo, ocultaban sus cosechas y mataban el ganado, con lo cual los alemanes apenas consiguieron enviar a su patria algunos pocos productos agrícolas.

Se constituyeron comités antinazis en los pueblos y ciudades de los países bálticos y la lucha contra los alemanes estuvo dirigida y coordinada por organizaciones del partido que operaban en la clandestinidad.

La liberación de los países bálticos tuvo importantes consecuencias militares: no sólo se había dispersado al Grupo de Ejércitos Norte (de sus primitivas 59 grandes unidades, 26 fueron arrolladas, 3 completamente aniquiladas y las restantes aisladas en la península de Curlandia), sino que además el Ejército ruso había reducido su frente más de 750 km, colocando así al STAVKA en condiciones de poder emplear grandes fuerzas en otros sectores. Asimismo desaparecía el bloqueo ejercido por la Marina de Guerra alemana en la desembocadura del golfo de Riga y, a partir de este momento, la Escuadra soviética podría desarrollar un papel más activo en apoyo de las operaciones terrestres.

En el transcurso de la larga lucha contra los alemanes, letones, lituanos y estonios combatieron con gran valor al lado de los hombres de todas las repúblicas soviéticas, emulando y enriqueciendo, con su gesta gloriosa, la tradición de la guerra civil.

Los guerrilleros y el pueblo hicieron todo lo posible por ayudar al Ejército ruso y, una vez expulsados los alemanes, los trabajadores de los países bálticos, con ayuda del pueblo soviético en masa, empezaron a reconstruir sus dispositivos de producción, que habían quedado casi totalmente destruidos por la guerra.

LA LIBERACION DE LOS PAISES BALTICOS

VERSIÓN LITUANA

Rita Cavalouski

Los rusos obligaron a los alemanes a abandonar los países bálticos: para muchos, el avance del Ejército soviético no significaba nada más que la imposición de otro régimen bárbaro y brutal, un régimen que los países bálticos ya habían experimentado en los años 1940-41. Rita Cavalouski, cuyos padres formaban parte de la "clase intelectual", tan temida y perseguida tanto por los soviéticos como por los nazis, relata de qué modo las esperanzas de libertad de Lituania fueron de nuevo sofocadas por la fuerza.

A partir de 1918, Lituania fue un país pequeño pero independiente y democrático; mas en marzo de 1939, cuando Alemania procedió a la anexión del territorio de Klaipeda (Memel), los lituanos empezaron a sentir algunas preocupaciones respecto a los planes de Hitler. Después, en junio, durante las conversaciones entre rusos y británicos, surgieron nuevas preocupaciones al conocerse la exigencia de la Unión Soviética de tener libre acceso a la región báltica. Nos sentíamos rodeados, pero nos agarrábamos con todas nuestras fuerzas a la esperanza de que la neutralidad nos salvaría.

Fue así como me encontré viviendo entre personas preocupadas, que trataban de tranquilizarse mutuamente, discutiendo cuestiones de política y de derecho internacional. Pronto, sin embargo, disminuyeron nuestras esperanzas tras la firma del pacto secreto ruso-alemán, en septiembre de 1939; aquello nos hizo comprender que nuestro país era como la red de un campo de tenis sobre el cual se enfrentaban dos adversarios decididos a todo, y que cuando empezasen a «jugar» todas las posibilidades eran de que golpeasen más la red que a su adversario.

Cuando Alemania invadió Polonia, Lituania rechazó la idea de aliarse con Hitler, y eso pese a las favorables condiciones que se le proponían. Nadie durmió tranquilo mientras no supo que el Gobierno había reafirmado su decisión de permanecer neutral y de conceder asilo a los judíos y a los soldados polacos evadidos. Nos angustiaba su suerte. Nuestro país era pequeño, militarmente débil y sin ninguna defensa natural. Y tras la caída de Polonia cualquier tentativa de resistencia sería un acto suicida. Por otra parte, las alianzas políticas revelábanse inútiles. Nos sentíamos vulnerables y aislados.

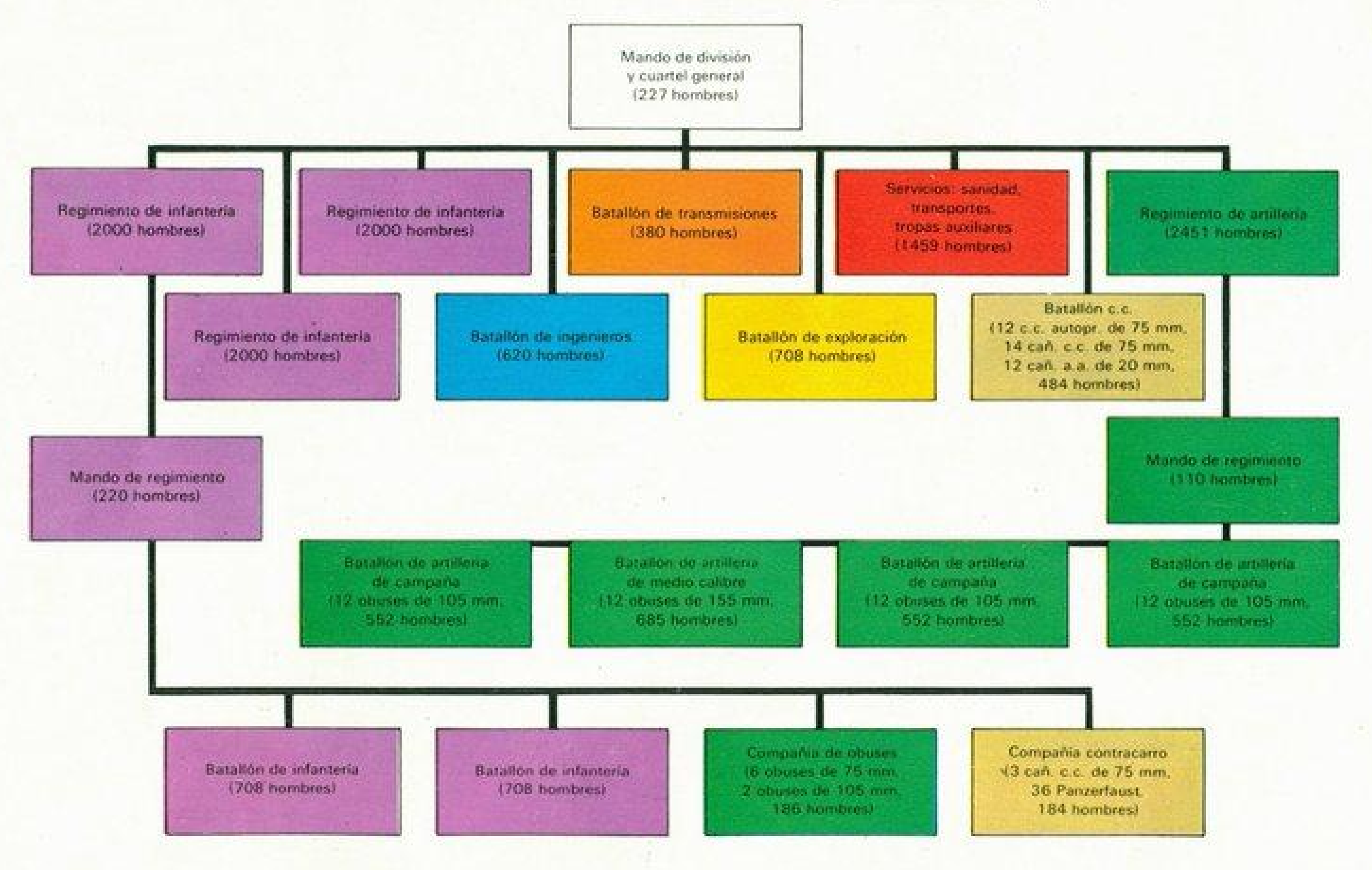
Pronto la situación se complicó: la URSS reclamó una parte de nuestro territorio para establecer bases militares y nuestro Gobierno intentó congraciarse con Stalin aceptando sus peticiones; mas esto no pareció satisfacerle, pues el 15 de junio de 1940 Rusia presentaba a Lituania un ultimátum por el que reclamaba la constitución de un «gobierno amigo». Aquel mismo día, el Ejército ruso ocupó el país con el pretexto de «proteger las guarniciones». El presidente Smetona logró huir, pero el primer ministro, Merkys, fue detenido y depor-


(Novosti Press Agency)

LAS GRANDES UNIDADES EMPEÑADAS EN COMBATE EN EL FRENTE ORIENTAL

Aun siendo notablemente distintas en el número de hombres de que disponía cada una, las divisiones alemanas y soviéticas se basaban en una estructura ternaria, a pesar de que, en 1944, los alemanes habían sustraído al regimiento uno de los tres batallones de infantería, tratando de compensar la reducción con el aumento del armamento pesado de los dos batallones restantes. Las divisiones de los dos bandos estaban bien dotadas de artillería propia, que los alemanes intentaban incluir en unidades de nivel jerárquico inferior, mientras los rusos habían asignado una potente unidad de morteros al regimiento de infantería. Los organigramas de estas páginas tan

DIVISIÓN DE INFANTERÍA ALEMANA (12. 352 hombres)



DIVISIÓN DE INFANTERÍA SOVIÉTICA (9200 hombres)

Mando de división y cuartel general (135 hombres)

Regimiento de infantería (2500 hombres)

Regimiento de infantería (2500 hombres)

Batallón antiaéreo (18 cañ. a.a. de 37 mm)

Batallón de Transmisiones

Regimiento de artillería

Regimiento de infantería (2500 hombres)

Batallón contracarro (12 cañ. c.c. de 57 mm)

Batallón de ingenieros

Servicios: sanidad, transportes, tropas auxiliares

Mando de regimiento

Batallón (12 cañ. de 76 mm)

Batallón (12 cañ. de 76 mm)

Batallón (12 cañ. de 76 mm)

Compañía contracarro (27 fusiles c.c.)

Compañía contracarro (6 cañ. c.c. de 57 mm)

Compañía de artillería (6 obuses de 76 mm)

Compañía de morteros (6 morteros de 120 mm)

Compañía de asalto (90 hombres con fusil automático)

Batallón de infantería (600 hombres)

Batallón de infantería (600 hombres)

Batallón de infantería (600 hombres)

sólo indican la articulación y fuerza de las divisiones tipo del frente oriental al final de la guerra. Una *Panzerdivision* y su equivalente ruso –el Cuerpo de Ejército acorazado– estaba concebida sobre bases distintas. En sus orígenes, las *Panzerdivisionen* estaban dotadas de infantería y de carros de combate en la misma proporción –cada parte correspondiente constaba de dos regimientos integrados por tres batallones–; pero, más tarde, se redujo progresivamente el número de carros, hasta tal punto que, en 1944, muchas de ellas sólo contaban con dos batallones de tales vehículos (a menudo, apenas disponía de 70 carros eficientes para el combate) para cuatro batallones *Panzergrenadier*. Los Cuerpos de Ejército acorazados soviéticos, por el contrario, tenían sus fuerzas bien equilibradas: el equivalente a tres batallones de carros de los Ejércitos occidentales (tres brigadas) estaba apoyado por tres batallones de infantería, más una asignación de armas de apoyo, entre las que se contaba un batallón lanzacohetes.

PANZERDIVISION (13.725 hombres)

Mando de división y cuartel general (460 hombres)

Regimiento de carros (1661 hombres)
Batallón contracarro (12 c.c. autopr. de 75 mm, 31 cañ. c.c. de 75 mm, 513 hombres)
Batallón de transmisiones (515 hombres)
Servicios: sanidad, transportes, tropas auxiliares (1885 hombres)
Regimiento motor Panzergrenadier (868 hombres)
Regimiento de artillería acorazado (1649 hombres)

Batallón antiaéreo (8 cañ. a.a. de 88 mm, 18 de 20 mm, 762 hombres)
Batallón de ingenieros (885 hombres)
Batallón de explor (13 autopr. c.c. de 75 mm, 515 hombres)
Regimiento acorazado Panzergrenadier (2258 hombres)

Mando de regimiento (3 Pantera, 4 MK IV, 123 hombres)
Mando de regimiento (163 hombres)
Mando de regimiento (173 hombres)
Mando de regimiento (9 cañ. a.a. de 20 mm, 93 hombres)

Compañía de ingenieros (254 hombres)
Compañía de obuses (6 obuses de 150 mm, 142 hombres)
Batallón acorazado Panzergrenadier (4 morteros de 120 mm, 6 de 81 mm, 868 hombres)
Batallón motor. Panzergrenadier (4 morteros de 120 mm, 6 de 81 mm, 868 hombres)

Batallón motor. Panzergrenadier (4 morteros de 120 mm, 6 de 81 mm, 868 hombres)
Batallón motor. Panzergrenadier (4 morteros de 120 mm, 6 de 81 mm, 868 hombres)
Compañía de obuses (6 obuses de 150 mm, 142 hombres)
Compañía de apoyo (131 hombres)
Batallón de artillería de medio calibre (12 obuses de 150 mm, 518 hombres)

Sección antiaérea (8 cañ. a.a. autopr. de 37 mm, 77 hombres)
Batallón de carros (48 Pantera, 664 hombres)
Batallón de carros (48 MK IV, 567 hombres)
Compañía de mantenimiento de carros (230 hombres)
Batallón de artillería autopropulsado (12 autopr. de 105 mm, 6 obuses autopr. de 150 mm, 558 hombres)
Batallón de artillería de campaña (12 obuses de 105 mm, 480 hombres)

CUERPO DE EJÉRCITO DE CARROS SOVIÉTICO (10.500 hombres)

Mando de C.E. y cuartel general (250 hombres)

Brigada acorazada (1100 hombres)
Regimiento de morteros (24 morteros de 120 mm)
Regimiento contracarros (24 cañ. c.c. de 76 mm) y batallón c.c. (12 cañ. c.c. de 45 mm)
Servicios: sanidad, transportes, tropas auxiliares
Regimiento de artillería (20 cañ. autopr. de 152 mm)

Brigada acorazada (1100 hombres)
Brigada acorazada (1100 hombres)
Batallón lanzacohetes
Regimiento antiaéreo (18 cañ. a.a. de 37 mm)
Regimiento de artillería (20 cañ. autopr. de 85 mm)
Brigada de infantería motorizada (2000 hombres)

Mando de brigada
Mando de brigada

Batallón de carros (21 carros de combate)
Batallón de asalto (300 hombres con fusil automático)
Batallón de infantería motorizado (600 hombres)
Batallón de infantería (600 hombres)
Batallón de infantería (600 hombres)

Batallón de carros (21 carros de combate)
Batallón de carros (21 carros de combate)
Compañía antiaérea

Lesley Nolte

Algunos soldados soviéticos observan las llamas que se elevan de la estación ferroviaria de Marijampole, incendiada por las tropas alemanas en retirada. En el verano de 1944, ante la noticia de que el Ejército ruso había hundido el frente oriental, muchos lituanos, que en los años 1941-44 se habían organizado en movimientos de Resistencia contra las fuerzas invasoras alemanas, prefirieron huir hacia el Oeste antes de someterse a la dictadura soviética.
Tritschler (Opera Mundi)



tado. Luego, queriendo mostrarse bien dispuesto respecto a nosotros, Stalin nos «cedió» la zona polaca de Vilna... y, a cambio, nos quitó la libertad: ¡un agresor verdaderamente magnánimo! Nos cedía algo de lo que hubiéramos podido apoderarnos fácilmente con nuestras propias fuerzas, pero que habíamos preferido no tomar porque hubiera significado agredir a Polonia cuando ya estaba herida de muerte.

Al principio no temíamos a los soviéticos. La gente decía, bromeando: «Bueno, nadie se atreverá a llevar sombrero, y todos seremos iguales... y esto, al fin y al cabo, no será mala cosa». Muchos se mostraban hospitalarios con los soldados alojados en sus casas. El régimen impuesto por los ocupantes fue caótico e incluso quijotesco hasta junio de 1941, fecha en que ocurrió algo inolvidable: en una sola noche (11-12 de junio) unas 40.000 personas –viejos y jóvenes, mujeres y niños–, fueron arrestadas y cargadas en vagones de ganado. Estos vagones estuvieron bajo el sol durante todo el día siguiente, con la gente lamentándose y pidiendo agua a gritos, mientras nosotros no podíamos hacer otra cosa que mirar. Después, se cerraron los vagones y alguien nos dijo que mi padre había sido fusilado por negarse a subir a ellos.

Creímos la terrible noticia porque, a través de informaciones diplomáticas, sabíamos que hacía tiempo que los intelectuales y las autoridades civiles estaban en peligro. Y la advertencia resultó fundada. Más tarde se descubrió que esto no había sido sino el preludio: en efecto, cuando los rusos se retiraron, cayó en nuestras manos una lista de detenidos que comprendía 700.000 nombres. Por ello, casi no quería creer a mis ojos cuando vi a mi padre de nuevo, vivo y fuerte; sin embargo, desde entonces no pasaba más de una noche en nuestra casa ni en el mismo lugar, por cuanto su nombre figuraba todavía en la «lista de los intelectuales».

Otros no fueron tan afortunados. En los últimos días de la ocupación rusa fueron frecuentes los fusilamientos y las torturas; en Rainiai se fusiló a muchos trabajadores, entre ellos, a Julius Simutis, precisamente bien conocido por sus ideas comunistas. Muchas de las víctimas tenían una sola cosa en común: su desilusión respecto del sistema comunista. Pero cualquiera que demostrase simpatía a las víctimas o a sus parientes era un «enemigo del pueblo», y así se inició un breve reinado del terror.

En este punto, el 22 de junio Alemania atacó a la URSS; el frente septentrional se derrumbó rápidamente, y el Ejército ruso se retiró en desorden, dejando a su espalda cámaras de tortura y pruebas de un sadismo inimaginable; es probable que los nazis tomaran de ello no pocas enseñanzas. Las fuerzas en retirada eran objeto de acciones de hostigamiento por parte de los grupos locales de Resistencia, que surgieron pronto de la clandestinidad para pasar al ataque. Un grupo se apoderó de la emisora de radio de Kaunas, el día 23, proclamando la independencia de Lituania, al tiempo que anunciaba la formación de un Gobierno provisional. Entonces lanzamos un suspiro de alivio y la esperanza reapareció en nuestros rostros.

El 25 de junio, el Gobierno provisional lanzó una proclama anunciando el fin del desastroso «régimen soviético» en Lituania; en todo el país hubo manifestaciones de gozo; pero este estado de ánimo, como la llama de la libertad, duró muy poco. Aunque sorprendidos en el primer momento, los alemanes reaccionaron rápidamente, y cuando, el mismo día 25, llegaron a Kaunas, la capital provisional, el general Pohl dio a comprender claramente a los lituanos que no estaba dispuesto a discutir. Se prohibió la lectura de decretos por radio, se estableció la censura en los periódicos y varios miembros del Gobierno provisional desaparecieron sin dejar huella. El 25 de julio de 1941 se creó, oficialmente, el *Reichskommissariat Litaunen*. Y se anunció también que Lituania formaba parte del *Ostland*.

La *Zivil-Verwaltung* se confió al comisario alemán, general Adrian von Reutelr, y masas de camisas pardas invadieron el país. Los jefes políticos lituanos fueron arrestados y deportados; sin embargo, los nazis fracasaron en su empeño para organizar un movimiento colaboracionista lituano. Después de este fracaso, no se permitió la existencia de ninguna organización política o económica lituana y el dominio alemán fue total. Desde aquel momento, los lituanos iniciaron su lucha contra el nuevo opresor, que pronto se mostró tan brutal y, por añadidura, más eficiente que sus predecesores. Gradualmente, toda la población se agregó al movimiento clandestino de Resistencia, bien decidida a... sobrevivir al enemigo.

En los primeros días del dominio nazi, algunos judíos que se preocupaban por su suerte fueron tranquilizados; nosotros juzgábamos «correctos» a los alemanes, que, después de todo, pasaban por ser un pueblo civilizado. Mas pronto los judíos fueron obligados a llevar estrellas amarillas en la manga de la chaqueta y del abrigo, recibiendo la orden de no circular por las aceras; se nos animaba a humillarles y si alguien intentaba demostrarles cierto respeto, saludándoles en público, era sometido a interrogatorio. En los periódicos clandestinos se publicaban los rumores según los cuales, en Polonia, se quemaba a los judíos; pero todavía nos resistíamos a creer que fueran posibles cosas semejantes hasta que, un día, en Marijampole, todos los judíos fueron amontonados, sin distinción de clases ni edades, despojados de todos los efectos personales de algún valor –comprendidos los anillos nupciales–, obligados a excavar una gran fosa y, finalmente, fusilados y arrojados a ella.

Un silencio, más insoportable que un grito de dolor, se abatió sobre la ciudad. Todo aquel a quien se sorprendiera dando hospitalidad a un judío era ajusticiado y aun cuando no se sabe a cuanto alcanzó el número exacto, se da por seguro que fueron exterminadas más de 200.000 personas, entre lituanos y refugiados de origen judío. Lo cierto es que no sobrevivieron más de 40.000, escondiéndose o saliendo milagrosamente vivos de los KZ (campos de concentración) alemanes. Nuestros rostros volvieron a ser como antes: cada vez más ansiosos, tensos, inexpresivos.

Los lituanos que podían demostrar que tenían antepasados alemanes, así como los «colonos» alemanes tenían tiendas particulares, donde los productos alimenticios estaban disponibles en abundancia, y go-

zaban asimismo de otros privilegios. Nosotros teníamos cartillas de racionamiento, calculadas sobre base dietética, aunque en realidad casi todo se reducía a pan. La moneda lituana se cambiaba desfavorablemente. Bajo todos los aspectos éramos ciudadanos de ínfima categoría en nuestro propio país. Todo ello hacía pensar que nos hallábamos al principio de un proceso de explotación, destinado a concluir con nuestro exterminio total. Esta sensación acabó por cristalizar en un espíritu de increíble resistencia, como el que anima la última lucha desesperada de un animal herido.

Cuando Hitler anunció: «Toda el área báltica deberá ser incorporada a Alemania», la prensa clandestina empezó a lanzar sus proclamas, y tuvo tal éxito que pronto hubo más de diez periódicos impresos y distribuidos ilegalmente. Un año después, los periódicos clandestinos eran casi treinta. Todo esto era muy importante, pues la prensa clandestina representaba, según frase de uno de estos periódicos, «el único instrumento capaz de unir al pueblo, como un gran heraldo de la opinión pública.» El trabajo de impresión y de distribución era muy arriesgado, mas no faltaban los voluntarios. Los más activos en la distribución eran los maestros.

La prensa clandestina supo organizarse muy bien y mejoró constantemente sus propios instrumentos. Las máquinas eran trasladadas continuamente de un edificio a otro, e incluso algunas tipografías se instalaron en los bosques. Si la SD (policía secreta) sorprendía a uno de estos grupos y detenía a sus componentes, al día siguiente un nuevo grupo se preocupaba de que el *Kommandant* tuviese sobre su mesa de escritorio un nuevo ejemplar con el mismo título. Los alemanes intentaron contrarrestar esta acción imprimiendo periódicos con los mismos títulos, pero nadie caía en la trampa.

Nuestra casa estaba llena de conspiradores, comprendidos los niños, que advertían el peligro sin que nadie se preocupara de ponerlos en guardia. Mi padre había estudiado en Heidelberg y hablaba alemán, por lo que, a veces, algunos oficiales le visitaban para charlar unos momentos sobre la vida de la escuela. En algunas ocasiones nos salvamos de milagro: una vez, cuando tuvimos que esconder en un pozo, apresuradamente, a un amigo nuestro que los alemanes buscaban para interrogarle y, otra vez, cuando olvidamos un ejemplar de *El combatiente por la libertad* sobre la mesa del comedor. Estoy segura de que el oficial lo vio; sin embargo, no se dio por enterado, y se limitó a no venir más a visitarnos.

Los más activos corrían, como es natural, los más graves riesgos; pero no se apuraban, pues la población respondía de modo maravilloso. Cuando los nazis publicaron su primera proclama para la formación de una «Legión SS lituana», la prensa replicó: «Nosotros combatimos por nuestros intereses. Nadie en la Historia combatió jamás por ser esclavo y verse privado de los propios derechos.» Por lo tanto, los centros de reclutamiento permanecieron vacíos. En un país con una población de tres millones de habitantes hubo tan sólo dos voluntarios. Uno de ellos era alumno de la escuela de mi padre, sorprendido cuando llevaba algunos documentos comprometedores, que le confió precisamente su profesor. El muchacho permaneció mudo, no reveló la procedencia de los documentos y, para salvarse, se alistó en las SS. Así pues, Lituania y Polonia fueron los únicos países ocupados que no tuvieron nunca un batallón nacional de SS... y mucho menos una legión.

Los alemanes se vengaron ferozmente; clausuraron todas las universidades e institutos superiores, y muchos profesores y otros intelectuales fueron arrestados y enviados a Stutthof, a Flossenburg y a otros campos de concentración. Se dijo que, a causa de este *boicot*, Hitler no concedería a los lituanos un lugar en su «nueva Europa», lo cual nos encantó. Mas los nazis insistieron en sus intentos de movilización. Se publicaron cuatro decretos, pero todos obtuvieron el mismo resultado que el primero: nadie se presentó. Berlín desató su furia máxima y la palabra *Ostland* llegó a ser una imprecación.

El movimiento de resistencia podía estar, en justicia, orgulloso de sus victorias; sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y los alemanes perdían sus esperanzas, se hacía más dura su agresividad y más suspicaz e implacable la SD. No obstante, sus esfuerzos continuaron siendo infructuosos, puesto que los grupos resistentes actuaban de manera autónoma y se componían de un número restringido de personas, entre las cuales sólo una de cada tres mantenía contacto con las demás.

Mi padre, en Marijampole, estaba convencido de que su amigo Janusevicius era jefe de otro grupo, suposición que resultó exacta cuando, cierto día, la SD irrumpió en la escuela superior de la que aquél era director y le detuvo junto con algunos otros: un nuevo grupo desaparecía. Se les envió a Stutthof y, al cabo de pocos días, sus familiares recibieron la noticia de que todos habían muerto de tifus. Por primera vez, los rumores en torno a los horrores de los campos de concentración parecían evidentes.

La sospecha no hizo sino alimentar la llama de la Resistencia. La muerte no parecía mucho peor que la vida y, por ello, todos se mostraban valerosos. Cierta sensación de distanciamiento impedía a cada uno reaccionar ante la noticia de la muerte de otro, por cuanto se trataba de una clase de noticia bastante frecuente. En el período en que mi padre estuvo en comunicación, a través de Estonia, con un grupo de la Resistencia que operaba en Finlandia, un correo fue detenido en uno de sus viajes hacia el Norte; pero no habló, y si nuestra familia sobrevive es porque aquel hombre murió sin revelar nada.

Durante los años 1942 y 1943, el país continuó siendo despiadadamente explotado en el terreno económico, aun cuando los campesinos no colaboraban con los ocupantes y muchos alemanes encargados de esta misión eran miembros del Partido nazi bastante fáciles de corromper. Kramer, el *Kommissar* de la ciudad de Kaunas, era famoso por su frase de: «Firmaré cuando pongáis a mano vuestro jamón». Semejante comportamiento a veces permitía «rescatar» a los prisioneros; mas las deportaciones en masa aumentaban, pese a que el movimiento de Resistencia lograba, en muchos casos, poner en guardia con cierta anticipación a las gentes directamente amenazadas. Su sistema era muy eficaz: cada vez que se proclamaba la movilización, el movimiento clandestino indicaba a los hombres los medios de evitarla. Al final, los alemanes tuvieron que recurrir a sistemas de verdadero secuestro. Empezaron por rodear las iglesias los domingos, arrestando a todos los jóvenes: pero el resultado fue que los hombres dejaron de asistir y los estudiantes mayores de frecuentar las escuelas. Se buscó refugio en los grandes bosques, y así fue como los pueblos fueron los que sufrieron mayores represalias: muchos fueron completamente arrasados y sus habitantes muertos o deportados a campos de trabajo. El lento proceso de exterminio ya no podía detenerse. Durante la ocupación nazi, sobre un total de 200.000 hombres reclamados por los decretos de movilización, 15.000 fueron alistados por la fuerza, muchos campesinos castigados como culpables de *boicot*.

En el curso del verano de 1943, se nombró jefe de las SS, en Lituania, al general Harm, por cuanto su predecesor, según los mandos alemanes, se había mostrado «demasiado humano». Las cárceles se abarrotaron más allá de todo límite y los campos de trabajo se ampliaron: en 1944, unas 108.000 personas fueron deportadas a estos campos y 32.000 a cárceles y a campos de concentración; mientras, el 93,4 % de los judíos lituanos había sido ya eliminado. El país estaba exhausto.

Sólo cuestión de tiempo

Pero, entre tanto, los alemanes empezaban a gustar el amargo sabor de la derrota en el frente oriental, y cuando en junio de 1944 se abrió de nuevo el frente occidental, nuestras esperanzas comenzaron a renacer.

Mi padre había nacido en el Yorkshire y hablaba inglés (hecho que los alemanes desconocían); así pudo escuchar las noticias de la BBC, lo que para nosotros era un verdadero placer. Más pronto o más tarde, Hitler sería definitivamente derrotado, esto era algo que nadie dudaba; sólo era cuestión de tiempo. Nuestro único objetivo era sobrevivir hasta que el país volviera a ser libre, y nuestros ojos estaban fijos en el frente occidental, cuyos avances nos parecían terriblemente lentos. Después llegó el *shock*: la noticia de que el frente oriental había sido hundido por el Ejército ruso. En julio de 1944 los rusos se hallaban ya en Letonia.

Su llegada era tan temida que nos sentíamos como paralizados por el miedo. La prensa clandestina incitó a las personas más eminentes del país a huir hacia el frente occidental, llevando documentos que demostraban los horrores que se acercaban con el avance comunista; pero el problema era a dónde huir, pues las únicas fronteras accesibles eran las de Alemania o la costa báltica, hacia Suecia. En la costa sólo se podía disponer de embarcaciones pequeñísimas, muchas de las cuales acabaron hundiéndose o fueron apresadas por los alemanes; un tío mío, sin embargo, logró llegar a Suecia en esta forma, partiendo del puerto de Sventoji a bordo de una pequeña lancha pesquera.

Y mientras tanto el frente avanzaba. Lituania quedó partida por la mitad y quedaron interrumpidas las comunicaciones entre los diversos grupos del movimiento de Resistencia. Ahora cada uno debía arreglarse como pudiera. Muchos, que habían visto su propio nombre en las listas soviéticas de deportación, sabían que tenían que huir a donde fuera, y otros se unieron al éxodo... aunque muchos jóvenes prefirieron entregarse a la Resistencia activa, constituyendo grupos de combate en los bosques (el 17 % de Lituania está cubierto de selvas espesas). Estos se denominaron «partisanos» –combatientes de la libertad–, proponiéndose como objetivo hostigar tanto a los alemanes como a los rusos. Muchos campesinos, gentes tenaces y estoicas, no consideraron siquiera posible la idea de huir, prefiriendo morir sobre la tierra natal, que tanto amaban, antes que afrontar la incertidumbre del exilio. Otros fueron más prácticos: la señora Tonas, una rusa casada con mi padrino, que pudo abandonar Rusia con él, en 1920, decía a mi madre: «No me preocupa lo que pueda ocurrir: conozco el comunismo y preferiría matarme antes que quedarme.»

Mi padre estaba muy tranquilo y distribuía certificados escolares y otros documentos a cuantos los necesitaban, pero mi madre estaba bastante preocupada y, al fin, le convenció para procurarnos sitio en un coche; así partimos hacia lo que creíamos sería un breve período de evacuación. Lo dejamos todo, llevando con nosotros los más ridículos e inútiles *souvenirs*; mi madre escondió sus mejores zapatos bajo la ceniza, suponiendo que sería el sitio más seguro y que, a nuestro regreso, aquellos zapatos le serían muy útiles.

Partimos al evacuarse Marijampole, en el momento en que se iban a destruir los puentes sobre el río Sesupe. Los alemanes, en su retirada, lo quemaban todo, animados por un particular espíritu de venganza contra Lituania. Y aquella misma noche, cuando nos hallábamos sólo a 5 km de distancia, el cielo se iluminó de pronto por encima de la zona donde se hallaba Marijampole, una pequeña ciudad muy antigua. El cielo continuó enrojecido durante toda la noche, iluminado por las llamas que devoraban la población, mientras nosotros avanzábamos lentamente hacia el Oeste, con la mirada fija hacia atrás, allí donde habíamos dejado el corazón y todo lo que nos había sido tan querido.

Pululaban en la carretera los soldados alemanes, cubiertos de polvo y desencajados por el terror. ¿Era posible que se tratara de los mismos hombres de 1941? Oímos decir que, más adelante, los alemanes estaban haciendo prisioneros a algunos paracaidistas soviéticos tras el vecino frente de Alytus, donde los cercaron. Nadie les había dado de comer y algunos yacían, ya muertos, al borde de la carretera. Todo en torno nuestro era muerte y terror, sin que tuviéramos la menor idea de lo que iba a sucedernos.

Finalmente, llegamos a la frontera alemana... donde nos fue negada la entrada. Era el último acto vengativo de los alemanes. Por lo tanto, no podíamos hacer otra cosa que sentarnos en el límite de la frontera y llorar o rezar, resignados, en espera de nuestro fin. Pero a la mañana siguiente descubrimos, al despertar, que la guardia de la frontera había desaparecido. Nos encontramos, pues, en «tierra de nadie» y así, en el último instante, el día 1 de agosto de 1944, entramos en Prusia a través de un estrecho sendero.

Más al Norte, los rusos ya habían cruzado la frontera; pero esto no tuvo para nosotros importancia alguna: en efecto, apenas llegamos a una carretera importante, situada en territorio alemán, tropezamos con una columna en retirada y fuimos inmediatamente arrestados, separados y despojados de cuanto poseíamos. Mi madre y yo fuimos enviadas a un campo de trabajo del Ruhr. La cercanía del Rhin significaba para nosotros, ya que no otra cosa, encontrarnos más cerca del frente occidental, y, por lo tanto, de nuestros libertadores, tanto tiempo esperados. Incluso saludamos, gozosos, las bombas (cuando no caían demasiado cerca) porque eran inglesas y americanas y podíamos calcular sus efectos.

Todavía esperábamos volver a nuestra casa en una Lituania libre...

RITA CAVALOUSKI



Nació en Lituania antes de la segunda Guerra Mundial. Habiendo aceptado la guerra como algo que formaba parte de su vida, no llegó a comprender lo extraordinarios que habían sido los años de su infancia hasta que emigró a Australia en 1949. En este país, en la universidad de Sidney, estudió Medicina.

FIN DE LA GUERRA ARTICA

Anthony Upton

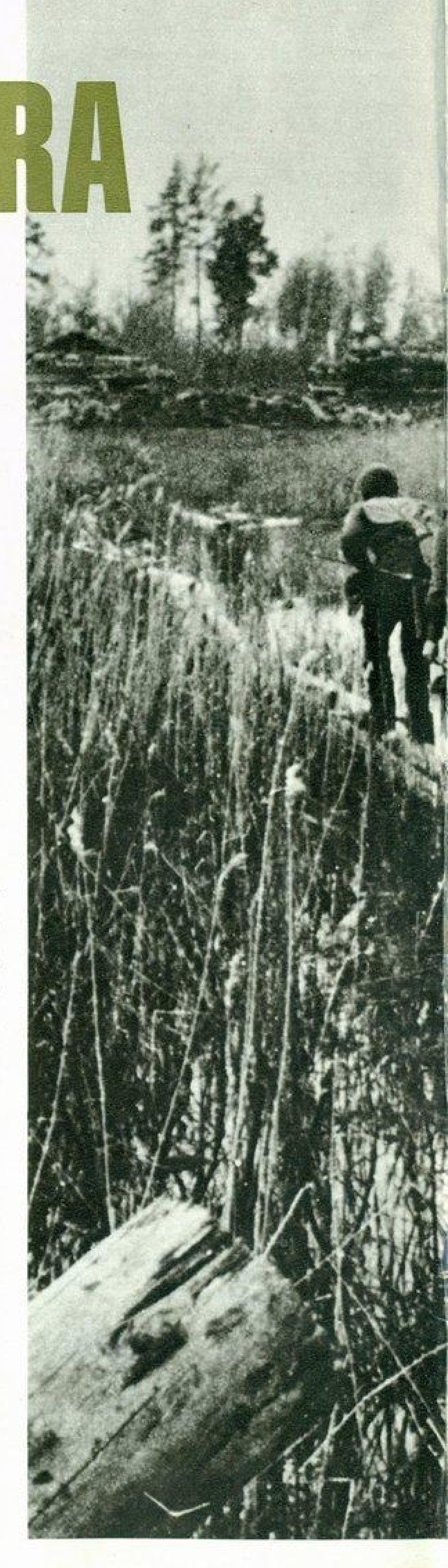
Durante más de dos años no había ocurrido nada en el frente septentrional, y los finlandeses empezaban a creer que los soviéticos no malgastarían sus fuerzas en atacarles, prefiriendo aguardar a que Finlandia se hundiera en el torbellino de Alemania. Fue por esto que los soldados finlandeses se vieron doblemente sorprendidos cuando los rusos desencadenaron contra ellos un ataque masivo; antes de lograr su reorganización se desarrollaron grotescas escenas de pánico.

A excepción de algunas acciones de patrulla de amplio radio, efectuadas por ambas partes en las desoladas landas septentrionales, desde principios de 1942 no se desarrollaba ninguna actividad importante en el frente finlandés. Ni uno solo de los proyectos germano-finlandeses para llevar a cabo un nuevo ataque contra la línea férrea de Murmansk se puso en práctica, principalmente a causa de que, ya en febrero de 1943, los jefes finlandeses comprendían que Alemania había fracasado en su intento de aniquilar a la Unión Soviética y que, por lo tanto, Finlandia debería prepararse para abandonar la guerra y concertar un tratado de paz con la URSS. En este sentido, a fines de 1943 se iniciaron contactos entre Finlandia y la Unión Soviética y, en marzo de 1944, una delegación finlandesa se trasladó secretamente a Moscú para informarse acerca de los términos propuestos por los soviéticos. Estos exigían que se pusiera nuevamente en vigor el tratado de Moscú de marzo de 1940 y, además, que Finlandia cediese a Rusia la región de Petsamo. El Gobierno finlandés estaba conforme con estos primeros puntos; pero vacilaba en relación a otras dos peticiones soviéticas: que cesara toda relación con Alemania y que las fuerzas germanas, presentes en Finlandia, fueran expulsadas o internadas antes del mes de abril, y que, a título de compensación por los daños de guerra, Finlandia pagara a la URSS, en el plazo de cinco años, el equivalente a 150 millones de libras esterlinas.

Con el apoyo incondicional del Parlamento, el Gobierno estimó que el país no estaba en condiciones de poder satisfacer estas exigencias y las proposiciones rusas fueron rechazadas el 15 de abril. Hitler, que no ocultaba su disgusto por todo este asunto, decidió castigar a los finlandeses y el 19 de abril ordenó el embargo del envío de víveres y de material bélico a Finlandia, confirmando, al mismo tiempo, los planes elaborados para hacer frente a cualquier eventual deserción por parte finlandesa y disponiendo que se activasen los preparativos básicos para su ejecución.

Los finlandeses sorprendidos

Previendo que era inminente un tratado de paz con Finlandia, el Mando soviético se preparaba, desde hacía tiempo, para atacar a la *Gebirgsarmee* (Ejército de montaña) alemana, que controlaba las regiones septentrionales de Finlandia y de Noruega, y defendía las importantísimas minas de níquel de Petsamo. La operación estaba prevista para el verano de 1944; mas el 1 de mayo, el STAVKA impartió nuevas órdenes, aplazando la operación en el Norte y reemplazándola por una ofensiva general contra las fuerzas finlandesas. El objetivo era rechazar a dichas fuerzas hasta la línea fronteriza de 1940 y obligarles a pedir la paz. Con las reservas del frente de Leningrado se creó, en el istmo de Carelia, el nuevo Ejército 21, a las órdenes del general L. A. Govorov. El Ejército 23, del general Cerepanov, desplegado ya en el frente del istmo, fue concentrado sobre el ala derecha y se doblaron sus efectivos. En Carelia oriental, el general Meretzkov conduciría al Ejército 7 sobre el río Svir, y al 32 sobre el frente de Maselskaia; estos dos Ejércitos fueron reforzados con las reservas sustraídas al STAVKA. La relación oficial soviética cifra en más de 450.000 hombres, 10.000 cañones, 800 carros de combate y más de 2000 aviones los efectivos iniciales de las unidades comprometidas en este sector. Las fuerzas finlandesas que deberían oponerse a este ataque ascendían a casi 270.000 soldados de primera



Tropas de asalto rusas cruzan una zona pantanosa sobre una estrechísima pasarela, durante la ofensiva contra las tropas finlandesas iniciada en Carelia el 9 de junio de 1944. Con esta acción el Ejército ruso pretendía rechazar a los finlandeses hasta la línea fronteriza de 1940, obligándoles así a solicitar la paz. *(Novosti Press Agency)*





iniciado. Mucho más atrasados estaban todavía los trabajos de la Línea VKT, que, prácticamente, se hallaba casi en estado embrionario.

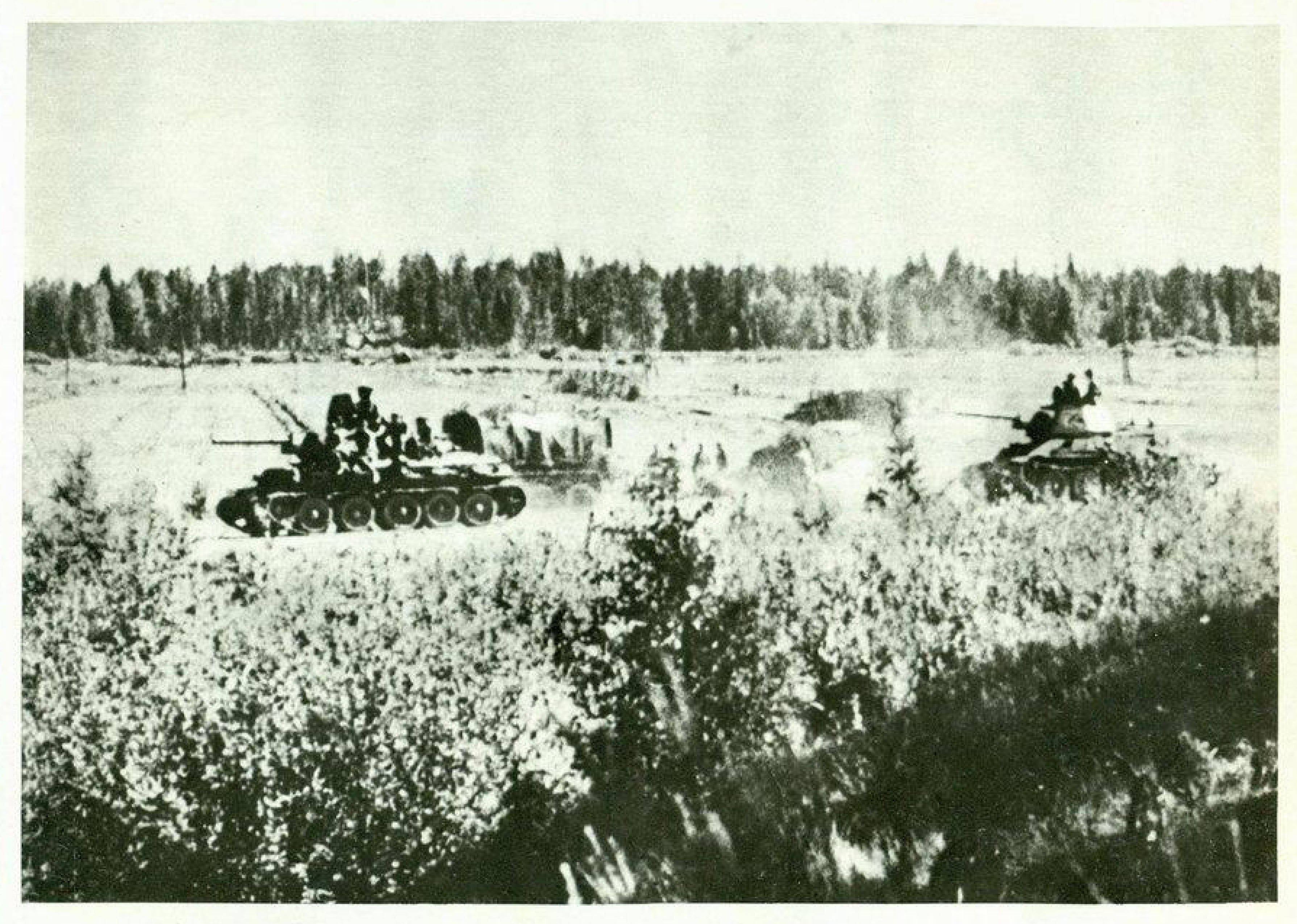
El rumbo equivocado dado a la construcción de nuevas fortificaciones, se veía más agravado aún por los puntos de vista personales del mariscal Mannerheim y de otros muchos comandantes finlandeses. Mannerheim sostenía que los preparativos soviéticos no eran más que un *bluff* destinado a encubrir un ataque contra los alemanes en los países bálticos. Nada pudo apartarlo de esta convicción, ni de que, aun cuando dicho ataque se desencadenara en el istmo, se trataría tan sólo de un movimiento colateral, que las tropas de aquel sector podrían resistir perfectamente el tiempo necesario para permitir el traslado a aquella zona de los refuerzos precisos. El resultado de todo ello fue que los rusos consiguieron sorprender totalmente a los finlandeses, tanto en el plano estratégico como en el táctico.

Guerra-relámpago en el istmo de Carelia

El 9 de junio, cuando los rusos desencadenaron su ofensiva, las fuerzas finlandesas estaban organizadas en dos Cuerpos de Ejército. En el ala derecha, el general T. Laatikainen mandaba el Cuerpo de Ejército IV, con dos divisiones en primera línea, 1900 cañones, 110 carros de combate y 248 aviones. Aparentemente, estas cifras no diferían gran cosa del victorioso Ejército de 1941, exceptuando la constitución de toda una división acorazada y la adquisición de nueva impedimenta. Pero los finlandeses acusaban dos graves deficiencias: sus fuerzas aéreas no disponían de aviones que pudieran competir con los *Sturmovik* soviéticos y las fuerzas de tierra sólo contaban con un pequeño número de cañones pesados contracarros capaces de destruir al carro de combate soviético *T-34*; en cuanto a las armas individuales y a los lanzacohetes contracarros, tipo *bazooka*, no existían en absoluto. Otro punto débil era que, después de casi dos años y medio de guerra de posiciones, la mayoría de los soldados más jóvenes no habían participado nunca en un verdadero combate, y ni siquiera los veteranos habían experimentado el tipo de táctica ofensiva creada por los rusos a partir de 1942.

El Mando finlandés se había comprometido a reforzar sus posiciones defensivas construyendo nuevas fortificaciones; pero estos trabajos estaban muy atrasados. En 1944 se hallaban en construcción dos líneas: una próxima al frente de Vammelsuu, en Taipele (Línea VT), y la otra mucho más atrás de Viipuri, en Kupersaari (Línea VKT). En junio de 1944, la Línea VT, que debería ser la línea principal de contención, estaba aún muy incompleta; apenas se hallaban dispuestas unas pocas posiciones de hormigón, y el tendido de alambradas y de obstáculos ni siquiera se había

Arriba: soldados soviéticos en las ruinas de las posiciones defensivas de la Línea VT. Después del ataque desencadenado en dirección de Kuuterselkä, el Ejército ruso arrolló la principal línea finlandesa el 14 de junio de 1944. A la derecha: fuerzas acorazadas soviéticas, desplegadas en los alrededores de Viipuri, prontas a entrar en acción. El Ejército soviético llegó ante Viipuri en las primeras horas de la mañana del día 20 de junio, conquistando la ciudad por la tarde. Abajo: en los alrededores de Vuosalmi, infantes del Ejército 23 soviético se lanzan al asalto de las posiciones de la División 2 finlandesa, a orillas del Vuoksi. El ataque soviético se inició el 4 de julio y el día 9 el Ejército ruso establecía una cabeza de puente a lo largo de la orilla oriental del río. *(Novosti Press Agency)*



línea y una división y una brigada de caballería en reserva. En el ala izquierda, el general H. Siilasvuo mandaba el Cuerpo de Ejército III, con una división y una brigada en primera línea y otra división en reserva. Mucho más a retaguardia, la División acorazada estaba desplegada sobre la Línea VKT.

Los rusos atacaron a lo largo de casi todo el frente del Cuerpo de Ejército IV con 500 aviones y un fuego de preparación efectuado por 5500 cañones y 800 lanzacohetes, con una densidad de casi 500 cañones por kilómetro. Al fuego de preparación siguieron algunos ataques demostrativos lo bastante fuertes para hacer converger las reservas finlandesas del sector hasta la primera línea: sin embargo, el frente se mantuvo intacto. A las 5 del día 10 de junio se reanudó el fuego de preparación, y, esta vez, el XXX Cuerpo de Ejército Guardia atacó las posiciones de la División 10 finlandesa, en Valkcasaari, arrollando casi inmediatamente toda resistencia.

El fuego masivo del bombardeo, que superó a cuanto los finlandeses habían experimentado hasta entonces, y el imprevisto descubrimiento de que sus cañones contracarros nada podían contra los *T-34* rusos, desmoralizaron a lo soldados; un regimiento se amotinó y luego se dio a una fuga desordenada, sembrando el pánico en la retaguardia. La División 10 perdió su artillería, pues los tractores estaban en la retaguardia, ocupados en los trabajos de fortificación. Idéntica suerte sufrió, ese mismo día, la División 2.

La primera reacción de Mannerheim fue proponer que la División acorazada lanzase un contraataque inmediato; mas, en el curso de la tarde del 10 de junio, ante la magnitud del desastre, ordenó la retirada sobre la Línea TV, que, en su opinión, debía resistir todavía varios días. Hacia el día 22 de junio, las tropas finlandesas se establecieron a lo largo de la citada Línea TV; luego calculando, según la dirección general del avance soviético, que el ataque principal se desencadenaría sobre el sector de Kivennapa, defendido por la División 2, el Mando finlandés decidió desplegar a la División acorazada inmediatamente a espaldas de esta unidad, pronta a entrar en acción.

Mas los soviéticos descubrieron un punto débil en el despliegue finlandés, en Kuuterselka; en este punto, la División 3, llamada a cubrir el vacío dejado por la deserción de la División 10, había tenido que diseminar sus nueve batallones a lo largo de un frente de 32 km, constituyendo un despliegue evidentemente demasiado débil para contener un ataque en fuerza. El 13 de junio, los rusos transfirieron, sin que los finlandeses se dieran cuenta, sus mejores unidades de Kivennapa a Kuuterselka. Y aquí, el día 14, al primer choque, arrollaron las débiles defensas finlandesas; en el punto de la ruptura una sola compañía de infantería finlandesa fue atacada por una división entera soviética, apoyada por una brigada acorazada. El XXX Cuerpo de Ejército Guardia penetró a través de este paso y sus carros de combate se lanzaron en dirección de Viipuri, arrollando en su avance a la brigada de caballería finlandesa y obligándola a retirarse desordenadamente. La noche del 14 de junio, parte de la División acorazada intentó cerrar el paso desencadenando un ataque contra el flanco soviético; pero los rusos, que habían previsto este movimiento, estaban esperándoles atrincherados en sólidas posiciones defensivas. Tras una noche de duros combates, que costaron a algunas unidades finlandesas más de un tercio de sus efectivos, el ataque se suspendió. El 15 de junio, Mannerheim tuvo que admitir la gravedad de la derrota y ordenó que todas las fuerzas se retiraran ordenadamente sobre las posiciones retrasadas de la Línea VKT; el mando de todas las operaciones en el frente del istmo pasó al general Oesch.

El derrumbamiento de la Línea VT preocupó seriamente al Mando finlandés, provocando serias dudas acerca de la capacidad defensiva de la propia Línea VKT. El 16 de junio se ordenó a dos nuevas divisiones que abandonasen Carelia oriental, y puesto que esta medida dejaba prácticamente sin defensa el frente de aquel sector, se iniciaron los preparativos para proceder a una evacuación ordenada de toda la zona. Dos días después, Mannerheim se dirigía a los alemanes colicitando el envío de seis divisiones, armas contracarros, cañones autopropulsados, bombarderos en picado y víveres. Los alemanes respondieron inmediatamente a la petición y enviaron, a toda prisa, a bordo de algunos MTB, una notable cantidad de lanzacohetes contracarro, destacando además de la *Gebirgsarmee* una brigada de cañones autopropulsados, desplazando al istmo de Carelia una división aérea de 70 *Stukas* y ordenando a la División 122 que abandonara los países bálticos y alcanzase la zona amenazada. Naturalmente, esta ayuda se concedió a cambio de una única condición inmediata: que la Línea VKT fuera defendida a ultranza.

Alrededor del 20 de junio, las tropas finlandesas fueron desplegadas a lo largo de la Línea VKT, excepto los restos de la brigada de caballería y los de la División 10, que fueron retirados del frente para ser integrados en el núcleo de un nuevo Cuerpo de Ejército V, destinado a guarnecer la costa al oeste de Viipuri. Se confió la defensa

OTOÑO 1944: FIN DE LA "GUERRA DE INVIERNO"

9 de junio de 1944: el Ejército 21 soviético ataca en el istmo de Carelia.

10 de junio: en Valkcasaari los rusos aniquilan a la División 10.

14 de junio: el Ejército ruso rompe la línea VT en Kuuterselka.

15 de junio: Mannerheim ordena la retirada sobre la línea VKT.

20 de junio: tropas soviéticas conquistan fácilmente la ciudad de Viipuri. En Carelia oriental, los rusos efectúan una penetración en Maselskaia.

22 de junio: Finlandia reanuda las negociaciones con la Unión Soviética. Ribbentrop se dirige a Helsinki para intentar consolidar las relaciones entre Finlandia y Alemania.

25 de junio: en el istmo de Carelia, el frente finlandés es arrollado en Tali.

30 de junio: el avance soviético en el istmo de Carelia es detenido a lo largo de una nueva línea defensiva.

7 de julio: en Carelia oriental las fuerzas finlandesas se repliegan sobre la línea U.

9 de julio: los rusos consiguen cruzar el Vuoksi.

15 de julio: se detiene el avance soviético en el istmo de Carelia.

4 de agosto: Mannerheim sucede al presidente Ryti.

2 de septiembre: Finlandia acepta las condiciones de paz propuestas por la URSS.

19 de septiembre: firma del tratado provisional de paz entre Finlandia y la URSS.

7 de octubre: las fuerzas soviéticas lanzan una ofensiva contra los alemanes en las regiones extremas septentrionales.

29 de octubre: las tropas soviéticas en Finlandia suspenden las operaciones.





Arriba: algunos oficiales del Ejército finlandés se presentan en las líneas soviéticas para negociar las condiciones de la rendición. Terminada la ofensiva soviética en Carelia, la casi totalidad del Ejército finlandés consiguió desplegar más allá de la línea fronteriza de 1940; pero el Gobierno, no dudando ya acerca del éxito final de la guerra, firmó un tratado de paz provisional con Rusia el 19 de septiembre de 1944. A la derecha: el general Mannerheim, quien, en junio-agosto de 1944, dirigió las operaciones contra los rusos. Ascendido a la presidencia el 4 de agosto, logró negociar una paz por separado con Rusia. *(History of the Second World War)*

de la ciudad a la Brigada 20, una unidad recién llegada de Carelia oriental y que carecía de experiencia combativa.

Un golpe tremendo

Los primeros carros de combate soviéticos que llegaron ante Viipuri por la mañana, efectuaron acciones de sondeo contra las posiciones de la Brigada 20. La artillería finlandesa agotó pronto sus municiones y quedó silenciosa.

Hacia las 15,30 horas, el comandante de batallón finlandés trasladó su puesto de mando a la retaguardia, sus hombres le siguieron, y entonces corrió la voz de una retirada, lo que dio lugar a que cundiera el pánico; la Brigada 20 se disolvió, entregándose a una fuga precipitada, y los rusos, que todavía no habían concentrado en aquella zona fuerzas de consideración, no tuvieron otra cosa que hacer que avanzar sin ser molestados tras los finlandeses en fuga.

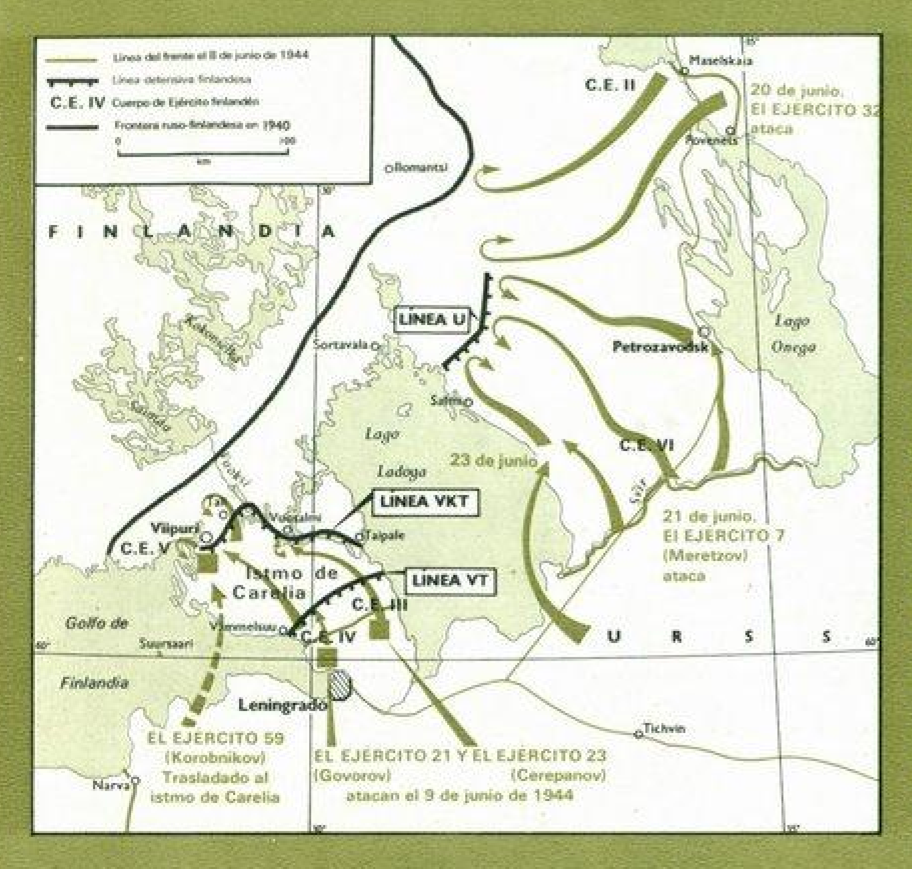
El *shock* aceleró el estallido de una crisis política. Hacía ya tiempo que los dirigentes políticos pensaban en la posibilidad de un cambio de Gobierno, habiendo llegado incluso a proponer a Mannerheim que asumiera la presidencia. Este se había negado; mas cuando el presidente Ryti le visitó en su puesto de mando, el 21 de junio, la reanudación de las negociaciones con la Unión Soviética quedó decidida. El asunto se resolvió al día siguiente y constituyó, en verdad, una desagradable sorpresa para Ribbentrop, llegado a Helsinki, sin previo aviso, para recibir la recompensa por la ayuda prestada por Alemania.

El Gobierno soviético respondió el 23 de junio que, como condición previa para iniciar las negociaciones de paz, Finlandia debía declararse dispuesta a la capitulación. Los políticos finlandeses consideraron que se hallaban en una trampa: Mannerheim declaró que su país no podía renunciar a la ayuda alemana prometida, mas todos sabían que el Parlamento no ratificaría nunca el tipo de tratado que Ribbentrop solicitaba; y, por otra parte, nadie estaba seriamente dispuesto a solicitar la aceptación de rendición propuesta por los soviéticos. Por último, se decidió recurrir a la astucia, engañando a los alemanes y cargando toda la ignorancia que tal maniobra comportaba sobre la persona de Ryti. En su calidad de presidente, Ryti firmó una carta oficial por la que se comprometía a que ningún gobierno finlandés entablara negociaciones para concretar la paz por separado mientras él permaneciera en su cargo. Los alemanes se dieron cuenta de este embrollo; pero aceptaron la carta como un mal menor. Para los jefes finlandeses era obvio, desde un principio, que en el caso de que Ryti dimitiera su compromiso no sería válido para su sucesor. La carta se firmó el 26 de junio y Ribbentrop regresó a Alemania; mientras tanto, la ayuda prometida por los alemanes seguía llegando.

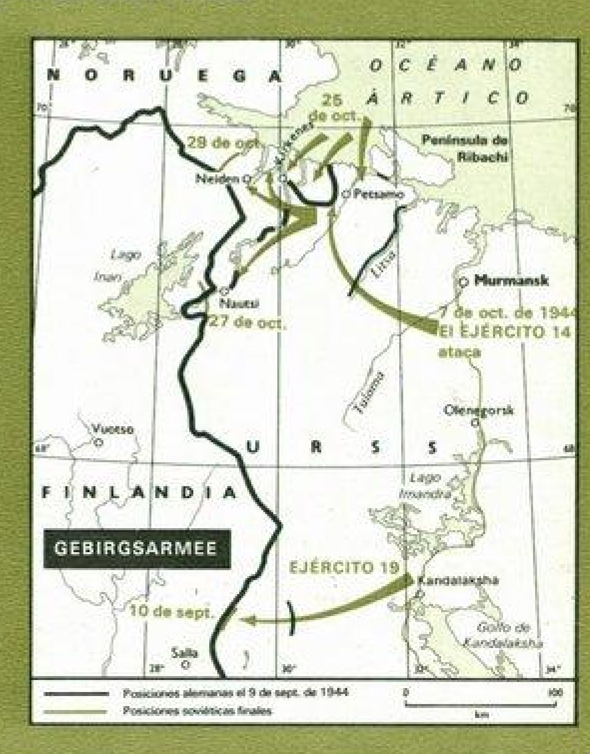
El 21 de junio, evidentemente impresionado por los brillantes resultados obtenidos, el STAVKA impartió nuevas directivas.

- el Ejército 59 del general Zorobnikov abandonaría el frente de Narva y, cruzando el golfo de Viipuri, desembarcaría más allá de la ciudad, repitiendo así la feliz maniobra de 1940 y envolviendo la Línea VKT;
- el Ejército 21 de Govorov debía romper esta línea a la altura de Tali, al oeste de Viipuri, reunirse con el Ejército 59 y avanzar hasta el río Kymi, un poco al oeste de la frontera de 1940;

OFENSIVAS SOVIÉTICAS EN CARELIA Y EN FINLANDIA NORORIENTAL



A la izquierda: tras la ofensiva desencadenada el 9 de junio contra los Cuerpos de Ejércitos III y IV finlandeses, los soviéticos lograron romper la línea VT. Esto indujo al STAVKA a impartir, el 21 de junio, las directivas para un ataque en fuerza contra el istmo de Carelia y contra la Carelia oriental. Pero estos ataques se llevaron a cabo sin una adecuada coordinación y el 11 de julio el Ejército ruso pasó a la defensiva; mientras tanto, la acción iniciada el 20-21 de junio por los Ejércitos 7 y 32 no consiguió cortar a los finlandeses las vías de retirada hasta la línea U. A la derecha: la ofensiva desencadenada el 7 de octubre de 1944 por el Ejército 14 soviético obligó a los alemanes a una precipitada retirada: tras haber conquistado la zona que comprendía Petsamo, hacia el 15 de octubre, el flanco derecho del despliegue soviético persiguió al enemigo hasta territorio noruego, mientras el ala izquierda rechazaba a las fuerzas alemanas hacia el Sur, hasta alcanzar Nautsi (27 de octubre).



- a la derecha del despliegue soviético, el Ejército 23 reforzaría las defensas de Vuoksi, en Vuosalmi, y avanzaría luego sobre el Ladoga;
- paralelamente, la ofensiva que acababa de iniciarse en Carelia oriental aniquilaría a las tropas finlandesas desplegadas en aquel sector, contribuyendo de este modo a la derrota total de Finlandia.

Los acontecimientos que se produjeron más tarde inducen a pensar que los rusos tenían prisa: necesitaban todas sus mejores tropas para utilizarlas en otro lugar y por lo tanto no podían mantenerlas empeñadas en un sector secundario; fue por eso por lo que no esperaron a que todos los ataques estuvieran sincronizados. El primer sector en que los rusos estuvieron dispuestos para actuar fue el de Tali, donde, el 25 de junio, el XXX Cuerpo de Ejército Guardia atacó de nuevo, encontrando otra vez un punto débil. La División 17 finlandesa, que acababa de ser desplegada en aquel sector, se encontró a su llegada con que las instalaciones defensivas estaban sin terminar, las reservas de municiones inservibles a causa de la humedad y los cadáveres, que nadie había tenido tiempo de sepultar, flotando en trincheras anegadas de agua. Y antes de que pudieran poner remedio a este estado de cosas, las tropas finlandesas se vieron arrolladas por el ataque soviético y no pudieron contrarrestarlo.

La batalla más dura de toda la campaña

En este punto se desencadenó la batalla más dura de toda la campaña. La División acorazada contraatacó, flanqueada por la brigada de cañones autopropulsados alemanes, y el frente avanzó y retrocedió varias veces. El 27 de junio llegó de Carelia oriental una división finlandesa de refuerzo, y al día siguiente llegó otra; los finlandeses empeñaron así todas las fuerzas que tenían disponibles en aquellos momentos; mas, a pesar de todo, el 29 de junio, el general Oesch tuvo que admitir que no podía restablecer la primitiva línea defensiva, por lo que ordenó una retirada sobre posiciones más retrasadas. Los soviéticos se lanzaron en su persecución y, hacia el 30 de junio, ya se disponían a lanzar un ataque masivo contra la nueva línea. Esta vez, sin embargo, no lograron romperla. Fueron varios los factores que contribuyeron a ello. La posición era bastante fuerte, y, por añadidura, la artillería finlandesa y los bombarderos en picado alemanes obtuvieron resultados bastante aceptables contra las congestionadas columnas soviéticas. Además, el nuevo armamento alemán estaba llegando a primera línea y, lo que era más importante, la moral de las tropas era excelente y todo acto de indisciplina o de pánico había cesado por completo.

Desgraciadamente para los rusos, el Ejército 59 no pudo iniciar las operaciones en el golfo de Viipuri antes del día 1 de julio, cuando la batalla en el sector de Tali estaba resolviéndose a favor de los finlandeses. Pero, aparte de sus tropas normales adscritas a la defensa costera, los finlandeses sólo habían conseguido reorganizar la brigada de caballería y la División 10, de modo que, a pesar de la intervención de unidades navales ligeras finesas, los rusos pudieron ocupar, el 6 de julio, las islas clave del golfo. El 7 de julio empezaron a desencadenar sus ataques contra tierra firme; mas precisamente ese mismo día llegó la División 22 alemana en ayuda de los defensores, y pese a los sucesivos intentos, que duraron hasta el 9 de julio, los rusos no pudieron asegurarse una cabeza de desembarco y, al fin, tuvieron que desistir.

Durante el curso de la ofensiva contra Petsamo, las tropas de asalto soviéticas desembarcaron tras la línea defensiva alemana sobre el Litsa. Entre el 7 y el 9 de octubre de 1944, el Ejército 14 soviético envolvió las posiciones alemanas por tierra y por mar y, sorprendiendo al adversario, provocó su inmediato hundimiento. *(Novosti Press Agency)*



Arriba: soldados finlandeses en el curso de las operaciones defensivas durante los meses de junio-agosto de 1944, para contener los ataques soviéticos. A la derecha: soldados soviéticos cruzan la frontera entre Finlandia y Noruega en el curso de la ofensiva contra Kirkenes, conquistada el 25 de octubre de 1944. *(History of the Second World War)-(Novosti Press Agency)*

La ofensiva del Ejército 23 se abatió sobre Vuosalmi, donde la División 2 finlandesa controlaba una cabeza de puente sobre la orilla occidental del Vuoksi. El ataque se inició el 4 de julio y el 8 la cabeza de puente quedaba eliminada; gracias a esta primera victoria, el 9 de julio los rusos cruzaron en fuerza Vuoksi y situaron dos divisiones en la orilla oriental. Para salvar la situación, y puesto que era evidente que la División 2 estaba ya aniquilada, la División acorazada, que había disfrutado de unos días de descanso después de la batalla de Tali, se lanzó al contraataque el 11 de julio; mas la operación fracasó totalmente y la cabeza de puente soviética empezó a ensancharse. No obstante, fueron los rusos los primeros en debilitarse; su avance se detuvo el 15 de julio, y dos días más tarde cesaban por completo los combates.

Así, pues, la batalla del istmo de Carelia concluyó para Finlandia con una victoria defensiva. Tras sus brillantes victorias iniciales, los rusos no consiguieron alcanzar los objetivos señalados en la orden de operaciones del 21 de junio, y el STAVKA admitió la derrota implícitamente cuando el 11 de julio ordenó a las fuerzas desplegadas en el frente del istmo que pasaran a la defensiva.



Retirada de Carelia oriental

Para la reconquista de Carelia oriental, el general Meretzkov disponía del Ejército 7, en el frente del Svir', y del 32 en el de Meselskaia; en conjunto eran 15 divisiones de infantería, 3 brigadas de infantería de marina y un Cuerpo de Ejército de asalto de artillería. El general pretendía aislar y aniquilar a las fuerzas finlandesas en aquel sector antes de que pudieran retirarse a la línea fronteriza de 1940. La historia oficial soviética afirma que su ataque fue deliberadamente aplazado en espera de que la ofensiva en el istmo alcanzase su máximo vigor; en efecto, una vez retiradas las reservas finlandesas, el avance en Carelia oriental resultaría mucho más sencillo. Por otra parte, el frente del istmo sería el decisivo, por lo que quizás sería más lógico desencadenar antes un ataque en Carelia a fin de tener empeñadas allí a las reservas finlandesas. Es indudablemente cierto que si Mannerheim pudo salvar la situación en el istmo, se debió, en parte, a la falta de interferencia enemiga, que le permitió hacer llegar de Carelia oriental tres nuevas divisiones y una brigada.

El 10 de junio, cuando la última de estas unidades recibió la orden de dirigirse al istmo, las cuatro divisiones restantes y dos brigadas se dispusieron a replegarse sobre posiciones más retrasadas. Hacía bastante tiempo que los finlandeses consideraban la posibilidad de utilizar una serie de fuertes posiciones defensivas –la Línea U– que, partiendo del ángulo nororiental del lago Ladoga, se extendían en dirección Norte. Las tropas finesas habían empezado a retirarse del Sur cuando, el 21 de junio, los rusos iniciaron su ofensiva; la retirada, sin embargo, se desarrolló de momento ordenadamente y sin precipitaciones, hasta que, el 24 de junio, la infantería de marina rusa, con carros de combate anfibios y apoyada por 300 aviones, desembarcó a sus espaldas, interceptando la carretera y el ferrocarril que constituían las vías principales de enlace con la retaguardia. Y aunque los contraataques finlandeses no lograron rechazar al enemigo, las fuerzas en retirada encontraron otras direcciones y, rodeando la cabeza de puente soviética, alcanzaron al fin la Línea U.

El 20 de junio, el Ejército 32 atacó en Maselskaia y el frente finlandés cedió inmediatamente; no obstante, sus comandantes supieron conducir las tropas casi hasta la línea fronteriza de 1940

pero parte de la artillería tuvo que ser abandonada a lo largo del camino. La retirada terminó el 20 de julio.

Los soviéticos esperaban todavía –principalmente por razones de prestigio– poder obligar a los finlandeses a retirarse más allá de las fronteras y llegar a poner pie en suelo enemigo. Con este fin, entre el 10 y el 17 de julio, la Línea U estuvo sometida a un fuego constante. Mas los finlandeses pudieron reforzar sus defensas haciendo afluir tropas del istmo de Carelia, donde la lucha se estaba extinguiendo. Así, la línea resistió. Los rusos tuvieron mejor suerte un poco más al Norte, en el sector de Ilomantsi; es más, afirman incluso que la frontera fue efectivamente alcanzada el 21 de julio. En esta zona se desarrolló el último combate de la guerra ruso-finlandesa. En efecto, el general Raapana lanzó un duro ataque contra el flanco de las tropas soviéticas más avanzadas. Alrededor del 3 de agosto, dos divisiones rusas fueron derrotadas y cercadas y todos los intentos para hacerles llegar ayuda rechazados; sin embargo, entre el 6 y el 8 de agosto, casi todos los rusos cercados lograron escapar, dejando tras ellos más de 3000 muertos y 94 cañones. Luego, el frente se estabilizó, y el 29 de agosto el STAVKA ordenó la suspensión de toda acción ofensiva. Desde el punto de vista militar, el término de la guerra ruso-finlandesa encontró al Ejército finlandés todavía intacto y en perfectas condiciones operativas, desplegado por doquier sobre posiciones situadas más allá de la antigua línea fronteriza de 1940.

Finlandia se rinde

Pero los finlandeses ya no se hacían ilusiones en cuanto al final de la lucha; a fines de julio dimitió el presidente Ryti y el 4 de agosto le sucedía Mannerheim. Entonces se constituyó un nuevo Gobierno, y cuando el 17 de agosto el *Feldmariscal* Keitel voló a Finlandia para comprobar lo que estaba sucediendo, Mannerheim le dijo claramente que no se consideraba obligado por la promesa de Ryti y que, por lo tanto, se consideraba libre para intentar la negociación de paz por separado. El 25 de agosto se estableció contacto con la Unión Soviética, que exigió, como base preliminar para las negociaciones, que Finlandia rompiese toda relación con Alemania y que expulsara las fuerzas alemanas antes del 15 de septiembre. El día 2 de septiembre Finlandia aceptó estas condiciones preliminares, rompiendo sus relaciones diplomáticas con Alemania. Después de haber aceptado la Unión Soviética la estipulación de un armisticio, que, por parte de los finlandeses entró en vigor el 4 de septiembre, los rusos (por razones siempre oscuras) no impusieron el alto el fuego hasta veinticuatro horas más tarde.

Quedaba el problema de las tropas alemanas presentes en Finlandia. Para hacer frente a la eventualidad de una defección finlandesa, los alemanes habían preparado dos planes: la Operación «Birke», que preveía la retirada al extremo norte de la *Gebirgsarmee*, y la Operación «Tanne», según la cual las fuerzas alemanas se apoderarían de la isla Aaland y de la de Suursaari, en el golfo de Finlandia. En el curso de las negociaciones con los finlandeses, los representantes alemanes aceptaron la condición de evacuar de Finlandia meridional, antes del 15 de septiembre, las pocas tropas todavía allí presentes y dando a entender que estaban dispuestos a iniciar la evacuación de la *Gebirgsarmee*; por su parte, los finlandeses prometieron no obstaculizar en modo alguno estas operaciones. El 6 de septiembre se decidió, definitivamente, la adopción del plan «Birke» y, en consecuencia, el ala derecha de la *Gebirgsarmee* empezó a retirarse de Yhta y de Kandalaksha, formando un frente defensivo hacia el Sur para defenderse de eventuales interferencias finlandesas. A su vez el 7 de septiembre, los finlandeses empezaron a evacuar tropas y población civil de Laponia, pareciendo que la difícil situación podría resolverse con tacto y en forma cortés. Pero el 1 de septiembre, Hitler ordenó la puesta en práctica de la Operación «Tanne», aunque limitada únicamente a la conquista de Suursaari, puesto que no había unidades navales disponibles para las operaciones en la isla Aaland.

Los soviéticos efectúan la limpieza de las zonas árticas

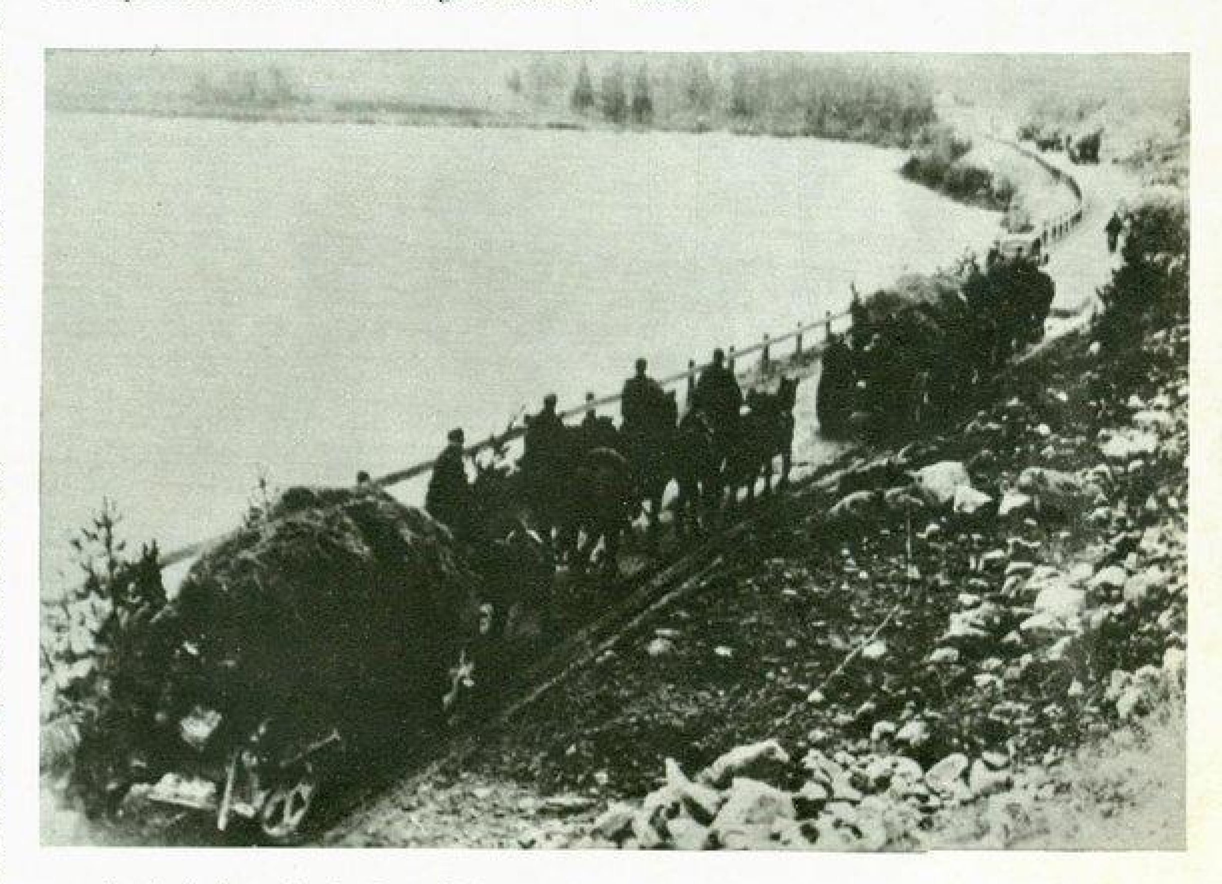
Mientras tanto, el 6 de septiembre, una delegación finlandesa se dirigía a Moscú y, el 19 del mismo mes, las dos partes firmaban un tratado de paz provisional. Sus términos eran análogos a los rechazados por los finlandeses en la primavera, con sólo dos excepciones: la indemnización fue reducida a 75 millones de libras esterlinas; mas, en compensación, los soviéticos exigían la cesión, en arriendo, de la península de Porkkala, situada a 20 km de Helsinski, para instalar en ella una base militar. Además se concedía a Rusia el uso de los puertos y de los aeródromos finlandeses mientras prosiguiera la guerra contra Alemania. Desde luego, se trataba de unos términos duros; pero, por lo menos, Finlandia se libraba de la ocupación militar y su soberanía e independencia eran solemnemente reconocidas.

Apenas concluido el armisticio, el general Meretzkov ordenó que se iniciase una serie de operaciones contra la *Gebirgsarmee*. Apenas los alemanes empezaron a retirarse de Yhta y de Kandalaksha, los rusos se lanzaron en su persecución, confiando Maretzkov en poder envolver y aniquilar al Ejército alemán... mas, el 12 de septiembre, el STAVKA le ordenó no ejercer en aquel frente una presión demasiado enérgica. Meretzkov afirma que se trató de una maniobra política y la única hipótesis válida a este respecto es que los rusos trataban de obligar a los finlandeses a rechazar a aquellas fuerzas alemanas, llevándoles a luchar contra sus ex aliados, con malévola satisfacción de los jefes soviéticos.

Hacía tiempo que los alemanes habían preparado un sistema defensivo, bastante desarrollado en profundidad y siguiendo el curso del río Litsa, sistema que, a lo largo de un frente de casi 100 km, comprendía numerosas posiciones de hormigón; mas, en ambos flancos, eran vulnerables. Los rusos no sólo controlaban con su Marina de Guerra el océano Ártico, sino que además ocupaban también la península de Rybacii, a espaldas de la zona que los alemanes trataban de defender; al Sur, la línea se detenía donde se iniciaba la tundra, una llanura abierta que los alemanes esperaban que fuera infranqueable para las grandes unidades.

A fines de la primavera, los rusos habían pensado atacar en este sector; su plan preveía envolver ambos flancos con desembarcos anfibios y con un avance a través de la tundra. A tal fin, se constituyó un especial Cuerpo de Ejército ligero CXXVI, capaz de transportar todo el armamento e impedimenta que necesitaba.

La ofensiva se inició el 7 de octubre por el lado de tierra y consiguió estimables progresos. Dos días después, se efectuaron los primeros desembarcos, mientras el Cuerpo de Ejército ligero penetraba en profundidad en la retaguardia germana.



Columna alemana en retirada en el frente septentrional de Finlandia (octubre 1944). (Archivo Rizzoli)

Los alemanes, completamente sorprendidos por la amplitud y la fuerza del ataque, se vieron obligados a retirarse precipitadamente. El 15 de octubre, el área de Petsamo estaba limpia de enemigos y las fuerzas que la ocuparon se habían retirado más allá de la frontera noruega.

Así, los rusos habían liberado toda la parte soviética de la zona; mas Meretzkov propuso perseguir a los alemanes más allá de la frontera noruega, para apoderarse de su importante base de Kirkenes. Stalin respondió personalmente: «Será magnífico». Pero en la ruta que daba acceso directo a Kirkenes los alemanes resistían desesperadamente, haciendo gran uso de minas, lo que una vez más obligó a los soviéticos a extenderse hacia los flancos, con ulteriores desembarcos anfibios, y a marchar hacia la tundra. Después de entrar en Kirkenes, el 25 de octubre, las tropas soviéticas prosiguieron hasta Neiden, donde las pésimas condiciones atmosféricas y las dificultades relativas a los abastecimientos, les obligaron a detenerse. Entonces, convencidos de que sería absurdo proseguir la operación en pleno invierno, los jefes militares comunicaron su opinión al STAVKA, y así, el 29 de octubre, después de no escasa vacilación, Stalin declaró estar de acuerdo: las tropas recibieron la orden de atrincherarse. Para la URSS, la guerra en el extremo Norte había concluido.

Balcanes, agosto-noviembre de 1944



(Novosti Press Agency)

RETIRADA ALEMANA DE LOS BALCANES

Earl F. Ziemke

Las repetidas derrotas sufridas por Alemania en todos los frentes, hicieron que las fuerzas germanas que operaban en los Balcanes fueran limitándose, poco a poco, a representar para sus aliados apenas algo más que un elemento de refuerzo, ya al borde de la derrota final. Y sin embargo, los soviéticos, que estaban dispuestos a extenderse por Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y Hungría, tuvieron ocasión de comprobar que la gran superioridad numérica de que gozaban no era suficiente para asegurarles una fácil victoria: en efecto, los restos de las fuerzas alemanas se replegaban de modo gradual, deteniéndose, de vez en cuando, para demostrar que, aun en retirada, constituían todavía un buen oponente para el Ejército ruso, sobre todo en lo que se refería al hábil empleo de las fuerzas acorazadas.

Mientras con la ofensiva estival de 1944 los soviéticos lograban constituir una enorme y afilada cuña en el sector central del frente oriental alemán, en el flanco meridional de los Cárpatos el Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional había pasado dos meses en total inactividad. El frente del citado Grupo de Ejércitos no había sufrido ningún cambio desde la primavera. A la izquierda, aproximadamente a lo largo de un arco que iba desde Kuty hasta la zona al este de Iasi, el *Armeegruppe* Wohler, constituido por el Ejército 8 alemán y el 4 rumano, defendía un sector que, más o menos, se extendía mitad por los Cárpatos orientales y mitad en dirección Este-Oeste, más allá del Moldava, pasando por el norte de Targul-Frumos y de Iasi. El término *Armeegruppe* indicaba una gran unidad a nivel intermedio entre el de un Ejército y el de un Grupo de Ejércitos. En la mayoría de los casos, un *Armeegruppe* se componía de dos Ejércitos, uno alemán y otro extranjero, y dependía del mando de uno o de otro de los jefes de Ejército. A la derecha, el frente del Ejército 6 alemán seguía el curso del Dniester hasta el centro de una cabeza de puente soviética, al sur de Tiraspol. En este lugar se unía con el ala izquierda del Ejército 3 rumano, que se hallaba desplegado sobre el flanco externo, hasta la costa del mar Negro. Los Ejércitos 6 y 3 formaban el *Armeegruppe* Dimitrescu, a las órdenes del jefe del Ejército 3 rumano, capitán general Petre Dimitrescu. Por parte rusa, el segundo frente ucraniano, del mariscal Rodion Malinovskij, se enfrentaba con el *Armeegruppe* Wohler, y el tercero, del mariscal. F. I. Tolbuchin, con el *Armeegruppe* Dimitrescu.

Dos grandes ríos, el Prut y el Siret, cortaban de Norte a Sur la zona de operaciones del Grupo de Ejércitos y los rusos controlaban las zonas superiores de ambos, si bien el terreno selvático de la zona Targul-Frumos-Iasi compensaba, en parte, esta desventaja. El cambio más importante, desde principios de verano, había sido la retirada del Grupo de Ejércitos de Ucrania septentrional al interior del territorio polaco, retirada que dejó al Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional, prácticamente aislado, con los Cárpatos a la espalda.

En la última semana de julio, el capitán general Johannes Friessner asumió el mando del Grupo de Ejércitos. Una de las últimas acciones de su predecesor, el capitán general Ferdinand Schörner, fue advertir a Hitler que los jefes rumanos estaban intentando establecer contactos con los Aliados y que al dictador rumano, mariscal Ion Antonescu, se le estaba escapando el poder en el país. También Friessner, pocos días después de asumir el mando, expresó la misma preocupación.

Y estando así las cosas, lo extraño era que el Mando del Grupo de Ejércitos se preocupase tan sólo del peligro que representaba una eventual defección política de Rumania. Según parece, ni siquiera se planteaba una pregunta mucho más importante: ¿qué era lo que quedaba (admitiendo que quedase algo) de aquel deseo de combatir del Ejército rumano, que nunca se había mostrado muy fuerte? Pues los rumanos guarnecían unos 260 km de los 630 de frente del Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional.

El día 8 de agosto, por primera vez después de muchos meses, los aviones alemanes de reconocimiento advirtieron intensa actividad tras las líneas soviéticas. Cinco días más tarde, o sea, el 13 de agosto, un rumor, según el cual Antonescu había sido destituido, suscitó una oleada de confusión y de pánico en la retaguardia del Grupo de Ejércitos. El 16 de agosto, el general Otto Wöhler, al mando de su *Armeegruppe*, notificó que los soviéticos desplegados ante él estarían en condiciones de atacar, en el espacio de uno o dos días, probablemente al oeste de Iasi, a fin de constituir una cuña entre Iasi y Targul-Frumos. Y declaró además que los rumanos a sus órdenes eran «completamente de fiar». La tarde del día 19, después de que en las primeras horas del día el segundo frente ucraniano hubiera desencadenado algunos ataques de reconocimiento contra el *Ar-*

meegruppe de Wöhler, Friessner predijo que, al día siguiente, los rusos lanzarían un fuerte ataque al oeste de Iasi y, simultáneamente, otro colateral al sur de Tiraspol, en el sector del *Armeegruppe* Dimitrescu.

El amanecer del 20 de agosto de 1944 anunciaba una jornada de calor tórrido. La artillería soviética abrió un fuego potente de preparación en dos sectores bastante restringidos: uno, al noroeste de Iasi; otro, al sur de Tiraspol. Incluso antes de que la infantería del segundo y tercer frentes se lanzase al ataque, varias divisiones rumanas estaban ya próximas al derrumbamiento. En efecto, en las primeras horas, dos de las divisiones rumanas de Wöhler, a las que se había confiado la misión de proteger Iasi, abandonaron sus posiciones sin hacer un solo disparo. A un lado de la brecha que dejaron abierta, las reservas alemanas consiguieron improvisar una débil línea defensiva, pero en el otro lado, los rusos pudieron avanzar hacia el Sur sin ser estorbados, y al mediodía entraban en Iasi. Al sur de Tiraspol, el ataque se concentró en el límite del sector entre el Ejército 6 alemán y el 3 rumano. El Cuerpo de Ejército desplegado sobre el flanco derecho del Ejército 6, que fue el más duramente castigado, resistió; pero, en cambio, la división rumana, desplegada en el correspondiente límite del sector, se hundió.

Según datos soviéticos, Malinovskij y Tolbuchin –flanqueados por el mariscal Semën K. Timoshenko, en calidad de coordinador– tenían una superioridad de casi dos por uno en hombres y de más de tres por uno en piezas de artillería, carros de combate y artillería autopropul-



La ofensiva desencadenada por el segundo frente ucraniano, el día 20 de agosto de 1944, al noroeste de Iasi, y por el tercer frente ucraniano al sur de Tiraspol, se desarrolló a través de los Balcanes. El 31 de agosto, después de la conquista de Bucarest, mientras el flanco derecho del despliegue de Malinovskij rechazaba a los alemanes de los Cárpatos orientales, el Ejército Acorazado 6 y los Ejércitos 27 y 53 prosiguieron su avance a través de Rumania meridional. El día 6 de octubre, los Ejércitos de Malinovskij atacaron en dirección a Hungría: hacia el día 20 del mismo mes, las fuerzas acorazadas habían arrollado ya las posiciones alemanas, alcanzando Debrecen, y el 22, Nyiregyhaza. En el Sur, el tercer frente ucraniano, tras cruzar el norte de Bulgaria, desencadenó, a finales de septiembre, un ataque en dirección a Belgrado. Los alemanes se vieron obligados a desplazar al Norte a la 1.ª División de montaña, lo que permitió al Ejército ruso penetrar en el valle del Morava el 8 de octubre. Belgrado fue ocupada el 19 de octubre, mas los alemanes consiguieron mantener abiertas las direcciones de retirada de los Grupos de Ejército E y F que, el 2 de noviembre, constituyeron un frente desde la frontera húngara hasta Vukovar y desde allí, hacia el Sur, a lo largo del curso del Drina.

sada. El principal esfuerzo soviético, en el que tomaban parte el Ejército Acorazado 6, así como los Ejércitos 27, 52 y 53, se desarrolló en el sector de Malinovskij, al noroeste de Iasi. En este lugar, el Ejército Acorazado 6 entró en acción a primera hora de la tarde y, antes de anochecer, dicha unidad y el Ejército 27 estaban ya próximos a efectuar una penetración. A la derecha, al norte de Targul-Frumos, el 6.º Ejército Guardia y el Grupo mecanizado y de Caballería Gorskov debían atacar en dirección Sur, a lo largo del Siret. Las unidades de Tolbuchin –Ejércitos 37 y 57 con dos Cuerpos mecanizados– se lanzarían al ataque de la cabeza de puente de Tiraspol. A la izquierda, el Ejército 46 había dividido sus fuerzas para envolver al Cuerpo de Ejército III rumano, sobre el bajo curso del Dniester.

En el transcurso del segundo día, el Ejército 6 alemán inició una retirada que, en un principio, tuvo por principal objetivo alcanzar y cruzar el Prut antes de que los soviéticos pudieran asegurarse el control de los puntos de cruce. El mando del Grupo de Ejércitos no podía hacer nada para remediar la crítica situación que, el día 23, recibía un último golpe fatal: el rey de Rumania había hecho arrestar a Antonescu y anunciaba que su país aceptaba los términos de armisticio propuestos por los Aliados.

Poco antes de medianoche del día 23, Friessner telefoneó a Hitler para ponerle al corriente del golpe de Estado rumano e informarle de que había asumido el mando de todos los elementos de la *Wehrmacht* presentes en Rumania y que se proponía replegar su propio frente a la línea Cárpatos-Danubio. Pero, a medianoche, la oficina del OKH transmitió una orden de Hitler: Friessner debía sofocar el *putsch*, arrestar al rey y a la «camarilla de la Corte» y entregar el Gobierno del país a Antonescu o, en el caso de que él «no estuviese disponible», a un general filogermánico.

A las 7,30 horas, seis mil soldados alemanes empezaron a entrar en Bucarest; pero diez minutos más tarde caían en medio de un nutrido fuego que les obligó a detenerse. A mediodía, el general Gerstenberg, que las mandaba, tuvo que admitir que apenas había logrado penetrar más allá de los suburbios. Sus fuerzas ocupaban la emisora de radio, pero ningún otro punto de importancia estratégica. Entre tanto, Friessner pudo comprobar que ni uno solo de los generales rumanos estaba dispuesto a colaborar con los alemanes.

Aquella misma tarde, obedeciendo órdenes de Hitler, la 4.ª Fuerza aérea alemana bombardeó el palacio real y los edificios gubernativos de Bucarest; no obstante, al anochecer, la situación en la ciudad seguía estacionaria. Gerstenberg esperaba la llegada de refuerzos procedentes del sector sudoriental, y Friessner había pedido tropas incluso de Hungría. Mas, en Berlín, se le respondió que estaban llegando «extraños informes» acerca de este país.

El Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional pasó por unos días de verdaderos desastres. Utilizando como pretexto los ataques aéreos y terrestres desencadenados por los alemanes contra Bucarest, el día 25 el nuevo Gobierno rumano declaró la guerra a Alemania. Al día siguiente, las tropas de Tolbuchin conquistaban Kagul, en el Prut, completando así el cerco del Ejército 6. Al oeste del río las vanguardias de Malinovskij habían alcanzado ya la línea de Kagul e iniciaban su avance hacia el Sudeste, en dirección al curso bajo del Siret. El mando del Ejército 6, que había quedado fuera de la bolsa, intentó organizar una línea defensiva entre Focsani y Galati, con tropas reunidas en la retaguardia; mas, cuando las fuerzas de Malinovskij se mostraron incontenibles, tuvo que retirarse a Buzau. Ciertos informes recibidos por radio señalaron que las tropas combatientes del Ejército –dieciocho divisiones– estaban siendo empujadas hacia dos bolsas situadas en las orillas del Prut, cerca de Husi. Ese mismo día, los rumanos cercaron a l[illegible] fuerzas al[illegible]manas que [illegible]ntaban apoderars[illegible]ucarest[illegible] en Ploesti, l[illegible] 5.ª División antiaérea se apoderó de las refinerías de petróleo y de la mitad de la ciudad. Retirándose del Siret en dirección a los Cárpatos, el Ejército 8 alemán informó que apenas disponía de fuerzas suficientes para bloquear el paso de Oituz y los otros más al Norte.

Rumania al lado de los Aliados

La noche del 29 de agosto, el OKH ordenó al Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional que constituyera un frente defensivo a lo largo de la espina dorsal de los Alpes Transilvanos y de los Cárpatos, enlazando con el sector sudoriental (Yugoslavia y Grecia) en las Puertas de Hierro y con el Grupo de Ejércitos de Ucrania septentrional en la frontera polaca. Se trataba de la única solución posible; pero lo importante ahora era saber si el Grupo de Ejércitos podría sobrevivir. Friessner no disponía de fuerzas suficientes para defender los 300 km de Alpes Transilvanos, y, por otra parte, las unidades aéreas alemanas en Rumania estaban utilizando sus últimas reservas de combustible para alcanzar Hungría. Todo cuanto le quedaba al Ejército –el mando y sus tropas auxiliares con casi 5000 camiones– estaba bloqueado en el valle del Buzau y al alcance de las fuerzas soviéticas. En el Sur, los búlgaros, que oficialmente no estaban en guerra con la Unión Soviética y buscaban desesperadamente un modo de mantener lejos de su territorio a los Ejércitos rusos, desarmaban e internaban a todos los soldados del Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional que cruzaban la frontera.



Tropas búlgaras durante la construcción de una barrera defensiva protegida por ametralladoras. Restablecidas las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, en agosto de 1944, el 18 de septiembre Bulgaria declaró la guerra a Alemania. *(History of the Second World War)*

Una estructura improvisada

Siguiendo la mejor tradición balcánica, la estructura del sector sudoriental era totalmente improvisada. Hasta agosto de 1943, la ocupación territorial fue una misión exclusiva de Italia. Pero la rendición de dicho país incrementó de modo considerable los compromisos militares y administrativos de los alemanes. Hitler había puesto al mando de esta zona de operaciones al *Feldmariscal* Maximilian Freiherr von Weichs, a quien se asignó para guarnecer las defensas costeras en el Adriático, el mando de la 2.ª *Panzerarmee*. En Grecia y en las islas del Egeo, el capitán general Alexander Löhr, en su calidad de comandante del Grupo de Ejércitos E, respondía directamente de sus actos ante von Weichs.

El sector operativo de Weichs se organizó de modo que no tuviera que ejercer más que dos funciones: defender las costas balcánicas, incluidas las islas, y luchar contra los movimientos clandestinos en el interior. Como se trataba de regiones montañosas, y puesto que Alemania no podía permitirse el lujo de tener desplazados en sectores no operativos los medios de transporte, tuvo que organizar una defensa costera estática, dispersando con ello sus fuerzas sobre un área muy amplia. Además, Weichs no dispuso nunca de tropas suficientes para llevar a cabo una enérgica campaña anti-guerrilla; mas, sin duda, se benefició en cierto modo de los conflictos existentes entre los propios componentes de los movimientos clandestinos.

Hacia mediados de 1944, el sector sudoriental había perdido, prácticamente, todo su valor como posición estratégica. Ya no amenazaba, en modo alguno, las rutas marítimas británicas en el Mediterráneo oriental, ni constituía un eficaz contrapeso a la presión aliada sobre la neutral Turquía. Por lo que respecta a la guerra en los frentes operativos, este sector suponía más bien, para los alemanes, un verdadero pasivo; mas, por otra parte, una retirada en cualquiera de sus sectores podría proporcionar a los Aliados un nuevo punto de apoyo sobre el continente, obligaría posiblemente a Turquía a salir de su neutralidad y aumentaría en grado sumo las ya inquietantes preocupaciones de los Gobiernos búlgaro, rumano y húngaro. En consecuencia, las fuerzas del sector sudoriental se encontraban atadas sin estar empeñadas, y orientadas hacia el mar cuando la verdadera amenaza se encontraba a sus espaldas.

Los primeros síntomas de un cambio en la situación se revelaron a principios de agosto de 1944.

El día 2, Turquía rompió sus relaciones diplomáticas con Alemania y este hecho dio al Gobierno búlgaro el «empujón» que necesitaba para salir de la guerra. En las dos semanas siguientes, Bulgaria reanudó sus relaciones diplomáticas con la Unión Soviética e impuso ciertas limitaciones de movimiento a las tropas alemanas en su territorio.

El día 23, cuando llegó la noticia de la rendición de Rumania, Weichs se encontraba en el puesto de mando del *Führer*. Juntos discutieron la estrategia a seguir en el sector sudoriental; pero al final, ambos decidieron que lo mejor sería no tomar iniciativa alguna de momento, excepto la de «intentar» concentrar el mayor número posible de fuerzas en torno a la línea del ferrocarril Atenas-Salónica-Belgrado, que constituía la mejor vía de retirada para el Grupo de Ejércitos E desde Grecia. Según parece, Hitler acariciaba la idea de explotar de algún modo el choque, que él juzgaba inevitable, entre los intereses británicos y los soviéticos en los Balcanes. La situación de las fuerzas en aquel sector no justificaba en modo alguno aquella calma, pues de los 600.000 hombres que integraban las fuerzas combatientes, 300.000 se hallaban en Grecia y otros 90.000 en las islas.

Mientras Hitler y Weichs decidían quedarse a la expectativa, los búlgaros, como se sabe, se esforzaban en salir de la guerra. Su preocupación más apremiante era asegurarse una fórmula que les permitiera volver a la neutralidad. Ofrecieron su ayuda a Turquía contra Alemania, y solicitaron la retirada de la misión militar germana; mas sus negociaciones con los representantes soviéticos en Turquía seguían sin dar resultados positivos. El 2 de septiembre, día en que las tropas soviéticas alcanzaron la frontera en Giurgiu, sobre el Danubio, los búlgaros constituyeron un nuevo Gobierno que, dos días después, declaraba unila-

teralmente el final del estado de guerra contra los Aliados y el retorno a una neutralidad absoluta. Pero este paso no satisfizo a los rusos que, afirmando que Bulgaria estaba convirtiéndose en un cómodo refugio para los alemanes en retirada, el 5 de septiembre le declararon la guerra.

La noche del 8 de septiembre, después que las tropas soviéticas del tercer frente ucraniano cruzaran la frontera, Bulgaria declaró la guerra a Alemania. En Macedonia, los alemanes desarmaron e internaron, sin demasiada resistencia, al Cuerpo de ocupación búlgaro. En Skoplje, tres divisiones búlgaras abandonaron las armas e impedimenta y huyeron a las montañas. En Prilep, algunos regimientos entablaron una batalla que duró hasta fines de septiembre.

La capitulación de Rumania y la defección de Bulgaria abrieron un frente de 680 km desde la frontera húngara hasta el mar Egeo, frente que Weichs tenía que defender de algún modo. Por el momento, el peligro más grave estaba en el Sur, donde en la línea Salónica-Skoplje-Nis se hacía indispensable crear un frente que protegiera la vía de retirada del Grupo de Ejércitos E. El 9 de septiembre, Weichs desplazó el límite del sector del citado Grupo de Ejércitos al Norte, hasta Klisura, incluyendo Albania en la zona de competencia de dicho Grupo de Ejércitos. De este modo, Löhr se vio obligado a ocuparse del tramo más vulnerable de su vía de retirada.

El día en que el avance del Ejército Acorazado 6 soviético alcanzaba Turnu-Severin –5 de septiembre–, Weichs no disponía de fuerza alguna en el sector del Grupo de Ejércitos F, entre Klisura y las Puertas de Hierro. Mas, el día 6, el Ejército acorazado ruso efectuó una conversión hacia el Norte, entrando en Hungría y, a consecuencia de este nuevo despliegue, el comandante militar para el sector sudoriental constituyó una débil línea defensiva que seguía la frontera yugoslava y sobrepasaba el Danubio, apenas al oeste de las Puertas de Hierro.

Para proteger su flanco, Weichs envió parte de una división y dos batallones de policía a la zona del Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional para que intentasen defender Timisoara, ciudad que dominaba la vía de acceso meridional a la llanura húngara y al Banato.

Había llegado el momento de que el Grupo de Ejércitos E abandonara Grecia; pero Weichs no parecía demasiado dispuesto a apresurarse, lo que, al parecer, satisfacía tanto a Hitler como al OKW. Sin percatarse de ello, británicos y americanos había reforzado la convicción de Hitler de que todavía sería posible sacar alguna ventaja del inminente choque Este-Oeste en relación con los Balcanes. El 1 de septiembre, la fuerza aérea balcánica aliada inició la Operación «Ratweek».

El objetivo de esta operación era bloquear las direcciones de salida de Yugoslavia meridional y de Grecia, a través de las cuales los alemanes podían hacer llegar recursos, y ayudar también a los partisanos de Tito a extenderse hacia el Este, penetrando en Servia y enlazando con los rusos. Pero como los partisanos no avanzaban a un ritmo que hiciese posible esta conjunción, Hitler y Weichs supusieron que el verdadero objetivo de aquel bombardeo no era otro que obligar a las fuerzas alemanas a permanecer en Grecia.

Los alemanes vacilan

También las intenciones soviéticas eran un tanto oscuras. En el transcurso de la tercera semana de septiembre, el mando del sector sudoriental localizó, en distintos puntos, ciertos indicios que demostraban que el enemigo estaba acumulando fuerzas en el frente oriental. Al norte de los Alpes Transilvanos, en Rumania, Malinovskij desplazó al Ejército 53 a la zona Arad-Timisoara. Al sur de las montañas, algunos elementos avanzados del Ejército 46 que, desde Bulgaria, se dirigían hacia el Norte a través del Danubio, alcanzaron Turnu-Severin. Otro de los Ejércitos de Tolbuchin, el 57, fue avistado al sur del Danubio, avanzando hacia el Oeste, en dirección a la frontera yugoslava. Un signo de mal augurio fue el inesperado incremento del número de aviones soviéticos en los aeródromos rumanos y de Bulgaria occidental. Otra desagradable sorpresa posterior, la constituyó la movilización general decretada por Bulgaria el día 22, pues los alemanes confiaban en que, después de la capitulación, los búlgaros se desplomarían.

Weichs vaciló una vez más antes de decidirse a evacuar Grecia. Löhr quería que la operación se iniciase en seguida; pero Weichs sostuvo que, aparte el incremento de las fuerzas aéreas, no existía ningún indicio «cierto» de que los rusos estuvieran a punto de iniciar una operación. Desde luego, en el esfuerzo que estaba realizando para intentar resolver sus problemas, el comportamiento de sus adversarios no ayudaba mucho a Weichs. Los rusos estaban avanzando, pero sin la rapidez ni la decisión que les era peculiar. Por otra parte, aunque los aviones aliados estaban causando algunas pérdidas, el puente aéreo alemán organizado entre las islas griegas y el continente funcionaba con regularidad, transportando a los hombres en retirada a un ritmo de casi 100 vuelos diarios. Asimismo, a pesar de que Löhr había retirado nuevamente las tropas del Peloponeso, el único indicio de que los Aliados se habían percatado de esta maniobra, fue un desembarco británico (21 de septiembre) en Citera, a lo largo de la punta meridional de la península.

Los alemanes recuperan la sangre fría

El 30 de agosto, el Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional disponía, en total, de 4 divisiones completas; tres se encontraban en el flanco izquierdo del Ejército 8 y la cuarta se hallaba comprometida en un desplazamiento que debía llevarla fuera de la zona de competencia del Grupo de Ejércitos; pero, una vez iniciada la ofensiva soviética, regresó inmediatamente.

Las tropas de Malinovskij ocuparon Ploesti el día 30 y a la mañana siguiente entraban en Bucarest. Sus fuerzas estaban divididas. El Ejército Acorazado 6, el Ejército 27 y el 53 habían sido enviados hacia el Oeste, entre el Danubio y los Cárpatos, con la misión de rastrillar Rumania meridional y alcanzar Turnu-Severin. Con la otra mitad, Malinovskij se dispuso a rechazar a los alemanes a los Cárpatos orientales; con este fin el Ejército 40 se lanzó contra las divisiones, relativamente intactas, del flanco izquierdo del Ejército 8 alemán, mientras el 7.º Ejército Guardia y el Grupo mecanizado y de caballería Gorskov se disponían a forzar el paso de Oituz y avanzar a través de las montañas hasta Sibiu y Cluj.

Cuando el grueso de las fuerzas de Malinovskij inició su marcha hacia el Oeste, Friessner creyó que todavía le quedaba la posibilidad de bloquear por lo menos, los pasos de Predeal y de Turnu Rosu. El otro paso, el Vulcan, estaba completamente fuera de su alcance. Sin embargo, considerando que tenía pocas probabilidades de alcanzarlos a tiempo de poder defenderlos con ciertas garantías de éxito, ordenó a sus fuerzas que intentasen constituir una línea defensiva a lo largo del río Mures.

Mientras tanto, el Ejército húngaro, que temía por su propio país y esperaba ansiosamente que se le presentara la oportunidad de combatir a sus tradicionales enemigos rumanos, estaba demostrando un espíritu ofensivo mucho más enérgico que el que demostrara en años anteriores. El 5 de septiembre, partiendo de los alrededores de Cluj, el Ejército 2 húngaro atacó en dirección Sur, a fin de cerrar el paso Turnu Rosu. El ataque obtuvo un rápido éxito contra la débil resistencia opuesta por el Ejército 4 rumano; no obstante, al anochecer, Friessner llegó a la conclusión de que debía retirar a los Ejércitos 6 y 18 tras el río Mures; pero decidió esperar un día o dos antes de iniciar la maniobra... para evitar el triste espectáculo de tropas alemanas en retirada mientras los húngaros estaban avanzando.

La ofensiva húngara se detuvo al día siguiente. Los resultados de sus dos primeros días de avance eran evidentes más al Sur; el Ejército Acorazado 6, que se dirigía contra las Puertas de Hierro, se había detenido y dirigido luego hacia el Norte; uno de sus Cuerpos de Ejército estaba cruzando el paso de Turnu Rosu y el otro avanzaba hacia el paso de Vulcan. A mediodía, los elementos en cabeza habían superado ya el Turnu Rosu y alcanzado Sibiu, a 65 kilómetros de la frontera húngara. Friessner decidió entonces pasar a la defensiva al Ejército 2 húngaro y ordenar a los Ejércitos 6 y 8 que iniciasen un repliegue.

Cuando ya se había impartido esta orden, Hitler intentó anularla, y al informarle de que esto era ya imposible exigió que la retirada se detuviera sobre la línea guarnecida durante la primera fase. Cinco días antes, Hitler opinaba que Friessner debía retirarse sobre una línea a 65 km al oeste del Mures; pero los acontecimientos del día 9, en Hungría, le hicieron variar de opinión. Cuando cundió la voz de que los rusos estaban ya en la frontera, a 220 km al sur de Budapest, el Consejo de la Corona húngaro, alarmado, redactó un ultimátum dirigido a Alemania: si antes de veinticuatro horas no se le enviaban 5 *Panzerdivisionen* para defender Hungría, el país actuaría «de acuerdo con sus propios intereses». Deseoso de conservar a su lado al último aliado que le quedaba, Hitler prometió enviar una fuerza aproxima-

LOS ALEMANES RECHAZADOS DE LOS BALCANES 1944

20 de agosto: el segundo y el tercer frentes ucranianos atacan al Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional y rompen las líneas en el sector del Ejército 3 rumano.

21 de agosto: el Ejército 6 alemán inicia su retirada hacia el Prut.

23 de agosto: el rey de Rumania ordena detener a Antonescu y hace pública la aceptación de las condiciones del armisticio propuestas por los Aliados.

24 de agosto: las tropas alemanas no consiguen ocupar Bucarest y bombardean el palacio real.

25 de agosto: Rumania declara la guerra a Alemania.

29 de agosto: el OKH ordena que el Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional constituya una línea defensiva a lo largo de las Alpes Transilvanos y de los Cárpatos.

2 de septiembre: las tropas soviéticas alcanzan la frontera búlgara.

5 de septiembre: la Unión Soviética declara la guerra a Bulgaria. Las vanguardias del Ejército ruso alcanzan Turnu-Severin. El Ejército 2 húngaro avanza, desde Cluj, en dirección Sur, atacando al Ejército 4 rumano.

8 de septiembre: las tropas soviéticas cruzan la frontera y penetran en Bulgaria. Bulgaria declara la guerra a Alemania.

4 de octubre: las tropas soviéticas llegan a 16 km de Belgrado.

10-29 de octubre: en torno a Debrecen una gran batalla entre carros de combate finaliza con la retirada de los alemanes hacia el Oeste, pero estos contraatacan, aislando y destruyendo tres Cuerpos de Ejército soviéticos. El Grupo de Ejércitos E inicia su retirada de Grecia.

19 de octubre: los alemanes evacuan Belgrado.

2 de noviembre: las tropas alemanas alcanzan una línea defensiva que se extiende a lo largo del Danubio, desde la frontera búlgara hasta Vukovar y, luego, a lo largo del Drina.

CAZAS SOVIÉTICOS EN LA FASE FINAL DE LA GUERRA

En la última fase de la guerra los cazas soviéticos habían conquistado una total superioridad aérea en el frente oriental. Como en casi todos los campos, los rusos no malgastaron su capacidad de producción ensayando nuevos prototipos, sino que se dedicaron casi exclusivamente a la construcción y potenciamiento de unos pocos aparatos sólidos, manejables y muy adecuados para la producción en serie. Los proyectistas, encabezados por Lavocin (La), Mikoyan y Gurevic (MiG) y Yakovlev (Yak) estaban en condiciones de poder asegurar a la Aviación soviética no sólo una superioridad cuantitativa, sino incluso unos tipos de aviones iguales e incluso superiores a los últimos modelos alemanes.



"MIKOYAN-GUREVIC" MiG-5

Monoplaza con motor estelar y con célula derivada del *MiG-3*. Se construyó en 1943 junto con el *LaG-5*. **Longitud**: 7,92 m. **Envergadura**: 10,30 m. **Velocidad**: 595 km/h a nivel del mar. **Armamento**: cuatro ametralladoras de 7,62 mm y seis cohetes o dos bombas de 100 kg.

"LAVOCKIN" La-7

Derivado del anterior *La-5*, el *La-7* fue uno de los cazas soviéticos que operó más intensamente en la fase final de la guerra. **Longitud**: 8,50 m. **Envergadura**: 9,80 m. **Velocidad**: 665 km/h a nivel del mar. **Autonomía**: 635 km. **Armamento**: tres pequeños cañones de 20 mm, seis cohetes o dos bombas.

"LAVOCKIN" La-9

Último de la serie *Lavockin*, el *La-9* era, en apariencia, idéntico a sus antecesores, pero radicalmente opuesto en su concepción. La unidad que reproducimos aquí está dotada de eyectores utilizados experimentalmente para aumentar el impulso propulsor. **Longitud**: 9,20 m. **Envergadura**: 10,60 m. **Velocidad**: 688 km/h a nivel del mar. **Armamento**: cuatro pequeños cañones de 20 mm.

"YAKOVLEV" Yak-9D

Caza de amplio radio de acción para escolta inmediata, el *Yak-9D* se construyó principalmente para remediar, en lo posible, la escasa autonomía que caracterizó a sus predecesores *Yak-1* y *Yak-7B*.
Se construyó también un tipo de *Yak-9D* en versión contracarro (*Yak-9T*) armado con un cañón de 30 mm. **Longitud**: 8,63 m. **Envergadura**: 10 m. **Velocidad**: 498 km/h a nivel del mar. **Autonomía**: 1420 km. **Armamento**: un pequeño cañón de 20 mm y una ametralladora de 12,7 mm.

"YAKOVLEV" Yak-9U

Fue el primero de una serie de cazas de la "segunda generación" proyectado por el grupo Yakovlev. **Longitud**: 8,53 m. **Envergadura**: 10 m. **Velocidad**: 668 km/h a 5000 m de altitud. **Autonomía**: 815 km. **Armamento**: un pequeño cañón de 20 mm, dos ametralladoras de 12,7 y dos bombas.

(John Batchelor)

damente equivalente a esta petición. Afortunadamente para los alemanes, el avance de Malinovskij, desde el Sur, se desarrolló con más lentitud de lo previsto, a causa de que los carros de combate y los camiones estaban bastante deteriorados después de su accidentada marcha a través de los pasos.

Nuevo ataque soviético

A mediados del mes de septiembre, el STAVKA, decidido a no dejar escapar al Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional, dictó nuevas órdenes. Asignó a Malinovskij uno de los Ejércitos de Tolbuchin –el 46 y el Grupo mecanizado de caballería Plijev– y le ordenó que desencadenara un ataque desde Cluj y Oradea, en dirección a Debrecen, al río Tisza y al Miskol. Atravesando los montes Beschidi, en Eslovaquia oriental, parte del cuarto frente ucraniano descendería para completar el cerco desde el Norte.

En las dos semanas siguientes, mientras Malinovskij procuraba asegurarse puntos de partida en la frontera rumano-húngara, el STAVKA elaboró su plan. Este preveía tres ataques por separado:

- uno, conducido por los Ejércitos 46 y 53 y por el Grupo mecanizado de caballería Plijev, desde Arad, en dirección a Budapest;
- el segundo, conducido por el Ejército Acorazado 6, desde Oradea, en dirección a Debrecen y Miskol;
- el tercero, conducido por el Ejército 27, el Ejército 4 rumano y por el Grupo mecanizado de caballería Gorskov, desde Cluj en dirección a Debrecen.

Era un plan demasiado ambicioso. Los hombres, el armamento y el equipo disponible resultaban insuficientes para llevar a cabo una eficaz concentración de fuerzas en aquella fase tardía de la ofensiva.

No obstante, los Ejércitos de Malinovskij atacaron en el curso de la mañana del 6 de octubre. Los húngaros desaparecieron como por arte de magia; pero, en Oradea, el 6.º Ejército Acorazado Guardia tropezó con los alemanes y tuvo que detenerse. Dos días después, Malinovskij se vio obligado a retirar de su flanco izquierdo al Grupo mecanizado de caballería Plijev, para desplazarlo al Este y atacar Oradea por la retaguardia, maniobra que determinó, prácticamente, el final del ataque en dirección a Budapest. La intervención del Grupo Plijev rompió la resistencia alemana y, a últimas horas del día 8 de octubre, un Cuerpo de Ejército acorazado y otro de caballería ruso estaban llegando a Debrecen. Pero Friessner disponía, todavía, de dos de las *Panzerdivisionen* enviadas por Hitler a Hungría, una cerca de Budapest y la otra en Debrecen. El día 10, ambas atacaron al sur de esta localidad, hacia el Este y el Oeste, logrando aislar así a los tres Cuerpos de Ejército rusos.

En los días que siguieron, en la amplia llanura húngara que rodea Debrecen se libró una violenta batalla de carros de combate. Entonces Friessner, que intentaba a toda costa salvar a su Ejército de la trampa en que probablemente caería apenas los rusos se lanzasen al combate con todas sus fuerzas, ordenó a las unidades concentradas en la línea del Mures que empezaran a retirarse hacia el Oeste.

Hacia el día 20, las fuerzas acorazadas soviéticas lograron profundizar y Malinovskij reunió al sur de Debrecen, tanto a los Grupos mecanizados de caballería como al 6.º Ejército Acorazado Guardia. Ese mismo día, el Grupo mecanizado de caballería Plijev atacó por el Norte, más allá de Debrecen, y, dos días más tarde, conquistaba Nyiregyhaza, situada a caballo de las principales líneas de comunicación del Ejército 6 alemán y del Ejército 1 húngaro. En un principio, Friessner pensó retirar estos Ejércitos, ordenándole pasar al norte de Nyiregyhaza. Sin embargo, su jefe de Estado Mayor tuvo una idea mucho mejor: hacer girar el flanco derecho del Ejército 6 y utilizarlo como unidad avanzada para atacar desde el Este, entre Debrecen y Nyiregyhaza, mientras las *Panzerdivisionen* atacarían por el Oeste. La maniobra se desarrolló al estilo de los lejanos días de la guerra relámpago, y ambas puntas avanzadas enlazaron en el curso de tres días, aislando a tres Cuerpos de Ejército soviéticos. Antes de que los rusos pudieran romper el cerco, el Ejército 6 en masa atacó por el Este, y el día 29, el resto de las fuerzas soviéticas supervivientes abandonaban los carros de combate, las armas pesadas y los medios de transporte y huían hacia el Sur.

Por primera vez, después de largos meses, el Grupo de Ejércitos alemán volvía a tener un frente continuo. Desde luego, no se trataba de un frente muy sólido, pues sólo la parte central, sobre el río Tisza, gozaba de ciertas ventajas naturales de alguna importancia. En los demás puntos se extendía a través de la llanura abierta; mas, por el momento, se trataba de un frente cerrado y unido con el Grupo de Ejércitos F.

Retirada de los Balcanes

El avance soviético en Yugoslavia pareció al principio falto de impulso. El 22 de septiembre, algunos elementos del tercer frente ucraniano de Tolbuchin cruzaron el Danubio a la altura del arco que discurre al oeste de Turnu-Severin. En esta primera fase, los rusos no disponían de fuerzas suficientes para alcanzar un modesto resultado contra las vanguardias alemanas; pero transcurrieron tres días antes de que Weichs se decidiera a empeñar una división para rastrillar el arco del río. Y entre tanto, Tolbuchin tuvo tiempo para transferir a la otra orilla toda una división.

Weichs fue informado, a primeras horas del día 27, de que el flanco izquierdo del segundo frente ucraniano estaba avanzando hacia el Oeste, entre Timisoara y el Danubio. En Timisoara, Weichs disponía de dos divisiones SS y de una brigada motorizada, al norte de las Puertas de Hierro; mas el sector intermedio estaba completamente desguarnecido; él había previsto que Malinovskij haría avanzar el flanco izquierdo del segundo fre[illegible]te en dirección Noroeste, para rebasar Timisoar[illegible] y avanzar luego directamente hacia la frontera hún[illegible]gara. Weichs intuyó entonces lo que iba a suceder: se desencadenarían dos at[illegible]ues procedentes del Este en las dos orillas del Danubio, en dirección a Belgrado, ataques que serían reforzados por el Oeste por los partisanos de Tito. Mas, a pesar de todo, prefirió esperar otros dos días antes de reclamar de Grecia, además de la División *Jager* (de montaña), que ya estaba en camino, dos regimientos de infantería.

El último día del mes de septiembre, Weichs se sintió inquieto por primera vez. Al norte del Danubio, los rusos habían lanzado a la batalla tres Cuerpos de Ejército contra siete batallones alemanes; al sur del río, la División 1 de montaña se enfrentaba con cuatro o quizás cinco divisiones soviéticas, y, en ambos sectores, los rusos disponían de importantes reservas. Weichs, por el contrario, no disponía de ninguna.

En consecuencia, podía decirse que los alemanes tenían perdida la batalla por Belgrado aun antes de que ésta comenzase. Los rusos llegaron el 4 de octubre a Pancevo, a 16 km de la capital. Dos días más tarde conquistaban Pancevo y obligaban a los alemanes a retirarse sobre una pequeña cabeza de puente situada más allá del río, precisamente frente a Belgrado. En el ínterin, Weichs había transferido su puesto de mando a Vukovar. En aquellos momentos, parecía que la capital estaba completamente perdida; y así hubiera sido, en efecto, si Malinovskij, inesperadamente, no hubiera destacado de este frente al Ejército 46, que constituía el grueso de las fuerzas empeñadas en el ataque, para enviarlo al Noroeste.

Aunque salvado, de momento, gracias a esta poco ortodoxa maniobra soviética (efectuada, quizás, con el propósito de dar a Tito la oportunidad de reconquistar la capital), Weichs se hallaba todavía en una situación bastante crítica. El intento de eliminar la cabeza de puente soviética sobre el Danubio había obligado a la División 1 de montaña a dejar indefenso su frente sobre la frontera búlgara, y en los primeros días de octubre los rusos cruzaron dicha frontera por el lado del flanco meridional de la división, en tanto los partisanos se dirigían sobre su retaguardia, interrumpiendo las direcciones de abastecimiento. Una división SS intentó restablecer el contacto, pero el Ejército 57 continuó llegando a través de la frontera y a lo largo de todo el tramo comprendido entre Bela Palanka y el Danubio.

El 8 de octubre, un Cuerpo de Ejército mecanizado ruso, que había conseguido avanzar hasta más allá de Bor sin que los alemanes se dieran cuenta, apareció de pronto en el valle del Morava, 80 km a retaguardia del frente. Aquel mismo día, antes de que oscureciera, la unidad soviética cruzó el río e interceptó la línea férrea que alcanzaba Belgrado por el Sur. Mientras tanto, una ingente cantidad de fuerzas partisanas avanzaba al sudoeste de Belgrado y al oeste de Nis, y, el día 9, envolviendo Bela Palanka, el Ejército 1 búlgaro inició su ataque en dirección a Nis.

Gracias al movimiento realizado en el valle del Morava, los rusos habían interrumpido la dirección a lo largo de la cual los alemanes hubieran podido recibir refuerzos desde Grecia y después se colocaron en situación de poder atacar Belgrado por el Sur. Se trataba del más peligroso movimiento efectuado por los soviéticos hasta aquel momento.

Para hacerle frente, Weichs sustrajo de la defensa de Belgrado fuerzas equivalentes a una división, enviándolas al Este, a la desembocadura del Morava, con orden de reunirse allí con la División 1 de montaña y dirigirse después hacia el Sur, a lo largo del río, a fin de atacar el flanco de las fuerzas enemigas.

En un primer momento, el contraataque logró buenos resultados. Hallando a lo largo de su marcha tan sólo grupos de partisanos, las fuerzas procedentes de Belgrado no encontraron dificultad para llegar al Morava. El 12 de octubre se reunían con la División 1 de montaña, y a continuación, ambas unidades se dirigieron rápidamente hasta Velika Plana, donde los rusos ya habían cruzado el río... ya era demasiado tarde. El Ejército 57 soviético habían enviado todo un Cuerpo de Ejército mecanizado con la misión de efectuar un amplio movimiento hacia el Norte, y a mediodía del 13, las fuerzas acorazadas soviéticas ya se encontraban a 10 km al sur de Belgrado. Así, los alemanes que habían alcanzado el valle del Morava, se encontraron atrapados. Weichs confió el mando de todas aquellas fuerzas al general Walter Stettner Ritter von Grabenhofen, jefe de la División de montaña, y ordenó que se defendiera Belgrado hasta que Stettner p[illegible]mper el cerco.

La noche del dí[illegible]sos y los partisanos se lanzaron hacia [illegible]nterior de la capital y, al mediodía siguiente, habían conquistado el centro de la ciudad. Los alemanes concentraron entonces sus esfuerzos en la defensa de una cabeza de puente en las cercanías del puente sobre el Sava, que quizá hubieran podido cruzar las tropas de Stettner, que se hallaban en marcha hacia el Oeste y cuyas vanguardias habían llegado ya a 25 km de Belgrado. En los dos días que siguieron, ganó otros 16 km; pero, al tercer día, se interrumpió de pronto el contacto radio. El día 19, los alemanes evacuaron la cabeza de puente en el interior de Belgrado y todavía dos días después, algunos millares de hombres que formaban parte de las unidades de Stettner, tras abandonarlo todo excepto sus armas portátiles, cruzaron el Sava en Sabac.

Después de perder Belgrado, Weichs no disponía de ningún frente en los 200 km comprendidos entre dicha ciuda[illegible] y Nis, que también había caído e[illegible]manos de[illegible] el día 15. Al norte de a[illegible]ie, ordenó a la

2.ª *Panzerarmee* que detuviera a los rusos sobre la línea de los ríos Tisza, Danubio, Sava y Drina. Al Sur, confió al Grupo de Ejércitos E, que el 10 de octubre empezó al fin a retirarse de Grecia, toda la zona situada hasta Kraljevo, asignándole la misión de mantener abierta la dirección Skoplje-Kraljevo-Visegrad.

La 2.ª *Panzerarmee* debía mantener abierta la carretera de Visegrad a Sarajevo. Löhr debería dirigirse ahora más al Norte y al Oeste, alcanzando la zona Sarajevo-Mostar.

El largo aplazamiento representaba algunas ventajas para Löhr, pues tuvo tiempo para evacuar, por vía marítima, todo el material bélico sobrante y las tropas no combatientes. Pero el momento crítico llegó la última semana del mes, cuando los rusos y búlgaros efectuaron enérgicas tentativas para interrumpir la dirección de retirada a través de Yugoslavia. No obstante, incluso en esta circunstancia fue afortunado. Disponía de una línea férrea, y numerosísimos trenes, cargados de tropas, pasaban por ella procedentes de Grecia. En cambio, el enemigo debía moverse a través de las montañas. El 2 de noviembre detuvo a las tropas soviéticas en Kraljevo y, pocos días después, a los búlgaros al este de Skoplje; así, la retirada a través de Macedonia pudo realizarse con toda eficacia.

Al Norte, durante las dos últimas semanas del mes, Weichs se encontró en una situación desesperada. Las dos divisiones de Stettner estaban perdidas y las tropas de Lohr, dispersas a su vez a través de Grecia y de Yugoslavia meridional. La 2.ª *Panzerarmee* estaba en condiciones tan desastrosas, que fue necesario llevar a primera línea, sin concederles un momento siquiera de reposo, a los maltrechos supervivientes de las fuerzas de Stettner. Finalmente, la fortuna ayudó también a Weichs. Tolbuchin dejó casi exclusivamente en manos de los partisanos la misión de perseguir a las fuerzas alemanas al oeste de Belgrado, y transfirió la mayor parte de las divisiones del Ejército 57 soviético al frente que se oponía al Grupo de Ejércitos de Ucrania meridional, en Hungría. Los partisanos no tenían armas adecuadas ni la preparación necesaria para combatir como soldados regulares y, por ello, la segunda *Panzerarmee* logró retirarse por el camino abierto entre los ríos Sava y Danubio. El 2 de noviembre, el Ejército se detuvo. Su frente se extendía a lo largo del Danubio, desde la frontera húngara a Vukovar; desde aquí obstruía el paso abierto hasta la desembocadura del Drina y, finalmente, seguía este último río hacia el Sur.

La cadena de acontecimientos iniciada el 20 de agosto de 1944 concluyó el 2 de noviembre, cuando la 2.ª *Panzerarmee* se estableció sobre la líne que defendería después, con cambios secundario casi hasta el fin de la guerra. Löhr necesitó cas otros dos meses para llevar a primera línea las últimas tropas; pero en seguida tuvo que enfrentarse con acciones de hostigamiento, como la destrucción del puente sobre el Drina, en Visegrad, el día 19 de noviembre por parte de la fuerza aérea balcánica.

Fue un contratiempo que, al bloquear temporalmente los medios alemanes en marcha, provocó un gigantesco «embotellamiento» desde Visegrad hasta Kraljevo, situado 135 km más al Este. Terminada esta fase, en el sector de los Balcanes volvió a reinar una casi total paralización de las operaciones.



EARL F. ZIEMKE

Durante la segunda Guerra Mundial prestó servicio militar en el cuerpo de *marines* americano en el Pacífico. Al terminar la contienda, obtuvo el doctorado en Historia de Alemania en la universidad de Wisconsin, y más tarde, bajo el patrocinio de la Columbia University, se dedicó, durante cuatro años, a la investigación de los documentos alemanes capturados. Fue colaborador, como supervisor histórico, del director de Historia militar del Ministerio de Defensa. Es autor de *Stalingrad to Berlin*, *The german Defeat in the East* y *The german Northern Theatre of Operations*. En la actualidad ejerce el cargo de profesor de historia en la universidad de Georgia.

ÚLTIMOS AVIONES CONVENCIONALES DE LA "LUFTWAFFE"

Como todas las otras fuerzas alemanas, durante los últimos años de la guerra la "Luftwaffe" se encontraba en una situación bastante precaria. En su convencimiento de que la guerra no iba a durar mucho, los alemanes descuidaron un tanto la realización de nuevos proyectos, y cuando quisieron poner remedio a este fallo sus energías se dispersaron en la experimentación de gran número de aviones, de características interesantes, pero que se construyeron en cantidad insuficiente para contrarrestar la potencia aérea aliada.

"DORNIER" Do-335 "PFEIL" (FLECHA)

Fue uno de los más originales cazas dotado de motor a pistón. Llevaba una hélice de tracción en la parte delantera y otra de propulsión en la cola. Se inició también la construcción de un tipo biplaza para caza nocturna, y otro cazabombardero monoplaza, pero ninguno de ellos entró nunca en acción.
Longitud: 13,84 m. **Envergadura**: 13,79 m.
Velocidad: 655 km/h a 8000 m de altitud.
Autonomía: 2160 km.
Armamento: un cañón de 30 mm, dos de 15 y una bomba de 500 kg.

"FOCKE WULF" Ta-152C

Derivado del *Fw-190D* de "morro largo" y dotado de un motor *Junkers Jumo 213C*, el *Ta-152* se desarrolló según proyecto de Kurt Tank. Sus características eran muy avanzadas, pero sólo entraron en acción unas pocas unidades.
Longitud: 10,78 m. **Envergadura**: 11 m.
Velocidad: 745 km/h a 10.300 m. de altitud
Autonomía: 1200 km.
Armamento: un cañón de 30 mm y cuatro de 20.

"MESSERSCHMITT" Bf-109G-6

Fue uno de los tipos de avión más logrados y más ampliamente empleados del célebre *Gustav*.
Longitud: 14,93 m. **Envergadura**: 22 m.
Velocidad: 610 km/h a 11.500 m. de altitud.
Autonomía: 725 km.
Armamento: tres pequeños cañones de 20 mm y dos ametralladoras de 13 mm.

"JUNKERS" Ju-388

Derivado del *Ju-188*, al que se parecía mucho, entró en servicio sólo en su versión *L* de reconocimiento. Estaban previstos también otros tipos de bombardeo (*K*) y de caza nocturno (*J*).
Longitud: 14,93 m. **Envergadura**: 22 m.
Velocidad: 610 km/h a 11.500 m. de altitud.
Autonomía: 1770 km.
Cota de tangencia: 12.900 m.
Armamento: tres ametralladoras de 13 mm.

(John Batchelor)